Back cover:

FRIEDRICH KATZ EN EDICIONES ERA

9 789684 114241

Spine:

Front cover:

FRIEDRICH KATZ

LA GUERRA
EN M

Friedrich Katz

La guerra secreta en México

Friedrich Katz

La guerra secreta en México

Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana

**Colección
Problemas de México**



Ediciones Era

Traducción:
del inglés: Isabel Fraire
del alemán: José Luis Hoyo
con la colaboración
de José Luis González

Título original: *The Secret War in Mexico*
The University of Chicago Press
Chicago y Londres
Primera edición en español (dos tomos): 1982
Novena reimpresión: 1996
Segunda edición en un tomo: 1998
Novena reimpresión: 2010
ISBN: 978-968-411-424-1

Calle del Trabajo 31, 14269 México, D. F.
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

www.edicionesera.com.mx

ÍNDICE

V. EPÍLOGO

Reconocimientos

Partes de este libro fueron publicadas en 1964 en la República Democrática Alemana bajo el título de *Deutschland, Díaz un die mexikanische Revolution* y su elaboración fue posible gracias a una ayuda de la Universidad Humboldt en Berlín. La mayor parte del presente libro es nueva y, los fondos, el tiempo y otros recursos necesarios para llevarla a cabo fueron suministrados por la Universidad de Chicago. Deseo expresar mi agradecimiento a los directores y colaboradores de los siguientes archivos y bibliotecas por haberme permitido utilizar sus acervos:

Austria	Haus, Hof u. Staatsarchiv, Viena Kriegsarchiv, Viena Verwaltungsarchiv, Viena
Cuba	Archivo Nacional de Cuba, La Habana
España	Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores
Estados Unidos	National Archives, Washington Library of Congress, Washington Regenstein Library, Chicago Lilly Library, Bloomington, Indiana Sterling Library, Yale, New Haven, Connecticut Library of Claremont Colleges, Claremont, California Bancroft Library, Berkeley, California Netty Lee Benson Collection, Universidad de Texas en Austin Newberry Library, Chicago
Francia	Archives du Ministère des Affaires Etrangères, París Archives du Ministère de la Guerre, Vincennes Archives Nationales, París
Gran Bretaña	Public Record Office, Londres British Science Museum, Londres

México	Archivo General de la Nación
	Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores
	Fundación Condumex
	Archivo del Departamento Agrario
	Biblioteca de Chihuahua, Chihuahua
	El Colegio de México
	Archivo de la Palabra
República Democrática Alemana	Deutsches Zentralarchiv, Abteilung Merseburg
	Deutsches Zentralarchiv, Abteilung Potsdam
	Sächsisches Landeschauptarchiv, Dresden
	Deutsches Wirtschaftinstitut, Berlín
	Deutsche Buecherei, Leipzing
	Deutsche Staatsbibliothek, Berlín
	Universitätsbibliothek, Berlín
República Federal Alemana	Archiv des Auswärtigen Amtes, Bonn
	Bundesarchiv, Coblenza
	Bundesarchiv, Abteilung Militärgeschichte Friburgo de Brisgovia
	Staatsarchiv, Hamburgo
	Staatsarchiv, Bremen
	Hauptstaatsarchiv, Munich
	Kommerzbibliothek, Hamburgo
	Iberoamerikanisches Institut, Berlín
	Iberoamerikanisches Institut, Hamburgo
	Bibliothek der Freien Universität, Berlín

Deseo expresar mi agradecimiento a las siguientes personas que me brindaron acceso a sus papeles privados: Lourdes González Garza por permitirme ver los papeles de Roque González Garza: la familia de Martín Luis Guzmán por permitirme ver los suyos.

Deseo expresar mi reconocimiento a Richard Estrada y William Meyers, quienes me auxiliaron como ayudantes de investigación; a Linda Greenberg y Carlos Rizawy, quienes tradujeron partes de las fuentes en el capítulo 7: a Paul Liffman por su trabajo de corrección del texto; y a Celia Wittenberg por haber mecanografiado extensas porciones del manuscrito.

También debo expresar mi gratitud a los muchos colegas y amigos que leyeron partes del libro o la totalidad del mismo y brindaron ayuda inestimable. Manfred Kossok y Walter Markow de la Universidad Karl Marx, en Leipzig, leyeron el manuscrito del libro alemán y ofrecieron valiosas sugerencias. Tengo una especial deuda de gratitud, por lo que toca al libro

alemán, con don Daniel Cosío Villegas y sus colaboradores en El Colegio de México durante los años de 1962 a 1967. Don Daniel hizo posible que yo fuera uno de los primeros extranjeros en obtener acceso a los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México. Sus colaboradores, Luis González y González, Moisés González Navarro, Luis Muro, Fernando Rosenzweig y Berta Ulloa me permitieron generosamente consultar las fuentes acumulados por ellos para la *Historia moderna de México.*

Quiero expresar mi agradecimiento a José Luis Hoyo por su enorme labor de traducción de las partes del libro escritas en alemán.

Por lo que toca a esta publicación, recibí importantes críticas y sugerencias de Robert McCormick Adams, quien leyó el primer y el último capítulos; Paul Friedrich, quien leyó el primer capítulo; Akira Iriye, quien leyó mi enfoque de México y el Japón; y John Coatsworth y Hans Zeisel, quienes leyeron todo el manuscrito. Partes de este libro fueron escritas en alemán y traducidas al inglés por Loren Goldner, a quien deseo expresar mi gratitud. También quiero expresar un agradecimiento especial a mi hijo Leo por su constante y valiosa ayuda en la terminación de este libro.

Friedrich Katz
Chicago, octubre de 1980

INTRODUCCIÓN

Mi interés por diversos aspectos de la revolución mexicana data de mucho tiempo. Empezó durante los años de emigración que pasé en ese país y produjo sus primeros frutos en 1964, cuando publiqué *Deutschland, Díaz und die mexikanische Revolution* en la República Democrática Alemana, donde trabajé como profesor de Historia de América Latina en la Universidad Humboldt en Berlín. Ese libro abarcaba la historia de las políticas alemanas en México desde 1870 hasta 1920. Constaba de dos partes claramente diferentes. La primera era un estudio de lo que podría llamarse el imperialismo de viejo cuño del siglo XIX. Describía los esfuerzos de Alemania por lograr una implantación en México tanto en el campo económico como en el político y por utilizar a ese país en el contexto de sus objetivos mundiales. La segunda parte analizaba la transición, en la política alemana, a lo que podría llamarse las estratagemas más flexibles del imperialismo del siglo XX. Examinaba el intento por parte de Alemania de forjar una alianza con los revolucionarios mexicanos; los objetivos eran fundamentalmente los mismos, pero los métodos y los instrumentos fueron nuevos y, por no decir otra cosa, poco convencionales.

En la década de 1970, editores tanto norteamericanos como mexicanos me pidieron que revisara el libro y preparara ediciones en inglés y español. En un principio, me propuse simplemente enriquecerlo con algunas fuentes que no habían sido accesibles anteriormente y escribir un nuevo epílogo que describiera las investigaciones llevadas a cabo desde que el libro fue publicado por primera vez en 1964. A medida que el proceso de revisión avanzaba, descubrí que estaba escribiendo un libro muy diferente. Mi toma de conciencia cada vez mayor en cuanto a la compleja interacción de las grandes potencias extranjeras con México y entre sí hizo imposible limitar la narración a la relación entre Alemania y México. Toda la urdimbre de las políticas internacionales, la interacción entre los intereses económicos y sus gobiernos, y su papel en los trastornos políticos y sociales de la emergente revolución tuvieron que ser explicados. Me fui interesando más y más en el efecto que estas fuerzas externas tuvieron en el desarrollo de la revolución mexicana y la forma en que influyeron no sólo en la política exterior sino también en los programas y las políticas sociales y económicos internos de las facciones revolucionarias. La integración de la historia social y la historia diplomática se convirtió en la finalidad de este nuevo trabajo.

Su título, *La guerra secreta en México*, evoca imágenes de agentes de capa y espada enfrascados en sórdidas luchas en callejones oscuros. El lector hallará en la última parte del libro material suficiente para varias novelas de espionaje, aunque, si éstas llegaran a escribirse, ningún superespía aparecería en sus páginas. El término "guerra secreta", sin embargo, se refiere a una nueva estrategia de alianzas y entendidos que las grandes potencias y los intereses económicos vinculados con ellas desarrollaron a principios del siglo XX como respuesta a la ola de revoluciones que barrió a algunos de los países que ahora son considerados como en vías de desarrollo. Los Estados Unidos aplicaron esta estrategia con muy buen éxito en Cuba en 1898, cuando utilizaron a ciertos elementos del movimiento independentista cubano para lograr la expulsión de las fuerzas españolas de Cuba y establecer la supremacía norteamericana en su lugar.

La nueva estrategia de explotar los conflictos sociales y las luchas anticoloniales no fue adoptada por las potencias europeas sino en la primera guerra mundial, cuando cada uno de los bandos en lucha trató de ayudar a los movimientos revolucionarios que se enfrentaban a sus rivales. Los alemanes intentaron apoyar a los movimientos revolucionarios de liberación contra los británicos en Irlanda y en la India; y le permitieron a Lenin regresar a Rusia a través de Alemania. Los británicos enviaron a Lawrence de Arabia a encabezar una rebelión árabe contra Turquía, que era aliada de Alemania; y junto con los Estados Unidos, los británicos apoyaron movimientos nacionalistas, sobre todo el movimiento nacionalista checo encabezado por Tomás Masaryk, contra el Imperio austrohúngaro.

Lo que hace de México un caso especialmente interesante en ese juego internacional es el número de grandes potencias implicadas en el mismo y el hecho de que los métodos que éstas utilizaron incluyeron tanto las estrategias clásicas decimonónicas como las más "modernas" desarrolladas en el siglo XX, en respuesta a los movimientos revolucionarios. La intervención militar directa e indirecta, las presiones diplomáticas y económicas, la desestabilización, los intentos de enfrentar a las facciones entre sí: todas estas tácticas fueron utilizadas por una cuando menos de las grandes potencias en México entre 1910 y 1920.

Las políticas seguidas por las grandes potencias no fueron uniformes. En cada uno de los países, la política sobre México fue motivo de enconados debates y conflictos. Estos debates tuvieron lugar tanto en el seno de la burocracia gubernamental como entre los ministerios gubernamentales y diversas instituciones privadas con intereses en México. Después del estallido de la primera guerra mundial, los militares en cada país exigieron una mayor participación en la formulación de la política que había de seguirse en México. Al mismo tiempo, se produjeron conflictos de política entre diversos intereses comerciales en México, así como entre algunos de esos intereses y sus respectivos gobiernos. El resultado fue un complicado juego entre muchas naciones y muchas fuerzas dentro de cada nación.

El turbulento escenario en que se desarrollaron estos acontecimientos hace de México no sólo un caso de estudio sobre cómo pueden explotarse los conflictos locales en provecho de objetivos globales, sino sobre cómo los conflictos globales pueden explotarse en provecho de objetivos locales. En el transcurso de mi investigación se hizo claro que este estudio quedaría incompleto si no se les dedicaba a los revolucionarios mexicanos la misma atención que a las grandes potencias. Al igual que los revolucionarios rusos, checos, hindúes e irlandeses, los mexicanos trataron de aprovechar las rivalidades entre las grandes potencias para sus propios fines. El favor de una o más de las grandes potencias fue un arma utilizada por las facciones revolucionarias en lucha, pero un arma que necesariamente alteraba la postura de quien la empleaba. El núcleo central de esta obra es, pues, la apreciación de la influencia de las presiones externas sobre los programas y las políticas de la revolución mexicana.

Lo que ha salido de las revisiones de *Deutschland, Diaz und die mexikanische Revolution* es, pues, un nuevo libro. Éste contiene amplios análisis del desarrollo interno de la revolución mexicana, así como nuevos capítulos que versan sobre las políticas de la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. Las partes del libro anterior que examinaban la política de Alemania frente a los revolucionarios han sido revisadas y ampliadas. Las que se ocupan de las políticas económicas de Alemania y de la expansión alemana en México en el siglo XIX han sido considerablemente resumidas y condensadas.

Los Estados Unidos tuvieron el mayor impacto sobre los movimientos revolucionarios de México. He dedicado más espacio y atención, sin embargo, a las políticas de las potencias europeas. La política norteamericana hacia la revolución mexicana ha sido el tema de muchas investigaciones, en tanto que las relaciones de Europa con México han recibido menos atención. Yo he tratado de corregir esta desproporción. No he menospreciado en modo alguno el papel desempeñado por los Estados Unidos. Antes al contrario, en ciertos lugares he podido poner su historia al día con la ayuda de fuentes europeas y mexicanas hasta ahora desconocidas y de algunos documentos norteamericanos recientemente liberados del secreto. Además, tal vez en mayor medida que otros autores, me he concentrado en las actividades de los intereses comerciales y los servicios de inteligencia de los Estados Unidos en México. Sobre todo he intentado ubicar la política norteamericana en el contexto más amplio de los acontecimientos europeos y mexicanos.

Revisando el libro alemán a partir del cual creció la presente obra, encuentro que las principales tesis desarrolladas en aquél se sostienen bien bajo el escrutinio del tiempo y de las nuevas fuentes. Este libro, que se publica en dos tomos, está dividido cronológicamente en cuatro partes. La

primera trata sobre el periodo porfiriano y la fase inicial de la revolución hasta la caída de Madero en febrero de 1913. La segunda abarca el periodo de Huerta, de 1913 a 1914. La tercera parte se ocupa de los años entre 1914 y principios de 1917, el periodo en que las facciones revolucionarias libraron su guerra civil y en que los Estados Unidos efectuaron su expedición punitiva en México. La cuarta parte del libro cubre el periodo que va de la entrada de los Estados Unidos en la primera guerra mundial hasta el término de ésta en 1918. Un epílogo examina el periodo comprendido entre el fin de la guerra y la caída da Carranza. Cada parte está subdividida en capítulos sobre el desarrollo, durante ese periodo, de la revolución mexicana y sobre las políticas de los Estados Unidos, la Gran Bretaña, Francia y Alemania.

La búsqueda de nuevas fuentes me condujo a los archivos estatales y privados en ambos Estados alemanes, Austria, Francia, la Gran Bretaña, México, los Estados Unidos, Cuba y, en cierta medida, España. También he utilizado algunos microfilmes de archivos japoneses fotografiados por los Archivos Nacionales de los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial y traducidos para mí por el señor Shimomura.

I

De Díaz a Madero, 1910-1913

1. ORÍGENES, ESTALLIDO Y FASE INICIAL DE LA REVOLUCIÓN DE 1910

Luis XV, el último rey francés que terminara pacíficamente su reinado antes de la revolución francesa de 1789, tenía claros presentimientos de la tormenta que se avecinaba. La famosa frase, *"après moi le déluge"*, con la que transmitió tal legado a su sucesor, expresa un cierto malicioso regocijo.

Pero en México muy pocos miembros del gobierno de Porfirio Díaz, y él mismo menos aún, tenía algún presentimiento sobre la revolución mexicana de 1910 unos meses antes de su estallido; y nadie entonces podría haber adivinado la magnitud del diluvio que se avecinaba. Karl Bünz, ministro alemán en México, escribió a su gobierno, ya en vísperas de la revolución: "Considero, al igual que la prensa y la opinión pública, que una revolución general está fuera de toda posibilidad".[1] Es indudable que todavía en su ánimo pesaban los ostentosos festejos con que el gobierno mexicano acababa de celebrar el centenario de la independencia nacional, pero su opinión era compartida por la mayoría de los observadores extranjeros y nacionales. Incluso la pequeña minoría de disidentes que abrigaban esperanzas de derrocar a Díaz, entre ellos Francisco Madero, quien encabezaría la próxima revolución, tenían muy escasa noción de que estaban gestando una revolución social.

No se puede afirmar que todos estaban ciegos y sordos. Con muy pocas excepciones, ninguna de las innumerables "revoluciones" que habían caracterizado la política latinoamericana ante el resto del mundo desde que ese continente se independizó de España, había representado genuinas transformaciones sociales. Incluso cuando se produjo la revolución mexicana. siguió siendo durante muchos años un caso aislado de auténtica revolución social en América Latina. ¿Qué antecedentes fueron los que favorecieron acontecimientos tan inusitados e imprevistos en México? Hablando en términos muy generales: el impacto de ciertos procesos ocurridos hacia fines del siglo XIX, que de hecho modificaron el rostro de la mayor parte de América Latina, pero que además estaban llamados a tener un efecto muy especial en México, dadas las singulares características del panorama social mexicano.

En las décadas finales del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX, los países latinoamericanos fueron absorbidos en grado cada vez mayor por el frenético desarrollo del capitalismo mundial. Hacia 1914, 7 567 000 000 dólares de capital extranjero habían inundado las economías latinoameri-

canas, y no se le veía fin a esta ola de inversiones.[2] Pero esto en ningún sentido transformó a dichos países en sociedades industriales análogas a las de los Estados Unidos o Europa occidental. Por el contrario, ello sirvió para consolidar la dependencia respecto del extranjero y acentuar las características de subdesarrollo que aún quedaban como herencia del régimen colonial español y portugués. La exportación de materias primas baratas, la importación de productos industriales caros, el control por compañías extranjeras de algunos de los sectores más importantes de la economía, las enormes diferencias en los niveles de riqueza, la concentración de la tierra en manos de un pequeño grupo de latifundistas, un ingreso per cápita global mucho más bajo que el de los países industrializados, un sistema educativo rezagado que daba por resultado un alto grado de analfabetismo... todos estos factores, en diverso grado, prevalecían en la mayor parte de América Latina.

Una de las principales transformaciones que produjo la integración al mercado mundial fue el fortalecimiento del poder centralizado del Estado. El Estado tenía ya ingresos suficientes para organizar, sostener y comprar la lealtad de un ejército y una policía reforzados, así como una burocracia más eficiente. El poder del Estado fue enormemente fortalecido por la reciente revolución en el campo de las comunicaciones (construcción de ferrocarriles y carreteras, instalación de teléfonos y telégrafos) y por el suministro de equipo moderno a las fuerzas armadas. Las consecuencias de estas transformaciones fueron especialmente notorias en los países latinoamericanos gobernados por dictadores, que ahora disponían de los medios para mantenerse en el poder durante periodos mucho más largos que sus predecesores de la primera mitad del siglo XIX.

El más notable de estos dictadores, especialmente en cuanto a la longevidad de su régimen, era Porfirio Díaz, quien había gobernado a México durante 31 años.[3] Pero, aunque la falta de democracia, aunada a los síntomas del subdesarrollo y la dependencia, dieron lugar a un profundo descontento en muchas partes de América Latina, la de Díaz fue la única dictadura latinoamericana que cayó víctima de una revolución popular en gran escala antes de la década de 1930.

Sería un error, en el caso de México, buscar la explicación de este hecho excepcional en las condiciones de un subdesarrollo extremo. Por el contrario, si se le compara con el resto de América Latina, se verá que su dependencia respecto de la exportación de materias primas era mucho menor que la de otros países: México, por ejemplo, no desarrolló una agricultura de monocultivo y se vio por lo tanto menos afectado por las fluctuaciones y movimientos cíclicos de los precios en el mercado mundial. Tampoco era Díaz más odiado que la mayoría de los dictadores latinoamericanos; por el contrario, Don Porfirio podía sentirse acreedor a una considerable popularidad debido a su muy celebrado valor personal durante la invasión napoleónica de México.

¿Cuál es, entonces, la circunstancia excepcional que, aparte los síntomas de subdesarrollo y dependencia que prevalecían también en la mayor parte de América Latina, explica la singular experiencia histórica de México?

La primera explicación que se nos ocurre es que la revolución mexicana fue parte de una tendencia más general que se estaba dando en las naciones latinoamericanas cuyo desarrollo progresaba a un paso más acelerado, tendencia que en otros países latinoamericanos sólo asumió formas diferentes. Esta tendencia o movimiento consistía en el rápido desarrollo de una clase media que comenzaba a buscar mayor poder político y económico a medida que aumentaba su número y su importancia económica.

En otros países latinoamericanos de tamaño y tasa de crecimiento comparables, las tradiciones parlamentarias les facilitaban mucho más a las clases medias el logro de sus objetivos con un mínimo de violencia, o sin ninguna. En la Argentina, en 1916, el Partido Radical encabezado por Hipólito Yrigoyen, la mayoría de cuyos miembros pertenecía a la clase media, llegó al poder como resultado de una victoria electoral. En el Brasil fue un poco más difícil obtener resultados semejantes. Allí fue necesario un golpe militar ejecutado por un ejército fuertemente influido por la clase media para transformar la estructura política del país en forma favorable a las clases medias. Sin embargo, las tradiciones de parlamentarismo y de la política de consenso eran tan fuertes en el Brasil que el golpe se efectuó sin violencia y sin derramamiento de sangre. Sólo en México, como consecuencia de su larga tradición de revueltas violentas, y debido a que el país era gobernado por una dictadura autocrática, fue necesaria una revolución violenta para lograr la incorporación de las clases medias al proceso político.

Si bien esta hipótesis tiene cierta validez, no basta de ninguna manera para explicar la singularidad de la revolución mexicana. La victoria de fuerzas políticas inspiradas por la clase media condujo a un periodo relativamente largo de estabilidad política y gobierno parlamentario tanto en la Argentina como en el Brasil. En México, en cambio, dio lugar a una de las más profundas revoluciones sociales en la historia de América Latina. Los motivos de tal transformación deben encontrarse, creo yo, en la convergencia, en vísperas de la revolución, de tres procesos, cada uno de los cuales se inició hacia principios del régimen de Díaz y casi se había complementado hacia el final: la expropiación de las tierras comunales de las comunidades campesinas en el centro y el sur de México; la transformación de la frontera con indios nómadas en una frontera con Estados Unidos y su consiguiente integración política y económica al resto del país así como a la esfera de influencia de los Estados Unidos; y el surgimiento de México como escenario principal de la rivalidad europeo-norteamericana en América Latina.

EXPROPIACIÓN DE LAS TIERRAS COMUNALES DE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS EN EL CENTRO Y EL SUR DE MÉXICO

Una parte del legado del régimen colonial español en todas aquellas regiones de América Latina (México, Perú, Bolivia y el Ecuador) en las que había una población indígena demográficamente concentrada y socialmente diferenciada antes de la llegada de los europeos, eran las llamadas comunidades campesinas. Aunque una gran parte de las tierras de los indios habían sido expropiadas por los conquistadores y transformadas en grandes haciendas, una porción importante seguía bajo el control directo de la corona española. La opresión de los campesinos que habitaban estos pueblos era con frecuencia aún mayor que la que sufrían los peones en las haciendas.

A diferencia de los hacendados, los corregidores (que eran los funcionarios españoles encargados de gobernar a los indios) sólo ocupaban cargos temporales y la mayoría de las veces sólo se interesaban en exprimir lo más posible a sus "protegidos" mientras ejercieran la autoridad. A pesar de ello, las comunidades campesinas pudieron conservar algunas características de su organización tradicional y un grado de autonomía interna jamás conocido por los peones de las grandes haciendas. Sobrevivieron al régimen colonial y, en el periodo que siguió a la independencia y gracias al debilitamiento del gobierno central, pudieron incluso mejorar en cierta medida su situación política y económica.[4]

Con el fortalecimiento del aparato estatal durante el régimen de Díaz y la construcción de ferrocarriles que aumentaron enormemente el valor de la tierra, las comunidades campesinas, así como sus instituciones y propiedades, no tardaron en ser objeto de una serie de agresiones. En su esfuerzo por "modernizar" el país, el régimen de Díaz se embarcó en una política agraria radicalmente nueva. Cerrando filas con los hacendados locales lanzó una campaña de expropiación en gran escala de las tierras comunales y de sometimiento político de los pueblos.[5]

Las regiones más afectadas por esta nueva política fueron las del centro y el sur del país, en primer lugar porque en esas regiones el aumento de la producción para el mercado y los nuevos ferrocarriles habían hecho dispararse el valor de la tierra, y en segundo lugar, por supuesto, porque la mayoría de las comunidades campesinas se encontraban en esas regiones. Al principio esta campaña tuvo gran éxito ya que sólo dejó a los pueblos la posesión de un mínimo de tierras y de autonomía política. Se les permitió conservar algunas tierras, ya fuera como símbolo de su anterior categoría política o por motivos económicos muy concretos: para inducir a permanecer cerca de las haciendas a una fuerza de trabajo lo suficientemente numerosa y para que ésta pudiera sobrevivir en las temporadas en que los hacendados no requerían de sus servicios. También se les dejó conservar

cierta autonomía política, pero sólo porque lograron aferrarse a ella con gran tenacidad.

Finalmente, sin embargo, esta campaña generó un amplio descontento. Al principio sólo había provocado rebeliones esporádicas en diversas partes del centro y el sur de la república, aplastadas con poco esfuerzo por el ejército federal. Sin embargo, cuando las expropiaciones comenzaron a afectar los estados de Morelos y Guerrero, se sentaron las bases de la mayor rebelión campesina de la historia del México independiente, ya que había muchas circunstancias especiales que hacían de estas regiones un semillero de agitación campesina. Una de ellas era su cercanía a la capital, que había evitado que sucumbieran al provincialismo, con su consecuente reducción de exigencias materiales y restricción del horizonte cultural. Otra era la facilidad para conseguir armas. La sierra favorecía la guerra de guerrillas y dificultaba los movimientos de las tropas federales; la densidad de la población impedía la fragmentación de las fuerzas campesinas, lo que con frecuencia había sido su perdición. Así, las experiencias no sólo engendraron rebeldía sino que lo hicieron en regiones donde resultaba especialmente peligrosa.

Mediante su política agraria, pues, el régimen de Díaz se había ganado la enemistad de sectores importantes de la población, pero es poco probable que esta política por sí sola hubiera podido destruir el gobierno de Díaz; otros países latinoamericanos sufrieron procesos análogos sin que desembocaran en una revolución nacional. En México, sin embargo, el problema agrario se combinó en forma explosiva con otros dos procesos independientes.

LA TRANSFORMACIÓN DE LA FRONTERA CON LOS INDIOS NÓMADAS EN UNA FRONTERA CON ESTADOS UNIDOS

Antes de que Díaz llegara al poder los estados de Sonora, Chihuahua y Coahuila gozaban de una existencia prácticamente autónoma. Remotos y aislados, no solamente del resto de la república sino del resto del mundo, virtualmente independientes en lo político y autosuficientes en lo económico, eran la columna vertebral de la "frontera" norte de México. Sin embargo, en el último cuarto del siglo XIX, con la llegada de Díaz al poder y un flujo sin precedentes de inversiones extranjeras, principalmente norteamericanas, hacia México, la zona fronteriza del norte de México se transformó radicalmente al imponer Díaz y los Estados Unidos respectivamente sus controles políticos y económicos sobre la región. La construcción de ferrocarriles, iniciada en la década de 1880, determinó en forma dramática el grado en que este antiguo enclave había de integrarse al resto de México y a la esfera de influencia norteamericana. Los ferrocarriles ilustraron de la manera más palpable que lo que anteriormente era una zona de coloni-

zación se estaba transformando en una frontera, y que lo que antes había estado más allá del alcance de cualquier país estaba ahora al alcance de dos países al mismo tiempo.

La transformación política se inició al comenzar Díaz a demoler sistemáticamente los feudos prácticamente independientes de caudillos regionales tales como Ignacio Pesqueira en Sonora y Luis Terrazas en Chihuahua. Como es lógico, esto resultó más fácil en unos estados que en otros. Fue necesaria una intervención mucho más agresiva, por ejemplo, para imponer el poder de Díaz en Chihuahua y en Sonora que en Coahuila, donde algunas décadas antes, Benito Juárez había minado gravemente el poder de la oligarquía local al romper el férreo control ejercido por Santiago Vidaurri sobre la región.[6]

La transformación económica fue principalmente obra de las inversiones norteamericanas que empezaron a volcarse sobre todo México a un ritmo sin precedentes durante la década de 1880. La parte que de este "hartazgo" de capital tocó a la región del norte de la república fue siempre especialmente grande. Hacia 1902, por ejemplo, más del 22% del total de las inversiones norteamericanas en México había correspondido a tres estados norteños: 6.3% a Chihuahua, 7.3% a Sonora y 9.5% a Coahuila, primordialmente en los ramos de minería, agricultura y transportes.[7]

Las repercusiones de esta doble transformación de la zona fronteriza golpearon en primera instancia y muy rudamente a las mismas gentes que más habían contribuido a hacer de la frontera una región habitable y eran su producto singular: los colonizadores militares. A mediados del siglo XVIII la corona española había fundado colonias militares a lo largo de la frontera del norte para ahuyentar a las bandas de apaches y demás nómadas que merodeaban por la región. El método utilizado era siempre el mismo: se dotaba de tierra en esta zona a cualquiera que estuviera dispuesto a tomar posesión de ella y defenderla con su vida. En el siglo XIX Benito Juárez siguió este ejemplo y estableció más colonias de este tipo.

Los habitantes de las colonias eran privilegiados en muchos sentidos en comparación con los habitantes de las comunidades campesinas del centro y del sur de la república. A diferencia de estos últimos, no habían sido pupilos de la corona durante el periodo colonial, sino que gozaron de derechos generalmente reservados a los españoles y a sus descendientes, los criollos. Eran propietarios individuales de sus tierras y tenían derecho a venderlas o a comprar tierras adicionales.[8] Generalmente poseían más tierras y más ganado que los campesinos libres de las otras regiones de México. Sus comunidades tenían derecho a una mayor autonomía interna y los colonos militares tenían no sólo el derecho sino el deber de portar armas.

Hacia 1885, sin embargo, los apaches habían sido finalmente derrotados y la zona fronteriza se volvió notablemente más tranquila. Ni los hacendados ni el gobierno tenían ya necesidad del apoyo militar de los campesinos, pero lo que sí sentían necesitar era la tierra que estos campesinos habían hecho productiva con tanto esfuerzo, y no tuvieron el menor escrúpulo para volverse en contra de sus antiguos aliados y protectores.

Después que los primeros ferrocarriles enlazaron al norte de México con las regiones centrales del país y con los Estados Unidos en 1885, el creciente valor de la tierra de los campesinos provocó una ola de expropiaciones. Las primeras en sufrirlas fueron las colonias más recientemente establecidas, pero ni siquiera las más antiguas y prestigiadas se salvaron. El resentimiento fue grande. "Vemos con profundo pesar que esos terrenos que estimamos en justicia como nuestros, porque los hemos recibido de padres a hijos y fecundado con el trabajo constante de más de un siglo, van pasando a manos de extraños mediante un sencillo denuncio y el pago de unos cuantos pesos", escribieron los habitantes del pueblo de Namiquipa al presidente Díaz en 1908 (sin mucho éxito). "Si Ud. no se sirve impartirnos su valiosa protección, tendremos que abandonar nuestros hogares emigrando en busca del sustento."[9] Un emisario enviado a México en representación de la población de otra de las más antiguas colonias militares de Chihuahua, la de Janos, se quejó amargamente a Díaz (también sin éxito) en los siguientes términos: "A dos leguas de Janos se encuentra la Colonia 'Fernández Leal', próspera; pero cuyos dueños viven con toda comodidad, en los Estados Unidos, mientras nosotros, que hemos sufrido con las invasiones de los bárbaros a los que nuestros padres desterraron, no podemos obtener el terreno".[10]

Las comunidades militares del norte no sólo perdieron sus tierras sino también sus preciados derechos políticos, el más estimado de los cuales era su autonomía municipal. El derecho de un pueblo a elegir sus propias autoridades municipales había sido otorgado oficialmente a muchos asentamientos en el siglo XVIII por la corona española. Después de la independencia fue confirmado y extendido a otros asentamientos de reciente fundación. Sin embargo, la mayor garantía de esta autonomía no era la autorización oficial concedida por cualquier régimen efímero, sino la atomización y el aislamiento de las colonias fronterizas, que persistieron hasta mediados del siglo XIX. Debido a que, después de la llegada de Díaz al poder, esto ya no era un factor, las autoridades estatales pudieron hacer caso omiso de estos derechos y tradiciones consagrados y usurpar para sí mismas el privilegio de nombrar funcionarios tales como los jefes políticos y presidentes municipales a su arbitrio.[11]

La pérdida de la autonomía municipal despertó casi tanta pasión como la pérdida de las tierras. El 16 de noviembre de 1910, cuando la población del antiguo pueblo fronterizo de Cuchillo Parado empuñó sus rifles y se unió a las fuerzas revolucionarias, la cuestión más candente era la destitución del presidente municipal que se les había impuesto.[12] Y lo que impulsó a los habitantes del pueblo serrano de Bachíniva en Chihuahua a unirse a

la revolución en 1910 fue el hecho de que las autoridades estatales habían despojado de su cargo a un presidente municipal popularmente electo y lo habían sustituido por el usurero del pueblo.[13]

Si bien el descontento campesino no alcanzó proporciones revolucionarias sino hasta 1910, la expropiación de las tierras y la supresión de los derechos tradicionales precipitó levantamientos esporádicos mucho antes de que se iniciara la revolución. En Chihuahua, por ejemplo, el gobierno perdió más de 500 hombres en una lucha que se prolongó dos años contra unos 60 campesinos insurgentes del pueblo de Tomochic, quienes en 1892 declararon que sólo estaban obligados a respetar la ley divina y se rebelaron contra los abusos del gobierno.[14]

Las repercusiones de la transformación de la zona fronteriza afectaron también a otro grupo de campesinos, constituido por las tribus indígenas que habían logrado conservar sus tierras y cierto grado de autonomía durante el periodo colonial español y el primer medio siglo de independencia. A diferencia de los colonos militares que estaban concentrados principalmente en el estado de Chihuahua, la tribu india más militante provenía del contiguo estado de Sonora. Ésta era la de los yaquis, que habitaban una de las regiones más fértiles del estado, el valle del Yaqui. Había habido varios intentos frustrados de despojarlos de sus tierras anteriormente, pero no fue sino hasta que Díaz llegó al poder cuando se montó una ofensiva militar concentrada con el objeto de expulsarlos de sus tierras. La campaña encontró una feroz resistencia. Hubo largas y cruentas batallas que costaron muchas vidas de ambos bandos y, aunque las tropas federales lograron finalmente derrotar al contingente más formidable de los yaquis y capturar a su jefe, Cajeme, jamás lograron extirpar totalmente la resistencia guerrillera.[15]

Estos dos grupos campesinos tradicionales —los colonos fronterizos y los indios— se encontraron, pues, indefensos ante las agresiones descaradas contra su propiedad e independencia hasta el final del siglo. Los únicos aliados que pudieron encontrar antes de 1900 fueron los antiguos caudillos, terratenientes que habían sido expulsados de sus posiciones de poder político. Luis Terrazas, el latifundista más rico de Chihuahua y ex-gobernador del estado, alentó secretamente a los rebeldes de Tomochic con la esperanza, plenamente justificada, de que podrían desacreditar a su principal rival, Lauro Carrillo, entonces gobernador de Chihuahua y protegido de Díaz, y provocar su caída política.[16] De manera semejante José María Maytorena, próspero hacendado del sur de Sonora perteneciente a una prominente dinastía latifundista, cuyas aspiraciones políticas también habían sido frustradas por el gobierno de Díaz, brindó refugio a los rebeldes yaquis fugitivos.[17]

Los campesinos, sin embargo, no recibieron antes de 1900 el apoyo de ninguna clase no rural en esos estados. Esto se debió sencillamente a que

la transformación de la región fronteriza tuvo efectos mucho más benéficos para las clases medias y para la clase obrera industrial que para los campesinos. Las inversiones extranjeras en proyectos tales como la construcción ferroviaria multiplicaron enormemente las oportunidades económicas de estas clases, y antes de 1900 produjeron un alza significativa en los salarios reales.[18] Además, el derrocamiento por Díaz de las antiguas oligarquías políticas había creado vacantes que la clase media pudo llenar y desde cuyas posiciones pudo ejercer, cuando menos por un tiempo, algún poder real, hasta quedar una vez más desplazada por la nueva oligarquía que se fue formando.

No fue sino hasta 1900-1910 cuando la disposición favorable de estos grupos hacia el régimen se alteró, ya que en esos diez años las inversiones extranjeras comenzaron a revelar su lado negativo. Las inversiones se fueron acelerando a un ritmo vertiginoso: entre 1900 y 1910 la inversión extranjera en México se triplicó en relación con la cantidad invertida entre 1876 y 1900.[19] Una de las consecuencias de este crecimiento fue una tasa de inflación altísima, que redujo en forma drástica los salarios reales de la clase media y la clase obrera industrial y limitó notablemente las oportunidades de inversión de los empresarios de clase media al hacer más difícil la obtención de créditos. El gobierno aumentó la carga soportada por estos dos grupos cuando se propuso elevar sus impuestos para compensar la reducción en el valor de los impuestos pagados por los inversionistas extranjeros y la oligarquía local. Otra consecuencia del aumento en la inversión extranjera fue una mayor vulnerabilidad al ciclo económico en los Estados Unidos, vulnerabilidad que se manifiesta en la forma más dolorosa durante la crisis económica de 1907. La carga soportada por las clases medias y las trabajadoras aumentó nuevamente a causa de un factor externo: la repatriación de miles de trabajadores mexicanos despedidos de las minas y fábricas norteamericanas durante cada recesión.

Para las clases medias la reducción de los ingresos y el aumento de los impuestos constituían sólo dos elementos de una situación social y económica en rápido proceso de deterioro. Entre 1900 y 1910 se redujeron dramáticamente sus oportunidades de ascenso en la escala social debido a las nuevas estructuras políticas establecidas por Díaz en el norte de México. En los últimos años de su régimen Díaz renunció a sus esfuerzos por separar el poder político del económico y limitar el poder político de las oligarquías regionales en sus estados. En consecuencia, las posiciones políticas y los empleos gubernamentales otorgados como premio a la fidelidad política, que en México siempre habían sido determinantes para la supervivencia de las clases medias, cayeron bajo el control exclusivo de las oligarquías estatales. Al mismo tiempo, estos poderosos grupos ejercían un grado creciente de dominio sobre las autoridades regionales y locales, que con frecuencia habían sido un feudo tradicional de las clases medias. Entre estas últimas

empezó a surgir un profundo resentimiento contra las oligarquías estatales. El descontento en el seno de la clase obrera industrial y de las clases medias se manifestaba en la intensificación de los sentimientos nacionalistas y en un creciente resentimiento contra los inversionistas extranjeros a quienes culpaban en general por su mala situación, y también contra el régimen de Díaz que se negaba a detener el avance de aquéllos. A fin de cuentas, pues, y a pesar de un principio alentador, la transformación de la región fronteriza fue desgastando el apoyo que tenía el régimen de Díaz entre la población urbana.

En este periodo surgieron también expresiones de descontento en un grupo rural que hasta entonces había sido pasivo y dócil tanto ante los grandes terratenientes como ante las autoridades gubernamentales estatales y nacionales. Éste era el que formaban los peones de la hacienda tradicional, sector de la población agraria que, desde la época colonial, estaba proporcionalmente mejor representado en el norte que en el resto del país. Pero antes de entrar en los motivos de su descontento, serán necesarias unas palabras de advertencia para disipar la idea de que la revolución mexicana fue una revolución de peones iniciada por los más pobres y en la cual pelearon los que más sufrían. Los hechos históricos no confirman esta apreciación. En el resto de este libro se hará evidente que la revolución no fue impulsada principalmente por los peones. Con algunas notables excepciones, es probable que Pablo Martínez del Río, heredero de una de las más distinguidas familias de hacendados de México, tuviera razón cuando observó que la guerra contra el hacendado casi nunca fue llevada a cabo por los habitantes de la hacienda (quienes en muchos casos se mantuvieron fieles a ella hasta el final) sino por los habitantes de los pueblos vecinos (que querían más tierra).[20]

Los hechos históricos tampoco confirman la idea de que la revolución se originó allí donde las privaciones espirituales y materiales de los peones eran mayores. De hecho, el norte "revolucionario" de México ofrecía a sus peones un nivel de vida notablemente superior al que tenían los peones en el sur comparativamente "no revolucionario", en donde el sistema de "servidumbre por endeudamiento"* había degenerado hasta llegar a convertirse en una virtual esclavitud, pero en donde el estricto aislamiento y supervisión de los peones hacía extremadamente difícil organizar una revolución. En las haciendas del norte no prevaleció, durante la era de Díaz, ni la esclavitud ni el vasallaje. La servidumbre por endeudamiento, todavía muy ampliamente difundida a mediados del siglo XIX, había ido perdiendo vigencia en el norte de México y en el suroeste de los Estados Unidos gracias al desarrollo de la minería y la industria, que ofrecían oportunidades alternativas de empleo. Sólo persistía en un número limitado de haciendas en los estados de Durango, Chihuahua y Sonora. En la mayoría de las haciendas, el antiguo tipo de peón fue sustituido por un nuevo trabajador residente, altamente diferenciado y estratificado en cuanto a los derechos que podía ejercer y los salarios que podía obtener. Se desarrolló una escala social que ascendía desde los peones que aún quedaban hasta los arrendatarios ricos en algunas haciendas del estado de Chihuahua.[21]

* Por el cual el patrón adelantaba salarios al peón, obligándose éste a trabajar hasta cubrir la deuda: como ésta se renovaba continuamente para cubrir el costo de la vida, la deuda no se saldaba jamás, heredándose inclusive de padres a hijos. [T.]

En las haciendas del norte desempeñó un papel importante un grupo adicional, que sólo existía en forma muy limitada en el sur: el constituido por los vaqueros. Como es natural, la cría de ganado se convirtió en la principal industria en aquellas regiones del norte de México donde la falta de una provisión abundante de agua había impedido la expansión de la agricultura. Los vaqueros estaban bien armados y con frecuencia eran dueños de sus propios caballos; eran, de hecho, una clase privilegiada. Se les pagaba mejor que a los campesinos, muchos eran dueños de sus propias cabezas de ganado, que pastaban en las tierras de la hacienda, y sus oportunidades para ascender en la escala social eran mayores que las de los campesinos. Por cada siete u ocho campesinos había un capataz que recibía el doble del salario normal de un vaquero. Cualquiera que se quedara un tiempo suficiente en la misma hacienda tenía muchas probabilidades de llegar a esta posición.[22] En términos generales, pues, la situación de los trabajadores residentes en las haciendas del norte era mejor que la de sus análogos en el resto del país, y sin embargo sus relaciones con los hacendados eran con frecuencia mucho más conflictivas.

Este antagonismo puede explicarse por el quebrantamiento de la relación patriarcal entre el peón tradicional (cuyos antepasados habían vivido en la mayoría de los casos en la misma hacienda durante siglos) y el hacendado, relación que había caracterizado tanto al norte como al centro de México durante la mayor parte del siglo XIX. Siguió caracterizando a la región central de la república incluso durante el periodo revolucionario, ya que allí muchos peones se habían convertido en una especie de empleados de confianza en las haciendas, en donde la mayoría de los trabajadores eran campesinos a quienes se había despojado de sus tierras. En Santa Ana Tenango, por ejemplo, en una hacienda morelense que pertenecía a la familia latifundista más rica del estado, los García Pimentel, la mayoría de los peones acasillados se negaron a unirse a los revolucionarios o a aceptar siquiera la tierra de las haciendas que se les otorgó durante las posteriores reformas agrarias.[23] Esto no sucedía, en cambio, en el norte, ya que en vísperas de la revolución Luis Terrazas se quejaba amargamente: "Desde el principio de la situación estoy haciendo esfuerzos por armar gente de mis haciendas; pero con franqueza vuelvo a manifestar a usted que los mismos sirvientes están muy contaminados, y solamente se cuenta con un reducidísimo número que son leales. Armar a los desleales, como usted per-

cibirá, sería enteramente contraproducente, porque se pasarían al enemigo armados y equipados".[24] Este quebrantamiento de las relaciones patriarcales en los estados del norte no se debió a ninguna falta de esfuerzo de parte de los hacendados por mantenerlas. Luis Terrazas procuraba visitar cada una de sus haciendas cuando menos una vez al año. En estas ocasiones se declaraba asueto, y los peones se formaban para darle la bienvenida y recibir los regalos que les traía. Él hacía grandes esfuerzos por recordar el nombre y la historia de cada uno de sus peones.[25]

Pero la transformación de la zona fronteriza tendía a viciar estos esfuerzos. En primer lugar, mantener la relación patriarcal tradicional era cada vez más difícil debido al enorme crecimiento de las propiedades de los Terrazas y demás latifundistas norteños, que hacía cada vez más problemático para los terratenientes establecer relaciones personales con cada uno de sus peones. En segundo lugar, esta relación había perdido gran parte de su sentido con la derrota de los apaches en 1884. Hasta entonces el hacendado, como el señor medieval europeo, había podido ofrecer a sus peones protección contra los ataques de los indios al darles un refugio seguro en su casco fuertemente fortificado (en el norte de México el casco de la hacienda había sido construido para servir de refugio y fortaleza) y al enviar a sus hombres a combatir a las bandas merodeadoras. Al cesar los ataques, tal protección dejó de ser necesaria. Es significativo que la única región del norte de México donde las relaciones entre los peones y los hacendados siguieron siendo estrechas —donde incluso muchos hacendados armaron a sus peones y los encabezaron, uniéndose a la revolución— fue el sur de Sonora, donde persistía el peligro de ataques por los rebeldes yaquis.[26] En tercer lugar, la relación patriarcal fue debilitada por la creciente percepción de los peones de que en los ranchos de los estados vecinos de los Estados Unidos se pagaban mejores salarios y se ofrecían mejores condiciones de vida. Miles de ellos, sobre todo entre los vaqueros, se fueron a buscar trabajo en los ranchos del suroeste norteamericano. Los que regresaban a México volvían con nuevas dudas respecto a la bondad patriarcal de los hacendados mexicanos, que les pagaban una fracción de lo que recibían en los Estados Unidos.

Otro factor adicional de descontento parece haberse limitado tan sólo al caso de los peones que trabajaban en las enormes haciendas de los Terrazas, en el estado de Chihuahua. Allí, a diferencia de lo ocurrido en la mayoría de las haciendas del norte, no habían desaparecido las restricciones a la libertad de movimiento de muchos peones, tales como la servidumbre por endeudamiento. La resistencia del viejo caudillo a romper con las formas tradicionales de servidumbre se combinaba con una singular capacidad para imponerlas. Debido a su enorme poder económico y político, Terrazas tenía los medios, compartidos por muy pocos hacendados norteños, de imponer por la fuerza un sistema cada vez más impopular de servidumbre

por endeudamiento a sus trabajadores, la mayoría de los cuales lo aceptaba de mal grado.

En contraste con los peones "tradicionales" que se encontraban principalmente en Chihuahua, y en menor proporción en Sonora, comenzó a surgir un nuevo tipo de trabajador agrícola "moderno" en las haciendas, especialmente en un tercer estado norteño que había de proporcionar un sector importante del movimiento revolucionario del norte: Coahuila.

El término de "peón moderno" es quizá el más apropiado para designar a los miles de emigrantes de la región central del país, muchos de ellos campesinos despojados de sus tierras, que acudían en grandes números a las regiones norteñas de reciente explotación. La mayoría de ellos se asentaron en una zona reducida, en la cual tuvo lugar el crecimiento económico tal vez más acelerado del periodo porfirista: la zona de La Laguna en Coahuila y Durango. En sus campos algodoneros se pagaban los salarios agrícolas más altos de todo el país. Además, todas las formas de trabajo forzado, tales como la servidumbre por endeudamiento, habían prácticamente desaparecido de esta región. Hasta la tienda de raya era distinta en La Laguna de lo que era en la mayoría de las haciendas mexicanas. Se pagaba a los trabajadores en moneda y no en vales, con lo cual no se veían obligados a limitar sus compras a la tienda de la hacienda. Los hacendados, que con frecuencia cobraban precios más bajos en sus tiendas que los comerciantes vecinos, utilizaban la tienda de raya como incentivo adicional para atraer mano de obra escasa, en vez de como medio para aumentar sus ganancias o para obligar a los peones a quedarse en sus haciendas.[27]

A pesar de estas ventajas, la región en que se habían asentado dichos inmigrantes, especialmente La Laguna, se convirtió en abastecedora casi inagotable de tropas revolucionarias durante la década de 1910-20.[28] El motivo fundamental de ello no fue primordialmente la oposición a los terratenientes locales. Al comparar su situación con la que habían tenido en el centro o en el sur de México, de donde provenían, muchos de los inmigrantes tendían a verla como positiva. Fue solamente veinte años y una generación más tarde (generación nacida ya en el norte) cuando los campesinos de La Laguna se volvieron contra los hacendados de la región.

De hecho, en la revolución de 1910-20 muchos de los peones que vivían en forma permanente en las haciendas no se rebelaron en contra sino junto con sus hacendados.[29] Como los señores medievales europeos, algunos de los terratenientes de Sonora y de La Laguna llegaron a encabezar en la lucha a sus peones bien pagados y bien tratados.

Los vínculos entre los numerosos trabajadores no residentes y los hacendados eran, por supuesto, menos fuertes que los que unían con éstos a quienes residían en las haciendas en forma permanente. Los trabajadores no residentes constituían un grupo más heterogéneo desde el punto de vista social y económico, pero muchos de ellos también participaron muy

activamente en la revolución, a veces con los hacendados y a veces contra ellos. Para la mayoría (aunque no para todos) lo que determinó principalmente sus acciones revolucionarias no fue el hambre de tierra —esto sólo fue cierto una generación más tarde— sino la necesidad de sobrevivir. Los trabajadores temporales ganaban salarios muy altos, en comparación con los que se pagaban generalmente en México, pero estaban sujetos a una extrema inseguridad en el empleo. Sólo encontraban empleo bien pagado en los campos algodoneros durante una parte del año, y el resto del tiempo tenían que arreglárselas en otra parte. En La Laguna algunos trabajadores (llamados "eventuales") permanecían cerca de las haciendas algodoneras e intentaban encontrar empleos ocasionales, a veces en la industria o en la minería, a veces en haciendas que producían otras cosechas.[30] Otros se convertían en migratorios permanentes, alternando su trabajo en la cosecha de algodón en La Laguna con trabajos agrícolas o no agrícolas en otras regiones de México y en el suroeste de los Estados Unidos. Era una forma de vida sumamente precaria, ya que cada una de estas fuentes de empleo estaba sujeta a continuas fluctuaciones cíclicas. En promedio, cada tercer año la falta de lluvias suficientes disminuía la corriente del río Nazas y desquiciaba la producción de algodón en la región de La Laguna,[31] y en ocasiones las depresiones cíclicas afectaban no sólo a la minería mexicana sino a las fuentes de trabajo industrial y agrícola en los Estados Unidos.[32] Cuando ocurrían estas recesiones, los primeros en ser despedidos eran los trabajadores mexicanos. Cuando sobrevenía una de estas pérdidas de cosechas o depresiones económicas la situación se volvía muy difícil para los trabajadores migratorios. Cuando coincidían todas, como en el periodo de 1907-1910, se hacía catastrófica.[33] Agravaba la situación el hecho de que muchos de estos trabajadores migratorios no tenían pueblos o conexiones familiares del tipo que ofrece la familia extensa tradicional y que ayudaban al trabajador a sobrevivir, como en el caso de los campesinos del centro y del sur del país. Era precisamente su falta de raíces y su continua movilidad lo que hacía a estos peones más proclives que los tradicionales a unirse a los ejércitos revolucionarios que luchaban lejos de su suelo natal.

Para 1910 había sólo un grupo mexicano que en resumidas cuentas se había beneficiado con la transformación de la zona fronteriza: la clase de los nuevos caudillos en Chihuahua y Sonora, que había comenzado a surgir de las cenizas de la anterior en el último cuarto del siglo XIX.

Esta nueva clase era una amalgama de dinastías "de sangre azul" con otras advenedizas. Algunas de las más antiguas, que habían sido eliminadas del poder durante el proceso de transformación efectuado por Díaz, pudieron regresar a su antigua posición. Entre ellas la más prominente era el clan de los Terrazas, que hizo las paces con Díaz en 1903: Luis Terrazas fue vuelto a nombrar gobernador de Chihuahua, cargo en que lo sucedió su yerno, Enrique Creel y, más tarde, su hijo, Alberto Terrazas.[34] Otros

miembros de la nueva clase de caudillos fueron reclutados por Díaz entre las capas inferiores de la vieja estructura gobernante, en el curso de su reorganización política de la región. Entre éstos, los más prominentes eran Luis y Lorenzo Torres, militares que habían encabezado la facción adicta a Díaz en Sonora durante la victoriosa revuelta de éste en 1876; éstos habían expulsado a Ignacio Pesqueira, quien había dominado al estado durante muchos años.[35]

Los avances económicos de estos grupos habían sido tremendos ya desde antes de 1900. Además de sus fuentes tradicionales de ingresos, pudieron aprovechar otras completamente nuevas, abiertas por la corriente de inversiones extranjeras; el papel de intermediarios para las compañías extranjeras que iniciaban operaciones en México; la venta y explotación de tierras públicas que antes de la llegada del ferrocarril eran consideradas carentes de valor; y, sobre todo, el control del sistema de crédito en sus estados.[36]

Después de 1900 su preeminencia económica fue aparejada con la preeminencia política. Díaz dio a los nuevos caudillos un control casi ilimitado de sus estados y colocó a muchos de ellos en puestos importantes dentro del gobierno federal. Es este punto el poder de los nuevos caudillos excedía a los más desorbitados sueños de sus antecesores de la época anterior a Díaz. Cualquiera que quisiera tener un cargo en el gobierno, ya fuera a nivel local no sólo había sobrepasado ampliamente a la tradicional en cuanto al de poder. Cualquiera que presentara una demanda tenía que apelar a jueces nombrados por ellos. Cualquiera que necesitara crédito tenía que recurrir a bancos controlados por ellos. Cualquiera que deseaba obtener empleo en una compañía extranjera probablemente tenía que depender de su mediación. Cualquiera que perdiera sus tierras por pasar éstas a ser propiedad de una compañía deslindadora, podía culparlos a ellos. La nueva oligarquía local no sólo había sobrepasado ampliamente a la tradicional en cuanto al poder que ejercía, sino que también se liberó de las restricciones y obligaciones que habían tenido que soportar sus antecesores. No le debía respeto a la autonomía municipal, ni tenía que dar protección contra los ataques de los apaches o contra las agresiones del gobierno federal. En consecuencia, no hay por qué sorprenderse de que las oligarquías chihuahuenses y sonorenses se convirtieran rápidamente en blanco de la oposición que unificó a los grupos más diversos de la población, si bien era poco lo que los unía fuera de su odio a la omnipotente oligarquía caudillista.[37]

Los caudillos de Coahuila fueron una excepción. A diferencia de lo sucedido en Sonora y Chihuahua, en Coahuila no hubo ninguna alianza duradera entre la nueva oligarquía y el gobierno de Díaz. De hecho, a comienzos del nuevo siglo ambos se hallaban en conflicto abierto.

En 1885 Porfirio Díaz había enviado a un hombre de toda su confianza, el general Bernardo Reyes, a los estados del noreste de la república, Nuevo León y Coahuila, en calidad de comandante militar, con el objeto de que-

brantar el poderío de los caudillos locales de suerte que su poder pudiera ser asumido por el gobierno central. En un principio Reyes tuvo éxito, pero poco después de ser nombrado gobernador de Nuevo León en 1887, se alió estrechamente con los viejos círculos oligárquicos y se convirtió en uno de los caudillos más poderosos del país.[38] Cuando le dieron la cartera del Ministerio de la Guerra, en 1900, pudo aumentar el apoyo ya considerable de que gozaba en el ejército. Se convirtió en el único de los nuevos caudillos que puso en entredicho el poderío de la oligarquía financiera y política mexicana conocida popularmente como "los científicos" por haber adoptado el positivismo de Augusto Comte y el darwinismo social de Herbert Spencer.[39] Las ambiciones de Reyes y de los grupos nororientales vinculados con él despertaron la desconfianza de Díaz, quien en 1903 envió al general de regreso a Nuevo León y puso fin a su papel como Ministro de la Guerra.

Pero esta relegación de ninguna manera indujo a Reyes a abandonar su ambición de llegar a gobernar el país. En 1908 hizo saber que abrigaba la esperanza de que Díaz lo incluyera en su planilla como candidato a la vicepresidencia en las elecciones de 1910. Se suponía generalmente que Díaz, en vista de su avanzada edad, no llegaría al final del periodo presidencial, y que lo sucedería quien fuera el vicepresidente. Reyes esperaba obligar a Díaz a aceptar su candidatura movilizando a importantes sectores de las clases medias y altas en su favor.

El creciente entusiasmo que una parte de las clases altas del noreste (y en menor grado también algunos hacendados sonorenses), demostraban por Reyes desembocó en una creciente hostilidad hacia ellas de parte del régimen de Díaz. Expresaba esta animadversión el hecho de que, a diferencia de las élites de Chihuahua y Sonora, algunos de cuyos representantes Díaz había aceptado en su gobierno, los ricos y poderosos comerciantes y terratenientes de la región de La Laguna quedaron excluidos totalmente del gobierno federal. Díaz dio un paso más al obligar a renunciar al gobernador Miguel Cárdenas, que tenía el apoyo de grandes grupos de hacendados en Coahuila, y al impedir la elección de otro terrateniente del mismo estado, Venustiano Carranza, respaldado por la mayor parte de la clase alta coahuilense.[40]

Tanto la oposición de Díaz a este grupo de la élite nororiental como el creciente resentimiento de éste contra Díaz pueden haber sido agravados por el creciente conflicto de dicho grupo con los intereses extranjeros. El mejor conocido de los enfrentamientos de este tipo, aunque no el único, fue el que afectó a la familia más rica de La Laguna (y probablemente de todo el estado de Coahuila), los Madero. (Esta familia nunca había apoyado a Reyes, pero uno de sus miembros más destacados, Francisco Madero, había intentado durante algunos años establecer una oposición política al gobierno de Díaz.) A diferencia de las familias Torres y Terrazas, la de los Madero, que era la más rica y poderosa de la región nororiental de México, jamás había cooperado armoniosamente con las compañías norteamericanas, sino que ya había ganado fama entre estas compañías por sus abiertas tácticas de enfrentamiento. A finales del siglo, Francisco Madero había formado y encabezado una coalición de hacendados laguneros para oponerse a los intentos de la compañía anglo-norteamericana Tlahualilo por monopolizar los derechos sobre el agua en esa zona enteramente dependiente de la irrigación. Cuando los Madero cultivaron guayule, sustituto del caucho, se enfrentaron a la Continental Rubber Company. Otro conflicto se desarrolló antes de 1910 debido a que los Madero poseían el único horno de fundición del norte de México que era independiente de la American Smelting and Refining Company.[41]

Los Madero no se hallaban solos en su rebeldía. Muchos otros miembros de la clase alta nororiental estaban interesados en los derechos sobre el agua en La Laguna, en el cultivo del guayule y en la operación independiente de hornos de fundición en el norte de México.

Sin embargo, estos factores no bastarían a explicar por qué algunos de los hacendados norteños se decidieron finalmente a rebelarse. La región nororiental de México no era la única del país en donde habían surgido conflictos entre los terratenientes y el gobierno federal. También en Yucatán se había producido un enconado conflicto de tipo parecido. En un esfuerzo por hacer subir en el mercado mundial el precio del henequén, que era su cultivo básico, los hacendados de Yucatán habían llegado a un acuerdo con el Banco Nacional de México para que éste comprara grandes cantidades de henequén que serían retiradas del mercado a fin de que la demanda rebasara la oferta e hiciera subir el precio del producto. En vez de respetar este acuerdo, el banco, bajo la fuerte influencia del secretario de Fomento de México, Olegario Molina, quien mantenía estrechas ligas con el mayor comprador de henequén en el país, la International Harvester Company, puso súbitamente a la venta en el mercado todo el henequén que tenía almacenado. Hubo, en consecuencia, una caída sin precedentes del precio del henequén que casi arruinó a muchos hacendados. Pero por descontentos que estuvieran con la política del gobierno central del país, los hacendados jamás hubieran pensado en llamar a los campesinos a levantarse contra el gobierno federal. Les tenían un miedo mortal, pensando que sus peones, que vivían en condiciones muy próximas a la esclavitud y que habían sido despojados de una gran parte de sus tierras por los hacendados, los convertirían en el primer blanco de cualquier rebelión.[42]

En cambio, los hacendados revolucionarios de Coahuila, la mayoría de los cuales estaban situados en la zona de La Laguna, no tenían semejante temor. La mayor parte de las tierras de La Laguna habían estado deshabitadas antes de que los hacendados las explotaran. A diferencia de sus

análogos de Yucatán, no tenían que enfrentarse a una masa de campesinos a quienes habían despojado de sus tierras. En vista del hecho de que los peones que trabajaban en sus haciendas recibían los salarios más altos y gozaban de la mayor libertad en todo el campo mexicano, había surgido un nuevo tipo de relación paternalista entre los terratenientes y los peones. Los primeros se esforzaban por fortalecer esta relación proporcionando escuelas y servicios médicos a sus trabajadores. Algunos de los más ilustrados, como Francisco Madero, incluso extendían estos servicios a los peones temporales, ganándose así su lealtad.[43]

A la larga, la confianza de los hacendados en la pasividad y lealtad de sus peones resultó ser completamente infundada. En la década de 1930, la segunda y tercera generación de peones laguneros organizaron el movimiento campesino más militante de México, y en consecuencia la reforma agraria más radical que hubo en México en esta década se llevó a cabo en La Laguna. Sin embargo, durante el periodo de 1910-20, y con algunas excepciones importantes, el optimismo del hacendado no resultó injustificado. En vez de rebelarse contra los hacendados, la mayoría de los peones de La Laguna prefirió unirse con ellos para rebelarse contra el gobierno federal. Por lo tanto, la clase alta nororiental, además de tener poderosos motivos para rebelarse, tenía un singular tipo de apoyo masivo que le permitía hacerlo.

CARACTERÍSTICAS DE LA ZONA FRONTERIZA DEL NORTE DE MÉXICO

Tales desarrollos desiguales nos plantean dos preguntas obvias: ¿Por qué se convirtió el norte en el baluarte de la revolución mexicana, del cual surgieron tanto sus dirigentes como sus ejércitos victoriosos? ¿Por qué, entre todas las regiones fronterizas de reciente desarrollo en el continente americano fue la del norte de México prácticamente la única en donde tuvo lugar un victorioso movimiento revolucionario en gran escala?

La respuesta a la primera pregunta está, obviamente, ligada a la transformación económica tremendamente acelerada, y en gran parte inducida desde el extranjero, que tuvo lugar en el norte de México y que condujo a un grave desajuste económico y social en gran escala. Pero el norte de México no fue la única región que sufrió semejante cambio y desajuste. El crecimiento acelerado ligado a desajustes económicos y sociales se dio también en otras regiones, tales como Morelos, Veracruz y Yucatán. En todas estas regiones surgieron, efectivamente, movimientos sociales que buscaban un cambio radical, aunque no al mismo tiempo: la rebelión zapatista estalló en Morelos en 1910, pero en Veracruz y Yucatán estos movimientos no alcanzaron su apogeo hasta la década de 1920.

Lo que distinguió a la revolución en el norte de México de aquellos otros movimientos fue la diversidad de las clases y estratos sociales que se unieron a la revolución y la mayor facilidad que tuvieron los revolucionarios norteños para conseguir armas.

La característica singular de la región del norte consistió en que importantes porciones de todas las clases sociales participaron en la revolución. Fue la única parte del país, por ejemplo, que contó con un estrato relativamente numeroso de hacendados revolucionarios cuyo apoyo a los movimientos políticos contrarios a Díaz los llevó a aliarse con las clases medias, e incluso las bajas, de la sociedad.

Una clase media insatisfecha que resentía el hecho de que estaba excluida del poder político, de que parecía recoger sólo las migajas del auge económico mexicano y de que los extranjeros estaban desempeñando un papel cada vez más importante en la estructura económica y social del país, existía en la mayor parte de México. Sin embargo, en ninguna otra región había crecido esta clase media con tanta rapidez como en el norte, y en ninguna otra había sufrido tantas pérdidas en un lapso tan breve. No sólo afectaron profundamente a la clase media norteña las crisis cíclicas de 1907, que golpearon más fuertemente al norte que a ninguna otra región de México, sino que este grupo sufrió también las mayores pérdidas políticas. En el siglo XIX, debido al aislamiento de los estados fronterizos, había gozado de cierto grado de autonomía municipal y regional, sin igual en el resto de México. Al extenderse el poder del gobierno federal al norte del país, esta clase perdió la mayor parte de estos derechos tradicionales.

En un principio estas pérdidas se vieron compensadas por dos ventajas que les ofreció el régimen de Díaz: una de ellas fue el crecimiento económico acelerado y la construcción de ferrocarriles, que beneficiaron a muchos de ellos. La otra fue la introducción de lo que podríamos llamar un sistema bipartidista en algunos de los estados del norte. En Chihuahua, por ejemplo, después de su llegada a la presidencia, Díaz había eliminado del poder a la oligarquía tradicional e impuesto a sus propios hombres. Pero el presidente no era lo suficientemente fuerte para evitar que el viejo grupo gobernante formara su propio partido político y desafiara a los nuevos gobernantes del estado. El conflicto resultante movió a ambos bandos a buscar la ayuda y el apoyo de las clases medias, que ganaron así cierto grado de fuerza política y económica.

Cuando Díaz, en un profundo viraje político a comienzos del nuevo siglo, dio a estas oligarquías el control total dentro de sus propios estados, puso fin al sistema bipartidista y excluyó completamente a grandes sectores de las clases medias del poder político. Al mismo tiempo, la situación económica de éstas empeoró drásticamente. Los golpearon en primer lugar la inflación y los impuestos crecientes, y luego muchos de ellos fueron arruinados por la crisis cíclica de 1907-10, que afectó más al norte que a ninguna otra región del país.

Esta misma crisis afectó a la clase obrera industrial del norte en un grado sin precedentes dentro de su experiencia y sin paralelo en el resto de México. Con la posible excepción de la capital mexicana, era en el norte del país donde había mayor número de desempleados en vísperas de la revolución.

La población agrícola del norte de México también presentaba una serie de características que la distinguía profundamente de la del resto de México. La primera de estas características era su heterogeneidad. Había cuando menos cinco grupos muy claramente delimitados en las zonas rurales del norte y dentro de ellos numerosos subgrupos. Esta población rural se componía fundamentalmente de los ex-colonos militares, los miembros de tribus indígenas, los peones tradicionales, los vaqueros, y un proletariado "moderno" semiagrícola y semindustrial.

Debido a las luchas contra los apaches, tenían una mayor tradición guerrera y más armas a su disposición que los campesinos de cualquier otra parte del país. Debido a que tantos de ellos trabajaban en la industria y en la minería, eran muchos más los campesinos norteños que tenían vínculos con la población no agrícola que en ninguna otra parte de México. Un sector muy numeroso de los habitantes del campo del norte de la república, los vaqueros y los trabajadores migratorios, no tenían lazos fuertes de tipo tradicional con ninguna comunidad específica.

Estos tres factores propiciaban, obviamente, su ingreso en los ejércitos revolucionarios.

Sin embargo, el primer factor, o sea su heterogeneidad, podía, como en muchas otras partes del mundo, convertirse en un obstáculo a la actividad revolucionaria. No fue así mientras grandes segmentos de los revolucionarios no campesinos, con los cuales muchos campesinos tenían vínculos estrechos, estuvieron unidos en sus esfuerzos. Una vez que estos grupos comenzaron a disgregarse, los campesinos norteños los siguieron y, a diferencia de la población rural de Morelos, fueron incapaces de organizar un movimiento agrario autónomo.

Hay que añadir a todas estas características, que distinguían a la mayoría de las clases sociales del norte de las del resto de México, una tradición de colaboración entre todas las clases de la sociedad, nacida durante las guerras contra los apaches y que se renovó durante la revolución. Si bien se produjeron levantamientos de campesinos, de obreros y de miembros de las clases medias en distintas partes de México, fue sólo en el norte donde todos pudieron unirse entre sí y combinar sus fuerzas con las de un grupo de hacendados revolucionarios.

El último elemento necesario para transformar el descontento de casi todos los sectores y clases de la sociedad fronteriza en actividad revolucionaria, fue la proximidad con los Estados Unidos.

La transformación de la zona en una auténtica frontera hizo más que

transformar a los colonos fronterizos en revolucionarios. También les dio los medios para llevar a cabo la revolución. La cercanía con los Estados Unidos les permitió resolver con facilidad el eterno problema de todos los revolucionarios: la obtención de armas. A pesar de sus leyes de neutralidad, los Estados Unidos fueron utilizados como un santuario por los revolucionarios que preparaban su movimiento en México. Las consecuencias ideológicas de la simbiosis económica entre la zona fronteriza mexicana y el suroeste norteamericano fueron tan extrañas como las prácticas. Un nacionalismo antinorteamericano muy exacerbado se combinó con el deseo de las clases medias y trabajadoras mexicanas de obtener derechos y libertades de los cuales gozaban sus homólogos en los Estados Unidos.

Todos estos elementos nos dan una explicación de por qué el norte mexicano desempeñó un papel tan distinto del resto del país durante la revolución. También ayuda a explicar por qué el norte mexicano fue la única región fronteriza latinoamericana de reciente colonización que se convirtió en centro de actividad revolucionaria en gran escala.

Ninguna de las vastas regiones fronterizas en proceso de desarrollo en América del Sur tenía el fácil acceso a armas que tenía el norte de México. Debido a que la zona fronteriza mexicana era contigua a uno de los países más desarrollados del mundo, el crecimiento económico fue más acelerado y unilateral y produjo más desajustes que en ninguna otra zona latinoamericana recién abierta a la explotación.

Había también allí una corriente muy singular de inmigración extranjera. Los inmigrantes fueron importantes para el desarrollo de muchas regiones fronterizas recién pobladas de América Latina. Así, por ejemplo, los alemanes que trabajaban principalmente como agricultores desempeñaron un papel importante en el crecimiento y desarrollo del sur del Brasil y el sur de Chile. Pero siempre estuvieron subordinados a las autoridades nacionales. Debido a la vecindad del norte mexicano con los Estados Unidos, los inmigrantes norteamericanos solían ser más ricos y mucho más privilegiados y poderosos que los inmigrantes que llegaron a poblar regiones fronterizas sudamericanas en proceso de colonización. Los norteamericanos traían con ellos, además, el espectro de la anexión al poderoso vecino del norte y provocaron por lo mismo un grado de resentimiento nacionalista mucho mayor que en las regiones fronterizas de América del Sur.

La integración extremadamente rápida del norte de México a la estructura política del régimen de Díaz y a la economía norteamericana excluyó súbitamente a las clases medias y bajas del acceso a sus vastos recursos territoriales. Su resentimiento se intensificó por el hecho de que muchas de estas tierras seguían prácticamente despobladas y muchas veces no eran cultivadas sino utilizadas principalmente con fines de especulación. Estos procesos debilitaron al mismo tiempo al escaso campesinado libre que se había podido desarrollar en el norte de México en los días en que ésta era

una zona abierta a la colonización. La desaparición del campesinado libre condujo a la desaparición concomitante de una serie de instituciones democráticas que eran producto de un siglo de evolución en la región fronteriza del norte mexicano. Estos cambios políticos afectaban a su vez a todos los pobladores, fueran o no campesinos.

LA RIVALIDAD ENTRE EUROPA Y LOS ESTADOS UNIDOS

El régimen de Díaz no fue derrocado únicamente por las múltiples fuerzas cuya hostilidad suscitó dentro de México, sino también debido a las muy poderosas fuerzas cuya oposición despertó fuera del país: las de importantes grupos económicos en los Estados Unidos. En su esfuerzo por detener lo que llegó a considerar como una invasión de inversionistas norteamericanos, Díaz comenzó a volverse hacia las potencias europeas, invitándolas a invertir en su país y a desafiar en él la supremacía norteamericana. Cuando esta invitación fue atendida se convirtió en uno de los principales escenarios de la rivalidad europeo-norteamericana en América Latina.

Si Díaz esperaba fortalecer su propia autoridad al desafiar la influencia norteamericana, cometió un gran error de cálculo. Los intereses norteamericanos, al sentirse agredidos, le retiraron su apoyo y comenzaron a buscar un aliado más amable entre sus enemigos. Al provocar el resentimiento norteamericano antes de obtener apoyo suficiente entre los europeos para contrarrestar sus efectos negativos, Díaz puso en marcha otro proceso que a la larga le costaría caro.

La posición de Díaz frente a los Estados Unidos no siempre había sido renuente a la colaboración. Después de un agudo conflicto en torno al derecho de las tropas norteamericanas a cruzar la frontera mexicana para perseguir a bandidos e indios nómadas, que se produjo a principios de su régimen, Díaz se había comportado con notoria benevolencia hacia las inversiones norteamericanas en México. Su actitud cambió cuando se fue dando cuenta cada vez más claramente de la actitud propietaria que los hombres de negocios norteamericanos, convencidos de su propio "destino manifiesto", habían llegado a adoptar hacia su país. Esta actitud fue expresada sucintamente por James Speyer, cuyo banco era uno de los principales inversionistas en México, en una conversación que tuvo con el embajador alemán en México: "En los Estados Unidos —dijo Speyer— existe la convicción generalizada de que México ya no es sino una dependencia de la economía norteamericana, de la misma manera que toda la región desde la frontera de México hasta el canal de Panamá es vista como parte de América del Norte".[44]

La actitud de Díaz, que ya empezaba a modificarse, fue afectada más profundamente por la victoria norteamericana en la guerra contra España en 1898, por la subsiguiente política del "gran garrote", y por las múltiples intervenciones norteamericanas en Panamá, Haití y Cuba. Pero lo que más contribuyó a transformar su actitud fue el cambio operado en la naturaleza de las compañías norteamericanas que empezaron a entrar entonces en México. Éstas ya no eran las empresas medianas que habían predominado hasta fines del siglo, sino más bien los grandes trusts que, al tiempo que iban apareciendo en los Estados Unidos, llegaban a hacerse de un lugar en el escenario mexicano. Eran las grandes empresas, tales como la Mexican Petroleum Company, que tenía estrechas ligas con la Standard Oil, las que dominaban cada vez más el campo de los negocios.

El mismo Díaz manifestó su alarma ante esta invasión monopólica en varias ocasiones. En 1908, por ejemplo, le expresó a Edward Doheny, director de la Mexican Petroleum, el temor de que esa compañía cayera en manos de la Standard Oil, y obligó a Doheny a prometerle que le informaría con anticipación sobre cualquier plan para la fusión de ambas compañías.[45] Ésta no era la primera vez que Díaz expresaba su preocupación. "El gobierno mexicano ha tomado ya formalmente una posición contraria a los trusts formados con capital norteamericano", informaba a sus superiores el ministro de Austria en México. Y luego añadía: "Ha aparecido una serie de artículos en periódicos semioficiales en que se señala el creciente peligro que representan para los productores mexicanos las actividades intensivas de los trusts. Los productores mexicanos pronto serán esclavos de los mercados financieros norteamericanos. El desarrollo económico del país está creando una dependencia respecto de la poderosa Unión del Norte, y las consecuencias políticas de semejante dependencia son evidentes".[46] El representante francés indicó a su vez, en una carta al ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, Delcassé, lo palpable y contagiosa que se estaba haciendo la preocupación del gobierno mexicano respecto de los trusts norteamericanos: "Nos conviene tan poco a nosotros permanecer indiferentes ante estas actividades —insistió—, como a los gobernantes mexicanos, preocupados por la independencia de su país".[47]

Toda la élite gobernante mexicana comenzó a contagiarse de esta alarma. Después de todo, los "científicos" nunca habían visto con buenos ojos el predominio norteamericano en la actividad inversionista. En primer lugar porque tenían ligas tradicionales más estrechas con los círculos financieros europeos que con los norteamericanos. En segundo lugar, y esto era más importante, porque las compañías europeas, menos sólidamente establecidas, solían aceptar de mejor grado sus propuestas que las norteamericanas, y con frecuencia aceptaban como socio a un "científico" cuando las compañías norteamericanas se habían negado a ello. En tercer lugar, y esto era lo más importante de todo, el predominio norteamericano era incompatible con el concepto que tenían los "científicos" de lo que debía ser el desarrollo económico de México.

El ministro alemán en México, Feiherr von Waugenheim, expresó esto con gran claridad en un informe a sus superiores sobre las metas y la organización de la élite "cosmopolita" (es decir, los "científicos"):

> En opinión de ellos el futuro político del país depende enteramente del desarrollo de la economía. Sin embargo, para lograrlo, el país requiere ayuda del extranjero, incluidos los Estados Unidos. México está, pues, destinado a convertirse cada vez más en un campo de actividad para las empresas capitalistas de todos los países. Sin embargo, los cosmopolitas, aunque parezca paradójico, ven precisamente en esta dependencia económica la garantía de su independencia política, ya que dan por supuesto que los grandes intereses europeos que inviertan aquí constituirán un contrapeso al apetito anexionista norteamericano, y prepararán el camino para la completa internacionalización y neutralización de México. Tras bambalinas, pero encabezando al grupo de los cosmopolitas, está el señor Limantour, ministro de Hacienda. Sus aliados son los altos círculos financieros, así como altos funcionarios gubernamentales que tienen participación o intereses en compañías nacionales y extranjeras, senadores y diputados y, finalmente, los representantes locales del capital europeo invertido en México.[48]

En un esfuerzo por garantizar la neutralidad e independencia del "campo de lucha" mexicano, los científicos se volvieron con diverso éxito hacia Francia, Alemania, Gran Bretaña e incluso, después de 1905, el Japón. El 28 de abril de 1901 el ministro francés informó acerca de una conversación que había tenido con el presidente de la Cámara de Diputados de México, José López Portillo y Rojas:

> [López Portillo] habló largamente de los serios esfuerzos que en los últimos años habían llevado a cabo los Estados Unidos por realizar una invasión general de México con capital, industria y ferrocarriles norteamericanos. "No cabe duda de que no podemos responder a esta invasión en forma extremista, ya que los Estados Unidos han contribuido al desarrollo de nuestro país y siguen haciéndolo, y contribuirán aún más en el futuro. Debemos mantener a tan poderoso vecino en un estado de ánimo favorable y evitar cualquier cosa que provoque su enemistad. Por otra parte, tenemos el derecho y también el deber de buscar en otras partes un contrapeso a la influencia continuamente creciente de nuestro poderoso vecino. Debemos volvernos hacia otros círculos, de los cuales podamos obtener apoyo en ciertas circunstancias, para preservar nuestra independencia industrial y comercial. Ese contrapeso sólo podremos encontrarlo en el capital europeo, y sobre todo en el francés". El señor López Portillo resumió así la opinión que me expresaron muchos dirigentes que no están hipnotizados por el poderío norteamericano y se sienten preocupados por los intentos norteamericanos de controlar la vida económica de México.

Y el representante francés le recordó a su propio ministro de Asuntos Extranjeros que: "Debemos apoyar con todo nuestro poder los esfuerzos de los mexicanos por lograr financiamiento francés para compañías mexicanas importantes que, sin nuestra ayuda, serían pronto dominadas o adquiridas por los norteamericanos".[49]

Sin embargo, la influencia francesa en México nunca fue un contrapeso importante a la norteamericana. Las inversiones de capital francés en México se destinaron predominantemente a la deuda pública y el resto al sistema bancario y a la industria. En estas áreas la influencia francesa constituyó en efecto un obstáculo a la expansión norteamericana. Pero en las áreas decisivas de ferrocarriles y materias primas la influencia francesa tuvo poca importancia y no pudo enfrentarse en absoluto a la presencia norteamericana. La parte que del comercio correspondía a los franceses también era mínima.

Se puede decir lo mismo respecto al papel económico de Alemania durante el porfiriato, con una importante diferencia. Los alemanes habían invertido mucho en la deuda pública mexicana, sólo un poco en el sector de materias primas, y algo más en el de ferrocarriles. El único campo de la economía mexicana en el cual Alemania había incursionado en forma importante, tal vez incluso espectacular, había sido el comercio. Hacia 1910 las importaciones alemanas sólo cedían el primer lugar en volumen a las norteamericanas, aunque todavía se quedaban muy atrás; mientras que el 55% de todos los productos importados a México provenía de los Estados Unidos, sólo el 12.3% provenía de Alemania.[50] La importancia de la presencia económica alemana en México no se debió a que constituyera un contrapeso de algún tipo a la influencia norteamericana, sino a las bases que sentó para su posterior participación, mucho más importante, durante el periodo revolucionario (véase el capítulo 2).

La única potencia que desafiaba seriamente el predominio norteamericano en México era la Gran Bretaña. Su interés económico y su presencia en este país tenían una larga historia. Principal inversionista y socio comercial de México durante la mayor parte del siglo XIX, había sido desplazada de ese puesto por los Estados Unidos después que se construyeron los ferrocarriles que enlazaron a México con su vecino del norte. Durante algún tiempo los británicos parecieron incluso resignados a perder su influencia y el ministro alemán en México informó a su gobierno que corrían rumores según los cuales la Gran Bretaña estaba considerando seriamente cerrar su consulado en la ciudad de México y concentrar todos sus esfuerzos en el intento de retener su supremacía en América del Sur. Sin embargo, esta tendencia se invirtió hacia 1900 con el descubrimiento en México de gran-

des depósitos de petróleo y con el ascenso vertiginoso de una de las mayores compañías británicas que había en México, la Pearson Trust, relacionado precisamente con el auge del petróleo mexicano.[51]

Weetman Pearson, quien más tarde sería Lord Cowdray, fue por primera vez a México en 1889 como director de una compañía constructora británica. Realizó en México extensas obras de irrigación y construcción de puertos y llegó a una posición de gran importancia cuando su compañía compró y reconstruyó el Ferrocarril de Tehuantepec, que antes de la construcción del Canal de Panamá representaba un enlace estratégico y económico crucial entre ambas costas del continente americano. Pero la verdadera importancia de Pearson reside en el hecho de que fundó la que llegó a ser la mayor productora de petróleo en México, El Águila Oil Company, que para 1910 controlaba el 58% de la producción petrolera del país.[52] Posteriormente esta compañía adquirió una crucial importancia para el imperio británico, ya que su flota estaba justamente entonces sustituyendo el carbón por el petróleo como su combustible principal y sus propias reservas no le bastaban para satisfacer sus crecientes necesidades de petróleo. La compañía de Pearson también llegó a ser de decisiva importancia para México cuando Díaz decidió convertirla en la punta de lanza de su campaña para limitar la influencia norteamericana e incrementar la de sus competidores europeos.[53]

Los esfuerzos de Díaz se concentraron primordialmente en el monopolio norteamericano de los ferrocarriles, un caso de predominio norteamericano que los mexicanos resentían muy especialmente. A principios del siglo xx la mayor parte de la red ferroviaria mexicana estaba en manos de dos compañías: la Standard Oil y la casa bancaria norteamericana de Speyer. En una conversación sostenida con el ministro alemán en 1903, Díaz ya había expresado su temor de que "México llegara a encontrarse en la misma situación que los Estados Unidos, donde las compañías ferroviarias han demostrado repetidas veces que tienen más poder que el gobierno".[54] El propio ministro alemán, Heyking, expresó también temores similares: "Incluso desde el punto de vista estrictamente económico, parecería problemático dejar cuatro de las vías de comunicación de México con el resto del mundo en manos de dos compañías norteamericanas, cuando hay que tomar en cuenta la probabilidad de que estas dos compañías, cansadas de la competencia, podrían unirse o fusionarse para explotar las tarifas de fletes y monopolizar todo el tráfico". Y siguió diciendo: "Ya la Standard Oil Company, después de comprar el ferrocarril que une a Tampico con Monterrey, está cobrando fletes tan altos que el petróleo que se ha descubierto recientemente cerca de Tampico no se puede transportar por tren. Puesto que la Standard Oil también controla las líneas navieras que conectan a Nueva York y Nueva Orleans con Veracruz, debe temerse que esta compañía, junto con el consorcio Speyer, intente desviar todo el tráfico mexicano hacia los Estados Unidos sobre la base de las tarifas que han establecido, interrumpiendo así el comercio mexicano con Europa".[55] Su sucesor en el cargo, Wangenheim, opinó en el mismo sentido: "De esta manera, las tarifas ferroviarias mexicanas dependen por completo del gran capital norteamericano, y las consecuencias efectivas de esto es que estas tarifas se ajustan a lo que conviene a los intereses norteamericanos. En consecuencia, para subsidiar este sistema, las tarifas que se cobran por todos los embarques en el interior de la república son tan superiores a las que se cobran por las importaciones, que los productos nacionales no pueden competir con los norteamericanos debido a los costos de transporte. En otras palabras, los ferrocarriles están, en efecto, promoviendo el comercio, a saber, el comercio norteamericano, pero impidiendo al mismo tiempo que se desarrolle la industria nacional".[56] El cónsul alemán en Chihuahua se quejaba de los efectos que tenía el trato preferencial para los productos norteamericanos a expensas de los europeos en los ferrocarriles mexicanos: "Si ya es extremadamente difícil para el hombre de negocios alemán obtener un margen mínimo para los productos alemanes en la frontera con los Estados Unidos, llegará a ser prácticamente imposible para él competir con los productos norteamericanos si se sostienen las actuales tarifas ferroviarias para el transporte de carga".[57]

Cada vez resultaba más evidente para el gobierno mexicano que su deseo de orientar más hacia Europa su política comercial jamás tendría éxito sino hasta que se rompiera el control norteamericano sobre los ferrocarriles. Mediante una serie de manipulaciones financieras se formó, en 1907-1908, una nueva compañía, la de los Ferrocarriles Nacionales de México, obteniendo así el gobierno mexicano el control de la mayoría de las vías férreas. Los puestos más importantes en la junta de directores de esta nueva compañía les fueron confiados a algunos de los más altos miembros del Pearson Trust.[58]

Con la bendición de Díaz, pero probablemente por iniciativa de la Pearson Trust, Ferrocarriles Nacionales de México tomó entonces su medida más antinorteamericana: canceló inmediatamente un contrato que sus antecesores habían firmado con la Mexican Petroleum Company, de propiedad norteamericana, para que le abasteciera de petróleo.[59] Sin embargo, en todas las demás áreas, Ferrocarriles Nacionales procedió con cautela. De hecho, algunas medidas destinadas a debilitar la influencia norteamericana sobre los ferrocarriles parecen no haber sido llevadas a la práctica. En 1909 la compañía decidió disolver el monopolio norteamericano sobre la venta de equipo ferroviario, pero, en la práctica, poco fue lo que cambió.[60] En 1911 se anunciaron cambios de precio que favorecían a los productores europeos, pero no se puede determinar con certeza si de hecho se introdujeron las nuevas tarifas.[61] La junta de directores de la nueva compañía solicitó que los empleados norteamericanos aprendieran español, pero después de una protesta del embajador norteamericano se hizo caso omiso de esta dis-

posición.[62] En forma por demás característica, las tremendas posibilidades que se ofrecían de consolidar la independencia económica mexicana mediante la "nacionalización" de los ferrocarriles, jamás fueron aprovechadas por el gobierno de Porfirio Díaz.

El principal beneficiario del nuevo control mexicano de los ferrocarriles fue el Pearson Trust; la principal perdedora fue la Standard Oil. Mientras que algunas compañías norteamericanas apenas fueron afectadas por los nuevos acontecimientos, otras llegaron incluso a aprovechar el hecho de que se hubiera evitado una súbita alza en los fletes, pero la Standard Oil definitivamente había perdido ante el Pearson Trust. A este último le daba ahora el gobierno mexicano una marcada preferencia respecto de la Standard Oil y de todas las demás compañías petroleras. Se le otorgaron grandes concesiones de tierras propiedad del gobierno en los estados de Veracruz, San Luis Potosí, Chiapas, Tamaulipas y Tabasco, excluyendo de las mismas a todas las demás compañías petroleras. Como resultado inicial de estas medidas, Pearson obtuvo importantes contratos para abastecer a Ferrocarriles Nacionales. La fundación en 1908 de una nueva compañía petrolera, la Compañía Mexicana de Petróleos El Águila, fue una nueva prueba de las fuertes ligas que unían a Pearson con el gobierno mexicano. Entre los socios de esta compañía, a la cual se traspasaron todas las propiedades y bienes petroleros del Pearson Trust, se contaban Pearson y algunos de los principales "científicos", tales como el ministro de Relaciones Exteriores, Enrique Creel, y el hijo de Porfirio Díaz.[63]

Todo esto produjo, como era de preverse, un creciente resentimiento de parte de los norteamericanos, que fue exacerbado por el hecho de que México, entre 1905 y 1911, empezó a convertirse en un país petrolero de primera línea. En 1910 era el séptimo productor de petróleo en el mundo (3 352 807 barriles); al año siguiente la producción se cuadruplicó con creces (14 051 643 barriles), con lo cual México pasó a ser el tercer productor mundial de petróleo. Algunos observadores estaban convencidos de que las mayores reservas del mundo estaban situadas en México.[64] En vista de oportunidades tan vastas, los intereses comerciales norteamericanos en México estaban cada vez menos dispuestos a tolerar la colaboración antinorteamericana del gobierno mexicano con el Pearson Trust, y muy pronto prevaleció la opinión de que la única manera de ponerle punto final a esa colaboración era mediante un cambio de gobierno en México.

LA DEBILIDAD DEL EJÉRCITO MEXICANO

Otra característica que diferenciaba al México porfiriano de la mayoría de los grandes países sudamericanos tales como el Brasil, la Argentina, Chile o el Perú, y que podría ayudar a explicar no tanto el estallido de los movimientos revolucionarios como su victoria, era la relativa debilidad y aun el atraso del ejército mexicano. Las fuerzas armadas porfirianas fueron uno de los pocos ejércitos latinoamericanos derrotados por tropas revolucionarias en una guerra convencional y de guerrillas.

A diferencia de la mayoría de los gobiernos latinoamericanos, el México porfiriano hizo muy poco por modernizar su ejército. Aunque se estableció una academia militar moderna que adiestró a algunos buenos oficiales, se seguía reclutando a los soldados mediante el sistema de leva, o sea el reclutamiento forzoso de los elementos más pobres y renuentes de la sociedad por un ejército en donde se les sometía a las peores condiciones posibles. A diferencia de los países sudamericanos, México no importó instructores extranjeros para que enseñaran técnicas modernas de organización y de combate. De hecho, Díaz redujo constantemente la parte del presupuesto que correspondía al sector militar.[65] En vista de la larga historia de pronunciamientos militares temía, evidentemente, más al ejército que a los levantamientos populares (que, con excepción de la revolución de independencia de 1810, jamás tuvieron alcance nacional en México), y sentía que un ejército relativamente débil era lo suficientemente fuerte para sofocar las rebeliones locales.

Tales temores y actitudes no se restringían a México. Muchos países sudamericanos tenían una historia parecida de golpes militares. Pero, a diferencia de México, esos países se enfrentaban a la posibilidad de que estallaran guerras con países vecinos. La Argentina, el Brasil y el Uruguay habían tenido una larga y sangrienta guerra con el Paraguay, en la que este último país perdió la mayor parte de su territorio. En la guerra del Pacífico, Chile se había apropiado partes importantes de Bolivia y el Perú. Existía una rivalidad permanente entre la Argentina y el Brasil. Chile y la Argentina tenían disputas territoriales. En cambio México no temía el ataque de ningún país latinoamericano. Sus vecinos centroamericanos eran repúblicas tan pequeñas y divididas que jamás podrían amenazar a México.

En el siglo XIX México había sido víctima de dos agresiones extranjeras: la guerra con los Estados Unidos y el desafortunado intento de Napoleón III y Maximiliano por conquistar México. Después de la derrota de Maximiliano y el establecimiento de relaciones excelentes con el viejo continente, la posibilidad de un ataque europeo quedó descartada. Sólo quedaba, pues, un peligro potencial: los Estados Unidos.

Como he señalado, cabe poca duda de que Porfirio Díaz y los "científicos" no sólo estaban conscientes del peligro potencial que representaban los Estados Unidos para la independencia de México, sino que les preocupaba muchísimo. Lo que no creían ni Porfirio Díaz ni la oligarquía reinante era que fortalecer al ejército fuera la mejor manera de contrarrestar ese peligro. Muchos de los dirigentes mexicanos daban por supuesto que había dos circunstancias que podrían conducir a una intervención norteamericana

en su país: conflictos internos que pusieran en peligro las inversiones norteamericanas o la idea norteamericana de que México podría representar un peligro por comprometerse demasiado con una potencia extranjera.

Un ejército fuerte podría aumentar el riesgo de golpes militares y guerras civiles, precipitando así en vez de alejar el peligro de una intervención norteamericana.

El tipo de modernización que requería un ejército fuerte habría exigido la presencia de instructores europeos y estrechos vínculos con potencias europeas. Tales vínculos militares habrían suscitado fácilmente las sospechas norteamericanas.

Para Porfirio Díaz y los "científicos" la mejor manera de limitar la influencia y evitar la intervención norteamericana en México era la penetración económica mas no militar, de Europa en su país. Serían las potencias europeas y no las fuerzas armadas mexicanas quienes disuadirían con mayor eficacia a los Estados Unidos de cualquier intervención.

Si se suma a estas consideraciones el hecho de que el único desafío serio a la oligarquía gobernante en México antes de la revolución provenía supuestamente del sector militar, es fácil comprender el abandono en que el grupo gobernante tenía a las fuerzas armadas.

Porfirio Díaz había tratado de compensar esta debilidad del ejército y oponerle al mismo tiempo un contrapeso, estableciendo una fuerza policiaca nacional profesional y bien organizada: los rurales.

A diferencia de los soldados regulares, que provenían de las capas inferiores de la sociedad y eran reclutados forzosamente por muchos años y en condiciones pésimas, los rurales eran profesionales bien pagados. Muchos de ellos eran ex-bandidos. Eran las tropas más eficientes con que contaba México, pero sólo sumaban unos cuantos miles de hombres, número demasiado reducido para compensar las deficiencias del ejército.[66]

MÉXICO EN VÍSPERAS DE LA REVOLUCIÓN

La creciente oposición al régimen porfiriano que surgió a todo lo largo del espectro social después de iniciarse el siglo XX, especialmente en los estados del norte de la república, engendró movimientos de oposición a nivel nacional por primera vez desde el establecimiento de la dictadura de Díaz. El más radical de estos movimientos fue el Partido Liberal, encabezado por los hermanos Flores Magón. Éste fue fundado en 1902 por un grupo de intelectuales de fuerte tendencia anarcosindicalista. Perseguidos por las autoridades, los principales dirigentes fueron obligados a ocultarse y finalmente huir a los Estados Unidos en donde establecieron una junta revolucionaria en la ciudad de Saint Louis.[67]

El Partido Liberal se pronunció por el derrocamiento de Díaz y desempeñó un importante papel en la organización de huelgas y de varios levantamientos abortados contra el régimen. Llegó a tener cierta influencia entre los intelectuales, miembros de la clase media y obreros. Aunque estaba prohibida la circulación de su periódico, *Regeneración*, éste tenía más de 25 000 lectores. La mayor debilidad de este partido fue que nunca logró ejercer una influencia importante en el campesinado.

Lo mismo puede afirmarse del Partido Democrático, otro movimiento de oposición que surgió en el mismo periodo. A diferencia del Partido Liberal, éste no hacía ningún esfuerzo por movilizar a los campesinos y era, en lo esencial, el partido de aquellos miembros de las clases altas mexicanas que estaban fuera del poder. No postulaba ningún cambio de importancia en las relaciones socioeconómicas y políticas existentes. Su principal objetivo era sustituir al anciano Díaz con su propio dirigente, Bernardo Reyes, y romper el monopolio que sobre el poder ejercía la oligarquía agrupada alrededor de Díaz, o sea los "científicos". Con este fin se demandaba un mayor grado de democracia y una participación más amplia en la vida política. También se advertían en él ciertos rasgos de nacionalismo antinorteamericano. Mediante esta política, el movimiento reyista intentaba unificar la oposición de la clase alta con la de los grupos descontentos de la clase media.[68]

El surgimiento de estos partidos políticos no era de ninguna manera el único indicio de la creciente oposición al régimen de Díaz después de 1900, cuya manifestación más dramática fueron dos huelgas, una en Río Blanco, en 1906, y la otra en Cananea, en 1907; la feroz represión gubernamental que se desató contra los huelguistas intensificó enormemente el descontento popular.

En la fábrica de textiles de Río Blanco, en la región central de México, los obreros tuvieron choques sangrientos con los dueños de las fábricas, quienes habían establecido reglamentos que aseguraban nuevas formas de control sobre la fuerza de trabajo. Los obreros recurrieron a Díaz solicitando su mediación; él aceptó interceder, pero apoyó a los propietarios de las fábricas en casi todos los puntos. Los obreros, negándose a aceptar las propuestas de "conciliación" de Díaz, se lanzaron a la huelga. El ministro alemán en México, Wangenheim, describió la situación con las siguientes palabras: "A la delegación de Patronos de Orizaba, que había pedido ayuda federal para aplastar a los obreros, [Díaz] contestó, sollozando: 'Gracias a Dios, todavía puedo matar'. La matanza había empezado desde antier, bajo la supervisión del comandante Ruiz, que tiene una gran reputación de hombre cruel y despiadado y que ha sido nombrado sucesor del jefe de distrito, herido en el enfrentamiento".[69]

Wangenheim, que no sentía ninguna simpatía por los huelguistas, informó varios días después:

Se están divulgando más y más detalles de la forma sencillamente bárbara en que el comandante Ruiz ha tratado a los obreros insurgentes de Río Blanco. Todavía ayer se podía oír desde Orizaba el continuo tiroteo en las montañas a medida que las tropas iban encontrando y matando a obreros fugitivos que se habían escondido. Más de cuatrocientos indios han sido fusilados. Tan sólo el Ferrocarril Mexicano ha traído nueve vagones atestados de cadáveres desde Orizaba.[70]

En Cananea, en el estado fronterizo norteño de Sonora, los mineros en huelga exigían el mismo pago para los trabajadores mexicanos que para los norteamericanos. Esta huelga fue aplastada con parecida crueldad.[71] Estas grandes huelgas empezaron a dar nuevo carácter a las fuerzas de oposición contra Díaz.

Cuando la tensa situación fue exacerbada por el casi simultáneo comienzo de una crisis económica, política e internacional, sonó la hora de la revolución. La crisis económica de México fue el resultado del enorme crecimiento de las inversiones extranjeras después de 1900, agravado por malas cosechas que afectaron de la manera más aguda a los estados del norte. El gran flujo de inversiones extranjeras después de 1900 había hecho al país más y más dependiente de las naciones industriales avanzadas; la adopción del patrón oro por México en 1905 había frenado el crecimiento económico, y la crisis cíclica que ocurrió en los Estados Unidos durante 1907-1908 tuvo un efecto devastador sobre México en general y sobre los estados norteños en particular.

Chihuahua fue uno de los estados más afectados. El cónsul alemán allí informó en 1909: "La situación económica ha sido particularmente mala debido a los aumentos en los precios de los alimentos básicos y los frijoles. La mayoría de los precios de los alimentos se han duplicado, y los frijoles han subido de 6 a 15 pesos por hectolitro. El poder adquisitivo del público se ha visto seriamente reducido [. . .] El consumo de la población ha quedado reducido a los alimentos más esenciales. Los ingresos de los trabajadores se han reducido más aún, y los salarios han descendido hasta 75 centavos o un peso diario".[72] Esto quiere decir que los aumentos de 200 a 300 por ciento en los precios se vieron acompañados por rebajas salariales.

Aunque la clase trabajadora fue la más afectada por la crisis, la clase media no se libró de sus efectos. Los bancos y las dependencias estatales que se hallaban controlados por los científicos intentaron descargar el peso de la crisis tanto sobre la clase media como sobre la clase trabajadora. Los bancos cancelaron sus préstamos pendientes y concedieron créditos casi exclusivamente a las compañías de propiedad oligárquica. En los raros casos en que otras empresas recibieron créditos, tuvieron que pagar intereses exorbitantes que promediaban un 12 por ciento. El cónsul alemán añadió en su informe: "Aun cuando los bancos han sido un tanto más liberales en

sus créditos, el costo del dinero ha seguido siendo muy alto y ha dificultado los negocios. Incluso las compañías de primer rango han podido obtener fondos a un interés menor del 10%, mientras que las tasas de interés cobradas por los bancos han sido del 12% anual y las de los prestamistas particulares oscilan entre el 18 y el 24%.[73]

La situación de la clase media se vio agravada por los numerosos escándalos que sacudieron a las instituciones financieras más prestigiosas de México, tales como el Banco Minero de Chihuahua, propiedad del grupo Terrazas; y estos escándalos pusieron en peligro los fondos que dicha clase había podido acumular en tiempos mejores.[74] El gobierno tampoco hacía nada por aliviar la situación. No se concedía a las compañías medianas y pequeñas ninguna reducción de impuestos; por el contrario, con frecuencia se les exigían impuestos mayores precisamente cuando menos podían pagarlos. En cambio, los grandes terratenientes y las compañías extranjeras seguían gozando las más de las veces de las exenciones de impuestos que se les habían otorgado en el anterior periodo de auge económico.

Lo que agravaba la crisis en los estados del norte era, por supuesto, el regreso de miles de trabajadores mexicanos que habían sido despedidos de sus empleos en los Estados Unidos. Tan sólo en Ciudad Juárez cruzaron la frontera en 1908 rumbo a su patria aproximadamente 2 000 trabajadores cuyo pasaje hasta ese punto había sido pagado por las compañías norteamericanas.[75] La presencia de esas personas tendió a dar un cariz especialmente militante al descontento que se estaba gestando.

La crisis internacional de México fue consecuencia de dos gestos tímidamente provocadores que se permitió el anciano Díaz frente a los Estados Unidos. El primero no fue más que la recepción amistosa que dio a José Santos Zelaya, ex-presidente de Nicaragua que había sido derrocado por los Estados Unidos debido a su política decididamente antinorteamericana. El segundo gesto, un poco más grave, fue la negativa de Díaz a prorrogar el contrato de arrendamiento de una estación abastecedora de carbón para la Marina norteamericana en Baja California.[76] Que estos incidentes, relativamente insignificantes, hayan irritado de tal manera a los Estados Unidos, sólo ilustra las tensiones que ya se habían acumulado como consecuencia del trato preferencial concedido por México a los rivales europeos de los Estados Unidos durante la última década.

La crisis política era el resultado de la sostenida renuencia de Díaz a nombrar un sucesor. La confusión resultante fue lo que hubo de inclinar la balanza en favor de la revolución. Dicha confusión se empezó a manifestar por primera vez en 1908, cuando Bernardo Reyes, cuya relación ambivalente con la élite de los "científicos" ya hemos comentado, se propuso competir por la postulación para vicepresidente en las elecciones de 1910. El vicepresidente sería el sucesor de Díaz en caso de que éste falleciera, hecho que todos esperaban que ocurriera durante el siguiente perio-

do presidencial.

Reyes había intentado promover su propia candidatura recurriendo a nuevas tácticas. Para compensar su posición poco favorable dentro del grupo gobernante, intentó obtener mayor apoyo de la población en su conjunto y logró formar cierta base de apoyo en la clase media. En opinión del ministro alemán, el movimiento reyista se componía principalmente de "jóvenes entusiastas de las clases cultas, oficiales jóvenes y abogados".[77] En muchos lugares del país se realizaron tormentosos mítines de apoyo a su candidatura. Un factor que lo favoreció en este periodo fue que su partido, con la excepción del Liberal anarcosindicalista, era el único partido de oposición que existía en México a nivel nacional. Sin embargo, aunque su movimiento combatía a los "científicos", no atacaba al presidente ni al sistema que éste había creado.

En ese mismo año Díaz concedió una entrevista a James Creelman, periodista norteamericano, posiblemente con la intención de dividir a la oposición. Declaró que en su opinión México estaba ya maduro para la democracia. Él ya no tenía el propósito de presentarse como candidato a la presidencia en 1910 sino que deseaba dejar a otro en el puesto. Aseguró a Creelman que, de ese momento en adelante, no sólo toleraría a los partidos de oposición sino que los ayudaría en todas las formas posibles.

El deseo de Díaz de dividir a la oposición, y probablemente su subestimación del descontento que existía en el país, dieron a sus adversarios cierto margen para maniobrar a nivel local y nacional en el periodo de 1908-1909. Este margen de libertad, por supuesto, no daba a la oposición oportunidad de ganar, pero sí le permitía organizarse.

La entrevista con Creelman y las medidas subsecuentes dieron por resultado la politización de grandes sectores de la población que en el pasado apenas habían participado en la vida política. El movimiento recién fundado incluía no sólo a miembros descontentos de la clase media sino también, por primera vez, a campesinos, que antes habían expresado su amargura y desesperación a través de movimientos locales. En las elecciones para gobernadores de 1909 y 1910 votaron masivamente en el estado de Morelos y en el de Yucatán.[78]

El más importante de los nuevos grupos que surgieron en este momento fue uno que rápidamente adquirió importancia nacional: el Partido Antirreeleccionista, encabezado por Francisco Madero, nacido en el estado de Coahuila, miembro de una de las familias más acaudaladas de México. Después de estudiar derecho en Francia había regresado a México en 1892 para hacerse cargo de una de las haciendas de su padre. Soñador y espiritista por una parte, combinaba por la otra un enfoque económico práctico con ideas filantrópicas explícitas. Comenzó por aumentar los salarios de sus trabajadores agrícolas, los sometió a exámenes médicos periódicos e introdujo la educación obligatoria, de manera que el nivel de vida que

se gozaba en su hacienda era muy superior al que prevalecía en las haciendas vecinas. Madero combinó esta actitud hacia sus trabajadores con la introducción de métodos nuevos y más productivos de cultivo, lo cual incrementó muy pronto sus ganancias en forma notable e hizo de su hacienda una especie de empresa modelo, tanto en términos sociales como económicos. Esos años pasados en la hacienda conformaron su actitud respecto a la cuestión agraria: la situación de los campesinos podía mejorarse, no mediante una reforma agraria, sino gracias a la atención patriarcal e ilustrada del hacendado a sus problemas.

Algunos de los principales factores en el desarrollo del papel político de la familia Madero ya han sido presentados al lector: el hecho de que Díaz no lograra integrar a la familia a su sistema político y el creciente conflicto entre los Madero y las compañías norteamericanas. Es difícil calcular con precisión el impacto que tuvieron dichos factores en Francisco Madero en particular. Es indudable que influyeron en él. Su hostilidad a los intentos monopólicos norteamericanos se expresaría tanto en sus escritos como en sus posteriores actividades como presidente de México.

Madero se convirtió en una figura nacional en 1909, cuando publicó un libro sobre el tema de la sucesión presidencial. En este libro afirmó que los problemas fundamentales de México eran el absolutismo y el poder irrestricto de un hombre. Sólo la introducción de la democracia parlamentaria, un sistema de elecciones libres, y la independencia de la prensa y los tribunales serían capaces de transformar a México en un Estado democrático moderno. Este libro fue escrito con gran cautela. Aunque criticaba acerbamente al sistema porfirista, alababa las cualidades personales del dictador. Se pronunció en contra de las concesiones excesivas a los extranjeros y reprochó a Díaz su blandura con los Estados Unidos. Sin embargo, apenas rozaba el tema social. Madero sí presentó argumentos en contra de ciertos subproductos del sistema agrícola, tales como el analfabetismo, el fomento del alcoholismo por los terratenientes y la deportación de indios rebeldes, pero no contra el sistema mismo. El libro no tocaba en absoluto el tema de la reforma agraria. Aunque apenas rozó el de las malas condiciones de vida de los obreros industriales y la forma en que se les perseguía, Madero se expresaba más concretamente y con menor ambigüedad respecto a este tema que cuando hablaba del campesinado. La diferencia en su actitud frente a ambos problemas reflejaba el carácter primordialmente agrario de la mayoría de la burguesía mexicana.

El libro de Madero era más que un análisis de la situación; era un programa que llamaba a formar un nuevo partido antirreeleccionista. El cuidado en las formulaciones, cierto relajamiento de la censura en los últimos años del porfiriato, la propia posición social de Madero, y la subestimación de éste por el gobierno hicieron posible la publicación del libro. Éste tuvo un considerable impacto porque, a pesar de sus reticencias, era la primera

publicación que atacaba abiertamente al sistema político, y facilitó enormemente la formación del nuevo partido de Madero, la mayoría de cuyos miembros y simpatizantes eran intelectuales o miembros de la clase media.[79]

Aunque el programa de Madero expresaba esencialmente los deseos de la burguesía opositora, sus miembros se agruparon en un principio en torno a Reyes, más ampliamente conocido que Madero y con mayores posibilidades en apariencia, de alcanzar el éxito político. La misma familia de Madero apoyó hasta cierto punto las opiniones de éste, pero consideraba infundada su estrategia y temía perder sus bienes si él rompía con Díaz.

En 1909 el nuevo partido anunció su participación en la próxima campaña electoral y postuló a Madero como su candidato presidencial. El gobierno de Díaz no tomó en serio el movimiento. Todo lo contrario: mientras existió el partido reyista, el gobierno acogió la aparición de Madero pensando que serviría de contrapeso a Reyes y dividiría así a la oposición.

La posición de Madero cambió repentinamente hacia fines de 1909. A principios del año el apoyo al movimiento reyista había crecido considerablemente. Se habían organizado grandes manifestaciones en favor de Reyes en muchas ciudades, y en Guadalajara y Monterrey hubo choques sangrientos entre sus partidarios y la policía. Fue entonces cuando Díaz decidió actuar. Le hizo saber a Reyes que se opondría a su candidatura y a su elección como vicepresidente con todos los medios a su alcance. Al dársele a escoger entre rendirse o encabezar una insurrección revolucionaria contra Díaz, Reyes escogió lo primero. Aceptó que Díaz lo enviara a Europa con la explicación oficial de que se trataba de un viaje para estudiar las instituciones militares del viejo continente. Sin embargo, desterrado Reyes, el movimiento maderista adquirió dimensiones que nadie había previsto. Cuando Madero recorrió el país el año electoral de 1910, fue recibido en Guadalajara por más de 10 000 personas; casi el mismo número participó en un mitin de su partido en Monterrey, a pesar del hostigamiento de las autoridades locales y de la policía. En la capital fueron más de 50 000 los que salieron a la calle a manifestarle su apoyo.

El movimiento encabezado por Madero logró hacerse de una base tanto en las clases bajas como en las altas y, aparte del Partido Liberal, constituía la única oposición real a Díaz. A diferencia de Reyes, Madero jamás había ejercido ningún cargo en el gobierno de Díaz, y esto contribuyó a la creciente popularidad de su partido entre los obreros y campesinos, a pesar de su falta de un programa de reformas sociales y económicas. La fuerza del movimiento también logró atraer a un ala de la burguesía opositora después de la retirada de Reyes. El creciente apoyo para Madero movió al gobierno de Díaz a tomar medidas más drásticas. Se intensificó la persecución contra Madero, se declararon ilegales las reuniones de su partido, y Madero mismo fue detenido poco antes de las elecciones.

Éstas se realizaron como de costumbre, y Díaz fue declarado vencedor. El gobierno consideraba tan fuerte su posición que dejó a Madero salir de la cárcel bajo fianza. Madero aprovechó, sin embargo, la oportunidad para huir a los Estados Unidos, donde reapareció con un programa y dirigió al pueblo mexicano la declaración conocida como el Plan de San Luis Potosí. Este plan, como el libro de Madero y el programa electoral de su partido, reflejaba esencialmente los deseos y aspiraciones del ala de la burguesía mexicana hostil a Díaz: la ampliación del poder político, la introducción de la democracia parlamentaria y la limitación de los derechos de los extranjeros. En su plan Madero declaraba depuesto a Díaz, se declaraba a sí mismo presidente provisional de México y elaboraba el principio de no reelección del presidente y del sufragio libre y secreto.[80] Nuevamente hacía caso omiso, o poco menos, de las cuestiones sociales, pero el plan mostraba una diferencia importante respecto a todos los anteriores programas maderistas: contenía un párrafo en que se prometía la devolución de todas las tierras injustamente expropiadas a las comunidades campesinas; sin embargo, nada se decía respecto a la forma de llevar a la práctica tal compromiso.

LA REVOLUCIÓN MADERISTA

Para algunos de los partidarios de Madero, sobre todo aquellos miembros de su familia que se habían unido a él cuando su movimiento comenzó a mostrar ciertas posibilidades de éxito y después de que Díaz tomó medidas contra la familia, la revolución no debía ser otra cosa que una especie de golpe de Estado de la clase gobernante y el ejército contra Díaz. El padre de Madero declaró en una entrevista de prensa que "veintiséis senadores mexicanos esperan [...] Ésta no es una revuelta, sino una revolución, en la que los vastos intereses de México están tomando una parte activa".[81] Sin embargo, el proceso que de hecho se desarrolló fue algo muy distinto. Aun el programa de Madero, en que apenas se mencionaban las demandas sociales bastó para provocar la cristalización de los movimientos de oposición de campesinos obreros y miembros de la clase media.

Madero había llamado a sus seguidores a rebelarse el 20 de noviembre de 1910, pero sólo logró suscitar unos cuantos levantamientos dispersos en esa fecha. El más espectacular de éstos fue el de Aquiles Serdán, su mujer y algunos seguidores en Puebla, pero fue fácilmente aplastado por las tropas del gobierno. Pero la verdadera tormenta, el levantamiento a nivel nacional que estalló poco después, ya no fue posible aplastarlo. Surgieron movimientos revolucionarios en los lugares más inesperados. Muchos de ellos, por supuesto, carecieron de consecuencias posteriores e incluso de resonancia. Sólo se generaron movimientos revolucionarios de gran envergadura en los estados fronterizos del norte y en el estado de Morelos, en el

sur del país.

Muchos de los movimientos que así surgieron sólo tenían un contacto limitado, si es que alguno tenían, con la dirección nacional del Partido Antirreeleccionista. Algunos dirigentes locales, tales como Toribio Ortega, que encabezó la revolución en el pueblo chihuahuense de Cuchillo Parado, habían sido jefes locales del Partido Antirreeleccionista. Otros, como Pancho Villa, carecían de filiación política pero mantenían relaciones personales con importantes dirigentes maderistas. Otros más, de quienes Emiliano Zapata era el mejor ejemplo, no tenían tales ligas políticas o personales.

A los pocos meses de haber entrado Madero en México, la dirección de su partido había logrado controlar de una u otra forma a la mayoría de los revolucionarios (sobre todo a los del norte de México).

La popularidad tanto de Madero como de algunos de sus dirigentes regionales, así como las armas y municiones que éstos podían proporcionar, contribuyó a su creciente dominio sobre los movimientos revolucionarios. Sin embargo, las profundas diferencias que había entre sus dirigentes y su diversa composición social se hicieron cada vez más evidentes. Estos movimientos no eran de ninguna manera todos del mismo tipo. En Coahuila el movimiento estaba firmemente controlado por la vieja oposición terrateniente, cuya principal ambición, la de alcanzar el poder a nivel nacional, estaba a punto de cumplirse. Los dirigentes, Madero y aliados ex-reyistas tales como Venustiano Carranza y Felícitas Villarreal, deseaban encauzar la revolución por conductos exclusivamente políticos e impedir de antemano cualquier reforma social profunda. Sus adeptos comprendían a un grupo bastante heterogéneo de hacendados, miembros de la clase media, trabajadores desempleados, campesinos despojados de sus tierras, y peones de haciendas (¡fieles a sus patrones!)

En Sonora el movimiento maderista se parecía, pero no era idéntico, al de Coahuila. También allí estaba en manos de los hacendados, aunque en este caso se trataba de un grupo más débil cuya ambición se limitaba a apoderarse del control de su estado.[82] Los hacendados sonorenses, como los coahuilenses, querían reformas políticas pero se oponían a las sociales. Gozaban del apoyo de grupos similares, pero con la importante añadidura del grupo constituido por los indios yaquis. El dirigente del movimiento maderista en Sonora, José María Maytorena, heredero de una vieja dinastía terrateniente a quien había desplazado del poder el grupo Torres-Corral, apoyado por Díaz, era un antiguo protector de los yaquis. Cuando hacia 1900, y con el fin de aplastar su movimiento guerrillero, las autoridades mexicanas decidieron deportar a todos los yaquis de Sonora a Yucatán y a otros estados remotos, Maytorena, que había empleado a muchos de ellos y que siempre había asumido el papel de protector de los yaquis que vivían cerca de sus haciendas, se opuso a la orden de deportación. Se sucedieron enfrentamientos entre Maytorena y el gobierno del estado de Sonora, que culminaron en su detención y encarcelamiento temporal. A cambio de su valerosa actitud, podía contar ahora con el apoyo ferviente de sus protegidos yaquis.

A diferencia de lo sucedido en Coahuila y Sonora, los movimientos revolucionarios surgidos en Morelos y Chihuahua no fueron controlados y dirigidos por los hacendados. En Morelos esto no resultaba sorprendente, dado que se trataba de un movimiento exclusivamente campesino por principio de cuentas. Además, a diferencia de lo ocurrido en otros estados, sus participantes se habían organizado ya mucho antes de que Madero se presentara como candidato a la presidencia, y habían intentado elegir a un candidato favorable a los campesinos, Patricio Leyva, como gobernador del estado, con la esperanza de que detuviera el despojo despiadado de sus tierras que sufrían las comunidades campesinas a manos de los hacendados azucareros. Al ser derrotado Leyva por el aparato electoral porfirista, los campesinos decidieron apoyar al hacendado Madero, que era el candidato de oposición más prometedor para ellos después de Leyva. Pero para encabezarlos eligieron a uno de ellos mismos, un campesino de Anenecuilco llamado Emiliano Zapata.[83]

El movimiento revolucionario más fuerte del país se desarrolló en Chihuahua. Éste tampoco estaba dirigido por los hacendados, por la sencilla razón de que casi no había hacendados de oposición en Chihuahua: Luis Terrazas y su grupo dominante habían logrado forjar, de una u otra manera, alianzas con todos los grandes terratenientes del estado mediante ligas económicas o matrimoniales.[84] El movimiento revolucionario chihuahuense, que era una coalición de la clase media, los obreros y los campesinos, reclutó a sus dirigentes políticos y militares casi exclusivamente entre la clase media.

Abraham González, dirigente del Partido Antirreeleccionista en el estado, descendía de una de las principales familias chihuahuenses y era un exranchero que no había podido sostenerse contra la competencia de las grandes haciendas, sobre todo las pertenecientes al clan Terrazas-Creel.[85] Uno de los dirigentes militares del movimiento revolucionario de Chihuahua, Pascual Orozco, era dueño de recuas de mulas de carga y su resentimiento contra el gobierno del estado se había originado en las importantes concesiones que éste había otorgado a un rival.[86] Silvestre Terrazas, el principal precursor intelectual y mentor de la revolución en Chihuahua, era pariente lejano del clan Terrazas y obviamente la oveja negra de la familia, ya que había publicado durante años el periódico de oposición más influyente, y por mucho tiempo el único, del estado *El Correo de Chihuahua* y había sido encarcelado varias veces por el gobierno estatal dirigido por sus parientes.[87]

Uno de los motivos de que semejante dirección de clase media fuera aceptada por los demás grupos participantes en las coaliciones revolucio-

narias, o sea, los campesinos, era que las relaciones entre la clase media urbana y los campesinos libres de Chihuahua eran probablemente mejores y más estrechas que en ninguna otra parte de México. Muchos de los excolonos militares habían pertenecido, después de todo, a lo que podríamos llamar una clase media agraria, y eran más ricos que la mayoría de los campesinos libres del centro y sur de la república. El hecho de que la mayoría de ellos fueran mestizos impidió que surgieran las barreras culturales o raciales que con frecuencia provocaban antagonismos entre los campesinos, indígenas en su mayoría, y la clase media urbana mestiza en otras partes del país.

Ello no obstante, la dirección local de los campesinos quedó en manos de sus propios hombres. Toribio Ortega, quien encabezó a los habitantes de su pueblo de Cuchillo Parado cuando éstos se rebelaron el 18 de noviembre, había actuado durante años como vocero de esos campesinos.[88] Heliodoro Arias Olea, el vocero de los campesinos de Bachíniva, había estado intentando durante mucho tiempo hacer destituir al alcalde corrupto, nombrado para el cargo por el gobierno del estado. Dirigente campesino de tipo clásico, Arias Olea pudo encabezar a los habitantes de su pueblo en la lucha.[89]

Hubo un solo gran dirigente del movimiento revolucionario de Chihuahua de quien se puede decir que surgió de las filas de este campesinado: Francisco "Pancho" Villa.[90] Ciertamente, su vinculación o su relación de descendencia respecto de este grupo no está del todo clara. Sus antecedentes eran sumamente diversos, ya que había sido peón de hacienda, minero, bandido, comerciante... y mucho de todo ello envuelto en la leyenda. Todavía se discute la autenticidad de la versión según la cual se convirtió en bandido porque mató a un hacendado que había violado a su hermana, pero su trayectoria como ladrón de ganado no se discute. El abigeato no era mal visto por un gran sector de la población prerrevolucionaria de Chihuahua porque, hasta 1885, todos tenían acceso a las innumerables cabezas de ganado sin dueño que pastaban en las vastas tierras públicas del estado. Después de ese año, cuando cesaron las guerras contra los apaches y los ferrocarriles enlazaron a este estado norteño con los Estados Unidos y con el resto de México, los hacendados comenzaron a exportar ganado y a apropiarse las tierras públicas. El derecho tradicional del pueblo de disponer del ganado "salvaje" fue abolido, pero a los ojos de muchos campesinos chihuahuenses Villa estaba sencillamente restableciendo un privilegio que les había pertenecido.[91]

El abigeato, sin embargo, no era el único vínculo entre Villa y esos campesinos militantes. En los años inmediatamente anteriores al estallido de la revolución Villa se había establecido cerca del pueblo de San Andrés, excolonia militar envuelta en una prolongada disputa sobre tierras e impuestos con la oligarquía y el gobierno del estado. En 1908 el pueblo se había rebelado contra los impuestos. El levantamiento (en el cual no participó

Villa) fue aplastado, pero muchos de los insurgentes se unieron dos años más tarde a Villa cuando éste se levantó en armas para apoyar a Madero.

A pesar de estas ligas con la comunidad de un pueblo particular, Villa no se convirtió en un dirigente campesino tradicional, como Emiliano Zapata en Morelos. Muchos de los hombres que se le unieron —compañeros de sus días de blindaje como Tomás Urbina; administradores de haciendas como Nicolás Fernández; y capataces de ranchos ganaderos como Fidel Ávila, que más tarde fue gobernador de Chihuahua— difícilmente podrían llamarse campesinos.

Esta heterogeneidad era característica de un gran segmento del ejército revolucionario de Chihuahua, que no sólo estuvo formado por campesinos y miembros de la clase media sino también por obreros (fundamentalmente ferrocarrileros), mineros y un gran número de desempleados, con frecuencia los más fácilmente reclutables. Fue este ejército, comandado por Pascual Orozco y Pancho Villa, el que ganó la batalla decisiva de la revolución al capturar la ciudad fronteriza de Ciudad Juárez en 1911.[92]

Madero, que se había trasladado de los Estados Unidos a Chihuahua para dirigir la revolución, encontró allí su más importante base de poder. El débil ejército de Díaz, cuyos generales eran ya demasiado viejos y cuyos recursos humanos y materiales estaban muy por debajo de sus niveles nominales debido a la corrupción generalizada, era cada vez menos capaz de dominar la situación. En esta etapa de la revolución se hicieron sentir las consecuencias de la tercera circunstancia especial que distinguía a México: la rivalidad entre los Estados Unidos y Europa por la hegemonía en el país. El gobierno norteamericano, y probablemente también sus hombres de negocios, le presentaron a Díaz la cuenta que había que pagar por sus políticas pro-europeas. Aunque la actitud oficial de los Estados Unidos era la neutralidad, en muchos respectos era desfavorable para Díaz. Durante meses el gobierno norteamericano había permitido a Madero, residente en Estados Unidos, hacer sus preparativos para la lucha armada sin interferencias importantes; tampoco habían opuesto obstáculos importantes al envío de armas norteamericanas a los revolucionarios.

En marzo de 1911, sin embargo, los Estados Unidos concentraron grandes unidades militares en la frontera mexicana y enviaron barcos de guerra a puertos mexicanos. Estos pasos fueron en extremo perjudiciales para Díaz. Por una parte, expresaban claramente el hecho de que el gobierno norteamericano ya no lo consideraba capaz de controlar al país; por otra parte, daban a muchos mexicanos la impresión de que Díaz deseaba la intervención norteamericana. También hay indicios, aunque por el momento no se puede demostrar nada al respecto, de que la Standard Oil Company proporcionó importante asistencia al movimiento maderista.

La actitud de los Estados Unidos, la victoria de las fuerzas de Madero en Ciudad Juárez, y la incapacidad del gobierno para sofocar los levanta-

mientos que se producían ya en muchas partes del país, demostraron la debilidad del ejército de Díaz y la fragilidad de su dominio sobre México. En este punto la oligarquía se mostró dispuesta a abandonar a Díaz con tal de salvar el sistema. Encontró oídos receptivos en el ala conservadora del movimiento maderista, que tenía temores cada vez mayores de que la revolución creciera y cuya actitud conciliadora se fortaleció a medida que la revolución se propagaba. La influencia de este grupo fue indudablemente un factor decisivo para la firma del Tratado de Ciudad Juárez en 1911.

En mayo de 1911 la situación era especialmente favorable para los revolucionarios. Todo el país estaba en conmoción después de que las tropas de Madero tomaron Ciudad Juárez. El gobierno de Díaz no podía durar más de unas semanas —cuando mucho unos meses— antes de hundirse por completo. Pero esto no era lo que quería Madero. En vez de emprender la destrucción definitiva del sistema, inició negociaciones para llegar a un compromiso con los porfiristas. El ala radical del movimiento revolucionario le advirtió enérgicamente en contra de cualquier componenda. "Las revoluciones son siempre operaciones dolorosísimas para el cuerpo social", le escribió Luis Cabrera, uno de los intelectuales revolucionarios más prominentes. "Pero el cirujano tiene ante todo el deber de no cerrar la herida antes de haber limpiado la gangrena. La operación, necesaria o no, ha comenzado; usted abrió la herida y usted está obligado a cerrarla; pero guay de usted, si acobardado ante la vista de la sangre o conmovido por los gemidos de dolor de nuestra Patria cerrara precipitadamente la herida sin haberla desinfectado y sin haber arrancado el mal que se propuso usted extirpar; el sacrificio habría sido inútil y la historia maldecirá el nombre de usted." Cabrera conminó a Madero a resolver los problemas económicos y sociales de México, puesto que "las necesidades políticas y democráticas no son en el fondo más que manifestaciones de las necesidades económicas".[93]

Pero Madero no hizo caso de estas advertencias, y el 21 de mayo de 1911 firmó el Tratado de Ciudad Juárez. Aunque éste exigía la eliminación de Díaz y de su vicepresidente, Ramón Corral, también aceptaba dejar en pie instituciones esenciales del régimen porfirista, principalmente el ejército federal, y dejaba en posiciones clave del nuevo gobierno provisional a porfiristas y no a revolucionarios. Francisco León de la Barra, que había sido embajador del gobierno de Díaz en los Estados Unidos, fue nombrado presidente interino. Además, se había de licenciar a las tropas revolucionarias tan pronto como fuera posible. La principal tarea del gobierno provisional era la de organizar las elecciones en el menor tiempo posible.

Visto en conjunto, el Tratado de Ciudad Juárez implicaba el fin de Díaz, pero también conservaba el viejo aparato estatal, incluido el ejército, el sistema judicial y el Congreso. No decía una palabra acerca de cambios sociales de ningún tipo, de reforma agraria, o de la abolición del sistema de servidumbre por endeudamiento. Muchos de los seguidores de Madero vieron al tratado como el principio del fin del movimiento revolucionario en México.

Madero siguió obstinadamente el camino que había elegido. Durante cinco meses, sin presentar la menor objeción, permitió al gobierno provisional de De la Barra hacer casi todo lo posible por destruir la revolución. El ministro alemán Paul von Hintze, que estaba muy cerca de De la Barra, describió su política en las siguientes palabras: "De la Barra quiere acomodarse con dignidad al inevitable avance de la influencia ex-revolucionaria, mientras acelera al mismo tiempo el colapso generalizado del partido maderista, poniendo así, con el tiempo, sobre una base más firme la autoridad del gobierno legal. A grandes rasgos su proyecto ha sido, hasta ahora, un éxito".[94]

LOS PRIMEROS MESES DEL RÉGIMEN DE MADERO

Después de las elecciones, que constituyeron una clara victoria para Madero, éste asumió la presidencia. Siguió sin embargo usando a las antiguas fuerzas porfiristas como su base de poder, dejando al aparato estatal en sus manos y permitiéndoles retener puestos clave en su gabinete. Reclutó como secretarios a muchos miembros de su propia familia: su tío Ernesto fue nombrado secretario de Hacienda; su primo Rafael Hernández, secretario de Fomento; su pariente por matrimonio, González Salas, secretario de Guerra y Marina; y su hermano Gustavo fue su mano derecha y comodín extraoficial. También invitó a formar parte de su gabinete a algunos prominentes dirigentes del movimiento revolucionario como Abraham González, a quien nombró secretario de Gobernación, y Miguel Díaz Lombardo, que fue su secretario de Instrucción Pública. Carteras tan importantes como la del secretario de Relaciones Exteriores siguieron, sin embargo, en manos de porfiristas empedernidos, tales como Manuel Calero.

Muchos observadores contemporáneos y, más tarde, algunos historiadores, han visto en la actitud de Madero una expresión de ingenua falta de realismo. Su declaración: "Si tenemos libertad, todos nuestros problemas están resueltos", se cita como demostración de que, en realidad, no tenía ningún programa para asegurar la estabilidad o resolver los males sociales y económicos que agobiaban al país. Sin embargo, si uno examina más de cerca su política e intenta remontarse a sus antecedentes, resulta claro que no era de ninguna manera un soñador ajeno a este mundo movido por influencias espiritistas abstractas sino más bien un político perfectamente coherente que reflejaba en su visión del mundo la ideología de la clase terrateniente, teñida de una buena dosis de filantropía.

[illegible] visión del mundo de Madero compartía dos convicciones fundamen-[illegible] con la de los "científicos" porfiristas: en primer lugar, que sólo un flujo continuo de nuevos capitales extranjeros permitiría a México modernizarse, aunque, por supuesto, era imperativo reglamentar mejor ese flujo que en el régimen de Díaz, con el fin de evitar los abusos de los monopolios norteamericanos; segundo, que para modernizar la agricultura mexicana eran indispensables las grandes propiedades agrarias. Las haciendas, por supuesto, debían ser administradas por hacendados progresistas, justos y generosos, y medios de explotación tan poco liberales como la servidumbre por endeudamiento tendrían que ser abolidos. Así, pues, Madero estaba de acuerdo en lo esencial con los "científicos" al pensar que el sistema socioeconómico existente era el único racional y que había que conservarlo. En lo que se distinguía de ellos era en su creencia de que, para conservar el sistema, era necesario integrar a la clase media en el proceso político en un grado mucho mayor que antes. La introducción de la democracia política era un paso en esa dirección. Permitía a la clase media compartir el ejercicio del poder tanto a nivel local como estatal, aunque no tanto a nivel nacional. También ponía fin a aquellas medidas económicas que, como los impuestos desiguales, habían perjudicado notoriamente a la clase media en ascenso. La preservación del sistema existente también exigía que se desviara a los diversos movimientos obreros de los caminos revolucionarios y se les encaminara por vías evolucionarias mediante la legalización de las huelgas y los sindicatos. Pero la preservación del sistema existente también requería que se parara en seco a los movimientos campesinos radicales que exigían la reforma agraria inmediata. Parece ser que fue primordialmente esta consideración la que decidió a Madero a dejar intacto el viejo ejército federal.

Esta decisión, sin embargo, fue la que más irritó incluso a aquellos miembros de las clases medias y altas que en los demás aspectos estaban de acuerdo con él. Muchos de los maderistas venían del norte del país y no se sentían amenazados ni se veían afectados en mayor medida por las demandas campesinas; no entendían la tenacidad con que Madero se aferraba al viejo ejército federal y le advirtieron repetidas veces sobre el peligro mortal que implicaba su conservación. "Dejar en pie al ejército federal en los momentos en que entran en acción los elementos no desaparecidos del antiguo régimen y hacer desaparecer las fuerzas revolucionarias, es tanto como abrir el camino y la victoria a la reacción."[95] Pero Madero se negó a escuchar estos consejos. Hasta el último día en que se mantuvo en su cargo, cuando fue asesinado por oficiales de ese mismo ejército, Madero lo consideró como piedra angular de su régimen. Con su ayuda había tratado de librar una batalla en dos frentes simultáneos, contra los revolucionarios radicales que exigían cambios sociales, por una parte, y contra los conservadores que intentaban recuperar el poder absoluto que habían detentado durante tanto tiempo, por la otra.

La primera y más ruda confrontación que tuvo Madero en esta batalla fue con el campesinado revolucionario. Su política respecto a la cuestión campesina se expresó con la mayor claridad en sus relaciones con el ejército libertador del sur encabezado por Emiliano Zapata. Cuando se reunió con este último por primera vez, el 7 y 8 de junio de 1911, Zapata formuló tres demandas: la restitución de las tierras expropiadas a los campesinos; el establecimiento de una administración gubernamental revolucionaria en el estado de Morelos; y la retirada de las tropas del viejo ejército de Porfirio Díaz. Madero le explicó que el problema de devolver la tierra a los campesinos exigía serios estudios y exhaustivas investigaciones y que no podía ser resuelto de inmediato. Sí cedió, sin embargo, en dos puntos, a condición de que Zapata disolviera su ejército: se nombraría a un maderista, ajeno al estado, como gobernador de Morelos —la sugerencia de Zapata para el cargo ni siquiera se tomó en cuenta— y se acuartelaría en Morelos a tropas revolucionarias integradas al ejército federal. Pero ni los hacendados, ni el gobierno provisional, ni el ejército federal estaban dispuestos a respetar siquiera estos acuerdos. Las tropas federales entraron en el estado y pronto se enfrascaron en enfrentamientos con los zapatistas. Madero, aunque protestó contra las acciones del gobierno provisional, no podía o no quería refrenar a las tropas federales, y pronto estalló una verdadera guerra en el estado. Los combates continuaron incluso después de que Madero ocupó la presidencia.[96]

Zapata, amargado y decepcionado por las acciones del gobierno de Madero, se levantó contra él el 25 de noviembre de 1911, proclamando el Plan de Ayala. En él exigió la restitución de todas las tierras expropiadas a las comunidades indígenas, la distribución de la tercera parte de las tierras de las haciendas entre los campesinos sin tierra y la expropiación y repartición de todas aquellas haciendas cuyos dueños hubieran combatido a la revolución. Este plan se convirtió en el programa de la lucha campesina revolucionaria en el sur de México durante la siguiente década.[97]

A pesar de que Madero no había llevado a cabo ningún cambio social importante, se veía obligado a enfrentarse a la oposición cada día mayor, de las fuerzas porfiristas, que urdían un complot tras otro contra él. Para los porfiristas, el puñado de rostros nuevos en el viejo aparato era ya demasiado. También consideraban que la campaña de Madero contra Zapata era demasiado moderada. Madero mismo no había propuesto una sola ley referente a la reforma agraria, pero la fuerte ala radical de su partido, que se autodenominaba "los Renovadores", abogaba entusiastamente por tales reformas. En el discurso que Luis Cabrera, uno de los principales renovadores, pronunció ante el Congreso el 3 de diciembre de 1912, y que fue ampliamente comentado, describió a grandes rasgos la penosa situación

en que se hallaban los campesinos y pidió enérgicamente una reforma agraria.[98] Los porfiristas temieron que Madero siguiera ese camino.

Sin embargo, el principal objetivo de los "científicos" era recuperar la omnipotencia de que habían gozado en todo el país bajo Díaz. Con ese fin libraron una lucha cada vez más enconada contra Madero, con medios tanto legales como ilegales, ayudados, en gran medida, por las libertades democráticas fomentadas por Madero.

El campo de batalla legal lo constituyeron la prensa y el Congreso. Madero, efectivamente, había instituido la plena libertad de prensa en el país. Sin embargo, ni Zapata ni los sindicatos pudieron hacer uso de esta libertad porque carecían de medios para publicar sus propios periódicos. El mismo partido maderista no tenía sino un solo periódico, *La Nueva Era*. Aunque el gobierno había comprado la mayoría de las acciones de *El Imparcial*, órgano propagandístico del viejo régimen de Díaz, no había cambiado el cuerpo de redacción.[99] Todos los demás periódicos seguían en manos de los porfiristas y diariamente atacaban con gran ferocidad al nuevo presidente. Pero no bastaba que casi todos los antiguos periódicos estuvieran unidos contra Madero; surgió toda una ola de nuevas publicaciones, subsidiadas por los porfiristas, que dejaban muy atrás a las demás por la virulencia de sus ataques contra el nuevo gobierno.

El sistema parlamentario, introducido por Madero, también obró principalmente en beneficio de las fuerzas porfiristas. Ni Zapata ni los sindicatos estaban representados en el Congreso. Aunque los maderistas estaban en su mayoría, sólo un reducido número de ellos, los Renovadores, eran verdaderos revolucionarios que exigían cambios radicales en la estructura social. Los demás "maderistas" tenían fuertes ligas ideológicas y sociales con el sistema de Díaz. El equilibrio de fuerzas entre los delegados facilitaba las acciones de los porfiristas, que equivalían aproximadamente a la quinta parte de los delegados. En el Congreso perseguían fundamentalmente tres objetivos: 1] el completo descrédito, mediante discursos propagandísticos agresivos, del régimen de Madero; 2] la prevención de cualquier viraje hacia el cambio social; y 3] la parálisis del aparato gubernamental, que contribuiría al triunfo de los conspiradores.

Las conspiraciones fueron el segundo, e ilegal, terreno en que operó la oposición. Facilitaban estas actividades el funcionamiento prácticamente inalterado del antiguo ejército porfirista y la desmovilización gradual de los ejércitos revolucionarios.

La primera conspiración fue el golpe intentado en diciembre de 1911, cuando el general Bernardo Reyes trató de tomar el poder. Reyes cruzó la frontera desde los Estados Unidos el 13 de diciembre y llamó al pueblo a levantarse contra Madero. Su golpe fue un total fracaso. La victoria de Madero todavía estaba fresca y aún tenía demasiado apoyo popular para que la conspiración tuviera éxito. Además, las antiguas fuerzas porfiristas

todavía no se recuperaban de su derrota y muchos de ellos no confiaban en Reyes. Por otra parte, Madero parecía gozar todavía del apoyo norteamericano. El 25 de diciembre Reyes se rindió al ejército mexicano y declaró: "Para efectuar la contrarrevolución llamé a los revolucionarios descontentos, al Ejército y al pueblo, y al entrar al país, procedente de los Estados Unidos ni un solo hombre ha acudido a mi demanda. Esta demostración patente del general sentir de la Nación, me obliga a inclinarme declarando la imposibilidad de hacer la guerra".[100]

Mucho más grave fue la insurrección de Pascual Orozco, el ex-general revolucionario del norte de México cuyas ambiciones había frustrado Madero cuando no apoyó su candidatura para gobernador de Chihuahua. Pascual Orozco se negó a darse por satisfecho cuando Madero lo nombró comandante de la milicia estatal de Chihuahua y le otorgó una generosa compensación de cien mil pesos por sus servicios a la revolución. Orozco respondió organizando su propio ejército, con muchas de sus propias tropas y otros maderistas desilusionados. El suyo fue un programa revolucionario que le ganó el apoyo de muchos antiguos revolucionarios, sobre todo campesinos zapatistas que estaban muy disgustados con la postura política moderada de Madero. Curiosamente, su movimiento fue financiado por grandes compañías norteamericanas y terratenientes conservadores del estado de Chihuahua.[101] Tal tipo de alianza entre los terratenientes más poderosos del norte y los rebeldes que exigían reformas agrarias no carecía de precedentes. Veinte años antes, en 1892, Luis Terrazas alentó a los habitantes del pueblo de Tomochic en su lucha contra el gobierno del estado dirigido por su rival, Lauro Carrillo. Sin embargo, cuando en parte debido a este incidente, Terrazas pudo deshacerse de Carrillo y remplazarlo, no tuvo ningún escrúpulo en apoyar la acción del estado que terminó con la muerte de casi todos los habitantes de Tomochic. Tanto Terrazas como las compañías norteamericanas probablemente esperaban utilizar la rebelión orozquista de manera parecida, como medio para desestabilizar al gobierno existente y sacar ventajas de la confusión resultante.

La rebelión orozquista se inició el 3 de marzo de 1912 y logró alcanzar algunas victorias, pero al cabo de cuatro meses fue derrotada por las tropas gubernamentales y su ejército dispersado. La insurrección fracasó porque porciones importantes del ejército porfirista, por mucho que quisieran el derrocamiento de Madero, no querían permitir que unos ex-revolucionarios, por conservadores que se hubieran vuelto, tomaran el poder.

El 16 de octubre la guarnición de Veracruz se levantó contra el gobierno de Madero al mando de Félix Díaz, sobrino de Porfirio Díaz. Féliz Díaz llamó al ejército federal a unírsele. Muchos generales y oficiales del ejército porfirista estaban dispuestos a levantarse en armas, pero no veían en Félix Díaz al hombre adecuado para encabezarlos y llevarlos al éxito. Hintze, el ministro alemán, que tenía buenas relaciones con oficiales destacados del

ejército mexicano, lo describió con bastante exactitud:

> El general Félix Díaz admite él mismo que apoyó su revolución en el descontento dentro del ejército. Es su propia debilidad personal, lo que explica su total derrota una vez que se enfrentó a las tropas del gobierno. En vez de tratar de negociar inmediatamente con el puñado de federales que había en las afueras de Veracruz, se demoró en la ciudad, organizando festivales y procesiones. El más mínimo éxito que hubiera tenido en el periodo inmediatamente posterior a su rebelión, hubiera estimulado a importantes sectores del ejército a unírsele. Fundo esta opinión en las declaraciones confidenciales de muchos de los más importantes generales; ahora esta opinión se ha difundido mucho. La revolución de [Félix] Díaz se vino abajo por la incompetencia de su jefe.[102]

Madero desplegó una blandura fatal frente a los jefes de estos intentos de golpe. Después de que Reyes dio su palabra de honor de que no huiría, lo puso inmediatamente en libertad. Más tarde lo recluyó en la cárcel de Santiago Tlatelolco, donde gozaba de privilegios especiales y tenía, por lo tanto posibilidades de organizar nuevas conspiraciones desde su celda. Félix Díaz fue condenado a muerte después de su derrota. Pero la Suprema Corte, compuesta de jueces nombrados por Porfirio Díaz, anuló la sentencia del tribunal militar y Félix Díaz fue trasladado a la misma prisión donde estaba Reyes. Como se le otorgaran los mismos privilegios que a éste, también él pudo conspirar casi sin interrupción. Madero declaró que: "Estaría dispuesto a conceder la amnistía a aquellos conspiradores que, como Orozco y Díaz, pudieran demostrar que habían actuado por motivos patrióticos".[103]

Un nuevo revés para la revolución de Madero fue el viraje total de la actitud norteamericana hacia México. En sus fases iniciales el movimiento maderista había gozado tanto de la simpatía del gobierno norteamericano como del apoyo de algunas de las principales compañías norteamericanas en México. Corrían rumores de que la Standard Oil había prestado servicios valiosísimos al movimiento, rumores que aún no se han refutado del todo.[104] Pero esa buena relación comenzó a agriarse en marzo de 1912 debido a una serie de confrontaciones cada vez más ásperas entre Madero y el gobierno y los intereses comerciales norteamericanos.

Una gran parte del apoyo inicial que recibió Madero en los Estados Unidos provenía de aquellos elementos que esperaban que mantendría el sistema de Díaz pero favorecería al capital norteamericano sobre el europeo. Tales opiniones las expresó muy claramente Henry Lane Wilson, el embajador norteamericano, quien escribió a raíz de la victoria de Madero: "Tengo ahora la opinión de que el señor Madero cambiará sus ideas de gobierno y que a medida que el tiempo pase se verá obligado por la fuerza de las circunstancias a volverse más y más hacia el sistema impuesto por el general Díaz". Expresó además la firme convicción de que Madero y su gabinete harían "justicia a los intereses norteamericanos".[105]

Para 1913 la actitud norteamericana hacia Madero había cambiado por completo, de simpatía velada, o al menos tolerancia, a hostilidad cerrada. Actualmente se sostiene una opinión muy difundida de que la hostilidad norteamericana hacia Madero se puede atribuir a la personalidad del embajador Wilson. Se ha afirmado que éste había recibido sobornos de Porfirio Díaz y que Madero se negó a sostener esa práctica. Otros señalan las estrechas ligas financieras de Wilson con el grupo Guggenheim, que participó vigorosamente en la lucha contra Madero y ejercía una influencia importante sobre el gobierno de Taft.[106] Otros más han señalado las profundas diferencias de temperamento y actitud entre Wilson y Madero. Es indudable que algunos de estos factores desempeñaron un papel en el asunto, pero no fueron decisivos. En última instancia, tanto las grandes compañías norteamericanas en México como el gobierno norteamericano estaban detrás del embajador Wilson, y es allí donde hay que buscar las raíces de la oposición norteamericana a Madero.

Si se consideran las políticas financiera y exterior de Madero, parece en un principio incomprensible la extrema y virulenta oposición norteamericana a Madero, puesto que éste no llevó a la práctica casi ninguna medida antinorteamericana. En el campo de la política exterior, se apartó de la orientación probritánica de fines de la era porfiriana. Incluso parece haber intentado sustituir esta política con una orientación provisional favorable a Alemania, pero este experimento fracasó. Con respecto a las compañías norteamericanas, las medidas antinorteamericanas tomadas por Madero fueron mínimas. Anunció un pequeño impuesto al petróleo crudo y tomó medidas para despedir a los empleados norteamericanos de los ferrocarriles nacionales que no hablaran español.[107] La importancia de estas medidas para los norteamericanos residía menos en sus efectos prácticos que en su potencial como precedentes de futuras acciones. Como Díaz, también Madero intentó obtener préstamos, principalmente en Europa; pero no tuvo éxito. Los bancos europeos se negaron en 1911-12 a manejar bonos mexicanos y hubo que confiar el asunto al banco Speyer en los Estados Unidos.[108]

Lo más significativo para el gobierno y las compañías norteamericanas no fue lo que hizo Madero sino lo que no hizo. El representante diplomático alemán, que tenía estrechas relaciones tanto con el gobierno mexicano como con la embajada norteamericana, escribió a principios de 1912:

> El cambio en la política mexicana de los Estados Unidos, de simpatía por el gobierno de Madero a una virtual hostilidad abierta, se debe a varios factores:
>
> 1. La negativa de Madero a satisfacer las demandas norteamericanas

de que otorgue compensación por pérdidas de vida y propiedades sin pasar por los canales normales, *id est*, sin una investigación legalmente definida de la comisión establecida con este fin.

2. Su demostrada intención de alentar la inmigración europea.

3. Su resuelta negativa a ceder a las presiones norteamericanas respecto al tratado de reciprocidad.

4. Su esfuerzo por despertar y cultivar sentimientos patrióticos en la población mexicana, que ha culminado en su intención de introducir el servicio militar obligatorio. Éstos son los motivos generalmente conocidos: ocultos, pero tal vez más importantes, existen los siguientes factores:

5. Madero aparentemente obtuvo el apoyo efectivo de los Estados Unidos para *su* revolución prometiendo entregar la industria petrolera mexicana a la Standard Oil Company y el ferrocarril del istmo (británico) a los ferrocarriles mexicanos (en realidad norteamericanos). Yo no creo que el actual presidente se haya comprometido personalmente a hacer tal cosa, ya que es demasiado honrado y recto para ello. Pero los mangoneadores de su partido y su familia, a saber, su hermano, Gustavo Madero, pueden haber manejado este aspecto de la revolución. Sin embargo, es un hecho que Francisco I. Madero no ha cumplido con ninguno de estos compromisos. Ello no obstante, ha recibido repetidas advertencias, y advertencias del famoso [Sherburne] Hopkins, el abogado profesional de las revoluciones latinoamericanas inspiradas por los Estados Unidos. También —o al menos eso me han dicho— ha recibido advertencias indirectas de Dawson, promotor de estas revoluciones. Hopkins ha estado aquí durante tres semanas; puede haber recibido la negativa final del presidente. El cambio de actitud de la embajada norteamericana y el viraje en la actitud del gobierno norteamericano datan, efectivamente, del mismo periodo.[109]

La burguesía industrial, que estaba en el poder con Madero, y la clase media, que formaba su base de apoyo más fuerte, estaban todavía menos dispuestas que los "científicos" bajo Díaz a conceder a los norteamericanos una hegemonía irrestricta en México. Pero fue la política interior de Madero la que resultó aún más decisiva para las compañías y el gobierno norteamericanos.

La legalización de los sindicatos y la gran ola de huelgas de 1911-12 tuvieron un impacto tremendo en las compañías norteamericanas. La libertad de prensa y de palabra que, en comparación con el grado de libertad que se permitía bajo el régimen de Díaz, eran bastante amplias, permitió la expresión, por primera vez, de actitudes antinorteamericanas previamente ocultas. El movimiento zapatista en Morelos tuvo, por supuesto, muy poco efecto sobre las compañías norteamericanas, pero la impotencia de Madero para acabar con él, que muchos norteamericanos interpretaron como una

falta de deseo de hacerlo, levantaron repetidas veces el espectro de una insurrección general en el campo. La existencia de un ala radical en el partido de Madero que pedía abiertamente cambios en la estructura agrícola del país, daba sustancia a estos temores. Se hacía cada vez más evidente que Madero, a pesar de sus tendencias conservadoras, no era el hombre indicado para "regresar al sistema implantado por el general Díaz".

En opinión de Hintze, la oposición norteamericana a Madero cobró plena fuerza en marzo de 1912. Esta oposición tenía fundamentalmente cuatro aspectos:

1. Enviar notas de protesta cada vez más hostiles al gobierno mexicano en las que se aprovechaban todos los incidentes, hasta los más triviales.
2. Evacuar norteamericanos de muchas regiones de México y dar armas a un sector de la colonia norteamericana en México, mediante lo cual la embajada norteamericana intentaba crear una atmósfera de histeria contra el gobierno de Madero y sentar las bases para una intervención norteamericana en México.
3. Organizar una amplia campaña de prensa en los Estados Unidos en la cual se presentaba a Madero como incapaz de imponer "la ley y el orden" en México.
4. Apoyar intentos de golpe contra Madero.

Mientras que la conspiración reyista (diciembre de 1911) tuvo lugar en un momento en que el gobierno norteamericano todavía tenía sus esperanzas puestas en Madero, varios meses más tarde grandes compañías norteamericanas parecen haber proporcionado armas a Orozco. Según el ministro austriaco en México, Orozco recibió ayuda importante de compañías mineras y huleras norteamericanas, así como del grupo Hearst.[110] Más evidente, sin embargo, fue el apoyo de los hombres de negocios y diplomáticos norteamericanos al intento de golpe de Félix Díaz.

A principios de 1912 Félix Díaz había ido de La Habana a Washington, en donde se proponía obtener el apoyo del gobierno norteamericano para su proyectada insurrección. Llevó consigo una carta de recomendación de Brooks, representante de la American Banknote Company en Cuba, para el general Leonard Wood, jefe del estado mayor norteamericano, en que se declaraba:

Díaz puede ser el "hombre montado en un caballo blanco" de México si los Estados Unidos lo ayudan a llegar al poder. Con el apoyo moral de los Estados Unidos podría cambiar de tal manera la situación en México que ya no sería necesaria una intervención. Naturalmente, sus posibilidades dependen de los deseos y las acciones de los Estados Unidos. Use esta carta como le parezca conveniente. Si yo estuviera en Washington la haría llegar al Departamento de Estado y trataría de asegurar que al

menos se escuche a Díaz. Le recomendaré a Díaz ponerse en contacto con usted para que pueda usted servir de intermediario.[111]

No hay pruebas documentales de las gestiones de Díaz en Washington. Sin embargo, la actitud de los diplomáticos norteamericanos durante su insurrección indicaría que sí las hubo y que no fueron en vano. Hintze informó:

Al estallar la revolución de [Félix] Díaz en Veracruz [16 de octubre] la embajada norteamericana, sin notificar a las otras embajadas, informó oficialmente al gobierno mexicano que el gobierno norteamericano se opondría a un bombardeo de Veracruz por las tropas federales. El comandante Hughes, del crucero *Des Moines* que llegó a Veracruz el 20 de octubre, comunicó el mismo mensaje. En sus tratos con las autoridades mexicanas, este oficial manifestó una altanería que ofendió profundamente a los mexicanos. En consecuencia, en la embajada norteamericana, la gente está diciendo: "Es un demonio de hombre".[112]

Es evidente que semejante actitud de parte del gobierno norteamericano constituía una injerencia directa en la insurrección en favor de Félix Díaz. El encargado de negocios norteamericano, reportó Hintze, "me informó sobre la forma en que recibieron las autoridades mexicanas el anterior mensaje. El presidente Madero le había recordado a él personalmente el derecho de México, dentro del marco de la ley internacional, a hacer lo que quisiera. Después de una acalorada discusión de aproximadamente una hora, Madero había estallado en lágrimas, reconociendo la imperturbabilidad de la posición norteamericana y su propia impotencia".[113]

El fracaso de la insurrección no desalentó ni a los norteamericanos ni a los "científicos". Se organizó una nueva conspiración para derrocar a Madero. Los conspiradores dieron su golpe en febrero de 1913. En esta ocasión el apoyo norteamericano a los antimaderistas alcanzó tales proporciones que cambió el equilibrio de fuerzas en favor de los conspiradores.

2. ALEMANIA Y MÉXICO

Si en sus orígenes la revolución mexicana estuvo estrechamente vinculada con las relaciones internacionales, en su dinámica misma estuvo casi inextricablemente unida a ellas. La inhábil participación de Alemania en los asuntos de México no es la menor de las causas de que esto haya sido así. La atrevida incorporación de México a sus consideraciones estratégicas mundiales, de la cual el telegrama de Zimmermann es el ejemplo más espectacular pero no ciertamente el más audaz, había de afectar profundamente el curso de la revolución mexicana. Pero aunque la injerencia alemana en los asuntos mexicanos no asumió grandes proporciones sino hasta la fase final de la primera guerra mundial, en 1917-18, aquélla se remonta a mucho antes. La significación de las atrevidas iniciativas alemanas en lo que respecta a México no puede, de hecho, comprenderse plenamente sin entender la magnitud de los intereses que Alemania llegó a crear en México desde la época porfiriana.

MÉXICO Y ALEMANIA EN EL PERIODO PORFIRIANO

El esfuerzo de los "científicos" por crear un contrapeso europeo a la influencia norteamericana se había centrado en tres países: Gran Bretaña, Francia y Alemania. En vísperas de la revolución, Gran Bretaña era, con mucho, la potencia europea dominante en México; la única que constituía un serio desafío al dominio económico norteamericano. La influencia económica y política de Alemania en México era mucho más limitada. A diferencia de los casos de la Argentina, Chile y el Brasil, adonde habían emigrado decenas de millares de alemanes, en México sólo había 2 500 residentes alemanes en 1910.[1] Las inversiones alemanas también eran limitadas y, aunque las estimaciones varían, no pasaban del 6.5% de todo el capital extranjero invertido en México en ese mismo año.[2]

Por lo que al comercio exterior se refiere, el papel de Alemania era más importante, aun cuando existía una gran desproporción en los intercambios entre los dos países: en 1910-11 el 12.9% de todas las importaciones de México provenían de Alemania pero únicamente el 3% de sus exportaciones iban destinadas a ese país.[3]

Sería erróneo concluir partiendo, de la relativa debilidad de la influencia económica alemana en México, que antes de 1910 los comerciantes,

capitalistas y políticos alemanes no habían hecho un serio esfuerzo por asegurarse una fuerte implantación en México. El primer esfuerzo de este tipo lo hicieron los comerciantes de las ciudades hanseáticas de Hamburgo, Bremen y Lubeck, quienes a principios del siglo XIX se habían convertido en socios menores de las casas comerciales inglesas en México. En la segunda mitad del siglo, estos comerciantes lograron quebrantar la supremacía comercial británica en México, e incluso asumieron la hegemonía que hasta entonces habían ejercido sus socios británicos.

Hacia 1878 las ciudades hanseáticas controlaban las dos terceras partes del comercio exterior mexicano. "Hace cuarenta años", escribió un comentarista alemán en 1889, "aún existían no menos de setenta y nueve casas importadoras inglesas en México, con sucursales e influencia proporcional en todas las regiones importantes del interior. Desempeñaban un papel considerable en la política, influían en la legislación en beneficio de sus intereses y eran servidas obedientemente por los funcionarios aduanales. Hace diez años, o sea en 1879, su número se había reducido a tres, que limitaban sus actividades casi exclusivamente al ramo bancario y ya no tenían vínculos con la industria británica.[4]

Sin embargo, la posición de los hombres de negocios alemanes, era muy precaria a pesar de sus éxitos. Su supremacía comercial era fortuita y, en última instancia, representaba una situación pasajera. Se derivaba, no de la hegemonía política o económica alemana, sino de un conflicto temporal entre México y las demás potencias extranjeras que habían apoyado el malhadado imperio de Maximiliano.

Después de resuelto este conflicto, eran de esperarse fuertes ataques al monopolio comercial alemán. Los hombres de negocios alemanes manejaban primordialmente bienes manufacturados, especialmente textiles que, hasta el año de 1876, constituían casi el 80% de las importaciones mexicanas.[5] Pero únicamente una proporción muy reducida de estos textiles eran fabricados en Alemania; los comerciantes alemanes obtenían la mayor parte de ellos en Inglaterra y Francia, por lo cual dependían finalmente de los productores de esos dos países.

A la larga, esta dependencia los hundió. En cuanto se normalizaron hasta cierto punto las relaciones entre Francia y México, los fabricantes franceses de textiles confiaron la venta de sus productos a comerciantes connacionales del sur de su país que habían establecido sucursales en México, los llamados "barcelonetas" (por la región meridional francesa de la cual provenía la mayoría de estos comerciantes).[6] En la feroz guerra comercial que sobrevino, los barcelonetas lograron expulsar casi totalmente a los alemanes del negocio de las telas hacia fines de la década de 1880. La revista alemana *Der Export* informó con amargura que, de más de ochenta casas importadoras alemanas "de primer orden" que habían dominado casi por completo el comercio mexicano veinte años antes, las dos terceras partes

habían sido obligadas a retirarse de la competencia o lo habían hecho voluntariamente. "Sin embargo, al mismo tiempo, muchas casas importadoras francesas se han establecido y prosperado, como lo hicieron antes las alemanas en todo el país, y tienen cientos de sucursales, monopolizando ahora casi todo el comercio de *ropa** o textiles. Esta retirada en masa, sus causas y sus inevitables consecuencias, deben servir de ejemplo [. . .]"

Los hombres de negocios alemanes no salieron de México sino que se dedicaron a la importación de otros productos, especialmente de ferretería, cuya producción estaba particularmente bien desarrollada en Alemania.[8] La proporción de las importaciones mexicanas correspondiente a estos productos, que había sido mínima en las décadas de 1860 y 1870, aumentó rápidamente durante el periodo porfiriano. Fue durante este mismo periodo cuando el capital bancario alemán penetró en México. En consecuencia, la posición de los hombres de negocios alemanes, que se había visto seriamente afectada a fines de la década de 1880, se fortaleció año con año, sin llegar a recuperar, sin embargo su anterior influencia. En 1905 el ministro alemán contó sesenta comerciantes mayoristas alemanes en México,[9] y en 1911 el experto comercial alemán Bruchhausen[10] estimó el valor del capital alemán invertido en casas comerciales mexicanas en 41 675 millones de pesos (83 350 millones de marcos).

En 1888, año en que Alemania hizo su segundo intento de asegurarse una posición dominante en México, el gobierno de Díaz se acercó a varias potencias europeas en busca de un empréstito. Díaz había evitado desde el principio recurrir a los Estados Unidos porque deseaba utilizar a Europa como contrapeso a la influencia norteamericana en este aspecto. El primer intento importante del régimen de Díaz de obtener financiamiento en Europa, tropezó con mucho escepticismo tanto en Londres como en París, debido a los conflictos suscitados durante el periodo del imperio de Maximiliano. En Alemania, sin embargo, las circunstancias eran muy favorables. No sólo no había antecedentes conflictivos en su caso, sino que los bonos rusos habían desaparecido del mercado alemán de valores en ese año y por tanto los capitalistas alemanes estaban buscando oportunidades alternativas de inversión.[11]

A juicio de Georg von Bleichröder, banquero personal del canciller Otto von Bismarck, México parecía ofrecer una posibilidad única de combinar la obtención de ganancias rápidas con la creación de una hegemonía financiera alemana en el país.

En 1888, bajo su dirección y con la participación de la casa bancaria inglesa de Anthony Gibbs and Sons, se organizó el grupo financiero que se haría cargo de una emisión de bonos por 10.5 millones de libras esterlinas para el gobierno mexicano en condiciones muy favorables para el gru-

* En español en el original.

po: se fijaron los intereses en 6%, los bancos recibieron una comisión de 1.25% y los certificados se vendieron al 70% de su valor nominal.[12] Pero lo más importante de todo fue una cláusula secreta incluida en el acuerdo, por la cual el gobierno mexicano se comprometía a ofrecer a Bleichröder la opción de hacerse cargo de cualquier futura emisión de bonos. En palabras del ministro alemán, Zedwitz, el objeto de este acuerdo era "evitar que el gobierno mexicano recurriera a los servicios de alguna casa bancaria extranjera que no fuera la Bleichröder para sus transacciones futuras, y asegurar a Bleichröder un monopolio en México semejante al que disfrutaba la casa Rothschild en el Brasil".[13] Las ganancias obtenidas por Bleichröder en este negocio fueron muy grandes.

El gobierno mexicano, sin embargo, no tenía la menor intención de someterse al dominio financiero de Bleichröder. El éxito de esta emisión de bonos movió a los bancos británicos y franceses a cambiar su actitud hacia México, y ya desde 1889 el gobierno de la ciudad de México pudo colocar sin ningún problema una emisión de bonos en el mercado de valores de Londres. Naturalmente, Bleichröder vio esto como una amenaza a sus ambiciones monopólicas y como una violación de la cláusula secreta de su contrato con el régimen de Díaz. Inmediatamente envió a éste un memorándum que "contenía una inequívoca advertencia al gobierno mexicano de que no debía pasar por alto a la casa Bleichröder en el futuro".[14] Estas amenazas, sin embargo, resultaron contraproducentes, y sólo sirvieron para fortalecer la decisión de Díaz de liberarse de los intentos el banquero alemán por establecer un monopolio financiero en México. Por lo tanto cuando en 1889 el gobierno mexicano se propuso colocar una nueva emisión de bonos, buscó otra fuente de financiamiento. Las ofertas norteamericanas para hacerse cargo de esta nueva emisión de bonos fueron "rechazadas cortés pero firmemente", como lo expresó el embajador francés en un informe, "porque México teme a los Estados Unidos".[15] Díaz quería encontrar una base de apoyo en el ministro francés diciéndole que "le daría mucho gusto encontrar un contrapeso a Herr Bleichröder entre los banqueros franceses".[16] Esta solicitud recibió el más caluroso apoyo del gobierno francés cuyos representantes en México incluso participaron en las negociaciones. "Haré lo mejor que pueda, Monsieur le Ministre, por combatir a nuestro enemigo hereditario, pero para ello necesito ayuda y cooperación en París",[17] le escribió el representante francés en México al ministro de Relaciones Exteriores de su país refiriéndose a sus intentos de expulsar a Bleichröder del mercado mexicano de capital. Alentado por el éxito alemán del año anterior, se formó un consorcio francés para hacerse cargo de este nuevo préstamo.[18]

Bleichröder, que había seguido con mucha atención estos procedimientos, invocó la cláusula secreta del acuerdo[19] y solicitó que se le transfiriera a él la emisión de bonos. El gobierno mexicano no sólo se negó a complacerlo, sino que ofreció liquidar el saldo insoluto de la emisión de 1888 para librarse de la cláusula secreta. Bleichröder se negó y, por indicaciones suyas, el embajador Zedwitz hizo una visita amenazante al secretario mexicano de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, sin obtener ningún resultado.[20] El representante francés informó al Ministro de Relaciones Exteriores en París: "Cuando el barón Zedwitz insistió en que se cumpliera el acuerdo entre el gobierno mexicano y el banquero berlinés, y agregó que si fuera necesario la marina de guerra alemana respaldaría estas demandas en la bahía de Veracruz, Mariscal respondió tranquilamente a mi joven colega iracundo que, antes de que apareciera la flota alemana en el golfo de México, ya habría diez mil soldados norteamericanos en territorio mexicano".[21]

Las amenazas de Zedwitz fueron ineficaces y jamás volvió a mencionarse el tratado secreto. El banquero alemán mantuvo, sin embargo, cierta influencia en las finanzas mexicanas —se le concedió la emisión de bonos de 1890,[22] debido a las condiciones rigurosas que ponían los banqueros franceses—, pero la facilidad con que México descartó el acuerdo secreto puso fin al sueño de Bleichröder de dominar las finanzas del país.

Después de 1900 comenzaron a expresar interés en México instituciones alemanas mucho más poderosas que Bleichröder o que los comerciantes alemanes de textiles. Algunos de los bancos más importantes atraídos por la riqueza y estabilidad de México, intentaron penetrar su mercado. Unos trataron de hacerlo en calidad de socios (generalmente menores) de instituciones financieras norteamericanas; otros se propusieron lograrlo solos. Aunque algunos de los negocios que emprendieron resultaron venturosos y arrojaron ganancias considerables, ninguno dio a los alemanes un punto de apoyo importante desde el cual proseguir la penetración de la economía mexicana.

El mayor banco alemán, el Deutsche Bank, tenía por norma cooperar con los intereses norteamericanos, cuya supremacía estaba dispuesto, implícitamente, a reconocer. Esta actitud se expresó en los estrechos lazos que formó con la casa bancaria Speyer, de matriz norteamericana. La Speyer, como resultado de su ambiciosa expansión económica en México, había logrado dominar casi la mitad del sistema ferroviario e intentaba a la sazón llegar a influir en el sistema ferroviario mediante préstamos al gobierno y la fundación de un banco en México. Pero era precisamente en esta área donde le faltaba a Speyer el indispensable apoyo del gobierno mexicano, que se esforzaba por dar preferencia al capital europeo sobre el norteamericano. Para vencer esta dificultad, Speyer decidió ofrecer al Deutsche Bank una alianza en México. "Herr Speyer", escribió el ministro alemán en México, "parece querer mezclar las barras y las estrellas norteamericanas con los colores alemanes para poder hacer negocios aquí al amparo de una bandera híbrida".[23]

Desde el primer momento Speyer dio a entender claramente al Deutsche

Bank que su colaboración se limitaría al papel de socio menor. Explicó al ministro alemán, Freiherr von Wangenheim, al exponerle sus planes para la empresa conjunta, que México era visto en los Estados Unidos "únicamente como una dependencia de la economía norteamericana", y que Alemania sólo "podría realizar negocios importantes en México en el futuro" con la cooperación de los Estados Unidos.

La conversión de los antiguos bonos mexicanos planeada para 1909 también se llevará a cabo bajo auspicios norteamericanos, y la Haus Bleichröder tendrá que acostumbrarse a la idea de que su papel determinante en México ha terminado. Europa no puede proseguir una política sentimental en América del Norte. Roosevelt será reelegido y la Doctrina Monroe, en su concepción más limitada o bien como pretensión al control absoluto del hemisferio norteamericano hasta el canal [de Panamá] excluyendo de él toda incursión extranjera, se convertirá en un axioma indiscutible para todos los norteamericanos. Alemania debe sacar las conclusiones lógicas y reconocer la doctrina en cuestión como un hecho inalterable, pero, al mismo tiempo, deberá hacer la legítima demanda de que los Estados Unidos garanticen todo el capital que Alemania ha invertido en el área afectada por la Doctrina Monroe.[24]

Las demandas fueron aceptadas por el Deutsche Bank. En 1904 ayudó a Speyer a expulsar a Bleichröder del mercado de bonos mexicanos y fundó, junto con Speyer, el Banco de Comercio e Industria, cuyos cargos administrativos estaban reservados a los norteamericanos. Los diplomáticos alemanes protestaron con vehemencia, viendo el nuevo hecho como una cortapisa al poderío económico alemán. En junio de 1906 el encargado de negocios, Bressler, envió un informe advirtiendo al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores respecto al nuevo banco. En este informe decía que en México un banco alemán debía cumplir tres funciones: financiar las empresas alemanas, facilitar la liquidez de las compras mexicanas de productos alemanes y participar en las transacciones con el gobierno. Advirtió que el nuevo banco no podría cumplir con las dos primeras obligaciones, porque su director era hombre de confianza de Speyer. "Los alemanes se encontrarán en minoría en cualquier votación y finalmente serán expulsados, como ya antes ha sucedido en el caso del Deutsche Bank en México."[25]

A pesar de estas advertencias, el ejemplo del Deutsche Bank sirvió como precedente para otros casos de colaboración con los norteamericanos. La Frankfurter Metallgesellschaft fundó la Compañía Minera de Peñoles en sociedad con capitalistas norteamericanos, pero parece haber retenido el control de la empresa.[26] Bleichröder invirtió importantes sumas en la Mexican Petroleum Co., controlada por los norteamericanos.[27] La línea naviera Hamburg-American (Hapag) colaboró estrechamente con compañías navieras norteamericanas sobre la base de un acuerdo firmado en 1902 con el banco norteamericano Morgan.[28] Otros acuerdos tipo cártel concluidos en el mismo periodo entre compañías norteamericanas y alemanas dieron a los norteamericanos mano libre en muchos sectores del mercado mexicano:[29] August Thyssen, el magnate siderúrgico alemán, por ejemplo, llegó a un acuerdo con una compañía norteamericana por el cual se comprometía a no vender vías ferroviarias a México;[30] otras compañías norteamericanas y alemanas llegaron a acuerdos semejantes respecto a ventas de tubería.[31]

Después de 1907 esta política de colaboración entre hombres de negocios norteamericanos y alemanes fue remplazada cada vez en mayor grado por la rivalidad e incluso la confrontación abierta. Esto se debió por una parte a la creciente rivalidad germano-norteamericana en otras regiones del mundo y, por la otra, a la penetración en México de nuevos grupos financieros alemanes que tenían menos vínculos con el capital norteamericano que el Deutsche Bank.

Uno de los más importantes entre ellos fue el Berliner Handelsgesellschaft, dirigido por Carl Fürstenberg. "Por última vez antes de la guerra mundial", escribió éste más tarde en sus memorias, "Alemania intentó penetrar una nueva esfera económica extranjera".[32] El Berliner Handelsgesellschaft colaboró en la medida antinorteamericana más importante que emprendió el régimen de Díaz: el intento de obtener el control de los ferrocarriles mexicanos. Con ayuda de otros bancos europeos, e incluso norteamericanos, logró su objetivo; así fue como los accionistas alemanes representados por el grupo Fürstenberg adquirieron el control del 20% de las acciones de Ferrocarriles Nacionales de México.

"Alemania debería estar muy satisfecha con la situación de las dos líneas del norte del país que controla el Estado", comentó Wangenheim al respecto. "Los alemanes propietarios de acciones y obligaciones del Ferrocarril Central, que ha estado en dificultades financieras por mucho tiempo, están mejorando su situación y convirtiéndose en copropietarios en un 20% de los Ferrocarriles Nacionales de México. Con tan alta proporción de acciones estarán representados en la mesa directiva, y el gobierno mexicano tendrá que tomar en cuenta el voto alemán en su futura política ferroviaria."[33]

Inevitable resultado del ingreso del capital alemán en el sistema ferroviario fue el conflicto con las compañías norteamericanas. Muy pronto el Berliner Handelsgesellschaft comenzó a utilizar su influencia contra los norteamericanos. Los representantes alemanes en la junta directiva, junto con los representantes del gobierno mexicano, lograron quebrantar el virtual monopolio de la venta de equipo ferroviario del que habían gozado, antes de que se nacionalizaran los ferrocarriles, los abastecedores norteamericanos y, en menor grado, también los ingleses.[34]

Sin embargo, las consecuencias no fueron exactamente las que esperaba el Berliner Handelsgesellschaft. El primer contrato que perdieron los norte-

americanos y los ingleses no lo ganó una compañía alemana, sino una rusa, que había de abastecer de vías a los ferrocarriles mexicanos. El embajador alemán supuso, probablemente con acierto, que habían sido los miembros británicos de la junta directiva quienes promovieron la concesión de este contrato.[35]

Es posible que los alemanes tuvieran más éxito en lo que respecta al cambio de tarifas ferroviarias, anteriormente orientadas en beneficio de los intereses norteamericanos. En una carta al Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, fechada el 31 de marzo de 1910, el cónsul alemán en Chihuahua había escrito que, como resultado de los fletes ferroviarios impuestos por los Estados Unidos, los productos europeos estaban en desventaja respecto a los norteamericanos en la región noroeste de México.[36] Pero las compañías alemanas se movilizaron y el 21 de enero de 1911 la administración de Ferrocarriles Nacionales de México les informó que las tarifas de carga serían revisadas.[37] No ha sido posible comprobar que estas revisiones se hayan aplicado en la práctica.

El Berliner Handelsgesellschaft tenía en mente una expansión de sus actividades que rebasaba ampliamente el sistema ferroviario. El director Fürstenberg informó al experto comercial Bruchhausen que la Frankfurter Metallgesellschaft, que tenía estrechos vínculos financieros con el Berliner Handelsgesellschaft, tenía planes para invertir en minas de cinc y de cobre.[38] (Éstos planes jamás se realizaron, debido a la revolución.)

El Berliner Handelsgesellschaft no era la única institución financiera alemana cuyas actividades habían tomado un giro antinorteamericano. En 1906-7 el Banco Dresdner había comenzado a mostrar un serio interés en México y a elaborar proyectos para entrar en el ramo de la producción de materias primas en el país. El Deutsch-Sudamerikanische Bank, que pertenecía al Dresdner Bank y a la Schaffhausener Bankverein, había abierto sus puertas en México en 1907 y en 1909-10 se había vinculado con la familia Madero.[39] Anteriormente, en 1906, el Dresdner Bank había establecido relaciones con la compañía Pearson.[40] Ambos grupos estaban en competencia directa con los norteamericanos.

Como el Deutsch-Sudamerikanische Bank no estaba ligado a ninguna compañía norteamericana, mostraba un interés muy grande en las materias primas mexicanas, anteriormente controladas por los norteamericanos. En 1910 participó en el proyecto de fundar una compañía perforadora "para la exploración sistemática y la explotación económica de la riqueza mineral"[41] del país. En palabras de Bünz Karl, ministro alemán en México:

> Considero que el éxito de esta compañía sería un paso sumamente importante hacia la dominación económica de este país por la industria alemana y el capital alemán [...] En mi opinión, la significación de la antedicha compañía para nuestra industria y nuestro capital, suponiendo que tenga resultados prácticos, reside especialmente en el hecho de que nos aseguraríamos, de una vez por todas, una posición dominante en este país, tan rico en oportunidades económicas. La concesión abarca todo el territorio de la república e incluye no sólo el agua, sino también los minerales, el carbón y el petróleo que se descubran. Al mismo tiempo esto ofrece prospectos increíbles para nuestro capital y nuestra maquinaria. No oculto el hecho de que todo depende de que se obtenga un tremendo éxito práctico. Sin embargo, estoy seguro de que hemos llegado a la etapa en que, desde un punto de vista nacional, jamás volveremos a abandonar el campo.[42]

El Banco Dresdner desarrolló planes aún más ambiciosos. En junio de 1910 los representantes del banco informaron a Bruchhausen que deseaban invertir 40 millones de marcos para explotar los descubrimientos minerales de Tlaxiaco,[43] aunque, debido a la revolución mexicana, estos planes no se llevaron a cabo. El banco gozaba del mayor prestigio entre los diplomáticos alemanes gracias a su agresividad y a que no tenía vinculaciones con los norteamericanos. Por lo tanto, Bruchhausen recomendó que se apoyara al grupo Dresdner, ya que "sostiene relaciones más estrechas, exclusivamente alemanas, por medio del trabajo de empresas industriales alemanas aliadas con él en México, por medio de los nuevos bancos hipotecarios mexicanos que ha fundado y por medio de su sucursal en la capital mexicana".[44] Lo comparó con el Deutsche Bank en forma desfavorable para este último, que, en su opinión, había hecho muy poco por obtener contratos para compañías alemanas y declaró: "En el grupo bancario Dresdner el punto de vista de los industriales alemanes será más visible, y será tomado en cuenta por el gobierno mexicano para contratos en bienes y servicios a cambio de préstamos."[45]

Ninguno de estos ambiciosos planes tenía que ver con el petróleo. Esta reticencia alemana se debía fundamentalmente a la influencia de la Standard Oil. En 1907 el Deutsche Bank había intentado romper el monopolio que tenía la Standard Oil sobre la venta de petróleo invirtiendo grandes sumas en los campos petroleros rumanos. La Standard Oil había derrotado al Deutsche Bank y éste había tenido que comprometerse a no tomar ninguna iniciativa en contra de los intereses norteamericanos. Dicho contrato perdería validez si Alemania aprobaba leyes que instauraran un monopolio petrolero estatal.

Mientras no existiera semejante legislación, el Deutsche Bank no estaba dispuesto a invertir en el petróleo mexicano ya que estas inversiones lo habrían conducido a una ruptura inmediata con la Standard Oil. Después de conversar con el director del Deutsche Bank, Arthur von Gwinner, Bruchhausen escribió: "Extrañamente, el interés de Herr von Gwinner en el petróleo mexicano era, evidentemente, muy reducido. Pensaba que había

tenido ya bastantes líos con el petróleo en la Steaua Romana y le daría mucho gusto que no se volviera a descubrir petróleo en ninguna parte. Después de las experiencias sufridas por el Deutsche Bank con el petróleo, es comprensible su irritación, pero no su completa falta de interés."[46] A pesar de ello, el banco se esforzó por promover leyes que crearan un monopolio petrolero alemán y, en 1910, había enviado ya a un geólogo a México en busca de yacimientos. Después de un año este proyecto no había producido ningún resultado concluyente.

Otra consideración que desalentaba las inversiones alemanas en los campos petroleros era estratégica. A diferencia de la marina de guerra británica, que apoyaba poderosamente las empresas petroleras de Pearson, la armada alemana no daba el mismo tipo de respaldo al Deutsche Bank. Seguramente estaría convencida de que, en caso de guerra, la marina británica podía cortar fácilmente el acceso alemán a los campos petroleros mexicanos.

Resumiendo, se puede decir que en 1910-11 importantes sectores de la industria y la banca alemanas estaban desarrollando ambiciosos planes para invertir en México. Estos proyectos habían surgido después de la crisis económica de 1907-9, pero no pudieron realizarse debido a la revolución mexicana de 1910 y a la primera guerra mundial. Esto también explica por qué el total de las inversiones alemanas directas en México era apenas superior en 1911 al de 1905. El estimado que hizo Bruchhausen de estas inversiones —75 millones de pesos (150 millones de marcos) para 1911— muestra esto claramente. De esta suma, 42 millones de pesos correspondían al comercio, 10 millones a la industria, 13 millones a las empresas agrícolas y 10 millones a la banca. El cambio más significativo respecto a 1905 era el aumento del capital alemán invertido en el sector bancario. Bruchhausen estimó en 30 millones de pesos (60 millones de marcos) el valor total de los bonos del gobierno mexicano en manos alemanas.[47]

Si se consideran las inversiones alemanas efectivas en México, resulta evidente que, a pesar de la creciente rivalidad con los intereses norteamericanos en ese país, las áreas de fricción no eran todavía muy grandes. Una gran parte de las inversiones alemanas correspondía al sector comercial de importaciones y exportaciones y a bonos del gobierno mexicano, sector en el cual las inversiones norteamericanas eran de importancia secundaria y en donde, además, las compañías norteamericanas y alemanas estaban ligadas por intereses comunes. A pesar de haber aumentado la rivalidad en el sector bancario, algunos bancos alemanes seguían colaborando con los norteamericanos. En el sector de materias primas, en donde había fuertes intereses norteamericanos, los alemanes tenían una participación mínima; era sólo en el sector ferroviario donde se presentaban fricciones importantes. Puesto que las inversiones británicas tenían una estructura semejante a las norteamericanas, tampoco con las compañías británicas tenían las

alemanas muchas áreas de conflicto. Si se consideran las inversiones que realmente se llevaron a cabo, se verá que el principal rival de Alemania en México era Francia, ya que sus inversiones se concentraban en las mismas áreas: bonos del gobierno, banca, comercio exterior e industria (siendo menos intensa la rivalidad en este último sector).

Por supuesto que la situación cambia si se la ve en relación con los planes futuros de las principales compañías alemanas. Si se hubieran realizado estos planes, la influencia alemana habría crecido enormemente y Alemania se habría convertido en una seria amenaza para los Estados Unidos.

EL COMERCIO ALEMÁN CON MÉXICO

En sus relaciones económicas con México, Alemania tuvo sus mayores éxitos en el campo de la exportación. Hacia 1910-11 el 12.9% de todas las importaciones mexicanas provenían de Alemania.[48] Sin embargo, este éxito fue relativo, ya que Alemania fracasó en su intento de vender a México los productos que más le interesaban: armamentos. Fue en este rubro donde Alemania logró sus mayores éxitos en otras regiones de América Latina durante el periodo 1870-1914. Krupp, el mayor fabricante de armamentos de Alemania, les vendió cañones a los latinoamericanos; la empresa Mauser les vendió rifles; instructores militares alemanes adiestraron a varios ejércitos latinoamericanos.[49]

El mayor rival de Alemania en este campo fue Francia, que luchaba por el mismo mercado. Los alemanes ganaron la partida en la Argentina y en Chile, los franceses en el Brasil y el Perú. México, muy codiciado por Alemania, fue el escenario de su mayor derrota. Aunque Mauser logró obtener algunos contratos para vender rifles a México, Krupp perdió la partida frente a los franceses. El ejército mexicano fue equipado con artillería producida en las fábricas francesas de Saint Chamond.

La derrota de Krupp se debió a muchos factores. Parece haber sentido tal desprecio por México, a pesar de su interés en venderle armas, que una gran parte del material que envió era de calidad inferior. En 1902 se escenificó en México una competencia en la cual se ensayaron piezas de artillería de Krupp, de Schneider-Creusot y de Saint Chamond. Krupp sufrió un fracaso humillante: sus cañones fueron los peores, y el contrato se otorgó a Saint Chamond.[50] Los pésimos resultados obtenidos con las armas de Krupp movieron al ministro alemán y al agregado militar alemán que habían hecho todo lo posible por apoyar su causa, a enviar cartas a Berlín en que criticaban acerbamente las piezas de artillería alemanas.[51]

Otro factor que contribuyó a la derrota de Krupp fue que no siempre estaba dispuesto a pagar el tipo de soborno que exigían los funcionarios mexicanos. En una carta que escribió al Ministerio de Relaciones Exterio-

res de Alemania, dice Krupp: "El delegado mexicano encargado de las negociaciones pidió que calculara un costo adicional del 25% sobre el del material que su gobierno deseaba ordenar y que le pagara la diferencia, algo que, como va en contra de mis principios comerciales, me negué a hacer".[52] Si alguna vez existieron tales "principios comerciales", los mismos habían de desaparecer muy rápidamente en los años siguientes. No era cuestión de aceptar o no pagar el soborno, sino la cantidad del mismo, lo que discutió múltiples veces Krupp en sus negociaciones con los diversos compradores mexicanos de armas.

Los fabricantes alemanes de armas también se vieron afectados negativamente por la actitud ambigua que asumieron los banqueros alemanes respecto a sus esfuerzos por venderle a México sus productos: en 1893 Bleichröder dio un viraje radical respecto a la posición que había asumido en 1888, cuando hizo su primer préstamo a México y regaló al ejército mexicano dos cañones Krupp, presentando además al representante de Krupp a altos funcionarios mexicanos;[53] tanto Bleichröder como el Deutsche Bank se opusieron enérgicamente a que se llegara a un acuerdo con el gobierno mexicano, que estaba considerando la compra de piezas de artillería de la fábrica Gruson, perteneciente a Krupp. El ministro alemán se explicaba esto diciendo que ambos "estaban intentando evitar la posibilidad de que el gobierno [mexicano] emprendiera nuevas compras de material bélico e impedir que se desviara un solo centavo de los ingresos mexicanos del pago de intereses y amortización de sus bonos".[54]

Pero la causa más importante del fracaso de los frabicantes alemanes de armas, y la que les impidió aspirar a dominar el mercado mexicano, fueron los estrechos lazos existentes entre los "científicos" y los financieros franceses. Estas conexiones llegaban hasta el Ministerio de la Guerra, cuyo jefe de compras, Manuel Mondragón, tenía inversiones importantes en la fábrica de armas de Saint Chamond.[55]

Los alemanes habían intentado compensar esta desventaja aliándose con Bernardo Reyes, que fue ministro de la Guerra de 1900 a 1903. Reyes obtuvo para los alemanes un contrato para la venta de rifles Mauser al ejército mexicano. Como compensación a su filogermanismo, los alemanes lo condecoraron repetidas veces, otorgándole entre otras la Orden del Águila Roja.[56]

Cuando Reyes renunció a su cargo el 1o. de enero de 1903, los fabricantes alemanes de armamentos recibieron su más duro golpe. Ni siquiera un grotesco cambio de actitud por parte del ministro alemán pudo mejorar la situación. El ministro alemán, en efecto, se negó a entregar al kaiser una espada que le deseaba regalar Reyes, y el obsequio llegó a su destino sólo después de que el ministro mexicano de Relaciones Exteriores aseguró que su gobierno no se ofendería por la aceptación del regalo.[57]

El mejor resumen de la posición alemana lo hizo al ministro Bünz, quien

escribió en 1909: "En lo que a nosotros concierne, no hay gran cosa que esperar de México mientras Limantour y Mondragón controlen las finanzas y el ejército mexicanos. Ambos están orientados hacia Francia y no hacia nosotros".[58]

A pesar de sus fuertes pérdidas en el área de las ventas de armas, Alemania había logrado en vísperas de la revolución, superar tanto a Inglaterra como a Francia en cuanto al volumen de sus exportaciones a México. Sólo los Estados Unidos la aventajaban. Una ojeada global a las exportaciones alemanas a México revela que sus mayores éxitos se daban en el mercado privado, es decir, en las ventas de artículos de consumo y de bienes de capital destinados a la industria mexicana. La proporción de productos alemanes que consumían las compañías extranjeras que operaban en México era mayor que la participación alemana en la inversión extranjera; pero, por otra parte, en lo que se refiere a las compras del gobierno, la proporción alemana era menor que la que indicaba su posición en el sistema financiero mexicano.

Esta desproporción se debía a muchos factores. La rápida expansión de la industria alemana durante la primera década del siglo XX y su intenso esfuerzo por adaptarse a los nuevos mercados condujeron, en la mayoría de los países del mundo, incluidos los latinoamericanos, a un avance de los productos alemanes a expensas de las industrias francesa y británica, más antiguas. Además, fue muy importante para las exportaciones alemanas a México el control por parte de hombres de negocios alemanes de una gran parte del comercio extranjero y nacional. La posición de los comerciantes alemanes después de su derrota en la década de 1880 se había consolidado al principio del nuevo siglo y ejercía una influencia decisiva. Igualmente importante era la cooperación de las empresas alemanas y norteamericanas en México. La inversión alemana directa y los préstamos alemanes a México tenían una influencia secundaria, pero que también producía su efecto.

Estas ventajas alemanas eran parcialmente contrarrestadas por los acuerdos tipo cártel de compañías alemanas y norteamericanas que convertían el mercado mexicano en feudo de estas últimas, así como por los fletes ferroviarios discriminatorios que perjudican a los productos europeos y que eran especialmente efectivos en el norte de México. Además, la mayor distancia que separaba a los países europeos de México implicaba un tiempo más largo de entrega, lo cual daba a los Estados Unidos una ventaja decisiva.

¿Qué importancia tenían las exportaciones a México para la industria y el comercio alemán en general? En 1910 las exportaciones a México alcanzaban apenas el 1% de todas las exportaciones alemanas, ocupando así el vigésimo lugar entre los clientes de exportaciones alemanas.[59] En América Latina, México ocupaba el cuarto lugar, después de la Argentina, el Brasil y Chile.

Las exportaciones industriales de Alemania a México mostraban una composición muy fragmentaria. No había ningún sector industrial alemán cuyas exportaciones a México tuvieran verdadero peso. Las importaciones alemanas provenientes de México no eran de importancia estratégica, ni la industria pesada alemana dependía de ellas en ninguna forma. La conclusión que salta a la vista es, pues, que los principales círculos industriales alemanes estaban mucho menos interesados en comerciar con México que con otros países en donde el volumen total de exportaciones era con frecuencia menor, pero en donde ciertos sectores básicos de la industria alemana tenían participación. Debido a la estructura del comercio germano-mexicano, los intereses comerciales siempre tuvieron una influencia secundaria en la conformación de la política del gobierno alemán respecto a México.

RELACIONES POLÍTICAS ENTRE MÉXICO Y ALEMANIA, 1898-1910

Antes de 1898, México tenía una importancia muy secundaria para la diplomacia alemana. A diferencia de la Argentina y del Brasil, adonde los alemanes habían emigrado en forma masiva, en México no había más que unos 1 800 alemanes al comenzar el siglo XX. No sólo eran muy reducidas las inversiones alemanas y el comercio alemán en México sino que los grupos interesados en el país antes de 1898 no eran, en general, muy influyentes. Después de 1898 la situación cambió en forma radical y México comenzó a adquirir mayor importancia, aunque no decisiva, en la política exterior de Alemania. Esto se debió en parte a que los principales banqueros alemanes empezaron a interesarse en México. Sin embargo, la protección de los intereses alemanes en México fue una consideración menos importante para Alemania que la utilización del país en el juego cada vez más complejo de la diplomacia internacional. Tales maniobras tenían como punto de referencia la nueva importancia que iban adquiriendo las relaciones entre Alemania y los Estados Unidos.

Al surgir los Estados Unidos como potencia mundial después de su victoria en la guerra hispano-americana, Alemania comenzó a plantearse la alternativa de una alianza o un conflicto con los norteamericanos. Estas consideraciones se fortalecieron por el hecho de que ambos países estuvieron casi al borde de la guerra en la Bahía de Manila en 1898; y también porque en ambos se estaban desarrollando a paso acelerado las tendencias imperialistas, la expansión ultramarina y el poderío naval.

En este contexto México adquirió una nueva dimensión a los ojos de los alemanes. Su localización geográfica parecía ofrecer posibilidades de influir en la política norteamericana en muy diversas formas. Entre estas posibilidades se contaba la de establecer bases militares en suelo mexicano desde las cuales enfrentarse a los Estados Unidos, la de fortalecer al ejército mexicano para un posible enfrentamiento con su vecino del norte, la de acentuar las tensiones entre los Estados Unidos y el Japón, y más tarde entre los Estados Unidos e Inglaterra. Todas estas intrigas culminaron en el desafortunado telegrama de Zimmermann en enero de 1917. El total fracaso de estas maniobras sólo es comparable con la vacilación y la torpeza que las caracterizaron, ya que la política alemana se distinguió por una oscilación constante entre el deseo de utilizar a México como instrumento antinorteamericano y su temor a enemistarse con los Estados Unidos a causa de México.

La primera intriga urdida por Alemania en México en el siglo XX tuvo lugar en 1902 como parte de una política más general de expansión alemana en América Latina. Este fue un año en que las tensiones germano-norteamericanas llegaron a un punto álgido y en que Alemania manifestó su presencia en América Latina de manera muy directa. En julio de 1902 el crucero alemán *Panther* hundió un barco haitiano, y en ese mismo año barcos de guerra alemanes, italianos y británicos bombardearon y bloquearon el puerto venezolano de La Guaira con el fin de cobrar deudas insolutas a Venezuela. Fue durante este periodo de expansionismo alemán cuando los representantes del kaiser intentaron ganar un punto de apoyo en México. Un abogado norteamericano que trabajaba en Londres informó al embajador de su país que se le habían acercado unos alemanes interesados en comprar la península de Baja California. Cuando el abogado preguntó la identidad del comprador, se le dijo que el kaiser estaba interesado en forma privada en la transacción. En respuesta a su asombrada pregunta respecto a los motivos de semejante compra, se le contestó sin ambages que Baja California era un excelente lugar para realizar "operaciones navales". El abogado se negó entonces a tener participación alguna en semejante trato.[60] Antes de que Alemania pudiera reanudar sus esfuerzos, sufrió una humillante derrota diplomática en Venezuela. En 1903 Theodore Roosevelt obligó a los países europeos a retirar sus naves de Venezuela y a aceptar el arbitraje norteamericano en su conflicto con ese país. Probablemente como resultado de este fracaso y de la hostil actitud de Roosevelt, Alemania abandonó sus planes de instalar una base naval en México y se volvió extremadamente cauta, evitando toda medida que pudiera despertar la enemistad norteamericana. Esto se hizo muy obvio a principios de 1904.

En febrero de ese año, poco antes de una proyectada visita a México del Escuadrón Naval alemán del Lejano Oriente, el subsecretario de Relaciones Exteriores de México dijo al ministro cubano en su país que "algo muy importante para México, para ustedes mismos, y para otros países latinoamericanos", podría resultar de la visita, "ya que nuestro vecino del norte comenzará a comprender que tenemos amigos y ya no vivimos en el aislamiento de otros tiempos. No quiero decir que haya nada concreto todavía, porque estas cosas tienen que proceder por pasos... usted, por su-

puesto, entiende que actualmente tenemos las mejores relaciones posibles con Estados Unidos y que tenemos que hacerlo [...] pero llegará el día en que todos seguirán el camino que más les convenga, y verá usted que hemos hechos nuestros preparativos para ese momento".[61]

Esta actitud era alentada por Flöcker, el encargado de negocios alemán en México, quien esperaba utilizar la visita del escuadrón para hacer enviar oficiales alemanes a adiestrar a la marina de guerra mexicana.[62] Pero Flöcker no tenía el apoyo de Berlín, que intentaba evitar fricciones con los Estados Unidos después del asunto de Venezuela. El ministro de Relaciones Exteriores de Alemania lo reprendió diciéndole en una carta: "Lamento verme obligado a informarle, con fundamento en varios hechos ocurridos durante el tiempo en que ha ocupado su cargo en México, que sería sumamente deseable que mostrara una mayor reserva en su actual posición, ya que una actividad innovadora de nuestra parte será mucho más apropiada cuando un verdadero jefe de misión haya tomado a su cargo nuestros asuntos. Una de las primeras cosas que se ocurren al respecto es la idea de obtener instructores alemanes para la marina de guerra mexicana. Semejante paso, por motivos que atañen a nuestras relaciones con los Estados Unidos, nos parece de lo más inoportuno".[63]

Cuando el Escuadrón del Lejano Oriente, llegó en enero de 1904, el ministro de Relaciones Exteriores alemán ordenó a Flöcker que presentara la visita en tal forma "que no tome el cariz de una demostración de la cual los Estados Unidos, y en especial la prensa norteamericana, puedan sacar conclusiones equivocadas".[64] Flöcker, en consecuencia, hizo todo lo posible por mantener dentro de dichos límites la estadía de la escuadra alemana. No presentó al presidente Díaz la invitación del comandante de la Escuadra a visitar el buque insignia.[65] Después de que zarpó el escuadrón, declaró con satisfacción que el estallido de la guerra ruso-japonesa había impedido que la atención del público norteamericano se fijara en la visita.[66] Los mexicanos, por supuesto, no comprendieron el cambio de la política alemana en América Latina y no abandonaron las esperanzas que había despertado semejante despliegue de poderío militar. "Recibimos con gusto la visita de la flota alemana por muchos y diversos motivos. Ahora los norteamericanos verán que no hay que despreciarnos",[67] escribió el subsecretario de Relaciones Exteriores al ministro cubano.

ALEMANIA, MÉXICO Y EL JAPÓN

En 1905 las relaciones entre las grandes potencias sufrieron un profundo cambio. Ése fue el año en que el Japón derrotó a Rusia y surgió como nueva potencia mundial. Poco después comenzaron a manifestarse tensiones conflictivas entre los Estados Unidos y el Japón debidas a la rivalidad entre ambas potencias en el Lejano Oriente y a las restricciones impuestas por las autoridades de California a los derechos de los inmigrantes japoneses. Esta situación dio lugar a diversos planes alemanes de penetración en México con el fin de utilizarlo para cimentar una alianza germano-norteamericana, o bien para exacerbar el conflicto entre el Japón y los Estados Unidos.

Las tensiones entre estos dos últimos países comenzaron a influir en la política alemana respecto a México en 1906. En diciembre de ese año el presidente Porfirio Díaz y el gobernador del Distrito Federal, Landa y Escandón, informaron a Wangenheim, el ministro alemán, de su propósito de establecer el servicio militar obligatorio, y le preguntaron si Alemania estaría dispuesta a enviar instructores militares. Wangenheim escribió que, si los instructores tenían éxito, "México estaría obligado con nosotros y, en consecuencia, nos compraría el equipo y las armas para las unidades de reserva proyectadas, con excepción de los cañones de tiro rápido. Pero, además de todo esto, estaríamos en posición de beneficiarnos de otras ventajas comerciales derivadas de nuestra amistad militar". Veía también en un ejército mexicano fuerte la posibilidad de "que México se convirtiera en una potencia militar simplemente sobre la base el servicio militar obligatorio, y esto sería un factor digno de tomarse en cuenta para cálculos militares respecto a los Estados Unidos". Sabía perfectamente que "la intención de la reforma militar [...] está dirigida contra los Estados Unidos", pero abrigaba la ilusión de que "el desagrado norteamericano debido a nuestro apoyo militar a México sólo llegará a un punto crítico cuando México empiece a ser un obstáculo serio a los planes expansionistas de los Estados Unidos. Para entonces, sin embargo, la amistad militar de México habrá adquirido cierto evidente valor para nosotros".[68]

La anotación del kaiser a estos últimos comentarios fue: "y, en vista de la creciente amenaza de enfrentamiento con el Japón, también para los Estados Unidos". Guillermo II veía evidentemente con buenos ojos la propuesta de Wangenheim y tenía la ilusión, incluso, de que los Estados Unidos verían con agrado un ejército mexicano adiestrado por alemanes. "¡Muy bien! De acuerdo", comentó. "Creo que para cuando México sea una potencia militar digna de consideración el choque entre los Estados Unidos y el Japón estará ya tan próximo que los norteamericanos se alegrarán de tener a un aliado poderoso en los mexicanos. No tengo nada en contra de satisfacer los deseos de los mexicanos si éstos nos los dan a conocer. Lo que está bien para la Argentina y para Chile está bien para México."[69]

Menos de un año después de haber escrito su informe, la actitud de Wangenheim cambió por completo. Se había dado cuenta súbitamente de que el envío de instructores alemanes a México podría efectivamente conducir a un enfrentamiento con los Estados Unidos y consideró que las relaciones germano-norteamericanas eran más importantes que un reacercamien-

to entre Alemania y México, aunque siguió celebrando la agudización de las tensiones entre México y los Estados Unidos. Pensaba que la única tarea a la que debía abocarse Alemania era la de evitar cualquier conflicto con los Estados Unidos, pero también que "debemos hacer todo lo posible por incrementar las tensiones entre los Estados Unidos y los demás países".[70] Consideraba además que un México fortalecido podría ser de gran utilidad política y militar, pero pensaba que tal esperanza no compensaría un deterioro de las relaciones con los Estados Unidos. Se oponía, por lo tanto, al envío de instructores militares. Tomando en cuenta el peligro de que México recurriera a los militares franceses si los alemanes le negaban su cooperación, sugirió que se alentara al gobierno mexicano a fortalecer su ejército sin ayuda extranjera.[71]

De igual importancia para el cambio de opinión de Wangenheim fue la posición de aquellos de sus compatriotas que poseían bonos del gobierno mexicano. "¿Será ventajosa para los intereses materiales de Alemania, a la larga, la introducción del servicio militar obligatorio?", preguntó. "No puedo contestar esta pregunta en sentido afirmativo. Los gastos militares serán una carga para el presupuesto mexicano y disminuirán, por lo tanto, la seguridad de los bonos del gobierno mexicano en manos alemanas. La popularidad de los bonos mexicanos depende de la confianza extranjera en el desarrollo pacífico del país y de la creencia de que los norteamericanos intervendrían en México si llegara a estallar el descontento popular. Si México lograra escapar del control norteamericano armándose, su crédito caería hasta que hubiera pruebas de que la militarización había logrado una correspondiente mejoría en el país. Por el momento, sin embargo, nuestros intereses se verán mejor servidos en este país por el régimen de Limantour y una moderada vigilancia norteamericana que por la reorganización del ejército mexicano."[72]

Tschirsky, el ministro alemán de Relaciones Exteriores, compartía la opinión de Wangenheim y le ordenó alentar al gobierno mexicano a reorganizar su ejército con sus propias fuerzas. Sin embargo, le dijo a Wangenheim que si llegaran a traerse instructores franceses debía reanudar sus esfuerzos por hacer traer instructores alemanes.[73] Tales recomendaciones deben, indudablemente, atribuirse a la competencia entre franceses y alemanes por adiestrar y equipar a los ejércitos latinoamericanos. El éxito de los franceses en México en este campo hubierta afectado, probablemente, las políticas militares de otros países latinoamericanos.

A principios de 1907 hubo un nuevo cambio en la política alemana respecto a los planes militares mexicanos, esta vez a pesar de las repetidas advertencias del embajador alemán en Estados Unidos, Speck von Sternburg. Después de haber discutido a fondo la situación con políticos norteamericanos prominentes, von Sternburg calificó cualquier iniciativa alemana de "arriesgada", ya que Alemania "perdería rápidamente la confianza

del pueblo norteamericano y de su gobierno". Si llegara a producirse un conflicto entre los Estados Unidos y un ejército mexicano fortalecido por Alemania, podría haber "un tremendo escándalo, dado el carácter norteamericano, fácilmente excitable, y demandas de represalia y venganza". Aun cuando un país europeo enviara instructores a México "y lograra obtener ventajas, que no son de despreciarse, en las ventas de material bélico, las desventajas de tal empresa, que tengo el honor de señalar, contrarrestarían con creces cualquier beneficio conseguido".[74]

Sin embargo, la diplomacia alemana volvió a decidirse por aconsejar el envío de instructores militares a México. Hubo dos factores que provocaron este cambio: por una parte, el ministro alemán se había enterado de las intenciones mexicanas de invitar instructores militares franceses[75] y, por la otra, las relaciones entre los Estados Unidos y el Japón, en opinión de los diplomáticos alemanes, se habían deteriorado a tal punto, y la situación había llegado a favorecer tanto al Japón, que los Estados Unidos no estarían en condiciones de emprender acción alguna en contra del avance alemán en México.

Wangenheim escribió que, en opinión de los mexicanos, los Estados Unidos no podían hacerle la guerra al Japón "mientras no esté terminado el Canal de Panamá, y en cambio los japoneses tienen que iniciar las hostilidades antes de que quede abierto. Ya que el Japón demostró, en su guerra contra los rusos, que no deja pasar el momento oportuno, no tardará en estallar la guerra. En semejante guerra los norteamericanas saldrán derrotados".[76] El kaiser compartía, evidentemente, esta opinión, ya que junto a estos comentarios hizo anotaciones al margen en que los declaraba "Buenos" y "Correctos" y consideró que todo el informe estaba "bien fundado y bien escrito".[77]

Con la ayuda de cierto número de políticos influyentes, en especial del gobernador del Distrito Federal, los diplomáticos alemanes intentaron otra vez convencer al gobierno mexicano de que solicitara instructores alemanes para su ejército.[78] Tales esfuerzos parecían prometer cierto éxito, pero a principios de 1908 el gobierno mexicano abandonó todos sus planes de reforma militar.[79] Las tensiones entre los Estados Unidos y el Japón se redujeron y, en consecuencia, aumentó el peso de la amenaza norteamericana sobre México. La crisis económica de 1907 produjo mayores dificultades aún para los planes de reforma militar.

Durante este periodo un cálculo completamente ilusorio respecto a la importancia de los conflictos entre japoneses y norteamericanos, y sobre la fuerza y la actitud de los Estados Unidos, había llevado a los diplomáticos alemanes a perseguir simultáneamente dos objetivos completamente opuestos respecto a los Estados Unidos. Al mismo tiempo que trataban de convencer al ejército mexicano de que invitara instructores militares alemanes, los diplomáticos alemanes se proponían elaborar planes de acción conjun-

ta con los Estados Unidos en el Lejano Oriente, planes en los que México jugaba una vez más un papel prominente. Los diplomáticos alemanes consideraban que semejante colaboración era posible porque el Japón, Rusia, la Gran Bretaña y Francia acababan de llegar a un acuerdo por el cual se demarcaban sus respectivas esferas de interés en China. Este acuerdo amenazaba a las otras dos potencias interesadas en la región: Alemania y los Estados Unidos.[80] Uniéndose a los Estados Unidos y a China, Alemania no sólo esperaba fortalecer, o cuando menos sostener, su posición en China, sino también, como dijera el kaiser en una entrevista cuya publicación impidió al último momento el Reichskanzler Bülow, hacer entrar a los Estados Unidos en conflicto con Gran Bretaña.[81]

El prerrequisito para la realización de dichos planes era la profundización del antagonismo entre los Estados Unidos y el Japón. En la primavera y el verano de 1907 los diplomáticos alemanes pensaban que México sería el campo de batalla en donde se enfrentarían ambos países. Después del "acuerdo de caballeros" concluido entre el Japón y los Estados Unidos en febrero de 1907, por el cual se prohibía la inmigración de trabajadores japoneses a los Estados Unidos, comenzaron a entrar japoneses por millares a México; en el verano de 1907 se registró la llegada de más de 12 000.[82] Lo más probable era que abrigaran esperanzas de cruzar ilegalmente la frontera norte del país y burlar la prohibición.

Los diplomáticos alemanes vieron en estos inmigrantes las fuerzas de choque de un ejército invasor japonés dirigido contra los Estados Unidos. En mayo de 1907 Wangenheim había informado que alguna persona cercana al presidente le había dado la noticia de que había 4 000 japoneses, miembros de las reservas militares, tanto soldados como oficiales, a bordo de dos barcos mercantes japoneses. Los japoneses en cuestión, por supuesto, no estaban uniformados, pero algunos de los oficiales portaban las insignias de su rango. Wangenheim informó haber oído decir que: "los japoneses están ahora dispersos por todo el país y están armados. En el estado de Chihuahua hay actualmente 5 000 japoneses listos para portar armas y otros 3 000 en el estado de Jalisco".[83] Aunque dudaba de la veracidad de la información y la tildó de "aventurera", consideró posible "que el Japón todavía quiera tener la opción, en caso de guerra con los Estados Unidos, de formar un gran contingente armado con sus reservistas en México".[84]

Las respuestas enviadas a Wangenheim por los cónsules alemanes en Guadalajara y Chihuahua cuando les pidió informes al respecto, revelaron que dichos rumores carecían de fundamento. El cónsul en Guadalajara escribió que habría, cuando mucho, unos 300 japoneses en Jalisco, y no había indicios de que estuvieran armados.[85] El cónsul en Chihuahua informó que había por entonces en ese estado entre 2 000 y 3 000 japoneses uniformados de caqui; más tarde el ministro japonés en México explicó esto diciendo que los ex-soldados japoneses tenía derecho a conservar sus uniformes y a

usarlos en la vida civil. En cuanto a armas, no sabía nada. Informó que la mayoría había cruzado secretamente la frontera con los Estados Unidos y entrado en aquel país en forma ilegal.[86]

El incremento de la inmigración japonesa a México en los meses de junio y julio de 1907 revivió los rumores de una supuesta inminente invasión japonesa a los Estados Unidos, que se realizaría desde territorio mexicano. En julio, Wangenheim informó que los japoneses, uniformados, estaban distribuidos por territorio mexicano en grupos de seis a diez hombres. "Según la investigación del consulado británico aquí, cuando menos mil jóvenes japoneses han entrado semanalmente en México en los últimos tres meses. El consulado también asegura conocer los nombres de dos generales japoneses que estarían entre los inmigrantes." Wangenheim añadió que muchos observadores "creen que esta maniobra está vinculada con planes beligerantes del Japón contra los Estados Unidos", pero que él personalmente lo consideraba poco probable, "ya que tengo que dar por supuesto, con fundamento en los informes que he recibido desde Tokio, que el Japón quiere aplazar su confrontación con los Estados Unidos por varios años. El aumento de la inmigración japonesa puede muy bien relacionarse con las dificultades que ésta ha encontrado en los Estados Unidos". Sin embargo, añade que "no es por completo impensable que el Japón pudiera tener la intención de efectuar un desembarco en México después de rechazar a la flota norteamericana, con el fin de usar su territorio como base de operaciones para un ataque contra California".[87] Expresó la convicción de que el ejército mexicano no podría ni querría enfrentarse a los japoneses.

Esta convicción de los diplomáticos alemanes se fortaleció, meses más tarde, cuando el embajador mexicano en el Japón expresó a su colega alemán su esperanza de "que hubiera un conflicto armado entre los Estados Unidos y el Japón. México sólo podría sacar provecho de semejante guerra, ya que seguramente de ella se derivarían algunos beneficios para México. Mi ideal sería una fragmentación de los Estados Unidos como resultado de semejante guerra, en cuyo caso el sur y el oeste de aquel país se separían de los estados del norte. Entonces México podría respirar".[88]

Los comentarios de Wangenheim, junto con el informe de Kritzler, magistrado prusiano jubilado[89] que había observado la llegada a Salina Cruz de los inmigrantes japoneses y había afirmado que la mayoría de los que se presentaban como trabajadores agrícolas pertenecían a las "clases educadas", impresionó tanto al kaiser como al Estado Mayor alemán. Según le dijo Wangenheim al ministro austriaco en México, el Estado Mayor alemán le había ordenado estudiar el papel "que podría desempeñar en México en caso de un conflicto entre los Estados Unidos y el Japón en cuanto posible base de operaciones para los japoneses",[90] y él les había sugerido a los empleados de la legación alemana que realizaran un "viaje de placer" a los puertos occidentales de México. Wangenheim llegó a la conclusión de

que, con la derrota de la flota norteamericana, sería perfectamente factible un desembarco japonés en México, aunque no lo consideraba probable. Pensaba que, en semejante caso, "una flota japonesa navegaría hacia arriba por el golfo de California, que ofrece buenos puntos de desembarco, pondría tropas en tierra en uno de estos puntos, y daría un golpe mortal a ese estado".[91]

Estas afirmaciones de Wangenheim y el rumor por él transmitido de que los japoneses que había en México se estaban adiestrando militarmente —"por lo visto los japoneses siempre hacen sus ejercicios militares en grupos de seis a diez hombres. En cuanto terminan sus labores se ponen sus uniformes, se arman de bastones, y hacen ejercicios militares bajo la dirección del mayor de los hombres presentes"—[92] fueron el fundamento de una propuesta de los diplomáticos alemanes al gobierno norteamericano de que ambos países emprenderían una acción militar conjunta en el continente americano. En una conversación que tuvo con el presidente Theodore Roosevelt en noviembre de 1907, Speck von Sternburg, le preguntó si una guerra entre el Japón y los Estados Unidos no implicaría también una guerra terrestre. "Aparentemente el Japón ya está preocupado por la cuestión de una base militar en México, y no puede tampoco descartarse la posibilidad de un ataque desde el Canadá. ¿No tendría un valor considerable para los Estados Unidos el apoyo de tropas alemanas?"[93]

La presencia de tropas alemanas en suelo americano con el permiso de los Estados Unidos habría significado la muerte de la Doctrina Monroe. También habría permitido a Alemania aumentar considerablemente su influencia en México. Roosevelt, que no temía menos a Alemania que al Japón, y que no quería ver tropas europeas en el continente americano bajo ninguna circunstancia, estaba perfectamente consciente de esas consecuencias y se negó. Los diplomáticos alemanes no renunciaron, sin embargo, a sus esfuerzos. Dos meses más tarde, por ejemplo, el kaiser advirtió al embajador norteamericano en Berlín de la existencia de unos 10 000 japoneses en México.[94]

Guillermo II también había intentado sacar provecho de estos "10 000 japoneses" de otra manera. El acuerdo ruso-japonés de 1907 había causado una gran zozobra en la diplomacia alemana. En una carta que le escribió el kaiser Guillermo II al zar Nicolás II el 28 de diciembre de 1907 le advirtió que tuviera cuidado con los japoneses, subrayando el caso de México. "Un caballero alemán", escribió, "que acaba de regresar de México me dijo que él personalmente había contado 10 000 japoneses en las haciendas del sur de México, todos vestidos con chaquetas militares de botones de bronce. Después de que terminan su trabajo, al ponerse el sol, se reúnen al mando de sargentos y oficiales vestidos de trabajadores sencillos, en escuadrones y divisiones, haciendo ejercicios militares con bastones de madera. Mi fuente declara haber observado con frecuencia estos ejercicios cuando los japoneses creían que nadie los veía. Éstos son miembros de la reserva militar japonesa que portan armas clandestinas y son concebidos como un cuerpo de ejército capaz de tomar el Canal de Panamá y cortar esa conexión con los Estados Unidos".[95]

En esta forma el kaiser había dado categoría de hecho indiscutible a los rumores que le había transmitido Wangenheim. Sólo había añadido la información respecto a la amenaza planteada por estos japoneses al Canal de Panamá, información que debe haberle parecido totalmente fantástica al zar, si hizo el menor uso de sus conocimientos geográficos. Separaban a México del Canal de Panamá miles de kilómetros, gran parte de ellos a través de selvas impenetrables, sin que existiera un ferrocarril ni una carretera de ningún tipo que comunicara ambos países.

La especulación alemana respecto al papel que pudiera desempeñar el Japón en México llegó a un fin abrupto en febrero de 1908. Por los motivos que fuera y por las presiones a las que hayan recurrido, los Estados Unidos habían logrado convencer al Japón de suspender su emigración a México.[96]

La actitud ambivalente de la política exterior alemana en el periodo 1906-1908, especialmente en lo que respecta a la reforma militar del ejército mexicano, revela claramente por primera vez el dilema al que se enfrentaba en México hasta el estallido de la primera guerra mundial. Por una parte Alemania deseaba, por motivos militares, un México antinorteamericano fuerte bajo su influencia, pero por otra parte México le parecía poco importante para arriesgar un conflicto con los Estados Unidos por su causa. Aunque una política alemana antinorteamericana agresiva hubiera servido a los intereses de los fabricantes de armamentos, los tenedores alemanes de bonos mexicanos temían cualquier conflicto entre México y los Estados Unidos. Estas contradicciones eran la causa de los continuos virajes que caracterizaron la política exterior alemana respecto a México antes de 1914.

A grandes rasgos puede afirmarse que las actividades alemanas en México durante el periodo porfiriano distaron mucho de ser una serie de éxitos. En el campo económico Alemania fracasó cada vez que se propuso alcanzar una posición predominante en México. Tal fue el caso de los comerciantes alemanes en la década de 1870, de Bleichröder en las décadas de 1880 y 1890, y de Krupp en la primera década del siglo XX. Tal fue también el caso de los banqueros alemanes que habían esperado ejercer una influencia decisiva en el país. Sin embargo, todos estos grupos, aunque no alcanzaron la supremacía, sí lograron un éxito relativo.

No puede decirse lo mismo de las iniciativas políticas alemanas que, en cambio, fueron una serie de fracasos humillantes; hasta el año de 1910 Alemania sólo participó muy marginalmente en el creciente enfrentamiento entre los Estados Unidos y las potencias europeas (principalmente Gran Bretaña y, en menor grado, Francia) por la supremacía en México.

Los limitados éxitos económicos de Alemania se debieron fundamental-

mente a una sola causa objetiva: el que los alemanes no quisieran llevar a cabo inversiones en gran escala en la producción de materias primas en México y esto debido a una consideración estratégica (la convicción de que en tiempos de guerra perderían acceso las materias primas mexicanas), y debido a acuerdos de tipo cártel entre grupos alemanes y norteamericanos.

El fracaso de todas las potencias europeas en sus propósitos de imponer su hegemonía política en México también tenía cierta base objetiva: la debilidad de Europa en comparación con los Estados Unidos en territorio mexicano. Además, las diferencias que separaban entre sí a las potencias europeas eran mayores que las que las alejaban de los Estados Unidos y por lo tanto era imposible que unieran sus fuerzas en lo referente a México.

El fracaso de las iniciativas políticas alemanas también tenía una importante base subjetiva: la sobrestimación de las tensiones conflictivas entre los Estados Unidos y el Japón y la subestimación de la voluntad y la capacidad norteamericana para "poner a Europa en su lugar" en lo que a México se refería.

ALEMANIA Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA

El estallido de la revolución mexicana, y más aún su éxito, tomó por sorpresa a la diplomacia alemana. De los representantes oficiales de Alemania en México durante el periodo revolucionario y, de hecho, de todos los diplomáticos de cualquier nacionalidad enviados a ese país en dicho periodo, ninguno entendió las fuerzas operantes allí que habían conducido a la revolución y que estaban determinando el curso que ésta seguiría. La mayoría de los diplomáticos alemanes no sólo eran profundamente conservadores, sino además profundamente racistas.

Las opiniones de Edmund von Heyking, ministro alemán en México, de 1898 a 1902, fueron conocidas cuando se publicó el diario de su esposa, que compartía totalmente sus opiniones, a la muerte de ésta. Respecto a México escribió ella que: "La masa hirviente, bestial de humanidad que ve uno aquí o en China acaba con el último resto que pudiera yo conservar de una creencia en la inmortalidad del alma. Enfrentada a esta masa de gente nauseabunda o apenas superior a los más bajos animales, la posibilidad de una vida después de ésta sólo puede ser la base de un renovado horror".[97] Describió al ministro de relaciones exteriores de México, Mariscal, como "un pequeño hombre-mono indio". El ministro Bünz utilizó términos semejantes, refiriéndose a los mexicanos como "bestias".[98]

Tal actitud de los diplomáticos europeos influyó profundamente en sus valoraciones de la situación interna del país; a sus ojos, éste estaba enteramente impreparado para cualquier tipo de gobierno democrático y el pueblo jamás sería capaz de derrocar al régimen de Díaz. Así, el 17 de noviembre de 1910, y a pesar del fuerte impacto que ya había tenido en México la campaña de Madero, Bünz escribió que un "experto" conocedor del pueblo mexicano le había dicho que: "Al solo intento de aflojar el riguroso control de la policía o eliminar los saludables efectos de la mano de hierro de don Porfirio, estallaría el caos. La masa del pueblo es tan obediente como los niños siempre que se la mantenga divertida y dominada; pero, al mismo tiempo, es tan carente de razón, tan egoísta y tan mal comportada como un niño sin educación. Si alguna vez hubo un pueblo que necesitara una mano fuerte para mantenerlo en orden y educarlo por su propio bien, es el pueblo mexicano". Y Bünz añadía: "Estoy convencido de que ese hombre tiene razón".[99]

Bünz no esperaba una revolución, pero creía posible que estallaran levantamientos locales. "Considero que una revolución general está fuera de toda posibilidad, y en esto concuerdo con la opinión pública y con la prensa. El regreso a un periodo como el que reinó en este país antes de Díaz, dado el crecimiento de los ferrocarriles y las carreteras que permiten el desplazamiento rápido y el uso de fuerzas militares en casi todas las regiones del país, es algo que considero completamente imposible."[100]

Durante un tiempo relativamente largo después de que estalló la revolución, los diplomáticos alemanes fueron incapaces de percatarse del hecho de que el régimen de Díaz se estaba desmoronando. Cuando por fin se dieron cuenta de que Porfirio Díaz no lograría sostenerse. su cuasi confianza en dicho régimen fue sustituida por una confianza similar: que los revolucionarios sólo aspiraban a sustituir a Díaz con otra personalidad, pero conservando las características esenciales de su régimen, sobre todo en lo que a los extranjeros concernía. Tal fue la base del primer análisis serio que se hizo de la revolución, elaborado en 1911 por el agregado comercial de la legación alemana en México, Bruchhausen.

Este análisis era bastante realista en lo referente a las causas de la revolución, pero lleno de ilusiones en cuanto a la predicción de su futuro.

En su explicación del estallido de la revolución, Bruchhausen describía la mezcla de corrupción, injusticia social y represión que había caracterizado al régimen de Díaz. Prácticamente todos los funcionarios del porfiriato, tanto del gobierno federal como de los estatales y locales, exigían sobornos en forma rutinaria. En muchos estados era posible comprar a los jueces. Se perseguía a los campesinos. "Muchas familias que han ocupado sus tierras desde hace siglo y medio han sido privadas de ellas, el pequeño campesino contempla vastas extensiones de tierra sin cultivar que no se le permite trabajar, se han vendido trabajadores a las haciendas por la suma de tres pesos."

Bruchhausen caracterizó el régimen de Díaz al advertir que en México el poder se sustentaba "más en una voluntad férrea que en las disposiciones legales", y que "este poder se ejerce menos a través del ejército que de la

policía (policía secreta y guardias rurales, un grupo fiel y audaz, originariamente formado por ladrones, bien pagado, dotado de grandes poderes)". Además de esto, Díaz había creado un extenso servicio de información "para cumplir sus decisiones extraordinariamente rápidas y despiadadas, de suerte que toda rebelión contra el orden establecido es sofocada en germen". Estas características del régimen de ninguna manera inducían a Bruchhausen a condenarlo en su totalidad. Por el contrario "este principio, que era el indicado para las tres cuartas partes de la población y sigue siéndolo en la actualidad, se extiende también a todas las clases progresistas tan pronto como afloran las ansias de poder o las tendencias hacia el cambio". En otras palabras: el defecto principal de Díaz consistía en haber mantenido demasiado reducido el estrato dominante y en haber proporcionado muy pocas posibilidades a la burguesía no "científica"; pero no en la naturaleza dictatorial de su régimen.

Según la opinión de Bruchhausen, la pequeña burguesía agraria era la fuerza motriz de la revolución. "Todos los revolucionarios serios vienen del Norte, políticamente más liberal, y se apoyan sustancialmente en gentes que poseen su propia tierra (rancheros) o que trabajan mediante la entrega de la mitad de la cosecha (medieros)." Bruchhausen era de la opinión de que estos revolucionarios de ninguna manera estaban predispuestos contra los extranjeros. Bien al contrario: "Parece ser un hecho claro que, en treinta años de trabajo pacífico, no solamente el actual gobierno ha aprendido a apreciar el valor del trabajo de los extranjeros, sino también aquel sector de la población que influye en los asuntos del poder político. Pues los disturbios no se orientan en lo más mínimo contra los extranjeros ni contra las propiedades extranjeras [. . .]" Los revolucionarios, afirmaba categóricamente Bruchhausen, deseaban la eliminación de ciertas injusticias del sistema de Díaz, pero de ninguna manera se proponían aniquilar el sistema en sí mismo. "Dado que la revolución es obra de ciudadanos honrados y no de bandoleros, entonces también podría encontrarse el hombre que pudiera dirigir el desarrollo económico, particularmente en relación con la colaboración extranjera, bajo el mismo punto de vista que hasta ahora e incluso con menos corrupción y mayor comprensión."[101]

Esta misma apreciación inspiraba las pautas analíticas que el ministro alemán Paul von Hintze dio a la prensa alemana después del Tratado de Ciudad Juárez y de la consiguiente renuncia de Díaz. La prensa debía hacer resaltar los méritos del dictador respecto a la protección otorgada al capital entranjero, sin embargo "el enaltecimiento del presidente derrocado no debe de ninguna manera poner en entredicho la buena fe, el patriotismo y las limpias intenciones de los revolucionarios".[102]

¿Qué circunstancias habían suscitado esta nueva actitud de la diplomacia alemana respecto a la revolución mexicana? En buena medida fue la convicción de que Madero habría de gobernar en la misma forma que Díaz, ya que procedía de una de las más ricas familias mexicanas. Alemania incluso abrigaba la esperanza de que Madero colocaría sobre bases aún más firmes el sistema de Díaz, con algunas pequeñas modificaciones. Esto lo había manifestado Bruchhausen ya en 1911, y Hintze sostuvo la misma opinión hasta mediados de 1912. Otro factor jugó probablemente un papel nada insignificante en la actitud inicialmente positiva de Alemania frente a Madero: la estrecha colaboración del Deutsch-Südamerikanische Bank con los Madero. Este banco era uno de aquellos que habían llegado a México tardíamente y que no habían logrado asociarse con los "científicos", como lo habían hecho el Deutsche Bank y Bleichröder. En cambio, dicho banco había conseguido establecer estrechas relaciones con la familia Madero. Después del estallido de la revolución, la policía de Díaz cateó las oficinas del Deutsch-Südamerikanische Bank, interceptó su correspondencia e incluso confiscó parte de ésta. Esta actitud del gobierno mexicano, a juicio del ministro alemán, "se debía a sus sospechas [. . .] de que el banco apoyaba financieramente a la familia Madero con fines revolucionarios".[103] El banco negó de inmediato estas acusaciones, pero después de la victoria de Madero se hizo obvio que las sospechas no carecían de fundamento. "Antes de la revolución, el Deutsch-Südamerikanische Bank mantuvo relaciones comerciales con la rica y emprendedora familia Madero, y las mantuvo durante la revolución, a pesar de la presión del gobierno de Díaz."[104]

Es muy posible que este banco haya participado en un contrabando de armas alemanas destinadas a los revolucionarios. En diciembre de 1910, el cónsul mexicano en Hamburgo había informado que 60 cajas, cuyo contenido había sido oficialmente declarado como maquinaria, contenía en realidad armas y municiones y que habían sido transportadas el 13 de diciembre a bordo del *Frankfurt* de Bremen a Galveston, Tejas, para ser enviadas desde allí hacia Monterrey.[105] Dos días después, el cónsul informó de un nuevo envío de armas que, bajo falsa etiqueta, se encontraban en 13 barriles a bordo del *Eger* para ser introducidas de contrabando en México.[106]

El embajador norteamericano en México, Henry Lane Wilson, alude en sus memorias a la ayuda financiera alemana prestada a Madero. Dice que los revolucionarios "[. . .] recibieron ayuda financiera de ciertas fuentes en los Estados Unidos y en Europa, concretamente desde París y Francfort del Meno".[107] No resulta claro si se refería al Deutsch-Südamerikanische Bank, el cual no tenía su sede en Francfort sino en Berlín. La única gran empresa alemana con intereses importantes en México que tenía su domicilio social en Francfort, era el consorcio Merton, es decir la Frankfurter Metallgesellschaft. No puede precisarse cuán estrechas eran sus relaciones con los Madero en el momento de la revolución. Durante la primera guerra mundial, en todo caso, una fundición de la familia Madero fue adquirida por una compañía vinculada con la Frankfurter Metallgesellschaft. No existen otros indicios sobre la participación de esta empresa en la revolución ma-

derista.[108]

Esta actitud favorable de los comerciantes, financieros y representantes diplomáticos alemanes hacia la revolución mexicana, no fue compartida al principio por la Cancillería alemana en Berlín. Esto vino a expresarse en ocasión de una intervención del cónsul de Díaz en Hamburgo, en marzo de 1911. Cuando el cónsul mexicano en Hamburgo tuvo noticia de un contrabando de armas para los revolucionarios, se dirigió al alcalde de la ciudad, Burghard, con la petición de que impidiera este envío o de que por lo menos le informara más detalladamente al respecto. El alcalde se mostró muy reservado y le explicó al cónsul "que no había ningún fundamento legal para evitar el embarque de armamentos, y que difícilmente puedo proporcionarle la información que usted desea".[109] El alcalde se negó a impedir el embarque de las armas, arguyendo que lo único que podía hacer era que "las autoridades policiacas previnieran a las firmas sospechosas acerca del embarque y les indicaran que podrían encarar serias dificultades con las autoridades mexicanas en caso de expedir las armas". Esta decisión daba cuenta tanto de una nueva actitud de muchos comerciantes alemanes respecto a Díaz, como del hecho de que la industria de guerra alemana y las compañías de navegación de Hamburgo obtenían considerables ganancias del suministro de armas a revolucionarios latinoamericanos y no estaban dispuestas a abandonar este lucrativo negocio.

El gobierno mexicano ordenó entonces a su representante en Berlín presentar una protesta ante el Ministro de Relaciones Extriores. Allí encontró una mejor disposición que en Hamburgo. El Canciller del Reich se encargó personalmente del asunto y envió al alcalde de Hamburgo el siguiente comunicado: "Dadas las intensas relaciones comerciales entre Alemania y México, no conviene a nuestros intereses alimentar la revolución en México mediante el suministro de armas. Por ello, se recomienda atender, en la medida de lo posible, las peticiones del cónsul general mexicano sobre tal asunto, y cuando llegue a conocimiento del Senado algo acerca del envío de armas a los insurgentes mexicanos, influir tanto como sea posible en los círculos implicados a fin de impedir dichos envíos".[110] La victoria de los revolucionarios poco tiempo después puso fin a este conflicto.

Ese mismo año, la Cancillería del Reich cambió su papel de espectador pasivo de los acontecimientos por el de participante activo. La importancia que le atribuía a México se advierte por el hecho de que uno de los diplomáticos alemanes más capaces, el contralmirante Paul von Hintze, fue enviado como plenipotenciario a México. Siendo un joven oficial, Hintze había servido en el escuadrón del Lejano Oriente de la marina de guerra alemana, y más tarde fue ordenanza del kaiser y representante de éste en la corte del Zar Nicolás II. Se le tenía por un hombre de confianza del kaiser y tenía relaciones muy estrechas con los pan-germanistas. Una cualidad importante que seguramente había contribuido no poco para su envío a México, eran sus conocimientos especiales sobre la situación en el Lejano Oriente.[111]

EL ESPEJISMO JAPONÉS

Aún más que en el periodo que precedió a la revolución, los objetivos en México fueron, entre los años de 1911 y 1913, extremadamente complejos, variados y a veces contradictorios. Uno de los más importantes era el de servirse de los acontecimientos mexicanos para provocar un aumento de las tensiones entre los Estados Unidos y el Japón. Una guerra norteamericano-japonesa que neutralizara de un golpe a dos de sus rivales era un viejo sueño de la diplomacia alemana, y en especial del kaiser.[112]

Para hacer realidad este sueño, se hizo circular en Berlín, con la entusiasta colaboración de la prensa alemana, un rumor sobre la existencia de un tratado secreto mexicano-japonés. Aunque a finales de marzo el Ministerio de Relaciones Exteriores había recibido informes de sus representantes en Washington y en Tokio en el sentido de que consideraban muy poco probable un tratado de tal naturaleza,[113] a raíz de la movilización de tropas norteamericanas a lo largo de la frontera mexicana el diario oficioso *Kölnische Zeitung* escribía: "Se puede desconfiar de los detalles que se han informado acerca de un tratado secreto mexicano-japonés dirigido contra los Estados Unidos. Sin embargo, el tratado en sí constituye ciertamente una explicación natural de las recientes medidas militares de la Unión, y es al mismo tiempo, dentro de la situación internacional en el Océano Pacífico, una jugada diplomática tan evidente de uno de los dos enemigos, que la probabilidad por lo menos indica que tal tratado de hecho existe o cuando menos existió, hasta que la intervención decidida de los Estados Unidos puso fin a su existencia".[114] Cinco días más tarde, en el *Evening Sun* de Nueva York apareció un artículo sensacionalista en el que categóricamente se afirmaba la existencia de un tratado secreto mexicano-japonés, e incluso se sostenía que el tratado había sido mostrado al representante norteamericano en México, Henry Lane Wilson. El periódico atribuía a este hecho la movilización de tropas norteamericanas cerca de la frontera mexicana. Estas noticias habían sido proporcionadas al periódico por el agregado militar alemán, Herwarth von Bittenfeld.[115]

Esta campaña propagandista no dejó de tener resultados y fue acogida con entusiasmo por el kaiser. Ya desde el 4 de abril Bernstorff había informado desde Washington: "La opinión pública norteamericana se aproxima paulatinamente en un estado de histeria antijaponesa que puede compararse con la histeria antialemana en Inglaterra".[116] Guillermo II comentó al respecto: "Esto no nos viene mal". Ya algunas semanas antes el kaiser había manifestado sus esperanzas respecto a las relaciones entre los Estados

Unidos, el Japón y México. Acerca de un informe de Bernstorff, según el cual el presidente norteamericano Taft había expresado al embajador japonés en los Estados Unidos que "las relaciones entre los Estados Unidos y el Japón son las mejores que pueda pensarse y todos los rumores sobre componendas mexicano-japonesas son invenciones malévolas", el kaiser hizo la siguiente observación: "Este farsante es un imbécil".[117]

Se ha alegado incluso que el servicio secreto alemán mostró al gobierno norteamericano el texto del tratado secreto mexicano-japonés. En 1917, el antiguo agente del servicio secreto alemán, Horst von der Goltz, que se había pasado a los aliados, publicó un libro en los Estados Unidos. En esta obra, que debía demostrar su nueva opinión política, afirmaba que en 1911, por encargo del gobierno alemán, había sustraído al ministro mexicano de Hacienda, Limantour, una copia del tratado secreto mexicano-japonés, que después había dado a conocer al representante norteamericano en México.[118] El resultado inmediato había sido la movilización de tropas norteamericanas cerca de la frontera mexicana. Si bien las afirmaciones de Goltz concuerdan por cierto con los objetivos generales de la política alemana de esa época, no hay prueba documental que las confirme.

Es muy poco probable que semejante tratado secreto mexicano-japonés haya existido. Pacheco, el embajador mexicano en Tokio, escribió en su informe del 23 de marzo de 1911: "La noticia lanzada en Berlín de que recientemente se había ajustado un tratado entre México y el Japón, según el cual, mediante ciertos derechos sobre la vía férrea de Tehuantepec y la concesión de una estación carbonera en la Costa del Pacífico, el Japón se comprometía a aportar fuerzas de mar y tierra en el evento de que México rompiera hostilidades con una tercera potencia, a pesar de su falta de fundamento, ha causado gran sensación y ha sido prolijamente comentado por la prensa y el público".[119] Ni Bernstorff, el embajador alemán en los Estados Unidos, ni el embajador alemán en Tokio, creían en la existencia de este tratado,[120] y el representante alemán informó desde Tokio: "En los círculos diplomáticos, la noticia acerca de un pacto mexicano-japonés no es tomada en serio en ningún lado".[121] Asimismo, Henry Lane Wilson escribió al Departamento de Estado norteamericano que él jamás había oído hablar de semejante tratado.[122]

Otros factores tienden a confirmar que el Ministerio alemán de Relaciones Exteriores no tenía ningún conocimiento de un tratado secreto mexicano-japonés. El 5 de marzo de 1917, tras de dar a conocer su proposición de alianza a México, el ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Zimmermann, pronunció un largo discurso ante la comisión de presupuestos del Reichstag.[123]

Para justificar su ofrecimiento a México y la proyectada implicación del Japón, mencionó casi todos los informes de los diplomáticos alemanes en México, desde 1900 hasta 1917, en los que se hablaba de un acercamiento

mexicano-japonés. Nada hubiera entonces servido más a sus fines que poder dar a conocer que ya desde 1911 había existido un pacto secreto mexicano-japonés. Sin embargo, no dijo ni una sola palabra al respecto.

El origen y los propósitos de esta propaganda sobre una colaboración mexicano-japonesa, fueron comprendidos no sólo por la diplomacia norteamericana y mexicana, sino también por la japonesa. "Se dice, por ejemplo", informó en 1911 el cónsul japonés en Portland a su ministro de Relaciones Exteriores, "que las actuales maniobras de las fuerzas armadas norteamericanas de mar y tierra, están dirigidas a frenar las intenciones japonesas respecto a México; que el verdadero objetivo del gobierno no es tanto México como el Japón. Se dice que hay testigos que vieron cómo 50 000 japoneses hacen actualmente ejercicios militares en la costa mexicana del Pacífico. Se ha informado también que dos barcos de guerra japoneses han salido del Japón con rumbo desconocido. Según estos informes, se dirigen a México [. . .] También se dice que las negociaciones sobre la conclusión de una alianza entre el Japón y México se encuentran en marcha. Diversas personas citan la opinión del perito militar alemán, conde Ernest von Leventow, en el sentido de que antes de que sea terminado el canal de Panamá, el Japón empezará la guerra contra los Estados Unidos para asegurarse el dominio sobre el Océano Pacífico, que es de vital importancia para el futuro del Japón, de la misma manera que cuando por su propia seguridad el Japón declaró la guerra a Rusia [. . .] Los susodichos informes podrían ser entendidos por cierto como un intento de intensificar la hostilidad de la población local contra el Japón y utilizarla en favor del rearme, aunque la necesidad del rearme [. . .] no se aduce por lo pronto. Todo esto [. . .] puede atribuirse no tanto a las actividades de aquellos que —como protagonistas del imperialismo, que literalmente debe considerarse como la idea preponderante en los Estados Unidos en los últimos años— agitan a favor del rearme, ni a la actividad de los círculos de negocios del ramo de la construcción naval, que pueden beneficiarse con el rearme, sino más bien a la instigación de un tercer país que intenta sacar provecho del distanciamiento entre Norteamérica y el Japón".[124] El "tercer país" al que se refería el cónsul era obviamente Alemania.

A lo largo de 1912, Alemania insistió en sus intentos de aprovechar los acontecimientos en México para atizar las contradicciones norteamericano-japonesas en favor de las actividades expansionistas alemanas. En febrero de ese año apareció en la revista norteamericana *Atlantic Monthly* un artículo sin firma titulado "Una carta al tío Sam". El autor advertía allí sobre el "peligro amarillo" procedente del Japón, y opinaba que solamente "una alianza de la raza blanca", sobre todo entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania, podría detener esa amenaza. Para hacer posible tal alianza, los Estados Unidos deberían reconocer la situación real del mundo. Esto incluía una revisión de la Doctrina Monroe, que solamente podía te-

ner aplicación en aquellas regiones donde los Estados Unidos ejercían de hecho una hegemonía, es decir, hasta el canal de Panamá. Así interpretada, la Doctrina sería reconocida de inmediato por todas las demás potencias. "La Doctrina Monroe es un anacronismo al sur del Ecuador, pero no al Norte del mismo. Sostenerla entre el Ecuador y el Río Grande requerirá todos nuestros esfuerzos. Quizá necesitaremos el prestigio de Alemania para mantener nuestra hegemonía hasta el Ecuador [. . .]" Sobre la base de un supuesto acercamiento mexicano-japonés, el autor recomendaba una ocupación norteamericana de México: "Pese a sus reiteradas afirmaciones en contrario, el Japón coquetea con México [. . .] El Japón quisiera hacer de México una base de abastecimiento para proteger sus intereses en este continente [. . .] Si México sigue prestando oídos al canto de sirenas del Japón, entonces debemos apoderarnos de México. Es más que probable que éste sea nuestro destino. Tenemos allí intereses preeminentes, y debemos y habremos de protegerlos".[125]

El agregado militar alemán en los Estados Unidos y México, Herwarth von Bittenfeld, en un informe dirigido a su Ministerio de la Guerra, acogió entusiastamente este artículo como "la primera golondrina" de un proceso de acercamiento norteamericano hacia Alemania. Herwarth atribuyó tal importancia a este artículo, que envió una parte de su informe, manifiestamente con la aprobación del Ministerio de la Guerra, como carta de lector al *New York Sun*, el cual lo publicó el 6 de abril, firmando con el seudónimo de "Germanicus". Herwarth se identificó totalmente con el punto de vista del autor del artículo del *Atlantic Monthly*. La única manera de combatir el peligro amarillo, escribía, era mediante una alianza de la raza blanca, que él describía como "Pan-teutonismo". "Si las fuerzas de la cultura blanca logran cerrar filas, ello asignará una triple Alianza entre Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos. Todo lo demás es una *quantité negligeable* y tiene que someterse a lo más importante. Estas tres potencias todavía pueden, si se unen, repartirse confiadamente entre sí el mundo y mantener para siempre a raya a los ambiciosos pueblos de color."[126]

Para que Alemania pudiera cumplir su papel en esta alianza debería recibir, entre otras cosas, una parte de las Indias Orientales holandesas. Según von Bittenfeld la iniciativa para tal alianza tripartita debería partir de los Estados Unidos. "Alemania no puede tomar la iniciativa en este movimiento, pues sería acusada por sus envidiosos enemigos de tener intenciones egoístas. Inglaterra aún cree que puede hacerlo todo por sí sola, y que puede rebajar a Alemania a potencia de segundo rango. Pero los Estados Unidos podrían muy bien propagar la idea de una alianza de la raza blanca."

La diplomacia norteamericana trató de explotar para sus propios fines estas intenciones alemanas tan claramente expresadas. El gobierno mexicano, que ya había sentido cierta desconfianza a causa de la campaña de

prensa alemana sobre la pretendida alianza mexicano-japonesa, fue informado por los norteamericanos de que Alemania estaba instigando una intervención norteamericana en México. Esta noticia alarmó de tal manera al ministro de Relaciones Exteriores, Calero, que le comunicó a Hintze haber "recibido noticias procedentes de círculos bien informados, según las cuales Alemania está empujando a los Estados Unidos a intervenir en México, con el propósito de comprometer a los Estados Unidos en una guerra prolongada y hacerlo así objeto del odio de toda América Latina. Mientras los Estados Unidos estuvieran metidos en esa trampa, Alemania trataría de presentarse como salvadora de los países latinoamericanos y de iniciar colonizaciones y anexiones en América Latina".[127]

Hintze lo negó todo de inmediato. "Yo califiqué la noticia como el colmo del mal gusto, y dije que era innecesario desperdiciar tiempo o palabras acerca de ello. Ya que el señor Calero quería no obstante desahogarse un poco, y calificaba los susodichos informes de 'ultramaquiavelismo', me vi obligado a darle una lección de historia para demostrarle que los intereses de Alemania y México siempre habían sido congruentes o paralelos. Pienso que he logrado desmentir los informes."[128]

Calero había atribuido a Alemania una política que fue practicada algunos años más tarde y que tuvo su máxima expresión en el telegrama de Zimmermann. ¿En qué medida correspondía esta acusación a la realidad?

Las observaciones ya citadas de Guillermo II y la actividad de von Bittenfeld indican que el kaiser y el Estado Mayor General no hubieran visto con disgusto una guerra norteamericano-japonesa en la que México hubiese estado involucrado. Fiel a una vieja táctica de la diplomacia alemana, consistente en renunciar a cosas que nunca se habían adquirido —piénsese en la posición de von Bittenfeld respecto al artículo de la *Atlantic Monthly*—, Alemania habría estado de acuerdo con una ocupación norteamericana de México en caso de una guerra norteamericano-japonesa, o incluso como una concesión a cambio del reconocimiento de esferas de influencia alemanas en América del Sur. Que la diplomacia alemana deseara una intervención norteamericana directa en México sin que existieran tales circunstancias y coyunturas, es otro asunto. Ello parece muy poco probable, pues toda la táctica de los años 1912 hasta 1914 estaba dirigida a evitar en la medida de lo posible una intervención norteamericana. Según Bernstorff, en ese caso los norteamericanos "hubieran logrado extraer la crema de la leche".[129]

La creciente rivalidad anglo-alemana, que constituía el factor dominante de la política exterior de Alemania hubiera hecho muy improbable una intervención alemana unilateral en América del Sur, aun en caso de una guerra norteamericano-mexicana.

ESFUERZOS ALEMANES PARA IMPEDIR LA EXPANSIÓN COMERCIAL NORTEAMERICANA EN MÉXICO

Los esfuerzos de la diplomacia alemana por aprovechar los acontecimientos en México en favor de sus objetivos más generales, no le hicieron olvidar los intereses inmediatos de los comerciantes e industriales alemanes en el comercio mexicano-alemán. La victoria de Madero, que según la convicción de los diplomáticos alemanes había sido alcanzada con la ayuda de las empresas norteamericanas, advirtió el peligro de un tratado de reciprocidad mexicano-norteamericano. Ya el 20 de marzo de 1911, De la Barra, por entonces embajador mexicano en los Estados Unidos, le dijo al embajador alemán, Bernstorff, que el gobierno norteamericano pugnaba por la conclusión de tal tratado.[130] El tratado hubiera concedido tarifas aduanales preferenciales a las mercancías norteamericanas en México y a los productos mexicanos en los Estados Unidos.

Según el concepto legal alemán, tal tratado no hubiera dañado al comercio germano, dado que el tratado comercial mexicano-alemán del año de 1882 contenía una cláusula preferencial para ambas partes. Mientras que el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán era de la opinión de que, en caso de un tratado recíproco mexicano-norteamericano, las mercancías alemanas deberían gozar de las mismas ventajas que las norteamericanas, el parecer norteamericano tenía por seguro que con la firma de dicho tratado, tal preferencia sería ilusoria y sólo las mercancías norteamericanas vendrían a gozar de las tarifas aduanales preferenciales.[131]

Era de esperarse, pues, que, en caso de firmarse un tratado de reciprocidad, los norteamericanos impondrían su parecer. Por este motivo, Alemania trataba de evitar la firma de tal tratado. Lo más indicado hubiese sido un proceder común de todos los Estados europeos interesados en el comercio mexicano, en contra de las intenciones norteamericanas. Sin embargo, esto demostró ser imposible, ya que la rivalidad de estos países entre sí era mayor que sus diferencias con los Estados Unidos. "Todos los países europeos viven en el temor de incurrir en un conflicto abierto con la política de los Estados Unidos", declaró Hintze al excluir de antemano una acción europea conjunta en este asunto.[132]

En vista de esta situación, la diplomacia alemana decidió obrar por iniciativa propia. El 1o. de junio de 1911, Hintze comisionó a Felix Sommerfeld. que era corresponsal de la Associated Press y al mismo tiempo íntimo confidente de los Madero, (más tarde director del servicio secreto de éstos en los Estados Unidos), y que por entonces vivía en México,[133] para que sondeara los propósitos de los Madero respecto a un tratado mexicano-norteamericano.[134] En una conversación con Sommerfeld, Francisco Madero se manifestó en contra de cualquier tratado recíproco, sobre todo porque el fisco mexicano no podía permitirse una reducción de los ingresos

aduanales. Y su tío, el nuevo ministro de Hacienda, Ernesto Madero, comunicó a Sommerfeld en una carta oficial "que este gobierno ni tiene ni ha tenido jamás la intención de firmar ningún tratado de reciprocidad entre México y los Estados Unidos".[135]

Al principio Hintze se tranquilizó con estas informaciones. Pero cuando el 29 de julio el diputado Burleson propuso en el Congreso mexicano la negociación de un tratado de reciprocidad mexicano-norteamericano, esto volvió a llenarlo de preocupación. Su intento por desatar en la prensa mexicana una campaña contra tal tratado fue totalmente inútil. "Hace algún tiempo había intentado publicar en los periódicos por medio de un intermediario, algunos artículos sobre las desventajas del tratado de reciprocidad. En vano. La prensa local publica aquello por lo que se le paga y nada más, o no publica nada."[136] Añadió que la prensa estaba principalmente financiada por los norteamericanos, y propuso al Ministerio de Relaciones Exteriores incitar a los círculos industriales y comerciales alemanes a crear los medios necesarios para influir por su parte en la prensa mexicana en la lucha contra el tratado de reciprocidad mexicano-norteamericano.

La Wilhelmstrasse, sin embargo, no mostró ninguna disposición a proceder abiertamente en contra de los Estados Unidos en México. El secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores, von Kiderlen-Wächter escribió a Hintze: "La pauta general de nuestra conducta relativa a los acontecimientos en México consiste en defender enérgicamente los intereses alemanes, pero por lo demás, hacer todo lo posible por mantener un tono de moderación. Esto vale también por lo que respecta a las pretensiones norteamericanas de reciprocidad. Tenemos que utilizar lo más discretamente posible nuestros medios de lucha contra ellos. Sería muy poco recomendable llamar la atención, ya que el actual gobierno mexicano no está dispuesto a acceder a los deseos norteamericanos". Por indicaciones de Kiderlen, todos los planes para la campaña de prensa contra el tratado de reciprocidad mexicano-norteamericano fueron abandonados.

La diplomacia alemana buscó entonces otros medios para impedir la firma de tal tratado. Cuando a finales de 1911 diversos bancos alemanes, entre ellos el grupo Bleichröder y el Deutsche Bank, negociaban con el gobierno mexicano la concesión de un préstamo, la comunidad diplomática alemana intervino de inmediato en el asunto. Bruchhausen propuso al Ministerio de Relaciones Exteriores que los bancos deberían aprovechar las negociaciones para hacer presión sobre el gobierno mexicano. Se le debía hacer saber a éste lo siguiente:

> Los esfuerzos de los Estados Unidos, que vienen reiterándose desde hace un año, dirigidos a obtener un trato especial para las mercancías norteamericanas mediante un tratado de reciprocidad, comienzan a preocupar

a amplios círculos en Alemania. Los propietarios alemanes de bonos estatales mexicanos temen que una reducción importante en los ingresos aduanales, como consecuencia necesaria de este tratado, comprometería la estabilidad de sus títulos sostenida actualmente por una garantía aduanal del 62%. Hay, pues, el peligro de que los valores mexicanos existentes sean lanzados al mercado, y que los nuevos ya no sean aceptados por los bancos [. . .] Puesto que no creemos que México esté considerando una cancelación de sus tratados preferenciales, y en consecuencia una ruptura en todas sus relaciones económicas con Europa en favor de Norteamérica, estamos pidiendo una declaración oficial que pueda mitigar los temores sobre las consecuencias de un tratado de reciprocidad entre México y Norteamérica.

Bruchhausen era muy optimista respecto a los resultados de tal procedimiento.

Si bien no se puede predecir con absoluta seguridad que México va a acceder a nuestra exigencia de no firmar ningún tratado recíproco con Norteamérica mientras esté vigente el préstamo, sin embargo tal probabilidad es muy grande. México se encuentra actualmente en una situación difícil. El gobierno y la opinión pública están en contra de un tratado de reciprocidad. El ejemplo de Canadá, que rechazó la reciprocidad, está teniendo un efecto inmediato, al igual que las relaciones diplomáticas con Alemania. Por último, desde luego, existe nuestra petición de que los bonos sean garantizados mediante el mantenimiento de las tarifas mexicanas exentas de cualesquiera limitaciones impuestas por la reciprocidad, puesto que son tales tarifas las que deben sostener el servicio de la deuda pública mexicana.[138]

Al mismo tiempo, en la respuesta positiva del gobierno de Madero, Bruchhausen vio también una garantía para el futuro, pues la respuesta podría ser interpretada como un compromiso obligatorio y ser presentada al gobierno mexicano —eventualmente por los medios diplomáticos—, en caso de que un gobierno posterior se inclinara a la reciprocidad.[139] Bruchhausen esperaba, sobre todo por parte del Dresdner Bank, que "expresara con más energía el punto de vista de la industria alemana".

La excitativa de Bruchhausen no fue desatendida por el Ministerio de Relaciones Exteriores. Éste se puso en contacto con Schwabach, director de la Bankhaus Bleichröder, y con Jüdell, director del Dresdner Bank y del Deutsch-Südamerikanische Bank, para determinar las gestiones correspondientes. Sin embargo, Schwabach rechazó decididamente el punto de vista del Ministerio de Relaciones Exteriores. Declaró que era "imposible dificultar las futuras negociaciones de crédito de los bancos alemanes con condiciones que no son de una naturaleza puramente financiera".[140]

Jüdell se mostró un poco mejor dispuesto. Giró instrucciones a la filial mexicana del Deutsch-Südamerikanische Bank, para ventilar extraoficialmente con el gobierno mexicano la cuestión del tratado recíproco, y a principios de 1912, el director de la filial en México informó: "Tuvimos oportunidad de discutir con la Secretaría de Hacienda sobre la posibilidad de que a los Estados Unidos de Norteamérica se conceda algún tipo de preferencias aduanales. Fundamos nuestra consulta en el hecho de que una cámara de comercio alemana había interrogado al respecto a una de nuestras sucursales en Alemania a causa de las noticias de los diarios. El ministro nos dijo, con la mayor claridad, que los Estados Unidos no habían presentado al gobierno mexicano ninguna proposición de esa naturaleza y que su gobierno de ningún modo acordaría preferencias aduanales de ningún tipo, dado que éstas sólo servirían para perjudicar la política aduanal de México".[141]

Jüdell, sin embargo, no estaba dispuesto a hacer más gestiones y precisamente por las mismas razones que habían impedido hasta entonces a todos los bancos alemanes en México utilizar su influencia económica en favor de la industria alemana. Le hizo saber al experto del Ministerio de Relaciones Exteriores, von Kemnitz, que "si un banco alemán, como el Deutsch-Südamerikanische Bank hiciera depender la concesión de un crédito a México del no otorgamiento de tarifas aduanales preferenciales a los Estados Unidos, se vería en desventaja frente a la competencia extranjera que no pusiera tales condiciones".[142]

Los proyectos de Bruchhausen resultaron ser completamente vanos cuando, a principios de 1912, como consecuencia de la debilidad creciente del gobierno maderista, fracasaron las negociaciones crediticias mexicano-alemanas, y el gobierno mexicano se vio obligado a aceptar el crédito del banco norteamericano Speyer.[143] Entonces los bancos alemanes ya no pudieron tener, aunque lo hubieran querido, ninguna posibilidad de influir sobre el gobierno mexicano.

Con el tiempo se vino a comprobar que las inquietudes alemanas eran muy exageradas. No existe ninguna prueba de que el gobierno norteamericano haya ejercido una fuerte presión sobre México en relación con la reciprocidad. La política norteamericana se orientaba más bien a proteger las inversiones norteamericanas en la producción de materias primas y en las compañías ferrocarrileras, que a promover las exportaciones a México. Además, el gobierno mexicano no estaba de ninguna manera interesado en un tratado de reciprocidad. En un país en el que las aduanas constituían la principal fuente de ingresos del gobierno, tal tratado hubiera significado una catástrofe, principalmente en una época de dificultades financieras, como era el caso durante 1911-12. México se hubiera beneficiado muy poco de una reducción tarifaria norteamericana para los productos mexicanos,

dado que los exportadores más considerables eran las mismas empresas norteamericanas. Y lo que era más importante, tal tratado habría provocado fuertes tensiones entre el gobierno mexicano y los países europeos en un momento en que las relaciones mexicano-norteamericanas se deterioraban constantemente, y hubiera eliminado la posibilidad de que México encontrara en Europa un apoyo contra los Estados Unidos.

ALEMANIA Y EL EJÉRCITO MEXICANO

La revolución maderista parece haber despertado en la industria bélica alemana la esperanza de que por fin se realizaría el deseo, alimentado desde tiempo atrás, de adquirir influencia sobre el ejército mexicano y sobre el correspondiente suministro de armas. Cuando Madero entró en la capital después de su victoria sobre Díaz, el comerciante alemán Mardus, residente en la ciudad, le envió una solicitud para que introdujese el servicio militar obligatorio en México. Mardus manifestó que el ejército alemán era el mejor del mundo, e indicó que los instructores alemanes habían adiestrado los ejércitos del Brasil, de Chile y del Japón. De todas formas, según su opinión, no sería oportuno un convenio para enviar instructores alemanes a México, porque en este caso la Gran Bretaña soliviantaría a los Estados Unidos contra Alemania. "Dado que Alemania tiene que evitar una guerra con los Estados Unidos mientras el bulldog inglés esté echado frente a la puerta de Alemania bajo la forma de una gran flota, Alemania no debe provocar al poderoso yanqui que tan fácilmente habla de guerra."[144]

Mardus le propuso a Madero que trajera instructores militares de Chile, cuyo ejército había sido instruido por alemanes. Al mismo tiempo, recomendó al gobierno mexicano enviar una comisión a Alemania bajo el pretexto "de estudiar allí el servicio militar obligatorio". Pero en realidad, los miembros de esta comisión deberían entrar secretamente en el ejército alemán, para familiarizarse con su organización.

No se sabe si esta solicitud se hizo con el conocimiento y la aprobación del Ministerio alemán de Relaciones Exteriores. De todas formas, coincidía con los propósitos generales tanto de la industria de guerra como de la política gubernamental alemanas en esta materia, como se había manifestado en una época más temprana en los sondeos sobre el servicio militar obligatorio en México, en los años de 1906-08. La realización del plan de Mardus hubiera proporcionado a la industria de guerra alemana la participación principal en el suministro de armas a México, dado que Chile no tenía ninguna industria bélica propia y el ejército chileno recibía su armamento de Alemania. Con ello, los competidores más peligrosos de la Alemania Imperial hubieran sido mantenidos a distancia del ejército mexicano, mientras que al mismo tiempo el gobierno alemán habría evitado

un indeseable conflicto con los Estados Unidos. Tal "rodeo" ya había sido efectuado algunos años antes en otros países latinoamericanos. Así, en 1905, Chile había enviado consejeros militares a Colombia, Venezuela, Paraguay y El Salvador, mientras que otros países, como Ecuador y Nicaragua, habían enviado a formar sus oficiales a Chile. La industria de guerra alemana nunca había dejado de sacar provecho de estos arreglos.

La proposición de Mardus parece haber interesado a Madero y haber correspondido en parte a sus planes. El 13 de septiembre de 1912, el ministro alemán en Santiago de Chile informó que el agregado militar mexicano tenía la misión de recoger datos en Chile acerca de "cómo puede adoptarse el sistema militar alemán en una nación latinoamericana".[145] Sin embargo, el derrocamiento de Madero a principios de 1913 no permitió que estos planes tomaran formas concretas. El intento de comprar fusiles en Alemania en 1911, terminó en un fracaso. Al general Luna, que había sido enviado a Alemania, sólo le fueron ofrecidas armas anticuadas a precios demasiado elevados, y además a tan largo plazo de entrega, que se vio obligado a comprar las armas en otra parte.[146] A pesar de estos fracasos, el gobierno mexicano parece haber estado todavía interesado en orientarse hacia la industria de guerra alemana. Después de que Krupp y Vulkan habían hecho propuestas al gobierno mexicano sobre el suministro de dos cañoneros, Hintze informó: "Por lo que se refiere a la influencia personal, por el momento sus perspectivas son buenas".[147]

Sin embargo, antes de que pudieran hacerse los pedidos en Alemania tuvo lugar la caída de Madero, lo cual interrumpió estos esfuerzos.

LOS BANCOS ALEMANES Y EL GOBIERNO DE MADERO

El Deutsch-Südamerikanische Bank había intentado utilizar sus vínculos con los Madero para implantarse firmemente en México. Con tal propósito, recurrió a diversas tácticas. Primero trató de penetrar en el sistema bancario e hipotecario mexicano. Hintze, quien informó acerca de la colaboración del banco con los Madero durante la revolución, informó: "Con ello se impuso a los Madero cierto compromiso, que es reconocido por éstos, sobre todo por el actual ministro de Hacienda, Ernesto Madero. Así, que, el nuevo gobierno da preferencia para sus negocios al Deutsch-Südamericanische Bank, e incluso en casos que no son de la competencia del gobierno le pide consejo. Sobre esta base ha surgido el nuevo Banco Hipotecario de México en Bruselas, del cual últimamente hizo mención De la Barra como prueba de la confianza del extranjero en la reconstrucción de México y en la inagotabilidad de sus recursos. El Banco es una creación de los agentes del Deutsch-Südamerikanische Bank, de la familia De Barry en Bruselas y Amberes y de un banco suizo".[148]

En estas actividades, el banco había tendido a reducir sus riesgos al mínimo. El cónsul alemán en Amberes escribía: "Las posibilidades de un banco recién fundado son consideradas ya con reserva en los círculos bancarios".[149] Por ello, de un total de 20 000 acciones, solamente participó en la nueva empresa con 2 500.

A pesar de la limitada participación del Deutsch-Südamerikanische Bank, la influencia de éste sobre los Madero era tan importante, que se le concedieron privilegios especiales al nuevo banco. Éste permaneció en Bruselas, informaba Hintze, "y no estableció ninguna filial en México. Todos sus negocios son atendidos aquí por el Deutsch-Südamerikanische Bank. El propósito del banco es el de negociar hipotecas sobre bienes raíces".[150] Con ello el Deutsche-Südamerikanische Bank corría un riesgo relativamente pequeño y podía anotarse una doble ganancia: su participación en el nuevo banco y su mediación exclusiva en todas las operaciones de éste.

Durante este periodo el Deutsch-Südamerikanische Bank había tratado de abrirse paso en el mercado de bonos mexicanos: a finales de 1911 inició tratos con el gobierno mexicano para participar en una nueva emisión que debía lanzarse en 1912. También se había interesado en establecer nuevas empresas industriales en colaboración con los Madero. Hintze informaba: "Los ingenieros Briede y Bach, que están en contacto con el Deutsch-Südamerikanische Bank en esta plaza, me pidieron hoy mi opinión sobre una empresa industrial proyectada en la República. Se trata de un proyecto que se propone suministrar energía eléctrica a las crecientes ciudades industriales de Monterrey y Saltillo, utilizando para ello las minas de carbón que se encuentran en el estado de Nuevo León y que pertenecen a la familia Madero".[151]

Ninguno de estos planes llegó a realizarse debido a las tensiones dentro de México mismo y del gobierno de Madero con los Estados Unidos.

Después de haber concedido préstamos por un total de 2 763 000 francos, el banco cesó sus actividades "a consecuencia de la agitación en México" y las trasladó a la Argentina.[152] El proyecto de empréstito también fracasó. A causa de los conflictos mexicano-norteamericanos y de la escasa confianza en la solidez del gobierno maderista, los bancos europeos retiraron a principios de 1912 sus derechos de opción sobre una emisión de bonos mexicanos por un total de 11 000 000 de libras esterlinas.[153] No se sabe en qué paró el proyecto industrial común de los Madero con el Deutsch-Südamerikanische Bank. Dado que no existen otras informaciones al respecto, y que el Deutsch-Südamerikanische Bank abandonó la mayoría de sus planes concernientes a México, lo más probable es que este proyecto también se haya quedado sin realizar.

Durante la primera fase de la revolución mexicana, todos estos objetivos de la diplomacia alemana en México estuvieron subordinados al deseo de evitar un conflicto con los Estados Unidos, como fue el caso durante todo el periodo anterior a 1910. Por esta razón, la prensa semioficialista alemana reconocía la validez de la Doctrina Monroe.

Después de la movilización de las tropas norteamericanas cerca de la frontera mexicana, una parte de la prensa norteamericana había declarado que esta medida estaba dirigida primordialmente contra Alemania. Se citaba una información de la Associated Press, según la cual Alemania tomaría medidas aun no especificadas en caso de que sus intereses en México se vieran en peligro. El *Washington Herald* escribió el 10 de marzo de 1911: "Se envían tropas a la frontera [mexicana] tras de que Alemania amenaza actuar". Para adelantarse a Alemania, los Estados Unidos habrían tenido que concentrar tropas en la frontera mexicana. El periódico decía que Alemania "había hecho pedazos la Doctrina Monroe y la había lanzado al aire". El *Washington Post* fue aún más lejos. Escribió también el 10 de marzo: "La negativa implícita a poner a los súbditos e intereses alemanes en México bajo nuestra protección, está en contradicción con el espíritu de la Doctrina Monroe. La clara conclusión de que Alemania no dudaría en invadir a México es motivo de seria preocupación, si tal operación cae dentro del margen de la probabilidad. Una acción directa de esta naturaleza sería un *casus belli*". Esta información se proponía obviamente presentar la movilización de tropas norteamericanas a lo largo de la frontera mexicana, no como una medida para proteger primordialmente los intereses norteamericanos, sino también los de América Latina.

Muy poco tiempo después, a principios de abril, apareció una réplica en el oficioso *Kölnische Zeitung*, que fue divulgada por Bernstorff en la prensa norteamericana.[154] El periódico afirmaba que la actitud alemana ante los acontecimientos mexicanos había sido totalmente tergiversada "por nuestros amigos en la prensa amarillista inglesa" para desacreditar a Alemania. Las tropas norteamericanas jamás se hallarían en la situación de tener que defender la Doctrina Monroe contra Alemania. "Si se presentaran disturbios en las ciudades portuarias mexicanas, en los que las autoridades locales no pudieran proteger suficientemente a los ciudadanos alemanes, Alemania tendría que considerar su recurso a un derecho claro y también reconocido siempre y sin reservas por los Estados Unidos, y enviar allí buques de guerra. Pero del ejercicio de este derecho indiscutible, a la intromisión en los asuntos internos de México, existe un largo trecho, cuyo recorrido ninguna persona sensata recomendaría en Alemania. Aun cuando los disturbios actuales condujeran a una revolución total en México, aun cuando México pidiera a los Estados Unidos la anexión, o aunque los norteamericanos pro-

cedieran a esta anexión contra la voluntad de los mexicanos, seguramente Alemania no sería el Don Quijote que desenvainara su espada. Es asunto de los países americanos de qué manera se tratan entre sí, y si ni siquiera en Europa nos sentimos inclinados a hacer de pacificadores, menos aún querríamos hacerlo en América. Para nosotros, la Doctrina Monroe no representa ningún peligro; y ya sea que se la deje dormir en los archivos o se la saque de vez en cuando para desempolvarla, para nosotros no tiene ninguna importancia".[155]

A Hintze, el nuevo ministro alemán en México, se le comunicó que "Alemania solamente tenía intereses económicos en México". Hintze comentaba: "Si entiendo bien estas indicaciones, ello quiere decir que Alemania se mantiene a la expectativa en cuanto a la orientación política de México".[156] En consecuencia, no mostró ningún interés cuando el presidente De la Barra le hizo saber que "la política exterior de México buscaría el acercamiento con Europa, y sobre todo con Alemania".[157]

Esta declaración del presidente provisional había sido hecha probablemente con toda seriedad. Ni De la Barra ni Madero después de él podían permitirse una sujeción total respecto a los Estados Unidos. Apoyarse en la Gran Bretaña o en Francia, como lo había hecho Díaz, era igualmente imposible, dado que los intereses de estas dos potencias estaban estrechamente ligados con los de los "científicos". Solamente Alemania y en cierta medida el Japón podían ser tomados en cuenta como una base de apoyo contra los Estados Unidos. En el aspecto económico, las empresas alemanas estaban perfectamente dispuestas a aprovechar esta actitud del gobierno mexicano. Políticamente, sin embargo, Alemania no estaba dispuesta a luchar contra los Estados Unidos en México. Por ello, Hintze propuso que se le diera a entender claramente a De la Barra que Alemania sólo tenía intereses económicos en México, "para evitar cualquier peligro suscitado por el silencio o la ambigüedad".[158]

A diferencia del gobierno y las empresas norteamericanas, el gobierno, la industria pesada y los bancos alemanes tenían motivos suficientes para sentirse satisfechos con la política exterior del gobierno de Madero. Éste no se había subordinado a los Estados Unidos y no había firmado ningún tratado de reciprocidad con el gobierno norteamericano; había concedido privilegios especiales al Deutsch-Südamerikanische Bank y había roto el monopolio francés en el suministro de equipos para el ejército mexicano. Además de todo esto, en 1911 y 1912 el comercio mexicano-alemán había alcanzado un cierto clímax.[159] Ello no obstante, desde 1912 la diplomacia alemana comenzó a asumir una actitud cada vez más hostil respecto a Madero. Esta actitud no era resultado de la política exterior de Madero, sino de su política interior.

Cuando Madero tomó posesión de la presidencia el 6 de noviembre de 1911, Hintze estaba convencido de que su política interior seguiría sustancialmente la línea de Porfirio Díaz en cuanto a la represión de todo movimiento popular. Hintze consideraba a los revolucionarios como hombres "para los cuales la libertad significa impunidad y la justicia la propiedad del prójimo". En su opinión, Madero debía entender antes que nada "que el nuevo régimen tiene que cuidarse más de sus partidarios que de sus enemigos, suponiendo que quiera ser un verdadero gobierno". Hintze consideraba que el nuevo régimen tenía dos opciones ante sí:

1. Madero podía adaptar sus propios principios a la realidad y gobernar como todos sus antecesores, sobre la base de tratar de lograr sólo lo que fuera posible durante un periodo adecuado a las circunstancias latinoamericanas (su mandato expiraba el 1o. de diciembre de 1916), o bien
2. podía aferrarse a sus proyectos de hacer feliz al pueblo, introduciendo con ello la anarquía.

"Parece probable", concluía Hintze con optimismo, "que Madero se incline a un compromiso; yo me he informado en los círculos de más alta jerarquía que sus propósitos se encaminan en esa dirección".[160]

Madero no introdujo ningún cambio fundamental en la estructura social de México, pero las libertades democráticas que permitió eran ya excesivas para la diplomacia alemana. Hintze expresó esto claramente en un informe que rezumaba chovinismo. "El error cardinal [de Madero] está en su creencia de que puede gobernar al pueblo mexicano como se gobernaría a una de las naciones germánicas más adelantadas. Este pueblo rudo, compuesto de semisalvajes sin religión, con su escaso estrato superior de mestizos superficialmente civilizados, no puede vivir bajo otro régimen que no sea un despotismo ilustrado."[161] Y el kaiser Guillermo anotó al margen: "¡Correcto!"

Esta actitud condujo a la diplomacia alemana a apoyar los ataques norteamericanos contra el gobierno maderista. El embajador norteamericano Henry Lane Wilson había armado a los norteamericanos residentes en México[162] a fin de crear una actitud histérica en los Estados Unidos que desembocaría finalmente en una intervención. Hintze siguió su ejemplo y organizó a la colonia alemana en un "Deutscher Korps", por lo que su colega austriaco, quien era todo menos simpatizante de Madero, lo calificó de "alarmista".[163] Wilson había instado a los norteamericanos radicados en México a abandonar el país,[164] y pidió a Hintze que tomara medidas similares. Hintze no fue tan lejos, pero amenazó al gobierno mexicano con una acción parecida. Finalmente, el gobierno alemán siguió el ejemplo norteamericano y en octubre de 1912 envió a México un barco de guerra, el *Victoria Luise*.[165]

Para el gobierno alemán y para las empresas alemanas, una colabora-

ción con el gobierno norteamericano no carecía de riesgos. Ello podía no solamente llevar a México a dudar de su política progermánica, sino también desacreditar al gobierno alemán en Latinoamérica, e incluso contribuir al advenimiento de una intervención norteamericana en México. Por ello el apoyo alemán a las actividades norteamericanas en México fue severamente limitado. Hintze recibió la consigna de proceder con cautela, pues "una ya de por sí indeseable identificación de nuestros intereses en México con los norteamericanos, vendría a influir muy desfavorablemente, dada la situación actual y la susceptibilidad de quienes ocupan allí el poder, en el ánimo de estos últimos. Por ello, conserve por favor una total libertad de acción ante la opinión pública y evite todo lo que pudiera ser interpretado como influencia del embajador norteamericano quien obviamente está actuando *pro domo sua*".[166]

A los diplomáticos alemanes se les presentó claramente el peligro de una colaboración con el gobierno norteamericano, cuando el 31 de marzo de 1912 el embajador Wilson instó tanto al ministro británico Stronge como a Hintze, a que pidieran telegráficamente a sus respectivos gobiernos el envío de tropas a México. Hintze y Stronge se reunieron inmediatamente y estuvieron de acuerdo en que se trataba de una hábil maniobra norteamericana. "La entrada de tropas internacionales en la ciudad de México agitaría a la población de los Estados Unidos, y gracias a esta disposición, le permitiría al gobierno llevar a cabo la intervención, es decir, hacer la guerra a México."[167]

El ministro británico también se opuso decididamente a la solicitud de Wilson. Le dijo a Wintze: "Inglaterra fundamentalmente va de la mano con los Estados Unidos por todo el mundo y por lo general le va bien en ello; con todo, aquí se trata de un caso en que sólo estaríamos convirtiéndonos en un instrumento de los intereses norteamericanos y poniendo en peligro vidas y propiedades inglesas".[168]

Tanto la diplomacia británica como la alemana tenían interés en evitar a cualquier precio una intervención norteamericana en México. Hintze escribió:

> El ministro inglés me ha dicho *confidencialmente* que le ha hecho saber el representante norteamericano con toda claridad lo siguiente: Inglaterra tiene en México importantes intereses y ha hecho cuantiosas inversiones en minas, ferrocarriles, pozos petroleros, etcétera, además de importantes intereses comerciales. Estas propiedades y este comercio le impiden a Inglaterra ver con indiferencia una intervención de los Estados Unidos. Inglaterra hará todo lo que esté a su alcance para evitar tal intervención.[169]

Si bien Hintze compartía esta posición, se expresaba sin embargo con un poco más de reserva. "Si los Estados Unidos sencillamente tienen que

asumir aquí una abierta hegemonía, expresada en las formas acostumbradas, lo más conveniente para nuestros intereses, según mi más humilde opinión, consiste en posponer este momento y no hacer nada que lo propicie, sin colocarnos, por otra parte, en una oposición abierta a los Estados Unidos o a su representante aquí [. . .]"[170]

El objetivo que perseguía la diplomacia alemana no era el desembarco de tropas extranjeras, lo que hubiera ocasionado inevitablemente una ocupación norteamericana de México, sino un golpe militar que instaurara una dictadura en el país. Después del fracaso de la tentativa golpista de Félix Díaz, por quien Hintze no sentía ningún respeto, éste observó con pesar que "aún no aparece el hombre indicado", pero añadió que "los pequeños conspiradores, gentes a las que en otras partes sólo se les tendría por bribones —los De la Barra, los Flores Magón, etcétera— no tienen valor moral ni físico para levantarse en armas. Una vez más, para una revolución que pueda tener probabilidades de éxito, sólo queda el ejército, pero naturalmente bajo el mando de un jefe de mayor calibre que el teatral Félix Díaz".[171]

Hintze había empezado a mencionar ya a un hombre que, según su opinión, era un candidato adecuado para el puesto de dictador militar. Éste no era otro que el veterano general porfirista Victoriano Huerta, quien seguía en servicio activo en el ejército federal, y quien para muchos según Hintze, era el "hombre fuerte" que además se tenía por tal, según sus propias expresiones.[172] Las esperanzas que Hintze tenía puestas en Huerta determinaron el comportamiento del diplomático alemán durante los acontecimientos de febrero de 1913 que culminaron en la caída de Madero y en la toma del poder de Huerta.

3. LOS ESTADOS UNIDOS, ALEMANIA Y LA CAÍDA DE MADERO

PRESIONES INTERNAS Y EXTERNAS SOBRE EL GOBIERNO DE MADERO

A fines de 1912 o principios de 1913 un observador superficial podría haber tenido la impresión de que el movimiento maderista había consolidado en lo fundamental su control sobre el país. Los intentos golpistas de Bernardo Reyes y Félix Díaz habían sido dominados y Pascual Orozco ya no representaba un peligro serio; la insurrección zapatista, aunque seguía desarrollándose con toda su fuerza, sólo afectaba a una parte relativamente pequeña de México. En realidad, sin embargo, el régimen de Madero se encaminaba inexorablemente a su fin y había roto, en muy gran medida, sus vínculos con las fuerzas que lo habían llevado al poder.

Al aumentar la desilusión de los maderistas con su jefe, éste comenzó a apoyarse cada vez más en la vieja burocracia porfirista y el ejército federal. Pero precisamente estos sectores veían en Madero a un usurpador y querían regresar al poder por cuenta propia. Durante mucho tiempo su eficacia se había visto obstaculizada por las divisiones entre ellos mismos (reyistas contra "científicos") y por la renuencia de muchos conservadores a actuar sin tener la seguridad de un apoyo firme del gobierno norteamericano. Al aumentar el antagonismo norteamericano hacia Madero, se endureció la oposición conservadora al régimen maderista y las facciones rivales buscaron unirse con el propósito común de derrocar al presidente. Consideraban que el ejército federal era la base principal para el golpe. Ésta era una opinión compartida por muchos observadores, incluido el ministro alemán en México. En octubre de 1912 éste expresó la convicción de que la toma del poder por el ejército era sólo cuestión de tiempo.[1]

A fines de 1912 y principios de 1913, el ala radical del movimiento maderista, los Renovadores, quienes estaban plenamente conscientes de este peligro, hicieron un último intento por cambiar la trayectoria del gobierno. En un memorándum dirigido a Madero escribieron: "La Revolución va a su ruina, arrastrando al gobierno emanado de ella, sencillamente porque no ha gobernado con los revolucionarios. Las transacciones y complacencias con individuos del régimen político derrocado, son la causa eficiente de la situación inestable en que se encuentra el gobierno emanado de la Revolución [. . .] Este gobierno parece suicidarse poco a poco".[2]

Madero, sin embargo, desoyó estos argumentos. A un grupo de diputados renovadores que le advertían sobre las fatales consecuencias de su política, les contestó que el pueblo y el ejército lo apoyaban.[3]

Pero el gobierno maderista tenía que vérselas no sólo con sus enemigos dentro del país, sino también con la oposición del gobierno norteamericano y de las empresas norteamericanas en México. El 15 de septiembre de 1912, el gobierno norteamericano había enviado su nota de protesta más enérgica hasta entonces. En ella se culpaba al gobierno mexicano de discriminar a empresas y ciudadanos norteamericanos. Se citaban como ejemplos la promulgación de un impuesto sobre el petróleo crudo, el despido de algunos centenares de empleados norteamericanos de los Ferrocarriles Nacionales, y el fallo judicial en contra de una compañía ganadera norteamericana. Además, se le echaba en cara al gobierno mexicano no haber sido capaz de proteger la vida y las propiedades de ciudadanos norteamericanos. La nota hacía ascender a trece el número de norteamericanos que supuestamente habían sido asesinados durante la presidencia de Madero.[4] En diciembre de 1912, el embajador norteamericano, según su colega alemán Hintze, había sostenido "largas conversaciones con el presidente Taft y con el secretario de Estado, Knox, acerca de lo que había que hacer en México. Después que la nota norteamericana del 15 de septiembre de 1912 fue contestada en parte evasiva y en parte negativamente, Washington sintió la necesidad de actuar. Wilson propuso: o apoderarse de una parte del territorio mexicano y conservarlo o derrocar el régimen de Madero (literalmente). El presidente Taft había estado dispuesto a hacer ambas cosas, pero Knox se había opuesto a la idea de ocupar territorio mexicano. Entonces los tres acordaron subvertir el gobierno de Madero. Para este fin utilizarían la amenaza de intervención, promesas de puestos y honores (lo cual aquí es sinónimo de ingresos por cohecho) y soborno directo en efectivo".[5]

En diciembre de 1912, el ministro de Relaciones Exteriores, Lascuráin, se trasladó a Washington con la esperanza de llegar a un acuerdo con el gobierno norteamericano. Las proposiciones que hizo no se conocen en detalle. En todo caso, parece haber conseguido del gobierno norteamericano un último respiro; de todos modos se le amenazó sin ambages con una intervención. Lascuráin resumió así sus impresiones al ministro alemán en México: "Los Estados Unidos de América no querían ninguna intervención en México; sin embargo, los círculos dirigentes me dieron a entender que, contra su voluntad estarían obligados a intervenir en caso de que no cesaran los continuos asesinatos de norteamericanos y la destrucción de propiedad norteamericana. *Donc, nous ferons un dernier effort suprême pour en finir!* Ésta ha sido también la decisión del actual Consejo de Ministros; ya han comenzado los movimientos de tropas".[6]

La actitud del Departamento de Estado ante las proposiciones de Lascuráin indica cierto repliegue del gobierno norteamericano y nuevos intentos por llegar a un acuerdo con Madero. Fue en este momento cuando se

hicieron patentes serias diferencias entre Henry Lane Wilson y Knox. Wilson exigió en un memorándum una amenaza expresa de intervención. El gobierno de los Estados Unidos, escribió, "no puede permitir por principio que una guerra cruel y destructora, cuyo único fin es, hasta donde puede juzgarse imparcialmente, la satisfacción de ambiciones rivales de cabecillas ambiciosos, pueda continuar por tiempo indefinido en territorios limítrofes de los Estados Unidos".[7]

Estos testimonios revelan claramente que, en su último mes en el poder, el gobierno de Taft se vio asediado por aspiraciones sumamente contradictorias. Por una parte, Taft temía que el recién elegido presidente Woodrow Wilson, de quien desconfiaba profundamente, cediera ante los revolucionarios mexicanos. Es muy posible que haya querido crear un hecho consumado antes de que Wilson tomara posesión. Esto explicaría el hecho de que Taft y Knox (si el informe de Hintze sobre la versión de Henry Lane Wilson se ajusta a los hechos) tomaran la decisión de derrocar a Madero en diciembre de 1912, cuando representaban un régimen que iba ya de salida. Aunque no he podido encontrar confirmación directa de la versión que dio Henry Lane Wilson respecto a su complot con Taft y Knox en ninguna otra fuente además de la citada (y debe subrayarse que si su versión es correcta, Taft y Knox habrían hecho todo lo que estuviera en su poder por decir lo menos posible por escrito respecto a su participación en semejante complot), resulta significativo que, al mismo tiempo que se urdía esta conjura, Taft le escribiera a Knox: "Estoy llegando a un punto en que pienso que deberíamos colocar un poco de dinamita con el objeto de despertar a ese soñador que parece incapaz de resolver la crisis en el país del cual es presidente".[8]

Si bien el hecho de que el régimen de Taft estuviera ya en sus últimos días puede explicar el entusiasmo de Taft por derrocar a Madero, también explica la renuencia manifestada por Knox en relación con el plan.

La reticencia de Knox se vio fortalecida por la buena disposición de Lascuráin a complacer al gobierno norteamericano, demostrada durante su visita a los Estados Unidos, disposición que fue estimulada por las amenazas de intervención. También reforzaron esta actitud de Knox las crecientes pruebas de que el embajador Wilson estaba exagerando muchísimo el grado de inseguridad e insurgencia que había en México. Al ir perdiendo confianza Knox en su embajador, se volvió cada vez más temeroso de involucrarse en una intervención militar que no deseaban ni él ni Taft. Este temor quedó indicado, aunque no explicitado, en su memorándum que envió Knox a Taft el 27 de enero y que puede haber sido escrito con la intención de que el presidente retirara su apoyo al complot del embajador Wilson. Knox declaraba que los informes de Henry Lane Wilson revelaban "una intención de parte del embajador de obligar a este gobierno a precipitarse en su manejo de la situación mexicana en conjunto, siendo tan

fundamental y tan grave el aparente desacuerdo entre el embajador y este Departamento [de Estado] que el Departamento siente que haría mal si no llamara claramente la atención de usted sobre el asunto".[9] No está claro en qué forma reaccionó Taft a este memorándum. La política del gobierno norteamericano en las cruciales semanas que siguieron a este intercambio de informes, durante las cuales Henry Lane Wilson desempeñó un papel decisivo en el derrocamiento de Madero, puede ser el mejor indicio de la verdadera actitud de Taft. Como se demostrará, el régimen de Taft negó a Henry Lane Wilson permiso para amenazar al gobierno mexicano con una intervención norteamericana a fin de lograr sus objetivos; sin embargo, unos días más tarde, después de que Wilson lo había hecho de todas formas, el régimen apoyó sus acciones.

LA DECENA TRÁGICA

En enero de 1913 se organizó una nueva conspiración contra el gobierno de Madero, una conspiración en la cual los grupos conservadores rivales lograron unirse por primera vez y enterrar, por lo menos temporalmente, sus diferencias. Sus representantes más prominentes eran el general porfirista Mondragón junto con Félix Díaz y Bernardo Reyes, quienes desde la cárcel tomaron parte en los preparativos. Los conspiradores habían establecido contacto con muchos oficiales del ejército,[10] y parece ser que ya entonces Wilson estaba también al tanto de estos planes.

El 20 de enero, cuando el ministro cubano en México, Márquez Sterling, preguntó a Wilson: "¿Cree usted, Embajador, que esté próxima la caída del Gobierno del Presidente Madero?", Wilson, contestó: "Su caída no es fácil, pero tampoco imposible".[11] Un día más tarde, Henry Lane Wilson visitó al ministro alemán: "Quiero ayuda y espero que usted me la dé. El ministro británico es buena persona, pero demasiado optimista a lo cual él [H. L. Wilson] añadió una petición para que nosotros contribuyéramos a dar una explicación al cuerpo diplomático".[12] No sería erróneo suponer que Wilson quería preparar al cuerpo diplomático en lo tocante al apoyo norteamericano a la conspiración contra Madero.

Originalmente, los conspiradores habían planeado levantarse en armas el 11 de febrero. Pero, dado que el gobierno fue puesto al tanto de su plan, entraron en acción el 9 de febrero.[13]

El grueso de los rebeldes, reclutados en diversos sectores de la guarnición de la capital, sacó de inmediato de la cárcel a Félix Díaz y a Bernardo Reyes. Otros se apoderaron del Palacio Nacional y tomaron prisionero al hermano del presidente, Gustavo Madero, y al ministro de la Guerra, Peña. Sin embargo, el general Lauro Villar, quien se mantuvo leal al gobierno, consiguió reconquistar el Palacio Nacional. Se atrincheró allí y esperó al

grueso de los sublevados encabezados por Reyes y Díaz. Ambos contaban con que el Palacio se hallaba ocupado por sus partidarios y llegaron desprevenidos. Cuando Villar dio la orden de disparar, cayeron cientos de rebeldes, entre ellos Bernardo Reyes. Félix Díaz se retiró entonces, con el resto de sus tropas, a la Ciudadela de la capital.[14]

El mismo Madero y su gobierno habían salido ilesos de los acontecimientos, pero pronto se vieron obligados a tomar decisiones cruciales. Madero podía agrupar en torno suyo a las fuerzas revolucionarias que aún estaban sobre las armas y proclamar el cumplimiento de las exigencias revolucionarias; con ello hubiera recobrado por lo menos una parte de su popularidad, y hubiera estado probablemente en condiciones de aniquilar a las fuerzas de Díaz. O bien podía seguir apoyándose en el viejo ejército y en la burocracia porfirista, poniendo su suerte en las manos de éstos. Madero escogió el segundo camino.

A primera vista, la situación parecía ser favorable al régimen. Con escasas excepciones, la rebelión apenas si había encontrado apoyo en el país; en la capital misma Félix Díaz sólo disponía de alrededor de 1 500 soldados.[15] Parecía como si un asalto decidido contra la Ciudadela hubiera podido someter a los rebeldes, que estaban aislados y habían perdido la ventaja de la sorpresa. Pero la situación se desarrolló de otra manera.

El comandante de las tropas gubernamentales, general Lauro Villar, había sido gravemente herido, y Madero nombró para sucederlo a Victoriano Huerta, que había sido general de Díaz. Fue una decisión que pagaría con su vida. Madero la tomó a pesar de tener abundantes motivos para desconfiar de Huerta. Éste tenía una trayectoria de implacable oposición a los revolucionarios y de intrigas con los enemigos de Madero. En 1911 había provocado una ruptura entre Emiliano Zapata y el gobierno del presidente interino León de la Barra. Al hacer esto, Huerta había hecho caso omiso, en forma deliberada, de las órdenes de Madero de proceder con moderación.[16] En 1912, mientras mandaba las fuerzas federales que luchaban en el norte contra la rebelión orozquista, Huerta intentó eliminar a otro prominente jefe revolucionario. Acusó a Pancho Villa, que estaba peleando en su bando contra los rebeldes, de haberse robado un caballo, y trató de fusilarlo sin juicio previo. Sólo la intervención de último momento de Madero logró salvar la vida de Villa.[17] Poco después Huerta intrigó con la oligarquía conservadora del estado de Chihuahua para expulsar del poder a Abraham González, gobernador del estado y su más eminente revolucionario.[18] Finalmente, Madero comenzó a dudar de la lealtad del general Huerta y en octubre de 1912 lo separó del mando.[19]

Desde el principio, Félix Díaz y los demás conspiradores habían intentado atraerse a Huerta. Tan grandes esperanzas tenían de que se decidiera, que en dos ocasiones, el 1o. y el 17 de enero de 1913, habían aplazado el golpe porque Huerta se mostraba renuente.[20] No era, sin embargo, su

lealtad a Madero lo que impedía a Huerta decidirse, sino el hecho de que no le habían ofrecido incentivos suficientes.[21]

En la víspera del golpe propuesto, el 8 de febrero, según informó un confidente de Félix Díaz a cierto diplomático inglés, un emisario de Huerta "fue encargado de entrevistarse con el general Díaz con vistas a llegar a algún arreglo, pero las propuestas eran tan distintas de ambas partes que resultó imposible llegar a un acuerdo".[22]

Pero el 9 de febrero, después que Madero lo había colocado en un puesto donde su poder era decisivo, Huerta estaba en una situación muy distinta frente a los rebeldes y podía reiniciar las negociaciones desde una posición de fuerza. Un día después del comienzo de las hostilidades, el 10 de febrero de 1913, reanudó las negociaciones con los rebeldes y se reunió personalmente con Félix Díaz al día siguiente.[23] En estas negociaciones ambas partes llegaron a un acuerdo para derrocar al gobierno de Madero y decidieron que Huerta escenificaría una "guerra falsa" con el fin de eliminar tantas tropas leales a Madero como fuera posible antes de intentar un golpe. Para este fin se envió a los rurales fieles al presidente a emprender asaltos suicidas contra la Ciudadela. "Durante la siguiente semana", según el antedicho confidente de Félix Díaz, "oficiales del general Huerta estuvieron visitando continuamente la Ciudadela y proporcionando noticias al general Díaz. Uno de ellos, llamado Del Villar, llegó incluso a darle un plano de la disposición del Palacio Nacional, para que supiera qué parte bombardear".[24]

Madero obviamente no conocía estos hechos, pero en vista de los antecedentes de Huerta es difícil comprender por qué no tuvo dudas para reinstalar al general, en febrero de 1913, en un puesto todavía más importante que el que había ocupado antes. ¿Fue ingenuidad, una decisión de último momento después del estallido de la rebelión que más tarde sintió que no podía revocar? ¿O fue un riesgo calculado con el propósito de conservar la lealtad del ejército federal nombrando a uno de sus generales más capaces y populares como comandante en jefe? Todavía no puede darse una respuesta satisfactoria a estas preguntas.

Los diez días que mediaron entre el levantamiento y el final de la "guerra falsa" se conocen en la historia mexicana como la "Decena Trágica". La expresión "guerra falsa" sólo es acertada en lo que se refiere al hecho de que Huerta no estaba combatiendo con el objeto de derrotar al movimiento de Díaz. Por lo demás, esta guerra fue del todo real y causó miles de víctimas. Huerta hizo colocar los cañones de forma que de ninguna manera pudieran bombardear las posiciones de los rebeldes, sino las casas vecinas. De esta manera perecieron innumerables civiles. Por otra parte, Huerta envió a la muerte en ataques frontales a muchos soldados cuyas unidades eran leales a Madero, mientras protegía las tropas con las que pensaba que podía contar.[25]

El embajador Wilson intervino de manera decisiva en estos acontecimientos, en parte secretamente y en parte abiertamente. Su actividad secreta consistió en establecer contacto tanto con Félix Díaz como con Huerta, y en hacer todo lo posible por concertar un acuerdo entre los dos para el derrocamiento de Madero.

Wilson participó desde un principio en las negociaciones entre Díaz y Huerta. El 10 de febrero escribió al Departamento de Estado norteamericano que era de su conocimiento que "se están llevando a cabo negociaciones con el general Huerta".[26] El 16 de febrero manifestó al ministro alemán Hintze: "El general Huerta ha estado sosteniendo negociaciones secretas con Félix Díaz desde el comienzo de la rebelión; él se declararía abiertamente en contra de Madero si no fuera porque teme que las potencias extranjeras le habrían de negar el reconocimiento. Embajador: yo le he hecho saber que estoy dispuesto a reconocer cualquier gobierno que sea capaz de restablecer la paz y el orden en lugar del gobierno del señor Madero, y que le recomendaré enérgicamente a mi gobierno que reconozca tal gobierno".[27] Wilson implícitamente dio a entender en seguida su convicción de que Huerta no daría un golpe sin su apoyo.

El carácter abierto de la actividad de Henry Lane Wilson perseguía el objetivo de desacreditar al gobierno de Madero por medio de amenazas y protestas, tanto en el país como en el extranjero, aislarlo de sus partidarios y finalmente obligarlo a renunciar. Para ello necesitaba el apoyo de por lo menos una parte del cuerpo diplomático. Para él era muy importante poder hablar ante el gobierno mexicano, ante el extranjero y ante el Departamento de Estado en Washington, en nombre del "cuerpo diplomático" y no solamente en nombre del gobierno norteamericano. Esto le daba un vigor especial a sus actividades. Dado que sabía que no podía contar con el apoyo de todos los diplomáticos extranjeros —los representantes de diversos países latinoamericanos simpatizaban con Madero—,[28] organizó un grupo compuesto por representantes de las grandes potencias, que comprendían, junto con él, a los representantes de Alemania, de España y de la Gran Bretaña. A pesar de sus protestas, el encargado de negocios de Francia fue excluido por iniciativa de Wilson de las sesiones de este grupo, por motivos que no son suficientemente conocidos.[29] Este "comité" tomaba unilateralmente sus decisiones "en nombre del cuerpo diplomático"; repetidas veces, sin embargo, Wilson ni siquiera consultó a los miembros de este grupo.[30]

Wilson encontró su mayor apoyo en el representante alemán en México, contraalmirante Paul von Hintze, y a él dedicó sus más cálidos elogios: "Después del primer encuentro que tuvimos, me formé un juicio muy favorable del almirante von Hintze, y no tuve ningún motivo para cambiar este concepto. En todas las horas difíciles de las revoluciones contra Díaz y Madero, que culminaron en el bombardeo de la ciudad de México, su simpatía y sus consejos fueron de incalculable valor. Durante los bombardeos estuvo especialmente activo y me apoyó en cada crisis con inquebrantable valor y total concentración en el cumplimiento de las obligaciones que implicaban su alto cargo".[31]

La base de la colaboración entre Wilson y Hintze era su común deseo de derrocar a Madero. Wilson pudo contar en todo momento con el apoyo de Hintze.[32]

Por el contrario, en lo concerniente al sucesor de Madero las opiniones de ambos diplomáticos diferían profundamente. Wilson contemplaba a Félix Díaz como el "futuro hombre" de México, y Hintze lo desdeñaba por incompetente y, además, demasiado pronorteamericano.[33]

La actividad abierta de Wilson comenzó desde el primer día del levantamiento. Su primer objetivo fue presentar al gobierno mexicano, por medio de una serie de "protestas", como inepto e incapaz de proteger a los extranjeros residentes en México y responsabilizándolo por la situación. Con la aprobación de los ministros español, británico y alemán, el 9 de febrero visitó al ministro de Relaciones Exteriores para preguntarle "categóricamente" si el gobierno mexicano estaba en condiciones de proteger la vida de los extranjeros.[34] A pesar de las seguridades dadas por el ministro en el sentido de hacer todo lo que estuviera en su poder, Wilson tuvo por insatisfactoria su respuesta.[35] Wilson dirigió también a Félix Díaz un comunicado en el que le pedía protección para los extranjeros, con lo que ya lo colocaba al mismo nivel del gobierno mexicano.

Wilson esbozó la táctica que se proponía utilizar en un memorándum enviado al secretario de Estado Knox. En él pidió:

> que el gobierno de los Estados Unidos, por razones humanitarias y en cumplimiento de sus obligaciones políticas, envíe instrucciones firmes, drásticas, quizá de carácter amenazante, para ser transmitidas personalmente al gobierno del presidente Madero y a los dirigentes del movimiento revolucionario.
>
> Si yo estuviera en posesión de tales instrucciones o bien revestido de poderes generales en nombre del presidente, podría posiblemente inducir a un cese de las hostilidades e iniciar negociaciones que tuvieran por objeto llegar a acuerdos pacíficos definidos.[36]

Estas propuestas, sin embargo, iban demasiado lejos para el gusto del secretario de Estado norteamericano, quien le escribió a Wilson que el presidente no creía que fuera "aconsejable tal manera de proceder"[37] en el momento actual. Éste temía sobre todo ser arrastrado a una intervención. Además, es probable que Knox no quisiera cargar con la responsabilidad directa de un golpe de Estado cuatro semanas antes de que Woodrow Wilson asumiera la presidencia. Pero Henry Lane Wilson, que se sentía com-

pletamente seguro con las instrucciones verbales que había recibido de Taft y Knox en diciembre de 1912, no tomó tan seriamente las nuevas instrucciones del secretario de Estado y puso en marcha el plan táctico que había propuesto, convencido —correctamente, como se verá— de que el gobierno de Taft lo apoyaría a pesar de las posibles diferencias de opinión.

El 11 de febrero Wilson visitó a Madero en compañía de Hintze y del ministro español, le echó en cara la "crueldad" de las acciones de guerra, y al mismo tiempo amenazó con una intervención de los barcos de guerra norteamericanos para proteger a los extranjeros.[38] Ésta fue la primera de toda una serie de amenazas que contribuyeron sustancialmente al derrocamiento de Madero. El mismo día por la tarde, Wilson y Hintze fueron a visitar a Félix Díaz, aparentemente para hacer constar sus "quejas acerca de los aspectos inhumanos de la guerra". Sin lugar a duda, las razones más importantes de esta visita fueron, simplemente, el deseo de Wilson de informarse sobre la fuerza de Díaz, con el cual ya había tenido conversaciones secretas, y el esfuerzo de Wilson por hacer aparecer en la forma más favorable a Félix Díaz ante los diplomáticos y ante el gobierno norteamericano.

En tanto que en ocasión de la visita a Madero los puntos de vista de Hintze y de Wilson habían coincidido totalmente, el encuentro con Félix Díaz reveló una discrepancia en cuanto al papel e importancia de éste. Wilson se deshizo en elogios para Díaz y escribió: "Mis colegas y yo fuimos favorablemente impresionados por la franqueza y el humanitarismo que manifestó el general Díaz [...] Él nos recibió con honores militares".[39]

Hintze, por el contrario, informó: "Había una guardia de honor en la entrada sudeste, gente en uniforme gris de campaña [...] una banda de tipos criminales que nos aclamó con roncos gritos de ¡Viva Félix Díaz! [...] Díaz no da la impresión de ser un hombre muy inteligente, y parece más impulsivo que fuerte; Mondragón parece desconfiado. Las relaciones entre ambos parecen no ser muy buenas; Mondragón busca dominar a Díaz. Resultado de esta visita: Díaz está en dificultades, habla de mil hombres que se han levantado en su favor en varios estados y que se encuentran en camino hacia la capital, pero no quiere decir de dónde vienen".[40]

Al día siguiente, la situación se hizo más cruenta en la capital. Madero había traído refuerzos de los estados hacia la ciudad de México, pero la táctica de Huerta de sostener la guerra falsa hizo inefectiva su presencia. El representante cubano en México describió claramente la situación en la ciudad: "Por las plazas, de raro en raro, un ser viviente, que se desliza pegándose a las paredes o se arriesga a los jardines. Y con frecuencia, cadáveres en pavoroso hacinamiento o aislados a lo largo de las líneas del tranvía, o entre los rieles como travesaños de carne corrompida: una mestiza que fue de compras al almacén próximo y no llegó, un muchacho que no tuvo conciencia del peligro; y de tramo en tramo charcos de sangre y

cascos de granada [...]"[41]

Esta situación le ofreció a Wilson la ocasión deseada para proceder más dura y abiertamente contra Madero. El 14 de febrero recibió al ministro mexicano de Relaciones Exteriores, Lascuráin, y le dijo que en el lapso de unos cuantos días tendría 3 000 o 4 000 soldados norteamericanos a su disposición, y que "entonces *él* restauraría el orden aquí". Si Lascuráin quería evitar esto, "había una sola manera de hacerlo: decirle al presidente que abandonara el poder en forma legal; hacer que él y el vicepresidente renunciaran ante el Congreso; que no convoque a la Cámara de Diputados, sino al Senado". Lascuráin respondió (después de larga discusión): "Supongo que tiene usted razón. Me dedicaré exclusivamente al propósito de hacer renunciar al presidente".[42] Con ello, el diplomático norteamericano había alcanzado uno de sus objetivos más importantes, la división en el seno del gobierno.

Wilson dio entonces un nuevo paso. Después de que Lascuráin se hubo marchado, reunió a los miembros más importantes del comité del cuerpo diplomático y les informó sobre su conversación con el ministro de Relaciones Exteriores, aclarando que en lo tocante a los soldados norteamericanos solamente había fanfarroneado, y propuso "que las potencias aquí representadas —en este momento Estados Unidos, España, Inglaterra y Alemania— apoyen la dimisión e insten a Madero a abandonar el poder". Hintze asintió y propuso por su parte "hacer esto a manera de sugerencia, en forma puramente amistosa, sin hablar de una autorización o encargo de nuestros gobiernos".[43] Se decidió comisionar al representante español, Cólogan, para "comunicar" esta "sugerencia". Cólogan fue a ver a Madero al día siguiente y le pidió que dimitiera. El presidente rechazó indignado esta demanda, y declaró que él "no reconocía el derecho de los diplomáticos a inmiscuirse en los asuntos internos de México".[44]

Las amenazas de Wilson, sin embargo, no dejaron de surtir efecto. Ese mismo día, veintinco miembros del Senado mexicano fueron al Palacio Nacional para pedirle a Madero que renunciara.[45] Entonces Madero se dirigió directamente al presidente norteamericano, Taft, le informó sobre el proceder de Wilson y le imploró que desistiera de una intervención en México.[46]

La tarde del 15 de febrero, Wilson y Hintze fueron de nuevo al palacio presidencial, esta vez con la intención de conseguir un armisticio para la evacuación de los extranjeros del sector de la ciudad en que se desarrollaba la lucha. Primero habían querido hablar a solas con Huerta, pero fueron conducidos ante el presidente. Wilson aprovechó esta ocasión para proferir nuevas amenazas, implicando indirectamente en ellos los nombres de los Estados europeos. Afirmó que por su parte nunca había planteado en la Casa Blanca la cuestión de la intervención, "pero que ahora Washington, a petición de las potencias europeas y de la opinión pública norte-

americana, quería tomar medidas serias". Esta declaración, sin embargo, le pareció exagerada a Hintze, dado que no estaba dispuesto a compartir la responsabilidad de una intervención norteamericana en México; le dijo en tono "tranquilizador" a Madero que "el gobierno alemán ha pedido al gobierno norteamericano que ordene a sus barcos de guerra prestar ayuda y apoyo a los alemanes residentes en la capital".

Con ello se distanció, aunque sólo fuera levemente, de la declaración del embajador norteamericano.

La actuación de Henry Lane Wilson fue provocativa en grado extremo. Cuando se quejó sobre los peligros que las luchas representaban para la embajada norteamericana, el ministro de Relaciones Exteriores, Lascuráin, le propuso trasladarla al barrio exterior de Tacubaya. Wilson repuso al respecto que él por cierto tenía derecho a mudarse, pero que no lo haría ni aun cuando recibiera la orden de hacerlo; "sólo muerto dejaría su embajada". Manifestó incluso abiertamente su simpatía por Félix Díaz, al decir al presidente Madero en su propia cara que "Félix Díaz ha sido siempre pronorteamericano".[47]

El 16 de febrero, se produjeron por primera vez tensiones entre Wilson y Hintze. La ocasión para ello la dio el armisticio que el cuerpo diplomático había solicitado para que los extranjeros sacaran sus pertenencias del campo de batalla. Este armisticio se convino de hecho, en lo cual Wilson influyó decisivamente. Sin embargo, éste no informó de ello a ningún miembro del cuerpo diplomático, porque obviamente temía que la evacuación de los extranjeros de la zona de lucha debilitara el deseo de éstos de una intervención en México y disminuyera la presión que ejercían en favor de esa medida. Y así, dio conscientemente informaciones contradictorias o falsas sobre el armisticio.

Hintze se escandalizó por el comportamiento de Wilson. Escribió acerca de su plática con el embajador norteamericano:

> Visité al embajador norteamericano para enterarme de los resultados de las negociaciones para prolongar el armisticio. Embajador: el armisticio se canceló porque el gobierno federal lo violó. A mi pregunta formal y reiterada: ¿Es cierto que el armisticio se canceló y que todas las negociaciones son fútiles? Me respondió el embajador reiterada y expresamente: Es un hecho, y añadió que las tropas del gobierno habían violado el armisticio, pues él había enviado algunos observadores norteamericanos que habían comprobado que en efecto los federales habían cavado zanjas y las habían llenado con dinamita. Me iba ya cuando Schuyler entró casualmente e indicó que ya iban a ser las siete —la hora en que los negociadores querían volver para reanudar las conversaciones sobre la prolongación del armisticio. Indignado me volví hacia el embajador y le recordé que él me había asegurado que las negociaciones habían sido suspendidas, y el armisticio cancelado. Respondió serenamente que esto

> no era cierto, que él sólo dudaba que los negociadores regresaran; algo abochornado me pidió que volviera por la noche. Le contesté que no tendría ningún motivo para ello. Es claro que el embajador simplemente está incumpliendo sus obligaciones como decano: no da ninguna información a ningún miembro del cuerpo diplomático, pero actúa continuamente en nombre de éste. El encargado de negocios francés exigió ser admitido a las deliberaciones de las grandes potencias que estaban representadas, pero Wilson se lo negó. El embajador afirma que Blanquet *no* luchará contra Díaz y que 400 hombres de su tropa se habían pasado a Díaz; manifiestamente ésta es una de las invenciones en favor de Díaz que han sido puestas en circulación.[48]

Pero esta controversia fue solamente un síntoma de la actitud negativa que Hintze asumió entonces frente a las actividades de Wilson. Hasta el 16 de febrero había apoyado todas las medidas de Wilson contra el gobierno de Madero. Había tenido casi por imposible una victoria de Félix Díaz, y obviamente contaba con que la renuncia de Madero conduciría sin lugar a dudas a la toma del poder por parte del "hombre fuerte" —él pensaba sin duda en Huerta— con el que tanto había soñado. Tal solución hubiera puesto fin al régimen de Madero al mismo tiempo que imposibilitaba la victoria de Félix Díaz. Su conversación con Wilson el 16 de febrero, en la que éste le había dicho que estaba en constante comunicación con Huerta y con Félix Díaz y que la caída de Madero le parecía inminente, alarmó a Hintze. El embajador alemán no le dio crédito a esta información, pero llegó a la conclusión de que con la ayuda de Wilson una victoria total o al menos parcial de Díaz estaba dentro de lo posible. Tal victoria del pronorteamericano Félix Díaz no solamente hubiera dañado los intereses de las empresas alemanas en México, sino que también hubiera podido perjudicar a Hintze en Berlín por su colaboración con el embajador norteamericano. Tal vez haya comprendido que Wilson se había servido de él, y no a la inversa, como había pensado. Por estas razones telegrafió a Berlín el 17 de febrero: "El embajador norteamericano trabaja abiertamente en favor de Díaz, le ha dicho en mi presencia a Madero que esto se debe a que Díaz es pronorteamericano. Este partidarismo dificulta la actividad del cuerpo diplomático. Las tropas gubernamentales comienzan a cansarse de la lucha. La información que proviene de Washington debe sonsiderarse con escepticismo, porque está manipulada en favor de Díaz. Actúo con toda energía sólo para proteger a los alemanes, por lo demás mantengo mis reservas frente a otras solicitudes norteamericanas, sin dar lugar a conflictos".[49]

Su creciente desconfianza frente a Wilson, y el deseo de hacer fracasar sus intenciones respecto a la toma del poder por Félix Díaz, condujeron a Hintze a dar un primer paso sin el conocimiento de Wilson durante la

Decena Trágica. A saber, el 17 de febrero el ministro alemán hizo al ministro mexicano de Relaciones Exteriores, Lascuráin, la siguiente proposición, sin habérselo confiado a su colega norteamericano y sin haber pedido su opinión: "Nombramiento del general Huerta como gobernador general de México, con plenos poderes para terminar la revolución, según su propio criterio".

Acto seguido, Lascuráin llevó a Hintze al Palacio Nacional y presentó su proposición a Madero. Según la versión de Hintze, la respuesta de Madero fue afirmativa. Escribió así en su diario:

> Lascuráin presenta mi iniciativa al Presidente —al regresar después de cierto tiempo, éste da a entender que la iniciativa era aceptada en principio. Ahora bien, si sería Huerta o algún otro, aún no estaba decidido. Yo dije: Cada minuto es importante, y me parece que el general Huerta es el único que goza de suficiente prestigio en el ejército. La elección de algún otro —quizá más débil— sería un grave error. Lascuráin se propone plantear esto.[50]

Los propósitos de Hintze quedan expresados claramente en estas proposiciones. Una toma del poder por parte de Huerta, con la ayuda del gobierno mexicano —no está claro si Hintze quería dirigirse a Madero o si Lascuráin no le dio otra alternativa—, que tuviera lugar sin un complot en el que participaran Wilson y Féliz Díaz, sin duda hubiera hecho a Huerta menos dependiente del embajador norteamericano y le hubiera facilitado apoyarse en las potencias europeas.

Si Madero tuvo alguna vez la intención de renunciar, cambió muy pronto de opinión. Se vio fortalecido en su actitud por un telegrama del presidente Taft, quien afirmaba que no tenía el propósito de intervenir en México;[51] además, habían entrado en la capital tropas de refuerzo bajo el mando del veterano general porfirista Blanquet, de cuya lealtad Madero no dudaba. Lascuráin le comunicó a Hintze que "en vista de las buenas noticias, ayer por la tarde había sido nuevamente desechada la idea de nombrar un gobernador general".[52]

Entretanto, la conspiración de Wilson, Huerta y Félix Díaz había entrado en una fase decisiva. La mañana del 18 de febrero, el ministro alemán escribió lo siguiente:

> Desde el 16 de febrero [Wilson] intenta entrar en contacto directo con Huerta; sin embargo, el general le manda decir cada vez que no puede abandonar el Palacio. Desde hace dos días están reunidos con él [Wilson] en la embajada, a distintas horas, representantes de ambos bandos con el fin de llegar a un acuerdo. Él ha propuesto como base: un gobierno en cuya cúspide estuvieran De la Barra, Huerta y Díaz encontraría siempre el apoyo de los Estados Unidos. El senador Obregón, uno de los

> delegados, le había dirigido la pregunta formal de que si en caso de que tal gobierno fuera constituido los Estados Unidos renunciarían a la intervención; él respondió afirmativamente a la pregunta. Las tropas del general Blanquet se han pasado a Díaz, pero Blanquet se encuentra en el Palacio Nacional. Él [Wilson] piensa que después de las conversaciones que han tenido lugar ayer —17 de febrero—, el asunto será resuelto hoy —18 de febrero".[53]

Aunque cada vez se filtraban más noticias acerca de la conspiración, la ciega confianza de Madero en el antiguo ejército porfirista y en sus jefes no pudo ser quebrantada. La noche del 17 de febrero, el hermano del presidente, Gustavo Madero, quien por medio de un amigo se había enterado de las reuniones entre Díaz y Huerta, detuvo a Huerta y lo llevó a las dos de la mañana con el presidente. El general se defendió aludiendo a su fidelidad y sus servicios cuando reprimió la rebelión orozquista, y prometió tomar medidas decisivas contra los rebeldes al día siguiente. Madero reprendió a su hermano, dejó en libertad a Huerta y le dio un plazo de 24 horas para probar su lealtad.[54]

Cuando Hintze visitó a Madero al siguiente día a las 11 de la mañana lo halló lleno de optimismo. "Dice el Presidente que el lado occidental de la Ciudadela se ha dejado intencionalmente libre, para darles oportunidades de escapar a los numerosos desertores de Díaz: él no quiere profetizar, pero piensa que en tres o cuatro días el asunto habrá concluido."[55]

Mientras Madero se expresaba con tanto optimismo ante Hintze, la conspiración entraba en su última fase. El mismo día por la mañana, Huerta indujo a un grupo de senadores a que le pidieran a Madero que renunciara. Como éste se negó a acceder a esta exigencia, Huerta lo hizo detener por sus tropas a las 13.30 horas.[56] Una hora más tarde, Hintze se dirigió a la embajada norteamericana a solicitud de Wilson.

> Apenas había entrado, la puerta se abrió violentamente, el licenciado Cepeda entró con una mano ensangrentada y me anunció: Ya está, lo hemos hecho prisionero, vengo del cuarto donde tuvo lugar la lucha. No se consigue más información de él, dado que se desmaya cuando le están vendando la herida.[57]

Entre tanto, Huerta había recibido la primera recompensa contante y sonante. Hintze anotó:

> Es un pequeño síntoma, pero digno de ser mencionado, que el actual presidente interino, general Huerta, el día del golpe de Estado —18 de febrero— tenía los bolsillos llenos de fajos de billetes de 500 pesos. Al jefe de la compañía de telégrafos, a quien debo esta información, le dio dos o tres billetes en la mano sin ni siquiera mirarlos, con la petición

de transmitir el golpe de Estado, naturalmente de manera favorable. Por lo común los generales mexicanos no llevan consigo fajos de billetes de 500 pesos. ¿De dónde procedió el dinero? En parte de los intereses norteamericanos, en parte del grupo de los "científicos" que habían sido desplazados de sus puestos por Madero, es decir de los porfiristas, que en su época practicaron con gran sigilo la opresión y la explotación de la nación.[58]

Wilson reunió al cuerpo diplomático a las tres de la tarde. Hintze informó al respecto:

> Mientras éste se reúne poco a poco, circula un comunicado del general Huerta con la noticia del arresto del presidente. Wilson propone que el cuerpo diplomático podría contestar a Huerta:
> a] que confía en él y en el ejército;
> b] que le propone ponerse de acuerdo con Díaz, y gobernar juntamente con él;
> c] que él y el ejército se pongan a la disposición de las autoridades legales.
> De inmediato Wilson se dirigió a mí, pidiendo mi opinión.
> Yo doy mi aprobación al punto a], y digo que los puntos b] y c] parecen rebasar mi competencia y mis derechos, y que primero debería pedir instrucciones respecto a ellos. Wilson: vuestro gobierno jamás lo desautorizará a usted si usted se adhiere a la opinión de todo el cuerpo diplomático. Yo respondo: Me parece que la opinión del cuerpo diplomático no ha sido expresada. El representante británico, el encargado de negocios japonés, los representantes chileno y brasileño y el encargado de negocios austriaco, se adhieren a mi posición en este caso, de igual manera que el representante español. El cuerpo diplomático decide responder *solamente* a la parte de la nota en la que Huerta pide se le informe al cuerpo diplomático que el presidente y sus ministros son sus prisioneros, y que el resto de la nota —*únicamente* dirigida a Wilson— se deja al criterio de éste. Wilson redacta la nota.[59]

Este incidente vino a poner de relieve tanto lo que había unido a Wilson y a Hintze como lo que los separaba. Ambos querían el derrocamiento de Madero, y ninguno de los dos titubeó en manifestar su confianza en Huerta y en el ejército inmediatamente después del triunfo del golpe de Estado. Pero Hintze quería evitar todo lo que pudiera favorecer el acceso de Félix Díaz al poder; de ahí su negativa e exhortar a Huerta a que se pusiera de acuerdo con Félix Díaz. Hintze y otros diplomáticos europeos, que tenían cada vez más y más la impresión de que el golpe de Estado en México significaba una victoria para los Estados Unidos, no querían comprometerse de ninguna manera. Hintze anotó:

> Wilson ha hecho saber a Huerta, en nombre del cuerpo diplomático, que la liquidación del asunto —arrestos y demás— sería recibida con beneplácito por parte del cuerpo diplomático; Wilson pretende habernos informado a mí, a los ministros inglés y español y al encargado de negocios austriaco. Nosotros cuatro decimos al respecto que no es así; pero no se llega a ninguna protesta formal.[60]

La tarde del 18 de febrero, Wilson invitó a Huerta y a Félix Díaz a la embajada norteamericana.

Allí se reunieron durante varias horas los dos hombres, sus consejeros y el embajador norteamericano. Fue un encuentro difícil y tormentoso. Como le contó un testigo ocular a un diplomático inglés: "El general Huerta declaró que no tenía ambiciones personales y que estaba dispuesto a regresar a la vida privada en cuarenta y ocho horas, y que lo único que deseaba era poner fin a la guerra y al derramamiento de sangre en el país. Pero desde el momento en que se trató ya de hechos reales, este desinterés más bien se hizo a un lado. El principal tema de discusión era, por supuesto, quién sería el presidente, y el general Díaz reclamaba el puesto para sí. El general Huerta dijo que necesitaba cuarenta y ocho horas para pensarlo, y que entonces sugeriría un nombre. En este punto la discusión se volvió tan violenta que el embajador Wilson propuso dejar solos a Huerta y a Félix Díaz en el cuarto para que intercambiaran opiniones".[61]

Esto no significaba que Wilson se proponía permitir que los dos participantes negociaran sin su intervención. Aunque favorecía a Félix Díaz, el embajador estaba convencido de que por el momento la única solución viable era que Huerta asumiera la presidencia. En cuanto los consejeros de Díaz salieron del cuarto en donde estaban desarrollándose las negociaciones, se acercó a uno de ellos y le dijo: "Doctor, ¿no puede usted decir algo para persuadir a Díaz a ceder y permitir que Huerta sea presidente interino? De otra manera comenzará la verdadera guerra".[62]

El consejero en cuestión accedió, tomando en cuenta que Huerta tenía más soldados que Díaz y que contaba con "muchas cartas de triunfo pues tenía en su posesión a Madero, a su familia y a su gabinete".[63] Sin embargo, los consejos no bastaron para convencer a Díaz. Fueron necesarias muchas amenazas y lisonjas del embajador para que se llegara al acuerdo conocido en la historia mexicana como "el pacto de la embajada". Se decidió aún antes de que hubiera renunciado Madero, formar un nuevo gobierno con participación muy numerosa de los partidarios de Félix Díaz.[64] Se escogió a Huerta como presidente provisional, con la condición de que se comprometiera a organizar rápidamente elecciones y a apoyar la candidatura de Félix Díaz para presidente. Wilson estaba tan entusiasmado con los resultados de estas negociaciones que, enfrente de un gran número de diplo-

máticos que se reunieron el 21 de febrero,[65] instruyó a todos los cónsules norteamericanos, "en bien de México", a "la sumisión y adhesión de todos los elementos de la República".[66]

El primer problema con el que se encontraron los nuevos gobernantes fue el de la suerte de Madero. La renuncia de éste era necesaria para dar un viso legal al nuevo gobierno. Con este fin, a Madero y a Pino Suárez, su vicepresidente, se les prometió un salvoconducto para el extranjero si firmaban su renuncia. Confiando en esta promesa, ambos firmaron. De acuerdo con la Constitución Mexicana, Lascuráin fue nombrado entonces presidente provisional, renunciando de inmediato y nombrando como su sucesor a Huerta. Así se le dio un viso de "legalidad" al golpe de Estado.[67] Pero el nuevo gobierno de ninguna manera tenía la intención de cumplir la promesa dada a Madero y a Pino Suárez y dejarlos salir del país. Ellos representaban un peligro demasiado grande: una vez en el exilio, habrían tenido la posibilidad de llamar a una nueva revolución y de impugnar la legalidad del nuevo gobierno.

En última instancia, la decisión acerca del destino de Madero dependía del embajador norteamericano. Hintze hizo constar que "la victoria de la reciente revolución es obra de la política norteamericana. El embajador Wilson realizó el golpe de Estado de Blanquet y Huerta; él mismo se vanagloria de ello".[68]

Bajo estas circunstancias, una advertencia inequívoca de Wilson al gobierno mexicano para que preservara la vida de Madero seguramente no hubiera quedado sin efecto. Pero Wilson le dejó mano libre a Huerta, es decir, le dio a entender que no pondría ningún reparo a la ejecución de Madero. Cuando Huerta le preguntó qué sería mejor, "enviar al expresidente fuera del país o a un asilo para locos", Wilson respondió "que debía hacer lo que considerara mejor para el país".[69]

Un día más tarde, Hintze intervino ante Wilson para salvar la vida de Madero. Sus esperanzas estaban cifradas en un golpe de Estado mediante el cual accediera al poder un hombre fuerte, cuya política se diferenciara sustancialmente de la de Madero, pero cuya política exterior reforzara el acercamiento de México a Europa. Sin embargo, tuvo que comprobar afligido que como resultado del golpe de Estado

> la embajada norteamericana gobierna *sin mayor disimulo* por medio del Gobierno Provisional, cuyos jefes, el general Huerta y el ministro De la Barra, dependen moral y pecuniariamente de ella. Por ello debo repetir que la supremacía norteamericana, que varias veces he señalado como destino de este país, se ha implantado con las consecuencias que son de esperarse, como por ejemplo los tratados de reciprocidad.

Calificó entonces a Madero, a quien dos semanas antes había tachado de

"incapaz", y a quien él mismo había pedido su renuncia, de "auténtico patriota" que "no quería ser un dócil instrumento de los norteamericanos".[70] Por consiguiente, estaba interesado en mantener con vida a Madero, como posible contrapeso para el nuevo gobierno, al que tenía por totalmente pro-norteamericano.

El 20 de febrero, Hintze fue a ver a Wilson y le expresó su preocupación de que el nuevo gobierno pudiera asesinar a Madero.

> Wilson contesta que Taft y Knox le han manifestado su reconocimiento y satisfacción por su comportamiento, que él no veía por qué motivo tenía que meterse en los asuntos del gobierno, y que, además, no tenía ningún derecho a hacer tal cosa.

Hintze insistió y advirtió a Wilson que la ejecución de Madero

> significaría una violación del pacto acordado y además una mancha sobre su actividad en esta revolución; si por el contrario, en atención a estas consideraciones y por motivos humanitarios evitaba la ejecución, añadiría una página de honor a la historia de su país y a la suya propia.

Wilson pudo inferir de estas palabras que en caso de que se ejecutara a Madero, eventualmente sería culpado de complicidad por los alemanes. Después de algunos titubeos, se declaró dispuesto a ir a ver a Huerta junto con Hintze, para discutir la suerte de Madero. Hintze anotó:

> Fuimos al palacio a ver a Huerta, Wilson le plantea nuestra preocupación de que Francisco Madero pudiera ser ejecutado. Huerta contesta que a él no le toca decidir acerca del asunto, sino al nuevo gabinete que sesiona hoy por la tarde a las cuatro. Con esto, Wilson quiere darse por satisfecho. Yo replico que Francisco Madero no es prisionero del Gabinete, sino del Presidente de la República, y que él —Huerta— tenía en sus manos la decisión y la responsabilidad de su destino, que a mí me parecía que lo mejor sería que Francisco Madero fuera enviado a Europa, como en otro tiempo se hizo con el general Díaz, y que entonces el gobierno tendría las manos libres y Francisco Madero sería políticamente un hombre muerto.

Huerta rechazó esta petición con un débil argumento. Dijo que "él había encabezado la escolta del general Díaz a Veracruz, y que en el camino había librado una escaramuza para proteger al general; aseguró que Francisco Madero estaría expuesto durante el trayecto a que algún guardavía o telegrafista lo asesinara, y que él no podía responsabilizarse por la vida de Madero en ese desplazamiento". Añadió patéticamente que "él daba su palabra de honor de que la vida de Madero sería preservada y protegida.

pasara lo que pasara. Yo le dije: Esta es una estimable garantía, pero ¿quién responde por el celo extremado o por los excesos de algún guardia o centinela, o de cualquier otro subordinado? Huerta contestó: También yo respondo por ello, con mi palabra de honor. Yo le dije: Vuestra palabra, general, dada en presencia del embajador norteamericano y ante mí, de que será guardada y preservada la vida de Madero, la tomamos como garantía absoluta. Huerta: A no ser que un terremoto lo mate, él estará seguro".[71]

Acerca de la actitud de Wilson, es revelador que en su informe sobre la conversación con Huerta, diera poca importancia a su solicitud y no mencionara la promesa de Huerta, explicando que él sólo "había pedido extraoficialmente que se tuviera la mayor precaución para evitar la ejecución [de Madero] o la del vicepresidente a no ser por medios legales".[72] Tal gestión tenía que fracasar, en última instancia, a menos que Wilson apoyara con toda su influencia la petición de salvar a Madero. Pero había hecho todo lo contrario, y ya un día antes le dio a entender a Huerta que le dejaba mano libre en el asunto. La conversación con Huerta fue llevada principalmente por Hintze, mientras que Wilson se mantuvo en silencio casi todo el tiempo. Numerosas súplicas, entre ellas las de la madre y la esposa de Madero, no pudieron inducir a Wilson a cambiar su actitud. A la esposa de Madero le manifestó que "el derrocamiento de su esposo hay que atribuirlo a que nunca quiso consultar conmigo".[73]

La actitud de Wilson indica que no solamente no quiso hacer ninguna gestión para salvar a Madero, sino que en realidad favorecía su ejecución. En este punto existía cierto antagonismo entre él y el secretario de Estado norteamericano, quien poco antes de abandonar su puesto quiso evitar todo lo que pudiera hacerlo responsable de la muerte de Madero. El 20 de febrero le escribió a Wilson:

> El hecho de que el general Huerta lo haya consultado a usted acerca del trato que ha de dársele a Madero tiende a hacerlo a usted responsable en cierta medida de este asunto. Sobra decir, además, que un trato cruel al expresidente dañaría la reputación de la civilización mexicana a los ojos del mundo, y este gobierno desea fervientemente que no se le dé tal trato y espera saber que se le ha tratado en forma humanitaria. Sin asumir ninguna responsabilidad, usted puede, con la discreción necesaria, hacer uso de estas ideas en sus conversaciones con el general Huerta.[74]

Wilson, sin embargo, prestó poca atención a estas indicaciones. Obviamente no pensaba que su desacato pudiera ocasionarle dificultades con el Departamento de Estado.

El 22 de febrero Madero y Pino Suárez fueron sacados de sus celdas, diciéndoles que se les iba a trasladar a otra prisión, y se les asesinó en el camino. Se anunció oficialmente que el presidente y el vicepresidente habían sido muertos durante su traslado del Palacio Municipal a la prisión

durante un intento de sus partidarios por liberarlos.

La identidad de los asesinos de Madero y Pino Suárez se conoce perfectamente. Eran dos miembros del ejército federal, Francisco Cárdenas y Rafael Pimienta. Lo que se discute con vehemencia es si actuaron por órdenes de Huerta y si Henry Lane Wilson estuvo complicado en alguna forma o compartió alguna responsabilidad por estos asesinatos.[75]

Según Ernesto Fernández y Arteaga,[76] uno de los pocos funcionarios mexicanos que llegaron a hablar con Francisco Cárdenas, el verdugo de Madero, ambas preguntas se pueden contestar afirmativamente. Fernández, hijo de Ramón Fernández, un alto funcionario porfirista que fue gobernador del Distrito Federal y durante mucho tiempo embajador en Francia, se había unido a Madero en 1909. Después que Madero llegó a la presidencia, Fernández desempeñó un importante papel en el servicio diplomático mexicano. Durante la Decena Trágica buscó refugio en la legación británica en la ciudad de México. El 2 de febrero habló brevemente con León de la Barra, a quien conocía desde antes. "No puede usted saber", le dijo De la Barra, "cuánto nos esforzamos por salvar la vida del señor Madero". León de la Barra no dio más explicaciones y Fernández concluyó que "lógicamente se puede deducir de esto que si De la Barra se esforzó por salvar la vida de Madero, alguien quería quitársela". Dos años más tarde consideró que podía establecer con claridad la identidad de la persona que había ordenado su muerte. Fernández se había unido a Carranza en 1913 y, después de la ruptura entre el Primer Jefe y Pancho Villa, se convirtió en cónsul de la facción convencionista en El Paso. En los primeros meses de 1915 recibió una carta de la viuda de Madero en que le informaba que el asesino del presidente, Francisco Cárdenas, estaba en Guatemala. Una vez que les enseñó esta carta a los dirigentes de la facción convencionista, Pancho Villa y Miguel Díaz Lombardo enviaron a Fernández a Guatemala a gestionar la detención y extradición de Cárdenas. "Se lograron ambos objetivos", escribió más tarde Fernández, y "Cárdenas confesó haber matado al presidente Madero, pero disculpó sus acciones declarando que sólo estaba cumpliendo órdenes de sus superiores y que si no lo hubiese hecho lo hubieran matado a él".

Fernández informó que en la declaración de Cárdenas "había un aspecto muy importante, una declaración suya de que el 22 de febrero estaba en la oficina de Aureliano Blanquet y que éste le dijo que esperara el regreso a Palacio del 'señor Presidente' quien tendría que ratificar la orden [de matar al señor Madero]". En este momento, escribe Fernández, "Huerta estaba en una recepción de la embajada norteamericana en honor del natalicio de Washington. El embajador Henry Lane Wilson descuidó a sus visitas durante la recepción y pasó más de una hora a solas con Huerta. Una persona que acompañaba a Huerta a la sazón y que todavía vive y reside ahora en México, me informó de este hecho. ¿De qué hablaron

Huerta y Wilson durante esta entrevista a puerta cerrada? ¿Estaba Blanquet enterado de la reunión y de lo que en ella se discutiría? Es probable que Blanquet lo supiera todo y por eso le haya dicho a Cárdenas que tendría que esperar el regreso del 'señor Presidente' al Palacio para ratificar la orden". Aunque este testimonio implica poderosamente a Huerta en el asesinato de Madero, es menos concluyente en lo que respecta a Henry Lane Wilson. El hecho de que Huerta conferenciara con Wilson antes de ratificar la decisión de matar a Madero no implica necesariamente que haya hablado de esto con el embajador norteamericano.

La prueba de mayor peso contra el embajador norteamericano es la actitud que éste asumió al hablar con Huerta sobre la suerte de Madero. El 22 de febrero le había dado a entender a Huerta que no le importaba lo que le pudiera suceder al prisionero. Muchos historiadores opinan que Wilson disipó esta impresión al ir más tarde con Hintze a ver a Huerta, el 20 de febrero, uniéndose entonces al embajador alemán para pedir que se salvara la vida de Madero.[77] La relación que hace Hintze de este encuentro revela que Wilson no tenía, en primer lugar, ningún deseo de acompañarlo y que sólo lo hizo bajo presión. Cuando Huerta intentó desentenderse de la suerte de Madero refiriendo el asunto al gabinete, Wilson asintió inmediatamente y Hintze tuvo que volver a presionarlo para obtener de Huerta una promesa de salvar la vida Madero. También es significativo que haya reducido considerablemente la importancia de esta promesa al informar sobre el asunto al Departamento de Estado norteamericano.

La actitud de Henry Lane Wilson no podía dejar de impresionar a Huerta y convencerlo de que el gobierno norteamericano no protestaría demasiado si él hacía matar a Madero. Fue probablemente esta actitud de Wilson lo que condujo a Schuyler, primer secretario de la embajada norteamericana, a decirle al Jefe de Estado Mayor, Leonard Wood, que Wilson era "responsable de la muerte de Madero".[78]

Hay un amplio consenso entre los historiadores respecto al papel de Henry Lane Wilson en el golpe contra Madero, pero no lo hay en lo que se refiere al del gobierno de Taft. Un grupo de historiadores argumenta al respecto que no hay ninguna prueba, en los documentos existentes, de una participación directa del gobierno norteamericano en los planes golpistas de Wilson. Insisten en las diferencias de opinión entre el embajador Wilson y el secretario Knox, en enero de 1913, y en las reacciones negativas de Knox a las propuestas de Wilson el primer día del levantamiento de Díaz; absuelven en general tanto al presidente norteamericano como a su secretario de Estado de toda responsabilidad por lo sucedido en México en febrero de 1913. Otro grupo de historiadores afirma que la táctica de Wilson no tenía nada de nuevo sino que era, en lo esencial, la conclusión lógica de sus dos años en el cargo. Subrayan el hecho de que, aunque a veces tuvo diferencias de opinión con el Departamento de Estado, sobre todo en enero de 1913, sus políticas jamás fueron desautorizadas por sus superiores.

Los comentarios que le hizo Henry Lane Wilson a Hintze respecto a sus discusiones con Taft y Knox en torno a una común decisión de derrocar a Madero son importantes en la medida en que constituyen el primer indicio de que el presidente norteamericano y su secretario de Estado estaban informados del plan de Wilson para un golpe de Estado y que compartían su responsabilidad en dicho plan. Aunque estos comentarios no son concluyentes, bastaron para convencer al embajador alemán en Washington, Bernstorff, uno de los observadores mejor informados y más perspicaces de los acontecimientos en los Estados Unidos, de la responsabilidad del régimen norteamericano por la caída de Madero; "se puede concluir, a juzgar por las contradicciones entre los pronunciamientos de Taft y de Wilson", escribió Bernstorff a sus superiores, "que están siguiendo la habitual política norteamericana de sustituir a los regímenes hostiles por otros complacientes mediante revoluciones, pero sin responsabilizarse oficialmente por ello".[79]

Los observadores contemporáneos y los historiadores posteriores han atribuido con frecuencia tanto el ascenso como la caída de Madero a una sola característica: su ingenuidad. Era lo suficientemente ingenuo como para tomar en serio la promesa de Porfirio Díaz de que aquella vez habría elecciones limpias en México. Era tan ingenuo que Díaz no lo tomó en serio sino cuando ya era demasiado tarde y le permitió hacer libremente su campaña electoral, poniendo así en marcha una serie de acontecimientos que condujeron finalmente a la revolución de 1910-11. La ingenuidad de Madero lo hizo aceptar un arreglo mediante el cual se mantuvo al ejército federal con todas sus atribuciones mientras se desbandaba a las tropas revolucionarias, y esta misma ingenuidad lo llevó a nombrar a Huerta comandante en jefe de su ejército durante los diez trágicos días finales de su régimen.

Nada podría ser más erróneo que considerar ingenuas las actividades políticas y revolucionarias desarrolladas por Madero entre 1908 y 1910. Por el contrario, basó su estrategia en el hecho de que el prerrequisito de una revolución victoriosa era la movilización política de la población. Para que se le permitiera llevar a cabo semejante movilización se requería que el gobierno lo considerara inofensivo. Fue una estrategia magistral la que, como la describió él mismo en una entrevista concedida a Hearst en 1911, se había propuesto desde el momento en que entró en el campo de la política nacional. "Al principio de la campaña política", dijo Madero, "la mayoría de los habitantes de nuestro país creían en la eficacia absoluta del sufragio como medio de luchar contra el general Díaz. Sin embargo, yo entendía que al general Díaz sólo se le podría derrocar por la fuerza de las armas. Pero para llevar a cabo la revolución era indispensable

la campaña democrática porque prepararía a la opinión pública y justificaría un levantamiento armado. Llevamos a cabo la campaña democrática como si no tuviéramos intención alguna de recurrir a un levantamiento armado. Nos valimos de todos los medios legales y cuando quedó claro que el general Díaz no respetaría la voluntad nacional [. . .] llevamos a cabo un levantamiento armado".

En la misma entrevista Madero declaró que Díaz "me respetó porque yo no era un militar y por lo tanto jamás creyó que fuera capaz de tomar las armas para combatirlo. Yo comprendí que ésta era mi única defensa y, sin recurrir a la hipocresía, logré fortalecer esta idea en su mente".[80]

El mantenimiento del ejército federal, al cual accedió Madero en las negociaciones de paz que tuvieron lugar en 1911, fue la principal causa de su caída. Ningún gobierno en toda la historia de América Latina que haya intentado llevar a cabo una transformación social logró hacerlo sin destruir antes al ejército existente. Esto lo comprueban la experiencia de Arbenz en Guatemala y la de Allende en Chile. Pero Madero no quería llevar a cabo una transformación social. Se proponía mantener el *statu quo* económico y social y transformar únicamente la estructura política. Estaba plenamente convencido de que los intereses de la clase a la que pertenecía y representaba, la de los terratenientes industriales y liberales del norte del país, eran los intereses de todo México. Con el fin de mantener la prosperidad y la estabilidad había que preservar tanto el sistema de las haciendas como el flujo continuo de inversiones extranjeras. Consideraba que sustituir al ejército federal por uno revolucionario que, a pesar de su composición heterogénea, estaba formado en gran medida por campesinos revolucionarios, daría lugar a la violencia en el campo y podría poner fin al sistema de las haciendas. Creía que el ejército federal sería la mejor garantía del tipo de estabilidad que deseaba, siempre y cuando pudiera controlarlo. Para lograr esto practicaba una política de palo y zanahoria o, en otras palabras, de premios y castigos. La zanahoria era el sostenimiento de todos los oficiales federales en sus cargos y el hecho de que invariablemente favorecía al ejército federal en cualquier tipo de conflicto que surgiera entre éste y los antiguos revolucionarios. El palo era el hecho de que, a pesar de la promesa que había hecho en 1911 de disolver al ejército revolucionario, había aceptado a un número importante de antiguos revolucionarios en la policía rural, estableciendo así un contrapeso al ejército federal. Sus planes de instaurar el servicio militar obligatorio, de haberse llevado a cabo, habrían creado otro contrapeso semejante, ya que los conscriptos habrían sido mucho menos maleables en manos de oficiales con ambiciones políticas que los soldados profesionales. Por lo tanto, el mantenimiento del ejército federal que condujo a su caída y su muerte fue el producto casi inevitable de su educación y sus ideas sociales. El único caso en que podría ser pertinente el término *ingenuidad* sería

respecto a su designación de Huerta como comandante en jefe de sus tropas después de iniciado el golpe. Pero aun en este caso no está claro si Madero fue ingenuo o si estaba asumiendo un riesgo calculado, como cuando quienes combaten un incendio forestal prenden pequeños incendios para impedir que cunda. Es posible que estuviera muy preocupado por la posibilidad de que grandes sectores del ejército se unieran al golpe. Al nombrar a un comandante popular, como Huerta, quien, como no había participado en el golpe, no parecía estar implicado en él, Madero puede haber creído que lograría conservar la lealtad del ejército y derrotar la conspiración.

A fin de cuentas el fracaso de Madero representó el fracaso de la clase social a la cual pertenecía y cuyos intereses consideraba idénticos a los de México: los hacendados liberales.

No sólo Madero sino todos los dirigentes revolucionarios provenientes de esta clase, tales como el gobernador de Sonora, José María Maytorena, y Venustiano Carranza, fueron finalmente derrotados por razones semejantes. Todos ellos habían llamado a los campesinos a rebelarse en su favor y todos se volvieron en contra de sus aliados cuando éstos exigieron que se llevara a cabo una reforma agraria en gran escala. Ninguno de estos dirigentes fue derrocado por los campesinos, pero indirectamente todos ellos debieron su caída al problema agrario. Fue primordialmente su temor a las demandas campesinas lo que llevó a Madero a mantener intacto el ejército federal. Como se verá en otras partes de este libro, tanto Maytorena como Carranza fueron derrocados con relativa facilidad por sus rivales después de que perdieron el apoyo de los campesinos.

II

La dictadura de Huerta y la confrontación entre Europa y Estados Unidos, 1913-1914

4. HUERTA Y SU OPOSICIÓN INTERNA

La apreciación de Paul von Hintze, el representante alemán en México, de que las clases gobernantes tradicionales de México estaban detrás del golpe de Huerta, se vio confirmada por la actitud que asumieron estas clases hacia el nuevo régimen. Huerta recibió el elogio entusiasta tanto de la prensa conservadora como de los diputados conservadores. En el campo muchos hacendados organizaron contingentes armados, conocidos generalmente como "Defensas Sociales", para combatir en favor del nuevo régimen. El arzobispo de México ofició un Te Deum en honor del nuevo presidente.

En la dictadura de Huerta reaparecieron algunas de las principales características del porfiriato, intensificadas y exacerbadas. Nadie ha descrito este hecho mejor que uno de los simpatizantes más entusiastas de Huerta: el propio Hintze: "El gobierno exhibe una corruptibilidad y depravación que excede todo lo anteriormente conocido. Todos parecen querer robar tan de prisa como puedan, porque saben que no disponen de mucho tiempo. Por ejemplo, un contrato que se me presentó para un embarque de cañones de tiro rápido sumaba un precio total de aproximadamente 10 millones de marcos, de los cuales 7.5 millones eran para sobornos y 2.5 millones representaban el valor de los cañones. (Uno de los peores es el capitán Huerta, hijo mayor del presidente.) Desgraciadamente, el ejército no está exento de esta corrupción".[1]

Huerta sin embargo, era una personalidad muy diferente de don Porfirio, cuyo sentido del decoro siempre fue muy marcado. El nuevo dictador se comportó con frecuencia como déspota oriental. Ante los diplomáticos extranjeros, calificaba a sus ministros de "cerdos a quienes mejor quisiera escupir",[2] y los trataba como tales. Por ejemplo, según Hintze el 23 de marzo ordenó por teléfono a cinco ministros "Ir al Country Club, un local público a unos once kilómetros de la ciudad [...] Ésos son los hábitos de Huerta: acuerda con sus ministros las más de las veces en cantinas y restaurantes. Ya que nadie sabe nunca con certeza dónde se encuentra, esto le proporciona una relativa seguridad contra los atentados. Los ministros se apresuraron a partir; sin embargo, Huerta, después de echarles un vistazo, les ordenó ir al Palacio Nacional y esperarlo allí. Los ministros, cuya inquietud no era poca —aquí cada cual está preparado para todo— se dirigieron al Palacio Nacional. Una vez que llegaron allí, fueron detenidos por un general y varios ayudantes por orden del presidente. A las dos de la tarde, una segun-

da orden del presidente liberó a los amedrentados prisioneros y al mismo tiempo dio a conocer la razón del arresto, los ministros no portaban el emblema en la solapa y el listón de seda que estaban prescritos para los generales de brigada vestidos de civil".[3] Diplomáticos y funcionarios que querían conferenciar con Huerta, tenían que ir de una cantina a otra para encontrar al alcohólico presidente.[4]

Estas desagradables "peculiaridades" del dictador se combinaban con un gran cinismo y una tremenda crueldad. Una vez manifestó: "Las personas honradas y decentes no se acercan a mí, así que tengo que gobernar con los canallas".[5] Su terrorismo frente a cualquier clase de oposición asumió rápidamente tales modalidades, que el mismo Hintze, quien abogaba por una política de "mano dura", escribió: "Este terrorismo no es el de un autócrata ilustrado, sino que por momentos toma la forma de una ira sin sentido".[6] Y en otro pasaje escribió: "Los fantasmas de quienes son ejecutados cada noche asedian a Huerta. El antiguo gobernador del Distrito Federal y colaborador de Huerta, fue sacado del despacho del presidente en febrero de 1913 a causa de una expresión imprudente, llevado al suburbio de Tlalpan y ejecutado allí sumariamente. El dirigente del Partido Católico, Somellera, primero fue encarcelado en San Juan de Ulúa, luego dejado en libertad, pero se le obligó bajo amenaza de muerte a entregar una considerable suma de dinero y a salir de inmediato para Europa. Los métodos del gobierno corresponden aproximadamente a los que eran usuales en Venecia en la alta Edad Media, y podrían ser considerados por nosotros con indiferencia si no fuera porque ocasionalmente se orientan también contra los extranjeros".[7]

Sería erróneo, sin embargo, ver en Huerta a un borracho incompetente o ineficaz. Bajo una apariencia exterior generalmente alcoholizada se ocultaba un político sumamente astuto y hábil. La mejor prueba de ello es que, a pesar de la creciente actividad revolucionaria, de las presiones cada vez mayores de parte de los Estados Unidos, y de las divisiones entre sus adeptos, Huerta logró mantenerse en el poder durante diecisiete meses... y salir vivo de México.[8]

Pero el nuevo régimen no era una simple réplica de la dictadura de Díaz. A diferencia de su antecesor, dominado por una oligarquía financiera, los militares desempeñaron un papel mucho más importante bajo Huerta. Inicialmente el régimen huertista estuvo compuesto de representantes de diversas camarillas militares: la del mismo Huerta, la de Félix Díaz y Mondragón, y el grupo orozquista, que ya se había rebelado contra Madero. Además, Huerta había aceptado a varios de los principales políticos del régimen porfirista, entre ellos León de la Barra, quien había sido secretario de Relaciones Exteriores de Díaz y luego presidente provisional.

Según el acuerdo firmado en la embajada norteamericana, Huerta sería únicamente presidente provisional con la obligación de convocar a elecciones en breve plazo y apoyar en ellas la candidatura presidencial de Félix Díaz. Sin embargo, Huerta no respetó este compromiso; se quedó en el poder y pronto logró expulsar de su gobierno a los representantes de las demás camarillas. Félix Díaz fue enviado al Japón como embajador especial y a la mayoría de sus partidarios se les obligó a abandonar sus posiciones en el gobierno.[9] Estas luchas faccionales no afectaron, en general, la política interna del gobierno de Huerta.

Cabe poca duda de que el régimen huertista representó una restauración conservadora, pero sus discontinuidades en relación con el régimen de Madero se han exagerado con frecuencia. Bajo Madero no había tenido lugar ninguna transformación social profunda (sobre todo en lo referente a la tenencia de la tierra), de modo que Huerta tuvo que efectuar muy pocos cambios para regresar a las condiciones que privaban durante el porfiriato. Sólo en lo tocante a las libertades políticas se había dado una ruptura clara entre el régimen de Madero y el porfirista. Bajo Madero las elecciones fueron más libres y limpias que nunca. El Congreso de la Unión se convirtió en un verdadero foro en el que se debatían puntos de vista contrarios. La prensa era libre y algunos grupos que pedían reformas sociales eran tolerados. Esta tolerancia tenía sus límites, como en el caso de Emiliano Zapata y sus seguidores en Morelos, siendo mayor, quizá, en lo concerniente al movimiento obrero, ya que se legalizaron los sindicatos y las huelgas.

Huerta abolió estas libertades, algunas de inmediato y otras gradualmente. Los revolucionarios considerados "radicales" fueron asesinados (como en el caso de Abraham González, el revolucionario gobernador de Chihuahua) o se les obligó a huir. En otros aspectos Huerta procedió con mayor cautela. Al principio toleró a los sindicatos e incluso permitió algunas huelgas. El 1o. de mayo de 1913 permitió que la Casa del Obrero Mundial, organización anarcosindicalista, organizara un desfile para celebrar el Primero de Mayo; pero semanas más tarde, en el mes de junio, hizo detener a algunos de sus dirigentes y prohibió las asambleas sindicales. A principios de 1914 la organización fue declarada ilegal.[10]

El legado más importante de Madero al huertismo fue el Congreso. En un principio Huerta no lo disolvió porque esperaba que lo apoyara y, además, intentaba preservar la ficción de la legalidad de su régimen tanto en el interior como en el exterior del país. Además, el Congreso había colaborado con el nuevo presidente en los primeros meses. Sin embargo, a medida que se fue intensificando la oposición a Huerta y el movimiento revolucionario en contra de él fue creciendo, la oposición en el Congreso también aumentó.

El 23 de septiembre Belisario Domínguez, senador por el estado de Chiapas, lanzó el ataque más vehemente contra Huerta que se había escuchado en el Congreso desde el golpe. Dado el terror que reinaba en Méxi-

co este acto requería de un enorme valor. Domínguez acusó a Huerta de haber asesinado a Madero y pidió al Senado que lo destituyera. Dos días después del discurso, Domínguez desapareció y su cadáver no fue descubierto sino muchos días más tarde.[11] Luego, el 9 de octubre, la Cámara de Diputados adoptó una resolución "que establecía una comisión para que investigara esta ominosa desaparición, instó al Senado a hacer lo propio, declaró personalmente responsable al presidente Huerta de la seguridad de los representantes del pueblo, y advirtió que, si el Congreso no se sentía protegido en la capital, trasladaría sus sesiones a lugar más seguro".[12]

Con esta medida decisiva, el Congreso le lanzó un desafío a Huerta, desafío al que éste intentó responder mediante un segundo golpe... dirigido esta vez contra el Congreso. La noche del 10 de octubre envió al Congreso a su secretario de Gobernación con la siguiente respuesta: "El gobierno declara inaceptable la resolución y solicita al Congreso que la considere". Según Hintze, "esto produjo una gran agitación y la acostumbrada batalla verbal, que terminó con el rechazo de la propuesta del gobierno. El presidente de la Cámara intentó salvar la situación sugiriendo turnar la propuesta a una comisión. El gobierno insistió en una decisión inmediata. El presidente dio fin a la reunión en medio de una tremenda baraúnda, y los diputados intentaban abandonar la Cámara cuando se presentó el jefe de la policía con un numeroso destacamento de sus hombres, leyó una lista de aproximadamente cien diputados y los declaró bajo arresto. Algunos diputados intentaron defenderse, por lo que la policía sacó sus armas. La Cámara fue rodeada por tropas que mantenían a distancia a una multitud congregada. Ochenta y cuatro diputados fueron llevados a la cárcel bajo escolta militar y los demás quedaron en libertad.[13]

Huerta convocó entonces a nuevas elecciones, que tuvieron lugar el 26 de octubre. Sobre el carácter de estas elecciones, Hintze proporciona nuevamente datos reveladores:

> Las elecciones tuvieron lugar [...] con un gran abstencionismo y fueron consideradas como un gran fraude [...] El gobierno mexicano, por supuesto, tampoco se preocupó por negar el fraude. Los senadores y diputados en su inmensa mayoría fueron nombrados o elegidos de acuerdo con las órdenes del gobierno o por medio de votos falsificados.[14]

A manos de varios diplomáticos extranjeros, entre ellos Hintze, llegaron los instructivos que Huerta había enviado al gobernador de Puebla para las elecciones. En ellas se decía entre otras cosas:

> En los lugares donde efectivamente se realicen elecciones, deben emplearse papeletas en blanco para obtener una mayoría absoluta en favor de las siguientes personas: Presidente: General de División Victoriano Huerta; Vicepresidente: General de División Aureliano Blanquet [...] Si al verificar las actas de los votos el jefe de la policía encuentra que el resultado de las elecciones no corresponde a las indicaciones aquí estipuladas, entonces debe proceder a introducir las modificaciones adecuadas antes del envío de las actas, para que actas y protocolo se ajusten rigurosamente a las indicaciones.[15]

A pesar del apoyo del antiguo ejército y de la burocracia porfiristas, y a pesar de todas las medidas terroristas, el gobierno de Huerta tuvo que luchar desde los primeros días de su existencia contra una oposición armada que se hacía más fuerte cada día y que a finales de 1913 dominaba la mitad del país. Los centros de este movimiento eran las zonas que ya desde la revolución maderista habían jugado un papel decisivo y a los que durante toda la revolución mexicana, de 1910 hasta 1920, les correspondió la mayor importancia: la región de Morelos, donde el Ejército de Liberación del Sur se hallaba en pie de lucha bajo la dirección de Emiliano Zapata, y los estados norteños de Chihuahua, Coahuila, Sonora, Tamaulipas y Sinaloa, donde los movimientos de Francisco Villa y de Venustiano Carranza tenían sus bases de operaciones.

EL MOVIMIENTO ZAPATISTA

Tras de llegar al poder, Huerta intentó ganarse a Zapata ofreciéndole el puesto de gobernador de Morelos. Pero Zapata rechazó todo entendimiento con un hombre al que detestaba por "su carácter contrastable con todo lo que significa la ley, la justicia, el derecho y la moral, hasta el grado de reputársele mucho peor que Madero". En un manifiesto dirigido al pueblo mexicano, el Ejército de Liberación del Sur declaró el 30 de mayo que "la revolución continuará hasta obtener el derrocamiento del seudomandatario".[16]

De todos los movimientos revolucionarios, el de Zapata era el más homogéneo en su composición. Sus miembros compartían prácticamente los mismos antecedentes: la gran mayoría eran campesinos libres, algunos de los cuales se habían empleado durante temporadas como trabajadores agrícolas, y una minoría eran peones de hacienda. Tenían además los mismos enemigos: los hacendados que se habían apropiado las tierras en comunidades campesinas. Compartían también las mismas demandas: la restitución de las tierras que les habían sido arrebatadas y la expropiación de una parte importante de las tierras de los latifundistas. Obsérvese que entre los integrantes del zapatismo había tan sólo unos pocos obreros industriales (ya que no había en Morelos ni industria ni minería) y las clases medias estaban ausentes (ligadas como estaban en su mayoría a los terratenientes).

Obsérvese también que entre los enemigos del movimiento no había terratenientes extranjeros (que casi no habían penetrado en la región). Y obsérvese finalmente que, en consecuencia las demandas zapatistas, cuando menos en sus regiones centrales, no tomaban en cuenta más intereses que los de los campesinos y los hacendados.

Sin embargo, la dirección del movimiento no reflejaba esta homogeneidad. Mientras que Emiliano Zapata (así como aunque en menor grado su hermano Eufemio) y algunos subordinados como Genovevo de la O eran dirigentes campesinos del tipo clásico —habían sido voceros de sus pueblos en el periodo porfirista y habían combatido el despojo de las tierras de los campesinos por los hacendados—, otros dirigentes tenían orígenes distintos. Felipe Neri era fogonero en la hacienda de Chinameca, José Trinidad Ruiz, predicador protestante de Tlaltizapán, Fortino Ayaquica, obrero textil de Atlixco, Puebla, Jesús Morelos, cantinero de Ayutla.

A medida que el movimiento cobró fuerza, aumentó el número de sus adeptos intelectuales. En sus primeras fases el más prominente e influyente de ellos, y durante un tiempo el ideólogo del zapatismo, fue Otilio Montaño, un maestro de escuela de Ayala. Más tarde se integraron revolucionarios capitalinos de ideas radicales, como Gildardo Magaña, hijo de un rico comerciante, que había estudiado administración de empresas en Filadelfia, y el abogado Antonio Díaz Soto y Gama. Mientras que Magaña trabajó principalmente como organizador y diplomático, Soto y Gama pronto se destacó como el principal ideólogo del movimiento. Ambos tenían la confianza irrestricta de Emiliano Zapata. Los dos habían estado ligados al Partido Liberal durante el porfiriato y reconocían, implícitamente, la jefatura de Zapata.

En cuanto a su organización, el de Zapata era un movimiento guerrillero dividido en grupos de 200 a 300 hombres cuyos jefes se autodenominaban "generales". Durante una gran parte del año los soldados vivían en sus pueblos, reuniéndose cuando había que dar una batalla importante, y una vez terminado el combate regresaban a sus pueblos.

La composición homogénea y la organización de tipo guerrillero del movimiento zapatista fueron la razón tanto de su fuerza como de su debilidad. Su fuerza radicaba en su unidad, su coherencia y su capacidad de supervivencia. La unidad del movimiento se demuestra por el hecho de que nunca se desarrolló en sus filas una oposición conservadora. Su coherencia la comprueba la audacia de sus reformas. Zapata fue el único dirigente revolucionario mexicano que llevó a cabo el reparto de las tierras en las zonas dominadas por él durante la insurrección. Al hacerlo fue incluso más allá de su propio Plan de Ayala que, aparte de la restitución de las tierras robadas a las comunidades, sólo estipulaba una expropiación parcial y compensada de las tierras de las haciendas. Ahora el zapatismo expropiaba todas las tierras de las haciendas sin compensación; tierras que, en su

mayoría, no eran entregadas a campesinos individuales, sino a comunidades que, de acuerdo con sus antiguas costumbres, las ponían a disposición de sus miembros. La capacidad de supervivencia del movimiento se demuestra por el hecho de que, a pesar de que en varias ocasiones tropas enemigas ocuparon ciudades en Morelos, el campo siempre permaneció bajo el control de Zapata. Dada la organización de tipo guerrillero de su ejército, el movimiento zapatista era prácticamente invencible en sus centros.

La debilidad del movimiento consistía primordialmente en dos características esenciales del mismo: la estrechez de sus intereses y la inmovilidad de su ejército. La estrechez de sus intereses se aprecia muy especialmente en la falta de comprensión por parte de Zapata de los problemas de la clase obrera, sobre todo en los primeros años de la revolución. Aunque en ocasiones denunciara al "inhumano y antieconómico régimen capitalista actual",[17] antes de 1917 no alcanzó una apreciación concreta de las demandas e intereses de los obreros. La inmovilidad del ejército se comprueba por la dificultad con que se extendió el movimiento zapatista a los estados vecinos de Guerrero, México y Puebla en 1913-15. Los campesinos sencillamente no estaban dispuestos a abandonar por mucho tiempo su propio terreno; lo que sucediera fuera de éste apenas les importaba.

En síntesis, pues, el movimiento zapatista tendía a ser prácticamente invencible en su propio terreno pero virtualmente inefectivo fuera de sus límites geográficos. Era capaz de resistir con éxito todos los ataques con el apoyo de los campesinos, pero difícilmente podía librar una guerra ofensiva. Acentuaba ambas tendencias la situación logística del estado de Morelos. En el estado no había fábricas de armas; los insurgentes carecían de dinero para comprar armas de contrabando; los ingenios, en su mayor parte, estaban cerrados, se habían distribuido sus tierras entre los campesinos y éstas se utilizaban ahora principalmente para una agricultura de subsistencia destinada a alimentar a los integrantes del movimiento. La zona no tenía puntos de contacto con el mundo fuera de México y, como no habían ocupado ningún puerto, los zapatistas no podían vender su azúcar en el extranjero para reunir fondos. Zapata tenía que limitarse a arrebatarle las armas al enemigo y a aliviar su falta de dinero, en cierta medida, mediante ataques armados a las haciendas, los trenes y las tropas enemigas.

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DEL NORTE: ANTECEDENTES

Tanto los movimientos revolucionarios del norte de México como los ejércitos a los que dieron origen fueron de naturaleza completamente distinta de los del sur. Los movimientos mismos eran de composición mucho más heterogénea y sus ejércitos tendían a ser mucho más "profesionales" que los del sur. Esa heterogeneidad, como ya he sugerido, reflejaba sencillamente la heterogeneidad de la sociedad norteña en general así como la

insatisfacción que se había apoderado de la mayoría de los sectores de esa sociedad bajo el régimen de Díaz. El tipo de "revolución campesina" que caracterizó a la insurgencia en el sur era impensable en el norte de la república. Los campesinos de las comunidades campesinas que componían el 80% de la población rural de Morelos y una proporción semejante de sus fuerzas revolucionarias, formaban parte mucho menor de la población rural del norte del país.[18]

La tendencia a la profesionalización había comenzado a manifestarse después de la victoria de Madero en 1911. Hasta entonces las fuerzas revolucionarias, tanto en el norte como en el resto del país, habían sido esencialmente el resultado de un levantamiento popular. Ningún soldado profesional, con excepción de unos cuantos mercenarios reclutados en los Estados Unidos, participó en la revolución. Después de su victoria, Francisco Madero había disuelto la mayor parte del ejército que lo llevó al poder. A instancias de los gobernadores revolucionarios del norte de México y por presiones de muchos de sus antiguos soldados, Madero había retenido a algunas de las tropas revolucionarias integrándolas a los "rurales" (fuerza policiaca federal).[19] La rebelión orozquista de 1912 había debilitado en un principio a esos contingentes, pero después los fortaleció.

Nunca se ha estudiado la composición social de los rurales, pero se puede suponer que una alta proporción de los mismos se componía de personas que no encontraban ocupación o bien provenían de los estratos más bajos de la escala social civil: es decir, campesinos sin tierra y obreros desempleados.

Cuando Orozco se levantó, había logrado atraer a muchos de los rurales norteños, quitándoselos a Madero y organizando con ellos su propio ejército. En consecuencia los gobernadores de Chihuahua, Sonora y Coahuila se vieron de pronto enfrentados, después de la victoria inicial de la revolución, a un doble peligro. Por una parte, la rebelión orozquista representaba una amenaza efectiva a su dominio dentro de sus respectivos estados. Por otra parte, los gobernadores tuvieron que apoyarse principalmente en el antiguo ejército federal que hacía poco habían estado combatiendo y en el cual no confiaban. Para responder a ambas amenazas se formaron milicias revolucionarias, ya sea partiendo de cero o poniendo de nuevo en pie de guerra a antiguas unidades maderistas. En el estado de Coahuila, el general Pablo González tomó el mando de las fuerzas reunidas por el gobernador Venustiano Carranza. En Sonora, Álvaro Obregón, presidente municipal de Huatabampo, encabezó al mayor contingente de tropas que el estado organizó para combatir a Orozco. Pancho Villa se puso a la cabeza de las unidades más importantes que combatían a Orozco en Chihuahua.

El ejército federal contempló con gran hostilidad la formación de estas milicias estatales que amenazaban su control exclusivo de las fuerzas armadas en el país. Con el apoyo de Madero, el mando del ejército intentó poner bajo su control a estas nuevas milicias o, en su caso, desbandarlas. Carranza tuvo un agitado intercambio epistolar con Madero, el cual había hecho el intento de someter directamente las milicias estatales de Coahuila al mando del ejército federal.[20]

Cuando Maytorena, que mandaba las milicias estatales de Sonora, atacó a las tropas de Orozco cerca de La Dura, las unidades del ejército federal, que se encontraban en las cercanías, se negaron a apoyarlo.[21] El golpe más duro contra las nuevas milicias estatales lo constituyó sin duda la tentativa de Huerta de fusilar a Villa, bajo el pretexto de haber robado un caballo. Fue un intento frustrado por la intervención de Madero, pero el arresto de Villa y su subsiguiente encarcelamiento en la ciudad de México acarreó en gran medida la organización de las milicias estatales de Chihuahua. En su manera de proceder, el ejército federal era totalmente consciente de un hecho: las milicias estatales formarían el núcleo de un nuevo ejército revolucionario si el ejército federal intentaba un golpe de Estado. Esto, de hecho, sucedió así. Los comandantes más importantes de estas unidades, Pancho Villa, Álvaro Obregón, Pablo González, se convirtieron en los jefes militares del nuevo movimiento revolucionario que se desencadenó en México tras el asesinato de Madero.

La circunstancia de que estas tropas estatales formaran el núcleo inicial de los ejércitos revolucionarios (especialmente en Coahuila y Sonora) no fue el único factor que tendió a "profesionalizarlas". Acentuaba esta tendencia el hecho de que en el norte intervenían cuatro grupos sociales que en el sur estaban muy débilmente representados.

Había allí muchos emigrantes de otros estados de la república que constitutían una fuerza de trabajo sumamente móvil. Trabajaban como jornaleros durante la cosecha y en otras épocas como mineros, o bien en las fábricas del otro lado de la frontera. A diferencia de los campesinos libres del sur de México o de los colonos militarizados del norte, tenían pocos vínculos permanentes con pueblos y regiones específicas. Constituían un grupo de hombres con gran movilidad potencial que podía convertirse en soldados profesionales con mucho mayor facilidad que los campesinos, profundamente arraigados en sus pueblos natales y animados por la esperanza de recuperar sus mejores tierras.

Había un numeroso sector de mineros y obreros desempleados para quienes el ejército se convirtió muy pronto en el principal medio de vida. En menor grado se puede afirmar lo mismo de muchos de los vaqueros que se unieron a la revolución. Sus vínculos con la tierra eran mucho menos fuertes que los de los campesinos, y al irse agotando los rebaños a su cargo en el transcurso de la revolución, a muchos no les quedó más opción que unirse al ejército.

Además de la existencia de estos grupos y parcialmente entrelazados con

ellos, había otro factor que tendía a desligar al ejército revolucionario norteño de la población civil, y éste era la proximidad de los Estados Unidos, que propiciaba el contrabando y el bandidaje y dio origen a un lumpenproletariado mucho más numeroso que en cualquier otra parte del país. Muchos de sus miembros se unieron a los ejércitos norteños e influyeron en su desarrollo.

Estos ejércitos profesionales pudieron mantenerse gracias a que en el norte los dirigentes revolucionarios tenían la posibilidad de imponer contribuciones a los hacendados o confiscar su ganado y sus cosechas de algodón y venderlos legal o ilegalmente en los Estados Unidos, burlando la vigilancia de los norteamericanos.

Como resultado de estas diferencias en cuanto a sus puntos fuertes y débiles, los movimientos revolucionarios presentan imágenes opuestas en el norte y en el sur. Efectivamente, en donde el movimiento revolucionario del sur era débil, el norteño era fuerte: mientras que el movimiento sureño se veía limitado por la estrechez de los intereses que representaba, el del norte tenía la base social más amplia que se pueda imaginar: no había una sola clase social mexicana que no estuviera representada en él. Mientras que el ejército sureño se caracterizaba por su inmovilidad, el del norte, compuesto en mayor medida por elementos no campesinos, estaba preparado para combatir dondequiera.

Por otra parte, los puntos fuertes de los revolucionarios del sur eran las debilidades del ejército norteño. Mientras que en el sur había unidad, en el norte todo era diversidad: allí no había movimiento que no terminara, tarde o temprano, dividido en un ala conservadora y otra radical. Lo que en el sur era unidad de principios, en el norte era ambigüedad: ninguno de los movimientos norteños podía seguir una línea firme debido a la multiplicidad de intereses conflictivos que había en su seno. Si en el sur había lealtad, en el norte no había tanta. Una vez que faltaron los fondos, muchos de los oficiales y soldados norteños se negaron a seguir peleando.

A diferencia de lo que sucedía en el sur, había en el norte una circunstancia externa que acentuaba los rasgos del cuadro: la vecindad con las Estados Unidos. Todos los movimientos revolucionarios del norte dependían económicamente en mayor o menor medida, de los Estados Unidos; todos tenían a sus agentes en el país vecino y se veían obligados a trabajar en estrecha relación con los hombres de negocios norteamericanos. Al mismo tiempo, cada uno de estos movimientos norteños se enfrentaba a una actitud fuertemente antinorteamericana de parte de grandes sectores de la población, actitud reforzada por las repetidas demandas que se hacían oír del otro lado de la frontera en favor de la anexión del norte de México a los Estados Unidos, y por la discriminación que sufrían los mexicanos en aquel país. Estas dos tendencias opuestas —la dependencia respecto de los Estados Unidos y los profundos sentimientos antinorteamericanos— condujeron a

una extrema fluctuación en la actividad de los revolucionarios del norte hacia los Estados Unidos, que iba desde acciones y pronunciamientos pronorteamericanos hasta actitudes antinorteamericanas de igual intensidad. La proximidad de aquel país amplió la base de apoyo de los revolucionarios en el norte al mismo tiempo que puso a su disposición recursos valiosísimos, pero al mismo tiempo acentúo la diversidad de sus propias posiciones, la ambivalencia de sus inciertos propósitos reformistas y la inseguridad de un ejército cuyos soldados muchas veces permanecían leales sólo mientras duraba la paga.[22]

EL MOVIMIENTO CARRANCISTA

Las diferencias que se habían manifestado entre el movimiento revolucionario de Chihuahua y los movimientos de Sonora y Coahuila en 1910 y 1912, se manifestaron a partir de 1913 de una manera aún más marcada. La historia de la mayoría de las grandes revoluciones sociales muestra una serie de características comunes. En su primera etapa, la revolución está encabezada por miembros de la clase dominante que desean cambios políticos, pero no transformaciones socioeconómicas que pondrían en peligro el poder de su clase. En este aspecto, existen notables similitudes entre Madero, en México, y hombres como Mirabeau en París en 1789-1790, y el príncipe Lvov en Rusia en febrero de 1917.

La jefatura de estos hombres de la primera etapa de la revolución no tardó en ser impugnada por fuerzas que exigían reformas sociales radicales. El ascenso de estos nuevos movimientos fue favorecido en todos los intentos de las fuerzas contrarrevolucionarias por conquistar el poder en su propio provecho, lo que aceleró efectivamente la radicalización no sólo de los estratos más pobres de la población, sino también de las clases medias. Existieron relaciones importantes entre el intento de huida de Luis XVI en Francia y el ascenso al poder de los girondinos, entre la guerra de los Estados europeos para restaurar el poder del rey y el dominio de los jacobinos, entre el putsch de Kornílov y la revolución de octubre en Rusia.

También en México la revolución entró en una nueva fase más radical después de 1913, aunque en mucho menor grado que en Francia en 1793 y en Rusia en octubre de 1917. Si bien hombres como Emiliano Zapata en Morelos, Pancho Villa en Chihuahua o Álvaro Obregón en Sonora eran mucho más radicales de lo que había sido Madero, no puede decirse lo mismo de Venustiano Carranza, el hombre que reclamaba para sí la jefatura de la revolución desde marzo de 1913.

Carranza,[23] como Madero, era un hacendado coahuilense, aunque mucho menos rico que éste. En general, había estado ligado al régimen porfirista más estrechamente que Madero. A diferencia de éste, había ocupado

puestos importantes, aunque no de primera línea, durante el porfiriato. Por ejemplo, fue senador sin haberse distinguido nunca por ningún tipo de oposición al régimen de Díaz. En 1909 se había unido a Bernardo Reyes y, cuando éste se rindió a la voluntad de Díaz y abandonó el país, Carranza se unió a Madero, participó en la revolución de 1910 y ocupó luego la gubernatura de Coahuila.

En ciertos respectos Carranza era más conservador aún que Madero. No puede decirse que compartiera la fe de Madero en la democracia parlamentaria, la libertad de prensa, la tolerancia de la oposición o las elecciones libres. Sin embargo, se distinguía de Madero en varios aspectos importantes que le permitieron desempeñar un papel dominante en la revolución mexicana hasta 1920.

A diferencia de Madero, Carranza estaba convencido (y eso desde la revolución de 1910-11) de que la única forma en que los revolucionarios lograrían mantenerse en el poder era destruyendo el antiguo ejército federal.

Carranza manifestó un nacionalismo mucho más explícito que Madero, tanto en el aspecto económico como en el político. En última instancia, era mucho más demagogo que Madero. Al contrario de su antiguo jefe, tampoco titubeaba en prometer, cuando no le quedaba otra salida, amplias transformaciones sociales que de ninguna manera pensaba poner en práctica. Con todo, tenía algo en común con Madero: no quería destruir el sistema de las haciendas.

Carranza estaba decidido a no librar la lucha contra Huerta como una revolución social. Su Plan de Guadalupe fue más conservador aún que el Plan de San Luis Potosí de Madero. En tanto que Madero había mencionado, si bien breve y vagamente la reforma agraria, el Plan de Guadalupe de Carranza no contenía demandas sociales de ninguna clase. A sus partidarios más radicales, que exigían planteamientos más avanzados en lo relativo a la reforma agraria, la legislación laboral, etcétera, les dijo:

> ¿Quieren ustedes que la guerra dure dos años, o cinco años? La guerra será más breve mientras menos resistencia haya que vencer. Los terratenientes, el clero y los industriales son más fuertes y vigorosos que el gobierno usurpador; hay que acabar primero con éste y atacar después los problemas que con justicia entusiasman a todos ustedes.[24]

Carranza, obviamente, tenía presente el ejemplo de la revolución maderista. Con una sola reivindicación general, Madero había conseguido al mismo tiempo inclinar a las clases dominantes a una transacción y ganarse al campesinado. Pero los dos años del gobierno de Madero habían causado honda impresión tanto en las clases dominantes como en los campesinos. Las primeras se habían convencido de que aun la mínima concesión a los revolucionarios podía poner en peligro su poder, y los campesinos ya no

estaban dispuestos a combatir sólo por reivindicaciones generales que no expresaban sus intereses específicos.

La negativa de Carranza a hacer una guerra propiamente revolucionaria contribuyó en forma significativa a su derrota en su propio estado de Coahuila, donde se había limitado a fortalecer a las tropas estatales mediante fondos obtenidos con impuestos especiales y a hacerle a Huerta una guerra convencional. No hizo ningún intento de ganar un apoyo de masas para el movimiento revolucionario en Coahuila realizando reformas o prometiendo siquiera que las haría. Tampoco se preocupó por organizar una fuerza guerrillera importante. Las tropas de Huerta, mejor equipadas y más numerosas, podían fácilmente derrotar a las milicias estatales en una guerra convencional, y esto fue precisamente lo que ocurrió. En 1913 el ejército de Carranza fue derrotado tres veces en el estado de Coahuila —en Anhelo, en Saltillo y en Monclova—, por lo cual Carranza decidió abandonar el estado, dominado casi totalmente por las tropas de Huerta, y refugiarse en Sonora, cuyo territorio se hallaba en gran parte bajo el control de los revolucionarios.

La situación que encontró Carranza en Sonora era algo distinta de la que existía en su estado natal. El gobernador José María Maytorena era un hombre de extracción muy semejante a la de Carranza, puesto que también era hacendado, y sus ideas sociales también eran parecidas. Sin embargo, Maytorena no creía poder encauzar conservadoramente a la revolución y prefirió abandonar el estado antes que emprender transformaciones sociales radicales. Más tarde escribió que el 24 de febrero de 1913 los dirigentes civiles y militares de Sonora tomaron la decisión "que se lanzara el reto al general Huerta [. . .] pero no pude aceptar los procedimientos que se querían ni las imposiciones que se pretendió hacerme [. . .]. Se pretendió hacer una confiscación general de bienes, entre ellos los de gentes ajenas a la política irresponsable de los acontecimientos de México [. . .] Préstamos forzosos [. . .] aprehensiones y fusilamientos de ciudadanos pacíficos, únicamente porque tenían intereses o porque no se habían mostrado adictos".[25] Maytorena había solicitado una licencia y se había ido a los Estados Unidos, siendo sustituido por Ignacio Pesqueira como gobernador provisional.

Los jefes militares de la revolución en Sonora y después en otros estados —cuya importancia crecía día con día— eran hombres de un temple más radical. En su mayoría no eran de ninguna manera revolucionarios agraristas. El congreso del estado de Sonora, en el que ejercían una influencia decisiva, había dado carpetazo a una ley agraria presentada por Juan Cabral, el dirigente socialmente más radical del estado, en favor de una reforma agraria inmediata y amplia.[26]

Las medidas sociales y económicas tomadas por estos hombres fueron, sin embargo, mucho más allá de lo que Carranza o Maytorena consideraban admisibles. Habían confiscado muchas propiedades de hacendados hos-

tiles a la revolución y las estaban administrando, utilizando las ganancias para financiar la revolución. Habían hecho amplias promesas de reforma agraria (promesas que, como se vería más tarde, no estaban dispuestos a cumplir) y sus declaraciones oficiales se teñían cada vez más de una ideología de izquierda, algunas de las cuales sí se proponían cumplir, sobre todo en el terreno de los derechos obreros.

Cuando Carranza llegó a Sonora su poder era muy limitado, ya que había perdido a la mayor parte de sus seguidores en Coahuila. A diferencia de Madero que, como resultado de su libro y su campaña electoral, era un dirigente reconocido a nivel nacional, Carranza era un desconocido fuera de Coahuila, y por lo tanto, mucho más vulnerable que Madero a las presiones de los dirigentes locales. En consecuencia, Carranza se volvió obligado a ampliar la dirección de su movimiento.

En Coahuila el movimiento carrancista tenía su apoyo importante entre las clases altas, pero en Sonora y otros estados donde el movimiento se siguió desarrollando fueron hombres de orígenes más modestos, provenientes principalmente de la clase media, quienes cobraron importancia en la dirección del movimiento. Esto no implica una total desconexión entre la facción carrancista sonorense y los grandes terratenientes. Tanto Ignacio Pesqueira, el gobernador interino, como su pariente, Roberto Pesqueira, responsable de la adquisición de armas en los Estados Unidos, pertenecían a una rica familia de hacendados. Tanto Álvaro Obregón como Plutarco Elías Calles tenían lazos de parentesco con hacendados, y Calles y Adolfo de la Huerta habían sido administradores de haciendas durante el porfiriato. Vale la pena señalar, sin embargo, que, salvo los Pesqueira, ninguno de los dirigentes importantes de la revolución que estuvieron cerca de Carranza fuera de Coahuila eran hacendados. Obregón había trabajado como mecánico, maestro de escuela y mediero antes de adquirir un rancho de tamaño mediano, que poseía al estallar la revolución.

Calles también había llevado una existencia muy diversa como maestro de escuela, empleado municipal (despedido por acusaciones de fraude) y encargado de un hotel antes de convertirse en administrador de una pequeña hacienda y de un molino de harina.[27]

Benjamín Hill, sobrino de Obregón, pertenecía a una rica familia de Navojoa, en el estado de Sonora, y siendo joven había sido enviado por sus padres a estudiar en Italia. Un biógrafo suyo asegura que estudió ciencia militar en una escuela para oficiales italianos, pero el ministro inglés en México afirmó en un informe que Hill había ingresado en la Mafia cuando estaba en Italia. Al comenzar la revolución mexicana tenía una tienda en su pueblo natal.[28]

Otros altos jefes militares en cambio, habían tenido orígenes mucho más humildes. Salvador Alvarado había ejercido muchas ocupaciones, entre ellos las de boticario, tendero, mediero en un rancho del Valle del Yaqui.

y posadero.[29] Francisco Murguía había sido fotógrafo ambulante.[30] Según sus diversos biógrafos, Cándido Aguilar, jefe de los revolucionarios carrancistas en Veracruz, había administrado durante quince años una pequeña hacienda o lechería en su pueblo natal.[31]

Un número relativamente alto de generales carrancistas era de extracción obrera: Pablo González había trabajado en un molino; Domingo y Mariano Arrieta, de Durango, eran mineros; Manuel Diéguez, sonorense, había trabajado en las minas de cobre de Cananea; Heriberto Jara, uno de los dirigentes veracruzanos, en las fábricas textiles de Río Blanco; Jesús Agustín Castro era un ex-minero y conductor de tranvías de Torreón.

Algunos de estos generales habían participado en la vida política desde antes de la revolución. Heriberto Jara fue uno de los dirigentes de la huelga de Río Blanco en 1906, y Manuel Diéguez de la huelga minera de Cananea en 1907. Éstas fueron de las huelgas más sangrientas e importantes del porfiriato, y tanto Jara como Diéguez fueron encarcelados por el régimen de Díaz después de reprimidas dichas huelgas. Pablo González y Salvador Alvarado habían luchado contra el régimen de Díaz como miembros de grupos organizados por el Partido Liberal. En cambio, la carrera revolucionaria de Obregón sólo se inició en 1912 cuando comenzó a movilizar un importante contingente de voluntarios para combatir a Orozco en su pueblo natal de Huatabampo.

Pero la mayoría de los civiles cercanos a Carranza eran intelectuales. El más destacado de ellos, Luis Cabrera, había sido periodista y maestro de escuela. Isidro Fabela era abogado y Pastor Rouaix ingeniero agrónomo. Estos hombres habían participado activamente en la revolución maderista y pertenecieron al ala más radical de dicho movimiento durante el periodo de 1910 a 1913.

Era notoria en la dirección carrancista la escasez de representantes del campesinado y la ausencia casi total de peones de hacienda o miembros de comunidades campesinas. Aunque Obregón, que provenía de una familia sonorense antaño poderosa, había trabajado en diversas épocas como maestro de escuela y tendero y había logrado subsistir como pequeño agricultor durante algún tiempo, sería absurdo considerarlo representativo del campesinado mexicano. No había en los altos mandos carrancistas dirigentes campesinos "clásicos" tales como los generales villistas Calixto Contreras, de Durango, quien, desde 1905, había encabezado a los campesinos de San Pedro Ocuila en su lucha por recuperar las tierras que les había arrebatado una hacienda vecina, o Toribio Ortega, que había dirigido a los campesinos de Cuchillo Parado en una lucha análoga. Fue sólo después de la derrota del convencionismo en 1915 cuando algunos dirigentes campesinos como Domingo Arenas, de Tlaxcala, o Severiano Ceniceros, de Durango (el primero ex-zapatista y el segundo ex-general villista) se unieron a las fuerzas de Carranza.

Sin embargo, algunos de los jefes militares de Carranza mantenían relaciones especiales con el campesinado, aunque más en calidad de patrones y protectores que como dirigentes y voceros. Adolfo de la Huerta, por ejemplo, se había ganado la buena voluntad y confianza de los vecinos yaquis cuando era administrador de una hacienda por haberlos ocultado, distribuyéndolos entre sus trabajadores agrícolas, de las tropas federales que los perseguían.[32] La familia Obregón parece haber desempeñado un papel semejante como protectora de los indios mayos, lo cual facilitó a Obregón la tarea de ganarlos para la causa revolucionaria.[33] Cándido Aguilar había tratado tan bien a los peones de la hacienda que administraba, que muchos lo siguieron cuando se hizo revolucionario. La medida en que el movimiento carrancista carecía de dirigentes campesinos se hacía evidente en el hecho de que los principales defensores carrancistas de los intereses campesinos y de la reforma agraria provenían de la clase obrera o de la intelectualidad. Este hecho se reflejó con máxima claridad en la composición de la delegación nombrada por Carranza para negociar con Zapata en 1914. Carranza hizo un esfuerzo por incluir a algunos de los más declarados defensores de la reforma agraria con que contaba, pero significativamente, ninguno de los tres —Luis Cabrera, Juan Sarabia y Antonio Villarreal, que más tarde rompió con Carranza— era campesino.

¿Pueden sacarse conclusiones definitivas sobre la base social en que se apoyaba el movimiento carrancista a partir de la composición de su dirección? Rara vez ha habido un movimiento revolucionario cuya dirección reflejara fielmente su base de apoyo, pero la elevada proporción de miembros de la clase media en la dirección civil y militar del movimiento carrancista es prueba de la extensa influencia de que aquéllos gozaban en el movimiento, no siendo el menor de los motivos de tal situación el hecho de que la revolución encabezada por Carranza ofrecía a la clase media mexicana acceso a las posiciones políticas, militares y financieras más altas de la república. Además, el nacionalismo de Carranza reflejaba muy especialmente los temores abrigados por la clase media respecto a la creciente dominación extranjera.

Fue ante todo la presión de los dirigentes más radicales de Sonora lo que obligó a Carranza a aceptar entonces lo que antes se había negado a hacer en Coahuila: prometer cambios sociales. En un discurso pronunciado en septiembre de 1913 declaró:

> pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas; y no es sólo repartir las tierras y las riquezas naturales, no es el sufragio efectivo, no es abrir

> más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos, para establecer el equilibrio de la economía nacional.[34]

Al mismo tiempo que anunciaba tales medidas, Carranza hacía todo lo posible por preservar el sistema de las haciendas. No había logrado impedir ni revocar la confiscación de las haciendas realizada por sus comandantes militares, pero hizo todo lo posible por evitar que las expropiaciones provisionales se volvieran permanentes. Informó a los comandantes que podían, en efecto, controlar los ingresos de las haciendas expropiadas, pero que las haciendas debían ser dejadas intactas. Cuando el general Lucio Blanco repartió entre los campesinos las tierras de la hacienda de Los Borregos, en el estado nororiental de Tamaulipas, Carranza lo reprendió y lo transfirió a otro puesto.[35]

Carranza logró impedir que en la declaración de su gobierno apareciera alguna insinuación de que la ocupación provisional de las haciendas debía ser considerada como la etapa preliminar de un reparto de las tierras. Es indudable que su objetivo era la restitución de la inmensa mayoría de las haciendas a sus anteriores dueños antes de que planteara la cuestión de una reforma agraria. Como veremos, en 1915-18 logró este objetivo que persiguió con férrea determinación.

La segunda etapa de la revolución mexicana, o sea los años 1913 y 1914, duró mucho más que la fase inicial maderista, afectó a un número mucho mayor de personas y exigió recursos mucho más cuantiosos. Si Carranza quería financiar la revolución sin recurrir a las expropiaciones, tenía que encontrar otra fuerza de ingresos, y la única disponible eran las grandes compañías extranjeras. De esta manera los costos y cargas de la revolución se les cargaron al capital extranjero. Tal política era compatible con las opiniones del propio Carranza y las del ala nacionalista de la burguesía agrícola e industrial del norte de México. Esta última perseguía un doble objetivo: obtener mayores ingresos para el país mediante la explotación de sus recursos naturales y preservar con estos ingresos el antiguo sistema de las haciendas.

Esta política se basaba en una razón adicional. Puesto que Carranza no deseaba grandes cambios sociales y, a diferencia de Madero, tampoco estaba dispuesto a permitir una democracia parlamentaria amplia, el único factor que podía ganarle un apoyo de masas era el nacionalismo.

Pero en 1913 la idea de aplicar presiones nacionalistas al capital extranjero pertenecía a un lejano futuro. Las fuerzas carrancistas sólo controlaban algunas zonas del norte de México y tenían que contar con los embarques de armas norteamericanas. Los únicos medios de obtener el apoyo financiero del capital extranjero eran la colaboración y las promesas, no las

presiones y declaraciones nacionalistas. Tal política, naturalmente, no le hubiera ganado un amplio apoyo de masas y se mantuvo en estricto secreto. Sirvió primordialmente para obtener el apoyo de compañías norteamericanas que pugnaban por expulsar a los ingleses de México. Carranza parece haber llegado a acuerdos secretos con las dos compañías petroleras estrechamente ligadas con la Standard Oil: la Mexican Petroleum Company y la Waters Pierce Oil Company.

Según Edward L. Doheny, presidente de la junta de directores de la Mexican Petroleum Company, ésta comenzó en 1913 a dar dinero a Carranza en la forma de pagos anticipados de impuestos mucho antes de que las tropas de aquél ocuparan los campos petroleros de Tampico.[36] No hay pruebas de que la "generosidad" de Doheny se debiera a promesas que le hubiera hecho Carranza o de que se fundara únicamente en la esperanza de que los constitucionalistas, una vez en el poder, tomarían represalias contra Cowdray, que apoyaba a Huerta. Un indicio de que existió algún tipo de negociación y quizá un acuerdo entre ambos es la existencia de pruebas de que hubo negociaciones entre Carranza y otro ejecutivo petrolero, Henry Clay Pierce, también ligado a la Standard Oil.

El tema central de los tratos con Pierce no fue el petróleo sino los ferrocarriles. Hay indicios de que Pierce apoyó en 1911 al movimiento maderista con la esperanza de que, después de su victoria, Madero eliminaría a la gente de Cowdray de los puestos directivos en los ferrocarriles. Las ligas entre Pierce y Madero parecen evidentes cuando se considera el hecho de que ambos empleaban al mismo abogado, Sherburne G. Hopkins, para que representara sus intereses en los Estados Unidos. El ministro alemán en México caracterizó a Hopkins como "el abogado profesional de las 'revoluciones latinoamericanas' fabricadas en los Estados Unidos".[37]

De hecho, una vez que Madero llegó a la presidencia, Hopkins intentó convencerlo de que despidiera a los administradores ferroviarios cercanos a Cowdray. Pero Madero no accedió, posiblemente por temor a volverse completamente dependiente de la Standard Oil. Pierce abrigó entonces la esperanza de que, por mediación de Carranza, podría recuperar su antigua posición dominante en el sistema ferroviario mexicano, y con este fin empleó nuevamente a Hopkins. Carranza también empleó a Hopkins para representarlo en los Estados Unidos, a pesar de estar enterado de su verdadero papel, revelado en una sesión pública de una comisión del Congreso norteamericano en 1912,[38] y a pesar de saber que Hopkins trabajaba también para Pierce.

En abril de 1914 ciertos documentos robados del bufete de Hopkins en Nueva York fueron publicados por el *New York Herald* en forma sensacionalista. Estos documentos eran, como le dijo Hopkins a un representante de Villa en los Estados Unidos,[39] perfectamente auténticos. Incluían un extenso proyecto, sometido a Carranza por Pierce a través de Hopkins, en

que se proponía el establecimiento de una administración separada para los ferrocarriles del norte de México que fuera independiente de la junta de directores con sede en la capital. Pierce pensaba que la junta central estaba dominada por hombres de Cowdray y el objetivo de dicha proposición, como escribió Hopkins a Pierce, era "llegar a un arreglo mediante el cual pudieran ustedes volver a introducirse provechosamente en el norte de México".[40]

Carranza no apoyó explícitamente estas proposiciones, pero sí nombró director de los ferrocarriles a Alberto J. Pani, quien gozaba de la confianza de Pierce y parece haber tenido ligas especiales con las compañías petroleras.[41] Pierce a su vez, prometió fomentar una actitud benóvola hacia el gobierno de Carranza entre los financieros norteamericanos con intereses en los ferrocarriles mexicanos.[42]

Su colaboración con los dirigentes más radicales de Sonora y del noreste de México, sus promesas de reforma social, por moderadas que fueran, y los fondos que recibió de las compañías petroleras permitieron a Carranza y a su movimiento aprovechar la insatisfacción con el régimen de Huerta en muchas partes del norte del país y adquirir una importancia cada vez mayor. A finales de 1913, los contingentes ligados a Carranza controlaban la mayor parte de Sonora y partes de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

EL MOVIMIENTO VILLISTA

El segundo gran movimiento revolucionario del norte de México, que reconocía oficialmente la dirección de Carranza pero había desarrollado una gran autonomía, tenía su bastión en el estado de Chihuahua, al igual que en 1910. Las diferencias ya existentes en 1910 entre el movimiento revolucionario de Chihuahua y el de los vecinos estados de Sonora y de Coahuila —ausencia de hacendados en la dirección y base popular, en consecuencia, mucho más fuerte— se acentuaron todavía más en 1913.

Estas diferencias estaban parcialmente relacionadas con la falta de continuidad que hubo en Chihuahua entre la dirección "moderada" del estado y la de la revolución constitucionalista. En Coahuila y Sonora la burocracia estatal había organizado desde un principio al movimiento constitucionalista manteniéndolo así bajo su control. Movilizó tropas, les proporcionó recursos, nombró a muchos de los jefes militares y coordinó sus actividades. En lo concerniente a la dirección del estado, Carranza representaba una clara continuidad entre el periodo maderista y los años constitucionalistas en Coahuila.

En Sonora, a pesar de que Maytorena, el gobernador maderista, se había ausentado durante varios meses, el congreso del estado y la burocracia gubernamental proporcionaron un alto grado de continuidad, y al nombrar

a Ignacio Pesqueira, otro hacendado, para sustituir a Maytorena, instalaron en su lugar a un hombre cuyas ideas sociales apenas diferían de las de su predecesor.

En cambio, en el estado de Chihuahua la transición no fue tan tranquila y controlada. Grandes sectores de la burocracia y del congreso estatales se habían unido al levantamiento orozquista en 1912 y apoyado a Huerta después de su golpe en 1913. En consecuencia, era imposible que el gobierno mismo del estado organizara la revolución como en Coahuila y Sonora; en Chihuahua ésta asumió, pues, de manera más marcada, las características de un levantamiento popular. Además, la ruptura con el pasado y las tendencias radicales se vieron fortalecidas por el asesinato del dirigente revolucionario moderado Abraham González, a quien los emisarios de Huerta arrojaron bajo un tren en marcha.

En Chihuahua asumió la dirección del movimiento revolucionario un tipo muy distinto de dirigente: Francisco "Pancho" Villa. En marzo de 1913 Pancho Villa cruzó el Río Bravo desde Tejas en compañía de ocho hombres, llegó a hacerse del mando en la mayor parte del estado y se convirtió en el jefe indiscutido del movimiento revolucionario en Chihuahua. Tanto por sus antecedentes —había sido mediero en una hacienda y bandido— como por sus ideas sociales mucho más avanzadas, representaba un tipo de jefe muy diferente de los dirigentes constitucionalistas de los dos estados vecinos.[43]

Los jefes locales y regionales que se le unieron en un principio también se distinguían notablemente de los de Coahuila y Sonora. En las primeras etapas de la revolución villista los hacendados no desempeñaron ningún papel en su dirección, en tanto que los dirigentes campesinos tuvieron una representación mucho mayor que en los otros dos estados. Toribio Ortega, quien durante mucho tiempo había sido vocero de los campesinos de Cuchillo Parado y había llevado a la revolución a prácticamente toda la población masculina de este pueblo el 16 de noviembre de 1910, se convirtió en uno de los principales generales del ejército villista.[44] Calixto Contreras, quien pasó años en las cárceles del porfiriato por encabezar al pueblo de San Pedro Ocuila en su lucha por recuperar las tierras usurpadas por la hacienda de Sombreretillo, fue otro importante general villista. John Reed nos ha dejado una descripción inolvidable de Ortega: "Un hombre trigueño, enjuto, a quien los soldados llaman 'El Honrado' y 'El Más Bizarro'. Es sin lugar a dudas, el corazón más sencillo y el soldado más desinteresado de México. Se ha negado a recibir de la revolución un solo centavo aparte de su escaso sueldo. Villa lo respeta y confía más en él, quizá, que en ningún otro de sus generales".[45]

Porfirio Talamantes, a quien Creel, el gobernador porfirista, había tachado de "agitador peligroso" por haberse convertido en vocero de la antigua colonia militarizada de Janos, cuyas tierras estaba apropiándose la oligarquía chihuahuense, fue coronel del ejército villista.[46]

Fidel Ávila, a quien Villa nombró gobernador de Chihuahua en 1914 en sustitución de Manuel Chao, había sido capataz de una hacienda y condujo a muchos de sus vaqueros y peones a la revolución.[47]

Pero estos hombres no eran los únicos jefes influyentes en el movimiento villista. Tomás Urbina, antiguo compañero de Villa en sus días de bandidaje, siguió siendo un bandido y durante la revolución intentó establecer un imperio ganadero sumamente parecido al del legendario Luis Terrazas, uno de los más ricos hacendados de México. Rodolfo Fierro, ferrocarrilero que pronto tomó a su cargo importantes funciones administrativas y militares en el movimiento villista, fue el verdugo de Villa, un hombre temido por su crueldad tanto por sus amigos como por sus enemigos.

Había menos intelectuales en el séquito de Villa que en el de Carranza. En los primeros meses que Villa ejerció el mando en Chihuahua, los dos hombres que adquirieron mayor influencia fueron Silvestre Terrazas y Federico González Garza.

Silvestre Terrazas había dirigido en Chihuahua, bajo el porfiriato, un periódico de oposición, *El Correo*, y había sido encarcelado varias veces por su oposición al gobierno del estado. Para Villa Terrazas representaba el vínculo más importante con la clase media chihuahuense y por lo mismo le dio cargos de responsabilidad en el nuevo gobierno del estado, nombrándolo secretario de gobierno, gobernador interino y administrador de las haciendas confiscadas. En estas funciones parece haber influido poderosamente en la forma en que se gobernó al estado, y haber sido uno de los promotores de las extensas confiscaciones de tierras realizadas por Villa, así como uno de los principales defensores de este programa político. Aunque antes y después de ser funcionario villista escribió muchísimo, durante el periodo crucial de 1913-15 abandonó tanto la actividad periodística como la ideológica. Rara vez se ocupó de problemas que no afectaran directamente a su estado natal.[48]

A diferencia de Terrazas, Federico González Garza, que también desempeñó cargos importantes en el gobierno del estado, no era chihuahuense y había ocupado puestos importantes en el régimen de Madero, tales como subsecretario de Justicia y gobernador del Distrito Federal. Federico González Garza fue uno de los primeros altos funcionarios maderistas que se unieron a Villa y uno de los pocos que abogaban por una reforma agraria radical. A diferencia de Silvestre Terrazas, Federico González Garza se convirtió en uno de los ideólogos más influyentes en el movimiento villista y redactó algunos de sus pronunciamientos más importantes.[49]

Al extenderse el movimiento villista a otros estados, su dirección, como la carrancista, se transformó y amplió notablemente. Como se verá más adelante, este proceso sufrió un efecto contrario al que tuvo en el caso del carrancismo. Comenzaron a influir en Villa hombres más conservadores,

como Felipe Ángeles, miembros de la familia de Madero, y el gobernador de Sonora, José María Maytorena. Pero cuando Villa asumió el mando en el estado de Chihuahua en diciembre de 1913, estos hombres todavía no se unían a su movimiento.

En ese periodo Villa y sus colaboradores llevaron a la práctica políticas sociales y económicas muy distintas de las de Carranza. Aun cuando Villa hubiera compartido la ideología más conservadora de Carranza, Maytorena y Pesqueira, la situación existente en el estado de Chihuahua lo hubiera obligado a tomar medidas mucho más radicales que ellos.

En Chihuahua en 1913 hubiera sido imposible una revolución exclusivamente política, con un mínimo de contenido social, como la que intentaba realizar Carranza. En Coahuila y Sonora muchos hacendados se habían unido a la revolución o permanecían neutrales. En Chihuahua, en cambio, casi todos los grandes terratenientes mexicanos habían apoyado activamente primero a Orozco y después a Huerta. Además hay que tomar en cuenta que Orozco, aun después de haberse unido a Huerta, pudo seguir contando con un importante apoyo de parte de los revolucionarios maderistas desilusionados. Para quebrantar el poder de los hacendados y minar el apoyo popular con que contaba Orozco, el movimiento revolucionario chihuahuense tenía que llevar a cabo cambios radicales.

Acentuó la necesidad de tales cambios una situación económica que era notoriamente peor en Chihuahua que en los demás estados norteños. La crisis de 1907-10 había golpeado duramente a Chihuahua, como lo comprueba entre otras cosas el hecho de que en 1907 las pérdidas en las ventas al detalle fueron mucho mayores en éste que en los otros estados del norte.[50] En 1910 hubo combates más intensos y una mayor destrucción en Chihuahua que en el resto del norte, y posteriormente, desde febrero de 1912 hasta el final de 1913, se produjeron luchas encadenadas. Muchas empresas, especialmente las mineras, dejaron de trabajar y la producción agrícola disminuyó notablemente. Tal situación, sumada a los orígenes sociales de Villa y a su odio sin disimulo a la clase terrateniente que había gobernado por tanto tiempo a Chihuahua, lo llevó a tomar medidas más radicales que las de Carranza y los dirigentes regionales en Coahuila y Sonora.

El 21 de diciembre de 1913 Villa, nombrado poco antes gobernador de Chihuahua por los generales de la División del Norte, emitió un decreto que tendría profundas consecuencias, ya que anunciaba la expropiación sin compensación de las propiedades de la oligarquía mexicana en el estado. Además, en todas las zonas controladas por sus tropas, se expropió y expulsó a muchos españoles. Villa no sólo se distinguió radicalmente de Carranza en su actitud respecto a la cuestión agraria, sino también de Zapata, ya que en las zonas dominadas por este último las tierras expropiadas a los hacendados se distribuían inmediatamente entre los campesinos, mientras que el decreto de Villa estipulaba que las tierras quedarían, inicialmente, bajo el control del gobierno. Los ingresos derivados de su explotación serían utilizados para financiar la lucha revolucionaria hasta el triunfo de la misma y para mantener a las viudas y huérfanos de los combatientes revolucionarios.

A la victoria de la revolución, dichas propiedades serían destinadas a cuatro fines: 1] el financiamiento de pensiones para viudas y huérfanos de los soldados revolucionarios; 2] la distribución de tierras entre veteranos de la revolución; 3] la restitución de tierras a todos los pueblos despojados por los hacendados; y 4] a cubrir los impuestos adeudados por los hacendados. Estos objetivos revelaban una segunda diferencia entre Villa y Zapata en lo referente a la cuestión agraria: el decreto de Villa limitaba la reforma agraria al beneficio de dos grupos, el de los participantes en la revolución y sus familiares sobrevivientes y el de los campesinos despojados de sus tierras.[51] Nada se decía respecto a una reforma agraria más extensa que abarcara a los campesinos sin tierra, peones y grupos similares.

¿Cómo se explican estas diferencias entre el norte y el sur del país? En primer lugar hay que tomar en cuenta que, a diferencia de las tierras cañeras del sur, resultaba sumamente difícil, en el caso de ciertas tierras expropiadas en el norte, sobre todo las grandes haciendas ganaderas, distribuirlas entre campesinos individuales. Para la ganadería se requieren grandes unidades económicas que hubieran tenido que ser administradas individualmente por el Estado o bien en forma de cooperativas. Además, los ingresos de dichas haciendas constituían la base financiera del movimiento villista. Zapata, prácticamente imposibilitado para vender el azúcar mientras siguiera la guerra, estaba en mejores condiciones de permitir una economía de subsistencia (practicada por muchos de los campesinos que recibieron tierras en el estado de Morelos) que Villa, quien compraba armas con el dinero obtenido mediante la venta de ganado.

También influyeron en las distintas concepciones de la reforma agraria ciertas consideraciones militares. La distribución inmediata de tierras en la región zapatista creó un campesinado dispuesto a luchar hasta el fin para defender sus tierras, pero difícilmente dispuesto a librar una guerra ofensiva desde sus centros regionales, a pesar de que únicamente una guerra de este tipo hubiera podido destruir el ejército de Huerta. Villa, en cambio, planeaba precisamente este tipo de acción militar. Una reforma agraria llevada a la práctica de inmediato hubiera atado a los campesinos al suelo; en cambio, la promesa de una reforma agraria después de la guerra era un incentivo para unirse al ejército revolucionario.

Para Villa era impensable una reforma agraria que se llevara a cabo en ausencia de los soldados. Esto lo declaró con toda claridad un delegado norteño a la Convención Revolucionaria de 1915: "Además, los soldados que ahora están con nosotros en armas, no podrán ver con buenos ojos que

tiles a la revolución y las estaban administrando, utilizando las ganancias para financiar la revolución. Habían hecho amplias promesas de reforma agraria (promesas que, como se vería más tarde, no estaban dispuestos a cumplir) y sus declaraciones oficiales se teñían cada vez más de una ideología de izquierda, algunas de las cuales sí se proponían cumplir, sobre todo en el terreno de los derechos obreros.

Cuando Carranza llegó a Sonora su poder era muy limitado, ya que había perdido a la mayor parte de sus seguidores en Coahuila. A diferencia de Madero que, como resultado de su libro y su campaña electoral, era un dirigente reconocido a nivel nacional, Carranza era un desconocido fuera de Coahuila, y por lo tanto, mucho más vulnerable que Madero a las presiones de los dirigentes locales. En consecuencia, Carranza se volvió obligado a ampliar la dirección de su movimiento.

En Coahuila el movimiento carrancista tenía su apoyo importante entre las clases altas, pero en Sonora y otros estados donde el movimiento se siguió desarrollando fueron hombres de orígenes más modestos, provenientes principalmente de la clase media, quienes cobraron importancia en la dirección del movimiento. Esto no implica una total desconexión entre la facción carrancista sonorense y los grandes terratenientes. Tanto Ignacio Pesqueira, el gobernador interino, como su pariente, Roberto Pesqueira, responsable de la adquisición de armas en los Estados Unidos, pertenecían a una rica familia de hacendados. Tanto Álvaro Obregón como Plutarco Elías Calles tenían lazos de parentesco con hacendados, y Calles y Adolfo de la Huerta habían sido administradores de haciendas durante el porfiriato. Vale la pena señalar, sin embargo, que, salvo los Pesqueira, ninguno de los dirigentes importantes de la revolución que estuvieron cerca de Carranza fuera de Coahuila eran hacendados. Obregón había trabajado como mecánico, maestro de escuela y mediero antes de adquirir un rancho de tamaño mediano, que poseía al estallar la revolución.

Calles también había llevado una existencia muy diversa como maestro de escuela, empleado municipal (despedido por acusaciones de fraude) y encargado de un hotel antes de convertirse en administrador de una pequeña hacienda y de un molino de harina.[27]

Benjamín Hill, sobrino de Obregón, pertenecía a una rica familia de Navojoa, en el estado de Sonora, y siendo joven había sido enviado por sus padres a estudiar en Italia. Un biógrafo suyo asegura que estudió ciencia militar en una escuela para oficiales italianos, pero el ministro inglés en México afirmó en un informe que Hill había ingresado en la Mafia cuando estaba en Italia. Al comenzar la revolución mexicana tenía una tienda en su pueblo natal.[28]

Otros altos jefes militares en cambio, habían tenido orígenes mucho más humildes. Salvador Alvarado había ejercido muchas ocupaciones, entre ellos las de boticario, tendero, mediero en un rancho del Valle del Yaqui.

y posadero.[29] Francisco Murguía había sido fotógrafo ambulante.[30] Según sus diversos biógrafos, Cándido Aguilar, jefe de los revolucionarios carrancistas en Veracruz, había administrado durante quince años una pequeña hacienda o lechería en su pueblo natal.[31]

Un número relativamente alto de generales carrancistas era de extracción obrera: Pablo González había trabajado en un molino; Domingo y Mariano Arrieta, de Durango, eran mineros; Manuel Diéguez, sonorense, había trabajado en las minas de cobre de Cananea; Heriberto Jara, uno de los dirigentes veracruzanos, en las fábricas textiles de Río Blanco; Jesús Agustín Castro era un ex-minero y conductor de tranvías de Torreón.

Algunos de estos generales habían participado en la vida política desde antes de la revolución. Heriberto Jara fue uno de los dirigentes de la huelga de Río Blanco en 1906, y Manuel Diéguez de la huelga minera de Cananea en 1907. Éstas fueron de las huelgas más sangrientas e importantes del porfiriato, y tanto Jara como Diéguez fueron encarcelados por el régimen de Díaz después de reprimidas dichas huelgas. Pablo González y Salvador Alvarado habían luchado contra el régimen de Díaz como miembros de grupos organizados por el Partido Liberal. En cambio, la carrera revolucionaria de Obregón sólo se inició en 1912 cuando comenzó a movilizar un importante contingente de voluntarios para combatir a Orozco en su pueblo natal de Huatabampo.

Pero la mayoría de los civiles cercanos a Carranza eran intelectuales. El más destacado de ellos, Luis Cabrera, había sido periodista y maestro de escuela. Isidro Fabela era abogado y Pastor Rouaix ingeniero agrónomo. Estos hombres habían participado activamente en la revolución maderista y pertenecieron al ala más radical de dicho movimiento durante el periodo de 1910 a 1913.

Era notoria en la dirección carrancista la escasez de representantes del campesinado y la ausencia casi total de peones de hacienda o miembros de comunidades campesinas. Aunque Obregón, que provenía de una familia sonorense antaño poderosa, había trabajado en diversas épocas como maestro de escuela y tendero y había logrado subsistir como pequeño agricultor durante algún tiempo, sería absurdo considerarlo representativo del campesinado mexicano. No había en los altos mandos carrancistas dirigentes campesinos "clásicos" tales como los generales villistas Calixto Contreras, de Durango, quien, desde 1905, había encabezado a los campesinos de San Pedro Ocuila en su lucha por recuperar las tierras que les había arrebatado una hacienda vecina, o Toribio Ortega, que había dirigido a los campesinos de Cuchillo Parado en una lucha análoga. Fue sólo después de la derrota del convencionismo en 1915 cuando algunos dirigentes campesinos como Domingo Arenas, de Tlaxcala, o Severiano Ceniceros, de Durango (el primero ex-zapatista y el segundo ex-general villista) se unieron a las fuerzas de Carranza.

Sin embargo, algunos de los jefes militares de Carranza mantenían relaciones especiales con el campesinado, aunque más en calidad de patrones y protectores que como dirigentes y voceros. Adolfo de la Huerta, por ejemplo, se había ganado la buena voluntad y confianza de los vecinos yaquis cuando era administrador de una hacienda por haberlos ocultado, distribuyéndolos entre sus trabajadores agrícolas, de las tropas federales que los perseguían.[32] La familia Obregón parece haber desempeñado un papel semejante como protectora de los indios mayos, lo cual facilitó a Obregón la tarea de ganarlos para la causa revolucionaria.[33] Cándido Aguilar había tratado tan bien a los peones de la hacienda que administraba, que muchos lo siguieron cuando se hizo revolucionario. La medida en que el movimiento carrancista carecía de dirigentes campesinos se hacía evidente en el hecho de que los principales defensores carrancistas de los intereses campesinos y de la reforma agraria provenían de la clase obrera o de la intelectualidad. Este hecho se reflejó con máxima claridad en la composición de la delegación nombrada por Carranza para negociar con Zapata en 1914. Carranza hizo un esfuerzo por incluir a algunos de los más declarados defensores de la reforma agraria con que contaba, pero significativamente, ninguno de los tres —Luis Cabrera, Juan Sarabia y Antonio Villarreal, que más tarde rompió con Carranza— era campesino.

¿Pueden sacarse conclusiones definitivas sobre la base social en que se apoyaba el movimiento carrancista a partir de la composición de su dirección? Rara vez ha habido un movimiento revolucionario cuya dirección reflejara fielmente su base de apoyo, pero la elevada proporción de miembros de la clase media en la dirección civil y militar del movimiento carrancista es prueba de la extensa influencia de que aquéllos gozaban en el movimiento, no siendo el menor de los motivos de tal situación el hecho de que la revolución encabezada por Carranza ofrecía a la clase media mexicana acceso a las posiciones políticas, militares y financieras más altas de la república. Además, el nacionalismo de Carranza reflejaba muy especialmente los temores abrigados por la clase media respecto a la creciente dominación extranjera.

Fue ante todo la presión de los dirigentes más radicales de Sonora lo que obligó a Carranza a aceptar entonces lo que antes se había negado a hacer en Coahuila: prometer cambios sociales. En un discurso pronunciado en septiembre de 1913 declaró:

> pero sepa el pueblo de México que, terminada la lucha armada a que convoca el Plan de Guadalupe, tendrá que principiar formidable y majestuosa la lucha social, la lucha de clases, queramos o no queramos nosotros mismos y opónganse las fuerzas que se opongan, las nuevas ideas sociales tendrán que imponerse en nuestras masas; y no es sólo repartir las tierras y las riquezas naturales, no es el sufragio efectivo, no es abrir

> más escuelas, no es igualar y repartir las riquezas nacionales; es algo más grande y más sagrado; es establecer la justicia, es buscar la igualdad, es la desaparición de los poderosos, para establecer el equilibrio de la economía nacional.[34]

Al mismo tiempo que anunciaba tales medidas, Carranza hacía todo lo posible por preservar el sistema de las haciendas. No había logrado impedir ni revocar la confiscación de las haciendas realizada por sus comandantes militares, pero hizo todo lo posible por evitar que las expropiaciones provisionales se volvieran permanentes. Informó a los comandantes que podían, en efecto, controlar los ingresos de las haciendas expropiadas, pero que las haciendas debían ser dejadas intactas. Cuando el general Lucio Blanco repartió entre los campesinos las tierras de la hacienda de Los Borregos, en el estado nororiental de Tamaulipas, Carranza lo reprendió y lo transfirió a otro puesto.[35]

Carranza logró impedir que en la declaración de su gobierno apareciera alguna insinuación de que la ocupación provisional de las haciendas debía ser considerada como la etapa preliminar de un reparto de las tierras. Es indudable que su objetivo era la restitución de la inmensa mayoría de las haciendas a sus anteriores dueños antes de que planteara la cuestión de una reforma agraria. Como veremos, en 1915-18 logró este objetivo que persiguió con férrea determinación.

La segunda etapa de la revolución mexicana, o sea los años 1913 y 1914, duró mucho más que la fase inicial maderista, afectó a un número mucho mayor de personas y exigió recursos mucho más cuantiosos. Si Carranza quería financiar la revolución sin recurrir a las expropiaciones, tenía que encontrar otra fuerza de ingresos, y la única disponible eran las grandes compañías extranjeras. De esta manera los costos y cargas de la revolución se les cargaron al capital extranjero. Tal política era compatible con las opiniones del propio Carranza y las del ala nacionalista de la burguesía agrícola e industrial del norte de México. Esta última perseguía un doble objetivo: obtener mayores ingresos para el país mediante la explotación de sus recursos naturales y preservar con estos ingresos el antiguo sistema de las haciendas.

Esta política se basaba en una razón adicional. Puesto que Carranza no deseaba grandes cambios sociales y, a diferencia de Madero, tampoco estaba dispuesto a permitir una democracia parlamentaria amplia, el único factor que podía ganarle un apoyo de masas era el nacionalismo.

Pero en 1913 la idea de aplicar presiones nacionalistas al capital extranjero pertenecía a un lejano futuro. Las fuerzas carrancistas sólo controlaban algunas zonas del norte de México y tenían que contar con los embarques de armas norteamericanas. Los únicos medios de obtener el apoyo financiero del capital extranjero eran la colaboración y las promesas, no las

presiones y declaraciones nacionalistas. Tal política, naturalmente, no le hubiera ganado un amplio apoyo de masas y se mantuvo en estricto secreto. Sirvió primordialmente para obtener el apoyo de compañías norteamericanas que pugnaban por expulsar a los ingleses de México. Carranza parece haber llegado a acuerdos secretos con las dos compañías petroleras estrechamente ligadas con la Standard Oil: la Mexican Petroleum Company y la Waters Pierce Oil Company.

Según Edward L. Doheny, presidente de la junta de directores de la Mexican Petroleum Company, ésta comenzó en 1913 a dar dinero a Carranza en la forma de pagos anticipados de impuestos mucho antes de que las tropas de aquél ocuparan los campos petroleros de Tampico.[36] No hay pruebas de que la "generosidad" de Doheny se debiera a promesas que le hubiera hecho Carranza o de que se fundara únicamente en la esperanza de que los constitucionalistas, una vez en el poder, tomarían represalias contra Cowdray, que apoyaba a Huerta. Un indicio de que existió algún tipo de negociación y quizá un acuerdo entre ambos es la existencia de pruebas de que hubo negociaciones entre Carranza y otro ejecutivo petrolero, Henry Clay Pierce, también ligado a la Standard Oil.

El tema central de los tratos con Pierce no fue el petróleo sino los ferrocarriles. Hay indicios de que Pierce apoyó en 1911 al movimiento maderista con la esperanza de que, después de su victoria, Madero eliminaría a la gente de Cowdray de los puestos directivos en los ferrocarriles. Las ligas entre Pierce y Madero parecen evidentes cuando se considera el hecho de que ambos empleaban al mismo abogado, Sherburne G. Hopkins, para que representara sus intereses en los Estados Unidos. El ministro alemán en México caracterizó a Hopkins como "el abogado profesional de las 'revoluciones latinoamericanas' fabricadas en los Estados Unidos".[37]

De hecho, una vez que Madero llegó a la presidencia, Hopkins intentó convencerlo de que despidiera a los administradores ferroviarios cercanos a Cowdray. Pero Madero no accedió, posiblemente por temor a volverse completamente dependiente de la Standard Oil. Pierce abrigó entonces la esperanza de que, por mediación de Carranza, podría recuperar su antigua posición dominante en el sistema ferroviario mexicano, y con este fin empleó nuevamente a Hopkins. Carranza también empleó a Hopkins para representarlo en los Estados Unidos, a pesar de estar enterado de su verdadero papel, revelado en una sesión pública de una comisión del Congreso norteamericano en 1912,[38] y a pesar de saber que Hopkins trabajaba también para Pierce.

En abril de 1914 ciertos documentos robados del bufete de Hopkins en Nueva York fueron publicados por el *New York Herald* en forma sensacionalista. Estos documentos eran, como le dijo Hopkins a un representante de Villa en los Estados Unidos,[39] perfectamente auténticos. Incluían un extenso proyecto, sometido a Carranza por Pierce a través de Hopkins, en que se proponía el establecimiento de una administración separada para los ferrocarriles del norte de México que fuera independiente de la junta de directores con sede en la capital. Pierce pensaba que la junta central estaba dominada por hombres de Cowdray y el objetivo de dicha proposición, como escribió Hopkins a Pierce, era "llegar a un arreglo mediante el cual pudieran ustedes volver a introducirse provechosamente en el norte de México".[40]

Carranza no apoyó explícitamente estas proposiciones, pero sí nombró director de los ferrocarriles a Alberto J. Pani, quien gozaba de la confianza de Pierce y parece haber tenido ligas especiales con las compañías petroleras.[41] Pierce a su vez, prometió fomentar una actitud benévola hacia el gobierno de Carranza entre los financieros norteamericanos con intereses en los ferrocarriles mexicanos.[42]

Su colaboración con los dirigentes más radicales de Sonora y del noreste de México, sus promesas de reforma social, por moderadas que fueran, y los fondos que recibió de las compañías petroleras permitieron a Carranza y a su movimiento aprovechar la insatisfacción con el régimen de Huerta en muchas partes del norte del país y adquirir una importancia cada vez mayor. A finales de 1913, los contingentes ligados a Carranza controlaban la mayor parte de Sonora y partes de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

EL MOVIMIENTO VILLISTA

El segundo gran movimiento revolucionario del norte de México, que reconocía oficialmente la dirección de Carranza pero había desarrollado una gran autonomía, tenía su bastión en el estado de Chihuahua, al igual que en 1910. Las diferencias ya existentes en 1910 entre el movimiento revolucionario de Chihuahua y el de los vecinos estados de Sonora y de Coahuila —ausencia de hacendados en la dirección y base popular, en consecuencia, mucho más fuerte— se acentuaron todavía más en 1913.

Estas diferencias estaban parcialmente relacionadas con la falta de continuidad que hubo en Chihuahua entre la dirección "moderada" del estado y la de la revolución constitucionalista. En Coahuila y Sonora la burocracia estatal había organizado desde un principio al movimiento constitucionalista manteniéndolo así bajo su control. Movilizó tropas, les proporcionó recursos, nombró a muchos de los jefes militares y coordinó sus actividades. En lo concerniente a la dirección del estado, Carranza representaba una clara continuidad entre el periodo maderista y los años constitucionalistas en Coahuila.

En Sonora, a pesar de que Maytorena, el gobernador maderista, se había ausentado durante varios meses, el congreso del estado y la burocracia gubernamental proporcionaron un alto grado de continuidad, y al nombrar

a Ignacio Pesqueira, otro hacendado, para sustituir a Maytorena, instalaron en su lugar a un hombre cuyas ideas sociales apenas diferían de las de su predecesor.

En cambio, en el estado de Chihuahua la transición no fue tan tranquila y controlada. Grandes sectores de la burocracia y del congreso estatales se habían unido al levantamiento orozquista en 1912 y apoyado a Huerta después de su golpe en 1913. En consecuencia, era imposible que el gobierno mismo del estado organizara la revolución como en Coahuila y Sonora; en Chihuahua ésta asumió, pues, de manera más marcada, las características de un levantamiento popular. Además, la ruptura con el pasado y las tendencias radicales se vieron fortalecidas por el asesinato del dirigente revolucionario moderado Abraham González, a quien los emisarios de Huerta arrojaron bajo un tren en marcha.

En Chihuahua asumió la dirección del movimiento revolucionario un tipo muy distinto de dirigente: Francisco "Pancho" Villa. En marzo de 1913 Pancho Villa cruzó el Río Bravo desde Tejas en compañía de ocho hombres, llegó a hacerse del mando en la mayor parte del estado y se convirtió en el jefe indiscutido del movimiento revolucionario en Chihuahua. Tanto por sus antecedentes —había sido mediero en una hacienda y bandido— como por sus ideas sociales mucho más avanzadas, representaba un tipo de jefe muy diferente de los dirigentes constitucionalistas de los dos estados vecinos.[43]

Los jefes locales y regionales que se le unieron en un principio también se distinguían notablemente de los de Coahuila y Sonora. En las primeras etapas de la revolución villista los hacendados no desempeñaron ningún papel en su dirección, en tanto que los dirigentes campesinos tuvieron una representación mucho mayor que en los otros dos estados. Toribio Ortega, quien durante mucho tiempo había sido vocero de los campesinos de Cuchillo Parado y había llevado a la revolución a prácticamente toda la población masculina de este pueblo el 16 de noviembre de 1910, se convirtió en uno de los principales generales del ejército villista.[44] Calixto Contreras, quien pasó años en las cárceles del porfiriato por encabezar al pueblo de San Pedro Ocuila en su lucha por recuperar las tierras usurpadas por la hacienda de Sombreretillo, fue otro importante general villista. John Reed nos ha dejado una descripción inolvidable de Ortega: "Un hombre trigueño, enjuto, a quien los soldados llaman 'El Honrado' y 'El Más Bizarro'. Es sin lugar a dudas, el corazón más sencillo y el soldado más desinteresado de México. Se ha negado a recibir de la revolución un solo centavo aparte de su escaso sueldo. Villa lo respeta y confía más en él, quizá, que en ningún otro de sus generales".[45]

Porfirio Talamantes, a quien Creel, el gobernador porfirista, había tachado de "agitador peligroso" por haberse convertido en vocero de la antigua colonia militarizada de Janos, cuyas tierras estaba apropiándose la oligarquía chihuahuense, fue coronel del ejército villista.[46]

Fidel Ávila, a quien Villa nombró gobernador de Chihuahua en 1914 en sustitución de Manuel Chao, había sido capataz de una hacienda y condujo a muchos de sus vaqueros y peones a la revolución.[47]

Pero estos hombres no eran los únicos jefes influyentes en el movimiento villista. Tomás Urbina, antiguo compañero de Villa en sus días de bandidaje, siguió siendo un bandido y durante la revolución intentó establecer un imperio ganadero sumamente parecido al del legendario Luis Terrazas, uno de los más ricos hacendados de México. Rodolfo Fierro, ferrocarrilero que pronto tomó a su cargo importantes funciones administrativas y militares en el movimiento villista, fue el verdugo de Villa, un hombre temido por su crueldad tanto por sus amigos como por sus enemigos.

Había menos intelectuales en el séquito de Villa que en el de Carranza. En los primeros meses que Villa ejerció el mando en Chihuahua, los dos hombres que adquirieron mayor influencia fueron Silvestre Terrazas y Federico González Garza.

Silvestre Terrazas había dirigido en Chihuahua, bajo el porfiriato, un periódico de oposición, *El Correo,* y había sido encarcelado varias veces por su oposición al gobierno del estado. Para Villa Terrazas representaba el vínculo más importante con la clase media chihuahuense y por lo mismo le dio cargos de responsabilidad en el nuevo gobierno del estado, nombrándolo secretario de gobierno, gobernador interino y administrador de las haciendas confiscadas. En estas funciones parece haber influido poderosamente en la forma en que se gobernó al estado, y haber sido uno de los promotores de las extensas confiscaciones de tierras realizadas por Villa, así como uno de los principales defensores de este programa político. Aunque antes y después de ser funcionario villista escribió muchísimo, durante el periodo crucial de 1913-15 abandonó tanto la actividad periodística como la ideológica. Rara vez se ocupó de problemas que no afectaran directamente a su estado natal.[48]

A diferencia de Terrazas, Federico González Garza, que también desempeñó cargos importantes en el gobierno del estado, no era chihuahuense y había ocupado puestos importantes en el régimen de Madero, tales como subsecretario de Justicia y gobernador del Distrito Federal. Federico González Garza fue uno de los primeros altos funcionarios maderistas que se unieron a Villa y uno de los pocos que abogaban por una reforma agraria radical. A diferencia de Silvestre Terrazas, Federico González Garza se convirtió en uno de los ideólogos más influyentes en el movimiento villista y redactó algunos de sus pronunciamientos más importantes.[49]

Al extenderse el movimiento villista a otros estados, su dirección, como la carrancista, se transformó y amplió notablemente. Como se verá más adelante, este proceso sufrió un efecto contrario al que tuvo en el caso del carrancismo. Comenzaron a influir en Villa hombres más conservadores,

como Felipe Ángeles, miembros de la familia de Madero, y el gobernador de Sonora, José María Maytorena. Pero cuando Villa asumió el mando en el estado de Chihuahua en diciembre de 1913, estos hombres todavía no se unían a su movimiento.

En ese periodo Villa y sus colaboradores llevaron a la práctica políticas sociales y económicas muy distintas de las de Carranza. Aun cuando Villa hubiera compartido la ideología más conservadora de Carranza, Maytorena y Pesqueira, la situación existente en el estado de Chihuahua lo hubiera obligado a tomar medidas mucho más radicales que ellos.

En Chihuahua en 1913 hubiera sido imposible una revolución exclusivamente política, con un mínimo de contenido social, como la que intentaba realizar Carranza. En Coahuila y Sonora muchos hacendados se habían unido a la revolución o permanecían neutrales. En Chihuahua, en cambio, casi todos los grandes terratenientes mexicanos habían apoyado activamente primero a Orozco y después a Huerta. Además hay que tomar en cuenta que Orozco, aun después de haberse unido a Huerta, pudo seguir contando con un importante apoyo de parte de los revolucionarios maderistas desilusionados. Para quebrantar el poder de los hacendados y minar el apoyo popular con que contaba Orozco, el movimiento revolucionario chihuahuense tenía que llevar a cabo cambios radicales.

Acentuó la necesidad de tales cambios una situación económica que era notoriamente peor en Chihuahua que en los demás estados norteños. La crisis de 1907-10 había golpeado duramente a Chihuahua, como lo comprueba entre otras cosas el hecho de que en 1907 las pérdidas en las ventas al detalle fueron mucho mayores en éste que en los otros estados del norte.[50] En 1910 hubo combates más intensos y una mayor destrucción en Chihuahua que en el resto del norte, y posteriormente, desde febrero de 1912 hasta el final de 1913, se produjeron luchas encadenadas. Muchas empresas, especialmente las mineras, dejaron de trabajar y la producción agrícola disminuyó notablemente. Tal situación, sumada a los orígenes sociales de Villa y a su odio sin disimulo a la clase terrateniente que había gobernado por tanto tiempo a Chihuahua, lo llevó a tomar medidas más radicales que las de Carranza y los dirigentes regionales en Coahuila y Sonora.

El 21 de diciembre de 1913 Villa, nombrado poco antes gobernador de Chihuahua por los generales de la División del Norte, emitió un decreto que tendría profundas consecuencias, ya que anunciaba la expropiación sin compensación de las propiedades de la oligarquía mexicana en el estado. Además, en todas las zonas controladas por sus tropas, se expropió y expulsó a muchos españoles. Villa no sólo se distinguió radicalmente de Carranza en su actitud respecto a la cuestión agraria, sino también de Zapata, ya que en las zonas dominadas por este último las tierras expropiadas a los hacendados se distribuían inmediatamente entre los campesinos, mientras que el decreto de Villa estipulaba que las tierras quedarían, inicialmente, bajo el control del gobierno. Los ingresos derivados de su explotación serían utilizados para financiar la lucha revolucionaria hasta el triunfo de la misma y para mantener a las viudas y huérfanos de los combatientes revolucionarios.

A la victoria de la revolución, dichas propiedades serían destinadas a cuatro fines: 1] el financiamiento de pensiones para viudas y huérfanos de los soldados revolucionarios; 2] la distribución de tierras entre veteranos de la revolución; 3] la restitución de tierras a todos los pueblos despojados por los hacendados; y 4] a cubrir los impuestos adeudados por los hacendados. Estos objetivos revelaban una segunda diferencia entre Villa y Zapata en lo referente a la cuestión agraria: el decreto de Villa limitaba la reforma agraria al beneficio de dos grupos, el de los participantes en la revolución y sus familiares sobrevivientes y el de los campesinos despojados de sus tierras.[51] Nada se decía respecto a una reforma agraria más extensa que abarcara a los campesinos sin tierra, peones y grupos similares.

¿Cómo se explican estas diferencias entre el norte y el sur del país? En primer lugar hay que tomar en cuenta que, a diferencia de las tierras cañeras del sur, resultaba sumamente difícil, en el caso de ciertas tierras expropiadas en el norte, sobre todo las grandes haciendas ganaderas, distribuirlas entre campesinos individuales. Para la ganadería se requieren grandes unidades económicas que hubieran tenido que ser administradas individualmente por el Estado o bien en forma de cooperativas. Además, los ingresos de dichas haciendas constituían la base financiera del movimiento villista. Zapata, prácticamente imposibilitado para vender el azúcar mientras siguiera la guerra, estaba en mejores condiciones de permitir una economía de subsistencia (practicada por muchos de los campesinos que recibieron tierras en el estado de Morelos) que Villa, quien compraba armas con el dinero obtenido mediante la venta de ganado.

También influyeron en las distintas concepciones de la reforma agraria ciertas consideraciones militares. La distribución inmediata de tierras en la región zapatista creó un campesinado dispuesto a luchar hasta el fin para defender sus tierras, pero difícilmente dispuesto a librar una guerra ofensiva desde sus centros regionales, a pesar de que únicamente una guerra de este tipo hubiera podido destruir el ejército de Huerta. Villa, en cambio, planeaba precisamente este tipo de acción militar. Una reforma agraria llevada a la práctica de inmediato hubiera atado a los campesinos al suelo; en cambio, la promesa de una reforma agraria después de la guerra era un incentivo para unirse al ejército revolucionario.

Para Villa era impensable una reforma agraria que se llevara a cabo en ausencia de los soldados. Esto lo declaró con toda claridad un delegado norteño a la Convención Revolucionaria de 1915: "Además, los soldados que ahora están con nosotros en armas, no podrán ver con buenos ojos que

los terrenos se están repartiendo a individuos pacíficos, a quienes, sin duda, tocarán los mejores, cuando ellos tenían esperanzas fundadas de que les correspondieran los mejores lugares, por haberse expuesto en la lucha que tanto ha hecho sufrir al país".[52]

La estructura del ejército revolucionario del norte también explica la renuencia de Villa a repartir inmediatamente los latifundios. La revolución de 1910 había sido organizada por un partido político con un dirigente reconocido a nivel nacional, Francisco Madero. En 1913 no existía tal organización política, y, en las primeras fases del movimiento revolucionario, la autoridad de los dirigentes nacionales era muy limitada. De hecho los dirigentes locales que surgieron en diversas partes del país para encabezar la lucha contra Huerta, con frecuencia tenían vínculos ideológicos, militares y geográficos muy débiles con los demás grupos y con los dirigentes nacionales. Si Villa deseaba integrar estos grupos en un ejército nacional y subordinado a su propio mando, no bastaba para ello su personalidad carismática; tenía que estar en condiciones de proporcionarles armas y municiones y, al mismo tiempo, tomar en cuenta los deseos de los revolucionarios locales de controlar las propiedades de los hacendados.

Los ingresos provenientes de las tierras expropiadas le eran, pues, indispensables a Villa y los administró tomando en cuenta los mencionados objetivos. La mayoría de los antiguos administradores permanecieron en sus puestos, y en un principio se mantuvieron los acuerdos de arrendamiento existentes. Aproximadamente una tercera parte de las haciendas fue colocada bajo el control de dirigentes revolucionarios individuales y el gobierno del estado se encargó de la administración del resto.[53]

La administración de las haciendas expropiadas por parte de Villa no estaba determinada únicamente por consideraciones militares, sino también por la catastrófica situación de los abastecimientos en Chihuahua. Mientras que en Morelos, el estado natal de Zapata, más del 80% de la población se ocupaba de la agricultura y una parte considerable de los habitantes de las ciudades habían huido del estado, en Chihuahua los que cultivaban la tierra constituían una fracción mucho menor. Donde quiera que llegaban los revolucionarios distribuían importantes cantidades de víveres entre los desempleados urbanos y los hambrientos. *El Paso Times* informó en enero de 1914: "Los mexicanos desempleados de las empresas madereras y mineras devastadas están recibiendo raciones diarias [...] Madera, Pearsons y Casas Grandes son abastecidas diariamente por el ejército constitucionalista con raciones de víveres. Los habitantes de estas ciudades, que no pueden conseguir trabajo porque las industrias ya no trabajan a consecuencia de la revolución, se dirigen al ejército constitucionalista y reciben víveres de las reservas dispuestas por Villa y el ejército constitucionalista".[54] Era característico de Villa atender generosamente los orfelinatos y los asilos de niños.[55]

Los precios de la carne fueron drásticamente reducidos en las grandes

ciudades, y los mercados fueron abastecidos con ganado de las haciendas expropiadas. Un decreto del gobierno revolucionario de diciembre de 1913, hizo bajar los precios de la carne a una fracción de su antiguo nivel.[56]

Estos factores explican sin duda ciertos aspectos de los diferentes métodos utilizados por Villa y Zapata al enfrentarse al problema agrario, pero no lo explican todo. A Villa le hubiera sido casi imposible diferir la reforma agraria si las presiones en ese sentido hubieran sido tan grandes en Chihuahua como en Morelos. Una razón obvia de que esto no haya sido así fue, como ya hemos señalado, la proporción mucho menor de campesinos en la población de Chihuahua. Los vaqueros, que constituían una parte considerable de la población rural, estaban menos interesados aún que los campesinos en la reforma agraria. Esto era más evidente entre la población urbana.

La principal presión en favor de la reforma agraria provenía de los excolonos militares. Villa había apaciguado a este grupo prometiendo que sus miembros serían los principales beneficiarios de su proyectada distribución de tierras. Estipuló que los ex-colonos no sólo recobrarían las tierras perdidas, sino que cada uno de los que lucharan en las filas del ejército revolucionario tendría derecho a una cantidad adicional de tierra expropiada a las haciendas. También se asignó una porción de los ingresos provenientes de las haciendas al financiamiento de créditos de bajo interés para los campesinos pobres.[57]

El hecho de que Villa hubiera confiscado los latifundios era una clara prueba para los campesinos chihuahuenses de que aquel hablaba en serio cuando prometía una reforma agraria. Puesto que un número desproporcionadamente alto de los antiguos habitantes de las colonias militares estaban peleando en el ejército villista, lejos de su tierra natal, se hallaban más que dispuestos a que el reparto de las tierras se aplazara hasta que pudieran regresar a sus pueblos al final de la guerra.

Pero la posición de Villa respecto a la reforma agraria se debía no sólo a consideraciones pragmáticas sino también a su ideología, que le expresó claramente a John Reed en una conversación:

> Cuando se cree la nueva república [...] obligaremos al ejército a trabajar. En todas partes de la república fundaremos colonias militares compuestas de los veteranos de la revolución. El Estado les dará tierras y creará grandes empresas industriales que les proporcionarán empleo. Trabajarán tres días a la semana, y trabajarán duro, porque el trabajo honrado es más importante que la lucha armada y sólo el trabajo honrado hace ciudadanos honrados. Los otros tres días de la semana recibirán entrenamiento militar y enseñarán a la gente a pelear. Así, cuando el país se vea amenazado, bastará con una llamada telefónica desde el palacio de gobierno en México y en medio día todo el pueblo mexicano se levantará

en sus campos y en sus fábricas, completamente armado y bien organizado, a defender a sus hijos y a sus hogares.

Mi ambición es vivir mi vida en una de esas colonias militares, entre mis compañeros a quienes quiero, que han sufrido tanto y tan hondo conmigo.[68]

Cabe preguntarse hasta qué punto realmente deseaba vivir en una de tales colonias militares. En 1920, cuando hizo las paces con el gobierno, no ingresó en una de esas colonias sino que se radicó en una hacienda que el gobierno puso a su disposición. Sin embargo, la vida que llevó allí no fue muy distinta de la que hubiera llevado en una colonia militar. Lo significativo de las palabras de Villa es su identificación con una de las más antiguas e importantes formas tradicionales de organización del campesinado chihuahuense. Su actitud se debía en parte al enorme prestigio de que gozaban estos colonos militares entre los campesinos del norte de México. Aun después del fin de las guerras contra los apaches, el levantamiento de Tomochic, en el cual sesenta hombres mantuvieron a raya a mil soldados federales, preservó y acrecentó este prestigio.[59]

La actitud de Villa también se debía a los vínculos muy concretos que había establecido con los habitantes de estas ex-colonias. En vísperas de la revolución instaló su cuartel general cerca de San Andrés, una de las más antiguas y combativas coloniales militares de Chihuahua. En la década de 1880 los rifleros de esa colonia habían desempeñado un papel decisivo en la derrota de los apaches, y más tarde, en 1908, los descendientes de aquellos combatientes se habían levantado contra el gobierno del estado para protestar contra un aumento en los impuestos.[60] Fue en San Andrés donde Villa obtuvo gran parte de su apoyo inicial cuando se decidió a participar en la revolución de 1910.

La ideología de los campesinos provenientes de las colonias militares exhibe características especiales que se reflejan en forma impresionante en el mismo Villa. Estos colonos habían combatido durante más de un siglo contra los apaches en una guerra cruel y despiadada, en la cual no se hacían prisioneros y se recurría a todos los medios posibles de lucha. Esta tradición guerrera se prolongó hasta los días de la revolución, con el resultado de que quienes la mantenían se veían a sí mismos como una élite militar. Los habitantes de Namiquipa le habían escrito orgullosamente a Porfirio Díaz: "Nosotros defendimos la civilización contra los ataques de los bárbaros",[61] y no hay duda de que sentían gran desprecio por quienes no combatían.

Entre ellos el derecho a la tierra no se derivaba únicamente de la herencia, sino que había que confirmarlo y defenderlo constantemente con las armas en la mano. Sólo quien cumplía con su deber militar tenía derecho a adquirir un pedazo de tierra. Los habitantes de estas colonias militares

despreciaban muy especialmente a los peones de las haciendas. Sus actitudes respecto a los grandes terratenientes eran distintas de las de muchos campesinos del centro y del sur de la república. En la región central, los habitantes de las comunidades campesinas habían vivido envueltos en conflictos de larga duración con las haciendas vecinas, conflictos que frecuentemente desembocaban en luchas armadas. En cambio, en el norte, antes de 1885, los conflictos de este tipo fueron mucho más raros. Había tierras y ganado suficientes y la lucha común contra los indios unía a los terratenientes y los colonos militares, relacionados por una dependencia mutua. La situación cambió radicalmente sólo después de la derrota de los apaches y la llegada de los ferrocarriles, cuando los grandes terratenientes se lanzaron al despojo de tierras en gran escala.

Pero este conflicto era relativamente nuevo, y no todos los hacendados estaban envueltos en él, lo cual dio lugar a una actitud ambigua respecto a los hacendados en muchos de los pueblos. Se tomaban acciones contra los hacendados "malos", pero se seguía colaborando con los "buenos", o sea con los que no amenazaban las propiedades de los campesinos. ¿Acaso no habían luchado estos hacendados "buenos" contra los apaches junto a los campesinos durante más de un siglo? Los campesinos norteños no sentían la hostilidad secular hacia los hacendados que había impedido a los morelenses formar un frente común con los grandes terratenientes de su estado.

Los campesinos de las colonias del norte habían gozado de mayor independencia y alcanzado mayor prosperidad que los de las comunidades del sur. A diferencia de éstos, bajo el gobierno colonial español los norteños tuvieron una completa autonomía municipal y no estaban sujetos al control directo del Estado. No sólo habían obtenido más tierras y ganado y privilegios fiscales, sino que desconocían el igualitarismo que caracterizaba la organización de la sociedad en los pueblos del sur y el centro de México. Dentro de la comunidad norteña, cada hombre estaba en libertad de comprar o vender sus tierras a su gusto,[62] lo cual no sucedía en el sur o en el centro. Como consecuencia de ello, en Chihuahua se desarrolló una clase media agraria mucho más numerosa que en el centro de México, cuya influencia se hizo sentir en la revolución.

Buena parte de la forma de pensar y de actuar de estos pioneros mexicanos se reflejaba en la ideología de Villa. En 1913, por ejemplo, Villa anunció que sería fundamentalmente a los veteranos de la revolución, que habían "ganado" en cierta medida su tierra, a quienes se les permitiría conservarla. La frecuente crueldad de Villa, su despiadada ejecución de los prisioneros, formaba parte de una larga y salvaje tradición de guerra fronteriza según la cual se combatía sin dar ni pedir cuartel.

La distinción que hacía Villa entre hacendados "buenos" y "malos", y su disposición a proteger la propiedad de los "buenos" y colaborar con ellos,

como en el caso de Madero y Maytorena, también se relaciona con estas tradiciones fronterizas del norte. Por último, también puede atribuirse a esta misma tradición el origen del objetivo de Villa en su ley agraria de 1915: la creación de un sector de pequeños agricultores prósperos —no de miembros de comunidades igualitarias campesinas— que, tal y como le había dicho a John Reed, ocuparían un lugar central en la vida política y económica del país.

En vista de todo esto, ¿es posible considerar a Villa como un revolucionario agrario análogo a Emiliano Zapata en el sur? Los analistas y políticos contemporáneos suyos y también los historiadores posteriores tienden a verlo así, o por el contrario, a considerarlo un bandido. Ninguno de los dos calificativos lo describe correctamente. Cabe poca duda de que antes de 1910 había sido un bandido, pero no hay motivo alguno para tacharlo por sus actividades posteriores. Si se utiliza la palabra bandido para designar a alguien que carece de una ideología coherente, cuyo objetivo principal es enriquecerse personalmente, el término no puede aplicarse a Villa. Como he intentado demostrar, Villa tenía una ideología bien definida a la cual se mantuvo fiel. Su interés por el dinero era limitado. De los millones de dólares que literalmente pasaron por sus manos, retuvo muy poco. Para él el dinero era primordialmente un medio de ganar poder, de fortalecer a su ejército, de asegurarse la lealtad de sus subordinados, y un medio de lograr la transformación social. Muchas veces se ha dicho que algunos de los métodos que empleaba, tales como la ejecución de los prisioneros y los préstamos forzosos impuestos a los ricos, eran característicos de un bandido. En realidad, fueron utilizados por prácticamente todos los dirigentes y facciones de la revolución mexicana, aunque a veces con mayor disimulo que Villa.

Tampoco basta el término de "revolucionario agrario" para definir a Villa. Si bien le interesaba sobremanera el campesinado, demostraba igual interés en el proletariado urbano. De hecho, aunque a la larga hubieran sido los campesinos los más beneficiados si hubiera triunfado y se hubiera llevado a cabo la reforma agraria que proponía, a corto plazo los principales beneficiarios de su gobierno fueron los pobres de las ciudades de Chihuahua, quienes se vieron favorecidos por su distribución de alimentos y su provisión de carne barata a los mercados.

Apreciado en conjunto, Villa se perfila como una compleja mezcla de revolucionario social y caudillo decimonónico. Sus objetivos (cuando menos en las regiones de Chihuahua, Durango y Coahuila en las que principalmente se interesaba) eran los de un revolucionario social; sus métodos de gobierno muy semejantes a los del caudillo mexicano clásico del siglo XIX.

A diferencia de lo que sucedía en la región zapatista por excelencia, Morelos, los órganos de gobierno de elección popular, como los consejos municipales, desempeñaron un papel mínimo en el proceso de toma de decisiones

de Villa. A diferencia de la mayoría de los revolucionarios agrarios de otros países en el siglo XX, no estableció ninguna organización política que constituyera la base de su poder. Como los caudillos decimonónicos, gobernaba a través de su ejército y de una compleja relación de patronazgo y fidelidad personal. Lo que tenía en común con algunos dirigentes populares del tercer mundo en el siglo XX era lo carismático de su personalidad. Ningún otro dirigente revolucionario mexicano se convirtió a tal grado en leyenda viva para volverse más legendario aún después de su muerte. Ningún otro dirigente revolucionario, ni siquiera Zapata, pudo igualar la atracción que ejercía sobre las masas y la autoridad de que gozaba Villa. Esta popularidad de Villa fue uno de los factores, pero de ninguna manera el único, que determinaron sus conflictos con Carranza.

DISCREPANCIAS ENTRE LAS POLÍTICAS SOCIALES DE VILLA Y CARRANZA

La aplicación de las políticas sociales de Villa diferenciaron cada vez más las zonas que él controlaba de las que dominaba Carranza.

Aun cuando Carranza había permitido confiscaciones provisionales de haciendas, la política de Villa al respecto era fundamentalmente diferente. Las expropiaciones de Villa no sólo fueron mucho más numerosas que las que ejecutó Carranza, sino que también fueron decretados como definitivas e irrevocables. Mientras que Carranza se negó tenazmente en todos sus discursos, decretos y proclamas, a establecer cualquier relación entre la "intervención" de las haciendas (ésta fue la expresión oficial empleada y que indicaba el carácter temporal de la ocupación de estas propiedades) y la reforma agraria, esta relación fue claramente enunciada por Villa en su decreto expropiatorio de diciembre de 1913. Para subrayar el carácter temporal de tales ocupaciones, Carranza también se esforzó por confiar su administración exclusivamente a las autoridades locales. (Cuando a fines de 1914 Carranza estableció una administración central para las haciendas confiscadas, el objetivo principal de aquélla no había de ser la administración de tales propiedades, sino su devolución a sus antiguos dueños.) Villa, por el contrario, creó su propia autoridad central para la administración de los bienes confiscados: la Administración General de Bienes Confiscados.[63]

Estas diferentes maneras de proceder contribuyeron sustancialmente a crear tensiones cada vez mayores entre Villa y Carranza. Por de pronto, Carranza no se atrevió a emprender un ataque frontal contra la política de Villa. Sin embargo, a principios de 1914 le solicitó que nombrara a uno de sus generales, Manuel Chao, como gobernador militar de Chihuahua. Las expropiaciones no fueron revocadas durante el gobierno de Chao, pero el ritmo de las reformas fue aminorado notablemente. A mediados de

1914, Carranza le exigió a Villa que cediera el dominio de todas las tierras confiscadas.[64] Esta medida de Carranza, según lo explicó más tarde él mismo (en 1917), estaba calculada como un primer paso hacia la devolución de estas propiedades a sus antiguos dueños.[65] La negativa de Villa a acceder a esta exigencia contribuyó sustancialmente al estallido del conflicto abierto entre los dos jefes, según la opinión de uno de los colaboradores más cercanos de Villa, Silvestre Terrazas, secretario del gobierno de Chihuahua y administrador de los bienes expropiados.[66] La política villista de expropiaciones masivas sin reforma agraria hubo de tener consecuencias importantes para su movimiento y para todo el desarrollo de la revolución mexicana. Constituyó la base de la destrucción del régimen de Huerta y del rompimiento con Carranza, pero también de la derrota de Villa en la guerra civil subsiguiente.

Los grandes recursos que le proporcionaban a Villa las tierras expropiadas, le permitieron poner en pie el ejército revolucionario mejor pertrechado y más poderoso. Se hicieron compras masivas de armas en los Estados Unidos, las cuales fueron traídas a México, primero de contrabando y más tarde por vía perfectamente legal. No menos importante era el hecho de que Villa disponía ya de los medios para formar un ejército semiprofesional. A diferencia del ejército campesino de Zapata, este ejército no era pagado con tierras, sino con dinero. Por consiguiente los soldados de Villa no padecían las inhibiciones que impedían a las tropas de Zapata combatir lejos de sus pueblos. Los soldados de Villa estaban mejor preparados para realizar una guerra ofensiva que sus futuros aliados del sur. El peligro de semejante ejército profesional consiste por supuesto en que en el momento en que ya no existen más recursos para pagarlo, una parte considerable de sus miembros puede cambiar de bando fácilmente. Esto fue lo que sucedió en gran medida tras la derrota de Villa en 1915.

En 1913 y 1914, la División del Norte constituyó la principal fuerza de choque de la revolución y fue la principal causante de la derrota de Huerta.

Los ingresos provenientes de las haciendas expropiadas fueron un fuerte eslabón que mantuvo unidas a las heterogéneas clases y grupos sociales en Chihuahua. Otro factor que fortaleció al liderato revolucionario en el estado fue el hecho de que allí parece haber tenido lugar una elevación del nivel de vida, particularmente en el año de 1914. Los dos años del gobierno de Villa fueron los únicos en la historia de este estado, entre 1910 y 1920, en los que hubo paz. Las grandes batallas y luchas de la revolución se libraron fuera de sus confines. Mientras que los precios de los productos de primera necesidad bajaron gracias a los subsidios de Villa, el desempleo desapareció. Al mismo tiempo que el desarrollo económico cobraba nuevo impulso y exigía nueva fuerza de trabajo, muchos miles de hombres se encontraban en el ejército. Así pues, como resultado de una escasez de mano de obra, los salarios aumentaron en muchas ramas de la industria y la

minería. Las haciendas expropiadas intentaron atraer a arrendatarios mediante la exención del pago de renta durante el primer año de trabajo.

Esta prosperidad, la oportunidad de ascenso social en la nueva administración de Chihuahua y, hasta cierto punto, en el ejército de Villa, y sobre todo la esperanza de participar en una administración nacional influida por Villa, ligaron a importantes sectores de la clase media de Chihuahua al movimiento villista.

Sin embargo, el aumento del nivel de vida, que tanto contribuyó a darle una base social de masas a Villa en su estado natal, duró poco tiempo. En la segunda mitad de 1914 los gastos de guerra aumentaron tanto, que Villa y todos los otros jefes revolucionarios imprimieron cantidades cada vez mayores de papel moneda para financiar la revolución. El resultado fue una inflación creciente y la escasez de mercancías, y sobre todo después de 1915 un descontento cada vez mayor en la población.

Una de las consecuencias más importantes de las políticas sociales y económicas de Villa fue el surgimiento de una nueva burguesía dentro de su movimiento, con inclinaciones conservadoras cada vez más marcadas. Esta nueva burguesía tenía un doble origen. Un primer grupo fue reclutado entre los generales y los revolucionarios destacados que habían recibido las tierras de los hacendados para administrarlas con el propósito de avituallar a las fuerzas armadas revolucionarias.

John Reed visitó a principios de 1914 la hacienda de Canutillo, que había sido entregada al general Urbina, antiguo compañero de Villa en sus días de bandido. "Salí al amanecer y di un paseo por las Nieves. La población pertenece al general Urbina, la gente, las casas, los animales y las almas inmortales [. . .] En Las Nieves, él solo, y únicamente él administra la justicia, alta y baja. La única tienda del pueblo está en su casa."[67]

La segunda categoría de miembros de la nueva burguesía era la de los agentes que supervisaban la exportación de productos agrícolas a los Estados Unidos y la importación de armas norteamericanas a México, y que estaban íntimamente ligados, en su mayoría, a grandes compañías norteamericanas. Este grupo incluía a hombres como Félix Sommerfeld y Lázaro de la Garza. Sommerfeld, que había sido jefe del servicio de inteligencia de Madero en los Estados Unidos, monopolizaba la importación de dinamita en las zonas controladas por Villa y mantenía estrechas ligas con la Standard Oil Company.[68] De la Garza, comerciante de Torreón, era otro de los agentes financieros de Villa en los Estados Unidos.[69] Ambos hicieron una fortuna en la revolución y traicionaron a Villa a la larga.

Villa mismo parece haber considerado muchos de estos negocios como un mal inevitable pero necesario para aprovisionar a sus tropas. Hasta donde se sabe no participó en ellos ni se enriqueció personalmente por ese medio. No se puede decir lo mismo de su hermano Hipólito, quien se convirtió en agente financiero de la División del Norte y sacó provecho de sus

negociaciones.

Esta nueva burguesía conservadora se vio fortalecida por otros dos grupos sociales dentro del movimiento villista. El primero de ellos era el de la burocracia estatal. Mientras que en las zonas controladas por Zapata apenas si se instaló un aparato administrativo, la situación fue diferente en las regiones dominadas por los ejércitos de Villa. La existencia de grandes poblaciones y ciudades, el gran desarrollo en esta región de la economía monetaria, la presencia de numerosos extranjeros y compañías extranjeras y, finalmente, la larga frontera con los Estados Unidos, todo ello impuso la necesidad de organizar y mantener una numerosa burocracia gubernamental.

¿Y dónde había de encontrarse el personal necesario para tal burocracia? La antigua burocracia porfirista, gran parte de la cual había apoyado a Huerta, no tenía en su mayoría deseos de participar en una administración revolucionaria, y Villa tampoco se inclinaba a aceptar sus servicios. Recurrió, pues, a las únicas personas en las cuales confiaba: la familia Madero y sus colaboradores. Esto explica, entre otras cosas, el rápido ascenso de Félix Sommerfeld, ex-secretario de Madero, al cargo de representante de Villa en los Estados Unidos.

La influencia de estas fuerzas primordialmente conservadoras se vio fortalecida por los hacendados de Coahuila y Sonora, que se habían unido a la revolución pero tenían malas relaciones con Carranza y buscaban, por lo tanto, una alianza con Villa. Las disensiones de la familia Madero con Carranza no se fundaban en diferencias ideológicas graves, sino en una marcada rivalidad. Lo mismo puede decirse del hacendado sonorense Maytorena, quien regresó a su estado a principios de 1914 y reasumió su cargo de gobernador.

Carranza presentía un rival en el único otro gobernador maderista que se mantenía en el cargo y prefirió apoyarse en los revolucionarios de clase media un tanto más radicales, como Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Salvador Alvarado y Benjamín Hill, quienes representaban una menor amenaza inmediata para su poder. La vieja lealtad de Villa a Madero y su creciente rivalidad con Carranza tuvo el efecto de vincularlo cada vez más estrechamente a personas cuya ideología era muy distinta de la suya. Esta alianza con un sector terrateniente diferenció en forma importante al movimiento villista del zapatista.

El portavoz más influyente del ala conservadora del movimiento villista, y uno de los más destacados militares de México, fue el general Felipe Ángeles.[70] De todas las personalidades que tomaron parte en la revolución mexicana después de 1913, Ángeles fue probablemente el discípulo más auténtico de las ideas de Madero. Fue uno de los pocos soldados profesionales que habían servido en el ejército porfirista antes de 1910, y se había unido a Madero y había permanecido fiel a éste en 1913. Por órdenes de

Madero había peleado tanto contra Zapata en 1912 como contra Félix Díaz en el levantamiento en la ciudad de México en 1913. Algunos meses después del estallido de la revolución de Carranza, se unió a éste y fue nombrado ministro de la guerra en su gabinete.

Los nuevos generales de Sonora surgidos de la Revolución, sobre todo Obregón, protestaron por esta designación y, debido a su presión, Carranza destituyó a Ángeles de su puesto de responsabilidad. Profundamente amargado, Ángeles pidió ser trasladado al Estado Mayor de Villa, quien acogió con placer al brillante oficial de artillería.

Al igual que su mentor Madero, Ángeles fue partidario de las elecciones libres, pero enemigo de las transformaciones sociales. Se opuso a la expropiación de los latifundios y, sobre todo, favoreció el mantenimiento de relaciones más estrechas con los Estados Unidos, a los que admiraba mucho.[71]

Villa, sin embargo, sólo se dejó influir moderadamente por sus ideas. Según lo declaró en una conversación confidencial con el representante de Woodrow Wilson en México, Duval West, pensaba que a los extranjeros no debía permitírsele poseer tierras en México. West le informó a Wilson sobre su entrevista con Villa:

> En la misma conversación, declaró que la industria mexicana debía desarrollarse primordialmente mediante capital mexicano. Recibí la impresión de que él se adhiere a la exigencia popular de un "México para los mexicanos", y considera que una puerta abierta a los inversionistas extranjeros representa un peligro para el país.

En opinión de West, el movimiento villista sostenía la idea "de que las propiedades de los ricos debían ser administradas por el gobierno en beneficio de las masas populares [. . .] La idea socialista, si bien no está expresada claramente, parece dominar por todas partes en este movimiento".[72]

Estas ideas de Villa merecen tanta mayor consideración, cuanto que no fueron expresadas en un discurso propagandístico sino en una conversación confidencial con el representante especial de Woodrow Wilson en México. Lejos de ser sólo retórica, ellas determinaron en gran medida la actitud práctica de Villa frente a los norteamericanos. La expropiación masiva de propiedades mexicanas realizada por Villa en su estado natal, impidió que los grandes propietarios de Chihuahua hicieran lo que en otros estados para protegerse de las expropiaciones, o sea vender sus tierras, real o aparentemente, a extranjeros, sobre todo norteamericanos. Carranza nunca tomó medidas semejantes durante este periodo para evitar la penetración norteamericana en México.

A pesar de todo, Villa era visto con auténtica simpatía por el régimen de Wilson, por un sector de las fuerzas armadas norteamericanas, por el público norteamericano en general y, finalmente, por las compañías norte-

americanas. Los motivos de esta simpatía eran complejos y difícilmente se las puede reducir a un común denominador. Para muchos políticos en los Estados Unidos y para algunas compañías norteamericanas, Villa era ante todo el hombre fuerte que impondría el orden en México. A diferencia de Carranza, parecía tener la autoridad y el poder necesarios para controlar a los grupos revolucionarios, frecuentemente aislados entre sí o envueltos en rivalidades, y someterlos a una autoridad central. Ya desde 1913 un importante funcionario norteamericano le expresó esto claramente al embajador francés en Washington, quien escribió en su informe sobre la conversación:

> A diferencia de lo que se dice generalmente, dijo mi interlocutor, Villa no es precisamente un hombre sin propiedades. Sus padres poseían un rancho y gozaban de cierta comodidad. Su educación no pasó de la primaria, pero al menos llegó hasta allí; no es el analfabeto que describen los periódicos; incluso sus cartas están bien escritas.
>
> Es, como Huerta, de extracción indígena, excelente jinete y gran tirador. Exento de temor al peligro físico o a la ley, desde muy temprana edad llevó la vida de un "ranchero". Es la misma vida que muchos de nosotros llevamos hasta hace poco en las distantes regiones del oeste, regiones que quedan fuera del alcance de las autoridades, donde cada hombre era su propio amo y a veces mandaba a otros, a veces tenía seguidores y creaba su propia ley [...]
>
> Villa gana popularidad fácilmente y se asegura de que esta popularidad perdure. Cuida a sus soldados, los ayuda, vigila la satisfacción de sus necesidades y es muy popular entre ellos. La historia romántica de su supuesto matrimonio con una joven de Chihuahua durante la ocupación de esa ciudad no es cierta. Está casado y no está separado de su esposa.
>
> Sería incapaz de gobernar, pero podría muy bien crear el orden si lo quisiera. Si yo fuera el presidente de México le encargaría esa tarea; estoy completamente convencido de que la cumpliría estupendamente; también obligaría a todos los rebeldes a guardar la paz. En la situación actual de México, no veo a nadie más que pudiera realizar con éxito esa tarea.[73]

Woodrow Wilson, en una conversación con el agregado militar francés en Washington, expresó ideas muy parecidas. Según informara dicho agregado en diciembre de 1913, Wilson, "al hablar de Villa expresó su admiración por este asaltante de caminos que gradualmente ha logrado inculcar en sus tropas suficiente disciplina para convertirlas en un ejército. Quizá, añadió, este hombre represente hoy en día el único instrumento de la civilización en México. Su firme autoridad le permite crear orden y educar a la turbulenta masa de peones, tan inclinada al saqueo y al pillaje".[74]

Esta impresión de autoridad se fortaleció debido a que Villa logró mejor que la mayoría de los otros generales revolucionarios limitar o impedir los saqueos y los excesos tras la toma de ciudades y poblados. Procuró efectivamente que, con excepción de los bienes de los españoles, ninguna propiedad de extranjeros fuera tocada o confiscada.

Para el presidente Woodrow Wilson y para su secretario de Estado, William Jennings Bryan, había además otras razones para simpatizar con Villa. Ambos pertenecían a una larga lista de políticos liberales norteamericanos que buscaban un tipo de revolucionario latinoamericano que casi nunca había existido: un revolucionario, que, por ejemplo, llevara a cabo una cierta modernización y algunas reformas que pudieran traer estabilidad al país y que lo resguardara de agitaciones revolucionarias más intensas, pero que dejara intocados los intereses norteamericanos. Wilson fue muy explícito en este punto: "Nosotros haremos saber a todo el que ejerza el poder en cualquier parte de México —y se lo haremos saber de la manera más clara—, que velaremos muy cuidadosamente por los bienes de aquellos norteamericanos que no puedan abandonar el país, y haremos responsables a estos políticos por cualesquiera daños y pérdidas que sufran los ciudadanos norteamericanos. Les haremos saber esto con absoluta claridad".[75]

John Lind, representante de Wilson en México, dio a estas ideas su expresión más clara. En un informe a Wilson, calificaba a la revolución como un movimiento que esencialmente intentaba crear en México condiciones similares a las de los Estados Unidos. Acerca del objetivo de la política norteamericana, escribió: "Debemos ser la 'columna de nube por el día y la columna de fuego por la noche' e imponer una administración decente [...] Ésta es una necesidad ineludible, a menos que la revolución y la anarquía sigan a la orden del día en México [...] Dejemos que esta labor de limpieza la hagan los de casa. Tendrá que ser un poco ruda y debemos cuidar de que algunas paredes queden intactas, pero no me inquietaría si algunas galerías y ventanas fueran demolidas. El general Villa, por ejemplo, haría el trabajo satisfactoriamente".[76] Esta idea de una revolución dirigida por los norteamericanos entusiasmó a Wilson, y Lind explicó que Villa era el hombre que podía llevar a cabo tal revolución. Esta impresión se acentuó después que Ángeles se unió a Villa. Ángeles subrayó reiteradamente en público y en conversaciones confidenciales con representantes norteamericanos, como el emisario de Wilson, Duval West, su oposición a transformaciones sociales radicales.[77] Sus opiniones eran bien conocidas y por algún tiempo Wilson lo consideró como el mejor candidato para la presidencia de México.[78]

Otro factor que contribuyó a que los conflictos entre Villa y los Estados Unidos quedaran limitados a un mínimo en 1913 y en la primera mitad de 1914, fue el hecho de que ninguno de los latifundistas expropiados por Villa les habían vendido sus propiedades a los norteamericanos. Luis Terra-

zar, en particular, quien, a pesar de haber recibido ofertas de compradores norteamericanos, se negó a vender. Su actitud se fundaba, sin duda alguna, en la firme convicción de que los revolucionarios serían derrotados tarde o temprano.[79] Si él hubiera accedido a vender y si los norteamericanos hubieran exigido entonces a Villa la entrega de la propiedad de Terrazas, habría podido llegarse fácilmente a un conflicto. Debido a que esto no sucedió, se evitaron problemas de tal naturaleza, que la legislación de Villa hubiera podido sucitar.

La diferencia económica esencial en las relaciones de Villa y de Carranza con los norteamericanos, radicó en el grado de su respectiva independencia de los Estados Unidos. De 1913 a 1915, ambos obtuvieron sus armas de los Estados Unidos y dependían en gran medida de los norteamerinos en este aspecto. Con todo, las relaciones financieras de uno y otro con las empresas norteamericanas eran de diferente naturaleza, y esta diferencia caracterizó en buena medida su política hacia los Estados Unidos. Villa, gracias a la expropiación masiva de propiedades mexicanas que hizo en Chihuahua y en la región lagunera de los estados de Coahuila y Durango, gozaba de una situación financiera segura. Hasta finales de 1914 dispuso de suficientes recursos propios para financiar sus campañas militares. Carranza, sin embargo, que se oponía a las expropiaciones de propiedades mexicanas, dependía en mucho mayor medida que Villa de las dádivas o los impuestos de las empresas extranjeras, y en un principio obtuvo estos recursos en base de acuerdos secretos y más tarde cobrando impuestos a las empresas extranjeras que operaban en su zona.

La mayor independencia económica de Villa frente a los norteamericanos le permitió, en 1914, mantener mejores relaciones que Carranza con los Estados Unidos. Villa, que contaba con recursos adecuados, no vio al principio razón alguna para aumentar los impuestos a las compañías norteamericanas como hizo Carranza en su zona.[80] Igualmente importante es el hecho de que Carranza, por sus acuerdos secretos con compañías norteamericanas, tenía motivos para cultivar un nacionalismo y un radicalismo verbales. Sin embargo, en la práctica, Villa, por sus drásticas restricciones a la oportunidad y el derecho de las oligarquías locales de vender sus propiedades a extranjeros, limitó mucho más que Carranza la influencia de las compañías norteamericanas.

LAS RELACIONES ENTRE LAS FACCIONES REVOLUCIONARIAS

Las profundas diferencias que iban creciendo a medida que los revolucionarios se fortalecían y controlaban más territorio no condujeron, durante el año de 1913, a un conflicto abierto, ni siquiera a un enfrentamiento público. Huerta era todavía demasiado poderoso y el deseo de derrocarlo siguió siendo el objetivo dominante de todas las facciones revolucionarias.

Zapata nunca criticó abiertamente a los revolucionarios del norte durante el año de 1913, pero se negó a reconocer su dirección. No quiso firmar el Plan de Guadalupe, que proclamaba a Carranza como jefe del gobierno revolucionario y, en una modificación a su propio Plan de Ayala, se proclamó a sí mismo director supremo de la revolución. Estaba, sin embargo, plenamente consciente del hecho de que su propio movimiento jamás podría alcanzar la supremacía en México e intentó por lo tanto establecer relaciones con las facciones norteñas más radicales. Hacia fines de 1913 envió a uno de sus más cercanos asesores intelectuales, Gildardo Magaña, quien había estado en la cárcel con Pancho Villa, a establecer relaciones más estrechas con éste en Chihuahua. Como consecuencia de esta visita, Zapata se convenció de que Villa era un defensor de la reforma agraria, y en una larga carta en que ensalzaba al jefe de la División del Norte, sugirió que aplicara los principios del Plan de Avala al llevar a cabo sus reformas agrarias.[81] Villa no lo hizo, pero su confiscación de las haciendas de la oligarquía bastó para convencer a Zapata de que era el único dirigente norteño importante que apoyaría su programa agrario. Fue en este periodo cuando se establecieron las bases para la posterior alianza entre ambos jefes revolucionarios.

La negativa de Zapata a establecer vínculos organizativos con los movimientos revolucionarios del norte no tuvo consecuencias prácticas para el desarrollo militar de la revolución, puesto que la región en que se operaba se hallaba a centenares de kilómetros del norte y difícilmente se hubieran podido realizar acciones militares conjuntas.

Para el éxito de los movimientos norteños, sin embargo, era indispensable algún tipo de colaboración política y militar. El hecho de que operaban en regiones contiguas hacía esencial la coordinación militar. Otro poderoso factor de unión era su común deseo de obtener el reconocimiento norteamericano. Hacia principios de 1913, Villa reconoció el Plan de Guadalupe y la jefatura de Carranza y, en compensación, el "Primer Jefe" le proporcionó armas y dinero y lo reconoció como comandante militar de la División del Norte que operaba en Chihuahua.

Pero pronto surgieron las diferencias entre ambos jefes y sus respectivos movimientos. Cuando Villa renunció a su cargo de gobernador de Chihuahua, después de unos días de ocuparlo, para concentrar todos sus esfuerzos en la organización y dirección de su ejército, Carranza, enfurecido por las reformas que había llevado a cabo Villa en ese estado, le impuso un sucesor indeseable para él.[82] Durante el periodo en que administró el estado este nuevo gobernador, Manuel Chao (uno de los generales de la División del Norte), las reformas en el estado de Chihuahua se hicieron significativamente más lentas.

Al mismo tiempo Villa comenzó a apoyar a políticos más revolucionarios

disgustados con Carranza o bien en franca oposición a éste. Muchas veces esta oposición se fundaba en conflictos personales y rivalidades por el poder y no en consideraciones ideológicas. Tal fue indudablemente el caso de José María Maytorena, quien regresó a la gubernatura de Sonora en agosto de 1914.[83] Maytorena era, en algunos aspectos, más conservador aún que Carranza en términos sociales, pero Carranza lo temía por ser el único otro gobernador constitucionalmente elegido durante el periodo de Madero que luchaba contra Huerta, y que por lo tanto podía llegar a ser considerado como rival del Primer Jefe. Tal parece que éste fue precisamente el motivo de que Villa hiciera todo lo posible por fortalecer a Maytorena a pesar de su tendencia conservadora.

A pesar de estas rivalidades que ya se perfilaban, el movimiento constitucionalista llegó a dominar casi la mitad del país a fines de 1913.

CIVILES Y MILITARES EN EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO

Dos características esenciales diferenciaron a la revolución de 1913-14 de su primera fase de 1910-11, así como de las demás revoluciones del siglo XX.

Con la notable excepción del zapatismo, la lucha militar fue fundamentalmente convencional; las guerrillas desempeñaron un papel secundario. En el norte, el ejército federal se había retirado a ciudades muy fortificadas y entronques ferroviarios en donde fue atacado por tropas revolucionarias bien organizadas y muchas veces mejor armadas. Con excepción del estado de Morelos y sus alrededores en donde predominó la guerrilla, sólo surgieron movimientos guerrilleros en zonas muy limitadas del país, y no fueron lo suficientemente fuertes para inmovilizar partes importantes del ejército federal.

Otra característica de este periodo de la revolución mexicana fue su falta de una organización política, como la que tuvo el movimiento 26 de Julio en Cuba o incluso como el Partido Antirreeleccionista de la primera etapa de la misma revolución mexicana. Después de la victoria de Madero, dicho partido se había transformado de un partido político de masas en un aparato electoral y, de hecho, había dejado de existir para cualquier fin práctico.

Algunos legados políticos del periodo maderista sobrevivieron durante los primeros meses posteriores al golpe huertista en la capital. Los sindicatos siguieron funcionando y algunos diputados radicales siguieron expresando sus opiniones en el Congreso. Después del segundo golpe de Huerta, cuando disolvió el Congreso en octubre de 1913, la oposición legal cesó prácticamente. En las ciudades, los simpatizantes de la revolución no fundaron organizaciones clandestinas sino que se fueron al norte a unirse a Carranza

o a veces a Villa. Unos pocos intelectuales radicales se fueron a Morelos a apoyar a Zapata.

En el campo surgieron algunos movimientos guerrilleros pero, fuera de Morelos, parecen haber tenido poca importancia.

En los territorios dominados por los revolucionarios del norte tampoco había mucha actividad política. No se organizó ningún partido político y, con pocas excepciones, no hubo elecciones ni a nivel local ni regional. Las autoridades civiles siguieron siendo en su mayoría las mismas que habían sido elegidas durante el régimen de Madero y las nuevas fueron generalmente designadas y no elegidas. Esta situación se debía en gran medida al temor de los dirigentes revolucionarios de que las controversias políticas pudieran minar su autoridad, aún no plenamente establecida ni reconocida. Quizá les preocupaba más aún la posibilidad de que las divisiones y tensiones latentes entre ellos, que en esta etapa de la revolución intentaban disimular, salieran a la luz si había elecciones.

Como resultado de esta paralización de la vida política, había una sola organización que llevaba a cabo un proceso de movilización de masas y daba a los individuos ambiciosos y talentosos una oportunidad de ascenso rápido en la escala social. Ésta era el ejército. Era una institución que tanto los revolucionarios dedicados y sinceros como los hombres ambiciosos y oportunistas veían como instrumento principal para el logro de sus objetivos. El primer grupo veía al ejército como la institución menos dominada por la dirección maderista de clase media y alta, y la que mayor poder tenía para destruir la resistencia opuesta por las autoridades civiles a las reformas. Para muchos otros, el ejército representaba un instrumento excepcional de ascenso social. Cualquiera que conseguía reunir un número suficiente de voluntarios podía presentarse ante las autoridades revolucionarias y ser reconocido como oficial. Después podía, en muchos casos, confiscar alguna hacienda cercana cuyo producto sería destinado a abastecer a sus tropas, pero que a veces también llenaría sus bolsillos. A los soldados que ingresaban individualmente en su ejército Villa les prometía tierra. Los demás dirigentes revolucionarios no habían hecho en general tales promesas. En cambio, a muchos de los soldados que ingresaban en sus filas el ejército les proporcionaba cuando menos un ingreso seguro y en el mejor de los casos una oportunidad de mejorar su posición, y a veces (aunque la mayoría de los jefes procuraban evitarlo) posibilidades de saqueo.

La pasividad e inmovilidad de la estructura civil condujo a una influencia cada vez mayor de los militares en todos los ámbitos de la vida en el norte del país. Éste fue un proceso al que Carranza se opuso ferozmente, en parte porque él mismo era un civil sin control directo sobre una fuerza militar propia, y en parte porque consideraba al ejército demasiado radical en términos sociales y demasiado inclinado a las transformaciones sociales. Por lo tanto Villa, aunque todas sus proclamas se pronunciaban

en contra del gobierno por los militares, de hecho favoreció dicha tendencia. Silvestre Terrazas, el más alto funcionario civil de Villa, describió este proceso en sus memorias al relatar la forma en que los militares comenzaron a asumir un número cada vez mayor de sus prerrogativas.[84]

Como siempre, la única excepción era la región morelense dominada por Zapata, que no contaba con ningún ejército profesional y dependía en mucho mayor grado del apoyo de los civiles para la guerra de guerrillas que libraba. De hecho, Zapata había revitalizado las estructuras civiles en su zona. Con frecuencia se hacían nuevos comicios para elegir a las autoridades de los pueblos y se ampliaban sus poderes. De esta forma las autoridades civiles participaron activamente en los repartos de tierras y Zapata intentó darles algún tipo de control limitado sobre los militares.

5. ESTADOS UNIDOS, GRAN BRETAÑA Y HUERTA

Inmediatamente después del ascenso de Huerta al poder, su gobierno pareció a los observadores, tanto dentro como fuera de México, un mero instrumento de la política norteamericana. Hintze, por ejemplo, se refería a él como el "gobierno de la embajada norteamericana".[1] Varios meses más tarde, sin embargo, los Estados Unidos libraban una batalla enconada contra el gobierno de Huerta. Uno de los principales motivos de la ruptura entre Huerta y los Estados Unidos fue el hecho de que Woodrow Wilson, quien asumió la presidencia norteamericana el 4 de marzo de 1913, comenzó a poner en práctica una nueva política hacia México. Había sido elegido como resultado de la creciente oposición de las clases medias norteamericanas a las grandes corporaciones presentándose, durante su campaña electoral, como portavoz de esos grupos. "El gobierno de los Estados Unidos", declaró, "es actualmente el consentidor de las grandes compañías",[2] y prometió a los electores una política interior y exterior independiente de las grandes corporaciones. Quienes lo habían elegido esperaban demostraciones prácticas de su postura liberal, y pronto se hizo evidente que la situación imperante en México, primera cuestión de política exterior a la que tuvo que enfrentarse el nuevo presidente, le ofrecía una rara oportunidad para cumplir sus promesas.

Las fuerzas y los motivos que orientaron la política de Wilson hacia México siguen siendo hasta hoy una de las cuestiones más discutidas de la historia norteamericana. Muchos de los diplomáticos europeos de aquella época, muchos de sus opositores políticos y algunos historiadores veían en Wilson a un agente de las grandes compañías norteamericanas cuyos intereses deseaba promover. Pero en opinión de sus adeptos así como de otros historiadores, lo que intentaba era imponer una política ideal contra la voluntad de todos los intereses empresariales norteamericanos que operaban en México.

La realidad es mucho más compleja que cualquiera de estas dos versiones. Robert Freeman Smith ha presentado, en un estudio recientemente concluido, la actitud de Wilson hacia los países "atrasados".[3] El principio básico del pensamiento de Wilson a este respecto era que los países subdesarrollados tenían que ser inducidos a aceptar el orden social y las normas de los países industriales más avanzados. Ya en 1901 había escrito: "El Oriente debe ser abierto y transformado. Deben imponérsele las normas occidentales; países y pueblos que han permanecido inmóviles durante siglos

deben ser acelerados y convertidos en parte del mundo universal del comercio y de las ideas que el avance del poder europeo ha ido creando de manera tan constante de una época a otra. Es nuestro deber particular moderar este proceso en bien de la libertad: impartir a los pueblos lanzados así al camino del cambio nuestros propios principios de autoasistencia; enseñarles el orden y el autocontrol en medio del cambio".

Entre las normas más importantes de la sociedad occidental, tal y como la veía Wilson y deseaba difundirla, figuraba el concepto de la libre empresa. "Si los Estados Unidos no han de tener libre empresa, entonces tampoco han de tener libertad de ningún tipo", declaró. Los países subdesarrollados tendrían que mantener las normas de una sociedad industrial fundada en el Sistema de Libre Empresa, lo cual significaba que no podría haber expropiaciones ni confiscaciones. Por lo que tocaba a México, no sólo se oponía a cualquier expropiación de propiedades norteamericanas durante su periodo presidencial, sino también a cualquier limitación de los enormes privilegios de que gozaban las compañías norteamericanas bajo el régimen de Díaz.

Wilson era, al mismo tiempo, un franco opositor de las compañías europeas en América Latina, que consideraba perjudiciales e imperialistas. Por lo que se refería a las compañías norteamericanas, distinguía entre los "malos" y los "buenos" hombres de negocios. "Estaba firmemente convencido de que algunos malos hombres de negocios promovían revoluciones y explotaban a la gente mediante prácticas deshonestas. Además, los malos hombres de negocios eran los que proponían una invasión abierta de México. A los que deseaban una intervención limitada no los clasificaba necesariamente como malos."[4]

La oposición de Wilson a las compañías inglesas que operaban en México, y su esfuerzo por encauzar la revolución mexicana de tal manera que los "derechos legítimos" de las compañías extranjeras no fueran violados y no se pusiera en peligro el sistema de libre empresa, estaban en total conformidad con los deseos de las grandes compañías norteamericanas que operaban en México. La política de Wilson hacia México se distinguía de la que postulaban algunas compañías norteamericanas por el rechazo a la posibilidad de anexar territorio mexicano a los Estados Unidos o establecer un protectorado norteamericano directo sobre México. Muchos hombres de negocios norteamericanos que operaban en México también rechazaban los métodos que quería utilizar Wilson para crear un México estable fundado en los principios del sistema de libre empresa. En opinión de Wilson no era la dictadura (preferida por la mayoría de los hombres de negocios extranjeros), sino la democracia parlamentaria, el único medio de crear una situación estable y evitar una revolución, no sólo en México sino en toda América Latina. Como solución a los problemas latinoamericanos, propuso alguna vez "enseñar a las repúblicas latinoamericanas a

elegir hombres buenos".[5] Como prototipo de tal político latinoamericano deseable, Wilson pensaba en Madero, quien, como él mismo, había creído que la introducción de un sistema parlamentario sería el mejor medio de resolver los problemas de México y llevar estabilidad al país. El derrocamiento de Madero había sido, en opinión de Wilson, un duro golpe contra la solución que él concebía para los problemas de México.

Debe añadirse un tercer factor determinante de la política norteamericana: la trayectoria histórica de los Estados Unidos en América Latina antes de 1913. Con la posible excepción de Chile, país donde el presidente pronorteamericano Balmaceda había sido derrotado en 1892 por sus adversarios, los norteamericanos podían presumir de una larga serie de éxitos. En 1898 las tropas norteamericanas desembarcaron en Cuba y lograron controlar, sin grandes dificultades, el movimiento revolucionario social que se estaba desarrollando, de tal manera que en 1902 habían convertido a Cuba en un protectorado *de facto* de los Estados Unidos. El levantamiento organizado por los Estados Unidos en Panamá contra Colombia también se desarrolló sin graves problemas. En febrero de 1913 la diplomacia norteamericana parecía haberse anotado otra fácil victoria en México con el derrocamiento de Madero. Wilson consideraba que sus objetivos eran totalmente diferentes, pero las anteriores experiencias norteamericanas en América Latina probablemente lo convencieron de que tenía el poder para imponer a los vecinos del sur cualquier solución que consideraba correcta. Sir William Tyrrell, viceministro de Relaciones Exteriores y colaborador cercano de Grey, el ministro de Relaciones Exteriores británico, descrito por diplomáticos franceses como jefe de un grupo favorable a Wilson en dicho ministerio,[6] describió las ideas de Wilson y la discrepancia entre sus ideas subjetivas y las consecuencias objetivas de su política, apreciable ya en 1913:

> Con la apertura del Canal de Panamá se hace cada vez más importante el mejoramiento de los gobiernos de las repúblicas centroamericanas, ya que éstas se convertirán cada vez más en campo de acción de las empresas europeas y norteamericanas: el mal gobierno puede conducir a fricciones y a incidentes como el ocurrido en Venezuela bajo Castro. El presidente está empeñado en evitar tales contingencias insistiendo en que dichas repúblicas deben tener gobernantes más o menos decentes y en que hombres como Castro y Huerta deben ser excluidos. Con este objetivo en mente, el presidente decidió dar una lección a aquellos países mediante la eliminación de Huerta [...] El presidente parecía no darse cuenta de que su política conduciría a un protectorado norteamericano "de facto" sobre las repúblicas centroamericanas; pero hay aquí otros que sí se dan cuenta de ello, y se proponen lograr tal objetivo.[7]

Aunque sin nombrarlas, Tyrrel se refería indudablemente a las grandes

corporaciones norteamericanas cuyas políticas respecto a México han sido mucho menos estudiadas que las del régimen de Wilson.

LOS INTERESES COMERCIALES NORTEAMERICANOS Y MÉXICO

Si se consideran las actividades de las grandes empresas norteamericanas en México durante los años de 1910 a 1914, éstas aparecen extremadamente contradictorias a primera vista. El capital nortamericano había colaborado estrechamente con Díaz y al mismo tiempo había jugado un papel decisivo en su caída. Los intereses norteamericanos habían ayudado a Huerta a subir al poder, y con la misma decisión actuaron contra él.

Estos fenómenos sólo pueden entenderse cuando se toma en cuenta que la política de los intereses económicos norteamericanos en México no era en modo alguno monolítica. A veces los intereses de la mayor parte de los grupos se movían en la misma dirección pero otras veces chocaban entre sí. Este fenómeno fue observado en 1912 por el ministro austriaco en México:

> Si bien el trust petrolero [se trata del Trust Rockefeller-F.K.], que entre otras cosas hace algunos días ha comprado, con la anuencia del partido gobernante, el más respetable periódico independiente de México, *El Imparcial*, y que tiene todos los motivos para apoyar al gobierno maderista, al cual ayudó a triunfar en 1910, existen otros intereses en las altas finanzas norteamericanas —como aquellos que tienen participación en los ferrocarriles mexicanos, en el comercio del caucho y del chicle y en las minas, además de los periódicos de mister Hearst—, las cuales esperan beneficiarse con el derrocamiento de Madero y por ello apoyan en El Paso, San Antonio y Douglas (Arizona), a la gente de Orozco con dinero, armas y buenos consejos.[8]

Uno de los grupos estaba formado esencialmente por norteamericanos con intereses en la agricultura, otros que tenían inversiones en empresas medianas, y otros que poseían bonos del gobierno mexicano. Su actividad económica se basaba en gran medida en el sistema de peonaje y en la posición privilegiada de los extranjeros, dos puntales del régimen de Díaz. Toda dislocación de este sistema significaba un duro golpe para ellos, y por ello siempre habían sido hostiles al gobierno de Madero. A Huerta, restaurador del sistema de Díaz, lo acogieron con entusiasmo.[9] Dirigieron numerosas peticiones al gobierno norteamericano para que reconociera a Huerta. Este grupo incluía a los financieros norteamericanos que tenían inversiones en bonos del Estado y en los ferrocarriles, y por lo tanto deseaban un gobierno mexicano fuerte y solvente. Aquí hay que mencionar a la casa bancaria Speyer y al presidente de los Ferrocarriles Nacionales, E. N. Brown, quienes a su vez pidieron a Wilson que reconociera a Huerta.[10]

El segundo grupo, que incluía a las grandes empresas norteamericanas productoras de materias primas en México, estaba encabezado por las compañías petroleras. Éstas habían ayudado a Madero a subir al poder y lo habían apoyado en un principio, pero habían entrado por ello en aguda contradicción con otros grupos de empresarios norteamericanos. Como Madero no satisfizo sus pretensiones, le volvieron la espalda y se unieron a los otros norteamericanos enemigos de Madero.

Tras el golpe de Estado de Huerta, estas compañías asumieron en un principio la misma actitud que las demás empresas norteamericanas. El 6 de mayo el presidente del Consejo de Administración de la línea ferrocarrilera Southern Pacific Railroad, Julius Kruttschnitt, entregó al presidente norteamericano Wilson un memorándum que había sido elaborado por Delbert S. Haff, quien anteriormente había trabajado durante muchos años como abogado de compañías norteamericanas, entre ellas la Dohenys Mexican Petroleum Co. En el memorándum se advertía sobre el peligro real que el capital europeo representaba para los intereses norteamericanos:

> Los países extranjeros se movilizan e intentan socavar la influencia de los Estados Unidos en México. El gobierno británico ha reconocido ya de la manera más ostentosa a Huerta, y por cierto a través de una carta firmada personalmente por el rey, gracias a las gestiones de Lord Cowdray, quien posee, después de las empresas norteamericanas, las inversiones más importantes en México. Éste hace todo lo que está en su poder para obtener un cuantioso empréstito para Huerta en Inglaterra. Nosotros hemos llegado a saber que tuvo éxito en tal asunto, bajo la condición de que Huerta sea reconocido por la Gran Bretaña, lo cual ya ha ocurrido. Si México supera sus dificultades gracias a la ayuda británica y alemana, el prestigio norteamericano y el comercio de los Estados Unidos sufrirán gran daño en este país.[11]

Las compañías solicitaron que el gobierno norteamericano gestionara un armisticio entre Huerta y los constitucionalistas y que luego reconociera a Huerta, bajo la condición de que éste realizara elecciones tan pronto como fuera posible. Los Estados Unidos de ninguna manera debían forzar la renuncia de Huerta; por el contrario, las compañías manifestaban su admiración por éste. "Él es actualmente el presidente *de facto* y es un hombre enérgico que tiene capacidad administrativa, que manda el ejército y que más que ninguno está en condiciones de lograr tal arreglo."[12]

Veinte días más tarde, el 26 de mayo, las mismas compañías dirigieron un nuevo memorándum al gobierno norteamericano. Este memorándum ya no recomendaba el reconocimiento de Huerta, sino que invitaba a Wilson a mediar entre los constitucionalistas y Huerta y a inducir a éste a efectuar

elecciones. Los Estados Unidos podrían entonces reconocer al nuevo presidente, si a su juicio, las elecciones hubieran sido verdaderamente libres.[13] Así pues, en un lapso de veinte días había tenido lugar un cambio total en la política de las compañías norteamericanas respecto a México. Mientras que todavía el 6 de mayo éstas presionaban por el reconocimiento de Huerta, advirtiendo sobre el peligro de una alianza de éste con el capital europeo, principalmente con el británico, personificado en Lord Cowdray, el 26 de mayo exigieron medidas que tenían que conducir a una de dos cosas: la renuncia de Huerta o la propagación de la guerra civil en México.

A partir de entonces, los grandes productores de materias primas, encabezados por las compañías petroleras norteamericanas, apoyaron por todos los medios la lucha contra Huerta. El presidente del Consejo de Administración de la Mexican Petroleum Co., Doheny, declaró ante una comisión investigadora del Senado norteamericano en 1920:

> Hasta donde llega nuestro conocimiento, toda compañía norteamericana con intereses en México ha manifestado su simpatía por Carranza y ha ayudado a éste —tal fue nuestro caso— desde el momento en que el presidente Wilson se volvió contra Huerta.[14]

La Mexican Petroleum Company se negó a pagar impuestos a Huerta y se los pagó a Carranza. Éste recibió de la Mexican Petroleum Company durante los años de 1913-14, según afirmaciones de su presidente, un total de 685 000 dólares.[15]

Si se desea entender el porqué de este cambio repentino y total en la actitud de las compañías norteamericanas, es necesario en primer lugar analizar la situación de las compañías petroleras. Entre 1910 y 1913, la producción mexicana de petróleo había experimentado un considerable aumento. Había pasado de 3.5 millones de barriles en 1910, a 16.5 millones de barriles en 1912. En escala mundial, México había avanzado del séptimo al tercer lugar en la extracción del petróleo, y para 1912 producía en total el 4.07 por ciento de la producción mundial.[16]

De 1910 a 1913, las inversiones norteamericanas en el petróleo mexicano habían sobrepasado a las británicas, aunque estas últimas aún eran sumamente importantes y totalizaban más del 40 por ciento del capital invertido en el petróleo mexicano.[17] Política y económicamente, Cowdray se había fortalecido mucho debido a que la flota británica sustituyó el carbón por el petróleo como combustible. Para cubrir su creciente necesidad de petróleo, el Almirantazgo británico había convenido con Cowdray un amplio contrato de suministro.[18]

La competencia norteamericano-británica adquirió un carácter totalmente nuevo. Hasta 1910 se desarrolló esencialmente en torno a un propósito limitado: la conquista del mercado mexicano para el petróleo refinado,

cuyo valor se estimaba en 300 000 dólares. Después de 1911, sin embargo, se luchó por las fuentes petrolíferas. Con base en el considerable aumento de la producción de petróleo, se suponía que México pronto ocuparía el primer lugar en la producción mundial de esta materia prima.[19] La fuerte posición de los capitalistas británicos en México podía significar la pérdida del monopolio que la Standard Oil ejercía en gran parte del mundo. En una conversación con el agregado militar alemán en los Estados Unidos, Herwarth von Bittenfeld, el jefe del Estado Mayor norteamericano, Leonard Wood, declaró: "La riqueza petrolífera de las concesiones de Cowdray sobrepasa por sí sola a la de Rusia, y la de todo México sobrepasa con toda probabilidad a la de los Estados Unidos".[20]

Ya en 1911, después de la victoria de Madero, la Standard Oil había esperado que la actitud hostil del nuevo gobierno mexicano hacia Cowdray le haría imposible a éste obtener nuevas concesiones, y que un conflicto con el gobierno mexicano podría inducir a Cowdray a vender sus propiedades en México. Cuando Madero anunció ese mismo año una auditoría de la empresa de Cowdray, el magnate británico buscó una reconciliación con su competidor norteamericano. Esto condujo a la firma de un contrato de suministro entre ambos.[21] Tal acuerdo no impidió que las compañías petroleras norteamericanas abrigaran la esperanza, tras el golpe de Estado de Huerta, de que como éste había llegado al poder con la ayuda norteamericana, habría de aplicar las medidas que Madero no había tomado.

Huerta, sin embargo, no tenía tales planes. Continuó la política de Díaz y se alió con los capitales europeos, sobre todo con el británico, contra las compañías norteamericanas. Este cambio ya se había hecho evidente en mayo de 1913. El 3 de mayo de ese año el encargado de negocios alemán en México informó que al gobierno mexicano "le gustaría una actitud firme, tanto política como económicamente, frente a los Estados Unidos".[22] La política que ya en este tiempo seguía Huerta, la definió algunos meses más tarde en una carta dirigida al hombre de negocios alemán, Holste. Escribió:

> Como usted sabe, es mi intención y el objetivo de mis esfuerzos y los de mis colaboradores, reducir la influencia del capital norteamericano en este país e interesar al capital europeo en México, tanto más que Europa nos ha manifestado en muchas ocasiones su amistad hacia nosotros y su sentido de justicia.[23]

Las causas de este reacercamiento de Huerta al capital europeo fueron en su mayor parte las mismas que también habían sido decisivas para Díaz: la mayor disposición de los empresarios europeos a compartir sus ganancias con los políticos mexicanos, disposición que se debía a la relativa debilidad de los países europeos en México, y al temor de los principales políticos mexicanos a caer totalmente bajo el control de los Estados

Unidos.

Es indudable que esta tendencia de Huerta fue reforzada por la negativa de Woodrow Wilson a reconocer su régimen y por la creciente hostilidad del presidente norteamericano hacia el mismo.

Los objetivos perseguidos por estas compañías al apoyar la política antihuertista de Wilson eran diversos. El primero y más sencillo de estos objetivos era sustituir a un gobierno que consideraban hostil a los intereses norteamericanos por otro que suponían les sería más favorable. Como ya mencionamos anteriormente hay indicios de que Carranza había prometido a Edward Doheny y Henry Clay Pierce mejorar su situación a expensas de los intereses británicos.

Pero la política de Wilson no era la razón principal de la actitud favorable de Huerta hacia el capital europeo. Ésta también se debió a los grandes esfuerzos hechos por los intereses petroleros de Lord Cowdray para ganarse al nuevo régimen. Sólo un día después de terminadas las hostilidades de la Decena Trágica, J. B. Body, principal representante de Cowdray en México, visitó a Díaz, a quien se consideraba todavía como el hombre fuerte del nuevo régimen. "Me pidió que le enviara sus saludos",[24] informó Body a Cowdray. Body pensaba que dichos "saludos" eran tan importantes que envió un cable a Londres para comunicárselos a su jefe. Cowdray respondió inmediatamente con un telegrama de felicitación a Félix Díaz, que fue entregado personalmente por su representante.[25] No cabe poner en duda la sinceridad de esas felicitaciones. Cowdray y su representante sentían que tenían todos los motivos del mundo para estar satisfechos con el resultado del golpe que había derrocado a Madero.

Apenas dos días después de la aprehensión de Madero por los conspiradores, Body informó a su jefe: "Pensamos que el nuevo gabinete, del cual estará usted indudablemente enterado por la prensa, es, en general satisfactorio [...] hasta donde sabemos Riba y yo, todos los miembros del nuevo gabinete abrigan sentimientos muy favorables a nosotros en cuanto empresa". Lo que entusiasmaba especialmente al grupo de Cowdray era "la impresión de que el general Huerta y su gabinete actuarán ahora con mano de hierro para aplastar cualquier nuevo levantamiento y suprimir a todos los grupos revolucionarios que no depongan inmediatamente las armas. En los círculos empresariales de aquí se piensa muy firmemente que pronto tendremos tiempos mejores".[26]

Estos primeros pasos formales fueron seguidos seis días más tarde por gestos mucho más concretos del grupo de Cowdray dirigidos a ayudar y fortalecer al nuevo gobierno. El 27 de febrero, apenas unos días después del golpe, Body visitó al nuevo ministro de Hacienda, Toribio Esquivel Obregón, para "ofrecerle nuestros servicios a él y al gobierno. Me recibió muy cordialmente y me dijo que tenía conocimiento de nuestra compañía desde hacía muchos años y se había formado una excelente opinión de nosotros".[27]

Esquivel Obregón tomó nota del ofrecimiento de Body, pero no presentó ninguna demanda concreta de ayuda a la compañía petrolera británica. Rodolfo Reyes, siguiente miembro del gabinete al que visitó Body, fue menos tímido. Rodolfo era hijo de Bernardo Reyes, quien intentó encabezar la revuelta pero fue muerto el primer día del golpe. Rodolfo Reyes había conspirado activamente contra Madero y era ahora ministro de Justicia. Cuando Body lo visitó para "ofrecerle nuestros servicios" Reyes inmediatamente se propuso utilizarlos. En primer lugar pidió al petrolero británico que lo ayudara "obteniendo ciertos informes que deseaba respecto a la Huasteca Petroleum Company", pero lo que Reyes deseaba sobre todo era la ayuda de la compañía británica para obtener el reconocimiento de la Gran Bretaña al nuevo gobierno. No actuaba en modo alguno por cuenta propia, sino por instrucciones de todo el gabinete, que se había enterado de que el embajador británico en México, Sir Francis Stronge, había enviado a Londres informes negativos respecto al asesinato de Madero y Pino Suárez. Tanto Reyes como el ministro de Relaciones Exteriores León de la Barra, a quien Body había visitado el día anterior, lo instaron a pedir a Lord Cowdray que "suavizara o ayudara a suavizar en alguna forma las complicaciones que temen puedan resultar".[28] Body no sólo accedió a su petición, telegrafiando inmediatamente a su jefe en Londres para solicitar su ayuda, sino que compartía además el resentimiento del gabinete de Huerta respecto a las dudas expresadas por el representante británico en México sobre el papel del gobierno mexicano en el asesinato de Madero. "Tengo motivos para saber", escribió Body a Lord Cowdray, "que el ministro británico no ha sido en absoluto claro en sus informes al Ministerio de Relaciones Exteriores británico; más bien ha dejado en sus manos la decisión de si deberían reconocer al actual gobierno tomando en cuenta la forma desafortunada en que perdieron la vida el ex-presidente y el exvicepresidente. Por supuesto que yo no he mencionado al ministro británico la petición que recibí del gobierno, ni he dicho al gobierno mexicano que estoy enterado de los informes de nuestro embajador".[29]

Inmediatamente después de recibir el cable enviado por su representante, Cowdray visitó el Ministerio de Relaciones Exteriores británico con el objeto de "obtener de ellos una expresión definida de su opinión respecto al reconocimiento del nuevo gobierno".[30] No hay informes precisos respecto a lo que sucedió en esta conversación, pero sí hay indicios de que se desarrolló de acuerdo con los deseos de Cowdray. Un alto funcionario del Ministerio escribió que había asegurado a Cowdray que "hasta donde yo sabía, el gobierno de Su Majestad haría lo acostumbrado y reconocería como jefe del Estado mexicano a quienquiera que fuera elegido constitucionalmente".[31] Inmediatamente después de este encuentro el magnate petrolero británico mandó un cable a su representante en México, y éste se

sintió ya lo suficientemente fuerte para confrontar al ministro británico y presionarlo para que cambiara de opinión.

No había nada de sutil ni discreto en la forma en que Body trató al más alto representante de su país en México. Le dijo secamente que "teníamos varias negociaciones importantes pendientes con el gobierno mexicano, y he recibido indicaciones de que no las verían tan favorablemente como estarían dispuestos a hacerlo mientras el gobierno británico no reconozca al actual gobierno legalmente constituido".[32] Body convenció al ministro británico de que lo acompañara a la embajada de los Estados Unidos a enterarse de lo que pensaba el embajador norteamericano respecto al nuevo régimen mexicano. La opinión de Henry Lane Wilson sobre el gobierno de Huerta era perfectamente previsible. Le dijo a su colega británico "que había informado a su gobierno que el presente régimen era perfectamente legal y constitucional". Henry Lane Wilson, a diferencia del presidente Woodrow Wilson, deseaba que se reconociera a Huerta y comenzó a presionar también a su colega británico. "Le dijo a Stronge que, en vista de su consejo a Washington, suponía que él [Stronge] enviaría información parecida a su propio gobierno." El acosado ministro británico intentó defenderse ocultando sus reservas respecto a Huerta y declarando que "había telegrafiado ampliamente a su ministerio". Body siguió presionando al diplomático británico: "Le dije que pensaba que sus mensajes no podían ser tan claros como los del embajador porque de otra forma el Ministerio en Londres no estaría esperando noticias definidas sobre el asunto, como me informó usted". El ministro británico capituló y accedió a mostrarle a Body los informes confidenciales que había enviado a Londres. "Regresamos a la legación y allí me mostraron los cables que había enviado nuestro embajador a Londres y, tal como yo lo sabía, no eran en absoluto definidos ni claros."

Stronge se rindió entonces totalmente. No sólo consintió en informar a su Ministerio "que el presente gobierno de México era legal y constitucional", sino que accedió incluso a que "el embajador [norteamericano] informara a Washington sobre las acciones de nuestro ministro". Pocos días después llegó a Londres un informe favorable de Stronge sobre la estabilidad del régimen de Huerta.[33]

El gobierno de Huerta demostró muy pronto el gran aprecio que le merecía la intervención de Cowdray en su favor. "Esta mañana tuve una conversación interesante con el gobernador del Distrito Federal", informó Body a su jefe el 6 de marzo. "Me dijo que el general Huerta deseaba verme para expresarme personalmente su pesar por la forma en que habíamos sido tratados por el gobierno anterior y para asegurarme que el actual régimen estaba dispuesto a rectificar hasta donde fuera posible mediante la concesión de cualquier favor razonable que pidiéramos."[34] Así, pues, no hay por qué sorprenderse de que el régimen huertista le haya hecho concesiones sustanciales a Pearson.[35]

Cowdray recibió con gran entusiasmo estos informes de su subordinado en México. Descubrió que las relaciones entre el gobierno mexicano y sus compañías eran "lisonjeras". Mayor lisonja aún debe de haber experimentado poco después, cuando Body le informó que la Waters Pierce Oil Company, dirigida por su viejo rival el petrolero norteamericano Henry Clay Pierce, quien mantenía estrechos vínculos con la Standard Oil, "no es bien vista por el actual ni por el probable futuro gobierno. Ellos no parecen ser capaces de acercarse a los gobernantes ni saber cómo hacerse simpáticos".[36]

No es, pues, sorprendente que esta estrecha cooperación del régimen de Huerta con los intereses europeos en general y con Cowdray en particular produjera una creciente hostilidad entre muchos sectores económicos en México, especialmente entre las compañías productoras de petróleo y de materias primas.

Los objetivos que estas compañías perseguían al apoyar la política antihuertista de Wilson eran diversos. El primero y el más sencillo de estos objetivos era el de remplazar un gobierno considerado hostil a los Estados Unidos por otro que supuestamente les sería más favorable. Hay indicios de que Carranza les había prometido a Edward Doheny y a Henry Clay Pierce mejorar su situación a expensas de los intereses británicos.

Algunos hombres de negocios norteamericanos entre los cuales figuraban prominentes banqueros, esperaban que las luchas en México condujeran a una separación entre el norte y el sur de México, y a la consiguiente anexión del norte a los Estados Unidos. A mediados de 1913, Emeterio de la Garza, un cercano colaborador de Huerta, viajó a los Estados Unidos para convencer al gobierno y a los empresarios norteamericanos de que evitaran una intervención en México. En Nueva York pronunció un discurso ante los banqueros norteamericanos, en el que les advirtió sobre los grandes peligros que tendría para los Estados Unidos una intervención armada en México. Hintze escribió:

> Emeterio de la Garza considera que se le escuchó con atención; piensa que ha causada buena impresión, y que tal vez convenció a algunas personas. A la mañana siguiente uno de los jefes de la casa Speyer [. . .] lo invitó a hacer una visita, donde encontró también a John Hammond. Ambos señores le hicieron saber: "Usted ejerció un influjo magnético muy grande sobre la reunión [ésta es una frase en español], pero no está usted en el secreto. Es totalmente falso lo que usted sopone que son nuestros deseos. Nosotros no queremos ni necesitamos una intervención. No queremos otra cosa que la Baja California y todo el territorio que se encuentra al norte de una línea trazada desde la punta sur de Baja California hasta Matamoros [Tamaulipas]. Este territorio o bien caerá por sí mismo en nuestras manos, o lo ocuparemos; entonces puede usted

venir e intentar quitárnoslo. Esto es lo que nosotros queremos, y lo obtendremos sin disparar un tiro, puesto que ustedes están incapacitados para resistir debido a su creciente colapso interno.[37]

¿Se trata de una exposición apegada a la verdad o de una invención de Emeterio de la Garza, un partidario de Huerta, con el objeto de suscitar temores ante las intenciones anexionistas norteamericanas? No parece haber sido una invención. En su diario, el coronel House, confidente de Woodrow Wilson, informa acerca de una visita que le hizo el 24 de octubre de 1913 Otto Kahn, uno de los banqueros más importantes de los Estados Unidos, socio de Morgan y Speyer. Kahn le dijo a House que él "estaba considerando una posible solución del problema mexicano". Él pensaba que:

nuestro gobierno podría comunicar a los estados del norte de México, que se encuentran ahora en rebelión, que si desean efectuar una elección para decidir si quieren separarse del resto de la república, nuestro gobierno está dispuesto a enviar un cordón de tropas a lo largo de la línea divisoria del resto de México para evitar cualquier intervención desde allí y permitirles [a los estados del norte de México] hacer una elección pacífica para decidir sobre este problema. Él pensaba que en caso de que estos estados formaran una república separada, ésta podría constituir una zona neutralizada entre los Estados Unidos y la parte insurrecta de México.[38]

House rechazó esta propuesta indicando que la misma equivaldría a una declaración de guerra de los Estados Unidos a México.

Otras fuerzas, que incluían a las compañías ferrocarrileras, pusieron finalmente sus esperanzas en una intervención armada norteamericana. En una carta dirigida al gobierno norteamericano en marzo de 1913, las compañías ferrocarrileras habían pedido inicialmente el reconocimiento del gobierno de Huerta. Pero estaban demasiado estrechamente ligadas con las grandes compañías productoras de materias primas como para oponerse a éstas, y por ello cambiaron su actitud en julio de 1913. Por este tiempo tuvo lugar en París una convención de banqueros de distintos países con intereses en los ferrocarriles mexicanos. En esta reunión, los representantes de los bancos norteamericanos, británicos, franceses y alemanes coincidieron en que "el gobierno norteamericano debía intervenir y restaurar el orden".[39]

Las compañías ferrocarrileras no fueron las únicas que pidieron una intervención armada en México.[40] A ellas se unió William Randolph Hearst, quien poseía importantes propiedades en México y había adquirido otras a precios sumamente bajos. Pronto asumieron también una posición pare-

cida las compañías petroleras norteamericanas, cuyo portavoz, el senador Fall, exigía de manera cada vez más descarada una intervención armada norteamericana en México.[41]

Aunque había efectivamente diferencias, a veces sustanciales, entre Wilson y las compañías norteamericanas particulares respecto a México, sobre todo aquellas que presionaban en favor de una intervención militar prolongada, no hubo ningún choque frontal entre Wilson y la mayoría de los intereses norteamericanos en México durante este periodo.

LA POLÍTICA DE WILSON HACIA MÉXICO, 1913-14

La política de Wilson hacia México pasó por dos etapas: la primera va de marzo a octubre de 1913, periodo en que el gobierno norteamericano intentó obligar a Huerta a renunciar, dejando esencialmente intacto su ejército y su aparato gubernamental; la segunda se extiende del 11 de octubre de 1913 hasta la caída de Huerta en julio de 1914. Su sucesor no debía ser uno de los revolucionarios, sino un político conservador proveniente de los círculos gobernantes mexicanos.

Wilson esperaba obtener el apoyo de las potencias europeas para su política. Ya a principios de 1913 había sugerido a la Gran Bretaña y a otras potencias europeas que no reconocieran a Huerta. Cuando estos países hicieron caso omiso de su indicación y reconocieron de todos modos a Huerta, Wilson no los imitó sino que atacó más fuertemente a éste. El 14 de julio Wilson instó a Huerta a anunciar elecciones y a no presentar su propia candidatura advirtiendo que en caso contrario no estaría dispuesto a mediar entre Huerta y sus opositores. Al ser rechazadas estas demandas, Wilson llamó al embajador norteamericano y envió a John Lind como su representante personal en México.

El 12 de agosto de 1913 Lind presentó al gobierno mexicano la siguiente serie de nuevas propuestas: un inmediato cese el fuego en México; elecciones libres con participación de todos los partidos, lo antes posible; todos los partidos deberían aceptar los resultados de las elecciones y apoyar al gobierno elegido. A cambio de ello, Wilson se ofrecía a mediar entre el gobierno de Huerta y los revolucionarios.

Rechazadas estas proposiciones por el gobierno de Huerta, Lind le presentó el 22 de agosto un nuevo mensaje, en el cual se repetía la demanda de prontas elecciones y la no participación de Huerta como candidato presidencial. Lind amenazó claramente con una intervención norteamericana en caso de rechazo, ofreciendo en cambio, de aceptarse dicha propuesta, un préstamo a México.[42] Cuando, en la mañana del 27 de agosto, la nota de Lind no había recibido respuesta, Wilson compareció ante el Congreso de los Estados Unidos para presentar una política hacia México que

describió como de "espera vigilante". Se pidió a los norteamericanos que salieran de México y se prohibió la venta de armas destinadas a dicho país. La parte más perjudicada fue el régimen de Huerta, ya que antes podía comprar libremente sus armas en los Estados Unidos mientras que los revolucionarios, a quienes el gobierno norteamericano no reconocía como beligerantes, no habían tenido tal privilegio.

Las tensiones entre los Estados Unidos y el gobierno de Huerta se aflojaron un tanto hacia el anochecer del mismo día, cuando Wilson recibió respuesta a la nota de Lind por la cual el gobierno de Huerta cedía parcialmente a las demandas de Wilson. Si bien reiteraba que México no reconocía a los Estados Unidos ningún derecho a intervenir en sus asuntos internos, declaraba que Huerta ya estaba excluido como candidato presidencial por la misma Constitución mexicana.

Tres semanas más tarde, el 16 de septiembre, Huerta dijo al cuerpo diplomático reunido que no permitiría su postulación como candidato. Cuando, el 24 de septiembre, Federico Gamboa, el ministro de Relaciones Exteriores de Huerta, fue postulado como candidato presidencial por el Partido Católico, dicha postulación recibó el pleno apoyo del Departamento de Estado norteamericano, el cual anunció públicamente que un gobierno encabezado por Gamboa podía contar con el reconocimiento y el apoyo de los Estados Unidos. El gobierno norteamericano estaba tan satisfecho con este giro de los acontecimientos que pidió a Huerta el envío de un representante personal. "Siento que hemos llegado al fin de nuestros problemas",[43] escribió el secretario de Estado, Bryan, al presidente Wilson el 25 de septiembre.

Al apoyar la candidatura de Gamboa, el gobierno de Washington no otorgaba su reconocimiento a Huerta, pero sí reconocía claramente a su régimen. Gamboa había sido uno de los colaboradores más íntimos de Huerta, y el Partido Católico, que lo postulaba como candidato, era un importante elemento de la vieja oligarquía porfiriana. La diplomacia norteamericana se enfrentaba ahora a la cuestión de cómo reaccionarían los revolucionarios, que controlaban ya más de la tercera parte del territorio mexicano, ante una llegada al poder de Gamboa.

Las relaciones del gobierno norteamericano con los revolucionarios eran contradictorias. Por una parte, los Estados Unidos eran la única gran potencia que había enviado representantes a los revolucionarios para entablar negociaciones, mientras que por otra parte no los había reconocido como parte beligerante y les había impedido comprar legalmente armas en los Estados Unidos, aunque, antes del 27 de agosto, el gobierno de Huerta sí había podido hacerlo. No sería muy desencaminado pensar que antes de octubre de 1913 los diplomáticos norteamericanos habían utilizado a los revolucionarios para presionar a Huerta, pero que temían un crecimiento excesivo de la fuerza de aquéllos.

Después del anuncio de la candidatura de Gamboa, el gobierno norteamericano hizo todo lo que pudo para convencer a los revolucionarios de que aceptaran un posible gobierno encabezado por Gamboa. En los primeros dos días de octubre de 1913 William Bayard Hale se entrevistó con el representante constitucionalista en Washington para decirle en calidad de representante personal del presidente Wilson, que éste "apoyaría moralmente a Gamboa o a cualquier otro que ganara las elecciones legales el 26 de octubre". Al mismo tiempo se pidió a Carranza que luchara "con el voto y no con las armas". Tal solicitud se hizo acompañada de amenazas inequívocas. El 26 de septiembre el Departamento de Estado norteamericano había declarado que reconocería al gobierno de Gamboa aún cuando los revolucionarios se opusieran a él. Y Hale mandó a decir a Carranza, el 2 de octubre, que el presidente Wilson "no reconocería gobiernos emanados de una revolución".[44] De esta manera se expresaba con toda claridad a los constitucionalistas que el gobierno norteamericano daría todo su apoyo a Gamboa y que los revolucionarios, aun cuando derrotaran a un gobierno encabezado por Gamboa, jamás podrían esperar el reconocimiento de los Estados Unidos.

Es evidente que tales proposiciones eran completamente inaceptables para los constitucionalistas. Reconocer al gobierno de Gamboa hubiera sido capitular ante el sistema huertista, y luchar "con el voto y no las armas" contra un régimen que había derrocado al único gobierno mexicano jamás elegido libremente era imposible para los revolucionarios de todos los matices. Así pues, las negociaciones entre el gobierno norteamericano y los constitucionalistas estuvieron condenados al fracaso en sus etapas iniciales. Otro factor que contribuyó a dicho fracaso fue que algunos días después de iniciadas las negociaciones la situación en México cambió por completo: Huerta disolvió el Congreso el 10 de octubre, efectuó "elecciones" el 26 de octubre y, a pesar de todas sus promesas, se hizo nombrar presidente.

¿Cómo se explica esta conducta, que era un abierto desafío a Wilson? Los súbitos cambios en la actitud de Huerta hacia las demandas norteamericanas de que renunciara —obstinada negativa antes del 27 de agosto, luego flexibilidad, y otra vez rechazo después del 11 de octubre— no fueron accidentales ni se debieron al alcoholismo de Huerta. Además de las presiones y amenazas del gobierno norteamericano, hubo sobre todo dos factores que indujeron a Huerta a hacer concesiones el 27 de agosto.

En primer lugar estuvo la presión de aquel sector, nada despreciable, de la clase gobernante que no estaba ligado a la Gran Bretaña y que temía que un conflicto con los Estados Unidos prolongaría la revolución, temiendo además que si estallaba una guerra sus propiedades serían destruidas. "Las clases propietarias", informó con gran exactitud Hintze el 16 de septiembre, "que hasta ahora lo han respaldado [a Huerta] están empezando a abandonarlo, temiendo que sus propiedades se verían en peligro en caso

de un enfrentamiento con los Estados Unidos".[45] Éstos fueron los grupos que postularon a Gamboa, y cada victoria revolucionaria los inducía a presionar más todavía a Huerta para que cediera ante los Estados Unidos.

Mucho más importante, sin embargo, fue el segundo factor: la actitud de las potencias europeas y del Japón hacia el régimen de Huerta. En su política frente a los Estados Unidos, Huerta había contado con el apoyo del Japón, Alemania y sobre todo la Gran Bretaña, pero en el periodo que abarcó de fines de agosto a mediados de septiembre pareció que estas potencias ya no seguirían apoyándolo.

El 10 de septiembre de 1913 Hintze escribió a Berlín: "El ministro de Relaciones Exteriores, señor Gamboa, se ha expresado muy acerbamente respecto a la ayuda japonesa, esperada en vano: los japoneses nunca tienen ni dinero ni valor; no podemos confiar en ellos".[46] La opinión de Gamboa fue resultado del comportamiento del recién llegado ministro japonés en México, Adatchi. El gobierno de México había organizado para su llegada, grandes manifestaciones públicas de simpatía que tenían un cariz expresamente antinorteamericano. Inmediatamente la legación japonesa presentó una protesta ante el gobierno mexicano. Como informara el encargado de negocios japoneses en México, Tanabe, a su ministro de Relaciones Exteriores, los japoneses habían protestado contra los intentos de relacionar las ceremonias de bienvenida en honor del nuevo embajador japonés "con demostraciones contra un país extranjero".[47] El mismo Adatchi comentó algo parecido: "El suscrito hizo un esfuerzo por no dar la impresión de que aprobaba la actitud antinorteamericana de la población en varias ciudades, e insistió repetidas veces en que la amistad entre México y el Japón reside primordialmente en el desarrollo de relaciones comerciales e industriales".[48]

También hubo cierto cambio en la actitud de los diplomáticos alemanes en México. Mientras que Kardorff, el encargado de negocios, había alentado a Huerta a resistir a Wilson con promesas de apoyo alemán, Hintze, quien se reintegró a su puesto el 5 de septiembre, hizo todo lo contrario.[49]

El factor más importante para Huerta fue la actitud de la diplomacia británica. Desde que Huerta tomó el poder hasta fines de 1913, la política británica en México había seguido dos líneas contradictorias. Por una parte, la Gran Bretaña, en vista de su creciente antagonismo con Alemania, había procurado evitar un choque con los Estados Unidos; por otra parte, deseaba promover los importantes intereses petroleros de Lord Cowdray, tan estrechamente ligado al régimen huertista. Detrás de esta política estaban no sólo las presiones económicas y políticas del grupo de Cowdray, sino también un interés estratégico, ya que el Almirantazgo británico había firmado un importante contrato de abastecimiento con dicha compañía.[50]

Poco después del ascenso de Huerta al poder, el gobierno británico había respondido inicialmente en forma positiva a la solicitud norteamericana de no reconocer por el momento a Huerta y no dar pasos sin consultar previamente con los Estados Unidos. Pero cuando la posición de Huerta se definió con mayor claridad, los británicos lo reconocieron en un lapso de tres semanas, sin informar previamente al embajador norteamericano.[51]

El 4 de julio el ministro británico en México tomó la iniciativa y convocó a los diplomáticos europeos en este país a una conferencia para presionar a los Estados Unidos a reconocer a Huerta. "Entre los participantes estaban los representantes de Gran Bretaña, Francia, Italia, España, Bélgica y Noruega, así como el encargado de negocios alemán y yo mismo", informó el ministro austriaco en México. "El ministro británico, señor Stronge, explicó que la creciente anarquía sólo podría controlarse mediante el fortalecimiento del gobierno actual. Propuso que los jefes de las misiones locales telegrafiaran a sus gobiernos recomendándoles que trabajaran a través de sus embajadores en Washington en favor del reconocimiento del presidente Huerta por los Estados Unidos."[52] Poco después el embajador británico en Washington, Sir Cecil Spring Rice, intervino ante el gobierno norteamericano siguiendo una línea parecida.

Cuando estas gestiones no produjeron ninguna alteración en la actitud norteamericana hacia Huerta, provocando en cambio tensiones entre británicos y norteamericanos, la diplomacia británica parece haber dado marcha atrás temporalmente. En efecto, el 11 de septiembre Hintze informó: "El ministro británico se ha opuesto firmemente hace poco a cualquier intento del cuerpo diplomático de presionar a sus gobiernos para que tomen medidas colectivas contra la política norteamericana [...] Incluso me dijo que estaba haciendo esto por órdenes explícitas, y que la Gran Bretaña no quería actuar aquí en ninguna forma que pudiera dar la impresión de que se oponía a la política norteamericana".[53]

Esta actitud del Japón, Alemania y la Gran Bretaña hace comprensible la disposición de Huerta a ceder terreno el 16 de septiembre. Las consecuencias, sin embargo, fueron más graves de lo que deseaba la diplomacia británica, ya que el grupo Cowdray hizo sentir, al parecer, su influencia. No resulta, pues, sorprendente que se produjera un nuevo viraje total en la política británica. Sir Francis Stronge fue llamado a Londres y Sir Lionel Carden fue nombrado nuevo ministro.

Carden era uno de los exponentes y representantes más francos del imperialismo británico en América Latina. En tiempos del porfiriato había servido durante más de quince años como cónsul general británico en México.[54] Había participado de manera importante en las gestiones para lograr que el gobierno mexicano cancelara una serie de subsidios a las compañías francesas, alemanas y norteamericanas. Couthouly, el ministro francés, completamente exasperado, había escrito sobre este "encargado de negocios de un tipo nuevo y antes desconocido", que "sólo podía describirse como un hombre de negocios, y no como el encargado de los asuntos de la reina".[55] En

opinión del ministro francés, Carden había utilizado su cargo para su propio enriquecimiento personal. En septiembre de 1885, cuando los planes de Carden parecían madurar más bien lentamente, Couthouly comentó con satisfacción: "El infortunado ministro británico está contemplando ahora el colapso de sus planes para enriquecerse, que había elaborado con ayuda del señor Romero Rubio; el señor Carden ha vendido sus caballos".[56]

Después de quince años de servicio diplomático en México, Carden había sido enviado a otros países latinoamericanos donde representó con el mismo fervor los intereses británicos y fomentó políticas antinorteamericanas. A Hintze le dijo, según un informe que éste envió a Berlín, "que en Cuba, Guatemala y otros países latinoamericanos, siempre se había encontrado con el mismo enemigo: los norteamericanos. Siempre los había considerado personas de *mala fides*, intrigantes inescrupulosos y negociantes tramposos [. . .] Detrás de toda su palabrería de civilización, juisticia, humanidad y moralidad, no eran otra cosa que comerciantes despiadados. Con frecuencia había intentado llegar a un entendimiento con los norteamericanos: siempre habían faltado a su palabra".[57] La actitud antinorteamericana de Carden en Cuba era tan agresiva que Knox, el secretrio de Estado norteamericano, pidió al Ministerio de Relaciones Exteriores británico que lo retirara de Cuba.[58]

Carden tenía relaciones de negocios con el grupo de Cowdray; poseía acciones en varias compañías, entre ellas una compañía de bienes raíces en el istmo de Tehuantepec, en la que también participaba Cowdray.[59] Según un informe de Hintze, Carden le dijo al ministro alemán que había sido enviado a México "a proponer una 'línea de conducta' al Ministerio británico de Relaciones Exteriores; Sir Edward Grey aprecia mucho sus juicios. Su más reciente opinión: hay que apoyar al gobierno de Huerta [. . .] Propondrá que se apoye al gobierno de Huerta incluso en *contra* de los Estados Unidos".[60] Poco después de su llegada a México se convirtió en uno de los consejeros más próximos a Huerta, quien "no decidía ningún asunto de importancia sin consultar primero con Sir Lionel Carden".[61]

Woodrow Wilson, el secretario de Estado Bryan y el representante personal de Wilson en México, John Lind, estaban convencidos de que había sido Londres quien inspirara a Huerta su golpe contra el Congreso mexicano, dando así un paso que anulaba todos sus acuerdos previos con los Estados Unidos; tal acto significaba una clara ruptura con los norteamericanos. No hay en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores británico ningún documento que confirme estas sospechas. Carden informó que le había sugerido a Huerta que no se presentara como candidato en la próxima elección presidencial, pero los informes de Carden y los de su colega alemán Hintze[62] (así como los análisis hechos por el personal diplomático francés), extensamente citados en estas páginas, sugieren que las sospechas norteamericanas respecto a Carden pueden haber sido mucho

más acertadas que lo que suponen muchos historiadores. El odio de Carden contra los norteamericanos sólo lo igualaba su admiración sin límites por Huerta.

Uno de sus principales objetivos, como dijera repetidas veces a su colega alemán, era obligar a su propio gobierno a adoptar una línea antinorteamericana dura no sólo en México sino en toda América Latina. El objetivo de Carden no era únicamente conservar en el poder al anglófilo Huerta e introducir mayores tensiones en las relaciones mexicano-norteamericanas, sino, como le dijo el jefe del Estado Mayor norteamericano al agregado militar alemán en Washington, obtener además importantes concesiones petroleras para las compañías británicas que el Congreso mexicano jamás habría ratificado. El ministro británico expresó ostentosamente su apoyo a las acciones de Huerta, presentando sus credenciales un día después de la disolución del Congreso.

El golpe de Huerta provocó una reacción sumamente enérgica de parte del gobierno norteamericano. Wilson acusó a Huerta de "mala fe" en una nota y anunció que no reconocería ninguna elección que se celebrara bajo sus auspicios. A partir de ese momento, Wilson hizo todo lo que pudo por derrocar a Huerta.[63]

Las primeras medidas tomadas por el gobierno norteamericano fueron dirigidas contra la Gran Bretaña. Wilson y Bryan estaban firmemente convencidos de que la política británica respecto a México estaba basada en los intereses de las compañías petroleras británicas. El coronel House relató los conversaciones que sostuvo con Bryan y Wilson sobre este punto en una carta dirigida al embajador norteamericano en Londres: "Encontré que [Bryan] estaba mal dispuesto hacia el gobierno británico [según él] la política de éste en México estaba dictada por razones financieras, los británicos apoyaban a Huerta por instigación de Lord Cowdray y éste no sólo había obtenido ya concesiones del gobierno de Huerta sino que esperaba obtener más todavía. Veía a Sir Lionel Carden en forma muy desfavorable. Hablé con el presidente, y sus opiniones no eran muy distintas de las del señor Bryan".[64]

El gobierno norteamericano intentó luego hacer que el británico retirara su apoyo a Huerta y poner fin a las concesiones petroleras mexicanas a compañías británicas. Inicialmente Wilson había querido enviar al gobierno británico una dura nota acusándolo de ser responsable de que Huerta siguiera en el poder. Cuando se le señaló que semejante nota sería muy discutible en términos de derecho internacional y que podría suscitar una fuerte oposición a los Estados Unidos tanto en América Latina como en Europa, Wilson intentó otra línea de acción: el 27 de octubre de 1913 pronunció en Mobile, Alabama, un agresivo discurso en que denunció los intereses extranjeros en América Latina. Al describir a América Latina, habló de "países que se ven obligados, por no quedar su territorio dentro del

principal campo de la empresa y las actividades modernas a otorgar concesiones, están en la situación de que los intereses extranjeros tienden a dominar su política interna: situación siempre peligrosa y que puede llegar a ser intolerable. Lo que van a ver, pues, estos países es una emancipación de su sometimiento, hasta ahora inevitable, a la empresa extranjera y una afirmación del espléndido carácter que, a pesar de estas dificultades, han podido demostrar una y otra vez".[65] Según Lind, cuando Wilson hablaba de intereses extranjeros se refería obviamente a la Gran Bretaña y cuando hablaba de "América Latina" se estaba refiriendo a México.[66] Con este discurso, Wilson retaba abiertamente al imperialismo británico en México.

En noviembre de 1913 el gobierno británico por fin cedió. El subsecretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores británico, Sir William Tyrrell, viajó a Washington en donde sostuvo largas discusiones con Wilson y Bryan.[67] En estas entrevistas Bryan acusó a la Gran Bretaña de tener en México un solo interés: el petróleo, y de subordinar su política hacia México a los objetivos de los "barones petroleros". Tyrrell, por su parte, reveló que el gobierno británico estaría dispuesto a retirarle su opoyo a Huerta y a dejar completamente en manos de los Estados Unidos la orientación de la política respecto a México.[68]

Los orígenes y objetivos de la política británica en México eran ya tema de controversia en 1913 y 1914 y siguen siéndolo entre los historiadores en la actualidad. En 1913 y 1914 los portavoces del gobierno británico negaron vehementemente que su política significara en modo alguno un apoyo a Huerta. Según ellos, el reconocimiento que se le había otorgado a éste no era sino un asunto rutinario. El gobierno de acuerdo con la costumbre británica y el uso internacional, reconoció a un gobierno de facto que detentaba el poder. El gobierno británico, aseguraron, no estaban persiguiendo en modo alguno, en este caso objetivos antinorteamericanos, y nunca había pensado en hacerlo. Si habían surgido malentendidos era, porque, cuando reconoció al nuevo régimen de facto el gobierno británico no sabía hasta qué punto se oponía el norteamericano a Huerta. En ese momento, Wilson no había dado todavía indicios claros de lo repugnante que le resultaba Huerta. No haba cuestión alguna de influencia sobre la política británica de parte de Lord Cowdray, aseguraron tanto los voceros del gobierno británico como el mismo Lord Cowdray.[69] Se había consultado, por supuesto, a Lord Cowdray, pero el gobierno de Su Majestad había llegado a una decisión en forma independiente de la opinión de aquél. Carden jamás había tenido una actitud antinorteamericana y la prensa había dado una idea falsa de la posición que él había expresado en entrevistas. El acceso a los archivos de los ministerios de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña y de Francia hace posible un examen de estas aseveraciones.

No cabe duda de que el reconocimiento británico a Huerta no tuvo nada de rutinario. En 1913 un miembro del Parlamento británico había señalado

ya que reconocer a Huerta contradecía ciertos principios tradicionales de la diplomacia británica, que proscribían el reconocimiento de un jefe de gobierno que hubiera llegado al poder derrocando violentamente a su antecesor y que, si llegaba a otorgarse dicho reconocimiento, esto sólo debía hacerse después de pasado cierto tiempo. El parlamentario adujo, en apoyo a su señalamiento, el caso de Serbia. En 1903 Alejandro Obrenovich, rey de Serbia, fue asesinado por Pedro Karageorgevich, quien lo sucedió en el trono. El gobierno inglés se negó a reconocer a Pedro y justificó su actitud por el hecho de que éste había asesinado a su antecesor.[70] Sin embargo, aunque el gobierno británico había recibido informes de su ministro en México de que Huerta era muy probablemente responsable del asesinato de Madero, lo reconoció rápidamente. Sir Louis Mallet, del Ministerio de Relaciones Exteriores, le había escrito a Grey: "Personalmente estoy de acuerdo con el señor Spicer en que debemos guiarnos por nuestros intereses primordiales, independientemente del asesinato de Madero".[71] También en otros respectos el reconocimiento otorgado a Huerta contradecía el procedimiento seguido anteriormente por los británicos en estos casos, por lo general los presidentes provisionales no eran reconocidos mediante carta oficial del rey. Sin embargo, el gobierno británico decidió romper con esta costumbre en el caso de Huerta y responder a su anuncio de que había tomado el poder en México con una carta oficial del soberano.[72]

¿Hasta qué punto iba dirigida esta política británica en México contra los Estados Unidos?

El gobierno norteamericano le había hecho claro al Ministerio de Relaciones Exteriores británico que se sentiría muy complacido de que ambos gobiernos discutieran sus respectivos puntos de vista antes de reconocer a Huerta. Coincidiendo con esta indicación, Sir Harold Nicholson había argumentado en el Ministerio de Relaciones Exteriores británico en favor de que se conferenciara con los gobiernos de otras grandes potencias, en especial los Estados Unidos, Francia y Alemania, antes de reconocer a Huerta. Pero Grey, el secretario de Relaciones Exteriores británico, reaccionó ante esta propuesta diciendo: "Tenemos intereses tan importantes en México que creo que debemos seguir nuestro propio camino, sin hacer que éste dependa de otros gobiernos",[73] y ordenó el reconocimiento de Huerta. Más tarde los voceros del gobierno británico dirían que al darse este paso se ignoraba hasta qué grado se oponía el gobierno norteamericano a Huerta. De hecho, el presidente Wilson no había definido aún perfectamente su actitud al respecto. Pero en el verano y otoño de 1913 ya no cabía duda de su cerrada oposición a Huerta. La reacción británica no fue intentar un acercamiento con la política norteamericana, sino nombrar ministro en México a uno de los más vehementes opositores de los Estados Unidos en el servicio exterior británico: Sir Lionel Carden. Carden no deseaba el cargo, ya que abrigaba la esperanza de ser enviado al Brasil. Antes de partir de

Londres el 1o. de septiembre de 1913, Carden escribió a Grey un memorándum en que proponía una serie de normas para la política británica en México cuyo objetivo era reducir la influencia norteamericana, no sólo en México sino en toda América Latina, y de poner claros límites a la Doctrina Monroe.

Carden inició su memorándum con una historia de la expansión norteamericana en América Latina durante los últimos 25 años y su propia opinión de lo que habían sido las consecuencias devastadoras de dicha expansión para la posición británica en dicha región:

> La historia del periodo de referencia muestra que la intervención del gobierno de los Estados Unidos en los asuntos internos de sus vecinos más débiles sólo se ha efectuado por la fuerza de las armas, ya sea en guerra abierta como en el caso de Cuba, o promoviendo o apoyando revoluciones, como en Panamá, Nicaragua, Honduras y México. En todos estos casos los intereses británicos han sido gravemente afectados por la destrucción de propiedades y la obstrucción del comercio y la industria. Tampoco puede demostrarse que tales intervenciones hayan surtido un efecto que tenga probabilidades de ser permanente en cuanto a producir una mejoría en las condiciones políticas o a eliminar las causas del descontento que se ha producido en el pasado.
>
> Además, el gobierno de los Estados Unidos ha dado repetidas pruebas de que, lejos de favorecer el principio de puertas abiertas en América Latina, ve con celos la competencia de las naciones europeas por el comercio de estas repúblicas: y toda su influencia se ha dirigido y se dirige actualmente a la obtención de ventajas especiales para sus ciudadanos, mediante convenios de reciprocidad y de otras maneras, que les garanticen con el paso del tiempo una gran preponderancia, si no un virtual monopolio, en todos los negocios relacionados con las finanzas, el comercio o las obras públicas.

Carden acusaba a los Estados Unidos de ser responsables de todos los levantamientos que habían estallado en 1910-11 y en 1913 y de todos los daños y peligros ocasionados por ellos a las propiedades británicas. Proponía que el gobierno británico informara sin ambages al norteamericano que no apoyaba su política respecto a Huerta.

> Al adoptar dicha posición, evitaríamos en el futuro ser inducidos a aceptar directivas políticas que no aprobamos o respecto a las cuales no hemos sido consultados: quedaríamos en libertad de ofrecer protección efectiva a los grandes intereses que tenemos en juego y que son continuamente puestos en peligro por las acciones mal meditadas o egoístas de los Estados Unidos: y recuperaríamos la influencia de que antes gozábamos en América Latina y con ella una gran parte del comercio que hemos perdido y seguimos perdiendo.
>
> En cuanto a la crisis actual en México, parecería una locura en semejante momento pensar en sustituir por un hombre nuevo y sin foguear al actual presidente provisional que, según todos los informes, está demostrando que es perfectamente competente para dominar la situación. Los intereses de los inversionistas británicos y de los demás inversionistas extranjeros parecerían por lo tanto exigir que se le conceda libertad de acción y se le ofrezca todo el apoyo moral y financiero que sea posible.[74]

Lo que Carden estaba pidiendo al gobierno británico era un ataque frontal contra la política norteamericana en México, ataque encaminado no sólo a promover allí los intereses británicos sino a poner límites de una vez por todas a la Doctrina Monroe. El primer ministro Asquith, a quien se le presentó el memorándum de Carden, no objetó sus propuestas; tan sólo observó: "La descripción que hace Lord Carden de la política y los métodos en México no parece en absoluto exagerada".[75] Pero el jefe de Carden, o sea Grey, ministro de Relaciones Exteriores, no se inclinaba a permitir que la situación evolucionara hasta convertirse en una confrontación abierta con los norteamericanos en México, aunque tampoco tenía intenciones de revocar la política británica respecto al reconocimiento de Huerta. No quería, de ninguna manera, adoptar una línea dura respecto a los Estados Unidos: "No discuto la inconveniencia y los pobres resultados de la política norteamericana, pero aunque estoy dispuesto a mantener cierta libertad de acción, el gobierno de Su Majestad no puede con ninguna esperanza de éxito embarcarse en una política activa contraria a la de los Estados Unidos ni constituirse en el campeón de México o de cualquiera de estas repúblicas en contra de los Estados Unidos".[76]

Estos razonamientos muestran que existían diversas opiniones en el gobierno británico respecto a la política a seguir en México. Cuando se discutía el problema del reconocimiento de Huerta, Nicholson, en oposición a Grey, se había manifestado a favor de efectuar consultas con el gobierno norteamericano. El memorándum de Carden no había provocado ninguna objeción por parte del presidente del Consejo de Ministros, Asquith, pero fue parcialmente rechazado por Grey. ¿Qué significaban estas diferencias de opinión? ¿Se trataba de grupos distintos en el seno del gobierno británico, que posiblemente reflejaban diferencias de opinión dentro de los círculos financieros británicos? En opinión del Ministerio de Asuntos Extranjeros de la potencia más estrechamente ligada a Inglaterra, o sea Francia, ése era el caso. El 20 de abril de 1914 la dirección del departamento político y comercial del Ministerio de Asuntos Exteriores francés redactó un memorándum confidencial para el ministro del ramo sobre la actitud inglesa en México. En este documento se afirmaba que la política de Inglaterra en México podía dividirse en tres etapas: 1] de febrero a noviembre de 1913,

Inglaterra asumió una actitud favorable a Huerta; 2] de noviembre de 1913 a febrero de 1914 se dejaron ver los indicios de una reconciliación anglonorteamericana; y 3] de febrero a abril de 1914 Inglaterra apoyó a los Estados Unidos. Los diplomáticos franceses escribieron:

> Esta orientación de la política inglesa durante la crisis mexicana, que en ciertos sentidos es una política de repliegue, se puede explicar hasta cierto punto por la existencia de dos tendencias contradictorias en el Ministerio de Relaciones Extranjeras británico: una, que es favorable a Huerta, y la otra, que se inclina por el presidente Woodrow Wilson. Se puede también explicar por la acción paralela de poderosos grupos económicos que representan intereses ingleses en México. Al principio, estos grupos estaban convencidos de que Huerta era el único hombre capaz de restablecer el orden en el país. Ésta es la posición de ciertos colaboradores de Sir Edward Grey, quienes opinan que la defensa de los intereses británicos exige de hecho el apoyo al presidente Huerta. Por ello Inglaterra fue la primera potencia que lo reconoció como presidente interino en 1913.[77]

Según la opinión del Ministerio de Asuntos Extranjeros francés, los objetivos de los grupos huertistas en el servicio exterior británico iban mucho más allá del mero apoyo al candidato de su preferencia en México. "En aquel momento", escribió el Ministerio de Asuntos Exteriores francés,

> en Londres se consideraba con cierta simpatía la posibilidad de un conflicto entre ambas repúblicas [los Estados Unidos y México]; los británicos veían con buenos ojos la vieja enemistad de México hacia los Estados Unidos y no parecía disgustarles la posibilidad de una guerra que ocuparía durante muchos años al gobierno de los Estados Unidos.[78]

Esta interpretación de la diplomacia francesa, que estaba bien informada sobre los móviles de la política británica, concuerda en gran medida con lo que le expresó Carden a Hintze en noviembre de 1913 en el sentido de que él celebraría una guerra entre los Estados Unidos y México porque tal guerra podría acarrear la destrucción de la Doctrina Monroe. Las opiniones de Carden obviamente no eran tan sólo las de algunos diplomáticos marcadamente antinorteamericanos, sino también las de aquellas poderosas agrupaciones en las altas finanzas y en el gobierno británico.

LA RAZÓN DE LAS VACILACIONES DE LA POLÍTICA BRITÁNICA

Por indicaciones de su gobierno, Carden comunicó al régimen huertista que no podía contar aquí con ninguna ayuda de Inglaterra en un conflicto con

los Estados Unidos.[79] El desistimiento de la Gran Bretaña se atribuye en general a las siguientes causas:

1. Los antagonismos entre la Gran Bretaña y Alemania se hacían cada vez más fuertes y superaban con mucho la rivalidad británico-norteamericana en México. La Gran Bretaña dependía cada vez más del apoyo norteamericano, mucho más valioso para ella que las concesiones petroleras mexicanas.[80]
2. Los Estados Unidos se habían declarado dispuestos a acceder a los deseos británicos en lo tocante a las tarifas del Canal de Panamá. En contra de los acuerdos existentes, el Congreso norteamericano había decidido rebajar las tarifas del Canal de Panamá para la navegación de cabotaje norteamericana, y con ello había concedido grandes ventajas al comercio norteamericano. En las conversaciones entre Tyrrell y Wilson, el presidente norteamericano prometió interceder en favor de la abrogación de esta ley;[81] la petición correspondiente fue aprobada en abril de 1914 por el Congreso norteamericano.
3. Los Estados Unidos se habían comprometido a hacer todo lo posible para garantizar las concesiones británicas a la caída de Huerta. El 13 de noviembre de 1913, Wilson escribió a Sir William Tyrrell:

> Le suplico que dé a Sir Edward Grey las seguridades de que el gobierno de los Estados Unidos no se propone únicamente expulsar a Huerta del poder, sino además ejerce toda la influencia que pueda asegurarle a México un mejor gobierno, bajo el cual todos los contratos, negocios y concesiones gozarán de mayores seguridades que en el pasado.[82]

Pero además de estas causas, otros dos factores parecen haber desempeñado un papel especial. Por una parte, parece haberse comprobado que el petróleo extraído en los campos de Pearson no era apropiado para la marina británica. El 19 de enero de 1914, el embajador británico en Washington, Sir Cecil Spring Rice, le manifestó a su colega austriaco:

> El Almirantazgo británico había considerado al principio el petróleo de Pearson; sin embargo, su inferioridad material y su muy relativa utilidad como combustible para los barcos se han hecho evidentes, de suerte que el Almirantazgo no cuenta ya con los pozos petroleros mexicanos. No hay, pues motivo para temer un conflicto con los Estados Unidos.[83]

La mala calidad del petróleo suministrado por Pearson condujo en realidad a la anulación de su contrato con el Almirantazgo:

> A causa de que la calidad del petróleo no llena los requisitos del contra-

to de suministro, el Almirantazgo británico ha declarado nulo el contrato con la Compañía Mexicana de Petróleo "El Águila", S. A., o sea con el consorcio Pearson (Lord Cowdray).[84]

El Almirantazgo británico intentó entonces compensar la pérdida de los suministros del consorcio Pearson mediante contratos con las compañías petroleras norteamericanas en México, y consiguió también firmar un contrato con el consorcio Doheny. El 2 de junio de 1915 informó el cónsul alemán en Tampico:

> Poco después de conocerse las diferencias concernientes a la calidad del suministro de petróleo, que surgieron entre la compañía mexicana "El Águila", perteneciente al consorcio de Lord Cowdray, y el Almirantazgo británico, la gran compañía norteamericana Huasteca Petroleum Company (Consorcio Doheny) establecida aquí, se puso en contacto con el gobierno británico y parece haber concluido un gran contrato de suministro. Éste debe durar veinte años, con un suministro diario de 50 000 barriles de petróleo para calefacción y para el Almirantazgo, y será firmado por la Huasteca Petroleum Company y el Almirantazgo británico por una parte y por las dos grandes compañías navieras inglesas Cunard y White Star por la otra [...] Este contrato con una compañía norteamericana debe ser considerado como un rudo golpe contra los intereses de Lord Cowdray, tanto más que "El Águila" ha hecho sus grandes inversiones, que representaron una enorme cantidad de dinero, contando con las ganancias que espera derivar de su contrato con el Almirantazgo británico.[85]

Este acuerdo comercial fortaleció la posición de los Estados Unidos frente a la Gran Bretaña en dos aspectos: por un lado, el Almirantazgo británico dependía de los suministros de las compañías petroleras norteamericanas para cubrir sus necesidades, y por el otro, la compañía Pearson dependía de la Standard Oil, cuando menos en parte, para sus suministros de petróleo.

Por último, la política británica de repliegue se debió, en medida no despreciable, al hecho de que en los círculos financieros británicos, al igual que en las compañías norteamericanas, existían también serias diferencias de opinión en cuanto a la política que debía seguirse en México. En tanto que los productores de materias primas agrupados en torno a Cowdray pedían el apoyo británico en favor de Huerta, aquellos grupos con intereses en las acciones ferrocarrileras y en títulos de valor, temían que las tensiones con los Estados Unidos pudieran perjudicar la capacidad de pago de México. Las compañías británicas con intereses en los ferrocarriles mexicanos llegaron a exigir abiertamente una intervención norteamericana en

México. En julio de 1913, los banqueros británicos Edgar Speyer —quien estaba estrechamente vinculado con la casa bancaria Speyer de Nueva York— y Tiarks declararon ante el director de la Berliner Handelsgesselschaft, Beheim-Schwarzbach, "que el único remedio consistía en una intervención norteamericana y que se hallaban en juego intereses sumamente importantes".[86]

A principios de 1914, los banqueros ingleses fueron a ver al ministro de Relaciones Exteriores británico, Sir Edward Grey, y le manifestaron

> que según todas las probabilidades, Huerta se retiraría si también Inglaterra, Alemania y Francia le proponían la renuncia, y que en todo caso le dejarían saber sin ninguna duda que México no obtendría apoyo de ninguna de las tres potencias mientras él permaneciera en el puesto. Así pues, le sugirieron a Sir Edward seguir una política que en su opinión les tendería un puente de plata tanto al presidente Wilson como a Huerta, y para este fin le insinuaron ponerse al habla con los gobiernos alemán y francés. Ellos estaban convencidos de que el gobierno de los Estados Unidos acogería con gran alivio la solución propuesta, y de que tras la renuncia de Huerta contribuiría sin egoísmo a la restauración de la ley y el orden en México.[87]

Esta plática, de hecho, tuvo lugar algunas semanas después del viaje de Tyrrell a Washington, pero es muy probable que ya en noviembre y diciembre estos círculos estuvieran difundiendo tales puntos de vista.

Las victorias de los revolucionarios habían contribuido a acentuar este cambio de actitud en muchas empresas británicas.

> La propagación de los disturbios, las victorias de los revolucionarios, los daños cada vez mayores que los extranjeros tenían que padecer en México a causa de la revolución —informaron los analistas de alto nivel del ministerio de Asuntos Extranjeros francés—, están cambiando las actitudes de los círculos económicos de Londres. Éstos temen haber sobrestimado la capacidad de Huerta y haberlo apoyado quizá muy a la ligera. Al mismo tiempo que esta actitud se difunde entre los círculos comerciales, en el Ministerio de Relaciones Exteriores se fortalece la actitud del secretario de Sir Edward Grey, Sir William Tyrrell, quien hace poco regresó de los Estados Unidos y quien es francamente pro-norteamericano.[88]

La diplomacia norteamericana no limitaba de ninguna manera sus esfuerzos a privar a Huerta del apoyo británico. Al mismo tiempo luchaba por restringir las inversiones británicas en México y en toda América Latina. En su ya citado discurso de Mobile, Wilson había dado a entender

esto claramente, y este propósito fue subrayado sin ambages una vez más por el embajador norteamericano en Gran Bretaña, Walter Page, en un discurso pronunciado ante hombres de negocios británicos el 19 de marzo de 1914. Los Estados Unidos, dijo,

> acogerán de la manera más cordial vuestras inversiones en todas partes de América, bajo la condición de que no se empleen para dominar al país en cuestión. La Doctrina Monroe, como ustedes saben, sólo significa una cosa: que los Estados Unidos preferirían que ningún gobierno europeo se anexe más países en el Nuevo Mundo. En otros tiempos sólo había un recurso mediante el cual un gobierno extranjero podía adquirir territorios, que consistía en conquistar directamente el país. Ahora existen maneras mucho más refinadas de conquistar países.[89]

La lucha comenzó inicialmente en Bruselas el 13 de septiembre de 1913, cuando el Departamento de Estado norteamericano hizo llegar una nota a los gobiernos que habían reconocido a Huerta, en la que se decía:

> El Presidente considera ilegales y nulos todos los contratos firmados desde que Huerta asumió el poder despótico y todas las leyes aprobadas por el Congreso de México como inexistentes, y que parece aconsejable informar esto a los concesionarios potenciales.[90]

El éxito no se hizo esperar. El 12 de noviembre de 1913, Sir William Tyrrell aseguró al embajador norteamericano en Londres que Cowdray no había obtenido nuevas concesiones en México, y que la Gran Bretaña se negaría en todo caso a reconocer tales concesiones, en caso de que fueran hechas.[91]

La ofensiva contra Cowdray se extendió entonces también a otros países latinoamericanos, concretamente a Colombia, Costa Rica y Nicaragua. Lleno de resentimiento, Cowdray escribió el 24 de noviembre de 1913:

> El gobierno norteamericano no tuvo escrúpulos para presionar diplomáticamente a Colombia hasta el grado de impedir que el gobierno colombiano ratificara el contrato que había hecho con nosotros para la búsqueda de petróleo en ese país [...] Han presionado de igual manera a otros dos países americanos en los cuales estábamos interesados con vistas al futuro.[92]

Cuando el embajador norteamericano en Londres supo esto, felicitó a Cowdray:

> [Lord Cowdray] me dijo esta mañana que él (a través de Lord Murray) había retirado la petición para cualquier concesión en Colombia. Yo lo felicité. "Eso, Lord Cowdray, le evitará, así como a alguna otra gente que yo conozco, una buena cantidad de posibles problemas."[93]

Entusiasmado por estos éxitos, el embajador Page escribió algunos meses más tarde a Wilson:

> Yo creo que si Taft (digamos) hubiera dispuesto de otros cuatro años, Cowdray se hubiera adueñado de México, el Ecuador y Colombia, o de la porción que hubiera equivalido a una hipoteca. Él hubiera podido controlarlos en cualquier momento y de cualquier manera que escogiera. Mientras más veo, escucho y aprendo, más seguro estoy de que estos países deben la libertad de esta dictadura a usted —libertad por la cual nunca obtendrá el crédito o el agradecimiento que se merece [...] El gobierno británico no se arriesgará a disgustarnos por ellos.[94]

Esta "libertad" consistió en que la concesión en Colombia le fue otorgada a la Latin American Petroleum Co., una filial de la Standard Oil.[95] En vista de tal política norteamericana, no hay que admirarse de que Sir Edward Tyrrell le haya comunicado al secretario de Estado norteamericano Bryan en noviembre de 1913:

> Señor Secretario, está usted hablando como un hombre de la Standard Oil. Las ideas que usted sostiene son las que está difundiendo la Standard Oil. Usted está siguiendo la política que ellos han decidido. Sin saberlo, usted está promoviendo los intereses de la Standard Oil.[96]

La disolución del Congreso mexicano por Huerta no sólo le había demostrado a Wilson la influencia de la Gran Bretaña sobre el régimen huertista, sino que también le había revelado cuán débiles eran las fuerzas —Gamboa y el Partido Católico— en las que había confiado. La política norteamericana efectúa entonces un viraje total. En las primeras semanas después del golpe de Huerta, el gobierno norteamericano intentó explotar la revolución para alcanzar un dominio virtual de los Estados Unidos sobre México. Wilson propuso a Carranza el 30 de octubre que aprobara una intervención norteamericana en México. Los barcos de guerra norteamericanos debían bloquear los puertos mexicanos y las tropas norteamericanas ocuparían las ciudades mexicanas "para la protección de las vidas y las propiedades de los extranjeros",[97] mientras los rebeldes continuaban la lucha contra Huerta. Este plan fracasó por la oposición de Carranza, quien al conocer tales proposiciones, rompió las negociaciones con el representante de Wilson, Hale.[98]

Al mismo tiempo, representantes del Estado Mayor norteamericano se acercaron a Carranza con la propuesta de que decretara la separación del norte de México del resto del país. Esto también lo rechazó Carranza. El

19 de enero de 1914, el embajador austriaco en Washington informó:

El agregado militar alemán, el mayor von Herwarth, quien hoy parte de aquí, tuvo la bondad de atender a mi petición, permitiéndome examinar todos los informes pertinentes. El mayor von Herwarth gozaba de la confianza especial del general en Jefe del Estado Mayor, el mayor general Leonard Wood, con quien había comentado detallada y repetidamente, desde hace meses, toda la situación política y militar en México; además, vio confirmada su opinión sobre la gravedad de la situación por todos los oficiales de alto rango del Departamento de la Guerra [. . .] Primero supe que ya desde octubre del año pasado el general Wood se había puesto secretamente en contacto con Carranza por medio de sus emisarios, para sondearlo acerca de cómo se comportaría respecto a una declaración de independencia de la región del norte de México comprendida entre el Río Grande y el paralelo 26. Parece ser que Carranza, quien advirtió que la separación de las provincias del norte era sólo un preludio de su anexión al vecino del norte, actuó como un patriota y rechazó esta sugerencia.[99]

Se hizo claro que el gobierno norteamericano se había equivocado completamente al juzgar a Carranza. Éste no estaba de ninguna manera dispuesto a subordinarse a los Estados Unidos, sino que por el contrario dejó saber claramente que se opondría con todos los medios a su alcance contra una intervención norteamericana. El conocimiento de esta actitud tuvo como resultado un nuevo cambio en la política norteamericana. La nula garantía que Carranza representaba para los norteamericanos condujo a un nuevo intento por sostener el sistema huertista, si bien sin Huerta mismo. El 14 de noviembre, el gobierno norteamericano le exigió a Huerta:

a] El Congreso no habrá de reunirse nunca;
b] El general Huerta debe retirarse de inmediato.
En caso de cumplir con estas exigencias, los Estados Unidos garantizarán la vida de Huerta y su bienestar, y no solamente reconocerán al nuevo presidente interino, sino que lo apoyarán plenamente y gestionarán una reconciliación con los rebeldes.[100]

El móvil de la primera de estas exigencias puede hallarse en una comunicación que Lind había hecho poco antes a Hintze:

Carden apoya a Huerta y quiere que este Congreso, elegido fraudulentamente, sesione para aprobar leyes relativas a sus propias concesiones o las de Cowdray [. . .] no podemos permitir que este Congreso actúe como el parlamento debidamente constituido, pero los ingleses lo quieren tan sólo para que apruebe algunas leyes y concesiones en su provecho.[101]

Fue un intento de restaurar el *statu quo*. Pero Huerta no manifestó la menor disposición a renunciar; todavía estaba convencido de que podía contar con la ayuda británica, y apenas si atendió a las proposiciones norteamericanas. De esta manera se llegó a un nuevo rompimiento de las negociaciones entre él y el gobierno norteamericano.[102]

Hasta principios de 1914, Wilson asumió una actitud de expectativa en lo tocante a México. Wilson puede haber querido eliminar todo el apoyo británico a Huerta antes de emprender otra acción en México, y por otra parte, es posible que abrigara la misma esperanza que el alférez Berthold, perteneciente a la formación naval norteamericana anclada frente a Mazatlán, manifestara al capitán del buque de guerra alemán *Nürnberg*: "En noviembre se había pensado en una intervención: pero luego se renunció a ésta porque se esperaba que ambos bandos se hubiesen debilitado de tal manera entre sí, que se vieran precisados a pedir ayuda a los Estados Unidos".[103]

LOS ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO EN LOS PRIMEROS MESES DE 1914

En las primeras semanas de 1914 se produjo un nuevo cambio en la actitud norteamericana respecto a México. Los revolucionarios, entretanto habían continuado su avance y a finales de enero de 1914 dominaban ya más de la mitad de México. A Wilson se le presentaban entonces cuatro opciones para su política en México:

1. Podía intervenir militarmente. Sus proposiciones sobre acciones militares conjuntas comunicadas a Carranza a finales de 1913, sus posteriores y reiteradas intervenciones en México, así como las intervenciones norteamericanas en Haití y la República Dominicana, indican que, por principio, no descartaba una intervención militar como medio de lograr sus propósitos. Sin embargo, tal medida habría comprometido a los Estados Unidos en México durante muchos años, en un momento en que Europa aumentaba las tensiones y en que había que tener en cuenta al Japón. Por estos motivos, una intervención era considerada sólo como un último recurso.

2. Wilson podía reconocer a Huerta. Esto habría significado una capitulación del presidente norteamericano, a lo cual no hubiera estado dispuesto jamás. Tampoco había ninguna fuerza que le apremiara a tomar esta medida: las potencias europeas le habían dejado mano libre en México y los grandes intereses norteamericanos apoyaban en su mayoría a Carranza.

3. Podía influir para hacer nombrar como presidente en lugar de Huerta a otro representante de las clases dominantes de México. Esta solución en-

tonces como antes, era la que probablemente hubiera sido mejor aceptada por la mayoría en el gobierno norteamericano y por los intereses norteamericanos también, a pesar de la transitoria colaboración de éstos con Carranza, pues a través de ello se habría mantenido, en lo esencial, el antiguo régimen porfirista. Sin embargo, tanto la terquedad de Huerta como la nueva relación de fuerzas en México impedían dicha solución. En una conversación con Hintze, que nuevamente le había propuesto una solución similar a la que se había intentado con Gamboa, Lind, el representante de Wilson en México, declaró "que los rebeldes habían conquistado tanto terreno y estaban tan seguros de su triunfo final, que no se les podía dejar de lado, sino que se les debía tener en cuenta en las negociaciones".[104]

4. El presidente norteamericano podía reconocer, al menos parcialmente, a los constitucionalistas. En vista del hecho de que las otras tres opciones no eran viables, a Wilson no le quedó más remedio que seguir este camino. Esto se le facilitó porque muchas de las grandes empresas norteamericanas, sobre todo las compañías petroleras colaboraban con Carranza, y porque en enero de 1914 el representante de éste en Washington se comprometió ante el gobierno norteamericano a que las concesiones norteamericanas serían respetadas en todo momento.[105]

El 3 de febrero de 1914, Wilson suspendió el embargo de armas contra México y reconoció a los revolucionarios como parte beligerante, lo que les permitía comprar armas legalmente en los Estados Unidos.[106] Con ello, Wilson se puso claramente de parte de los revolucionarios. Éstos, sin embargo, no tardaron en frustrar las esperanzas que el gobierno norteamericano había puesto en ellos. No estaban dispuestos en modo alguno a subordinarse al gobierno norteamericano, como lo demostró el "caso Benton" a finales de febrero de 1914.

Wiliam Benton era un terrateniente inglés que poseía una gran hacienda en el norte de México y tenía una larga historia de conflictos con los campesinos de las tierras contiguas a la suya. Después de su victoria en Chihuahua, Villa había permitido que los habitantes de un pueblo cercano a la hacienda de Benton dejaran pastar a sus animales en ésta. Cuando se enteró, Benton se enfureció y fue a ver a Villa. Hubo un brusco altercado en el cual fue muerto Benton. Como es de esperarse, la información sobre lo acontecido es contradictoria. Al producirse un escándalo internacional en torno a la muerte de Benton, Villa declaró oficialmente que éste había intentado sacar su pistola para dispararle, por lo cual fue sometido a juicio militar, sentenciado a muerte y ejecutado.[107] Pocos creyeron esta versión, y en una plática que tuvo con el cónsul británico en Torreón, Villa mismo admitió que lo sucedido había sido muy distinto. Cunard Cummins, el cónsul, informó al Ministerio de Relaciones Exteriores británico:

Hace algunos años, en Gómez Palacio, en una época en que tenía yo que ejercer casi diariamente mi influencia para restringir las acciones de Villa, éste intentó más de una vez eximirse de responsabilidad en el asunto de la muerte de Benton. Más tarde, cuando se hallaba en esta ciudad en calidad de jefe del movimiento triunfante del día, volvió a aducir su defensa cuando le recordé que los cargos contra él seguían en pie.

Su versión de lo ocurrido era, en síntesis, la siguiente: Estaba dominando con suma dificultad a un gran contingente de hombres armados compuesto de criminales y desesperados, hombres de quienes no podía admitir una sola palabra irrespetuosa ya que hacerlo pondría en entredicho su autoridad de comandante. En tales circunstancias entra en su cuartel un extranjero y empieza a regañarlo y denigrarlo en términos altisonantes y desmesurados. De pronto el extranjero, en cuya frente el sudor se hacía visible, llevó rápidamente la mano a su bolsillo trasero y Fierro, quien actuaba como guardaespaldas de Villa, creyendo que iba a sacar la pistola, le disparó inmediatamente. Después se percataron de que, al parecer, la víctima había bajado la mano en busca de su pañuelo. Villa admite que se habían soliviantado los ánimos y se estaban intercambiando palabras de tono subido.

Tal parece que Villa expresó su pésame a la viuda, que es mexicana, y le prometió que no la despojarían de las propiedades de su marido.[108]

La ejecución de Benton provocó una fuerte reacción en Gran Bretaña y el gobierno británico pidió al norteamericano que investigara el asunto. Al dar este paso, los británicos se proponían hacer patente su apoyo a Huerta y su reconocimiento de Carranza, poniendo en claro que veían a los insurgentes como agentes de los Estados Unidos y responsabilizando al mismo tiempo a este país de todos los ataques contra las propiedades británicas en México.[109]

El gobierno norteamericano vio con beneplácito la maniobra británica, pues la interpretó como una aceptación de la Doctrina Monroe en su forma más explícita, es decir, el reconocimiento de los Estados Unidos como intermediarios legítimos en todas las diferencias entre los Estados europeos y latinoamericanos. Bryan exigió inmediatamente que Villa enviara el cadáver de Benton a los Estados Unidos para hacerle la autopsia. Villa por su parte, estaba dispuesto a ello, pero Carranza su superior, a quien Bryan se había dirigido también, se negó decididamente a atender esta demanda. Carranza declaró que se ocuparía del caso Benton sólo si el gobierno británico le dirigía la correspondiente petición.[110] Fundó su posición en tres consideraciones: en primer lugar, quería obligar a la Gran Bretaña a que reconociera de facto a su gobierno; en segundo lugar, temía que muchos mexicanos lo consideraran como agente norteamericano si se inclinaba ante

Hipólito hacia Torreón, con el supuesto objeto de reconquistar esta importante plaza tomada por los rebeldes. Huerta conoce toda la truhanería y las faltas de sus generales, pero no se atreve a proceder contra ellos: "Si le prohíbo robar al ejército, se rebelará contra mí". Tampoco se atreve a pedir cuentas a los jefes culpables de la entrega ignominiosa de las plazas confiadas a ellos o de fuga vergonzosa. Murguía, que evacuó Torreón sin pelear, y Escudero, que abandonó Durango sin disparar un tiro, fueron consignados, por salvar las apariencias, ante un tribunal militar que se declaró incompetente, y luego recompensados con nuevos puestos; el primero incluso ha sido ascendido recientemente a general de división, ¡la más alta dignidad militar! Rubio Navarrete, que hace algunas semanas no sólo fue abismalmente derrotado —perdió todos los cañones—, sino diezmado en la huida, sale ahora hacia el norte al mando de una nueva columna. A los ojos de Huerta, el criterio para la elección de los generales no es el de que sean capaces u honrados, sino el de saber si le son fieles.[112]

Pero la tenacidad del gobierno huertista no se explica tan sólo por el apoyo de las clases dominantes de México. Por lo menos otro tanto se basaba en el apoyo diplomático y económico del grupo Carden-Cowdray en México, oculto pero no menos efectivo.

Tras el repliegue de la diplomacia británica en México, Hintze caracterizó la actitud de Carden con las siguientes palabras:

Por lo que concierne a los representantes de las potencias con mayores intereses aquí, desde el 13 de noviembre el ministro británico ha emprendido un abierto y total viraje a favor de la política norteamericana. Ha llegado a pedirme que decline la acostumbrada invitación a asistir el 20 de noviembre a la sesión de apertura del nuevo Congreso, "porque oportunamente la prensa norteamericana había censurado agudamente su audiencia con el gobierno a raíz de la disolución del antiguo Congreso". Sin embargo, en privado continúa trabajando como hasta ahora.[113]

Carden actuaba en tres sentidos: en primer lugar, alentaba a Huerta a que permaneciera en el poder, prometiéndole el apoyo británico, y obró constantemente como su más allegado consejero y confidente. El informe de Hintze del 3 de febrero de 1914, nos describe el alcance y la naturaleza de la colaboración entre Carden y Huerta:

El 23 de enero se descubrió una gran conspiración y el 30 de enero otra. El 24 de enero ya habían sido sumariamente ejecutados veinte sospechosos, la mitad militares, la mitad civiles. Desde entonces, todas las noches cinco o seis sospechosos son sacados de sus camas, llevados a las afueras y colgados o fusilados allí, después de lo cual se les empapa en gasolina y se les quema. Los detalles acerca de esta conspiración los supe a través del ministro británico, quien, como confidente de Huerta, está al tanto de todos los misterios de su gobierno.[114]

En segundo lugar, Carden intentaba incitar a los diplomáticos franceses y alemanes a que procedieran enérgicamente contra la política norteamericana en México. Así procuraba, por una parte, fortalecer a Huerta, y por la otra presionar a la diplomacia británica. A principios de diciembre de 1913, poco antes del acuerdo británico-norteamericano sobre México, les propuso a los ministros francés y alemán acreditados en México que las potencias europeas desembarcaran de común acuerdo tropas en México, afirmando que Huerta había aprobado tal proyecto. Carden probablemente no había recibido ningunas instrucciones desde Londres al respecto, sino que solamente deseaba sugerir tal aventura a los franceses y a los alemanes para que éstos a su vez ejercieran presión sobre la política británica. Su plan, sin embargo, fracasó, ya que los diplomáticos alemanes y franceses lo rechazaron.[115]

Siete semanas más tarde, aproximadamente (fines de enero de 1914), Carden hizo un nuevo intento. Les mostró al ministro francés Lefaivre y a Hintze un extracto de un telegrama de Grey, en el que éste, con base en una conversación sostenida con los banqueros británicos, proponía una acción conjunta de las potencias europeas para obligar a Huerta a presentar su renuncia. Carden quería convencer entonces a los diplomáticos europeos de que el telegrama decía exactamente lo contrario, y de que Grey había propuesto una intervención armada de las potencias europeas en México. Instó a Hintze y a Lefaivre a que inclinaran la voluntad de sus gobiernos en favor de una intervención militar en México, procurando al mismo tiempo fortalecer su propuesta con la advertencia de que "gracias a su actividad y a sus experiencias de una larga vida, él conoce a los Estados Unidos y está convencido de que por mucho que puedan fanfarronear y vociferar, tendrían que avenirse a un hecho consumado; más aún: se morirían de miedo ante una intervención de las tres potencias".[116]

Finalmente Carden se esforzó por hacer cambiar de opinión al Ministerio de Relaciones Exteriores británico. Le comunicó a Hintze uno de los argumentos más importantes que utilizó en esa tarea:

Muy pocas personas en Inglaterra comprenden el verdadero propósito de la política norteamericana; tanto ellas como la opinión pública no entienden que lo que se halla en juego no es sólo México, sino todo el continente. Los Estados Unidos pueden haberles dicho que quieren detenerse en el Canal de Panamá; nunca harán tal cosa. Una vez que hayan llegado hasta allá, necesariamente tomarán Colombia, dado que allí hay lugares apropiados para la construcción de otro canal. Lue-

go viene el Brasil, cuyas regiones del norte siempre han tenido cierta tendencia a separarse del país, y los Estados Unidos les ayudarían, y de allí seguirían hasta el Cabo de Hornos.[117]

Según Carden, todos los subsecretarios del Ministerio compartían su opinión, lo mismo que el ministro Grey.[118]

Para alcanzar su objetivo, Carden intentó ganarse a la marina y al ejército británicos, los cuales habrían entonces de ejercer presión sobre el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tras de haber invitado al almirante británico Craddock, que comandaba la flota británica en aguas mexicanas, a que hiciera una visita a la ciudad de México, le dijo a Hintze, según escribió éste en un informe sobre una conversación sostenida con el ministro británico, que

> él quiere influir a través de Craddock sobre el Almirantazgo, e incluso sobre el Ministerio de la Guerra a través del agregado militar (teniente Gage), a quien ha hecho venir desde Washington; cuando la misma queja llegue a Londres desde tres lugares diferentes, tendrá que ponerse a pensar seriamente Sir Edward Grey sobre lo que está ocasionando aquí su política de "mano libre para los Estados Unidos".[119]

Pero la diplomacia británica ya no estaba dispuesta a adoptar una política antinorteamericana en México. La única acción por parte de Grey fue una propuesta presentada a principios de 1914, en el sentido de sustituir a Huerta con un candidato de su propio círculo que fuera del agrado de los norteamericanos.[120] Con ello, el ministro británico de Relaciones Exteriores había seguido la misma línea que la diplomacia alemana. En su propuesta al Departamento de Estado, indicó que basaba sus cálculos en el apoyo de Alemania y Francia al respecto.[121] Entre tanto, sin embargo, el gobierno norteamericano se había puesto de parte de los revolucionarios y rechazó esta proposición. Los Estados Unidos sabían que Inglaterra, que en noviembre había anunciado su retirada de México, no tomaría ninguna medida para poner en práctica la proposición de Grey.

En 1914, cuando Benton fue ejecutado por las tropas villistas, pareció por un momento que las esperanzas de Carden tenían mayores probabilidades de cumplirse. Con indisimulado cinismo, le dijo a Hintze que la ejecución de Benton "era un incidente afortunado", y expresó: "Lo aprovecharemos al máximo".[122] Tanto en la prensa como en el Parlamento británicos se desató una tormenta de indignación. Los periódicos condenaron duramente la política de repliegue en México y exigieron una enérgica reacción británica, sin descartar una intervención armada.[123] En el Parlamento se escucharon opiniones parecidas, tanto de los conservadores como de los liberales. El 26 de febrero Grey alabó a los Estados Unidos, "que tienen tanto

interés en el caso Benton como si se tratara de uno de sus ciudadanos",[124] pero sólo una semana más tarde, el 3 de marzo, declaró que el gobierno británico, en caso de no obtener satisfacción de parte de los revolucionarios, tomaría unilateralmente las medidas que considerara necesarias.[125]

No todos los círculos británicos que habían lanzado la campaña en torno al caso Benton perseguían los mismos fines. Para el grupo Cowdray, era un medio de provocar un viraje antinorteamericano y prohuertista en la política británica. Pero para los grupos reunidos alrededor de Grey había de ser medio de presión sobre los Estados Unidos para obligar a Wilson a hacer realidad promesas, aún no cumplidas, de revisar las tarifas del Canal de Panamá. De hecho, el 5 de marzo de 1914 Wilson, solicitó al Senado norteamericano una revisión de las tarifas del Canal, advirtiendo que de otra suerte no veía "cómo podrían manejarse las cuestiones mucho más delicadas y de mayor importancia".[126] La cuestión de "mayor importancia" era México. Y en verdad parecía ser un problema "delicado", pues la ley sobre las tarifas del Canal de Panamá fue aprobada el 31 de marzo por el Congreso norteamericano.

Después de la comparecencia de Wilson ante el Senado norteamericano, la campaña británica sobre el caso Benton, tocó a su fin. Grey respondió negativamente a una resolución de la colonia británica en México, que había exigido una severa acción británica al respecto.[127] El gobierno británico dejó ver que estaba cediendo ante los Estados Unidos al llamar a Carden a la Gran Bretaña para rendir informes. Thomas Hohler fue designado para sustituirlo como encargado de negocios, con instrucciones, según le dijo a Hintze, de

> mantenerse de acuerdo con el representante norteamericano y colaborar con él; ésta era la única indicación que Sir Edward Grey le había hecho en una conversación de una hora sobre el problema mexicano; el resto del tiempo lo pasó Grey lamentando los equívocos que se habían suscitado con los Estados Unidos.[128]

Para Carden, en cambio, a diferencia de lo que pensaba su jefe el ministro de Relaciones Exteriores, el caso Benton sirvió para impulsar la misma política que había intentado poner en práctica desde el primer día que puso pie en suelo mexicano: evitar la intervención norteamericana y/o la victoria de los revolucionarios. Había abrigado la esperanza de que el incidente habría de obligar a Grey a revisar su política y renunciar a la actitud que Carden consideraba como una capitulación del ministro británico frente a la política norteamericana en México.

¿Estaba solo Carden en su posición? ¿Era ésta la última batalla de un viejo diplomático amargado, consumido por su odio tanto hacia los norteamericanos como hacia los revolucionarios mexicanos?

Hay pruebas de que la política de Cowdray seguía los mismos lineamien-

tos que la de Carden y de que ambos compartían el objetivo básico de impedir tanto una intervención norteamericana unilateral, con la consecuente supremacía norteamericana, como la victoria de los constitucionalistas.

A estos lineamientos obedeció el serio esfuerzo de Cowdray, en enero de 1914, por convencer al embajador norteamericano en Gran Bretaña, Walter H. Page, quien hasta entonces había sido su más ardiente opositor, de la necesidad de una intervención conjunta europeo-norteamericana en México. Éste era un plan ambicioso cuya realización habría conducido al dominio del norte de México por los norteamericanos mientras los europeos (y sobre todo los británicos) adquirían el control de los campos petroleros mexicanos.

Cowdray intentó primero demostrar al embajador que el pueblo mexicano era incapaz de gobernarse por medios democráticos y que los revolucionarios eran realmente unos bandidos carentes de principios. "Declaré", escribió Cowdray, en un memorándum sobre su conversación con Page, "que no había patriotismo en el país [. . .] que todo el que conocía a México sabía que nadie actualmente en el país buscaba otra cosa que beneficiarse a sí mismo, y sólo a sí mismo".

Esto llevó a Cowdray a concluir que "el país debía ser gobernado por una mano fuerte, o por una semiconstitucional, apoyada por tropas extranjeras".

Ante todo, el magnate petrolero inglés trató de convencer al representante norteamericano de que una intervención unilateral de los Estados Unidos en México sería "un asunto muy largo y molesto. Sus líneas de suministro estarían sujetas a ataques cotidianos, mientras que un mexicano cargaba fácilmente sobre la espalda las provisiones de toda una semana".

Cowdray le dijo a Page que había una manera de restaurar simultáneamente el orden en México, evitar que los Estados Unidos se empantanaran en dicho país y lograr resultados con un mínimo de lucha armada. "Pienso que si hubiera una intervención internacional lo más probable es que ninguna expedición armada sería de hecho necesaria, aunque, por supuesto, dicha intervención abortaría a menos que se entendiera claramente que se volvería [militarmente] activa en caso necesario."

Cowdray dio a entender que tanto Huerta como las clases altas mexicanas verían con buenos ojos semejante intervención internacional y que el prestigio norteamericano se vería fortalecido por ella; luego habló del que era, sin duda alguna, su proyecto más importante: el control británico de la región petrolera. Le dijo a Page que "aquellas naciones que habían reconocido a Huerta le explicarían naturalmente que, por ser la situación de México considerablemente peor en la actualidad que cuando él se hizo cargo del gobierno nueve o diez meses atrás, pensaban ahora que ya era tiempo de unir sus esfuerzos con los de los Estados Unidos para lograr la paz.

"Que todos los mexicanos agradecerían la intervención internacional, ya que evitaría la intervención activa de sólo los Estados Unidos, que se consideraba inevitable tarde o temprano si es que habían de prevalecer condiciones estables. Aunque los mejores mexicanos podrían abstenerse de apoyar abiertamente tal intervención internacional, la acogerían sin embargo de buen grado. Que tal intervención salvaría la dignidad de todos. Que los Estados Unidos podrían encargarse de los rebeldes del norte mientras que los países europeos se encargarían de los territorios tributarios de Tampico, Veracruz y Puerto México. Que como se había esperado que Washington interviniera en forma activa y esto nunca sucedió, podría ser necesario para la intervención internacional desembarcar de hecho algunas tropas para demostrar que la cosa iba en serio, pero que, en mi opinión, no habría verdadero enfrentamiento armado ni problema alguno."

El embajador norteamericano, que en todos sus pronunciamientos públicos en Inglaterra explicaba constantemente el concepto wilsoniano de que era indebido que los países e intereses extranjeros ejercieran cualquier poder decisivo en América Latina, estuvo en términos generales de acuerdo con las sugerencias de Cowdray. "Pareció personalmente muy inclinado a la idea." Su única reserva, según Cowdray, era que la imagen de los Estados Unidos podría verse perjudicada "ya que los norteamericanos pensarían que aparecerían rehuyendo sus propias responsabilidades" si pedían ayuda. También lo preocupaba el costo económico de tal intervención.

Ideológicamente, Page no tenía reserva alguna respecto a las subsiguientes sugerencias de Cowdray, que casi habrían convertido a México en un protectorado de las grandes potencias. Cowdray había propuesto que "una comisión internacional tendría que hacerse cargo durante algún tiempo de la administración; para ello sería necesario controlar eficazmente al ejército, las finanzas y la justicia".[129]

Una de las razones por las que Page respondió tan favorablemente a la proposición de Cowdray fue que él mismo había hecho una propuesta muy semejante al coronel House.[130] Tanto Page como Cowdray deseaban mantener su proyecto en secreto: "quedó entendido que nuestras conversaciones eran estrictamente confidenciales, que no debería mencionarse mi nombre en relación con ello de ninguna manera y en ninguna forma [. . .] y que él sólo había estado hablando en cuanto individuo particular y no como representante de un país.

"Cuando le pregunté si podría mencionar lo que habíamos hablado a nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, dijo que por supuesto no podía impedírmelo, pero que debía yo dejar perfectamente claro que él no había, ni como individuo ni como embajador, sugerido que la asistencia de Inglaterra y otros países fuera necesaria ni solicitada. Al mismo tiempo, si Inglaterra deseaba presentar sus sugerencias, tendría gusto en escucharlas."[131]

Es posible que cuando Cowdray y Page discutieron estas opciones estuvieran ya enterados de que Alemania había hecho propuestas similares poco antes (véase capítulo 6). Ésta puede haber sido una de las razones de que ambos estuvieran de acuerdo en que Alemania tendría que participar en la proyectada intervención conjunta.

Estas propuestas, sin embargo, no tenían la menor probabilidad de convertirse en hechos, ya que Woodrow Wilson siguió oponiéndose pertinazmente a cualquier presencia militar europea en México.

Hay indicios de que el fracaso de estos planes no impidió que Cowdray se negara a aceptar la capitulación de Grey ante Wilson ni que buscara nuevas formas de impedir tanto una intervención norteamericana como el triunfo de los revolucionarios. Cuando Carden regresó a Inglaterra por breve tiempo en marzo de 1914, Cowdray estaba imbuido de un gran optimismo respecto a los acontecimientos en México. En una carta enviada a su representante en México el 14 de marzo, Cowdray escribió lo siguiente: "Carden llegó hace tres o cuatro días. Insiste enfáticamente en que el presidente saldrá adelante, y se refirió a la situación del ejército; explica que Blanquet le informó que tenían 110 000 hombres sobre las armas, además de 40 000 rurales. Señaló que el gobierno domina aquella parte del territorio que contiene las cuatro quintas partes de la población de la república, contando así con recursos ilimitados para reclutar tropas y para seguir gobernando el país sin ayuda extranjera; que los constitucionalistas tienen ahora la mayor fuerza a que pueden aspirar, sin mayor base de reclutamiento, y que no controlan sino un territorio devastado y carente de recursos".

Cowdray coincidía plenamente con esta apreciación del embajador británico: "Su optimismo es muy reconfortante; de hecho Limantour, que estuvo en Londres y a quien él vio, se sentía más animado en cuanto al futuro de México que desde hacía muchísimo tiempo [...] Se puede, pues, resumir la situación actual concluyendo que los constitucionalistas, sin más recursos adicionales de hombres o fondos, serán derrotados y dispersados en pequeñas bandas; que la intervención no tendrá lugar, y que las condiciones generales mejorarán gradualmente".[132]

Otras empresas inglesas en México no compartían tal vez el optimismo de Lord Cowdray respecto a la probabilidad de una victoria huertista, pero en vista de lo sucedido a los intereses británicos en los territorios controlados por los revolucionarios, no estaban menos preocupados que el magnate petrolero por las posibilidades de una intervención norteamericana o de una victoria constitucionalista.

En el territorio dominado por Villa se había formado bajo la dirección del magnate periodístico Hearst una organización empresarial para comprar minas, haciendas y mercancías, cuyo representante en México era agente especial norteamericano acreditado ante Villa, Carothers. Cuando

Villa tomó la ciudad de Torreón, confiscó algodón almacenado en las haciendas inglesas con un valor de 800 000 dólares, el cual entregó a dicha organización, que lo transportó a través de los Estados Unidos para venderlo en el Canadá. El embajador británico en los Estados Unidos, Spring Rice, presentó acto seguido una enérgica protesta ante el Departamento de Estado. El embajador austriaco en Washington informó:

> En respuesta a su petición de confiscar las pacas de algodón en El Paso, donde los propietarios refugiados hubieran podido hacer valer sus demandas, se les indicó a éstos que procedieran jurídicamente. El Departamento de Estado está enterado de esto y sin embargo se niega a sustituir a Carothers por un nuevo agente especial, porque para ello tendría que solicitar el beneplácito de Huerta o de Carranza. Este legalismo hipócrita y la creciente indiferencia ante la pérdida de vidas humanas y de propiedades en el norte de México, movieron a Sir Cecil Spring a comparar al gobierno norteamericano con el de Timbuctú.[133]

Cuando la situación financiera del gobierno mexicano se hizo desesperada en marzo y abril de 1914, Cowdray y los banqueros británicos que lo rodeaban decidieron ayudar a Huerta.

A pesar de su optimismo y sus buenos deseos, Cowdray, y probablemente también otros intereses británicos en México, se daban cuenta de que semejante ayuda a Huerta podría resultar muy costosa. "La otra cara de la moneda", escribió Cowdray, "es que Huerta necesita dinero y lo obtendrá de las fuentes más fácilmente asequibles. En consecuencia, las corporaciones extranjeras con industrias en México tienen por delante un periodo muy duro, exasperante y ruinoso, que durará mientras no pueda reducirse el gasto del gobierno mexicano o mientras el país no esté en condiciones que justifiquen que los banqueros extranjeros adelanten al gobierno nuevas sumas".[134]

La ayuda financiera británica abierta podría además renovar las fricciones entre Gran Bretaña y los Estados Unidos. Con cierta renuencia, pues, Cowdray y otros empresarios británicos con intereses en México decidieron ayudar con fondos al dictador. Pero tal asistencia sólo podría otorgarse en forma indirecta y disfrazada a fin de evitar una ruptura con los Estados Unidos.

Uno de los primeros pasos que se dieron fue conceder un préstamo al régimen de Huerta por 45 millones de pesos. No fueron los grandes bancos europeos, sino sus sucursales mexicanas, las que otorgaron el préstamo, fingiendo haber sido obligadas a ello por Huerta, quien supuestamente las había amenazado con crear un banco del Estado e imponer un impuesto del 1% sobre el capital; además, una parte del producto de este préstamo debía destinarse a pagar los empréstitos extranjeros.[135]

Pero Cowdray no tenía la intención de ser el único ni el principal financiador de Huerta. Tal y como había indicado en la carta a su representante en México, esperaba que los banqueros le aliviaran la carga concediéndole un préstamo al presidente mexicano. En los primeros meses de 1914 Huerta recibió, en efecto, un gran préstamo subrepticio de los británicos para que pudiera comprar armas (véase el capítulo 6). Si bien no hay pruebas directas de que Cowdray haya estado relacionado con este préstamo, su declarado interés en obtenerlo y el papel primordial desempeñado por sus compañías en México en lo tocante a las inversiones británicas en dicho país hacen pensar que estuvo implicado en un negocio cuyo objetivo principal era un embarque masivo de armas para Huerta y que, como se verá más tarde, estuvo a punto de provocar una guerra entre los Estados Unidos y México.

EL DESEMBARCO EN VERACRUZ

Los acontecimientos que se desarrollaron en México desde febrero hasta fines de abril de 1914 se fueron apartando cada vez más de los deseos y las ideas del presidente Wilson y su gobierno. Por una parte Huerta, apoyado por las clases gobernantes mexicanas y con la ayuda financiera de los bancos europeos, estaba resistiendo mucho más de lo que Wilson había esperado.

Por otra parte, Wilson se sentía cada vez menos a gusto en su relación con los revolucionarios. Lo que había tenido en mente desde el primer día en que su gobierno entró en contacto con los constitucionalistas era una relación paternalista con éstos. Al presidente norteamericano incumbiría decidir lo que convenía no sólo a México, sino también a los revolucionarios. Hasta octubre de 1913 Wilson había intentado utilizar a los constitucionalistas para alcanzar objetivos que ellos mismos repudiaban ferozmente: mediante las presiones combinadas del gobierno norteamericano y de las fuerzas revolucionarias, Wilson había esperado lograr que Huerta renunciara para ser sustituido por Gamboa o algún otro colaborador suyo. El resultado de semejante "solución" habría sido la supervivencia del ejército federal mexicano cuya eliminación era uno de los principales propósitos de los revolucionarios.

Carranza le había dicho inequívocamente al representante de Wilson que no aceptaría tal solución.[136] Cuando Huerta disolvió el Congreso en octubre y se hizo elegir presidente, Wilson decidió apoyar plenamente a los revolucionarios. Entonces sintió con mayor fuerza aún la necesidad de poder controlar a sus aliados. Con este propósito en mente le había propuesto a Carranza, en octubre de 1913, que tropas norteamericanas ocuparan una gran parte del país mientras los constitucionalistas peleaban contra Huerta.

Carranza volvió a rechazar esta oferta del presidente norteamericano.[137] Wilson pensó en ese momento que no le quedaba más remedio que satisfacer los deseos del jefe constitucionalista y renunciar a sus planes de intervención masiva en México. Aumentó entonces su apoyo a los revolucionarios, tanto por medios diplomáticos como abasteciéndolos de armas, esperando con ello asegurarse el control de su movimiento. Pero esta ayuda no logró hacer más flexible al presidente mexicano. La negativa de Carranza a aceptar las proposiciones de Wilson después de la muerte de Benton demostró al presidente norteamericano que necesitaría servirse de medios más directos si quería ejercer mayor influencia sobre el curso de la revolución mexicana.

Estos acontecimientos despertaron en Wilson el deseo cada vez mayor de intervenir directamente en México para asegurarle así a los Estados Unidos una posición clave en el país que les permitiera ejercer mayor control sobre el futuro desarrollo del mismo. De hecho, parece que en abril de 1914 Wilson se decidió a emprender en México una acción armada. El pretexto indispensable se lo dio un incidente de poca importancia que ocurrió el 9 de ese mes.

Ese día fueron enviados a tierra un oficial y siete hombres del crucero norteamericano *Dolphin*, que se hallaba anclado en el puerto de Tampico, para comprar combustibles. Al pisar tierra, fueron arrestados por las tropas huertistas bajo el pretexto de que el puerto se encontraba en estado de sitio, por lo que nadie podía desembarcar sin autorización previa. Cuando el general huertista Ignacio Zaragoza, que comandaba las tropas de Tampico, supo de la detención de los norteamericanos —habían pasado exactamente dos horas— los dejó libres de inmediato lamentando el incidente.

Esto no fue suficiente para el almirante norteamericano Henry T. Mayo, quien exigió una disculpa formal de Zaragoza y las seguridades de que el oficial mexicano responsable de los arrestos, el coronel Ramón Hinojosa, sería puesto a su vez bajo arresto; además, como reparación por este incidente, los mexicanos debían izar la bandera norteamericana y saludarla con una salva de veintiún cañonazos. Se dio de plazo hasta las seis de la tarde para satisfacer el ultimátum.

Zaragoza envió una disculpa oficial e hizo detener al coronel responsable, pero pidió una prolongación del ultimátum por lo tocante al saludo de honor, dado que en este asunto sólo el presidente mismo podría tomar una decisión. Huerta, por su parte, consideró que el rechazo de esta exigencia norteamericana le abría la posibilidad de darle un matiz patriótico a su gobierno tambaleante, y por tanto se negó a ceder.

A continuación se produjo un cambio de notas entre Huerta y el gobierno norteamericano que hubiera sido cómico, si sus consecuencias no hubieran sido trágicas y sangrientas. A las renovadas exigencias norteamericanas respecto a la salva de honor, Huerta respondió declarándose dispuesto a

efectuarla si los Estados Unidos saludaban de la misma manera a la bandera mexicana. Al mismo tiempo propuso presentar todo el caso ante el tribunal internacional de arbitraje en La Haya. Sin embargo, el gobierno norteamericano rechazó ambas proposiciones. Dado que Huerta continuaba negándose a satisfacer las exigencias norteamericanas, Wilson pidió el 20 de abril plenos poderes a las dos cámaras del Congreso norteamericano para efectuar una intervención armada en México. Se le concedieron plenos poderes por 323 votos contra 29.

Wilson había elaborado planes para ocupar Veracruz, Tampico y la ciudad de México. Se hicieron todos los preparativos y casi toda la flota norteamericana fue enviada a aguas mexicanas. Al principio, Wilson quería atacar a fines de abril, pero una noticia que había llegado entretanto lo impulsó a adelantar la fecha. Sucedió que la noche del 21 de abril, un día después de que el Congreso le concedió los plenos poderes, se enteró de que el vapor alemán *Ypiranga* se dirigía a Veracruz, llevando a bordo un gran cargamento de armas destinadas a Huerta. Para evitar que Huerta recibiera estas armas, Wilson ordenó esa misma noche a la flota norteamericana que ocupara la aduana de Veracruz. A dar ese paso lo estimuló la información del cónsul norteamericano en ese puerto, en el sentido de que las tropas huertistas no opondrían ninguna resistencia.

El 21 de abril desembarcaron en Veracruz los infantes de marina norteamericanos. El general huertista Maas retiró sus tropas de la ciudad, pero contraviniendo sus órdenes los cadetes de la Academia Naval, así como algunos soldados y voluntarios, iniciaron la lucha contra los norteamericanos. La batalla duró más de doce horas. El fuego de artillería de los barcos norteamericanos y la falta de todo apoyo por parte del gobierno huertista, obligaron finalmente a los defensores a retirarse. El 22 de abril, después de haber muerto ciento veintiséis mexicanos y diecinueve norteamericanos, Veracruz cayó en manos de los norteamericanos.[138]

La reacción ante este ataque, tanto en los Estados Unidos como en México, fue mucho más negativa de lo que Wilson se había imaginado.

En todo México hubo grandes manifestaciones antinorteamericanas, y miles de mexicanos se ofrecieron como voluntarios en el ejército huertista bajo la creencia de que serían enviados contra las tropas norteamericanas.

Wilson no le había comunicado absolutamente nada a Carranza sobre sus planes concernientes al ataque a Veracruz. La entrevista de Nogales en noviembre de 1913 le había demostrado a Wilson que Carranza jamás estaría de acuerdo en efectuar una acción común con los norteamericanos; pero por otro lado esperaba la complaciente neutralidad de Carranza. Sin embargo, éste asumió una actitud totalmente distinta. En una enérgica nota dirigida al gobierno norteamericano, Carranza exigió la retirada de las tropas norteamericanas de Veracruz y declaró:

> La invasión de nuestro territorio, la permanencia de vuestras fuerzas en el puerto de Veracruz, o la violación de los derechos que informan nuestra existencia como Estado soberano, libre e independiente, sí nos arrastrarían a una guerra desigual, pero digna, que hasta hoy queremos evitar.[139]

No se sabe con certeza si Carranza pensaba seriamente en una confrontación con los Estados Unidos. De todos modos, tal proyecto, en la medida en que realmente haya sido considerado, fue frustrado por una declaración de Villa, quien se distanció de Carranza y se negó a condenar la ocupación norteamericana de Veracruz. El 28 de abril Villa y Carranza decidieron no oponer ninguna resistencia a los norteamericanos si el territorio ocupado por los revolucionarios no era atacado por éstos.[140] A pesar de ello, si los norteamericanos hubieran avanzado más se habrían visto obligados a cambiar su actitud. Wilson estaba totalmente consciente del peligro de una guerra mexicano-norteamericana generalizada.

En los mismos Estados Unidos surgió una poderosa oposición contra la prosecución de las operaciones en México. Miles de miembros de sindicatos, de organizaciones pacifistas, de asociaciones religiosas y otros grupos, enviaron telegramas de protesta a Wilson.[141] La generalizada oposición a la intervención norteamericana en México tuvo su contrapartida en el otro extremo del espectro político, en forma de grupos que demandaban la ampliación de la intervención.

Destacados jefes militares se declararon en favor de la ocupación de una gran parte de México. Ya en noviembre de 1913 el jefe del Estado mayor norteamericano, Leonard Wood, le había hecho notar al agregado militar alemán Herwart von Bittenfeld la importancia del petróleo de México. Según el oficial alemán, Wood había declarado:

> Estas reservas petroleras, así como el hecho de que Lord Cowdray podría, debido a las concesiones hechas al consorcio Pearson, abrir pozos muy productivos desde el sur de la capital hasta cerca de la frontera, encerraban en sí el peligro de que surgiera una gran base naval petrolero dentro de la zona del Canal, la cual estaría en primer término a disposición del Almirantazgo británico. Los Estados Unidos no podrían tolerar esto; por ello sería mejor no incurrir en riesgos y asegurar mediante una intervención activa las bases petroleras necesarias para las flotas naval y mercante norteamericanas.[142]

Algunos jefes militares norteamericanos veían con desprecio las justificaciones "idealistas" de la política de Wilson y querían un lenguaje claro. Así, por ejemplo, el general McIntyre, de la Oficina Insular del Departamento de la Guerra, declaró:

Nosotros deseamos tener a la opinión pública de nuestro lado, pero ¿cómo intentamos lograr esto? Predicamos a la multitud que debemos garantizar elecciones legales y una situación de orden en nuestra república hermana, y sabemos perfectamente que en los semicivilizados países latinoamericanos casi todos los cambios de gobierno se operan por lo general no a través de elecciones, sino de revoluciones: ¿para qué entonces esta hipocresía? ¿Por qué no utilizamos nuestra prensa para explicarle al país que aquí se encuentran en juego intereses vitales relacionados con el Canal de Panamá, los cuales son infinitamente más importantes para el futuro de la nación y para la posición de fuerza de los Estados Unidos en el mundo que el asesinato de Madero, un Huerta sanguinario o cualquier otro usurpador que se halle en la silla presidencial?[143]

Después de la toma de Veracruz, el secretario de la Guerra, Garrison, se manifestó en favor de una operación contra la ciudad de México. También los norteamericanos residentes en México, las compañías ferrocarrileras y las empresas petroleras exigieron la ocupación de la capital. El vocero de las compañías petroleras en el Senado norteamericano, el senador por Nuevo México, Fall, y el senador republicano Lodge, presentaron ante el Senado una resolución que debería otorgar poderes al presidente Wilson para enviar tropas a todas las regiones de México "para la protección de vidas y propiedades norteamericanas". Es probable que este grupo contara con el apoyo de Doheny. Sin embargo, la resolución fue rechazada por el Senado norteamericano.[144]

La presión de quienes se oponían a una mayor intervención norteamericana en México por una parte, y por la otra el temor de hallarse atados en México en un momento en que aumentaban las tensiones internacionales, movieron finalmente al gobierno norteamericano a renunciar a sus planes. El ministro austriaco en México informó que los almirantes Badger y Fletcher, que mandaban el escuadrón naval norteamericano en Veracruz, explicaron a los oficiales norteamericanos impacientes por iniciar la marcha sobre la ciudad de México, que la actitud de Wilson se debía

a que el presidente quería evitar que las fuerzas norteamericanas se comprometieran en una acción que podría durar varios años. A saber, si las tropas norteamericanas llegaban hasta la ciudad de México, los Estados Unidos tendrían que responsabilizarse de la pacificación total del país, lo cual, dada la enorme extensión de México y las conocidas condiciones del terreno, requeriría varios años.[145]

La renuncia a los planes de ampliar la intervención norteamericana en México, no significaba de ninguna manera que el gobierno norteamericano renunciara a imponer en México un gobierno de su agrado. Todo lo contrario. Utilizando como punto de presión la ocupada ciudad de Veracruz. el gobierno norteamericano emprendió una operación de gran envergadura para la realización de sus planes.

El 25 de abril de 1914, por iniciativa del secretario de Estado norteamericano, los delegados de la Argentina, el Brasil y Chile ofrecieron su mediación en el conflicto mexicano-norteamericano. El propósito de esta mediación, sin embargo, no se limitaba a zanjar las diferencias, sino sobre todo a crear un nuevo gobierno del agrado de los norteamericanos. Washington presentó sustancialmente cuatro puntos a los países mediadores:

1. Renuncia de Huerta;
2. Nombramiento de un presidente provisional aceptable para ambos bandos en México, extraído de entre las filas de los "neutrales" o de los revolucionarios, excluyendo a Carranza y a Villa de ese cargo;
3. Nombramiento de un gobierno provisional, en el que todos los grupos, incluidos los partidarios de Huerta, deberían estar representados;
4. Declaración de un armisticio entre los dos bandos en conflicto.[146]

En estas proposiciones se reflejaba la desconfianza del gobierno norteamericano hacia los rebeldes, desconfianza que había aumentado constantemente desde el incidente Benton, y sobre todo desde la protesta de Carranza por la ocupación norteamericana de Veracruz. El gobierno norteamericano ya no dudaba de que la victoria de los revolucionarios era inevitable. El único medio de evitarla hubiera sido una intervención armada de los Estados Unidos, pero el gobierno norteamericano no quería seguir este camino por las razones ya expuestas. Sus propuestas apuntaban entonces a debilitar la victoria de los revolucionarios y a poner al nuevo gobierno bajo la influencia norteamericana tanto como fuera posible. El esfuerzo por alcanzar este objetivo era lo que dictaba la eliminación de Carranza del proyectado gobierno provisional, ya que éste se había expresado de la manera más clara contra la hegemonía de los Estados Unidos. El nuevo presidente, aun cuando se tratara de un revolucionario, debería su poder sobre todo al gobierno norteamericano, cuya anuencia sería decisiva para su postulación, y por ello trataría de inclinarse hacia los Estados Unidos. De la misma manera, la inclusión de un representante de Huerta en el gobierno provisional habría debilitado el poder de los revolucionarios, y mediante un armisticio se habría conservado una parte del antiguo ejército federal creando con ello cierto contrapeso a las fuerzas revolucionarias.

Estos proyectos de mediatización encontraron oposición tanto por parte del gobierno huertista como de los revolucionarios. En tanto que los obstáculos provenientes del gobierno huertista fueron eliminados como resultado de las presiones norteamericanas, la oposición de los revolucionarios condujo finalmente al fracaso total de los proyectos de mediatización.

La conferencia se inauguró el 22 de abril de 1914 en Niagara Falls, cerca de la frontera canadiense-norteamericana. En ella tomaron parte delegados de los Estados Unidos y de los tres Estados mediadores, la Argentina, el Brasil y Chile, así como representantes de Huerta. Los delegados de Carranza se habían negado a participar en la conferencia. Huerta hizo saber al día siguiente, a través de su delegado Rabasa, que estaba dispuesto a renunciar "si se crea un gobierno estable que esté en condiciones de incluir a los representantes indispensables de la opinión pública".[147] Pero su actitud se endureció nuevamente bajo la influencia de Sir Lionel Carden.

Carden había sido llamado a Londres en enero de 1914 para presentar informes, y el gobierno británico había dado a entender en Washington confidencialmente, que retiraría a Carden de México y lo enviaría al Brasil. A través de ciertas indiscreciones en el Departamento de Estado norteamericano, estos planes se conocieron antes de su realización. Por ello el gobierno británico dejó provisionalmente a Carden en su puesto, para no exponerse al reproche de haber cedido ante la presión norteamericana.[148]

Carden regresó a México en abril de 1914 y muy pronto comenzó a defender a Huerta. Poco después del comienzo de la conferencia de mediación, había aprobado la expulsión de Huerta bajo la condición "de que todos sus actos de gobierno fueran legalizados".[149] Hintze observó al respecto: "Esto significa sencillamente la legalización de todos los favores y concesiones que Carden ha recibido para los británicos por su vehemente apoyo a Huerta".[150] Cuando esta propuesta demostró ser irrealizable, Carden dio otro viraje y alentó a Huerta a permanecer en el poder. Al mismo tiempo la Light and Power Co. y la compañía petrolera "El Águila", perteneciente a Cowdray, suministraban dinero al gobierno huertista.[151] Parece ser que Carden y Cowdray querían sostener a Huerta hasta que los Estados Unidos reconocieran las concesiones que éste había otorgado a la Gran Bretaña.

Si bien esta acción de Carden servía a los intereses de Cowdray, la prolongación de la contienda provocada por ella era sumamente dañina para otros intereses británicos. Hintze pudo escribir: "Son notables la terquedad y la pasión con las que este hombre [Carden] tan cerca ya de su fin, manifiesta su odio contra los Estados Unidos, aún en perjuicio de su país y de sus compatriotas".[152]

Los esfuerzos de Carden no quedaron sin efecto. El secretario de Estado norteamericano propuso a la Gran Bretaña el 2 de junio de 1914, después de los sondeos correspondientes, que los gobiernos de ambos países consideran como definitivas las concesiones petroleras del 20 de abril de 1914, y no reconocieran cambio alguno decretado por las autoridades mexicanas.[153] Con ello, los norteamericanos legalizaban todas las concesiones que habían sido otorgadas hasta esa fecha a las compañías petroleras británicas, renunciando de antemano a reconocer cualquier expropiación de pozos petroleros

británicos en favor de empresas norteamericanas. Este acuerdo se extendió a los derechos mineros a finales de junio de 1914.[154]

El acuerdo contrastaba con las anteriores declaraciones de Wilson, según las cuales jamás reconocería las concesiones otorgadas por Huerta. Es poco probable que esta actitud norteamericana fuera únicamente el resultado de la actividad británica, pues en mayo y junio de 1914 la posición británica en México era más débil que nunca. La creciente desavenencia entre el gobierno norteamericano y Carranza no fue un factor desdeñable en la adopción de esta política. Era muy posible que Carranza después de su victoria, se acercara a la Gran Bretaña de la misma manera que Huerta, y el gobierno norteamericano esperaba excluir de antemano esta posibilidad mediante tal acuerdo. A continuación, parece ser que Huerta ya no recibió más apoyo por parte de Cowdray. De igual manera, Carden recibió instrucciones de no poner ningún obstáculo a la política norteamericana.

Huerta se hizo cada vez más complaciente a medida que su gobierno se debilitaba, que perdía el apoyo de Europa y que sus tropas retrocedían en creciente desorden ante el avance revolucionario. Finalmente estuvo dispuesto a acceder a cualquier deseo de los norteamericanos, con tal de salvar al menos algún vestigio de su régimen. Sin embargo, la hostilidad de los revolucionarios aniquiló tal esperanza.

Al comienzo, Carranza había aceptado en principio participar en las conversaciones de mediación. Pero cuando se hizo obvio que allí no se tratarían las diferencias mexicano-norteamericanas, sino los asuntos internos de México, retiró su delegación argumentando que estos problemas "sólo a los mexicanos corresponde resolver".[155] Los negociadores norteamericanos calificaron la actitud de los revolucionarios con las siguientes palabras:

> [. . .] Ellos [los carrancistas] rehúsan absolutamente recibir nada de los mediadores ni por mediación; no aceptarán como obsequio nada que los mediadores pudieran darles, aun cuando fuera lo mismo que ellos pretendían; que no lo recibirían aun cuando se lo ofrecieran en una bandeja de plata.[156]

Carranza rechazó la petición de los mediadores de concluir un armisticio con Huerta y continuó su avance sobre la capital. Entonces el gobierno norteamericano intentó presionarlo a través de un nuevo embargo de armas que impuso a México el 1o. de junio.[157] Mediante la interrupción del suministro de armas se pretendía detener el avance de los revolucionarios hasta que éstos se doblegaran ante los deseos norteamericanos

Carranza, sin embargo, no se dejó impresionar por esta maniobra norteamericana. A mediados de junio hizo saber por medio de sus delegados en Niágara Falls que los revolucionarios por ningún precio estaban dispuestos a negociar el orden interno de México ante un foro internacional. Esta ac-

titud de Carranza hizo fracasar finalmente toda la conferencia de mediación. Ésta concluyó el 5 de julio de 1914 sin lograr ningún resultado.[158]

El 15 de julio de 1914, cuando la situación militar de Huerta era ya totalmente irremediable y él mismo se consideraba en inminente peligro, renunció y nombró como su sucesor a Francisco Carbajal, magistrado de la Suprema Corte de Justicia. Declaró en esa ocasión: "He depositado en el Banco que se llama Conciencia Universal, la honra de un puritano".[159]

6. ALEMANIA Y HUERTA

INTERESES COMERCIALES ALEMANES Y EL RÉGIMEN HUERTISTA

En 1913 reinaba la confusión en los círculos financieros alemanes con intereses en México, si bien esa confusión no era tan marcada como entre los grupos británicos y norteamericanos.

Al igual que sus colegas británicos y norteamericanos, los comerciantes y los propietarios de plantaciones alemanes se contaban entre los partidarios más acérrimos del dictador, pues esperaban del gobierno huertista una vuelta a los privilegios y beneficios de la época de Díaz: favoritismos legales a los extranjeros, prohibición de los sindicatos y apoyo ilimitado del gobierno al sistema de servidumbre por endeudamiento en el campo.

Este último beneficio interesaba primordialmente a los plantadores alemanes de café en Chiapas aunque muchos comerciantes alemanes habían comprado, con el correr del tiempo, haciendas en otras partes de México. La actitud de estos círculos se manifiesta claramente en los informes de los cónsules, todos los cuales, con excepción del cónsul general en México, eran comerciantes o dueños de plantaciones y fungían como cónsules honorarios.[1]

Entre los otros partidarios de Huerta figuraban los bancos, que bajo el régimen de Díaz eran conocidos como el "grupo alemán" y estaban más estrechamente vinculados con los "científicos": el Deutsche Bank Bleichröder y el Dresdner Bank. Éstos aportaron el 19% de un préstamo destinado a Huerta que sumaba 16 millones de libras esterlinas, y que fue firmado en París el 8 de junio de 1913 por un consorcio internacional de bancos compuesto entre otros por la Banque de Paris et des Pays Bas, J. P. Morgan y Compañía, y Kuhn Loeb y Compañía.[2] Las condiciones bajo las que fue concedido este préstamo eran especialmente favorables.

Los bancos compraron los bonos del crédito a un 90% de su valor nominal y los vendieron al 96%. El gobierno huertista tuvo que comprometerse a no gestionar ningún otro empréstito sin la aprobación de este consorcio bancario, por lo que estos bancos dominaron efectivamente la vida financiera de México.[3]

No sólo las favorables condiciones financieras habían movido a los bancos alemanes a otorgar este préstamo a Huerta. También esperaban recuperar con ello la posición dominante de que habían gozado bajo Díaz en

las finanzas mexicanas. Además, el mayor y más importante de estos bancos, el Deutsche Bank, hizo el primer intento por parte de Alemania en los primeros meses de la dictadura huertista por introducirse en la producción petrolera mexicana y afianzarse allí.

Varios años antes, en 1907, el Deutsche Bank había perdido la competencia con la Standard Oil en cuanto al suministro de petróleo para el mercado alemán en virtud de un acuerdo que le había concedido prácticamente un monopolio en este terreno a la Standard Oil. Sin embargo, se había especificado que cláusulas enteras de este acuerdo desaparecerían en caso de que en Alemania se aprobara una ley creando un monopolio petrolero del Reich. Los esfuerzos del Deutsche Bank en torno a dicha ley parecían tener posibilidades de éxito en 1912-13; y el banco empezó a considerar a México como uno de los países cuyas reservas petroleras aún aguardaban explotación.

En noviembre de 1912, Hintze telegrafió al Ministerio de Relaciones Exteriores en Berlín:

> Empresa local alemana Bach, representante de industria alemana de municiones Krupp, ha explorado por encargo de la compañía petrolera de Batavia en La Haya en busca de petróleo por medio del experto geólogo Angermann, descubriendo en los estados de Tamaulipas y Veracruz 200 hectáreas de los mejores campos petroleros, afirma que éstos cubrirían el consumo total de Alemania y podría asegurarlos de inmediato por medio de un contrato opcional. La empresa, informada acerca de la proyectada ley sobre monopolio, pide romper compromiso con los holandeses si se envían expertos alemanes a los campos petroleros [. . .] Informes cablegráficos de que ya vienen los expertos haría que la empresa suspendiera relaciones con los holandeses. Solicito contestación telegráfica.[4]

La empresa Bach le había explicado su propuesta a la legación alemana de la siguiente forma:

> El capital alemán no ha participado hasta ahora de manera considerable en este tremendo desarrollo, y el propósito de estas líneas es el de iluminar las oportunidades actuales para una compañía alemana. Precisamente ahora se ofrece de hecho una notable oportunidad, pero ésta sólo puede ser aprovechada mediante la acción más rápida y enérgica.[5]

La propuesta fue sometida por el Ministerio de Relaciones Exteriores al Deutsche Bank y a la compañía Deutsche Petroleum AG, subsidiaria de éste.

La marina de guerra alemana también parece haber mostrado un interés transitorio por el petróleo mexicano, pues el ministro austriaco en México informó el 12 de septiembre de 1913:

> En estos últimos tiempos, también Alemania ha hecho acto de presencia para asegurar la propiedad de mayores campos petroleros en México. Según me ha informado el ministro alemán, contralmirante von Hintze, el alto mando naval tiene un vivo interés en el petróleo mexicano, y a sus esfuerzos principalmente se debe que un grupo financiero alemán se esté planteando ahora seriamente la adquisición de campos petroleros en México.[6]

A pesar del interés del Ministerio de Relaciones Exteriores y de la Marina, las negociaciones, que se efectuaban principalmente a través de la legación alemana, progresaban lentamente. La Deutsche Petroleum AG no manifestó verdadero interés, y sólo al cabo de varios meses se decidió a enviar un geólogo a México, el doctor Wunstorff.[7] Wunstorff, quien trabajaba en el departamento geológico estatal de Berlín, obtuvo licencia por el tiempo que durara su viaje a petición de la Deutsche Petroleum AG; el ministro de Industria y Comercio escribió al Ministerio de Relaciones Exteriores:

> En vista del interés nacional que tiene el viaje, deseo renunciar, de acuerdo con el señor ministro de Finanzas, a la deducción usual de la licencia en el cómputo de la antigüedad de servicios.[8]

Después de extensas investigaciones, Wunstorff recomendó a la Deutsche Petroleum AG la compra de grandes extensiones petroleras en México. Hintze informó el 11 de septiembre de 1913: "El doctor Wunstorff dijo que envió los más favorables informes y que varias veces propuso cablegráficamente la compra. Sin embargo, siempre recibió respuestas nevativas respecto a la compra".[9] De hecho, la Deutsche Petroleum AG nunca compró terrenos petroleros en México. Siempre respondió evasivamente a las preguntas del Ministerio de Relaciones Exteriores al respecto. Así, por ejemplo, en una carta dirigida al Ministerio de Relaciones Exteriores el 6 de de marzo de 1914, se decía:

> El señor doctor W. Wunstorff regresó de América en el otoño del año pasado, pero desde entonces ha estado de tal manera ocupado en otros asuntos urgentes que no ha sido posible sostener una conversación definitiva con él sobre los resultados de este viaje.[10]

En vista del hecho de que Wunstorff había viajado a México por encargo de la Deutsche Petroleum AG, y de que ya había pasado un año desde su regreso, esta respuesta parece algo extraña. La verdadera causa de la actitud negativa de la Deutsche Petroleum AG la señaló el ministro

austriaco en México en un informe dirigido a su Ministerio de Relaciones Exteriores:

Para concluir este informe, quisiera además apuntar que los alemanes interesados en el asunto habían enviado un experto a México para estudiar los campos petroleros, pero los financieros alemanes se han rehusado hasta ahora a hacer inversiones en la industria petrolera mexicana. En ello parecen haber sido determinantes los deseos de la Standard Oil Company, fuertemente ligada a un sector de la comunidad bancaria berlinesa.[11]

Esta actitud complaciente del Deutsche Bank ante los deseos de la Standard Oil, fue también en parte resultado del fracaso de la proyectada ley sobre el monopolio petrolero del Reich. El interés de la marina de guerra alemana por el petróleo mexicano tampoco pudo haber sido muy grande, en vista del hecho de que en caso de una guerra con Inglaterra, Alemania difícilmente hubiera tenido acceso al petróleo mexicano.

El intento fallido por introducirse en la producción petrolera mexicana redujo en gran medida el interés de los bancos alemanes por Huerta. La actitud de los bancos cambió totalmente cuando, a principios de 1914, Huerta confiscó los derechos de aduanas que estaban destinados al pago de la deuda extranjera. El 20 de enero de 1914 se reunieron en París los representantes del grupo bancario internacional que había contribuido a la emisión de los préstamos de 1899-1910 y de 1913, los cuales estaban garantizados por los derechos aduanales. Según el informe de Schwabach, director del Banco Bleichröder, todos los bancos protestaron ante el gobierno mexicano por la confiscación de los derechos aduanales.[12]

Habida cuenta de esta reunión, y tras una conversación con Limantour, el antiguo ministro de Hacienda de Díaz, Schwabach llegó a la conclusión de que la solución más favorable consistiría en la renuncia de Huerta, impuesta por las potencias europeas.

Yo pregunté: ¿No se podría instar al general Huerta a que declare, en vista de que el problema militar excede en este momento todo lo demás, su deseo de ponerse a la cabeza de las tropas y renunciar a la presidencia? El señor Limantour opinó que esto estaría muy bien, pero que Huerta padecía de una infección de los ojos; ante lo cual yo sugerí que el presidente se ausentara de la capital por lo menos durante unas cuantas semanas para curarse, y que después del reconocimiento de un nuevo presidente por parte de Washington regresara bien repuesto a la ciudad de México. El señor Limantour consideró que tal solución era posible, siempre y cuando no fuera impuesta por los Estados Unidos.

Hasta donde yo veo, sólo hay dos maneras de presentarle tal proposición a Huerta; o bien por medio de los representantes de las potencias europeas con mayor interés en el asunto, es decir, Alemania, Francia e Inglaterra, cuyos consejos, aun cuando sean expresados de manera enérgica, al menos serían menos amargamente recibidos que todo lo que proviene de Washington, o bien por medios privados. [A cambio del apoyo europeo a los Estados Unidos en este asunto, Schwabach esperaba] que la insurrección fuera sofocada en un futuro previsible, después de que un presidente reconocido por los Estados Unidos quedara instalado, y especialmente después de que Norteamérica, como un gesto de lealtad, hubiera suspendido todo su apoyo a los rebeldes, en la medida en que no ha decidido ayudar al régimen en la ciudad de México.[13]

El propósito de la renuncia de Huerta era salvar a su sistema de una victoria de la revolución. Un triunfo de los constitucionalistas hubiera tenido las más graves consecuencias para el grupo bancario alemán, pues Carranza había declarado, desde el primer día de su levantamiento, que no reconocería las deudas del gobierno huertista. Por lo tanto, los bancos se veían amenazados con la pérdida del préstamo emitido por ellos en junio de 1913. Un nuevo régimen basado en la renuncia voluntaria de Huerta y que combatiera a los revolucionarios, sería el sucesor legal de Huerta y reconocería sus deudas.

A diferencia de los bancos alemanes, los intereses navieros parecen haber mantenido buenas relaciones con el régimen huertista de principio a fin. La compañía naviera Hamburg American (Hapag) era una de las empresas alemanas más estrechamente ligadas con el gobierno huertista. Estas relaciones se fortalecieron a principios y mediados de 1914 mediante importantes embarques de armas para el gobierno huertista, cuando todas las otras empresas y la diplomacia alemanas comenzaban a abandonar a Huerta. No es improbable que los estrechos vínculos de la Hapag con Cowdray y sus intereses comunes en el ferrocarril de Tehuantepec hayan contribuido a esta orientación.

El gobierno huertista había intentado ganarse a la industria pesada alemana por medio de una serie de importantes contratos de construcción. El 18 de junio de 1913, el encargado de negocios alemán, Rudolf von Kardorff, transmitió una oferta del gobierno huertista a las empresas alemanas: un contrato para la ampliación del puerto de Mazatlán. Dijo que según su opinión la oferta era "muy recomendable y ventajosa para el capital alemán".[14] Sin embargo, este contrato nunca llegó a realizarse; no se sabe exactamente por qué. Probablemente contribuyeron a ello el avance de los revolucionarios sobre Mazatlán y la situación financiera cada vez más difícil del gobierno huertista.

La industria alemana de armamentos parece haber mantenido en México una "neutralidad" total, pues abastecía de armas a ambos bandos al mismo tiempo. Cuando a finales de 1913 Huerta ya no pudo comprar más

armas en los Estados Unidos a consecuencia del embargo de armas norteamericano, recurrió en medida cada vez mayor a la industria de guerra alemana. En noviembre de 1913 las fábricas alemanas de armas y municiones suscribieron un contrato con Huerta para el suministro de 100 000 carabinas Mauser y 20 millones de cartuchos, con un valor total de 2.48 millones de marcos. Dado que las Deutsche Waffen-und Munitionsfabriken se hallaban sobrecargadas de pedidos, parte de este contrato fue transferido a las fábricas austriacas Steyrer.[15] A finales de diciembre se hizo otro pedido mexicano por 80 000 fusiles y 100 millones de cartuchos: tres octavas partes a la Deutsche Waffen-und Munitionsfabriken, otras tres octavas partes a Hintenberg (una fábrica situada en Austria) y la restante cuarta parte a las Fabriques Nationales d'Armes de Guerre Henstal.[16]

En marzo de 1914 la industria de guerra alemana recibió su mayor pedido hasta entonces por parte del gobierno mexicano. En este negocio participó también Krupp, que en septiembre de 1913 había intentado en vano vender piezas de artillería al gobierno mexicano.[17] Tras de pagar un cuantioso soborno al ministro de Hacienda, De la Lama, Krupp obtuvo un contrato por una batería de artillería de montaña; la Deutsche Waffen-und Munitionsfabriken y sus socios austriacos y belgas otro por 200 millones de cartuchos, y Bergmann uno por 100 ametralladoras.[18]

Las mismas empresas alemanas también intentaron producir armas para los constitucionalistas. En febrero de 1914, Bernstorff escribió al Ministerio de Relaciones Exteriores:

> El representante de Krupp y de las fábricas de armas alemanas en Nueva York me hizo saber que recibió pedidos de los constitucionalistas y que los ha transmitido a las empresas alemanas. Él teme que el cumplimiento de estos contratos, deseables como son desde el punto de vista comercial, pueda ser cancelado por el gobierno del kaiser por razones políticas. Hay dinero para pagar los suministros y las fábricas norteamericanas no están en condiciones de cubrir las necesidades de los constitucionalistas. Visto el asunto desde aquí, no hay nada que objetar contra el susodicho suministro de armas.[19]

El Ministerio de Relaciones Exteriores no tenía ningún inconveniente, pero no quería asumir la responsabilidad. El consejero del Ministerio, Kemnitz, declaró al respecto:

> A la luz de la situación no parece oportuno prohibir los envíos de armas de las empresas alemanas a los insurgentes mexicanos. Ello no obstante, tales envíos no pueden ser aprobados oficialmente, y a las empresas en cuestión se les notificará, en caso de que recurran a nosotros, que las reclamaciones por incumplimiento de contrato resulten de dichos envíos, no podrán ser apoyadas oficialmente.[20]

Estos contratos probablemente fueron cumplidos. En todo caso, no se dispone de información más precisa al respecto.

La Berliner Handelsgesellschaft, a diferencia de los miembros del llamado "Grupo Alemán", se contaba entre los enemigos declarados del gobierno huertista y era partidaria de una intervención norteamericana en México. Esta compañía había participado en 1907 en la "nacionalización" de los ferrocarriles mexicanos, emitiendo bonos por un total de 40 millones de dólares en la Bolsa de valores de Berlín, gran parte de los cuales se hallaban aún en sus manos.

Los intereses ferrocarrileros fueron los primeros en verse afectados por la revolución y por la política del gobierno huertista. En julio y agosto de 1913 se reunieron en París los representantes del consorcio bancario internacional que tenía intereses en los ferrocarriles mexicanos. El doctor Beheim-Schwarzbach, presidente de la Berliner Handelsgesellschaft, rindió un informe sobre esta reunión. El presidente del Consejo de Administración de los ferrocarriles mexicanos, un norteamericano, E. N. Brown, hizo saber a los participantes: "La situación en México excede todo lo que ha sucedido hasta ahora. La anarquía parece ser total [...]" Brown denunció en términos especialmente duros la corrupción del gobierno huertista, que les estaba costando demasiado cara a los propietarios de los ferrocarriles.

> Así, por ejemplo —dijo— han sido nombrados 27 directores de operaciones en vez de los 18 que antes existían, a pesar de que apenas se encuentran en servicio un 50% de las líneas, lo cual da como resultado una triplicación del personal tan sólo en esta actividad. De los directores de operaciones, la mayoría son completamente ignorantes: se encuentran allí porque tienen influencia en sus localidades y el gobierno los necesita como aliados.[21]

La explicación que dio Brown a esta situación tenía connotaciones típicamente racistas: "De los 15 millones de habitantes, 13 millones son indios, mestizos y otra chusma, que indudablemente carecen de todo sentido de obligación moral".[22]

Los participantes en la reunión decidieron pedir al gobierno norteamericano que interviniera en México. Beheim-Schwarzbach apoyó de la manera más calurosa esta proposición. En un informe al secretario de Estado, Jagow, dijo:

> Hay que señalar al respecto que si bien tal decisión quizá no se avenga con los criterios del Ministerio de Relaciones Exteriores británicos, dado que con ello los norteamericanos adquirirán mayor poder aún, ésta parece ser la única solución práctica.[23]

Si se consideran las actitudes de los círculos financieros y comerciales

británicos y alemanes frente a una intervención norteamericana en México, aparecen profundas diferencias tanto de orden cuantitativo como cualitativo. Cuantitativamente, las inversiones británicas en México eran mucho más importantes que las alemanas: su valor total sumaba más del cuádruple de las inversiones alemanas. Sin embargo, el valor de las exportaciones alemanas y británicas a México era casi el mismo.

Mayor peso tenían las diferencias cualitativas entre las inversiones alemanas y británicas en México. En las inversiones británicas ocupaba un lugar prominente la producción de materias primas, sobre todo la extracción de petróleo. En esa esfera se fincaban los intereses de grupos poderosos, y la importancia estratégica de las materias primas hacía mayor aún la influencia de sus productores. Para estos grupos, la ocupación norteamericana de México o la victoria de un gobierno pronorteamericano hubiera significado una catástrofe, pues habría acarreado su expulsión de México o al menos una fuerte limitación de su expansión. Los productores de materias primas, principalmente los propietarios de pozos petroleros, eran, entre todos los inversionistas con intereses en México, el grupo menos afectado por la guerra civil. A pesar de que desde 1910 hasta 1920 la lucha armada fue casi constante en México, la producción de petróleo se cuadruplicó en este periodo. De tal suerte, los propietarios británicos y norteamericanos de pozos petroleros tenían menos que perder a causa de la guerra que cualesquiera otros grupos económicos.

La situación era muy diferente para los intereses financieros y empresariales alemanes. La carga más pesada recaía sobre los tenedores de bonos, es decir, fundamentalmente sobre los grandes bancos. Lo que interesaba a estos círculos no era tanto la actitud proalemana o antinorteamericana cuanto la solvencia de un gobierno mexicano capaz de pagar los réditos correspondientes a sus bonos. Naturalmente, estos bancos preferían un gobierno independiente de los Estados Unidos, dispuesto a concederles preferencias en los empréstitos. Pero este deseo estaba supeditado al interés por mantener la solvencia del gobierno mexicano.

Tras el intento fracasado del Deutsche Bank por hacerse de un lugar en la producción petrolera mexicana, fue muy escaso el interés de las altas finanzas alemanas por la producción de materias primas en México. Las pocas empresas alemanas que habían hecho inversiones en la producción de materias primas en México, como por ejemplo la Frankfurter Metallgesellschaft, lo habían hecho en asociación con compañías norteamericanas. Estas empresas tenían igualmente poco que temer de una ocupación o una hegemonía norteamericana en México. Los planes formulados en 1911 para hacer mayores inversiones alemanas en la producción mexicana de materias primas habían sido abandonados a causa de la guerra en México y probablemente también de la creciente tensión en Europa.

Una intervención norteamericana en México tampoco hubiera tenido

consecuencias catastróficas para las subsidiarias de los bancos alemanes en México. La más importante de éstas, el Banco de Comercio e Industria, era una empresa conjunta del Deutsche Bank y de la casa bancaria norteamericana Speyer. Esta comunidad de intereses habría garantizado que, aun bajo una ocupación norteamericana, el banco no hubiese tenido que sufrir demasiado. Tampoco los comerciantes alemanes en México tenían ninguna objeción sustancial contra una hegemonía norteamericana o contra una ocupación del país, pues adquirían en los Estados Unidos las dos terceras partes de sus mercancías. Ya en 1912, bajo el impacto de las luchas en México, se habían manifestado en favor de tal intervención. Su apoyo inicial a Huerta se fundaba menos en la actitud antinorteamericana de éste que en su política social y en su restauración del antiguo orden porfirista.

La hegemonía norteamericana en México habría afectado sobre todo a las exportaciones alemanas hacia este país. Ya se ha mencionado que el temor a un tratado mexicano-norteamericano de reciprocidad había influido en la actitud de la diplomacia alemana en México. Ello no obstante, los intereses de las empresas alemanas que exportaban hacia México estaban supeditados, por los motivos que ya se han expuesto, a los intereses de los tenedores alemanes de bonos mexicanos, es decir, a los grandes bancos, y nunca fueron decisivos para determinar la política alemana en México.

EL GOBIERNO ALEMÁN Y EL RÉGIMEN DE HUERTA

La política del gobierno alemán en 1913 era ambigua. Por un lado, se intentaba apoyar a Huerta. Tal política correspondía, en 1913, a las exigencias de la mayor parte de los bancos alemanes, de los comerciantes alemanes en México y de los intereses comerciales y marítimos alemanes. Además México jugaba un papel específico en los planes estratégicos de Alemania. Ya desde 1907 el kaiser contaba con la posibilidad de un conflicto norteamericano-japonés, en el que México tendría gran importancia como base de ataque contra los Estados Unidos. Tal guerra hubiera neutralizado a dos enemigos de Alemania. Es posible que ya desde entonces se previera la posibilidad de utilizar a México en caso de una guerra germano-norteamericana.

Los diplomáticos alemanes, por otra parte, habían intentado evitar cualquier fricción entre Alemania y los Estados Unidos por causa de México. En una época en que pasaba cada vez más a primer plano el antagonismo entre Alemania por un lado e Inglaterra, Francia y Rusia por el otro, los intereses alemanes en México no eran realmente suficientes para crear una confrontación adicional con los Estados Unidos. El deseo de evitar un conflicto con los Estados Unidos tenía, sin embargo, ciertos límites. Si la Gran

Bretaña o Francia estuvieran dispuestas a encabezar una acción antinorteamericana en México, llevando por tanto el mayor peso de la oposición norteamericana, Alemania estaba dispuesta a seguirlas bajo ciertas circunstancias. Pero Alemania de ninguna manera deseaba enfrentarse sola con los Estados Unidos.

Había un curso de acción que Alemania nunca intentó hasta junio de 1914: colaborar con los Estados Unidos en México. Mediante esta cooperación, Alemania habría dificultado el suministro de petróleo a la Gran Bretaña, y esto hubiera tenido un efecto militar directo. Pero el precio de tal política, o sea el debilitamiento de su propia posición en México y una decisiva pérdida de prestigio en América Latina, era demasiado alto como para que Alemania pudiera haberla tomado alguna vez en consideración.

En 1913, la política alemana en México pasó por cuatro fases distintas. En la primera, que duró desde la toma del poder por Huerta hasta principios de abril de 1913, la diplomacia alemana mantuvo la mayor cautela ante Huerta. El temor de que éste pudiera estar al servicio de los norteamericanos, como Hintze lo indicó al principio, y la inseguridad de que pudiera imponerse en el país, condujeron a esta reserva. El 27 de marzo de 1913, el secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores declaró en una nota dirigida al canciller del Reich:

> Por el momento el general Huerta ejerce un gobierno de facto. Todavía no ha podido lograr la pacificación del país [...] Por ello, en este momento, tenemos reservas en cuanto al reconocimiento formal del general Huerta.[24]

Al igual que la diplomacia británica anteriormente, la diplomacia alemana se adhirió a la posición de Lane Wilson, quien hacía depender el reconocimiento del gobierno huertista de la disposición de éste a satisfacer demandas extranjeras de indemnización por supuestos daños causados durante la revolución maderista.

La reserva inicial de la diplomacia alemana cambió muy pronto, cuando se hizo evidente que Huerta intentaba restaurar la situación de la época de Díaz, y que su actitud antinorteamericana no dejaba lugar a dudas. La diplomacia alemana pasó entonces a una fase de apoyo total al gobierno de Huerta, con connotaciones abiertamente antinorteamericanas.

Esta política se vio favorecida por la actitud del encargado de negocios alemán en México. Poco después de la toma del poder por Huerta, Hintze enfermó gravemente y fue remplazado por Rudolf von Kardorff como encargado de negocios. En contraste con el habilísimo y acomodaticio Hintze, magistralmente capaz de aplicar tras bambalinas una política antinorteamericana al mismo tiempo que exhibía públicamente una actitud favorable a los Estados Unidos, Kardorff era un diplomático áspero que creía en las categorías más primitivas y que se convirtió en vocero de los partidarios

más extremistas de Huerta y de las fuerzas antinorteamericanas. Precisamente estas características le ganaron la aprobación del kaiser, quien subrayaba reiteradamente los pasajes antinorteamericanos en los informes de Kardorff, así como los que se referían a las tendencias dictatoriales de Huerta. Les hacía anotaciones al margen como: "Bien", "Buena observación", "Telegrafiar mi elogio", etcétera. Kardorff concibió un entusiasmo pueril por Huerta. El 2 de abril informó acerca de la apertura del Congreso mexicano:

> Las sonoras palabras del viejo general fueron seguidas por una tormenta de aplausos poco frecuente aun en los países de impulsividad latina [...] Huerta había hecho lo que nadie había sido capaz de hacer durante meses. Había infundido confianza. Confianza y al mismo tiempo respeto. Él, el viejo soldado que en el pasado tal vez no le haya pedido consejo con frecuencia a su Redentor, había hablado de Dios, había implorado la ayuda de los poderes celestiales y había hecho suyos a éstos. Les había hablado sencilla y llanamente a sus compatriotas sobre sus obligaciones y su amor por la patria [...] Pero junto con esto, el tono fuerte e intimidatorio —cosa importante en esta situación— había sonado para todos de manera impresionante.[25]

El kaiser anotó en este informe: "Bravo: en todas partes es lo mismo y se tendrá el mismo éxito dondequiera que se tenga el valor de enfrentarse así al parlamento".[26] Al margen de las palabras "tono fuerte e intimidatorio", anotó: "Esencial". Kardorff concluyó su informe con la frase: "En lo más íntimo de uno anidó la convicción de que en el pecho de este viejo soldado habitan la voluntad y el amor a la patria, un instinto claro de lo que es útil en el momento y entusiasmo, astucia y no demasiados escrúpulos", lo cual acotó Guillermo II con las palabras: "¡Bravo! Un hombre así tiene nuestras simpatías".

La persona de Huerta se le debe de haber hecho tanto más simpática al kaiser cuanto que Kardorff calificaba al derrocado Madero como un

> hombre ambicioso, que podía y fue un perfecto instrumento para toda clase de fines egoístas. Pero esta tenacidad, que le hacía tan pronto enérgico como audaz, era en unos casos ciega, y en otros capricho mezclado con fanatismo.[27]

Guillermo II escribió al margen: "Bebel". El kaiser veía en la victoria de Madero una victoria de los socialistas, y el fracaso de Madero era para él una confirmación de la necesidad de un régimen fuerte y absolutista.

Ya el 26 de marzo Kardorff se pronunció por el reconocimiento de Huerta.[28] El obstáculo más importante al reconocimiento había sido hasta entonces, junto a la incertidumbre sobre la actitud de Huerta frente a los

Estados Unidos, el deseo de obligar al gobierno huertista, mediante la presión común de las grandes potencias, a pagar reparaciones por daños. Pero entre tanto el gobierno británico había cambiado su posición y no estaba ya dispuesto a aplazar el reconocimiento. Algunas semanas más tarde, Kardorff desairó bruscamente al embajador norteamericano, quien, con base en anteriores conversaciones con Hintze, contaba con una colaboración de los gobiernos alemán y norteamericano en lo tocante al reconocimiento.

> He tratado con el debido desdén la asombrosa manifestación hecha por el embajador a un diplomático, en el sentido de que Alemania simplemente se dejará orientar por los Estados Unidos y que no reconocerá a México ni antes ni después de que éstos lo hayan hecho, y afirmé lo que el señor Wilson paladinamente omitió, o sea que en este problema el gobierno del kaiser se orientará únicamente por sus propios puntos de vista.[29]

Kardorff consideraba que el apoyo al gobierno de Huerta era el único medio de preservar los intereses europeos frente a los Estados Unidos.

> Si Inglaterra concede inmediatamente su reconocimiento y otros gobiernos hacen otro tanto —como por ejemplo España, según acabo de enterarme—, entonces Alemania no ganaría nada con un reconocimiento independiente del de la Comisión Internacional, sino que, como supuesto títere de los Estados Unidos, sólo cosecharía antipatías en México.[30]

Y un mes más tarde escribió:

> Los Estados europeos con intereses en México deben entender la especial importancia que tiene para ellos el mantenimiento y fortalecimiento del actual gobierno. El gobierno de México se encuentra librado a sus propios recursos en la lucha por reprimir la actitud de una parte de la población mexicana, que de la misma manera que anteriormente bajo el viejo dictador, carece de escrúpulos, es antipatriótica y ha caída en el más bajo materialismo. El gobierno sólo puede resolver la crisis financiera con la ayuda del extranjero. Por el bien de sus intereses económicos, Europa tendrá que elegir: o bien otorgar créditos tanto públicos como privados a un país con un gran futuro potencial, si bien actualmente muy agitado, o bien admitir la probabilidad de que únicamente sea tolerada —y quizá ni siquiera tolerada— en el futuro previsible en uno de los países más ricos del mundo.[31]

A pesar de las repetidas recomendaciones y exhortaciones de Kardorff, el Ministerio de Relaciones Exteriores siguió postergando el reconocimiento de Huerta. Alemania se apegó firmemente a la táctica de echar por delante a la Gran Bretaña en todo problema que significara un conflicto con los

Estados Unidos. Sólo el 15 de mayo, después que el gobierno británico anunció oficialmente el reconocimiento de Huerta, el Ministerio de Relaciones Exteriores se decidió a dar el mismo paso.[32]

En junio de 1913 tuvo lugar el primer conflicto, relativamente insignificante, con los Estados Unidos. Por recomendación de Kardorff, el cual había telegrafiado a Berlín que era "importante desplegar la bandera alemana en la presente situación",[33] fue enviado a Veracruz el barco de guerra alemán *Bremen*. Esta medida irritó al comandante de la flota norteamericana anclada allí. El comandante del *Bremen* informó al kaiser:

> Tuve la impresión de que la aparición del *Bremen* no agradó del todo al almirante norteamericano en Veracruz. Por supuesto telegrafió un saludo de bienvenida al *Bremen*, y fue muy cordial en el trato personal; sin embargo, al cabo de una semana su actitud se hizo considerablemente más fría, cuando no pude proporcionarle ninguna fecha precisa sobre el retiro del *Bremen* [...] Mi explicación de que yo había venido aquí para tranquilizar a los residentes alemanes se hizo cada vez menos creíble porque casualmente casi todos los días aparecían en los periódicos informes sobre fiestas de la colonia alemana en la capital.[34]

La actividad antinorteamericana de los diplomáticos alemanes alcanzó un clímax con la participación de Kardorff en una decisión conjunta de todos los diplomáticos europeos en México en el sentido de solicitar a sus respectivos gobiernos que intervinieran ante los Estados Unidos en favor del reconocimiento de Huerta. Kardorff confirmó esta decisión un día más tarde, al telegrafiar al Ministerio de Relaciones Exteriores:

> Huerta es el único que está en condiciones de llevar a cabo la difícil tarea de la pacificación de México; sin embargo, la oposición egoísta de los Estados Unidos, que puede percibirse en distintos aspectos, puede paralizarlo y crear una crisis; las consecuencias para los intereses europeos serían incalculables.[35]

Las crecientes tensiones entre Huerta y el gobierno norteamericano hicieron aumentar cada vez más la posibilidad de una intervención armada norteamericana en México y puso a la diplomacia alemana frente a serias decisiones. Era claro que una acción armada contra los Estados Unidos en colaboración con las otras potencias europeas era impensable. Por ello Kardorff consideró la posibilidad, en caso de una intervención norteamericana,

> de que, una vez más, la excepcional posición de los Estados Unidos requiera de nosotros, a fin de ejercer cuando menos cierto control sobre sus acciones y de rescatar lo que aún puede rescatarse para Europa, to-

memos el *partir du feu* y llevemos a cabo una acción conjunta en México, en vez de protestar impotentemente contra las medidas unilaterales norteamericanas.[36]

Por algún tiempo los diplomáticos alemanes se consolaron con la esperanza de que el Japón pudiera frustrar una intervención norteamericana en México:

> El Japón es la única potencia en el Oriente que puede proteger a México de una violación a manos del coloso del norte, y por otra parte, México, como país vecino de un posible futuro enemigo del Japón, tiene para éste una importancia que no debe menospreciarse.[37]

Pero ya en septiembre Alemania reconoció que esta esperanza era irreal.[38] Para el Japón, el mantenimiento del gobierno huertista no justificaba de ninguna manera un conflicto con los Estados Unidos.

El ministro japonés en México definió la política japonesa respecto a México a su colega alemán, quien informó lo siguiente:

> La política del Japón es la de concentrar todos sus esfuerzos para ganarse la amistad de los Estados Unidos. El objetivo es éste: México sólo constituye un objeto utilizable en esta política. El Japón ha sido hasta ahora simplemente un espectador y aquí les ha dejado a los Estados Unidos las manos libres, esperando que —con intervención o sin ella— el Japón pueda utilizar la contienda entre ambos vecinos para sus negociaciones de amistad con los Estados Unidos. El ministro mexicano de Relaciones Exteriores, Moheno, aparentemente se acercó a él con algunas sugerencias entusiastas respecto a una colaboración, pero es imposible negociar con ese hombre. Y el presidente de la República, Huerta, le ha manifestado algunas ideas sobre el mismo punto, que son sencillamente demenciales desde el punto de vista japonés.[39]

El mismo Hintze consideraba imposible una acción armada del Japón en México:

> El Japón arriesga su posición dominante en el Asia si se embrolla en una guerra cuyo objetivo se encuentra en el continente americano. Gracias a mi experiencia, tengo suficientes motivos para suponer que Rusia aprovechará la oportunidad para desquitarse por Tsushima y Mukden. Alemania, Inglaterra y Francia se hallarían ante la fuerte tentación de disponer de una China sumida en el caos, estando ausente su rival más peligroso. Y Alemania tendría que aprovechar una de las pocas oportunidades que aún le quedan para adquirir y retener, en esta nueva repartición del mundo, una porción justa y además aprovechable. El Japón tendría que presenciar pasivamente un ataque decisivo de las otras potencias asiáticas; aun retirándose entonces de la guerra en América, no podría sino llegar demasiado tarde si los otros actuaran con rapidez.[40]

Esta interpretación se vio confirmada por la actitud del Japón durante el periodo huertista. Fuera de algunas armas que le vendió a Huerta, y algunas visitas de su flota a México, la diplomacia japonesa mostró la mayor reserva en lo tocante a apoyar a Huerta contra los Estados Unidos.[41]

En julio de 1913 los diplomáticos alemanes abrigaban aún la esperanza de poder convencer al gobierno norteamericano, mediante la presión conjunta de las potencias europeas, de que reconociera a Huerta. Después de que el Ministerio de Relaciones Exteriores advirtió que la Gran Bretaña había procedido de manera similar, Bernstorff intervino en Washington a mediados de agosto de 1913 para conseguir el reconocimiento norteamericano de Huerta.[42] Esta medida no sólo fue totalmente inútil, sino que el gobierno norteamericano respondió por su parte con una ofensiva diplomática. El mismo mes trasmitió idénticas notas a la Gran Bretaña y a Alemania en las que anunciaba las proposiciones norteamericanas para solucionar el problema mexicano. Además, instó al gobierno a dar instrucciones a sus representantes en el sentido de "aconsejar a Huerta que conceda la más seria atención a las proposiciones del gobierno norteamericano, y a que considere las consecuencias que podría acarrearle el rechazo de la oferta de los buenos servicios de este gobierno".[43]

Se trataba de una hábil maniobra. Las proposiciones norteamericanas ni siquiera habían sido dadas a conocer, y tampoco se pidió a las potencias europeas que las apoyaran. Éstas únicamente debían inducir al gobierno mexicano a prestar atención a las proposiciones. Con ello se ejercía sobre Huerta una presión adicional y se daba la impresión de que las otras potencias aprobaban, al menos en parte el proceder de los Estados Unidos en México. Consecuentemente Kardorff observó al respecto: "Los Estados Unidos obviamente intentan utilizar a Europa para sus propios fines".[44]

Pero el asunto era demasiado insignificante como para correr el riesgo de ofender a los Estados Unidos y por ello se le indicó a Kardorff que presentara al gobierno mexicano "sugerencias adecuadamente amistosas". Además debía añadir "que naturalmente no nos identificamos con propuestas totalmente desconocidas",[45] pero al mismo tiempo evitar "todo lo que pudiera ser interpretado por los mexicanos como un endoso alemán a los Estados Unidos o como un estímulo a una invasión".[46] También de acuerdo con las indicaciones recibidas, Kardorff le aconsejó al gobierno huertista que no rechazara las propuestas norteamericanas "sin antes haberlas leído y examinado".[47] Pero atenuó el efecto de este proceder mediante un ataque

simultáneo a la política norteamericana.

Le hice notar al encargado de negocios norteamericano que el embargo de armas contra Huerta es una medida que amenaza la estabilidad del gobierno mexicano y en consecuencia pone directamente en peligro vidas alemanas, acerca de lo cual estoy obligado a informar telegráficamente a mi gobierno.[48]

El kaiser anotó al margen de esta comunicación: "¡Correcto!"

Las propuestas norteamericanas de julio de 1913, encaminadas a forzar la renuncia de Huerta, provocaron inmediatamente después de su divulgación la enérgica oposición de la diplomacia alemana. "Nosotros hemos negado todo apoyo",[49] hizo notar Jagow al respecto. Kardorff manifestó:

Huerta es actualmente el único que puede superar las dificultades y volver a poner a México sobre una base firme y saludable. ¿No advierte el señor Wilson que su política de oposición al general es la causa de que aún se cierna el peligro sobre la vida y bienes de los extranjeros en el norte del país, y de que no se hayan restaurado allí el orden y la seguridad? ¿Es que no advierte que él, el enemigo declarado de los grandes consorcios, está sirviendo muy bien a los intereses de los trusts en México, los cuales, aprovechando la baja de los valores, están acaparando minas y tierras a bajos precios? ¿No sabe él que, por otra parte, a causa de la paralización del gobierno de Huerta, se ha privado de sus medios de existencia y empujado a la ruina a miles de capitalistas norteamericanos medianos y pequeños?[50]

Kardorff trasmitió con gran satisfacción una resolución antinorteamericana de las colonias europeas en México, en la que agradecían a sus gobiernos el reconocimiento del gobierno de Huerta, y al mismo tiempo condenaban la política norteamericana.[51] La resolución fue acogida por el kaiser con las palabras: "Bien. Finalmente hay unidad frente al yanqui".[52]

Kardorff dio a entender sin rodeos a otros diplomáticos y al gobierno mexicano que el gobierno alemán estaba dispuesto a asumir un importante papel para apoyar a Huerta en su lucha contra los Estados Unidos. Huerta respondió a esta actitud de la diplomacia alemana con expresiones de agradecimiento y con la aseveración de que "los alemanes siempre serían recibidos por él con los brazos abiertos en todos los aspectos de su actividad en México".[53]

A principios de septiembre de 1913 Kardorff regresó a Berlín, y Hintze, que se había curado entre tanto, volvió a asumir su puesto. En un banquete de despedida que le ofreció el gobierno mexicano, Kardorff no tuvo

reparos en declarar abiertamente su simpatía por Huerta y su desprecio por el pueblo mexicano:

Yo creo en un gran futuro para México cuando la paz sea restaurada nuevamente en el país y en que, de acuerdo con las intenciones y los planes del Presidente, basados en su inteligencia y experiencia, este pueblo, infantil y necesitado de una dirección y un control sólidos, será elevado, no inmediata sino gradualmente a un nivel cultural cada vez más alto. Me regocija poder informar a Vuestra Excelencia que los alemanes residentes en México tienen plena confianza en la capacidad del Presidente para restaurar la paz.[54]

Los resultados de la diplomacia alemana en México sobrepasaron con mucho la meta fijada. Diez días después de haber reanudado sus actividades, un desconcertado Hintze comprobó que

El ministro inglés me participó que el señor John Lind, el conocido consejero de la embajada norteamericana, se ha quejado ante él de que el encargado de negocios alemán está alentando al gobierno mexicano a resistir la política norteamericana. El ministro inglés (quien, como repetidamente hemos informado, tiene una disposición muy favorable hacia Alemania) intentó tranquilizar a los norteamericanos atribuyendo la actitud alemana a las simpatías que son resultado de una larga permanencia en un país, y que ello ocurre inconscientemente [...] Sin embargo, el señor Lind insistió en que tenía la impresión de que el encargado de negocios alemán actuaba deliberadamente. El encargado de negocios norteamericano me hizo repetidamente indicaciones parecidas.[55]

El problema mexicano amenazaba con crear un serio conflicto entre Alemania y los Estados Unidos. Berlín se batió inmediatamente en retirada. El 7 de octubre de 1913 Montgelas indicó a Hintze:

Por favor evite en adelante toda actitud contraria a los Estados Unidos y refute toda interpretación de nuestra política en ese sentido. El único interés alemán es la rápida restauración del orden y de relaciones normales entre los Estados Unidos y México.[56]

La alarma obviamente fue tan grande, que una frase originalmente incluida en el texto, "sin intranquilizar a los mexicanos", fue eliminada. Una indicación parecida le fue transmitida a Bernstorff en Washington.[57]

La segunda etapa de la política alemana en México, del 15 de septiembre de 1913 hasta la disolución del Congreso mexicano por Huerta el 11 de octubre de 1913, fue una fase de repliegue. Su objetivo fundamental

era evitar todo lo que pudiera conducir a un conflicto con los Estados Unidos. Respecto a su política en este periodo, Hintze escribió:

> En relación con esto, estoy encontrando en los círculos diplomáticos (incluida la embajada norteamericana), en la opinión pública y en el gobierno, la opinión de que Alemania ha asumido la dirección de tal política [dirigida contra los Estados Unidos]. Atendiendo a las indicaciones generales de Vuestra Excelencia, intentaré mitigar cuidadosa y explícitamente tales expectativas y temores, sin intranquilizar a los mexicanos.[58]

No por último hay que atribuir este repliegue a los indicios de que el gobierno de Huerta estaba cediendo ante los Estados Unidos en lo tocante a la candidatura presidencial de Huerta y la postulación de Gamboa. Hintze acogió favorablemente la candidatura de Gamboa y vio en ella la posibilidad de mantener el sistema huertista sin Huerta, evitando así tanto una intervención norteamericana como una victoria de los revolucionarios.[59] Tras el segundo golpe de Estado de Huerta, la diplomacia alemana en México pasó a una nueva fase de su actividad. Por primera vez desde que Huerta había tomado el poder en febrero de 1913, se produjeron grandes diferencias de opinión respecto al problema mexicano entre Alemania y la Gran Bretaña.

Al igual que los diplomáticos británicos, Hintze había aprobado la disolución del Congreso mexicano, dado que veía en ello un debilitamiento de la posición de los revolucionarios.

> Debo insistir en mi opinión de que una dictadura militar es el gobierno adecuado a la situación y el que mejor nos sirve, y que Huerta, a pesar de su alcoholismo y a pesar de sus incursiones en el erario público, es el mejor dictador.[60]

Pero después del rompimiento final entre Huerta y el gobierno norteamericano, los caminos de la diplomacia alemana y británica se separaron. La diplomacia británica apoyó claramente a Huerta y lo animó a continuar su derrotero antinorteamericano. El objetivo de los esfuerzos británicos tras el golpe de Estado era sostener el poder de Huerta, ya que importantes concesiones a empresas británicas dependían de su disposición a supeditarse a la política británica. La diplomacia británica también estaba provisionalmente dispuesta a tolerar serias diferencias con los Estados Unidos.

El objetivo principal de la diplomacia alemana era, sin embargo, el sostenimiento del sistema de Huerta y Díaz, sacrificando, en caso necesario, la persona de Huerta para evitar un conflicto con los Estados Unidos. El motivo de esta actitud era muy sencillo: en octubre de 1913 se habían abandonado todos los planes de inversión de capital alemán en la industria

petrolera mexicana, y en consecuencia existía poco interés en las concesiones. Además, el entusiasmo de la diplomacia alemana por Huerta disminuyó en la medida en que crecía la influencia británica en México, aunque los diplomáticos alemanes nunca tomaron muy en serio la posibilidad de una hegemonía estrictamente británica en México.

Por otra parte, después de las victorias de los revolucionarios, Hintze se había convencido de que el sistema huertista sólo podía ser salvado con el apoyo de los Estados Unidos. Por ello criticó con dureza la actitud del ministro británico, Sir Lionel Carden:

> Él funda su apreciación de lo que existe ahora y de lo que vendrá en su familiaridad con el México del presidente Porfirio Díaz [. . .] Basándose en ese periodo, considera que la forma de gobierno que le corresponde a México es el despotismo despiadado de un indio [. . .] astuto y sin escrúpulos. Pasa por alto el hecho de que desde los últimos años de Porfirio Díaz se ha puesto en marcha una revolución socialista con la consigna "tierra", y que Díaz ha caído por causa de ella. Detrás de la dominante personalidad de Díaz, creyó ver entonces una nación unida, y se niega a ver que bajo la gran sombra sólo existe la gris muchedumbre con la cual se forjará algún día una nación. Él piensa que los recursos económicos del pueblo mexicano son inagotables y no advierte que la riqueza principal —los minerales— han pasado y siguen pasando cada vez más a manos de los extranjeros. Él cuenta con la persona de Huerta de la misma manera que anteriormente todos se acogían a Díaz, y no considera que Díaz gobernó *con* los Estados Unidos de América y que Huerta intenta gobernar *contra* ellos.[61]

Estas palabras de Hintze, que casi parecen revolucionarias, no aluden de ninguna manera, naturalmente, a la necesidad de una reforma agraria o de una nacionalización de la propiedad extranjera, sino, por el contrario, afirman que el gobierno huertista, en vista de tales problemas, no podía prescindir de una colaboración con los Estados Unidos. Finalmente, la actitud de la diplomacia alemana estaba determinada por la convicción de que un arreglo entre Huerta y los Estados Unidos se haría a costa de la Gran Bretaña en primer término.

Tan poco dispuesta estaba la diplomacia alemana a seguir la posición británica en México como a apoyar la norteamericana, que a juicio de Alemania estaba llamada a desembocar en una intervención armada. Bernstorff declaró:

> La situación actual, desde el punto de vista de nuestros intereses económicos, no es ciertamente muy favorable. Ello no obstante es preferible, en mi humilde opinión, a la posibilidad de una intervención norteamericana. Aun cuando el presidente Wilson permaneciera firme y llevara a

cabo su programa de tratar a México de la misma manera que a Cuba, después de su intervención los norteamericanos se quedarán con todo lo mejor de México.[62]

Alemania esperaba aprovechar la enemistad británico-norteamericana para asegurarse una posición decisiva en México. Tras el rompimiento entre Huerta y el gobierno norteamericano, este último se dirigió al gobierno alemán con la sugerencia de que retirara su reconocimiento a Huerta. Jagow se negó aunque su respuesta fue evasiva, y pidió a Hintze que "hiciera una proposición concreta, confirmada por cable, sobre lo que debería hacerse a continuación".[63]

La respuesta de Hintze fue una proposición que, bajo el nombre de "cooperación amistosa", contemplaba de hecho una especie de protectorado norteamericano-británico-alemán en México. Así telegrafió:

> México, abandonado a sí mismo, seguirá empantanado en sus revoluciones durante muchos años. Las potencias que tienen intereses aquí, en vista de sus pérdidas en vidas, propiedades y ganancias, así como de capital invertido, no pueden contemplar esto pasivamente [. . .] Ninguna potencia europea puede por sí sola influir en la política norteamericana hacia México, porque tal intento tendría graves consecuencias y a la larga sería inútil. Pero el esfuerzo paralelo de las grandes potencias europeas, entre las que no podría faltar Inglaterra, puede tener un efecto, precisamente en el sentido de la cooperación amistosa con los Estados Unidos, para lo cual estos últimos han creado las condiciones a través de sus diversas sugerencias a las potencias europeas. Este proyecto europeo (Alemania e Inglaterra bastan para ello) tendría que empezar por ofrecer a los Estados Unidos su apoyo en las exigencias que son esenciales para los Estados Unidos y, en comparación, poco importantes para Europa. Huerta es el primer escalón en el ataque; mediante la cooperación amistosa podría convencérsele de que hiciera elegir como presidente a alguno de sus allegados y de que él mismo se retirara del escenario por algún tiempo. Lo demás se decidiría sobre la marcha. Lo fundamental es no dejar proceder a los Estados Unidos por sí solos, sino influir en ellos mediante una continua cooperación amistosa.

Esta cooperación debería proporcionarle a México un préstamo bajo control financiero conjunto, y finalmente tendría que considerar ciertas medidas policiacas conjuntas, en caso de que México todavía se mostrara incapaz de proteger las vidas, las propiedades y las ganancias.[64]

La ejecución de tal plan le habría acarreado los mayores beneficios al imperialismo alemán. El sistema huertista se habría mantenido y Alemania habría alcanzado en México una posición tanto más importante cuanto que sus intereses económicos en México eran más bien limitados. Se habría evitado un dominio unilateral norteamericano o británico sobre el país, y Alemania, como fiel de la balanza, habría tenido siempre la posibilidad de enfrentar entre sí a la Gran Bretaña y a los Estados Unidos.

El prerrequisito para la realización de tal plan era la colaboración de las potencias europeas en México. Sin embargo, ésta nunca se dio. La diplomacia francesa había hecho efectivamente alusiones generales a la necesidad de una colaboración, y el ministro francés en México se había declarado de acuerdo con el plan de Hintze, pero no se propusieron medidas concretas.[65]

El gobierno británico, en un principio, no mostró absolutamente ningún interés. Inicialmente había intentado apoyar a Huerta a no compartir el poder en México con ninguna otra potencia. Carden le comentó a Hintze:

> Europa es una anciana. Una acción europea conjunta es un absurdo. Ésta es una idea de Lefaivre [el ministro francés en México], quien sueña con una "intervención proporcional de los Estados Unidos y las potencias europeas", así como un "control financiero". México no necesita de ningún control financiero, dado que puede sostenerse a través de los impuestos.[66]

Hintze resumió la opinión de Carden con las siguientes palabras: "Inglaterra actuará por sí sola y cosechará ella sola los frutos".[67]

Cuando las tensiones británico-norteamericanas alcanzaron su clímax, parece ser que la diplomacia británica consideró por un momento una posible colaboración con Alemania, aunque no, ciertamente, con el fin de una intervención conjunta en México como la concebía Hintze, sino más probablemente sólo como un medio de ejercer mayor presión sobre las negociaciones que ya se estaban efectuando con los Estados Unidos. En noviembre de 1913, el ministro británico de Relaciones Exteriores, Grey, con el propósito de sondear las intenciones alemanas, sugirió al Ministerio de Relaciones Exteriores de este país un "curso de acción conjunta" que, según las palabras del subsecretario del Ministerio alemán, eran "hasta ahora vagas" y "sin proposiciones precisas".[68]

Después del acuerdo británico-norteamericano respecto a México, la colaboración con Alemania perdió todo interés para el gobierno británico. Ésta era una actitud que no compartía Lord Cowdray, quien había formulado proposiciones muy parecidas a las de Hintze en su conversación con el embajador norteamericano en Londres. Es muy posible que él haya conocido las ideas de Hintze, pues él y Page habían llegado a la misma conclusión de que sería imposible excluir a Alemania de una eventual intervención internacional. A pesar de la influencia de Cowdray, el gobierno británico no estaba dispuesto a subordinar sus concepciones estratégicas generales a los intereses de las compañías de Cowdray. La principal razón de

que el gobierno británico se negara a aceptar el plan de Hintze era que, en un momento en que el enemigo más importante de la Gran Bretaña a nivel mundial era Alemania y en que la diplomacia británica se orientaba hacia una alianza con los Estados Unidos en contra de Alemania, era impensable una colaboración germano-británica dirigida contra los Estados Unidos. La diplomacia alemana, por el contrario acogió con gran interés la idea de una colaboración de las potencias europeas respecto al problema mexicano, todo ello en torno al objetivo de una "cooperación amistosa", como decía Hintze. Al embajador alemán en París se le indicó que comunicara al gobierno francés que una colaboración con Francia en México "no sería indeseable" para el gobierno alemán.[69] Por la respuesta que dio el subsecretario a las proposiciones de Hintze, se advierte bajo qué condiciones el gobierno alemán habría estado dispuesto a proceder de tal forma: "La cooperación amistosa depende de Inglaterra, la cual aún titubea".[70] Esta posición la precisó aún más al expresar su opinión respecto a la vaga proposición de Grey: "En principio, me declaré de acuerdo con esta sugerencia. No tenemos ninguna inclinación a asumir la iniciativa en este asunto".[71]

Una acción semejante, bajo la dirección británica, le hubiera reportado dobles beneficios a la diplomacia alemana. Por una parte el gobierno de Huerta se habría estabilizado en México, la posición alemana se habría fortalecido y se habría evitado tanto un control unilateral de los Estados Unidos, como una victoria de los revolucionarios; por otra parte, en el caso de una oposición norteamericana, la Gran Bretaña hubiera cargado con el mayor peso en el conflicto. La diplomacia alemana definitivamente contaba con esta posibilidad. Cuando Bernstorff comunicó desde Washington el temor de Tyrrell de que "la opinión pública norteamericana le echaría la culpa a Inglaterra en caso de que una intervención se hiciera inevitable", el kaiser Guillermo anotó en este pasaje del informe: "Esto sería magnífico".[72]

No es improbable que la disposición de Alemania a colaborar con la Gran Bretaña haya sido motivada por el deseo de la diplomacia alemana en los años 1912-14 de mantener neutral a Inglaterra en caso de un conflicto con Francia y Rusia. En las conversaciones que tuvieron lugar a finales de 1912 entre Lord Haldane y los dirigentes del Reich alemán, entre los que se contaban el kaiser, se rechazó la principal exigencia de Inglaterra que pretendía limitar el rearme de la flota alemana, pero la diplomacia alemana intentó alcanzar su objetivo a través de una colaboración en otras cuestiones de menor importancia para la Gran Bretaña. Probablemente, México constituyó una de las cuestiones en las que Alemania esperaba lograr un acercamiento con la Gran Bretaña, aumentando así las posibilidades de obtener la neutralidad británica en caso de una guerra europea.

Aun cuando las potencias europeas se hubieran puesto de acuerdo sobre una acción conjunta en México o sobre las proposiciones de Hintze para establecer allí un protectorado, tal proyecto probablemente nunca hubiera sido aprobado por el gobierno norteamericano, aun cuando algunos prominentes políticos norteamericanos se habían pronunciado en favor de una intervención conjunta en México. En 1912, el presidente Taft había discutido con el embajador británico la posibilidad de una invasión conjunta británico-norteamericana en México, con la posible participación de Alemania. Importantes funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores británico vieron con horror tales ideas, que rechazaron como una "empresa demencial".[73]

En 1913, Walter Page, embajador norteamericano en la Gran Bretaña, enemigo político de Taft y partidario de Wilson, consideró igualmente la posibilidad de una intervención conjunta europeo-norteamericana en México, con el concurso de Alemania. En un memorándum que presentó al colaborador de Wilson, coronel House, puso como ejemplo la intervención común europeo-norteamericana en China contra la rebelión de los boxers. Contrariamente a Taft, mencionó como condición de tal intervención la obligación de todos los participantes de no sacar ninguna ventaja para sí de la intervención en México.[74] En 1913 algunos diputados habían ponderado también en el Congreso norteamericano la necesidad de una intervención europeo-norteamericana en México.

Tal acción conjunta hubiera representado ciertas ventajas para el gobierno norteamericano. En el interior del país, se hubiera podido hacer frente al movimiento de oposición que era de esperarse, con el argumento de que los Estados Unidos únicamente habían intervenido en México para evitar una acción europea unilateral. También es posible que se pensara que la población mexicana hubiera presentado menos resistencia a una fuerza de intervención internacional que a un ejército puramente norteamericano.

Tal intervención internacional, sin embargo, hubiera representado un fuerte golpe para el prestigio de los Estados Unidos y su hegemonía en América Latina, y hubiera sido una violación de facto de la Doctrina Monroe. Los Estados Unidos habrían reconocido que no eran capaces ni siquiera de mantener la "ley y el orden" en México. Después de tal reconocimiento, hubiera sido muy difícil para los Estados Unidos seguir manteniendo sus pretensiones hegemónicas en América Latina.

El claro rechazo de Woodrow Wilson a una intervención conjunta de las grandes potencias en México, se fundaba además en otros motivos. Estaba firmemente convencido de que existía una diferencia fundamental entre los objetivos de las potencias europeas en México, los cuales consideraba imperialistas, y los suyos propios, que juzgaba desinteresados.

Las potencias europeas no tenían manera de obligar a los Estados Unidos a colaborar con ellas en México. Bernstorff afirmó de manera realista:

"Por desgracia, Europa no puede ejercer ninguna influencia en la política norteamericana, porque no tiene el poder para oponerse a ella".[75] Guillermo II, sin embargo, repuso: "Lo tendría ciertamente si Inglaterra hiciera causa común con el Continente".[76] El kaiser acogió muy mal el desistimiento de la Gran Bretaña en México. Cuando Hintze informó desde México el 26 de noviembre que barcos de guerra británicos habían sido enviados a la región petrolera de México, pero que en atención a los Estados Unidos no desembarcarían tropas allí, el kaiser anotó: "Se trata de campos petroleros estrictamente ingleses. Eso demuestra su miedo ante Norteamérica. ¡Oh, Disraeli, ¿dónde está tu espíritu?"[77]

A pesar de las concesiones británicas a los Estados Unidos, y de que su plan era manifiestamente irrealizable, Hintze se aferró a éste:

> México es, a la larga, incapaz de gobernarse a sí mismo. El remedio a esta situación es la intervención de las potencias extranjeras. Los Estados Unidos desearían ahora reservarse tal opción para sí solos, pero por el momento no pueden ni quieren hacerlo, porque una intervención es muy impopular. Desde aquí parece llegado el momento psicológico en que los Estados Unidos están dispuestos a reconocer a las potencias europeas el derecho de colaborar en la forma más amistosa, en la participación de México mediante su consejo y aun mediante hechos, tales como medidas policiacas y de regulación financiera, por ejemplo. Según expresiones manifestadas repetidamente en conversaciones confidenciales, el gobierno de Huerta estaría dispuesto a ello.[78]

El consejero del Ministerio de Relaciones Exteriores, Kemnitz, comentó en tono realista esta sugerencia de "cooperación amistosa": "Temo que hace mucho que pasó el momento, si alguna vez lo hubo".[79]

Además de estos esfuerzos en favor de una "cooperación amistosa", después del golpe de Estado de Huerta y de su rompimiento con los Estados Unidos, Hintze había intentado mediar entre ambos sobre la base de la conservación del sistema huertista. Durante algún tiempo después del golpe de Estado, Hintze había puesto sus esperanzas en "una conducción enérgica de la guerra" por parte del gobierno de Huerta.

> Como individuo privado, no ceso de echarles en cara sus faltas a los actuales dueños del poder y de decirles que si se hicieran amos del país mediante una verdadera guerra, el reconocimiento les sería otorgado como cuestión de trámite o se haría supefluo.[80]

Un mes más tarde tuvo que admitir: "El gobierno huertista es demasiado débil para vencer la revolución, y nadie aquí piensa otra cosa actualmente".[81]

A mediados de octubre, el gobierno de Huerta se dirigió a Hintze con

la urgente petición de mediar entre él y el gobierno norteamericano. Hintze rechazó una mediación oficial, dado que temía que ésta "nos pondría en evidencia más de lo deseable".[82]

Extraoficialmente, sin embargo, actuó con entusiasmo como mediador. Su objetivo era lograr un acuerdo entre el gobierno huertista y los Estados Unidos sobre la base de la renuncia de Huerta y su sustitución por otro miembro de la clase dominante. La primera iniciativa de Hintze tuvo lugar el 7 de noviembre de 1913. Ese día le propuso al encargado de negocios norteamericano en México, O'Shaughnessy, el nombramiento como presidente del cuñado de Huerta, el general Maas, quien descendía de alemanes y mantenía relaciones especialmente buenas con Hintze.[83] O'Schaughnessy se mostró bastante bien dispuesto, pero la propuesta no se discutió más porque Huerta, sintiéndose fortalecido por el apoyo británico, no se mostró dispuesto a renunciar. Desengañado, Hintze telegrafió a Berlín el 13 de noviembre: "Como resultado de algunas conversaciones y observaciones, tengo la impresión de que el ministro inglés vería con gusto una dificultad bélica de los Estados Unidos de América en México y está apuntalando a Huerta".[84] Hintze les expresó a quienes se oponían a un acuerdo entre Huerta y Wilson en Berlín: "Lind confirma mi apreciación de que, si les es posible, los Estados Unidos sólo librarán una guerra a medias; consideren que en vista de los inevitables peligros de tal guerra, debemos tolerar las consecuencias, en parte desfavorables para nosotros, de un avenimiento".[85] Hintze subrayaba lo que él entendía por una "guerra a medias" con las siguientes palabras:

> Dada la debilidad militar de los Estados Unidos, hasta que hayan sido movilizadas tropas suficientes sólo hay que esperar el cierre de la frontera norte y de los puertos. Por el momento dejarán que los rebeldes libren la guerra en el interior del país, pues es improbable que en caso de una acción militar norteamericana contra Huerta, los rebeldes se unan a este último. Tal guerra a medias es más peligrosa a la larga para nuestros intereses que una verdadera guerra.[86]

Lo que más temía Hintze era una victoria de los revolucionarios y, a juzgar por su comunicado, prefería incluso una ocupación norteamericana.

Hintze participó intensamente en el nuevo intento de negociaciones entre Huerta y el gobierno norteamericano a mediados de noviembre de 1913. Viajó a Veracruz, donde se encontraba Lind, y le comunicó las proposiciones del gobierno mexicano.[87] Estos intentos de mediación recibieron la plena aprobación del Ministerio de Relaciones Exteriores y del kaiser. Se le indicó a Bernstorff que apoyara los esfuerzos de Hintze y que manifestara la disposición del gobierno alemán a instar a Huerta a que renunciara si el gobierno norteamericano aceptaba a Maas como su sucesor.[88]

Aun después del fracaso de estas negociaciones, Hintze no renunció a sus esfuerzos por salvar al régimen de Huerta mediante un acuerdo con los Estados Unidos. En todas las conversaciones con los representantes norteamericanos afirmó la necesidad de llegar todavía a un acuerdo con Huerta. A principios de diciembre de 1913, le sugirió al encargado de negocios norteamericano que se llevara el problema mexicano ante la Corte de Arbitraje de La Haya. Pero a pesar de la intercesión de O'Shaughnessy, el gobierno norteamericano rechazó esta proposición.[89] Su malogrado esfuerzo llevó a Hintze a formarse un juicio extremadamente pesimista de la situación en México desde el punto de vista del gobierno alemán: "Por desgracia, en lo interno aumenta el debilitamiento del gobierno huertista. Yo lo lamento, ya que todavía no alcanzo a ver lo que vendrá después, y no tengo motivos para esperar algo mejor".[90]

Los intentos de la diplomacia alemana por salvar el régimen huertista mediante una acción conjunta de las potencias europeas o a través de su mediación entre Huerta y el gobierno norteamericano, habían fracasado. Sólo podía reclamar cierto éxito en un renglón: había conseguido evitar un choque frontal con la diplomacia norteamericana a pesar del resentimiento que la política norteamericana estaba provocando en Alemania.

Las acciones norteamericanas en México no sólo habían dado lugar a las reacciones más virulentas en la mayor parte de los círculos gobernantes de Alemania y del kaiser mismo, sino que también habían provocado duros ataques en la prensa alemana. Así, el *Leipziger Neuesten Nachrichten* no vio en las acciones norteamericanas en México nada más que una política dirigida exclusivamente a la explotación de los recursos petroleros mexicanos, y el *Rheinisch-Westfälische Zeitung* puso en guardia a los países latinoamericanos contra la agresión de los Estados Unidos.[91] El mismo kaiser usó expresiones tales como "intervención inaudita en asuntos extranjeros", "porquería", etcétera, y calificó a Lind, el representante de Wilson en México, como "agente de Rockefeller".[92] Ello no obstante, esta actitud se supeditó al deseo de evitar un conflicto con los Estados Unidos.

El 16 de octubre de 1913, cinco días después del segundo golpe de Estado de Huerta, Bryan se dirigió a Bernstorff y solicitó que Alemania revocara su reconocimiento de Huerta.[93] Si bien el Ministerio de Relaciones Exteriores no se inclinaba en modo alguno a tomar tal medida, dio sin embargo una respuesta que, en contraste con la negativa británica, era, según las palabras del secretario del Ministerio, Jagow, "evasiva".[94] Al embajador norteamericano se le informó reiteradamente que Alemania "no tenía ningún interés político en México".[95]

Esta posición no dejó de tener su efecto. Bryan agradeció a Bernstorff la moderación alemana en México, y el 27 de noviembre el embajador norteamericano en Berlín, Gerard, declaró incluso que en su opinión "existe la posibilidad de convencer al gobierno de que retire su reconocimiento a Huerta".[96] Hintze mostró la misma cautela frente a los Estados Unidos en México que el Ministerio en Berlín. Él mismo definió así su actitud:

> Nuestra política se sitúa entre la oposición y el dejar hacer. No apoyamos en modo alguno la política norteamericana, pero tampoco nos oponemos abiertamente a ella, y al mismo tiempo protegemos enérgicamente a los ciudadanos alemanes y sus intereses. Esta política, por supuesto, sólo tiene objetivos limitados y tal vez no pueda ser muy popular en cualquier país; pero es la única política que una potencia europea puede seguir aquí por sí sola.[97]

Éste fue el sentido de la acción de Hintze al disuadir a los diplomáticos europeos en México de enviar a los Estados Unidos, en nombre del cuerpo diplomático, un telegrama de protesta por su política en México. A fines de noviembre de 1913, los ministros francés y belga habían propuesto a los diplomáticos europeos acreditados en México, que enviaran un telegrama colectivo a sus gobiernos protestando tanto contra una posible intervención norteamericana en México como por la negativa de los Estados Unidos a reconocer a Huerta,[98] además de exhortar a las potencias europeas a que enviaran tropas a México para la protección de sus ciudadanos. Hintze, quien todavía pensaba en la posibilidad de una "cooperación amistosa" y quien sabía que el envío de tropas alemanas a México era imposible, no se entusiasmó ni mucho menos con esta propuesta. Telegrafió a Berlín: "Temo que los telegramas colectivos suscitarían la ira de los Estados Unidos, al dar la impresión de una oposición organizada en el cuerpo diplomático aquí, y perjudicarían los esfuerzos por ejercer una influencia amistosa sobre Washington".[99]

Este asunto puso a la diplomacia alemana en posición difícil. La aprobación del telegrama habría podido crear tensiones con los Estados Unidos, en tanto que un rechazo o una abstención hubiera podido provocar reacciones muy negativas del gobierno huertista y además dar la impresión de que Alemania se hallaba supeditada a los Estados Unidos. Por lo tanto, se le indicó a Hintze "evitar dificultades con los Estados Unidos bajo cualesquiera circunstancias", pero al mismo tiempo se le pidió que "no llegara a colocarse en oposición abierta al telegrama colectivo".[100]

Indicando que estaban por recibirse nuevas propuestas de los Estados Unidos, Hintze consiguió influir sobre el cuerpo diplomático y convencer a la mayoría de sus miembros de que retiraran la proposición, de manera que ésta nunca llegó a ser votada. Trascendió que los ministros británico y japonés se encontraban ante el mismo dilema que Hintze. Éstos apoyaron de inmediato sus argumentos y se pronunciaron en contra del telegrama de protesta.[101]

Con todo, la "reserva" de Hintze tenía sus límites, fijados por su actitud

frente a los revolucionarios. Cuando en octubre de 1913 circuló el rumor de que el gobierno norteamericano tenía intenciones de reconocer a los rebeldes como beligerantes, Hintze propuso a su Ministerio de Relaciones Exteriores "hacer saber amistosamente que una parte considerable de los rebeldes está formada por asesinos y ladrones", y que "otorgar a estos bandidos los derechos de beligerancia contradice todo principio de humanidad y de moral".[102] Al mismo tiempo, informó que los ministros británico, francés y español habían enviado informes similares a sus gobiernos. Bernstorff recibió las indicaciones apropiadas sobre el asunto. Pero dado que ni la Gran Bretaña ni Francia presentaron quejas en Washington, Bernstorff tampoco hizo nada.[103]

En todo este asunto, la actitud general de los diplomáticos europeos en México da la impresión de que todos hacían una especie de doble juego. Todos ellos sabían perfectamente que sus gobiernos jamás procederían por sí solos contra los Estados Unidos. Su agresividad pública contra los norteamericanos se basaba en la esperanza de que sus colegas la creyeran verdadera y alentaron a sus gobiernos a tomar medidas antinorteamericanas.

Un asunto que pudo haber creado un conflicto diplomático entre Alemania y los Estados Unidos fue el envío de buques de guerra alemanes a México. Después del golpe de Estado de Huerta, Hintze había telegrafiado a Berlín: "Solicito envío de buques de guerra a la costa este para tranquilizar colonia alemana, siempre y cuando otras potencias europeas hagan lo mismo; si no, encomendar protección a buques norteamericanos".[104] El kaiser acordó enviar buques de guerra a México, pero comentó desdeñosamente: "¡Naturalmente! Se necesita un buque allí y no hay ninguno!"[105] A la segunda parte del telegrama de Hintze respondió con un "¡No!" categórico. Tras la aprobación del kaiser, el Almirantazgo ordenó en seguida el envío de dos buques de guerra, el *Hertha* y el *Bremen*, a la costa este de México, sin esperar que otras potencias europeas tomaran medidas similares y sin comunicárselo de antemano a los norteamericanos. También se le ordenó al *Nürnberg* dirigirse hacia la costa mexicana.[106] Con el envío del *Hertha*, se violó por primera vez el principio hasta entonces acatado por la diplomacia alemana de ir a la zaga de la Gran Bretaña en todas las acciones emprendidas en México.

La prensa norteamericana recalcó el hecho de que el primer barco de guerra no norteamericano que visitaba a México fuera un barco alemán. El *New York Sun* y el *Journal of Commerce* informaron que, según Bernstorff, "en los círculos oficiales locales causa asombro el que no se haya comunicado anticipadamente esta medida al gobierno norteamericano".[107] El *New York Tribune* declaró:

> No ha existido hasta ahora ninguna duda sobre las pacíficas y amistosas intenciones de Alemania hacia los Estados Unidos. De tal suerte, esta medida podría resultar embarazosa para el gobierno norteamericano, si tal ejemplo es seguido por otras naciones y el problema mexicano, cuya solución atañe exclusivamente a los Estados Unidos, es trasladado a un foro internacional.[108]

La diplomacia norteamericana, sin embargo, no hizo ninguna protesta. El envío de buques de guerra extranjeros al continente americano no había sido considerado hasta entonces como una violación de la Doctrina Monroe, y el gobierno norteamericano no estaba dispuesto a fortalecer la oposición de las potencias europeas a su política en México mediante tal extensión de la Doctrina Monroe. Además, todavía esperaba ganarse el apoyo de los diplomáticos alemanes en su lucha contra el gobierno de Huerta. Los ataques de la prensa norteamericana fueron de hecho ignorados por la diplomacia alemana, pero la indujeron sin embargo a tomar ciertas medidas de precaución. Bernstorff, por ejemplo, recibió órdenes de comunicar al gobierno norteamericano el envío del *Nürnberg*.[109] En un escrito dirigido a Tirpitz, jefe del alto mando naval, Zimmermann advirtió al Almirantazgo que tenía planeada una visita a México y Sudamérica de una escuadra compuesta por dos acorazados y un crucero ligero:

> Por de pronto, conviene abstenerse de visitar los puertos mexicanos, ya que un despliegue de fuerza de tal magnitud en el Golfo de México, a donde ya han sido enviados los buques de Su Majestad *Hertha* y *Bremen*, no parece ser adecuado ni políticamente útil en este momento.[110]

El capitán del *Hertha* recibió instrucciones de Hintze en el sentido de "cultivar buenas relaciones con las autoridades mexicanas y establecer una relación positiva con las fuerzas navales norteamericanas".[111] Cuando el capitán del *Hertha* viajó a la ciudad de México, se abstuvo expresamente de visitar a Huerta, dado que la visita del almirante británico Craddock al presidente había provocado poco antes una fuerte reacción de los norteamericanos.[112]

A pesar de todas estas precauciones, la presencia de buques de guerra alemanes en aguas mexicanas suscitó la desconfianza de los norteamericanos. Por ello, el capitán del *Bremen* sugirió retirar los buques tan pronto como fuera posible. De otra suerte, "podrían producirse fácilmente conflictos con los norteamericanos, quienes tienen aquí los mayores intereses y ya se sienten como dueños".[113]

También en el terreno de la propaganda se hicieron esfuerzos parecidos para evitar un conflicto con los Estados Unidos. Así, por ejemplo, el diario oficioso *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* escribió acerca de los ataques de una serie de periódicos controlados por la industria pesada alemana en

contra de la política norteamericana en México:

> La prensa de nuestro país debe expresarse en general de una manera más prudente y reservada en sus comentarios sobre la diplomacia y la capacidad de estadista del presidente Wilson y del secretario de Estado, Bryan. Es injusto, y además absurdo, manifestar, como muchas de nuestras redacciones lo han hecho, que los norteamericanos intentan apoderarse de México para perjudicar así los intereses alemanes.[114]

Los esfuerzos del gobierno alemán por no contrariar a los Estados Unidos tuvieron en general buen éxito hasta abril de 1914. Durante el primer mes de ese año Alemania pareció dominar la vacilación de la política de Woodrow Wilson en México sin provocar su antagonismo, pero se vio obligada a reconocer que sus planes para rescatar el régimen de Huerta mediante una componenda entre Huerta y los Estados Unidos y para lograr una "colaboración amistosa" que asegurara a Alemania una influencia significativa en México, habían fracasado definitivamente.

Sugiriendo que "los intereses europeos en esta lucha sin fin ni salida habían sido derrotados totalmente", Hintze se dirigió a Lind una vez más a finales de enero de 1914 proponiéndole reanudar las negociaciones con Huerta. Lind explicó que los revolucionarios habían llegado a ser tan fuertes, que ya no se les podía ignorar por más tiempo. Aun cuando Hintze tuvo que admitir que esto era cierto, todavía se aferró a la esperanza "de que la suerte de la guerra aún podría cambiar".[115]

A principios de febrero, Hintze se vio obligado a informar al canciller del Reich: "Vistas las cosas desde aquí, actualmente hay que admitir que en el futuro previsible las negociaciones entre los Estados Unidos y México no parecen ofrecer esperanzas".[116] Poco tiempo después las tensiones entre los Estados Unidos y Carranza con motivo del caso Benton, y la actitud del encargado de negocios norteamericano, O'Shaughnessy, quien intentaba lograr un arreglo entre Huerta y los Estados Unidos, le dieron nuevas esperanzas de que se pudiera llegar a tal acuerdo.

A finales de marzo de 1914, a Hintze le pareció que la situación era favorable para un nuevo intento de negociación. A través de intermediarios se acercó a Huerta, quien también se declaró dispuesto a negociar con los norteamericanos.[117] Los Estados Unidos, sin embargo, volvieron a negarse a ello, de modo que Hintze tuvo que apuntarse otro fracaso. Mientras más reconocía que todo intento por lograr un acuerdo entre Huerta y los Estados Unidos estaba destinado al fracaso, tanto más insistía en su propuesta de "cooperación amistosa", es decir, de una intervención conjunta y la consecuente dominación conjunta de México por Europa y los Estados Unidos.

La perseverancia de Hintze en esta idea no sólo respondía a su deseo de

facilitar la penetración alemana en México, sino que también estaba relacionada de la manera más estrecha con su concepción general de la revolución mexicana. Esta concepción, que articuló cabalmente en este periodo, se basaba en un notorio racismo. Hintze estaba obligado, por supuesto, a reconocer ciertas causas socioeconómicas de la revolución mexicana —una de las cuales era "la rebelión de los indios contra una explotación de siglos"—, pero la revolución era para él, sobre todo, una expresión de la "inferioridad" de la raza mexicana, de su "incapacidad" para gobernarse a sí misma. Escribió:

> El así llamado pueblo mexicano se compone de un conglomerado de tribus indígenas de distinta ascendencia étnica, en parte enemistadas entre sí, que suman cerca de 12 millones, una masa turbia, apática, torpe e indolente; además, 3 millones de mestizos descendientes de españoles e indios, con una considerable porción de sangre negra. Prácticamente no hay mexicanos de raza blanca pura fuera de algunos alemanes naturalizados y un número cada vez menor de otros europeos. Los mestizos, como acontece de ordinario con las razas bastardas, han heredado los vicios pero no las virtudes de las razas progenitoras, lo cual es particularmente evidente aquí debido a la adición de sangre negra.[118]

Esta concepción llevó a Hintze a la conclusión de que "México, abandonado a sí mismo, seguiría empantanado durante años en su periodo revolucionario, y para sacarlo de ahí hace falta la ayuda extranjera".[119] Naturalmente, no quería confiar esa "ayuda", y con ello el dominio sobre México, a los Estados Unidos, y así sólo le quedaba una salida: "ayuda del extranjero, y eso naturalmente quiere decir todas las potencias con intereses aquí".[120]

Todavía a mediados de marzo de 1914, Hintze pensaba que la "cooperación amistosa" era una posibilidad. Pero los Estados Unidos no pensaban ni remotamente en conceder a las potencias europeas ninguna posición en México, especialmente después del repliegue británico. Esto lo expresaba con toda claridad la concepción norteamericana de una intervención conjunta europeo-norteamericana en México; si tal intervención tuviera lugar, los Estados Unidos se asegurarían el dominio exclusivo sobre México y reduciría a los Estados europeos a un papel secundario. A raíz de su visita a Washington, el encargado de negocios británico en México, Hohler, le contó a Hintze que

> el jefe del Estado Mayor norteamericano, Leonard Wood, había abordado esta cuestión de inmediato, y de hecho había propuesto una intervención militar conjunta de todas las potencias con intereses en México, en una forma que les habría dado a los Estados Unidos la parte del león en cuanto al número de tropas empleadas y al mando de las opera-

ciones, mientras que los demás países estarían en cierta medida representados por "delegaciones militares" de menor fuerza.[121]

Naturalmente, Hintze rechazó en forma categórica tal "cooperación amistosa":

> No tomo en serio la propuesta de Wood; ésta les asegura todas las ventajas a los norteamericanos y carga sobre los otros países participantes más de lo que les corresponde de las desventajas y recriminaciones.[122]

Bernstorff vio mucho más claramente la imposibilidad de una "cooperación" con los Estados Unidos tal como la proponía su colega en México. Tras una visita de Hohler en Washington, Bernstorff escribió:

> Por lo demás, Hohler parece convencido de que todos esos intentos de negociación se basan en falsas suposiciones. El presidente Wilson no quiere saber absolutamente nada sobre ayuda extranjera. Él únicamente desea mano libre y toda su política está orientada hacia ello. Cualquier gestión que hagan las potencias extranjeras en Washington, sólo servirá para hacerle el juego al señor Wilson. Él podría entonces provocar en la opinión pública la agitación que necesita para imponer su voluntad en México por medio de la fuerza.[123]

En vista de las crecientes tensiones en Europa, la diplomacia alemana se esforzaba más aún que en el pasado por evitar un conflicto con los Estados Unidos a causa del problema mexicano. En diciembre de 1913 y enero de 1914, el Ministerio de Relaciones Exteriores rechazó las proposiciones de los representantes británico y francés referente a desembarcos conjuntos de tropas europeas en México. También Jagow, en su declaración ante el Reichstag sobre la cuestión mexicana el 17 de febrero, después del anuncio del levantamiento del embargo sobre la venta de armas norteamericanas a México, se limitó a reproducir el punto de vista norteamericano y conscientemente evitó toda crítica a la política norteamericana.[124]

Sin embargo, el deseo de atizar el conflicto británico-norteamericano pasó cada vez más a primer plano. A principios de marzo de 1914, el director del Deutsch-Südamerikanische Bank, Trug, comunicó al Ministerio de Relaciones Exteriores

> que en Hamburgo, Londres y París se prepara una declaración de protesta por la debilidad y desunión de Europa frente a los Estados Unidos en relación con el problema mexicano. Los protagonistas del movimiento en Hamburgo son las empresas pequeñas y medianas que tienen intereses en México. Los bancos han mostrado reserva hasta ahora.

Algo desconcertado, Trug preguntaba "si se debía tratar de evitar la declaración en Hamburgo". La respuesta del Ministerio fue inequívoca. Kemnitz escribió:

> Después de consultar con el subsecretario, le aseguré al señor Trug que los interesados deberían ocuparse sobre todo de que se protestara con fuerza en Londres. En caso de que esto suceda, una declaración similar en Hamburgo no hará ningún daño.[125]

En la medida en que parecía consolidarse la hegemonía norteamericana en México, y en que Alemania iba siendo empujada al papel de espectador impotente, crecía la ira del kaiser contra los Estados Unidos, así como contra la Gran Bretaña y Francia, las cuales a su juicio habían traicionado los intereses europeos en México. Su cólera a este respecto se dirigía sobre todo contra la Gran Bretaña. Cuando el embajador alemán en Londres, Lischnowsky, notificó el 28 de enero de 1914 que los banqueros británicos habían propuesto al ministro de Relaciones Exteriores una intervención conjunta de la Gran Bretaña, Francia y Alemania para obligar a Huerta a renunciar, haciendo que sus representantes en México informaran a Huerta "que mientras él permaneciera en el poder, México no obtendría el apoyo de ninguna de las tres potencias", Guillermo II se encolerizó: "¡Absolutamente no! Huerta es el único que puede mantener el orden en México; él tiene que quedarse".[126] Acerca de la afirmación de los banqueros, según la cual tal acción les proporcionaría "un puente de plata" tanto a Wilson como a Huerta, el kaiser comentó: "¡Es decir, que en lugar de que Huerta renuncie bajo presión norteamericana, nosotros los europeos debemos presionarlo en vez de los norteamericanos, para que éstos tengan mano libre! ¡Qué tontería! ¡Por lo que a mí toca, Huerta se queda!"[127] Ratificó una vez más esta opinión al final del informe: "Soy de la opinión de que Huerta tiene que quedarse y ser apoyado mientras sea posible".

El kaiser censuró fuertemente el repliegue británico en México en relación con el caso Benton. A finales de marzo recibió un informe de Bernstorff en el que éste predecía una retirada europea en México y explicaba que la política de Wilson había demostrado "que Europa carece de la unidad y la fuerza necesaria para resistir a la política norteamericana en el hemisferio occidental".[128] Aquí Guillermo II acotó al margen:

> Inglaterra ha dejado brillantemente desamparada a Europa y la ha puesto en ridículo. Debió haberse unido con el *Continente* para defender *conjuntamente* los intereses *de Europa* en México, y de esta manera romper la Doctrina Monroe. Wilson hubiera tenido que actuar entonces y ensangrentarse las manos en México.

En un informe que llegó casi al mismo tiempo procedente de Londres y cuyo contenido era: "Se dice aquí que a las potencias europeas les faltan los medios adecuados para hacer pagar a los rebeldes por los daños causados a las vidas y propiedades de los ciudadanos europeos", el kaiser anotó: "Si ellas no colaboran entre sí". Y añadió al final despreciativamente: "¡Hasta dónde ha caído John Bull!"[129]

El kaiser sentía el más profundo desprecio por la política de Francia en México. Comentó así mordazmente la información procedente de París, según la cual el gobierno francés no tenía ninguna intención de proceder contra los Estados Unidos en México: "¡Qué dócil se ha vuelto la France!".[130] La política de Wilson también seguía arrancándole airados comentarios. Acerca de una información de Bernstorff según el cual Wilson había expresado ante el Senado norteamericano que era necesario "proceder enérgicamente en México y ganarse al aliado de Inglaterra, el Japón, así como al resto de Europa haciendo concesiones en materia aduanera en el Canal", advirtió: "¡A mí no han de ganarme, yo no me dejo sobornar!"[131] A los rebeldes los calificaba de "banda de ladrones",[132] mientras afirmaba una y otra vez que Huerta era el único que podía imponer "ley y orden" en México.

EL CASO DEL YPIRANGA

La diplomacia alemana había fracasado en todos sus esfuerzos por lograr un acuerdo entre el régimen de Huerta y los Estados Unidos o bien una "cooperación amistosa" que le hubiera asegurado a Alemania una influencia decisiva en México. El único "éxito" que pudo apuntarse fue evitar un conflicto con los Estados Unidos a causa de México.[133]

Este éxito cabe atribuírselo sobre todo a Hintze, quien practicó magistralmente el arte del juego diplomático. Poseía la habilidad de guardarse astutamente sus verdaderas opiniones y crear en sus interlocutores, a través de alusiones y comentarios que no decían nada y en nada lo comprometían, la impresión de que estaba totalmente de acuerdo con ellos. Había logrado ganarse simultáneamente la amistad y la confianza de Madero y de Henry Lane Wilson. En el periodo huertista realizó su obra maestra. Entonces no sólo fue el confidente tanto de Carden como de Lind, sino que era considerado como aliado por el mismo Huerta, mientras que los revolucionarios lo vieron siempre como un amigo de Madero.

La intervención norteamericana en México y el incidente del barco alemán *Ypiranga*, relacionados entre sí, parecieron poner en tela de juicio el "éxito" que inspiraba tanto orgullo, si es que no lo convirtieron simplemente en motivo de escarnio.

El comienzo de las disputas mexicano-norteamericanas tras el incidente de Tampico había puesto ya a la diplomacia alemana en una situación embarazosa. Si Alemania se oponía a los Estados Unidos, tal actitud conduciría a crear tensiones con ese país, que Alemania quería evitar. Pero si renunciaba totalmente a oponerse a la política norteamericana, ello sería interpretado tanto en México como en toda América Latina, donde el proceder norteamericano había provocado las más fuertes protestas, como un reconocimiento de la Doctrina Monroe y de la hegemonía de los Estados Unidos en toda América Latina.

Si bien el Ministerio de Relaciones Exteriores no tomó ninguna posición respecto al conflicto mexicano-norteamericano y sólo continuó expresando sus esperanzas de un pronto arreglo, la mayor parte de la prensa alemana lanzó los más severos ataques contra los Estados Unidos. La magnitud de los ataques se reflejó en el telegrama que Bernstorff envió desde Washington el 18 de abril:

> La prensa norteamericana comienza a quejarse de la actitud de los periódicos alemanes, que supuestamente toman partido contra los Estados Unidos en el conflicto con México. Si es posible influir en ello, sería muy deseable en mi opinión evitar que se repita la batalla periodística que tuvo lugar durante la guerra española. El efecto de tal batalla sería ahora más perjudicial aún que entonces, dado que no parece haber nada más que ganar para nosotros en México en lo futuro.[134]

El diario oficioso *Norddeutsche Allgemeine Zeitung* tuvo en consecuencia que esforzarse por marcarle ciertos límites a la prensa alemana.

No obstante, los ataques periodísticos no habían sido mal acogidos en el Ministerio de Relaciones Exteriores. El mismo día que llegó a Berlín el telegrama de Bernstorff sobre las quejas norteamericanas contra la prensa alemana, el Ministerio recibió un informe del ministro alemán en Chile, Erckert, en el que se advertía sobre el peligro contrario:

> Los despachos de prensa norteamericanos desde hace algunos días muestran la tendencia a poner a los países latinoamericanos contra nosotros mediante insinuaciones de que nosotros aprobamos la política de los Estados Unidos hacia México. Solicito enérgica contraofensiva a través del servicio de cables, tomando en cuenta a Washington.[135]

El Ministerio tenía ahora un juego más fácil y podía usar a la prensa alemana. Indicó a su ministro en Chile que hiciera destacar en los periódicos de ese país los ataques norteamericanos contra la prensa alemana en relación con México.[136]

Este cuidadoso juego de estrategia se vio súbita y violentamente trastornado por el asunto del *Ypiranga*.

A finales de febrero y principios de marzo de 1914, una serie de bancos

ingleses y franceses habían decidido apoyar a Huerta, cuya situación se hacía cada vez más difícil, con dinero y suministros de armas. Era imposible un préstamo oficial como el que ya se había concedido en enero de 1914, pues el gobierno británico, que a finales de 1913 había iniciado ya su repliegue en México, y el gobierno francés, que no quería provocar ningún conflicto con los Estados Unidos a causa de México, se habían manifestado, bajo presión norteamericana, en contra de otorgar cualquier préstamo a Huerta.[137] Así pues, un préstamo oficial hubiera puesto a los bancos en conflicto no sólo con los Estados Unidos sino también con sus propios gobiernos. Los bancos salvaron este escollo negociando no con un representante oficial del gobierno huertista, sino con un intermediario privado. Este prestanombre fue el negociante norteamericano De Kay, un hombre de confianza de Huerta. Se decía que Huerta lo había caracterizado con la siguiente frase cínica: "La gente decente no trata conmigo, en consecuencia tengo que gobernar con los canallas".[138]

De Kay vendió el 51% de las acciones de su empresa, la National Packing Company, que estaba casi totalmente en bancarrota, al gobierno mexicano[139] y recibió a cambio bonos del préstamo de junio de 1913, que todavía no habían sido vendidos, por valor de 3.5 millones de libras esterlinas, de los cuales dos millones deberían ser utilizados para la compra de armas.[140] Estos bonos no tenían oficialmente ningún valor, pues a causa de la presión norteamericana los bancos ingleses y franceses no los habían aceptado secretamente, colocándolos en un banco suizo para desviar toda sospecha y también para no tener que pagar impuestos en sus propios países. El jefe del Estado Mayor suizo, quien informó de estos hechos al embajador alemán en Berna, tenía la impresión de "que el negocio había sido promovido principalmente por los ingleses, y que Inglaterra le prestaba con ello un tremendo servicio al gobierno de Huerta".[141] El representante del grupo financiero inglés que tramitó esta operación era Neville Chamberlain.[142]

La mayor parte de las armas se compraron en Francia a las Cartoucheries Françaises y a Saint Chamont. Pero dado que estas fábricas no podían satisfacer todo el pedido, el gobierno francés ayudó con armas y municiones a Huerta. La firma inglesa Wickers and Armstrong también recibió un pedido y además se compraron armas en Suiza y en los mismos Estados Unidos. Sin embargo, parece ser que no se compraron armas en Alemania.[143]

Estas armas y municiones se combinaron con otro envío de armas cuya procedencia era muy distinta pero igualmente envuelta en el secreto. En el otoño de 1913 Woodrow Wilson había prohibido todo envío de armas a México. Para burlar esta prohibición, Huerta, hacia fines de 1913, había nombrado a un intermediario extranjero para que le comprara armas en Estados Unidos. León Rast, vicecónsul ruso, fue empleado para dicho fin por Huerta, quien le proporcionó amplios fondos y lo envió a los Estados Unidos. Allí compró una gran cantidad de armas para el presidente mexicano, pero a fin de ocultar su destino, las envió al puerto ruso de Odesa. De allí fueron enviadas en otro barco a Hamburgo, donde fueron nuevamente transbordadas, esta vez a un buque alemán que se dirigía a México, el *Ypiranga,* perteneciente a la mayor línea naviera alemana, la Hamburg Amerika, conocida generalmente como Hapag.[144]

Es difícil determinar por qué se escogió para este fin una línea naviera alemana. En 1917 De Kay le dijo a un diplomático alemán que se había elegido a la Hapag por tener conexiones cómodas con México.[145] Puede haber habido otro motivo que De Kay, por razones obvias, hubiera preferido no revelar a un representante alemán.

Era evidente para los bancos ingleses y franceses que un embarque de armas a Huerta, por bien disfrazado que estuviera, podía provocar un conflicto con los Estados Unidos, algo que sus gobiernos querían evitar a toda costa debido a las crecientes tensiones en Europa. Los proveedores de armas tomaron pues la astuta medida de contratar a una compañía naviera alemana, la Hapag, para que transportara las armas a México. Supusieron correctamente que de esta forma el gobierno alemán podría fácilmente ser involucrado en una disputa entre la compañía naviera alemana y el gobierno norteamericano, y que finalmente sería el imperialismo alemán el que aparecería ante los norteamericanos como el culpable principal del envío de armas a Huerta.

Los barcos *Ypiranga* y *Dania,* de la Hapag, cargaron las armas en Hamburgo y zarparon rumbo a México. El *Ypiranga* debía llegar a México y, quizás por haberse enterado de que en caso de un conflicto con los Estados Unidos el primer barco que arribara a México sería revisado con extremo cuidado, se le cargó casi exclusivamente con armas de procedencia norteamericana.[146]

Wilson fue informado del inminente arribo del *Ypiranga* en la noche del 21 de abril de 1914. En consecuencia ordenó ocupar inmediatamente la aduana de Veracruz para impedir el desembarco de las armas. Cuando el *Ypiranga* atracó en Veracruz, el capitán recibió de inmediato la orden por parte de los norteamericanos de no descargar y de permanecer en Veracruz hasta nuevo aviso.

En ese momento, el crucero alemán *Dresden* se encontraba anclado en el puerto de Veracruz. Su comandante, que temía una confiscación del *Ypiranga* por parte de los norteamericanos, requisó el barco para el servicio del Reich, destinándolo al transporte de refugiados. Así el barco pasaba a formar parte de la flota alemana y quedaba a salvo de una confiscación. El capitán del *Dresden* comunicó esta medida al almirante norteamericano Fletcher y declaró al mismo tiempo "que el capitán del *Ypiranga* tiene órdenes de no descargar".[147] No se podría hacer otra cosa mientras el barco estuviera al servicio del Reich, dado que de otra manera el gobierno alemán hubiera tenido que cargar oficialmente con la responsabilidad de dicha

medida.

Un día más tarde, Bernstorff visitó el Departamento de Estado y presentó allí una protesta por la confiscación temporal del *Ypiranga*.[148] Consideraba que ello era una violación del derecho internacional dado que no existía un estado de guerra entre Estados Unidos y México ni se había impuesto ningún bloqueo. Bryan le dijo oficialmente al respecto

> que a causa de un malentendido el almirante Fletcher se había excedido en el cumplimiento de sus órdenes al ordenarle al capitán de un barco mercante alemán que no saliera del puerto de Veracruz con las armas destinadas al general Huerta.[149]

Se le informó a Bernstorff que Flechter había recibido órdenes de disculparse con el capitán del *Ypiranga*. Al mismo tiempo, Bryan manifestó que el gobierno norteamericano ciertamente esperaba que las armas fueran descargadas en Veracruz, donde quedarían bajo control norteamericano, pero que no se arrogaba el derecho de retener las armas.

Esta disculpa llegó al Ministerio de Relaciones Exteriores varios días antes de que un dictamen de su departamento jurídico asentara que, desde el punto de vista del derecho internacional, la posición norteamericana era inexpugnable y cualquier protesta alemana sería injustificada.[150]

La actitud norteamericana frente a la diplomacia alemana, notablemente cortés y conciliatoria, respondía sin duda al deseo de impedir que Huerta recibiera las armas transportadas por el barco alemán. Dado que el gobierno norteamericano no deseaba ocupar todo México, y además quería evitar un estado de guerra oficial con México, que hubiese sido el resultado de un bloqueo, necesitaba la avenencia del gobierno alemán para impedir el suministro de armas a Huerta. La disculpa oficial y la declaración de que los Estados Unidos no podían forzar el desembarco de las armas, tenían por objeto facilitarle al gobierno alemán tomar tales medidas sin pérdida de prestigio.[151]

Un día después de haber sido presentada la disculpa norteamericana, Bryan visitó a Bernstorff y solicitó del gobierno alemán la promesa de que las armas que se encontraban a bordo del *Ypiranga* no serían entregadas a Huerta. En Berlín, sin embargo, no se dio ningún paso en este sentido; simplemente se le pidió una explicación al director de la Hapag, Ballin. Éste contaba evidentemente con una expansión de la guerra mexicano-norteamericana y respondió al gobierno "que el cargamento de armas y municiones del *Ypiranga* probablemente sería reexpedido a Alemania".[152] El Ministerio de Relaciones Exteriores transmitió esta información a Washington. Pero, dado que no notificó que se trataba únicamente de una decisión de la directiva de la Hapag, el Departamento de Estado supuso que se trataba de una resolución gubernamental. Wilson expresó oficialmente su

agradecimiento al gobierno alemán,[153] y el gobierno norteamericano llegó incluso a impedir, después que el *Ypiranga* llegó a Tampico, que las armas fueran confiscadas por los revolucionarios,[154] quienes acababan de ocupar la ciudad.

Inicialmente, tras la ocupación norteamericana de Veracruz, Hintze se había opuesto, ante la dirección de la Hapag, al suministro de armas a Huerta. Temía específicamente que el desembarco de las armas condujera a una intensificación de la guerra.

> Desde hace algún tiempo —informó— existe un armisticio de facto entre los federales y los rebeldes, porque desde finales de abril (debido al embargo) estos últimos han dejado de recibir municiones de los Estados Unidos y porque los primeros han agotado sus existencias: nosotros tenemos un interés prioritario en mantener este armisticio, debido a los alemanes que viven en el país y que se encuentran seriamente amenazados por las hostilidades entre ambos bandos. El deseo y la necesidad de los alemanes residentes aquí, consisten en no prolongar la agonía del actual gobierno.[155]

Por otra parte, Hintze preveía que el desembarco de las armas podría acarrear dificultades con los Estados Unidos.

> Nuestros rivales no dudarían en hacer aparecer la entrega de las armas del *Bavaria* y del *Ypiranga* como una violación de nuestra hasta ahora correcta actuación y explotarla en Washington como "ambigüedad" o "hipocresía". Me refiero particularmente a Inglaterra, que tiene motivos para querer desviar la atención de los repetidos fiascos de su política aquí. El ministro inglés ya se ha manifestado ante otras personas en un tono que justifica mis temores.[156]

Después de que el gobierno huertista ofreció mayor remuneración a la firma Martin Schröder, que se había hecho cargo oficialmente del envío de las armas, y a la Hapag, ambas compañías empezaron a presionar para que se entregaran las armas a Huerta.[157] El 17 de mayo el representante de la Hapag en México, Heynen, se dirigió a Hintze y pidió permiso para descargar las armas en Puerto México, que se hallaba aún bajo el control de Huerta.[158]

Hintze consultó entonces a Berlín, pero evitó exponer sus propias reservas. La respuesta del Ministerio de Relaciones Exteriores también fue ambigua. El gobierno deseaba permitir el desembarco de las armas, pero no aprobarlo explícitamente. Se le comunicó a Hintze que la Hapag no había hecho ninguna solicitud al Ministerio y que por lo tanto éste no podía tomar ninguna decisión sobre este asunto.[159]

Hintze interpretó correctamente este comunicado, como lo revela su car-

ta del 3 de junio al Canciller del Reich:

> La decisión de Vuestra Excelencia dejó en manos de la Hamburg-Amerika-Linie la solución del problema del cargamento del *Ypiranga*. Yo he deducido de ello que Vuestra Excelencia considera el futuro manejo de este problema como un asunto privado.[160]

A pesar de sus reservas, Hintze hizo entonces todo lo posible porque las armas llegaran sin dificultad a Puerto México. Casi el mismo día en que escribió en su diario: "Me parece que esto satisface los propósitos de la firma M. Schröder y de los otros vendedores de armas, pero difícilmente los de la Hamburg-Amerika-Linie o de los alemanes residentes aquí, porque ello prolonga la agonía del gobierno de Huerta",[161] efectuó una maniobra para sacar las armas de Veracruz.

Los norteamericanos sabían que el *Ypiranga* bajo ninguna circunstancia sería descargado mientras el barco se hallara al servicio del Reich. Hintze aprovechó esto para sus propios fines. Manifestó:

> Cuando el 17 de mayo declaré al *Ypiranga* liberado del servicio del Reich por considerarlo innecesario para transportar refugiados, le indiqué al cónsul del kaiser en Veracruz que mantuviera esto en secreto ante los norteamericanos y otras autoridades para evitarle al barco y a nosotros mismos dificultades que no podrían derivarse de su cargamento. La bandera de servicio del Reich fue arriada cuando el barco salió de Veracruz hacia Puerto México el 25 de mayo.[162]

Este procedimiento le pareció excesivo incluso al Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyo asesor en el asunto, Kemnitz, criticó las instrucciones de Hintze de mantener en secreto la baja del *Ypiranga* del servicio del Reich, con las siguientes palabras: "Mejor hubiera sido evitar esta orden". Y acerca del arriamiento de la bandera del Reich el 25 de mayo, observó: "Debió hacerse antes".[163]

Las razones del comportamiento de las autoridades alemanas y de la Hapag en lo referente al desembarco de las armas en Puerto México, no son claras. ¿Por qué Hintze no manifestó las dudas que tenía al respecto en su telegrama del 17 de mayo, en el que pidió una definición del Ministerio de Relaciones Exteriores respecto al desembarco del cargamento de armas del *Ypiranga*? ¿Por qué el Ministerio, que estaba informado tanto a través de la prensa como por un informe del agregado naval en Washington sobre los móviles del ataque a Veracruz, dejó una decisión tan importante en manos de la Hapag? Además, ¿por qué la compañía naviera puso en peligro sus grandes intereses en los Estados Unidos por hacer llegar a Huerta un cargamento de armas?

Es posible que tanto Hintze como el Ministerio desearan evitar un conflicto con la poderosa Hapag, tanto más cuanto que estaban convencidos de que la compañía naviera no haría nada que pusiera en peligro sus intereses en los Estados Unidos. En cuanto a la propia Hapag, es posible que su juicio haya sido nublado por la perspectiva de una buena ganancia. No hizo ningún esfuerzo por informarse con sus representantes en los Estados Unidos o en el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán sobre la actitud del gobierno norteamericano, sino que se fio exclusivamente de su representante en Veracruz, Heynen. El 23 de mayo, la gerencia de Hapag le había cablegrafiado a Heynen expresando su esperanza de que no habría dificultades para desembarcar las armas en Puerto México y que los norteamericanos no pondrían obstáculos. No fue sino hasta el 29 de mayo, después de que la mayor parte de las armas había sido descargada, cuando se pidió a Heynen su opinión sobre el asunto: "Favor de confirmar por vía cablegráfica que Gesandten y las autoridades norteamericanas en Veracruz han retirado su oposición antes de descargar municiones en Puerto México".[164] Heynen respondió que los norteamericanos no le habían dado a entender que se opondrían al desembarco de las armas en Puerto México.

Esta conducta de las autoridades alemanas, así como de la Hapag, puede haberse basado en una apreciación errónea de la política norteamericana. Bryan había considerado la opinión del gerente de la Hapag, Ballin, que Bernstorff había transmitido, en el sentido de que las armas del *Ypiranga* serían devueltas a Alemania, como un compromiso obligatorio del gobierno alemán.[165] En parte por este compromiso supuesto y en parte porque no existía un estado de guerra entre México y los Estados Unidos, Bryan no instruyó a las autoridades norteamericanas en Veracruz que impidieran al *Ypiranga* sacar su carga de ese puerto,[166] aunque las autoridades norteamericanas habían sugerido a la Hapag desembarcar las armas en Veracruz, donde hubieran quedado bajo control norteamericano. Algunos diplomáticos y hombres de negocios alemanes pueden incluso haber supuesto que los Estados Unidos deseaban entonces que las armas le fueran entregadas a Huerta, en vista de las crecientes tensiones con los revolucionarios después de la ocupación norteamericana de Veracruz. Hintze explicó el hecho de que las autoridades norteamericanas no le hubiesen impedido al *Ypiranga* salir de Veracruz con su cargamento de armas como un viraje en la política de los Estados Unidos. Hintze supuso que la enérgica protesta de Carranza por la ocupación norteamericana de Veracruz "había fortalecido un tanto la posición de Huerta en los Estados Unidos, pues a éstos naturalmente no les conviene tener en México a un Carranza fuerte en lugar de un Huerta".[167] También la Hapag le manifestó al antiguo canciller del Reich y representante de éste en Hamburgo, Bülow, "que Washington, donde en abril había descontento con el comportamiento de los jefes rebeldes Villa y Carranza, tenía el propósito de que por algún tiempo Huerta per-

maneciera más firmemente en su puesto".[168]

El cargamento del *Ypiranga* fue desembarcado el 28 de mayo en Puerto México. Llegaron allí al mismo tiempo los vapores de la Hapag *Bavaria* y *Dania*, ambos cargando armas para Huerta. En total, el gobierno huertista recibió más de 20 000 fusiles y 15 000 cajas de municiones.[169] La diplomacia alemana había fracasado en todas sus gestiones respecto a México. La única excepción fue su esfuerzo por evitar un conflicto con los Estados Unidos. La entrega de las armas a Huerta amenazaba entonces con destruir el único "éxito" de la diplomacia alemana.

Las pesimistas predicciones de Hintze pronto se cumplieron íntegramente. En los Estados Unidos se desató una tormenta de protestas contra el gobierno alemán, que junto con la Hapag fue atacado de la manera más violenta por la prensa norteamericana. El *New Evening Post* habló directamente de una "infidencia" por parte del Reich alemán. Desconcertado, el cónsul alemán en Nueva York comunicó:

> Todos los periódicos locales que he visto anoche y hoy en la mañana, se muestran indignados por el hecho de que los vapores *Ypiranga* y *Bavaria*, pertenecientes a la Hamburg-Amerika-Linie, aparentemente han descargado en los últimos días en Puerto México armas y municiones destinadas al general Huerta.[170]

Los ministros austriaco y británico en México, "el último no sin malicioso regocijo", le mostraron a Hintze los telegramas de sus colegas en Washington, en los que se informaba que el gobierno norteamericano estaba "furioso por la entrega a Huerta de armas transportadas en el *Ypiranga* y el *Bavaria*".[171] El agregado naval alemán en Washington, Boy Edd, escribió:

> Parece dudoso que tal medida fuera deseable desde el punto de vista de los intereses alemanes. No sólo los círculos gubernamentales norteamericanos, sino también la opinión pública, ven con muy malos ojos la acción de la línea naviera alemana. Especialmente en el ejército y en la marina hay gran disgusto por el asunto del *Ypiranga*.[172]

Bryan se mostró particularmente molesto ante Bernstorff por la conducta de la Hapag

> porque él había dado por sentado que las armas no serían desembarcadas. El *Ypiranga* había tocado también en Tampico y el gobierno norteamericano les había impedido a los constitucionalistas confiscar el cargamento del barco. Finalmente, el incidente le era particularmente desagradable a Bryan porque ahora resultaba difícil negarles armas a los constitucionalistas.[173]

Los alemanes intentaron hacer recaer la culpa en los representantes de la Hapag en Veracruz. Bernstorff le dijo a Bryan que

> la responsabilidad del desembarco del cargamento del *Ypiranga* incumbía exclusivamente al representante de la línea en Veracruz, quien había creído que en vista del cambio en la situación, los norteamericanos no se oponían al desembarque de las armas.[174]

En un comunicado destinado a la prensa oficiosa alemana, se afirmó al mismo tiempo:

> que si las autoridades norteamericanas hubieran dejado saber que se oponían a la descarga en Puerto México, es obvio que la Hamburg-Amerika-Linie, dados los grandes intereses que tiene en los Estados Unidos, habría tomado en cuenta tal actitud.[175]

El caso del *Ypiranga* amenazaba con tener consecuencias muy desagradables para la Hapag. Cuando sus dos barcos regresaron a Veracruz, las autoridades norteamericanas les impusieron multas aduanales por 118 000 marcos.[176] Al mismo tiempo, un representante de los constitucionalistas le comunicó al agregado naval alemán en Washington "que la línea Hamburg-Amerika-Linie se vería enfrentada a tremendas complicaciones en sus actividades navieras y comerciales bajo un régimen constitucionalista".[177]

Pronto se demostró que las preocupaciones alemanas por las consecuencias del caso del *Ypiranga* eran exageradas. A pesar de la virulenta reacción inicial norteamericana, el asunto no tuvo mayores consecuencias y pronto fue olvidado. Uno de los motivos principales de esta actitud del gobierno norteamericano, sorprendente en un primer momento, fue la política alemana en México, cuyos objetivos en mayo y junio de 1914 coincidían en general con los de los norteamericanos por primera vez desde la caída de Madero.

INTENTOS ALEMANES DE MANIPULAR Y DE EXPULSAR A HUERTA

Para la diplomacia alemana no existía ya ninguna duda de que Huerta y su gobierno estaban liquidados. Huerta estaba militarmente derrotado, y además el creciente peligro de guerra en Europa —sólo faltaban semanas para el estallido de la guerra mundial— descartaba totalmente cualquier ayuda a Huerta por parte de las potencias europeas, ayuda que ya desde antes se había juzgado imposible.

Huerta, que había abrigado la esperanza, después del desembarco de las armas del *Ypiranga,* de apoyarse en Alemania frente a los Estados Unidos, también tuvo que admitir esto. El 29 de mayo mandó llamar a Hintze y le dijo que

> Inglaterra se había portado al principio, muy bien con él, pero luego lo había abandonado; que los franceses eran un gran pueblo, pero no habían hecho nada por él. Que Alemania se asfixiaba en sus fronteras, que debería anexarse a Austria y a Dinamarca. Los enemigos naturales de Alemania eran Inglaterra y Rusia. Alemania quería colonizar y necesitaba petróleo. Él le ofrecía a Alemania 150 000 kilómetros cuadrados de territorio y los campos petroleros de Tampico, los cuales les serían quitados a los norteamericanos de manera legal.[178]

No es improbable que estas esperanzas de Huerta se apoyaran, al menos en parte, en las propuestas que dos meses antes había hecho Hintze al ministro de Educación, García Naranjo.

García Naranjo informa en sus memorias que a finales de marzo o principios de abril, Hintze lo había invitado a una larga conversación.[179] En este tiempo, los diputados huertistas en el Congreso mexicano habían presentado un proyecto (en realidad nunca tomado en serio) para la nacionalización de los campos petroleros mexicanos, probablemente como medio para presionar tanto a los Estados Unidos como a la Gran Bretaña, y para darle al gobierno un "cariz nacionalista" ante la población. En su conversación con García Naranjo, Hintze se manifestó contra una nacionalización de los campos petroleros, lo cual tenía por irrealizable. Por el contrario, instó al gobierno mexicano a nacionalizar el sistema de transportes del petróleo, es decir los oleoductos y los buques tanques, y a fundar una sociedad anónima correspondiente con un capital de 400 millones de marcos.

"Si el Gobierno aceptara lo que sugiero podría organizar una compañía semejante a la de los Ferrocarriles Nacionales, reteniendo para sí el 51 por ciento de las acciones y poniendo en el mercado el 49 por ciento restante; y esto seguro de que bastaría una semana para que se colocaran en Berlín todos estos valores. Y tengo la certidumbre de la colocación porque S. M. Guillermo II sería el primero en comprar un número considerable de acciones." [180] Hintze manifestó además, según García Naranjo, que con ello el gobierno mexicano no sólo obtendría una gran fuente de ingresos, sino que también tendría la posibilidad de controlar efectivamente las fuentes de ingresos de las grandes compañías petroleras.

Estas proposiciones no son mencionadas ni en el diario de Hintze ni en sus informes al Ministerio de Relaciones Exteriores. Esto no excluye, por supuesto, la posibilidad de que haya hecho tales proposiciones. Es posible que haya actuado por encargo directo de Guillermo II; esto podría inferirse

de la mención de la compra de acciones por parte del kaiser, y del hecho de que este último, hasta 1914, intervino directamente dos veces en los asuntos mexicanos. Pero también pudo tratarse de una iniciativa personal de Hintze, que no transmitió a Berlín debido a su fracaso. Lo que nos informa García Naranjo parece ser verdad porque este proyecto coincidía con los objetivos tanto económicos como políticos de Hintze. Como miembro de la marina imperial, Hintze tenía especial interés en los asuntos petroleros. Al ministro austriaco en México le había manifestado su convicción de que a iniciativa de la marina alemana, se esperaban grandes inversiones alemanas en la industria petrolera mexicana;[181] él también había impulsado enérgicamente la misión del ingeniero petrolero Wunstorff en búsqueda de petróleo. Es muy posible que después de que el Deutsche Bank se retiró de la industria petrolera mexicana, Hintze haya buscado nuevos medios de asegurarle a Alemania una mayor influencia en esta esfera.

Si el gobierno mexicano hubiera aceptado las proposiciones de Hintze, a Alemania se le habrían abierto muchas posibilidades de acción en México. Habría conseguido, sin grandes inversiones de capital y sin un ataque directo a las propiedades norteamericanas en México (sólo un pequeño oleoducto y ningún campo petrolero había de ser expropiado con compensación, y el gobierno mexicano poseería, como en el caso de los ferrocarriles, la mayoría de las acciones) ventajas decisivas a expensas tanto de la Gran Bretaña como de los Estados Unidos. La posición alemana en la "cooperación amistosa" que buscaba Hintze se habría fortalecido enormemente aun antes de que él hubiese articulado el proyecto. En caso de una oposición norteamericana o británica demasiado fuerte, a Alemania siempre le quedaba la posibilidad de replegarse a cambio de compensaciones norteamericanas o británicas adecuadas, ya fuera en México o en otra parte.

García Naranjo transmitió a Huerta y a los ministros Lozano y Moheno las proposiciones de Hintze. Huerta manifestó un gran interés en el proyecto, pero insistió en incluir a Inglaterra. Aparentemente dijo:

> Lo que no me gustaría del Imperio Germánico sería que pretendiera ser el único socio de México en una empresa tan trascendental. A mi modo de ver, les debemos dar a los capitales franceses y británicos, la oportunidad de comprar acciones. Sobre todo, no hay que olvidar que si el Departamento de Estado de Washington nos hostiliza injustamente, Inglaterra nos ha dado pruebas múltiples de amistad sincera. Sería por tanto, una inconsecuencia, pasar por encima de los intereses británicos sin convidarlos a formar parte de la empresa que se trata de establecer. En resumen, las acciones de la Compañía de Transportes no se deben colocar exclusivamente en Berlín, sino también ponerse a la venta en los merca-

dos de París y de Londres.[182]

Lozano, Moheno y García Naranjo opinaban que todo el proyecto era peligroso. García Naranjo dijo:

> Lozano, Moheno y yo estuvimos de acuerdo en que México nada tenía que ver en un posible choque de potencias europeas: lo que nos interesaba era la posición de cualquiera de ellas frente a los Estados Unidos. Por eso, al embarcarnos en una aventura antibritánica, corríamos el riesgo de que el Imperio Anglosajón se pusiera al lado de Woodrow Wilson.[183]

Aunque a Moheno se le encargó examinar las posibilidades del proyecto, nunca llevó a cabo las negociaciones correspondientes con Hintze. No es improbable que el gobierno mexicano haya estado en contacto con representantes ingleses, los cuales naturalmente habrían rechazado de plano un proyecto que limitaba los derechos de sus compañías en México y les abría la industria petrolera a sus rivales alemanes.

Las proposiciones de Hintze sin duda le revelaron a Huerta el interés potencial de Alemania por el petróleo mexicano. Cuando percibió claramente, después del ataque norteamericano a Veracruz que ya no podía apoyarse en los ingleses, ofreció a Alemania los campos petroleros norteamericanos en México para ganársela como aliado contra los Estados Unidos. Sin embargo, esta oferta, presentada el 25 de mayo en la conversación con Hintze, era del todo inaceptable para Alemania, que jamás se hubiera arriesgado a un ataque frontal unilateral contra los Estados Unidos en México. Y en mayo de 1914, cuando la posición de Huerta se había hecho insostenible y cuando sobre todo, el peligro de guerra en Europa se hacía cada vez más amenazante, tal proceder era absolutamente inconcebible.

Al responder al ofrecimiento de Huerta, Hintze le dio a entender esto sin ambages:

> Los intereses de Alemania, como los de muchas otras potencias europeas, radican en un México feliz y próspero: pues con un México así prosperarían también los intereses comerciales europeos. Con todo, la representación de estos intereses económicos ha sido constreñida por la actual coyuntura política, de tal suerte que si bien podría manifestarse a través de una firme acción diplomática o de servicios amistosos; habría que marcar un alto antes de dar pasos más activos. Las razones de esto son los antagonismos en Europa, el incesante rearme europeo, la dinamita política en diversas partes de Europa, todo lo cual es el material para una guerra inminente y explosiva en la que estaría en juego la existencia misma de algunas naciones. Bajo tales circunstancias cada nación se cuida de no extenderse demasiado por el mundo. Si alguna de las naciones europeas lo hiciera, cualquiera que fuese, ello sería señal de ataque para otro país. No por enemistad con México, sino porque querría y tendría que utilizar el momento de debilidad de su rival. Hasta donde yo alcanzo a discernir —y no hablo como ministro alemán, sino como un viejo soldado a otro— Huerta no tiene nada que esperar de Europa, a no ser una discreta ayuda diplomática.[184]

La diplomacia alemana, al igual que la norteamericana, consideraba como la mejor solución un acuerdo entre el gobierno huertista y Carranza bajo la égida de los Estados Unidos. Al igual que los norteamericanos, Hintze veía en ello el único medio de detener al menos a la revolución triunfante, de salvar del derrumbe total del sistema huertista algunos elementos del mismo, y de evitar que los revolucionarios más radicales, Villa y Zapata, ocuparan la ciudad de México. Tal acuerdo tendría que ser concluido lo más rápidamente posible, según se lo comunicó Hintze al ministro de Relaciones Exteriores de Huerta, Esteva Ruiz, "o seremos barridos por los villistas y los zapatistas".[185]

El prerrequisito de tal acuerdo era la renuncia de Huerta. Hintze trabajó sin descanso con este fin y en ello contó con el pleno apoyo del Departamento de Estado norteamericano. Primero intentó convencer a Huerta de la necesidad de su renuncia. Ya el 28 de mayo le pidió que llegara a un acuerdo con los revolucionarios "sin consideración por su persona".[186] Huerta, que no quería llegar a un rompimiento con Hintze, con cuya ayuda contaba para una fuga eventual, asintió aparentemente, pero en lo íntimo no pensaba en renunciar. El estímulo de Carden y sobre todo la llegada de las armas a bordo del *Ypiranga*, el *Bavaria*, y el *Dania*, le infundieron esperanzas de poder mantenerse en el poder.

Hintze, sin embargo, no renunció a sus intentos de influir en Huerta; antes al contrario, cada vez fue más directo y explícito. El 9 de junio visitó al dictador y le dijo

> que su juego había terminado y que ahora se trataba de encontrar una salida que le asegurara un futuro a él o a la nación [. . .] La nación y el ejército se encuentran agotados y hartos de la guerra; me asombra que un hombre de su inteligencia no se percate de esto; usted debe darle un respiro a la nación. Sus medios violentos han fracasado; le quedan otros medios que son por lo menos igualmente efectivos. Su preocupación por no mostrar debilidad y por anteponer el honor a todo, es insostenible. De lo que se trata aquí no es amor propio u honor, se trata de la existencia de la nación mexicana y de la propia existencia de usted. Lo que usted debe hacer en este momento es *reculer pour mieux sauter*, lo que yo traducía como *ceder para saltar mejor*.* [187]

* En castellano en el original.

Pero Huerta aún se hacía ilusiones. Esperaba que los norteamericanos finalmente acudieran en su ayuda como un contrapeso a los revolucionarios.

> Como amigo, quiero decirle el secreto de mi política: el término de la conferencia y sus resoluciones significarán la erupción del caos aquí, y todo el mundo me llamará a ocupar otra vez mi puesto; no les digo esto a mis ministros, pero a usted sí se lo digo, vendrá una anarquía total y el pueblo clamará por mí.[188]

Hintze finalmente consiguió que Huerta declarara en principio su disposición a renunciar si los revolucionarios y los Estados Unidos se ponían de acuerdo sobre un candidato presidencial aceptable para él. En ese momento todavía se resistía con vehemencia a presentar su renuncia incondicional.

Hintze no se había limitado a influir directamente en Huerta. Al mismo tiempo intrigaba con los ministros de éste e intentaba incitarlos a deponer a Huerta con o sin violencia. En compañía del representante brasileño en México, Cardoso, quien tras el rompimiento de las relaciones mexicano-norteamericanas había venido representando los intereses de los Estados Unidos, Hintze fue a ver al ministro de la Guerra, Blanquet, quien en otro tiempo había jugado un papel decisivo en el derrocamiento de Madero. Hintze escribió dicha conversación en su diario. Según éste, ambos diplomáticos le dijeron al ministro:

> que cada hombre tiene su momento. A continuación argumentamos con hechos la imposibilidad de que México haga la guerra: no hay soldados, ni oficiales, ni armas, ni municiones, ni dinero. Damos a entender claramente que la primera exigencia de Norteamérica para llegar a un acuerdo sería *con toda probabilidad* la eliminación de Huerta [...] Blanquet dice literalmente: "La guerra no nos conviene", y está de acuerdo con nosotros en que Huerta tendría que irse antes de que los Estados Unidos hagan la misma exigencia. Recordándole su pasado como compañero de armas de Huerta, le decimos que *él* —Blanquet— sería el hombre indicado para convencer a Huerta. Blanquet ensaya de inmediato las frases que quiere decirle a Huerta, en voz alta, como acostumbran las gentes de edad, hablando siempre de "tú" [...] Nos despedimos asegurándonos mutuamente discreción y amistad. Blanquet repite: Huerta tenlrá que renunciar por el bien público.[189]

Esta reunión tuvo lugar antes de la llegada del *Ypiranga* y del *Bavaria*. Cuando los barcos descargaron las armas, Blanquet cambió de parecer: pensó que ahora tenía fuerza suficiente para vencer a los revolucionarios.[190] Pero aún antes de que la conspiración con Blanquet fracasara definitivamente, Hintze había intentado ganarse para planes parecidos a otro ministro del gobierno huertista, el ministro de Relaciones Exteriores López Portillo.

La mañana del 1o. de mayo, Hintze habló con López Portillo. Le comunicó entonces el siguente análisis de la situación:

> Estoy considerando cuidadosamente la situación. En un platillo de la balanza está la imposibilidad que tiene México de hacer la guerra, y en caso de perder una guerra, la existencia de la nación mexicana y del Estado mexicano quedarían en peligro. En el otro platillo están los intereses personales de un solo hombre, que ha hecho todo lo posible por traer la paz al país y que ha naufragado en su intento. López Portillo dijo con entusiasmo: "Ésa es la situación, sí, precisamente".[191]

Tras esta conversación, López Portillo se dedicó a movilizar al gabinete para montar una conspiración contra Huerta. Sin embargo, el ministro de Comunicaciones, Lozano, le participó los detalles del complot a Huerta, quien inmediatamente intervino. López Portillo llegó al Ministerio de Relaciones Exteriores y estaba trabajando allí, cuando a las 5 de la tarde los ministros De la Lama, Alcocer (Gobernación) y Lozano (Comunicaciones) aparecieron y en nombre del presidente le pidieron que presentara su renuncia.[192]

En estos últimos momentos de su régimen, Huerta se abstuvo de pasar por las armas al ministro y se limitó a enviarlo al exilio.[193] Entonces el nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Esteva Ruiz, y el ministro de Hacienda, De la Lama, vinieron a ser los siguientes colaboradores de Hintze.

Uno de los mayores obstáculos a que tuvo que enfrentarse Hintze en sus esfuerzos por lograr la renuncia de Huerta, fue la actividad de Carden en México. Según Hintze, éste estaba

> motivado exclusivamente por un odio ardiente contra los Estados Unidos y por el deseo de asestarles un buen golpe a través de Huerta. Él le dijo a Huerta que "jugara bien su carta", que los Estados Unidos caerían en su trampa. No había ninguna duda de que el presidente Wilson estaba sumamente descontento con el golpe de Fletcher en Veracruz, y estaba buscando una oportunidad para desligarse de la situación que se había creado allí. La opinión pública en Norteamérica se volvía cada vez más contra Wilson. Cada día de irresolución que pasaba era una ganancia para Huerta y una pérdida para los Estados Unidos.[194]

La reacción de Carden fue característica de su actitud cuando Hintze le contó acerca de las armas del *Ypiranga* y del *Bavaria* entregadas a Huerta. "Carden se levanta y exclama triunfalmente: 'Entonces Huerta resistirá'."[195]

ımó que cuando Carden no pudo contar ya más con ningún
/Iinisterio de Relaciones Exteriores, dijo con amargura:

ı británico ha capitulado en México". Ahora [Carden] preten-
ına campaña de prensa a través de algunos ingleses poderosos
ıuí, para que el pueblo británico pueda percibir lo que aquí
no sólo a México sino a toda Sudamérica.[196]

ntó entonces provocar un cambio en la política británica a
plomacia alemana. El 4 de mayo visitó a Hintze y le propu-
debe sugerirle a Inglaterra, y en todo caso ayudar a conse-
ngton, una suspensión efectiva del suministro de armas y
os rebeldes".[197] Explicó su propuesta con la siguiente obser-
ro asustar a Londres y ellos no harán nada si no se asus-
: más perspicaz que Carden, comprendió que tal medida
orecería a los norteamericanos.

ue si tales ideas fueran adoptadas por Londres y Berlín, el
teamericano tendría quizá la oportunidad deseada para de-
reso y a la opinión pública: "Europa quiere la intervención,
evitarla".[199]

s sus planes fracasaron, Carden hizo su último intento por
sarrollo de la situación en México. Le propuso a Hintze
l problema mexicano:

totalmente neutral como presidente; libertad total de cada
tados para elegir a sus gobernadores y gobernar interna-
es parezca conveniente, así como entregar los estados del
ebeldes, incluso Morelos y Guerrero a los zapatistas —y
ıé resulta.[200]

de este plan hubiera evitado que continuara el avance de
os y de los norteamericanos, quienes en opinión de Carden
revolucionarios, y sobre todo hubiera mantenido fuera de
les regiones en las que se encontraban las concesiones de
jetivo de este proyecto es mantener a los norteamericanos
reducir su influencia al mínimo." [201] Pero Hintze no tenía
n colaborar en un plan cuyo objetivo más importante era
intereses petroleros británicos, y de esta manera hizo todo
ustrarlo. Convenció a Cardoso, a quien Carden le había
tar el plan ante los mediadores en Niagara Falls, de que
royecto.

El inminente fracaso de la conferencia de mediación y el inexorable avance de los revolucionarios, pusieron nuevamente los puntos de vista de Carden y de Hintze bajo un común denominador. Ambos consideraron la formación de un gobierno provisional por el cuerpo diplomático, a fin de salvar al menos algo del régimen huertista. "Riéndose, Carden comentó al respecto: '¿No sería grandioso que a fin de cuentas burláramos a los norteamericanos?' "[202] El avance de los revolucionarios liquidó todos estos planes, y a principios de julio Carden perdió toda influencia sobre Huerta. Lo que primero los había unido, los separó más tarde: el problema petrolero.

Carden se había dirigido a Huerta pidiéndole permiso para sacar petróleo por Veracruz, que estaba ocupada por los norteamericanos. Huerta rechazó esta petición. En los últimos días de su gobierno, quería darle a su gobierno "cariz nacional", para facilitarle un posible regreso al poder. Apenas si tenía algo que esperar todavía de Cowdray: además, Carden le había manifestado "que en caso de una emergencia la familia de Huerta *no* podría buscar refugio en la legación".[203] En el momento de su renuncia, Huerta hubo de volverse hacia Alemania.

LA SALIDA DE HUERTA

Huerta pidió al gobierno alemán que lo sacara de México en uno de sus buques de guerra. En Berlín no se recibió la petición con entusiasmo. Lo que prevalecía allí era el deseo de no crear más dificultades a los ojos del nuevo gobierno, y Hintze intentó convencer a Huerta de que les pidiera un barco a los ingleses. Huerta rechazó de plano esa proposición, ostensiblemente a causa de su desavenencia con Carden. Esta no era la única razón, sin embargo, Huerta, que no había renunciado a la esperanza de regresar a México, quería aparecer como el dirigente nacional del país. Para ello era necesario hacer olvidar tanto como fuera posible sus relaciones con la Gran Bretaña, y no reafirmarlas saliendo en un barco británico. El 15 de julio, Hintze telegrafió a Berlín: "He renunciado a mis intentos de embarcar a Huerta en un buque de guerra británico, porque su salida estaba en peligro a causa de su negativa".[204]

Al gobierno alemán no le quedó otra alternativa. De negarse a sacar a Huerta de México, se hubiera expuesto a ser acusado en Alemania y en América Latina de haberse subordinado a los Estados Unidos. Pero el propio gobierno norteamericano estaba haciendo presión para sacar a Huerta del país. Le preocupaba la posibilidad de que Huerta se sintiera empujado a un acto de desesperación contra los norteamericanos en Veracruz o en general contra las propiedades norteamericanas, en caso de que no se le diera la posibilidad de huir. "Los Estados Unidos de América consideran la salida de Huerta como un servicio prestado a ellos, sin embargo las auto-

ridades de Veracruz no están al tanto de esto",[205] cablegrafió Hintze al comandante del buque de guerra *Dresden*, requerido para este fin.

El informe sobre la negativa de Huerta a utilizar un buque de guerra británico, fue presentado al kaiser por el secretario de Estado, Jagow, con la recomendación de responder favorablemente a la petición de Huerta.[206] Guillermo II dio su acuerdo con las siguientes palabras: "Entonces, por supuesto, puede usar nuestro buque".[207] Pero según la opinión de Jagow, la Gran Bretaña debía participar de alguna manera en la evacuación de Huerta y su familia.[208] Hintze consiguió llegar a un acuerdo con Carden, según el cual el *Dresden* se haría cargo de la evacuación de Huerta y de Blanquet, mientras que la familia de Huerta y sus íntimos viajarían en un buque de guerra británico.[209]

Después de su llegada a Puerto México, Huerta intentó anular estos acuerdos solicitando al comandante del *Dresden* que aceptara a bordo a una parte de su estado mayor. El capitán asintió, pero fue revocado por Hintze, quien le telegrafió: "Sería perjudicial para nuestros intereses aceptar a los hijos y amigos de Huerta más comprometidos legalmente. Por ello he limitado mi requerimiento [...] expresamente a Huerta y a Blanquet y he repetido en mi telegrama número 81 que únicamente ellos dos deberán ser recibidos a bordo del *Dresden*".[210] La Gran Bretaña debería hacerse cargo de la evacuación de las otras personas, a fin de comprometer a los ingleses tanto como fuera posible.

El 17 de julio de 1914, Huerta y Blanquet, en compañía de sus esposas y cuatro hijas, abordaron el *Dresden*, que los llevó a Kingston, el puerto principal de la colonia británica en Jamaica. Los "pobres" fugitivos estaban bien pertrechados para este apuro. El comandante del *Dresden* informó:

> Huerta y el general Blanquet estaban abundantemente provistos de dinero para el viaje, lo mismo que las damas con sus joyas. Huerta tenía consigo cerca de medio millón de marcos en oro. Además, una suma mucho mayor en cheques y otros valores.[211]

La derrota de Huerta pareció destruir definitivamente los planes y esperanzas de la diplomacia alemana respecto a México. Bernstorff comprobó resignado:

> Ahora sólo hay dos posibilidades de resolver el problema mexicano y ambos son terriblemente parecidos a Escila y Caribdis. O el poder en México tiene que pasar a manos de los constitucionalistas, o bien los norteamericanos tienen que hacerse cargo de la pacificación del país.[212]

Bernstorff vio así confirmada su opinión de que una acción alemana contra los Estados Unidos en América Latina era imposible. ¿Compartían esta opinión los dirigentes del gobierno alemán, sobre todo el kaiser? Ciertos indicios parecen decir que no. En 1917 el publicista norteamericano James Kelly dio a conocer un informe procedente de Londres, según el cual unos diplomáticos británicos le habían asegurado que en julio de 1914 un representante del kaiser ante el Ministerio de Relaciones Exteriores había propuesto una acción común anglo-alemana en México para evitar una conquista norteamericana de este país. Habría dicho, según el informe: "Estoy dispuesto a dar a ustedes las mayores seguridades de que vuestro país y el mío no tendrían ninguna dificultad para delimitar nuestras respectivas esferas de influencia en México".[213]

¿Se trataba de una de las muchas invenciones de la propaganda de guerra? A primera vista, podría juzgarse así. Esta misión no fue registrada en los documentos alemanes. En julio de 1914 se estaban desarrollando los sucesos que constituyeron el preludio de la primera guerra mundial, la cual estalló en agosto de ese mismo año. ¿Podría haberse considerado una operación en un lugar tan distante como México? Examinada de más cerca, la versión de Kelly se hace más verosímil, pues las proposiciones alemanas respecto a México no pueden considerarse en forma separada de los acontecimientos mundiales de aquellos días.

Ya en 1913-14 la diplomacia alemana, que en la cuestión fundamental de la construcción naval y la expansión imperialista seguía un derrotero hostil hacia Inglaterra, estaba buscando un entendimiento con la Gran Bretaña en lo tocante a problemas secundarios con el propósito de mantenerla al margen de una guerra europea. En la crisis de julio de 1914 estos esfuerzos alcanzaron su clímax con la misión en Inglaterra del director de la Hapag y amigo personal del kaiser, Albert Ballin. No es improbable, como lo supone Barbara Tuchman, que fuera Ballin quien llevara a Londres las propuestas relativas a México.[214]

Una acción conjunta anglo-alemana en julio de 1914 en México hubiera significado un ataque directo a la Doctrina Monroe y hubiera conducido a tremendas tensiones con los Estados Unidos. Además, la participación de Inglaterra en una guerra de ese tipo hubiera sido mucho más difícil, sin contar con que el gobierno alemán esperaba conseguir a través de esa acción conjunta una mayor influencia en México y evitar el "Escila y Caribdis" que Bernstorff había pintado con tan tenebrosos colores.

Según la versión de Kelly, la diplomacia británica rechazó este plan sin siquiera entrar en detalles. En medio de la crisis de julio de 1914, el plan resulta tan ajeno a la realidad, que de momento uno se inclina a descartarlo como falso. ¿Pero no eran igualmente irreales, aunque documentadas, las esperanzas que abrigaban los dirigentes alemanes respecto a la neutralidad de Inglaterra en caso de una guerra europea? El hecho de que precisamente en julio de 1914 la diplomacia alemana manifestara en otras regiones de América Latina una especial agresividad, confirma estas suposiciones.

En julio de 1914, cuando Haití, a causa de sus conflictos internos, ya no pudo pagar sus deudas exteriores, el ministro alemán allí propuso a los Estados Unidos un fideicomiso conjunto norteamericano-europeo para administrar las finanzas del Estado isleño. Al igual que en el caso de los planes respecto a México, esto hubiera significado una violación de la Doctrina Monroe. El gobierno norteamericano también rechazó esta propuesta indicando que desde muchos años atrás había sostenido invariablemente la opinión de que ninguna clase de intereses extranjeros, comerciales o de cualquier otra índole, "que provengan del exterior del hemisferio americano, pueden crecer en tal forma que representen un control total o parcial del gobierno y la administración de un Estado independiente".[215]

El estallido de la primera guerra mundial puso fin por lo pronto a las esperanzas alemanas respecto a una acción conjunta de los Estados europeos en América Latina contra la voluntad de los Estados Unidos. Sin embargo, no se renunció a la idea, Alemania simplemente buscó nuevos socios, esta vez en el Japón y en la propia América Latina.

III

Fragmentación interna, intervención externa, 1914-1917

7. LA DIVISIÓN ENTRE LAS FACCIONES REVOLUCIONARIAS

El golpe de Estado de Huerta y la victoria temporal que éste significó para la clase gobernante tradicional había eclipsado momentáneamente la desunión y la disensión en el seno del campo revolucionario. Sin embargo, el debilitamiento de Huerta y el avance del ejército revolucionario revivieron las viejas contradicciones ya existentes bajo Madero a las cuales pronto se sumaron otras nuevas, íntimamente ligadas con las rápidas e importantes transformaciones que ocurrieron en la composición social y la dirección de los movimientos revolucionarios en el periodo 1913-15.

LA NUEVA BURGUESÍA CARRANCISTA

Dentro de un sector del movimiento carrancista había surgido ya en 1913 un nuevo grupo dirigente para el cual la revolución vino a ser una fuente importante de enriquecimiento personal y de cuyas filas pronto saldría una nueva burguesía. Es muy poco lo que se sabe aún sobre este proceso de autoenriquecimiento. Menos todavía se sabe sobre los usos que dio esta nueva burguesía a la riqueza recién acumulada. La respuesta a estas preguntas arrojaría luz sobre la composición, modos de pensar y aspiraciones de estos importantes portavoces de la nueva dirección carrancista.

Parece que hubo dos periodos bien definidos en el desarrollo de esta nueva burguesía. Hasta 1915 lo que se dio fue una especie de simple apropiación de la riqueza de una parte de la vieja oligarquía por este nuevo grupo, lo cual sucedía, generalmente, cuando haciendas pertenecientes al viejo grupo gobernante eran ocupadas por generales "revolucionarios" y despojadas de todas sus riquezas movibles. Este tipo de ocupaciones por generales carrancistas y anticarrancistas fueron denunciados amargamente por un orador en una sesión de la Convención Revolucionaria que tuvo lugar en Cuernavaca:

> Que en el Estado de San Luis y parte del de Tamaulipas, en donde he presenciado esto, cada una de las intervenciones hechas no ha venido a favorecer al pueblo, ni ha venido a parar en manos del pueblo un solo pedazo de tierra, ni se ha beneficiado en nada al proletario; con un solo grano de maíz, no se ha beneficiado a los hambrientos, ni a los desheredados. Causa rubor y vergüenza decirlo, causa tristeza pero es necesario;

las intervenciones han venido a proporcionar brillantes a las manos de quienes las han hecho; han proporcionado capitales a los que antes de ir a la Revolución no tenían un solo centavo [. . .] y que hoy se pasean orgullosamente, vanamente, por las calles de la metrópoli de México, y por las calles de las capitales en automóviles cuya procedencia no podrían justificar debidamente.[1]

Si bien Carranza había prohibido estrictamente a sus generales que distribuyeran entre los campesinos las tierras de las haciendas que ocupaban, les dio mano libre en lo que a los ingresos de las mismas se refería. Algunos generales utilizaron estos ingresos primordialmente para alimentar y armar a sus soldados, pero otros los gastaron en beneficio propio. Las posibilidades de enriquecimiento personal se derivaban de su poder político y militar. Muchos de ellos proporcionaban "protección" contra las confiscaciones por parte del ejército y contra los ataques de los bandidos, principalmente a compañías extranjeras (que no debían ser expropiadas), pero también a algunos hacendados y dueños de fábricas mexicanos. También les proporcionaban "protección" contra sus propios campesinos y trabajadores, por la cual los propietarios de fábricas y haciendas pagaban sumas apropiadas. Un ejemplo típico fue el caso de Sewell Emery, propietario norteamericano de una hacienda azucarera en el estado de Veracruz, en la cual se habían desarrollado formas "clásicas" de servidumbre por endeudamiento muy semejantes a la esclavitud. John Lind, quien visitó esta hacienda en compañía del almirante Frank F. Fletcher en 1914, contó haber visto campesinos llevados por la fuerza a trabajar con capataces armados de látigos y vigilados por guardias armados. Estremecido por esta experiencia, declaró ante un comité del Senado norteamericano en 1920: "Tanto el almirante Fletcher como yo nos asombramos de que semejantes condiciones existieran todavía en algún lugar, pero sí existían".[2] Podrían haberse esperado levantamientos de importancia en una hacienda como ésta; sin embargo, en 1920, cuando Emery habló ante el Senado norteamericano sobre las condiciones imperantes en su propiedad, parecía muy satisfecho con el curso que había seguido la revolución en la región donde se localizaba ésta. En 1914 y 1916 se había establecido cerca de su hacienda un general "revolucionario" carrancista, quien a cambio del dinero pagado por Emery había protegido al hacendado no sólo de las confiscaciones militares sino también de posibles levantamientos de los peones de su hacienda.[3]

Cunard Cummins, encargado de negocios británico y antiguo cónsul en Torreón, mencionó en un informe confidencial dirigido a su gobierno algunas otras formas de enriquecimiento de estos generales revolucionarios.[4] Es difícil saber si todas sus afirmaciones son ciertas, pero hay poca duda en cuanto a los métodos descritos por él. Cummins escribió que el general Benjamín Hill frecuentemente hacía encarcelar a personas inocentes para

extorsionarlos. El general Francisco Robelo, gobernador provisional del Distrito Federal, aparentemente ordenó "el saqueo de muchas casas de familias prominentes". Cummins también informó que el coronel Meza Prieto, jefe interino de la policía de la ciudad de México, "había reorganizado la conocida banda de ladrones La Mano que Aprieta". Hacía detener a personas adineradas acusándolas de ser enemigos políticos del gobierno, y al día siguente enviaba a uno de sus agentes a la celda para ofrecer al prisionero su libertad mediante el pago de mil pesos o más.

Para plagiar a una respetable dama de la ciudad de Morelia, el general Ortiz Rubio, gobernador de Michoacán —escribió Cummins—, envió algunos de sus soldados disfrazados que al grito de "¡Viva Villa!" apresaron a su marido en la casa de juego donde se encontraba. Entre tanto, la señora fue llevada por la fuerza a la residencia del gobernador. Se obtuvo una suma de $ 30 000 por el rescate del marido, además de $ 20 000 que fueron sustraídos de las mesas de juego cuando aquél fue detenido.

Cuando el ejército carrancista empezó a ejercer el poder sobre una extensión cada vez mayor del territorio nacional, después de 1915, estos "métodos" de enriquecimiento dieron paso a formas mucho más complejas, indirectas y efectivas de expropiación y acumulación de capital, con las que la nueva burguesía empezó a utilizar su control del Estado. Así, como añadía Cummins, "Obregón, tan pronto afianzó su dominio sobre el estado de Sonora, se apoderó de los ferrocarriles y los empleó exclusivamente para fomentar sus propias empresas comerciales, sobre todo la cosecha y venta de garbanzos en la región del río Yaqui. Mediante el control de los ferrocarriles, pudo evitar que los productores llevaran sus cosechas al mercado y los obligó a vendérselas a precios ridículos. De esta manera ha logrado amasar, en el negocio de los garbanzos, un capital de varios millones de pesos". De manera similar se expresó Cummins sobre los generales Murguía y Diéguez, quienes utilizaron su control de los ferrocarriles para crear monopolios comerciales.

Carranza mismo no es mencionado en estos informes de Cummins, y rara vez fue acusado de haberse enriquecido personalmente. Lo mismo puede decirse de los partidarios más radicales de su movimiento. Si bien Cummins acusó a Heriberto Jara de ser un "bolchevique peligroso", nunca le imputó la búsqueda de beneficios personales. Cummins apenas menciona a la mayoría de los radicales en este sentido.

Sería una simplificación muy burda tratar de sacar conclusiones serias sobre las concepciones económicas y sociopolíticas de la nueva clase alta sólo a base de su afán de ganancias personales. Tal análisis requeriría estudios minuciosos sobre la naturaleza de las inversiones de capital, si es

que las hubo, y sobre la creación o ausencia de vínculos con el capital extranjero y con la vieja oligarquía dominante. Entre los intereses de un hombre como Obregón, que fundó un imperio económico en Sonora,[5] y Murguía,[6] que depositó la mayor parte de su dinero en bancos norteamericanos, existían diferencias que no pueden soslayarse.

EL MOVIMIENTO CARRANCISTA Y LOS GRUPOS DIRIGENTES NACIONALES Y EXTRANJEROS EN MÉXICO

A diferencia de Madero y sus consejeros, todas las facciones del movimiento carrancista estaban de acuerdo en que había que despojar a la vieja oligarquía porfiriana de su poder político y militar. Para la nueva "burguesía carrancista", éste era el único medio de asegurar su riqueza recién adquirida. Para los partidarios radicales de Carranza, la eliminación del antiguo ejército porfirista era la condición indispensable para la realización de reformas sociales en México.

Carranza y sus seguidores, a diferencia de Madero, convenían en la importancia de limitar el poder de las compañías extranjeras, predominantemente norteamericanas, así como el de las pertenecientes a la vieja oligarquía porfirista, y exigían una acción decisiva contra el capital extranjero. Algunos de los dirigentes carrancistas sólo pedían mayores impuestos y mayor control estatal de los intereses extranjeros; otros la expropiación total de estas empresas.

La oposición de la nueva clase alta dentro del movimiento carrancista a las compañías extranjeras, principalmente norteamericanas, se fundaba en primer lugar en el antagonismo natural de una burguesía en ascenso frente a la hegemonía de las grandes empresas extranjeras en su país. Además, las exhortaciones a anexarse el norte de México, ampliamente difundidas en los Estados Unidos, no pasaban inadvertidas para los revolucionarios, especialmente los norteños. También ciertas motivaciones financieras determinaron la actitud de los revolucionarios norteños frente al capital extranjero.

En los estados controlados por Carranza, las plantaciones, minas y pozos petroleros que producían mayores utilidades estaban en manos norteamericanas. A medida que disminuía la producción de las industrias y haciendas mexicanas a causa de la guerra civil, las autoridades carrancistas se vieron obligadas, tarde o temprano, a imponer mayores impuestos a las empresas extranjeras hasta entonces casi exentas de tributación.

Si bien existían diferencias entre el movimiento maderista precedente y el movimiento carrancista respecto al poder político y militar de la vieja oligarquía porfirista, había gran similitud en sus posiciones frente al poder económico de la vieja clase dominante.

Aunque el carrancismo cultivaba una retórica mucho más radical en sus planteamientos sociales, se apartaba en realidad muy poco del conservadurismo económico de Madero. Carranza había subrayado reiteradamente en sus proclamas la necesidad de una reforma agraria radical, que había de expropiar las grandes propiedades de los viejos hacendados porfirianos; pero, al igual que en el caso de Madero, tomó muy pocas medidas prácticas en ese sentido. De hecho, su política real operó en forma contraria. A partir de 1915, ordenó la devolución de las haciendas confiscadas a sus antiguos propietarios. En 1917 pudo informar al Congreso Constituyente sobre el éxito de tales medidas en la mayor parte del territorio dominado por él. Hubo algunas notables excepciones, como la del estado de Tlaxcala, donde un antiguo aliado de Zapata, Domingo Arenas, se había pasado al carrancismo, a cambio de lo cual el Primer Jefe permitió a algunos de los campesinos que lo seguían conservar las tierras que habían ocupado.[7] En Sonora algunos generales se convirtieron en dueños de las haciendas que habían confiscado a los terratenientes porfirianos.[8] Lamentablemente, nunca se han estudiado el desarrollo y las causas de esta devolución masiva de tierras, que distingue a la revolución mexicana de otras grandes revoluciones sociales.[9] Por ello no es fácil analizar los modos de acción y las reacciones tanto de los afectados por la devolución de las tierras como de quienes la llevaron a cabo. Es más fácil explicar las motivaciones del mismo Carranza, puesto que sus acciones concordaban muy bien con su ideología conservadora. Sin embargo, también los factores económicos y políticos jugaron un papel importante.

Carranza estaba interesado en reactivar, tan pronto como fuera posible, la producción agraria que había decaído notablemente a causa de los acontecimientos revolucionarios. Estaba convencido de que sólo los hacendados y no los campesinos, eran capaces de lograr tal cosa. También ciertas razones políticas pueden haber influido en Carranza. En julio de 1914, cuando el régimen huertista sufrió un colapso total, el poder político de los hacendados porfirianos experimentó un revés, pero no quedó destruido completamente. No existe prueba alguna de que haya habido grandes rebeliones campesinas en el sur o el centro de México, con excepción de la región controlada por Zapata, como consecuencia de las cuales los hacendados fueran expulsados o dispersados. Por el contrario, en muchas de las principales regiones de México, los hacendados seguían controlando sus propiedades. Muchos de ellos habían levantado o subvencionado ejércitos privados, como por ejemplo en Guanajuato, que oficialmente se autotitulaban "revolucionarios".[10] Carranza, quien quería debilitar y destruir dondequiera que fuera posible al ala más radical de la revolución, aceptó abiertamente la cooperación de sectores de la vieja oligarquía. La devolución de las haciendas ocupadas fue, al mismo tiempo, una transacción y un gesto de buena voluntad.

En contraste, es mucho más difícil explicar por qué una buena parte de la burguesía carrancista devolvió sin oponer mucha resistencia las haciendas que habían ocupado principalmente para su propio beneficio. Más difícil aún es explicar por qué los jefes carrancistas más radicales toleraron, también sin oposición, la devolución de las tierras expropiadas a sus antiguos propietarios. Es posible, sin embargo, formular ciertas hipótesis. La burguesía puede haber considerado su control del Estado como una fuente de riqueza menos onerosa, menos arriesgada; menos costosa y más productiva que la administración de las haciendas. Rosalie Evans, la propietaria inglesa de una gran hacienda cerca de Puebla, describió en una carta su regreso en 1917 a la hacienda que ella y su marido habían abandonado años antes en medio de las luchas revolucionarias. Mientras tanto, un pueblo de campesinos se había apoderado de la hacienda. Rosalie Evans se dirigió al general carrancista que mandaba en el lugar y le pidió que la ayudara a recuperar su tierra. El general se declaró del todo dispuesto a proceder contra el pueblo, a condición de que Rosalie Evans le entregara anualmente una parte de su cosecha. Lo mismo exigió a todos los hacendados de la región.[11] Oviamente, tal proceder era mucho menos riesgoso para el general que tomar en sus manos la administración de las haciendas.

La aquiescencia de los radicales en el bando carrancista a esta devolución masiva de las haciendas expropiadas requiere una explicación diferente. Resulta sorprendente que, al mismo tiempo que Carranza disponía la devolución de las tierras expropiadas, expidiera una serie de decretos que estipulaban amplias reformas agrarias. Es muy posible que los líderes más radicales entre los carrancistas estuvieran convencidos de que era más fácil realizar una reforma agraria a expensas de los hacendados porfirianos, que a costa de les jefes militares carrancistas. Tal vez hayan pensado que una vez que las haciendas fueran sustraídas del control directo de los militares, éstos tendrían menos razones para oponerse a una reforma agraria radical.

La nueva burguesía carrancista se puede comparar en muchos aspectos con los termidorianos en Francia después de la dictadura jacobina. El nuevo grupo dominante francés temía ataques tanto de parte de los revolucionarios radicales como de los representantes de la vieja oligarquía. De los primeros temía un resurgimiento del poder de los jacobinos; de los segundos una contrarrevolución de los realistas o una invasión de las potencias extranjeras aliadas a ellos. También la burguesía carrancista se sentía presionada tanto por las fuerzas radicales como por los conservadores. Por una parte, su posición se encontraba amenazada por todas las fuerzas que exigían una reforma agraria inmediata y radical que hubiera puesto en peligro los bienes y las fuentes de ingresos recién adquiridos. De parte de las fuerzas conservadoras, temía una resurrección del poder político de la vieja oligarquía y, quizás en mayor medida, un aumento de la influencia extranjera, principalmente norteamericana, en México.

Estas consideraciones obligaron a la burguesía carrancista, de igual manera que a sus predecesores termidorianos en Francia, a practicar una política de constante vaivén entre los radicales y los conservadores. Para combatir a las fuerzas radicales dentro de la revolución que exigían la expropiación inmediata y total de las grandes haciendas, la burguesía carrancista necesitaba el apoyo de sus aliados entre los hacendados de la época porfiriana. Pero a fin de mantener la hegemonía en esta alianza y no ser absorbido o dominado por sus propios aliados, Carranza necesitaba cierto apoyo de masas.

CARRANZA Y SUS OPOSITORES: EL ROMPIMIENTO CON ZAPATA

La oposición contra Carranza tenía su centro en aquellas regiones donde la rebelión maderista había gozado de su más amplia base popular y donde la demanda de extensas reformas sociales se había manifestado de la manera más vehemente: Morelos y Chihuahua. Los jefes más importantes y prominentes de esta oposición eran Emiliano Zapata y Francisco Villa.

El rompimiento entre Carranza y Zapata es el más fácil de explicar, porque tuvo un carácter de clase muy marcado. Zapata fue el único jefe revolucionario que llevó a cabo desde un principio una amplia repartición de tierras entre los campesinos de su región. El conflicto entre su movimiento y el de Carranza nació del antagonismo natural entre un campesinado que exigía una reforma agraria radical e inmediata y un movimiento que, dominado como estaba por una vieja y una nueva burguesía, se oponía a tales cambios radicales. Hasta la derrota de Huerta, Zapata jamás reconoció la autoridad de Carranza, pero en interés de la lucha general contra Huerta, tampoco hizo ninguna declaración en su contra. Poco antes de la derrota de Huerta, sin embargo, el Ejército Libertador del Sur dio a conocer una adición al Plan de Ayala en que se designaba a Zapata como el jefe supremo de la revolución. Con ello, Zapata entró en abierta oposición a Carranza, de quien él y su movimiento desconfiaban profundamente. Veían en aquél a un hombre tan poco inclinado como Madero a llevar a cabo una reforma agraria. La prueba de ello, en su opinión, era la ausencia de toda reivindicación social en el Plan de Guadalupe de Carranza, así como la composición de su gobierno.

Esta desconfianza aumentó debido al comportamiento de Obregón en el momento de la toma de la ciudad de México. De todos los ejércitos revolucionarios, el de Zapata era el que se encontraba más cerca de la ciudad. Por ello lo más natural era que, tras la derrota del gobierno que había sucedido a Huerta, los zapatistas fueran los primeros en entrar en la capi-

tal. Para evitar esto, Obregón llegó a un acuerdo en Teoloyucan con el jefe de la policía huertista y con el comandante en jefe del ejército federal, según el cual estos últimos se comprometían a defender la ciudad contra Zapata hasta la llegada de Obregón.

Tras la ocupación de la ciudad, Carranza intentó llegar a un acuerdo con Zapata. Su principal objetivo era protegerse de un ataque por el sur, en caso de que la amenaza cada vez mayor de un conflicto con Villa se hiciera realidad. En agosto de 1914 nombró una delegación que debía entrar en contacto con Zapata; su miembro más distinguido era Luis Cabrera, quien ya desde 1911 se había manifestado en favor de una reforma agraria. Hasta donde se puede comprobar, Carranza estaba dispuesto a reconocer el dominio de los zapatistas sobre la región ocupada por éstos y a aceptar algunas de sus demandas relativas a una reforma agraria.[12]

El factor que hacía deseable para Carranza llegar a un acuerdo temporal con Zapata, o sea el deseo de tener las manos libres en caso de un conflicto con Villa, tenía para Zapata precisamente la significación contraria. Para éste era claro que Carranza probablemente se volvería contra él tras de vencer a Villa. Por ello no estaba dispuesto a una transacción y le puso a Carranza condiciones que eran obviamente inaceptables. Exigió el reconocimiento completo del Plan de Ayala. o sea su jefatura de la revolución, y la renuncia de Carranza o la inclusión en el gobierno de un zapatista que tendría derecho de veto sobre todas las decisiones del gobierno carrancista. Como era de esperarse, Carranza rechazó estas condiciones.

Después que las negociaciones fueron suspendidas, Zapata se dirigió al pueblo mexicano con una de sus proclamas más elocuentes, probablemente redactada por su asesor, Soto y Gama: "El país quiere algo más que todas las vaguedades del señor Fabela, patrocinadas por el silencio del señor Carranza. Quiere romper de una vez con la época feudal [...]" ¿Qué es lo que han ofrecido Carranza y sus seguidores al pueblo? "Reforma en la administración [...] pureza ideal en el manejo de los fondos públicos [...] libertad de imprenta para los que saben escribir, libertad de votar para los que no conocen a los candidatos, correcta administración de justicia para los que jamás ocupan a un abogado; todas esas bellezas democráticas, todas esas grandes palabras con que nuestros abuelos y nuestros padres se deleitaron han perdido ahora su mágico atractivo y su significación para el pueblo [...]" El pueblo mexicano había aprendido, seguía diciendo la proclama, que "con elecciones o sin elecciones, con sufragio efectivo y sin él, con dictadura porfirista y democracia maderista, con prensa amordazada y con libertinaje le prensa, y siempre y de todos modos él sigue rumiando sus amarguras, padeciendo sus miserias, devorando sus humillaciones inacabables [...]" Y se planteaba la pregunta: ¿Quienes se presentan como los nuevos "libertadores" son realmente mejores que los anteriores? La respuesta era inequívoca: los hombres del sur continuarían la lucha por la causa del pueblo hasta alcanzar la victoria.[13]

CARRANZA Y SUS OPOSITORES: TRASFONDO DEL ROMPIMIENTO CON VILLA

Si bien la mayoría de los investigadores concuerdan respecto a la naturaleza del conflicto entre Zapata y Carranza, la causa del rompimiento entre Villa y Carranza es uno de los problemas más discutidos de la revolución mexicana. Existen tres interpretaciones radicalmente opuestas.

Dos de esas interpretaciones consideran el conflicto esencialmente como una lucha de clases, mientras que la tercera lo ve tan sólo como una lucha por el poder entre caudillos rivales, de las que tanto abundaban en la historia latinoamericana. Entre los exponentes de la teoría de la lucha de clases existen dos escuelas marcadamente opuestas. Una de ellas considera las diferencias entre Villa y Carranza de la misma manera que las que se produjeron entre Zapata y Carranza. Según esta interpretación Villa había repartido la tierra de las haciendas entre los campesinos y provocado con ello la animosidad del ala más conservadora del movimiento revolucionario.[14] La segunda escuela sostiene precisamente lo contrario, a saber, que Villa, y no Carranza, representaba a la reacción: Villa no realizó ningún reparto de tierras y otorgó puestos importantes a conservadores como Ángeles y Maytorena. Esta escuela también afirma que el programa agrario de Villa era más conservador que el de Carranza y que aquél mantuvo relaciones más estrechas con los Estados Unidos que Carranza.[15]

La tercera escuela no ve absolutamente ninguna diferencia digna de mención entre el carácter social del villismo y del carrancismo. Según esta opinión, el conflicto no fue otra cosa que la lucha por el poder entre dos camarillas rivales. Ambos grupos tenían programas agrarios similares y proclamaban su apoyo a la revolución y a las libertades democráticas, pero ninguno de los dos cumplió lo que postulaba en sus programas.

Lo que hace tan difícil la configuración de este problema es que ninguna de estas interpretaciones puede reclamar para sí toda la verdad porque la realidad presenta una mezcla más compleja de los elementos que cada una de estas hipótesis subraya. No cabe mucha duda en cuanto a que Villa, a diferencia de Zapata, no llevó a cabo un programa de reforma agraria masiva en los territorios que dominaba (las razones de ello están expuestas en el capítulo 3). Pero tampoco cabe mucha duda en cuanto a la existencia de profundas diferencias entre Villa y Carranza en lo tocante a las cuestiones agrarias, y en cuanto a que estas diferencias no eran en modo alguno meramente teóricas.

El Primer Jefe estaba decidido a devolver la mayor parte de las haciendas confiscadas a sus antiguos propietarios, en tanto que Villa se oponía firmemente a esta medida y declaró repetidas veces que esas haciendas

deberían ser entregadas a los campesinos (en diferentes momentos Villa especificó diversos grupos de beneficiarios) después del triunfo de la revolución. El secretario de gobierno de Villa y administrador de las haciendas y empresas expropiadas, Silvestre Terrazas, enunció las diferencias con la mayor claridad cuando definió el conflicto entre Villa y Carranza:

> Uno de los jefes quería obrar con todo radicalismo confiscando los bienes del enemigo y expulsando a los elementos corruptos, el otro desaprueba su conducta, dispone la devolución de algunos de los bienes confiscados y se deja sorprender de una infinidad de enemigos, que día a día lo alejan de los hombres revolucionarios, del principio y fines de la revolución.[16]

Roque González Garza, uno de los colaboradores más cercanos de Villa, quien encabezó por un tiempo el gobierno convencionista, expresó su convicción de que las diferencias de opinión en torno a la cuestión de las haciendas expropiadas fueron decisivas para la ruptura entre Villa y Carranza.[17] Sin embargo, la cuestión ha sido prácticamente olvidada por la mayoría de los historiadores. En general esta omisión no se debe a ningún deseo consciente de oscurecer el problema, sino al hecho de que la facción villista, en sus manifiestos y documentos, también dio poca importancia a la cuestión o la pasó por alto totalmente. Como intento demostrar en otra parte de este capítulo, la omisión no se debió a un descuido, sino que estaba relacionada con el hecho de que Villa permitió a conservadores como Felipe Ángeles articular la expresión de su ideología, aunque nunca permitió que determinaran su política. Esta actitud de parte de Villa se debía tanto a su falta de interés (y posible desprecio) por las cuestiones ideológicas cuanto a su temor a suscitar la hostilidad de los Estados Unidos con pronunciamientos demasiado radicales.

Una segunda diferencia social importante entre el movimiento villista y el carrancista consiste en que sólo en las regiones administradas por Villa una parte importante de los ingresos producidos por las haciendas expropiadas llegó hasta las clases más pobres de la población. Las eficaces medidas sociales de Villa para abaratar los precios de la carne en Chihuahua y para apoyar a los mineros y madereros desocupados, su intento (que sin embargo no llegó a ponerse en práctica) de otorgar créditos a los grupos más pobres del campesinado, ya han sido apuntados. Esta política socialmente orientada era una de las características definitorias de la ideología de Villa.[18] Cuando el enviado especial de Woodrow Wilson en México, Duval West, tuvo una larga conversación con Villa y sus colaboradores en 1915, quedó con la impresión de que el fundamento de la ideología villista consistía en que las propiedades de los ricos debían ser administradas por el gobierno en beneficio de las masas populares; el ideal socialista, si bien no claramente expresado, parecía dominar el movimiento.[19]

Resulta significativo que, con pocas excepciones, todos los dirigentes o movimientos campesinos en el norte de México se pusieron del lado de Villa. Éste parece haber sido el caso no sólo en Chihuahua sino también, en gran medida, en los estados de Coahuila, Durango y Sonora. Toribio Ortega y los campesinos de Cuchillo Parado, que desde 1903 habían venido luchando contra un hacendado vecino y más tarde contra el alcalde nombrado por el gobierno de Chihuahua, se unieron a Villa. Lo mismo hicieron los dirigentes y la gran mayoría de los habitantes de los pueblos de Namiquipa y Janos, en lucha contra el gobierno del estado para conservar sus tierras desde principios del siglo XX. En Sonora, la mayoría de los indios yaquis apoyaron a Villa. Otro de sus adeptos fue el dirigente campesino más importante de la región lagunera de Coahuila y Durango, Calixto Contreras, quien había encabezado la resistencia de los campesinos de San Pedro Ocuila en 1905 contra el despojo de sus tierras por la hacienda de Sombreretillo.[20]

A diferencia de los revolucionarios zapatistas del sur de México, los campesinos constituían sólo uno de los elementos del movimiento villista, sumamente heterogéneo.

Para el ala conservadora del movimiento villista, el conflicto era fundamentalmente una lucha por el poder, ya que sus miembros no tenían ninguna objeción a la política social de Carranza. Por el contrario, muchos de los villistas de clase alta, como Ángeles y Maytorena, se declararon contrarios a las reformas sociales radicales. Maytorena, gobernador de Sonora y el aliado más importante de Villa en ese estado, había hecho todo lo posible por impedir una reforma agraria radical en su estado. Frustró sin tapujos la aprobación de una ley agraria presentada en el Congreso de Sonora, en 1914, por el general revolucionario Juan Cabral. En 1914 Maytorena, siguiendo el ejemplo de Carranza, empezó a devolver un número considerable de las haciendas expropiadas a sus antiguos dueños.[21] Ángeles se pronunció repetidas veces en contra de la expropiación radical de las haciendas.

Estos hombres expresaban la posición de la vieja burguesía que se había agrupado en torno a Villa y de la nueva que había surgido en el seno de su movimiento. La "burguesía villista", aunque menos numerosa e influyente que la "burguesía carrancista", luchó con el mismo ahínco que esta última por ganar el poder a nivel nacional. Se proponía alcanzar este objetivo con la ayuda de Villa, para sacarlo del escenario político tan pronto como hubiera cumplido su papel y ella tuviera asegurado el poder.

El antagonismo de este grupo hacia la burguesía carrancista, con la cual tenía una afinidad ideológica, no se derivaba solamente de la rivalidad por el poder sino de una actitud mucho más amistosa hacia los Estados Unidos que la de los carrancistas. Una de las razones más importantes

de esta actitud era que dos de las fuentes de ingresos más importantes de este grupo eran los campos algodoneros de La Laguna y los recursos ganaderos de Chihuahua. Ninguna de estas industrias daba lugar a fricciones con los norteamericanos. Las plantaciones algodoneras de La Laguna pertenecían en su mayoría a ingleses o españoles, en tanto que la mayoría de las haciendas ganaderas de Chihuahua estaba en manos de mexicanos. Villa, además, necesitaba la ayuda de las compañías norteamericanas para encontrar compradores de ese ganado. Así se desarrolló rápidamente una amplia red de relaciones comerciales que pronto se le volvió indispensable a Villa para el abastecimiento de su ejército, aun cuando él mismo nunca tuvo participación en estos negocios. En todo caso los representantes de Villa encargados de gestionar las compras y ventas no tardaron en establecer relaciones económicas muy estrechas con compañías norteamericanas.

Esta nueva burguesía villista vio en la carrancista, igualmente nueva, un peligroso rival en la lucha por el poder a nivel nacional. La composición de sus ejércitos era un factor adicional de antagonismo. Estos ejércitos se habían convertido en gran medida en ejércitos profesionales, y muchos de sus jefes estaban inspirados por consideraciones no ideológicas, sino meramente oportunistas. Se sumaban al bando que les ofreciera la mayor cantidad de armas, dinero y oportunidades de éxito. Característica de los ejércitos del norte, a diferencia del zapatista, era la frecuencia con que sus unidades cambiaban de bando, de acuerdo con la situación militar.

Existían también factores regionales. En un país como México, todavía en proceso de integración y formación nacional, las diferencias regionales tenían mucha importancia. El movimiento villista tenía su centro en Chihuahua y el carrancista en Coahuila y Sonora. Sin embargo, tampoco debe exagerarse la importancia de este factor, ya que Carranza tenía algunos seguidores en Chihuahua y Villa encontró partidarios en Sonora y Coahuila.

Había, finalmente, otra diferencia entre los dos movimientos que sólo se hizo notar en una etapa posterior de su desarrollo. Esta diferencia se remontaba al siglo XIX y la larga disputa entre centralistas y federalistas se produjo cuando México se independizó de España. Los principales sectores centralistas que deseaban imponer un gobierno fuerte en el país eran la Iglesia católica y los miembros de las clases altas de la región central de México. Los federalistas eran un grupo más heterogéneo que abarcaba elementos de las clases media y baja, así como un gran sector de la alta, y estaba localizado sobre todo en los estados periféricos, que rechazaban la hegemonía del centro.

Durante el porfiriato, la naturaleza de ambos grupos cambió radicalmente. Díaz había establecido efectivamente, por primera vez en la historia de México, un gobierno central fuerte cuyo poder alcanzaba a todo el país. Aunque inicialmente se había ganado la enemistad de algunos miembros de las clases altas de los estados periféricos, en los últimos años de su gobierno logró ganarse un amplio apoyo entre ellos dándoles grandes oportunidades de enriquecimiento y dando a los miembros de las oligarquías regionales el dominio de sus estados natales. El resultado fue que, con excepción de alguno que otro industrial y terrateniente local, las clases medias y bajas, se convirtieron en los principales sostenedores del federalismo en México. Para estas clases el federalismo no significaba tanto estados fuertes y un gobierno central débil cuanto el regreso a la autonomía local y la eliminación del sistema de jefes políticos y otras instituciones consideradas como instrumentos de un control ejercido desde fuera.

Durante la revolución comenzó a surgir otra forma de federalismo. Al irse debilitando el poder del gobierno central, aparecieron hombres fuertes regionales que asumieron el control de regiones o estados enteros. Algunos de ellos eran revolucionarios, otros terratenientes o aspirantes a serlo, otros más eran bandidos reconocidos que se hicieron del poder en sus regiones y no veían motivo para renunciar a él una vez establecido un nuevo gobierno en la capital. Al principio muchos observadores pensaron que sólo Villa, y no Carranza, sería capaz de establecer un gobierno fuerte y centralizado. Carranza, por una parte, no tenía apoyo de masas ni un ejército propio, y dependía de la lealtad de sus generales. Villa, en cambio, era una personalidad carismática que controlaba personalmente la fuerza militar más poderosa de México.

Ello no obstante, una vez que el ejército de Villa salió de Chihuahua y de los estados circunvecinos, se hicieron pocos intentos de poner en práctica una política unificada en las regiones que iban cayendo bajo el control de su ejército. Se permitió seguir en el poder a dirigentes locales y regionales cuyas posiciones sociales y económicas eran con frecuencia diametralmente opuestas a las de Villa, mientras permanecieran fieles a éste y le proporcionaron tropas. En los pocos casos en que las tropas zapatistas ocuparon regiones fuera de Morelos y regiones aledañas, hicieron lo mismo. Este provincialismo de Villa y Zapata hizo crisis cuando, habiendo ocupado la capital, no quisieron ni pudieron establecer un gobierno central fuerte y eficaz para todo el país.

En cambio Carranza, una vez que sus tropas afirmaron su dominio sobre gran parte del país, comenzó a poner en práctica una política nacional unificada e intentó consolidar el poder de su gobierno en todo el país.

No es, pues, sorprendente que federalistas, regionalistas y localistas de antecedentes y posiciones políticas frecuentemente antagónicas tendieran a apoyar a Villa y no a Carranza. Estaban convencidos de que tanto Villa como Zapata se interesaban fundamentalmente en sus propias regiones, y que para ellos el control del gobierno central sólo representaba un medio de obtener recursos para sus estados y de neutralizar una potencial oposición del gobierno de la capital.

El antagonismo entre Villa y Carranza se había empezado a hacer evidente ya desde principios de 1914, pero mientras el poder de Huerta subsistió, existió entre ambos una amplia aunque no siempre fácil colaboración. Sin embargo, mientras más se deterioraba la posición de Huerta, más se hacían sentir las diferencias entre ellos.

En lo tocante al problema agrario, Villa le exigió reiteradamente a Carranza un pronunciamiento claro en favor de la reforma agraria y criticaba la ambigüedad de éste al respecto. Por lo que se refería a los Estados Unidos, Villa era más acomodaticio que Carranza. El caso Benton, en el cual Villa aprobó, por apremio de los Estados Unidos, la intervención de una comisión investigadora extranjera en contra de los deseos de Carranza; y la ocupación norteamericana de Veracruz, respecto a la cual Villa tuvo una actitud más favorable que Carranza, condujeron a verdaderas tensiones entre ambos.

En junio de 1914, cuando los ejércitos revolucionarios avanzaban constantemente y la situación de Huerta parecía insostenible, se llegó a un rompimiento abierto entre Villa y Carranza. Cada uno de ellos quería ser el primero en llegar a la ciudad de México. Para frenar el avance de Villa, Carranza le pidió 5 000 hombres para reforzar a los revolucionarios que habían venido atacando sin éxito la ciudad de Zacatecas. Villa, cuya desconfianza hacia Carranza se hacía cada vez mayor, se negó a dividir su ejército, pero se declaró dispuesto a avanzar sobre Zacatecas con todas sus fuerzas. Cuando Carranza insistió en su demanda, Villa ofreció su renuncia, la cual de inmediato fue aceptada con gusto por Carranza.

El ejército de Villa, sin embargo, se opuso a la renuncia de su jefe de la División del Norte, lo instaron a permanecer en su puesto. Acto seguido, Carranza le suspendió a Villa el abastecimiento de carbón y armas. Esto representó un duro golpe para Villa, cuyas líneas de suministros desde los Estados Unidos habían sido cortadas por catástrofes naturales, haciéndolo totalmente dependiente de los suministros enviados por su rival. En consecuencia, Villa no pudo continuar su avance sobre la capital.[22]

La conducta de Carranza contra Villa suscitó fuertes protestas dentro de su propio ejército. Dado que Huerta aún no había sido definitivamente derrotado, y que los Estados Unidos parecían intentar, mediante la negociación, salvar cuando menos parte de su régimen, los generales carrancistas tenían plena conciencia de las consecuencias potencialmente devastadoras que hubieran podido derivarse de un enfrentamiento abierto con Villa. También entre los soldados hubiera sido sumamente impopular una lucha contra Villa. Esta oposición obligó a Carranza a aceptar que una delegación de uno de sus ejércitos, el Ejército del Noroeste mandado por Pablo González, entrara en negociaciones con Villa.

El 8 de julio se firmó un acuerdo entre los representantes de ambos ejércitos en la ciudad de Torreón. Se confirmó a Villa como comandante de la División del Norte (como se llamaba su ejército), así como a los funcionarios nombrados por él. Se levantaría el bloqueo de carbón y armas ordenado por Carranza. Además, se recomendó a Carranza formar un gabinete, la mitad de cuyos miembros serían propuestos por Villa. Sobre el destino ulterior de la revolución debía decidir una convención de los jefes de los ejércitos revolucionarios; para ello se acordó designar a un delegado por cada 1 000 soldados. Ninguno de los jefes revolucionarios, incluido Carranza, debía ser considerado como candidato presidencial en las futuras elecciones. Finalmente, a instancias de los delegados de Villa, se estipuló en el acuerdo que la revolución

> es una lucha de los desheredados contra los poderosos, se comprometen a combatir, hasta que desaparezca por completo, al Ejército ex-Federal, sustituyéndolo por el Ejército Constitucionalista; a implantar el régimen democrático en nuestro País; a castigar y someter al clero económicamente al proletariado, haciendo una distribución equitativa de las tierras y procurando el bienestar de los obreros.[23]

A pesar de este acuerdo, la desconfianza de Villa hacia Carranza continuó creciendo y se vio confirmada, sobre todo, por la ocupación unilateral de la capital del país por las tropas de Carranza. El sucesor de Huerta, Carbajal, había intentado inicialmente, con el apoyo del gobierno norteamericano, llegar a un compromiso con Carranza. Después que estos esfuerzos fracasaron, Carbajal renunció a principios de agosto y transfirió sus facultades al jefe de la policía de la ciudad de México, Eduardo Iturbide. El 13 de agosto, Iturbide y el comandante del ejército huertista entregaron la ciudad al general Obregón, que mandaba el mayor de los ejércitos carrancistas.

La ocupación unilateral de la capital no fue el único motivo de la creciente desconfianza de Villa. Ésta fue alimentada por otras medidas de Carranza, entre ellas la interrupción de la comunicación ferroviaria entre la ciudad de México y Chihuahua. Esta maniobra enfureció tanto a Villa, que no sólo amenazó con fusilar al general Obregón, quien había ido a Chihuahua, para entrar en negociaciones, sino que el 22 de septiembre desconoció incluso la autoridad de Carranza como jefe de la Revolución. Pero no se llegó de momento al conflicto armado porque todas las partes tenían puestas sus esperanzas en la convención de jefes revolucionarios que había sido convocada en Aguascalientes para el 10 de octubre.

La convención se inició en la fecha anunciada y fue el último intento por lograr la unidad entre los jefes revolucionarios. Cuatro partidos se encontraban frente a frente. Primero estaba el grupo que se había formado

en torno a Carranza. Éste no estaba dispuesto a ningún precio a renunciar a su jefatura de la revolución. Su posición tenía el apoyo de un importante sector de la clase alta tradicional, que por algún tiempo había apoyado a Huerta, pero que ahora apoyaba a Carranza contra Villa y Zapata. Así fortalecido, Carranza había intentado anticiparse a la Convención de Aguascalientes, citando a su propia convención de generales revolucionarios en la ciudad de México, los cuales debían ratificar su jefatura. En un gesto dramático, había ofrecido su renuncia a los delegados, escogidos en su mayoría por él mismo. Sin embargo, por apremio del ala izquierda del movimiento carrancista, se aprobó una resolución en favor de asistir a Aguascalientes y participar en la convención que había de tener lugar allí.[24]

Luego estaba el grupo villista, al que más tarde se unieron los zapatistas, los cuales llegaron a Aguascalientes 16 días después de la apertura de la Convención. Estos grupos estaban tan poco dispuestos a una avenencia como el propio Carranza. Se sentían lo suficientemente fuertes como para tomar ellos mismos el mando de la Revolución. El que la convención haya tenido lugar a pesar de estas circunstancias, e incluso el que haya podido durar varias semanas, se debió principalmente a un cuarto grupo que buscaba el único compromiso real.[25]

Contrariamente a los otros, este grupo no se caracterizaba por ninguna firme unidad política, geográfica ni organizativa. El objetivo común de sus miembros era excluir tanto a Villa como a Carranza, y de ser posible también a Zapata, de la jefatura de la revolución. Sin embargo, existían opiniones muy divergentes en este grupo en cuanto a cuál debía ser el siguiente paso. En términos ideológicos y sociales, este grupo constituía una posición intermedia entre Carranza y Villa. La mayoría de sus miembros, en particular sus voceros, provenían de la clase media: Álvaro Obregón, el antiguo ranchero y funcionario que mandaba el Ejército del Noroeste; Eulalio Gutiérrez, el jefe revolucionario más importante en el estado de San Luis Potosí; Lucio Blanco, el jefe revolucionario del noreste de México. Para la mayoría de ellos, Carranza era demasiado conservador, y Villa y Zapata demasiado radicales. Querían reducir el poder de la vieja oligarquía más de lo que Carranza deseaba, pero, con pocas excepciones, se oponían al tipo de transformación social que postulaba Zapata y, en menor medida, también Villa. Algunos de ellos pensaban en un sistema de democracia parlamentaria, que ni el grupo de Carranza, ni el de Villa y Zapata, podían instaurar. Otros habían creado los equivalentes de feudos casi independientes en sus estados de origen y temían el regreso de México a un poder central fuerte. Mediante la eliminación de Carranza, Villa y Zapata, se proponían alcanzar estos objetivos a menudo heterogéneos. De hecho, lograron la elección de Gutiérrez como presidente provisional con el apoyo de todos los partidos en la Convención, exigiendo al mismo tiempo la eliminación de Villa y Carranza.

Sin embargo, pronto se comprobó que este compromiso era insostenible. El cuarto grupo era demasiado débil, demasiado heterogéneo y estaba demasiado dividido para imponer su voluntad.

Carranza hizo compromiso de los acuerdos de la Convención y el 8 de octubre retiró a todos sus generales de Aguascalientes. Villa siguió reconociendo a Gutiérrez como presidente nominal, pero sin intención de renunciar a su propia posición. Villa y Carranza se culparon el uno al otro por no haber llegado a un acuerdo, pero siguieron presentando "proposiciones" para lograr la unidad de los revolucionarios. Villa propuso que él y Carranza se suicidaran al mismo tiempo. Carranza sugirió que ambos se retiraran a La Habana luego de que Villa hubiera depositado su poder en manos de Gutiérrez y él el suyo en las de su general Pablo González, quienes a su vez habrían de convocar una nueva convención en la capital del país. Dado que Gutiérrez no era un subordinado directo de Villa, en tanto que González estaba muy estrechamente ligado a Carranza, la aceptación de esta proposición hubiera significado la eliminación de Villa, pero no la de Carranza.

En noviembre de 1914 hubo choques armados en Sonora entre los partidarios de Carranza y los del aliado de Villa, Maytorena. A consecuencia de ello el cuarto grupo se desintegró de inmediato. Bajo el mando de Gutiérrez, un pequeño sector se adhirió a Villa y Zapata. La mayoría, bajo las órdenes de Obregón, se adhirió a Carranza. La decisión de Obregón y de los generales y contingentes sonorenses que lo apoyaban se basó probablemente en dos consideraciones: una regional y la otra nacional. En términos regionales, Obregón y sus aliados sonorenses se sentían sumamente agraviados por la negativa de Villa a concederles el control de su estado natal y por el apoyo de aquél a su rival por el poder local, el gobernador José María Maytorena. En términos nacionales, calculaban que podrían ejercer una mayor influencia sobre el movimiento carrancista, relativamente más débil, que sobre Villa y Zapata si éstos ganaban el mando de la revolución.

VENCEDORES Y VENCIDOS EN LA TERCERA FASE DE LA REVOLUCIÓN

A principios de noviembre de 1914, cuando la ruptura entre Carranza por una parte y Villa y Zapata por la otra se había hecho irreparable, parecía que Carranza se encontraba en una situación comprometida. Muchos de sus antiguos partidarios lo habían abandonado, y el 22 de noviembre se vio obligado a evacuar la capital y retirarse, primero a Puebla y más tarde a Orizaba. Mientras que Villa y Zapata controlaban ahora el centro y el sur —la mayor parte del país—, Carranza había sido expulsado hacia la periferia. La mayoría de los observadores nacionales y extranjeros preveían

su rápida derrota.

Pocos meses más tarde, sin embargo, la situación había cambiado completamente. Obregón, quien demostró ser el jefe militar más importante de la revolución mexicana, infligió una serie de derrotas aplastantes a las fuerzas de Villa, de las cuales éstas nunca se recuperaron. Villa, quizás por temor a extender demasiado sus líneas de comunicación, no aprovechó su ímpetu inicial para perseguir a Carranza y su ejército hasta Veracruz. Obregón se aseguró tiempo y provisiones suficientes para reorganizar eficazmente su ejército, y en abril de 1915 logró derrotar a Villa en dos batallas decisivas. Obregón concentró sus fuerzas en la ciudad de Celaya, en la región central, y aplicó allí la misma táctica que habían utilizado con tanto éxito los ejércitos de las grandes potencias europeas en la primera guerra mundial. Sus tropas, bien provistas de ametralladoras, se parapetaron en trincheras tras barreras de alambres de púas. Cuando la caballería de Villa intentó contra Obregón la misma táctica de carga frontal que le había dado una victoria contra Huerta, sus jinetes fueron diezmados por el fuego de las ametralladoras.

Dos semanas más tarde, en la segunda batalla de Celaya, Villa trató de repetir la misma táctica. Esta vez la derrota terminó en desbandada. Perdió la mayor parte de su artillería y gran parte de sus tropas. Ni Villa ni Obregón modificaron fundamentalmente sus métodos y una batalla similar, con resultados igualmente desastrosos para Villa, tuvo lugar en junio de 1915 en la ciudad de León. A estas alturas un número cada vez mayor de hombres comenzó a abandonar a Villa y su ejército debilitado y parcialmente desmoralizado se retiró al norte.

En septiembre y octubre Villa intentó, mediante una jugada desesperada, recuperar sus pérdidas y evitar una inminente derrota final. Reunió a la mayoría de las tropas que le quedaban en Chihuahua, y con enorme dificultad y grandes sacrificios, las llevó a través de la Sierra Madre hasta el vecino estado de Sonora. Sus partidarios controlaban la mayor parte del estado, y Villa esperaba que con su ayuda podría acabar con la última guarnición carrancista. El control del estado de Sonora le hubiera dado a Villa, cuando menos, un nuevo plazo de vida: grandes compañías extranjeras a las que podría cobrar impuestos para reabastecer su ejército; la extensión de la frontera con los Estados Unidos, lo cual hubiera hecho mucho más difícil el control de los norteamericanos sobre sus suministros de armas; el apoyo de los combativos indios yaquis, con cuya ayuda Villa esperaba marchar nuevamente hacia el sur, unir sus fuerzas con las de Zapata y recuperar el control de la región central de México. Crucial para la estrategia de Villa era la destrucción de las tropas carrancistas que había en el estado, cuyo principal contingente estaba acuartelado en la población fronteriza de Agua Prieta, aislada del resto del territorio controlado por Carranza. Pero nuevamente sufrió una derrota aplastante, esta vez

debido a que Woodrow Wilson había reconocido ya a Carranza el 19 de octubre de 1915 y le permitió enviar sus tropas a través de territorio norteamericano para reforzar la guarnición carrancista de Agua Prieta.

Al regresar a Chihuahua en noviembre de 1915, después de sufrir enormes penalidades, Villa encontró que sus antiguos partidarios se rendían en masa y que las fuerzas carrancistas avanzaban sin pausa sobre sus últimos bastiones. Si Villa hubiera sido un caudillo latinoamericano de corte "clásico", hubiera podido hacer lo que hacía la mayoría de estos caudillos cuando se veían derrotados: tomar las riquezas que hubiera logrado acumular y buscar refugio fuera de México. El gobierno de los Estados Unidos había declarado su disposición a concederle asilo. Pero Villa se retiró al campo y siguió combatiendo durante cinco largos y sangrientos años de lucha guerrillera.

Después de derrotar a Villa, Carranza se volvió contra Zapata, que tuvo que abandonar la capital. Más tarde Zapata perdió casi todas las ciudades del estado de Morelos y también se retiró al campo a seguir librando una guerra de guerrillas contra Carranza. A fines de 1915, las tropas carrancistas controlaban la mayor parte del país.

Este cambio de la situación, inesperado por la mayoría de los observadores, ha sido explicado con frecuencia a base de factores puramente militares y de la superioridad estratégica de Obregón sobre Villa. Fue sin duda la mayor habilidad militar de Obregón lo que permitió que su ejército numéricamente inferior saliera victorioso en la lucha contra Villa; pero en los combates contra Díaz y Huerta los revolucionarios habían sido derrotados muchas veces y sin embargo siempre se habían recuperado. El hecho de que el movimiento villista no haya podido rehacerse, de que la Convención se viera cada vez más aislada y que pronto ya no pudiera ejercer su decreciente poder más que en la región dominada por Zapata, debe explicarse principalmente a base de la composición social de los bandos contendientes y a sus respectivos problemas políticos y socioeconómicos.

LA ESTRATEGIA VICTORIOSA DE CARRANZA

La guerra civil en que México volvió a quedar sumido a fines de 1914, encontró a Carranza en una situación militar y políticamente difícil. Los ejércitos de la Convención superaban numéricamente a los de Carranza y el apoyo que éste tenía en la población civil iba flaqueando. Villa y Zapata gozaban de mucho mayor apoyo que él entre los campesinos, y considerables sectores de la clase media, que por su ideología se inclinaban hacia Carranza, creían reconocer en Villa al probable vencedor de la lucha revolucionaria y se adhirieron a la Convención en parte por oportunismo.

La única esperanza de Carranza era su sólido apoyo económico; en este aspecto tenía cierta ventaja sobre sus adversarios. El dominio sobre las regiones petroleras y los puertos de Veracruz le proporcionaba considerables ingresos de divisas y le permitió pertrechar un ejército poderoso. Para compensar su debilidad militar y política frente a la Convención, Carranza procuró simultáneamente ganarse el apoyo de dos clases sociales cuyos intereses parecen incompatibles entre sí: los hacendados y los campesinos. Para lograr este ambicioso objetivo, no vaciló, en algunos casos sin aparente pudor, en ofrecer las mismas tierras a ambos bandos. A los hacendados les proponía la devolución de sus haciendas expropiadas por las autoridades revolucionarias, y a los campesinos la devolución o el reparto de las tierras de los grandes propietarios.

Las promesas de Carranza a los hacendados fueron hechas bajo cuerda; sólo se dieron a conocer tardía y discretamente, pero finalmente fueron cumplidas en su mayor parte. Las promesas a los campesinos fueron proclamadas en enero de 1915 en forma de una ley muy general, dada a conocer en toda oportunidad y difundida entre la población con la ayuda de todos los medios de comunicación. La ley disponía la devolución de las tierras expropiadas a las antiguas comunidades agrarias y efectivamente reconocía el derecho de todo campesino a un pedazo de tierra. Para llevar a la práctica este ambicioso programa debía formarse una comisión agraria, y a partir de su constitución los gobernadores y en algunos casos los jefes militares locales podían llevar a cabo repartos provisionales de tierras. Pese a toda la pomposidad de las proclamas, esto fue lo que se cumplió: entre 1915 y 1920 únicamente se entregaron 173 000 hectáreas de tierra a no más de 44 000 campesinos.[26]

Pero, ¿cuánto éxito tuvo la maniobra de Carranza al cortejar a un mismo tiempo a los campesinos y a los hacendados? Los esfuerzos de Carranza ciertamente cosecharon frutos entre muchos hacendados del norte y el centro del país. Muchos grandes terratenientes que habían recobrado sus tierras o que esperaban su devolución, comenzaron a apoyar de palabra y de hecho al movimiento carrancista. En 1916 el general carrancista Diéguez logró convencer a los hacendados de Jalisco de que formaran contingentes armados contra los ejércitos de la Convención.[27] Carranza también tuvo éxito entre los campesinos. Muchos historiadores piensan que la Ley Agraria promulgada por Carranza el 6 de enero de 1915 causó un profundo efecto en el campesinado. Al ser el primero en decretar una ley agraria, según esta opinión, se ganó a los campesinos y con ello decidió la suerte de la guerra civil. Sin embargo, es difícil estimar los efectos exactos de esta ley. El hecho de que, fuera del círculo de influencia inmediata de Zapata y Villa, pocos campesinos hayan emprendido acciones guerrilleras para defender a la Convención tras la derrota militar de Villa, tiende a confirmar la idea de que esta ley tuvo por lo menos cierto impacto.

Pero ¿cuál fue la base de este impacto? ¿Qué fue lo que indujo a muchos campesinos a confiar *más* en las promesas de un terrateniente que nunca había estado a su favor, en cuyo séquito no había un solo campesino, que había devuelto las tierras expropiadas de las haciendas a sus antiguos propietarios, que en las declaraciones de Villa y Zapata, quienes apoyaban el Plan de Ayala, habían expropiado las tierras de los hacendados, como en el caso de Zapata al menos, las habían repartido entre los campesinos? ¿Se halla la respuesta principalmente en el factor tiempo, en el hecho de que Carranza fue el primero que decretó una ley agraria general, como muchas veces se supone? Mucho más importante puede haber sido el hecho de que la ley de Carranza haya ocasionado la primera movilización política del campesinado fuera de las regiones natales de Villa y Zapata.

En contraste con la revolución maderista de 1910 y 1911, en la que la movilización política en forma de un movimiento de masas tuvo lugar simultáneamente con levantamientos militares, el movimiento de 1913-14 fue sobre todo de carácter militar. Ni Villa ni Carranza habían formado partidos políticos ni habían intentado organizar a la población civil fuera del ejército. La ley agraria de Carranza requirió por primera vez reuniones de comunidades agrarias, elecciones de representantes allí donde no existían y la reactivación de los comités comunales para formular demandas. Así comenzó un proceso de movilización política que de hecho tuvo éxito, sobre todo en el periodo de 1915-17, cuando muchos campesinos aún no habían comprendido que Carranza hacía un doble juego que impedía la aplicación de sus planes de reforma.

Pero no sólo la ley agraria, sino también algunas otras reformas reforzaron la influencia de Carranza entre los campesinos. Si bien sólo se repartió poca tierra, las autoridades carrancistas abolieron en general la servidumbre por endeudamiento y se esforzaron por introducir los rudimentos de una legislación social en el campo. La actuación de Salvador Alvarado, quien por entonces pertenecía al ala izquierda del movimiento carrancista, mostró claramente los logros y las limitaciones de éste.[28]

Yucatán era una de las regiones de México en la que la servidumbre por endeudamiento se hallaba más extendida. En 1915 los grandes terratenientes, junto con la compañía norteamericana International Harvester Corporation, intentaron separar a Yucatán de México y evitar con ello la propagación de la revolución a la península. Bajo el mando de Alvarado, en 1915 tropas carrancistas desembarcaron en la península y la sometieron en pocas semanas. Alvarado comenzó entonces a aplicar amplias medidas sociales. Se abolió la servidumbre por endeudamiento y miles de campesinos abandonaron las haciendas. En las plantaciones mismas se impusieron salarios mínimos, se introdujeron los principios de una seguridad social, y los hacendados fueron obligados a establecer escuelas. Los maestros empleados en estas escuelas, que fueron designados por Alvarado, reforzaron a los

peones en su lucha contra los hacendados. Sin embargo, no se emprendió una reforma agraria. A los grandes terratenientes se les permitió conservar sus haciendas, pero se les obligó a vender su principal producto, el henequén, a la Compañía Reguladora del Henequén, de propiedad estatal. De las ganancias de esta compañía, una parte era entregada a la Tesorería federal en México, y otra se destinaba a inversiones; sin embargo, estas ganancias apenas beneficiaron a los peones.

Reformas como las que se aplicaron en Yucatán no tuvieron efecto en regiones como Morelos, donde los campesinos ya habían llegado por sí solos mucho más lejos. En los lugares que todavía no habían sido tocados por la revolución, su efecto fue considerable. Los campesinos vieron a los carrancistas como libertadores que los habían redimido de la servidumbre por endeudamiento. Todas estas medidas le proporcionaron a Carranza cierto apoyo de masas entre los campesinos. Esto, sin embargo, no bastaba para alcanzar la victoria sobre Villa y Zapata. Para ello, Carranza necesitaba además el apoyo de la clase obrera urbana.

En un país dependiente como el México de entonces, en el que la mayoría de los trabajadores estaban empleados en compañías extranjeras, el nacionalismo tenía una importancia especial. La actitud de Carranza a raíz de la ocupación norteamericana de Veracruz le había ganado una no escasa popularidad entre los trabajadores. La poca comprensión de Villa y Zapata al respecto y una serie de hábiles maniobras, le permitieron a Carranza obtener una influencia decisiva entre los trabajadores sindicalizados.

En todas las ciudades que los carrancistas ocupaban, favorecían la formación de sindicatos, a cuya disposición se ponían con frecuencia los locales más elegantes, reservados anteriormente para la aristocracia porfiriana. Así, los sindicatos de la ciudad de México ocuparon el Jockey Club, antiguamente el más exclusivo local del país. Las enérgicas medidas que tomaron los carrancistas para mitigar el hambre en la capital contrastaron con la actitud vacilante de la Convención. Mientras que ésta pareció impotente en ocasión de las manifestaciones de mujeres hambrientas, Obregón hizo que la Iglesia y los comerciantes pagaran impuestos extraordinarios, los cuales en parte fueron empleados para aliviar el hambre.

Estos factores fueron decisivos para crear una situación en la que, hacia febrero de 1915, sectores de la clase obrera se aliaron con Carranza. Los líderes de la anarcosindicalista Casa del Obrero Mundial pactaron con Carranza. Se declararon dispuestos a formar "batallones rojos" en apoyo a Carranza, en tanto que éste se obligó: "de mejorar por medio de leyes apropiadas, la condición de los trabajadores, expidiendo durante la lucha todas las leyes que sean necesarias para cumplir aquella resolución". La actitud de Carranza, junto con el hambre y el desempleo en las ciudades, empujaron a miles de trabajadores al movimiento carrancista. Se formaron seis Batallones Rojos, "para combatir a la reacción"[29] se lanzaron a pelear contra los campesinos.

LAS DEBILIDADES INTERNAS DEL MOVIMIENTO CONVENCIONISTA

La Convención perdió la iniciativa en la misma medida en que Carranza tomó la ofensiva política; para todos se hizo visible un proceso de parálización y estancamiento. No todos los sectores del movimiento convencionista fueron víctimas de este proceso. En la región dominada por Zapata —Morelos y sus alrededores— la lucha continuó con ininterrumpido aliento para dar forma viviente a la reforma agraria emprendida. Se designaron comisiones agrarias, se repartieron las haciendas entre los campesinos y se crearon nuevas estructuras políticas.[30]

Sin embargo, fuera de Morelos y de sus inmediaciones, el entusiasmo reformista no llegó muy lejos. Hasta mediados de 1915, después de su derrota militar, el movimiento convencionista se mostró incapaz de elaborar un programa para la transformación social y económica de México. Esta incapacidad para desarrollar concepciones teóricas y darles realidad en caso de que existieran, sobre todo en lo tocante al problema agrario, fue fatal para la Convención.

Uno de los delegados advirtió a la convención revolucionaria, en febrero de 1915, que Carranza se les estaba adelantando al enfrentarse, aunque sólo fuera demagógicamente, al problema agrario. Expresó su angustia por el hecho de que la Convención sólo había prestado una atención limitada y esporádica al problema agrario, sin elaborar una solución nacional clara y definida del mismo, y expresó, sobre todo, su inconformidad con la actitud de algunos delegados, especialmente los del norte, quienes recomendaban que se aplazara toda solución a la cuestión agraria hasta que se eligiera una asamblea legislativa.

> Venustiano Carranza, comprendiendo que solamente por medio de las tierras podría adquirir algún prestigio, se ha preocupado más que nosotros los agraristas, solucionando, mal o bien, indudablemente que mal, la resolución de este problema. He leído algunos artículos y se ve que todo lo quiere para él, así es que no le doy importancia al documento éste, pero vengo a decir que aquellos, para captarse más simpatías del pueblo, se preocupan por lo verdadero más que nosotros los que defendemos al pueblo, que nos ocupamos de este asunto, y en lugar de entrar de lleno al problema agrario, nos limitamos a Tepic, y mañana a Zacatecas, y pasado mañana a Durango, y luego a que la Asamblea se convierta en legislativa, y lo mero gordo lo estamos haciendo a un lado.[31]

Muchas veces se ha mencionado como causa principal de esa especie

de parálisis del movimiento convencionista, la incapacidad de los movimientos campesinos para desarrollar una perspectiva nacional. Sin duda esta debilidad contribuyó a que el movimiento convencionista no pudiera ganar apoyo en la clase obrera. Así, en noviembre de 1915, Zapata dio a conocer una propuesta para una ley del trabajo. Propuso "que mientras no se llegara a constituir 'el estado social que anhelamos, por estar basado en la justicia', se adoptaran 'algunas medidas que como paliativos, suavicen siquiera el malestar que sufren las clases productoras dentro del inhumano y antieconómico régimen capitalista actual' ". La propuesta estipulaba:

1] Una serie de medidas sociales que incluía la jornada laboral de ocho horas y la prohibición del trabajo nocturno para mujeres y niños menores de catorce años;

2] La formación de cooperativas obreras que se hicieran cargo de todas las empresas y fábricas abandonadas por sus dueños;

3] El desarrollo de industrias por las comunidades agrarias a fin de eliminar el desempleo;

4] El establecimiento de un salario mínimo como base del costo del trabajo.

Las limitaciones de este programa son obvias. No respondía a algunas de las demandas más importantes del movimiento obrero mexicano a raíz de las huelgas de Cananea y Río Blanco: un mayor control sobre las propiedades extranjeras, remuneración y trato igual para los trabajadores mexicanos y los extranjeros, un amplio y bien definido derecho de huelga y garantías para la existencia de los sindicatos.[32] Pero ni siquiera las limitadas medidas de 1914-15 parecen haber sido aplicadas. No se tiene noticia de que los zapatistas hayan llevado a la práctica alguno de los puntos mencionados mientras ocuparon la capital. Característica de la casi total impotencia de la Convención frente a este problema, fue su reacción cuando, el 20 de mayo de 1915, miles de mujeres hambrientas manifestaron frente al edificio en que se encontraba reunida la Convención. Los delegados colectaron dinero —cada uno dio 50 pesos— que luego fue repartido entre las mujeres.[33] No se tomó ninguna otra medida para combatir el hambre. Igualmente característico fue el hecho de que no se lograra una colaboración más estrecha con la anarcosindicalista Casa del Obrero Mundial, aun cuando uno de los más destacados portavoces del zapatismo, el abogado Díaz Soto y Gama, pertenecía a esta organización. La omisión de cualquier clase de medidas contra las empresas extranjeras también contribuyó a que el movimiento zapatista se aislara de los trabajadores.

La incapacidad de los campesinos para comprender los problemas de otras clases sociales o para desarrollar una perspectiva nacional, puede explicar en parte por qué la Convención no logró ganarse el apoyo de los trabajadores y la clase media; pero no explica por qué el movimiento convencionista se abstuvo de toda acción en la esfera que más interesaba a los campesinos, o sea la elaboración de una ley agraria y la instrumentación de una reforma agraria. En última instancia, fue la composición del liderato del movimiento convencionista lo que, a diferencia del movimiento carrancista, imposibilitó la elaboración de programas sociales y económicos coherentes a los que se les pudiera dar forma práctica. Tanto el movimiento carrancista como la Convención, eran coaliciones regionales de grupos y clases regional, social y políticamente diferenciadas. La Convención, sin embargo, representaba un conjunto mucho más heterogéneo de intereses que los elementos agrupados en torno a Carranza y en contraste con el movimiento de éste, contenía facciones fundamentalmente irreconciliables.

De hecho, puede que no haya habido casi ningún acuerdo en cuanto a la cuestión agraria entre Carranza y los intelectuales radicales, los burócratas y los trabajadores que formaban su movimiento; sin embargo, pudieron llegar a cierto modus vivendi, sobre todo porque los radicales, que no eran ni campesinos ni dirigentes campesinos, estaban dispuestos a tolerar la pasividad de Carranza respecto al problema agrario mientras su política en otros aspectos, principalmente la política exterior y el problema laboral, coincidiera con sus ideas. Carranza desarrolló una estrecha colaboración entre 1914 y 1916 con los miembros de aquel grupo que en la Convención de Aguascalientes había intentado deponer simultáneamente a Carranza y a Villa, pero que después se había alineado con Carranza. En esta colaboración, Carranza concedió a Obregón una influencia decisiva en su política e incluso aceptó el programa de éste en sus rasgos más generales.

Mucho más difíciles de reconciliar eran los intereses en conflicto en el interior del movimiento convencionista. En principio, los miembros de aquel cuarto grupo que había actuado tanto en contra de Carranza como de Villa en la Convención de Aguascalientes, y que se había dividido tras el rompimiento entre ambos, debía haber ejercido una influencia mayor en el movimiento convencionista que en el carrancista. En tanto que uno de sus voceros más importantes, Eulalio Gutiérrez, había sido designado presidente de la Convención, su homólogo carrancista. Obregón, siguió siendo tan sólo uno de los jefes militares de Carranza. En la práctica, sin embargo, las cosas operaron a la inversa. Mientras que la influencia de Obregón y de su grupo aumentó constantemente entre 1914 y 1916, la influencia de Gutiérrez menguó cada vez más.

El gobierno de la Convención, que surgió como un compromiso de los movimientos villista y zapatista con el ala izquierda del movimiento carrancista, estuvo condenado desde el primer día a una existencia ilusoria. Después de que los partidarios de Carranza abandonaron la Convención, Gutiérrez no representó ya ningún poder real. Éste se había unido a Villa

y Zapata con la esperanza de dominar sus fuerzas, pero éstos a su vez, sólo querían usarlo como un portavoz de la Convención para aumentar su propia influencia. Ni Villa ni Zapata pensaron jamás en someterse a Gutiérrez; de hecho, desconfiaban profundamente de él. Gutiérrez se puso en contacto con Obregón, con ayuda del cual pensaba derrocar a Villa y Carranza, pero Obregón no estaba dispuesto a hacer ese juego. Cuando Villa descubrió las intrigas de Gutiérrez, éste huyó de la ciudad de México, entonces ocupada por las tropas de Villa y Zapata.

EL ALA CONSERVADORA DE LA CONVENCIÓN

El conflicto entre Gutiérrez y sus partidarios de clase media, por una parte, y Villa y Zapata por la otra, no fue en modo alguno la única contradicción que se produjo en las filas de la facción convencionista. Los antagonismos entre los dirigentes campesinos de la Convención, representados por Zapata, y su ala conservadora, encabezada por Maytorena y Felipe Ángeles, se hicieron cada vez más fuertes, amenazantes y al final irreparables.

Maytorena, después de su regreso a Sonora a mediados de 1914, había ordenado la devolución de muchas haciendas expropiadas a sus antiguos dueños;[34] Ángeles emergió como el representante e ideólogo más importante del grupo conservador dentro del movimiento convencionista.

Si algún político hubo en el periodo de 1910-20 que podía presentarse en todos sentidos como el heredero espiritual de Madero, éste fue Felipe Ángeles, no Carranza. Por su designio político de conservar el antiguo ejército federal, buscar un acercamiento con los Estados Unidos, y utilizar la democracia parlamentaria como un sistema y no como una mera fachada, Ángeles era una verdadera réplica de Madero, y, al igual que él tenía una disposición filantrópica y una generosa simpatía hacia los pobres, de los cuales recibió un sorprendente apoyo. Sin embargo, aunque consideraban como deber moral de las clases prósperas ayudar a las menos favorecidas, rechazaba categóricamente cualquier tipo de reforma agraria o de transformación del orden social existente. En su opinión, la Convención debió haberse desplazado hacia la derecha de Carranza y no hacia su izquierda, y haber tomado una posición inequívocamente más conservadora. Esto lo expresó con toda claridad y énfasis en una conversación sostenida a mediados de 1915 con el secretario de gobierno de Villa, Federico González Garza, según lo cuenta éste:

> Cuando estuvieron aquí el general Ángeles y el Lic. Díaz Lombardo, advertí, hablando sobre estos asuntos, que ellos reconocen que nos diferenciamos de los carrancistas en que éstos quieren o prometen realizar las reformas revolucionarias dentro del llamado periodo *preconstitucional*, mientras que nosotros aspiramos a restablecer antes de todo el orden constitucional como base indispensable para introducir después las reformas.[35]

Ángeles resumió su filosofía social en las siguientes palabras:

> En la lucha de clases, estoy con los explotados y en contra de los explotadores; pero no se me escapa que el movimiento de fraternidad social debe ser lento, especialmente en los países en donde las masas carecen de educación y los administradores de honradez. Pero debemos hacer todo lo posible por disminuir las injusticias de la presente sociedad capitalista. Estar ciegamente contra el rico, es estar contra las fuerzas inteligentes del país. Los ricos son los hombres que, dentro de la Ley y la organización actual de la sociedad, tienen la inteligencia necesaria para salir victoriosos en la lucha egoísta de los sistemas reinantes.[36]

Tras el estallido de la guerra civil en México en 1914, el ala conservadora aliada con Ángeles intentó limitar la radicalización del movimiento convencionista y crear, donde fuera posible, una apertura a la oligarquía tradicional. En esta forma, Ángeles, Maytorena y sus partidarios esperaban ganar una influencia determinante en México después de la derrota de Carranza. Los conservadores intentaron primeramente obtener apoyo para esta apertura a la derecha mediante el reclutamiento de numerosos soldados y oficiales del antiguo ejército huertista en las filas del ejército convencionista. Ángeles lanzó una proclama en la que exhortaba a los miembros del antiguo ejército federal a unirse a la Convención. Tal vez haya abrigado la esperanza de poder movilizar a este grupo no sólo contra Carranza, sino eventualmente también para una lucha futura contra Zapata y Villa. Este grupo esperaba obtener el favor de los grandes terratenientes mediante la devolución de las haciendas expropiadas a sus antiguos dueños. El grupo conservador esperaba además fortalecer sus filas mediante alianzas con caudillos regionales enemigos de las reformas, como el antiguo oficial huertista Esteban Cantú en Baja California, el terrateniente Peláez en la región petrolera y los hacendados de Chiapas.

Con todo, los hombres agrupados en torno a Ángeles habían puesto sus mayores esperanzas en un acercamiento con los Estados Unidos. Ángeles proclamó reiteradamente en público:

> Estar contra los extranjeros que nos traen la ciencia, que saben cómo se explotan las riquezas naturales y aportan los capitales indispensables para esa explotación, es insensato y es falta de respeto a nuestras obligaciones internacionales y a nuestra voluntad colectiva: esto es, a nuestras leyes, bajo cuya protección han venido a desarrollar la prosperidad de nues-

tro país.

Yo voy a confesar un pecado muy grande: nosotros los mexicanos somos enemigos de los americanos, sencillamente porque no los conocemos; conocemos a los americanos de la frontera, pero no a los del norte, que son los que hacen progresar a esa gran nación, a ese gran pueblo semejante al pueblo de Roma cuando su florecimiento. Los Estados Unidos son una gran nación, de la que yo quisiera que fuéramos siempre amigos [. . .] Uno de los motivos de mis disgustos con Villa, y que originaron mi separación de él, es su odio contra los americanos.[37]

Ángeles dio a entender claramente al representante de Woodrow Wilson en México, Duval West, que él era el político en quien se encontraban más profundamente arraigados el respeto y la deferencia por la propiedad privada. Duval West informó acerca de su conversación con Ángeles, en relación con la situación en Monterrey:

Desde que ocupó la ciudad parece esforzarse en no tocar la propiedad de las personas privadas. No se ha practicado o permitido ninguna confiscación o expropiación de la propiedad privada de ninguna persona. Él manifiesta que a causa de esta actitud ha sido ya duramente criticado por los partidarios de Villa.[38]

Ángeles, Maytorena y sus partidarios esperaban que la colaboración con los Estados Unidos atrajera a un mayor número de elementos conservadores a la Convención, fortaleciera su dependencia económica y militar respecto de los Estados Unidos y evitara así los trastornos sociales. De hecho Ángeles consiguió ganarse por algún tiempo el favor de Wilson y ser su candidato preferido para la presidencia de México. Este acercamiento con los Estados Unidos es ciertamente una de las razones de que el ala conservadora de la Convención, que, al igual que los conservadores en el movimiento carrancista, rechazaba toda reforma radical, nunca estuviera dispuesta a incurrir en una retórica seudorradical. Tal retórica, aun cuando hubiera carecido de seriedad, había causado alarma en los Estados Unidos. Por consiguiente, los convencionistas conservadores no sólo rechazaron los cambios y los programas radicales, sino que además intentaron atenuar lo que ya se había logrado. En los manifiestos de los revolucionarios norteños, que fueron redactados principalmente por Ángeles, casi no se mencionaban las confiscaciones de las haciendas por parte de Villa y el reparto de sus ingresos entre los pobres. El resultado fue un extraño contraste entre el estilo retórico de los dos movimientos. En Carranza la demagogia radical sobrepasaba con mucho la proporción real de las reformas, mientras que en las proclamas y los programas lanzados por Ángeles, los pronunciamientos ideológicos de los revolucionarios norteños

eran muy modestos en comparación con los cambios que su movimiento había realizado en los hechos.

LA CONVENCIÓN Y LA REFORMA AGRARIA

Estas circunstancias explican por qué el ala conservadora se opuso firmemente a una reforma agraria inmediata. Esto condujo, en 1914 y sobre todo en 1915, a una acalorada discusión entre las representaciones norteña y sureña de la Convención, la cual de 1914 hasta 1916 funcionó como una especie de parlamento de los movimientos participantes en ella.

En febrero de 1915 el general Buelna, que comandaba las tropas de la Convención en la región de Tepic en el norte de México, preguntó a la Convención qué se iba a hacer con varias haciendas que habían sido expropiadas y se habían convertido en una carga financiera para el Estado. ¿Debía devolver la administración revolucionaria las haciendas a sus antiguos dueños a fin de ahorrarse los costos de administración?[39] Este problema movió a los delegados sureños de la Convención a formular un plan para el inmediato reparto de las tierras de las haciendas en el territorio dominado por la Convención. La comisión agraria de la Convención, formada principalmente por delegados zapatistas, propuso que el órgano ejecutivo de tal reforma fueran las autoridades comunales. Estos gobiernos locales debían devolver de inmediato a las comunidades todas las tierras anteriormente expropiadas e iniciar el reparto de las haciendas confiscadas entre los campesinos en las regiones gobernadas por la Convención.[40] La ejecución de esta proposición sin precedentes hubiera provocado cambios sociales irreversibles que habrían acabado definitivamente con el sistema de haciendas y al mismo tiempo habría desatado una actividad política masiva del campesinado.

Los delegados norteños se manifestaron inequívocamente contra esta propuesta. Se invocó una razón tras otra: que reformas de tal amplitud y alcance debían ponderarse detenidamente antes de su ejecución; que la expropiación de propiedades extranjeras conduciría a conflictos con los Estados Unidos; que los gobiernos locales no eran los órganos apropiados para poner en práctica tales medidas; que una reforma agraria inmediata excluiría a los soldados que estaban en el frente.[41] Este problema, al igual que otras cuestiones socialmente importantes, como por ejemplo los derechos de los obreros industriales y la postura de la Convención respecto a la propiedad privada, dieron lugar a constantes conflictos entre los delegados norteños y sureños. Cuando la Convención pudo elaborar, a principios de 1916, un programa conjunto de reformas socioeconómicas, muchos de los delegados norteños se habían ido. Cuando tal programa fue finalmente aprobado, careció de pertinencia en la práctica. Los ejércitos de la Con-

vención habían sido derrotados o dispersados, excepto en Morelos, y el programa del organismo ahora sin poder fue olvidado en el fragor de la derrota.

VILLA Y EL PROBLEMA AGRARIO

En este conflicto entre radicales y conservadores en el seno de su movimiento, Villa evitó tomar partido. Probablemente juzgaba que era indispensable mantener la unidad de todas las facciones, no sólo para lograr la rápida victoria militar que deseaba, sino, sobre todo, para obtener también el reconocimiento norteamericano, que veía como clave de su triunfo definitivo. Según Federico González Garza, íntimo colaborador suyo y antiguo secretario de gobierno de Chihuahua, Villa simpatizaba definitivamente con los radicales en lo concerniente a la reforma agraria.[42]

En una carta que escribió Federico a su hermano, Roque González Garza, informó de un altercado que tuvo con Ángeles, quien deseaba posponer la reforma hasta que un nuevo gobierno fuera elegido y legislara sobre el asunto. Según González Garza, el gobierno de Villa no compartía tal punto de vista, sino había intentado poner en práctica la reforma agraria lo antes posible:

> Tan es cierto que no existía esa diferencia entonces, que la Comisión Agraria con Bonillas como jefe, que se nombró cuando yo estaba allí, estudió concienzudamente el punto y formuló una ley cuya aplicación en el estado de Chihuahua se estaba aplazando no por falta de un gobierno constitucional, sino porque aún no habían podido medir los terrenos por repartir debido a que no encontrábamos ingenieros agrónomos que salieran a practicar la operación.[43]

Federico González Garza añadió a continuación que la decisión final respecto a tal confiscación tendría que someterse a la ratificación de un congreso de nueva elección.

En un encuentro histórico que tuvo con Zapata antes de marchar juntos sobre la capital, Villa insistió en su compromiso con la reforma agraria. "Pues para ese pueblo", le dijo a Zapata, "queremos las tierritas. Ya después que se las repartan".[44] En las memorias que dictó a su secretario Bauche Alcalde aproximadamente en ese mismo tiempo, Villa expuso su visión de un México poblado por campesinos libres, concentrados en colonias militares, visión a la cual se había referido unos meses antes en conversación con John Reed. Esta descripción resulta casi poética.

> Y miro que aquel ordenado agrupamiento de las casitas en que viven nuestros soldados-labradores: limpias y blancas, rientes e higiénicas, hogar verdadero por el cual se lucha con denuedo y por cuya defensa sí se muere.
>
> Veo aquellas huertas lujuriantes de frutos, aquellas hortalizas rebosantes, aquellas siembras, aquellos maizales, aquellos alfalfares en los que toda una familia siembra y recoge, cuida y cosecha, sin que sólo el amo recoja, sin que sólo el amo aproveche [...]
>
> Y veo que el edificio más alto del caserío rural es la escuela, y el hombre más venerable es el maestro; y que el mozalbete más agasajado es el que más estudia y que más sabe; y que el padre más venturoso es aquel que al hijo instruido, al hijo bueno y al hijo honrado, va a dejarle su tierra, sus yuntas, su casa para que de aquel hogar santificado por el trabajo, broten nuevos hijos sanos, fuertes, instruidos, buenos, trabajadores y honrados, que dignifiquen a la patria y que ennoblezcan la raza.
>
> ¡Oh, si la vida me alcanzase tan sólo para ver realizado este sueño! [...] El verdadero ejército del pueblo al que tanto he amado, esparcido por todo el territorio nacional, laborando la tierra y haciéndola respetable y respetada. ¡Quince años, veinte años, tal vez! Y los hijos de mis soldados que realicen este ideal sabrán con cuánta ternura he acariciado para ellos esta ilusión de mi alma. Y ellos no sufrirán, no tendrán la amenaza de sufrir, lo que yo padecí en los más floridos años de mi vida, en los que formaron toda mi juventud y toda mi madurez.[45]

Al mismo tiempo se estaban haciendo grandes preparativos para una reforma agraria en Chihuahua. Se elaboró una ley agraria y los ingenieros agrónomos de la Escuela de Agricultura de Chapingo fueron llamados a trabajar en la distribución de tierras que se proyectaba.[46] Sin embargo, hasta la primera derrota militar de Villa no se hizo ningún intento de poner en práctica estas medidas. Seguramente algunos de los motivos fueron los mismos que le habían impedido realizar de inmediato una reforma agraria cuando tomó el poder en Chihuahua, en diciembre de 1913: el temor de que muchos de sus soldados abandonaran el frente de batalla para reclamar tierras y luego trabajarlas; un reparto inmediato de tierras a los campesinos habría reducido críticamente los ingresos del gobierno de Villa; los ingresos de las haciendas expropiadas eran necesarios para mantener a los sectores no rurales de la población y para financiar la guerra. Este último motivo se volvió aún más importante una vez que estalló el conflicto armado con Carranza, ya que la situación económica del movimiento villista se deterioraba constantemente. Los ingresos en divisas extranjeras disminuían notoriamente porque las ventas de ganado y algodón a los Estados Unidos, fuentes de dichos limitados ingresos, se agotaron después que se vendió una gran parte del ganado y la producción de algodón en La Laguna disminuyó en forma alarmante. En cambio, los precios de

las armas y municiones norteamericanas habían aumentado constantemente desde agosto de 1914 debido al estallido de la primera guerra mundial.

En el periodo inmediatamente posterior a la ruptura con Carranza también hubo motivos políticos que obligaron a Villa a moderar su política agraria. Éste quería evitar a cualquier precio dividir o debilitar su movimiento mientras no alcanzara la victoria final sobre Carranza que, a mediados de 1915, esperaba sería rápida. Una reforma agraria llevada de inmediato a la práctica hubiera significado una ruptura con el ala conservadora del villismo. Además, las reformas sociales radicales podrían haber suscitado en los Estados Unidos una renuencia a reconocerlo. Villa esperaba un rápido reconocimiento de parte de los Estados Unidos, después del cual tendría el monopolio de los embarques de armas norteamericanas.

Es posible también que Villa haya compartido las aprensiones de varios de sus partidarios, quienes temían que un reparto inmediato de tierras pudiera intensificar una escasez de víveres que ya se sentía, lo cual hubiera sido sumamente peligroso para su movimiento. Todas estas consideraciones explican la "cautela" y "moderación" de Villa por lo que tocaba a la acción inmediata. Sin embargo, esta "cautela" hubiera sido vana si la presión a favor de una reforma agraria inmediata en el interior de su movimiento hubiera sido tan urgente y poderosa como en el interior del ejército zapatista. Ya se han indicado algunas de las razones de esta diferencia: la menor proporción de campesinos en la población de Chihuahua y la existencia de un ejército profesional bien pagado y desligado de su lugar de procedencia.

El ejército profesional se hizo más fuerte aún en el periodo de 1914 a 1915. La confiscación de las mayores haciendas ganaderas de Chihuahua por la administración villista había ocasionado la venta o la matanza de la mayor parte del ganado. Muchos vaqueros desempleados se enrolaron inmediatamente en el ejército villista y opacaron cada vez más al elemento campesino dentro de éste. El interés de estos vaqueros por una reforma agraria era naturalmente menor que el de los campesinos.

También la jefatura del ejército villista había experimentado un importante proceso de transformación. Muchos de los dirigentes campesinos que originalmente habían participado en la revolución de 1910 a 1911, como por ejemplo Toribio Ortega, habían muerto y habían sido sustituidos por hombres como Rodolfo Fierro, que no era campesino, o Martín y Pablo López, que habían ascendido dentro del ejército, y que nunca habían sido voceros o líderes de sus comunidades.[47]

EL NUEVO VIRAJE DE LA POLÍTICA DE VILLA

Después de la derrota decisiva de Villa en Celaya, su política social cambió. Ahora era él quien estaba en desventaja y, al igual que Carranza, obligado a ampliar su base social. Si bien esta necesidad era reconocida por todos en su movimiento, no produjo ningún consenso respecto a la dirección en que debía realizarse esta ampliación. Ángeles y Maytorena esperaban que las promesas sociales radicales de Carranza le permitirían a Villa allegarse más elementos conservadores en el país y sobre todo obtener ayuda de los Estados Unidos. Se esperaba que los Estados Unidos apoyarían al movimiento convencionista a pesar de su derrota militar, a fin de evitar la hegemonía militar exclusiva de Carranza.

La estrategia seguida por Villa para "ampliar la base" de su movimiento era diametralmente opuesta a la del ala conservadora de los convencionistas. Ahora intentó llevar a la práctica la reforma agraria y darle un fundamento legislativo. Se envió un emisario a Sonora para que pusiera en marcha la reforma agraria en ese estado.[48] Y en agosto de 1915, Villa felicitó al gobernador de Chihuahua, Fidel Ávila, quien había firmado una ley agraria, y le ordenó que comenzara de inmediato a aplicarla, con la única excepción de las haciendas de los Terrazas, que serían entregadas a los soldados del mismo Villa. "Respecto a solicitudes para reparto de tierras, manifestóle que como soldados y miembros del Ejército no pueden ir a ésa a hacer sus solicitudes, sírvase reservarles todas las haciendas terracenas y repartir lo demás."[49]

En mayo de 1915 Villa había expedido una amplia ley agraria. Todas las propiedades que excedieran determinada extensión debían ser repartidas entre los campesinos. Los propietarios recibirían alguna forma de indemnización y los campesinos deberían pagar las tierras en pequeñas cuotas. Los gobiernos estatales, y no el federal, serían los encargados de aplicar la ley. No se mencionaba la propiedad comunal de los pueblos. La ley reflejaba el carácter heterogéneo y divergente del movimiento convencionista. Con el objeto de mantener la unidad de las facciones que lo apoyaban, Villa concedía a cada estado un amplio margen para poner en práctica la reforma agraria.

La ley reflejaba asimismo los deseos de los campesinos del norte, que en su mayoría nunca se habían establecido en una aldea comunal, a diferencia de los campesinos del sur y el centro de México. Una de las cláusulas principales de esta ley fue definida inmejorablemente por Antonio Díaz Soto y Gama, uno de los consejeros intelectuales más allegados a Zapata:

> Muy distinta era y es, en verdad, la concepción agraria de los hombres del Norte, comparada con la manera como los del Sur entendían el problema.
>
> Para el Sur la principal preocupación era la restitución y dotación de tierras comunales a los pueblos. Así lo confirma el Plan de Ayala,

traducción fiel del pensamiento suriano.

Para los norteños —desde San Luis Potosí, Jalisco y Zacatecas hacia arriba—, la solución radicaba en el fraccionamiento de los enormes latifundios y en la creación de gran número de pequeñas propiedades, con extensión suficiente para soportar el costo de una buena explotación agrícola, realizada con recursos suficientes para garantizar abundante producción y perspectivas de progreso.

Se aspiraba, por lo tanto, no a la parcela paupérrima del ejido, sino a la posesión de una unidad agrícola que mereciera el nombre de rancho —aspiración suprema de todo hombre de campo.

Más individualista el norteño, más ajeno a la concepción comunal del antiguo *calpulli*, más deseoso de ejercitar en plenitud las funciones de libre propietario, exigía él para sí una porción de tierra de regular extensión, que le perteneciese en pleno y completo dominio, sin las restricciones o taxativas que impone la estructuración de la tradicional comuna indígena, y en vez de pedir, por lo tanto, la reconstrucción de ésta, como lo quería el suriano, aspiraba a poder explotar y cultivar a sus anchas el lote de terreno que en el reparto agrario se le asignase, con el derecho, inclusive, de poder venderlo o enajenarlo o de imponerle los gravámenes que la adquisición de fondos o la contratación de préstamos exigiese.

Esa aspiración a conquistar la amplísima libertad del propietario en plenitud, se refleja en la ley del villismo, que está muy lejos de haber sido estudiada y comprendida debidamente.[50]

A pesar de algunos esfuerzos en favor de la conciliación, tales como el reconocimiento de los derechos de los estados en relación con la ley agraria, el creciente radicalismo social de Villa condujo a una ruptura definitiva con el ala conservadora de su movimiento. En efecto, Ángeles rompió con Villa en agosto de 1915.[51] Maytorena había impedido al representante de Villa en Sonora llevar a cabo la propuesta reforma agraria,[52] y cuando, en septiembre de 1915, el ejército de Villa fue a Sonora a apoyar a Maytorena, éste prefirió huir a enfrentarse con Villa.[53]

Las tendencias sociales conservadoras de Maytorena tuvieron mucho que ver con esta decisión. Si bien no dio ninguna explicación pública de su partida, Maytorena aclaró más tarde que uno de los principales motivos de la misma fue el deseo de Villa de imponer préstamos forzosos a los comerciantes ricos de Sonora y su propia negativa a acceder a tales exigencias. Según Maytorena, Villa se iba convenciendo cada vez más de que las ligas del dirigente sonorense con las clases altas estaban desacreditando a la revolución.[54]

Aunque Maytorena no hizo ninguna declaración pública contra su antiguo aliado y siguió trabajando contra el reconocimiento norteamericano de Carranza, en secreto le asestó un golpe demoledor a Villa. En una carta confidencial dirigida a sus dos subordinados más fieles en Sonora, los generales yaquis Francisco Urbalejo y José María Acosta, les ordenó que limitaran su apoyo a Villa a las acciones militares en su propio estado. Si Villa les pedía que avanzaran hacia el sur debían decirle que sus tropas no querían alejarse demasiado de sus familias. Si Villa insistía, escribió Maytorena: "ustedes le dirán que van a hacer un esfuerzo por convencer a la tropa y en vez de hacerlo así las dispersan ustedes recomendándoles que guarden sus armas y su parque en espera de la actitud que luego he de tomar". Urbalejo y Acosta debían marcharse entonces a los Estados Unidos, donde Maytorena los ayudaría económicamente.[55] Después de la derrota de Villa en Hermosillo, pocas semanas después de enviada esta carta, la mayor parte de sus tropas yaquis lo abandonaron y se negaron a seguirlo a Chihuahua. No se sabe hasta qué grado se puede atribuir dicha deserción a las instrucciones de Maytorena o a los desastres militares de Villa.

La reforma agraria que planeó Villa en los últimos meses en que tuvo bajo su control la mayor parte del país, jamás se llevó a la práctica. Esto se debió sólo en parte a la resistencia de los conservadores dentro del villismo. Tan importante como ésta fue, indudablemente, el hecho de que la reforma llegaba demasiado tarde. En agosto de 1915, cuando debía tener lugar el primer reparto extenso de tierras en Chihuahua, el gobierno villista estaba ya en proceso de disolución. Era incapaz de llevar a cabo tal empresa. También es dudoso que muchos campesinos, ahora que resultaba cada vez más evidente que Villa estaba sufriendo derrotas paralizantes, quisieran en tales circunstancias recibir tierra de sus manos, ya que hacerlo los habría identificado con un perdedor y probablemente hubiera impedido que recibieran, más tarde, tierra alguna de manos de Carranza, cuya victoria parecía cada vez más probable.

Otra razón del fracaso de los esfuerzos de Villa por obtener una base de masas más amplia y sólida después de 1915 fue el espectro de la inflación, de la cual él mismo era responsable. Como Carranza y otros revolucionarios, Villa nunca había vacilado en imprimir papel moneda para financiar la revolución. Éste no fue el caso de Zapata, en cuyo territorio la economía monetaria fue sustituida en gran medida por una economía de subsistencia. Esto era posible en Morelos, un estado rural, pero no en el norte, con su industria minera y su larga frontera con los Estados Unidos. El valor de los billetes de Villa descendió rápidamente al entrar en circulación cantidades cada vez mayores de papel moneda.[56]

Antes de las derrotas militares de Villa, su dinero se depreció menos de lo que hubiera podido esperarse en vista de las enormes sumas que producían sus prensas. Esto se debió principalmente al hecho de que el mismo Villa, en cierto sentido, vivía a crédito. Muchos hombres de negocios y

especuladores norteamericanos y mexicanos adquirieron grandes cantidades de dinero villista, con la esperanza de que a su triunfo redimiría sus billetes (o al menos los aceptaría como pago de impuestos) al tipo de cambio oficial, mucho más alto que el tipo corriente en el mercado negro en donde lo compraron. Después de las derrotas de Villa vendieron a cualquier precio todo el dinero previamente adquirido, lo cual produjo una depreciación catastrófica, a tal grado que incluso en Chihuahua, corazón del territorio villista, era imposible comprar nada con billetes villistas.

Nadie ha descrito mejor la situación subsiguiente, así como la impotencia de Villa para controlarla, que un agente especial de España enviado a Chihuahua en 1915 por su gobierno para negociar con Villa la devolución de propiedades confiscadas a los españoles:

> Y si todos estos motivos son causas suficientes para determinar el agotamiento y debilidad del "villismo", la falta de dinero y la depreciación del billete han empeorado la situación, aún más agravada por las violentas medidas adoptadas por el general Villa para remediarla; en efecto, culpa a los comerciantes de ser ellos los responsables de la carestía de la vida causada por la elevación de precios provocada según él, por la codicia de éstos, y estimaba injustificada, injusta y desproporcionada y para castigar la cual y para volver las cosas a la normalidad decidió la confiscación de todas las tiendas y almacenes al mismo tiempo que enviaba a la cárcel a todos los comerciantes de nacionalidad mejicana, con orden de que los tuviera cuarenta y ocho horas sin comer a fin de que supieran lo que es sufrir hambre, y puso a la disposición de los extranjeros un tren especial para que "fueran a buscar oro al otro lado", si bien es cierto que esta última disposición la anuló más tarde, sin embargo estas medidas lejos de resolver el conflicto contribuyeron, como es natural, a gravarlo aún más, porque temerosos todos los comerciantes de incurrir en el enojo del general Villa e imposibilitados de vender a los precios que éste quería, se negaban a vender y durante varios días era difícil encontrar qué comer, al mismo tiempo que constituyen una situación insostenible para el porvenir, porque agotadas las existencias que hay en la actualidad, seguramente que no habrá comerciante alguno que se arriesgue a traer otras nuevas.[57]

Se desató una escasez de alimentos que no podían resolver los decretos draconianos de Villa, encaminados a obligar a los comerciantes a vender sus mercancías. Las manifestaciones de hambrientos y los saqueos de tiendas de abarrotes se repitieron muchas veces en la zona controlada por Villa,[58] con la consecuente mengua de la popularidad de Villa entre la población.

A fines de 1915, tanto el gobierno convencionista como la administración regional instalada por Villa para gobernar el norte de México se desintegraron. Zapata y Villa siguieron librando su guerra de guerrillas en sus respectivas regiones, pero el convencionismo dejó de existir como movimiento nacional. Sus ejércitos habían dominado brevemente la mayor parte del país, pero, fuera de su centro principal de acción, apenas dejó huella en la estructura social del país. Federico González Garza, quizá el más inteligente de los intelectuales que se unieron a Villa, expresó esto con gran claridad. En septiembre de 1915, cuando ya se perfilaba la derrota, describió en términos tajantes las debilidades fundamentales del movimiento convencionista en una carta a su hermano Roque, quien había encabezado durante un tiempo el gobierno convencionista en la capital. La carta puede leerse como una especie de epitafio para el gobierno de Villa:

> Desde un punto de vista práctico hay que convenir en que si hubiésemos sabido nosotros desde que fue arrojado Huerta llevar a cabo una confiscación ordenada y sujeta a un método vigoroso y hubiésemos ya llevado a cabo una repartición de tierras bajo un plan inteligente y sin violencias, ya hubiésemos creado para ahora nuevos intereses que servirían de un modo principal a afianzar el nuevo régimen. No de otro modo procedió la asamblea constituyente en el primer periodo de la revolución francesa, desposeyendo a la nobleza de sus tierras y repartiéndolas en seguida, ni consistió en otra cosa la fuerza de resistencia que después presentó el régimen republicano, cuando a pesar de los horrores que hubo durante la convención ni el directorio ni el consulado, que después le sucedieron, se atrevieron a deshacer lo hecho por la primera asamblea, es decir, no se atrevieron a decretar la restitución de los bienes confiscados. Napoleón mismo, convertido poco después en monarca, comprendió que para afianzar su poder no tenía que tocar lo hecho por los republicanos, sino al contrario ratificar, confirmar e incorporar en leyes e instituciones lo decretado y hecho durante el periodo violento de la revolución. Para hacer obra firme no debemos olvidar estas lecciones de la historia.[59]

CARRANZA EN EL PODER, 1915-1916

Poco después de que Venustiano Carranza se convirtiera en presidente de la república mexicana, dos ciudadanos de Aguascalientes, Librado González y José Torres le enviaron la siguiente petición, declarando que había sido escrita

> por acuerdo de nuestros hermanos que están en las haciendas considerando la triste situación en que nos encontramos, en la más triste miseria, desnudos y con hambre, el trabajo del jornal duro, hay partes donde

no les pagan nada de sueldo como en las haciendas nada más les dan unos dos litros de maíz y en otros tres y medio.

Parece que ya triunfó usted aunque no se cumplió lo que se prometió en esta Revolución [. . .] se suplica que si por orden de usted pueden pagar algún sueldo aunque poco, siquiera tres litros de maíz y doce centavos diarios más, si usted ordena por toda la República será una cosa notable, para la Nación y viviremos agradecidos todos los mexicanos [. . .]

También pidieron a Carranza que hiciera reducir los precios de los productos industriales en vista de las circunstancias extremas en las que vivían los pobres, y añadían:

Concediendo esto estaremos agradecidos todo el pueblo bajo y cuando se ofreciere alguna contrarrevolución le ayudaremos con dictámenes para manifestar a la Nación y si es posible le daremos servicio a las armas que haya justicia y consideración. Cuando las inundaciones de Guanajuato y de Monterrey hubo caridad, se juntaron donativos para socorrerlos y ahora no hay caridad, no hay compasión. Los pobres esperamos del Primer Magistrado de la Nación el socorro que es la gracia que se le pide.[60]

Carranza envió la petición al alcalde de Aguascalientes, quien contestó, con pleno acuerdo del gobernador del estado, que estaba en contacto con los "señores hacendados" y que la información contenida en la petición era "completamente errónea". Los hacendados, afirmaba, estaban pagando buenos jornales y, en los pocos casos en que no tenían suficiente maíz, se daba a los trabajadores trigo en su lugar. El alcalde no había podido localizar e identificar a los autores de la petición, por lo cual suponía que las firmas eran seudónimos. Consultaría al respecto con los "señores hacendados".[61] Y allí terminó el asunto.

La petición, tanto por su tono y gran parte de su contenido como por la reacción de las autoridades, bien pudo haber sido escrita en tiempos de Porfirio Díaz. Ilustraba con gran claridad la tremenda capacidad de recuperación de los hacendados (tanto antiguos como nuevos), una recuperación que estaba teniendo lugar en gran parte de México durante el periodo de Carranza, en tanto que los repartos de tierras eran mínimos.

La base de esa recuperación, sin embargo, era la devolución de las haciendas expropiadas, que aumentó a medida que el régimen de Carranza fue consolidando su dominio sobre la mayor parte del país. Este proceso distingue especialmente a la revolución mexicana, diferenciándola de otras revoluciones sociales. Es un proceso que jamás ha sido descrito ni estudiado, en parte porque contradice tan categóricamente la doctrina oficial

sobre el gobierno de Carranza, en parte porque sólo en fecha muy reciente (1978) los estudiosos tuvieron acceso a los archivos que documentan la devolución masiva de las haciendas confiscadas.[62]

Ya en 1914 y 1915 los hacendados expropiados por jefes "revolucionarios" se dirigieron a Carranza en demanda de una rectificación. Encontraron de su parte mucha simpatía pero antes de su victoria a fines de 1915 sólo pudo complacerlos en grado muy limitado porque la mayoría de las confiscaciones habían tenido lugar en territorios controlados por sus rivales Villa y Zapata, sobre los cuales no tenía autoridad alguna. En cuanto a las confiscaciones realizadas en su propio territorio, sus generales no se inclinaban a devolver las propiedades confiscadas mientras durara la guerra civil.

A fines de 1915 y en 1916 la situación cambió. Después de su victoria, Carranza sustrajo las haciendas confiscadas de la jurisdicción de los gobiernos estatales, locales o militares y las puso bajo su control directo. Con este fin se colocó la administración de dichas propiedades intervenidas bajo la responsabilidad de una dependencia especial creada por Carranza, la Administración de Bienes Intervenidos.[63] Ésta fue una medida política muy hábil. Por una parte, mientras las haciendas siguieran administradas por el gobierno, cada una proporcionaba a Carranza ingresos suplementarios para su tesorería. Por otra parte, establecía claramente que sólo el gobierno central y no los locales tendría autoridad para devolver las haciendas a sus antiguos dueños. Esto significaba que los hacendados tendrían que hacer las paces, no con los jefes militares locales, sino con el mismo Carranza, y éste esperaba, obviamente, que su lealtad siguiera el camino de su interés.

Para la devolución de tierras había que seguir un largo y complejo procedimiento burocrático. El hacendado o su abogado comenzaban por presentar a Carranza una solicitud pidiendo la devolución de las propiedades confiscadas. Si era Villa o algún otro general hostil a Carranza quien había intervenido la hacienda, el dueño insistía en que esta acción era sencillamente uno de los actos del bandidaje y falta de respeto a la ley que caracterizaban a los enemigos de Carranza. Si eran generales cercanos al Primer Jefe quienes habían expropiado las tierras, el hacendado declaraba que evidentemente había habido un error. En prácticamente todos los casos los solicitantes insistían en que jamás se habían metido en política y que sólo habían atendido sus propios negocios, que estaban ahora al borde del hambre y sus familias numerosas no tenían otro medio de subsistencia que las haciendas cuya devolución solicitaban.[64] Carranza remitía entonces las solicitudes a las autoridades locales pidiéndoles que explicaran por qué había sido confiscada la hacienda.

En las primeras etapas del movimiento, cuando Carranza todavía trataba de presentarse como un revolucionario social que estaba a punto de

llevar a cabo reformas radicales, era posible que recibiera declaraciones radicales de algunos de sus funcionarios locales que se oponían a cualquier devolución de propiedades por motivos de principio. Así, por ejemplo, en agosto de 1914, los hacendados Jesús, Joaquín y Antonio Ruiz Espinosa y Parra, dueños de la Hacienda del Peñasco en el estado de San Luis Potosí, pidieron que se les devolviera su hacienda, expropiada por las autoridades revolucionarias. El mayor Escobar, de la Administración de Bienes Intervenidos de San Luis Potosí, se opuso firmemente a esta petición en el mismo mes diciendo que

> los Espinosa y Parra forman parte del gremio de hacendados potosinos cuyas fortunas no pueden merecer el nombre de capital legítimamente ganado; es decir, que su capital sea el excedente de utilidades honradamente adquiridas, después de haber cubierto a sus trabajadores los salarios que por justicia y por equidad les corresponde, sino que por el contrario, la fortuna de estos individuos, como la de la mayoría de los hacendados del Centro de nuestro País y que pomposamente hacen llamar Capital, no es a juicio del suscrito, sino la acumulación, el resumen o la condensación de los salarios que esos mismos hacendados debieron haber pagado a sus trabajadores, que son los que han producido la mercancía que los ha hecho ricos, que los ha hecho tener palacios en esta capital, poseer flamantes automóviles, mientras los humildes obreros de sus haciendas, como nos consta a todos los que hemos tenido el honor de ser sus huéspedes, de esos pobres desgraciados, en nuestra vida de revolucionarios, no tienen ni un pantalón con que cubrir sus desnudas carnes, ni un par de zapatos con que calzarse, siendo ellos factores principales de la riqueza nacional.

El mayor Escobar añadía que

> no he conocido una sola hacienda, un solo rancho o congregación cualquiera de las pertenecientes a hacendados, sobre todo en esta región, en donde impere la equidad, en donde se haga justicia al trabajador y se le pague su trabajo por parte del hacendado, guardando éstos, los hacendados, la posición de los señores feudales de otro tiempo, y los peones, la condición de los siervos, y aún más todavía, puesto que los siervos disponían de lecho para dormir y ropa para cubrir sus carnes, y el siervo actual de los que se dicen hacendados potosinos, ni le dan lo suficiente para comer, menos para vestir, ni una mala cama para dormir.

Escobar no dejó ninguna duda de que en su opinión tales hacendados "no solamente no pueden ser amigos de una revolución, que trata de acabar con sus fueros, sino por una ley ineludible, forzosa, la de la propia conservación, tendrán que ser, como lo son, enemigos de la Revolución.

Son estos los motivos en que se funda esta Oficina Interventora para intervenir en los bienes de los Espinosa y Parra Hermanos".[65]

En los años posteriores del régimen de Carranza se reciberon pocos documentos de este tipo. Cuando el hacendado había sido un enemigo abierto del constitucionalismo, era posible que se señalara el dato, pero aun tales casos eran raros. Uno de ellos fue el que se dio en mayo de 1916, cuando Guillermo Muñoz, hacendado chihuahuense, pidió la devolución de sus propiedades expropiadas por Pancho Villa, insistiendo en que "mi humilde personalidad es bien conocida en todo el estado de Chihuahua, y las personas más honorables del mismo pueden deponer acerca de mis antecedentes y de mi ninguna injerencia en asuntos de política".[66] Cuando Carranza pidió su opinión al gobernador del estado, éste contestó: "No deben serle devueltas por considerársele como un enemigo de la Causa Constitucionalista, en virtud de que ayudó al orozquismo y huertismo, siendo además miembro de la familia de los Creel y Terrazas y muy unido con ellos."[67]

Pero tales objeciones se hicieron cada vez más raras con el paso del tiempo. En aquellas regiones en que las confiscaciones habían sido ordenadas por enemigos de Carranza, y sobre todo cuando se trataba de Villa, las autoridades locales declaraban que carecían de la documentación necesaria para explicar por qué habían ocurrido dichas confiscaciones y generalmente insistían en que no sabían nada en contra del hacendado que pedía la devolución de sus propiedades. Con frecuencia las autoridades locales iban más lejos y expedían un visto bueno en favor del solicitante.

Una de las razones de este cambio de actitud entre los administradores locales —como escribiera a Carranza el hacendado chihuahuense Rodolfo Cruz, probablemente uno de los pocos que de veras no se había inmiscuido en asuntos políticos— era que "tengo noticias fidedignas de que hay personas que ofrecen arreglar la devolución de bienes mediante cierta retribución".[68] La devolución de las haciendas ofrecía a los funcionarios gubernamentales, tanto locales como nacionales, muchas oportunidades de exigir sobornos. De 1915 en adelante Carranza recibió un número cada vez mayor de informes, como el enviado por G. Nava, del estado de San Luis Potosí, en que le informaba que Rafael Nieto, alto funcionario de su régimen, y su secuaz, Julián Ramírez, recibirían 20 000 pesos del dueño de la Hacienda del Jabalí en San Luis Potosí si le regresaban su hacienda.[69]

Pero ni los informes negativos de sus funcionarios ni los casos de corrupción podían desviar a Carranza de su propósito fundamental de restituir las haciendas a sus antiguos dueños. Y así, a pesar de haber sido identificado Muñoz por el gobernador de Chihuahua como un enemigo de la revolución, Carranza decretó en 1919 que se le restituyeran todas las propiedades que se le habían confiscado.[70] La única condición con la cual tenían que cumplir los hacendados para obtener dicha restitución era declarar que no pretenderían posteriormente entablar demanda alguna por

daños y perjuicios a dichas propiedades durante el periodo en que estuvieron bajo el control del gobierno.

Carranza sólo estaba dispuesto a considerar tres excepciones a su regla de devolver las haciendas confiscadas. La primera era la de las propiedades del clero, que siguieron confiscadas. En el estado de Puebla, en 1917, más del 90% de las haciendas que seguían bajo el control del gobierno eran consideradas propiedad de la Iglesia.[71] La segunda excepción, en la cual Carranza mostró la misma rigidez, fue la de los antiguos convencionistas. La hacienda de José María Maytorena, ex-gobernador de Sonora que había apoyado a Villa, y las haciendas de la familia Madero, por ejemplo, siguieron confiscadas durante el periodo de Carranza.[72] Finalmente, en algunos casos de huertistas flagrantes, Carranza se resistió también a devolverles sus antiguas propiedades, aunque en su caso fue mucho más flexible que en el del clero y los villistas y ya para 1919 estaba evidentemente dispuesto a atraerse a los hacendados más conservadores mediante la restitución de sus haciendas confiscadas.

Las demandas rivales de los campesinos o incluso el hecho de que tales haciendas hubieran sido distribuidas por sus propios generales de acuerdo con las leyes agrarias del propio Carranza, no le impidió a éste devolver las tierras a los hacendados. En el estado de San Luis Potosí el general Gavira, gobernador carrancista, había devuelto a los campesinos de Villa de Reyes las tierras que les había quitado la vecina Hacienda del Gogorrón. Sin embargo, más tarde, los hacendados (de acuerdo con un informe enviado a Carranza) sobornaron a un agente del general Dávila, el nuevo gobernador, y éste devolvió otra vez las tierras a la hacienda.[73] Carranza no hizo ningún esfuerzo por impedir dichas prácticas, sino que, por el contrario, intervenía él mismo en favor de las haciendas cuando alguno de sus gobernadores intentaba aplicar su propia ley agraria. El más controvertido de estos casos se dio en Tabasco, en el sureste de México, estado en el cual, con la posible excepción de Yucatán, eran más comunes las prácticas de servidumbre por endeudamiento semejante a la esclavitud. Cuando a fines de 1915 el general Francisco Múgica, uno de los carrancistas más radicales, asumió la gubernatura del estado, inmediatamente puso manos a la obra para transformar su estructura social. Obligó a los hacendados a abandonar el sistema de servidumbre por endeudamiento, aumentar los jornales y construir escuelas y hospitales.[74] Carranza respaldó plenamente estas medidas de su gobernador, pero se volvió contra él cuando intentó realizar una reforma agraria. A principios de 1916 Múgica devolvió las tierras de las que se había apoderado una gran corporación hispano-norteamericana, la Compañía Agrícola Tabasqueña, a 400 campesinos del pueblo de Jonuta. En una solemne ceremonia presidida por Múgica se restituyó a los campesinos su tierra en nombre de Venustiano Carranza, hecho que fue saludado con repetidos aplausos. En cuanto Carranza se enteró de dicha restitución por quejas de los dueños del latifundio, telegrafió a Múgica que devolviera dichas tierras a la corporación. En este punto Múgica puso todo su prestigio en juego. Telegrafió a Carranza que si se devolvían las tierras renunciaría inmediatamente e insinuó que podrían estallar levantamientos en Tabasco. Ni siquiera esta enorme presión bastó para convencer a Carranza de que debía ratificar el decreto de Múgica, pero al menos lo indujo a permitir que los campesinos siguieran en posesión de sus tierras mientras la comisión nacional agraria en la capital revisaba una vez más sus demandas. Múgica pronto perdió el cargo de gobernador, y su sucesor impuso contribuciones tan altas a los campesinos que la corporación abrigó la esperanza, por cierto frustrada, de que éstos abandonaran pronto las tierras permitiendo así el regreso de los antiguos dueños.[75]

Entre muchos carrancistas radicales, como Múgica, estas medidas de Carranza condujeron a un creciente sentimiento de desesperación y frustración. En carta dirigida en agosto de 1916 al general Salvador Alvarado, carrancista radical que era además su superior, Múgica escribió:

> Pues bien: No estoy conforme con la política general, porque aparte de no estar bien orientada y definida tiene mucho de conciliadora. Usted sabe bien que el grande ideal de esta revolución es la cuestión agraria sobre cuya materia apenas se ha expedido una sola Ley importante, la de 6 de enero, clara, semiliberal, aunque no resuelta; se ha creado una Gran Comisión Nacional Agraria para vigilar el funcionamiento de la mencionada Ley, que ha resultado fiasco y a pesar de que apenas se aboca el Gobierno de la Revolución a solucionar el problema, ya se hace política para estrangular los primeros pasos [. . .] Ahora que en febrero y marzo estuve en México, vi más encono contra los Villistas, los Zapatistas y los Convencionistas que contra los Huertistas [. . .] ¿Adónde iremos por esta senda, mi querido general?[76]

Esta apreciación de Carranza por Múgica tuvo su eco en el otro extremo del espectro político. En noviembre de 1915 José Ives Limantour, el ministro más influyente del gabinete de Porfirio Díaz y cabeza de los "científicos", le escribió a J. B. Body, representante de Lord Cowdray en México, expresando su temor de que no le devolvieran sus propiedades a pesar de la victoria de Carranza:

> Creo, como usted, en vista de las nuevas confiscaciones llevadas a cabo en la propiedad de personas como los Iturbes, Hilario Elguero y otros que jamás han intervenido en política, que seguramente mis propiedades urbanas deben estar todavía en posesión de esa canalla que, nos persigue y que tiene toda la buena voluntad y el apoyo del señor Wilson. Tengo gran temor de que la carta que envié a Carranza mediante sus buenos

oficios no traerá ningún buen resultado.

Sin embargo, Limantour se mantenía fundamentalmente optimista respecto a la política seguida por el gobierno de Carranza. Estaba convencido de que las medidas tomadas por el presidente mexicano contra algunos de los terratenientes y miembros de la clase alta eran provisionales, y de que él podría recuperar sus propiedades poniendo "el asunto en manos de alguna persona que pueda tener probabilidades de ser oída por esa gente; y con el fin de hacer esto con alguna esperanza de éxito necesitaría saber quién es el hombre indicado 'bajo las circunstancias' actuales".[77]

Es obvio que Limantour encontró al hombre indicado y que su optimismo en lo referente a la política de Carranza resultó enteramente justificado. Tal es, en resumen, lo que se colige del informe de uno de los representantes de Cowdray, A. E. Worswick, escrito casi dos años más tarde, en que declaró:

> Ahora que el gobierno está bien establecido y no depende tanto del elemento militar radical, se observa una tendencia conservadora. Es indudable que Carranza está haciendo todo lo posible por librarse de los extremistas, y la señal más alentadora es que está comenzando a colocar en puestos gubernamentales a algunos miembros del antiguo régimen. Pesqueira me dijo que ésta es su política definida, y que al irse apagando los odios engendrados por la revolución, se proponen utilizar los servicios de tantos de los mejores del antiguo gobierno como sea posible, consolidando así su posición y conciliando a quienes ellos llaman los "reaccionarios" [. . .] Probablemente usted ya sabe que le han devuelto sus propiedades a Don José Limantour, como también las suyas a Ignacio de La Torre, y se promete para julio una ley de amnistía que traerá de nuevo a cientos de "emigrados", y esperamos que la ciudad recupere algo más de "su antiguo aspecto".[78]

Al mismo tiempo Carranza se volvió en contra de otro grupo social al cual había cortejado asiduamente en 1915: los obreros industriales. Hacia fines de 1915 y principios de 1916, cualquier entusiasmo que hubieran demostrado por él los obreros comenzó a apagarse a medida que su situación empeoraba. Había una grave escasez de alimentos, debida tanto a la drástica reducción de la producción agrícola por la guerra civil de 1914-1915 como a la especulación de los funcionarios carrancistas con los productos alimenticios. Había una inflación creciente debida a la devaluación del papel moneda de Carranza, al imprimir las prensas gubernamentales cantidades cada vez mayores de billetes. Y había un grave desempleo, resultado de la parálisis y subsiguiente cierre de mucha fábricas.

A fines de 1915 y principios de 1916 estallaron huelgas en muchos lugares

del país. Los trabajadores portuarios de Veracruz y Tampico, los electricistas y tranviarios de Guadalajara, los mineros de El Oro y los panaderos y tranviarios de la capital, todos se fueron a la huelga. Exigían que se les pagaran sus salarios en oro y no en billetes devaluados.[79] A principios de 1916 se disolvieron los "batallones rojos". Cuando los trabajadores ferrocarrileros se declararon en huelga en 1916, el gobierno los militarizó; una oficina sindical tras otra fue cerrada. Se llegó a disparar contra manifestaciones obreras. La represión llegó a un clímax a mediados de 1916. Debido a los grandes aumentos de precios, los sindicatos habían llamado a una huelga general para el 27 de mayo, que fue aplazada cuando el gobierno prometió un pronto aumento salarial. Cuando dicho aumento no llegó, 36 000 obreros se declararon en huelga el 31 de julio. Carranza inmediatamente concentró tropas en la capital, hizo ocupar las oficinas de los sindicatos y declaró ilegal la Casa del Obrero Mundial. Se expidieron leyes draconianas, basadas en una ordenanza de 1862 que estipulaba la pena de muerte para quien incitara a una huelga.

Estas medidas suscitaron una fuerte oposición en las filas del propio ejército carrancista. El 11 de agosto se presentó a los dirigentes de la huelga ante un tribunal militar y se les acusó de alta traición. El tribunal los absolvió. Dos semanas más tarde, Carranza volvió a presentarlos ante un tribunal militar, y nuevamente se les declaró inocentes (con la excepción del dirigente del sindicato de electricistas, Velasco, que fue condenado a muerte, y más tarde perdonado). Aunque Carranza volvió a encarcelar a los dirigentes huelguistas, se vio obligado a ponerlos en libertad algunos meses más tarde.[80] El ministro austriaco en México escribió sobre la política laboral de Carranza con malicioso regocijo, diciendo que:

> Los trabajadores industriales y agrícolas están decepcionados porque las promesas que les hicieron no se han cumplido. Al principio se les cortejó con entusiasmo. Se les dio el espléndido edificio perteneciente al Jockey Club, se obligó a los patrones a conceder aumentos de sueldo de más del 100%, y se introdujo la jornada de 8 horas. El proletariado se volvió arrogante, y luego también se rebelaron los ferroviarios y los trabajadores de otras empresas estatales. Tal no había sido, por supuesto, la intención del gobierno, que se volvió entonces contra sus antiguos protegidos, los echó de sus palacios y prohibió todas las concentraciones que no tuvieran la previa aprobación de las autoridades. Como es natural, el entusiasmo de los obreros por el gobierno de Carranza ha terminado.[81]

Al mismo tiempo que se volvía contra los radicales en su propio movimiento, Carranza hizo todo lo posible por destruir lo que quedaba de los movimientos de Villa y Zapata.

A mediados de 1916 el general Pablo González había organizado sus

tropas para una cruzada de aniliquilación contra Zapata. En un decreto dirigido a los habitantes de Morelos el 1o. de noviembre de 1916 anunció que se fusilaría a todos los zapatistas o sospechosos de serlo. La ofensiva de las tropas de Carranza tuvo éxito en un principio, en unos cuantos meses, Zapata se vio obligado a abandonar las ciudades que ocupaba en Morelos para refugiarse nuevamente en la guerra de guerrillas.[82] Su estado mayor y una pequeña sección del ejército se retiraron a las montañas, mientras la mayoría de los soldados restantes regresó a sus pueblos. Durante el día trabajaban como campesinos y de noche atacaban a las tropas de González. Al principio éste no hizo ningún intento por ganarse al campesinado. Por el contrario, libró contra éste una guerra cruel y brutal. En consecuencia, incluso aquellos campesinos que hubieran querido abandonar la lucha volvieron a tomar las armas.

La destrucción de Villa parecía aún más fácil de lograr. Sólo unos cuantos centenares de hombres de la antaño poderosa División del Norte habían seguido a Villa a la sierra de Chihuahua. La gran mayoría de sus antiguos oficiales y soldados habían huido a los Estados Unidos o se habían rendido a Carranza, quien concedió una amnistía e incluso aceptó a muchos de ellos en su ejército. Esta política de dirigir sus energías principalmente contra los radicales, tanto dentro como fuera de su propio movimiento, era factible para Carranza mientras pudiera contar con el apoyo o, al menos, la neutralidad de las clases altas de México y el apoyo de los Estados Unidos.

Las clases altas habían apoyado a Carranza contra la Convención y estaban beneficiándose tanto de la devolución de sus propiedades confiscadas como de la represión de los movimientos campesinos. Los alegraba en cambio mucho menos el tener que compartir sus ingresos con el mismo Carranza, con sus generales y con la burguesía carrancista. Sin embargo, habían aprendido de mala manera en 1913-14 que era inútil oponerse a los Estados Unidos. Mientras Carranza pareció gozar del apoyo norteamericano, la mayor parte de las clases altas no se volvió contra él.

En términos generales, los esfuerzos de Carranza por restablecer la situación vigente durante el porfiriato tuvieron mayor éxito que sus intentos de reconstruir el Estado fuerte y centralizado edificado por Díaz.

La revolución había destruido en lo esencial al ejército federal y a grandes sectores de la burocracia porfirista, que fueron sustituidos por una serie sumamente heterogénea de caudillos regionales, la mayoría de ellos jefes del ejército carrancista. Lo que los más de ellos tenían en común era que no toleraban más que un mínimo de interferencias de parte del gobierno central. Más allá de esta característica compartida, sus políticas resultaron en extremo divergentes.

En los estados donde primero arraigó la rebelión constitucionalista de 1913 y cuyos principales dirigentes habían tomado partido por Carranza en su lucha contra Villa, llegaron a la gubernatura miembros de la nueva burguesía que eran además militares, tales como Calles en Sonora, Espinosa Mireles en Coahuila, y los hermanos Arrieta en Durango.

Éstos eran conservadores en lo tocante a la cuestión agraria, liberales respecto a la cuestión obrera, y nacionalistas frente a la empresa extranjera. Se distribuyeron muy pocas tierras y los movimientos campesinos que surgieron, tales como el de los yaquis en Sonora, o el de los campesinos radicalizados de la región lagunera encabezados por el ex-general villista, Calixto Contreras, fueron despiadadamente reprimidos. En cambio, se alentó a los mineros y obreros industriales a formar sindicatos y las huelgas que llevaron a cabo tuvieron con frecuencia el apoyo de los dirigentes regionales, quienes contradecían a veces la política del gobierno central.

Al mismo tiempo se aplicaron nuevas presiones a las empresas extranjeras para que pagaran más impuestos y mejoraran la situación de sus trabajadores.

En Morelos y Chihuahua, donde habían surgido los movimientos revolucionarios más radicales y en donde Emiliano Zapata y Pancho Villa seguían resistiendo, fueron muy distintas las tácticas aplicadas por los carrancistas.

A Morelos se le trató como a territorio extranjero conquistado y ocupado. Pablo González aplicó contra los campesinos morelenses la táctica de tierra arrasada.

En Chihuahua se llevó a cabo una política más diferenciada. Allí Carranza dio el poder político a sus seguidores de clase media y alta, permitiéndoles además formar milicias reclutadas en el propio estado. Al mismo tiempo envió tropas de fuera de Chihuahua a combatir a Villa. Esto tuvo como consecuencia casi cinco años más de tensiones, conflictos y ocasionales combates entre los carrancistas chihuahuenses y sus supuestos aliados foráneos.[83] Estos conflictos internos obstaculizaron la lucha contra Villa.

Lo que tenían en común las políticas seguidas por Carranza en ambos estados era que en ningún caso hizo el menor intento de ganarse al campesinado, ni siquiera mediante una reforma agraria del tipo más limitado. Una táctica estricta de represión despiadada fue la única medida coherente aplicada en el campo.

Tal política contrastaba notablemente con la que aplicó la dirección carrancista en los estados sudorientales de Tabasco y Yucatán, en donde no había surgido ningún movimiento social radical y el poder de los hacendados parecía incólume. Allí envió Carranza a sus partidarios más radicales, como Salvador Alvarado a Yucatán y Francisco Múgica a Tabasco para que organizaran y movilizaran a los peones de las haciendas como un contrapeso a los hacendados.

Hubo finalmente una cuarta categoría de estados en donde Carranza aplicó otro tipo de política. Constituían esta categoría aquellos estados del centro y el centro-norte de México donde no habían surgido levantamientos

campesinos de tipo zapatista. No todos estos estados se hallaban bajo firme control carrancista, pero en aquellos donde sí se ejercía ese control, el presidente tendió a designar como gobernadores a hombres venidos de fuera de los mismos, principalmente del norte. A diferencia de los gobernadores del sureste, rara vez eran radicales o seguían políticas sociales revolucionarias. A diferencia de lo ocurrido en el sureste, grandes zonas de la región central habían estado bajo el control, al menos por cierto tiempo, del ejército villista, y en consecuencia se había confiscado un buen número de haciendas. Incluso en zonas no dominadas por el villismo, muchas haciendas habían sido confiscadas por unidades carrancistas a las que el Primer Jefe no podía refrenar.

En consecuencia, los hacendados de la región central se habían visto notablemente debilitados por la revolución. Además los movimientos separatistas que los hacendados habían apoyado o patrocinado en Yucatán, Oaxaca y Chiapas, eran mucho más difíciles de instrumentar en la región central de la república. Por consiguiente, los hacendados del centro estaban más dispuestos que los del sureste a llegar a un arreglo con los funcionarios carrancistas si éstos les devolvían sus tierras. Fue así como muchos gobernadores de la región central de México recibieron cuantiosos y continuos pagos de los hacendados a cambio de los cuales estuvieron bien dispuestos a utilizar sus tropas para reprimir las demandas campesinas de tierras afectables. El hecho de que tanto los gobernadores como la mayoría de sus tropas eran foráneos y no revolucionarios locales, facilitaba la aplicación de tal política.

A muchos de los observadores contemporáneos les parecía que la tarea más difícil quizá irrealizable a que se enfrentaba Carranza, era la de soldar estos principados regionales en un nuevo y poderoso Estado nacional.

La fuerza "nacional" que había surgido de la revolución, o sea el ejército revolucionario, no era "nacional" en absoluto sino fundamentalmente un mosaico de contingenes encabezados por jefes regionales.

En el curso de la revolución no se había formado ningún partido político nacional que fuera capaz, ni siquiera remotamente, de servir de contrapeso a la influencia del ejército. Las únicas organizaciones civiles que surgieron y se fortalecieron en este periodo, tales como los sindicatos obreros y algunas organizaciones campesinas locales, que algunos gobernadores y gobiernos revolucionarios posteriores movilizaron con éxito a su favor, fueron casi sin excepción rechazados con pocos excepciones por Carranza después de un breve periodo de colaboración, ya que temía su radicalismo.

Si el presidente Carranza deseaba ser algo más que un mediador entre caudillos locales poderosos, y si deseaba reconstruir un Estado mexicano fuerte, sólo le quedaban dos opciones completamente opuestas entre sí.

La primera era la que postulaban los conservadores tanto dentro como fuera del movimiento carrancista. Consistía en aceptar la oferta de alianza de Woodrow Wilson y darle una base sólida mediante la aceptación de un cuantioso préstamo de los banqueros norteamericanos.

Se esperaba que tal política permitiría al presidente mexicano repetir la estrategia porfirista para construir un Estado mexicano fuerte con ingresos derivados de fuentes extranjeras.

La segunda opción era la que favorecían los elementos más radicales y nacionalistas dentro del movimiento carrancista. Éstos proponían que se aumentaran los impuestos a las empresas extranjeras y se restringieran las inversiones y la influencia política de los extranjeros. Tal política habría fortalecido al Estado al aumentar sus ingresos, permitiéndole al mismo tiempo unificar a los distintos sectores que lo apoyaban en torno a un programa nacionalista.

Aunque Carranza hizo algunas concesiones a los nacionalistas al imponer contribuciones a las compañías extranjeras a finales de 1915 y principios de 1916, hay ciertos indicios de que, al menos hasta marzo de 1916, se inclinaba fundamentalmente por la primera opción y esperaba obtener un préstamo de los Estados Unidos.

Tanto las esperanzas de Carranza como cualquier posibilidad de poner en práctica la primera opción fueron destruidas en la noche del 8 de marzo de 1916 cuando Pancho Villa, a la cabeza de quinientos hombres, atacó el pueblo de Columbus, en el estado norteamericano de Nuevo México.

8. LOS ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO, 1914-1917

EL GOBIERNO DE WILSON Y LAS FACCIONES REVOLUCIONARIAS

Contrariamente a las expectativas del gobierno de Wilson, la derrota de Huerta y la victoria de los revolucionarios aumentaron en vez de reducir los problemas a los que los Estados Unidos se enfrentaban en México. Durante este periodo hubo un acontecimiento que influyó en forma decisiva sobre la política norteamericana en México: el estallido de la primera guerra mundial en Europa. Por una parte, la guerra fortaleció los deseos de los políticos y hombres de negocios norteamericanos de que se procediera a una intervención armada en México. El esfuerzo bélico y el auge económico norteamericano estimulado por la producción de armamentos, aumentaron enormemente la importancia de las materias primas mexicanas y de las ganancias que ellas producían. Para explotar plenamente los recursos mexicanos se requería que hubiera en México paz y un gobierno pronorteamericano; pero, como de la derrota de Huerta no había surgido un gobierno estable favorable a los Estados Unidos, los políticos y hombres de negocios de ese país pedían con creciente estridencia una intervención armada. Por otra parte, el estallido de la guerra mundial aumentó los temores norteamericanos respecto a las posibles consecuencias de una intervención en México. Tal acción hubiera limitado las posibilidades de intervención de los Estados Unidos en otros lugares e involucrado a ese país en años de lucha contra los mexicanos. Estas consideraciones pesaron decisivamente en las decisiones de Wilson.

Los objetivos de la política norteamericana eran a menudo contradictorios. Los norteamericanos querían, por ejemplo, restaurar la "ley y el orden" en México tan pronto como fuera posible, y la mejor manera de lograrlo parecía ser apoyando a uno de los bandos en lucha. Pero el gobierno de Wilson también quería un gobierno mexicano dispuesto a aceptar la preeminencia norteamericana. Fuera de la intervención armada, la mejor manera de obtener esto era enfrentando entre sí a las partes contendientes, impidiendo que cualquiera de ellas sufriera pérdidas excesivas y buscando un gobierno de coalición en que estuvieran representados todos los grupos. En el periodo de 1914 a 1915 la política norteamericana se debatió entre estas tendencias contradictorias. Al principio el gobierno de Wilson apoyó a Villa y confió en que éste triunfaría rápidamente.[1] Sin embargo, animado quizá por el deseo de impedir que cualquiera de los dos bandos obtuviera

la victoria total, los norteamericanos evacuaron Veracruz en diciembre de 1914 y entregaron la ciudad a las tropas de Carranza, que se hallaban cerca. Evidentemente Washington tenía sus esperanzas puestas en un arreglo entre los diversos movimientos mexicanos, pero cuando la lucha continuó, cambió de táctica.

El gobierno norteamericano adoptó entonces otra política amenazando imponer por la fuerza la "restauración del orden" y la formación de un gobierno mexicano bajo auspicios norteamericanos. El 2 de junio de 1915 Wilson dirigió una áspera nota a los beligerantes conminándolos a llegar a un acuerdo lo antes posible. De lo contrario el gobierno norteamericano se vería "constreñido a decidir qué medios debían emplearse para ayudar a México a salvarse a sí mismo".[2] Huelga decir que un acuerdo logrado por presiones norteamericanas hubiera asegurado naturalmente a los Estados Unidos una influencia determinante sobre el nuevo gobierno mexicano.

La nota de Wilson fue rechazada con frialdad tanto por Carranza como por Zapata. El hermano de este último, Eufemio declaró: "No importa que manden millones de soldados. Combatiremos uno contra doscientos [...] No tenemos armas ni tenemos parque, pero tenemos pecho donde recibir las balas [...]"[3] Soto y Gama, representante de Emiliano Zapata en la Convención, atacó duramente a Wilson llamándolo agente de Wall Street.[4] Villa, en cambio, recibió con agrado la nota y declaró su buena disposición a negociar con Carranza.[5] Su reacción favorable reflejaba tanto su actitud relativamente amistosa hacia los Estados Unidos como su precaria situación militar: acababa de sufrir otra dolorosa derrota y su ejército comenzaba a dispersarse.

Cuando se hizo evidente que la nota de Wilson no había surtido el efecto deseado, los Estados Unidos consideraron otras tácticas. Wilson parece haber considerado en un principio la posibilidad de una intervención militar en México. Sin embargo, las fuertes tensiones con Alemania en torno a la cuestión de los submarinos lo disuadieron de esa acción. El Departamento de Estado también pensó en "resolver" el problema mexicano mediante un golpe militar que eliminara a todos los jefes revolucionarios: Carranza, Villa y Zapata. Finalmente los norteamericanos decidieron convocar a una conferencia panamericana.[6] Al hacer esto, perseguían dos objetivos: disipar la sospecha de que los Estados Unidos tenían intenciones agresivas y favorecer sus propios intereses al darle un cariz panamericano.

El secretario de Estado, Robert Lansing, tenía en mente una conferencia en la cual participarían representantes de los Estados Unidos, Argentina, Brasil y Chile con el propósito expreso de propiciar una reunión de jefes menores en México, quienes a su vez crearían un nuevo gobierno. Tal gobierno no sería reconocido entonces por los Estados Unidos y los antedichos países y se le proporcionarían armamentos al mismo tiempo que se suspenderían los suministros de armas a los otros bandos. Pero la elección del nuevo pre-

Cuando se enteraron de que Wilson estaba considerando el reconocimiento de Carranza, llegaron incluso a enviar un representante a entrevistarse con Cecil Spring Rice, el embajador británico en los Estados Unidos, para pedirle "que use su influencia con su gobierno con objeto de que no se reconozca a Carranza en tanto no prometa respetar debida y legalmente los compromisos que habían hecho los gobiernos anteriores".[13]

Esta posición era compartida por los intereses petroleros británicos. En una conversación con Maurice de Bunsen, funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores británico, un representante de Cowdray declaró "que decididamente pensábamos que el gobierno de Su Majestad debía notificar a nuestro embajador que no ayudaría al reconocimiento del gobierno de Carranza a menos que el grupo carrancista prometiera que los contratos y concesiones otorgados por los gobiernos anteriormente constituidos a los inversionistas británicos serían respetados".[14]

Esta actitud era compartida por el ministro de Relaciones Exteriores, Edward Grey, y en consecuencia el representantes de la Gran Bretaña en México, Thomas Hohler, intentó persuadir al secretario de Estado norteamericano, Lansing, de que aplazara el reconocimiento de Carranza. Pero Lansing y Wilson se negaron a cambiar de opinión.[15] La principal consideración para ellos era estratégica. El 10 de octubre Lansing escribió en su diario:

> Al estudiar la situación general he llegado a la siguiente conclusión: Alemania desea mantener vivo el conflicto en México hasta que los Estados Unidos se vean obligados a intervenir; por lo tanto no debemos intervenir.
>
> Alemania no quiere que haya una sola facción dominante en México; por lo tanto debemos reconocer a una facción como la dominante.
>
> Cuando reconozcamos a una de las facciones como gobierno, Alemania procurará indudablemente crear un conflicto entre ese gobierno y el nuestro; por lo tanto debemos evitar todo conflicto independientemente de las críticas y quejas del Congreso y la prensa.
>
> Todo se reduce a esto: Nuestras posibles relaciones con Alemania deben ser nuestra primera consideración; y nuestras relaciones con México deberán conducirse de acuerdo con esto.[16]

Ésta era una opinión plenamente compartida por Woodrow Wilson. En un gesto de buena voluntad hacia Carranza, se decidió sacrificar a Villa, que no tenía idea de lo que estaba pasando. El 1o. de noviembre de 1915 Villa libró su última batalla decisiva contra Carranza en Agua Prieta, junto a la frontera con los Estados Unidos, con los ocho mil hombres que le quedaban. El resultado de la batalla aún no se decidía cuando, en la noche del 2 de noviembre, tres mil hombres del ejército carrancista a quienes el gobierno de los Estados Unidos había permitido atravesar territorio norte-

americano sorprendieron a Villa y le infligieron una derrota desastrosa. Esta batalla señaló el fin de la División del Norte en cuanto ejército regular. Unas semanas después de esta derrota, Villa se vio reducido a librar una guerra de guerrillas.

Después de su victoria y de su reconocimiento por el gobierno de Wilson en octubre de 1915, las relaciones de Carranza con los Estados Unidos empezaron a mejorar gradualmente, aunque siguió habiendo áreas conflictivas, debido principalmente a los esfuerzos de Carranza por aliviar la desastrosa situación económica de México aumentando los impuestos a las compañías norteamericanas.

Tres años de incesante guerra civil y de lucha continua con los grupos guerrilleros de Villa y Zapata, habían dejado agotado al país. Una gran parte de la tierra cultivable permanecía sin sembrar. Tanto la producción agrícola como la industrial habían descendido bruscamente desde 1913. No había sino una sola fuente que pudiera proporcionar al gobierno mexicano los recursos necesarios para reconstruir el país: las grandes compañías extranjeras, principalmente norteamericanas, que antes habían estado prácticamente exentas del pago de impuestos. La guerra mundial y el auge económico derivado de ella habían creado una gran demanda de materias primas y dado lugar por lo tanto a un aumento de la producción petrolera. El 6 de diciembre de 1915 Carranza anunció importantes aumentos en los impuestos sobre el petróleo producido en México. Su justificación de tal medida era que

> el petróleo exportado sólo beneficia a industrias extranjeras y al país no le trae nada con excepción de los impuestos. Esta exportación representa una disminución de nuestros recursos naturales, y por lo tanto el petróleo, que es exportado del país y no beneficia a sus habitantes, debe ser gravado con el fin de compensar esta pérdida para el país.[17]

El gobierno mexicano también aplicó una política antinorteamericana con respecto al principal producto de exportación de Yucatán, el henequén. Hasta 1912, la International Harvester Company había gozado de un monopolio de las ventas de henequén y mantenido bajos los precios del producto. Cuando las tropas de Carranza ocuparon la península en 1915, establecieron un monopolio estatal de la comercialización del henequén para contrarrestar esta situación. La compañía estatal logró hacer aumentar el precio del henequén. En 1911 una libra de henequén valía sólo 4.5 centavos de dólar, mientras que en 1917 el precio era de 19.5 centavos.[18] Este aumento no se debió únicamente al monopolio estatal, sino también al hecho de que la guerra había hecho imposible la importación de henequén africano a los Estados Unidos.

Con la esperanza de aliviar estas tensiones y permitir al gobierno mexi-

cano obtener nuevos ingresos sin gravar a las compañías norteamericanas, el gobierno de Wilson intentó ayudar a Carranza a obtener un gran préstamo en los Estados Unidos. Estos esfuerzos se malograron cuando, en la noche del 9 de marzo de 1916, una fuerza de quinientos mexicanos atacó el pueblo de Columbus, en el estado de Nuevo México, al grito de "¡Viva Villa!" y "¡Viva México!". Según todos los indicios y pruebas disponibles, el jefe del ataque fue Francisco "Pancho" Villa. Los asaltantes fueron rechazados por unidades del 13o. regimiento de caballería norteamericano, acuartelado en Columbus, después de una batalla que duró seis horas. Más de cien mexicanos y diecisiete norteamericanos murieron en la acción. La respuesta norteamericana no se hizo esperar.[19] No había pasado una semana antes de que invadiera el estado de Chihuahua una expedición punitiva, compuesta inicialmente de cinco mil ochocientos hombres (más tarde aumentada a diez mil) con órdenes del presidente Woodrow Wilson de destruir a las fuerzas de Villa.[20]

La decisión de Villa de atacar Columbus se gestó mucho antes del reconocimiento de Carranza por Wilson y de la decisión del presidente norteamericano de apoyar al Primer Jefe. En la primavera y el verano de 1915, Wilson estaba buscando un candidato presidencial que no fuera ni Villa ni Carranza y a quien su gobierno pudiera apoyar. En esa época un grupo de conservadores mexicanos estrechamente ligados a la élite porfirista, hombres de negocios norteamericanos, y altos funcionarios del gobierno de Wilson, intentaron obtener ayuda del gobierno norteamericano para tramar una contrarrevolución en México. Su vocero fue Leon Canova, el encargado de los asuntos mexicanos en el Departamento de Estado norteamericano. Canova propuso a varios miembros del gabinete que los Estados Unidos respaldaran a un grupo conservador encabezado por Eduardo Iturbide, descendiente del primer emperador de México y jefe de policía de la capital mexicana durante el régimen de Huerta. Canova sugirió una forma de apoyo que los Estados Unidos utilizarían con éxito en años posteriores: proporcionarían al grupo de Iturbide cierta cantidad de alimentos que éste podría distribuir entre la población. Se esperaba que tal gesto obtuviera para Iturbide la popularidad que le faltaba. A cambio de dicha ayuda y de un cuantioso empréstito —se mencionaba la cifra de 500 millones de dólares— concedido por bancos norteamericanos, los conservadores otorgarían amplios derechos tanto al gobierno norteamericano como a los banqueros norteamericanos, incluido el de "supervisión norteamericana del cobro de derechos aduanales". Los conservadores también habrían de aceptar la designación, por los Estados Unidos, de un "consejero administrativo extraoficial" con poderes no especificados para "supervisar las reformas necesarias". En su memorándum al secretario de Estado Bryan, Canova no explicó qué entendía por "reformas necesarias".[21] Sí estipuló, sin embargo, en otro memorándum dirigido a Chandler Anderson, quien frecuentemente actuaba como intermediario entre el gobierno y los empresarios, que "todas las propiedades de la Iglesia y otras confiscadas por las bandas revolucionarias u otras personas sin el debido procedimiento legal desde el 13 de febrero de 1913, deberán ser restituidas a sus dueños legales".[22]

La maquinación de Canova era mucho más que el intento de un alto funcionario del Departamento de Estado y unos cuantos cómplices mexicanos y norteamericanos por asegurarse ventajas en México. El plan estaba apoyado por importantes sectores de la oligarquía prerrevolucionaria de México, a los cuales representaba Manuel Calero, y por intereses financieros norteamericanos, de los cuales era portavoz Chandler Anderson.[23] El propósito del plan era explotar la desunión en el campo revolucionario para restablecer un régimen similar al de Porfirio Díaz que, a diferencia de éste, estuviera dominado por los Estados Unidos.

Lo más probable es que este plan estuviera complementado por un acuerdo secreto entre los conservadores mexicanos y los intereses financieros norteamericanos pertinentes (entre los cuales las compañías petroleras jugaban un papel dominante), acuerdo que Canova no reveló a los funcionarios gubernamentales a quienes sometió su proyecto. De acuerdo con este pacto secreto, los empresarios norteamericanos habrían de ejercer una influencia decisiva en la selección de los ministros de Relaciones Exteriores y de Hacienda de México. Los Estados Unidos habrían de conceder un cuantioso empréstito a México y a su vez supervisarían las finanzas del país. Los Estados Unidos obtendrían también bases navales en el Pacífico, especialmente en la Bahía de Magdalena. Hombres de negocios norteamericanos compartirían la dirección del ferrocarril de Tehuantepec, hasta entonces bajo control británico.[24]

El plan de Canova obtuvo apoyo en el seno del gobierno de Wilson. Su defensor más abierto fue Franklin K. Lane, secretario del Interior que en años posteriores, se identificó estrechamente con los intereses petroleros.[25] Por iniciativa suya se discutió el plan en una reunión del gabinete, pero Bryan rechazó el proyecto, declarando que los Estados Unidos "no deben apoyar a un hombre que probablemente les hará el juego a los reaccionarios".[26] Aunque Wilson no expresó ninguna opinión en estas reuniones, más tarde dejó saber que estaba de acuerdo con la posición de Bryan, y el plan de Canova fue descartado.[27]

Antes de redactar su plan, Canova había intentado, en noviembre de 1914, obtener el apoyo de Villa a concesiones similares a intereses económicos norteamericanos. Villa rechazó dichas propuestas. Más tarde, cuando Canova hubo llegado a un acuerdo secreto con los conservadores, intentó dejar de lado a Villa y obtener directamente el apoyo de su ejército para el proyecto. En el plan sometido a Bryan, Canova escribió: "Me aseguran que se adherirían a él 20 000 hombres, la mayoría soldados entrenados del antiguo ejército federal provenientes de las tropas de Villa: pero

lo más probable es que todo el ejército de Villa se una al movimiento".[28]

Villa se enteró de estas intrigas y cuando Wilson dio un súbito viraje en su política, reconociendo primero a Carranza y luego apoyándolo activamente, concibió graves sospechas respecto a los verdaderos motivos de Wilson.[29] Estas sospechas de Villa fueron avivadas por un informe que recibió de su representante en los Estados Unidos, Roque González Garza (quien anteriormente había encabezado el gobierno de la Convención Revolucionaria). El 29 de octubre González Garza escribió a Villa una larga descripción y análisis de los acontecimientos que condujeron al reconocimiento de su enemigo:

> Fue un gran golpe para mí el ver que usted ha sido siempre miserablemente engañado; posiblemente esto se hizo de buena fe, pero usted siempre fue engañado. Yo también fui burlado [...] después de llegar a Torreón, me fue claramente dicho que, desde el punto de vista de las relaciones políticas internacionales, nuestra situación era muy buena; estábamos a un paso del reconocimiento por los Estados Unidos [...] Pasaron algunos días y usted recibió la absoluta seguridad de que, desde el punto de vista de la política internacional, todo actuaba a su favor: que sólo un pequeño esfuerzo era necesario de nuestra parte, para que el gobierno de los Estados Unidos nos tomara en consideración y que el plan original de los asistentes a la conferencia sería utilizado con resultados satisfactorios para nosotros.

González Garza no mencionó el nombre de la persona que había dado estas seguridades a Villa. Que haya dejado abierta la posibilidad de la buena fe del intermediario, indica que probablemente se refería a George Carothers, el agente especial de los Estados Unidos en la zona de Villa y con quien éste había llevado buenas relaciones.

Acerbamente entonces, González Garza describe la manera como fueron tratados por sus anfitriones norteamericanos, los delegados de Villa a la conferencia de paz en Washington:

> Nuestra situación era deprimente. Todas las cosas resultaron haber sido una mentira; estábamos muy necesitados; ni siquiera éramos escuchados [...] Llegó el 9 de octubre y los participantes a la conferencia decidieron reconocer a Carranza... Esta decisión, comunicada exabrupto a los cuatro vientos, constituyó una enorme humillación para nosotros debido a que éramos delegados a la conferencia de paz. No nos fue dicho nada, y las solemnes declaraciones hechas por Wilson en una fecha anterior, simplemente fueron descartadas. Todos los antecedentes históricos fueron ignorados. Hasta el sentido común no fue respetado, debido a que habíamos ido a la conferencia listos para hacer la paz, pero de una manera honorable. Esta decisión fue aprobada y sufrimos un gran golpe.

González Garza continúa airadamente:

> He visto muchas injusticias, pero nunca pensé que Carranza triunfaría en el terreno de la política internacional después de que representó la comedia de ser el más nacionalista de todos los mexicanos y después de que había provocado a los Estados Unidos en dos o tres ocasiones. No conozco completamente qué es lo que ha sido decidido en concreto, pero estoy convencido de que alguna cosa muy negra ha sido pactada; porque no tengo otra explicación para el repentino cambio de la política de los Estados Unidos en contra de nuestro grupo y a favor de Carranza.[30]

En otra parte de la carta, asegura: "Dios sabe cuántos pactos secretos" ha firmado Carranza con los Estados Unidos.

Villa quedó convencido de que Carranza había comprado el reconocimiento de Wilson accediendo al plan de Canova para convertir a México en un protectorado de los Estados Unidos. Como Canova había presentado sus planes a Villa, éste tenía buenos motivos para suponer que a su rival le habían hecho proposiciones parecidas. En vista del importante cargo que ocupaba Canova en el Departamento de Estado, Villa naturalmente supuso que aquél había actuado por instrucciones de Wilson. No tenía manera de saber que el gabinete había rechazado el plan de Canova.

En consecuencia, el 5 de noviembre de 1915 Villa publicó un manifiesto en Naco, Sonora, en el que se hacían graves acusaciones contra Wilson y Carranza. En el manifiesto se preguntaba por qué Carranza —"que nunca había dado garantías a los americanos, que los había despojado, que había privado a los extranjeros con tanta frecuencia como había podido de las tierras que poseían en las regiones oriental y sur de la República, y que siempre había azuzado la antipatía hacia los Estados Unidos"— había obtenido tan repentinamente no sólo el reconocimiento, sino también el apoyo activo de los Estados Unidos. De acuerdo con Villa, el apoyo de los Estados Unidos a Carranza incluía nada menos que un préstamo de 500 millones de dólares y el permiso para que las tropas de Carranza cruzaran el territorio de los Estados Unidos. El manifiesto claramente contesta su propia pregunta: "El precio para estos favores es, simplemente, la venta de nuestro país por el traidor de Carranza".[31]

El manifiesto acusaba además a Carranza de haber accedido a ocho condiciones impuestas por los Estados Unidos: 1] amnistía para todos los presos políticos; 2] una concesión de derechos por 99 años a los Estados Unidos sobre la Bahía de Magdalena, Tehuantepec y una región no identificada en la zona petrolera; 3] un acuerdo de que los ministerios de Gober-

nación, Relaciones Exteriores y Hacienda serían ocupados por candidatos que gozaran del apoyo del gobierno norteamericano; 4] la consolidación de todo el papel moneda emitido por la revolución después de consultar con un representante nombrado por la Casa Blanca; 5] todas las reclamaciones justas por daños y perjuicios ocasionados a extranjeros por la revolución se pagarían y se devolverían todas las propiedades confiscadas; 6] los Ferrocarriles Nacionales de México serían controlados por la junta directiva en Nueva York en tanto se pagaran las deudas a esta junta; 7] los Estados Unidos, a través de banqueros de Wall Street, concederían al gobierno mexicano un préstamo de 500 millones de dólares que sería garantizado por todo el ingreso del Tesoro nacional, teniendo poderes un representante del gobierno norteamericano para supervisar el cumplimiento por parte de México de dicha provisión; y 8] el general Pablo González sería nombrado presidente provisional y convocaría a elecciones al cabo de seis meses.

La política seguida por Villa en los meses siguientes estaba claramente prefigurada en este manifiesto. "¿Podrán los extranjeros, especialmente los yanquis —preguntó Villa—, abrigar la ilusión de que se consagrarán a explotar en paz y en gracia de Dios, las riquezas del suelo mexicano?" A medida que parecían estrecharse las relaciones entre los Estados Unidos y Carranza, Villa se convencía cada vez más de "que la venta de la Patria es un hecho". Ahora consideraba que su principal tarea era salvaguardar la independencia de México y romper lo que él consideraba el dominio estrangulante de los norteamericanos sobre su patria. El 16 de diciembre envió una carta a los comandantes de las fuerzas de Carranza que estaban avanzando contra sus últimos bastiones en Chihuahua. Después de describir el pacto secreto que Carranza supuestamente había firmado con Wilson, Villa declaraba que, debido a este nuevo acontecimiento, sus tropas habían dejado de combatir a los carrancistas "para no derramar más sangre mexicana".[32] A los generales de Carranza les proponía una alianza "que pueda unirnos a todos en contra de los yanquis, quienes debido a su antagonismo racial y comercial, y a sus ambiciones económicas, son el enemigo natural de nuestra raza y de todos los países latinos". En el caso de que tal alianza fuera firmada, escribió, "renunciaría al comando de sus tropas".

Unas semanas más tarde le escribió a Emiliano Zapata en tono similar: "decidimos no quemar un cartucho más con los mexicanos, nuestros hermanos y prepararnos y organizarnos debidamente para atacar a los americanos en sus propias madrigueras y hacerles saber que México es tierra de libres y tumba de tronos, coronas y traidores".[33] Al atacar a los Estados Unidos y provocar posibles represalias, Villa esperaba crearle a Carranza un dilema insoluble. Si Carranza permitía que tropas norteamericanas penetraran en territorio mexicano sin ofrecerles resistencia, Villa esperaba desenmascararlo como un instrumento de los norteamericanos. Si Carranza desconocía su pacto con Wilson y oponía resistencia a los norteamericanos, tanto mejor. Se rompería la alianza entre Carranza y el gobierno de Wilson y la posición del primero quedaría muy debilitada. Max Weber, vicecónsul alemán en Ciudad Juárez, escribió a un socio que tenía en los Estados Unidos, en diciembre de 1916: "Villa quiere que haya intervención y declaró públicamente en Chihuahua que, mientras la lavandera siga al frente del régimen de Washington, seguirá quemando y saqueando hasta que los Estados Unidos intervengan en México y provoquen la caída de Carranza."[34]

El ataque de Villa contra Columbus provocó una tormenta de protestas en los Estados Unidos y fortaleció las demandas intervencionistas que pedían la ocupación de México. Ésta era una oportunidad excepcional: a los ojos del mundo y especialmente ante la opinión pública latinoamericana, una intervención armada no habría tenido como blanco al gobierno mexicano sino solamente a los "bandidos" de Villa. Al mismo tiempo, los norteamericanos esperaban contar con el apoyo o al menos la pasividad de Carranza, quien se vería beneficiado por la eliminación de sus principales adversarios.

El 13 de marzo de 1916 el gobierno norteamericano envió una nota a Carranza pidiendo permiso para que una expedición punitiva norteamericana persiguiera a Villa en territorio mexicano. Aunque el presidente mexicano no concedió tal permiso, una fuerza expedicionaria al mando del general John J. Pershing cruzó la frontera el 15 de marzo y penetró en el estado de Chihuahua.[35]

Su principal objetivo, según las declaraciones del presidente Wilson, era la captura de Villa, pero las instrucciones que de hecho se dieron a Pershing eran más limitadas. Si lograba destruir las fuerzas de Villa, la expedición habría cumplido su propósito. Pershing no logró ni lo uno ni lo otro. Los norteamericanos jamás pudieron capturar al jefe norteño (aunque en una ocasión estuvieron muy cerca de hacerlo, cuando una patrulla norteamericana pasó a muy poca distancia de una cueva en la que Villa, que había sido herido, se hallaba oculto.) En cuanto a sus fuerzas, no sólo no fueron decisivamente derrotadas ni dispersadas por la expedición de Pershing, sino que aumentaron en forma fenomenal mientras los norteamericanos permanecieron en suelo mexicano. En marzo de 1916, cuando atacó Columbus, Villa tenía unos quinientos hombres. Algunos meses antes, la mayoría de los soldados de su antaño poderosa División del Norte se habían rendido a los carrancistas o habían regresado a sus hogares; Villa había perdido una gran parte de su apoyo popular; la clase media chihuahuense se había vuelto contra él; muchos de sus soldados que lo habían considerado prácticamente invencible estaban desilusionados por su derrota; otros estaban sencillamente agotados por años de revolución y guerra. La expedición punitiva cambió todo esto. Villa se convirtió en el símbolo de la resistencia nacional contra los invasores extranjeros y su popularidad aumentó vertiginosamente.

Este sentimiento cundió incluso entre las tropas de Carranza. "El sentimiento general en las filas revolucionarias (carrancistas) es de simpatía por Villa. Los soldados expresan abiertamente su admiración por su aventura y se lamentan de no haber estado con él",[36] escribió uno de los representantes de Cowdray en México al magnate petrolero británico en abril de 1916.

Tal hecho era observado con amargura y temor por la dirección carrancista. "Acabo saber por telegrama que señor José de la Luz Herrera dirigió a Primer Jefe, que algunos soldados de esa Guarnición han lanzado vivas a Villa y que pretenden armar un nuevo conflicto con las tropas americanas", escribió Obregón a su comandante en Chihuahua. Y añadía, "si efectivamente hay soldados que en estos momentos lanzan vivas a Villa, debe usted pasarlos por las armas sumariamente."[37] Estas amenazas, por lo visto, no fueron muy efectivas porque unos meses después en octubre de 1916, Luis Cabrera informó a Carranza: "Informaciones bastante fidedignas que llegan aquí, indican que en el Estado de Chihuahua hay más simpatías por Villa de lo que pudiéramos suponer y que en nuestro ejército existen fuertes proporciones de deserciones tanto por trabajos enemigos como por condiciones económicas de nuestros soldados".[38] Cabrera sugirió que se enviaran tropas del vecino estado de Sonora a remplazar a los soldados de Chihuahua que todavía admiraban a Villa. "Amplias simpatías por Villa son consecuencia de la permanencia de las tropas americanas, pues proceden seguramente de que se ostenta como enemigo de los americanos."

A fines de 1916 el ejército de Villa, según se informaba, tenía ya más de diez mil hombres.[39] Poco antes Villa había tomado y ocupado brevemente algunas de las ciudades más grandes del norte de México, tales como Chihuahua y Torreón, lo cual le permitió apoderarse de grandes cantidades de provisiones y resarcirse del hecho de que, al reconocer a su rival, Carranza, en octubre de 1915, los Estados Unidos habían cortado sus suministros de armas y parque.

Gracias al apoyo popular de que gozaba, Villa logró no sólo eludir continuamente a los norteamericanos sino desarrollar una estrategia sumamente efectiva de tácticas guerrilleras, estrategia que se vio obligado a aprender y desarrollar sobre la marcha, ya que su experiencia anterior en este tipo de combate había sido muy limitada. Salvo breves periodos de la revolución de 1910-11 contra Porfirio Díaz y de la de 1913 contra Huerta, Villa había encabezado en general a grandes ejércitos convencionales bien equipados. Sin embargo no tardó mucho en convertirse en un maestro del arte de la guerra de guerrillas y los norteamericanos resultaron prácticamente impotentes para hacer nada contra él. El hecho fue registrado con la mayor amargura por los oficiales de la expedición punitiva: "Me siento un poco como un hombre que busca una aguja en un pajar",[40] escribió Pershing, e instó al gobierno norteamericano a que accediera a la ocupación de todo el estado de Chihuahua por tropas norteamericanas. Poco después fue más lejos y pidió la ocupación de todo México. Este deseo era compartido con entusiasmo por uno de sus tenientes, George S. Patton, quien en septiembre de 1916 escribió a su padre: "La intervención será inútil; debemos tomar todo el país y quedarnos con él".[41] Patton fundamentó esta opinión en otra carta: "No tienes idea de la total degradación de los habitantes. Uno tiene que ser un verdadero tonto para pensar que un pueblo medio salvaje y completamente ignorante podrá formar alguna vez una república. Esto es una broma. Un déspota es todo lo que conocen o desean".[42]

Mientras hostilizaba a los norteamericanos, Villa concentraba sus principales energías contra los carrancistas. Su estrategia tenía por objeto derrotar a las tropas carrancistas y atraerlas a su causa, y luego atacar a las fuerzas norteamericanas que estaban en México. Los éxitos de Villa fueron facilitados por el hecho de que mientras más penetraba en México la expedición punitiva, menos dispuestos estaban a luchar contra Villa muchos soldados y oficiales de Carranza. A medida que la guerra con los Estados Unidos parecía hacerse más inminente, querían concentrar sus fuerzas para rechazar a los invasores extranjeros.

Esta actitud se fundaba en el hecho muy real de que México y los Estados Unidos habían estado durante muchos meses al borde de la guerra al ir aumentando día con día las tensiones entre Carranza y Wilson. El 16 de marzo Wilson había informado a Carranza que se proponía enviar una expedición a perseguir a Villa en territorio mexicano. Carranza no accedió a esta propuesta, pero en cambio sugirió que se reviviera un viejo acuerdo entre los Estados Unidos y México que estuvo en vigor la década de 1890 para proteger la frontera contra los ataques de los apaches y los bandidos. Dicho acuerdo permitía tanto a los mexicanos como a los norteamericanos perseguir a merodeadores y bandidos a través de la frontera. La proposición de Carranza había sido concebida con vistas a ataques futuros. Wilson prefirió interpretarla como una aceptación, por parte del gobernante mexicano, de la entrada en México de la expedición punitiva.[43] En un principio Carranza se abstuvo de protestar enérgicamente.

Es posible que esperara que Wilson llevara a cabo tan sólo una breve incursión en México y retirara las tropas después de unos cuantos días. También es posible que abrigara la esperanza de que los norteamericanos lo relevaran de la tarea de derrotar y destruir a Villa. Pero a medida que la expedición penetraba cada vez más profundamente en México —aumentando continuamente tanto su número como su armamento—, Carranza formuló una vigorosa protesta contra la presencia norteamericana en México.

Enfrentados a una inminente amenaza de guerra, el gobierno norteamericano y el mexicano ordenaron a sus respectivos jefes de estado mayor,

Hugh Scott y Álvaro Obregón, respectivamente, que entablaran negociaciones. Después de largas y difíciles conversaciones, los dos generales llegaron a un acuerdo y firmaron un protocolo conjunto. Éste estipulaba que los norteamericanos no seguirían penetrando en territorio mexicano dado que su principal objetivo, debilitar las fuerzas de Villa, se había cumplido. Primero se concentraría en el norte de Chihuahua y finalmente saldrían de México. No se especificaba ninguna fecha para la retirada norteamericana.

A pesar de que Obregón había suscrito el protocolo, Carranza se negó a ratificarlo. En su opinión la ratificación habría legalizado la presencia de las tropas norteamericanas en México sin especificar una fecha para su partida. Las reservas de Carranza se vieron confirmadas poco después de haberse firmado el protocolo, cuando a su juicio los norteamericanos lo violaron. Después que una partida de asaltantes mexicanos no identificados atacó el pueblo de Glen Springs, en el estado de Tejas, un nuevo contingente de tropas norteamericanas entró en territorio mexicano. Carranza replicó ordenando a sus comandantes que resistieran por la fuerza cualquier nueva penetración norteamericana en el país.[44] Unos días más tarde hubo un enfrentamiento armado entre ambos bandos, en el pueblo de Carrizal, que pareció ser la señal del pronto estallido de la guerra entre México y los Estados Unidos.

El 20 de junio un destacamento de caballería perteneciente a la expedición punitiva intentó pasar por Carrizal. El teniente Charles T. Boyd, que estaba al mando, había pedido al general Félix U. Gómez, comandante de la guarnición mexicana de Carrizal, que permitiera el paso de sus tropas por el pueblo. Félix Gómez, que había recibido instrucciones de su jefe de resistir toda penetración norteamericana, se negó. Cuando, a pesar de su negativa, Boyd intentó pasar con sus tropas, se inició el enfrentamiento en el curso del cual murieron tanto Boyd como Gómez. Los norteamericanos fueron derrotados, y la mayor parte de los hombres de Boyd fueron capturados o muertos.

Cuando Wilson recibió una primera versión deformada del incidente, según la cual los mexicanos habían sido los primeros en atacar, preparó un mensaje para ser leído en una sesión conjunta del Congreso norteamericano, pidiendo permiso para que tropas norteamericanas ocuparan todo el norte de México. Entonces, pareció inminente una guerra en gran escala entre México y los Estados Unidos.

Wilson nunca envió su mensaje al Congreso. La posibilidad de una guerra mexicano-norteamericana desató una tremenda oposición en los Estados Unidos. Cuando Wilson recibió la noticia de que los norteamericanos habían sido los iniciadores de las hostilidades en el Carrizal y cuando Carranza hizo un gesto, conciliatorio, liberando a los prisioneros norteamericanos, el primero decidió hacer un nuevo intento de encontrar una solu-

ción.[45] Debido a las crecientes tensiones con Alemania, Wilson temía cada vez más comprometerse en una guerra en México. Como le dijo a su secretario Tumulty:

> Algún día el pueblo norteamericano sabrá por qué vacilé en intervenir en México. Ahora no puedo decirlo porque estamos en paz con la gran potencia cuya venenosa propaganda es responsable por las actuales terribles condiciones de México. Hay allí actualmente propagandistas alemanes que fomentan el conflicto y los problemas entre nuestros países. Alemania está ansiosa de vernos enfrascados en una guerra contra México, para que nuestras mentes y nuestras energías se distraigan de la gran guerra que se libra allende el mar. Ella desea una oportunidad sin interrupciones de llevar adelante su guerra submarina y cree que la guerra contra México nos atará las manos y le dará así libertad de acción para hacer su voluntad en alta mar. Comienza a parecer que la guerra contra Alemania es inevitable. Si llegara, y ruego a Dios que no sea así, no quiero que las energías y las fuerzas de los Estados Unidos estén divididas, ya que necesitaremos hasta la última onza de reservas que tengamos para derrotar a Alemania.[46]

Los gobiernos de Estados Unidos y México acordaron establecer una comisión conjunta compuesta por tres representantes de cada parte. Encabezó la comisión norteamericana Franklin K. Lane, secretario del Interior en el gabinete de Wilson, un demócrata conservador que más tarde se vinculó estrechamente con los intereses petroleros norteamericanos. Entre los miembros mexicanos de la comisión la figura más importante era Luis Cabrera, el más notable de los intelectuales que apoyaban a Carranza.

El "arreglo" que tenía en mente la parte norteamericana representaba la mayor concesión en toda la historia de la diplomacia wilsoniana a los intereses económicos norteamericanos en México, pues los comisionados norteamericanos demandaron de los mexicanos que aparte el problema del retiro de las tropas y la cuestión referente a la seguridad fronteriza, se discutieran cuestiones completamente desligadas de éstas y relacionadas con asuntos internos de México.

La piedra angular de la posición norteamericana era una propuesta que hubiera "cubanizado" efectivamente a México al imponerle algo muy parecido a la Enmienda Platt, que permitía a las tropas norteamericanas entrar en Cuba por decisión unilateral del gobierno norteamericano siempre que éste considerara justificada tal intervención. Los comisionados norteamericanos querían que México aceptara una cláusula que estipulaba que

> el gobierno de México accede solemnemente a otorgar plena y adecua-

da protección a las vidas y propiedades de ciudadanos de los Estados Unidos u otros extranjeros, y esta protección será suficiente para permitir a tales ciudadanos de los Estados Unidos... [operar] industrias en que puedan estar interesados. Los Estados Unidos se reservan el derecho de volver a entrar en México y proporcionar tal protección con sus fuerzas militares, en el caso de que el gobierno mexicano no lo haga.[47]

La protección de la propiedad extranjera era un concepto amplio cuyo alcance no se limitaba de ninguna manera a las confiscaciones o despojos. Tanto los empresarios norteamericanos como el Departamento de Estado habían de dejar perfectamente claro en el porvenir que los impuestos cobrados a los negocios extranjeros podían ser calificados de "confiscatorios" y caer por tanto bajo la categoría indicada en el plan propuesto. De hecho, en los años 1917-18 cualquier decreto mexicano que restringiera los derechos de los cuales habían gozado los extranjeros durante el porfiriato era con frecuencia calificado de confiscatorio.

Estas propuestas no sólo contaban con el apoyo de las compañías petroleras norteamericanas, sino que es posible que hayan sido inspiradas por ellas. El 30 de agosto de 1916, dos de los tres miembros norteamericanos de la comisión conjunta, Franklin K. Lane, quien encabezaba su delegación, y el juez Gray, tuvieron largas conversaciones con dos representantes de los intereses petroleros de Doheny, con su abogado, Fredrick C. Kellog, y con John Bassett Moore, asesor del Departamento de Estado cuyos servicios había contratado Doheny desde 1914.[48]

Carranza se negó a considerar siquiera estas demandas. El 2 de octubre de 1916, en una reunión de la comisión que tuvo lugar en Atlantic City, sus delegados presentaron las siguientes contrapropuestas mexicanas. Como requisito previo para cualquier negociación, la comisión debía convenir primero una fecha definida para el retiro incondicional de la expedición punitiva. Ambas partes debían luego llegar a un acuerdo que permitiera a cualquiera de ellas perseguir a partidas de merodeadores a través de la frontera común, pero bajo estrictas limitaciones. Se estipulaba restricciones respecto a la magnitud del destacamento perseguidor y respecto al tiempo que podría permanecer en el otro país, que no debía exceder de cinco días. Tampoco podría penetrar más allá de ciento sesenta kilómetros de la frontera. Sólo después que se firmara un acuerdo sobre estas cuestiones accedería el gobierno mexicano a discutir otros asuntos, y éstos no tendrían que ver con los problemas internos de México sino sólo con cuestiones internacionales.

Wilson obviamente consideró que esto era un insulto. Después de conferenciar extensamente con él, los miembros norteamericanos de la comisión presentaron a México, el 21 de noviembre, lo que equivalía a un ultimátum. Los representantes exigían que la cuestión del retiro de las tropas norteamericanas estuviera ligada a una discusión sobre la protección de los derechos de los extranjeros.

"Debo informarle con toda solemnidad" informa el jefe de la delegación de los Estados Unidos a la contraparte mexicana, "que la paciencia del presidente está llegando a su fin, que le parece que las condiciones actuales en México son intolerables".[49] Lane exhortó a los mexicanos para que aceptaran las condiciones de los norteamericanos para el retiro de las tropas.

> Nada menos que esto satisfará ni al gobierno ni al pueblo de los Estados Unidos y es bueno que sepáis esto clara y definitivamente en el momento actual. No deseamos hacer nada que hiera vuestro orgullo o disminuya vuestra soberanía. No tenemos designios en contra de la integridad de vuestro territorio ni de vuestra libertad de acción en la determinación de vuestra política nacional, pero estamos profunda y vitalmente interesados en el cumplimiento de vuestra obligación de proteger las vidas y propiedades de los extranjeros que han decidido compartir vuestro destino, y en el arreglo satisfactorio de toda cuestión que afecte a las cordiales relaciones entre los Estados Unidos y vuestro país.

Lane aparejó a estas demandas una mal velada amenaza de que "sin embargo, si habéis llegado a la conclusión de que no deseáis la cooperación de los Estados Unidos, si es vuestro deseo apartaros por completo de nosotros, es bueno que lo sepamos cuanto antes, ya que esto afectará en forma crucial nuestra política respecto a México".

En una discusión posterior Lane amplió lo dicho, explicitando las consecuencias que tendría una negativa mexicana a aceptar las propuestas norteamericanas: "corresponde a vosotros tres determinar si México ha de tener los beneficios de tal cooperación, o si desea seguir una política de aislamiento. Esta última política sólo puede conducir a un resultado, a saber, la caída del gobierno de Carranza con todas las consecuencias que de ello se desprendan".[50]

Evidentemente intimidados por estas amenazas, los representantes mexicanos, incluido Luis Cabrera, firmaron el protocolo, pero cuando se lo presentaron a Carranza éste se negó a dejarse intimidar y lo rechazó.

El 28 de diciembre Alberto J. Pani, comisionado mexicano, reiteró en una discusión con el jefe de la delegación norteamericana la posición de Carranza de que el requisito previo para cualquier negociación con los Estados Unidos era que éstos aceptaran retirar sus tropas incondicionalmente. Sólo entonces podría procederse a discutir otros problemas, entre los cuales se incluirían cuestiones internacionales pero no asuntos internos de México.

Wilson tenía ahora dos opciones. Podía dejar a las tropas norteamericanas en México, arriesgándose a una guerra con ese país, o bien retirarlas

incondicionalmente. En vista de las crecientes tensiones con Alemania, optó por lo segundo y dio a Carranza uno de los mayores triunfos de su carrera. El 28 de enero de 1917 se ordenó a la expedición punitiva que comenzara a retirarse de suelo mexicano, operación que terminó con la salida de las últimas tropas el 5 de febrero del mismo año.

Al igual que la anterior intervención norteamericana en Veracruz, la expedición punitiva tuvo profundas consecuencias para las relaciones mexicano-norteamericanas, para la política exterior de México y para el desarrollo de los acontecimientos dentro del país. De hecho ambas intervenciones tenían mucho en común. Oficialmente se proponían objetivos muy limitados. En 1914 Wilson ostensiblemente sólo deseaba castigar el arresto de soldados norteamericanos por las tropas de Huerta y evitar el desembarco del cargamento de armas del *Ypiranga.* Afirmó que su intervención no iba dirigida contra los revolucionarios. De manera similar, la intervención de 1916 también tenía oficialmente el objetivo limitado de capturar o destruir las fuerzas de Villa, y el gobierno norteamericano insistió en que sólo deseaba ayudar a Carranza.

En ambos casos Wilson declaró repetidamente que no tenía ninguna intención de infringir la soberanía de México, y en ambos casos eso fue precisamente lo que intentó hacer.

En 1914 el presidente norteamericano intentó someter al gobierno de México y en 1916 trató de influir en su política y controlarla.

En ambos casos el supuesto beneficiario de dichas intervenciones protestó contra la presencia norteamericana en México y amenazó con resistirlas por todos los medios posibles. En ambos casos la terquedad de Carranza venció, y las tropas norteamericanas tuvieron que ser retiradas sin lograr sus objetivos principales.

La invasión de 1914 había debilitado gravemente lo que hasta entonces había sido una alianza tácita entre el gobierno de Wilson y los revolucionarios mexicanos. La expedición punitiva destruyó esa alianza.

Fue la expedición punitiva, y las crecientes amenazas norteamericanas contra México en noviembre, lo que indujo a Carranza a enviar, ese mismo mes, un memorándum a Alemania en el que proponía una estrecha colaboración económica y militar con ese país (véase el capítulo 9, tomo 2). Este memorándum provocó a su vez la grave decisión alemana de enviar el telegrama Zimmermann al gobierno mexicano.

La expedición punitiva puso fin al esfuerzo de Wilson por encontrar aliados en México, aunque continuó cooperando en forma muy limitada con el gobierno de Carranza. Según dos de los miembros norteamericanos de la comisión conjunta, toda la actitud de Wilson hacia México cambió como consecuencia de los resultados de dicha expedición. Consideraban "que el presidente realmente no representaba ya el mismo espíritu hacia México que cuando escribió su artículo para el *Ladies Home Journal*", en el que subrayaba su absoluto respeto por la independencia de México y por el derecho de los mexicanos a dirigir su propia revolución. "En suma", concluyeron, "faltaba la generosidad".[51]

LAS POLÍTICAS DE CARRANZA, 1916-1918

Al atacar Columbus y dar lugar al envío de la expedición punitiva, Pancho Villa no logró provocar una ruptura total entre el gobierno de Carranza y el de Wilson. Se evitó la guerra entre ambos países y los Estados Unidos siguieron manteniendo relaciones oficiales con Carranza, transformándose incluso el reconocimiento *de facto* de octubre de 1915 en reconocimiento *de jure* a fines de 1917.

Sin embargo, en ciertos aspectos esenciales Villa tuvo éxito. Logró perjudicar en forma definitiva la relación entre Carranza y los Estados Unidos, que nunca volvió a ser la misma que fue entre octubre de 1915 y marzo de 1916. Carranza perdió las dos grandes ventajas que había esperado ganar con el reconocimiento norteamericano: acceso ilimitado a las armas norteamericanas y la obtención de un préstamo en los Estados Unidos. Después que la expedición punitiva entró en México, los Estados Unidos prohibieron la venta de armas al gobierno mexicano, prohibición que duró, con algunas interrupciones, hasta la caída de Carranza en 1920. Los préstamos norteamericanos fueron ofrecidos al gobierno mexicano en condiciones tales que el presidente mexicano no quería y probablemente no podría, haber aceptado. Estos golpes fueron tanto más duros para Carranza cuanto que no había ningún otro país capaz de proporcionarle armas o dinero mientras durara la guerra mundial.

Al hacerse evidente que el apoyo irrestricto de los Estados Unidos a Carranza había llegado a su fin, los movimientos armados de oposición a Carranza, tanto radicales como conservadores, o simplemente locales, cobraron nueva fuerza.

Pancho Villa no fue de ninguna manera el único beneficiario de las dificultades de Carranza. En los primeros meses de 1916 el general carrancista Pablo González lanzó una ofensiva en gran escala contra Zapata, arrebatándole el control de las ciudades y partes del campo morelense. A fines de 1916 Zapata había iniciado una contraofensiva que las tropas de Pablo González no pudieron rechazar debido a que Carranza estaba concentrando una cantidad cada vez mayor de fuerzas en el norte de México, tanto para combatir a Villa como en prevención de un conflicto armado con los Estados Unidos. En febrero de 1917 Zapata volvió a controlar todo Morelos con excepción de las poblaciones más grandes.

Los adversarios conservadores de Carranza, que habían permanecido inactivos o bien no habían logrado ganar apoyo mientras pareció que el pre-

sidente mexicano gozaba del respaldo de los Estados Unidos, volvieron a tomar las armas y se apoderaron de porciones importantes de los estados de Veracruz, Oaxaca y Chiapas. Por fortuna para Carranza, el jefe principal de los conservadores era Félix Díaz, un fracasado constante. Su levantamiento de 1912 había estado tan mal organizado que Hintze, el ministro alemán en México, lo calificó de personalidad teatral incapaz de organizar nada. Después de la caída de Madero en 1913 no fue Félix Díaz sino Huerta quien cosechó los frutos del golpe y envió a Díaz al Lejano Oriente. En 1914 este sobrino de don Porfirio buscó refugio en los Estados Unidos y en febrero de 1916 intentó regresar a México desde Nueva Orleáns. Pero el fracaso parecía perseguirlo. El barco que tomó con algunos compañeros se perdió y fue a dar finalmente a Matamoros donde sus tripulantes cayeron en manos de los tropas de Pablo González. Aquí un inusitado golpe de suerte salvó a Félix Díaz. González, quien encabezó un tribunal encargado de investigar la identidad de los intrusos, no lo reconoció y lo puso en libertad. A pesar de ello su fortuna no cambió. En Oaxaca, a donde se dirigió una vez que quedó libre, intentó, con ayuda de simpatizantes locales, capturar la capital del estado. Cuando sus adeptos comenzaron a pelear entre sí, se retiró con tres mil hombres al estado de Chiapas, donde finalmente llegó con sólo trescientos.[52]

Por mediocre que fuera su capacidad de intriga, organización y mando militar, había un campo en el que siempre tuvo éxito Félix Díaz: una y otra vez encontró apoyo en los Estados Unidos. Durante su golpe de 1912 el comandante del buque de guerra *Des Moines*, anclado en Veracruz, lo apoyó abiertamente. Durante la Decena Trágica fue el favorito del embajador Henry Lane Wilson, bajo cuyos auspicios se firmó el famoso pacto de la embajada por el cual Huerta accedió a apoyar la candidatura de Félix Díaz a la presidencia de México.

En 1916-17 no gozó de igual apoyo de parte del gobierno de los Estados Unidos, pero en cambio seguían confiando en él importantes grupos empresariales y algunos funcionarios gubernamentales norteamericanos. En 1916 un alto funcionario del Departamento de Justicia de los Estados Unidos informó que el movimiento de Félix Díaz formaba parte de un grandioso plan elaborado, sin el consentimiento de sus superiores, por el ubicuo Leon Canova, jefe de la división de asuntos mexicanos del Departamento de Estado, y algunos otros confabulados, para obtener el control económico de México. El funcionario declaró que un "informante bien situado" había expresado la "creencia de que Canova y sus asociados, y Haskell (hombre de negocios norteamericano) y sus amigos están trabajando juntos para obtener el control de la industria henequenera y petrolera de México y creen que si alcanzan el éxito podrán dominar los partidos políticos en ese país y colocar en el poder a la facción de Díaz".[53] Durante toda su campaña, Félix Díaz recibió armas y dinero de Estados Unidos.

Con la ayuda de estos recursos logró atraer un creciente apoyo conservador. Antiguos oficiales del ejército federal tales como Higinio Aguilar, quien se había hecho convencionista después de la derrota de Huerta, acudieron ahora a unírsele. Para 1917 Félix Díaz había abandonado su refugio de Chiapas y había penetrado en Veracruz, donde logró controlar partes del estado.[54]

Otros dirigentes conservadores, a veces ligados a Díaz y a veces independientes de él, también obtuvieron importante ayuda de las corporaciones norteamericanas y muchas veces la aprobación tácita de funcionarios gubernamentales norteamericanos. Manuel Peláez, el caudillo regional que hacia 1915 había asumido el control de los campos petroleros de la región de Tampico, obtuvo cuantiosos fondos de las compañías petroleras y logró comprar armas en los Estados Unidos. Esteban Cantú, antiguo oficial federal que se había unido a las fuerzas convencionistas en 1914, estableció una especie de señorío virtualmente independiente en Baja California y mantuvo estrechas relaciones con las autoridades gubernamentales norteamericanas al otro lado de la frontera.

Al ir perdiendo fuerza el gobierno federal, una gran parte de México regresó a condiciones semejantes a las que privaban en el siglo XIX. Muchas regiones eran dominadas por bandidos, mientras que otras quedaron bajo el control de los caudillos que ofrecían "protección" contra interferencias extrañas de cualquier tipo a cambio del reconocimiento de su autoridad por parte de los habitantes.

Los antiguos convencionistas, los conservadores que ahora resurgían, los caudillos locales y los bandidos, no eran de ninguna manera los únicos opositores con quienes tenía que habérselas Carranza. También en sus propias filas había aumentado la disidencia. A veces la disensión se daba entre carrancistas radicales que exigían reformas sociales y elementos conservadores más afines a las concepciones sociales de Carranza. La política de "divide y vencerás" utilizada por Carranza para consolidar su poder obraba cada vez más contra él.

En muchos estados los candidatos carrancistas rivales que aspiraban a cargos en el gobierno tomaban las armas unos contra otros, y cuando Carranza apoyaba a uno de los bandos el otro se rebelaba contra él. Tal fue el caso en el estado de Tamaulipas, donde Luis Caballero, que había apoyado a Carranza en la guerra civil, se rebeló contra él al no obtener la gubernatura del estado.

Además de todo esto, el descontento popular contra el gobierno de Carranza aumentaba, debido no sólo a las promesas incumplidas de reforma social sino también al dramático descenso del nivel de vida y a la inseguridad general. Las malas cosechas debidas al mal tiempo y las condiciones inestables que imperaban en el campo se vieron agravadas por la corrupción y la especulación oficial en gran escala. En consecuencia, empezó a

cundir hambre. La producción industrial no había recuperado su nivel prerrevolucionario y se desarrolló un grave desempleo.

Dentro del movimiento carrancista se proponían tres estrategias distintas para superar esta enorme oposición. La menos popular de las tres postulaba una total reconciliación con el gobierno y con los intereses económicos norteamericanos. Debía abandonarse, se decía, todo esfuerzo por controlar o restringir las actividades de los grupos empresariales norteamericanos, y en el plano internacional México debía alinearse con los Estados Unidos. Después que los norteamericanos entraron en la primera guerra mundial, este grupo recomendó que México rompiera con Alemania e incluso que le declarara la guerra, siguiendo el ejemplo de su vecino del norte. Los principales defensores de esta estrategia eran Alfredo Robles Domínguez,[66] alto funcionario civil tanto en el gobierno de Madero como en el de Carranza, y Félix Palavicini, periodista e íntimo colaborador de Carranza, quienes afirmaban que sólo una alianza con los Estados Unidos le daría a México las armas, los alimentos y el dinero que necesitaba para destruir la oposición interna y mejorar su nivel de vida. Sostenía también que tal alianza evitaría el peligro de una intervención norteamericana y le permitiría a México sacar todo el provecho posible del auge económico ocasionado por la guerra mundial.

Esta estrategia había gozado de algún apoyo entre los carrancistas antes de que la expedición punitiva entrara en México. La estrategia más popular entre los revolucionarios victoriosos, sin embargo, era totalmente opuesta. La promovía el ala radical del carrancismo y proponía que se hicieran nuevos esfuerzos por recuperar el apoyo de aquellos grupos sociales —campesinos y obreros— a los cuales Carranza había cortejado en 1915 para luego darles la espalda en 1916.

La dirección incluía tanto a nuevos conversos como a radicales de la vieja guardia. El vocero de los primeros era probablemente Álvaro Obregón. Los radicales de la vieja guardia más decididos e influyentes eran Francisco Múgica, ex-maestro de escuela de Michoacán, Heriberto Jara, obrero textil que había participado en la huelga de Río Blanco en 1907, y Esteban Baca Calderón, uno de los dirigentes de la otra gran huelga del porfiriato, la de los mineros de Cananea en 1906. Los tres habían colaborado con el partido liberal y habían sido influidos por las ideas sociales de los hermanos Flores Magón.

Los carrancistas radicales tuvieron su mayor éxito en el campo de la ideología y del derecho. Lograron modelar la nueva Constitución elaborada entre noviembre de 1916 y febrero de 1917 por un Congreso Constituyente en la ciudad de Querétaro. A diferencia de la versión original de la Constitución propuesta por Carranza, que contenía pocas reformas sociales, la adoptada en febrero de 1917 estipulaba transformaciones sociales y económicas de gran alcance.

Garantizaba el derecho de todo campesino sin tierra a adquirirla y disponía la división de las haciendas con el fin de proporcionar dichas tierras. El mismo artículo contenía duras medidas contra las compañías extranjeras en México. Dichas cláusulas declaraban esencialmente que: a] el gobierno podía en cualquier momento realizar expropiaciones en bien de la nación; y b] el propietario de la tierra no era propietario de los minerales que hubiera en ella.

Esto significaba un regreso a la antigua legislación española abandonada en 1884 por el gobierno de Porfirio Díaz. Además, el artículo 123 establecía el derecho de los obreros a organizar sindicatos y hacer huelgas, establecía la jornada de ocho horas e incluía prestaciones de seguridad social.

En términos prácticos, sin embargo, los radicales tuvieron mucho menos éxito, aunque lograron atenuar la persecución de los dirigentes obreros por Carranza. A fines de 1916 muchos de los dirigentes que habían sido encarcelados, e incluso en algunos casos sentenciados a muerte por participar en huelgas, fueron puestos en libertad por el gobierno.

Pero en relación con el campesinado los radicales tuvieron poco éxito. Carranza se negó a acelerar la reforma agraria, apresurando en cambio la devolución de las haciendas a sus anteriores dueños o bien regalándolas a sus generales. Hay poca razón para dudar de la amarga denuncia hecha por Zapata en una carta abierta a Carranza: "Las haciendas", escribió quien alguna vez había sido su aliado, "están siendo cedidas o arrendadas a los generales favoritos; los antiguos latifundios, remplazados en no pocos casos, por modernos terratenientes que gastan charreteras, kepí y pistola al cinto; los pueblos burlados en sus esperanzas."[56]

Sólo en los contados casos en que la reforma agraria podía debilitar seriamente a sus enemigos estuvo Carranza dispuesto a hacer concesiones importantes al campesinado. Esto fue lo que sucedió en Tlaxcala, donde el zapatista más prominente de la región Domingo Arenas, declaró que estaba dispuesto a unirse a Carranza si éste reconocía la reforma agraria que él había llevado a cabo. El Primer Jefe accedió y en esta zona se llevó a la práctica una importante reforma agraria.[57] Pero estos casos fueron excepcionales y no característicos de la política agraria de Carranza.

La estrategia del propio Carranza para procurarle apoyo a su movimiento era distinta de la de los conservadores pronorteamericanos y de la de los radicales. No se apoyaba en reformas, sino en otras dos consideraciones: el cansancio con la guerra de un sector creciente del pueblo mexicano, y su nacionalismo.

Después de siete años de trastornos, luchas, hambres y privaciones, muchos estaban dispuestos a seguir a cualquiera que les ofreciera alimento suficiente para sobrevivir y protección contra ejércitos saqueadores de cualquier facción.

Al devolver las haciendas a sus anteriores dueños, Carranza esperaba elevar la producción de alimentos al nivel prerrevolucionario. Pero hasta 1919 no lo había logrado, ya que la producción seguía muy por debajo del nivel de 1910. La economía estaba por los suelos. Debido a los continuos combates, al saqueo y al éxodo masivo de la población rural, había enormes extensiones de tierra sin cultivar. El ganado antes abundante había disminuido enormemente, tanto por la venta al otro lado de la frontera para comprar armas como por haber sido sacrificado para el consumo alimenticio. Mucha gente se había arruinado porque el papel moneda convencionista no fue aceptado por los carrancistas, pero ni siquiera los billetes de la facción vencedora valían gran cosa, y muchos comerciantes y productores se negaban a aceptarlos. La mayoría de las minas y fábricas estaban cerradas.[58]

Agravaban estas dificultades la destrucción y las interrupciones en gran escala del sistema de transportes, de por sí atrasados. Sólo el 16% de los vagones de ferrocarril estaban en servicio.[59] Grandes secciones del sistema ferroviario estaban al servicio de los militares. Había interrupciones casi diarias en los viajes debido a los ataques de las facciones rivales o de los bandidos.

Aparte de sus intentos, en gran medida fallidos, de estabilizar al país extendiendo su control a todo el territorio, la estrategia económica de Carranza era doble. En cuanto a los hacendados y empresarios mexicanos, Carranza esperaba estimular la reanudación de la actividad económica mediante el restablecimiento en gran medida de las condiciones anteriores a la revolución. Piedra angular de esta estrategia era la devolución de las tierras a los hacendados. Con el fin de dar a éstos incentivos suficientes para que cultivaran y vendieran sus cosechas y para dar nuevos estímulos a la economía, Carranza comenzó, a fines de 1916, a sustituir su papel moneda con monedas de oro y plata. Al mismo tiempo procuró proteger tanto a los hacendados como a los empresarios mexicanos de las demandas de las clases bajas prohibiendo casi todas las huelgas y limitando drásticamente la reforma agraria. No hay pruebas, salvo en unas pocas regiones en que la economía prosperaba, como Yucatán, de que Carranza intentara aumentar en forma considerable los impuestos a las clases altas mexicanas. Por otra parte, en relación con las empresas extranjeras, tales como las compañías petroleras que prosperaban a pesar de la revolución (y cuyos impuestos habían sido mínimos durante el porfiriato), Carranza puso en práctica una estrategia que se apartaba de la política porfirista tradicional. A estas empresas se les aumentaron los impuestos, mientras que a otras extranjeras que habían interrumpido sus actividades, sobre todo las mineras, se les amenazó con multas y confiscaciones si no reanudaban la producción, abandonando así la tradicional política porfirista de *laissez-faire*.[60]

Es difícil evaluar los resultados de todas estas políticas, ya que son muy

escasos los datos estadísticos para el periodo revolucionario y hasta ahora se ha investigado muy poco el tema.

Una de las características sobresalientes de la economía mexicana en el periodo 1916-18 fue su falta de uniformidad. Algunos sectores de la exportación se desarrollaron a ritmo muy acelerado, sobre todo la producción petrolera que creció sin interrupción durante todo el periodo revolucionario. Estos aumentos, sin embargo, no tenían nada que ver con la política de Carranza. Los campos petroleros, casi todos los cuales estaban localizados cerca de la costa del Golfo de México, constituían prácticamente un enclave extraterritorial protegido por buques de guerra extranjeros, amenazas norteamericanas de intervención y fuerzas "revolucionarias" al mando del general Manuel Peláez, financiadas en gran medida por las compañías petroleras.

La producción de las minas, que no gozaban de tal extraterritorialidad y estaban dispersas por todo el territorio mexicano, aumentó más lentamente, pero aumentó. El alza en el precio de los minerales debida a la entrada de los Estados Unidos en la guerra mundial fue un gran incentivo para que las compañías mineras reanudaran su producción. También favoreció dicha reanudación un cambio en la política de Pancho Villa. En enero de 1916 sus hombres habían fusilado a unos ingenieros de minas norteamericanos que se dirigían a reabrir una mina localizada en el norte de México. Villa había querido demostrarle tanto a Woodrow Wilson como a los hombres de negocios norteamericanos que no podrían operar en México sin su ayuda. Hacia 1917 se había convencido de que el único medio por el cual podría financiar sus acciones militares era cobrando contribuciones a las empresas mineras norteamericanas. El requisito indispensable para tal fin era, obviamente, permitir que las minas operaran. No hay ningún informe de que las tropas de Villa hayan fusilado a ingenieros o mineros extranjeros después de 1917.

Los precios cada vez más altos que se pagaban en los Estados Unidos por algunos productos agrícolas estimularon algunos tipos de producción de exportación en México. Hubo un gran aumento en las ventas de henequén de Yucatán y de garbanzos sonorenses.

La producción de bienes manufacturados y, sobre todo, de alimentos para el mercado nacional aumentó muy lentamente durante la presidencia de Carranza, en los casos en que efectivamente aumentó. La inseguridad reinante en el campo a causa de la guerra y el bandidaje, las exacciones militares y gubernamentales, y la especulación tanto de los hacendados como de los funcionarios, contribuyeron al aumento de los precios y a la escasez. Las dificultades causadas por el mal funcionamiento de los ferrocarriles y demás medios de transporte fueron agravados por las restricciones norteamericanas a las exportaciones a México, incluida la de alimentos. Durante 1917 y 1918 hubo, por lo tanto, una situación crítica de ham-

bre extrema en gran parte del país. Patrick O'Hea, vicecónsul británico en Torreón, describió vívidamente la situación que se vivía en una zona considerada relativamente próspera, la región algodonera de La Laguna. En noviembre de 1917 informó que

> con respecto a las condiciones que prevalecen entre las clases más pobres, no cabe duda de que en el próximo invierno se enfrentarán a condiciones peores que las que pueda recordar la actual generación.
>
> Los salarios siguen basándose más o menos en la escala vigente en el año prerrevolucionario de 1913, mientras que el costo de los artículos de primera necesidad ha aumentado hasta tres veces en promedio respecto al costo de los mismos artículos hace cuatro años.
>
> Aun así el trabajador del distrito de La Laguna goza de una situación privilegiada en comparación con la mayoría de sus compañeros fuera de ella, porque, aunque los salarios sean insuficientes, y aunque haya mucho desempleo, no hay al menos la miseria absoluta y la falta casi completa de alimentos que es causa de enfermedad y muerte en todo el país.[61]

No había nada de muy revolucionario en la política económica nacional de Carranza. Lo que éste se propuso fundamentalmente fue restablecer las condiciones del porfiriato en beneficio de grandes segmentos de la clase alta tradicional de México y de su nueva burguesía. El propósito de Carranza era el de ganarse a estos grupos a expensas tanto de los intereses extranjeros como de las clases más bajas de la sociedad mexicana, sobre cuyos hombros había de caer la carga de los costos de la revolución. Por razones obvias, a Carranza le fue mucho más fácil imponer dicha carga a los pobres que a los intereses extranjeros.

El presidente mexicano esperaba que, al ir recuperándose la economía, se iría reduciendo la carga soportada por los pobres y entonces lograría ganarse su apoyo. En general, la estrategia de Carranza logró sus objetivos, aunque la recuperación económica fue mucho más lenta de lo que él había esperado. Con significativas excepciones, sobre todo en el sureste de México, el grueso de los hacendados tradicionales y la nueva burguesía permanecieron leales a Carranza hasta 1920.

Es mucho más difícil estimar los efectos que tuvo esta política sobre las clases inferiores. Hubo vínculos pero de ninguna manera una correlación automática entre los niveles de vida y la lealtad al régimen de Carranza. La complejidad de estos vínculos puede deducirse de la situación en Yucatán, en Veracruz y en La Laguna, donde la recuperación económica fue mucho más rápida que en la mayor parte del resto del país. Allí, en consecuencia, la clase alta tradicional había recuperado gran parte de su riqueza y poder. Esto empezó a preocupar a los comandantes militares de

Carranza, quienes alentaron a los peones de las haciendas yucatecas y de La Laguna y a los obreros veracruzanos a organizarse y obtener mejores condiciones. Estos peones cumplieron, en efecto, con lo esperado por Carranza cuando se mantuvieron ajenos a las rebeliones anticarrancistas antes de 1920, pero se fueron radicalizando cada vez más y tendieron a independizarse en forma creciente del gobierno central.

En cambio, en estados como Aguascalientes, donde las condiciones seguían siendo pésimas, muchos de los peones tendieron a congregarse en torno a los hacendados, considerando que éstos constituían el único grupo capaz de asegurar su alimentación y supervivencia.

Un factor frecuentemente más decisivo aún para definir la actitud de grandes grupos de la población respecto a Carranza fue la capacidad de éste de protegerlos del pillaje y el despojo. En muchos sentidos esta protección parecía un problema todavía más difícil para Carranza que el de la recuperación económica, ya que los ejércitos contra los cuales la mayoría de la población buscaba amparo eran los suyos propios.

En una amarga carta dirigida a Carranza desde Chihuahua Francisco Murguía, el general a quien el presidente mexicano había enviado a combatir a Villa, declaró que mucha gente se había unido a Pancho Villa por despecho, debido a las exacciones y al pillaje que habían sufrido a manos de las tropas del gobierno.[62]

Aun cuando hubiera querido, Carranza no tenía el poder suficiente para cambiar sus ejércitos ni para frenar a sus propios generales. Se produjo así un círculo vicioso: cada vez que aparecía un grupo rebelde, Carranza enviaba sus tropas a combatirlo. Pero estas tropas generaban tal oposición por su comportamiento, que muchos civiles antes indiferentes se unían a los rebeldes. El gobierno emprendía entonces acciones represivas que hacían engrosar aún más las filas de los rebeldes.

Charles K. Furber, un terrateniente británico secuestrado en 1918 por rebeldes en el estado de Guanajuato y liberado sólo después de haber accedido a pagar un gran rescate, tuvo amplia oportunidad de conversar con sus captores y de describir los motivos de su levantamiento contra el gobierno:

> Durante mi estancia con los bandidos procuré enterarme de sus motivos para levantarse en armas, y descubrí que al parecer habían sido orillados a ello por las acciones del gobierno. La región se compone en gran medida de pequeños pueblos y terrenos que los circundan. Al comenzar la revolución, los habitantes vivían en relativa comodidad, en sus propias casas, y eran dueños de ganado y animales, cultivando cada uno su pedazo de tierra. Los pueblos tenían sus pequeñas tiendas y su iglesia y la gente vivía contenta y feliz. Las tropas del gobierno fueron allí y empezaron a robar animales, bienes muebles y demás pertenencias; a los due-

ños que se resistían se les tildaba de bandidos, se incendiaban sus casas, se les robaba todo y muchos eran asesinados. Los que sobrevivieron se fueron a las montañas, consiguieron un rifle e hicieron todo lo que pudieron para defender lo poco que les quedaba por defender: sus vidas. Cuando finalmente se reunieron en una banda y se hicieron demasiado fuertes para el gobierno, se les ofreció un armisticio. Unos cuantos aceptaron, fueron desarmados y fusilados. La situación actual de esta gente es de extrema dificultad: no pueden rendirse porque el gobierno los mata, no pueden trabajar en los montes porque no tienen garantías ni dinero, y si bajaran a la llanura y encontraran trabajo pronto serían denunciados y muertos. La gran mayoría de ellos están cansados de la vida que llevan con todas sus privaciones y peligros, y con gusto depondrían las armas y se pondrían a trabajar si sólo el gobierno les diera alguna protección y medios de trabajo. Pero en lugar de esto el gobierno trata de combatirlos. y no veo perspectiva alguna de éxito para tal procedimiento.[63]

El resentimiento de la población local era exacerbado por el hecho de que las tropas carrancistas casi siempre provenían de otras partes del país, mientras que los rebeldes eran gente de la localidad.

Carranza, tomando una osada medida que tuvo bastante éxito, decidió romper este círculo vicioso armando a grandes sectores de la población civil. A medida que el poder central se quebrantaba y las bandas armadas merodeaban por el campo, surgieron en muchas partes del país milicias locales llamadas "defensas sociales". Éstas intentaban mantener alejados de sus pueblos o aldeas a los intrusos (categoría que con frecuencia incluía a todos los forasteros). Carranza reconoció oficialmente a muchas de estas milicias, les proporcionó armas, organizó nuevas "defensas sociales", y al mismo tiempo intentó someterlas a algún tipo de control gubernamental.

En aquellas partes del país donde la actividad guerrillera era motivada fundamentalmente por la cuestión agraria, la estrategia de Carranza no tuvo gran éxito. No logró establecer una red efectiva de "defensas sociales" en Morelos para combatir a Zapata ni ganar de esta manera apoyo popular.

La situación, en cambio, fue muy distinta en aquellas partes del país donde el principal motivo de rebelión era el resentimiento causado por las depredaciones de las tropas gubernamentales. Allí Carranza armó a grupos bastante numerosos de civiles indicándoles que, si mantenían a los rebeldes lejos de sus pueblos y ciudades, sus propias tropas tampoco entrarían en ellos. Además, las armas entregadas a la población civil eran una garantía adicional en caso de que las tropas federales violaran el compromiso implícito contraído por Carranza y empezaran a saquear pueblos y ciudades.

Los esfuerzos de Carranza ganaron popularidad cuando éste se negó, en algunos casos, a subordinar las "defensas sociales" al ejército, instituyendo un mando independiente para ellas. Las "defensas sociales" no eran únicamente un instrumento para derrotar a los opositores de Carranza, sino también un medio de contrarrestar el creciente poder de su propio ejército sobre el cual tenía un control muy limitado.

El mayor éxito obtenido por Carranza con dicha estrategia se dio tal vez en Chihuahua, donde la utilizó contra Villa después del retiro de la expedición punitiva. Al cabo de siete años de guerra y revolución, con un breve intermedio de dos años de paz (1914-15), una gran parte de la población estaba cansada de la guerra, desilusionada y dispuesta a aceptar a cualquiera que garantizara la paz y la tranquilidad. En consecuencia, miles de hombres muchos de ellos ex-villistas, ingresaron en las "defensas sociales". Carranza designó a Ignacio Enríquez, un político astuto, para encabezarlas. Enríquez era fundamentalmente un conservador, pero tenía dos cualidades que le ganaron muchos adeptos: una larga experiencia en la movilización de la población civil en favor de Carranza —en 1914-15 había encabezado uno de los famosos Batallones Rojos formados por obreros que Carranza creó para combatir a los convencionistas— y no se llevaba bien con los comandantes militares de Carranza en Chihuahua, lo cual aumentó su popularidad entre los miembros de las "defensas sociales".[64]

La efectividad de estas milicias estatales queda demostrada por el desesperado llamamiento que les dirigió Villa en diciembre de 1918. Villa acusó a Carranza de haber instaurado un gobierno de los ricos, de traicionar los ideales de la revolución mexicana de 1910 y de poner en peligro al país con su política internacional, que podría fácilmente provocar una invasión norteamericana. Sin embargo, las imputaciones más fuertes de Villa se referían a lo que sucedía en el estado mismo. Acusó a Carranza y a sus comandantes de robarse gran parte de las riquezas de Chihuahua y sacarlas del estado, y de traer soldados "de fuera, hombres metidos al ejército por la leva o sacados de las cárceles con el fin de robarse oficialmente nuestras riquezas y destruir nuestro bienestar".[65]

El llamamiento de Villa estaba cargado de amenazas. Villa recalcó que hasta 1918 siempre había perdonado la vida de todos los prisioneros tomados a las "defensas sociales", poniéndolos en libertad después de ser capturados. Pero si las "defensas sociales" seguían combatiéndolo se vería obligado a tomar medidas mucho más enérgicas. Tales medidas consistirían fundamentalmente en el exterminio de las milicias locales. Finalmente Villa instaba a las "defensas sociales" a unírsele en defensa de la soberanía de Chihuahua contra Carranza. Aunque Villa seguía gozando de apoyo en el estado, lo cual le permitió continuar en la lucha hasta hacer su paz con el gobierno en 1920, su llamamiento a las "defensas sociales" cayó en oídos sordos, no sólo porque muchos chihuahuenses estaban cansados de la gue-

rra, sino también porque la clase media del estado se había vuelto contra Villa después de su derrota en 1915. Sólo se le había unido con renuencia en un principio, cuando parecía indudable que sería el triunfador y parecía capaz de ofrecerles posiciones importantes tanto en el gobierno nacional como en el estatal. Su derrota puso fin a tales esperanzas y la inflación que causó su papel moneda había arruinado a muchos. Los miembros de esta clase media, junto con los de la alta, se convirtieron en los opositores más activos de Villa en Chihuahua. Al armarlos y darles la posibilidad de resistirse a las exacciones de las tropas federales, Carranza había eliminado el último motivo de oposición a su régimen que tenía la clase media en Chihuahua.

En México en general, sin embargo, el principal medio de que se sirvió Carranza para obtener apoyo popular no fue la creación de milicias civiles, sino la manipulación del nacionalismo mexicano. Mientras la expedición punitiva permaneció en México, el prestigio de Carranza sufrió, ya que no podía y, según muchos, no quería expulsar a los norteamericanos. Después de la batalla de El Carrizal, pero sobre todo cuando la expedición punitiva salió de México, en febrero de 1917, su prestigio volvió a crecer. Tras la partida de los norteamericanos, Carranza sacó provecho de sus actitudes y políticas nacionalistas. A diferencia de lo que ocurría con sus promesas de reforma social, había un amplio consenso en el sentido de que en el caso de su nacionalismo, Carranza hablaba en serio y pensaba llevar a la práctica la política que proclamaba.

Esta estrategia permitía a Carranza aprovechar el sentimiento nacionalista del país y debilitar la tradicional noción de "determinismo geográfico". Mientras duró la primera guerra mundial y Alemania no fue derrotada, a muchos mexicanos les parecía que alinearse con Alemania era el único medio efectivo de poner fin a la influencia decisiva que los Estados Unidos habían ejercido y seguían ejerciendo en México.

Sería un error, sin embargo, considerar el nacionalismo de Carranza sólo como un medio de distraer la atención popular del incumplimiento de sus promesas de reforma social. El nacionalismo de Carranza era auténtico, y se proponía objetivos concretos con su política, aunque tales objetivos se quedaban cortos respecto de los principios y derechos enunciados en la Constitución de 1917.

En los años de 1934 a 1940, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, la Constitución mexicana fue el fundamento jurídico e ideológico de la expropiación y nacionalización de las compañías petroleras extranjeras y del reparto entre los campesinos mexicanos de haciendas y plantaciones de propiedad extranjera.

No hay la menor prueba de que Carranza en algún momento haya deseado apoyarse en la Constitución, a cuyos artículos más radicales se había opuesto, para tomar medidas semejantes. Su política nacionalista era mucho más modesta, tenía objetivos más limitados, y seguía imbuida de las tradiciones porfirianas. Como sus antecesores del porfiriato, Carranza esperaba contrarrestar la influencia económica y política de los Estados Unidos con una mayor presencia europea en México. Para Carranza (como para Reyes, cuyo partido aquél había apoyado, aunque no para los "científicos") Europa había dejado de significar Inglaterra y Francia y ahora quería decir fundamentalmente Alemania.

A diferencia de sus antecesores porfiristas, Carranza se proponía aumentar los impuestos pagados por los extranjeros, ejercer cierto control sobre su adquisición de propiedades mexicanas, y obligarlos a renunciar a su derecho de pedir protección a sus respectivos gobiernos.

Era sobre todo a esta política que se oponían vigorosamente las compañías petroleras y el gobierno norteamericano, aunque Woodrow Wilson, a diferencia de las compañías petroleras, no creía que fuera motivo suficiente para justificar una intervención militar norteamericana en México.

Una de las principales razones de que Wilson asumiera esta actitud fue la probabilidad cada vez mayor de que los Estados Unidos participaran activamente en la primera guerra mundial de parte de los aliados. Fue precisamente esta probabilidad la que llevó a Alemania a activar su política mexicana hasta un grado sin precedentes, con la esperanza de que los Estados Unidos se complicaran de tal forma en México que no pudieran intervenir en Europa.

IV

La política del riesgo: la presidencia de Carranza, 1917-1920

9. ALEMANIA Y LAS FACCIONES REVOLUCIONARIAS

Tras el estallido de la primera guerra mundial algunos de los principales jefes militares alemanes, entre ellos el jefe del Estado Mayor, Moltke, se habían hecho la ilusión de que los Estados Unidos entrarían en la guerra del lado de Alemania. El 5 de agosto Moltke comunicó optimistamente al Ministerio de Relaciones Exteriores: "La disposición en Norteamérica es favorable a Alemania [...] quizá se pueda inducir a los Estados Unidos a una acción naval contra Inglaterra, con el Canadá como premio por la victoria".[1]

Esta ilusión se desvaneció muy pronto en vista de las cada vez más íntimas relaciones británico-norteamericanas. Al mismo tiempo que las relaciones comerciales norteamericanas con Alemania habían sido interrumpidas por el bloqueo británico, la industria norteamericana ganaba importancia como proveedor de armas y provisiones para los aliados. Los objetivos principales de la política alemana hacia los Estados Unidos eran los de cortar estos suministros e impedir que ese país entrara en la guerra del lado de los aliados. Aun bajo las mejores circunstancias, estos objetivos eran difícilmente reconciliables entre sí.

Alemania utilizó diversos métodos para impedir los envíos de material de guerra norteamericano a las potencias occidentales. El más importante de ellos fue la guerra submarina. El Almirantazgo alemán planeaba declarar zona de bloqueo las aguas circundantes de la Gran Bretaña y Francia y hundir cualquier barco que entrara en ellas, independientemente de que perteneciera a un Estado beligerante o neutral. Sólo en caso de que Inglaterra se declarara dispuesta a renunciar al bloqueo de los puertos alemanes, renunciaría el alto mando naval a dichos planes. Este proyecto, sin embargo, chocó en la práctica con obstáculos importantes. Los intentos de aplicarlo condujeron a Alemania al borde de una guerra con los Estados Unidos en 1915 y 1916, y en ambas ocasiones el gobierno alemán tuvo que retroceder.

Además de la guerra submarina, Alemania intentó impedir envíos de armas de los Estados Unidos a las potencias aliadas mediante una campaña propagandística. Esta campaña indujo al diputado McLemore a presentar ante el Congreso norteamericano un proyecto de ley que de haber sido aprobado hubiera impuesto un embargo sobre el envío de armas a las naciones beligerantes. Sin embargo, las altas finanzas y la industria pesada norteamericanas, que tenían grandes intereses en la producción de armas,

así como la administración de Wilson, influyeron decisivamente en la derrota del proyecto.

PRIMERAS CONJURAS ALEMANAS CON LAS FUERZAS ANTICARRANCISTAS EN MÉXICO

Diversas acciones secretas fueron llevadas a cabo por el gobierno alemán para impedir el envío de armas norteamericanas; la más "inofensiva" de ellas, poco después del comienzo de la guerra, fue el intento de los agentes alemanes, entre ellos el agregado militar en los Estados Unidos, Franz von Papen, de comprar importantes fábricas de la industria de guerra norteamericana e imposibilitar así los suministros a los aliados.[2] Desde el principio fue una empresa inútil. En realidad se pudo interrumpir por corto tiempo el envío de ciertos armamentos mediante la compra de una fábrica en Bridgeport, pero en general no se pudo impedir por tales medios el suministro de material de guerra norteamericano. Por ello Alemania recurrió cada vez más al sabotaje.

Agentes alemanes y austriacos intentaron provocar huelgas en la industria bélica norteamericana e incluso trataron de colocar bombas en fábricas y barcos. Algunos de estos atentados tuvieron éxito —uno de los mayores astilleros norteamericanos, el Black-Tom, en Nueva York, fue incendiado el 29-30 de julio de 1916 por saboteadores alemanes—,[3] pero por lo general las operaciones secretas alemanas en los Estados Unidos, sobre todo durante los dos primeros años de guerra resultaron sumamente ineptas. El responsable de las operaciones de sabotaje, Franz von Rintelen, enviado a los Estados Unidos por el general Falkenhayn, se desempeñó tan torpemente que pronto fue descubierto por los agentes británicos y norteamericanos y finalmente detenido por los ingleses cuando regresaba a Alemania. Informes detallados sobre su actividad aparecieron poco después en todos los periódicos norteamericanos.[4] Al funcionario responsable de las finanzas de la embajada alemana en Washington, Albert, le fue arrebatado en el metro de Nueva York un portafolios que contenía importantes documentos sobre las maquinaciones alemanas. El embajador austro-húngaro en los Estados Unidos, Dumba, no tuvo mejor suerte. Éste había dado a un agente una carta sobre su actividad de sabotaje, la cual fue confiscada por los ingleses y enviada a la prensa; el gobierno norteamericano exigió inmediatamente el retiro de Dumba. El agregado militar alemán, Franz von Papen, quien a causa del descubrimiento de todas estas conspiraciones fue asimismo declarado persona non grata y tuvo que abandonar los Estados Unidos, llevaba consigo un talonario de cheques con liquidaciones para misiones de sabotaje, que cayó en manos de los ingleses cuando su barco fue registrado en un puerto británico. Debido a la incompetencia del ser-

vicio secreto alemán, no fue difícil para las autoridades militares aliadas y norteamericanas descubrir, revelar y evitar muchas de las intrigas e intentos de sabotaje alemanes, y movilizar así a la opinión pública en favor de la entrada de los Estados Unidos en la guerra del lado de los aliados.

México vino a desempeñar un papel cada vez más importante dentro de los planes alemanes encaminados a impedir los suministros norteamericanos de armas a los aliados y a evitar que los norteamericanos entraran en la guerra del lado de éstos. Los alemanes intentaron vigorosamente provocar una guerra mexicano-norteamericana, la cual no sólo hubiera interrumpido la exportación de armas norteamericanas, sino que también hubiera atado a los Estados Unidos en México y hubiera dificultado mucho su intervención en Europa. Además, los pozos petroleros mexicanos probablemente hubieran sido destruidos, privando así a la flota británica de sus importantísimos suministros de petróleo mexicano.

Las esperanzas alemanas respecto a una intervención norteamericana en México parecieron más viables que los anteriores intentos de lograr un embargo sobre el envío de armas a los aliados. La prohibición de la exportación de material de guerra era apoyada sobre todo por los germano-norteamericanos, por los irlandeses y por algunos aislacionistas, pero se enfrentaba a la oposición masiva del capital financiero norteamericano. Por el contrario, influyentes círculos económicos norteamericanos que poseían importantes intereses en México, sobre todo la Standard Oil Company, se pronunciaron en favor de una intervención norteamericana en México. Para ello contaban con el apoyo de partidarios decididos de una política dura frente a Alemania, tales como Theodore Roosevelt, y sus exigencias eran respaldadas ante la opinión pública por los periódicos de Hearst y McCormick.

Los esfuerzos alemanes por provocar una guerra entre México y los Estados Unidos se realizaban también en el lado mexicano de la frontera. En México los alemanes procuraron acercarse a los hombres y partidos políticos más diversos; trataron de incitar contra los Estados Unidos a reaccionarios extremos como Huerta o Félix Díaz y a revolucionarios como Carranza y Villa.

Hasta mediados de 1915 estas conspiraciones fueron organizadas por miembros del personal militar alemán en los Estados Unidos. Esto se debió en gran medida a que hasta marzo de ese año la legación alemana en México estuvo a cargo de un funcionario de poca categoría, Magnus, el cual se limitaba a enviar al Ministerio de Relaciones Exteriores cartas quejumbrosas sobre la situación en México. Poco antes del estallido de la guerra mundial, Hintze había sido enviado como embajador a la China, y el sucesor designado, Heinrich von Eckardt, hasta entonces ministro en Cuba, no ocupó su puesto sino hasta 1915. Por petición de Bryan, quien quizá ya entonces temía una intromisión alemana en México, Eckardt per-

maneció durante varios meses alejado de su cargo.[5] No fue sino hasta marzo de 1915 cuando, contra la voluntad del Departamento de Estado norteamericano, se trasladó a México y pronto se convirtió en el centro de las intrigas alemanas locales.

La primera y más conocida conspiración alemana que tenía por objeto desatar una guerra mexicano-norteamericana, fue organizada con la ayuda de Papen y del agregado naval Boy Edd por Franz von Rintelen, un antiguo representante del Deutsche Bank en México, quien había sido enviado por el Estado Mayor alemán a los Estados Unidos.

Rintelen llegó a Nueva York el 3 de abril de 1915 e inició de inmediato una amplia operación de sabotaje. Sin embargo, muy pronto se convenció de que los envíos norteamericanos de armas a los aliados nunca se podrían impedir mediante el sabotaje únicamente. Esto le confirió una importancia aún mayor a sus planes relativos a una guerra mexicano-norteamericana.

> Yo había estudiado —escribió en sus memorias— la situación de la política exterior de los Estados Unidos y comprendí que el único país del que éstos tenían que temer era México. Si México atacaba a los Estados Unidos, éstos necesitarían todas las armas que pueden producir y no estarían en condiciones de exportarlas a Europa.[6]

En febrero Rintelen ya se había puesto en contacto con Huerta, quien se encontraba entonces en España, prometiéndole armas y dinero si se comprometía a hacer la guerra contra los Estados Unidos en caso de que triunfara su partido. Más tarde se entrevistó con Huerta, quien entretanto había venido asimismo a Nueva York, y concertó con él el siguiente acuerdo: Alemania desembarcaría armas en la costa mexicana por medio de submarinos, proporcionaría a Huerta fondos adicionales para la compra de armas y lo apoyaría moralmente. A cambio de ello, Huerta se obligaba a iniciar la guerra contra los Estados Unidos. El gobierno alemán había dispuesto 12 millones de dólares para este plan; 800 000 dólares habían sido depositados como anticipo en bancos cubanos y mexicanos a nombre de Huerta.[7]

Rintelen tenía el problema de saber cómo le podría garantizar Huerta que realmente mantendría su promesa de atacar a los Estados Unidos dado que Huerta no se había distinguido precisamente por ser fiel a su palabra. Probablemente Rintelen contaba con que los norteamericanos tratarían por todos los medios, incluida la intervención militar, de derrocar a Huerta, de modo que, independientemente de los deseos de Huerta, la guerra entre los Estados Unidos estallaría si el antiguo presidente volvía al poder.

Rintelen confió la realización del plan por él dispuesto a Papen y Boy Edd. Pero la conspiración fue descubierta por oficiales de los servicios secretos norteamericano y británico, que habían seguido cada paso de Huerta y habían logrado enterarse de su conversación con Rintelen. Al dirigirse a México, en donde Orozco, entre otros, habían hecho preparativos para una rebelión, Huerta fue arrestado por la policía norteamericana antes de que pudiera cruzar la frontera.[8] Huerta se puso en contacto entonces con Bernstorff y le pidió que cuidara del bienestar de su familia. Bernstorff, que no quería verse relacionado con Huerta, entregó su carta al gobierno norteamericano, supuestamente sin haberla visto ni contestado. Wilson comentó al respecto: "Esto es verdaderamente asombroso".[9]

Debido a su participación en este complot y otras intrigas, Papen y Boy Edd fueron expulsados de los Estados Unidos a fines de diciembre de 1915.

Antes de su expulsión, sin embargo, Papen había tomado contacto con un representante de las fuerzas cercanas a Huerta. Se trataba de Gonzalo Enrile, quien se hacía pasar por coronel del ejército mexicano y había jugado un importante papel en la rebelión de Orozco contra Madero en 1912. Con su ayuda, Papen esperaba ganarse a Félix Díaz, quien había hecho saber que estaría dispuesto a colaborar con los alemanes.[10] El proyecto fracasó. Las causas exactas no son conocidas; sin embargo, se puede suponer que a causa del fracaso de la conspiración huertista, Díaz no quiso ya tener ningún trato con Alemania. Sin embargo, Papen mantuvo sus contactos con Enrile; le dio una carta de recomendación y lo invitó a Berlín.[11]

A principios de 1916, Enrile, quien vivía más mal que bien como exiliado en La Habana, decidió viajar a Berlín y pedir ayuda para organizar una nueva insurrección en México. Pero antes de su salida hizo algunas insinuaciones en La Habana sobre la finalidad de su viaje, las cuales llegaron a oídos del cónsul de Carranza. Éste informó de inmediato a su gobierno que Enrile y un español habían reunido en Nueva Orléans 5 000 dólares y que querían viajar a Alemania "para conseguir allí dinero y apoyo a fin de interrumpir a cualquier precio las relaciones entre México y los Estados Unidos de Norteamérica".[12]

Enrile llegó a Madrid en febrero de 1916 y se dirigió a la embajada alemana con la carta de recomendación de Papen. El embajador pidió informes al Ministerio de Relaciones Exteriores en Berlín y recibió la respuesta de que no se tenía ningún interés en Enrile.[13] A pesar de todo, Enrile viajó a Berlín. Se apersonó en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde volvió a presentar la carta de Papen. El Ministerio se dirigió entonces a Papen, el cual recomendó que se mantuviera a Enrile "en disponibilidad",[14] porque éste podría ser de utilidad algún día; pero no pudo dar informes más detallados acerca de él. Enrile fue entonces recibido por el encargado de los asuntos de México en el Ministerio, Montgelas, ante el cual se presentó como representante de todas las fuerzas opuestas a Carranza. Afirmó que representaba tanto a Félix Díaz como a todos los antiguos políticos porfiristas que vivían en el exilio, tales como el ex-presidente

De la Barra y el antiguo ministro de la Guerra de Huerta, Blanquet, y también a los revolucionarios Villa y Zapata. Pidió al gobierno alemán 300 millones de dólares con el objeto de comprar armas para una fuerza de 200 000 hombres —la "Guardia Nacional"— que decía tener a su disposición para derrotar a Carranza. A cambio de ello, prometía un tratado secreto entre Alemania y el gobierno formado por las fuerzas representadas por él, el cual ofrecía a Alemania, entre otras cosas:

1. Una política mexicana favorable a Alemania y orientada contra los intereses de los Estados Unidos;
2. La creación de un ejército fuerte, que invadiría el territorio norteamericano en el momento más conveniente para Alemania y México;
3. La expulsión del capital norteamericano mediante medidas legales;
4. Concesiones a Alemania en ferrocarriles, petróleo, minería y comercio;
5. Apoyo a los movimientos separatistas existentes en algunos estados del sudoeste de los Estados Unidos (Texas, Arizona, Nuevo México y California);
6. Garantías a Alemania sobre empréstitos y suministros de armas y municiones en la forma requerida por Alemania.[15]

Es poco probable que haya habido algo de verdad en las afirmaciones de Enrile sobre las fuerzas que alegaba representar. Los reaccionarios no eran ni con mucho tan fuertes como él afirmaba y Zapata nunca hubiera considerado una alianza con Alemania o con las fuerzas de Díaz. Aun cuando los datos de Enrile sobre las fuerzas representadas por él hubieran correspondido a la realidad, en abril de 1916 el gobierno alemán no estaba interesado en el financiamiento de una rebelión contra Carranza. Hacía poco que los norteamericanos habían entrado en México, y cada vez se hacía más probable una guerra mexicano-norteamericana. Pero cuanto más inevitable parecía esta guerra, tanto más inclinado a Alemania se mostraba Carranza. Así, pues, los planes de Enrile contradecían totalmente las intenciones y los intereses del gobierno alemán y por lo tanto fueron rechazados. Pero esto se hizo muy cortésmente, pues se quería mantener a Enrile "en disponibilidad'. Se le explicó que

> las relaciones de Alemania con los Estados Unidos son en la actualidad completamente normales, y que por el momento está descartada toda intromisión en las diferencias norteamericano-mexicanas [. . .] nosotros no hemos perseguido allí fines políticos, pero queremos una puerta abierta e igualdad de trato. En la medida en que la nueva "Guardia Nacional" pueda trabajar en esta línea y unificar los elementos enfrentados en México, esto también sería bien acogido en Alemania.[16]

El Ministerio de Relaciones Exteriores remitió a Enrile al Estado Mayor, el cual consideró la "posibilidad de usarlo en labores de espionaje en Francia".[17] Por razones que no se hicieron claras, pero probablemente porque se le suponía espía de los aliados, se abandonó el proyecto de usarlo como agente. Enrile fue vigilado constantemente por la policía durante su estancia en Berlín. Aunque su habitación fue registrada y toda su correspondencia confiscada, no se le pudo probar nada.[18] Cuando abandonó Alemania poco después, intentó obtener alguna compensación por sus gastos de viaje. El Ministerio de Relaciones Exteriores, que no lo había invitado, se negó a ello, pero indicó la posibilidad de un reembolso por parte de las autoridades militares que habían extendido la invitación. Las autoridades consultaron a Papen, y éste, cuya reputación había sufrido a causa de gastos improductivos de tal índole, hizo saber que Enrile había sido invitado (¡por el agregado militar!) para "conversaciones de tipo económico", y que Alemania por lo tanto debía abstenerse de conceder cualquier reembolso.[19]

La afirmación del Ministerio de Relaciones Exteriores, según la cual Alemania no tenía ningún interés político en México y no deseaba provocar ningún conflicto entre México y los Estados Unidos, podría dar la impresión de que las intrigas y conspiraciones alemanas habían sido efectuadas sin el conocimiento o en todo caso sin la aprobación del Ministerio de Relaciones Exteriores. Éste, por supuesto, no era el caso. Otra operación, que apuntaba asimismo a provocar una guerra mexicano-norteamericana, demostró que el Ministerio de Relaciones Exteriores estaba tan implicado como los militares en estas actividades. Esta operación fue iniciada al mismo tiempo que la conspiración con Huerta, sólo que en este caso el objetivo era ganarse a Villa.

En mayo de 1915 el jefe de la propaganda alemana en los Estados Unidos, Bernhard Dernburg, presentó al futuro jefe del Almirantazgo, almirante Henning von Holzendorf, un detallado informe sobre los embarques norteamericanos de material de guerra a los aliados. También comunicó en su escrito una conversación que tuvo con Felix Sommerfeld, el representante de Villa en los Estados Unidos. Sobre esta conversación, hizo las siguientes observaciones:

> Todos los contratos de los productores de armas contienen una cláusula según la cual los mismos quedan nulificados en el momento en que los Estados Unidos sean arrastrados a un conflicto. La política de los Estados Unidos hacia México es de todos conocida, y podemos estar seguros de que el gobierno de los Estados Unidos hará todo lo posible por evitar una intervención en México. Las autoridades militares de los Estados Unidos, por el contrario, están a favor de una intervención e igualmente las gubernaturas de Texas y Arizona, que se encuentran directamente en la frontera de México. Hace cerca de dos meses tuvo lugar un incidente

en la frontera con Arizona, que casi provocó una intervención. En esa fecha el jefe de Estado Mayor norteamericano fue enviado por el presidente Wilson a la frontera por consejo del secretario de la Guerra, Garrison, para negociar con Villa. Estas negociaciones se efectuaron por conducto de Felix A. Sommerfeld, y en tal momento le hubiera sido muy fácil a este último, como él mismo me lo hizo saber reiteradamente, provocar una intervención. Tal intervención en este momento tendría las siguientes consecuencias para Alemania:

Un embargo de todos los pertrechos destinados a los aliados, y dado que, como es sabido, los aliados dependen de los Estados Unidos por lo que se refiere a municiones y material de guerra, un rápido triunfo de Alemania, así como una limitación a los créditos de los aliados y además un viraje en la política de los Estados Unidos, lo cual favorecería también a Alemania. Por otra parte, Felix A. Sommerfeld también tuvo vacilaciones en cuanto a forzar una intervención con Villa, dado que no conoce las intenciones de Alemania respecto a los Estados Unidos, y tampoco sabe cuáles son los deseos de Alemania para el futuro en lo tocante a su política hacia los Estados Unidos y no quiere correr el riesgo de contrariar la política alemana o de empeorar la situación en vez de mejorarla, mediante una medida apresurada. Esta oportunidad parece presentarse de nuevo en fecha próxima, y Felix Sommerfeld lo ha comentado conmigo. Está firmemente convencido de que puede provocarse una intervención de los Estados Unidos en México. Los aliados han hecho aquí un pedido de 400 000 fusiles, de los cuales dos fábricas, la Winchester y la Remington, enviarán 200 000 cada una: la entrega será de 14 000 a 18 000 unidades por mes, comenzando en el otoño. Además, los aliados hicieron un pedido de 100 000 fusiles franceses. Algunas otras fábricas que hasta ahora no producían ningún material de guerra, comienzan a fabricarlo. Fuera del señor Sommerfeld, que es el artífice de esta idea, sólo yo estoy al tanto de sus planes. Ambos nos hemos cuidado de tratar este asunto con el embajador alemán aquí, dado que estamos convencidos de que cuanto menos se sepa de ello, será mejor, y además, de que este delicado asunto sólo puede ser decidido directamente en el nivel adecuado. Luego de que se considere este informe, pido que de alguna manera se le comunique al señor Felix A. Sommerfeld, directamente a través de mí, un "sí" o un "no". Finalmente, quisiera mencionar aún que nosotros dos, Felix A. Sommerfeld y yo, damos nuestra palabra de honor como ciudadanos alemanes, de que cualquiera que sea la decisión, no hablaremos de esto con nadie.[20]

El almirante Henning von Holzendorf remitió este informe al secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores, von Jagow, para su dictamen y resolución. Su respuesta no dejó nada que desear en claridad:

En mi opinión, la respuesta es absolutamente "sí". Aun cuando no se puedan detener los envíos de municiones, de lo cual no estoy muy seguro, sería muy deseable que Norteamérica se viera envuelta en una guerra y que su atención fuera distraída de Europa, donde claramente simpatiza con Inglaterra. Los norteamericanos no están interviniendo en los asuntos de China, y en consecuencia una intervención en México, forzada por las circunstancias, sería la única maniobra de diversión que podría imponérsele al gobierno norteamericano. Más aún, dado que por el momento nosotros no podemos hacer nada en México, una intervención norteamericana sería también lo mejor para nuestros intereses allí.[21]

El 10 de marzo de 1916 Villa atacó la ciudad de Columbus en la frontera suroeste de los Estados Unidos. ¿Fue este ataque el resultado del complot entre Sommerfeld y el gobierno alemán? Los documentos alemanes no dan ninguna respuesta a esta pregunta. Sin embargo, se pueden extraer ciertas conclusiones de los comunicados norteamericanos, aun cuando falta la confirmación definitiva.

El personaje clave en esta conspiración era Felix A. Sommerfeld, uno de los miembros más interesantes del sombrío ejército de espías, agentes dobles y representantes de intereses extranjeros que pululó en México una vez iniciada la revolución. Sommerfeld fue uno de los más capaces —y extraños— de estos hombres. Era, indudablemente, como lo expresaron los funcionarios del Departamento de Justicia norteamericano que lo entrevistaron en 1918, "un soldado de fortuna".[22] Nacido en Alemania en 1879, en una familia de clase media, comenzó a estudiar minería e ingeniería en la Universidad de Berlín en 1896. Pronto se aburrió de los estudios y en 1896 decidió abruptamente marcharse a los Estados Unidos sin informar a su familia. Dos años después, en 1898, estalló la guerra hispano-americana, y Sommerfeld ingresó en el ejército norteamericano para ir a combatir en Cuba. Al poco tiempo cambió de opinión y decidió regresar a Alemania, supuestamente según declaró más tarde, por haber enfermado gravemente su padre. Lograba fácilmente vencer obstáculos que a otros les hubiera sido muy difícil superar, tales como su ingreso en el ejército norteamericano y el hecho de que carecía de fondos para el viaje de regreso. En cuanto al ejército, sencillamente pidió licencia y luego desertó. Al segundo problema le dio una solución igualmente sencilla. Había estado viviendo con un hombre apellidado Zimmerman, amigo de su hermano; le robó 250 dólares y con ellos pagó su boleto y gastos de regreso. Un año más tarde, en 1899, se unió al contingente especial de fuerzas alemanas que fue enviado a China a reprimir la rebelión de los Boxers. Combatió durante un año contra los revolucionarios chinos y regresó a Alemania donde al parecer terminó sus estudios. A principios del siglo XX volvió a emigrar a los Estados Unidos, donde trabajó como ingeniero mi-

nero y especuló con propiedades mineras en el suroeste.[23] De allí se trasladó al norte de México y se estableció en Chihuahua, donde trabajó ensayando minerales. Obviamente no tuvo mucho éxito en esta profesión e intentó complementar sus ingresos trabajando como ayudante del corresponsal de la Associated Press en el norte de México una vez que estalló la revolución. Fue así como estableció su primer contacto con Madero, logrando ganar su confianza en poco tiempo. Esto se debió en gran medida a su talento de demagogo, como informó Letcher, el cónsul norteamericano en Chihuahua, que lo conocía bien: "Aprovechó la credulidad, inexperiencia y blandura de Madero y pronto ejerció sobre él una influencia decisiva que continuaría hasta la muerte de éste".[24] Madero tenía tal confianza en Sommerfeld que lo nombró jefe de su policía secreta en la capital mexicana y más tarde en los Estados Unidos. En el ejercicio de dicho cargo viajaba constantemente a la frontera con objeto de prevenir cualquier levantamiento de los enemigos de Madero en dicha región.[25] Sommerfeld consolidó su relación con el presidente mexicano haciéndose pasar por revolucionario y demócrata, algo que, según Letcher, no era en absoluto. Según contó Letcher, podía hablar "con elocuencia y ardor sobre la democracia en México. En el fondo de su corazón, sin embargo, como indican conversaciones confidenciales con él, es un monárquico y absolutista convencido, que cree firmemente que los monarcas y los gobiernos absolutistas son los únicos que tienen sentido".[26] Probablemente veía en los revolucionarios mexicanos algo muy semejante a los Boxers chinos, a quienes ayudó a exterminar.

Mientras trabajaba al servicio de Madero, Sommerfeld estableció relaciones muy estrechas con dos grupos con los cuales tendría contactos aún más estrechos en años posteriores: el gobierno alemán y los círculos económicos norteamericanos. Sus relaciones con los alemanes eran tan íntimas que Hintze, el ministro alemán, lo utilizó como intermediario en 1912 cuando quiso averiguar si el gobierno mexicano tenía intenciones de firmar un tratado de reciprocidad con los Estados Unidos. Durante la Decena Trágica, Hintze le concedió asilo en la legación alemana y se encargó de gestionar su salida del país. Sommerfeld se dirigió entonces a Washington,[27] donde renovó y fortaleció una relación iniciada durante el periodo maderista con un personaje todavía más tortuoso que él mismo, Sherbourne G. Hopkins. Éste era uno de los agentes más influyentes de los intereses económicos norteamericanos ante el gobierno de los Estados Unidos y, según Hintze, organizador de revoluciones latinoamericanas promovidas y financiadas por dichos intereses.[28] Hopkins proporcionó fondos a Sommerfeld y le indicó que se pusiera a disposición de Carranza.[29] Con el talento retórico que lo caracterizaba, Sommerfeld pronto se convirtió en el intermediario que gestionó las negociaciones entre Carranza y William Bayard Hale, representante especial de Woodrow Wilson. Carranza llegó a tener

tal confianza en Sommerfeld que lo envió a Chihuahua a trabajar con Villa y a espiar sus actividades.[30] Sommerfeld espió a Villa, pero no en beneficio de Carranza. Al parecer envió informes sobre la situación en México tanto al agregado naval alemán en los Estados Unidos, Boy Edd, como a Hopkins.[31] Al mismo tiempo se ganó la confianza de Villa y se convirtió en uno de sus principales agentes en los Estados Unidos y en intermediario suyo ante los militares norteamericanos, en particular ante el general Hugh Scott.[32] Su conexión con los revolucionarios mexicanos le resultó sumamente lucrativa, ya que obtuvo la concesión exclusiva para la importación de dinamita, la cual le reportaba ganancias de 5 000 dólares mensuales, y era además uno de los principales compradores de municiones para el ejército de Villa.[33]

Cabe preguntarse qué motivos tuvo Sommerfeld para acercarse a los agentes alemanes en mayo de 1915 y ofrecerles sus servicios. Difícilmente puede pensarse en motivos "idealistas", ya que en general actuó en forma inescrupulosa y sobre todo egoísta. Pero una guerra entre Villa y los Estados Unidos como la que él deseaba ayudar a provocar, habría puesto fin a sus lucrativos contratos. Una explicación posible de sus actos es que quizá estaba relacionado no sólo con el servicio secreto alemán, sino con otros intereses. Su conexión con Hopkins se había hecho tan estrecha que el 1o. de agosto de 1914 Zachary Cobb, representante de la Tesorería norteamericana que trabajaba en la frontera con México, hizo un informe sobre esta relación declarando que era obvio que Sommerfeld estaba al servicio de importantes grupos empresariales norteamericanos y en especial de Henry Clay Pierce, director de la Waters Pierce Corporation,[34] quien desde 1913 se había pronunciado abiertamente en favor de una intervención norteamericana en México en una reunión de las compañías que tenían intereses en los ferrocarriles mexicanos. Es muy posible que Hopkins haya dado a Sommerfeld instrucciones parecidas a las que le dio el servicio secreto alemán, aunque naturalmente por diferentes razones.

¿Estuvo implicado Sommerfeld de alguna manera en el ataque de Villa a Columbus? Lo que puede afirmarse es que durante 1915 y principios de 1916 Sommerfeld mantuvo relaciones cada vez más estrechas con el servicio secreto alemán al mismo tiempo que mantenía sus estrechos vínculos con Villa. Agentes del Departamento de Justicia norteamericano declararon que entre abril y agosto de 1915 se habían depositado 340 000 dólares en una cuenta a nombre de Sommerfeld en un banco de Saint Louis. Aunque no se pudo precisar con exactitud quién había hecho el depósito en Nueva York, dichos agentes averiguaron que en la misma fecha, el mismo banco neoyorquino había depositado dinero en una segunda cuenta en el banco de Saint Louis en que se había abierto la cuenta de Sommerfeld. La segunda cuenta pertenecía a la embajada alemana en los Estados Unidos. Ambas cuentas fueron cerradas el mismo día. Los agentes concluyeron

que debió de haber alguna relación entre las dos cuentas, y demostraron que todo el dinero de la cuenta de Sommerfeld había sido pagado a la Western Cartridge Company para el envío de armas a Villa.[35]

Sommerfeld declaró al Departamento de Justicia norteamericano que había roto todo contacto con Villa una vez que Carranza fue reconocido por los Estados Unidos, e intentó reforzar su credibilidad ante las autoridades militares norteamericanas enviando un largo telegrama de protesta a Villa después del fusilamiento de los ingenieros mineros norteamericanos en Santa Isabel. En este telegrama calificó dichas muertes como "el mayor crimen que se ha cometido en México". Le pidió a Villa que condenara este acto de violencia ante el gobierno norteamericano y que declarara simultáneamente que "no permitiría que se cobraran impuestos a los extranjeros ni se infringieran sus derechos".[36] Sin embargo, según los agentes de Carranza en los Estados Unidos, continuó comprando armas para Villa.[37] Tomando en cuenta lo limitado de esta información, puede suponerse, pero no probarse, que después de la derrota de Villa y del reconocimiento de Carranza por los Estados Unidos, Sommerfeld presionó a Villa para que atacara a los Estados Unidos, haciéndole ver la posibilidad de recibir ayuda alemana. Pero si Villa en efecto aceptó tal ayuda, ello no implica que haya adquirido obligación alguna ni que se haya puesto al servicio de Alemania, como se vería por sus acciones posteriores, sino únicamente que estaba dispuesto a utilizar los conflictos entre las grandes potencias para sus propios fines. Ésta fue una actitud asumida por muchos revolucionarios durante la primera guerra mundial. Si bien no podemos descartar la posibilidad de que los alemanes tuvieran injerencia en el ataque a Columbus, tampoco podemos comprobar documentalmente tal injerencia. Existen, en cambio muchas pruebas circunstanciales que la contradicen.

Los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán no muestran que el ataque tuviera lugar a iniciativa de Alemania, sino todo lo contrario. El 28 de marzo de 1916 el embajador alemán en los Estados Unidos, Bernstorff, quien ignoraba totalmente la conspiración Dernburg-Sommerfeld, escribió en un informe al Reichskanzler: "No debe sorprender que se haya intentado vincular el ataque de Villa a intrigas alemanas y presentar a Alemania como la verdadera instigadora de los disturbios. Naturalmente no se ha aportado ninguna prueba de esta falsa aseveración".[38] Al margen de este informe algún funcionario del Ministerio (probablemente Montgelas, el encargado de los asuntos mexicanos) escribió, junto a las palabras "falsa afirmación", el comentario "por desgracia". Esto indicaría que el Ministerio lamentaba que Alemania no hubiese tenido nada que ver con el ataque a Columbus.[39] Puede también suponerse que la Marina, a cuyo servicio estaba Sommerfeld, se habría ocupado de informar a otras dependencias del gobierno alemán de su participación en dicho ataque, de haberla tenido. En 1916-17 la Marina alemana se hallaba cada vez más envuelta en un conflicto con los dirigentes civiles de Alemania y con otras ramas de las fuerzas armadas respecto a la cuestión de la guerra submarina ilimitada. El prestigio de la Marina ante los dirigentes civiles y militares de Alemania se habría visto muy favorecido por una acción venturosa, particularmente por una provocación villista en la frontera sur de los Estados Unidos, que también tuviera la bendición del Ministerio de Relaciones Exteriores. Sin embargo, en ningún archivo alemán pertinente se puede encontrar informe o declaración alguna de la Marina en este sentido.

Más importante es el hecho de que, como vimos anteriormente, se puede dar una explicación perfectamente racional del ataque de Villa a Columbus sin ninguna referencia a Alemania.

El ataque de Villa a Columbus y la subsiguiente intervención norteamericana en México fueron, en todo caso, acogidos con entusiasmo por la diplomacia alemana y austriaca. "Mientras se sostenga esta situación en México", escribió Bernstorff al Reichskanzler el 4 de abril de 1915, "estamos, creo yo, a resguardo de cualquier acción agresiva del gobierno norteamericano".[40] Cada disminución en las tensiones entre México y los Estados Unidos, cada posibilidad de que la situación se arreglara sin recurrir a la guerra, renovaba la inquietud entre los diplomáticos de las Potencias Centrales. "Por desgracia", escribió el embajador austriaco en Washington a su ministro de Relaciones Exteriores, "está desapareciendo la esperanza de que los Estados Unidos se vean obligados a intervenir militarmente en México y de que el gobierno norteamericano se vea inducido por tal motivo a olvidar sus pretensiones ante las Potencias Centrales".[41]

La intervención norteamericana en México habría facilitado el lanzamiento de la guerra submarina ilimitada que tanto deseaban los mandos militares y navales de Alemania. "Si existe propósito reapertura de guerra submarina en forma anterior", telegrafió Bernstorff el 24 de junio de 1916, "favor de retrasar inicio hasta que Estados Unidos esté realmente comprometido en México. De lo contrario es de esperarse que el presidente negocie inmediatamente acuerdo con México y utilice guerra con Alemania para ganar elecciones con ayuda gente de Roosevelt".[42]

El gobierno alemán, sin embargo, no se limitó tan sólo a aprobar la intervención norteamericana, sino que hizo todo lo posible por agravarla. Al mismo tiempo los alemanes se esforzaban por exacerbar el estado de ánimo antimexicano en los Estados Unidos, por el otro suministraban armas y otros recursos a Villa.[43] Ya desde el 23 de marzo de 1916 Montgelas escribía:

> en mi opinión, no tiene objeto enviar *dinero* a México. Si algo se puede conseguir allí con dinero, los norteamericanos siempre nos ganarán con facilidad, ya que por una parte ellos sencillamente tienen más di-

nero que nosotros y por otra parte disponen de infinitamente más conductos que nosotros, dado que vienen trabajando desde hace mucho con tales medios en México. Las cosas serían muy diferentes si pudiéramos enviar subrepticiamente armas y municiones a Villa y sus partidas. Sin embargo, esto se dificulta porque las comunicaciones desde Veracruz con el norte de México son actualmente muy deficientes.[44]

Para el servicio secreto alemán no era difícil hacer llegar armas norteamericanas a México. El plan de comprar una fábrica de armas en Bridgeport había fracasado y las armas estaban almacenadas desde entonces en Bridgeport.[45] No hay por consiguiente ningún motivo para dudar del informe de los agentes secretos británicos según el cual estas armas fueron pasadas de contrabando desde los Estados Unidos hacia México en ataúdes y buques petroleros para entregarlas a Villa.[46] Según fuentes norteamericanas, parece ser que el consulado alemán en San Francisco participó activamente en estos envíos de armas.

Cuando se hizo cada vez más patente que a pesar de la intervención norteamericana en México no se llegaría a una guerra entre ambos países las autoridades alemanas buscaron nuevas posibilidades de provocar un conflicto armado a través de Villa. Lo que no habían conseguido los ataques fronterizos, lo conseguiría quizá un ataque a los campos petroleros mexicanos. Según declaraciones del antiguo general villista, Vargas, el cónsul alemán en Torreón, ciudad que Villa había tomado temporalmente, hizo una proposición en este sentido en diciembre de 1916. El cónsul a quien Villa conocía desde época anterior, participó en un banquete que fue ofrecido a Villa para celebrar su victoria. Después de entonar grandes alabanzas a los logros y aptitudes militares de Villa, el cónsul le propuso a éste un ataque a los campos petroleros, indicando que no había ninguna guarnición fuerte entre Torreón y Tampico. Le prometió que, en caso de que tomara Tampico, lo estarían esperando allí barcos alemanes con armas y dinero. El cónsul parece haberse incluso declarado dispuesto a acompañar a Villa, para actuar como rehén en caso de que la operación fracasara.

Según la versión de Vargas, Villa se mostró impresionado e incluso empezó a hacer preparativos para iniciar la marcha sobre Tampico. Pero en el último momento cambió de parecer y se dirigió a Chihuahua. Vargas supone que Villa temía un conflicto internacional que podría tener muy malas consecuencias para México. Es muy posible que después de la intervención norteamericana en marzo, Villa no quisiera dar un nuevo motivo a los Estados Unidos para efectuar una intervención mayor aún. Además, Villa, que al fin y al cabo estaba librando una guerra de guerrillas, probablemente quería permanecer en territorio propio.[47]

Una de las conspiraciones más intrigantes que los políticos norteamericanos contemporáneos y algunos historiadores posteriores, también norteamericanos, le han atribuido a Alemania, es la conspiración generalmente conocida como el Plan de San Diego.[48]

Dicho plan, firmado por nueve norteamericanos de ascendencia mexicana y supuestamente redactado en San Diego, Texas, el 6 de enero de 1915, llamaba a un levantamiento de mexicano-norteamericanos y negros contra la dominación anglo-norteamericana en los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, Colorado y California. Todos los varones anglo-norteamericanos mayores de 16 años serían pasados por las armas. Después de alcanzada la victoria, dichos estados constituirían un república independiente que tendría la opción de unirse a México. Aunque el plan fijaba la fecha del levantamiento para el 10 de febrero de 1915, nada sucedió ese día. Unos meses más tarde, sin embargo, hubo brotes de violencia relacionados con este movimiento. Dos mexicano-norteamericanos, Luis de la Rosa, ex-alguacil adjunto del condado de Cameron, en Texas, y Aniceto Pizaña, miembro de una familia de rancheros radicada cerca de Brownsville, realizaron una serie de ataques en el sur de Texas (sin recurrir al tipo de matanza general de anglos que preveía el plan original) retirándose luego hacia el otro lado de la frontera. Poco después hubo represalias masivas contra los mexicano-norteamericanos en el sur del valle del Río Grande llevadas a cabo tanto por autoridades gubernamentales norteamericanas como por individuos del sector anglo. En consecuencia, muchos mexicano-norteamericanos abandonaron sus hogares y huyeron hacia el norte o hacia territorio mexicano.

El movimiento perdió fuerza poco después de que Carranza fue reconocido por los Estados Unidos en octubre de 1915, pero volvió a resurgir cuando entró en México la expedición punitiva. Parece haber llegado a su clímax con el ataque a Glenn Springs, en el estado de Texas, realizado por hombres que a veces aparecen como mexicanos y otras como mexicano-norteamericanos, el 5 de mayo de 1916. Los ataques volvieron a amainar una vez que la expedición punitiva salió de territorio mexicano.

Uno de los problemas que intrigaron tanto a las autoridades norteamericanas de la época como a historiadores posteriores es el origen del movimiento. ¿Se trató de un movimiento fundamentalmente mexicano-norteamericano, que obtuvo cuando mucho un apoyo limitado de facciones mexicanas, o se debió a una iniciativa que tuvo su origen fuera de territorio norteamericano, encaminada a explotar los conflictos y problemas en el suroeste de los Estados Unidos para sus propios fines? En este último caso, ¿fueron facciones mexicanas revolucionarias, o bien los alemanes, o ambos, los promotores del movimiento del Plan de San Diego? Las investigaciones más recientes parecen indicar que, aunque este movimiento se fundaba en genuinas reivindicaciones mexicano-norteamericanas, fue utilizado por las facciones mexicanas[49] en forma no muy distinta de la que los norteamericanos solían emplear a fin de usar a los revolucionarios me-

xicanos para sus propios fines.

Según el testimonio de Basilio Ramos, uno de los primeros organizadores del movimiento, sus primeros patrocinadores mexicanos habían sido simpatizantes del ex-presidente Victoriano Huerta, quien a principios de 1915 estaba tramando su regreso al poder.

Cuando el movimiento pasó de la etapa de los manifiestos a la de los ataques guerrilleros, parece que los huertistas perdieron el control del mismo a manos de los carrancistas.

Según los historiadores L. Sadler y Charles Harris, la facción carrancista intentó utilizar el Plan de San Diego para presionar al gobierno norteamericano y obligarlo a reconocer a Carranza como única autoridad legal en México. Harris y Sadler basan fundamentalmente esta conclusión en el hecho de que a los pocos días de que el régimen de Wilson reconoció *de facto* a Carranza, cesaron los asaltos guerrilleros. Éstos se reiniciaron después de que la entrada de la expedición punitiva en territorio mexicano hizo estallar nuevamente las tensiones entre los Estados Unidos y México, y cesaron nuevamente al salir de México dicha expedición.

¿Hubo además injerencia alemana en el asunto? Los observadores norteamericanos de la época estaban firmemente convencidos de ello y lo declararon repetidas veces, pero sin poder ofrecer ninguna prueba concluyente. No hay tampoco dato alguno en los archivos alemanes, aunque la ausencia de documentación no comprueba la inocencia alemana, ya que no todas las conspiraciones de este tipo están registradas en los documentos conservados en los archivos alemanes. No cabe duda de que el movimiento era el tipo de conspiración en que los alemanes hubieran deseado participar. Si en efecto se inició como una conspiración de partidarios de Huerta en un momento en que el ex-presidente estaba recibiendo ayuda financiera alemana y prometiendo a los alemanes iniciar una guerra contra los Estados Unidos, la participación de Alemania en esta etapa es muy plausible. Sin embargo Rintelen, autor intelectual del complot con Huerta, jamás menciona el Plan de San Diego en sus memorias, ni forma éste parte de los cargos de las autoridades norteamericanas contra Rintelen durante el juicio al que se le sometió posteriormente.

Es en general muy improbable que los alemanes tuvieran participación alguna en la segunda etapa de este movimiento, cuando pasó a manos del carrancismo entre febrero y octubre de 1916. Las relaciones entre Carranza y los alemanes eran tan malas durante este periodo que tal tipo de colaboración hubiera sido impensable. Sólo después de la entrada de la expedición punitiva en México resulta cuando menos concebible tal colaboración, pues en efecto las relaciones entre Carranza y Alemania habían mejorado al parecer inminente una guerra entre México y los Estados Unidos. Carranza, con la esperanza de obtener ayuda de Alemania en caso de guerra, buscó activamente un acercamiento con ese país.

Un indicio de la posible injerencia de Alemania en el Plan de San Diego fue el testimonio de J. Knake Forsek, norteamericano a quien habían intentado reclutar, durante su estancia en México en 1916, funcionarios carrancistas que según él estaban patrocinados por el movimiento.[50] Uno de ellos era Mario Méndez,[51] secretario de Comunicaciones de Carranza y, de 1917 en adelante (y tal vez ya en 1916), principal agente de Alemania dentro del gobierno mexicano. Si los agentes alemanes participaron efectivamente en la organización del Plan de San Diego, ¿lo hicieron con el consentimiento de Carranza? Si así fue, ¿qué pudo haber inducido a Carranza a compartir el patrocinio y tal vez el control de una operación tan delicada con una potencia extranjera con la cual sus relaciones estaban mejorando pero aún distaban de ser estrechas?

La respuesta puede dárnosla una carta que el agente secreto mexicano José Flores envió a Carranza en febrero de 1917. En ella declaraba que, en caso de guerra entre Alemania y los Estados Unidos, tenía la esperanza de que 200 000 norteamericanos de ascendencia alemana se unieran a los mexicano-norteamericanos en un levantamiento contra el gobierno de los Estados Unidos.[52] Mientras la expedición punitiva permaneció en México, Carranza consideró que una guerra entre México y los Estados Unidos no sólo era posible, sino en ocasiones inminente. El único recurso del que él creía disponer para disuadir a los norteamericanos de una invasión de México en gran escala consistía en provocar un levantamiento en los Estados Unidos. La importancia de tal levantamiento sería mucho mayor si en él participaban no sólo mexicano-norteamericanos y negros sino también norteamericanos de ascendencia alemana. Tal es la oferta que pueden haber hecho los alemanes. Sin embargo, debe aclararse que la participación alemana en el Plan de San Diego no ha sido comprobada y sólo se tienen indicios circunstanciales.

El mejor argumento en contra de la hipótesis de que hubo tal participación es el hecho de que, al finalizar la primera guerra mundial, los Estados Unidos nunca acusaran oficialmente a los agentes alemanes de haber organizado y patrocinado dicho movimiento. El tratado de paz firmado entre los Estados Unidos y Alemania especificaba que el país vencido tendría que pagar daños y perjuicios ocasionados a intereses norteamericanos por las actividades de los agentes alemanes durante el periodo en que los Estados Unidos permanecieron neutrales. Con este fin se estableció una comisión germano-norteamericana que examinara las demandas; los representantes de los Estados Unidos investigaron exhaustivamente toda posible intriga alemana contra los Estados Unidos que se hubiera originado en territorio norteamericano o mexicano, pero jamás se mencionó participación alguna de Alemania en el movimiento del Plan de San Diego.

De 1914 a 1917 el gobierno alemán negó vigorosamente haber tenido injerencia en ninguna de estas conspiraciones, y calificó de "provocaciones

inglesas" las acusaciones norteamericanas al respecto. Los círculos pangermánicos utilizaron estas declaraciones del gobierno alemán para atacarlo por no haber conducido la guerra con la suficiente energía. En julio de 1916 el procurador Pudor, apoyado por Falkenhayn, Tirpitz, Kapp y Class, acusó al Reichskanzler, Bethmann-Hollweg, de llevar una política de guerra antinacional por no aprovechar plenamente la oportunidad de comprometer a México en una guerra con los Estados Unidos. Según Pudor, la de Bethmann-Hollweg era "una política conciliadora que beneficiaba a los intereses comerciales judíos".[53]

Además de los esfuerzos por arrastrar a México a un conflicto armado con los Estados Unidos, los conspiradores alemanes en México urdieron otros planes, cuya ejecución fue encomendada al nuevo ministro alemán en México Heinrich von Eckardt. El propósito de estas actividades lo revela un informe enviado por Eckardt al Reichskanzler a fines de julio de 1915:

> En primer lugar, el agregado naval me sugirió por intermediación del embajador del kaiser que hiciéramos destruir los campos petroleros de Tampico. Propuso además que ayudáramos a viajar a Alemania a hombres aptos para el servicio militar que no podían llegar a Europa desde Nueva York y que habían regresado a México. El embajador del kaiser y el agregado militar me dijeron expresamente que valdría mucho la pena crear posibilidades de viaje para oficiales de la reserva y aspirantes a oficiales *que estuvieran actualmente en los Estados Unidos*. Para el logro de ambos fines Herr Rau negoció a instancias mías, con intermediarios con los cuales yo no puedo, por motivos obvios, tener contactos personales, después de haber discutido a fondo la cuestión con los agregados naval y militar.[54]

Después de que Eckardt "había concluido las negociaciones sobre el asunto de Tampico el 22 de febrero en Galveston y el 24 de febrero en Nueva Orleans", la Marina renunció a la operación planeada para la destrucción de los pozos petroleros de Tampico. El 11 de marzo el Almirantazgo telegrafió al agregado naval en los Estados Unidos, Boy Edd: "No es posible perjudicar militarmente de una manera decisiva a Inglaterra mediante la interrupción del suministro de petróleo de México. Por ello no hay dinero disponible para tal acción". Boy Edd informó de inmediato a Eckardt, el cual suspendió por consiguiente todos los demás preparativos.[55]

Franz von Papen, en aquel entonces agregado militar en los Estados Unidos, parece haber sido de otra opinión en un principio. El 17 de marzo informó:

> En vista de la gran importancia que tienen los pozos petroleros de Tampico (México) para la flota británica y de las grandes inversiones británicas allí, he enviado al señor von Petersdorf para hacer el mayor daño posible mediante el sabotaje en gran escala de tanques y oleoductos. Dada la actual situación en México, espero obtener grandes éxitos con recursos relativamente reducidos. El sabotaje contra las fábricas aquí tiene pocos resultados dado que todas las fábricas están vigiladas por centenares de agentes secretos y todos los trabajadores germano-americanos e irlandeses han sido despedidos.[56]

Hasta donde puede precisarse, no se llevó a cabo ningún acto de sabotaje en Tampico en 1915-16. No se ha comprobado si Petersdorf fracasó —los aliados tenían muchos agentes secretos en Tampico y sus alrededores— o si Papen y el Ministerio de Guerra se adhirieron al punto de vista de la Marina. De todas maneras, parece ser que hasta finales de 1915 no se hicieron nuevos intentos de sabotaje en Tampico.

No se excluye que este cambio en la actitud de la Marina se haya fundado en la esperanza de que este objetivo pudiera alcanzarse más fácilmente por otros medios. Aproximadamente cuatro semanas antes de que el Almirantazgo decidiera renunciar a las actividades de sabotaje en Tampico, el embajador alemán en Madrid informó que Reyes, el antiguo ministro mexicano, que estaba en tratos con los aliados respecto al suministro de petróleo americano procedente de México, había cancelado los envíos por requerimiento de la Standard Oil. En el Ministerio de Relaciones Exteriores se interpretó esto en el sentido de que la Standard Oil quería "mostrarse favorable a nosotros".[57]

Esta actitud de la Standard Oil no fue accidental. Mientras que antes del estallido de la guerra mantuvo la más aguda competencia con las empresas inglesas, ahora tenía un monopolio virtual del mercado alemán. Sin embargo, no estaba dispuesta a renunciar por tiempo indefinido a las grandes ganancias que obtenía de los suministros a Inglaterra a cambio de una "amistad" con Alemania. A medida que se hacía cada vez más claro que la guerra iba a ser larga y que no era posible enviar petróleo a Alemania, la Mexican Petroleum Company (que tenía vínculos financieros con la Standard Oil) concertó un contrato de suministro con el Almirantazgo británico.[58]

La otra misión de Eckardt fue más fácil de cumplir. Durante la primera mitad de 1915 consiguió que muchos reservistas alemanes llegaran a Alemania a través de Italia. Cuando esta vía se cerró debido a la declaración de guerra por parte de Italia, Eckardt no se dio por vencido, sino que trató de hacer llegar a los reservistas hasta Alemania a través de otros países.[59] Por desgracia no se puede comprobar en qué grado consiguió esto y en qué medida los reservistas alemanes que vinieron de los Estados Unidos a México en los años 1915-16 hicieron uso de este arreglo.

Las conspiraciones alemanas en México tuvieron un común denominador

hasta 1916: trataron de utilizar a los enemigos de Carranza, ya sea que estuvieran a la derecha de éste, como Huerta, o a la izquierda, como Villa. No fue sino hasta 1916 cuando la diplomacia alemana reconoció que estas fuerzas no bastaban para desencadenar una guerra mexicano-norteamericana, y empezó a interesarse por Carranza.

PRIMEROS INTENTOS ALEMANES POR IMPLICAR A CARRANZA EN SUS COMPLOTS

La diplomacia alemana había adoptado primero una posición sumamente negativa frente a Carranza y había juzgado a su gobierno en términos muy críticos. Así, el encargado de negocios alemán, Magnus, llamó a los carrancistas una "horda de hunos que se dicen constitucionalistas".[60] El mismo Magnus escribió en otro lugar:

> Es obvio que el señor Carranza y sus seguidores se han condenado a sí mismos ante los ojos del mundo por su pasada conducta, y que particularmente el propio Carranza se ha mostrado indigno de escudarse en el ropaje de presidente constitucional.[61]

El nuevo enviado, Eckardt, quien viajó al territorio ocupado por Carranza, fue más severo aún en sus observaciones: "Los órganos de gobierno de Carranza son prototipo de vileza y abyección, que de igual manera que los militares que mandan en la ciudad y en el campo, prevarican, roban y extorsionan".[62]

En el conflicto entre el gobierno de la Convención y Carranza, la diplomacia alemana inicialmente tomó partido por el primero. "El gobierno de la Convención siempre ha sido más complaciente con los extranjeros que Carranza, por lo tanto es del todo deseable dejar la capital en sus manos",[63] escribió Magnus a Bernstorff. Pero el estado de Chiapas, donde se encontraba la mayoría de las plantaciones alemanas de café, era parte del territorio controlado por Carranza. Por este motivo Eckardt consideraba "absolutamente necesario, con todo y lo fatal que ello puede ser en sí, entrar en las relaciones oficiales que el gobernante de Veracruz ha estado buscando".[64] El 4 de junio, Eckardt se presentó como agente con poderes especiales ante Carranza, y el 10 de noviembre, siguiendo el ejemplo norteamericano, el gobierno alemán reconoció *de facto* al gobierno de Carranza.[65] A pesar de este reconocimiento, las relaciones entre ambos países continuaron siendo frías hasta la invasión de México por la expedición punitiva norteamericana.

Tras la derrota de Huerta, Carranza asumió inicialmente una marcada actitud antialemana. Uno de sus partidarios más prominentes, el pintor

Gerardo Murillo (Dr. Atl), le dijo a Magnus que México nunca olvidaría que un buque de guerra alemán había sacado a Huerta del país.[66] Al estallar la guerra mundial, Carranza se declaró neutral, pero sus simpatías en el primer momento estaban claramente de lado de los aliados. Su actitud antialemana se fortaleció más aún cuando se dieron a conocer las intrigas alemanas con Huerta, en cuyo descubrimiento, según informes norteamericanos, parecen haber participado agentes secretos de Carranza.[67]

En el transcurso de 1915, se operó paulatinamente un cambio en las actitudes de Carranza relativas a la política exterior. Después de la batalla de Agua Prieta su victoria sobre sus enemigos internos quedó asegurada; la única potencia que aún podía derrocar a su gobierno eran los Estados Unidos. Por ello Carranza buscó en otras potencias un contrapeso frente a los Estados Unidos, como lo habían hecho todos los gobiernos mexicanos desde 1900. Hasta 1914, los gobiernos mexicanos se habían dirigido en primer término a Inglaterra. Esto ya no era posible en 1915 y en todo caso era improbable que Carranza se hubiera movido en esa dirección, pues el gran apoyo que los ingleses le habían dado a Huerta había creado un fuerte sentimiento antibritánico entre los enemigos de Huerta. Además, Inglaterra, que estaba totalmente ocupada en la guerra y dependía de los suministros norteamericanos no se hallaba de ninguna manera en condiciones de tomar una posición antinorteamericana en México. Las únicas potencias en las que el gobierno mexicano se podía apoyar contra los Estados Unidos eran el Japón y Alemania. Carranza parece haber recurrido primero al Japón. Ello no es sorprendente: los diplomáticos japoneses, a diferencia de los alemanes, no habían conspirado con los enemigos de Carranza. El 9 de septiembre de 1915, un japonés residente en México, Fukutaro Teresawa, escribió a un colaborador del antiguo ministro japonés de Relaciones Exteriores, Kato:

> Yo trabajo aquí en México tras bambalinas con el gobierno de Carranza, de hecho como consejero del ministro de Relaciones Exteriores. Además, tengo otras funciones secundarias secretas. Pero lo más importante por el momento es la política del gobierno mexicano respecto al Japón. Dado que el gobierno norteamericano ha recurrido al uso de la fuerza, ahora es absolutamente necesario recurrir al Japón. Si usted tiene amigos en los círculos del gobierno japonés, ¿podría hacerme el favor de explicarles algo sobre México? Si el gobierno japonés está dispuesto a estrechar relaciones con México, abiertamente o en secreto, yo procuraré impulsar un tratado que sería ventajoso para el Japón. Pueden otorgarse concesiones de cualquier clase. Si se desean puertos, procederé en secreto.[68]

La carta de Teresawa le fue remitida al antiguo ministro japonés de Relaciones Exteriores, Kato, quien la hizo llegar al director de la sección

política del Ministerio de Relaciones Exteriores japonés. Éste se dirigió en seguida al representante japonés en México pidiendo información adicional. El representante japonés respondió:

> El señor Fukutaro Teresawa aparentemente conoce desde hace años al ministro de Gobernación y al de Relaciones Exteriores, quien es el cerebro detrás de Carranza, y es bien pagado también como asesor o algo parecido. Sin embargo, no corresponde a la realidad el que, como se dice en su carta, esté al tanto de los secretos políticos. El ministro de Relaciones Exteriores ciertamente tiene una actitud favorable al Japón y desea entablar relaciones con el gobierno de Su Majestad. Hay que atribuir a su iniciativa el viaje del comandante Romero al Japón. Se podría suponer que juega con la idea de utilizar ocasionalmente al señor Teresawa. Sin embargo, éste no tiene un nivel cultural suficiente y según todas las apariencias tampoco la capacidad de afrontar tal tarea.[69]

Carranza intentó, en varias otras ocasiones, lograr un acercamiento con los japoneses. Éstos, sin embargo, sólo estaban dispuestos a vender armas a México, pero no deseaban desarrollar una relación más firme. Durante la primera guerra mundial, el Japón estaba interesado ante todo, en afirmar y extender su posición en China. A México sólo lo consideraba como un instrumento de presión sobre los Estados Unidos y como un recurso eventual en caso de que se llegara a una guerra con los Estados Unidos a causa de la penetración japonesa en China.

Carranza parece haber reconocido esto, pues se orientó en un grado cada vez mayor hacia Alemania (véase el cap. 11). Las crecientes tensiones germano-norteamericanas y el descubrimiento de las conspiraciones alemanas, parecen haber despertado en Carranza la esperanza de que el gobierno alemán, en caso de una guerra mexicano-norteamericana, prestaría ayuda de una u otra forma. Así tuvo lugar un paulatino acercamiento de Carranza con Alemania a finales de 1915 y principios de 1916, aun cuando las relaciones mexicano-norteamericanas eran relativamente menos tensas.

La primera manifestación de este cambio que se consumaba fue la "solución" dada al problema laboral en las plantaciones de café de Chiapas. Las condiciones de trabajo y la servidumbre por endeudamiento en las plantaciones alemanas de café durante la época de Díaz eran unas de las más duras en todo México. Después que la revolución se extendió a Chiapas, los trabajadores del campo huyeron de las plantaciones y los propietarios ya no podían recoger su cosecha de café. Entonces Eckardt pidió ayuda a Carranza, quien le prometió

> hacer que se preste ayuda a los propietarios de las plantaciones para remediar la escasez de mano de obra y dar las recomendaciones necesarias al señor Rau, quien ventilará este problema con toda la energía necesaria en el estado de Chiapas. Gracias a las amplias relaciones personales del señor Rau, se cuenta con una buena posibilidad de éxito.[70]

Por desgracia no se conoce la naturaleza exacta de esta "solución". Había dos caminos abiertos: o bien se obligaba a los trabajadores del campo a regresar a las plantaciones como peones endeudados, o se utilizaban trabajadores libres.

Carranza llevó adelante el acercamiento influyendo en su prensa para inclinarla en favor de los alemanes. El ministro alemán en México escribió en tono triunfal:

> El 10 de noviembre se notificará aquí el reconocimiento definitivo del gobierno del kaiser, que nuevamente, como en mayo de 1915, precede al de las otras potencias. Carranza, hasta ahora inclinado hacia los aliados, ordena a la prensa que se abstengan de hacer publicaciones contrarias a Alemania y que publique nuestros partes de guerra sin tergiversación alguna.[71]

Este paulatino cambio en la actitud de Carranza no consiguió hacer cambiar de inmediato la actitud de Eckardt hacia su gobierno. En un análisis a fondo de la situación en México, Eckardt escribió el 24 de enero de 1916:

> El México actual, bajo el gobierno de los "constitucionalistas", presenta el cuadro de una *indescriptible desolación y ruina miserable.* Sin duda también se robó durante la era de Díaz, pero había una autoridad pública que garantizaba la vida y la propiedad.[72]

Acerca del mismo Carranza, decía con condescendiente ironía:

> Don Venustiano es el generalísimo actualmente reconocido *de facto* como gobernante de la República, el "triunfador", proclamador de libertad, igualdad y justicia. La fantasía lo representa a imagen de un audaz guerrero sobre un brioso corcel. Pero don Venustiano no monta a caballo y se mantiene alejado del campo de batalla. El otrora pequeño terrateniente, que criaba vacas lecheras, tiene la apariencia de un funcionario distinguido. No se puede preciar de talentos militares, administrativos u organizativos, su única fuerza es una *cabeza dura*; la obstinación que no le permite apartarse del camino que conduce a la meta ambiciosa. Puede agradecer el triunfo a su pedante mediocridad. Woodrow Wilson puede haber encontrado en él al hombre que finalmente se deja arrancar las codiciadas concesiones ferrocarrileras, petroleras y mineras, si bajo tales condiciones pueden realizarse sus ambiciosos planes. *La historia calificará de deshonestos a ambos, Wilson y Carranza,* desho-

nestos en el sentido medieval de la palabra.[73]

A estas alturas Eckardt obviamente sentía pocas simpatías por la revolución, cuya causa no eran a su juicio los males sociales sino el fracaso de la Iglesia católica, cuya avaricia no le permitió cumplir su "misión" de apartar a los indios de la revolución.

> La política de acaparamiento de los jerarcas de la Iglesia, el clero hispano-mexicano en su mayor parte inculto, que se daba a una vida licenciosa e inmoral en vez de trabajar utilizando las escuelas para elevar el nivel intelectual de los indios, son la causa de los horribles sucesos, como lo admitirán los miembros honrados del clero.[74]

En opinión de Eckardt, la única solución era una "intervención conjunta de todas las potencias para restablecer el orden".[75]

La entrada de la expedición punitiva norteamericana en México y el peligro de guerra que resultó de ella, crearon una situación totalmente nueva. El gobierno mexicano manifestó entonces, de manera mucho más clara que antes, el deseo de acercarse más a Alemania. Alemania vino a ser, y hubo de seguir siendo mientras duró la primera guerra mundial, el país en que Carranza puso sus esperanzas de encontrar apoyo contra los Estados Unidos. Carranza instó a la prensa a ir más lejos aún que en 1915. Eckardt informó:

> Los principales diarios mexicanos han recibido órdenes de escribir a favor de Alemania y de publicar todas las informaciones que les sean proporcionadas por mí. Yo atribuyo el cambio a las tremendas demostraciones de fuerza que han hecho nuestro ejército y nuestra marina en la esfera militar, y financiera y económicamente nuestro pueblo, consciente de su fuerza y sin vanagloriarse, ante todo el que tenga ojos para verlo. El faro de la confianza alemana en la victoria final, arroja también su resplandor sobre el firmamento de la Cruz del Sur. Tras un sereno cálculo se ha llegado aquí a la conclusión de que, pasada la guerra, México podrá económica y quizá financieramente esperar más de Alemania que de la ya extenuada Francia y de una Inglaterra transformada. Las noticias de Skagerrak relegaron al ámbito de la leyenda el inexpugnable dominio británico de los mares.[76]

La verdadera opinión de Eckardt acerca de México queda muy claramente expresada al final del informe: "El mexicano ve en el alemán, cuyo odio a sus enemigos comparte, al amigo que lo acompañará en los días —ciertamente ilusorios— de un futuro nacional."[77]

En el momento de la crisis germano-norteamericana en 1916 a propósito de la guerra submarina, el ministro mexicano de Relaciones Exteriores,

algo ingenuamente, solicitó al ministro alemán en México, según cuenta el ministro austriaco "que tuviera a bien influir en Berlín para que se mantenga permanentemente a los Estados Unidos bajo la presión del peligro de guerra con Alemania".[78] A principios de 1916, Carranza nombró como agregado militar en Berlín al germano-mexicano Arnoldo Krumm Heller, a quien se conocía como particularmente germanófilo. Ello fue sin duda considerado como un gesto inusitadamente amistoso hacia Alemania. Y en octubre de 1916, México se dirigió de nuevo al gobierno alemán

> para tratar de lograr que Alemania hiciera una declaración en Washington en el sentido de que no vería con agrado una intervención armada en México. Como compensación, los mexicanos ofrecían un amplio apoyo a los submarinos alemanes en el caso de que quisieran atacar a los buques petroleros ingleses que zarpasen del puerto de Tampico.[79]

Todos estos intentos de acercamiento del gobierno mexicano alcanzaron su clímax cuando en noviembre de 1916 el representante mexicano en Berlín entregó al ministro de Relaciones Exteriores, Zimmermann, un memorándum que preveía una estrecha colaboración germano-mexicana. Tras una introducción que recalcaba los sentimientos amistosos del pueblo mexicano por el pueblo alemán, y en la que se decía que el comercio alemán con México siempre había sido más justo que el de otras naciones, el gobierno mexicano hacía las siguientes proposiciones:

1. Elaborar un nuevo tratado de amistad, comercial y marítimo o mejorar el tratado del 5 de diciembre de 1882, dado que éste ya no respondía a las necesidades del periodo actual.
2. El gobierno mexicano, que deseaba equipar a su ejército con la técnica más moderna, emplearía instructores alemanes.
3. El gobierno mexicano le pediría a Alemania que construyera fábricas de armas y municiones y proporcionara los especialistas necesarios.
4. Dado que la flota mexicana sólo se componía de cinco o seis cañoneros, el gobierno mexicano adquiriría submarinos alemanes.
5. Para eludir el control extranjero, sobre todo británico, se instalaría una poderosa radioemisora con el fin de establecer un contacto directo entre México y Alemania.[80]

A Carranza le importaba sobre todo fortalecer su potencial militar, deseo perfectamente comprensible en vista de las tensiones mexicano-norteamericanas del momento. Las autoridades alemanas reaccionaron con suma cautela. El apoyo abierto a Carranza no convenía de ninguna manera a los intereses de la diplomacia alemana. Los informes de Bernstorff y Eckardt alimentaban constantemente en el Ministerio de Relaciones Exteriores la esperanza de que pronto habría una auténtica guerra mexicano-norteame-

ricana. Una identificación de Alemania con Carranza hubiera agravado las tensiones con los Estados Unidos sin aumentar sustancialmente la posibilidad de una guerra mexicano-norteamericana. Así pues, Eckardt caracterizó su posición en junio de 1916 como "sumamente neutral",[81] y por la misma razón Bernstorff solicitó: "Pido tratar con cierta reserva el asunto de México, dado que continuamente se afirma que detrás de Villa se hallan dinero e influencia alemanes".[82]

Parece ser que Eckardt ni siquiera trasmitió a Alemania la solicitud mexicana de junio-julio y octubre de 1916 tocante al apoyo diplomático. El único informe al respecto que se encuentra en los documentos alemanes es el siguiente despacho de Eckardt fechado el 8 de noviembre de 1916: "Por encargo de Carranza, el ministro de Relaciones Exteriores me dijo que, dado el caso, México ayudaría a los submarinos según sus posibilidades en ciertas circunstancias".[83] Contrariamente al informe de su colega austriaco, Eckardt no dice nada sobre lo que México solicitaba de Alemania.

Zimmermann todavía consideraba prematura la colaboración más estrecha entre ambos países que proponía el memorándum del gobierno mexicano. "El momento actual, en todo caso, no parece ser el mejor para la conclusión de nuevos acuerdos específicos. Tan pronto se haga la paz, activaremos enérgicamente el asunto."[84] Algunos meses más tarde Zimmermann escribió:

> Entonces rechacé sin reservas la sugerencia de Carranza, por considerar que no era el momento oportuno. Yo aún no sabía si se llegaría a una guerra submarina ilimitada y si a consecuencia de ello nuestras relaciones con Norteamérica se verían muy afectadas. Por ello me expresaré con inusitada cautela.[85]

Esta cautela parece también haber frustrado el deseo del Almirantazgo de instalar bases de apoyo para los submarinos en México. El gobierno del Reich se había interesado de inmediato en la oferta mexicana de proporcionar apoyo a los submarinos alemanes. A mediados de noviembre se hizo saber al gobierno mexicano que agentes alemanes habían hecho todos los preparativos en México para la instalación de una base de apoyo a los submarinos y que sólo se necesitaba el consentimiento del gobierno. Se preguntó qué compensación deseaba México, "teniendo en cuenta la crisis económica y financiera por la que pasa el país".[86] No se conoce el curso que siguieron las negociaciones, pero sí consta que no se instalaron en esa época bases para submarinos alemanes en México.

Si bien Alemania no deseaba mostrarse demasiado amistosa con Carranza, temía también que éste, abandonado a sus propias fuerzas, buscara un reacercamiento con los Estados Unidos o fuera rápidamente derrocado

por las fuerzas armadas norteamericanas. Así, pues, el gobierno alemán se mostró dispuesto a aprobar la venta de 20 millones de cartuchos para Carranza a través de una firma alemana en Chile.[87]

EL TELEGRAMA ZIMMERMANN

Al principio de 1917, las relaciones germano-mexicanas entraron en una nueva fase. A finales de 1916, los dirigentes del Reich se habían convencido de que una victoria total, la única mediante la cual podrían lograrse los grandes objetivos de Alemania,[88] ya no podía obtenerse combatiendo en tierra. Así pues, el 7 de enero de 1917 se optó por la guerra submarina ilimitada. De ahí en adelante cualquier barco —no importa qué bandera llevase— que fuera encontrado en determinadas aguas, era un blanco potencial.

La guerra submarina ilimitada hizo aumentar aún más la probabilidad de una guerra germano-norteamericana. Zimmermann consideró, pues, que había llegado el momento de tomar medidas decisivas para atar a los norteamericanos en México. El antiguo encargado de los asuntos mexicanos en el Ministerio de Relaciones Exteriores, von Kemnitz, por entonces el experto en cuestiones del Asia Oriental y la América Latina, le explicó que este objetivo se lograría de la mejor manera si inmediatamente después de que los Estados Unidos le declararan la guerra a Alemania, tuviera lugar un ataque mexicano a Norteamérica. Kemnitz pensaba, a este respecto, en una operación similar a la que había realizado Villa contra Columbus en marzo de 1916. Consideraba muy probable que un ataque de tal naturaleza creara una situación de guerra. El fracaso de la expedición punitiva norteamericana contra Villa era prueba para los dirigentes alemanes de cuán poco podían hacer las tropas norteamericanas contra las guerrillas mexicanas.[89]

Zimmermann acogió entusiasmado la propuesta. Ante la comisión presupuestal del Reichstag, hizo la siguiente declaración:

> Se ha afirmado muchas veces, y yo no puedo sino suscribirlo, que los mexicanos son soldados extraordinariamente valerosos, y que los norteamericanos no obtuvieron ningún éxito cuando penetraron en México y tuvieron que retirarse. También es sabido, y me lo han confirmado muchas fuentes, que en caso de que Norteamérica intentara una operación de limpieza en México, se enfrentaría a una guerra de larga duración y tropezaría con muchas dificultades. El odio de México contra Norteamérica es antiguo y bien fundado. México, por supuesto, carece de armas, en el sentido moderno de la palabra, pero las fuerzas irregulares están suficientemente bien armadas como para provocar molestias y des-

órdenes en los estados norteamericanos fronterizos. Además, estamos en condiciones de suministrar armas y municiones en submarinos, lo cual también debería tomarse en consideración.[90]

La situación objetiva parecía ser favorable para los planes de Zimmermann. Después de que el gobierno mexicano había rechazado una propuesta norteamericana para una retirada condicional de México, nuevas tensiones se habían suscitado entre ambos países. Además, el memorándum del gobierno mexicano de noviembre de 1916, y el ofrecimiento de Aguilar de proporcionar bases submarinas en México, habían despertado en Zimmermann la esperanza de que el gobierno mexicano se hallara dispuesto a establecer una alianza con Alemania.

La diplomacia alemana tenía entonces que resolver el problema de cómo podría inducirse a Carranza a efectuar un ataque contra territorio norteamericano. Kemnitz y Zimmermann vieron un camino seguro: Alemania ofrecería a México la devolución de Texas, Nuevo México y Arizona. En su opinión, Carranza, impulsado por el deseo de obtener de inmediato estos territorios, se lanzaría sin tardanza sobre ellos, como un niño que no puede esperar más para posesionarse de su juguete. Zimmermann dijo:

No creo que los mexicanos estén en condiciones de conquistar estas regiones pero quise ofrecérselas de antemano como un objetivo para que no se conformaran con infligir daño a los norteamericanos dentro de México, sino que inmediatamente crearan incidentes en los estados fronterizos, obligando a la Unión a enviar tropas allá y no acá.[91]

Zimmermann y Kemnitz entendían que en caso de atacar a los Estados Unidos, Carranza no podía contar con una victoria y que sólo atacaría si obtenía ayuda y sobre todo la garantía de que Alemania no lo abandonaría ni haría la paz sin contar con él. Así pues, Kemnitz le propuso a Carranza un pacto de alianza que contendría además una cláusula sobre la firma de la paz en común.

Al mismo tiempo, el Ministerio de Relaciones Exteriores quería atacar un segundo problema con la ayuda de México. En el transcurso de 1916, se habían efectuado en Estocolmo negociaciones secretas de paz entre el embajador alemán Lucius, acreditado en aquella capital, y el embajador japonés Ushida. El objetivo que la diplomacia alemana perseguía en estas negociaciones era la conclusión de un tratado de paz por separado con el Japón y la Rusia zarista, a fin de debilitar decisivamente a los aliados.[92] Estas negociaciones fracasaron entre otras cosas debido a las exorbitantes exigencias alemanas a Rusia. ¿No podrían conducir ahora las tensiones germano-norteamericanas a una reanudación de las negociaciones con el Japón? El Japón había aprovechado la guerra mundial para conseguir

posiciones decisivas en China y con ello había provocado una verdadera hostilidad de parte de los Estados Unidos. ¿No aprovecharía el Japón la oportunidad de una guerra mexicano-norteamericana para desalojar a los norteamericanos de sus posiciones en el Lejano Oriente?

Diez meses antes, los antecesores de Zimmermann pensaban que una guerra norteamericano-japonesa, era muy poco probable, y al preguntarle al secretario de Estado von Jagow en el Reichstag si era cierto que el Japón había abierto once consulados en México, respondió entre otras cosas: "En general no pienso que la política japonesa esté llevando a una guerra con Norteamérica. Los japoneses tienen mejores cosas que hacer; no quieren empezar dos cosas a la vez".[93] Zimmermann y Kemnitz no compartían estas reservas a principios de 1917 y decidieron instar a México a que le ofreciera una alianza al Japón. En una justificación escrita de esta medida redactada año y medio más tarde, Kemnitz la caracterizó como el único medio que tenía para reanudar las conversaciones con el Japón, dado que sus superiores habían desalentado los contactos directos. Dado que "mis reiteradas exhortaciones a acercarnos de nuevo al Japón no despertaron el entusiasmo de mis superiores porque éstos no querían 'rogarle' al Japón, entonces propuse echar por delante a México, que desde hacía más de diez años mantenía estrechas relaciones con el Japón".[94] Él no tenía muchas esperanzas, añadió, de que el Japón se uniera a una alianza germano-mexicana contra los Estados Unidos.

Una alianza germano-mexicano-japonesa contra los Estados Unidos habría fortalecido un tanto la posición alemana. Pero, ¿qué pasaría si Japón no se adhería a ello? En ese caso, un pacto con México hubiera acarreado serias desventajas para Alemania en la medida en que el compromiso contenido en el pacto propuesto a Carranza de firmar la paz en común, hubiera maniatado a la diplomacia alemana en cualquier negociación con los Estados Unidos, y hubiera obligado a Alemania a exigir concesiones para Carranza en vez de para sí misma.

Kemnitz y Zimmermann hallaron un medio de obviar estas dificultades. Zimmermann declaró ante la Comisión presupuestaria del Reichstag:

Cuando yo, además, me refiero en mi instructivo a una "política de guerra común" o a un "tratado común de paz" se trata, por supuesto, de una oferta, no de un acuerdo definitivo. Yo quería darle a nuestro representante la oportunidad de ofrecerle a Carranza algo atractivo, para que éste atacara lo antes posible, evitando así que se enviaran tropas norteamericanas al continente europeo. Una oferta y un pacto son cosas distintas. Obviamente nuestro representante se hubiera limitado inicialmente a tentar a Carranza, y no hubiera concluido un tratado definitivo, sino que nos hubiera consultado primero, y entonces naturalmente yo hubiera reflexionado muy cuidadosamente sobre los detalles.[95]

El gobierno alemán hubiera suscrito un tratado de tal naturaleza sólo "en caso de que México accediera a nuestra excitativa de incluir al Japón en la alianza y en caso de que se concluyera este pacto tripartita".[96]

Tales reservas no debían comunicársele a Carranza. En las proposiciones que fueron finalmente sometidas al gobierno mexicano, tampoco se las mencionaba. Según el plan de Kemnitz y Zimmermann, Carranza había de atacar a los Estados Unidos con plena confianza en la propuesta de alianza alemana, y luego Alemania sencillamente lo abandonaría a su suerte, salvo el caso poco probable de que el Japón se uniera a la alianza. En otras palabras: el ofrecimiento de alianza era en realidad una engañosa maniobra en gran escala que debía inducir a Carranza a efectuar un ataque suicida contra los Estados Unidos.

La propuesta de alianza a México elaborada por Kemnitz encontró fuerte oposición entre los jefes de sección en el Ministerio de Relaciones Exteriores.[97] No se conocen bien las razones de ello, pero obviamente esos funcionarios consideraron las funestas consecuencias que podría tener para el gobierno alemán el conocimiento en los Estados Unidos de tal ofrecimiento. Kemnitz se enfrentó a todas las objeciones con el argumento de que si la oferta se mantenía en secreto "sólo produciría beneficios". Más tarde escribió, refiriéndose al memorándum mexicano del 3 de noviembre:

> No hacía mucho que México nos había ofrecido una alianza. Si aceptábamos la alianza, había dos resultados posibles: o bien México cambiaba de parecer y desistía por temor a los Estados Unidos. Entonces nuestra actitud fortalecía en todo caso el sentimiento proalemán en México, sin ninguna otra consecuencia. O bien México aceptaba nuestra proposición; entonces grandes contingentes de tropas norteamericanas quedarían comprometidas en el Río Grande del Norte, sin que nosotros tuviéramos obligaciones prácticas de ningún orden.[98]

Zimmermann era todo entusiasmo. Tal entusiasmo probablemente fue reforzado por el hecho de que tiempo atrás el mismo kaiser le había sugerido una alianza germano-mexicana.[99] Zimmermann no consideró necesario consultar a Eckardt en México o a Bernstorff en los Estados Unidos. Además, ello hubiera sido difícil por razones de tiempo, ya que la oferta debía presentarse en México el mismo día en que se anunciara la guerra submarina ilimitada. No hay pruebas de que haya consultado con el canciller Bethmann-Holweg antes de enviar su propuesta.[100]

El 15 de enero, seis días después de la decisión de iniciar la guerra submarina ilimitada, la oferta de alianza a México, conocida desde entonces como "la nota Zimmermann", se hallaba lista para ser despachada en el Ministerio de Relaciones Exteriores. El texto definitivo decía:

> Tenemos intenciones de comenzar la guerra submarina ilimitada el 1o. de febrero. Con todo, se intentará mantener neutrales a los Estados Unidos.
>
> En caso de que no lo lográramos, proponemos a México una alianza bajo la siguiente base: dirección conjunta de la guerra, tratado de paz en común, abundante apoyo financiero y conformidad de nuestra parte en que México reconquiste sus antiguos territorios en Texas, Nuevo México y Arizona. Dejamos a Su Excelencia el arreglo de los detalles.
>
> Su Excelencia comunicará lo anterior en forma absolutamente secreta al Presidente tan pronto como estalle la guerra con los Estados Unidos, añadiendo la sugerencia de que invite al Japón a que entre de inmediato en la alianza, y al mismo tiempo sirva de intermediario entre nosotros y el Japón.
>
> Tenga la bondad de informar al Presidente que el empleo ilimitado de nuestros submarinos ofrece ahora la posibilidad de obligar a Inglaterra a negociar la paz en pocos meses. *Acúsese recibo*. Zimmermann.[101]

La diplomacia alemana se enfrentaba ahora al problema de decidir cómo y a través de qué canales debía enviarse la nota a México. Zimmermann se negó categóricamente a entregar la nota al representante mexicano en Berlín. Aparte de que el representante se encontraba entonces en Suiza, tenía un traductor que no gozaba de la entera confianza del Ministerio de Relaciones Exteriores. Es posible que Zimmermann tampoco confiara plenamente en el propio representante.

Primero se decidió enviar el despacho a México en el submarino *Deutschland*. Empero, Zimmermann rectificó pronto esta decisión, pues un submarino necesitaba treinta días para cruzar el Atlántico y no habría llegado a México antes del 16 de febrero; el despacho tenía que hallarse en México sin falta para el 1o. de febrero, día en que debía comenzar la guerra submarina ilimitada.[102] Por ello Zimmermann decidió transmitir el despacho por telégrafo.

Fuera de los escasos barcos alemanes que lograban romper el bloqueo y llegar a América, el gobierno alemán no disponía sino de la gran radioemisora de Nauen para transmitir mensajes a sus representantes en el extranjero.[103] En los Estados Unidos había una sola estación de radio que podía recibir estas transmisiones: la Sayville, construida por técnicos alemanes. Hasta 1915, el gobierno norteamericano había permitido la transmisión de telegramas en clave a alemanes residentes en los Estados Unidos. Cuando se supo que los submarinos alemanes habían recibido instrucciones desde Sayville, estas comunicaciones fueron colocadas bajo la censura de la Marina norteamericana. De allí en adelante la Marina sólo permitió la transmisión de mensajes en clave en casos excepcionales.[104]

El gobierno alemán había intentado encontrar otra forma de transmitir

sus mensajes. Logró convencer al gobierno neutral de Suecia de que enviara telegramas alemanes a través de sus representantes diplomáticos en el continente americano. El representante de Suecia en México, Cronholm, era muy germanófilo y aliado de Eckardt y la mayor parte de la correspondencia entre Alemania y México era transmitida a través de él. Cuando a principios de 1917 la legación sueca en México estaba por ser cerrada y trasladada a Chile, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania intervino ante el gobierno sueco y logró que mantuviera su misión en México.[105]

A fines de 1916 se le presentó al gobierno alemán otra posibilidad de enviar telegramas a América. El gobierno norteamericano, temeroso de que cualquiera de los dos bandos enfrentados en la guerra europea se hiciera demasiado poderoso, había comenzado a mediar entre ellos a fines de 1916.[106] Inicialmente Wilson pidió que cada uno de ellos definiera públicamente sus objetivos de guerra. Para este fin, Bernstorff exigió que se le permitiera comunicarse directamente con el Ministerio de Relaciones Exteriores de su país. Wilson accedió a dicha solicitud, a pesar de las objeciones de su propio secretario de Estado, y se permitió a Bernstorff enviar mensajes en clave a través del Departamento de Estado y de los representantes diplomáticos norteamericanos. El gobierno norteamericano sólo impuso la condición de que tanto él como el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania dieran seguridades de que los mensajes estuvieran, en efecto, relacionados con las iniciativas de Wilson en favor de la paz.[107]

El Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania decidió enviar la nota de Zimmermann a través de este canal por ser mucho más rápido que la vía sueca. Sin embargo, se resolvió usar al mismo tiempo la intermediación sueca, ya que el Ministerio deseaba proceder con toda certidumbre. El 16 de enero la nota en clave fue entregada a Gerard, el embajador norteamericano en Berlín. "Cuando el embajador preguntó", dice el informe del investigador especial del Ministerio de Relaciones Exteriores sobre la revelación del contenido de la nota de Zimmermann, "acerca del contenido de la nota, se le dijo que se refería a la respuesta de los aliados al presidente Wilson y que contenía instrucciones personales para el conde Bernstorff".[108] El mismo Zimmermann comentó cínicamente, unas semanas después del envío del telegrama, ante el Comité de Presupuesto del Reichstag: "Estos telegramas trataban ostensiblemente de cuestiones relacionadas con los esfuerzos generales en favor de la paz. Añadí el telegrama a otro de esa naturaleza".[109]

El 18 de enero el Departamento de Estado norteamericano entregó el texto cifrado de la nota de Zimmermann a Bernstorff, quien lo transmitió a Eckardt en México al día siguiente.

La nota resultó un bumerang al convertirse en una de las mayores derrotas de la diplomacia alemana como resultado de algo que nadie había previsto en Berlín: el servicio de inteligencia británico poseía las claves secretas alemanas.

La historia de la interpretación y el desciframiento del telegrama de Zimmermann se ha convertido en uno de los grandes relatos de espionaje de todos los tiempos. Es un relato clásico que ha sido incluido en todos los manuales e historias del espionaje. No cabe duda de que merece esta reputación, sin embargo, tal y como hasta ahora se ha dado a conocer, contiene grandes inexactitudes. La versión "clásica" de la intercepción del telegrama es la siguiente:

El servicio de inteligencia de la Marina británica, al mando del almirante Reginald Hall, uno de los hombres más capaces en este campo, logró obtener la clave de los mensajes cifrados alemanes.

En agosto de 1914 el buque de guerra alemán *Magdeburg* había sido hundido por los rusos, quienes lograron rescatar un ejemplar de la clave naval alemana y se lo entregaron más tarde al servicio de inteligencia de la Marina británica. A principios de 1915 el gobierno alemán había enviado a Persia a un agente llamado Wassmuss, encargado de obtener la adhesión de ese país a la guerra contra Inglaterra, pero Wassmuss fue capturado y los persas decidieron entregarlo a los ingleses. Aunque logró escapar, tuvo que dejar atrás su equipaje, que cayó en manos británicas y fue enviado a Londres. Hall hizo que se revisara el equipaje, encontrándose en él un ejemplar de la clave 13040, que era la utilizada para las comunicaciones con muchos países extranjeros, entre ellos México.[110] Finalmente, Hall obtuvo también un ejemplar de otra importante clave alemana con la ayuda de Alexander Szek, empleado de la radioemisora de Bruselas, entonces bajo control alemán. Jamás se reveló de qué clave se trataba. Una vez que Szek hubo entregado la clave, fue asesinado por agentes británicos como medida de precaución.

Con la posesión de estas claves fue posible para el servicio de inteligencia de la Marina británica descifrar la mayoría de los mensajes alemanes. Los mensajes enviados desde Nauen eran recibidos en estaciones británicas y remitidos a Hall. El cable telegráfico norteamericano, a través del cual se enviaron los mensajes de Bernstorff, pasaba por territorio británico, y el servicio secreto de este país podía, por lo tanto, interceptar también estos mensajes.

Fue así como la nota de Zimmermann, enviada en una variante de la clave 13040, llegó, en enero de 1917, a manos de Sir Reginald Hall, quien reconoció de inmediato el importante papel que podía desempeñar dicho telegrama para hacer entrar a los Estados Unidos en la guerra del lado de los aliados. Se enfrentaba, sin embargo, a un delicado problema: ¿cómo podía hacer público el telegrama sin enterar a las autoridades alemanas de que el servicio secreto británico estaba en posesión de las claves alemanas, provocando así que se descontinuaran? Obviamente, tal revelación

habría tenido graves consecuencias; ya que el conocimiento de las claves alemanas era una de las principales ventajas con que contaba Inglaterra en la primera guerra mundial.

Hall decidió revelar el contenido del telegrama sólo después de ocultar el hecho de que el gobierno británico lo había descifrado. Para ello necesitaba una copia del telegrama que Bernstorff había enviado a México desde Washington destinado a Eckardt, y el cual con seguridad se diferenciaba muy poco del original. De esta manera esperaba dar la impresión de que el telegrama de Zimmermann había sido interceptado en el continente americano y no en camino hacia América.[111]

En poco tiempo Hall tuvo en su poder una copia del telegrama de Bernstorff a Eckardt. El entonces colaborador y más tarde biógrafo de Hall, Sir William James, cuenta cómo lo consiguió. Hall encargó a uno de sus agentes en México que obtuviera una copia del telegrama. El agente tomó contacto con un empleado del servicio telegráfico mexicano, quien a su vez tenía un amigo que era propietario de una editorial. Éste descubrió un día que un trabajador de su imprenta falsificaba billetes, delito que era castigado con la pena de muerte. El propietario de la imprenta escondió algunas de las matrices que había encontrado y fue a ver a su amigo, el empleado de la administración de telégrafos, para consultar con él. Entretanto, el trabajador que había falsificado el dinero regresó a la imprenta. Cuando comprobó que había sido descubierto, le dio vuelta al asunto y denunció a su patrón como falsificador de moneda. El dueño de la imprenta fue arrestado de inmediato y condenado a muerte por fusilamiento. Su amigo se dirigió entonces al agente de Hall, quien logró la intervención del gobierno británico. Por agradecimiento, el empleado de la administración de telégrafos le consiguió al agente británico una copia del telegrama de Bernstorff dirigido a Eckardt.[112]

Hall recibió esta copia del telegrama en la segunda mitad del mes de febrero. Hasta ese momento había mantenido en secreto el descubrimiento del telegrama de Zimmermann,[113] no sólo porque deseaba ocultar el hecho de que Inglaterra tenía las claves alemanas, sino porque abrigaba la esperanza de que no sería necesario utilizar el telegrama para hacer entrar a los Estados Unidos en la guerra. Dicho con mayor exactitud, el gobierno británico esperaba que la guerra submarina ilimitada lograría dicho objetivo. Sin embargo, no fue así. El gobierno norteamericano rompió sus relaciones diplomáticas con Alemania, pero no le declaró la guerra, como esperaban los británicos.

Hall decidió entonces publicar la nota de Zimmermann. El 24 de febrero entregó el texto de la misma al Ministerio de Relaciones Exteriores británico, el cual lo transmitió inmediatamente al embajador norteamericano en Londres, Walter Page.

Todos estos datos se basan en una única fuente: el propio Sir Reginald

Hall. Éste se la contó durante la guerra al embajador Page, quien a su vez se la contó, en 1921, a su biógrafo, Burton J. Hendricks.[114]

Según Edward Bell, diplomático norteamericano responsable de asuntos de seguridad en la embajada de los Estados Unidos en Londres y enlace con Hall, la versión de Hendricks está "plagada de inexactitudes". Según Bell, la versión de que los ingleses habían podido descifrar el telegrama enviado de Berlín a Washington en enero de 1917, cifrado en la clave 13040, es falsa. Los ingleses habían interceptado un mensaje en clave de Berlín, pero no pudieron hacer nada con él porque no estaba en la clave 13040, que conocían, sino en otra más reciente que no habían podido descifrar. Ésta era una nueva clave ultrasecreta que los alemanes habían hecho llegar a su embajada en Washington por medio de su submarino *Deutschland*. "El verano anterior los 'boches'* habían enviado una nueva clave a B. en Washington por medio del submarino *Deutschland*. No la habían usado mucho y los muchachos de Blinker [éste era el apodo de Hall] no habían podido hacer gran cosa con ella, de modo que cuando este mensaje pasó por Londres cifrado en la nueva clave, sus esfuerzos por descifrarlo fueron muy poco fructuosos." Así pues, la parte del relato según la cual Hall había congelado el telegrama durante semanas, desde mediados de enero hasta fines de febrero, y enviado agentes especiales a México para que obtuvieran el texto transmitido por Bernstorff a Eckardt, es falsa también.

Lo que sí es verdad es que la oficina de telégrafos de México fue la que proporcionó el telegrama. Por fortuna para los ingleses, Eckardt, en México, no había recibido la nueva clave y Bernstorff "tuvo que descifrar y volver a cifrar el mensaje de acuerdo con la vieja clave". Un agente inglés que trabajaba en la oficina de telégrafos de México lo envió a Londres, sin darse cuenta de la importancia de lo que estaba transmitiendo.

> Blinker tenía un hombre infiltrado en la oficina de telégrafos de México que enviaba, cada vez que podía, copias de todos los mensajes en clave que llegaban para Eckardt. Este mensaje fue enviado en enero, y una copia del texto cifrado, en la versión en que B. la envió a Eckardt, le llegó a Blinker hacia fines de febrero. Pudo descifrarlo porque estaba en clave antigua, y esto no sólo le dio el mensaje mismo sino también, mediante la comparación de éste con el texto que pasó por Londres, la oportunidad de empezar a descifrar la nueva clave. Ésta era una especie de piedra Rosetta.

Así pues, fue sólo el telegrama Zimmermann el que reveló la clave más secreta de los alemanes —la 0075— a los británicos. Bell continúa:

* Apodo que se daba a los alemanes. Viene del francés *caboche*, que significa *col, cabeza dura*. [T.]

Blinker no sabía qué hacer. No quería revelar que podía leer las señales de los boches, pero por otra parte le encantaba la idea de poder encajarles algo tan bueno. Me confió su dilema y yo le aconsejé lo segundo. Finalmente se llegó al acuerdo de que el señor Balfour (quien era entonces ministro de Relaciones Exteriores, pero antes había sido Primer Lord del Almirantazgo y en consecuencia conocía las hazañas de Reggie), debía dar al señor Page una traducción asegurándole que era la pura verdad, ya que eso tendría mayor fuerza que si Reggie me daba el telegrama a mí. Hay que recordar que ésta era nuestra primera infracción. Después de eso prescindimos de los intermediarios.

Bell hizo estas aseveraciones en una amarga carta que envió a los funcionarios del Departamento de Estado norteamericano en 1921. En ese año Hendricks había solicitado a dicha dependencia permiso para publicar su versión de la historia del telegrama Zimmermann. El Departamento de Estado consultó a Bell, quien suplicó que se impidiera la publicación y acusó a "Blinker" de haberse "ido de la lengua" y de "abuso de confianza". Pensaba que el principal motivo de dicha revelación era el resentimiento de los ingleses al no haber obtenido el crédito por dicha hazaña de espionaje.

Había dos buenas razones para hacerle creer al mundo, en aquel entonces, que el crédito de la hazaña correspondía a los norteamericanos: en primer lugar, despistar a los boches. No hubiera sido nada conveniente que éstos supieran lo listos que eran los ingleses, ya que eso les hubiera metido ideas en la cabeza (que jamás se les ocurrieron a los inocentes) respecto a los mensajes navales radiados y el W/T Berlín-Madrid.

En segundo lugar, infundirles temor acerca de nosotros; inquietarlos e impedir que se manejaran libremente dentro de los Estados Unidos. En ambos respectos la vacuna funcionó como un encantamiento, y por todo el mundo resonaron las loas a nuestro maravilloso Servicio Secreto. ¿Se acuerdan cómo durante meses el Departamento de Hacienda y el de Justicia juraba cada uno que él había hecho el trabajo, y cada uno trató de mandar al otro al Club de Ananías?* ¿Y la hipótesis de Pennoyer de que la señora Warren Robbins había trabajado en B. A.? (esto le dio especial gusto a Blinker).

Siempre fue un secreto celosamente guardado y ahora lo han revelado. No les importa ya, quizás, a Reggie y al Ministerio británico de Relaciones Exteriores, y a este último siempre le enfureció que nos tocara a nosotros la (inmerecida) gloria.[115]

Hall, como buen espía, siguió engañando hasta el final, tratando de no

* Ananías = mentiroso. Referencia a un seguidor de los apóstoles muerto cuando Pedro le reprochó haber mentido respecto a su contribución al fondo común. [T.]

revelar nunca a los alemanes que, además de haber descifrado su clave 13040, había hecho lo mismo con su ultrasecreta 0075.

Más allá de estos datos, escribió Bell, "la sensación resultante pertenece a la historia". "El señor Page regresó de su entrevista con Balfour con la traducción en la mano y lleno de ira, y Eugene y yo pasamos toda la noche despachando el telegrama." Page envió inmediatamente el telegrama al Departamento de Estado en Washington. También explicó la forma en que los ingleses lo habían obtenido, pero insistió en que nada de ello se revelara. "Este sistema", escribió Page,

ha sido hasta hoy un secreto celosamente guardado y el gobierno británico les informa de esto ahora sólo en vista de las circunstancias extraordinarias y de su sentimiento amistoso hacia los Estados Unidos. Pide con gran urgencia que ustedes mantengan en profundo secreto la fuente de su información y el método por el cual la obtuvo el gobierno británico, pero no prohíben que se publique el telegrama mismo de Zimmermann.[116]

Lansing, el secretario de Estado norteamericano, acababa de salir de viaje cuando llegó el informe de Page junto con el telegrama. Su asistente, Polk, fue inmediatamente a ver a Wilson, quien se mostró "sumamente indignado". Esta indignación aumentó aún más cuando Lansing le contó, al día siguiente, la forma en que se había transmitido el telegrama.[117]

El telegrama de Zimmermann llegó en un momento oportuno para Wilson. Estaba justamente en vías de pedirle al Congreso que tomara medidas contra la guerra submarina ilimitada de los alemanes, tales como armar a los barcos de la marina mercante y autorización para "utilizar cualquier otro medio y método que sean necesarios y apropiados para la protección de nuestros barcos y nuestras gentes [. . .] en el mar".[118] Los adversarios del ingreso de los Estados Unidos en la guerra desataron un alud de protestas contra estas medidas y la segunda propuesta, sobre todo, fue atacada con particular severidad. Wilson hizo publicar el telegrama Zimmermann un día antes del debate que se tenía proyectado (1o. de marzo). Sin embargo, el telegrama no se dio a conocer en un comunicado oficial del gobierno sino como una información de la Associated Press.

Inmediatamente los opositores de Wilson lanzaron la acusación de que la nota de Zimmermann era un fraude. El principal propagandista alemán en los Estados Unidos, el germano-norteamericano George Sylvester Viereck, le escribió ese mismo día a Hearst:

La supuesta carta de Alfred Zimmermann publicada hoy es obviamente falsa; es imposible creer que el ministro alemán de Relaciones Exteriores suscribiría tan disparatado documento. La carta es indudablemente

una descarada falsificación fabricada por los agentes británicos con el objeto de empujarnos a una alianza y de justificar las violaciones de Gran Bretaña a la Doctrina Monroe. Esta impúdica farsa se hace pública en forma simultánea con los frenéticos llamamientos de los primeros ministros aliados instando a los Estados Unidos a entrar en la guerra. Si Alemania estuviera conspirando contra nosotros difícilmente recurriría a un método tan torpe. El *real politiker* de la Wilhemstrasse jamás ofrecería una alianza fundamentada en proposiciones tan risibles como la conquista por México de territorio norteamericano. Se perciben aquí claramente los chirridos de la maquinaria de propaganda británica; la intención, por supuesto, es despertar el espíritu guerrero del Occidente amante de la paz y arrollar a los pacifistas en todas partes del país.

Hearst estuvo de acuerdo con esta interpretación y caracterizó la nota "con toda probabilidad como una falsificación y mentira absoluta preparada por el muy inescrupuloso departamento de un muy inescrupuloso Procurador General. Todo el mundo sabe que la policía secreta es la fabricante más amoral de pruebas falsificadas que hay en el mundo".[119]

En respuesta a estas afirmaciones el senador Lodge, republicano favorable a una declaración de guerra contra Alemania, introdujo en el Senado una resolución por la cual se exigía al gobierno que tomara una posición respecto a la nota. Wilson y Lansing habían previsto semejante desarrollo de los acontecimientos. Si el gobierno norteamericano había de ofrecer garantías absolutas de la autenticidad de la nota, ello implicaba que ésta había sido descifrada por autoridades norteamericanas en territorio norteamericano. Para este fin se pidió al gobierno británico que pusiera a disposición del norteamericano el libro de claves alemán. Pero los ingleses se resistieron. Page escribió que "se ha tratado el asunto de que nosotros dispongamos de una copia de la clave, pero parece haber graves dificultades. Me dicen que la clave por sí sola no nos serviría de nada ya que jamás se usa tal cual, sino con un gran número de variantes que sólo conocen uno o dos expertos británicos, y a éstos no se les puede permitir viajar a América".[120]

Sin embargo, pronto se le encontró una solución al problema. El gobierno norteamericano obtuvo el texto cifrado, enviado por Bernstorff a Eckardt, de los archivos de la compañía de telégrafos Western Union y lo mandó inmediatamente a la embajada norteamericana en Londres. El servicio secreto británico le prestó el libro de claves al funcionario norteamericano de seguridad, Bell, quien descifró el telegrama con el auxilio de ayudantes ingleses. En esta forma el mensaje fue descifrado por un norteamericano en territorio norteamericano, a saber, la embajada de los Estados Unidos.[121]

El 2 de marzo Wilson confirmó la autenticidad de la nota y declaró que el gobierno norteamericano estaba en posesión del texto. Sin embargo, esto

no bastó para acallar a los escépticos, quienes siguieron denunciando la nota como una falsificación. El gobierno norteamericano se hallaba en una posición delicada, pues no podía dar detalles respecto a la forma en que se descifró la nota sin revelar que los ingleses tenían en su poder las claves alemanas. Lansing se limitó a declarar que cualquier informe adicional respecto al origen de la nota pondría en peligro vidas humanas. De esta manera esperaba confundir ante todo al gobierno alemán, al sugerir que la nota había sido entregada por un traidor.[122]

A pesar de esta declaración, Hearst siguió denunciando la nota como un fraude, y varios senadores también cuestionaron su autenticidad.[123] Pero entonces, de un solo golpe, el gobierno norteamericano se vio liberado de toda preocupación: el 3 de marzo Zimmermann confirmó públicamente el contenido de la nota. Lansing escribió más tarde en sus memorias:

> Yo había esperado que Zimmermann desmintiera el mensaje y que nos exigiera aportar la prueba de su autenticidad. Esto hubiera sido lo más inteligente, pues siempre habría sido posible la acusación de que todo el asunto era una falsificación con el fin de forzar la aprobación de la ley sobre el pertrechamiento de los barcos mercantes [...] Muchos norteamericanos, tanto aquellos que simpatizaban con los aliados como aquellos que simpatizaban con Alemania, lo hubieran creído [...] Con la mayor sorpresa y con profunda alegría, leí que Zimmermann [...] había admitido la autenticidad del telegrama.[124]

La confirmación de Zimmermann no sólo fue un golpe devastador para todos los que habían puesto en duda la autenticidad del telegrama en los Estados Unidos, sino que la nota misma se convirtió en uno de los más importantes instrumentos propagandísticos en manos de quienes favorecían la intervención de los Estados Unidos en la guerra. El senador Lodge escribió: "Tan pronto como la vi, supe que sacudiría al país más que cualquier otro acontecimiento".[125] Dodge tenía razón: la nota tuvo su mayor impacto precisamente en aquellas regiones de los Estados Unidos donde el aislacionismo, y con ello la oposición contra una participación de los Estados Unidos en la guerra, eran particularmente fuertes: en el sudoeste del país. Sobre todo, la oferta alemana de anexar Texas, Arizona y Nuevo México, resultó especialmente ofensiva allí. "El telegrama de Zimmermann puso fin a todo sentimiento germanófilo en los Estados Unidos", señaló uno de los principales propagandistas de Alemania en el país.[126]

Después de la publicación de la nota, el Ministerio de Relaciones Exteriores japonés calificó la proposición alemana como totalmente inaceptable. El representante del Ministro, el Barón Shidehara, declaró:

> Nos sentimos muy sorprendidos por la propuesta alemana. No comprendemos cómo Alemania pudo pensar que nosotros nos dejaríamos arras-

trar a una guerra contra los Estados Unidos por una simple solicitud de México. Así de ridículo es todo esto. No creo necesario afirmar que el Japón permanece fiel a sus aliados.[127]

Al mismo tiempo, el secretario de la embajada japonesa en Estocolmo le dijo a un agente alemán: "Es del todo incomprensible cómo Alemania pudo pretender llegar a un acuerdo con el Japón a través de México. Es imposible para el Japón consentir en una mediación de México en un acuerdo semejante".[128]

La nota de Zimmermann llegó a México en un momento desfavorable para la diplomacia alemana: justo cuando la expedición punitiva norteamericana comenzaba a abandonar el país y las tensiones entre México y los Estados Unidos empezaban a aliviarse.

Sin embargo, el gobierno mexicano no estaba de ninguna manera convencido de que el peligro de una invasión norteamericana hubiese desaparecido, sino todo lo contrario. Un diplomático argentino en México informó que el ministro de Relaciones Exteriores, Aguilar, le dijo unos días antes de que se diera a conocer la nota de Zimmermann que el gobierno mexicano

> esperaba el estallido de una guerra entre Alemania y los Estados Unidos y que tal guerra lanzaría a México contra los Estados Unidos. El gobierno mexicano sabe que los alemanes intentarían destruir los campos petroleros. Esto tendría como consecuencia el desembarco de fuerzas armadas británicas o norteamericanas, a las que el gobierno mexicano estaba decidido a presentar resistencia.[129]

Estos temores, obviamente, distaban de ser infundados. Después que los Estados Unidos entraron en la guerra, las compañías petroleras solicitaron de hecho al gobierno norteamericano la ocupación militar de los campos petroleros.[130] Carranza no hubiera aceptado ni podido aceptar tal ocupación.

El temor de que estallara una guerra germano-norteamericana y el deseo de contar con la ayuda alemana en caso de una invasión norteamericana a México, pueden haber impulsado a Carranza a hacer a los países americanos neutrales una serie de proposiciones que hubieran favorecido mucho a Alemania. Así, por ejemplo, sugirió que se prohibiera cualquier suministro de armas a las potencias en guerra para obligarlas a hacer la paz.[131] Dado que Alemania casi no importaba mercancías de los países neutrales de ultramar, a causa del bloqueo británico, esta medida la hubiera perjudicado mucho menos que a los aliados. Por ello, Eckardt aprobó las propuestas de Carranza, que fueron rechazadas por los Estados Unidos.

Los esfuerzos de Carranza revelan que el gobierno mexicano, antes y

después del retiro de las tropas norteamericanas de México, no descartaba la posibilidad de una guerra mexicano-norteamericana. En consecuencia, los militares mexicanos se prepararon para tal eventualidad, contando con la participación del Japón al lado de México y Alemania. El 2 de febrero, es decir, más de dos semanas antes de que Eckardt tratara con Aguilar el asunto de la alianza, José Flores, un agente de la Secretaría de la Defensa mexicana en los Estados Unidos, informó que tras una visita a California, Arizona, Nuevo México y otros estados, había llegado a la conclusión "de que la situación es muy favorable para nosotros". Los japoneses y los mexicanos disponían de más de 300 000 armas de fuego y suficientes municiones. "En el momento en que se declare la guerra contra Alemania, podremos contar cuando menos con 200 000 alemanes en los Estados Unidos y toda Sudamérica."[132]

Todas estas consideraciones hacen comprensible que el gobierno mexicano no rechazara de antemano como una fantasía la nota de Zimmermann. La respuesta de los mexicanos se basaba menos en las "promesas" alemanas que en el temor muy real de una invasión norteamericana.

El 20 de febrero Eckardt le explicó a Cándido Aguilar, el ministro mexicano de Relaciones Exteriores el contenido de la nota. En el mismo telegrama se le había indicado que hiciera esto sólo en el caso de que estallara una guerra entre Alemania y los Estados Unidos. El 8 de febrero Zimmermann cambió esas instrucciones. Le escribió a Eckardt:

> Si no existe el peligro de que el secreto sea delatado a los Estados Unidos, sería deseable que presente sin tardanza al Presidente la petición de una alianza. La conclusión final del tratado dependería en todo caso del estallido de la guerra entre Alemania y los Estados Unidos. Pero el Presidente podría sondear ya desde ahora al Japón por propia iniciativa.[133]

Una vez que Eckardt transmitió el ofrecimiento alemán, Aguilar en opinión de aquél, no se mostró "nada renuente".[134] Eckardt informó que Aguilar, cuya actitud caracterizó como favorable conversó durante una hora sobre dicho asunto con el representante del Japón en México,[135] Eckardt, sin embargo, no pudo informar ningún resultado de esa reunión.

Los autores de la nota de Zimmermann, especialmente Kemnitz, habían esperado que el gobierno mexicano instaría al japonés a formar una alianza con Alemania contra los Estados Unidos. Pero Aguilar no estaba dispuesto en modo alguno a proceder de tal manera. En dos conversaciones distintas que tuvo con Kitai Arai, un funcionario consular japonés de bajo nivel, tan sólo preguntó qué actitud asumiría el Japón en caso de una guerra entre los Estados Unidos y Alemania. Cuando este funcionario le puso en claro que el Japón no tenía intención alguna de cambiar de bando y le informó que mantendría su relación con los aliados, Aguilar no insis-

tió en el tema con los japoneses, y mucho menos llegó a proponer una alianza entre el Japón, Alemania y México.

En un principio Arai dio tan poca importancia a esta conversación que ni siquiera la mencionó en sus informes al Ministerio de Relaciones Exteriores en Tokio. Fue únicamente después de la publicación de la nota de Zimmermann cuando el representante japonés en México comprendió cuál había sido la intención de Aguilar en esas entrevistas. Dos meses más tarde, en una conversación que tuvo con Ohta, el encargado de negocios japonés, el secretario mexicano de Relaciones Exteriores admitió que, efectivamente, había querido sondear al Japón y había concluido que éste jamás se aliaría con Alemania.[136]

No hay documentación precisa con respecto a la reacción del gobierno mexicano a la nota de Zimmermann, pero se pueden sacar algunas conclusiones de las fuentes disponibles.

Poco antes de su muerte, Aguilar dijo a un profesor de la Universidad Veracruzana, Xavier Tavera, que él había acogido bien la propuesta, pero que Carranza se había manifestado en contra. Carranza, sin embargo, le había pedido que no comunicara a Eckardt ningún rechazo definitivo.[137] Según otro informe, Carranza encargó a un alto oficial, Díaz Babio, que examinara la propuesta, después de lo cual asumió una actitud negativa. Díaz Babio consultó con su amigo López Portillo y Weber, y ambos llegaron a la conclusión de que la alianza era irrealizable. Como argumento principal alegaron que Alemania jamás estaría en condiciones de pertrechar suficientemente con armas y municiones al ejército mexicano; Alemania tenía muy pocos submarinos mercantes del tipo *Deutschland*, los únicos que hubieran podido ser utilizados para el transporte de armas, sin tener en cuenta que la flota norteamericana impediría el arribo de los submarinos a México. López Portillo y Weber señaló que la reanexión de Texas, Arizona y Nuevo México crearía una fuente de conflicto permanente con los Estados Unidos y tendría que conducir a una nueva guerra. Además, el poder de los norteamericanos residentes en esos territorios era tan grande que pronto alcanzarían una influencia decisiva en México, "de tal manera que yo no sabría quién se anexaría a quién, nosotros a ellos o ellos a nosotros".[138]

Un colega íntimo del secretario de la Guerra, Obregón, le contó a un agente secreto norteamericano que Carranza había convocado a una sesión del gabinete para aclarar los problemas planteados por la nota. Obregón aparentemente protestó entonces muy enérgicamente contra la aceptación de las proposiciones alemanas. Declaró que la única salvación de México consistía en "conservar la amistad y el apoyo moral de los Estados Unidos". Reafirmó su actitud antinorteamericana en general, pero explicó al mismo tiempo "que la salvación de México depende de los norteamericanos".[139]

Todos estos informes revelan que Carranza no quería lanzarse impulsivamente a una guerra contra los Estados Unidos, y ciertamente no sobre la base de un ofrecimiento alemán de Texas, Nuevo México y Arizona. Pero también se puede deducir de estos indicios que quería mantener a Alemania como reserva para el caso, probable a su parecer, de un ataque norteamericano a los campos petroleros mexicanos. Estas consideraciones explican también su comportamiento ulterior respecto a la nota de Zimmermann. No rechazó de inmediato la propuesta de alianza, sino que discutió con el ministro alemán las formas concretas de la ayuda que Alemania podría proporcionar a México en caso de guerra.[140]

El 26 de febrero, dos días antes de la publicación de la nota, Fletcher, el embajador norteamericano en México, recibió instrucciones de dar a conocer al gobierno mexicano el contenido de la nota y pedir a los mexicanos que la repudiaran inequívocamente. Habló en primer lugar con el secretario de Relaciones Exteriores, Aguilar, quien le dijo que no tenía ninguna noticia de tal nota. Para dar mayor credibilidad a sus palabras, Aguilar añadió que Eckardt le había preguntado varias veces impacientemente sobre la fecha del regreso de Carranza. ¡Esto sucedía seis días después de que Aguilar había discutido la nota con Eckardt![141] Las relaciones de Aguilar con los alemanes no eran, sin embargo, tan estrechas como para que él le comunicara a Eckardt que los norteamericanos estaban al tanto de todo el asunto.

Después de la publicación de la nota, el gobierno mexicano continuó esta política. Tanto en las declaraciones de destacados políticos como en la prensa, se afirmó que México nunca había recibido una oferta de alianza de parte de Alemania.[142] Eckardt lo negó también. A Fletcher se le ordenó entonces que ventilara todo el asunto con el propio Carranza, y que lo hiciera precisamente al entregar sus cartas credenciales.

Hay varias versiones sobre esta conversación, y por lo menos dos proceden del mismo Aguilar. Así, poco antes de su muerte, le contó a su antiguo colega Isidro Fabela que al recibir la nota de Zimmermann había comprendido inmediatamente su carácter pernicioso y que ni siquiera se la había mostrado a Carranza. Entonces, supuestamente, se le había informado que Fletcher se proponía romper las relaciones diplomáticas con México e incluso amenazar con una declaración de guerra en caso de que Carranza se negara a romper las relaciones diplomáticas con Alemania como prueba de que no tenía intenciones de aliarse con ese país. Aguilar contó además que había pospuesto tanto como fue posible la presentación de las cartas credenciales de Fletcher a Carranza, para dar tiempo a que los ánimos se calmaran. Cuando algunos días más tarde Fletcher presentó sus cartas credenciales a Carranza en Guadalajara, dio a conocer las exigencias norteamericanas. Carranza le dijo que no había recibido ninguna oferta de alianza por parte de Alemania, y que no había ningún motivo para romper las relaciones con Alemania. México había declarado su neutrali-

dad y él no veía ninguna razón para que la actitud neutral de México indujera a los Estados Unidos al rompimiento de relaciones. Fletcher quedó convencido y retiró las exigencias.[143]

Aguilar le dio a Eckardt una versión totalmente distinta:

> El señor Fletcher le dijo: "Deme usted garantías de amistad y nosotros retiraremos las tropas que necesitamos en Europa". La respuesta fue: "Al pueblo mexicano no le ha sido dada hasta ahora la posibilidad de abrigar sentimientos amistosos hacia los Estados Unidos".[144]

El propio Fletcher dio una tercera versión en su informe al gobierno norteamericano. Según ésta, en una larga conversación con Carranza había intentado convencer a éste de que repudiara inequívocamente la oferta de alianza alemana. Cuando Carranza se quejó de que el gobierno norteamericano había impuesto un embargo sobre las armas para México, Fletcher respondió que

> mientras nuestro pueblo o una parte sustancial del mismo abrigue cualquier duda sobre este asunto [la actitud de México respecto a la oferta de alianza alemana], sería muy difícil para el presidente permitir la exportación de armas hacia México.[145]

Carranza, sin embargo, no insistió en el tema y se limitó a afirmar que no había recibido ninguna oferta de alianza por parte de Alemania, y que por lo tanto no necesitaba tomar ninguna posición al respecto. Declaró al mismo tiempo que México no tenía ningún interés en que la guerra se extendiera a este lado del Atlántico.[146]

Un día más tarde, Fletcher volvió sobre el asunto:

> Redacté a lápiz un memorándum en español, que concluía con la declaración categórica de que en caso de que hubiera una oferta de alianza alemana a México, ésta sería rechazada. Le di el memorándum al general Aguilar y le pedí que se lo mostrara a Carranza. Él lo hizo así y tras de que hubimos dejado el tren de Carranza, me dio otro borrador que había escrito él mismo. Su proyecto, comparado con el mío, contenía algunas modificaciones; en particular, se había omitido la declaración categórica de que el gobierno mexicano rechazaría una alianza propuesta por Alemania.[147]

Al preguntar Fletcher el porqué de la supresión, Carranza explicó que no podía tomar ninguna posición sobre una propuesta que no le había sido presentada. Además, primero deberían discutirse sus proposiciones acerca de un embargo contra las potencias beligerantes.[148]

El secretario de la Guerra, Obregón, se mostró menos reservado que Carranza. Inmediatamente después de la publicación de la nota, le dijo a Fletcher que

> consideraba absurda una alianza mexicana con Alemania y que creía que tras seis años de guerra civil, el gobierno mexicano debía dedicarse a la pacificación y reorganización del país, y que para México sería muy estúpido comprometerse con una potencia europea que algún día exigiría el pago por los servicios prestados.[149]

Carranza y Aguilar no repudiaron la nota. Aguilar la utilizó incluso para una hábil maniobra propagandística, al hacer circular el rumor de que todo el asunto era una invención del gobierno mexicano para ejercer presión sobre los Estados Unidos.[150] Después de que Carranza se convenció cada vez más de que no existía ningún peligro inmediato de una invasión norteamericana, rechazó el 14 de abril el ofrecimiento de alianza en una conversación secreta con el ministro alemán. Procuró no presentar este rechazo como definitivo, de suerte que si a pesar de todo se llegaba a una guerra con los Estados Unidos pudiera contar con el apoyo alemán. Eckardt telegrafió a Berlín:

> El Presidente declaró que de todas maneras tiene intenciones de permanecer neutral. Con todo, en caso de que México se viera arrastrado a una guerra, entonces veríamos. Él dice "que la alianza ha sido echada a perder por su 'revelación prematura', pero que más tarde sería necesaria".[151]

LA REACCIÓN ALEMANA AL TELEGRAMA ZIMMERMANN

La publicación de la nota provocó fuertes ataques contra Zimmermann en Alemania. Éstos procedimientos tanto de la derecha como de la izquierda, y por motivos muy diferentes. Los derechistas y la mayoría centrista hicieron estos ataques en el plano privado y tras bambalinas en tanto que los socialdemócratas atacaron a Zimmermann en la Comisión de Presupuesto del Parlamento, en el mismo Parlamento y en la prensa.

Los militares y la extrema derecha, que daban poca importancia a la intervención de los Estados Unidos en la guerra, repudiaron la nota de Zimmermann por motivos chauvinistas. Atacaron a Zimmermann por haber tratado a Carranza sobre una base de igualdad y no como a un jefe de bandidos. El embajador austriaco en Berlín informó: "En el Almirantazgo del Reich se ha comentado entre otras cosas, que no se puede firmar un tratado con un Carranza. Sencillamente se le pone oro en una mano

y un puñal en la otra y él sabe lo que tiene que hacer."[152]

Más incisivos aún fueron los ataques de los partidarios de la "tercera vía", es decir, aquellos que esperaban librar la guerra submarina ilimitada sin arrastrar a los Estados Unidos a la guerra. Éstos se encontraban en su mayor parte en las filas del centro. La nota de Zimmermann pareció destruir efectivamente sus esperanzas. El presidente del Consejo Federal, Lerchenfeldt, escribió con desaprobación:

> En mi opinión, hay que lamentar el caso como un síntoma de que, a pesar de todas sus desafortunadas experiencias, la gente del Ministerio de Relaciones Exteriores no puede dejar de trabajar con métodos indignos y mezquinos. ¡Cuánto nos ha costado en hombres y dinero la agitación en Inglaterra, Irlanda, Marruecos y entre los Senussis sin que haya producido ningún resultado!, ¡cuán desfavorables han sido para nosotros los atentados contra las fábricas de municiones en los Estados Unidos y cuán escasos fueron sus resultados! Estos ejemplos ciertamente hubieran podido disuadirnos de una operación en México.[153]

Matthias Erzberger le explicó al embajador austriaco en Berlín:

> Si no se hubiera enviado esa nota, quizá se hubiera acusado más tarde al Ministerio de Relaciones Exteriores precisamente por esa omisión. Ahora se dice que todo el asunto fue un disparate, pues no se hacen alianzas con bandidos, pero en todo caso este intento nunca debió haber salido a la luz pública, pues ésa es la estupidez final.[154]

Más fuerte aún fue la reacción de quienes se oponían a la guerra submarina. Entre ellos se contaba una fracción de la burguesía que tenía estrechos vínculos económicos con el capital norteamericano. Su análisis fue expresado muy claramente por Walther Rathenau, quien escribió al general von Seeckt:

> El que nosotros le entregáramos Texas y Arizona a Carranza y les ofreciéramos a los japoneses una alianza como a cambio de Kinsher, y para colmo por mediación de un bandolero, es demasiado triste para poder reírse.[155]

En el Comité de Presupuesto del Parlamento, sin embargo, y especialmente en la sesión que tuvo lugar el 5 de marzo, estas corrientes de opinión se moderaron. Antes de dicha sesión, según informes de Lerchenfeldt, ministro de Baviera ante el gobierno federal, se habían puesto de acuerdo "para no ocasionarle dificultades al ministro de Relaciones Exteriores, Zimmermann, con motivo de este asunto, aunque nadie en realidad estaba de acuerdo con el paso dado por él, que se consideraba más bien desafortunado".[156] En principio se manifestó apoyo a la nota misma, y sólo se criticó el no haber logrado mantener en secreto su contenido.

El Príncipe Zu Schöneich-Carolath, diputado del partido Nacional Liberal, aprobó explícitamente la nota de Zimmermann ante el Comité de Presupuesto. "¿Por qué —preguntó—, no había de intentar Alemania crearles dificultades a los Estados Unidos con México? La calidad moral del presidente mexicano es algo, en tales circunstancias, que nos resulta indiferente. Se trataba simplemente de un esfuerzo nuestro —en vista únicamente de las circunstancias de la guerra— por atarles las manos a los Estados Unidos y distraer sus energías como mejor pudiéramos creándoles dificultades."[157] Restó importancia a las declaraciones japonesas de que el Japón no tenía intenciones de participar en tal alianza, declarando: "La palabra hablada tiene muy poco valor en el Japón. Los japoneses son los mentirosos más grandes del mundo. Allí se considera elegante no decir nunca la verdad, ni siquiera en el seno de la familia. Es un método educativo".[158] Sólo se quejó de que la nota no se hubiera transmitido oralmente sino por escrito. Schöneich-Carolath hablaba en nombre de la fracción nacional liberal, pero, según Lerchenfeldt, "la opinión incluso dentro de su propio partido no parece apoyarlo, como pude deducir de una conversación con otro diputado del mismo partido Nacional Liberal que deploraba enérgicamente la nota calificándola de gran torpeza".[159]

Muy semejantes a los comentarios de Schöneich-Carolath fueron las declaraciones del diputado Göber, del ala derecha del Partido del Centro: "Difícilmente se podría encontrar un método mejor —declaró—, que el de enviar a un zorro astuto a la retaguardia del enemigo para que le mordisquee las piernas".[160] Señaló los inútiles esfuerzos del ejército norteamericano por capturar a Villa y afirmó: "No puede reunirse en los Estados Unidos, en un futuro previsible, un ejército moderno capaz de derrotar a México". Y concluyó con las siguientes palabras: "El ministro de Relaciones Exteriores se ha fijado un objetivo correcto en lo tocante a la política hacia los Estados Unidos, aun cuando la forma que eligió haya sido desafortunada. No hay base para criticar al Ministerio de Relaciones Exteriores".[161]

Con excepción de David, quien representaba a los miembros socialistas del gobierno, y Ledebour, representante del bloque social-demócrata, los demás diputados en el Comité de Presupuesto hablaron, en términos generales, a favor de Zimmermann. Gothein sólo criticó el ofrecimiento hecho a Carranza de los estados de Texas, Arizona y Nuevo México, que podría volcar a la opinión pública norteamericana en contra de Alemania, en tanto que Bruhn consideró sumamente improbable que se pudiera obtener el apoyo japonés por mediación de México.[162]

La actitud de la prensa fue similar. La mayoría de los periódicos aplaudieron la propuesta de alianza con México. La declaración del *National-*

Zeitung fue típica: "México es perfectamente capaz de movilizar 500 000 hombres en una emergencia, mientras que los Estados Unidos han sido anteriormente incapaces de poner sobre las armas a la tercera parte de esa cantidad", añadiendo que "en México el clima de opinión durante la guerra era extremadamente germanófilo. Los estudiantes, por ejemplo, usaban en el ojal distintivos con pequeños retratos del kaiser Guillermo para manifestar su simpatía. El tenor de la opinión pública era tal que puede decirse que la gente en general esperaba una alianza con Alemania".[163] En el *Kölnische Zeitung* se expresaron opiniones semejantes. El 3 de marzo de 1917 escribió: "Era obvio que haríamos un esfuerzo, en caso de guerra con los Estados Unidos, por atraer a nuestro bando a los enemigos naturales de ese país e incitarlos a atacar".

La nota de Zimmermann fue criticada sobre todo por aquellas fuerzas que se habían opuesto a la guerra submarina ilimitada, como la burguesía comercial que tenía vínculos con los Estados Unidos, los socialistas de derecha que temían que la expansión de la guerra los haría perder el control sobre sus propios adeptos, los centristas y, finalmente, pero en mayor grado que todos los demás, los socialistas de izquierda, que se oponían a la guerra en general.

Ledebour, representante del bloque social-demócrata de izquierda en el Comité de Presupuesto, lanzó duros ataques a Zimmermann, pero éstos fueron de naturaleza táctica más que fundamental. Consideré aceptable que "el Ministerio de Relaciones Exteriores buscara aliados contra los Estados Unidos" pero no veía en Carranza un aliado digno de confianza, ya que no pasaba de ser "el bandido de mayor éxito". Observó irónicamente que después de todo la alianza no era realmente necesaria, dadas las continuas declaraciones de la Marina de que los Estados Unidos no representaban ningún peligro para Alemania. "En una ocasión anterior el secretario Capelle no consideró que los buques norteamericanos cargados de tropas que cruzaran el Atlántico representaran un gran peligro, sino que comentó irónicamente que serían excelentes blancos para nuestros submarinos." Ledebour criticó el ofrecimiento de Texas, Arizona y Nuevo México a Carranza porque en su opinión ello violaba el derecho de autodeterminación popular. Expresó la opinión de que el Japón no tenía intenciones de volverse contra los Estados Unidos. "El ministro del Interior —concluyó—, ha indicado anteriormente que en este momento nada se puede ganar con el idealismo, y que debemos en cambio emprender una política práctica. Sin embargo, con las políticas practicadas a las que recurre actualmente nuestro gobierno, sólo nos meteremos en problemas cada vez mayores".[164]

No fue Ledebour quien expresara indignación por el calculado engaño a Carranza, ni quien repudiara la nota de Zimmermann por constituir una extensión de la política bélica. En cambio el *Leipziger Volkszeitung*, que representaba al ala socialista radical, se pronunció abiertamente ese

mismo día en contra de la idea, propalada por las autoridades gubernamentales, de que la nota había sido una medida preventiva. "No podemos aceptarlo. Y el efecto que se está haciendo sentir en una rápida intensificación de una actitud beligerante en los Estados Unidos y en la posibilidad de que la guerra mundial se extienda al continente americano, confirma necesariamente nuestra opinión, como la de todos los que se oponen a la guerra, de que con los métodos de política estatal hasta ahora utilizados, que encuentran una ilustración tan drástica en este asunto germano-mexicano, sólo se puede lograr una mayor intensificación de la guerra y una mayor extensión de la conflagración mundial. Las conclusiones caen por su propio peso."[165] Franz Mehring, miembro de la Liga Espartaco, quien estaba a la sazón en campaña electoral para ganar una curul en el Parlamento, dio a la nota de Zimmermann un lugar prominente en su campaña.[166]

David, quien representaba a los social-demócratas de derecha en el Comité de Presupuesto, fue mucho más moderado en sus críticas que Ledebour. No atacó la propuesta alianza en cuanto tal ni tampoco la actitud general asumida por Zimmermann. "No hay necesidad —declaró—, de considerar este asunto desde un punto de vista ético, porque tal punto de vista ya no es, como hemos visto por la guerra, determinante en estos asuntos."[167] Lo que criticó fue la torpeza del Ministerio de Relaciones Exteriores, a la cual atribuyó la revelación del contenido de la nota, agregando que no creía que el Japón fuera a cambiar su posición respecto a la guerra mundial a causa de México. David puso en duda las capacidades de México como aliado y consideró por otra parte, que la propuesta de separar a Texas, Arizona y Nuevo México de los Estados Unidos era irrealizable y perjudicaba a Alemania ante la opinión pública norteamericana. "En todo caso, una vez iniciada la intensificación de la guerra submarina no había muchas esperanzas de conservar la paz con los Estados Unidos. Como resultado de nuestras actividades en México, esas esperanzas se han reducido a cero."[168] Esta crítica le ganó la gratitud de Zimmermann: "Le agradezco al señor diputado David la forma tranquila y objetiva en que criticó mis acciones".[169]

La nota de Zimmermann, que fue vista como una provocación bélica adicional, despertó tal indignación en gran parte de la clase obrera alemana que dos semanas más tarde, en una sesión pública del Parlamento, Scheidemann se sintió obligado a pronunciarse contra la nota mucho más enérgicamente de lo que anteriormente habían hecho sus colegas. En esta ocasión caracterizó la nota como "parte de esa esfera de la política exterior en la cual la fracción social demócrata rechaza toda responsabilidad".[170]

Aparte de la prensa social-demócrata, sólo unos cuantos periódicos se pronunciaron en contra de la nota. El *Berliner Tageblatt*, que representaba a aquellos círculos de la burguesía alemana que tenían estrechos víncu-

los con los Estados Unidos declaró el 5 de marzo de 1917, que "no se ha perdido ninguna joya del arte de gobernar entre Berlín y México".[171] El único político de derecha que expresó abiertamente su inquietud por la nota fue el conde Reventlow, editorialista del periódico conservador *Deustche Tageszeitung*, ligado a los pangermanistas. Reventlow, partidario de la guerra submarina ilimitada, formuló de tal manera sus críticas que en cualquier momento podía distanciarse de las mismas. "En este acontecimiento y en sus posibles consecuencias no vemos nada que nos induzca al pesimismo. Sin embargo, quienes tienen sus esperanzas puestas en la división de opiniones entre los norteamericanos, considerando que esta falta de acuerdo ayudará a preservar la paz, no podrán dejar de lamentar profundamente este giro en los acontecimientos, ni sentir lo injusto de que, precisamente en este momento, el gobierno practique respecto a México una política que sólo puede calificarse de fósforo arrojado en un barril de dinamita."[172]

Esta crítica irritó al *Berliner Tageblatt*. El 5 de marzo de 1917 comentó con sarcasmo: "Resulta un tanto desconcertante escuchar todo esto en boca del conde Reventlow, que valora en tan poco las relaciones germano-norteamericanas y que con tanto atrevimiento ha arrojado fósforos él mismo. Nos recuerda la escena de *La muerte de Wallenstein* en que Octavio Piccolomini le dice a Butler después del asesinato: 'Levanto mi mano honorable' y le asegura dolorosamente que 'no soy culpable de este horrible delito'."

Reventlow había publicado su crítica a la nota de Zimmermann el 3 de marzo, o sea inmediatamente después de la revelación del texto y antes de que los partidos de derecha hubieran acordado su táctica al respecto. El apoyo de la derecha a Zimmermann en este asunto y el sarcástico comentario del *Berliner Tageblatt* lo llevaron a emprender la retirada que había tenido la precaución de preparar. Ya el 6 de marzo escribió en *Deutsche Tageszeitung* que en su anterior crítica sólo había expresado la opinión de quienes "ponían grandes esperanzas en el mantenimiento de la paz con los Estados Unidos", pero que él mismo apoyaba sin reserva la nota. Sin embargo, en su crítica, Reventlow sólo se había anticipado al punto de vista de la Marina y de la extrema derecha. En vista del fracaso de la guerra submarina ilimitada por la que tanto habían abogado, declararon más tarde que había sido el telegrama y no el inicio de la guerra submarina ilimitada la responsable principal de la entrada de los Estados Unidos en la guerra.[173]

Zimmermann tuvo incluso que explicarse ante el kaiser. "Su Majestad el kaiser Guillermo —informó el embajador austriaco en Berlín—, ha llamado al ministro de Relaciones Exteriores, a quien recibió hoy, para pedirle cuentas respecto a este asunto, y Herr Zimmermann le expuso ampliamente a Su Majestad lo contenido en el breve informe arriba citado." Al

hacer tal cosa, sin embargo, Zimmermann pudo responder a algunos de los reproches de Guillermo II recordándole que la propuesta de alianza coincidía con las sugerencias del propio kaiser. "El ministro afirmó —añadió el embajador Hohenlohe—, que había sido su obvio deber intentar conseguir la ayuda mexicana para el caso de que estallara la guerra, algo que el kaiser mismo le había sugerido con anterioridad."[174]

En su defensa pública Zimmermann hubiera podido desmentir todo el asunto y presentarlo como una invención enemiga. Esto hubiera sido sin duda lo más hábil. No tenemos datos más precisos del motivo por el cual reconoció que la nota era auténtica: al kaiser únicamente le manifestó que él "había considerado que lo más atinado era dar a conocer inmediatamente el mismo contenido de la nota antes de que éste fuera deformado por la prensa enemiga y neutral".[175] Quizá hubo dos razones decisivas para su conducta. Por una parte, ésta podría atribuirse al hecho de que él no sabía de qué manera había sido interceptada la nota. Pensaba que ésta había sido divulgada en los Estados Unidos y que en caso de negarlo el gobierno norteamericano podría presentar pruebas manuscritas. Por otra parte, no tenía la menor idea sobre el posible efecto de la nota en los Estados Unidos. Por el contrario en sus declaraciones ante la Comisión de Presupuesto del Parlamento, llegó incluso a atribuir aspectos positivos al descubrimiento de la nota. Zimmermann declaró allí: "El pueblo norteamericano comprenderá rápidamente la peligrosidad de la situación en que lo pondría una guerra con nosotros".[176] Según Lerchenfeldt, "el ministro se inclinaba a un vigoroso optimismo" respecto a los Estados Unidos. Característico de ello es la declaración que hizo inmediatamente antes del rompimiento de relaciones con los Estados Unidos: "Todavía la noche anterior al rompimiento de relaciones —escribió Lerchenfeldt—, el ministro se quejó acerca del terrible pesimismo de quienes veían con alarma la hostilidad norteamericana y dijo: 'No se preocupen, ya arreglaré yo el asunto con Jimmy' [el embajador norteamericano James Gerard]".[177]

Su táctica defensiva empujó a Zimmermann en tres direcciones: tomó a la ligera el impacto de la nota, intentó echar sobre Bernstorff la responsabilidad por su descubrimiento y siguió haciendo todo lo posible para lograr una alianza con México. La actitud de Zimmermann y del Ministerio de Relaciones Exteriores, la caracterizó el 4 de marzo el embajador austriaco con las siguientes palabras:

> En el Ministerio de Relaciones Exteriores me explicaron que la publicación de la propuesta de alianza a México era muy irritante, pero que en general todo el asunto era relativamente insignificante porque todo el mundo tendría que reconocer que Alemania trataría por todos los medios de conseguir aliados para el caso de una guerra con los Estados Unidos.[178]

Zimmermann también se expresó en estos términos ante la Comisión de Presupuesto del Parlamento: "Además, el presidente Wilson difícilmente puede sorprenderse de que, en caso de declararnos la guerra, echemos mano de todos los medios para crearle dificultades". Reforzó su argumento indicando que los periodistas norteamericanos destacados en Berlín habían mostrado una total comprensión de su punto de vista:

> En las informaciones que ya habían redactado se indicaba que nadie podía criticar la nota dado que ésta había de entregarse después de que la guerra hubiera estallado.[179]

El tenor de la prensa oficiosa fue similar. La cuestión de Texas, Arizona y Nuevo México fue eludida. Zimmermann intentó justificar este ofrecimiento ante la Comisión de Presupuesto del Parlamento declarando que su objetivo había sido el de incitar a Carranza a que atacara territorio norteamericano. Añadió además:

> El señor diputado ha dicho que si la opinión pública en los Estados Unidos llega a saber que nosotros estamos ofreciendo territorio norteamericano a los mexicanos, ello tendrá el efecto de un martillazo. Nosotros únicamente hemos ofrecido a los mexicanos un *acuerdo*, que ellos podrán aceptar o rechazar. Ésta es una gran diferencia.[180]

En el mismo sentido discurrió una entrevista preparada de antemano que a Bernstorff le entregó un periodista a su llegada a Copenhague. Según el borrador elaborado por el Ministerio de Relaciones Exteriores, Bernstorff debía haber declarado:

> Una cosa es clara, y es que se ha cometido un terrible acto de deslealtad y una violación de la confianza y la buena fe en las relaciones entre los pueblos [...] Estoy convencido de que si fuera costumbre alemana publicar la correspondencia de los países que mantienen relaciones pacíficas con nosotros, en algunos escritos del gobierno norteamericano dirigidos al exterior hubiéramos encontrado cosas muy poco congruentes con las patéticas palabras de paz del presidente Wilson.[181]

Estas frases le parecieron excesivas incluso a Kemnitz, quien dispuso su supresión.[182] Bernstorff declaró entonces que Alemania jamás había perseguido en América Latina y en México otros fines que no fueran los económicos. Alemania incluso había "postergado con frecuencia las necesidades de los grandes intereses económicos que tiene en todos estos países para no herir la susceptibilidad de los Estados Unidos". Alemania había planeado la nota sólo para el caso de una guerra.

> Esto explica el hecho de que si los Estados Unidos no nos hubieran declarado la guerra, el gobierno mexicano nunca se hubiera enterado de nuestras intenciones. Pienso que es casi imposible proceder de forma más correcta [...] Que el gobierno alemán haya hecho planes generales para tomar medidas destinadas a parar el golpe que los Estados Unidos preparaban contra nosotros, no sólo era su perfecto derecho, sino su obligación y un deber ante el pueblo alemán.[183]

A Bernstorff le disgustó profundamente esta entrevista, en la que fue obligado a defender una política con la que no estaba totalmente en desacuerdo. Ella reforzó entre los norteamericanos la creencia de que él era uno de los principales culpables de todo el asunto. Por eso les hizo saber subrepticiamente a los norteamericanos en Copenhague que él no había preparado la entrevista, sino que ésta había sido elaborada por el Ministerio de Relaciones Exteriores.[184]

Uno de los recursos más importantes que utilizó Zimmermann para defenderse de las críticas dirigidas contra él, fue el intento de achacar a Bernstorff la culpa por el descubrimiento de la nota. En todas sus declaraciones afirmó que la idea misma de la nota había sido buena, y que el daño se había debido sólo a causa de su publicación Recalcó reiteradamente su inocencia, e insinuó o dio a entender a través de voceros del Ministerio de Relaciones Exteriores que la nota había sido descubierta en Washington debido a la negligencia de Bernstorff. Zimmermann le dijo al kaiser:

> El conde Bernstorff se vio obligado a emplear nuevo personal de toda clase en la cancillería, ya que anteriormente siempre habían ocurrido indiscreciones allí, y temía que esta vez un empleado de la propia embajada hubiese sido sobornado y vendido el telegrama al gobierno norteamericano.[185]

Voceros del Ministerio de Relaciones Exteriores repitieron estas afirmaciones en conversaciones confidenciales con el embajador austriaco y con los ministros de cada uno de los estados alemanes en Berlín. Éstas adquirieron mayor peso aún a causa de que en el mismo barco en que Bernstorff regresó a Europa los ingleses decomisaron un baúl con despachos suecos. Los ingleses difundieron el rumor de que entre ellos se había encontrado la nota de Zimmermann. Guillermo II, influido quizá por Zimmermann, dio crédito a este rumor. Bernstorff estaba convencido de que el kaiser le mostraba frialdad por esta razón.[186]

Ante la Comisión de Presupuesto del Parlamento era más difícil presentar tales acusaciones inverificables, dado que Bernstorff contaba allí con algunos partidarios. Zimmermann procedió mucho más refinadamente. Acusó a Bernstorff dando la impresión de que lo defendía. Declaró:

Me es imposible imaginar, como leí ayer en un periódico, que el embajador del kaiser haya entregado la nota a un correo para que éste la llevara a México. No puedo creer que el conde Bernstorff haya procedido tan imprudentemente. Más tarde podremos explicar esto.[187]

Docenas de rumores sobre la forma en que fue descubierto el despacho habían aparecido en la prensa, pero Zimmermann únicamente se dignó mencionar este rumor particular. El diputado Gröber mordió el anzuelo y atacó a continuación al propio Bernstorff. Manifestó:

En Washington ciertamente ha ocurrido algo incorrecto. La "pérdida" de un expediente en un tranvía, el robo de una chequera, etcétera, son cosas muy extrañas y exigen una investigación a fondo de la embajada alemana. Será necesario que el ministro de Relaciones busque sólo la verdad en este asunto. Todo el espectáculo que rodeó la partida del embajador alemán, tampoco fue muy decoroso. Algo más de discreción y algo menos de emoción hubieran correspondido mejor a la situación.[188]

Zimmermann perseguía un doble objetivo con estos ataques. Por una parte, la culpa se le debía achacar a Bernstorff: esto era tanto más fácil cuanto que Bernstorff era muy impopular entre los derechistas por su oposición a la guerra submarina ilimitada. Al mismo tiempo, Zimmermann quería quitar de su camino a un rival en potencia y a un hombre que se oponía parcialmente a su política.

Bernstorff se defendió lo mejor que pudo. Tan pronto como arribó a Copenhague le comunicó al representante alemán allí que excluía cualquier traición por parte de los empleados de la embajada.[189] Al mismo tiempo parece haberse dirigido a los norteamericanos solicitando su ayuda. Le hizo saber al embajador norteamericano en Copenhague que tenía posibilidades de llegar a ser vicecanciller, y que el asunto de la nota de Zimmermann había destruido esas posibilidades. Sólo si los norteamericanos revelaban públicamente dónde habían obtenido realmente la nota, exonerándolo con ello, le sería posible aún obtener este cargo.[190] Naturalmente, los norteamericanos no lo complacieron.

El deseo de inculpar a Bernstorff parece haber predominado también en una investigación ordenada por Zimmermann. El consejero privado, Goeppert, fue encargado de recoger información sobre el descubrimiento de la nota y se le autorizó "para interrogar a los empleados cuya opinión juzgara pertinente".[191] Goeppert tuvo que enfrentarse desde un principio a dos versiones contradictorias. Por una parte, existía la aseveración de Zimmermann de que la nota probablemente había sido divulgada desde el interior de la embajada alemana en Washington. Zimmermann había sostenido reiteradamente esta opinión, pero en una conversación con Lerchenfeldt también había dejado abierta la posibilidad de que la clave empleada hubiera caído desde antes de la guerra en manos de otra potencia.[192] El análisis de Bernstorff también se orientaba en este sentido. Éste, que no había sido interrogado por Goeppert, declaró en Copenhague "que o bien la clave es conocida por los ingleses o por los norteamericanos, o la nota fue divulgada en México".[193]

Parece ser que por algún tiempo Goeppert se adhirió a la segunda posibilidad expresada por Bernstorff. El gobierno alemán telegrafió a Eckardt el 21 de marzo: "Diversos factores indican traición por México, instámosle tome las mayores precauciones, todos los materiales comprometedores deben ser quemados".[194] Eckardt se opuso enérgicamente a esta versión:

Imposible mayor precaución que la que se ejerce aquí. Los únicos textos existentes me fueron leídos por Magnus de noche (los sirvientes que no hablaban alemán dormían en casa contigua). El texto únicamente ha estado en sus manos o en la caja de seguridad, que sólo Magnus puede abrir.[195]

Y con una hábil indirecta para Bernstorff, concluyó:

Según Kunkel, aun los telegramas secretos son conocidos por toda la embajada en Washington. Segunda copia se da regularmente a consejeros de embajada. Aquí ni siquiera usamos papel carbón. Favor de informar inmediatamente tan pronto como nosotros seamos exculpados, como sucederá sin duda; de lo contrario, tanto Magnus como yo insistiremos en investigación judicial, posiblemente a cargo del cónsul Grunow.[196]

Los funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores acogieron con júbilo esta interpretación de Eckardt. Se le respondió: "Después de vuestro telegrama es difícil sostener que la delación haya ocurrido en México. En vista de ello pierden su importancia todos los indicios que apuntaban en esa dirección. Ni a usted ni a Magnus se les atribuye culpa".[197]

La opinión muy difundida en Alemania de que el mismo Carranza había vendido el telegrama a los norteamericanos, demostró ser insostenible en vista de la declaración de Eckardt de que jamás le había leído a aquél el texto del despacho. Casi todas las investigaciones se concentraron entonces en la embajada alemana en Washington. Al mismo tiempo, Goeppert tuvo que manejar los más diversos informes del servicio secreto alemán acerca del descubrimiento de la nota. Éstos contenían a menudo datos que habían sido intencionalmente propalados por Hall para confundir a los investigadores alemanes. Así por ejemplo, se decía en un informe que la nota había sido enviada a través de Holanda y que allí había sido divulgada.[198] El jefe de la oficina de claves a quien asimismo se le pidió una declaración, afirmó: "No tengo ninguna información de que la clave 13040

haya sido descubierta". Él también había intentado culpar a la embajada alemana en Washington por el descubrimiento de la nota. Hizo resaltar lo siguiente: "Es bien sabido que en los Estados Unidos se ha practicado un espionaje particularmente agudo contra la embajada y sus empleados".[199]

El 4 de abril Goeppert presentó un informe provisional. Éste investigó primero si la clave secreta 0075, con la que el telegrama había sido transmitido a Washington, así como la clave 13040, con la que se transmitió de Washington a México, podían haber sido conocidas por los norteamericanos. Por lo que toca al código 0075, Goeppert cayó totalmente en la trampa tendida por Hall. Éste había hecho publicar, no el texto transmitido de Berlín a Washington, sino el que se envió de Washington a México. Goeppert concluyó de ello que la clave 0075 no podía haber sido descubierta. "Si nuestra clave 0075 era conocida por el gobierno norteamericano, entonces la nota hubiera sido publicada con la fecha del 16 y no con la del 19."[200] Goeppert pensaba que era imposible que los norteamericanos conocieran la clave cuando entregaron la nota, ya que de otra manera, según su opinión, no se hubiera pasado al embajador norteamericano en Berlín. Además, el gobierno alemán sabía que los norteamericanos se habían sorprendido por el anuncio de la guerra submarina ilimitada, lo que no hubiera sucedido si hubieran conocido la clave alemana.

Goeppert consideró entonces la posibilidad de que la clave 13040, que era utilizada por las autoridades alemanas en la mayoría de los países latinoamericanos y en los Estados Unidos, pudiera haber caído en manos de los norteamericanos. "El gobierno norteamericano pudo haber adquirido la clave misma o haber mantenido una copia o una fotografía de la misma. Esto pudo haber sucedido en cualquier lugar donde se utilizaba la clave. De ninguno de estos lugares se ha informado un robo de la clave."[201] Goeppert no excluía la posibilidad de que la clave hubiera sido revelada, pero añadía que Washington era el único lugar donde ello habría sido posible, dado que en la embajada alemana de ese lugar se encontraba una caja fuerte cuya combinación no había sido cambiada desde 1902.[202]

El único análisis correcto, o sea que los ingleses poseían las claves alemanas, nunca fue mencionado, aun cuando había sido indicado por Bernstorff y el mismo Goeppert había recibido una sugerencia similar en un informe del servicio secreto alemán. Entre los muchos informes que le fueron entregados, había uno que decía que "el plan alemán concerniente a México, ha sido descubierto por 'la inteligencia y el espíritu de iniciativa de los ingleses'. La clave política secreta alemana no es ningún secreto para Inglaterra (declaración inglesa)".[203] Obviamente Goeppert sabía lo que se esperaba de él, pues declaró: "Es más probable que el contenido de la nota mexicana haya sido delatado". [204] Aparentemente seis o siete funcionarios de la embajada en Washington habían trabajado en el desciframiento del despacho. "Todos los funcionarios de nivel medio, con excepción quizá del

consejero privado Sachse, que estaba enfermo, y del supernumerario Kühn, conocieron el despacho dirigido a México, y uno de ellos releyó una semana más tarde el texto descifrado." En tono de queja, Goeppert añadió: "El archivo donde se guardaba este documento era accesible a todos los funcionarios de la embajada".[205]

Después que Goeppert cayó en la trampa que le había tendido Hall, también se dejó confundir por Lansing. Escribió:

> La declaración de Lansing en el Senado, según la cual no puede proporcionar datos más precisos sobre la adquisición del despacho sin poner en peligro la vida de ciertas personas, refuerza la idea de que hubo una traición. Esto no significa necesariamente que fuera alguien que se encontrara en Alemania o en camino hacia Alemania. También es posible que Lansing haya pensado que la venganza alemana podía alcanzar al culpable incluso en América.[206]

Con todo, Goeppert no pudo mencionar a ningún sospechoso, sino que concluyó con la observación de que todos los funcionarios, "que han sido interrogados, consideraron imposible que alguno de sus colegas haya podido cometer tal acción".

Más adelante, sin embargo, el gobierno alemán parece haber encontrado un "sospechoso". Un funcionario menor de la embajada alemana en Washington, Kunkel, no había regresado a Alemania, sino que se había ido a México porque temía que los ingleses no le otorgaran un salvoconducto, dado que había huido de un campo de prisioneros de guerra en el Canadá.[207] En mayo se informó que Kunkel había sido visto en Washington, y creció la sospecha de que "Kunkel había divulgado la nota".[208] El mismo Bernstorff confirmó que Kunkel se hallaba en Washington. Escribió que éste había participado en el desciframiento de la nota, pero pensaba que era poco probable que fuera responsable de su divulgación.[209] Esta sospecha fue el único resultado de la investigación de Goeppert.[210] Ocho años más tarde, un archivista del Ministerio de Relaciones Exteriores, sin comentario alguno, añadió al expediente cerrado una información periodística publicada en 1925 sobre la declaración de Hall, según la cual los ingleses habían conocido las claves secretas alemanas desde el comienzo de la guerra.

El trabajo de Goeppert, sin embargo, no dejó de tener su importancia. Su investigación contribuyó a destruir la posición de Bernstorff a través de la conjetura de que el despacho había sido divulgado en Washington. El mismo Bernstorff en sus memorias atribuye al asunto de la nota el que ya no pudiera jugar ningún papel apreciable en la política alemana.[211] Pero probablemente no fue ésta la única causa, pues su oposición a la guerra submarina ya le había dejado pocas posibilidades de encontrar apoyo entre los militares. El principal resultado del informe de Goeppert fue que el

imperialismo alemán sufrió uno de sus mayores fiascos en la primera guerra mundial. Debido a las conclusiones de Goeppert, según las cuales no existía ningún indicio de que las claves alemanas hubieran sido descubiertas, no se cambió la clave 0075, aun cuando las más elementales reglas de la precaución en un incidente de la magnitud del descubrimiento de la nota de Zimmermann hubiera exigido un cambio inmediato para prevenir cualquier eventualidad. De esta manera les fue posible a los ingleses interceptar y descifrar casi todos los despachos radiales entre el cuartel general y las estaciones de ultramar y tomar las medidas correspondientes por parte de los aliados.

Los ataques contra Bernstorff contribuyeron sin duda a que Zimmermann capeara sin mayores dificultades las críticas que se le hicieron en el Parlamento. Esto sorprendió a muchos observadores. "Es digno de señalarse —escribió Lerchenfeldt—, que Zimmermann haya salido tan bien librado del asunto. Algunos diputados ciertamente expresaron en privado que Jagow jamás habría hecho algo así, pero dado que Zimmermann tiene popularidad, se le ha respetado".[212]

El motivo de fondo podría buscarse en el hecho de que ni el kaiser, ni los militares, ni los partidos de la mayoría gubernamental, incluido el SPD (partido social-demócrata alemán), estaban dispuestos a prescindir de Zimmermann. Su agresividad, sus enérgicas acciones y sus planes ambiciosos, le habían ganado la benevolencia del kaiser. Los militares y los partidos de derecha estaban impresionados por su aprobación incondicional de la guerra submarina, mientras que para los otros partidos el hecho de no ser un ministro procedente de la nobleza ofrecía una fachada "democrática" que hacía más fácil defender una política exterior imperialista.

LA POLÍTICA ALEMANA EN MÉXICO TRAS LA REVELACIÓN DEL TELEGRAMA ZIMMERMANN

A pesar de su éxito momentáneo, Zimmermann sabía que su prestigio había sido dañado. La manera más efectiva de rehacerlo, consistía en probar que su oferta a México aún tenía alguna posibilidad de éxito. Esto contribuyó a que, después de la publicación de la nota, los intentos de lograr una alianza con México, lejos de ser abandonados, se llevaran adelante con mayor intensidad.

El 8 de marzo de 1917, siete días después de la publicación de la nota en los Estados Unidos, la sección política del Estado Mayor General informó al Ministerio de Relaciones Exteriores:

> Tras una conversación con el jefe del Estado Mayor del ejército, y tras un acuerdo con el Almirantazgo, el Alto Mando está dispuesto a poner

> a disposición de México las siguientes armas y municiones, procedentes de las reservas existentes en Alemania: 30 000 modernos fusiles de repetición con 9 millones de cartuchos, 6 piezas de artillería de montaña calibre 7.5 cm con 2 000 proyectiles cada una, 4 obuses adaptados para transporte en la montaña calibre 10.5 cm con 2 000 proyectiles cada uno.[212]

Estas proposiciones del Estado Mayor demuestran claramente que el gobierno alemán jamás había considerado seriamente el cumplimiento de las promesas que implicaba su oferta de alianza a México, la cual resulta haber sido fraudulenta en prácticamente todos los aspectos. Si Carranza realmente hubiera atacado a los Estados Unidos confiando en la propuesta de Zimmermann, el gobierno alemán no sólo se habría negado a ratificar la alianza propuesta, sino que su ofrecimiento de "abundantes" armas y municiones era ilusorio. Dichas armas no sólo no eran abundantes (resulta difícil imaginarse que diez cañones, 100 ametralladoras y 30 000 rifles le hubieran bastado a México para atacar a los Estados Unidos), sino que el gobierno alemán no había pensado en ninguna forma efectiva de enviar las armas a México.

Diversas posibilidades de transportación fueron consideradas. El Estado Mayor propuso "transportar las armas en un barco equipado por la Marina imperial que navegara bajo bandera extranjera" o —de acuerdo con la esperanza, aún no abandonada, de que el Japón se uniera a la alianza proyectada— "conseguir armas y municiones del Japón". El Estado Mayor consideró también la compra de armas y municiones en Sudamérica "con fondos del Ministerio de Relaciones Exteriores".[214]

Estos medios de transporte eran tan aventurados como la misma nota de Zimmermann. La sección política declaró que en la primera opción existía "peligro de hundimiento por barcos de guerra extranjeros". La segunda opción dependía esencialmente de la intervención (muy poco probable) del Japón en la guerra contra los Estados Unidos. Si se compraban armas en Sudamérica, los barcos que las transportaran tendrían que pasar el bloqueo de la flota norteamericana para llegar a México, lo que sería sumamente difícil. Es interesante que nunca se haya considerado el único medio por el cual las armas hubieran podido ser transportadas a México, o sea a bordo de submarinos mercantes. No se sabe con seguridad por qué no se pensó en esto.

El Ministerio de Relaciones Exteriores mantuvo en estricto secreto el rechazo de Carranza a la oferta de alianza no sólo ante el público, sino también ante la Comisión de Presupuesto del Senado. Se hizo un nuevo intento por convencer a Carranza de que aceptara una alianza y atacar a los Estados Unidos. En abril-mayo se elaboró una nueva propuesta de alianza que no fue transmitida esta vez por radio hacia México, sino remitida por medio de Delmar, un agente de la sección política del Alto Mando

militar. Carranza debía ser convencido nuevamente de que atacara a los Estados Unidos, para lo cual se le ofrecieron esta vez más armas como compensación; ya no se habló más de promesas territoriales. El ministro austriaco en México informó:

> Para el caso de que llegara a realizarse la conclusión de un pacto, se ofrecieron a México, sin compensación alguna, varios cientos de miles de fusiles, algunos centenares de piezas de artillería, el envío de peritos para la fabricación de municiones, etcétera. El comunicado no alude ni a una remesa inmediata de oro ni al envío de submarinos.[215]

Las ideas de Zimmermann eran esta vez aún más grandiosas. Todas las facciones mexicanas, es decir los revolucionarios Villa y Zapata, así como las fuerzas de los Científicos de la época de Díaz, debían unirse a Carranza para atacar conjuntamente a los Estados Unidos. El mando de este ejército debía hallarse en manos de Obregón. Al mismo tiempo, se planearon levantamientos en el sur de los Estados Unidos para apoyar este ataque.[216] En un intento desesperado por recobrar algo de su prestigio perdido, Zimmermann hizo afirmaciones obviamente falsas en el Parlamento. Aun cuando no se encuentra en los archivos alemanes un solo informe procedente de México al respecto, el 28 de abril declaró ante la Comisión de Presupuesto del Reichstag:

> Parece ser que Villa se une a Carranza. La hostilidad entre estos dos hombres parece ceder ante el enemigo común norteamericano. Así pues, en México se ha producido lo que habíamos esperado. La disposición de México hacia Alemania es totalmente favorable, y en caso de que Norteamérica se volviera realmente contra nosotros, creo que puede suponerse que los mexicanos no dejarán pasar la oportunidad de crear dificultades en la frontera mexicana y de atacar allí.[217]

Todos estos planes fracasaron, pues los mexicanos no tenían la menor intención de aprovechar esta "oportunidad". La segunda oferta de alianza le fue presentada a Carranza en agosto de 1917 y fue rechazada exactamente igual que la primera. El ministro austriaco informó:

> El Presidente declinó indicando que en vista de la debilidad militar del país, la alianza significaría su ruina casi segura, pero pidió que se le garantizara la ayuda ofrecida para el caso de un ataque por parte de los Estados Unidos, ciertamente esperado por él. Aceptó sin reservas la ayuda ofrecida por Alemania para la posguerra. Ésta es tanto de tipo diplomático-militar como económico, e implica la pacificación del país, su reconstrucción económica y la garantía de su integridad.[218]

Estas promesas para la posguerra comprendían entre otras cosas

> el envío de instructores militares, suministros de armas, desarrollo de la telegrafía inalámbrica, negociación del pago de intereses, préstamos para la reconstrucción del país, modificación del tratado comercial, apoyo diplomático en las negociaciones sobre concesiones petroleras y mineras y sobre los dos bancos de emisión capitalinos.[219]

Estas promesas tenían por objeto fortalecer a Carranza en su política de neutralidad.

El Estado Mayor alemán parece no haber abrigado desde el principio mucho optimismo respecto a la posibilidad de una alianza. Para el caso de una negativa por parte de Carranza, había dado a Delmar una carta en la que se le pedía a Carranza "mantener vivos los temores norteamericanos de un ataque mexicano",[220] a cambio de lo cual se prometía el interés de Alemania por la integridad de México. Carranza contestó que "las concentraciones de tropas norteamericanas cerca de la frontera mexicana eran prueba de que el deseo de Alemania se había cumplido gracias a la estricta neutralidad de México, la construcción de fábricas de municiones, etcétera".[221]

Igualmente ilusorias resultaron las esperanzas alemanas de que todas las facciones mexicanas en lucha se unificaran en contra de los norteamericanos. Parece ser que de hecho agentes alemanes intentaron lograr una reconciliación entre Carranza y Villa en una perspectiva antinorteamericana. Según un informe presentado al cónsul norteamericano en Nogales por el germano-norteamericano Biermann, quien estaba muy estrechamente vinculado con las operaciones alemanas en México, agentes alemanes habían intentado lograr un acuerdo entre Carranza y Villa, pero Carranza se había negado a ello. Algunos días más tarde, Carothers, el antiguo representante norteamericano ante Villa, informó que el comerciante alemán Ketelsen había intentado en vano lograr una entrevista entre Villa y Murguía, jefe de las fuerzas carrancistas en Chihuahua.[222]

Las esperanzas de éxito en estos intentos pudieron haber movido a las autoridades alemanas a seguir entregando armas a Villa en marzo de 1917. El agregado militar alemán en México escribió: "El vicecónsul en Mazatlán informa que Villa, apoyado por los alemanes, espera recibir tres cargamentos de municiones que deben ser llevados a tierra entre Mazatlán y Manzanillo a bordo de veleros. El vicecónsul afirma que esta información es digna de crédito".[223]

Cuando no se logró ningún acuerdo entre Villa y Carranza, y fue necesario elegir entre uno de los dos, los alemanes parecen haber abandonado totalmente a Villa. A partir de abril-mayo de 1917 no se encuentran informes ni en los documentos alemanes ni en los norteamericanos sobre ayuda alemana a Villa.

En los informes que envió a Berlín durante todo el año de 1917 Eckardt reiteró continuamente su confianza en la actitud favorable de Carranza hacia Alemania. Tales informes tenían por objeto principal ganarle a Eckardt la buena voluntad de su jefe, Zimmermann, e inducir al gobierno alemán a secundar sus promesas a Carranza con dinero y, posiblemente, con armas.

Empero, las acciones de Eckardt, de las cuales no informó sino más tarde, desmienten esa confianza, siendo, como eran, resultado de su creciente convicción entre los meses de abril y junio de 1917 de que Carranza pensaba cambiar de actitud y dar quizá un viraje total en su actitud hacia Alemania.

Esta convicción no era infundada. Hay indicios de que en esos meses Carranza pensaba, efectivamente, darle un giro radical a su política anterior. Las opciones que estaba considerando iban desde una neutralidad activamente pronorteamericana hasta la declaración de guerra a Alemania. Las presiones norteamericanas, el temor a una intervención militar de los Estados Unidos, así como el embargo sobre las ventas de armas y, en parte, de alimentos norteamericanos, influyeron en dicho cambio de actitud por parte de Carranza.

El 24 de mayo de 1917, Fletcher visitó a Carranza por encargo de Wilson y solicitó que el gobierno mexicano impidiera cualquier intento alemán de efectuar sabotaje contra los Estados Unidos desde México.[224] Carranza no sólo manifestó su acuerdo con esta solicitud, que correspondía según el derecho internacional a la posición de un país neutral, sino que sugirió además que los aliados hicieran proposiciones de paz a Alemania. Si Alemania no las aceptaba, entonces los países neutrales deberían ponerse del lado de los aliados.[225] Esta proposición era sin duda favorable a la Entente, y de ello Fletcher se mostró muy "estimulado". No se sabe si Carranza hizo además otras proposiciones. Ello parece probable, pues en ese tiempo tanto los diplomáticos como la prensa norteamericana expresaron reiteradamente que Carranza se inclinaba cada vez más hacia los aliados. Así, según informes alemanes, el embajador norteamericano en Suiza declaró: "Según informes procedentes de Washington, el peligro mexicano se ha disipado. Probablemente Carranza ha sido comprado. Contrariamente a sus intenciones originales, los Estados Unidos enviarán ahora tropas a Francia".[226] A finales de abril, el *New York Times* publicó un despacho de su corresponsal en Monterrey: "Es muy probable que en los próximos días México rompa sus relaciones con las Potencias Centrales y se una a la Entente".[227] A principios de junio de 1917 el gobierno mexicano dio un paso más. El 4 de junio Aguilar, secretario mexicano de Relaciones Exteriores le dijo al representante diplomático del Japón en México, Ohta, que en caso de que México se uniera a los aliados declararía la guerra contra Alemania en calidad de aliado del Japón.[228] Se esperaba

evitar así la impresión de que México se unía a los aliados por presiones norteamericanas.

El gobierno japonés ordenó inmediatamente a Ohta que evitara verse envuelto en los asuntos mexicanos. El Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón le comunicó a su representante en México que el argumento de Aguilar era absolutamente ridículo y sólo tenía por objeto utilizar al Japón para conveniencia de México.[229]

Mientras proseguían estas negociaciones, varios miembros del Consejo y del Senado mexicano estaban pidiendo un rompimiento con Alemania. Eckardt no ignoraba todos estos esfuerzos. Los tomó tan en serio que inmediatamente organizó una conspiración, acerca de la cual escribió más tarde:

> Hace menos de un año consideré aconsejable —esto fue en abril— asegurar nuestra posición. Senadores que habían sido comprados y diputados al Congreso instaban a Carranza a romper relaciones con Alemania en vista de las dificultades financieras y la escasez de alimentos. Me reuní durante varias noches con generales influyentes; doce de ellos organizaron una asociación secreta. Me dieron seguridades, que potencialmente los ponían en mala situación con Carranza, de que tomarían las armas contra él si llegaba a un acuerdo con Estados Unidos a costa nuestra.[230]

Tanto los norteamericanos como Carranza sabían que las promesas de estos generales no eran meras habladurías. En octubre de 1917 Fletcher informó que los generales Treviño y López habían declarado que, en caso de un rompimiento con Alemania, atacarían Tampico y destruirían allí sus reservas petroleras.[231] Un mes más tarde, el cónsul norteamericano en Frontera de Tabasco informó que los oficiales del ejército apostados en ese lugar le habían manifestado abiertamente que se rebelarían en caso de que México entrara en la guerra al lado de los aliados.[232] Pocas semanas más tarde, el cónsul norteamericano en Mazatlán escribió que los militares mexicanos hacían preparativos de rebelión para el caso de que México renunciara a su neutralidad.[233] En 1933, Justo Acevedo, un íntimo confidente de Carranza le contó al embajador norteamericano en México que durante la guerra mundial le había pedido a Carranza que hiciera pública su simpatía por los aliados. Carranza le escribió al respecto que sus generales lo derrocarían en caso de hacer tal cosa, sobre todo Obregón y Calles.[234] Pero no fue la actividad de los jefes del ejército; tal actividad sólo pudo tener éxito gracias a la disposición abiertamente antinorteamericana reinante en el ejército.

Una neutralidad disimulada de Carranza en favor de los Estados Unidos resultó imposible no sólo por la actitud del ejército, sino también por la misma política norteamericana que durante mucho tiempo se había guiado

por la consigna de "todo o nada". Tras largas negociaciones se dio a entender a Carranza que sólo en caso de que México renunciara a su neutralidad podría concederse un préstamo norteamericano. Buques de guerra norteamericanos permanecieron en puertos mexicanos más del límite de 24 horas fijado por el derecho internacional.[235] Aunque el embargo sobre las exportaciones de armas a México se levantó por corto tiempo en julio de 1917, volvió a ser puesto en efecto cuando Carranza no tomó medidas para romper con Alemania. México se vio también duramente afectado por el embargo norteamericano sobre las exportaciones de alimentos.[236] El mismo Fletcher describió esta política con las siguientes palabras: "El gobierno mexicano está descubriendo que es difícil mantenerse en el poder y permanecer neutral al mismo tiempo".[237] Precisamente por esa razón Carranza decidió buscar ayuda en el país que cobraría menos por ella: Alemania.

10. ALEMANIA Y CARRANZA, 1917-1918

LOS OBJETIVOS POLÍTICOS, ECONÓMICOS Y MILITARES DE ALEMANIA EN MÉXICO

Después de que Carranza rechazó todas las proposiciones de alianza, había dos posibilidades para la política alemana. Por una parte, podía simplemente seguir persiguiendo su objetivo principal de fomentar una guerra mexicano-norteamericana. Tal política hubiera tenido escasas perspectivas de éxito, pero hubiera conducido inevitablemente a un rompimiento seguro con Carranza y hubiera hecho imposible toda expansión económica y política en México.

La segunda posibilidad consistía en que Alemania se fijara como objetivo principal obtener una neutralidad benévola de México. Esto significaba, en términos militares, el mantenimiento de importantes fuerzas norteamericanas a lo largo de la frontera mexicana y la adquisión de bases de sabotaje; en el aspecto político, el fortalecimiento del bloque neutral en América Latina, cuyos miembros más importantes eran, junto con México, la Argentina, Chile, Colombia y Venezuela; en el aspecto económico, por último, evitar la expulsión del capital alemán de la economía mexicana. Una neutralidad benévola de México era la condición necesaria para una ambiciosa expansión alemana en ese país. Si el gobierno alemán quería tomar este camino, tenía que cultivar buenas relaciones con Carranza, que favorecía tal política, y tendría que limitar sustancialmente las actividades de sabotaje en México y en la cercana frontera mexicano-norteamericana.

Para Eckardt, México representaba ante todo un objetivo para la expansión del imperialismo alemán. Parece ser que era partidario de la Liga Pangermánica. Poco antes de su salida hacia México se reunió con un representante de la Liga, Petzold, y le pidió que le enviara a México todas las publicaciones de la Liga, particularmente la declaración de Class sobre los objetivos de la guerra. En un informe dirigido a Class, Petzold se manifestó muy satisfecho de su conversación con Eckardt.[1] Eckardt escribió en noviembre de 1917:

> *Berlín es el centro de atracción.* México se halla orientado [...] hacia Berlín. El legado de Hernán Cortés, que se extiende mucho más allá del Ecuador, se halla en venta. Humboldt describió su valor. Aprovechemos

la oportunidad. Ataquemos, intervengamos suspendiendo [. . .] la vigencia de la ley del vecino fuerte y del débil [. . .] como hicimos en el Bósforo.[2]

En un informe dirigido al Canciller del Reich el 7 de agosto de 1918, Eckardt fue muy preciso en cuanto a sus objetivos:

> Como todo alemán, cuento con un feliz desenlace de la guerra y extraigo de ello la conclusión de que el Reich alemán tendrá que seguir una política transoceánica hacia Latinoamérica, excluyendo la idea de un avenimiento con los Estados Unidos a costa de México.[3]

Es claro que una guerra mexicano-norteamericana hubiera hecho imposible la expansión alemana en México. Por ello es creíble la declaración de Eckardt a un periodista norteamericano en 1932, según la cual él se había opuesto a la nota de Zimmermann. Cuando la segunda proposición alemana para establecer una alianza llegó a México en agosto de 1917, Eckardt le dijo a su portador Delmar, que

> por el momento considero inoportuno hacer estallar una guerra, dado que el país está insuficientemente preparado tanto militar como financieramente y por ello es inevitable una rápida derrota, lo cual sería sumamente desfavorable tanto para nuestros intereses presentes como futuros.[4]

Hasta agosto de 1917, el Ministerio de Relaciones Exteriores en Berlín había perseguido como objetivo principal el desencadenamiento de una guerra mexicano-norteamericana. A pesar de ello, había considerado la posibilidad de una expansión alemana en México después de la guerra, en caso de que los planes de alianza no llegaran a realizarse. En las instrucciones del 8 de febrero, en que se pedía a Eckardt que se entrevistara de inmediato con Carranza para concluir una alianza, se decía:

> En caso de que el Presidente se niegue por temor a futuras represalias, usted está autorizado a ofrecerle una alianza definitiva para después de la guerra, si México logra comprometer en esto al Japón.[5]

En abril-mayo de 1917 esta posición se había modificado sustancialmente. Se le ofreció a Carranza, entre otras cosas, como incentivo para la segunda proposición de alianza, el envío de instructores militares, suministros de armas, desarrollo de la telegrafía inalámbrica, renegociación de las deudas, crédito para la reconstrucción del país, modificación del tratado comercial y apoyo diplomático en las negociaciones sobre concesiones petroleras y mineras.[6] No se volvió a mencionar la participación del Japón como condición para la realización de estos planes. No es claro, en todo caso, si en abril-mayo de 1917 el Ministerio de Relaciones Exteriores concebía ya

como meta principal de estas proposiciones una expansión alemana en México, o si por lo pronto sólo trataba de mantener neutral a Carranza mediante promesas para el periodo de posguerra. En todo caso, después de agosto de 1917, el Ministerio de Relaciones Exteriores no tomó ninguna medida para desencadenar una guerra mexicano-norteamericana. Después de los primeros meses de 1918 dio prioridad a los futuros esfuerzos en favor de la expansión alemana en México.

Eckardt desarrolló múltiples actividades para hacer de México un objetivo de la expansión imperialista alemana. Primero pidió un informe económico sistemático para facilitar una penetración intensificada del capital alemán en México. El informe debía concentrarse en cuatro renglones: la minería, el petróleo, los ferrocarriles y otros extensos proyectos y concesiones, y sobre "el tipo cambiario en Nueva York y Alemania".[7] Al mismo tiempo, Eckardt sometió a Berlín un memorándum redactado en términos sumamente agresivos por Eugen Motz, comerciante alemán radicado en México. Éste exhortaba al capital y al gobierno alemanes a que consideraran a México como un objetivo de expansión de primer orden.

> Los campos petroleros de Tampico podrían y deberían estar casi totalmente en manos alemanas [. . .] Lo importante en estos asuntos es que actuemos rápidamente y aceptemos riesgos, especialmente allí donde los intereses patrios están en juego, antes de que el gran capital inglés y norteamericano se hagan dueños de la situación. Entonces se haría necesario comprar discretamente algunos de los grandes fundos agrícolas de la costa, bajo el pretexto de explotaciones forestales y similares, a fin de disponer en caso de guerra de bases de apoyo para nuestra marina, esté o no esté ello de acuerdo con el derecho internacional. En tales puntos podrían instalarse una o más industrias con instalaciones de maquinaria, a fin de justificar el almacenamiento de grandes cantidades de carbón y víveres.[8]

Eckardt le sugirió a los dirigentes del Reich la inclusión del petróleo mexicano en los objetivos de guerra alemanes.

> En el caso de que al terminar la guerra Alemania tuviera una importante necesidad de petróleo, habría posibilidad de satisfacerla forzando al gobierno inglés a ceder sus derechos derivados del contrato con el consorcio Doheny o, en caso de que no tenga parte en el contrato, a influir con tal fin sobre sus ciudadanos que sí la tengan.[9]

Con la enérgica colaboración de Eckardt, se fundó una compañía petrolera germano-austriaca (Deutsch-Österreichische Petroleum AG) que se fijó la meta "de emancipar a [. . .] Alemania [. . .] de la Standard Oil, que ejercía ya un monopolio [. . .] para asegurar también a nuestra patria el

lugar bajo el sol que le corresponde en esta esfera".[10] Al mismo tiempo, Eckardt solicitó apoyo a un proyecto de De Lima, director del Banco de Comercio e Industria. De Lima proponía que el Deutsche Bank se hiciera cargo del Banco de Comercio e Industria. Después de describir la devastación de la economía mexicana, De Lima escribía:

> Esta difícil situación y la necesidad de ayuda financiera que pronto tendrá que reconocerse, deben favorecer a las filiales de fuertes instituciones bancarias extranjeras. Si Alemania tiene interés en procurarse una fuerte posición económica en México, debería considerar el establecimiento de un fuerte banco extranjero, bajo la forma de una filial, como punto central de todos los intereses económicos alemanes. Como es sabido, México tiene muy poca industria y es un buen comprador de los países exportadores, pero también es extraordinariamente rico en materias primas [...], petróleo, así como maderas de todas clases.[11]

Una segunda proposición, aún más explícita que Eckardt formuló a través del secretario de la legación, Magnus, integró a México, si bien sólo indirectamente, con los objetivos de guerra alemanes. Magnus explicó que sin un préstamo concedido por el extranjero para su reorganización, México jamás

> podría pensar en la liquidación de las reclamaciones extranjeras y ni siquiera podría llegar a restablecer la normalidad en su situación interna [...] Esto significaría, obviamente, el establecimiento de controles financieros extranjeros, y éstos tendrían que ser muy amplios habida cuenta de las costumbres de los funcionarios mexicanos. La obtención de los créditos necesarios para tal empréstito *no será fácil* después de una guerra mundial que ha causado tanta destrucción. *Precisamente por ello, la potencia que a pesar de todo sea capaz de procurar este dinero* —y Alemania podría obtenerlo de las reparaciones de guerra— *podrá dominar a México económica y en consecuencia políticamente.*[12]

La proposición de Magnus fue pensada para el periodo de posguerra. Seis meses más tarde, Eckardt elaboró un plan para alcanzar este objetivo aun antes del término de la guerra. Se refirió a la intención del gobierno mexicano de fundar un banco estatal y explicó:

> Se necesitan cerca de 300 millones de marcos, y el que los proporcione dominará a México. A pesar de los riesgos, recomiendo proporcionar el dinero en caso de que nuestros objetivos actuales y futuros en materia comercial y política requieran el logro de la independencia de México frente a los Estados Unidos y estemos decididos a hacerla posible.[13]

Hasta finales de 1917, estas propuestas de Eckardt tuvieron un éxito, limitado. Recibieron, por supuesto, el apoyo entusiasta de los comerciantes alemanes en México y de los directores de las filiales locales de las empresas alemanas. Sin embargo, las oficinas centrales en Alemania se mostraron mucho menos interesadas. Las razones de esta reserva pueden hallarse no tanto en las "cargas de la guerra mundial" cuanto en las esperanzas de obtener concesiones similares, sin costo alguno y con mayor seguridad, en otras partes del mundo más seguras que México, gracias a los éxitos en la guerra mundial. Los objetivos de guerra del imperialismo alemán incluían anexiones en Bélgica y Francia, en los Balcanes, en el Cercano Oriente, en Rusia y en África. Hasta que los Estados Unidos entraron en la guerra, América Latina era considerada por Alemania primordialmente como una región a la que debería extender su penetración económica. Esto lo expresó muy claramente Otto Hoetzsch en un memorándum sobre los objetivos de la guerra redactado a fines de 1914. Después de descubrir los extensos objetivos de guerra de Alemania en otras partes del globo, Hoerzsch se refirió con mucha parquedad a "Centro y Sudamérica, donde la expansión colonial debe limitarse al comercio".[14] Después que los Estados Unidos entraron en la guerra, el kaiser Guillermo formuló algunos objetivos de guerra alemanes tocantes a América Latina. Así, exigió respectivamente del Brasil, Cuba y Bolivia 12 000 millones de marcos en indemnización, los cuales no habían de pagarse en dinero sino en especie. De los Estados Unidos exigió reparaciones por un valor de 30 millones de dólares.[15] Es posible que haya pensado cobrar una parte de esta suma no sólo en forma de materias primas, sino también en forma de concesiones norteamericanas en América Latina.

El gran capital alemán no mostró en general sino un interés limitado por estos planes hasta fines de 1917. Quería tener sus fuentes de materias primas a su fácil alcance y no al otro lado del océano, donde las comunicaciones podrían ser interrumpidas por potencias marítimas hostiles. Pero los obstáculos a una fuerte penetración alemana en México durante la primera guerra mundial provenían también de la situación en México y de la política de los Estados Unidos.

La obtención de concesiones por parte de las empresas alemanas también fue dificultada por el hecho de que los mexicanos que vendían o rentaban sus propiedades a los alemanes, se exponían al peligro de ser boicoteados por los Estados Unidos y por todas las empresas aliadas. El motivo de ello era la Ley de Comercio con el Enemigo, aprobada poco después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, que prohibía las relaciones comerciales y económicas con comerciantes y empresas de las Potencias Centrales. Para hacer efectiva la prohibición, se habían elaborado listas negras.[16] Con todo, esta dificultad podía evadirse parcialmente con la compra por parte de Alemania de concesiones del gobierno mexicano.

Mucho más difícil para los consorcios alemanes era el problema del uso práctico de las concesiones mineras y petroleras. La maquinaria necesaria sólo podía comprarse en los Estados Unidos, pues los exportadores alemanes difícilmente hubieran podido romper el bloqueo británico; México mismo no poseía ninguna industria de producción de maquinaria digna de mención. Existía desde luego la posibilidad del contrabando, y algunas cosas podían obtenerse a través de intermediarios, pero estos métodos eran muy costosos y sumamente inseguros. A ello se añadía el problema de las ventas. El mercado mexicano tenía muy poca capacidad de compra. La mayor parte de estas materias primas tenían que exportarse, pero los únicos países a donde era posible exportar eran los Estados Unidos y los países aliados, a los que la mayoría de las empresas alemanas no podían ni querían exportar. Estas circunstancias tuvieron que afectar la disposición del gobierno mexicano a otorgar concesiones. Las principales fuentes de ingresos de México eran los impuestos al petróleo y a la minería. Pero las concesiones que no se utilizaban no producían ingresos. Naturalmente esto no fue impedimento para que los mexicanos otorgaran cierto número de concesiones a los alemanes como una reserva para la posguerra. Pero una ofensiva económica en gran escala hubiera sido muy difícil para las empresas alemanas en 1917. Por ello resulta tanto más notable la rápida penetración en México del consorcio Merton, la Frankfurter Metallgesellschaft.

EL TRUST ALEMÁN DEL METAL Y MÉXICO

El consorcio Merton era una de las empresas alemanas que realizaban muy importantes operaciones con materias primas en el extranjero. La mayor parte de sus propiedades se hallan directamente en la esfera de control de otras potencias imperialistas: en Australia, en diversas colonias británicas y en los Estados Unidos. La constante posibilidad de tensiones o guerra entre estos países y Alemania, y el deseo de poder recurrir dado el caso, a la ayuda de los gobiernos de estos países, pudieron haber inducido al consorcio Merton a desarrollar, entre otras medidas, un ingenioso sistema de simulación y ocultamiento. Este sistema se manifestó muy claramente en las modalidades de propiedad de la subsidiaria de la Frankfurter Metallgesellschaft en los Estados Unidos, la American Metal Company. Sólo el 49% de las acciones eran propiedad directa de la Frankfurter Metallgesellschaft; 13% pertenecían a una filial del consorcio en Australia, y el resto se encontraba en manos de diversos capitalistas norteamericanos.[17] Lo mismo sucedía con las empresas mexicanas del consorcio Merton. Las más importantes de éstas eran la Compañía Minera de Peñoles y la Compañía de Minerales y Metales de México, que poseían importantes minas de cobre y de plomo. En parte pertenecían directamente a la Frankfurter Metallgesellschaft, en parte a la American Metal Company y a capitalistas norteamericanos; parecen haber estado registradas como empresas alemanas y norteamericanas al mismo tiempo.[18] El enmascaramiento internacional de la verdadera propiedad favoreció en cierto grado al consorcio Merton durante la primera guerra mundial. Con todo, no impidió que los ingleses pusieran bajo control británico las filiales del consorcio en Australia y en los territorios británicos.[19] Sin embargo, la Frankfurter Metallgesellschaft consiguió salvar una parte de su capital y transferirlo a México.

En 1916 la Frankfurter Metallgesellschaft inició un ambicioso programa de expansión en México. Tan sólo en el estado de Chihuahua se invirtieron más de 10 millones de dólares en la compra de minas.[20] Sus filiales empezaron a superar en amplitud y alcance al consorcio norteamericano Guggenheim, que hasta entonces ejercía casi un monopolio en la minería mexicana. Las autoridades norteamericanas mostraron la más profunda inquietud por este desarrollo, y tanto los cónsules norteamericanos como los agentes secretos especialmente seleccionados del Departamento de Estado y del ejército llevaron a cabo amplias investigaciones. Además, el gobierno norteamericano ordenó a todos sus cónsules en México en cuyas zonas se desarrollaban las actividades de la Metallgesellschaft, que presentaran informes detallados.[21] El resultado de estas investigaciones y los informes de los cónsules no mitigaron en modo alguno los temores de las autoridades norteamericanas. El cónsul en Coahuila declaró que la Metallgesellschaft quería dominar la minería mexicana.[22] Su colega en Monterrey habló del poder monopolístico de la compañía en extensas regiones de México.[23] Estos temores los formuló de la manera más drástica el funcionario aduanal norteamericano Zachary Cobb, quien también desempeñaba un importante papel en el servicio secreto del Departamento de Estado. "La política mexicana puede cambiar —escribió—, y los políticos mexicanos pueden ir y venir, pero si el trust metalúrgico de Alemania gana la supremacía mexicana, entonces el dominio industrial de México por los alemanes durará para siempre."[24]

¿Cómo pudo la Frankfurter Metallgesellschaft lograr un ascenso tan rápido? El factor más importante fue sin duda el carácter multinacional del consorcio Merton. Por una parte, sus subsidiarias en los Estados Unidos y en México cumplían sus "tareas patrióticas". Diariamente se telegrafiaban informaciones propagandísticas alemanas a la legación alemana en la ciudad de México a través de la subsidiaria norteamericana de la compañía, las cuales eran retransmitidas a las autoridades alemanas.[25] La Compañía Minera de Peñoles obtuvo el reconocimiento especial de Eckardt por su patrocinio de una escuela alemana.[26] Por otra parte, las subsidiarias del consorcio Merton vendían abiertamente, y a los precios más altos, minerales de importancia bélica a los ingleses, que consideraban a la compañía como "norteamericana". Las ganancias producidas por estas transacciones

Mucho más difícil para los consorcios alemanes era el problema del uso práctico de las concesiones mineras y petroleras. La maquinaria necesaria sólo podía comprarse en los Estados Unidos, pues los exportadores alemanes difícilmente hubieran podido romper el bloqueo británico; México mismo no poseía ninguna industria de producción de maquinaria digna de mención. Existía desde luego la posibilidad del contrabando, y algunas cosas podían obtenerse a través de intermediarios, pero estos métodos eran muy costosos y sumamente inseguros. A ello se añadía el problema de las ventas. El mercado mexicano tenía muy poca capacidad de compra. La mayor parte de estas materias primas tenían que exportarse, pero los únicos países a donde era posible exportar eran los Estados Unidos y los países aliados, a los que la mayoría de las empresas alemanas no podían ni querían exportar. Estas circunstancias tuvieron que afectar la disposición del gobierno mexicano a otorgar concesiones. Las principales fuentes de ingresos de México eran los impuestos al petróleo y a la minería. Pero las concesiones que no se utilizaban no producían ingresos. Naturalmente esto no fue impedimento para que los mexicanos otorgaran cierto número de concesiones a los alemanes como una reserva para la posguerra. Pero una ofensiva económica en gran escala hubiera sido muy difícil para las empresas alemanas en 1917. Por ello resulta tanto más notable la rápida penetración en México del consorcio Merton, la Frankfurter Metallgesellschaft.

EL TRUST ALEMÁN DEL METAL Y MÉXICO

El consorcio Merton era una de las empresas alemanas que realizaban muy importantes operaciones con materias primas en el extranjero. La mayor parte de sus propiedades se hallan directamente en la esfera de control de otras potencias imperialistas: en Australia, en diversas colonias británicas y en los Estados Unidos. La constante posibilidad de tensiones o guerra entre estos países y Alemania, y el deseo de poder recurrir dado el caso, a la ayuda de los gobiernos de estos países, pudieron haber inducido al consorcio Merton a desarrollar, entre otras medidas, un ingenioso sistema de simulación y ocultamiento. Este sistema se manifestó muy claramente en las modalidades de propiedad de la subsidiaria de la Frankfurter Metallgesellschaft en los Estados Unidos, la American Metal Company. Sólo el 49% de las acciones eran propiedad directa de la Frankfurter Metallgesellschaft; 13% pertenecían a una filial del consorcio en Australia, y el resto se encontraba en manos de diversos capitalistas norteamericanos.[17] Lo mismo sucedía con las empresas mexicanas del consorcio Merton. Las más importantes de éstas eran la Compañía Minera de Peñoles y la Compañía de Minerales y Metales de México, que poseían importantes minas de cobre y de plomo. En parte pertenecían directamente a la Frankfurter Metallgesellschaft, en parte a la American Metal Company y a capitalistas norteamericanos; parecen haber estado registradas como empresas alemanas y norteamericanas al mismo tiempo.[18] El enmascaramiento internacional de la verdadera propiedad favoreció en cierto grado al consorcio Merton durante la primera guerra mundial. Con todo, no impidió que los ingleses pusieran bajo control británico las filiales del consorcio en Australia y en los territorios británicos.[19] Sin embargo, la Frankfurter Metallgesellschaft consiguió salvar una parte de su capital y transferirlo a México.

En 1916 la Frankfurter Metallgesellschaft inició un ambicioso programa de expansión en México. Tan sólo en el estado de Chihuahua se invirtieron más de 10 millones de dólares en la compra de minas.[20] Sus filiales empezaron a superar en amplitud y alcance al consorcio norteamericano Guggenheim, que hasta entonces ejercía casi un monopolio en la minería mexicana. Las autoridades norteamericanas mostraron la más profunda inquietud por este desarrollo, y tanto los cónsules norteamericanos como los agentes secretos especialmente seleccionados del Departamento de Estado y del ejército llevaron a cabo amplias investigaciones. Además, el gobierno norteamericano ordenó a todos sus cónsules en México en cuyas zonas se desarrollaban las actividades de la Metallgesellschaft, que presentaran informes detallados.[21] El resultado de estas investigaciones y los informes de los cónsules no mitigaron en modo alguno los temores de las autoridades norteamericanas. El cónsul en Coahuila declaró que la Metallgesellschaft quería dominar la minería mexicana.[22] Su colega en Monterrey habló del poder monopolístico de la compañía en extensas regiones de México.[23] Estos temores los formuló de la manera más drástica el funcionario aduanal norteamericano Zachary Cobb, quien también desempeñaba un importante papel en el servicio secreto del Departamento de Estado. "La política mexicana puede cambiar —escribió—, y los políticos mexicanos pueden ir y venir, pero si el trust metalúrgico de Alemania gana la supremacía mexicana, entonces el dominio industrial de México por los alemanes durará para siempre."[24]

¿Cómo pudo la Frankfurter Metallgesellschaft lograr un ascenso tan rápido? El factor más importante fue sin duda el carácter multinacional del consorcio Merton. Por una parte, sus subsidiarias en los Estados Unidos y en México cumplían sus "tareas patrióticas". Diariamente se telegrafiaban informaciones propagandísticas alemanas a la legación alemana en la ciudad de México a través de la subsidiaria norteamericana de la compañía, las cuales eran retransmitidas a las autoridades alemanas.[25] La Compañía Minera de Peñoles obtuvo el reconocimiento especial de Eckardt por su patrocinio de una escuela alemana.[26] Por otra parte, las subsidiarias del consorcio Merton vendían abiertamente, y a los precios más altos, minerales de importancia bélica a los ingleses, que consideraban a la compañía como "norteamericana". Las ganancias producidas por estas transacciones

servían para comprar nuevas empresas en México.[27]

La entrada de los Estados Unidos a la guerra complicó la situación de la compañía y dio lugar a una vigilancia intensificada por parte de las autoridades norteamericanas. Las subsidiarias mexicanas del consorcio, cuyas oficinas se encontraban hasta entonces en los Estados Unidos, se trasladaron entonces a México y se presentaron como empresas mexicanas neutrales.[28] Para recalcar esta "neutralidad", se prohibieron en sus instalaciones las discusiones políticas sobre la guerra.[29] El presidente de la American Metal Company declaró al gobierno norteamericano que su compañía era puramente norteamericana, y pidió que se enviara un representante que tomara parte en todas las reuniones.[30] El futuro crecimiento de la compañía dependía en ese momento de las medidas que tomara el gobierno norteamericano. Si ponía a las subsidiarias norteamericanas o mexicanas de la empresa en la lista negra o si entregaba la administración de la American Metal Company a un fideicomiso como propiedad enemiga, el mercado de ventas norteamericano quedaría casi totalmente perdido para Metallgesellschaft.

Los norteamericanos, sin embargo, procedieron con suma cautela. Las acciones de la American Metal Company que pertenecían a la Frankfurter Metallgesellschaft fueron entregadas a un custodio de propiedades enemigas. quien únicamente nombró algunos directores para el consejo de administración de la empresa. La mayor parte de las acciones quedó, sin embargo, en manos de los antiguos propietarios, quienes de tal suerte siguieron controlando la empresa.[31] Tampoco la dirección de la compañía sufrió ningún cambio. Esta "benignidad" del gobierno norteamericano no fue ninguna casualidad. Sabía que si ponía a la American Metal Company bajo inspección gubernamental, ciertamente controlaría a sus propietarios norteamericanos, pero no dominaría a las subsidiarias mexicanas en las que el consorcio Merton participaba directamente y cuyos suministros eran de gran importancia para la industria de guerra norteamericana. Las subsidiarias mexicanas, por su parte, tampoco pensaron ni por un momento en suspender los suministros a los enemigos de Alemania, sino que les vendieron metales importantes en cantidades cada vez mayores, que contribuyeron decisivamente a aumentar el ritmo de la producción de armas norteamericanas.

Este acuerdo tácito entre los norteamericanos y el consorcio Merton tuvo su confirmación formal en abril de 1918, cuando un director de la American Metal Company recibió permiso para reunirse en "territorio neutral" con un representante del consorcio Merton de Alemania.[32] Se concertaron acuerdos sobre los cuales, por desgracia, no se conocen mayores detalles. Uno de los resultados parece haber sido el despido de muchos de los empleados alemanes del consorcio en México.[33] Además, la American Metal Company fue oficialmente elogiada por su apoyo al gobierno norteamericano.[34]

Pese a toda la "cooperación" que los norteamericanos le brindaron en general a la Metallgesellschaft en México, no vacilaron en dejar de lado toda moderación cuando en 1917 la compañía intentó afianzarse en la región petrolera de México y adquirió amplias concesiones del sector privado. La Huasteca Oil Company expresó la protesta más enérgica y los geólogos petroleros alemanes Boese y Pusch fueron acusados de espionaje por los representantes norteamericanos en Tampico y se vieron obstaculizados en su trabajo.[35] La afirmación de que Boese y Pusch eran espías parece haber sido una invención, pues ambos regresaron de allí. En los Estados Unidos no fueron procesados ni privados de su libertad. Sin embargo, la Metallgesellschaft entendió la advertencia y renunció a sus esfuerzos por penetrar en la industria petrolera.[36]

Si bien el consorcio Merton sacó ventajas de su "etiqueta" norteamericana, supo presentarse como alemán cuando las circunstancias lo exigieron. Así, por ejemplo, las empresas industriales de la Metallgesellschaft en el norte de México afirmaron en 1916 su carácter alemán para no ser objetos de ataques por parte de Villa en un momento en que éste les estaba creando las mayores dificultades a las compañías norteamericanas.[37] Estos elementos se manifestaron más claramente aún en sus relaciones con Carranza. Cuando a principios de 1917 éste necesitó urgentemente expertos en finanzas para la reorganización de su administración, no pudo recurrir a los alemanes porque ello hubiera provocado fuertes protestas en los Estados Unidos. Carranza no quería emplear norteamericanos ni ciudadanos de los países aliados. ¿Qué mejor solución pues, que utilizar norteamericanos que mantuvieran estrechos vínculos con Alemania? Así, seguramente no fue accidental que algunos de los principales expertos que contrató fueran empleados de la American Metal Company, como por ejemplo Henry C. Bruere, un director de la compañía. El gobierno norteamericano se mostró preocupado por esta contratación. Polk escribió al secretario del Interior, Lane: "Como usted probablemente recordará, Henry C. Bruere fue a México a [. . .] resolver los problemas del país. El servicio secreto del Departamento de Estado y el ejército están muy preocupados por la actividad de la empresa para la que él trabaja".[38] El gobierno intervino la corres-
poraciones transnacionales para las cuales las lealtades nacionales son de
Además, es improbable que él estuviera envuelto en alguna conspiración. Las esperanzas de Carranza y los temores del gobierno norteamericano de que Bruere apoyara el nacionalismo mexicano debido a las conexiones alemanas de su compañía resultaron completamente infundados.[39]

La American Metal Company fue una precursora de las modernas corporaciones transnacionales para las cuales las lealtades nacionales son de importancia secundaria. Las filiales del consorcio Merton trabajaron con igual entusiasmo y decisión para abastecer a ambos bandos durante la pri-

mera guerra mundial. Representaban la línea "internacionalista" de la Metallgesellschaft, que deseaba mantener las mejores relaciones con todos sus compradores. La Frankfurter Metallgessellschaft fue, como hemos dicho, la única compañía alemana que intentó lograr avances sustanciales en México. Según los informes norteamericanos, contó para ello con el fuerte respaldo financiero del Deutsche Bank y del Disconto-Gesellschaft.[40]

LAS ACTIVIDADES DEL ESPIONAJE ALEMÁN EN MÉXICO

A pesar de todos los obstáculos a que se enfrentó la expansión económica alemana en México en 1917, Eckardt aumentó sus esfuerzos en este sentido. En mayo de 1917 propuso un espionaje económico de gran envergadura:

> Dado que las acciones de las principales empresas industriales como las de algodón, lana, petróleo, minerales (hierro, plata, oro, cobre, plomo), cemento, dinamita, etcétera, están casi exclusivamente en manos de los aliados podemos obtener información fidedigna sobre el desarrollo de estas industrias mediante la adquisición de acciones, lo cual nos daría acceso a las asambleas generales de accionistas. Para evitar el conflicto de intereses privados para ser completamente neutrales, queda excluida la utilización a modo de préstamo de las acciones que se encuentran bajo propiedad privada o bancaria. Por ello recomiendo enfáticamente, a pesar de la novedad del procedimiento, que se autorice a adquirir paulatinamente, después de consultar con comerciantes y banqueros, pequeños paquetes de acciones de empresas que de otra manera serían inaccesibles.[41]

Todos estos planes de Eckardt y del Ministerio de Relaciones Exteriores estaban en aguda contradicción con los de la Sección Política del Estado Mayor, el servicio secreto militar, que dirigía la mayor parte de la actividad de sabotaje alemán en el extranjero. Los agentes de la Sección Política en México habían intentado desarrollar un extenso programa de sabotaje y de diversionismo sin tomar en cuenta sus consecuencias políticas, o sea el inevitable rompimiento con Carranza. A principios de 1917, los antagonismos entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y la Sección Política se hicieron cada vez más importantes. En febrero de 1917 la Sección Política había exigido de la Tesorería del Reich la remisión de una gran suma de dinero hacia México para sus actividades allí. Después de consultar con el Ministerio de Relaciones Exteriores, la Tesorería declaró que en lo referente a futuras remesas con destino a México, deseaba "ser informada por el Ministerio de Relaciones Exteriores sobre las finalidades y el empleo del dinero"; esto evitaría "dejar mano libre al Estado Mayor, dado que las experiencias en este sentido no eran de ninguna manera alentadoras".[42]

Dos meses más tarde, estos antagonismos hicieron erupción en México. Uno de los más importantes agentes de la Sección Política en los Estados Unidos, Fred R. Hermann, había recibido órdenes de incendiar los campos petroleros de Tampico. A principios de 1917 Hermann se dirigió a México con un agente llamado Raoul Gerdts, al que había reclutado para cumplir la misión. Dado que no tenía dinero buscó a Eckardt y le pidió su ayuda. Pero Eckardt lo recibió con gran desconfianza.

> Hermann (rubio, delgado, alemán con acento norteamericano) —telegrafió Eckardt a Berlín— pretende haber sido comisionado antes de fin de año por el Estado Mayor y nuevamente en enero de este año por Hilken para incendiar los campos petroleros de Tampico, y quiere realizar ahora tal proyecto. Me pregunta si debe hacerlo; ¿no debía responderle que no tengo comunicación con Berlín? El señor von Verdy [representante diplomático alemán en Cuba] piensa que él y su acompañante Raoul Gerdts son espías norteamericanos o ingleses. Solicito rápida respuesta cablegráfica.[43]

La Sección Política confirmó las declaraciones de Hermann: "Proyecto sabotear Tampico militarmente importante. Si incendio no es posible, cuando menos desorganicen operaciones de embarque y capacidad de abastecer aliados con petróleo. Facilitar dinero a Hermann para esto". Al mismo tiempo dejó en manos de Eckardt la decisión sobre la forma en que debía realizarse el plan, "dado que aquí no se puede calibrar el efecto político".[44] Alemania todavía abrigaba la esperanza de que Carranza declarara la guerra a los Estados Unidos, de manera que en ese momento aun los representantes del Estado Mayor querían evitar cualquier cosa que pudiera provocar un rompimiento con Carranza. El Ministerio de Relaciones Exteriores tradujo la comunicación del Estado Mayor al lenguaje diplomático. La palabra "incendio" en particular, fue sustituida por el término más elegante de "inmovilización". Luego se transmitió el comunicado a Eckardt con la adición: "Por favor no tolerar nada que pueda poner en peligro las relaciones con México".[45] Eckardt entendió la alusión y ordenó a Hermann que suspendiera su actividad. Telegrafió al Ministerio de Relaciones Exteriores: "Inmovilización debe posponerse mientras México no esté preparado para la guerra".[46]

Eckardt también frustró por propia iniciativa otro proyecto de Hermann. Éste se había dirigido a Sonora con la intención de alquilar allí un barco y dotarlo de una tripulación alemana; probablemente se trataba de marineros de barcos mercantes alemanes que se hallaban internados en Baja California. Este barco debería sobre todo apresar cargueros norteamericanos. Si Hermann hubiera podido realizar este plan, probablemente hubiera

tenido lugar una inmediata intervención norteamericana en México. Cuando las instrucciones procedentes de Berlín le dieron la posibilidad de controlar la actividad de Hermann, Eckardt ordenó suspender esta operación e hizo regresar a Hermann de Sonora.[47]

En el caso de Hermann, quien al fin y al cabo sólo era un agente subordinado del Estado Mayor, Eckardt no tuvo que esforzarse mucho para imponer su voluntad. Fue más difícil para él cuando, en el verano de 1917, los agentes de la Sección Política del Estado Mayor y del Almirantazgo alemán encargados de las actividades de sabotaje en los Estados Unidos, Anton Dilger alias Delmar y Kurt Jahnke, se establecieron en México. Ambos eran totalmente independientes de Eckardt y sólo eran responsables ante sus superiores. Desde el principio Eckardt mantuvo una excelente relación con Jahnke, quien dirigía la Inteligencia Naval alemana, y siguió manteniéndola en todo momento.[48] Con Delmar, sin embargo, no tardó en chocar, aun cuando en un principio los dos hombres habían llegado a un acuerdo.[49]

LA NEGOCIACIÓN FINANCIERA GERMANO-MEXICANA

A fines de 1917 todos los agentes alemanes dejaron de lado sus diferencias cuando el gobierno alemán pareció perder todo interés en México.[50] Las negociaciones germano-mexicanas sobre un préstamo en 1917 fueron una expresión de esta pérdida de interés. Eckardt consideraba la concesión de un préstamo a Carranza como una de las medidas más importantes para el fortalecimiento de la influencia alemana en México. Este préstamo debía atar a Carranza a Alemania y al mismo tiempo ponerlo en condiciones de resistir las presiones norteamericanas.

Después de que Eckardt fue informado en abril de 1917 por el Ministerio de Relaciones Exteriores de que se hacían preparativos "para enviar [...] sumas considerables", le ofreció a Carranza un préstamo alemán. Carranza, quien después de la publicación de la nota de Zimmermann temía una intervención norteamericana, rechazó la oferta.[51] El representante diplomático austriaco en México opinó: "El apoyo financiero ofrecido en abril por Alemania no fue aceptado, obviamente para no crear problemas con los Estados Unidos. También las cambiantes opiniones de este gobierno sobre el resultado de la guerra lo inducen por lo pronto a no comprometerse tanto con Alemania".[52]

Carranza en realidad esperaba obtener tal préstamo en los Estados Unidos. Sin embargo, se vio obligado a abandonar esta esperanza porque las exigencias norteamericanas de que renunciara a la neutralidad mexicana y a importantes artículos de la nueva Constitución, le eran inaceptables.

Eckardt consideró entonces que había llegado el momento de hacer fracasar definitivamente las negociaciones mexicano-norteamericanas. El 1o. de junio de 1917 telegrafió a Berlín: "Situación muy complicada [...] se espera replanteamiento de cuestión financiera en unos cuantos días. ¿Se dispone de 100 millones de pesos para la fundación del banco estatal? Éste es el uso más apropiado del dinero aquí; la comisión del gobierno está elaborando planes para el proyecto."[53]

Las proposiciones de Eckardt fueron una desagradable sorpresa para el Ministerio de Relaciones Exteriores, pues éste no había previsto ningún préstamo a México. La "sustancial" ayuda financiera prometida generosamente a Carranza en la nota de Zimmermann había de sumar únicamente 30 millones de marcos, según acuerdo entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Alto Mando militar.[54] El Ministerio cablegrafió a Eckardt:

> Imposible conceder préstamo o sumas suficientes para fundar un banco durante la guerra, telegramas 29 y 39 se referían a dinero para sobornos.[55] En caso de apropiado uso político, sugiera oferta confidencial de suma similar. Ofrezca apoyo sustancial para fines económicos en periodo posguerra.[56]

Eckardt no se resignó. Comprendió que en una situación en la que un préstamo parecía decisivo para la existencia del gobierno, los sobornos serían necesariamente inútiles y sólo un préstamo de importancia podría conseguir el efecto deseado. Por ello telegrafió nuevamente: "Urge dinero aquí. Washington ofrece un préstamo inicial de 50 millones de dólares y presiona nuevamente para que se rompa con nosotros. Suplico se me autorice hacer oferta específica —cuando menos 100 millones de pesos— comunicándome cuándo puede llegar aquí parte de esa suma en oro".[57] El 18 de junio fue más claro aún: "Mi apreciación es que neutralidad de México, en vista de comprobados efectos en Estados Unidos, tiene tal importancia que 100 millones de pesos podrían sacarse del fondo de guerra en caso necesario. Dado enorme impacto nota de alianza, todo México estimulado, soborno innecesario".[58]

La advertencia de Eckardt no dejó de tener efecto en Berlín. Un rompimiento de las relaciones de México con Alemania hubiera desacreditado totalmente, entre otros, a Zimmermann, quien por entonces aún se hallaba en funciones. El 16 de julio, aun antes de que llegara la segunda advertencia de Eckardt, se le ordenó "asegurar por favor al presidente nuestra total disposición a apoyar a México financiera y económicamente de la mejor manera posible. Solicitar nos transmita directamente proposiciones detalladas respecto al envío del dinero, posiblemente a través de emisarios especiales".[59]

El gobierno mexicano, sin embargo, no inició ninguna negociación con Alemania. No había renunciado a la esperanza de obtener un préstamo, si

no del gobierno norteamericano, cuando menos de fuentes privadas norteamericanas. A finales de junio de 1917, el secretario de Hacienda, Luis Cabrera, anunció el comienzo de las negociaciones a este fin con banqueros norteamericanos. Declaró que no se dirigía al gobierno norteamericano porque México quería mantener su neutralidad.[60]

Las negociaciones se prolongaron y finalmente fracasaron porque los banqueros norteamericanos pusieron las mismas condiciones que su gobierno. El 1o. de noviembre de 1917 Cabrera dio a conocer el fracaso de las negociaciones mexicano-norteamericanas sobre el préstamo.[61]

Eckardt parece haber contribuido a este resultado por medio de promesas al gobierno mexicano. Se apoyó para ello en la aceptación expresada el 16 de junio por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania respecto a las negociaciones sobre el préstamo. Tres semanas más tarde, el 9 de julio, la situación pareció desarrollarse más favorablemente para Eckardt. Delmar llegó a México como representante del Estado Mayor y le manifestó a Eckardt que el Alto Mando militar había aprobado un préstamo de 100 millones de pesos a Carranza.[62] En septiembre, cuando ya se había hecho evidente el fracaso de las negociaciones con los Estados Unidos, el gobierno mexicano parece haber considerado por primera vez la opción de un préstamo alemán. El 8 de septiembre, Eckardt telegrafió a Berlín: "Yo podría debilitar ahora permanentemente influencia norteamericana si tuviera aquí 100 millones de pesos y los pudiera ofrecer en caso urgente".[63] Pero de Berlín no llegó ni el dinero ni ninguna comunicación correspondiente. Por desgracia para la diplomacia alemana, la comunicación a través de la Argentina y de la embajada sueca se hallaba interrumpida. Carranza perdió cada vez más la confianza en la diplomacia alemana. "Sin embargo, crece paulatinamente el peligro de que el presidente se sienta obligado a aceptar dinero de Norteamérica."[64]

Para salvar la situación, Eckardt y Delmar, que aún no recibían ninguna respuesta de Berlín, se decidieron a hacer nuevas promesas a Carranza. El 26 de septiembre Eckardt entregó a Carranza las proposiciones del Ministerio de Relaciones Exteriores referentes a una colaboración en el periodo de posguerra, y un escrito de Delmar en el que —como él mismo comunicó— "ofrecí armas e instructores alemanes en caso de guerra. Aludí verbalmente a que pronto llegaría dinero procedente de Argentina".[65]

Carranza les dio a entender claramente a los representantes alemanes que de ninguna manera deseaba una guerra con los Estados Unidos. Les indicó que "desearía tener armas en caso de una guerra, pero que quería evitar esa guerra".[66] Obviamente trataba de evitar todo lo que pudiera ser interpretado por los Estados Unidos como pretexto para una intervención. Finalmente exigió el cumplimiento de las muchas promesas alemanas. Dado que Eckardt lo había entretenido durante meses con promesas generales. mientras que Delmar podía brindar proposiciones concretas, pensó que el

Alto Mando militar, a diferencia del Ministerio de Relaciones Exteriores, se hallaba realmente interesado en México. Carranza le manifestó a Delmar que "él tenía confianza total en el Alto Mando, pero ya no en el Ministerio de Relaciones Exteriores, exceptuado personalmente el ministro". Por ello empezó a negociar con Delmar. Primero le pidió "planes, etcétera, para una fábrica de fusiles Mauser de 7 mm con una producción diaria de 200 fusiles [. . .], así como personal técnico y finalmente especialistas en construcción de aviones".[67] El 10 de octubre, cuando las negociaciones con los Estados Unidos estaban por romperse y su situación se hacía cada vez más difícil, Carranza le pidió a Delmar "de inmediato 10 000 fusiles, 15 ametralladoras, 4 millones de cartuchos como muestra consignada a la administración de telégrafos".[68]

Después que las negociaciones con los Estados Unidos fracasaron definitivamente, Carranza se dirigió a Delmar y solicitó "un préstamo de 50 millones de pesos para la fundación de un banco estatal. Otros 50 millones se obtendrían en México mismo. Además, nos piden 20 millones de pesos para necesidades perentorias inmediatas".[69]

Delmar consideraba que este préstamo era esencial para conservar la neutralidad en México, pero además como un medio de convertir al país en una semicolonia militar y política de Alemania. Esto lo manifestó sin rodeos en las negociaciones con el ministro de Hacienda mexicano. Exigió específicamente, como condición de tal préstamo, que el gobierno diera seguridades de "que el país no entrará de ninguna manera en guerra contra nosotros, que el dinero se empleará para determinados fines y estará bajo control alemán, que se concederán ventajas comerciales para el periodo de posguerra, que los pertrechos militares serán proporcionados únicamente por nosotros".[70]

Según las palabras de Delmar, estas exigencias "fueron aceptadas incondicionalmente, con la posibilidad adicional de una futura influencia alemana en la formulación de la política exterior".[71]

En vista de la importancia de estas negociaciones, Delmar envió a Madrid a un agente del Estado Mayor, el doctor Gehmann, con el encargo de hacer un llamamiento urgente a Berlín. Gehmann informó que Eckardt había perdido la confianza de Carranza; además llevó consigo un mensaje de Eckardt en el que éste declaraba inevitable un préstamo de 100 millones de pesos. "Estamos convencidos de que nosotros [. . .] habremos agotado definitivamente nuestras opciones si se pone en peligro la situación en México por un retraso en la aprobación de los créditos solicitados."[72] El agregado militar en Madrid, Kalle, apoyó esta petición. Señaló la verdadera importancia de México como base para las actividades de sabotaje en los Estados Unidos y como conexión para agentes alemanes en camino a la India. Solicitó ayuda militar y política para México, pues "las tropas mexicanas junto a la frontera norteamericana [. . .] limitan la transportación

de tropas norteamericanas a Europa". Además, todavía esperaba que la ayuda financiera y militar a México provocaría una guerra mexicano-norteamericana, que podría conducir a un cambio en la actitud japonesa.

> —El rompimiento con los Estados Unidos de un México fortalecido por nosotros tendría tal vez como consecuencia la intervención del Japón en América, y seguramente su benévola neutralidad hacia México. Si los Estados Unidos llegan a un acuerdo con México, podrían hacer lo mismo con el Japón.[73]

La respuesta del Ministerio de Relaciones Exteriores fue ambigua. Por una parte se le comunicó a Eckardt: "Apoyo material solicitado para el presidente técnicamente imposible", pero por otra parte se le pidió a Carranza "transmitir proposiciones pertinentes a través de Almaraz, cuyo regreso se desea".[74] Ante todo los alemanes intentaron dar esperanzas a Carranza para el periodo de posguerra. Se le indicó a Eckardt "asegurar en todo caso fuerte apoyo económico después de firmada la paz, siempre que México permanezca neutral".[75] Hasta finales de 1917, todos los intentos de obtener un préstamo para México fracasaron. En una carta dirigida al conde Rödern, el secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores manifestó "que por el momento no es posible proporcionarle a México cantidades ni siquiera cercanas a la suma que se requiere para nuestros propósitos".[76]

¿Cómo se explica la actitud ambivalente del gobierno alemán respecto al préstamo destinado a México? ¿A qué debe atribuirse el hecho de que Alemania primero estuvo dispuesta a conceder un préstamo, pero más tarde se negó?

Después que se decidió enviar la nota de Zimmermann, tanto el Ministerio de Relaciones Exteriores como la Sección Política del Estado Mayor habían estudiado las distintas posibilidades de enviar dinero y armas a México. En febrero de 1917 la Sección Política propuso que el presidente de la Deutsche Ozeanreederei en Bremen, Lohmann, quien antes del estallido de la guerra había sido enviado a los Estados Unidos para vender todas las propiedades que pertenecían al gobierno alemán, transfiriera 9 millones de dólares a México. El Reichsbank dijo que podía enviar a México 1.9 millones de dólares. El Deutsch-Südamerikanische Bank estaba dispuesto por su parte a entregar a Eckardt de 3 a 4 millones de marcos a través de su filial en México.[77] Finalmente, el Deutsche Bank declaró que podía girar a Eckardt de 6 a 8 millones de marcos a través del Banco de Comercio e Industria de México. Sin embargo, no podía garantizar esta transacción. El Banco de Comercio e Industria pertenecía al Deutsche Bank y a la casa bancaria norteamericana Speyer. El director, De Lima, pasaba por germanófilo, pero no se tenía seguridad de que "cumpliría

instrucciones de corte antinorteamericano".[78]

Todos estos planes fueron rechazados por el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde se consideró que había un plan mejor, que movilizaría mayores recursos y no afectaría las reservas de divisas. De la misma manera que se había utilizado a los norteamericanos para transmitir la nota de Zimmermann, Alemania se proponía ahora hacerlos pagar ellos mismos el dinero que debía ser utilizado principalmente en su contra. Este plan se caracterizó por la misma mezcla de cinismo, ingenuidad, petulancia e ineptitud que se había manifestado en el asunto de la nota de Zimmermann.

Unas empresas alemanas habían comprado en la Argentina grandes cantidades de lana que no pudieran ser enviadas a Alemania a causa de la guerra mundial. La lana se hallaba almacenada en Buenos Aires y debía ser embarcada hacia Alemania al finalizar la guerra. El plan del Ministerio de Relaciones Exteriores consistía en vender esta lana a un barco neutral. El banco obtendría entonces un préstamo en Nueva York ofreciendo la lana como garantía y pondría ese dinero a disposición del servicio secreto alemán. El banco que se había elegido para esta transacción era el Banco de Castilla, español, que tenía estrechas relaciones comerciales con el Deutsch-Südamerikanische Bank, y cuyo director, Klimsch, era alemán.[79] Si este plan hubiera tenido éxito, se hubiera dispuesto de recursos financieros por valor de 15 a 20 millones de marcos. Pero esta suma no se acercaba a los 100 millones de pesos que Eckardt estaba pidiendo. Por ello no está claro en qué se basaba Delmar cuando hablaba de 100 millones que debían proceder de la "transacción argentina".[80] ¿Había planes para ampliar esta transacción o el Alto Mando no se había ni siquiera informado con exactitud? No se puede comprobar nada más preciso sobre este asunto.

El plan, en todo caso, fracasó. El banco español se declaró incapaz de realizar tal transacción, dado que desde hacía tiempo se encontraba en la "lista negra francesa".[81] El director Klimsch comprendió que los norteamericanos se darían cuenta rápidamente de la naturaleza de tal transacción y nunca la aprobarían.

Tras el fracaso de este plan, las posibilidades de conseguir dinero para México se vieron muy restringidas. En la medida en que se obtuvieron créditos hasta finales de 1917, éstos no fueron destinados al gobierno mexicano sino a la legación y a los servicios secretos. Así, el 18 de mayo se asignaron 200 000 marcos para el espionaje y los servicios de inteligencia.[82] Las transacciones monetarias desde los Estados Unidos que se consideraron originalmente, no pudieron efectuarse a consecuencia de la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania y de las drásticas medidas norteamericanas contra las empresas alemanas. A esas alturas, sólo quedaban dos caminos abiertos. Se podía tratar de que los comerciantes alemanes en

México y otros países latinoamericanos pusieran dinero a disposición de la legación alemana, si se les reponía el equivalente en marcos en Alemania. La segunda opción era la remisión de dinero desde los países neutrales hacia México.

La primera opción fue utilizada para cubrir los grandes gastos de la legación en propaganda, sabotaje, sobornos, etcétera. La continua devaluación del dinero en México y la insegura situación de los bancos habían llevado a los comerciantes alemanes de México a depositar gran parte de su dinero en bancos norteamericanos. Cuando los fondos alemanes que se hallaban depositados fueron confiscados al entrar los Estados Unidos en la guerra, los comerciantes alemanes se vieron obligados a buscar otros medios para asegurar sus recursos financieros. El representante diplomático alemán les ofreció abonarles en marcos en Alemania el equivalente de lo que entregaran en pesos mexicanos. Muchos comerciantes alemanes aportaron inmediatamente grandes sumas que ascendieron a un total de 2 759 679 marcos.[83] Este dinero fue suficiente para cubrir los gastos corrientes de la legación, pero no para un préstamo al gobierno mexicano.

A finales de 1917 el Ministerio de Relaciones Exteriores parece haber renunciado totalmente al plan de hacer un préstamo a México. La improcedencia de la vía que se había elegido para remitir el dinero a México puede no haber sido la única razón de este cambio en la actitud del gobierno alemán. Después de que Zimmermann fue derrocado en agosto de 1917, Kühlmann fue designado como su sucesor. Éste apoyó, si bien con titubeos, un arreglo en el oeste y en consonancia con ello puede haber favorecido una política de moderación en México. Esta actitud se manifestó, por ejemplo, cuando en octubre de 1917 en una circular confidencial el Ministerio de Relaciones Exteriores calificó súbitamente la publicación de la nota de Zimmermann como algo que había tenido un efecto devastador en la opinión pública norteamericana:

> Las actividades difamatorias de la prensa se vieron extraordinariamente facilitadas por la divulgación del telegrama dirigido a la legación del kaiser en México. Este telegrama hizo un daño insólito a la causa alemana en los Estados Unidos, al convencer a amplios sectores de la legitimidad de la causa del gobierno norteamericano. En los círculos germano-norteamericanos se deploró mucho el telegrama. Esta actitud, sin embargo, se mezcló con amargos reproches contra las autoridades alemanas que no supieron ocultar mejor este peligroso secreto.[84]

Respecto a México, Kühlmann resintió en pequeñas proporciones lo que después experimentó en grande: el papel determinante de los militares en la política exterior alemana. Cuando a finales de 1917 todavía no llegaba dinero a México, el mismo Delmar se dirigió a Madrid para hacer desde

allí un último intento de obtener un préstamo para México a través del Alto Mando. Le comunicó a la Sección Política:

> Si Carranza cayera por falta de fondos y si Díaz llegara al poder con ayuda de los aliados, habríamos perdido para siempre. La opinión general es que un rompimiento con México se vería seguido por el rompimiento con la Argentina y Chile. Por ello es indispensable hacer algo por México. El representante diplomático y yo pedimos urgentemente una pronta respuesta y, finalmente, lucidez.[85]

La advertencia de Delmar no fue desoída. El Estado Mayor transmitió su comunicado al Canciller del Reich, añadiendo: "El confinamiento de tropas norteamericanas en la frontera sur de los Estados Unidos es importante también para el Alto Mando. Por ello el general Ludendorff estaría agradecido si tal situación fuera promovida por nosotros".[86]

Un día después de recibirse la decisión del Alto Mando, el secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores telegrafió a Eckardt que el gobierno mexicano debía enviar de inmediato un representante a Alemania para negociar un préstamo y ventas de materias primas.[87]

PLANES ALEMANES PARA LA PENETRACIÓN ECONÓMICA EN MÉXICO

Las instrucciones de Ludendorff pusieron en marcha una activación de la política alemana para México. El año de 1918 constituyó el clímax de los esfuerzos expansionistas alemanes en México y en la lucha germano-norteamericana por la hegemonía en el país. Esta lucha se desarrolló en tres planos: en la economía, el espionaje y la actividad del servicio secreto, y la propaganda.

En la esfera económica se operó un cambio en la actitud de importantes círculos del gran capital alemán. Por primera vez desde el estallido de la guerra, los capitalistas alemanes empezaron a manifestar un activo interés por México. A muchos industriales y banqueros se les hizo cada vez más evidente que los ambiciosos objetivos de guerra alemanes no podrían alcanzarse en su totalidad y que sus esperanzas de obtener de las posesiones alemanas todas las materias primas importantes estaban destinadas a seguir siendo una quimera. Por ello empezaron a buscar fuentes de materias primas, sobre todo en los países neutrales. En ello se tuvo particularmente presente a México, que no sólo era sumamente rico en materias primas, sino que también ofrecía buena acogida al capitán alemán. Este cambio en la actitud del capital alemán fue cálidamente apoyado y estimulado por las autoridades civiles y militares. El Ministerio de Relaciones Exteriores le indicó a Eckardt que hiciera todos los preparativos para la compra

de materias primas en México en el periodo de posguerra. En vista de la difícil comunicación con la legación en México la expansión en el país fue apoyada también activamente a través del departamento militar-comercial de la embajada alemana en Berna. En la primavera de 1918, esta embajada consiguió reclutar como agente al cónsul general mexicano en Berna, Domínguez, de cuya "germanofilia, así como de su capacidad para tratar problemas económicos, no se puede dudar".[88] Domínguez pensaba viajar a México en julio-agosto de 1918. Se declaró dispuesto "a encargarse de todas las cuestiones de naturaleza económica referentes a Alemania, en parte mediante sus propios conocimientos, en parte por experiencias que adquiriría durante su próxima estancia en México".[89] Se proponía investigar sobre todo las posibilidades de compras y obtención de concesiones de materias primas. El departamento militar-comercial informó a los grandes consorcios alemanes sobre este proyecto y les pidió dar a conocer sus deseos.

Cuando ya se habían hecho todos los preparativos para el viaje de Domínguez, el 30 de julio de 1918 tuvo lugar una importante reunión en el edificio de la Unión Central de Industriales Alemanes, para tomar decisiones fundamentales sobre la expansión alemana en México y darle encargos concretos a Domínguez. Participaron en la reunión 38 representantes de destacadas asociaciones y empresas económicas alemanas, bajo la presidencia de Rötger, dirigente de la Unión Central de Industriales Alemanes.

El secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores y antiguo representante en México, Paul von Hintze, envió un mensaje a los participantes. En él expresó la esperanza de que la conferencia mostrara "la disposición de la industria y del comercio" a establecer relaciones comerciales con México y a ampliar y consolidar las ya existentes.[90] El Ministerio de Economía del Reich y el Ministerio de la Guerra se manifestaron en sentido similar. El secretario de Estado del Ministerio de Economía del Reich aprovechó la ocasión para expresar su particular interés en el petróleo mexicano: "Desde un punto de vista económico, vería con sumo placer que Alemania pudiera hacerse de un lugar en la prometedora producción petrolera de México".[91] El Ministerio de la Guerra subrayó la importancia de esta reunión con la siguiente advertencia: "La administración del ejército considerará decisivamente importante el abastecimiento de Alemania con materias primas para el periodo de posguerra, y por ello solicita apoyar por todos los medios los esfuerzos que contribuyan a ello".[92]

El representante del departamento militar-comercial de la embajada alemana en Berna, Nölting, pronunció el discurso introductorio. Recalcó la disposición del gobierno de Carranza a hacer concesiones y declaró: "Una enérgica actividad económica de nuestra parte en México constituiría un apoyo para el gobierno de Carranza contra las fuertes presiones del norte

por obtener concesiones que, si se concedieran, harían que el país cayera gradualmente bajo completa influencia norteamericana".[93]

Nölting aludió entonces a las discusiones que sobre estos asuntos se desarrollaban en altos círculos financieros.

> Muchos círculos alemanes —explicó— mantienen el punto de vista de que las compras de materias primas en México no tienen ningún sentido, pues o bien lograremos una paz como la que necesitamos, y entonces obtendremos todas las materias primas, o bien alcanzaremos una paz insatisfactoria y entonces tendremos que volver nuestra atención hacia el Este. Otros dicen que las compras de materias primas serían muy buenas si tan sólo se supiera cuánto durará la guerra, pues de otra suerte los réditos, los gastos de almacenamiento y de seguros encarecerían mucho más las mercancías. Otros piensan, sin embargo, que la escasez de materias primas, con toda probabilidad, se hará sentir cada vez más en los Estados Unidos y que éstos se verán obligados a acudir al mercado mexicano. Las fuertes presiones de los norteamericanos para obtener concesiones en México confirman esta opinión.[94]

Nölting apoyó inequívocamente la penetración en México. En su opinión, "los aliados se proponen obtener el control de todas las materias primas, e intentarán cerrarnos todas las fuentes. Si llega a realizarse una paz de transacción, tal vez nos permitirán oficialmente comprar sin restricciones lo que necesitamos. Pero entonces todas las fuentes de materias primas se hallarían en realidad bajo su firme control. Es de dudar, sin embargo, que después de firmarse la paz, los aliados estén dispuestos a proporcionarnos las materias primas necesarias. Si nuestras compañías en el extranjero no impiden tal situación asegurando a tiempo todos los materiales accesibles y deseables, así como la producción continua de los mismos, difícilmente quedaría algo para nosotros después de la firma de la paz".[95] Nölting propuso proveer a Domínguez de una clave secreta. Él debía telegrafiar de inmediato a Alemania acerca de las concesiones y materias primas que podría obtener, y los círculos económicos deberían por su parte comunicarle de inmediato sus decisiones se gana, para que él pudiera actuar sin retardo.[96]

Rötger resumió los resultados de la reunión de la siguiente manera:

1. El problema de los costos no tiene importancia frente al interés nacional, y por lo que toca a los intereses particulares, las compañías participantes deberán contribuir a los gastos.
2. Es preciso informar a las autoridades que el comercio y la industria tienen un mayor interés en la reanudación de las relaciones comerciales con España y México.
3. El restablecimiento práctico de los vínculos comerciales con México

más allá de simples declaraciones e informes beneficia al poderío económico del Reich alemán. Por ello se debe informar al Ministerio de Economía y a la Junta de Directores del Reichsbank que, en lo que concierne a la evaluación de nuestras cuentas pendientes y al problema del tipo de cambio, recomendamos un procedimiento comparable con la práctica inglesa, es decir, la adquisición de materias primas sin consideración a la magnitud de las inversiones.

4. Debe aclararse la cuestión en qué medida el Ministro de Economía del Reich está dispuesto a conceder a las firmas alemanas la libre disposición de las materias primas adquiridas.[97]

A muchos comerciantes y banqueros alemanes no parecieron adecuadas estas medidas. Algunos días después de la reunión, el 3 de agosto de 1918, importantes bancos y empresas comerciales de Hamburgo sometieron un memorándum al Ministerio de Relaciones Exteriores. En él subrayaban la gran importancia que tenía la neutralidad de México para las empresas alemanas. Si los norteamericanos, escribieron, lograban arrastrar a México a la guerra mundial, "el resultado sería no sólo un considerable fortalecimiento de nuestros enemigos durante la guerra, sino que también se perdería la influencia alemana en la posguerra en una región cuya importancia *sobrepasa con mucho el marco de intereses del comercio alemán*".[98] De tal suerte, pidieron un crédito de 200 a 300 millones de pesos para Carranza. Afirmaron, para apoyar su petición: "El gobierno de Carranza *debe* obtener el dinero en un futuro próximo para poder seguir manteniendo al país en condiciones seguras. Lo *puede* obtener de los países aliados, sobre todo de los Estados Unidos de América, pero al precio de renunciar a la neutralidad frente a Alemania y las Potencias Centrales". A cambio del préstamo, propusieron, entre otras cosas: "a] el suministro de productos y minerales esenciales para Alemania mediante contratos de aprovisionamiento para el periodo de posguerra, bajo garantía del gobierno mexicano y de grupos próximos a éste; b] preferencias aduanales, durante un periodo a ser determinado, para ciertos productos de exportación importantes que, como en el caso del guayule, cuando se comparan con los bajos precios del hule, México ya no podría exportar sin una reducción aduanal; c] el otorgamiento de concesiones en la producción petrolera y en la adquisición de derechos sobre la producción de minerales de importancia para Alemania".[99]

Los círculos financieros alemanes centraron su atención en el petróleo mexicano. La compañía Erdöl AG, vinculada a la Disconto-Gesellschaft, mostró —según las palabras del secretario de Estado del Ministerio de Economía del Reich— "vivo interés" en los recursos petroleros mexicanos y tenía intención de enviar privadamente a México "a un geólogo suizo digno de confianza para continuar el estudio de la situación".[100] El Ministerio de Economía del Reich también estableció contacto con la Deutsche Petroleum AG. Esta compañía vinculada al Deutsche Bank, se mostró menos interesada. El Deutsche Bank obviamente esperaba poder reanudar su colaboración con empresas norteamericanas después de la guerra. Pero no quería abandonar totalmente el campo a la Disconto-Gesellschaft. Por lo tanto propuso inversiones en el renglón petrolero mexicano por una cantidad de medio millón a un millón de marcos.[101] Esta actitud del Deutsche Bank hizo que el Ministerio de Economía del Reich concediera a la Disconto-Gesellschaft un papel importante en las inversiones en el petróleo mexicano. El secretario de Estado del Ministerio de Economía escribió:

Estoy dispuesto a conceder a la Deutsche Erdöl AG una participación mayor que la de cualquier otro miembro, en la constitución de tal grupo, y asegurar que los gastos en que incurra la Deutsche Erdöl AG por el envío de un geólogo, u otros que yo haya aprobado, sean sufragados por el grupo en su conjunto.[102]

Ninguno de estos planes para la expansión de Alemania se realizó jamás. Aun antes de su derrota en la primera guerra mundial fueron abandonados, por diversas razones. La opinión de un sector importante del gran capital, mencionada por Nölting, de que "entonces tendremos que volver nuestra atención hacia el Este", se puso en práctica de hecho. Los alemanes esperaban asegurar allí, sin cargas financieras, las materias primas necesarias para el "periodo de transición". El 27 de agosto de 1918 se impusieron a la Rusia soviética onerosos tratados suplementarios que preveían suministros soviéticos a Alemania por valor de 6 000 millones de marcos.[103] Los recursos necesarios para una expansión de gran envergadura en México ya no estaban a disposición de Alemania en los últimos meses de la guerra. En este como en otros casos se manifestó aquí de forma particularmente crasa la contradicción entre los deseos y las posibilidades del imperialismo alemán.

Hubo también una serie de factores menores. El viaje de Domínguez se pospuso cuando surgió la sospecha de que estaba al servicio de los aliados.[104] La Disconto-Gesellschaft empezó a dudar de la germanofilia de Carranza y por ello postergó sus planes de inversión en México. El 19 de octubre de 1918 el secretario de Estado del Ministerio de Economía del Reich escribió:

El Director General Nöllenburg, tras las noticias que han llegado entretanto sobre el comportamiento del gobierno de Carranza frente a los intereses petroleros norteamericanos y japoneses, duda que sea aconsejable que en este momento el gobierno alemán tome medidas oficiales en relación con el gobierno mexicano. Yo no puedo simplemente desechar estos escrúpulos por infundados [. . .][105]

La discrepancia tan característica de Alemania, entre sus deseos y las posibilidades reales, se manifestó con particular claridad en las negociaciones sobre el préstamo alemán a México en 1918.

El anuncio hecho a principios de enero de 1918 por el Ministerio de Relaciones Exteriores, según el cual se le estaba pidiendo al gobierno mexicano que enviara a Berlín un representante con el fin de negociar el préstamo, despertó en Eckardt la esperanza de que el Reich estuviera finalmente dispuesto a satisfacer sus peticiones cada vez más urgentes. A finales de 1917 había telegrafiado una vez más que la situación era "sumamente crítica". Habló de un

> importante cambio en la opinión pública, provocado por una hábil campaña de prensa de los aliados. Como resultado de esta campaña se ha difundido la peligrosa opinión de que la situación económica, empeorada por una mala cosecha de maíz, requiere la ayuda inmediata del exterior y que la ayuda ofrecida por los Estados Unidos ha sido frustrada hasta ahora sólo por las vacuas promesas de Alemania.[106]

La decepción de Eckardt debe haber sido tanto mayor cuando a finales de febrero se le informó que la suma destinada a México montaba a 10 millones de pesetas españolas, o sea 5 millones de pesos mexicanos, una vigésima parte de lo que él había indicado como necesario para cubrir las necesidades más apremiantes del país. Esta suma estaba depositada en un banco español en una cuenta a nombre del Ministerio de Relaciones Exteriores. Oficialmente, el crédito lo debía conceder no el Ministerio de Relaciones Exteriores, sino Bleichröder, quien había firmado un contrato a tal efecto con el Ministerio. El préstamo debía acreditarse a la cuenta de México en España; tendría una duración de tres años, con un 6½ por ciento de intereses y comisiones.[107]

No hay en los documentos ningún indicio de que Eckardt haya comunicado alguna vez al gobierno mexicano la suma propuesta. Obviamente temía que, de hacerlo, los mexicanos no enviaran ningún representante a Berlín, y tal vez abrigó la esperanza de que el gobierno alemán cambiara su actitud durante las negociaciones en Berlín. Así pues, sus esfuerzos se encaminaron tanto a convencer al gobierno mexicano de que enviara un representante cuanto a persuadir al gobierno alemán de que hiciera mayores concesiones. En estas gestiones también fue apoyado por Delmar, quien escribió a mediados de marzo:

> El secretario mexicano de Hacienda, Nieto, me dijo que él podía obtener un préstamo interno de 50 millones de pesos sin el concurso de las casas bancarias alemanas. Con la contribución de las casas alemanas, esta suma se podría aumentar considerablemente según mi opinión. Es muy recomendable un mensaje por radio a México en este sentido.[108]

Cuando Eckardt, de acuerdo con las instrucciones recibidas, pidió a finales de enero al gobierno mexicano que enviara un delegado a Alemania para las negociaciones, los mexicanos se mostraron mucho más reservados de lo que podría haberse deducido de los informes de Eckardt y Delmar. Eckardt informó: "Probablemente recibiré respuesta al telegrama sobre el préstamo después que el ministro de Hacienda regrese de Washington. El presidente me ha dicho ya desde ahora que necesita autorización del Congreso para un préstamo, pero no para anticipos".[109]

La clave para comprender la actitud del gobierno mexicano se encuentra probablemente en la primera parte de este telegrama, donde se menciona la presencia del secretario mexicano de Hacienda en Washington. El gobierno mexicano aparentemente aún tenía esperanzas de obtener un préstamo en los Estados Unidos. En julio de 1918 dirigió otra petición al gobierno norteamericano en este sentido. Según datos del departamento militar-comercial de la embajada alemana en Berna, los mexicanos pidieron "un préstamo de 300 millones de pesos oro". Los Estados Unidos estaban dispuestos a conceder un préstamo de 100 millones de pesos, pero ponían las siguientes condiciones: "rompimiento inmediato de relaciones con Alemania, guerra comercial y después guerra con Alemania".[110] El gobierno mexicano rehusó. No se excluye que los mexicanos considerarán las negociaciones con Alemania como medio de presión para obtener un préstamo norteamericano, sin renunciar a la neutralidad y a la Constitución de 1917.

Este factor puede haber desempeñado también un papel considerable en el viaje que hizo a España en la primavera de 1918 Isidro Fabela, antiguo ministro de Relaciones Exteriores de Carranza y uno de sus colaboradores más cercanos. Según la versión de Eckardt, se le habían dado "plenos poderes para entablar negociaciones sobre un préstamo con Alemania".[111]

Durante todo su viaje Fabela fue seguido por el servicio secreto norteamericano. En el viaje a España pasó por La Habana, donde funcionarios norteamericanos vigilaban a todos los viajeros de México a Europa que despertaban sus sospechas. En general los sospechosos eran detenidos por las autoridades cubanas, que entonces los entregaban a los norteamericanos. Con Fabela no se pudo emplear este procedimiento, pues tenía un pasaporte diplomático que lo protegía de tales controles. El mismo Fabela le contó al autor que desde el momento en que abandonó su barco, fue vigilado por agentes policiacos norteamericanos. Un diplomático europeo le comunicó que los norteamericanos habían planeado un incidente para tener pretexto de llevarlo a un comisariado de policía. Allí habrían de someterlo a un registro personal; los norteamericanos esperaban encontrar

el proyecto de un supuesto tratado secreto mexicano-alemán. Fabela evitó este atentado permaneciendo en su hotel. Pero su equipaje fue robado. Fabela protestó enérgicamente ante el Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba. Poco antes de la salida de su barco hacia Europa, el equipaje fue "hallado" por funcionarios cubanos, pero todas las cerraduras estaban rotas y las maletas revueltas.[112]

Fabela llegó a Madrid en mayo de 1918. Delmar, que se encontraba allí, quiso entrar en contacto con él, pero Fabela se negó a recibirlo.[113] El embajador alemán escribió a Berlín que Fabela tenía "órdenes especiales para Berlín, donde debe actuar como ministro. Pide ser transportado por submarino".[114] Kühlmann apoyó esta petición ante el Almirantazgo:

> Debido a las anteriores simpatías del gobierno mexicano por Alemania y a la importancia de esas simpatías para nosotros, sería del todo deseable políticamente acceder a la petición del representante. Pero para ello habría que tener el mayor cuidado con la susceptibilidad española. Más específicamente, sólo puede pensarse en la realización del plan si en base a un arreglo secreto se puede hacer que el individuo en cuestión sea recogido en alta mar por un barco mercante.[115] [El Almirantazgo, sin embargo, se negó a ello:] Por desgracia no es practicable salir a su encuentro en un submarino sin violar los términos de la neutralidad española o sin exponer el submarino a la destrucción.[116]

Se aconsejó a Fabela dirigirse a Escandinavia en un barco neutral y viajar desde allí hasta Alemania o bien realizar su gestión a través del embajador alemán en Madrid.[117] Fabela no hizo ninguna de las dos cosas, sino que pronto salió de España hacia la Argentina. Su conducta plantea la pregunta de si realmente tenía el encargo de entablar negociaciones sobre un préstamo. El mismo Fabela declaró al autor que no había tenido instrucciones de iniciar negociaciones sobre un préstamo con Alemania y que tampoco se había dirigido nunca a la embajada alemana. Es posible que el gobierno mexicano sólo haya querido utilizar la misión de Fabela como un medio más de presionar a los Estados Unidos y que no haya estado muy interesado en verdaderas negociaciones sobre un préstamo con Alemania.

Después de la partida de Fabela, Delmar decidió entrar en negociaciones directas con el representante diplomático mexicano en Madrid. Fue autorizado por Berlín "para hablar confidencialmente con el representante mexicano y preguntarle si sabía de una manera segura de remitir el dinero".[118] El representante le aseguró a Delmar que tenía mensajeros que podrían transportar el dinero con seguridad. Declaró además que había telegrafiado a Carranza que viniera de inmediato a Madrid para concluir los arreglos.[119]

El préstamo, sin embargo, nunca se hizo realidad. Las causas exactas, lamentablemente, no pueden precisarse. Pero es probable que el gobierno mexicano no estuviera muy interesado en un préstamo alemán que hubiera destruido todas sus esperanzas de llegar a un acuerdo financiero con los Estados Unidos sin obtener una ayuda digna de consideración. Dado que México no quería rechazar de plano a Alemania, a la cual todavía necesitaba como contrapeso frente a los Estados Unidos, no es improbable que haya prolongado intencionalmente el asunto.

El 11 de octubre de 1918, el embajador alemán en Madrid pidió urgentemente los 10 millones de pesetas para las actividades de la embajada, dado que "en vista del desarrollo de los acontecimientos, la obtención de dinero a través del Banco de Castilla podría tropezar con dificultades insuperables".[120] El secretario de Estado suplente accedió, "dado que al parecer el ministro del kaiser en México no necesita el dinero o la remisión aparentemente no ha sido posible y nosotros tampoco tenemos ningún interés en darle dinero a México en este momento".[121] Así fracasó el intento por comprometer a México mediante un préstamo alemán.

Las autoridades alemanas jamás se mostraron dispuestas en 1918 a sobrepasar esta suma de 10 millones de pesetas. En marzo de ese año se le comunicó al Ministerio de Relaciones Exteriores que un agente alemán de nacionalidad suiza iba a viajar a México. El Ministerio le encomendó decirle a Carranza "que por desgracia Alemania no podía por el momento poner a disposición de México ninguna ayuda financiera de mayor monto",[122] pero que esperaba "estar en condiciones de poder satisfacer eventuales necesidades financieras de México después de la guerra". No hay, sin embargo, ningún indicio de que el suizo haya ido realmente a México.

La propuesta de Delmar en el sentido de recabar el concurso de las empresas alemanas en México para concederle un préstamo a Carranza, fue mal interpretada intencionalmente. Delmar había escrito:

> Mientras tanto, en México se ha guardado una gran cantidad de dinero en las cajas fuertes a causa de la incertidumbre general, y esto incluye a las empresas alemanas. Hay buenos motivos para suponer que éstas pondrían a disposición del gobierno mexicano una buena parte de su dinero si el ministro así lo solicitara, siempre y cuando el banco Bleichröder se hiciera cargo de las garantías.[123]

El gobierno alemán explicó que Bleichröder únicamente podría hacerse cargo de una garantía de 5 millones de pesos, es decir, los 10 millones de pesetas previstos, y añadió: "En caso de que México allegara recursos para un préstamo interno, consideraríamos políticamente aconsejable que las empresas alemanas participaran en el mismo siempre y cuando el gobierno ofreciera seguridades razonables".[124]

¿Cuál fue la causa de la actitud reticente del gobierno alemán tanto ante las peticiones del gobierno mexicano, de Eckardt y de Delmar, como ante las amplias propuestas de las empresas alemanas en México el 3 de agosto? Parte de las causas la expresó sin duda el director de la oficina central del Deutsch-Südamerikanische Bank, W. Fricke, quien había vivido durante muchos años en México y quien en un memorándum[125] sometido al Ministerio de Relaciones Exteriores se manifestó en contra de la proposición crediticia de los comerciantes alemanes en México.

Fricke expresó primero que "debido al circulante en existencia el Reichsbank no podía desprenderse de quinientos millones en oro". Además no veía ningún medio de transferir el dinero a México, y "hacer un depósito en un país extranjero neutral probablemente no lograría el objetivo porque el papel moneda que se emitiera en México contra tal depósito no encontraría buena aceptación puesto que, por las experiencias de los últimos años, la gente desconfía en grado sumo de todo papel moneda". Sostuvo que el gobierno mexicano difícilmente podía otorgar concesiones a Alemania "porque casi todo se encuentra ya en manos privadas". Temía sobre todo que un préstamo alemán a Carranza pudiera causar su caída. "¿Qué se ganaría políticamente?", preguntó. "Yo pienso: hostilidad abierta y ataques sin escrúpulos por parte de los aliados contra Carranza. Para ello no haría falta ni siquiera un gran esfuerzo de los aliados que fuera un alivio para nosotros [. . .], y entonces habríamos logrado precisamente lo que tendríamos que haber evitado." Contrariamente a los comerciantes, Fricke manifestó la opinión de que México no capitularía ante los Estados Unidos, aun sin el préstamo alemán.

> En mi opinión no podemos esperar de México más de lo que le obligan a hacer sus intereses más inmediatos: la salvaguarda de su independencia frente a los Estados Unidos [. . .] Carranza sabe cuán grandes servicios puede prestarle Alemania a México después de la guerra, si los aliados presentaran sus cuentas por los daños sufridos durante la revolución.[126]

La causa más importante de la "reserva" alemana durante el periodo en que el gran capital alemán mostró interés por México, fue la impotencia. Los ambiciosos planes de expansión fueron hechos a la sombra de la derrota inminente. El gobierno, aun cuando lo hubiese querido, difícilmente hubiera podido estar en condiciones de poner grandes sumas de dinero a disposición de México en ese periodo.

EL SERVICIO SECRETO ALEMÁN EN MÉXICO

Tras la entrada de los Estados Unidos en la guerra, los servicios secretos alemanes en Norteamérica trasladaron su cuartel general a México. Cuando en octubre de 1917 el agregado militar alemán en España, Kalle, resaltó la importancia que tenía México para Alemania, mencionó en primer término la posibilidad del "sabotaje en los Estados Unidos".[127] Tres organismos estatales participaban en esta actividad: la Sección Política del Estado Mayor, el Almirantazgo y el Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyos representantes en México estaban profundamente implicados en el trabajo del servicio secreto.

El representante de la Sección Política en México y jefe de su red de agentes en ese país era Delmar, quien en realidad se llamaba Anton Dilger. Dilger, alias Delmar, un germano-norteamericano —su padre había emigrado a los Estados Unidos poco antes del estallido de la Guerra Civil norteamericana, y en el transcurso de la guerra había ascendido hasta general brigadier del ejército norteamericano—, nació en el año de 1884 en Port Royal, en el estado de Virginia. Estudió medicina, primero en la Universidad Johns Hopkins en Maryland, y más tarde en Heidelberg. Tras el estallido de la guerra mundial entró oficialmente al servicio de la Cruz Roja alemana, trabajó durante algún tiempo como médico en un hospital militar en Karlsruhe. Esta actividad "humanitaria" era compatible con su ciudadanía norteamericana; no así su actividad como agente, que ejerció para el servicio secreto alemán desde 1915. Por encargo de éste, se dirigió a los Estados Unidos donde libró una "guerra bacteriológica": instaló laboratorios para el cultivo de bacilos con los que se debía infectar el ganado destinado a los aliados.

En enero de 1916 Delmar regresó a Alemania para continuar oficialmente sus actividades "humanitarias" con la Cruz Roja alemana. Pero ya en febrero de 1916 participó en una importante conferencia de la Sección Política del Estado Mayor General, en la que se elaboraron planes para la intensificación de las actividades de sabotaje en los Estados Unidos y México, y en junio de 1917 fue enviado a México como jefe del departamento de la Sección Política para norteamérica. Gracias a su ciudadanía norteamericana y a la cautela con que había actuado hasta entonces, pudo cruzar el Atlántico sin ser molestado y llegar a México, donde arribó a finales de agosto.[128]

La Sección Política designó a cierto individuo de nombre Hinsch como ayudante de Delmar. Éste era capitán del vapor *Neckar*, que fue utilizado para abastecer de carbón a los barcos de guerra alemanes. Al estallar la guerra mundial, el *Neckar* se encontraba en alta mar. Hinsch se dirigió de inmediato al puerto norteamericano de Baltimore donde se quedó. Muy pronto llegó a ser un miembro destacado del servicio secreto alemán y desempeñó un papel decisivo en dos de las principales acciones de sabotaje alemán en los Estados Unidos durante la primera guerra mundial, ayudando a incendiar el astillero Black Tom en Nueva York y la fábrica Kingsland en Nueva Jersey.[129] En junio de 1917, cuando su situación se

hacía cada vez más difícil en los Estados Unidos —Hinsch era ciudadano alemán y estaba expuesto a ser detenido o cuando menos vigilado— se trasladó a México, donde pasó a ser la mano derecha de Delmar.[130]

Aproximadamente en las mismas fechas llegó a México Kurt Jahnke para asumir la dirección del servicio secreto de la marina alemana en América del Norte. Fue esta agencia la que realizó la mayor parte de las actividades secretas de Alemania en México. Sommerfeld había sido reclutado por Boy Edd, el agregado naval de Alemania en Washington, y fueron expertos en sabotaje de la marina alemana quienes planearon la destrucción de los campos petroleros mexicanos. Mucho antes de que estallara la primera guerra mundial, la marina alemana ya había organizado la primera red de agentes secretos alemanes que abarcaba todo el continente americano. En los principales puertos y en muchas capitales del continente se estableció una *Etappendienst der marine* cuya principal tarea era la de suministrar carbón y otras provisiones a los buques de guerra alemanes en tiempo de guerra.[131] Esta organización fue la espina dorsal del servicio de inteligencia naval alemana una vez iniciada la primera guerra mundial.

En términos generales, estos agentes navales no tuvieron gran éxito en sus actividades. Después que los Estados Unidos le declararon la guerra a Alemania se descubrió que Sommerfeld era agente alemán y fue detenido por las autoridades norteamericanas (que, por otra parte, jamás descubrieron su participación en un complot para que Villa atacara a los Estados Unidos). Los planes de la marina para sabotear los campos petroleros mexicanos no se realizaron y las actividades secretas del agregado naval alemán Boy Edd en Estados Unidos eran tan evidentes que el gobierno lo declaró persona non grata y lo expulsó del país.

Según un informe de von Knorr, dirigente del *Etappendienst* en los Estados Unidos, éste también sufrió una serie de fracasos debidos fundamentalmente a la incompetencia de su personal. El informe sobre las actividades de este servicio en México combina la descripción de una serie de peripecias grotescas con un lenguaje seco y burocrático.[132]

Varias semanas después del comienzo de la guerra, cuando los Estados Unidos todavía eran neutrales, llegó a San Francisco el crucero alemán *Leipzig* para reabastecerse de combustible. De acuerdo con las leyes norteamericanas de neutralidad las autoridades sólo le permitieron permanecer veinticuatro horas y recibir una cantidad limitada de carbón. En esta ocasión los agentes navales alemanes en San Francisco decidieron suministrarle subrepticiamente al *Leipzig* una cantidad adicional de carbón, para lo cual alquilaron el buque de vapor *Mazatlán*, que cargaron de carbón sin el conocimiento de las autoridades norteamericanas. Ésta fue una operación difícil ya que desde el principio los norteamericanos fueron sumamente hostiles a Alemania. Según von Knorr, dicha animadversión se debía fundamentalmente a la apariencia física del cónsul alemán en San Francisco, von Schack, y sobre todo al hecho de que éste "usaba monóculo y hablaba con el acento cortado de la guardia prusiana".[133]

Con todo, fue posible cargar al *Mazatlán* de carbón sin atraer la atención de los norteamericanos. Para la travesía hasta el puerto mexicano de Guaymas, donde el *Leipzig* esperaba el carbón, los alemanes habían contratado a un joven alemán, el capitán Jelsen, a quien se conocía como un tipo "atrevido" y bien relacionado con "elementos dudosos en los Estados Unidos y México". "Por desgracia", comentó von Knorr, "Jelsen tenía una debilidad; su afición a las mujeres". La partida del *Mazatlán* se demoró porque, en palabras de von Knorr, "Jelsen pasó la noche con unas amigas". Mientras el capitán estaba así ocupado, estalló a bordo del *Mazatlán* un incendio que fue apagado por bomberos norteamericanos, y las autoridades norteamericanas descubrieron el cargamento del carbón que no había sido declarado. Se le advirtió al cónsul alemán que si dicho carbón se entregaba al *Leipzig* se le impondría una fuerte multa, a pesar de lo cual Jelsen se dirigió a Guaymas donde entregó el carbón al *Leipzig*. Por desgracia, no había tenido gran cuidado al escoger su tripulación; el telegrafista era un inglés con el que había tenido un pleito. Cuando el *Mazatlán* llegó a Guaymas, el telegrafista acudió inmediatamente al consulado británico y puso sobre aviso a la inteligencia naval británica en la cual observó la operación del traslado del carbón al *Leipzig* desde una colina. Al enterarse de esto los norteamericanos, se enfurecieron e impusieron una fuerte multa a las autoridades alemanas que habían alquilado el *Mazatlán*. Pero no se conformaron con eso. Según von Knorr, Jelsen había llevado en el viaje a "dos damas de dudosa reputación" y, en cuanto el barco regresó a San Francisco, el departamento de policía encargado de combatir el vicio en esa ciudad lo aprehendió por violar la ley contra la trata de blancas. Como resultado de estas actividades las operaciones del *Etappendienst* se vieron restringidas durante algún tiempo en los Estados Unidos.

Jahnke, el hombre que en 1918 asumió la dirección de las actividades secretas de la marina alemana en América del Norte, era de otro calibre. Era, probablemente, el más inteligente de todos los agentes alemanes. No sólo era un experto en sabotaje sumamente eficaz, sino que tenía además un talento especial para infiltrar organizaciones populares y utilizarlas para sus propios fines. Fue así como organizó redes de sabotaje en los Estados Unidos con la ayuda de sociedades irlandesas y sindicatos que se oponían a la guerra. Fue el único de los agentes alemanes en América que llegó a desempeñar un papel prominente en Alemania después de la primera guerra mundial. En la década de 1920 participó en numerosas conspiraciones organizadas por ciertos sectores del ejército alemán, el llamado "Reichswehr negro". Después del ascenso de Hitler al poder, Jahnke se convirtió en asesor de Rudolf Hess para cuestiones de espionaje. Después que Hess

se fue a Inglaterra, Jahnke se hizo miembro del *Sicherheitsdienst* de las SS y estrecho colaborador de sus más destacados dirigentes, Reinhard Heydrich y Walter Schellenberg.[134] En 1945 fue capturado por las tropas rusas y es probable que haya muerto en cautiverio. Oficialmente trabajaba en San Francisco como detective privado, pero, según informes de los funcionarios aduanales norteamericanos, parece haber estado involucrado en otros negocios, especialmente el contrabando de armas y de opio. Mantenía un estrecho contacto con el consulado alemán en San Francisco y, poco después de que estallara la guerra mundial, Boy Edd, el agregado naval de la embajada alemana en Washington, lo reclutó para el servicio secreto.[135]

Poco después de la llegada de Jahnke y Delmar a México, tuvieron lugar fuertes tensiones entre Eckardt y Jahnke por un lado y entre Delmar y Hinsch por el otro. Los representantes de cada uno de los servicios secretos en México eran independientes y únicamente responsables ante sus superiores en Berlín. Dado que la comunicación con Alemania era frecuentemente lenta y difícil, los conflictos se suscitaban fácilmente. Estas disputas tenían sobre todo móviles políticos.

A finales de 1917 Delmar viajó a Madrid y le dejó a su suplente, el capitán Hinsch, instrucciones para una amplia actividad de sabotaje en México, incluyendo planes para provocar incendios en Tampico y para la organización de bandas en el norte de México, que debían atacar a los Estados Unidos.[136] Al mismo tiempo, había tratado de fortalecer su posición mediante la sustitución de Jahnke por Hinsch que le era completamente adicto. Esto hubiera significado un decisivo debilitamiento de la posición de Eckardt, quien colaboraba muy estrechamente con Jahnke. Jahnke necesitaba el apoyo de Eckardt en su competencia con Delmar pero además compartía plenamente la posición de Eckardt respecto a una limitación de las actividades de sabotaje en México, pues le era indispensable un ambiente político tranquilo para la construcción de bases submarinas en México y como refugio desde el cual dirigir las actividades de sabotaje en los Estados Unidos. En diciembre, con el apoyo del agregado militar alemán en Madrid, Delmar logró obtener una directiva de Berlín que lo favorecía. Había criticado la falta de talento organizativo de Jahnke, "su vívida fantasía, su mentalidad norteamericana y su doble nacionalidad", pero al mismo tiempo había recomendado no prescindir totalmente de Jahnke, dado que éste sabía demasiado y podría volverse contra Alemania. Cuando se le comunicó desde Berlín a Eckardt que Jahnke debía ser sustituido por Hinsch, respondió pasando al contraataque junto con Jahnke. En un informe al Almirantazgo, Jahnke calificó a Hinsch de incompetente. Hizo un recuento de sus propios logros, entre ellos el hundimiento de un barco japonés, uno británico y dos norteamericanos y la destrucción de la fábrica Dupont en Tacoma, y mencionó que había organizado redes de agentes en los Estados Unidos, la Argentina, Chile, Panamá, el Japón, las Filipinas, Hawai y Alaska.[137] El mismo Eckardt se dirigió el 21 de febrero al Ministerio de Relaciones Exteriores:

> La colaboración entre Jahnke y Hinsch es imposible debido a desconfianza mutua. El exitoso trabajo de Jahnke no puede ser interrumpido, y yo seguiré prestándole apoyo financiero. Con base en experiencias muy graves, solicito que se ponga formalmente bajo mi autoridad al doctor Delmar, a Hinsch y a Jahnke.[138]

Esta solicitud llegó a Berlín en un momento en que la dirección política estaba sometida al Alto Mando militar en todos los aspectos. Por ello, ni el Almirantazgo ni el Estado Mayor se hallaban dispuestos a subordinar a sus agentes en México al representante del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pero eran conscientes del hecho de que el personal militar, que dada la difícil comunicación con México era problemático controlar desde Berlín, podía provocar fácilmente un rompimiento con México a través de operaciones independientes. Semejante rompimiento no hubiera coincidido ni militar ni económicamente con los planes del ejército o de la marina. A principios de 1918 Ludendorff declaró que la mayor utilidad de México para Alemania consistía en retener grandes contingentes de tropas norteamericanas en la frontera; en el aspecto económico, financieros del Ministerio de la Guerra empezaron a considerar a México como un abastecedor de materias primas para la posguerra a principios de 1918.

La respuesta a Eckardt tuvo en cuenta estos puntos de vista. El mando militar se negó a poner a sus agentes bajo sus órdenes ("no es deseable una subordinación directa de Jahnke y Delmar a Vuestra Excelencia"), pero de hecho le concedió un derecho de veto sobre la actividad de los agentes, quienes no podrían emprender "nada en México" sin su aprobación.[139] En la comunicación definitiva del Ministerio de Relaciones Exteriores, "nada en México" fue simplemente sustituido por "nada", y así se le concedió a Eckardt un mayor campo de acción.

La petición más importante de Eckardt, su insistencia en retener a Jahnke, fue atendida: "Jahnke único representante de la marina".[140] En la práctica, dado que Delmar se encontraba en España, Jahnke se convirtió en el agente secreto alemán más importante en México. No sólo puso bajo su mando la red de agentes de la marina, sino también parte de la red de la Sección Política del Estado Mayor.[141]

INTENTO DE ESTABLECER UNA ESTACIÓN INALÁMBRICA EN MÉXICO

Una de las más importantes condiciones para una actividad eficaz de los servicios secretos alemanes en México era el mantenimiento de una comunicación regular con su cuartel general en Alemania. Cuando se in-

terrumpieron todas las comunicaciones por cable, a los agentes alemanes en México todavía les quedaron abiertas algunas posibilidades de comunicación con Alemania. La primera opción era la embajada alemana en los Estados Unidos. Al principio, la transmisión de comunicados a través de los Estados Unidos se efectuó virtualmente sin dificultad. Pero se hizo mucho más difícil, incluso imposible, cuando a mediados de 1915 las autoridades de la marina norteamericana sometieron a censura todas las transmisiones de comunicados desde la estación de Sayville hacia Nauen. Además, a finales de 1916 el gobierno norteamericano había permitido el uso de su propio cable transoceánico para la transmisión de "mensajes de paz" alemanes. Los acontecimientos en torno a la nota de Zimmermann mostraron en qué forma Alemania abusó de este privilegio.

La conexión norteamericana se suspendió totalmente después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra en abril de 1917. Pero ya antes se había abierto una nueva posibilidad para la transmisión de comunicados hacia los Estados Unidos y México: a pesar de su neutralidad, el gobierno sueco se había declarado dispuesto a transmitir mensajes alemanes cifrados. La nota de Zimmermann, entre otras, había llegado a su destino de esta manera, y los informes de Eckardt a Berlín siguieron el mismo camino. Pero en septiembre de 1917 también quedó cerrada la ruta sueca. Los norteamericanos habían publicado un telegrama alemán captado por el servicio secreto británico en el que Eckardt proponía que se condecorara al ministro sueco en México, Folke Cronholm, por haber expedido incansablemente informes hacia Alemania.[142] Cronholm confirmó estas imputaciones ante Fletcher, pero recalcó que sólo había seguido órdenes de su gobierno.[143] En consecuencia, los aliados pusieron los telegramas suecos bajo vigilancia.

En Alemania se habían tomado medidas en previsión de tal contingencia. La censura norteamericana en la estación de Sayville, y las crecientes tensiones con los Estados Unidos habían inducido ya en 1916 a las autoridades alemanas a procurarse medios de comunicación independientes de los Estados Unidos. Con este objeto se había planeado una vasta red radiotransmisora en América Latina, principalmente para incluir estaciones receptoras con capacidad de transmisión de verdadera importancia, ya que no sólo debían servir para las comunicaciones diplomáticas y para transmitir instrucciones a los agentes, sino también para fines de propaganda. Tales instalaciones receptoras, que eran "de importancia inmediata para la guerra", habrían de ser instaladas en México, Colombia, el Ecuador, el Perú, Chile, la Argentina, el Uruguay, el Brasil, Surinam y Venezuela.[144] Este proyecto correspondía a un plan desarrollado ya desde antes de la guerra para la creación de una red de radio mundial y no había sido concebido en modo alguno sólo para su uso en tiempos de guerra. Se afirmó "que es [...] absolutamente necesario hacer cuando menos el intento de establecernos en aquellas partes que tienen importancia para nuestra red mundial de radio y telegrafía".[145]

Se decidió empezar por México. En mayo de 1916 Eckardt había telegrafiado al Ministerio de Relaciones Exteriores: "Deseo la instalación de conexión radiotelegráfica entre México y Alemania. En México se necesitaría una máquina de alta frecuencia con emisora".[146] En escritos dirigidos a la Oficina de Correos del Reich y al alto mando de la Marina el Ministerio de Relaciones Exteriores apoyó urgentemente esta proposición indicando que tal comunicación "nos haría independientes de las estaciones norteamericanas".[147]

La Oficina de Correos del Reich se manifestó en contra de la proposición. Al dar a conocer su opinión al respecto, indicó que la estación de México estaría casi 3 000 kilómetros más lejos de Nauen que la estación norteamericana de Sayville y que tal instalación costaría millones, los que el gobierno del Reich difícilmente estaría dispuesto a conceder. Argumentó además que sería muy difícil enviar a México el equipo y los operadores necesarios.[148] El Almirantazgo fue mucho más positivo frente a las proposiciones de Eckardt. Primero manifestó dudas sobre la conveniencia de construir la transmisora, dado que no podría estar en servicio antes de dos años en el mejor de los casos. "No se podrá sacar ya provecho de la instalación de una segunda radioemisora de gran capacidad en el continente americano para la guerra actual." Pero el Almirantazgo juzgó necesario considerar todo el asunto "no sólo desde el punto de vista de nuestra situación en la guerra actual, sino en el contexto de un plan general para una futura red alemana de radio y telegrafía en escala mundial". El Almirantazgo aprobó totalmente la construcción de una estación receptora sencilla. "Una receptora podría construirse fácilmente a bajo costo y en un tiempo relativamente breve [y] por medio de la cual podrían satisfacerse las necesidades *más urgentes* (informaciones generales de guerra, instrucciones del Canciller del Reich)."[149]

Sin embargo, los conflictos entre las diversas dependencias en torno a este asunto no cesaron. El 15 de julio la Oficina de Correos del Reich expresó una vez más su oposición a la construcción de cualquier tipo de instalación radial en México. Declaró que el equipo para tal estación no podría ser enviado desde Alemania hacia el continente americano y que un pedido a la filial de la Telefunken en los Estados Unidos, la Atlantic Communication Company, no tendría sentido pues "las exportaciones de los Estados Unidos a México no son posibles dadas las actuales relaciones políticas entre esos países".[150] El alto mando naval consultó entonces a la compañía Telefunken, la cual contradijo la opinión de la Oficina de Correos. Por consiguiente, el 9 de julio el alto mando naval intervino vigorosamente en contra de la Oficina Postal del Reich: "Sería posible obtener el equipo necesario sin mayores dificultades dado que sólo se requieren

amplificadores receptores [...]" No era difícil expedirlos desde los Estados Unidos. "En todo caso valdría la pena un intento dado el gran interés que tiene el ministro en México en recibir comunicados directamente desde Nauen, sin la intervención de la censura norteamericana, especialmente en vista de que los costos son mínimos."[151]

La Oficina de Correos del Reich cedió entonces a la presión del Almirantazgo y del Ministerio de Relaciones Exteriores. Justificó su cambio de opinión diciendo que no sabía que existiera en Chapultepec, en la capital de México, una estación receptora construida por la Telefunken antes de la guerra, que quizá sólo requeriría una ampliación.[152] Al mismo tiempo propuso una reunión de representantes de todos los ministerios interesados.

Esta conferencia tuvo lugar el 22 de julio entre los representantes de la Oficina de Correos, la Marina, el Ministerio de Relaciones Exteriores y la compañía Telefunken. El grupo apoyó la construcción de una estación receptora en México, y señaló que tal estación le permitiría al ministro alemán en México "recibir comunicados sin intervención de la censura norteamericana" por una parte, y que bajo ciertas circunstancias también se podrían enviar comunicados no censurados a la embajada alemana en Washington".[153] Los trabajos correspondientes se le confiaron a la compañía Telefunken.

La realización de este proyecto tropezó inicialmente con dos dificultades. La primera consistía en la obtención de los materiales. Éstos debían conseguirse en los Estados Unidos, con recomendaciones de disfrazar las intenciones alemanas "evitando cualquier participación visible de la embajada alemana o de la Atlantic Communication Company". El pedido se haría desde México, a "un individuo designado por la Telefunken. Este individuo (un técnico) llevaría a México el equipo necesario, junto con un telegrafista experimentado, a través de los canales adecuados, e instalaría la estación receptora".[154] La segunda dificultad era de naturaleza financiera. El gobierno alemán realmente esperaba que el gobierno mexicano cargara con los gastos, pero estaba tan interesado en el proyecto que estaba dispuesto en caso necesario "a sufragar los costos con dinero del Reich".[155] La Tesorería del Reich se declaró dispuesta a pagar hasta 60 000 marcos por gastos incurridos en el proyecto.[156]

Cuando los planes para la construcción fueron llevados a los Estados Unidos en un submarino comercial, la compañía Telefunken puso manos a la obra de inmediato. Por intermedio del ingeniero holandés van de Woude, quien gracias a su condición de neutral provocaba menos sospechas y tenía mayor libertad de movimientos, el equipo necesario fue pedido a la firma norteamericana Frorupp por la subsidiaria mexicana de la Telefunken.[157] El gobierno mexicano aportó 5 000 dólares para el pedido.[158] Su gran interés en tales comunicaciones, que lo hacían independiente de los Estados Unidos, se manifestó en un memorándum dirigido al gobierno alemán en noviembre de 1916; el ministro mexicano en Alemania apoyó también tal conexión.

El equipo fue enviado a México el 28 de febrero, probablemente en un barco neutral.[159] El embarque se hizo exactamente un día antes de que la nota de Zimmermann fuera publicada por los norteamericanos, los cuales probablemente aumentaron su vigilancia a consecuencia de ello. La mayor parte del equipo fue confiscada por barcos de guerra norteamericanos antes de que llegara a Veracruz.[160] Con las partes no confiscadas y con otras que se encontraban en México, se comenzó de inmediato la construcción de la instalación. Por razones técnicas y de seguridad, ésta no se hizo en la ya existente estación gubernamental de Chapultepec, sino en el suburbio de Iztapalapa. Técnicamente se esperaba una mejor recepción si se separaba la emisora de la receptora; además los alemanes esperaban que la instalación escapara al conocimiento de los norteamericanos mediante este cambio de ubicación.[161]

El 9 de marzo se anunció en los Estados Unidos que la ciudad de México tenía ya comunicación inalámbrica directa con Nauen. El Almirantazgo informó inmediatamente al kaiser: "Se nos ha hecho saber que la estación receptora construida en México por iniciativa alemana y con ayuda financiera y material alemana ha empezado a funcionar. Todavía no se recibe confirmación de este informe".[162] El anuncio parece haberse adelantado un tanto a los acontecimientos, pues en abril el técnico responsable telegrafió desde México: "He estado intentando recepción desde el 6 de abril de las 4 de la mañana a las 4 de la tarde tiempo centro europeo. Sin resultado".[163] Dos semanas más tarde se recibieron los primeros mensajes de Nauen, y desde entonces la comunicación operó regularmente.[164] El prematuro anuncio norteamericano fue resultado de una falsa información de las agencias de inteligencia norteamericanas o, dado que se hizo una semana después de la publicación de la nota de Zimmermann, fue calculado intencionalmente para hacer más fuerte el impacto de la nota exagerando las intenciones alemanas.

La legación alemana y los agentes del servicio secreto recibieron en lo sucesivo sus instrucciones, y la propaganda alemana sus informes de guerra, a través de esta estación. Todo esto era transmitido por los funcionarios gubernamentales mexicanos encargados de la estación. Delmar informó el 10 de diciembre de 1917: "Los telegramas cifrados para mí y para el ministro nos son entregados por la estación gubernamental".[165] Eckardt escribió en agosto de 1918: "El director de Telégrafos, señor Mario Méndez, me envía diariamente los telegramas de guerra de Nauen por medio de un mensajero sirio".[166] Los alemanes, sin embargo, no querían depender totalmente del gobierno mexicano en esta operación. Por ello, la Sección Política del Estado Mayor parece haber instalado su propia estación receptora. Delmar informó el 9 de diciembre de 1917: "Dispongo de una

estación de radio secreta que puede captar a Neuen".[167] Esta información fue confirmada por el servicio secreto norteamericano, el cual mencionó una estación de radio en la casa del ayudante de Delmar, Hinsch.[168]

En 1916, los funcionarios alemanes habían manifestado sus reservas en cuanto a la instalación de una estación en México en vista de los gastos y del largo periodo de construcción. A principios de 1917 esta actitud cambió debido al temor de que Alemania quedara completamente aislada por los aliados de los países neutrales de ultramar. Esta preocupación fue expresada el 14 de febrero en una reunión de representantes de la Oficina de Correos del Reich, el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Ministerio de Colonias, el Ministerio de Finanzas y el Ejército y la Marina, donde se discutieron los planes "para una red radiotelegráfica mundial". Los participantes llegaron a la conclusión de que los antiguos cables alemanes tal vez no quedarían en manos alemanas después de la guerra; "además, necesitamos urgentemente comunicación radiotelegráfica directa con ciertos países con los que anteriormente sólo podíamos comunicarnos por cables bajo control extranjero. Sin estas comunicaciones radiotelegráficas, Alemania quedaría aislada del comercio mundial durante mucho tiempo". También se señaló que los aliados tenían intenciones de acaparar todas las concesiones para instalaciones de radio. Se decidió que había que "ponerse a trabajar de inmediato en la construcción de máquinas aparatos, antenas, etcétera, para las tres grandes estaciones que habían de instalarse en México, en la China y en Sudamérica, ya fuera en el Brasil o en el Uruguay, independientemente de que pudieran ponerse en servicio durante la guerra o no".[169]

Se llegó a un acuerdo entre la Oficina de Correos del Reich y la compañía Telefunken sobre la instalación de una emisora en México. La Telefunken propuso la construcción de una emisora provisional en México, "para que por lo menos puedan ser enviados hacia acá recibos, señales cortas y quizá también telegramas en circunstancias favorables". Se mencionaron dos maneras de lograr este objetivo. La primera consistía "en instalar una estación inalámbrica de 50 a 80 kilovatios utilizando el sistema de descargador rotante". La gran ventaja de tal estación sería "que no se necesitaría enviar nada desde aquí o desde Norteamérica", pues se esperaba obtener en México la mayor parte del material necesario. La segunda propuesta consistía en hacer llegar a México en un submarino un transmisor de alta frecuencia que había sido construido para Austria pero que no había sido entregado aún. En todo caso, la Oficina de Correos del Reich debía aprobar el viaje a México del ingeniero alemán Reuthe, quien había trabajado en la estación norteamericana de Sayville pero había sido sacado de allí por las autoridades norteamericanas.[170] La segunda propuesta fue rechazada porque la emisora era demasiado grande para un submarino; se optó por la primera opción. Reuthe recibió inmediatamente órdenes de

trasladarse a México, a donde llegó poco después.[171]

Entretanto, sin embargo, habían surgido nuevas dificultades en México. El 17 de abril el Almirantazgo le comunicó a la Oficina de Correos del Reich que el gobierno mexicano se oponía a la construcción de la estación "por motivos políticos".[172] Esto concordaba con la política mexicana de reserva frente a Alemania en abril-mayo de 1917. Algunos meses más tarde parece haberse reanudado la construcción de la instalación, y en julio de 1918 Chapultepec comenzó a transmitir;[173] con todo, estas emisiones no pudieron ser recibidas en Nauen sino hasta el final de la guerra. El fallo de esta emisora fue inexplicable para Eckardt. Agentes del servicio secreto norteamericano, que vigilaban la emisora muy cuidadosamente, informaron que las emisiones nunca podrían llegar a Alemania a causa de su longitud de onda.[174] Los alemanes, sin embargo, no se limitaron a recibir mensajes de Alemania y a intentar emitirlos hacia allá, sino que también trataron de influir directa e indirectamente en los medios de información de América Latina. Así, por ejemplo, las noticias de guerra que llegaban regularmente desde Nauen eran radiadas hacia El Salvador, que había permanecido neutral en la guerra mundial.[175]

Mucho más importante aún fue el plan de instalar en México una radioemisora (probablemente se trataba de una radiorreceptora) para la Argentina.[176] Los documentos alemanes no dan información específica sobre este proyecto. Pero es probable que el mismo estuviera relacionado con una petición del gobierno mexicano al argentino, interceptada por los norteamericanos en 1918, de permitir la entrada de técnicos a Argentina en un barco de guerra mexicano para equipar a las estaciones de radio argentinas de suerte que pudieran recibir transmisiones procedentes de México. El gobierno argentino autorizó la entrada de los técnicos, pero se opuso a que éstos viajaran en un barco de guerra mexicano.[177] Los norteamericanos suponían, probablemente no sin razón, que se trataba de técnicos alemanes transportados en un barco de guerra para escapar al control de los buques del bloqueo norteamericano. Es posible que los planes alemanes incluyeran también el envío por este medio del equipo de radio a la Argentina, evadiendo así la vigilancia naval norteamericana.[178] Dado que no se dispone de otros informes sobre el proyecto, es probable que éste haya fracasado.

La instalación de la estación receptora alemana en México hizo posible que las autoridades alemanas recibieran regularmente informes e instrucciones desde Berlín incluso después de haberse interrumpido la comunicaciones a través de Suecia. El problema de la transmisión de informes hacia Berlín fue resuelto con la ayuda de la España neutral. Los informes que llegaban allí eran transmitidos a Nauen por una emisora de la embajada alemana.[179]

La Sección Política del Estado Mayor, que se había hecho responsable de las comunicaciones de todos los agentes alemanes en México con Ale-

mania, hizo primero el intento de enviar telegramas cifrados de firmas comerciales en México a hombres de negocios en España a través de los Estados Unidos. Pero el proyecto fracasó debido a la vigilancia de los censores norteamericanos.[180] Mantuvieron la comunicación entonces mensajeros que viajaban en vapores españoles de Veracruz a España. Los norteamericanos tomaron las contramedidas correspondientes: pasajeros, tripulaciones y barcos eran minuciosamente registrados por agentes norteamericanos en La Habana, donde los barcos tenían que hacer escala.[181] Cuando estas medidas resultaron insuficientes, los norteamericanos intentaron, no sin éxito, presionar a la dirección de la compañía naviera. Delmar informó en marzo de 1918: "Recientemente las comunicaciones con México han sufrido una grave interrupción debido a que, poco antes de la última salida del vapor *Alfonso XII*, nuestros contactos en la tripulación fueron transferidos súbitamente a la línea mediterránea. En consecuencia, nuestros últimos informes a México no salieron".[182]

Pero aun estas medidas parecen haberles aportado un éxito limitado a los norteamericanos. Por ello se tomaron nuevas medidas. En abril de 1918 se le pidió al gobierno cubano que no suministrara carbón a los barcos españoles en ruta hacia México. El resultado en un principio fue que la comunicación entre México y España quedó interrumpida.[183] Sin embargo. el gobierno mexicano no estaba dispuesto a aceptar sin protesta tal interrupción, que lo hacía totalmente dependiente de la comunicación a través de los Estados Unidos. Cuando el vapor *Alfonso XII* no pudo continuar su viaje hacia México, el gobierno mexicano envió un barco de guerra a La Habana para recoger allí la correspondencia y los pasajeros con destino a México.[184] A pesar de su propia falta de carbón, México se declaró dispuesto a suministrar cantidades suficientes de carbón a los vapores españoles para que la comunicación pudiera reanudarse. De esta manera la conexión con Alemania nunca se interrumpió del todo.[185]

ACTIVIDADES DE SABOTAJE Y ESPIONAJE ALEMÁN EN MÉXICO

El servicio secreto alemán en México concentró su actividad en los Estados Unidos, el Lejano Oriente, América Central y el propio México.

El agregado militar alemán en Madrid, Kalle, había catalogado las operaciones en los Estados Unidos bajo el rubro de "sabotaje".[186] Según las instrucciones que recibió en mayo de 1918, Jahnke debía instigar una revuelta en el ejército norteamericano en la primavera de ese año, efectuar acciones de sabotaje en los Estados Unidos, en el Canal de Panamá y las posesiones norteamericanas, y sabotear barcos japoneses.[187] Desafortunadamente no se conoce lo que efectivamente se hizo en este sentido. Hay un informe de Jahnke según el cual destruyó cuatro barcos aliados durante

el año de 1917.[188]

Respecto a las actividades de sabotaje en los Estados Unidos, parece haber existido una división del trabajo entre Jahnke y Hinsch. En tanto que Hinsch dirigía su atención preferentemente a la costa oriental, Jahnke concentraba sus esfuerzos en la costa occidental del país.[189] Según sus informes, entre sus agentes figuraban "irlandeses, sacerdotes. senadores estatales y otras figuras políticas".[190] Otro grupo de agentes de Jahnke, cuyos miembros fueron arrestados en 1918 por las autoridades norteamericanas, constituían la llamada Logia Secreta Irlandesa,[191] que colaboraba con los alemanes por enemistad con Inglaterra. Nada se sabe sobre la efectividad de las actividades de Jahnke en los Estados Unidos.

El Asia oriental fue otro campo de operaciones para los agentes alemanes destacados en México. Kalle caracterizó la importancia de México respecto al Asia con las siguientes palabras: "Sólo desde México nos es posible influir en la situación en Asia; única conexión con los nacionalistas hindúes".[192]

Entre los planes alemanes para aprovechar los movimientos revolucionarios durante la primera guerra mundial, figuraba la utilización del movimiento independiente hindú contra el colonialismo británico. Se planeó un levantamiento con ayuda alemana, y con este fin se constituyó en Berlín un "Comité Nacional Hindú". Uno de los centros principales de estos esfuerzos eran los Estados Unidos, donde vivían muchos hindúes que habían tenido que huir de la India. Se había hecho un intento, por ejemplo, de enviar armas a los revolucionarios desde los Estados Unidos en un barco que supuestamente se dirigía a México, el *Annie Larsen;* pero el proyecto fracasó.[193] Los norteamericanos arrestaron a la mayoría de los revolucionarios hindúes y los sometieron a proceso en San Francisco.[194]

Poco después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra muchos de los hindúes que habían colaborado con las autoridades alemanas abandonaron los Estados Unidos y se dirigieron a México. El más importante de ellos fue M. N. Roy, alias Martin, quien había residido en los Estados Unidos desde 1916 con la esperanza de obtener allí, con ayuda alemana, armas para los revolucionarios hindúes.[195] En junio de 1917 Roy tuvo que salir de los Estados Unidos. En México reanudó de inmediato su contacto con el servicio secreto alemán. A principios de 1917, Hilmi, un miembro prominente del Comité Nacional Hindú, quien hasta entonces había estado viviendo en Nueva York, también fue llamado a México. Allí debería acordar todos los demás detalles para la conspiración en la India con agentes del Estado Mayor y dirigirse luego a la China, donde se habían depositado 50 000 dólares a su nombre.[196]

Los agentes de la Sección Política del Estado Mayor responsables de los asuntos asiáticos eran Vincenz Kraft, un antiguo representante de Krupp, y un cierto doctor Gehmann.[197] Éstos consiguieron mantener contactos con

Asia. Sin embargo, los resultados de su actividad parecen haber sido sumamente escasos. Roy menciona como una de las causas de ello el que "muchos agentes alemanes, algunos de ellos en alta posición, estaban más interesados en ganar dinero que en 'ayudar a la patria a ganar la guerra'. Dos de estos agentes, a quienes conocí en Java, se estaban dando la gran vida en México cuando llegué allí en el verano de 1917".[198]

También el Japón le interesaba al servicio secreto alemán en México, si bien sólo indirectamente. Tras el fracaso de la nota de Zimmermann no se emprendieron más acciones diplomáticas ambiciosas para separar al Japón de los aliados con la ayuda de México. En diciembre de 1917, Eckardt había pedido instrucciones sobre "cómo debemos actuar frente a los intentos japoneses de aproximación. Carranza los apoya y quiere arreglarme un encuentro secreto con el ministro japonés".[199] Se le contestó rápidamente: "No se mezcle usted en los asuntos japoneses, porque las comunicaciones a través de usted son difíciles. Si los japoneses están obrando en serio, tienen suficientes representantes en Europa para estos fines".[200]

Los alemanes, sin embargo, esperaban comprar armas en el Japón tanto para la planeada rebelión hindú como para México. Se le confió esta tarea a Kraft, en cuyo auxilio se envió a México a un agente japonés del servicio secreto alemán, Nakiao.[201] En octubre de 1917, Kraft viajó al Lejano Oriente, con el fin de obtener armas del Japón para México.[202] No se puede comprobar a dónde exactamente viajó Kraft. Es poco creíble que haya ido al Japón, que se encontraba en guerra con Alemania. Parece mucho más probable que haya estado en alguna parte de las Indias Orientales holandesas. Para la compra de armas, había escogido a dos miembros de la legación mexicana en Tokio, el agregado comercial Jiménez y su colega Vera. Pero Vera, a quien Kraft había entregado 100 000 dólares para comprar armas, informó a la embajada norteamericana el negocio planeado.[203] Las autoridades militares británicas también se enteraron del asunto; incluso obtuvieron una lista de todos los participantes en la transacción.[204] Es muy dudoso que en 1918 el Japón estuviera dispuesto a venderle armas a México. En todo caso, la divulgación de los planes ocasionó el fracaso de la operación. En julio de 1918 Delmar informó: "Según parece Kraft no llegó al Japón, y por lo tanto no será posible el envío de armas, tan urgentemente deseado por Carranza".[205]

América Central parece haber sido otro campo de acción del servicio secreto alemán en México. El 21 de septiembre de 1918, el embajador alemán en Madrid telegrafió:

> Embajador español en México informa intenciones de partidos descontentos en países centroamericanos de derrocar a sus gobiernos marcadamente pronorteamericanos y piden para ello ayuda del ministro del kaiser [. . .] en México. Ministro alemán parece querer acceder petición si partidos en cuestión aseguran primero apoyo del gobierno mexicano.[206]

El servicio secreto alemán en México se concentró en cinco tareas: la instalación de bases submarinas, la infiltración en el gobierno y sobre todo en el ejército mexicano, la preparación de ataques contra los Estados Unidos, los contactos con los enemigos de Carranza y el contraespionaje contra los servicios secretos de los Estados Unidos y de los aliados.

Uno de los principales objetivos de la Marina alemana en México era la construcción de bases submarinas. Ya a finales de 1916 se habían hecho gestiones con este fin ante el gobierno mexicano, pero estos esfuerzos no se continuaron. A mediados de 1918 se le ordenó a Jahnke que hiciera todos los preparativos para la instalación de una base submarina en el golfo de México.[207] En agosto de 1918 Eckardt informó que "se hacen preparativos para los submarinos que arriben".[208] Él y Delmar solicitaron repetidamente al gobierno del Reich que enviara submarinos al golfo de México y que atacara a los barcos norteamericanos que se encontraban frente a la costa mexicana, ya que el hundimiento de barcos de guerra norteamericanos hubiera dado un poderoso impulso a la propaganda alemana en México.[209] Pero parece ser que ni aparecieron submarinos en el golfo de México ni el Almirantazgo intentó hacer llegar submarinos a la base preparada en México.

Las causas de esto último se hallaban tanto en México como en la misma Alemania. Según Eckardt, Carranza había aprobado a finales de 1916 la instalación de una base submarina en México. Pero esta aprobación había sido dada en un momento en que Carranza esperaba que una medida diplomática alemana en los Estados Unidos ocasionara el retiro de las tropas norteamericanas que estaban en México.[210] La aprobación había sido concedida sobre todo porque los Estados Unidos todavía no estaban en guerra con Alemania. Una base alemana en México en 1917 o en 1918 hubiera provocado fácilmente una intervención norteamericana. "En caso de que submarinos [alemanes] entraran en puertos mexicanos, podría suscitarse una situación en la cual los Estados Unidos podrían exigirle enérgicamente a México que tomara medidas inmediatas para mantener su neutralidad",[211] recomendó Polk, consejero del Departamento de Estado, en un memorándum de julio de 1918 sobre la situación en México, dirigido a su superior Lansing. Como advertencia a México, Polk propuso concentrar abiertamente 6 000 infantes de marina norteamericanos en el puerto de Galveston. Carranza, por supuesto, no se enteró de este memorándum, pero sí sabía de las concentraciones de tropas norteamericanas en la frontera mexicana y en los puertos de Texas. Tenía que contar con drásticas medidas norteamericanas en caso de que se instalara una base submarina alemana en México.[212] Por lo tanto, no es probable que Carranza estuviera dispuesto por propia iniciativa a conceder una base submarina a Alemania. Cuando

en agosto de 1918 Eckardt notificó que se hacían preparativos para los submarinos, no mencionó a Carranza sino al secretario de Comunicaciones, Mario Méndez, quien supervisaba "todos los preparativos que él había hecho".[213] Es muy posible que Eckardt y Jahnke, junto con Méndez, que trabajaba para ellos, hayan hecho estos "preparativos" sin que Carranza lo supiera. Es igualmente posible que fueran movilizados los mismos militares a los que Eckardt había instado a oponerse a Carranza en caso de un rompimiento con Alemania. Habla en favor de esta hipótesis una información que un colaborador de Carranza proporcionó a las autoridades norteamericanas en Guatemala en septiembre de 1918. Según esta información, Carranza había aprobado sólo con la mayor renuncia una base submarina y había puesto como condición que los ataques no tuvieran lugar en el golfo de México, sino únicamente en el Atlántico.[214]

Los obstáculos en Berlín no fueron menos formidables. Por temor a una reacción virulenta en los Estados Unidos y a que los países latinoamericanos neutrales le dieran las espaldas a Alemania, la Wilhelmstrasse se mostró renuente a declarar la costa norteamericana zona de bloqueo. El ministro hanseático en Berlín informó en julio de 1917: "El gobierno ha decidido no bloquear los puertos norteamericanos con submarinos para no inquietar a los norteamericanos."[215]

Los altos mandos de la marina y el ejército no estaban de acuerdo con esta moderación. En dos reuniones efectuadas en julio de 1918, afloraron graves discrepancias sobre este asunto entre las autoridades militares por un lado y el kaiser y el Ministerio de Relaciones Exteriores por el otro. La minuta de la primera reunión, el 2 de julio, informa lo siguiente:

Hindenburg plantea el problema del bloqueo.
Su Majestad: Aún no era posible una declaración del bloqueo contra Norteamérica por escasez de material. Nuestros anteriores acuerdos con Sudamérica justifican también la moderación. El clima de opinión en la Argentina y Chile no nos ha sido desfavorable hasta ahora. Tenemos que evitar que entreguen nuestros barcos por presión de Wilson. Mientras no tengamos suficientes submarinos, no podemos declarar el bloqueo [...]
Hindenburg y Ludendorff recalcan el interés militar por la guerra submarina.
Diplomático von Rosenberg: El Ministerio de Relaciones Exteriores teme complicaciones con España.
Ludendorff: [...] Espero un importante alivio como resultado de la actividad de los submarinos en aguas norteamericanas [...]
Su Majestad: No lo creo. Según mi opinión, *por el momento* las ventajas militares esperadas no compensan las inevitables desventajas políticas.

Capitán von Rastorff: El Almirantazgo está por el bloqueo. Hay que aceptar las desventajas políticas.
Su Majestad: Soy de otra opinión y lo he decidido de otra manera.[216]

En la segunda conferencia, el 27 de julio, el almirante von Holzendorff planteó de nuevo el asunto. Apoyó la guerra submarina en la forma más vehemente, pues "la extensión de la zona de bloqueo aumentaría considerablemente la ya existente escasez de personal marítimo en Norteamérica, los norteamericanos también tendrían que tomar medidas defensivas en sus costas y el sistema de convoyes tendría que extenderse a todo el océano".[217]
El secretario de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores, Hintze, se declaró decididamente en contra.

La navegación de cabotaje norteamericana está a cargo de barcos neutrales. ¡Los países neutrales seguirían distanciándose de las Potencias Centrales y se acercarían más a los aliados! La guerra está resultando demasiado larga para los neutrales. Motivo de su antipatía hacia Alemania: Alemania aislada del comercio con el extranjero, los aliados trabajaron la opinión pública ya desde antes de la guerra. Se teme el empeoramiento de la actitud de Escandinavia y la entrada de España en la guerra. Un nuevo realineamiento de los neutrales sería devastador para Alemania. Los nervios de nuestro pueblo han padecido tanto como los del enemigo, si no es que más.[218]

Se recalcó además que tales medidas serían "perjudiciales para el intento de abrir canales de comunicación con Wilson".
Cuando Holzendorff volvió a manifestarse en favor de la declaración del bloqueo, Hintze le respondió que la diplomacia tenía que mantener abiertos los canales de comunicación con los enemigos aun durante la guerra. Tenía que evitarse que "una opinión pública dividida se convierta en un frente unido contra nosotros".[219] El kaiser decidió finalmente no anunciar un bloqueo de la costa norteamericana. Dio como razón que "sería seguro un deterioro en el clima de la opinión pública en los Estados Unidos. Una opinión pública en los Estados Unidos, unificada contra nosotros en Norteamérica también sería peligrosa por su repercusión en Sudamérica".
También sentía que la atmósfera en Alemania se estaba haciendo gradualmente más cautelosa: "También hay que recordar que no estamos en el segundo, sino en el cuarto año de guerra y que por ello no podemos hacer todo lo que antes hicimos. La gente se está poniendo nerviosa".[220] ¡Asombrosas palabras en boca del kaiser!
Eckardt perseguía también el objetivo de infiltrar el ejército mexicano y crearse allí un aparato de poder propio. Cuarenta oficiales alemanes o ger-

mano-mexicanos que prestaban servicio en el ejército mexicano jugaban en esos esfuerzos un papel nada despreciable. El más conocido de ellos era el general Maximilian Kloss, hijo de un oficial prusiano y responsable de la producción de municiones.[221] Entre los germano-mexicanos merece mención especial el coronel Krumm Heller, un médico.

Arnoldo Krumm Heller se había unido a Carranza en 1913 y había enviado mensajes a las autoridades alemanas, que entonces apoyaban a Huerta, instándolas a tomar partido por Carranza. La respuesta no fue halagadora: las autoridades alemanas lo tildaron de delincuente y de loco,[222] pero esto no le impidió llevar a cabo, una entusiasta propaganda germanófila inmediatamente después del estallido de la guerra mundial. Entre otras cosas tradujo y distribuyó el discurso de guerra pronunciado por Bethmann-Hollweg en el Reichstag. En 1916 fue nombrado por Carranza agregado militar mexicano en Berlín. Inmediatamente después de su llegada a Alemania se presentó en el Ministerio de Relaciones Exteriores, donde ya había llegado una carta de recomendación de Eckardt. Krumm Heller, que había escrito un libro en el que se glorificaba tanto a Carranza como a Alemania, pidió al Ministerio de Relaciones Exteriores que lo ayudara a publicar su obra en Alemania.

En la Wilhelmstrasse, tanto su proyecto como el propio Krumm Heller fueron recibidos con cierta desconfianza.

> Aun cuando, como dice el señor von Eckardt, el viaje de Krumm Heller tenga como propósito principal fomentar la tendencia germanófila que actualmente impera en México y disminuir la influencia de las potencias aliadas, no hay que excluir la posibilidad de que Krumm Heller, se proponga utilizar a Alemania contra los Estados Unidos en favor de México, y que la publicación del manuscrito en cuestión tenga por objeto servir a este propósito.

También había razones políticas para evitar dar a los Estados Unidos la impresión de que el gobierno alemán apoyaba las tendencias antinorteamericanas de México.[223]

Estas vacilaciones desaparecieron tras la publicación de la nota de Zimmermann y la entrada de los Estados Unidos en la guerra. El libro de Krumm Heller, *Für Freiheit und Recht* [*Por la libertad y el derecho*], no sólo fue publicado, sino que el Ministerio de Relaciones Exteriores aprobó, a pesar de algunas expresiones "vulgares" allí contenidas, su presentación al kaiser.[224]

Krumm Heller parece haberse dedicado en Alemania sólo en segundo o tercer término a los asuntos mexicanos. En un informe secreto de un funcionario del Ministerio de la Guerra que lo acompañó a inspeccionar un campo de concentración de prisioneros de guerra que Krumm Heller visitó con fines de propaganda, se dice: "Uno pierde de vista completamente el hecho de que él es oficialmente el representante de una potencia neutral debido a la fuerza con que expresa sus intereses en Alemania. El rasgo esencial de su carácter se manifiesta en su casi fanático odio a los ingleses y en su ilimitado entusiasmo por Alemania".[225] Esta actitud fue probablemente también la causa de que seis meses más tarde a Krumm Heller se le ordenara regresar a México. En una carta dirigida a Zimmermann, atribuyó su destitución al hecho de que el ministro mexicano en Berlín, que en un principio había sido proalemán, había cambiado su actitud. En vista del bloqueo británico, temía viajar a México y le ofreció a Zimmermann sus servicios como propagandista.[226] Los temores de Krumm Heller no eran infundados, pues tanto las autoridades inglesas como las francesas estaban decididas a no dejarlo regresar a México.[227] Zimmermann aceptó los servicios de Krumm Heller y lo colocó en la División de Inteligencia del Ministerio de Relaciones Exteriores.[228] Allí parece haber colaborado activamente en la propaganda destinada a América Latina y haber sido reclutado para recabar informaciones confidenciales y secretas sobre México.

Los generales que Eckardt había reunido para conspirar contra Carranza en caso de que éste abandonara su neutralidad, eran de importancia decisiva para la realización de los planes de aquél. Pero Eckardt no se atuvo tan sólo a su colaboración, sino que estableció una extensa red de agentes que hubiera podido también representar una reserva en caso de que Carranza modificara su actitud frente a Alemania. Algunos de los informes de estos agentes, que Eckardt le dio a conocer en parte a Carranza, se han conservado en los archivos de la legación alemana en México. Así, cierto capitán Morán del ejército mexicano, informó a Eckardt acerca de una conspiración contra Carranza organizada por el general Robles Romínguez; finalmente pedía "cincuenta pesos para procurarme por lo menos ropa que me permita presentarme en público".[229] Otro informe contiene una lista de ciudadanos franceses residentes en México que hacían propaganda a favor de una intervención norteamericana en México.[230]

El principal agente alemán dentro del gobierno mexicano, que aparentemente también mantenía el contacto con Carranza cuando Eckardt no se reunía personalmente con él, era el secretario mexicano de Comunicaciones, Mario Méndez.[231] Según informes norteamericanos, Méndez recibía de Eckardt 600 dólares mensuales.[232] Pero Eckardt trataba de mantener el contacto no sólo con Carranza, sino también con sus enemigos, aunque únicamente con los conservadores. Dos fuerzas entre estas corrientes despertaron especialmente su interés: el ejército del ex-general huertista Higinio Aguilar, que se encontraba en la región de Veracruz, y la Iglesia católica.

Se iniciaron negociaciones secretas con Higinio Aguilar. Un agente de Eckardt le aseguró que podría contar con ayuda alemana en caso de que Carranza se reconciliara con los norteamericanos.[233] Pero esto no hubiera

bastado por sí solo para interesar seriamente a Aguilar. Lo que Eckardt quería de él era algo mucho más concreto. El Almirantazgo había pensado en construir otra estación de radio alemana en Veracruz, y Eckardt tenía esperanzas de instalarla en la zona denominada por Aguilar y hacerla vigilar por sus tropas. Eckardt probablemente quería una segunda conexión con Alemania que no dependiera del gobierno mexicano, en caso de un viraje de Carranza. Aguilar manifestó su acuerdo.[234] No se conoce el desarrollo de las relaciones entre Eckardt y Aguilar, y tampoco existen informes que indiquen que tal estación haya sido construida. Es improbable que Eckardt, dadas sus relaciones cada vez más estrechas con Carranza, quisiera fortalecer sus lazos con los enemigos de éste, los cuales, después de todo, eran considerados únicamente como una fuerza de reserva.

Con la Iglesia católica, sin embargo, que se oponía a Carranza, Eckardt mantenía relaciones públicas. Consideraba que ideológicamente era la única fuerza que podría "salvar" a México; su actitud antinorteamericana también la favorecía ante Eckardt. "Como me ha comunicado hace poco un destacado sacerdote, el clero católico es totalmente germanófilo."[235] Eckardt, por consiguiente, había intentado obtener una reconciliación entre Carranza y la Iglesia. Se prohibieron expresiones anticlericales en los periódicos subvencionados por la legación alemana; cuando hubo contravenciones, se retiró el apoyo.

El contraespionaje desempeñó un importante papel en la actividad del servicio secreto alemán. Uno de los proyectos más importantes en este sentido fue el robo de un plan, supuestamente norteamericano, para sabotear los pozos petroleros.[236]

> En Tampico se están reclutando mexicanos para incendiar los pozos petroleros, y al mismo tiempo otros que después dirán que el fuego fue obra de los alemanes. La gente me está proporcionando información secreta sobre el plan Fletcher y las declaraciones se están haciendo ante notario. Fletcher enterado de esto, les ofrece 5 000 pesos por el documento, no sospechando que entretanto entregué al presidente todo el material probatorio, que deberá guardarse para el momento oportuno.[237]

No puede comprobarse en qué medida son ciertas estas afirmaciones. Tal plan está totalmente dentro de la esfera de lo posible, pues los norteamericanos sabían que las operaciones de sabotaje alemanas en la zona petrolera hubieran podido ocasionar un rompimiento entre Alemania y Carranza, quien dependía financieramente de los impuestos petroleros. Sin embargo, no se puede descartar la posibilidad de que todo el asunto haya sido fabricado por el mismo Eckardt, precisamente como una contramedida en caso de que los agentes de la Sección Política del Estado Mayor todavía realizaran sus planes de incendiar los campos petroleros de Tampico.

Las denuncias que hizo Eckardt ante el gobierno mexicano sobre este plan norteamericano fueron tomadas muy en serio. El embajador mexicano en Washington informó de ello al gobierno norteamericano y presentó al mismo tiempo una enérgica protesta. El gobierno norteamericano desmintió inmediatamente tal acusación.[238]

Un segundo proyecto del contraespionaje alemán fue la "confusión" de los norteamericanos respecto a la estación de radio alemana. Eckardt informó

> que un espía que aparentemente trabaja para el señor Fletcher, pero que en realidad trabaja para nosotros, me hizo saber que se le había ordenado descubrir dónde se encuentra la estación inalámbrica que se comunica con Nauen. Yo le pregunté al señor Aguilar qué debía responder el espía a los norteamericanos, haciéndoles creer que la información se la había dado un funcionario mexicano. El ministro me indicó un lugar en el estado de Hidalgo, situado en un desierto casi inaccesible que desde entonces es buscado por los norteamericanos.[239]

El éxito, sin embargo, fue solamente relativo, ya que los norteamericanos sabían exactamente dónde estaba la estación de radio en la ciudad de México.[240]

Los agentes de Eckardt informaron al gobierno mexicano sobre conversaciones sostenidas entre agentes norteamericanos y Félix Díaz en Oaxaca.[241] Al mismo tiempo, parece ser que Eckardt consiguió ganarse a algunos empleados norteamericanos y mexicanos de oficinas norteamericanas. Un norteamericano, Gibsons, quien compartió su residencia con gente como Silliman, durante un tiempo agente especial de Wilson y más tarde cónsul norteamericano en Guadalajara, le daba regularmente informes a Eckardt.[242] Según informes norteamericanos, Eckardt también había sobornado a varios empleados de los consulados norteamericanos en Veracruz y Nuevo Laredo.[243] Aunque no se dispone de confirmación al respecto, las autoridades norteamericanas también sospecharon que agentes alemanes habían robado una de sus claves secretas.[244]

Entre los alemanes que trabajaban en México había unanimidad respecto a todas estas actividades pero no en cuanto a las operaciones de sabotaje en México y a los incidentes fronterizos, que constituyeron un constante motivo de conflicto entre Eckardt y los representantes del Estado Mayor.

Ya en mayo de 1917 Eckardt había manifestado su oposición a tales acciones,[245] pero ello no impidió que Delmar preparara un ataque contra los Estados Unidos en el estado mexicano de Sonora con la ayuda del general Calles. Si bien es dudoso que las cifras proporcionadas por un agente del ejército norteamericano (según las cuales se había preparado a 900 alemanes y 45 000 mexicanos para el ataque) correspondieran a la reali-

dad,[246] no hay duda de que agentes alemanes estaban preparando un ataque a los Estados Unidos desde Sonora. En el verano de 1918 Delmar dio por concluidos todos los preparativos necesarios. El 8 de julio telegrafió a Berlín desde Madrid:

> El hecho de que los transportes de tropas norteamericanos estén llegando a Francia sin ser molestados sustancialmente por los submarinos, me mueve a proponer, después de consultar con el agregado militar, que renunciemos al punto de vista que hemos mantenido hasta ahora respecto a nuestra política en México y que sacrifiquemos a este país y lo empujemos a una guerra con los Estados Unidos. Creo que puedo lograr esto haciendo que el general Calles, que tiene el mando en el estado de Sonora, ataque a los Estados Unidos. Si en Berlín se acepta esto, yo intentaría pasar a México a pesar de todas las dificultades.[247]

Delmar comenzó a dudar seis días más tarde. "Carranza dispone de más de 108 piezas de artillería de campaña y de 36 piezas de artillería de montaña. ¿Son imposibles nuevos envíos de armas o debemos actuar de acuerdo con el telegrama 2554 del 8 de julio?"[248]

La Sección Política del Estado Mayor presentó la proposición de Delmar al Ministerio de Relaciones Exteriores, que la rechazó:

> En primer lugar parece cuestionable que nuestro agente tenga suficiente influencia para empujar a México a una guerra con los Estados Unidos, la cual tiene que parecerle perdida de antemano al gobierno mexicano. Hasta ahora han tenido lugar regularmente ataques fronterizos, sin que éstos hayan provocado una guerra con los Estados Unidos o dado lugar a acciones militares de importancia. Desde aquí no se puede juzgar si Alemania está en condiciones de proporcionar a México las armas necesarias para una guerra ofensiva. Según la opinión de todas las partes interesadas, queda excluido cualquier apoyo financiero concebible para estos fines. Concluyendo a partir de las propias declaraciones del agente, la posibilidad de hacer la guerra queda por lo tanto descartada. En un conflicto armado entre México y los Estados Unidos, nosotros tendríamos que suministrar armas tarde o temprano. La responsabilidad por el conflicto, así como por su resultado, nos sería atribuida en todo caso. Entonces no sólo se destruiría nuestra amistad con México, sino que le estaríamos dando a los Estados Unidos un pretexto para ocupar a México, y con éste a una de nuestras futuras e importantes fuentes de materias primas. Así pues, una guerra entre México y los Estados Unidos parece contraria a nuestros intereses, tanto desde el punto de vista político como económico. Las autoridades militares deberán juzgar qué ventaja militar hay que esperar de tal conflicto.[249]

Estas consideraciones son prácticamente todo lo contrario de las que habían motivado la nota de Zimmermann. Esto no sólo es atribuible a que Hintze conocía a México mejor que Zimmermann o a que comprendía mejor las realidades en cuestión. Lo que fue decisivo sobre todo en este caso fue el cambio operado en la relación de fuerzas. A principios de 1917 los alemanes sólo le habían echado una ojeada al ejército norteamericano, que era poco numeroso, y habían calculado mecánicamente que podían mantenerlo inmovilizado en México. Debido a las esperanzas que se habían puesto en la guerra submarina, los alemanes pensaban que bastaría con retener a las tropas norteamericanas durante algunos meses para alcanzar la victoria sobre Inglaterra. En vista de los ambiciosos objetivos de guerra, de cuyo logro nadie dudaba, las materias primas mexicanas se veían como algo puramente secundario. Sin embargo, en el verano de 1918 la situación cambió completamente. La guerra submarina no había conducido al éxito. En los Estados Unidos se habían movilizado poderosas fuerzas militares, de las que sólo una fracción hubiera tenido que ser empleada en una guerra con México. Finalmente, en el Ministerio de Relaciones Exteriores se había reconocido que los planes para allegarse todas las materias primas necesarias mediante conquistas militares y botines de guerra, no eran realizables, y por eso se pusieron entonces grandes esperanzas en México. Además, es dudoso que el Ministerio de Relaciones Exteriores deseara precisamente en ese momento complicaciones adicionales en las relaciones con los Estados Unidos.

La Sección Política adoptó los puntos de vista del Ministerio de Relaciones Exteriores. Se le ordenó a Delmar que abandonara sus planes en vista de la importancia de México para el "periodo de transición". Estas instrucciones negativas representaron también el triunfo definitivo de la opinión de Eckardt sobre la de Delmar.[250]

Para sufragar los grandes gastos de la Sección Política en México, se asignaron en abril de 1917 200 000 marcos "para espionaje y actividades de inteligencia" de acuerdo con el Ministerio de Relaciones Exteriores.[251] Al mismo tiempo se afirmó que esta suma probablemente no sería suficiente.[252] Cuando el secretario de Estado de la Tesorería del Reich inquirió acerca del uso de este dinero, Kemnitz escribió que se había acordado que estos asuntos sólo serían tratados verbalmente.[253] A fines de 1917, aparentemente se transfirieron otros 300 000 dólares de España a México para estas actividades.[254] Una parte de los 2 759 679 marcos que los comerciantes alemanes habían depositado en la legación en México probablemente fueron utilizados también para estas actividades. Esto es tanto más probable cuanto que la legación administraba y distribuía los fondos destinados a los agentes de los servicios secretos militares en México.[255]

Los servicios secretos de los Estados Unidos y sus aliados desplegaron una vigorosa actividad para contrarrestar a los alemanes. Cinco diferentes servicios secretos norteamericanos operaban en México: el Departamento de Estado, el Ejército, la Marina, el Departamento del Tesoro y el Departamento de Justicia.[256] No puede precisarse qué división del trabajo existía entre ellos, y es posible que ni ellos mismos lo supieran. En todo caso, el trabajo era dirigido por el agregado militar norteamericano y apoyado efectivamente por las autoridades de la censura norteamericana, que controlaban casi todas las cartas, telegramas, etcétera, de y hacia México.

Al igual que los alemanes, los distintos servicios secretos norteamericanos estaban en constante conflicto. El agente del Departamento de Estado, Cobb, que inició en 1916 una investigación sobre las filiales de la Frankfurter Metallgesellschaft en México se quejó continuamente de la actividad de agentes del ejército que estorbaban su trabajo. Exigió el retiro inmediato de los mismos lo cual se hizo después de la intervención del Departamento de Estado.[257] El cónsul en Nuevo Laredo se quejó amargamente de que el servicio secreto del ejército le estaba ocultando pruebas de que un antiguo empleado de su consulado había colaborado con los alemanes.[258] Así como varios agentes alemanes se habían servido de su actividad para su propio enriquecimiento, algunos agentes norteamericanos parecen haber hecho lo mismo. Cuando al cónsul norteamericano en Ensenada (Baja California), se le ordenó que comprobara si existía una emisora de radio secreta alemana en su jurisdicción, le confió las investigaciones a un detective privado norteamericano, Erdmann. Los funcionarios del Departamento de Estado consideraron que Erdmann no estaba de ninguna manera capacitado para esta tarea, pues no hablaba español y de hecho perseguía objetivos completamente distintos. A sabiendas del cónsul, trabaja al mismo tiempo para una empresa norteamericana y, como afirmó más tarde el Departamento de Estado, utilizaba su posición para comprar a bajo precio los barcos alemanes anclados en Baja California.[259]

Al mismo tiempo que los servicios secretos norteamericanos, estaban también activos en México los agentes ingleses. El director del servicio secreto de la Marina británica, Hall, envió a uno de sus mejores agentes, A. E. W. Mason, a México, donde éste organizó una amplia red de agentes. Otros agentes británicos fueron trasladados a México desde la India, para vigilar la actividad de los hindúes emigrados allí, así como los canales de comunicación de México hacia la India.[260] También el servicio secreto francés parece haber estado muy activo en México.[261]

Entre las tareas más importantes de estos servicios secretos figuraba la lucha económica contra las empresas alemanas y la lucha política contra el servicio secreto alemán. Mientras que en la primera tarea los fracasos fueron mayores que los éxitos, la segunda tarea arrojó mejores resultados.

En el aspecto económico, los servicios secretos norteamericanos tenían a su cargo en colaboración con las autoridades legales del Departamento de Estado, el mantenimiento de las listas negras, es decir, la identificación de las empresas alemanas encubiertas y de los mexicanos y extranjeros que hacían negocios con ellas.[262] Para ello tenían que afrontar la oposición del gobierno mexicano que prohibía el empleo de las listas en México. El gobernador del estado de Sonora, Calles, que simpatizaba con Alemania, llegó incluso a conceder exenciones fiscales a los comerciantes y empresas alemanas mencionados en listas negras.[263]

Los norteamericanos, sin embargo, no consiguieron expulsar a los comerciantes alemanes de México. Eckardt pudo informar en 1918 que éstos habían podido sobrevivir a la guerra sin grandes sacrificios, y que incluso habían mejorado sustancialmente su posición. Esto se debió en parte a la política del gobierno mexicano y en parte a la propia experiencia comercial de los alemanes y a sus múltiples relaciones, que siempre les permitieron encontrar nuevas posibilidades de camuflaje. Pero también se debió a que buena parte de los empresarios norteamericanos no estaban muy interesados en su expulsión, dado que dos terceras partes de las mercancías que los alemanes vendían en México antes de la guerra eran norteamericanas. Un informe del especialista en México de la Oficina del Asesor sobre Comercio Extranjero es característico de esta actitud.

En su informe, que casi era un alegato de defensa de los comerciantes alemanes, el autor aconsejaba a las autoridades que consideraran como "inofensivos" a los comerciantes alemanes y que no los equipararan con agentes.[264] La finalidad y el propósito de esta moderación se hicieron muy claros después de la guerra, cuando los comerciantes alemanes recibieron importantes ofertas de franquicias de parte de los norteamericanos.[265]

La lucha contra el servicio secreto alemán, sin embargo, se libró no sólo con la mayor intensidad, sino en buena medida con verdadero éxito. El arma más importante de los aliados era su conocimiento de la clave secreta alemana. Estaciones receptoras británicas interceptaban tanto los mensajes enviados desde Nauen hacia México y España como los informes que llegaban a España desde México y eran retransmitidos a Alemania. Algunos de esos mensajes fueron entregados a los norteamericanos, aunque la colaboración británico-norteamericana no siempre transcurrió sin incidentes. El 15 de noviembre de 1917, cuando el Departamento de Estado le pidió a la embajada norteamericana en Londres que obtuviera con el servicio secreto británico los telegramas alemanes destinados a México, recibió la respuesta de que esta petición había tropezado con dificultades. No se dieron razones para ello; sin embargo, la embajada norteamericana le aseguró a Washington que seguiría intentando obtener los informes pedidos, que de hecho fueron entregados a los norteamericanos poco tiempo después.[266]

Otras tensiones se debieron al temor británico de que ciertos materiales secretos pudieran ser conocidos en los Estados Unidos por personas no autorizadas. Para evitar esto, se limitó a un mínimo el círculo de los que tenían acceso a tales materiales. Según los británicos, ni el embajador británico ni el agregado militar en los Estados Unidos deberían saber nada acerca de los mismos. Cuando en marzo de 1918 el embajador británico en Washington súbitamente preguntó en el Departamento de Estado si los telegramas transmitidos por su gobierno habían llegado efectivamente, se le contestó que no se sabía nada de ello.[267] Esta respuesta causó gran irritación en Inglaterra. ¿Acaso los informes británicos transmitidos a los Estados Unidos se quedaban sin ser usados en un cajón de algún escritorio? El Departamento de Estado contestó a una pregunta de los ingleses sobre el asunto que ciertamente había recibido los telegramas, pero que en la conversación con Lord Reading se había atendido a los deseos británicos de que su propio embajador no supiera nada al respecto.[268] La desconfianza británica hacia los Estados Unidos, sin embargo no aminoró. Cuando a principios de 1918 se anunció que el especialista en asuntos mexicanos del Departamento de Estado, Canova, iba a ser despedido por diferencias con su superior, Hall le preguntó al embajador norteamericano en Londres si no existía el peligro de que Canova pudiera divulgar el secreto de la clave. Le aclaró a Page que tal vez se vería obligado a no enviar más informes a los Estados Unidos.[269] Pero el Departamento de Estado le aseguró inmediatamente que Canova no sabía nada acerca de la clave.[270]

El secreto permaneció bien guardado, y las autoridades alemanas, sin abrigar la menor sospecha, siguieron usando su clave conocida por los ingleses. Parece ser que los mismos norteamericanos llegaron a adquirir una o varias claves alemanas en el transcurso de la guerra.[271] Pero no lograron obtener la clave 0075, que los ingleses siempre se negaron a revelar a sus aliados.

El conocimiento de los telegramas alemanes les permitió a las autoridades aliadas conocer las tareas y los nombres de los más importantes agentes de los servicios secretos alemanes. Para obtener una visión general de la ejecución práctica de estas tareas y un conocimiento exacto de las redes de agentes, los servicios secretos aliados tuvieron que proceder de otras maneras. Para ello se sirvieron de un extenso sistema de vigilancia de los agentes alemanes y de la infiltración de espías en sus organizaciones. Estos esfuerzos resultaron sumamente efectivos, y los aliados se aprovecharon además de la falta de colaboración entre los diversos servicios secretos alemanes y de la ineptitud de algunos de sus agentes.

Estos factores se manifestaron de una manera particularmente grave en el caso de los agentes Hermann y Gerdts. Fred L. Hermann era un germano-norteamericano que había sido reclutado en junio de 1915 por el servicio secreto alemán en ocasión de una visita privada de aquél a Alemania.[272]

Su primer campo de acción fue Inglaterra, donde realizó trabajo de espionaje para Alemania durante unos meses. Más tarde llegó a ser uno de los agentes más importantes de la Sección Política en los Estados Unidos. Después que probó sus méritos en este terreno participando en el sabotaje a a la gran fábrica Kingsland en Nueva Jersey en enero de 1917, se le encargó la tarea de incendiar los campos petroleros de Tampico.[273] Con este fin salió de Nueva York junto con el germano-colombiano Raoul Gerdts, a quien había reclutado, y se dirigió a Veracruz pasando por La Habana.

Los autoridades norteamericanas, que habían entrado en sospechas, lo hicieron vigilar constantemente por agentes del Departamento de Justicia.[274] Pero no fueron tanto estos agentes como las propias acciones de Hermann las que lo delataron. Tan pronto como llegó a La Habana, se dirigió a la legación alemana. El ministro pensó que Hermann y Gerdts eran provocadores que se proponían realizar actos de sabotaje por encargo del servicio secreto inglés o norteamericano para comprometer a los alemanes. Le telegrafió a Eckardt en este sentido;[275] y al mismo tiempo advirtió sobre las intenciones de Hermann y Gerdts al embajador mexicano en La Habana, quien transmitió de inmediato la noticia a su gobierno, el cual a su vez alertó al jefe de policía de Tampico.[276] Éste, sin embargo, tenía estrechas ligas con los norteamericanos, a los que rindió un informe detallado.[277] Los norteamericanos también obtuvieron pormenores de esta operación a través de Gerdts. Después que Gerdts se había negado a participar en actos de sabotaje en Tampico, Hermann lo despidió y lo despachó a Colombia sin darle ninguna compensación por sus trabajos.[278] Para vengarse, aquél comunicó al cónsul norteamericano en Colombia todos los detalles de la acción planeada.[279] Las actividades de Hermann en México fueron desde entonces vigiladas de cerca por los norteamericanos.

Con una sola excepción importante, los norteamericanos lograron a fin de cuentas mantener bajo constante vigilancia a todos los agentes alemanes importantes en México. Ya en julio de 1917, Cobb se había enterado de la llegada de Hinsch a México.[280] En agosto de 1917, Hinsch, en compañía de un traductor —Hinsch no entendía el español— se dirigió a Chihuahua, en el norte de México, para hacer un registro de todos los alemanes residente allí. El traductor informó a un agente secreto norteamericano que los seguía sobre las tareas e intenciones de Hinsch.[281] En marzo-abril de 1918 los norteamericanos descubrieron también el rastro de Jahnke y lo mantuvieron desde entonces bajo constante vigilancia.[282]

El único agente secreto alemán de importancia que nunca fue localizado en México, fue Delmar. En julio de 1917 regresó oficialmente a los Estados Unidos bajo su verdadero nombre. Los norteamericanos sospechaban que tenía algún tipo de relaciones con los alemanes, y lo hicieron interrogar por un agente del Departamento de Justicia. Sin embargo, no parecen haber encontrado pruebas concretas que confirmaran sus sospechas, pues

no se tomaron medidas contra él.[283] No fue sino en España donde se descubrió por primera vez que Dilger era el Delmar buscado por largo tiempo. El mismo Delmar advirtió muy pronto que había sido descubierto. El 15 de marzo informó a Berlín: "Aun cuando me encuentro aquí bajo el nombre de Albert Donde, el espionaje aliado ha logrado descubrirme en el hospital e identificarme con Delmar. Obviamente ha habido una indiscreción de parte del ministro mexicano de Hacienda o del Ministerio de Relaciones Exteriores mexicano".[284] Sin embargo, no había habido ninguna "indiscreción", sino que el cónsul mexicano Barreiro sencillamente había denunciado la identidad de Delmar.[285] A pesar de haber sido descubierto, Delmar tenía intenciones de regresar a México en el otoño de 1918, pero enfermó de gripe española y murió el 12 de noviembre de 1918. El embajador francés en Washington informó al gobierno norteamericano: "Acabo de recibir una nota de mi gobierno acerca de este espía alemán, Delmar, que deseaba viajar a México con fines destructivos. La nota me informa que ha hecho otro viaje, el viaje del que nadie regresa. En esta ocasión, la gripe española no se atuvo a la neutralidad".[286]

Se inició entonces una pugna entre alemanes y norteamericanos por el cadáver de Delmar y sus pertenencias, pugna que duró hasta después del armisticio. La Sección Política del Estado Mayor había costeado los gastos del entierro de Delmar y las autoridades alemanas reclamaron sus pertenencias.[287] El 25 de enero de 1919, cuando los norteamericanos comprobaron la identidad de Delmar con Dilger, ordenaron a su embajada en España que exigiera la entrega de sus pertenencias, dado que se trataba de un ciudadano norteamericano.[288] El embajador alemán declaró por lo contrario que Delmar era ciudadano alemán. Entonces los norteamericanos intentaron comprobar la ciudadanía norteamericana de Dilger mediante una fotografía de éste, a fin de obtener así sus pertenencias. Pero nadie pudo ya identificar inequívocamente a Dilger a base de su retrato.[289]

¿Qué pretendían los norteamericanos? Difícilmente se trataba de las pertenencias de Delmar. Si entre ellas había habido algún documento secreto o comprometedor, las autoridades alemanas tuvieron tiempo sobrado de hacerlo desaparecer. Los norteamericanos probablemente estaban interesados en una identificación clara y oficial de Delmar, que hubiera podido explotarse con fines propagandísticos.

El agente norteamericano Cobb, que prestaba sus servicios en la frontera mexicano-norteamericana como empleado de aduanas, fue particularmente eficaz al vigilar a un agente alemán. El cónsul alemán en Ciudad Juárez tenía un amigo íntimo, un norteamericano, al que confiaba todos sus secretos. Cobb consiguió reclutar a este hombre para el servicio secreto norteamericano, de manera que se enteró hasta en sus menores detalles de todo lo que revelaba el confiado cónsul.[290] Para asegurarse de obtener todos los secretos del cónsul, Cobb sobornó además a un empleado de la oficina mexicana de telégrafos en Ciudad Juárez, el cual le entregaba copias de todos los telegramas que enviaba y recibía el cónsul.[291]

Además de vigilar a los agentes alemanes, los aliados habían intentado, una vez más, infiltrar a su propia gente no sin éxito en la red de agentes alemana. El más conocido de estos infiltrados fue un austriaco apellidado Altendorf. Éste consiguió ganarse la confianza de Jahnke y entrar en el servicio secreto de la Marina. Según un informe del Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, de esta manera pudo "enterarse de algunas cosas".[292] Uno de sus mayores éxitos fue haber entregado a uno de los más importantes agentes de Jahnke, Lothar Witzke, alias Waberski, a los norteamericanos. Witzke, quien ya tenía una amplia experiencia en actividades de sabotaje en los Estados Unidos, había recibido el encargo de realizar nuevas operaciones allí en colaboración con Altendorf.[293] Altendorf alertó a las autoridades norteamericanas y Witzke fue arrestado al cruzar la frontera. A continuación reveló todo lo que sabía sobre el servicio secreto alemán.[294] A pesar de ello fue condenado a muerte, luego indultado y finalmente liberado algunos años más tarde.[295]

Otro agente que trabajaba para el servicio secreto británico, identificado únicamente con la letra "Y", parece haber estado al servicio del Estado Mayor y haber sido responsable de las relaciones con el Japón. James, el biógrafo de Hall, cuenta que Eckardt le había perdido la confianza. Para que la recobrara, los servicios secretos británicos y norteamericanos hicieron llegar a las autoridades alemanas en Berlín informes sobre supuestas actividades de sabotaje de "Y" en los Estados Unidos. Cuando "Y" llegó a México como sobrecargo en un barco francés, parece haber sido recibido por Eckardt con los brazos abiertos.[296] ¿Era realmente Kraft el agente "Y"? No puede responderse categóricamente a esta pregunta. Es digno de mención, sin embargo, el hecho de que Kraft fuera responsable de los contactos con el Japón y de que los norteamericanos hicieran esfuerzos por enterarse de lo que el servicio secreto alemán sabía acerca de Kraft.[297] Los informes norteamericanos también mencionan a un infiltrado en las filas alemanas, al que sólo se designa como "N". Tampoco aquí puede saberse definitivamente si "N" e "Y" son la misma persona.[298] Tampoco se sabe con certeza si el intento de los aliados de infiltrar a un agente de nombre Monck en la red de espionaje alemán tuvo éxito.[299]

Varios alemanes ofrecieron sus "servicios" o sus "documentos" a los norteamericanos a cambio de una suma adecuada. Así por ejemplo, un empleado alemán en Nuevo Laredo, Brand, le dijo al cónsul norteamericano en esa ciudad que estaba dispuesto a dar información sobre el servicio secreto alemán por 25 000 dólares.[300] Las autoridades norteamericanas, sin embargo, no estaban seguras de que se tratara de informaciones valiosas o de que Brand sólo quisiera presentar historias inventadas para conseguir dinero. El jefe del servicio secreto norteamericano en Laredo propuso

como la más fácil solución secuestrar a Brand.[301] Por desgracia no se sabe nada sobre el desenlace del asunto. Al cónsul norteamericano en Veracruz varios alemanes le ofrecieron un plan para la construcción de bases para submarinos alemanes en México, que supuestamente había sido sustraído del consulado alemán en la capital.[302] Los alemanes pedían una gran cantidad de dinero. El cónsul creía que el plan era auténtico, pero no estaba dispuesto a pagar más de 1 000 dólares por él, pues suponía que, tras de descubrir el robo, los alemanes cambiarían sus planes.[303]

Los servicios secretos aliados no se limitaron a observar la actividad de sus colegas alemanes. Una de sus operaciones más importantes fue el intento de destruir la receptora de radio alemana. Primero se intentó sabotear el aprovisionamiento de bulbos detectores de la estación. El 13 de julio, Eckardt se había dirigido a Berlín con la petición urgente de que se le enviaran vía Madrid cinco docenas de bulbos detectores, que eran de gran importancia para la estación de radio.[304] El Almirantazgo le ordenó al agregado naval en Madrid que consiguiera los bulbos de inmediato. El agregado naval, sin embargo, informó un mes más tarde que no había podido obtener los bulbos, pero que "intentaría conseguirlos en Inglaterra o Francia, lo que requeriría tiempo".[305]

Estos mensajes fueron interceptados por el servicio secreto británico. Hall envió en seguida a Mason a México, con la tarea de localizar la estación de radio alemana y al mismo tiempo comprar todos los bulbos detectores disponibles.[306] Haciéndose pasar por investigador científico, Mason viajó por México, descubrió la estación de radio de Iztapalapa, compró todos los bulbos detectores que pudo y regresó a Inglaterra. Hall le encargó entonces inutilizar la estación. La manera como contó haberlo hecho podría haber sido tomada de una de sus numerosas novelas de aventuras. Según su versión, organizó una red de agentes dirigida por "un prominente oficial de la policía secreta de Madero [...], el jefe de policía de Huerta", y un ladrón. Con su ayuda, invitó a comer al comandante de la fuerza mexicana que custodiaba la estación y emborrachó a los soldados. Mientras tanto, los hombres de Mason se colaron en el edificio de la radiorreceptora y se robaron los bulbos detectores.

Mason estaba convencido de que con esta acción había puesto a Iztapalapa fuera de servicio. Después de haber observado la estación durante un largo periodo, telegrafió el 12 de octubre a Londres: "Está comprobado que no se han recibido comunicaciones en Iztapalapa después del accidente que las autoridades, según se dice, atribuyen a los Estados Unidos".[307] También el servicio secreto norteamericano informó el 21 de julio de 1918 que Mason había destruido la instalación. Cuatro semanas más tarde Eckardt escribió su informe definitivo, en el que no sólo no mencionaba que la estación hubiese sido inutilizada, sino que incluso afirmaba haber recibido cada día los telegramas alemanes de guerra.[308] Aquí hay que aclarar tres cuestiones: ¿Había después de todo una segunda estación de radio alemana? ¿Fracasó el golpe de Mason? ¿O no dijo Eckardt toda la verdad? Muchos indicios favorecen la última hipótesis. Sobre todo un informe de Magnus apunta en esa dirección. A principios de 1919 le informó al Ministerio de Relaciones Exteriores que durante los últimos meses de la guerra sólo llegaban "de vez en cuando escasas noticias procedentes de Alemania".[309]

Si se quiere valorar en su conjunto la actividad del servicio secreto alemán en México, hay que hacerse las siguientes preguntas: ¿En qué medida consiguió mantener su actividad en secreto? ¿En qué medida pudo alcanzar los objetivos que se propuso?

El conocimiento por parte de los aliados de las claves secretas alemanas y la infiltración de la red alemana de agentes, muestran cuán escasamente se logró el primer objetivo. Esto se advierte muy claramente cuando se compara un informe de Eckardt sobre la efectividad del servicio secreto alemán con la realidad de las cosas. Eckardt escribió en agosto de 1918:

> A pesar del enorme espionaje que se practica en toda la República, para el cual se emplearon 200 000 dólares semanales, en la Casa Blanca se ignora que hubo conversaciones sobre el préstamo con el señor Carranza, que Fabela fue enviado a España con el objeto de continuar su viaje hasta Berlín, que tenemos una comunicación inalámbrica con Nauen, que se han hecho preparativos para cualesquier submarinos que lleguen, que casi a diario le llegan al presidente informes escritos que nosotros recibimos ya sea oficialmente o por otras vías de distintas partes del país sobre la situación interna (rebeldes, administración, etcétera), y que los mexicanos están informados por nosotros sobre la actividad norteamericana de espionaje (entre otras cosas, con el fin de comprobar de qué armas, existencia de municiones y pertrechos de guerra de toda clase dispone el ejército mexicano).[310]

De hecho, los Estados Unidos, tan sólo por su conocimiento de los telegramas alemanes, habían podido seguir las negociaciones sobre el préstamo en todos sus detalles, y cada fase de estas negociaciones fue asentada en los archivos norteamericanos.[311] El establecimiento de una comunicación por radio con Nauen fue descubierto y registrado por los norteamericanos, aunque los aliados en este caso incurrieron temporalmente en una serie de juicios falsos. Así, por ejemplo, el agregado militar norteamericano le escribió a su embajador que los alemanes no podían encontrar piezas para una estación de radio en México (en realidad, las piezas habían sido traídas a México por los alemanes).[312] También se comprobó que eran falsas las informaciones sobre una transmisora alemana cuyas emisiones podrían captarse en Alemania. Pero el secreto más importante de Eckardt en este

aspecto, la existencia de la estación receptora en Iztapalapa y la participación alemana en ella, había sido descubierto por los aliados. Fabela había sido vigilado durante todo su viaje. Los norteamericanos también estaban al tanto de la proyectada base submarina, aun cuando no conocían su ubicación exacta. Sobre lo que probablemente tenían menos información, porque ello no se había discutido en ninguna comunicación por radio con Alemania, era la composición y los agentes subordinados del aparato de espionaje alemán. Pero aun en este terreno habían logrado éxitos importantes infiltrando a sus propios agentes y sustrayendo una serie de documentos alemanes.

Naturalmente es más difícil estimar los resultados concretos de la actividad de los servicios secretos alemanes. En esta esfera como en su intento de mantener en secreto la ubicación de la estación de radio, los alemanes parecen haber sufrido un fracaso tras otro. Casi no se conoce nada, en este periodo, sobre disturbios o acciones de sabotaje en los Estados Unidos (lo que de ninguna manera queda excluido, pues muchas cosas fueron ocultadas conscientemente por las autoridades norteamericanas). Lo mismo puede decirse sobre las ambiciosas operaciones de sabotaje en el Canal de Panamá. Tampoco tuvo lugar el levantamiento hindú planeado e inspirado por los alemanes. No se instalaron bases submarinas en México. No se llevó a cabo la transmisión de noticias de México hacia Alemania a través de una emisora de radio. Sin duda el servicio secreto alemán tuvo su mayor éxito en la infiltración del ejército mexicano, pero aun en ese caso las esperanzas puestas en la empresa eran irreales. La idea alemana de poder dominar a México se basaba en una crasa sobreestimación de la propia fuerza, en un menosprecio similar de la fuerza de los norteamericanos y en un desconocimiento total de la dinámica de la revolución mexicana.

LA PROPAGANDA ALEMANA EN MÉXICO

Una de las características más dignas de mención de la primera guerra mundial fue la abundante y distintiva propaganda que desarrollaron ambos bandos. Ésta fue dirigida tanto a los enemigos como a los países neutrales. Cada bando hacía aparecer la política imperialista del otro en términos a veces exagerados, pero que con frecuencia correspondían a la verdad. En los países neutrales o beligerantes en los que se había conocido como opresor a alguno de los dos bandos (como por ejemplo en las regiones eslavas de la monarquía austrohúngara o en Irlanda), esta propaganda aludió a una realidad.

Las autoridades alemanas atribuyeron gran importancia a la propaganda en los países de América Latina. Perseguían con ello dos objetivos principales. En primer lugar querían asegurarse de que estos países permanecieran neutrales. Este objetivo tenía una gran importancia para el imperialismo alemán, sobre todo después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra. En segundo lugar, los alemanes trataban de consolidar o al menos mantener las posiciones alcanzadas por Alemania antes de la guerra. Esto era tanto más importante cuanto que el bloqueo británico había interrumpido totalmente el comercio alemán con América Latina, al mismo tiempo que el comercio de los aliados con estos países y la penetración económica de los Estados Unidos aumentaban constantemente.

El trabajo de propaganda alemán se realizaba esencialmente bajo los auspicios del Ministerio de Relaciones Exteriores, que colaboraba muy estrechamente en ello con el Ministerio del Interior y con las autoridades militares, sobre todo con el Departamento de Inteligencia del Ejército, bajo el mando del comandante Nicolai. El departamento de inteligencia del Ministerio de Relaciones Exteriores que estaba bajo la dirección del mayor Deutelmoser era responsable de la propaganda para el extranjero. Estaba subdividido en la sección B del consejero de embajada Hahn, a cargo de las publicaciones alemanas en el extranjero, y en la sección militar bajo el teniente coronel von Haeften. También había una oficina de información del extranjero en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que era responsable de la transmisión de comunicados al exterior.

El año de 1916 las funciones de estos departamentos fueron definidas con mayor precisión. En el Ministerio de Relaciones Exteriores había tres departamentos para la propaganda en el extranjero: primero el departamento de propaganda política bajo el cónsul general Thiel, quien se desempeñó provisionalmente como director administrador de la oficina central para el servicio extranjero; el departamento de propaganda militar bajo el teniente coronel von Haeften, y el departamente de propaganda económica, que dirigía Freihen von Braun, a quien también estaba subordinada la oficina de inteligencia del Ministerio del Interior.[313]

Después del estallido de la guerra fueron creados dos órganos para la propaganda en los países extranjeros neutrales y especialmente en ultramar. La oficina central del servicio extranjero fue creada el 14 de octubre de 1914 a iniciativa del Ministerio de Relaciones Exteriores. Era el centro superior de censura y coordinación de todas las publicaciones de propaganda destinados a los países neutrales. Estas publicaciones eran elaboradas en parte directamente por la oficina central, en parte por otras organizaciones bajo su supervisión. La oficina central estaba encabezada por el embajador retirado Mumm von Schwarzenstein, al que asesoraba un comité integrado por representantes del servicio de inteligencia del Ministerio de la Marina, del departamento de prensa del Estado Mayor y del departamento de inteligencia del Ministerio de Relaciones Exteriores. Pertenecía también a este comité el diputado Erzberger quien era el responsable de la propaganda católica.[314]

La oficina central editaba por sí misma una serie de publicaciones, entre ellas una *Crónica de Guerra*, el *Calendario de Guerra 1914-15*, un libro *Alemania ante la faz del mundo*, panfletos sobre el antagonismo germano-británico, escritos sobre el tema *La guerra alemana y el catolicismo* y una revista ilustrada, *La gran guerra en imágenes*, destinada sobre todo a los países de lengua española.[315] Al mismo tiempo movilizaba a las más diversas organizaciones económicas y culturales para la propaganda en América Latina. Éstas incluían grupos como el Comité de Guerra de la Industria Alemana, que enviaba sobre todo folletos y comunicados a las empresas alemanas en América Latina.[316] También participaba en esta campaña la Asociación Económica Alemana para Centro y Sudamérica, que publicaba su propia revista en español y portugués.[317]

La Asociación Iberoamericana de Hamburgo, fundada en 1916, enviaba extensos artículos propagandísticos a los países latinoamericanos.[318] En 1918 se le dio una especial importancia a este grupo. Su director, el profesor Schädel, y uno de sus miembros principales, Specht, fueron llamados a la embajada alemana en Berna, donde fundaron el llamado grupo Specht. Este grupo desarrolló una labor particularmente activa con el fin de consolidar las posiciones alemanas en América Latina para el "periodo de transición".[319] La Asociación Iberoamericana era al mismo tiempo responsable de la información suministrada a los funcionarios alemanes sobre América Latina. Publicaba un boletín que evaluaba las noticias más importantes de América Latina recogidas en Suiza o que llegaban a través de Suiza.[320] Había una división del trabajo entre esta asociación y el Instituto Germano-Sudamericano, fundado en 1912 como un "servicio alemán de información en Sudamérica",[321] el cual tenía su sede en Aquisgrán y más tarde en Colonia. En tanto que la actividad principal de la asociación hamburguesa consistía en enviar al extranjero artículos redactados por alemanes, el instituto se concentraba en la publicación de artículos latinoamericanos de propaganda favorables al imperialismo alemán. Así, por ejemplo, el antiguo agregado militar peruano en Berlín, comandante Guerrero, redactó una crónica de guerra, *La guerra europea mirada por un sudamericano*.[322]

Otra organización incorporada a la campaña de propaganda en América Latina fue el servicio de Información para los Países de Lengua Española y Portuguesa, que tenía su sede en Francfort del Meno y cuyo propósito era "ser un vínculo [. . .] entre la vigorosa patria alemana y aquellos pueblos de ascendencia española y portuguesa que, de acuerdo con su glorioso pasado, han sabido apreciar el heroísmo de toda una nación [. . .]"[323] Los escritos del servicio de información estaban destinados principalmetne a clubes y organizaciones apolíticas: por eso sus noticias tenían un tono más "apolítico y objetivo".[324]

También se le daba gran importancia a la oficina del diputado Matthias

Erzberger, a cargo de la propaganda católica para América Latina y que se proponía, no sin éxito, ganarle adeptos a Alemania sobre todo en los círculos católicos.[325] En la oficina de Erzberger se publicaban también artículos especiales sobre el papel de los católicos en Alemania, así como una *Katolische Korrespondenz*.[326]

Además de la propaganda general (enaltecimiento de los ejércitos alemanes, presentación de la guerra como una "justa guerra defensiva", ataques contra la "pérfida Albión y la decadente Francia" y más tarde contra la "hipocresía de Wilson", presentando a Alemania como un Estado modelo) los alemanes se concentraron en tres puntos en relación con América Latina. En primer lugar, se elogiaba a la industria alemana y se realzaban sus "cualidades especiales". Así, Alemania esperaba compensar cuando menos en parte la interrupción de las relaciones comerciales con América Latina. En segundo lugar, se presentaba a las potencias aliadas como países expansionistas, al mismo tiempo que se negaba toda intención imperialista en América Latina por parte de Alemania.[327] Cuando el germano-mexicano W. Fink, en un folleto sobre los alemanes en América Latina, demandó la instalación de bases carboneras alemanas en México, Ecuador y Chile, el Ministerio de Relaciones Exteriores dispuso la eliminación de este pasaje indicando que multiplicaría el recelo contra Alemania en toda América Latina.[328] En tercer lugar, se subrayaba en general el papel de los católicos alemanes y del catolicismo en Alemania. Con ello los alemanes esperaban alcanzar grandes éxitos en la América Latina católica.[329]

El número, las ambiciones y los fines de las organizaciones de propaganda alemanas para América Latina estaban en proporción inversa a las posibilidades de hacer llegar su material de propaganda a esos países. Si bien en los primeros meses la transportación era relativamente fácil a través de los países neutrales, sobre todo Italia y Escandinavia, ésta pronto se hizo cada vez más difícil.[330] La entrada de Italia en la guerra, la intensificación del bloqueo británico, que condujo a un control cada vez más estricto de los barcos neutrales, y finalmente la entrada de los Estados Unidos en la guerra detuvieron virtualmente el envío de esta literatura hacia América Latina. Mientras que en los primeros meses de guerra los materiales de propaganda alemana eran enviados por millares hacia América Latina —la oficina central para el servicio extranjero tenía un fichero con un total de 116 000 direcciones—,[331] su número se redujo de mes en mes. Pronto fue literalmente imposible pasar de contrabando todo lo que no fuera ejemplares aislados que luego eran multicopiados y editados localmente.

Las dificultades para enviar materiales impresos hacia América Latina confirieron verdadera importancia a otra empresa alemana: la Transozean GmbH. Ésta procedía del Deutscher Überseedienst (Servicio Alemán de Ultramar), que había sido fundado por el gran capital alemán poco antes del estallido de la guerra mundial, en la primavera de 1914. Trece empre-

sas industriales habían participado en su formación, entre otras, la Vereinigte Stahlwerke Köln-Deutz (Acerías Unidas de Colonia-Deutz), la AG für Anilinfabrikation Berlin (Sociedad Anónima para la Fabricación de Anilina de Berlín) y la Deutsche Übersee-Elektrizitätsgesellschaft (Compañía de Electricidad Alemana de Ultramar) y otras diez empresas y organizaciones comerciales, entre ellas la Cámara de Comercio de Hamburgo y Bremen, los tres grandes bancos alemanes (Deutsche Bank, Dresdner Bank y Disconto-Gesellschaft) y las compañías navieras Norddeutscher Lloyd, Hapag y Deutsche Dampfschiffahrts-Gesellschaft Kosmos. El presidente del Consejo de Administración del Deutcher Überseedienst era el secretario de la Unión Central de Industriales Alemanes, Rötger.[332] Este servicio transoceánico, dirigido principalmente a los países del continente americano, y que se proponía efectuar allí una propaganda de gran amplitud, indicaba el creciente interés del gran capital alemán en la América Latina. Los estrechos vínculos de este proyecto con la política oficial alemana se manifiestan, por ejemplo, en el hecho de que el Deutscher Ueberseedienst, ostensiblemente independiente recibió desde antes del comienzo de la guerra una subvención anual de 250 000 marcos del Ministerio de Relaciones Exteriores.[333] La organización estaba encargada de supervisar todos los envíos de información, por telégrafo o por correo, de Alemania hacia los países del hemisferio americano. La importancia del trabajo de esta empresa fue resumida por el Ministerio de Relaciones Exteriores con las siguientes palabras: "La expansión del trabajo de la compañía y su utilización para la política exterior exige la constante colaboración y atención de los representantes del kaiser en los países de ultramar [...]"[334] Pertenecían al Consejo de Administración de las Transozean GmbH, entre otros, el director del Deutsche Bank, Arthur von Gewinner, el director del Dresdner Bank, Hjalmar Schacht, el director de la Hapag, Hudermann, y el dicertor de la AEG, Deutsch.[335]

Mediante un tratado secreto con el gobierno, la Transozean recibía un subsidio anual de un millón de marcos, que eran parte de los 40 millones de marcos que la Tesorería del Reich había puesto a disposición del Ministerio de Relaciones Exteriores para fines secretos.[336] A cambio de ello, el Ministerio tenía derecho a supervisar los telegramas de la Transozean.[337] Los despachos diarios de ésta eran transmitidos desde Nauen hacia Sayville y Tuckerton en los Estados Unidos. Los mensajes destinados a América Latina eran transmitidos directamente desde la oficina de la Transozean en los Estados Unidos hacia los países vecinos, sobre todo hacia México, o bien eran enviados a una distribuidora en Panamá, que luego los retransmitía hacia América Latina.[338]

A medida que el bloqueo británico ganaba efectividad el envío de publicaciones alemanas hacia el continente americano se hacía más difícil, aumentó la importancia del servicio de la Transozean. La entrada de los

Estados Unidos en la guerra, que puso fin a la comunicación Nauen-Estados Unidos, fue sin embargo un golpe demoledor para la Transozean. Tras el rompimiento de las relaciones germano-norteamericanas en febrero de 1917, Bernstorff había esperado poder mantener el servicio en "forma puramente comercial". Escribió:

> En periodos anteriores de nuestras relaciones con los Estados Unidos [...] yo ya me había puesto en contacto con todas las organizaciones a las que se les distribuía el servicio de la Transozean desde Washington, a fin de evitar una interrupción de nuestro servicio de información en caso de un rompimiento con los Estados Unidos. Se había acordado que llegado el caso, estas organizaciones debían solicitar diariamente cierto número de palabras al señor Klaessig, el representante de la oficina Wolff en Nueva York. Para mantener el asunto sobre una base puramente comercial, que no estuviera ligada a ninguna actividad propagandística, era necesario que los destinatarios pagaran por las noticias al señor Klaessig y cubrieran ellas mismas los costos telegráficos [...][339]

Para financiar este servicio informativo, Bernstorff había transferido grandes sumas a las representaciones diplomáticas alemanas en América Latina, entre ellas las de Buenos Aires (400 000 dólares), Guatemala (64 000 dólares), Bogotá (48 000 dólares), México (96 000 dólares) y La Habana (32 000 dólares).[340] Pero cuando los Estados Unidos entraron en la guerra la mayoría de los países latinoamericanos ya no pudieron recibir noticias directamente desde Alemania. México fue una excepción.

La propaganda alemana en México había empezado a mediados de 1915, después de la llegada de Eckardt. Pueden distinguirse tres etapas en el proceso. La primera va de mediados de 1915 hasta el verano de 1916, la segunda desde el verano de 1916 hasta la entrada de los Estados Unidos en la guerra, y la tercera desde abril de 1917 hasta el fin de la guerra.

En la primera etapa la propaganda alemana tuvo un efecto muy limitado. Sus divulgadores eran casi exclusivamente miembros de la colonia alemana en México, que habían constituido en 1915 la Unión de Súbditos Alemanes en México. De ésta surgió el Servicio Alemán de Información, que se encargó de la propaganda alemana.[341] El funcionario de propaganda más importante en esta etapa fue el redactor del periódico alemán en México, el doctor Schumacher, representante de la Transozean en México.[342] Tenía colaboradores en las ciudades grandes y medianas del país, en su mayoría los cónsules honorarios del Reich alemán; en Torreón había asumido esta función el gerente de la subsidiaria del Deutsch-Südamerikanische Bank.[343]

La actividad propagandística alemana en México consistió esencialmente en este periodo en la distribución del material de propaganda procedente

Parece ser que se concedió la petición, pues dos meses más tarde Eckardt expresó gran satisfacción por la difusión de *El Demócrata*, el cual

> trabaja lealmente a nuestro favor. La publicación es por ahora el más barato de los principales diarios, opera sin apoyo financiero del gobierno y por ello tiene también que luchar económicamente. He tomado medidas para asegurarle al periódico una difusión aún mayor, sobre todo en el interior del país, y le he suministrado las reservas de papel necesarias, que son sumamente difíciles de obtener.[363]

Se hicieron arreglos para la compra de cables de la Transozean con los periódicos gubernamentales *El Pueblo, El Nacional, El Occidental* de Guadalajara y *La Vida Nueva* de Puebla.[364]

En 1917, agentes norteamericanos lograron robarse un informe de la oficina de propaganda alemana.[365] Según este informe, probablemente auténtico, *El Demócrata* recibía papel y 8 000 pesos mensuales, el periódico *Minerva* de Puebla 200 pesos mensuales, *El Día* de Monterrey 2 000 pesos, *La Opinión* de Veracruz 750 pesos, *La Reforma* de Tampico 3 500 pesos y *La Gaceta* de Guaymas 750 pesos mensuales. Además se le estaba suministrando papel a *La Opinión, La Reforma* y *La Gaceta*. Correspondientemente creció también el aparato propagandístico y las sumas pedidas por Eckardt a Alemania. Se nombró un nuevo jefe de propaganda, el teniente coronel Stapelfeld, pagado por la legación.[366] Se le asignó a Schumacher un sueldo mensual de 200 pesos, además de gastos de representación.[367] En enero de 1917 Eckardt había pedido a Alemania 2 000 dólares mensuales para fines de propaganda.[368] Esta suma parece haber aumentado considerablemente en poco tiempo. Los norteamericanos calculaban los gastos mensuales de los alemanes para propaganda y servicio secreto en 25 000 dólares.[369] Este cálculo no dista mucho del que hicieran los comerciantes alemanes en México.

Los alemanes trataron de pasarle una parte de los gastos a los austriacos. "Favor informar por cable si puedo gastar 2 500 dólares para poder participar en la amplia propaganda alemana a partir del 1.7. de este año",[370] telegrafió a Viena el ministro austriaco en México. El Ministerio de Relaciones Exteriores austriaco hizo que su embajador en Berlín se informara sobre la propaganda alemana en México, lo cual proporcionó una detallada descripción de la red de propaganda alemana en México. Viena comprendió muy exactamente los objetivos de fondo de esta propaganda y rechazó la participación, "dado que la propaganda alemana persigue fines exclusivamente alemanes. No nos parece oportuna nuestra participación financiera en la propaganda alemana".[371] Puesto que el telegrama fue transmitido a través de Suecia y los austriacos temían que la primera parte del mismo, antialemana, pudiera caer en manos de los alemanes, se la eliminó del texto y se envió únicamente la negativa a México.[372]

El contenido de la propaganda alemana consistía sobre todo en la exaltación de las "victorias" alemanas y de la "excelencia" alemana, así como en ataques a Inglaterra y Francia. Las noticias antinorteamericanas, por supuesto, de acuerdo con la política del gobierno carrancista, podían encontrarse en los periódicos, pero los alemanes, por su parte, procuraron, hasta 1917, no atizar demasiado esta tendencia.[373] En 1916, cuando el conflicto mexicano-norteamericano se agudizaba cada vez más, los alemanes evitaron despertar en los Estados Unidos la impresión de que Alemania estaba detrás de estas tensiones.

Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra, la situación de la propaganda alemana cambió en muchos aspectos. Sus tareas se hicieron mucho más grandes y también crecieron enormemente los obstáculos a que se enfrentaba. Sus objetivos principales eran evitar el alineamiento de México con los aliados y preparar el terreno para una expansión posterior. Los esfuerzos para ganarse a la prensa se intensificaron considerablemente. Eckardt informó:

> Ganamos creciente influencia sobre la prensa local y provincial mediante amplia inversión de dinero y esfuerzo —en las ciudades principales los periódicos asumieron una actitud proalemana, y se instó a los periódicos proaliados a adoptar una actitud neutral o cuando menos a no atacarnos.[374]

Eckardt procedió sin duda muy hábilmente en su propaganda cuando intentó utilizar para sus propios fines los sentimientos antimperialistas del pueblo mexicano.

> Mientras que al principio sólo asumimos una actitud defensiva que refutaba las mentiras del enemigo, desde la declaración de guerra de los Estados Unidos he venido atacando agresivamente a los Estados Unidos y a los aliados, especialmente a la Gran Bretaña. No podíamos limitarnos a fomentar la ya existente simpatía de los mexicanos por una política alemana que apenas conocían, ni podíamos contentarnos con mantener viva la disposición momentáneamente favorable a nosotros que podría cambiar muy pronto. No, la política de neutralidad formulada por Carranza para su gobierno tenía que apoyarse en la única base sólida del odio a los gringos, del odio que arde en el corazón de cada mexicano por el tradicional enemigo del norte. La amistad hacia Alemania, que aun los jefes rebeldes me comunicaban a través de sus emisarios a pesar de mi hostilidad hacia ellos, sólo podía desarrollarse, y se desarrolló, como un resultado secundario de ese odio. Los ataques despiadados contra el presidente Wilson, insertados continuamente por nosotros en la prensa y a través de folletos, entre los que debo elogiar especialmente los del secretario de la legación, Freihen von Schoen, tuvieron el efecto

deseado. El pueblo mexicano maldice al enemigo que hace setenta años le robó ricas provincias, y que hasta el día de hoy no lo deja vivir en paz; ese pueblo considera cada victoria alemana como suya y festeja cada revés de los "punitivos", como se les dice a las tropas de Pershing enviadas a Europa, aludiendo a su expedición contra Villa en 1916.[375]

Eckardt combinó la propaganda antinorteamericana con una glorificación del imperialismo alemán. Los ejércitos alemanes eran presentados como invencibles, la industria alemana como la mejor del mundo, el seguro social alemán como una culminación del desarrollo humano.[376] Sin embargo, este tipo de propapanda era tan burda, que a veces lograba lo contrario de lo que se proponía. De vez en cuando estas noticias eran repudiadas por los mismos propagandistas alemanes. En julio de 1915 el representante de la Transozean en la Argentina, Schmersow, escribió a Berlín que a partir de la publicación de algunos telegramas de la Transozean "habían salido a la luz varios errores [. . .] que fueron reconocidos inmediatamente como equivocaciones y que son calificados aquí con la expresión de 'plancha' ". Declaró que "cosas así [. . .] no deben pasársele a una agencia oficial, ya que de otra manera [. . .] el daño sería irreparable", y advirtió sobre una "tendencia excesiva a exaltar los éxitos alemanes".[377] En México se publicaron artículos sobre la destrucción de Nueva York, una rebelión en el ejército norteamericano, la rendición de Inglaterra, etcétera.[378]

Eckardt desarrolló también un amplio programa de conferencias.

En la ciudad de México y en el interior estoy organizando conferencias con buenos oradores. Éstos hablan en teatros o salas repletas sobre el problema de la neutralidad, la seguridad social para los trabajadores, las industrias alemanas (Krupp, Zeiss), con la ayuda de diapositivas que hemos producido aquí. Al final se muestran retratos de Su Majestad el Kaiser y de sus más famosos generales; los aplausos son atronadores.[379]

Los norteamericanos consideraban al director de *Noticias Inalámbricas*, Manuel León Sánchez, como el más eficaz de estos oradores.[380] Desempeñó un papel especial en la propaganda alemana el escritor argentino Manuel Ugarte, el cual en ocasión de una visita a México, recalcó que, en contraste con el imperialismo británico y norteamericano, "los alemanes jamás han intentado inmiscuirse arrogantemente en los asuntos de la América Española, sino que se han limitado a la actividad pacífica". El propósito de tal actividad era de "refutar la creencia" de que Alemania "pretendía ganar influencia en las repúblicas sudamericanas por medio de su propaganda".[381] En el ejército, los generales que se habían comprometido a rebelarse contra Carranza en caso de que México abandonara su neutralidad, hacían "propaganda para nosotros, distribuyendo folletos que he escrito

con este objeto".[382]

Eckardt informó que en 1917 se había vendido un total de 56 000 publicaciones de propaganda. La propaganda era tan "efectiva, que sus mismos distribuidores en México se la creían". Todavía en agosto de 1918 Eckardt escribió: "Como todo alemán, cuento con un desenlace feliz de la guerra".[383] Cuando el 11 de noviembre llegaron las primeras noticias sobre un armisticio en Europa, Eckardt hizo publicar un desmentido en los periódicos: "Alemania ha rechazado las propuestas aliadas para un armisticio".[384]

Para conservar el favor del gobierno mexicano, se les indicó a los periódicos que apoyaran incondicionalmente a Carranza.

Había que cuidar la susceptibilidad nacional. Las quejas con que los aliados inundaban el Ministerio de Relaciones Exteriores debían evitarse en lo posible; había que evitar toda crítica que pudiera interpretarse como una intromisión en los asuntos internos. Era preciso convencer a Carranza de que nosotros creemos en la sinceridad de su patriotismo, de que estimamos en todo su valor su política proalemana, de que nosotros vemos en él a un estadista superior a los presidentes de los demás países latinoamericanos. Dos veces se me agradeció enfáticamente un artículo publicado por iniciativa mía en nuestro órgano, las *Noticias Inalámbricas*.[385]

Hubo sin embargo un punto en el que el apoyo de Eckardt a la política del gobierno sufrió un tropiezo: la cuestión eclesiástica. Esto se manifestó muy claramente en el caso del periódico *El Occidental* de Guadalajara, subvencionado por los alemanes. El diario, fuertemente apoyado mediante anuncios por diversas empresas alemanas, había lanzado una vigorosa campaña anticlerical en consonancia con la política interna del gobierno carrancista. La Iglesia, que se hallaba firmemente arraigada en Guadalajara, reaccionó con extrema violencia. Su órgano, *La Época*, no sólo atacó a *El Occidental*, sino que comenzó a publicar una "lista negra" que incluía todas las empresas que se anunciaban en *El Occidental*, e hizo un llamado a los católicos de Guadalajara para que boicotearan esos negocios.[386]

Si bien esta acción afectó gravemente a los comerciantes alemanes de Guadalajara, representó un golpe más fuerte aún en el aspecto político. El clero de Guadalajara se había distinguido por una particular germanofilia. Los intentos alemanes de persuadir a la dirección de *El Occidental* de que suspendiera su propaganda anticlerical, parecen no haber tenido éxito. Eckardt se dirigió entonces al cónsul alemán en Guadalajara preguntándole por qué los alemanes no se habían anunciado también en *La Época*, y le indicó al cónsul que tomara medidas en ese sentido.[387] El cónsul contestó que *La Época* no tenía ningún interés en los anuncios, lo cual

probablemente se debía a que estaba subvencionado por la Iglesia.[388]

Eckardt le ordenó entonces al cónsul que iniciara pláticas sobre las listas negras "con los directores de *La Época*, o en caso de que por cualquier motivo esto no sea posible, con personas influyentes del Partido Católico que apoya a *La Época*". El cónsul debía hacer claro en estas conversaciones que *El Occidental* era proalemán en su política internacional, pero que no expresaba la opinión alemana con su orientación radical en cuanto a la política nacional.

> No tenemos ni queremos tener nada que ver con la política interna mexicana. Por eso debemos oponernos enérgicamente a los intentos de los católicos de utilizar la política interna para minar los ingresos por concepto de anuncios de un periódico proalemán que por otra parte es anticatólico. Si los católicos de Guadalajara quieren sacar la conclusión de que son anticatólicas las empresas que se anuncian en *El Occidental* entonces nosotros podemos con mucho mayor derecho concluir que ellos son antialemanes a juzgar por los métodos de *La Época* y sus partidarios, tan parecidos a los métodos de nuestros enemigos anglosajones. En vista de ello, debemos considerar el boicot de *La Época* como *inamistoso e ingrato*.[389]

En caso de que los católicos persistieran en su campaña, el cónsul debía amenazar con intervenir ante el gobierno mexicano.[390]

La "gratitud" de los católicos no fue tan grande como Eckardt había esperado. *La Época* no se dejó persuadir y los comerciantes alemanes se vieron obligados a retirarle sus anuncios a *El Occidental*, que poco después suspendió su publicación.[391] "*El Occidental* ha muerto, ojalá perezcan sus colegas de una muerte similar",[392] informó en son de triunfo el cónsul norteamericano en Guadalajara. Entonces *El Demócrata* intentó distanciarse de la lucha contra la Iglesia y culpó a las medidas de boicot de los aliados por la desaparición de *El Occidental*.[393]

Hay ciertos indicios de que en el seno del gobierno mexicano existían diferencias de opinión en cuanto a la propaganda alemana en la prensa del país. El 13 de abril de 1918, Aguilar envió una nota a todos los periódicos mexicanos en la que en nombre del presidente les pedía evitar todo ataque contra funcionarios o ciudadanos de aquellos países con los que México mantenía "relaciones amistosas". Fundaba esta petición en la "susceptibilidad de los gobiernos extranjeros [...] y las muy tensas relaciones internacionales".[394] El 24 de abril, Manuel Andrade, director del periódico proaliado *El Universal*, contestó que en la Secretaría de Gobernación se elaboraban diariamente boletines de prensa que contenían artículos proalemanes. Algunos de esos artículos, dijo, eran redactados por el secretario particular del ministro.[395] No se sabe si después de este incidente se suspendió la entrega del boletín a la prensa. Es muy posible que la nota de Aguilar haya sido únicamente una reafirmación propagandística de la neutralidad de México. También puede haber sido un esfuerzo de Carranza por limitar un tanto la amplia propaganda alemana.

Para influir en las clases altas y en los intelectuales, Eckardt hizo traducir el *Werther* y el *Fausto* de Goethe, así como el *Kapitän Königs Fahrt der "Deutschland"*, a los que menciona como si pertenecieran a una misma categoría.[396] Se instituyeron cursos de alemán en las universidades y se ampliaron las escuelas alemanas.[397] A causa de su orientación antinorteamericana, la propaganda alemana pudo apuntarse en general considerables éxitos en México. El cónsul norteamericano en Coahuila calculaba que el 72% de la población allí era germanófila.[398] Según la opinión del cónsul norteamericano en Piedras Negras, el 80% se inclinaba por Alemania.[399] Aún más pesimista era el Departamento de la Guerra de los Estados Unidos, que calculaba en un 90% la parte de la población mexicana que tenía sentimientos antinorteamericanos.[400] Informes similares emanaron de Tabasco y Baja California.[401] El cónsul en Piedras Negras expresó muy claramente las causas de estos éxitos alemanes. Explicó que *El Demócrata* era el periódico más difundido en México.

> Su director ha sabido ejercer una gran influencia en esta parte de México, sobre todo entre las clases bajas [...] La hostilidad hacia los Estados Unidos, que este periódico ha suscitado entre sus lectores, crece constantemente y no es posible exagerarla. Entre las clases bajas, que constituyen la mayor parte de la población, cada palabra es tomada al pie de la letra y despierta sus resentimientos más amargos contra los Estados Unidos.[402]

LA RESPUESTA ALIADA A LA PROPAGANDA ALEMANA EN MÉXICO

Hasta la entrada de los Estados Unidos en la guerra, las medidas tomadas por los aliados para impedir la propaganda alemana sólo tuvieron un efecto limitado. Se redujeron a obstruir el envío de los materiales de propaganda de Alemania hacia México y a presentar protestas ocasionales ante el gobierno mexicano contra los artículos germanófilos en los periódicos mexicanos. Después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra, se iniciaron tremendos esfuerzos para poner fin a la propaganda alemana. Los aliados utilizaron cinco métodos en esta campaña: interrupción del flujo de información; obstrucción del suministro de materiales, sobre todo de papel, a los periódicos favorables a Alemania; impedimentos al transporte y venta de periódicos germanófilos; presiones sobre las autoridades mexicanas; y por último presiones sobre los comerciantes que publicaban anun-

cios en los periódicos germanófilos.

En los Estados Unidos se había esperado que tras el estallido de la guerra con Alemania, los periódicos proalemanes de México no tendrían ya posibilidad de recibir información. Se había interrumpido la comunicación inalámbrica con Nauen y las oficinas alemanas de propaganda en los Estados Unidos fueron cerradas. Además las agencias noticiosas de los aliados se negaron a proporcionar sus noticias a los periódicos germanófilos. Pero estas esperanzas resultaron ser ilusorias, pues la propaganda alemana circunvino las contramedidas de los aliados, en primer lugar mediante la instalación de una estación receptora en México. "El director de Telégrafos [. . .] me envía diariamente los telegramas de guerra de Nauen por medio de un mensajero sirio",[403] explica Eckardt. Estos despachos eran luego publicados en los periódicos proalemanes como noticias procedentes de los Estados Unidos. Parece ser, además, que las noticias de las agencias de prensa aliadas eran proporcionadas a los periódicos proalemanes por el secretario de Comunicaciones, Mario Méndez, por lo menos durante un tiempo.[404] Sin embargo, Méndez, negó esto enérgicamente cuando *El Universal* publicó una información al respecto, pero en vista de sus conexiones con el servicio secreto alemán, la acusación tal vez no haya sido del todo infundada. Parece ser que también se encontraron medios para pasar de contrabando periódicos norteamericanos a través de la frontera, cuyas noticias eran "pirateadas" y publicadas luego en versión modificada.[405]

Un peligro mucho más grande para la propaganda alemana fue el intento norteamericano de privar de papel a los alemanes. Este plan que perjudicaba los intereses de una gran empresa norteamericana, la National Type and Paper Company, tardó mucho en llevarse a la práctica. Ya el 19 de abril de 1917, el cónsul norteamericano en Veracruz se había quejado de que los periódicos proalemanes recibían papel norteamericano. El Departamento de Estado no reaccionó ante esta queja, sino que advirtió al cónsul que no había ninguna ley que prohibiera la exportación de papel de los Estados Unidos.[406] Un mes más tarde, la embajada británica en Washington protestó ante el Departamento de Estado. Confirmó que la National Type and Paper Company vendía a los periódicos proalemanes papel procedente del Canadá.[407]

Siete semanas más tarde, Fletcher también intervino en esta discusión y solicitó que se suspendiera la venta de papel norteamericano a los periódicos proalemanes.[408] Antes había tenido una conversación al respecto con el representante en México de la National Type and Paper Company, el cual se negó a cooperar. Alegó que otras compañías hacían lo mismo y que además el gobierno mexicano disponía de amplias reservas de papel, que podría poner a disposición de los alemanes en caso de necesidad.[409] La compañía papelera, que temía perder sus grandes ganancias en México a causa de la actitud de Fletcher —los precios del papel habían experimentado una enorme alza—, defendió su punto de vista en una petición al Departamento de Estado. Señaló que en México había suficientes fábricas como para producir papel periódico localmente en caso de un embargo norteamericano. Esas fábricas no producían papel en ese momento porque sus productos eran más caros que el papel norteamericano y por ello no podían hacerle la competencia.

En esta petición, la National Type and Paper Company expresó las razones de fondo de su firme resistencia a un embargo sobre los suministros de papel para periódicos proalemanes. En caso de tal prohibición, la compañía temía perder no sólo sus clientes germanófilos, sino todo el mercado mexicano. El gobierno mexicano había derogado los impuestos sobre la importación de papel para promover la elaboración de periódicos y libros, y ello le había permitido a la National Type and Paper Company desplazar del mercado a las fábricas de papel mexicanas, que producían más caro. "No hay duda —escribió la compañía—, de que en caso de un embargo sobre papel periódico el gobierno considerará necesario imponer un nuevo y más alto impuesto sobre la importación de papel periódico, a fin de proteger la industria nacional. Y este impuesto estaría vigente durante muchos años".[410]

La National Type and Paper Company propuso al gobierno norteamericano que se centralizara la venta de papel a México. De esta manera, los periódicos proalemanes no quedarían totalmente privados de papel, sino que lo recibirían "según sus necesidades inmediatas". Pero se les debía hacer ver que "no debían agitar en favor de la fabricación de papel periódico en fábricas nacionales" (!).[411] Así pues, los norteamericanos no debían pedirles que se abstuvieran de seguir publicando materiales antinorteamericanos. Según el modo de ver de la compañía, toda la fuerza de la economía norteamericana y de su diplomacia en México debería utilizarse, no contra la propaganda alemana, sino contra el surgimiento de una industria papelera mexicana.

Once días más tarde, Lansing también se manifestó contra un embargo sobre el papel, si bien con otros argumentos. Le escribió a Fletcher: "Tal embargo podría ser atacado fácilmente en México y América Latina como un intento de parte del gobierno norteamericano de influir autocráticamente en la opinión pública".[412] Lansing propuso como alternativa presionar económicamente a los periódicos proalemanes, haciendo que los comerciantes de las naciones aliadas les dieran muchos anuncios a esos periódicos para después obligarlos a abandonar su actitud proalemana bajo la amenaza de retirarles los anuncios. El mismo Lansing parece haber tenido ciertas dudas sobre la realización de este plan, pues preguntó si los periódicos proalemanes no estarían apoyados financieramente de tal manera que la influencia de otros comerciantes fuera sólo de escasa importancia.[413]

Fletcher se opuso enérgicamente a las sugerencias de su jefe. Calificó como irrealizable el proyecto de Lansing de proporcionar anuncios aliados a los periódicos proalemanes para luego presionarlos, en vista de los subsidios que éstos recibían de los alemanes. Se manifestó de nuevo a favor de un embargo sobre el papel y declaró: "No comparto el temor del Departamento de Estado de que una restricción de los suministros de papel tendría en México y América Latina las consecuencias que usted menciona". Los periódicos neutrales como *El Pueblo* deberían seguir recibiendo papel, y sólo las publicaciones agresivamente proalemanas no recibirían ninguno. Se opuso a "la titubeante y superescrupulosa consideración de la susceptibilidad latinoamericana". Concluyó:

> La elección, a mi manera de ver, consiste por una parte en la ayuda y el apoyo a la propaganda antinorteamericana, que al mismo tiempo facilitaría ciertas ventajas limitadas a las exportaciones norteamericanas, y por otra parte, en el control del suministro de papel norteamericano a México que dificultaría los calumniosos y malignos ataques contra los Estados Unidos.[414]

A causa de estas considerables divergencias de opinión, el problema le fue remitido a Wilson, quien apoyó inequívocamente el punto de vista de Fletcher. El 3 de agosto le escribió a Lansing: "Me parece que las proposiciones de Fletcher son más que interesantes. Son importantes, y hasta donde yo puedo interpretar su posición según este borrador, hay que obrar de acuerdo con eso".[415] En consecuencia, Lansing dispuso una semana más tarde un embargo de papel para todos los periódicos proalemanes. La embajada norteamericana en México había de decidir a quién se vendería papel en lo futuro.[416] A la National Type and Paper Company no le quedó más remedio que plegarse a esta decisión, junto con todas las demás empresas papeleras norteamericanas.[417]

Muy pronto se vio que la National Type and Paper Company no estaba del todo equivocada respecto a la limitada efectividad del embargo. Varias fábricas de propiedad alemana empezaron de inmediato a producir papel periódico.[418] Sin embargo, esta producción no cubría las necesidades de los periódicos proalemanes. Por ello se intentó hacer que una fábrica de papel de propiedad francesa abasteciera a los periódicos proalemanes; y el director noruego de la fábrica, que según informaciones norteamericanas abrigaba simpatías por Alemania, se declaró también dispuesto a ello. De inmediato Fletcher pidió a las autoridades francesas que hicieran todo lo posible para que los accionistas de la fábrica, que vivían en Francia, suspendieran estas ventas.[419] No puede comprobarse en qué medida tuvieron éxito estos intentos.

El gobierno mexicano resistió enérgicamente este control externo de la prensa mexicana. Puso sus reservas de papel a disposición de los periódicos proalemanes y al mismo tiempo decretó un impuesto a la importación para papel que debía ser pagado no en dinero, sino en papel. Parte de éste se entregaba a los periódicos proalemanes.[420] Éstos no escribieron nada sobre la procedencia de su papel o siguieron el ejemplo de *La Reforma* de Tampico, que pretendía recibir regularmente papel transportado en submarinos alemanes. El gobierno mexicano también intentó comprar papel periódico en el Japón. Los primeros intentos en este sentido fueron rechazados por las autoridades japonesas. Un nuevo intento durante el verano de 1918, vinculado con la promesa de que el papel estaría destinado a los periódicos gubernamentales, tuvo éxito, pues una empresa japonesa obtuvo permiso para suministrar papel. Sin embargo, el proyecto fue severamente atacado en la prensa japonesa.[421] No se sabe si los embarques de papel llegaron a efectuarse.

En general, el boicot norteamericano al papel sólo tuvo un éxito parcial. Algunos periódicos germanófilos de provincia tuvieron que suspender total o temporalmente su publicación, pero el órgano principal de la propaganda alemana, *El Demócrata*, no fue afectado. Eckardt escribió en agosto de 1918:

> Muchos comerciantes alemanes reciben en secreto mercancías de sus viejos amigos españoles; pero esto se hace cada día más difícil, en particular la obtención de papel procedente de los Estados Unidos para satisfacer las necesidades de nuestra prensa y de nuestros amigos periodistas. El gobierno, cada vez más hostigado a este respecto, nos ayuda cuanto puede y dos fabricantes de papel alemanes fabrican lo indispensable, utilizando materia prima nacional improvisada.[422]

Las otras contramedidas norteamericanas tuvieron una eficacia igualmente limitada. Cuando la compañía norteamericana Sonora News Company, que tenía un contrato con la administración de los Ferrocarriles Mexicanos para la venta exclusiva de periódicos en los andenes, se negó a vender *El Demócrata*, el contrato fue cancelado por el gobierno mexicano.[423] Las medidas norteamericanas para impedir la transportación de periódicos proalemanes a través del territorio norteamericano fueron algo más efectivas. Muchas provincias mexicanas en el occidente del país, sobre todo Baja California, eran de muy difícil acceso desde la capital. Una parte del correo llegaba allí a través de los Estados Unidos, y otra parte por mar, donde los barcos norteamericanos ejercían un monopolio virtual. Esto permitió a los norteamericanos limitar el envío de periódicos proalemanes a tales regiones.

Igualmente efectivas, si bien dentro de un margen muy limitado, o sea sólo para ciertas publicaciones de provincia, fueron las sanciones econó-

micas de los aliados. En Progreso (Yucatán) los alemanes publicaban el *Boletín de Guerra* que se distribuía gratuitamente. El cónsul alemán en Yucatán escribió:

> Por la constante persecución de que es objeto el *Boletín* desde hace muchos meses por parte del cónsul norteamericano en Progreso, los anuncios han sido retirados uno tras otro; y mediante la presión sistemática sobre las distintas imprentas bajo la amenaza de las listas negras, los norteamericanos están logrando que se nieguen a continuar imprimiendo el *Boletín*.[424]

El cónsul norteamericano en Yucatán anunció triunfalmente la desaparición del periódico.[425] En Torreón, en el estado de Coahuila, cuyo gobernador era simpatizante de los aliados, los ingleses en particular lograron por medio de presiones y ofertas de dinero convertir el periódico proalemán *La Opinión* en una publicación favorable a los aliados.[426]

El mismo Departamento de Estado había propuesto cambiar la orientación de los periódicos a través de anuncios (posiblemente con dinero del gobierno norteamericano),[427] pero rechazó sugerencias tendientes a sobornar directamente a los editores de los periódicos. En aquellos casos en que los representantes norteamericanos emplearon con éxito tales métodos, no se les reprendió. El recurso del soborno sólo hubiera tenido un éxito limitado en lo tocante a la prensa dado que en última instancia los periódicos no eran independientes y —con excepción de algunas publicaciones de provincia— habían adoptado su posición fundamentalmente por indicaciones del gobierno. El director en cuestión simplemente hubiera sido despedido en tal caso, y el intento de soborno hubiera sido utilizado como propaganda contra los norteamericanos.[428]

El cine fue el escenario de una lucha similar a la que se libró por el control de la prensa. En 1916 Bernstorff había firmado un contrato con un comerciante alemán apellidado Camus para proyectar películas de guerra alemanas en México y en los Estados Unidos. Bernstorff propuso enviar las películas desde Alemania a los Estados Unidos por medio de submarinos comerciales y remitirlas luego desde allí hacia la América Latina. Zimmermann estuvo de acuerdo y prometió enviar al consulado alemán en Nueva York las películas destinadas a México.[429] No se sabe cuántas películas fueron enviadas de tal manera; en todo caso, la entrada de los Estados Unidos en la guerra frustró también este proyecto.

Camus, sin embargo, no renunció a sus esfuerzos. Por medio de intermediarios españoles intentó llevar películas alemanas de guerra a México a través de España; por otra parte, una serie de películas antialiadas producidas en los Estados Unidos antes de que éstos entraran en la guerra, fueron pedidas y proyectadas en México.[430] La reacción norteamericana

frente a esta iniciativa fue muy fuerte y quizá también efectiva. Su servicio secreto logró descubrir a los intermediarios españoles de Camus e interrumpir el envío de películas alemanas a través de España. Fue aún más fácil impedir el envío de películas norteamericanas a Camus. El método más efectivo fue una amenaza de boicot de los norteamericanos a todas las salas de cine que proyectaran películas proalemanas; se les dejó saber a las salas que no recibirían comedias norteamericanas, lo cual las habría desplazado prácticamente del negocio.[431]

Los aliados, por su parte, desplegaron también una propaganda sumamente activa. Tras la entrada de los Estados Unidos en la guerra se inició en todo el mundo una ofensiva propagandística de gran envergadura. El órgano principal de esta campaña fue el Comité de Información Pública encabezado por Georges Creel. Esta institución publicaba abundantes materiales ricamente documentados e ilustrados, y junto con las agencias de noticias de los Estados Unidos y de sus aliados, suministraba información a la prensa proaliada de México. El más importante periódico proaliado era el diario *El Universal*, dirigido por un colaborador ocasional y compañero de lucha de Carranza, Félix Palavicini. Éste era apoyado por los aliados por medio de anuncios y papel barato.[432]

Aunque *El Universal* dirigía severos ataques al imperialismo alemán y ensalzaba a los norteamericanos, no tuvo que enfrentar al principio a ninguna medida hostil de parte del gobierno mexicano. Carranza quería demostrar su neutralidad con la existencia de dos periódicos tan contrapuestos como *El Universal* y *El Demócrata*. Además, a pesar de su cooperación con los alemanes, no debe de haber deseado un monopolio alemán de la prensa. *El Universal* apoyaba generalmente a Carranza. Sin embargo, a medida que las relaciones mexicano-norteamericanas se deterioraron, el periódico asumió una posición cada vez más adversa al gobierno. Esta actitud y la presión de Eckardt hicieron que la Secretaría de Gobernación expulsara a Palavicini de México. Eckardt comentó en tono triunfal:

> El Secretario de Gobernación, Aguirre Berlanga, un incondicional de Carranza, pero muy ambicioso, y por lo mismo un político no muy digno de confianza, tiene el gran mérito de haber obligado a abandonar el país al editor de *El Universal*, Félix Palavicini, que está a sueldo de los norteamericanos. Este periódico, que nos calumniaba diariamente de la manera más vulgar y exigió durante meses mi deportación, ha perdido desde entonces su importancia.[433]

El Universal, en realidad, no abandonó su actitud proaliada, pero disminuyó la intensidad de sus ataques a Alemania.

La propaganda fue, sin lugar a dudas, el terreno donde el imperialismo alemán obtuvo uno de sus mayores éxitos en México. El Comité de Infor-

mación Pública comprobó retrospectivamente: "Con la posible excepción de España, la propaganda alemana no se desarrolló en ningún otro país con tal decisión y malévola agresividad, como en México".[434]

La base de este éxito consistió en la profundamente arraigada antipatía del pueblo mexicano por los Estados Unidos y en su falta de experiencia directa con el imperialismo alemán, al que hasta entonces sólo había conocido en forma velada.

11. LOS ALIADOS Y CARRANZA

Después de la entrada de los Estados Unidos en la guerra mundial, en Alemania se discutió acaloradamente la política a seguir respecto a México. El servicio de inteligencia del Estado Mayor recomendaba una política agresiva tendiente a provocar una intervención norteamericana. En cambio, los hombres de negocios alemanes, con el apoyo cada vez mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, perseguían el objetivo contrario de mantener alejados de México a los norteamericanos con la esperanza de convertir a México en campo de la expansión económica alemana.

A pesar de su intensidad, estas controversias tenían un alcance restringido porque se limitaba a la propia Alemania. Los aliados de Alemania no tenían ningún interés en México y no participaron en las controversias generadas por la política alemana en México.

La posición de los aliados era muy diferente. Además de sus controversias internas, hubo confrontaciones entre los países aliados —especialmente entre los Estados Unidos e Inglaterra— que dieron lugar a varias situaciones tensas. Antes de 1917 Inglaterra y los Estados Unidos habían sido rivales declarados en México, y su rivalidad no terminó con la declaración de guerra de los Estados Unidos a Alemania y la consecuente alianza entre los dos países, sino que se reflejó en los objetivos diferentes —y a veces contrapuestos— que perseguían en México.

Después de un breve y vano intento de derrocar a Carranza, muchas de las compañías inglesas activas en México comenzaron a aplicar una política más bien defensiva dirigida a consolidar y defender las posiciones ya adquiridas y a buscar un acercamiento con Carranza hacia este fin. Tal actitud tropezó con la oposición de la mayoría de los dirigentes militares y de muchos políticos británicos, quienes abogaban por una actitud abiertamente agresiva que, según esperaban, serviría para intensificar los conflictos internos de México y, en última instancia, para derrocar al gobierno de Carranza.

La política de los Estados Unidos se movía en dirección contraria. Si bien un número considerable de compañías norteamericanas con intereses en México se esforzaba por lograr el derrocamiento de Carranza para consolidar y conservar las adquisiciones que habían hecho en México durante el periodo revolucionario la gran mayoría de los dirigentes militares y políticos de los Estados Unidos se oponían a cualquier intervención en México mientras durara la guerra.

Su principal objetivo era mantener "tranquilo" a México para poder concentrar sus energías en ultramar.

LA POLÍTICA BRITÁNICA EN MÉXICO DURANTE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

De las tres principales potencias aliadas con intereses importantes en México, Inglaterra fue la que siguió una política más agresiva en ese país durante la primera guerra mundial. Esta política no se limitó en modo alguno a las medidas tomadas para contrarrestar las actividades de los agentes secretos y la propaganda de Alemania en México, sino que estuvo dirigida, casi hasta el final de la guerra, a conseguir el derrocamiento violento del régimen de Carranza. La agresividad sin ambages de esta política se derivaba del temor a la creciente influencia alemana y norteamericana y de la preocupación causada por los graves reveses que los británicos habían sufrido en toda América Latina durante el periodo 1914-1918.[1]

Las difíciles relaciones de Inglaterra con el régimen de Carranza tenían sus orígenes en el periodo anterior a la guerra cuando Inglaterra mantuvo relaciones muy estrechas con Huerta y sir Lionel Carden ministro británico en México fue el partidario más importante y el más íntimo asesor de Huerta. Durante un tiempo pareció que las relaciones británico-mexicanas se habían quitado de encima el legado de Carden. Poco después del derrocamiento de Huerta, Carden salió de México y las relaciones entre Carranza e Inglaterra mejoraron brevemente, llegando incluso a un acercamiento en 1914-1915.

Aunque Carranza se declaró neutral en la guerra mundial, aseguró a los representantes británicos que simpatizaban con los aliados, declaración confirmada por las invectivas de Eckardt contra Carranza en 1915. La actitud de Carranza estuvo influida sin duda por las conspiraciones alemanas en favor de Huerta, de las que Carranza estaba muy bien informado.

Las relaciones con Inglaterra empezaron a deteriorarse en 1916 cuando Carranza, frente al avance de la expedición punitiva de Pershing, se sintió obligada a buscar un acercamiento con Alemania. El servicio secreto británico interceptó en este periodo ciertos mensajes en los que Carranza ofrecía a Alemania bases para sus submarinos si sus diplomáticos lograban persuadir a los norteamericanos de que retiraran sus tropas de territorio mexicano. Los informes de Eckardt, que confirmaban la actitud favorable de México respecto a la propuesta alemana de formar una alianza, también fueron interceptados por los británicos.[2] En consecuencia, Inglaterra empezó a volverse contra Carranza en forma cada vez más vehemente.

Sin embargo, antes de la entrada de los Estados Unidos en la guerra las oportunidades que tenía Inglaterra de intervenir en los asuntos mexicanos eran muy limitadas. La situación europea excluía toda posibilidad de intervención militar que, por otra parte, hubiera provocado serias tensiones con los Estados Unidos en un momento en que Inglaterra abrigaba la esperanza de que los Estados Unidos entraran en la guerra de parte de los aliados.

Cuando se realizó esta esperanza, la situación cambió por completo para los británicos. En ese momento las relaciones entre Carranza y todos los países aliados hicieron crisis, y el gobierno británico consideró que podía esperar acciones conjuntas anglonorteamericanas contra Carranza.

Los problemas de Inglaterra con Carranza se debían en parte a la dependencia británica del petróleo mexicano y a los temores, nacidos de esa dependencia de que Alemania lograra sabotear la producción petrolera de México.

Tanto al gobierno como a los intereses petroleros británicos les preocupaban también los esfuerzos del gobierno mexicano por aumentar su control nacional sobre su mayor riqueza natural. Para frustrar tales esfuerzos, las compañías petroleras británicas habían intentado comprar los servicios de ciertos políticos revolucionarios. Cuando pareció que triunfaría la Convención, la compañía petrolera de Lord Cowdray demostró un gran interés en sobornar a Miguel Díaz Lombardo, uno de los más altos funcionarios civiles de Pancho Villa. Fue Ernesto Madero, tío del presidente asesinado, quien sugirió su nombre a J. B. Body, representante de Cowdray en México. Body le dijo abiertamente a Ernesto Madero que quería a Díaz Lombardo como algo más que un mero representante legal. "Le dije que no queríamos que actuara como asesor legal sino como embajador. Él dijo que creía que el candidato que había mencionado sería satisfactorio."[3] Habiendo recibido tales seguridades Body le escribió a uno de sus colaboradores respecto a Díaz Lombardo. "Tú por supuesto lo conoces, y cuando llegue el momento y si no he regresado a México, quiero que trates el asunto con el señor Ryder y que tú o ambos se acerquen a él y le digan que queremos que vea todo lo que tenemos, que se convenza de la verdad de nuestras declaraciones y que luego actúe ante quien sea autoridad para refutar en la medida de lo posible las falsas aseveraciones que se han hecho contra nosotros."[4]

Body estaba obviamente preocupado por la posibilidad de que se supiera que su compañía estaba comprando los servicios de un alto funcionario de Villa. En el último párrafo de su carta ordenó a su colaborador: "En cualquier cable que pudieras mandarme respecto al Lic. Díaz Lombardo, sugiero que lo llames por el nombre de Morgan."

No se puede comprobar si de hecho tuvo lugar la propuesta entrevista con Díaz Lombardo, pero se sabe que cuando la facción carrancista llegó a ser la fuerza dominante en México, Cowdray abordó explícitamente al más importante e inteligente de los consejeros civiles de Carranza, Luis Cabrera. Una conversación que tuvo lugar entre Ryder, un representante

de Cowdray en México, y Cabrera, tiene todas las trazas de un clásico intento de soborno. "Decidimos", informó J. B. Body, el principal representante de Cowdray en México a su jefe, "que sería aconsejable que el señor Ryder asistiera sin mí a la entrevista de ayer, ya que nos proponíamos pedir su consejo y sus recomendaciones respecto a alguna persona de su partido que pudiera representarnos ante el nuevo gobierno, con la intención de que entendiera que deseábamos que fuera él mismo, a través de un tercero, y pensamos que sería menos penoso para él si yo no estaba presente".[5] Cabrera se negó, pero no expresó ninguna ira o indignación por el intento.

Después de este fracaso, las compañías petroleras inglesas se unieron a los intereses petroleros norteamericanos en su política de acercamiento a los enemigos de Carranza. El principal objeto de su interés y apoyo fue el general Manuel Peláez, un terrateniente de la región petrolera que había tomado las armas para luchar contra Huerta y, al dividirse posteriormente las fuerzas revolucionarias, se había declarado convencionista. No está muy claro qué tipo de relación tenía Peláez con el gobierno convencionista pero una vez que sus tropas ocuparon los campos petroleros, estableció relaciones muy estrechas con las compañías petroleras británicas y norteamericanas que le proporcionaron armas y dinero. Nunca reconoció la autoridad de Carranza y éste lo acusó de ser un instrumento de las compañías petroleras. Éstas nunca negaron que le daban dinero a Peláez, pero afirmaron que lo hacían obligadas por éste ya que sus tropas ocupaban sus campos e instalaciones, e insistieron en que Peláez no trabajaba para ellas.[6] Como me propongo demostrar, las compañías petroleras no fueron en modo alguno víctimas involuntarias de Peláez.

El gobierno británico no sólo aprobó las acciones de las compañías petroleras, sino que secretamente proporcionó armas a Peláez.[7] Los campos petroleros quedaron bajo el control de un ejército mexicano relativamente fuerte que a su vez dependía en gran medida de Inglaterra. No es sorprendente que, al cabo de poco tiempo, Peláez y su ejército se hallaran en el centro de los planes ingleses de llevar a cabo un golpe en México.

Como resultado de todas estas actividades, las tensiones entre el gobierno de Carranza y las compañías petroleras, así como entre el gobierno mexicano y el británico aumentaron continuamente. Estas tensiones fueron agudizadas por la confiscación de grandes compañías inglesas, en especial los ferrocarriles, por el gobierno de Carranza.[8]

Los motivos de las acciones de Carranza no se han investigado en profundidad. Funcionarios gubernamentales mexicanos dijeron a los representantes ingleses que habían confiscado los ferrocarriles porque los empleados de éstos habían dado informes sobre los movimientos de las tropas del gobierno a los revolucionarios contrarios a Carranza.[9] Esto, probablemente, era algo más que un pretexto. A principios de 1917, Cummins, a cargo de

la legación británica en México, había elaborado planes para un golpe contra Carranza y había discutido esos planes en el Club Británico de manera que, según el cónsul de Inglaterra, Grahame Richards, los funcionarios del gobierno mexicano se habían enterado de ellos.[10] En tales circunstancias, como es natural, el gobierno de Carranza no estaba dispuesto a dejar en manos de una potencia hostil el control de un sector de tanta importancia estratégica como los ferrocarriles. Estas expropiaciones, que el gobierno mexicano explícitamente declaró provisionales pueden haber sido motivadas también por consideraciones de tipo financiero. Carranza estaba en una difícil situación económica debido a que importantes grupos políticos y económicos, tanto en los Estados Unidos como en Inglaterra, estaban frustrando sus esfuerzos por conseguir un préstamo en esos países. Las expropiaciones eran a la vez una fuente de ingresos y un medio de presionar al gobierno y a los intereses británicos para que no siguieran obstaculizando el préstamo a México. Además, al gobierno mexicano le era más fácil confiscar compañías inglesas que norteamericanas, puesto que a Inglaterra, por estar enfrascada en la guerra mundial, le era mucho más difícil ejercer represalias efectivas. Por lo tanto Carranza pudo enfrentarse con calma a la airada pero inocua reacción de Inglaterra contra las expropiaciones. Inglaterra no se limitó a protestar, sino que, además de aplazar el nombramiento de un representante diplomático de alto nivel, retiró a Thurston, su encargado de negocios, dejando sólo a Cummins, un diplomático de rango inferior, al frente de la legación británica.

En 1917 y 1918 los británicos intentaban librar una lucha en tres frentes en México: contra Alemania, contra los Estados Unidos y contra los nacionalistas mexicanos. Las dificultades a que se enfrentaba la diplomacia británica en su esfuerzo por reconciliar estos objetivos se expresan claramente en un memorándum escrito a principios de 1917 por Thurston. El encargado de negocios británico intentaba estimar los resultados potenciales de "una alianza de Carranza con las Potencias Centrales y la posibilidad de que se uniera a los Estados Unidos y los aliados".[11] Que temiera lo primero no resulta sorprendente. "La alianza de Carranza con Alemania —escribió—, tendría muy probablemente como resultado la total destrucción de las propiedades británicas en México y no cabe la menor duda de que los campos petroleros serían incendiados si se encontrara la forma de hacerlo." Lo que a primera vista parece sorprendente es que Thurston no temiera menos la segunda posibilidad: que Carranza se uniera a los aliados. "Por otra parte no estaríamos en una posición más envidiable si Carranza abrazara nuestra causa", declaró. "En tal caso arrojaría polvo en los ojos de los Estados Unidos y conspiraría sin cesar contra nosotros tras bambalinas." Lo que por encima de todo temía el diplomático británico era que el presidente mexicano "pudiera apoderarse de las propiedades británicas al mismo tiempo que hacía ruidosas declaraciones de amistad". En forma ve-

lada Thurston estaba expresando el temor que otros diplomáticos británicos expresarían más abierta y crudamente en los meses por venir: que la alianza entre Carranza y los Estados Unidos se realizaría a expensas de Inglaterra.

En caso de realizarse tal alianza, Thurston pensaba que Inglaterra se vería obligada a renunciar a lo que él consideraba su mejor carta en México, o sea su estrecha relación con el general Peláez y su facción armada relativamente poderosa.

Este memorándum ilustra el persistente temor de los funcionarios británicos de que los Estados Unidos se proponían utilizar su recién descubierta fuerza para dominar a México. Una de las expresiones más explícitas de este temor fue un memorándum de Grahame Richards, el cónsul general británico en México. Richards, afirmaba que en los Estados Unidos estaba surgiendo una nueva animosidad hacia México y una nueva actitud antieuropea como consecuencia de la participación norteamericana en la primera guerra mundial. Antes de que los Estados Unidos entraran en la guerra, escribió Richards, una intervención armada británica en México podría haber provocado protestas en los Estados Unidos, pero los pacifistas norteamericanos probablemente habrían impedido acciones norteamericanas contra la Gran Bretaña.

> Sea o no acertada esta afirmación respecto al pasado, no cabe ninguna duda de que no es aplicable a la situación actual, ni lo será en el futuro. Porque la entrada de los Estados Unidos en la guerra europea fue el toque de difuntos para los partidarios del no-hacer-nada y, ocupada como está ya en los preparativos para el tremendo conflicto ultramarino, la actitud norteamericana hacia México ha dado un viraje total; la prensa norteamericana se ve inundada de artículos que aducen justificaciones geográficas y militares para la anexión de México: el monroísmo, debilitado en un principio por la entrada en la guerra europea y las consiguientes consideraciones morales, encuentra a diario nuevos conversos entre aquellos que durante años fueron sus más obstinados opositores y son esos conversos los que instan ahora a la anexión y a la aplicación de un monroísmo avanzado a México.[12]

¿Qué estrategia debía aplicar Inglaterra en México para contener la expansión norteamericana, frustrar los planes alemanes en México y frenar el nacionalismo mexicano, a fin de restablecer la influencia política y económica de que había disfrutado en ese país antes de 1914? Sobre este punto los diplomáticos, las empresas con intereses en México y los militares británicos sostenían opiniones muy divergentes.

Los ingleses estaban de acuerdo en una sola cosa: que debía evitarse a toda costa una intervención militar norteamericana en México, no sólo porque perjudicaría la ayuda norteamericana a los aliados en Europa, sino

porque, desde un punto de vista político y económico, una ocupación norteamericana de México tendría como consecuencia una disminución decisiva de la influencia inglesa.

Al margen de esta área de consenso predominaban dos concepciones opuestas sobre el camino que debía seguir Inglaterra. Una de ellas favorecía un golpe de Estado contra Carranza, y la otra un entendimiento con el presidente mexicano.

PRIMEROS PLANES BRITÁNICOS DE GOLPE DE ESTADO EN MÉXICO

Los primeros planes británicos de un golpe de Estado en México parecen haber nacido en las mentes de los diplomáticos acreditados en México y haber encontrado de inmediato el apoyo de la mayor empresa británica establecida en México, el consorcio Cowdray. Entre marzo y junio de 1917 se elaboraron tres planes golpistas contra Carranza que fueron presentados al Ministerio de Relaciones Exteriores británico. Sus autores fueron el encargado de negocios británico en México, Thurston, quien acababa de ser retirado de México y había regresado a Londres, su lugarteniente en México, Cummins y el agente de Cowdray en México, Body.

El memorándum de Thurston al Ministerio de Relaciones Exteriores contenía un plan para derrocar al gobierno de Carranza y un análisis de los acontecimientos recientes en México. El análisis expresaba exactamente las mismas opiniones racistas externadas anteriormente por el ministro alemán. México no era un país "blanco", sino indio y por lo tanto no podía ser gobernado de la misma manera que los "países blancos".[13] La única forma adecuada de gobernar a México la había descubierto Porfirio Díaz. "Si fuera posible un voto popular en México (algo por supuesto inconcebible), el régimen de Díaz obtendría el 95% de los votos. Era y es la única forma de gobierno posible para este país [. . .] Cayó, no debido a algún defecto del sistema, sino a la deficiencia del material." El problema del régimen de Carranza, que explicaba también su hostilidad a los extranjeros, era el hecho de que "se está intentando el gigantesco experimento de gobernar al país por medio de indios, y si la experiencia puede decirnos algo, el experimento está predestinado a un desastroso fracaso".

Por lo tanto, la única manera de salvar a México era traer al poder "hombres blancos por sangre y por educación". Para este fin, Thurston proponía que los Estados Unidos y los aliados proporcionaran armas y dinero a los opositores de Carranza. El ejército de Peláez debía ser la fuerza impulsora de los elementos anticarrancistas. Los jefes del golpe debían recibir seguridades de que tan pronto hubieran demostrado un éxito razonable, tendrían el apoyo práctico de los Estados Unidos y las potencias aliadas. De esta manera, afirmó Thurston, "podríamos lograr la llegada al

poder de los hombres blancos de México, de los elementos decentes que son los únicos capaces de dar al país una forma real de gobierno, hombres que serían aceptables para el pueblo mexicano en general, que nos deberían su existencia en cuanto gobierno y en cuya amistad podríamos confiar". Thurston veía el apoyo norteamericano como la condición indispensable para el éxito de tal golpe. El gobierno británico debía discutir este proyecto de golpe con los norteamericanos.

Cummins elaboró un plan semejante al de Thurston, pero, a diferencia de su superior, omitía todo análisis histórico. Justificó su plan en términos sencillos: "Una política resuelta salvará nuestras propiedades, vidas y prestigio, y no costará una sola gota de nuestra sangre".[14]

Según el plan de Cummins, los Estados Unidos y los aliados debían apoyar una coalición formada por villistas bajo el mando de Felipe Ángeles y Roque González Garza, conservadores dirigidos por Eduardo Iturbide, y zapatistas encabezados por Francisco Vázquez Gómez. A cambio del apoyo de los aliados, los nuevos gobernantes tendrían que declararse dispuestos a conceder privilegios especiales a los extranjeros. Cummins estaba convencido de que lo harían.

> Los exiliados mexicanos y quienes se oponen a los carrancistas están tan desesperados que aceptarán cualquier condición que se les imponga.
>
> Se deberán imponer las siguientes:
>
> Presencia de extranjeros en la Comisión que maneje todos los fondos del gobierno, para dar confianza y proteger a los bancos acreedores.
>
> Los extranjeros deberán gozar de los mismos derechos que los mexicanos en el extranjero.
>
> Las reclamaciones extranjeras deberán ser examinadas y satisfechas cuando sean justas.
>
> Todos los extranjeros y corporaciones extranjeras deberán tener el derecho de apelar a los representantes diplomáticos de sus respectivos gobiernos, aun cuando hayan renunciado a tales derechos.

A diferencia de Thurston, quien obviamente tenía en mente un regreso a la era porfirista, Cummins proponía algunas modestas reformas: el gobierno impondría fuertes contribuciones sobre las tierras no cultivadas y daría a todo campesino mexicano el derecho a cultivar durante un año tierras que hubieran estado ociosas. Hasta ahí llegaban las "concesiones" de Cummins a los revolucionarios agraristas a quienes trataba de ganar para los aliados.

El plan golpista de mayor alcance fue elaborado por Body, el representante de Cowdray en México. Body proponía un ultimátum de los aliados y los Estados Unidos a México exigiendo la revalidación de los derechos contractualmente garantizados de los extranjeros. Además, todas las propiedades extranjeras expropiadas —sobre todo los ferrocarriles— debían ser devueltas a sus antiguos dueños, se abrogarían todas las leyes que reglamentaban la industria petrolera, y se revisaría el monto de las regalías que debían pagar los consorcios petroleros.[15]

Si el goberno mexicano no accedía a estas exigencias, todos los gobiernos aliados romperían sus relaciones con Carranza y enviarían fuerzas armadas para ocupar todos los puertos. Durante este periodo se responsabilizaría personalmente por cualesquiera excesos contra la vida y propiedad de los extranjeros a Carranza, Obregón, González y a algunos otros generales mexicanos. El plan, además, proponía el reconocimiento como presidente de Pedro Lascuráin, quien había sido ministro de Relaciones Exteriores de Madero y había participado en el golpe de Huerta, y a quien se le proporcionarían las armas y el dinero que necesitara para gobernar.

Body pensaba además que para el éxito del plan sería importante hacer participar en este movimiento a todos los enemigos de Carranza, si bien en distinta medida. La fuerza principal debían formarla los ejércitos conservadores de Peláez y Félix Díaz. En cuanto a la inclusión de los revolucionarios que luchaban contra Carranza, Body era mucho más cauteloso. Reputaba a los zapatistas como "incapaces de formar una fuerza organizada y disciplinada"; en consecuencia, el único propósito de las negociaciones con su representante en San Antonio era utilizarlos para distraer al ejército carrancista. Body no mencionaba lo que se habría de hacer con ellos tras la victoria de la "revolución".

Body desconfiaba igualmente de Villa, con quien en un principio no quiso contar para alcanzar los objetivos del nuevo movimiento, pero llegó a la conclusión de que Villa —que según él "buscaría y escucharía buenos consejos"— acabaría por ofrecer su apoyo al plan de derrocamiento de Carranza. En tal caso se le podría suministrar armamento —evitando cuidadosamente que pusiera en pie un gran ejército— y después de la victoria se le compraría haciéndolo jefe regional de los rurales. Villa, por supuesto, tendría que disculparse primero por el asesinato de Benton y "cumplir con la formalidad de saludar la bandera británica".

Body formuló estos planes durante un viaje de México a Washington y los dicutió allí con Frank Polk, un importante funcionario del Departamento de Estado relacionado con los asuntos mexicanos.

> Discutimos la posibilidad de que el señor Lascuráin, tal y como lo formuló el señor Polk, pueda "allanar el camino" a un nuevo partido. El señor Polk declaró que [los Estados Unidos] no podían dar la impresión de que estaban cambiando su política, pero que más adelante podrían ayudar a Lascuráin con armas y dinero, y que continuarían prestando atención a este asunto. Yo le expliqué que Peláez estaba custodiando los campos petroleros y había declarado que lo continuaría haciendo hasta

que las fuerzas armadas extranjeras aparecieran en escena; entonces se retiraría discretamente y dejaría la situación en manos de aquéllas. Al señor Polk le agradó esta información.[16]

Un memorándum del por entonces cónsul general británico en México, Grahame Richards, revela la existencia, dentro de la diplomacia inglesa, de una tendencia contraria a la de quienes favorecían un golpe de Estado, a saber, la convicción de que un golpe no tendría sentido y estaría condenado al fracaso. Dado que los Estados Unidos habían entrado en la guerra y por lo tanto se habían fortalecido militarmente, Richards suponía que "el monroísmo" estaba cobrando nueva fuerza y con él los partidarios de la anexión de México. Tal anexión equivaldría a la eliminación de la influencia extranjera no norteamericana en México que pudiera representar una amenaza para la seguridad de los Estados Unidos. Las empresas británicas difícilmente podrían entonces competir con la despiadada presión fiscal de los norteamericanos y no tardarían en sucumbir. Aun cuando los Estados Unidos se vieran obligados a renunciar a sus planes anexionistas por la presión de las grandes potencias, intentarían imponer en México un gobierno de su agrado.

Richards argumentaba que en vista de sus grandes inversiones en México, Inglaterra no podía aceptar tal proceder norteamericano, y los Estados Unidos por su parte nunca le permitirían a Inglaterra intervenir militarmente en México, mucho menos lograr una posición hegemónica allí. "Hablando con franqueza —declaró—, ni Inglaterra puede permitir tranquilamente la absorción de México por los Estados Unidos, ni los Estados Unidos pueden cruzarse de brazos ante un intento británico de establecer su dominio allí" [17] De tal suerte, concluía Richards, sólo quedaba la posibilidad de convencer a Francia y a los Estados Unidos de que actuaran conjuntamente con Inglaterra en México.

Richards compartía sus puntos de vista con Thurston, Cummins y Body, quienes también preveían una acción conjunta con los Estados Unidos en sus planes golpistas. En opinión de Richards, sin embargo, los aliados no debían consolidar su influencia mediante un golpe de Estado, sino a través de un préstamo a Carranza. Según él, el gobierno de Carranza era el régimen más estable que México había tenido en muchos años, y con toda probabilidad seguiría siéndolo durante algún tiempo. Por lo tanto, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos debían otorgar un préstamo a México por partes iguales. Si México después de recibir el préstamo, resultara ser un deudor negligente, "debería efectuarse una intervención militar o de otra naturaleza por parte de las tres potencias mencionadas, las cuales entonces administrarían conjuntamente al país". Richards reforzó su memorándum señalando que uno de los banqueros británicos más ricos de México, Honey, presidente del Central and International Mortgage Bank, del Banco de

Hidalgo y de muchos bancos estatales, propietario de la línea ferrocarrilera en construcción Pachuca-Tampico y de varias haciendas, apoyaba totalmente sus proposiciones. Dado que el gobierno mexicano ya había expropiado una porción considerable de sus bienes, Honey propuso evitar otras confiscaciones haciéndole un préstamo al gobierno mexicano. El gobierno británico, por supuesto, tendría que garantizar el pago del préstamo en caso de que el gobierno mexicano no cumpliera con sus obligaciones. Richards veía tal préstamo como el primer paso hacia el dominio financiero de Inglaterra en México.

Richards intentó además minar la credibilidad de sus opositores en el servicio diplomático, mencionando en su memorándum algunos de los rumores que circulaban entre la colonia británica en México acerca de Thurston, Cummins y Hohler, que, en su opinión eran poco favorables para estos funcionarios británicos. Thurston aparentemente no había intentado entrar en contacto directo con Carranza, sino que había realizado todas las negociaciones por teléfono, mientras que el embajador norteamericano, Fletcher, siempre había cultivado buenas relaciones personales con el presidente mexicano. Cummins, durante su estancia en Torreón, donde dirigía una fábrica de botas, había provocado un escándalo por su amasiato con una mujer soltera. Además, tenía en su contra una serie de fracasos: su fábrica de botas había quebrado y él había sido despedido de su puesto en la United Boot Company en México. Hohler, añadió Richards, tenía por su parte vínculos comerciales con Cummins y por eso lo había propuesto como agregado comercial de la legación británica.

Ni Cummins ni Hohler habían sabido salvaguardar su "dignidad" como diplomáticos británicos. Hohler no había querido tratar con Carranza, pero había hecho antesala durante varias horas para ver al presidente mexicano. Cummins se había mudado a la casa de un mexicano rico de la capital sin pagar renta, para salvar a la propiedad de una confiscación por parte del gobierno. Así, el encargado de negocios británico se había convertido prácticamente en el portero de un mexicano pudiente.[18]

EL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES BRITÁNICO Y LOS PLANES GOLPISTAS

El Ministerio de Relaciones Exteriores en Londres reaccionó en un principio con reservas respecto a los planes de ambos grupos de conspiradores. Si bien algunos funcionarios, particularmente el especialista en asuntos norteamericanos, Richard Sperling, mostraron simpatías por los planes golpistas de Thurston (Sperling consideró el plan de Thurston como la única "proposición coherente"[19] para la solución del problema mexicano), no se pensó en tomar ninguna decisión inmediata al respecto. Los miembros

del Ministerio sabían que los planes para derrocar a Carranza eran irrealizables sin la participación de los Estados Unidos. Si bien el embajador británico en los Estados Unidos, Springrice, recibió instrucciones de aprovechar cualquier oportunidad que se le presentara para convencer a los Estados Unidos de que un golpe constituiría la mejor solución en México, el Ministerio esperaba que la fuerza creciente de los Estados Unidos, que estaban movilizando un gran ejército para participar en la guerra mundial, intimidaría a Carranza y lo induciría a cambiar su política.[20]

Las acciones concretas del Ministerio fueron en un principio relativamente moderadas: no fueron más allá de aumentar los suministros de armas y dinero a Peláez. El plan de Grahame Richards nunca fue tomado en serio. Pero la reacción del Ministerio fue mucho menos pasiva en el verano de 1917, cuando empezaron a circular rumores acerca de un entendimiento unilateral entre los Estados Unidos y Carranza.[21]

En junio de 1917, Cummins informó que Carranza tal vez estaba dispuesto a llegar a un arreglo con los Estados Unidos y que los propios norteamericanos estaban buscando un acuerdo "en el cual se olvidarían los intereses británicos".[22] Por consiguiente, Cummins instó a que Inglaterra y Francia intentaran llegar a un acuerdo con Carranza, a fin de evitar un arreglo entre los norteamericanos y el gobierno de facto, "contrario a los intereses británicos". Como condición para tal convenio, Carranza debía comprometerse a devolver todas las propiedades británicas expropiadas. Cummins, sin embargo, caracterizaba tal acuerdo como una solución extrema a la que se oponía totalmente y que sólo debería ser aplicada si los norteamericanos llegaban a un acuerdo con Carranza.

En opinión de Hohler, el antiguo encargado de negocios en México que ahora era responsable de los asuntos mexicanos en la embajada británica en Washington, aun las proposiciones de Cummins iban demasiado lejos. Sometió al Ministerio un memorándum escrito por un inglés a quien no nombraba pero con cuyas opiniones se identificaba completamente. El memorándum rechazaba el abandono de la neutralidad mexicana que algunos importantes funcionarios exigían como condición para un préstamo. El reconocimiento de México como un aliado significaría que el gobierno mexicano tendría que ser tratado como tal. El autor del memorándum quería evitar esto a toda costa. "Si se tratara de un préstamo para salvar al país, entonces es mejor para todos que México permanezca neutral, y que acepte la forma más burda y aún más humillante de tutela, pero *no se le debe permitir* que se declare oficialmente como aliado."[23]

Otros diplomáticos británicos expresaron temores similares respecto a una maniobra norteamericana contra Inglaterra, cuando en el otoño de 1917 corrieron rumores de que Eduardo Iturbide, un político mexicano conservador planeaba un golpe con apoyo norteamericano. Iturbide tenía buenas relaciones con las autoridades británicas durante su exilio en los

Estados Unidos, la embajada británica lo había ayudado incluso a conseguir trabajo, pero Inglaterra no quería un gobierno de un Iturbide llevado al poder únicamente por los Estados Unidos. Por ello Cummins aconsejó al Ministerio, que en caso de que los Estados Unidos realmente quisieran apoyar un golpe de este tipo, lo convirtiera en una operación conjunta de los aliados, en la que también participaran Inglaterra y Francia.[24]

La desconfianza de los diplomáticos británicos hacia los Estados Unidos no era del todo infundada. En un expediente confidencial sobre Canova, preparado por el secretario de Estado norteamericano, Lansing, se encuentra un acuerdo secreto entre Canova e Iturbide.[25] Canova le prometió a Iturbide su apoyo a cambio de una considerable compensación financiera. Iturbide, por su parte, declaró que en caso de que su movimiento triunfara, el control inglés sobre el ferrocarril de Tehuantepec, que pertenecía en parte al consorcio británico Cowdray, sería eliminado.

Los temores de los diplomáticos ingleses resultaron ser infundados cuando las negociaciones sobre un préstamo entre los Estados Unidos y Carranza fracasaron y cuando el Departamento de Estado se enteró de los planes de Canova y los rechazó categóricamente.[26]

EL VIRAJE DE COWDRAY

En noviembre de 1917 el problema mexicano volvió a ocupar un lugar importante en las preocupaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores británico y dio lugar a conflictos entre los círculos financieros con intereses en México por un lado, y los jefes militares británicos por el otro.

Hacia octubre-noviembre de 1917 —pese al hecho de que en junio el representante de Cowdray había elaborado un plan para derrocar a Carranza— Cowdray había dado un viraje radical y se expresaba en favor del reconocimiento total de Carranza y del envío de un ministro británico a México.[27] La actitud de Cowdray reflejaba el punto de vista de otros grandes consorcios británicos con intereses en México; por ejemplo, Vincent Yorke, representante de las compañías ferrocarrileras británicas, también se declaró en favor del reconocimiento.[28] El repentino viraje de Cowdray, así como la presión en favor del reconocimiento de Carranza ejercida por otras grandes empresas británicas en México, estaban sin duda relacionados con la actitud del gobierno norteamericano hacia Carranza. Debido al reconocimiento *de jure* del gobierno de Carranza por los Estados Unidos en septiembre de 1917, los planes golpistas de Body, elaborados en mayo-junio de 1917, quedaron privados de toda posibilidad de éxito.

Otro factor fue el hecho de que Carranza se mostró dispuesto a devolver a sus antiguos dueños las propiedades británicas confiscadas con excepción de los ferrocarriles.[29]

También deben considerarse otros diversos factores para entender el sorpresivo viraje de Cowdray. El desarrollo de la revolución mexicana, el nacionalismo abiertamente proclamado en la Constitución de 1917 y la creciente incapacidad de Inglaterra para intervenir en México a causa de la guerra, hicieron que Cowdray tomara medidas en 1917 para vender algunas de sus propiedades en México. En mayo de 1917 le propuso al gobierno británico que invirtiera 5 millones de libras esterlinas en su compañía petrolera.[30] Esto sucedía al mismo tiempo que el agente de Cowdray en México, así como el representante diplomático británico allí, elaboraban planes para un golpe de Estado.

Las esperanzas de Cowdray de que el gobierno británico participara financieramente en sus empresas no se cumplieron, y entonces empezó a buscar otros compradores para sus propiedades. En el otoño de 1917 entró en negociaciones tanto con el gobierno mexicano como la Standard Oil Company. Cowdray quería vender al gobierno mexicano su participación en el ferrocarril de Tehuantepec, y sus intereses petroleros a la Standard Oil.[31]

La venta del ferrocarril de Tehuantepec al gobierno mexicano fue una transacción financiera extremadamente compleja. El ferrocarril, que pertenecía tanto a Cowdray como al gobierno mexicano, poseía un considerable paquete de acciones de una compañía naviera norteamericana sumamente rentable, la Mexican-American Steamship Company. A cambio de la participación de Cowdray en el ferrocarril de Tehuantepec, que ascendía a 10 millones de dólares, el gobierno mexicano estaba dispuesto a ceder a Cowdray sus acciones de la Mexican-American Steamship Company. Fue un negocio provechoso para ambas partes. En lugar del ferrocarril de Tehuantepec deficitario desde hacía años y que ya era administrado por el gobierno mexicano, Cowdray recibió una importante participación en una próspera compañía naviera norteamericana. Carranza, urgido financieramente, consiguió por su parte 10 millones de dólares, que de otra manera difícilmente hubiera podido conseguir en otro lado.[32]

Cowdray puso en claro al Ministerio de Relaciones Exteriores británico que tal negocio tenía un prerrequisito: Carranza debía permanecer en el poder, al menos por cierto tiempo. Un gobierno nacido de un golpe contra Carranza, podría acusar a Cowdray de haber apoyado a su enemigo y tomar represalias contra él. A pesar de las reservas de ciertas figuras en el Ministerio, Cowdray y el gobierno de Carranza llegaron a un acuerdo sobre estas bases.

Las autoridades británicas, sin embargo, impidieron el otro proyecto de venta de Cowdray, mucho más importante. La Oficina de Comercio vetó la venta de su compañía petrolera a la Standard Oil Company, indicando que la Gran Bretaña dependía ya en un 84% del suministro de petróleo norteamericano y que esta dependencia no debía hacerse mayor.[33]

Los esfuerzos de Cowdray por convencer al gobierno británico de que reconociera a Carranza pueden haber sido motivadas también en parte por su deseo de vender sus campos petroleros a la Standard Oil. Ya no pensaba en una expansión de las propiedades británicas y por lo tanto había perdido interés en los planes golpistas que Inglaterra estaba considerando. Estaba mucho más interesado en armonizar su política con la de los Estados Unidos, y a fines de 1917 la política norteamericana se inclinaba claramente a mantener a Carranza en el poder.

A principios de noviembre Cowdray y sus aliados lograron acercar a su punto de vista al Ministerio de Relaciones Exteriores británico. Éste telegrafió a la embajada británica en Washington.

> A pesar de la posibilidad de un movimiento en favor de Iturbide, y de los informes sobre intrigas de Carranza con los alemanes, los señores Pearson, apoyados por otras compañías británicas interesadas siguen presionando al gobierno de Su Majestad para que reconozca a Carranza y nombre un ministro. Deseamos proceder en completo acuerdo con el gobierno de los Estados Unidos y nos proponemos adoptar la política sugerida por las compañías interesadas a menos que el gobierno de Estados Unidos haya decidido, a causa de las últimas versiones llegadas de México, a suspender su apoyo a Carranza y respaldar a sus opositores, en cuyo caso es obvio que el reconocimiento de Carranza por el gobierno de Su Majestad sería inoportuno.[34]

LA INTERVENCIÓN DE LOS MILITARES

A finales de noviembre de 1917 tuvo lugar otro viraje de la política británica, cuando algunos destacados militares protestaron por el reconocimiento de Carranza y se expresaron en favor del derrocamiento de su gobierno. Estos jefes militares británicos estaban convencidos de que la actitud del gobierno mexicano había cambiado en octubre-noviembre de 1917 y de que Carranza estaba ahora dispuesto a pactar una alianza con Alemania y a atacar a los Estados Unidos. Lo que dio pie a esta nueva interpretación de la política carrancista fue la segunda oferta de alianza de Alemania a México, sobre la cual el servicio secreto británico estaba bien informado. El servicio secreto británico pensaba que si bien Carranza se había negado a considerar la oferta que Delmar, el representante del Estado Mayor alemán, le comunicó el 26 de septiembre, ocho días más tarde se había declarado dispuesto a atacar a los Estados Unidos. Además, el servicio secreto creía haber descubierto una estrategia alemana para ganarse a Félix Díaz y a Peláez, mediante la compra de armas en el Japón por Delmar y su traslado a México en cuatro barcos que burlarían el bloqueo aliado.

Entre tanto, Alemania estaría a punto de ordenar a un cierto número de oficiales y soldados alemanes que se dirigieran a México.[35]

Un representante del servicio de inteligencia militar británico exhortó en un escrito urgente al Ministerio de Relaciones británico a que no reconociera a Carranza hasta que éste se hubiera desligado de todas las conspiraciones alemanas y hubiera expulsado a Delmar de México. El oficial no mencionaba en ese momento qué habría de ocurrir en caso de que Carranza no aceptara las condiciones dictadas por Inglaterra.[36]

El autor de un memorándum del servicio de inteligencia naval dirigido al Ministerio de Relaciones Exteriores se expresó en forma algo más clara. Este memorándum sostenía que Carranza, quien se encontraba en grandes dificultades financieras, estaría dispuesto, a cambio de la ayuda económica alemana, a atacar a los Estados Unidos en enero de 1918. La inteligencia naval británica sugería derrocar a Carranza mediante un golpe de Estado centrado en Peláez y Félix Díaz. A Villa y Zapata, considerados como bandidos en quienes no se podía confiar, no se les debía implicar en este golpe de Estado ni darles a conocer los planes del mismo. Sólo participarían en el plan las potencias extranjeras —los Estados Unidos, Inglaterra y Francia— y los círculos de Peláez y Díaz; el plan preveía que Félix Díaz asumiera el poder y fuera reconocido de inmediato como presidente legítimo por las potencias aliadas. El autor del memorándum tuvo el cuidado de añadir que debería hacerse un esfuerzo para evitar el derramamiento de sangre mediante el pago de "bonos" adecuados a los soldados mexicanos. También indicó que, en caso de necesidad, los aliados tendrían que proporcionar ayuda militar a Peláez ocupando los puertos de Tuxpan y Tampico.[37]

El plan del Almirantazgo contenía varios elementos antinorteamericanos, tales como el uso de buques que no fueran norteamericanos, sino precisamente ingleses y franceses, para la ocupación de Tuxpan y Tampico. "De ser posible, se les debería asegurar a los mexicanos que Francia y la Gran Bretaña actuaban realmente en defensa de los intereses de México y no acatarían ningún dictado de los Estados Unidos."[38]

Los temores de los jefes militares ingleses eran muy exagerados. Ya en agosto de 1917 Carranza había rechazado la oferta de alianza de Delmar, y Alemania consideraba un ataque mexicano a los Estados Unidos tan poco probable, si no imposible, que la aceptación de tales planes por parte de Carranza dejó de ser una condición para concederle un préstamo. A cambio de la suma relativamente pequeña de 10 millones de pesetas españolas que se le ofrecía a México, las autoridades alemanas sólo exigían la neutralidad benévola de México, tolerancia para las actividades de los servicios secretos alemanes, y concesiones económicas para el periodo de posguerra. En noviembre de 1917 el agregado militar alemán en Madrid, Calle, subrayó la importancia de México para Alemania en un memorándum que favorecía una ayuda financiera importante para Carranza, pero no mencionaba ningún ataque inminente a los Estados Unidos.[39] No se sabe en qué se basaba la convicción británica de que Carranza estaba dispuesto a aceptar los planes alemanes, pero esa convicción seguramente no se derivaba de los telegramas que los agentes alemanes enviaron de México a Berlín y que fueron descifrados por Inglaterra. Los ingleses habían logrado infiltrar a un agente en el servicio de inteligencia militar alemán y es posible que éste haya pasado informes de esta naturaleza a Londres.[40] Lo que el servicio secreto británico consideraba como un hecho consumado puede haber sido el proyecto de Delmar, que no había ganado el apoyo ni de Carranza, ni del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania ni del servicio de inteligencia naval alemán.

Aun cuando Carranza hubiera aprobado tales planes, era sumamente improbable, como lo señaló Sir Maurice de Bunsen, que el Japón cambiara de bando y suministrara armas a México; más improbable aún era que Alemania pudiera romper el bloqueo.[41]

La preocupación de los militares británicos puede haberse debido principalmente a la incierta situación de los aliados a finales de 1917 y principios de 1918. En noviembre de 1917 los bolcheviques habían triunfado y estaban sacando a Rusia de la guerra. Los aliados contaban con que Alemania intensificaría sus esfuerzos en el frente occidental y temían que tal intensificación, en virtud de la presentación todavía mínima de tropas norteamericanas, les causaría grandes dificultades. En esta difícil situación, los jefes militares obviamente temían las catastróficas consecuencias que podrían producirse si los Estados Unidos fueran distraídos del frente europeo a causa de una guerra mexicano-norteamericana. Y aun cuando Carranza no aceptara una alianza con Alemania, había razones para temer los logros del servicio secreto alemán en México.

A pesar de la diplomacia de indiferencia del embajador británico en Washington quien no tomaba muy en serio la posibilidad de un golpe en México, el Ministerio de Relaciones Exteriores británico se ocupaba ya muy activamente de convertir en realidad los planes de derrocamiento de Carranza. Los preparativos para el golpe duraron hasta finales del verano de 1918. Las constantes dificultades y la controversia cada vez más enconada entre los Estados Unidos y México, hicieron pensar a los ingleses que los Estados Unidos acabarían por aprobar el plan de acción conjunta de los aliados en México.

La política norteamericana en México durante la guerra estuvo orientada hacia dos objetivos que parecían esencialmente incompatibles: mantener a México "tranquilo" para poder disponer de las fuerzas armadas norteamericanas en otros lugares, y al mismo tiempo evitar la aplicación de los principios contenidos en la Constitución de 1917. Tanto el gobierno norteamericano como las empresas norteamericanas intentaban alcanzar

este último objetivo mediante presiones y promesas económicas (perspectivas de préstamos, la amenaza de embargo sobre la exportación de alimentos, armas, dinero, etcétera). El gobierno y las empresas de los Estados Unidos sostuvieron reiteradamente negociaciones para el mismo fin con los representantes de Carranza pero esas negociaciones, con escasas excepciones, fracasaron a causa de las exigencias presentadas por los nortemericanos.

El resultado fue que Carranza elevó las regalías y los impuestos que debían pagar las compañías extranjeras a fin de aliviar su pésima situación financiera, y al mismo tiempo tomó medidas para poner los campos petroleros bajo su control y echar a un lado a Peláez. Las empresas norteamericanas, cuyo descontento había suscitado Carranza a causa de estas medidas, exigieron la intervención del gobierno norteamericano. Esto llevó a Carranza a buscar un acercamiento provisional con Alemania en un esfuerzo por inducir a los Estados Unidos a ser más flexibles en las negociaciones. Las negociaciones se reanudaron, pero pronto volvieron a fracasar. Cada vez que el ciclo de las relaciones norteamericano-mexicanas alcanzaba su punto más bajo, el entusiasmo golpista cobraba nueva fuerza en el Ministerio de Relaciones Exteriores en Londres; la diplomacia británica volvía a sufrir la pesadilla de una guerra mexicano-norteamericana, así como el temor de que Carranza actuara contra Peláez y contra los suministros de petróleo británico. Así, cuando las relaciones entre Washington y México hicieron crisis, los ingleses vieron llegar su oportunidad.

La primera gestión de los diplomáticos británicos ante los Estados Unidos después de que los militares presionaron con tanta fuerza a favor de un golpe de Estado en México, fue una conversación entre Sir Maurice de Bunsen y el coronel House, el colaborador más íntimo de Wilson. De Bunsen asistió a este encuentro con gran "flexibilidad diplomática" y trató de sondear a House e influir en él con mucho tacto. En vez de solicitar ayuda norteamericana para los planes golpistas de Inglaterra, le dijo a House que ésta estaba a punto de enviar un ministro a México con el propósito de armonizar la política británica con la de los Estados Unidos en México. El gobierno británico, continuó, había abrigado reservas al respecto, a causa de los "informes ominosos que nos llegaron desde México acerca de intrigas alemanas con Carranza dirigidas a crear disturbios internos e incluso a tomar medidas hostiles a los Estados Unidos, de tal naturaleza que, en caso de tener éxito, obligarían a los Estados Unidos a desplegar grandes contingentes norteamericanos a lo largo de la frontera, lo cual dañaría seriamente los esfuerzos comunes de los Estados Unidos y los aliados en la guerra".[42] Además le dijo Bunsen a House, Carranza tendría acceso a 2 millones de libras esterlinas provenientes de propiedades anglo-norteamericanas como resultado de su reconocimiento por las potencias aliadas. (De Bunsen se refería al previsto acuerdo entre Cowdray sobre el ferrocarril de Tehuantepec.)

De Bunsen probablemente calculó que si los norteamericanos tenían planes para un golpe en México, House le daría algún indicio de ello para que Inglaterra se abstuviera de reconocer a Carranza, evitando así que éste obtuviera 10 millones de dólares. De no existir tales planes norteamericanos, De Bunsen esperaba lograr un viraje en la política norteamericana con sus revelaciones sobre una conspiración entre Carranza y Alemania.

Los esfuerzos de De Bunsen fueron infructuosos, pues House se mostró displicente y poco impresionado. El asunto tenía tan poco interés para él que limitó la entrevista a quince minutos. Reaccionó a las revelaciones de De Bunsen con el vago comentario de que le complacía que en el problema mexicano, "como en otros asuntos", existiera "un buen entendimiento" entre Inglaterra y los Estados Unidos.

A pesar de este resultado desalentador, los diplomáticos británicos no renunciaron a sus esfuerzos. Entre octubre de 1917 y marzo de 1918, las autoridades inglesas entregaron a la embajada norteamericana en Londres siete memorándums "recogidos de nuestras fuentes secretas de información, los cuales contenían una exposición completa de los planes alemanes en México".[43] Al mismo tiempo, el experto en asuntos mexicanos de la embajada británica en Washington se acercó en varias ocasiones a los funcionarios militares norteamericanos para advertirles sobre un ataque mexicano a los Estados Unidos instigado por Alemania, y para procurar apoyo a los planes golpistas británicos.

A pesar de la indiferencia que encontraron en los norteamericanos, los diplomáticos ingleses continuaron elaborando planes que casi sin excepción contenían tres ingredientes principales. Primero, se consideraba que un golpe ejecutado sólo por Inglaterra y Francia era imposible, en tanto que uno realizado sólo por los Estados Unidos era indeseable. Las tres potencias debían coordinar sus esfuerzos y unificarse en torno a un líder común de una nueva "revolución". Segundo, los ejércitos de Peláez y Félix Díaz debían jugar un papel importante. Y, tercero, el nuevo gobierno victorioso debía devolver todas las propiedades británicas confiscadas, sobre todo los ferrocarriles, a sus propietarios ingleses y también comprometerse a atender "con buena fe" todas las reclamaciones que las compañías extranjeras presentaran a México.

Un examen más detenido de los distintos planes golpistas ingleses revela una notable divergencia de opinión respecto a dos cuestiones esenciales. Las diferencias se centraban en a] si los aliados debían intervenir activamente en los aspectos militares del golpe, y b] qué papel jugarían las fuerzas revolucionarias anticarrancistas, sobre todo Villa y Zapata. Los desacuerdos que estas cuestiones provocaron entre los distintos "conspiradores" eran de naturaleza táctica más bien que de principio. Se suscitaron sobre todo porque los diplomáticos y hombres de negocios británicos en México, que se

consideraban "veteranos" en el campo de la política mexicana, opinaban que los planes militares británicos, elaborados a distancia, eran imprácticos e irrealizables.

Así, por ejemplo, Thurston se oponía enérgicamente a la ocupación de los campos petroleros por los ejércitos aliados, como se proponía en un memorándum del servicio de inteligencia militar británico. Tal ocupación, argumentaba Thurston, daría nueva vida al nacionalismo en México y proporcionaría a Carranza un amplio apoyo popular. Los militares, que pensaban pragmáticamente, presentaban el punto de vista contrario, a saber, que era esencial llevar a los científicos al poder, que el poderío militar combinado de Félix Díaz y Peláez podría vencer fácilmente con el apoyo aliado, y que esto era motivo suficiente para que los aliados intervinieran.[44]

Aun cuando los diplomáticos y empresarios británicos simpatizaban con Félix Díaz y Peláez tanto como los militares, no creían que estos movimientos tuvieran posibilidades de vencer por sí solos. Sin el apoyo de los movimientos revolucionarios de Villa y Zapata, los planes sencillamente fracasarían.

Estas opiniones se encuentran expuestas en forma particularmente desembozada en un plan formulado por un hombre de negocios inglés apellidado Bouchier.[45] Que el plan de Bouchier realmente atrajo atención queda confirmado por una nota de la embajada británica en México al Ministerio de Relaciones Exteriores, en la que se señalaba que el plan era particularmente "interesante y merecía una atención más cuidadosa".[46] Bouchier recomendaba en su plan "inyectar nueva sangre en el partido reaccionario para que pudiera expulsar a Carranza y a su pandilla".[47] Para este fin, Bouchier recomendaba asegurarse la ayuda de los revolucionarios, aunque con cautela. Villa, explicaba, "debía ser utilizado con un propósito específico y en caso de que hiciera mal uso del puesto que se le otorgare, sería sumamente fácil hacerlo desaparecer mediante un accidente". Zapata, afirmaba Bouchier, "es un hombre malo y sus tropas no tienen principios, pero podrían ser utilizados hasta que se les pueda controlar finalmente o bien exterminarlos a través de la concentración, que es el único medio de habérselas con estos hombres debido a la naturaleza extraordinariamente accidentada de su territorio".

En abril de 1918 Thurston seguía explicando el fracaso de los esfuerzos británicos por comprometer al gobierno norteamericano en una acción conjunta en México como resultado de la peculiar "devoción" de Wilson por Carranza.[48] Pero en esos momentos el Ministerio de Relaciones británico empezaba a dar crédito a una explicación muy distinta, a saber, que los mismos Estados Unidos estaban tratando de organizar un golpe en México. Estos temores fueron exacerbados por varios informes que el Ministerio recibió en abril de 1918. La embajada británica en Washington había obtenido un memorándum secreto del servicio de inteligencia militar norteamericano en el Fuerte Sam Houston en el cual se analizaba la fuerza de las diversas facciones combatientes en México, así como las posibilidades de un golpe contra Carranza.[49] Las autoridades británicas consideraron que este memorándum podía darles algún indicio en cuanto a las intenciones norteamericanas. Al final del memorándum se afirmaba que una actitud adecuada frente al grupo de Félix Díaz y otras fuerzas anticarrancistas podría producir una orientación amistosa hacia los Estados Unidos y los aliados, que un uso correcto del embargo podría coadyuvar a esto, y que si se les permitía obtener armas y municiones en los Estados Unidos, las fuerzas combinadas de las diversas facciones eran capaces de provocar la caída inmediata del gobierno de Carranza.

Fletcher, el embajador norteamericano en México, que hasta entonces siempre se había opuesto a los intentos de golpe, aconsejó en marzo al gobierno británico que no reconociera a Carranza porque éste tal vez había firmado un acuerdo secreto con Alemania. Fletcher sugirió también que pronto podría ocurrir un golpe contra Carranza. Explicó "que Doheny había llegado a la conclusión de que sería más barato derrocar a Carranza apoyando una nueva revolución que pagar su parte de los impuestos decretados por Carranza". De la actitud de Fletcher se puede deducir fácilmente que éste de ninguna manera se oponía a estos esfuerzos. "El embajador —informó Cummins—, parecía deseoso de comunicar más de lo que decían sus palabras. Yo le dije que sabía con exactitud que un grupo de revolucionarios había recibido municiones procedentes de Nueva Orleáns. Él rió y replicó que sabía eso y algo más y que aquéllos estaban recibiendo sus municiones de Galveston."[50]

Los actos de Fletcher deben juzgarse en el contexto de una crisis mexicano-norteamericana que había estallado en febrero de 1918, cuando Carranza había anunciado un aumento de las regalías pagaderas por las compañías petroleras extranjeras, así como el registro de las propiedades extranjeras en México. Al mismo tiempo, Carranza había intentado, aunque sin éxito, poner bajo su control, mediante una ofensiva militar, la región dominada por Peláez.[51]

Tanto las compañías petroleras como el gobierno norteamericano habían protestado enérgicamente contra estas medidas. Fletcher escribió en abril de 1918 al secretario de Estado Lansing que ya no podía evitar "que el problema mexicano distraiga nuestros esfuerzos y nuestra atención de la Gran Guerra".[52]

El Ministerio de Relaciones Exteriores en Londres creyó que había descubierto la clave de los planes norteamericanos en México, después de que Hohler se reunió en Washington con un abogado apellidado Carranco, quien se decía representante de Alfredo Robles Domínguez. Alfredo Robles Domínguez era un viejo compañero de lucha de Madero, que había seguido ocupando altos puestos gubernamentales bajo Carranza. Había sido

gobernador de la ciudad de México y, hasta finales de 1914, comandante de las fuerzas carrancistas en el estado de Guerrero, cargo al que renunció por discrepancias de naturaleza desconocida con los líderes del movimiento carrancista. Sin embargo, Domínguez nunca había roto totalmente con Carranza por aquel entonces, sino que quedó como diputado por Querétaro en el Congreso Constituyente de 1917, donde actuó como portavoz del ala conservadora del Congreso.[53]

Carranco buscó a Hohler en Washington en abril de 1919 y le informó que se estaban haciendo preparativos para un levantamiento que había de derrocar a Carranza y llevar a Robles Domínguez al poder. Domínguez le aseguró a Hohler que todos los grupos hostiles a Carranza y los oposicionistas de todos los matices, incluidos Peláez, Zapata, Villa y Gutiérrez, apoyaban a Robles Domínguez. Para demostrarlo, Carranco le enseñó al representante inglés una carta de Zapata dirigida a Villa, en la que el primero le daba su apoyo a Domínguez.[54] (Sin embargo, Carranco no tenía información segura sobre la actitud de Villa.) Según Carranco, el "proyecto Domínguez" contaba con el apoyo financiero de la International Harvester Company, la Saint Louis Car Company y ciertos intereses petroleros especiales "representados por el señor Helm".[55]

Carranco le dio a Holher la impresión de que las autoridades norteamericanas veían con muy buenos ojos este movimiento y que las autoridades aduanales de Laredo "se hacían de la vista gorda ante este proyecto" y habían cerrado ambos ojos cuando él pasó de contrabando 50 mil cartuchos a través de la frontera. Carranco mencionó como prueba adicional de la "ayuda amistosa" de las autoridades norteamericanas el hecho de que en Nueva York un miembro del servicio secreto norteamericano le había advertido que no pernoctara en cierto hotel que frecuentaban agentes carrancistas. Pero a Hohler debe de haberlo impresionado sobre todo una insinuación de Carranco en el sentido de que el coronel House, en una conversación personal con él, había otorgado su aprobación al plan Robles Domínguez.

El motivo de la visita de Carranco a la embajada británica pudo haber sido su temor, que también le manifestó a Hohler, de que los norteamericanos pudieran exigir compensaciones demasiado altas por su apoyo al movimiento. Obviamente esperaba encontrar en Inglaterra un contrapeso a los Estados Unidos. Le advirtió reiterada y explícitamente a Hohler que lo había buscado sin que sus amigos norteamericanos lo supieran, y que los Estados Unidos le reafirmarían su apoyo a Robles Domínguez en caso de que se enteraran de su visita a la embajada británica.

Al final de la entrevista, Carranco entregó a Hohler el borrador de una proclama en la que el nuevo movimiento anunciaba el restablecimiento de la Constitución de 1857, la designación de Robles Domínguez como presidente provisional y la convocatoria a nuevas elecciones.[56] En esta proclama no se advierte ninguna deferencia hacia los norteamericanos. Sin embargo, en una conversación confidencial con el encargado de negocios británico en México, Cummins, Carranco dio a conocer las concesiones que su movimiento estaba dispuesto a hacer a los aliados. Se crearía un

> "Banco de México" cuyo Consejo de Administración formado por dos representantes británicos, norteamericanos, franceses y mexicanos respectivamente, tendrá a su cargo la supervisión de los gastos e ingresos del gobierno. Será prácticamente un Ministerio de Finanzas, aunque para guardar las apariencias se nombrará un ministro mexicano que en realidad será un títere obediente.[57]

La bahía de Magdalena en Baja California Sur, que tenía interés estratégico tanto para los Estados Unidos como para el Japón, sería confiada a la Sociedad de Naciones. Carranco suponía que la Sociedad "cedería este punto estratégico a los Estados Unidos para su uso como una base naval en el Pacífico".

Carranco aseguró que Robles Domínguez se proponía resolver todos los litigios entre México y los Estados Unidos, como el problema del Chamizal, las dificultades con la compañía Tlahualilo, etcétera, con un criterio favorable a los intereses extranjeros. Carranco le aseguró además a Cummins que el nuevo gobierno daría una atención especial a los intereses de Inglaterra, y que ya se había decidido encargar a la compañía inglesa Marconi la administración del sistema mexicano de radiocomunicaciones.

Estas informaciones suscitaron cierto optimismo en Cummins. Éste estaba convencido de que los Estados Unidos tenían la intención de establecer, "en secreto y sin que nosotros nos enteremos, un nuevo partido, y de escoger, sin sugerencias externas, al hombre que ha sido particularmente amigable con nosotros".

LOS CONFLICTOS EN TORNO A MÉXICO EN EL GABINETE BRITÁNICO

Londres no compartía el optimismo de Cummins. Por el contrario, los informes procedentes de Washington y México en el sentido de que el gobierno norteamericano apoyaba el golpe planeado por Robles Domínguez exacerbaron el acalorado debate que se había venido desarrollando desde el estallido de la guerra mundial. En mayo de 1918, este debate estalló en un conflicto abierto entre el Estado Mayor y el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Después que llegaron los informes sobre un golpe planeado por Robles Domínguez con apoyo norteamericano, se planteó la cuestión de por qué los Estados Unidos se negaban a organizar un golpe en México de acuerdo

con Inglaterra y por qué el gobierno norteamericano negaba tan obstinadamente su intención de auspiciar un golpe, aunque esa intención era transparentemente obvia para las autoridades británicas. Se supuso que los Estados Unidos estaban tratando de aprovechar la guerra para desplazar a Inglaterra de su posición económica en México y en toda América Latina. El informe de Hohler a la embajada británica en Washington sobre la convicción norteamericana de que "sólo los Estados Unidos tienen el derecho de ejercer autoridad en el continente americano",[58] compaginaba muy bien con la información recibida por el Ministerio de Relaciones Exteriores sobre el conocimiento anticipado del plan de Robles Domínguez por los Estados Unidos. Hohler advertía en su informe que más de la mitad de las inversiones británicas en ultramar estaban concentradas en América Latina y que estas inversiones se veían amenazadas por la política norteamericana. "Existe una marcada envidia por nuestro comercio y nuestra iniciativa, y una clara tendencia a ocupar nuestro lugar en el comercio."

Si bien la perspectiva de una hegemonía norteamericana en México preocupaba ciertamente al Ministerio de Relaciones Exteriores, este temor por sí solo no hubiera bastado a suscitar la actitud de alarma que dominó tanto al Ministerio como a las fuerzas armadas británicas en mayo de 1918. Esta atmósfera de pánico fue más bien el resultado de la sospecha de que los Estados Unidos estaban en vías de planear una intervención militar en México, probablemente en combinación con el golpe de Robles Domínguez. Especialmente los jefes militares británicos consideraban que ésta era la razón de que el gobierno norteamericano hubiera mantenido tan en secreto su apoyo al golpe planeado por Robles Domínguez. Según los cálculos de Thurston y del Estado Mayor británico, harían falta 500 000 soldados norteamericanos para asegurar el éxito de una intervención en México.[59] En vista de la situación militar de las potencias aliadas en la primavera de 1918, tal perspectiva resultaba aterradora para el Estado Mayor británico.

A comienzos de 1918 la posición de Alemania parecía muy fuerte. En febrero se había firmado el tratado de Brest-Litovsk con la Rusia revolucionaria, del cual Alemania había salido económica y políticamente fortalecida. Obtuvo el control de un vasto territorio que incluía tanto a Ucrania como a los países bálticos, y en consecuencia tenía la posibilidad de sacar una gran cantidad de tropas del frente oriental para concentrarlas en el oeste. En marzo, la capitulación de Rumania fortaleció más aún a Alemania. Y en la primavera, el Alto Mando alemán retiró un gran número de tropas del frente oriental y lanzó una de sus mayores ofensivas de la guerra. Durante ese periodo los alemanes lograron ciertos éxitos, y los aliados se vieron muy presionados. La fuerza numérica alemana era muy superior a la de los aliados, y tanto en Inglaterra como en Francia el ejército y la población civil se mostraban cada vez más cansados de la

guerra. Unos meses antes, en 1917, varias rebeliones habían minado desde adentro la capacidad combativa del ejército francés, aun cuando esas rebeliones habían sido sangrienta y despiadadamente reprimidas por el general Petain. En esta deprimente situación, el mando aliado tenía puestas sus esperanzas en las tropas y las armas enviadas por los Estados Unidos. Pero en mayo de 1918, sólo nueve divisiones norteamericanas habían llegado a Europa.[60] Una intervención norteamericana en México habría retrasado considerablemente la llegada de los refuerzos norteamericanos que los aliados necesitaban tan desesperadamente en esta coyuntura crítica de la guerra.

Estos temores movieron al ministro británico de Relaciones Exteriores, Balfour, a telegrafiar al embajador británico en Washington la orden de que discutiera el problema mexicano a la mayor brevedad posible con el presidente Wilson. Lord Reading debía comunicar a Wilson la "gran preocupación" de Balfour por los acontecimientos en México, y advertirle sobre la creciente influencia alemana en Carranza y los intentos alemanes de convencer a éste de que atacara a los Estados Unidos. Reading también debía llamar la atención de Wilson sobre los peligros que esto representaba para los suministros de petróleo a los aliados y prevenirlo contra la utilización de tropas norteamericanas en una guerra con México. Aun cuando Carranza no estuviera dispuesto a arriesgarse en un ataque abierto a los Estados Unidos, siempre existía la posibilidad de una provocación alemana para inducir a los Estados Unidos a invadir a México.

Balfour ordenó a Reading que informara a Wilson sobre la mejor manera de proceder contra Carranza: "brindar apoyo activo a los jefes revolucionarios y posiblemente alentar una operación diversionista por parte de Guatemala. Balfour no deseaba, sin embargo, tomar ninguna medida que chocara con la política de Wilson".[61] Reading debía pedirle a Wilson una respuesta inmediata.

Las tímidas gestiones del Ministerio de Relaciones Exteriores no satisficieron en modo alguno a los jefes militares británicos. Éstos exigieron una clara invitación al presidente norteamericano a intervenir en la política mexicana conjuntamente con Inglaterra. El 9 de mayo de 1918 se hizo llegar al gabinete de guerra británico un memorándum sobre la situación en México, en el cual el Estado Mayor expresaba abiertamente sus críticas al gobierno norteamericano.[62] El memorándum afirmaba que, como resultado de la política norteamericana "de vacilación, la situación en México había cobrado un cariz crítico y tal vez hasta peligroso", y "requiere acción inmediata" para evitar una paralización de las operaciones de guerra de los aliados. El memorándum acusaba al gobierno norteamericano de haber desoído todas las advertencias inglesas sobre las intrigas alemanas y de haber procedido con falsía y deslealtad en su trato con la Gran Bretaña. Los Estados Unidos habían negado la existencia de las negociaciones que, según

el Estado Mayor, habían llevado a cabo con Iturbide y Robles Domínguez con el propósito, por una parte, de ganar ventajas materiales y por otra parte, de sentar las bases para una intervención norteamericana en México. "El gobierno norteamericano", declaraba con indignación el Estado Mayor británico, parecía "ver con satisfacción la posibilidad de que las hostilidades abiertas con México constituyan una excelente oportunidad para el adiestramiento de sus tropas".

En la propuesta que el Estado Mayor recomendaba dirigir a Wilson, se le ofrecían a éste dos opciones, ambas en el sentido de una acción conjunta con Francia e Inglaterra. Si Carranza declaraba su disposición a alinearse con los aliados y a expulsar a todos los alemanes de México, obtendría el reconocimiento. Si se negaba a ello, el Estado Mayor proponía "el repudio definitivo de Carranza, seguido o acompañado de su derrocamiento". El Estado Mayor admitía preferir la segunda opción. "A continuación se invitaría a los dirigentes mexicanos a escoger un presidente conocido como persona grata a los tres gobiernos aliados, y se le darían a éste seguridades de apoyo en todos los sentidos siempre y cuando su gobierno actuara en favor de los intereses de la Entente." El Estado Mayor concluía su memorándum con un ataque tanto al Ministerio de Relaciones Exteriores británico como al Departamento de Estado norteamericano por haber prestado demasiada atención a los "intereses creados" (es decir, a los intereses de las grandes compañías) y demasiado poca atención a las consideraciones militares. Balfour respondió al memorándum de los jefes militares con su propio memorándum redactado en términos igualmente enérgicos, el cual le fue entregado al rey y al gabinete de guerra. "El Estado Mayor —escribió—, ha aprovechado el ocio que le ha concedido la ofensiva alemana para hacer circular un documento en el cual le dice al Gabinete cómo el Departamento de Estado en Washington y el Ministerio de Relaciones Exteriores en Londres están manejando incorrectamente nuestras relaciones con la República Mexicana."[63] A Balfour le interesaba sobre todo defender los derechos del Ministerio de Relaciones contra las injerencias en su jurisdicción. Al presentar un memorándum sobre política exterior al gabinete de guerra sin antes consultar con el Ministerio de Relaciones Exteriores, el Estado Mayor no sólo había usurpado las funciones del Ministerio, sino que había intentado formular unilateralmente una política exterior para la Gran Bretaña.

Las diferencias entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Estado Mayor no tenían su origen sólo en el contenido, sino también en los procedimientos de la política exterior británica. Ambos bandos coincidían en el propósito último de derrocar a Carranza por medio de un golpe realizado conjuntamente con los Estados Unidos; las diferencias de opinión se centraban en el ritmo que debía seguir la toma de decisiones necesarias y en cuál era la mejor manera de ganar la aprobación de Wilson a tal proyecto. Balfour consideraba "muy exagerados" los temores de los jefes militares de que una guerra entre México y los Estados Unidos fuera inminente y de que los Estados Unidos emplearían veinte divisiones en tal guerra.

La nota que Balfour había enviado a Reading el 7 de mayo pidiéndole que sondeara a Wilson en cuanto a la política norteamericana en México, revela que él juzgaba prácticamente imposible inducir a Wilson a modificar su política en México.[64] Sin duda alguna recordaba las experiencias británicas de años anteriores, especialmente en 1913-14. En el periodo de máximo poderío británico, antes de que el país hubiese sido debilitado por la guerra mundial y se hubiese hecho dependiente de la ayuda norteamericana, el gobierno británico había intentado en vano que Wilson modificara su política en México. Dada la situación de Inglaterra en 1918, tal intento era menos factible aún.

El gabinete de guerra no tomó ninguna decisión sobre el problema mexicano, pero pidió a los representantes del Estado Mayor y del Ministerio de Relaciones Exteriores que discutieran y llegaran a un acuerdo sobre una estrategia mexicana.[65]

Entretanto, el presidente Wilson le había asegurado a Lord Reading que no se estaba preparando ningún golpe o intervención;[66] Carranza le había informado que estaba posponiendo la aplicación de los decretos contra las compañías petroleras; y el 26 de mayo Cummins fue informado por Carranco que Robles Domínguez había recibido menos apoyo del que esperaba para sus planes.[67] Esto mitigó en cierta medida los temores de los jefes militares. Pero fue necesario el fracaso de la última gran ofensiva alemana, el desembarco de varios centenares de miles de soldados norteamericanos y el éxito de la ofensiva aliada en julio de 1918 para restablecer plenamente la confianza del Estado Mayor.

Mientras el Estado Mayor criticaba al Ministerio de Relaciones Exteriores por ser demasiado blando con Carranza y por prestar demasiada atención a los "intereses creados", esos intereses —especialmente Lord Cowdray— replicaron que el Ministerio, al negarse a nombrar un ministro y a reconocer a Carranza, no había dado la consideración debida a los requerimientos de las "principales" compañías activas en México. A principios de 1918, pese a la línea dura de Carranza contra las compañías petroleras extranjeras, había tenido lugar un reacercamiento entre las empresas de Cowdray y Carranza. Cowdray se había negado rotundamente a secundar las propuestas del Ministerio de Relaciones Exteriores para organizar un golpe contra Carranza en colaboración con Doheny, el representante de la principal compañía petrolera norteamericana en México.[68]

Los esfuerzos de Cowdray, así como los de otras compañías inglesas con inversiones en México, divergían totalmente de los del Estado Mayor. La brecha insalvable entre los dos campos se advierte en una carta enviada

a Inglaterra por uno de los colegas de Cowdray el mismo día en que el Estado Mayor presentó su memorándum al gabinete de guerra. El análisis de la situación política en México contenido en la carta no contradecía el de los jefes militares; Cowdray también esperaba un ataque mexicano contra los Estados Unidos inspirado por Alemania. Él quería, sin embargo, aprovechar esa guerra en lugar de evitarla. Inglaterra, en su opinión, no debía tomar ninguna medida para derrocar a Carranza antes de que éste pudiera lanzar tal ataque, como habían recomendado los jefes militares en mayo de 1918 y como también lo había hecho el colega de Cowdray, Body, en junio de 1917. A pesar de la alianza anglo-norteamericana existente, el socio de Cowdray escribió: "No veo ninguna razón en particular para que Inglaterra, o cualquier otro de los aliados, intervenga en este próximo conflicto y en cambio hay muchas razones para no intervenir".[69] También expresó esa razón muy claramente: "La fuerte simpatía germanófila del gobierno mexicano indicaría aparentemente una política antialiada, pero la germanofilia es realmente yankifobia y no existe ningún sentimiento fuerte contra las otras naciones aliadas. Por lo tanto, en caso del estallido de una guerra entre México y los Estados Unidos, la abstención de otras naciones aliadas no sólo reduciría en gran medida las pérdidas materiales a causa de la guerra, sino que reduciría los recursos a disposición del gobierno mexicano, puesto que éste no estaría en libertad de confiscar las propiedades de naciones amigas o cuando menos neutrales".

Es, pues, obvio que los colegas de Cowdray abrigaban la idea de aprovechar una guerra mexicano-norteamericana para fortalecer la posición económica de las empresas británicas.

LAS POLÍTICAS BRITÁNICA Y ALEMANA EN MÉXICO: UNA PERSPECTIVA

Una comparación entre las políticas inglesa y alemana en México en los meses que mediaron entre la declaración de guerra por los Estados Unidos y el armisticio, revela algunos paralelismos interesantes. Los diplomáticos y los jefes militares más importantes de ambos países veían la situación política en México a través del mismo lente racista, y unos y otros eran hostiles a los objetivos de la revolución mexicana. Con igual ineptitud, los dirigentes políticos de ambos países formularon, probaron y descartaron planes caracterizados por la misma falta de realismo y por el deseo de empujar a México a una guerra: el conflicto con los Estados Unidos que los alemanes querían o la guerra civil que importantes grupos en Inglaterra deseaban provocar. Las autoridades inglesas eran igualmente incapaces de estimar con sentido realista la disposición, los intereses y los objetivos de su aliado potencial, y los planes ingleses para ganar la aprobación de Wilson a un golpe conjuntamente inspirado en México parecen casi tan inaplicables como los sueños de Zimmermann de lograr que Carranza atacara a los Estados Unidos. La ilusión reinaba en ambos bandos.

Por más que se contradijeran los objetivos últimos de Inglaterra y Alemania, los objetivos mínimos de los dos gobiernos coincidían. México debía permanecer neutral en la guerra —si bien Inglaterra y Alemania tenían diferentes concepciones de esa neutralidad y ponían diferentes esperanzas en ella— y la influencia norteamericana en México debía ser mantenida en un nivel mínimo.

La política mexicana de cada país estaba condicionada por las tensiones que existían entre las fuerzas armadas y los grupos económicos. En tanto que las fuerzas armadas querían convertir a México en el teatro de una guerra, los grupos económicos buscaban la estabilidad y un acercamiento con Carranza. En lugar de provocar conflictos en México, sin embargo, las autoridades militares se vieron obligadas a combatir a sus propios funcionarios de política exterior.

La diferencia esencial en la política mexicana de los dos países reside en la manera como los Ministerios de Relaciones Exteriores de Inglaterra y Alemania persiguieron sus objetivos. El Ministerio alemán, en un principio, puso en práctica una política inexorablemente ofensiva, que desembocó en la nota de Zimmermann y en muchos otros planes del servicio secreto. La política mexicana de Alemania, sin embargo, no tardó en experimentar un cambio, y el Ministerio de Relaciones Exteriores empezó a contrarrestar los extravagantes planes de las fuerzas armadas para realizar actos de sabotaje en los campos petroleros o un ataque fronterizo contra los Estados Unidos.

La política del Ministerio de Relaciones Exteriores británico evolucionó en la dirección opuesta. En un principio, el Ministerio practicó una política de conciliación, y en noviembre de 1917 pareció dispuesto a reconocer a Carranza. Poco después, sin embargo, el Ministerio efectuó un viraje total y se esforzó por derrocar al gobierno mexicano.

En el conflicto entre las compañías con intereses en México y las fuerzas armadas, el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán tomó partido por las compañías, en tanto que el Ministerio británico se alineó con las fuerzas armadas. Debido a que las empresas británicas tenían una presencia mucho mayor en México que las empresas alemanas, esto parece difícil de entender a primera vista. Las actitudes divergentes de los Ministerios de Relaciones Exteriores frente a las propuestas de las fuerzas armadas tienen causas múltiples y no se pueden reducir a un común denominador.

En Alemania no había acuerdo entre las autoridades militares en lo tocante a una estrategia mexicana. De tal suerte, la marina sólo deseaba un México neutral y se oponía a las ideas del Estado Mayor, que favorecía los ataques fronterizos contra los Estados Unidos y las acciones de sabotaje en los campos petroleros dirigidas a provocar una intervención norte-

americana. Las autoridades navales alemanas esperaban encontrar en México una base para las acciones de sabotaje en Norte y Centroamérica. El resultado de los desacuerdos en el seno de las fuerzas armadas fue que el Ministerio de Relaciones Exteriores pudo imponer sus propios puntos de vista sobre política mexicana mientras accedía a los deseos de los jefes militares en todas las demás cuestiones.

En la Gran Bretaña, sin embargo, el ejército y la marina estaban en completo acuerdo sobre la necesidad de una acción ofensiva contra el gobierno mexicano.

Un segundo factor que explica las actitudes divergentes de los Ministerios de Relaciones Exteriores alemán y británico frente a las políticas de sus respectivas fuerzas armadas fue el hecho de que las compañías y los jefes militares alemanes se enfrentaban a los mismos enemigos en México: los aliados, especialmente los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

Las compañías y los jefes militares británicos, por el contrario, tenían que vérselas con dos adversarios diferentes. Para los jefes militares, el principal enemigo era Alemania, en tanto que para las compañías británicas, eran los Estados Unidos. En este conflicto, el Ministerio de Relaciones Exteriores británico se alineó con las fuerzas armadas, si bien con ciertas reservas, pero fueron precisamente esas reservas las que motivaron la cólera del Estado Mayor.

Tal vez las actitudes divergentes de los Ministerios de Relaciones Exteriores de ambos países frente a los proyectos de sus respectivas fuerzas armadas puedan explicarse mejor si se piensa en las consecuencias que hubiera tenido la realización de sus planes. El estallido de una guerra mexicano-norteamericana, como la deseaba el Estado Mayor alemán, habría significado el fin de todos los planes alemanes de expansión en México. El sueño de Eckardt de que Alemania pudiera reclamar parcialmente el "legado de Cortés" se habría esfumado.

La ejecución con éxito de los planes golpistas de las autoridades militares y navales británicas, por el contrario, habría logrado tres objetivos a un tiempo: Alemania habría sido marginada o tal vez expulsada de México; se habría evitado una intervención norteamericana; e Inglaterra se habría asegurado una participación en cualquier solución futura del problema mexicano. Además, el nacionalismo mexicano habría sido frenado.

En comparación con estos ambiciosos objetivos, los resultados concretos de la política británica fueron modestos. No fue la política británica, sino la previsión de Carranza y de los revolucionarios mexicanos victoriosos que lo rodeaban, lo que aseguró la neutralidad de México y su negativa a entrar en la guerra del lado de Alemania. Con todo, la política británica en México registró algunos éxitos impresionantes en el periodo de 1917 a 1918.

El primer éxito tuvo que ver con el control de los campos petroleros. A

través del apoyo activo a Peláez, el gobierno británico, junto con las compañías inglesas y norteamericanas, logró mantener los campos petroleros, si bien no los puertos de Tuxpan y Tampico, fuera del control del gobierno mexicano.

El más espectacular de los éxitos británicos se dio en la esfera del espionaje. El desciframiento de la nota de Zimmermann y el éxito de las autoridades inglesas al fingir que ignoraban las claves secretas alemanas, lo cual les permitió descifrar todas las notas del servicio secreto alemán hasta el final de la guerra, constituye un gran logro en la historia del espionaje. La inteligencia naval británica también dio pruebas de gran habilidad al infiltrar agentes británicos en la red del servicio secreto alemán en México.

A la luz de esos éxitos, los enormes errores de juicio de los servicios secretos británicos en lo tocante a las intenciones alemanas, norteamericanas y mexicanas, resultan tanto más sorprendentes. En siete memorándums cursados entre noviembre de 1917 y junio de 1918, el servicio de inteligencia británico informó sobre un acuerdo entre Carranza y Alemania para que México atacara a los Estados Unidos.[70] Tal ataque, sin embargo, nunca ocurrió, y esa información, como ya hemos explicado anteriormente, era totalmente inexacta. Después que Carranza rechazó la segunda propuesta alemana de alianza, que Delmar había transmitido en agosto de 1917, las autoridades alemanas abandonaron la esperanza de un ataque mexicano contra los Estados Unidos y concentraron sus esfuerzos en la expansión económica en México. Todas las acciones de Carranza dejaban ver claramente (y los diplomáticos norteamericanos así lo entendieron) que éste estaría dispuesto a considerar la cooperación militar con Alemania sólo en caso de un ataque norteamericano a México. Las suposiciones británicas de que el gobierno norteamericano estaba planeando un golpe unilateral en México antes del fin de la guerra, resultaron igualmente falsas.

Las expectativas y los cálculos del servicio secreto británico no eran, por supuesto, completamente infundados. Delmar y toda una serie de agentes del Estado Mayor alemán tenían el propósito de instigar un ataque mexicano a los Estados Unidos y acciones de sabotaje en los campos petroleros. Algunos generales mexicanos les habían expresado a los agentes alemanes su disposición a organizar incursiones en los Estados Unidos. Algunos funcionarios del Departamento de Estado, especialmente el encargado de asuntos mexicanos, Canova, junto con ciertas compañías petroleras norteamericanas, planeaban un golpe de Estado en México.[71] Pero cada una de estas actividades entrañaban actividades que contravenían las políticas de los gobiernos alemán, norteamericano y mexicano durante el periodo de noviembre de 1917 a junio de 1918.

Mientras los investigadores no tengan acceso a los archivos del servicio secreto británico, y tal vez aun después de que lo tengan, sólo se podrá

conjeturar acerca de las causas de estos análisis erróneos del servicio de inteligencia británico. Es posible que en los análisis de las fuerzas armadas británicas hayan influido las opiniones de los tres diplomáticos británicos de segundo nivel encargados de los asuntos mexicanos: Cummins, el administrador de la legación británica en México; Hohler, el experto en cuestiones mexicanas en la embajada británica en Washington; y Thurston, el encargado de negocios retirado de México. Todos ellos fueron partidarios del derrocamiento violento de Carranza, y en sus informes exageraron constantemente la posibilidad de una conjura entre Carranza y Alemania. No es, pues, sorprendente que los diplomáticos franceses en México tacharan a la legación británica de "alarmista".[72]

Otra causa de los análisis erróneos del servicio secreto británico podría hallarse tal vez en la especial relación que existía entre las autoridades inglesas y el Mando Militar del Sur de los Estados Unidos. En los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores se encuentran algunos informes sumamente confidenciales sobre México provenientes del departamento de inteligencia de este Mando Militar del Sur.[73] En algunos de estos informes se hace la advertencia de que los mismos no debían ser mostrados, bajo ninguna circunstancia, a los funcionarios norteamericanos; esto quiere decir que los británicos los obtuvierón contra la voluntad, o cuando menos sin el conocimiento, del gobierno norteamericano. Estos informes, que parecían ser los únicos emanados de los Estados Unidos que coincidían con las preocupaciones británicas, contradecían los análisis de Fletcher, el embajador norteamericano en México y de los funcionarios del Departamento de Estado. A principios de 1918, al mismo tiempo que Fletcher argumentaba que Alemania estaba fundamentalmente interesada en la expansión económica en México, el departamento de inteligencia del Mando Militar del Sur informaba que los agentes alemanes y Carranza estaban planeando un ataque a los Estados Unidos. El Mando Militar del Sur también estaba preparando planes para un golpe de Estado en México fomentado por los Estados Unidos.

Una tercera causa de los numerosos errores de análisis cometidos por los británicos puede haber consistido, paradójicamente, en el buen funcionamiento del servicio secreto británico. Los agentes británicos habían logrado infiltrarse en las filas de la inteligencia militar alemana en México, es decir la Sección Política del Estado Mayor, que era el grupo más decididamente partidario de un ataque a los Estados Unidos. En consecuencia los informes de los agentes infiltrados al Ministerio de Relaciones Exteriores británico presentaban un cuadro falso de la situación real.

Existe, no obstante, una discrepancia inexplicada entre el éxito alcanzado en la obtención de información sobre las actividades alemanas en México y su valoración en el Ministerio de Relaciones Exteriores y las agencias de inteligencia británicas.

LA POLÍTICA FRANCESA EN MÉXICO, 1917-1918

Entre las grandes potencias en México, Francia fue la que optó por jugar un papel secundario. En la década de 1860 Francia había intentado una penetración unilateral y uni-intencionada en México, pero durante la revolución mexicana fue la única de las grandes potencias que nunca intentó aplicar una política independiente respecto a México. Fue también la única potencia cuya política nunca tuvo un impacto importante en este país.

Hasta 1917 los franceses alinearon su política con la de su aliado más cercano, la Gran Bretaña. Apoyaron dos de las tendencias básicas de la política británica en México en ese periodo: su inexorable oposición a todas las facciones revolucionarias y su creciente temor a las intrigas alemanas en México. En esos dos campos, los intereses de ambas potencias coincidían plenamente. Al igual que los británicos, los franceses habían sido beneficiarios de la política tanto nacional como internacional de Porfirio Díaz, y soñaban con el retorno de un régimen a lo Díaz. Al igual que los británicos, los franceses, después del estallido de la primera guerra mundial, tenían todas las razones para temer a las provocaciones inspiradas por Alemania que pudieran restringir el envío de armas norteamericanas a los aliados e impedir la intervención de los Estados Unidos en la guerra.

A diferencia de los británicos, los franceses no querían aplicar una política antinorteamericana en México. Esto no se debía ciertamente a ningún gran aprecio por la política mexicana de Woodrow Wilson. Por el contrario, los especialistas en el Ministerio de Asuntos Extranjeros francés denunciaron la política norteamericana en México en términos más vitriólicos aún que sus colegas británicos. Habían considerado que la actitud de Wilson estaba motivada fundamentalmente por "un deseo de mantener la preponderancia de los Estados Unidos en México; por el temor de que Huerta pudiera convertirse, con la ayuda de Europa, en un instrumento eficaz contra la influencia norteamericana en Centroamérica".[74]

Los diplomáticos franceses en México habían visto a los representantes especiales de Woodrow Wilson ante las diferentes facciones revolucionarias con inocultable desprecio. En una descripción del papel desempeñado por los cuatro agentes principales de los Estados Unidos ante las facciones revolucionarias —Silliman, Carothers, Canova y Hall— el representante francés en México los caracterizó como "hombres sin cultura" hombres corruptos que en lugar de tratar de poner en práctica algún tipo de política norteamericana se la pasaban peleando entre sí con el fin de favorecer los intereses de alguno de los jefes revolucionarios con cuya suerte se habían identificado:

> todos ellos tienen un solo objetivo: la victoria del jefe ante el cual están acreditados. Son como los directores de una campaña electoral que van

de puerta en puerta y de legación en legación para hacer propaganda en favor de sus candidatos.

Todos ellos han firmado pactos secretos con los cabecillas ante los cuales están acreditados, pactos que redundarían en cuantiosas ganancias en caso de que el cabecilla en cuestión triunfara.

No pertenecen ni siquiera a la segunda fila del mundo político de los Estados Unidos. El señor Silliman, al mismo tiempo que era cónsul de los Estados Unidos en Saltillo, tenía un negocio de lechería. El señor Carothers era agente de una compañía de carga y transporte, el señor Canova era probablemente guardagujas en alguna estación de ferrocarril, y el señor Hall era administrador de un hotel en Cuernavaca.

Sus capacidades intelectuales no los prepararon para estas tareas. Todos ellos tienen los defectos de su clase: falta de cultura, falta de delicadeza, estrechez de criterio, petulancia excesiva y sobre todo una falta de tacto, de comprensión de los sentimientos más elevados y de sutileza que podría explicarse en razón de cierto origen germánico.

Así, pues, los agentes confidenciales podrían haber sido tal vez buenos vendedores para una fábrica de conservas de Chicago, pero están fuera de lugar como diplomáticos en el gran drama que se desarrolla en México.[75]

A pesar de estas opiniones sobre Wilson y sus agentes, los franceses no querían verse arrastrados a una política antinorteamericana en México que no les reportaría ningún beneficio. Tenían, en general, muchas menos razones para temer la supremacía de los Estados Unidos en México que sus aliados británicos. Tenían menos concesiones que perder a manos de los norteamericanos. Había pocas inversiones francesas en la minería (la Compañía del Boleo en Baja California era una de las excepciones notables) y menos aún en el petróleo. Las inversiones francesas estaban concentradas en bonos y en la banca. El control e incluso la supremacía norteamericana en México podría haber limitado las posibilidades francesas de adquirir nuevos préstamos o de extender su sistema bancario en México, pero cuando menos habría garantizado el valor de sus propiedades existentes. No es sorprendente, pues, que en septiembre de 1914 el encargado de negocios francés en México escribiera a su cancillería: "Por lo que toca a las vidas y propiedades de nuestros compatriotas, éstos tienen más que perder por la continuación de la actual anarquía que por la intervención norteamericana. Bajo las actuales circunstancias, creo poder decir que una intervención armada norteamericana sería deseable si, como supongo, fuera posible obtener una garantía de igualdad económica y una política de puertas abiertas." [76]

Durante un breve periodo los franceses parecieron hallarse en la posición sumamente incómoda de tener que elegir entre contrariar a sus aliados

británicos o participar en una política de oposición a la penetración norteamericana en México que no querían seguir. Así, pues, experimentaron un gran alivio cuando los británicos se replegaron en 1913-1914 y cedieron en su oposición a la política mexicana de Wilson.

Después que los Estados Unidos entraron en la primera guerra mundial, la posición francesa vaciló entre el alineamiento fundamental de su política con la Gran Bretaña o con los Estados Unidos. Por una parte, los franceses compartían los temores británicos a las intrigas alemanas en México que podrían conducir a una intervención norteamericana en ese país. Pero, por otra parte, se negaban a participar en los intentos británicos de impedir la hegemonía de los Estados Unidos en México. Las vacilaciones de la política francesa en México llegaron a un punto crítico en noviembre y diciembre de 1917, cuando los británicos les advirtieron a los franceses que Delmar había convencido a Carranza de que entrara en guerra con los Estados Unidos.

Dos puntos de vista muy definidos se manifestaron entre los diplomáticos franceses. El ministro en México, Couzet, tomó muy en serio las advertencias británicas y le propuso a su cancillería un proyecto de represalias apocalípticas contra México. En su opinión, el gobierno francés debía sugerir a los Estados Unidos que enviaran emisarios a México para comprar o "corromper" a los políticos mexicanos. Si estas medidas no tenían éxito, entonces los Estados Unidos deberían "someter a México por el hambre y causar su ruina". Al mismo tiempo, los Estados Unidos deberían proponerse, en lugar de impedir el aumento de las dificultades internas en México, provocar "tales dificultades, aun a riesgo de poner en peligro las propiedades de los extranjeros, con el fin de que este país se suma en una anarquía tal que la misma Alemania no pueda hacer nada allí. Estoy tan convencido de la necesidad de subordinarlo todo a las necesidades de la guerra europea, que a mi juicio ni siquiera este remedio extremo debería descartarse".[77]

El embajador francés en Washington, Jusserand, era mucho más escéptico en lo tocante a las advertencias británicas sobre la situación en México. Al mismo tiempo que el representante francés en México proponía medidas extremas contra Carranza, el embajador en Washington escribía: "Todos estos temores y vacilaciones se deben al señor Hohler, el antiguo encargado de negocios británico y actual segundo consejero de la embajada británica en México, para quien la caída de Carranza, que él ya había anunciado hace algún tiempo, es una especie de panacea".[78] El embajador no sólo desechaba los temores de que Carranza, junto con los alemanes, atacara los Estados Unidos, sino que apoyaba la actitud norteamericana de mantener a Carranza en el poder.

El gobierno norteamericano, que después de todo es el que está principalmente interesado en la situación en México y dispone de buenos me-

dios de información sobre ese país, no abriga, como he dicho repetidas veces, ninguna ilusión en cuanto a Carranza, pero está tratando, con todos los medios a su alcance, de mantenerlo en el poder, prefiriendo la presencia en el puesto de mando en México de una personalidad contraria a los Estados Unidos, a la de los supuestos mejores candidatos cuyo éxito redundaría en dificultades sin fin, que posiblemente requerirían una intervención armada norteamericana. Evitar tal intervención es el principal objetivo de la política de los Estados Unidos en México en este momento.

El escepticismo francés frente a los informes británicos sobre una alianza germano-mexicana reflejaba en parte el escepticismo de los Estados Unidos frente a tales informes. Además, los británicos nunca informaron a los franceses que ellos habían descifrado las claves alemanas, de modo que éstos nunca supieron cómo sus aliados obtenían su información. Por consiguiente, tendieron a ser aún más escépticos frente a las revelaciones británicas sobre México.[79] A medida que pasó el tiempo y las reiteradas advertencias británicas sobre un inminente ataque de Carranza a los Estados Unidos no se confirmaron, el pesimismo francés en lo tocante a las intenciones y la fiabilidad de su aliado en relación con México se hizo mayor.

Cuando en marzo de 1918 los británicos sugirieron a los franceses que ejercieran presión conjunta sobre Wilson para que éste rectificara su política mexicana y forzara a Carranza a romper con Alemania o ayudara a sus enemigos a derrocarlo, los franceses no estuvieron dispuestos a secundar a la Gran Bretaña. En un informe preparado para el ministro francés de Relaciones Exteriores, los especialistas del Quai d'Orsay concluyeron: "Debe señalarse que, de acuerdo con la opinión del señor Paul Cambon, las medidas sugeridas por Inglaterra son difíciles de aceptar. Nuestro embajador indica que las relaciones entre Carranza y Alemania no son en modo alguno claras, pero estos informes se basan en declaraciones de agentes alemanes obtenidas en condiciones que no pueden precisarse".[80]

A partir de ese momento, la política francesa en México se limitó a apoyar de modo secundario a los servicios de inteligencia tanto británicos como norteamericanos y a sus órganos de propaganda en su lucha contra los alemanes. Los franceses se negaron categóricamente a participar en ninguno de los intentos británicos de derrocar a Carranza o de inducir a los norteamericanos a que hicieran tal cosa conjuntamente con los aliados.

El resentimiento francés por la actitud de los Estados Unidos en México no cesó. Volvió a expresarse plenamente después del fin de la primera guerra mundial. En diciembre de 1919 el encargado de negocios francés declaró que

> debe decirse que los norteamericanos tienden a sentirse aquí no sólo como en su propio país, sino como en un país conquistado. En lugar de tratar a México como un país libre y soberano, los norteamericanos lo ven como un país de negros y de seres inferiores; en consecuencia, el desacuerdo entre ellos y las autoridades mexicanas es constante.[81]

LA POLÍTICA DE LOS ESTADOS UNIDOS EN MÉXICO, 1917-1918

En contraste con las políticas de las potencias europeas, las actitudes de los Estados Unidos frente a su vecino del sur han sido objeto de tantos estudios[82] que no hay necesidad de examinarlas detalladamente una vez más. Ello no obstante, una reseña de las políticas de los Estados Unidos y de las compañías norteamericanas en México, cuando menos en sus rasgos generales, es indispensable para entender las actitudes de las potencias europeas.

En los Estados Unidos existía una divergencia de opinión sobre México semejante a la que existía en la Gran Bretaña, pero allí los papeles estaban invertidos. En tanto que las compañías norteamericanas se proponían el derrocamiento violento del gobierno, la administración de Wilson estaba resignada a que Carranza permaneciera en el poder hasta el fin de la guerra. La tarea más importante que Wilson encomendó a su embajador en México, Henry F. Fletcher fue mantener a México "tranquilo" mientras los Estados Unidos estuvieran comprometidos en la guerra europea.

A primera vista, las diferencias entre la política norteamericana y la británica parecen desconcertantes. El gobierno norteamericano no quería intervenir en México por el momento, pues su atención estaba centrada en la guerra europea. E Inglaterra había hecho grandes esfuerzos por impedir una intervención norteamericana en México. Pero aun cuando ambos gobiernos parecían perseguir objetivos virtualmente idénticos, difícilmente puede decirse que sus políticas mexicanas fueran coincidentes o incluso complementarias. El gobierno británico estaba preparando un golpe contra Carranza, en tanto que el gobierno norteamericano no quería intentar ninguna acción violenta contra el presidente mexicano antes del término de la guerra. En febrero de 1917 el coronel House dio instrucciones a Fletcher para que "hiciera todo lo posible por evitar un rompimiento con Carranza".[83]

Estas instrucciones siguieron siendo el leitmotiv de la política norteamericana en México hasta fines de 1918, y Fletcher pudo declarar con satisfacción al término de la guerra: "Durante la guerra, fue mi tarea mantener a México tranquilo y esta tarea fue cumplida".[84]

¿Cómo pueden explicarse las diferentes orientaciones de los gobiernos norteamericano y británico? Las divergentes experiencias históricas de los dos países en México desempeñaron sin duda un papel importante. Wilson en un principio había apoyado a Villa y después a Carranza, pero su apoyo no le había impedido a ninguno de los dos oponerse a cualquier domina-

ción por parte del presidente norteamericano. ¿Qué garantía tenían las autoridades norteamericanas de que otro gobierno mexicano habría de actuar en forma diferente?

El gobierno norteamericano debe de haber abrigado grandes dudas en cuanto a la confianza que podía inspirarle cualquier posible aliado en México, pues apenas existía algún grupo opuesto a Carranza que en algún momento de su historia no se hubiese enfrentado a los Estados Unidos. El ataque de Villa a Columbus y la durísima condena de Zapata al reconocimiento de Carranza por los Estados Unidos difícilmente podían hacerle pensar al gobierno norteamericano que estaba tratando con un aliado potencial digno de confianza. Pero ni siquiera las fuerzas conservadoras en que la Gran Bretaña quería apoyarse podían ser seguras a los ojos de los norteamericanos. Casi todos los miembros del antiguo ejército federal habían combatido a favor del enemigo de Wilson, Huerta. Aun aquellos jefes que apoyaban claramente a los aliados en sus proclamas habían actuado, en la práctica, mucho más dudosamente de lo que podían indicar sus promesas. Félix Díaz había mantenido contactos provisionales con los agentes alemanes. Asimismo, los agentes norteamericanos y británicos habían informado sobre las amenazas de Peláez de buscar ayuda alemana si Carranza recibía el apoyo activo de los aliados.

La única forma en que los Estados Unidos podían estar seguros de conservar el apoyo de un nuevo gobierno mexicano, cuando menos durante cierto tiempo, era manteniendo la amenaza de una intervención militar. Sin embargo, mientras la guerra mundial continuara, tal amenaza sólo podía ser problemática.

Esto explica por qué casi todos los políticos y funcionarios norteamericanos importantes, a pesar de sus diferentes concepciones en cuanto a la "solución" del problema mexicano, pensaban unánimemente que el problema debía posponerse hasta después de la guerra. Sabían que el tiempo corría a su favor y que su ejército se hacía cada vez más fuerte, y confiaban en que podrían imponer su política en México en el periodo de posguerra sin ayuda europea y sin ningún gran esfuerzo.

Las experiencias de los Estados Unidos en México hacían pensar a la mayoría de los dirigentes norteamericanos que un golpe de Estado no sería tan sencillo como suponían los jefe militares británicos desde su atalaya de Londres. Si los aliados se volvían contra Carranza, ¿qué le impediría a éste atacar los campos petroleros, aliarse con Alemania y destruir las propiedades norteamericanas? Ello desembocaría entonces en una intervención norteamericana en México. Pero eso era precisamente lo que los Estados Unidos querían evitar mientras continuara la guerra. Tales temores fueron expresados por Frank Polk, el funcionario del Departamento de Estado centralmente responsable de los asuntos mexicanos, durante una discusión sobre los planes golpistas de Inglaterra con el embajador francés en Washington.[85]

Si el gobierno norteamericano hubiese aceptado la opinión de los jefes militares británicos de que Carranza había entrado en una alianza con Alemania y de que un ataque a los Estados Unidos y la destrucción de los campos petroleros eran inminentes, tal vez habría obrado de manera diferente. Pero el gobierno norteamericano no aceptaba esa opinión; tenía una visión mucho más realista tanto de la política mexicana como de los objetivos alemanes en México en 1918.

Fletcher, en efecto, había hecho un análisis perfectamente exacto de los objetivos de Carranza en relación con Alemania y de las intenciones alemanas en México por el momento.

> En mi opinión —escribió Fletcher en 1918— la clave de la actitud de México en la guerra mundial fue su temor a una extensión general de la influencia norteamericana aquí. Estoy convencido de que el presidente Carranza —y eso, hoy, quiere decir México— quiere relaciones más bien correctas que íntimas con los Estados Unidos, y espera que la victoria alemana o cuando menos un empate en la guerra mundial habrá de crear un bastión o un contrapeso frente a la influencia moral y económica de los Estados Unidos en México.[86]

En lo tocante a las intenciones de Alemania, Fletcher argumentaba:

> Hasta donde sabe el Departamento de Estado, hay razones para creer que Alemania le ha ofrecido a México ayuda económica para el futuro, y tal vez incluso para el presente. El objetivo de Alemania no es sólo mantener neutral a México en la guerra, sino incitarlo constantemente contra los aliados y especialmente contra los Estados Unidos, con la esperanza de convertirlo en una provechosa fuente de explotación comercial, económica y política en el periodo de posguerra. Esta política está teniendo éxito bajo Carranza.

En un memorándum sobre la colaboración entre Alemania y Carranza fechado el 4 de junio de 1918, Polk ni siquiera mencionó la posibilidad de que Carranza estuviese considerando una declaración de guerra a los Estados Unidos en aquel momento.[87]

¿Cuál fue la causa de esta divergencia de opiniones sobre la política y las intenciones de Carranza entre los gobiernos norteamericano y británico? No es posible contestar esta pregunta con certeza, pero uno de los factores puede haber consistido en las diferentes fuentes de información de los dos gobiernos. Inglaterra, por una parte, dependía fundamentalmente de los mensajes cursados entre el gobierno de Berlín y sus agentes en México, que eran interceptados por los ingleses y que a menudo contenían un optimismo con poca base en la realidad. Los Estados Unidos, en cambio,

contaban con una amplia red de espías y observadores en todo México, especialmente a lo largo de la frontera, los cuales habrían informado inmediatamente cualquier concentración de tropas mexicanas.

La calidad de los representantes de los dos países también puede haber contribuido a la diferencia de opiniones. Los funcionarios ingleses de bajo rango en México carecían tanto de los contactos personales como del *savoir faire* político necesario para hacer un análisis correcto de la situación en ese país. Fletcher era un tipo de diplomático muy diferente de los representantes británicos Cummins, Thurston y Hohler; por más que le repugnara personalmente la Revolución Mexicana, cultivaba relaciones normales con Carranza y su gobierno.

Por último, las diferentes posiciones militares de Inglaterra y los Estados Unidos afectaron sin duda sus percepciones de los acontecimientos en México. En noviembre de 1917 y en la primavera de 1918 —precisamente el periodo en que la idea de un golpe en México ganaba cada vez más terreno en Londres— la Gran Bretaña se hallaba en una situación precaria. Una ofensiva alemana victoriosa y una agitación revolucionaria interna eran posibilidades que no cabía descartar del todo. La principal línea de defensa de Inglaterra contra tales riesgos era la llegada de refuerzos norteamericanos lo antes posible. Los jefes militares británicos, por lo tanto, se sentían muy nerviosos; temían el enfrascamiento de los Estados Unidos en una guerra con su vecino del sur y el consiguiente retraso en el transporte de tropas norteamericanas. Los británicos se inclinaban, pues, a ver las simpatías proalemanas de Carranza como una amenaza mayor de lo que eran en realidad. Los Estados Unidos se sentían menos amenazados por Alemania que Inglaterra y no temían una gran inquietud interna. Los norteamericanos acababan de entrar en la guerra, no habían sufrido aún serias pérdidas, y el cansancio de la guerra que era evidente en Europa apenas se dejaba sentir en los Estados Unidos. En consecuencia, los norteamericanos eran más propensos a ver la situación tal cual ésta era en realidad.

LAS RELACIONES ECONÓMICAS ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

La confiada apreciación norteamericana de la situación en México reflejaba también circunstancias económicas. Los Estados Unidos disponían de importantes medios de presión económica a través de los cuales esperaban lograr que México adoptara una actitud más favorable a sus intereses sin necesidad de un golpe o una intervención. Esta influencia económica se derivaba de los profundos cambios que se habían operado en la relación entre los Estados Unidos y América Latina como resultado de la guerra europea.

Durante la primera guerra mundial la economía de la América Latina entró en una fase de desarrollo completamente nueva. Por una parte, el comercio con Europa declinó rápidamente debido a la guerra, y a consecuencia de ello los Estados Unidos empezaron a ocupar un importante lugar en el comercio de América Latina. Por otra parte, los Estados Unidos no estaban en condiciones de absorber todas las mercancías que anteriormente vendían en Europa. Resultado de todo ello fue el surgimiento de muy diferentes tendencias en las relaciones entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos. Una tendencia condujo a un enorme aumento de la influencia económica norteamericana en sus vecinos del sur. Además de la expansión del comercio estadounidense, las compañías norteamericanas intensificaron sus inversiones en América Latina. Muchas empresas norteamericanas utilizaron parte de sus ganancias derivadas de la producción de guerra para ampliar sus inversiones en América Latina. La segunda tendencia operaba en sentido contrario a la primera y significaba un mayor desarrollo e independencia económicos. Se derivaba del hecho de que la guerra mundial fue también un periodo en que los precios de las materias primas aumentaron dramáticamente y ello inclinó la balanza comercial en favor de los países latinoamericanos. Este saldo favorable ayudó a financiar la industrialización que tenía por objeto compensar la pérdida de importaciones de los países industriales avanzados. Como resultado de ello, un nuevo brote de nacionalismo se manifestó a través de toda América Latina.

Entre los países latinoamericanos, México se encontraba en una posición tal vez única. Como resultado de la revolución, tenía uno de los gobiernos más nacionalistas de la región. Pero en términos económicos, su dependencia de los Estados Unidos era tal vez mayor que la de cualquier país latinoamericano de tamaño comparable. Sobre todo, México era más dependiente que nunca del apoyo de su poderoso vecino del norte en lo referente a armas, municiones, alimentos y oro.

México no poseía una industria de armamento propia y tenía que importar armas y municiones del extranjero. Desde el comienzo de la revolución, el gobierno norteamericano había usado el derecho a comprar armas y municiones en los Estados Unidos como un medio de presión política. A los gobiernos y los grupos aceptables para los Estados Unidos se les permitía adquirir armas; los que eran inaceptables quedaban privados de esa posibilidad. Antes del estallido de la primera guerra mundial, estas medidas del gobierno norteamericano sólo tenían un efecto limitado, porque las armas podían obtenerse en Europa o en el Japón. Tampoco era muy difícil adquirir las armas con los fabricantes norteamericanos que buscaban compradores y luego pasarlas de contrabando por la mal vigilada frontera mexicano-norteamericana.

Después de julio de 1914, sin embargo, la situación cambió súbitamente.

La demanda aliada de armas y municiones norteamericanas superó ampliamente la oferta, y al gobierno y a los revolucionarios mexicanos se les hizo mucho más difícil su adquisición. Cuando los Estados Unidos entraron en la guerra en 1917, la demanda de armas volvió a aumentar y la industria norteamericana de armamentos se vio inundada de pedidos. A medida que aumentó la demanda de armas por parte de los aliados y del gobierno norteamericano, se impusieron mayores restricciones al contrabando de armas hacia México; las medidas de seguridad en la frontera se hicieron tan estrictas que el envío ilegal de armas llegó a ser virtualmente imposible. De tal suerte, Carranza y sus ejércitos dependieron más de las compras legales de armas en los Estados Unidos que cualquier gobierno en la historia de México.

En 1917 el gobierno de los Estados Unidos impuso controles oficiales sobre la exportación de alimentos, bienes manufacturados y oro semejantes a los controles que había impuesto sobre la exportación de armas desde 1910.[88] Esta medida se tomó en un momento en que la producción alimentaria e industrial mexicana había sido considerablemente reducida por siete años de revolución. Así, pues, México se hizo dependiente de su vecino del norte también en estos renglones.

La situación financiera del gobierno no era menos precaria. Prevalecía un estado de crisis financiera cada vez más profunda, consecuencia de los enormes gastos de guerra y de la falta de inversiones y préstamos extranjeros que hacían mucha falta. Aun la producción industrial, que se aceleró tanto como fue posible, y los crecientes ingresos producidos por el aumento de los precios del petróleo y el henequén no bastaban para remediar este estado de cosas. En esa situación, el gobierno norteamericano supuso que podría imponerle sus exigencias a Carranza por medio de presiones económicas. En relación con esto, resulta significativo que los Estados Unidos se sintieran menos preocupados por la colaboración de Carranza con Alemania que por los elementos nacionalistas de su política.

En comparación con las medidas tomadas por otros gobiernos revolucionarios del tercer mundo en la segunda mitad del siglo xx, la política de Carranza parece muy suave y moderada, aunque los representantes de los intereses económicos extranjeros claramente no la juzgaron así en su momento.

El gobierno de Carranza no había tomado medidas radicales contra las empresas extranjeras. No había habido nacionalizaciones, y antes de 1920 se habían repartido muy pocas tierras de propiedad extranjera entre los campesinos. En contraste con otros países donde han ocurrido revoluciones con un marcado carácter nacionalista durante el siglo xx, la revolución mexicana no redujo el poder de las empresas extranjeras. Antes al contrario, el valor de las inversiones extranjeras en México aumentó entre 1910 y 1920.[89] Como dijo un funcionario de una gran compañía minera

norteamericana: "El desorden, por consiguiente, nos conviene; las denuncias de minas son baratas y la competencia escasa".[90]

Los objetivos de Carranza eran mucho más modestos que la nacionalización de las propiedades extranjeras, aunque en principio tales nacionalizaciones estaban previstas en la Constitución de 1917. Sus ideas quedaron formuladas en una serie de pronunciamientos que vinieron a ser conocidos como la Doctrina Carranza.[91] En estos pronunciamientos, se adelantó a algunos de los principios de la conferencia de Bandung en la década de 1950, que subrayaban la solidaridad entre los países subdesarrollados y exhortaban a las grandes potencias a no intervenir en sus asuntos internos. Las formas de intervención que el presidente mexicano reiteradamente condenó fueron las pretensiones de los grandes intereses extranjeros en México a recibir la protección de sus gobiernos. Se opuso enérgicamente a la Doctrina Monroe, que consideraba una pretensión directa de los Estados Unidos a ejercer la hegemonía en América Latina. Instó en repetidas ocasiones a los países latinoamericanos a contrarrestar la influencia norteamericana por medio de alianzas entre sí y de relaciones más estrechas con otras potencias.

En términos prácticos, la política de Carranza frente a las empresas extranjeras tenía tres objetivos inmediatos: obligar a las compañías extranjeras a pagar mayores impuestos y regalías, limitar el poder político y económico de esas compañías, y afirmar la soberanía de México sobre sus materias primas y sobre todas las empresas activas en el país. Decretos de este tipo habían sido emitidos ya por Carranza y algunos de sus gobernadores en 1915 y 1916, y en 1917 quedaron incorporados en la Constitución de Querétaro. A fin de acrecentar los ingresos provenientes de las compañías extranjeras, Carranza decretó una serie de leyes que aumentaban los impuestos sobre el petróleo.[92] Al mismo tiempo, el gobernador carrancista de Yucatán, Salvador Alvarado, creó un monopolio estatal para la venta del henequén, lo cual tuvo como resultado un fuerte aumento en el precio de ese producto en los Estados Unidos. Se dictaron leyes que sometían a la aprobación oficial las ventas de propiedades mexicanas a extranjeros. Otras medidas tomadas por Carranza exigían que las compañías extranjeras que se propusieran adquirir nuevas propiedades se registraran como empresas mexicanas, para impedir la intervención diplomática de las potencias extranjeras. Las compañías mineras serían obligadas, bajo amenaza de clausura o venta, a reanudar la producción de sus minas cerradas.

Los conflictos más agudos con los Estados Unidos empezaron en enero y febrero de 1917 como resultado de una serie de medidas tomadas por el gobierno mexicano sobre la cuestión petrolera. En febrero de 1918 se aumentó el impuesto a la producción de petróleo y las tropas de Carranza intentaron ocupar los campos petroleros y dispersar a las tropas de Peláez. En ese mismo mes el gobierno mexicano emitió un decreto que obligaba

a las compañías extranjeras a registrar de nueva cuenta sus títulos de propiedad. Este nuevo registro significaba efectivamente un reconocimiento de la Constitución de 1917, particularmente en lo tocante a la soberanía de México sobre sus recursos naturales. El incumplimiento del registro de las propiedades de acuerdo con las nuevas leyes acarrearía la pérdida de todos los derechos de propiedad, y las propiedades quedarían sujetas a venta o arrendamiento.

Carranza tuvo éxito en dos renglones solamente. Después de expresar fuertes protestas, las compañías petroleras pagaron parte del aumento en las regalías, lo que difícilmente representó una gran carga para ellas habida cuenta de las ganancias que les había reportado la guerra. Y el monopolio de las ventas de henequén también constituyó un éxito impresionante para el gobierno mexicano hasta el fin de la guerra,

Todos los demás esfuerzos de Carranza, sin embargo, terminaron en el fracaso. Las compañías extranjeras hicieron caso omiso de los controles oficiales sobre la venta de propiedades mexicanas, pero continuaron haciendo nuevas adquisiciones. Ninguna compañía minera fue expropiada por negarse a renudar sus operaciones. Carranza tampoco pudo evitar que las compañías extranjeras siguieran aplicando presiones diplomáticas a través de sus embajadas. Por último, las compañías petroleras extranjeras se negaron a registrar de nueva cuenta sus títulos de acuerdo con la ley de febrero de 1918, y si bien Carranza no rescindió su decreto de reforma, pospuso de mes en mes la fecha de su aplicación.

El gobierno norteamericano se movió en varios niveles para impedir que el gobierno mexicano aplicara en la práctica sus leyes contra las compañías extranjeras. Los Estados Unidos amenazaron con intervenir y se formularon planes para una ocupación de los campos petroleros mexicanos. Al mismo tiempo, las autoridades norteamericanas intentaron recurrir a presiones económicas para obligar a Carranza a dar marcha atrás. Los embarques de armas al gobierno mexicano fueron suspendidos, después reanudados y nuevamente suspendidos. El mismo procedimiento se utilizó en el caso de los envíos de alimentos y productos manufacturados.

Las autoridades norteamericanas también apoyaron activamente a los adversarios de Carranza o bien toleraron en los Estados Unidos las actividades de los grupos que los apoyaban. Así, el Departamento de Estado aprobó el apoyo económico y militar de las compañías petroleras a Peláez. Las estrictas reglas del embargo fueron dejadas de lado en favor de Esteban Cantú, un antiguo oficial del ejército de Huerta que controlaba el estado de Baja California. El gobierno norteamericano no hizo nada para bloquear la ayuda que, según sabía por los informes de su propio servicio secreto, Félix Díaz estaba recibiendo de la Iglesia católica en los Estados Unidos, de "científicos" acaudalados que vivían en los Estados Unidos y de grandes intereses norteamericanos.[93] Por último, no puede determinarse

en qué medida el gobierno norteamericano intentó complacer a Obregón, pero el embargo sobre la exportación de oro y productos industriales fue atenuado en su favor, una medida que también se vio como un intento de fortalecer a un adversario potencial de Carranza.

Los adversarios revolucionarios de Carranza, como eran Villa y Zapata, no recibieron por otra parte ninguna ayuda de los Estados Unidos. En marzo de 1917, el senador Fall, el partidario más recalcitrante de la intervención norteamericana en México, había intentado utilizar al movimiento de Villa, que en ese momento estaba logrando importantes éxitos militares en Chihuahua, para sus propios fines. Con este objeto hizo que uno de sus colegas, Charles Hunt, le escribiera una carta a Villa pidiéndole que se reuniera con Fall. Hunt escribió:

> Después de conversar con el senador A. B. Fall y muchos importantes personajes en el estado de Chihuahua, y comprendiendo el gran disgusto con que ellos ven a Carranza y su mala administración de los asuntos en la República Mexicana, me dirijo a usted para pedirle que escriba una invitación, fijando la fecha y el lugar en que el senador Fall y otros amigos puedan reunirse con usted para conferenciar sobre un plan por medio del cual podamos ayudarlo a usted en cualquier forma legal, y en mi opinión las personas a las que me refiero son las que podrán conseguirle a usted grandes ingresos del territorio que usted domina, y sólo le pedirán un favor a cambio, que será que usted garantice la protección de todas las propiedades extranjeras en su jurisdicción.

La carta fue interceptada posteriormente por agentes norteamericanos y publicada en el *New York Times*. Su autenticidad fue confirmada por Fall.[94]

Los verdaderos objetivos de este plan iban mucho más allá de la mera "protección" de las propiedades norteamericanas en la región controlada por Villa. Siete años más tarde, Charles Hunt declaró que Villa había sido instado a formar una república en el norte de México, constituida por los estados de Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y la parte norte de Veracruz. Según Hunt, Villa había rechazado de plano esta proposición.[95]

La negativa de Villa a participar en planes elaborados por las compañías extranjeras fue confirmada también por un informe de los servicios de inteligencia norteamericanos presentado en la primavera de 1918, en el cual se informaba que Villa no estaba recibiendo ninguna ayuda económica del extranjero y que estaba financiando su movimiento exclusivamente con recursos procedentes de la región que dominaba.[96]

El gobierno norteamericano logró uno de sus objetivos más importantes, que era evitar la aplicación de las cláusulas de la Constitución de 1917 que

afectaban a las compañías extranjeras mientras la guerra continuara. Carranza cedió a las exigencias norteamericanas posponiendo una y otra vez la aplicación de la legislación sobre el petróleo de febrero de 1918 y finalmente modificándola. Con la excepción de los aumentos a los impuestos pagaderos por las compañías extranjeras, ninguno de los decretos de Carranza que limitaban el poder de las compañías extranjeras e impedían la expansión de esas empresas durante la revolución llegó a aplicarse jamás.

Los norteamericanos, sin embargo, no lograron su objetivo principal, que consistía en utilizar las promesas de préstamos y ayuda económica, junto con presiones y amenazas, para hacer que Carranza revocara la Constitución de 1917, llegara a un acuerdo sobre la cuestión de la deuda mexicana y accediera a las demandas norteamericanas de que indemnizara a las compañías extranjeras por daños sufridos durante la revolución. El gobierno norteamericano también fracasó en su intento de apartar a Carranza de su neutralidad benévola frente a Alemania.

Los "éxitos" de la diplomacia norteamericana no satisficieron a varias compañías norteamericanas que querían organizar un golpe de Estado contra Carranza durante la guerra o, en caso de no poder hacer eso, forzar la intervención militar de los Estados Unidos en México. En este sentido, los ingleses estaban muy en lo cierto al sospechar la existencia de una conjura que implicaba a algunas compañías norteamericanas en México en colaboración con Iturbide y Robles Domínguez. En diciembre de 1917, unos agentes norteamericanos lograron apoderarse de un acuerdo secreto transmitido por ciertas compañías norteamericanas cuyos nombres no se mencionaban a sus socios mexicanos; el acuerdo contenía planes para el derrocamiento de Carranza. En este acuerdo, los conservadores mexicanos convenían, a cambio de la ayuda de las compañías norteamericanas, en precipitar un rompimiento entre México y Alemania. Los participantes mexicanos en el acuerdo también declaraban su disposición a emitir bonos para el extranjero y a dar preferencia en la venta de esos bonos al grupo financiero norteamericano que firmaba el acuerdo.[97]

Algunos puntos importantes del acuerdo estipulaban "que los puestos de ministros de Relaciones Exteriores y de Hacienda serían ocupados únicamente por hombres capaces de restaurar la armonía entre los gobiernos de México y los Estados Unidos, y que también gocen de la confianza de ustedes y de sus sostenedores". El acuerdo también estipulaba "que el gobierno mexicano designará a los sostenedores de ustedes como asesores y agentes financieros para llevar a cabo todas las negociaciones financieras que deban efectuarse en los Estados Unidos". En una cláusula adicional del acuerdo se convenía en obligar a la empresa británica Pearson a ceder su control del ferrocarril de Tehuantepec al gobierno mexicano. El gobierno mexicano, por su parte, se obligaba a vender el 49% de esas acciones al grupo financiero norteamericano que firmaba el acuerdo. Además, todas las propiedades que le habían sido confiscadas al político mexicano Iturbide le serían devueltas. El acuerdo, que fue enviado por correo desde Nueva York a Canova, no mencionaba nombres, pero el Secretario de Estado, Lansing, no tardó en descubrir a los conspiradores. Cecil Ira McReynolds un abogado implicado en el plan, le informó a uno de los colegas de Lansing

> que el principal objetivo de la revolución que planeamos era obtener el control del petróleo en Tampico y los barcos alemanes en aguas mexicanas; se había llegado a un acuerdo con la participación de Corwin, Swain y Helm, de la Standard Oil Company, y el Departamento de Estado. Ellos se reunieron en Nueva York y discutieron el plan.
> McReynolds dijo también que la Standard Oil Company había aportado inicialmente 5 millones de dólares para la ejecución del plan. Dos millones y medio serían utilizados para comprar los barcos, millón y medio para financiar a los revolucionarios, y el millón restante para pagar a los sostenedores del movimiento. S. le dijo a X. que él tenía la impresión de que a V. se le pagaría con este dinero.

En este informe de Lansing, que era de naturaleza sumamente confidencial, V. se refería a Canova.[98]

Uno de los conspiradores mexicanos, a quien Lansing se refería sólo como S., quería estar seguro de que el gobierno norteamericano apoyaría el plan completamente antes de que él procediera a dar el golpe previsto en México. A tal efecto se acercó a un amigo íntimo del Secretario de Estado, quien a su vez se reunió con Lansing. Lansing no se comprometió, informó inmediatamente a Wilson y después despidió a Canova, quien sin embargo mantuvo sus vínculos con el Departamento de Estado.[99] Los financieros norteamericanos, empero, no abandonaron sus planes golpistas, y varios meses más tarde los ingleses, como hemos visto, descubrieron un plan similar que implicaba, no a Iturbide, sino al político mexicano Robles Domínguez.

Las compañías petroleras norteamericanas, la International Harvester Corporation y otras compañías norteamericanas participantes no limitaron en modo alguno sus acciones políticas a este tipo de conspiración, sino que instaron una y otra vez al gobierno norteamericano a que tomara una acción decisiva en México. A mediados de 1918, la International Harvester Company exigió que el gobierno norteamericano ocupara inmediatamente la península de Yucatán para forzar una reducción en el precio del henequén. En agosto de 1918, las compañías petroleras apoyadas por importantes funcionarios norteamericanos como Mark Requa, director general de la sección petrolera de la Administración de Combustibles de los Estados Unidos, intentó provocar una intervención militar norteamericana en Mé-

xico. No se sabe con certeza si el plan consistía en ocupar los campos petroleros o todo México.[100]

Contrariamente a las sospechas de los militares y los diplomáticos británicos, la mayor parte de los funcionarios del gobierno norteamericano asumieron una actitud negativa frente a estas conspiraciones y amenazas de intervención mientras la guerra continuara. Lansing y Wilson fueron apoyados en su actitud por una serie de compañías encabezadas por la casa bancaria Morgan, que deseaban evitar la intervención armada en México a toda costa. Thomas Lamont, de la casa Morgan, se negó a participar en un grupo de presión formado por compañías norteamericanas partidarias de la intervención.[101] La casa Morgan, que tenía grandes intereses en el mercado de bonos británico, estaba empeñada en evitar una intervención norteamericana en México que hubiera puesto en peligro, o cuando menos retrasado, una victoria aliada en la guerra mundial. Además, los bancos querían sobre todo asegurarse el pago de sus deudas y ganar el control del mercado financiero mexicano. Esperaban lograr ambos objetivos ejerciendo presión sobre Carranza.

Aunque el gobierno norteamericano, y especialmente el propio Wilson, no deseaban conspiraciones ni intervenciones en México antes del fin de la guerra, las actitudes de importantes funcionarios norteamericanos frente a esta cuestión empezaron a cambiar durante los últimos meses de la guerra. El intervencionismo se hizo más atractivo para importantes diplomáticos y funcionarios norteamericanos a medida que las tensiones con Carranza aumentaron y que la victoria en Europa se vio cerca.[102]

EL JAPÓN Y CARRANZA

En general, los dirigentes de las grandes potencias fueron más capaces de entender con exactitud las respectivas intenciones y políticas de unos y otros, más en todo caso de lo que han estado dispuestos a reconocer muchos observadores contemporáneos e historiadores posteriores. En lo que erraron esos dirigentes fue en la apreciación de los revolucionarios mexicanos y sus políticas. Cuando los políticos europeos y norteamericanos se equivocaron en cuanto a sus respectivas intenciones en México (como los británicos en lo tocante a un ataque germano-mexicano contra los Estados Unidos en 1917-18), esos errores estuvieron casi siempre vinculados a interpretaciones deficientes de las actitudes y los objetivos mexicanos.

¿Fue el Japón la única excepción a esta regla? ¿Fue la única gran potencia cuya política hacia México no pudieron valorar correctamente ni sus adversarios ni sus aliados? Zimmermann, ciertamente, cometió un gran error de juicio cuando supuso que el Japón se uniría a Alemania y a México en una alianza contra los Estados Unidos.

En los propios Estados Unidos, tanto dentro como fuera del gobierno, se expresaron fuertes sospechas en cuanto a las intenciones del Japón en México. Estas sospechas fueron de tres tipos: primero, que el Japón estaba considerando seriamente un ataque a los Estados Unidos, y que con tal propósito en mente estaba explorando la opción de obtener bases y de hacer una alianza con alguna facción en ese país. Segundo, que el Japón quería lograr lo que Alemania venía intentando desde fines de 1914: enfrascar a los Estados Unidos en una guerra con México e impedir así la interferencia norteamericana en los planes del Japón respecto a China. Y, tercero, que el Japón esperaba usar a México como pieza de regateo para lograr concesiones norteamericanas en el Lejano Oriente.

Estas sospechas no eran del todo infundadas. El Japón estaba explorando esas tres opciones, pero lo estaba haciendo en dosis tan pequeñas y tentativas que constituían una advertencia, pero no una provocación seria, a los Estados Unidos.

En 1914 el Japón entró en la primera guerra mundial del lado de los aliados y procedió inmediatamente a ocupar la base alemana en China. Esto fue sólo el primer paso en un gran proyecto para asegurar la supremacía japonesa en aquel país.

En enero de 1915 el Japón presentó secretamente veintiuna demandas al presidente chino Yuan Shih-kai. Estas demandas estaban divididas en cinco grupos. Los primeros cuatro eran fundamentalmente económicos: el Japón le pedía a China concesiones de gran alcance, especialmente en la Mongolia Interior y Manchuria. El quinto grupo de demandas habría establecido un cuasi protectorado del Japón sobre China. Entre otras cosas, el Japón exigía que ambos países administraran conjuntamente la policía en las principales ciudades chinas, que se crearan comisiones militares técnicas conjuntas, y que China comprara sus municiones en el Japón (esto último hubiera tenido como resultado una dependencia extrema de las fuerzas armadas chinas respecto del Japón).[103]

El gobierno japonés había subrayado este estado de cosas iniciando negociaciones secretas con Alemania para una paz por separado y un posible cambio de alianzas.[104] En 1915-16 Alemania sugirió al Japón que abandonara a los aliados, se pasara al bando alemán e indujera a Rusia a hacer lo mismo o cuando menos a adoptar una política de neutralidad. A cambio de ello, Alemania cedería todas sus posesiones en el Lejano Oriente al Japón y convendría en que se le hicieran importantes concesiones al Japón en China. El gobierno japonés dejó filtrar información sobre esas negociaciones a los aliados, los cuales a continuación aceptaron la mayor parte de las demandas japonesas en China para conservar al Japón a su lado.

Una potencia, sin embargo, siguió oponiéndose inalterablemente a que el Japón asumiera un papel preponderante en China, y puesto que toda-

vía no estaba envuelta en la guerra mundial disponía cuando menos de algunos medios para hacer valer su oposición. Esa potencia eran los Estados Unidos. Poco después de que el Japón presentó sus veintiuna demandas a China, el gobierno de los Estados Unidos declaró en mayo de 1915 que no reconocería ningún acuerdo entre China y el Japón que amenazara los derechos adquiridos por tratado por los Estados Unidos, la integridad territorial de China o la política de Puertas Abiertas.[105] Como resultado de esa declaración, las tensiones entre los Estados Unidos y el Japón aumentaron y México empezó a jugar un papel definido, aunque secundario, en los esfuerzos del Japón por anular o contrarrestar la oposición norteamericana a su política expansionista en China.

México constituía en dos sentidos un escenario sumamente favorable para las intrigas japonesas. A diferencia de los Estados Unidos o las potencias europeas, el Japón tenía muy poco que perder en México. Prácticamente no existían inversiones japonesas en el país, el comercio mexicano-japonés era mínimo y había pocos japoneses en México (la mayoría de los cuales eran de bajo origen social y por lo tanto de interés secundario para el gobierno japonés).[106] Así, pues, el Japón nunca tubo que enfrentarse al tipo de dilema que constantemente se le presentó a Alemania: cómo conservar sus grandes intereses económicos en México y al mismo tiempo utilizar a ese país para influir en la política de los Estados Unidos y tal vez provocar una intervención militar norteamericana allí.

Además, la mayoría de los gobiernos mexicanos entre 1910 y 1920, y especialmente el régimen de Carranza, mostraron gran interés en establecer vínculos más estrechos con el Japón. Lo que les atraía era precisamente el hecho de que el Japón no tenía grandes inversiones en México, y que por consiguiente no podrían surgir conflictos entre los intereses económicos del Japón y el nacionalismo mexicano.

Otra clara ventaja del Japón sobre Alemania, desde el punto de vista mexicano, era el hecho de que era la única potencia que podía venderle armas a México y minar, si no romper, así el embargo norteamericano sobre el suministro de armas.

Mucho más difícil de precisar es el papel que desempeñó, si alguno desempeñó, en la actitud de México el factor racial, es decir el carácter no europeo, asiático, del Japón.

El Ministerio de Relaciones Exteriores japonés parece haber intentado aprovechar estas circunstancias, si bien en forma mínima, para transmitir una moderada advertencia a los Estados Unidos.

El Japón, sin embargo, no pudo eludir la contradicción que afligía a las políticas de las grandes potencias hacia México: el conflicto entre las actitudes de las autoridades civiles y las militares en cuanto a la política relativa a México. Al igual que sus homólogas en Alemania, la Gran Bretaña y los Estados Unidos, la Marina japonesa favorecía una política mucho más agresiva en México que la que postulaban las autoridades civiles.

Por lo que toca al Ministerio de Relaciones Exteriores japonés, no hay pruebas de que haya respondido a las reiteradas insinuaciones tanto del régimen de Huerta como del de Carranza mostrando algún interés sustancial en México. Obviamente temía irritar a los Estados Unidos y recordaba las campañas antijaponesas que se habían desatado en los Estados Unidos en ocasión de las tensiones entre los dos países en 1907 y 1908 y como resultado de los rumores sobre la bahía de Magdalena que habían circulado en 1911 y 1912.

Con una posible excepción en 1916, el Ministerio de Relaciones Exteriores japonés desairó una y otra vez todas las insinuaciones mexicanas. Rechazó firmemente las propuestas de cooperación más estrecha entre el Japón y el gobierno de Carranza presentadas por Fukutaro Terasawa, un japonés al servicio del gobierno mexicano, al Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón a fines de 1915 (véase el capítulo 9). Los diplomáticos japoneses se mostraron igualmente firmes al negarse a considerar una nueva propuesta hecha por el gobierno de Carranza en la primavera de 1917 relativa a la entrada de México en la guerra contra Alemania, pero no como aliado de los Estados Unidos sino del Japón.

Ello no obstante, esta reservada actitud del Ministerio de Relaciones en Tokio no significa que éste no deseara utilizar los conflictos mexicano-norteamericanos para sus propios fines. Los diplomáticos japoneses, generalmente en términos muy sutiles, intentaron convencer a los funcionarios norteamericanos de que el Japón debía gozar de la misma preeminencia en el Asia Oriental que los Estados Unidos reclamaban para sí en el continente americano.

De una manera mucho menos sutil, los propagandistas estrechamente vinculados al Japón, como por ejemplo James S. Abbott, escribieron: "Si nosotros insistimos en una Doctrina Monroe para América, ¿por qué no habría de tener el Japón una Doctrina Monroe para el Asia?"[107] Los diplomáticos japoneses pronto abandonaron su reticencia y expresaron abiertamente la misma clase de ideas en sus negociaciones con los Estados Unidos. A fines de 1917 el Japón envió un representante especial, el vizconde Kikujiro Ishii, a los Estados Unidos para negociar un acuerdo entre los dos países en vista de que ambos eran ahora aliados en la guerra contra Alemania. Kikujiro Ishii demandó entonces abiertamente el reconocimiento norteamericano de una Doctrina Monroe asiática.

> Desde nuestro punto de vista —dijo a sus interlocutores norteamericanos—, el Japón tiene, en toda China y especialmente en las regiones de ese país adyacentes al Japón, intereses que exceden a los de otros países. Tal situación es una realidad que se deriva de los hechos de la naturaleza. Así como el motivo de la Doctrina Monroe existe independiente-

ministro mexicano en Tokio que el Japón estaba obligado por un tratado a suministrar armas únicamente a sus aliados y no podía venderle nada a México. A esas alturas de las conversaciones, la Marina japonesa intervino súbitamente. El ministro de la Marina les dijo a los representantes mexicanos que la Marina favorecía la venta de armas a México.[116] La Marina, de hecho, llegó a criticar a los mexicanos por no haber pedido ayuda y apoyo con anterioridad. La Marina pronto demostró ser más poderosa que el Ministerio de Relaciones Exteriores y México adquirió 30 millones de cartuchos y la maquinaria necesaria para instalar una fábrica de pólvora y cartuchos en México. México también parece haber adquirido una cantidad indeterminada de fusiles y otras armas en el Japón.[117]

Las acciones de la Marina japonesa son significativas, pues tuvieron lugar en un momento en que México estaba prácticamente solo en su conflicto con los Estados Unidos. Los alemanes en ese momento se negaron a apoyar a México, confiando en que aun sin su intervención México se vería arrastrado a una guerra con su vecino del norte. El apoyo que América Latina le dio a México fue principalmente moral. El Japón, fue, pues, prácticamente el único país que le brindó ayuda a México. Si bien las armas y las fábricas suministradas por el Japón no tuvieron una importancia decisiva, ciertamente alentaron a Carranza en su política de negativa absoluta a hacerle concesiones a Wilson a cambio de la evacuación de la expedición punitiva del territorio mexicano.

Cuando tal evacuación finalmente tuvo lugar, ello pareció poner fin al interés de la Marina japonesa en México. Los motivos de esta pérdida de interés en los asuntos mexicanos no son claros. Ello ciertamente no se debió a que la Marina japonesa hubiera abandonado la idea de que un conflicto con los Estados Unidos era posible. Por el contrario, esa idea tenía una aceptación cada vez mayor en el seno de la Marina. Es posible, sin embargo, que el retiro de la expedición punitiva convenciera a la Marina de que una guerra mexicano-norteamericana no tendría lugar en un futuro inmediato. También es posible que haya confiado en que el creciente conflicto entre los Estados Unidos y Alemania desviaría la atención norteamericana del Lejano Oriente y haría innecesaria otra medida de distracción en México.

Al paso que la Marina perdía interés en México, el control de la política japonesa en México volvió a manos del Ministerio de Relaciones Exteriores en Tokio. Este último no abandonó del todo la política de vender armas a México. Los envíos esporádicos de armas japonesas al gobierno de Carranza continuaron hasta septiembre de 1917. El Ministerio de Relaciones Exteriores, sin embargo, no estaba interesado primordialmente en incitar a México a resistir las presiones norteamericanas con la intención de desencadenar una guerra mexicano-norteamericana, como parece haber sido el propósito de la Marina. Su objetivo seguía siendo el de utilizar a

México como una pieza de regateo en sus complejas negociaciones con los Estados Unidos. Eso fue precisamente lo que ocurrió cuando el Japón envió a su representante especial, el vizconde Ishii, a los Estados Unidos en septiembre de 1917 para negociar algún tipo de acuerdo sobre China con el gobierno de Wilson. El intento de Ishii durante esas negociaciones, de comparar la relación de los Estados Unidos con México con la relación del Japón con China, era algo más que un mero paralelismo histórico.[118] Era también una advertencia de que si los Estados Unidos continuaban ignorando los derechos especiales del Japón en China, el Japón podría ignorar los derechos especiales de los Estados Unidos en México. No resulta claro hasta qué punto esta inferencia influyó en las largas y complejas negociaciones entre Ishii y el secretario de Estado Robert Lansing. En todo caso, después de que Lansing e Ishii firmaron el acuerdo en el cual el Japón y los Estados Unidos ratificaron la política de Puertas Abiertas en China y los Estados Unidos concedieron que el Japón tenía intereses especiales en ese país,[119] el Japón parece haber seguido una política de completa moderación en México. Aunque el acuerdo de ninguna manera zanjó los conflictos entre los Estados Unidos y el Japón, y aunque pronto surgieron entre los dos países nuevas contradicciones no sólo en torno a China sino también a Siberia, el Japón parece haber renunciado a toda intervención en los asuntos mexicanos.

Es difícil estimar la importancia de la política del Japón respecto a México en el periodo carrancista. Con una sola excepción significativa, fue una política de naturaleza exploratoria sin consecuencias concretas. La excepción fue la decisión tomada a instancias de la Marina japonesa de suministrar armas a México en un momento en que las tensiones mexicano-norteamericanas habían llegado a un punto crítico. No es fácil estimar las consecuencias militares de esa decisión. Las municiones y las fábricas de pólvora que Carranza les compró a los japoneses no hubieran significado gran cosa en una posible guerra con los Estados Unidos. En la lucha interna que Carranza venía librando con sus rivales, indudablemente lo ayudaron a mantener su precaria supremacía en el país. Esa ayuda japonesa, brindada en un momento en que México se enfrentaba solo a los Estados Unidos, probablemente tuvo también cierto impacto psicológico en el grupo dirigente carrancista (la masa de la población estaba poco enterada de estos tratos y no fue influida ni se sintió impresionada por los mismos). Tal impacto, sin embargo, no puede haber sido muy grande, pues sólo cinco meses después de que las negociaciones entre los representantes japoneses y mexicanos empezaron en mayo de 1916, Carranza se volvió hacia Alemania. Puesto que el Japón y Alemania estaban en guerra y el presidente mexicano no tenía manera de saber que entre los dos países se habían desarrollado negociaciones secretas, el acercamiento de Carranza a Alemania era una admisión tácita de que la ayuda japonesa nunca podría ser sus-

tancial. Si los mexicanos abrigaban alguna duda al respecto, la negativa del Japón a secundar los planes de Zimmermann encaminados a lograr una alianza y su rechazo igualmente categórico en mayo de 1917 de la propuesta de México de declararle la guerra a Alemania como aliado del Japón, deben de haber convencido a los mexicanos de que la carta japonesa no podía ser parte de su juego.

Resulta interesante especular (no se dispone de pruebas concretas para hacer más que eso) acerca de por qué los japoneses rechazaron la oferta mexicana de alianza. Habría existido una razón obvia si la oferta de México hubiese ido dirigida contra los Estados Unidos y si el gobierno de Carranza le hubiera pedido al Japón que garantizara la independencia de México. No hay pruebas de que esto haya sido lo que los mexicanos sugirieron. Parece ser que lo que éstos deseaban fundamentalmente era un pretexto para declararle la guerra a Alemania sin dar la impresión de estar siguiendo indicaciones norteamericanas. Pero aun este tipo de oferta era algo que los japoneses no tenían por qué aceptar, pues no les prometía ninguna ventaja concreta. Los Estados Unidos, y no el Japón, hubieran sido los beneficiarios principales de un alineamiento de México con los aliados. Ello les habría permitido retirar muchas de las tropas desplegadas a lo largo de su frontera con México. Esto era precisamente lo que los japoneses, cuya rivalidad con los Estados Unidos continuaba, no querían. Puesto que el Japón no estaba interesado en obtener concesiones económicas en México, los mexicanos en realidad no tenían nada que ofrecer al Japón a cambio de una posible alianza.

¿Tuvo el Japón algún impacto en el desarrollo interno o externo de la revolución mexicana? Su política vacilante y en ocasiones contradictoria hacia México, con la posible excepción de las ventas de armas al gobierno de Carranza en 1916, probablemente no tuvo efecto en este sentido. Pero la política general del Japón, su rivalidad con los Estados Unidos y la posibilidad siempre presente de un conflicto armado con los norteamericanos sí tuvieron consecuencias en lo tocante a la actitud de los Estados Unidos hacia México. Todo ello contribuyó sustancialmente a las vacilaciones del gobierno de Wilson en cuanto a extender su intervención en México y a su decisión de retirar sus tropas del país a pesar de la negativa de Carranza a acceder a las exigencias norteamericanas.

12. CARRANZA Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Cuando al término de la primera guerra mundial los Estados Unidos pudieron finalmente concentrar su atención en México, se puso en marcha una ambiciosa campaña intervencionista. Los iniciadores y animadores de esa campaña fueron principalmente los portavoces y abogados de las compañías petroleras norteamericanas. A fin de crear el clima psicológico necesario para una intervención, tacharon de germanófilo al gobierno mexicano y acusaron a Carranza de ser un agente alemán. La campaña se centró en tres acusaciones básicas: que Carranza estaba a sueldo de Alemania, que Carranza había preparado un ataque contra los Estados Unidos,[1] y que México estaba financiado y controlado por Alemania. Se dijo que cada decisión importante sobre política interna que se tomó en México entre 1916 y 1918 fue el resultado de una iniciativa alemana y que la Constitución mexicana de 1917 había sido elaborada y redactada por juristas alemanes.[2]

Toda nuestra exposición, así como los documentos que hemos citado, demuestran que tales acusaciones son completamente falsas. No hay pruebas de que Carranza haya sido sobornado por Alemania; la observación de Eckardt: "soborno innecesario", prueba precisamente lo contrario. Las reacciones de Carranza a la nota de Zimmermann y a la segunda propuesta alemana de alianza constituyen clara prueba de su oposición a las sugerencias alemanas de que atacara a los Estados Unidos. Alemania no le hizo ningún préstamo a México durante la guerra mundial (la única imputación norteamericana específica, la de que México recibió un anticipo de 800 000 pesos, nunca ha sido comprobada; y, en todo caso, tal suma habría sido insignificante).[3]

Las decisiones del gobierno mexicano sobre política interna no sólo fueron tomadas de manera independiente, sino muy a menudo en oposición a los deseos de los representantes alemanes. No existe prueba alguna de que la Constitución de 1917 haya sido escrita por juristas alemanes. Eckardt, de hecho, opinó muy negativamente sobre ese documento. Caracterizó a los miembros del Congreso constituyente de Querétaro como "figuras esencialmente catilinarias". En cuanto a la Constitución misma, escribió que ésta fue "el resultado de dos meses de trabajo de unos hombres entre los cuales sólo un puñado, según el consenso general, están realmente a la altura de esa tarea. La nueva Constitución obviamente carece de un sólido fundamento legal, lo que de antemano ya era imposible dado el poco tiem-

po en que tuvo que ser redactada. Es obvio, a la luz de sus innovaciones más serias —los artículos que se refieren a la Iglesia y a la educación, la adquisición y tenencia de la tierra, y la seguridad social— que la ley está hecha a la medida de las masas y concede a éstas derechos que se derivan, cuando menos en parte, de una concepción completamente incoherente y falsa de las cuestiones sociales serias".[4] La propuesta de Eckardt de que se aliara con la Iglesia[5] también fue rechazada por Carranza.

Todo esto revela la total falta de fundamento de la acusación de que Alemania estaba controlando a México y de la aseveración de que el gobierno de Carranza estaba formado por agentes alemanes. Es un hecho, sin embargo, que las simpatías y las esperanzas del gobierno mexicano en el transcurso de la guerra mundial estuvieron fuertemente orientadas hacia Alemania. En agosto de 1918, Eckardt escribió en su acostumbrado tono melodramático:

> El general Obregón, entonces ministro de la Guerra y más tarde vencedor en la batalla de Celaya que fue tan decisiva para Carranza, me dijo mucho antes de que los Estados Unidos declararan la guerra que "nadie es neutral en esta guerra; o se está con Alemania o se está contra ella". Tanto la claridad de pensamiento como la fecundidad de la formulación eran notables. Ambas mostraban hasta qué punto este hombre estaba comprometido —por encima y más allá de sus propios intereses— con el gran choque entre pueblos al otro lado del océano, y cuán claramente tomó partido por nosotros [. . .] México estuvo *de parte* de Alemania en la guerra mundial, y ello le hará acreedor a la gloria en los libros de historia alemanes. Esto no fue un factor secundario, sino, en mi opinión, un factor de primordial importancia. Debido a su influencia en América Latina y a sus abiertas simpatías por nosotros, que éramos los enemigos de los Estados Unidos, México obligó a los Estados Unidos a mantener entre 200 000 y 500 000 hombres armados en su frontera con México. En mayo de 1917, Carranza me había prometido que él nos apoyaría de esa manera.[6]

¿Cuál fue el origen de esa actitud? ¿Hasta dónde llegó realmente ese sentimiento "proalemán"? ¿Había intereses mexicanos esenciales comprometidos en todo ello? Éstas son las preguntas decisivas que deben plantearse a este respecto.

Cuando estalló la guerra mundial, Carranza declaró su neutralidad, expresando una profunda desconfianza tanto frente a Inglaterra como a la Alemania imperial, que habían apoyado a Huerta casi hasta el final. Durante los primeros meses de la guerra, esa neutralidad mostró incluso una cierta orientación proaliada. Las intrigas alemanas para provocar una guerra mexicano-norteamericana no eran ningún secreto para Carranza; sus servicios de inteligencia parecen incluso haber participado en su descubrimiento. Sus relaciones con los representantes alemanes, primero con los cónsules alemanes en las regiones controladas por él y más tarde con Eckardt, fueron muy frías. Característica de esa orientación fue la inamistosa reacción del gobierno mexicano ante una gestión del cónsul alemán en Veracruz, quien dio a entender que los envíos de petróleo a Inglaterra constituían una violación de la neutralidad mexicana. En marzo de 1915 el gobierno de Carranza le informó que tales envíos no podían considerarse de ninguna manera como una violación de la neutralidad, dado que no consideramos el petróleo como un contrabando bélico. El petróleo tiene muchos usos que no tienen absolutamente ninguna relación con la guerra. Considerarlo como un material de guerra esencial constituiría un tremendo golpe a importantes intereses comerciales que no tienen nada que ver con las naciones beligerantes.[7]

La actitud de Eckardt hacia el gobierno carrancista y sus ataques al propio Carranza, a quien se refirió en sus primeros informes de la manera más cruda, son testimonio elocuente del estado de las relaciones germano-mexicanas en aquel momento. Cuando las relaciones con los Estados Unidos se deterioraron y Carranza buscó el apoyo de otra gran potencia, no se volvió hacia Alemania sino hacia el Japón. El gobierno japonés, sin embargo, no se mostró muy interesado. La actitud del Japón, la preocupación de los aliados con Europa, sus relaciones cada vez más íntimas con los Estados Unidos y su creciente dependencia respecto de las importaciones norteamericanas, crearon una situación en la que sólo quedaba una gran potencia en la que Carranza podía buscar apoyo contra los Estados Unidos: Alemania. Carranza procuró un acercamiento con Alemania sólo después de que el avance de la expedición punitiva norteamericana en México lo llevó al borde de una guerra con los Estados Unidos. "Desde 1916 Wilson lo ha estado empujando a nuestro campo con sus frívolos juegos y finalmente con la expedición punitiva de Pershing",[8] escribió Eckardt a fines de 1917. Las primeras medidas realmente proalemanas de Carranza dignas de mención fueron tomadas en ese periodo: la reorientación de la prensa hacia las Potencias Centrales; el nombrimiento de Krumm Heller, un partidario declarado del imperialismo alemán, como agregado militar mexicano en Berlín; el envío al gobierno alemán de un memorándum en el que se proponían relaciones económicas y políticas más estrechas entre los dos países; y, finalmente, el ofrecimiento de una base para submarinos en México.

Carranza buscaba dos ventajas con estos intentos de acercamiento. En primer término, y más bien ingenuamente esperaba una gestión diplomática alemana en Washington en favor del retiro de la expedición punitiva norteamericana en México. Tal gestión, aun en caso de haberse intentado, no habría tenido ninguna posibilidad de éxito, independientemente del he-

cho de que no tenía nada que ver con los intereses de la diplomacia alemana, que por supuesto deseaba intensamente una intervención norteamericana en México. El hecho de que Eckardt ni siquiera transmitiera esta petición a Berlín indica la poca importancia que le atribuyó. ¿Sobrestimaba Carranza la importancia de los intereses alemanes en México?

¿Sobrestimaba el poderío de Alemania? No existe una respuesta inequívoca a estas preguntas. Parece probable, sin embargo, que sí haya sobrestimado el poderío de Alemania. La falta de experiencia de Carranza en los asuntos internacionales y la propaganda de Eckardt no dejaron de pesar a este respecto.

La segunda esperanza de Carranza, mucho más concreta, era la de obtener armas de Alemania. Las tensiones mexicano-norteamericanas derivadas del avance de la expedición punitiva norteamericana en México, habían desembocado en la imposición de un embargo sobre la exportación de armas norteamericanas a México. Para Carranza, sin embargo, las armas eran una necesidad vital, dada la posibilidad de una guerra con los Estados Unidos y la exigencia de mantener a raya a sus enemigos internos, que habían vuelto a levantar cabeza. Los éxitos logrados por los submarinos alemanes que transportaban cargas a los Estados Unidos parecían abrir la posibilidad de enviar armas a México. La iniciativa de Carranza sólo encontró, en un principio, vacilaciones y reservas en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania. La guerra entre los Estados Unidos y México, tan deseada en Berlín, parecía inminente sin ninguna injerencia adicional por parte de Alemania. Un acercamiento abierto de Alemania con Carranza podría haber tenido el efecto contrario y haber atraído una vez más la atención norteamericana hacia Alemania. Así, pues, Zimmermann consideró el memorándum mexicano como una cuestión a ser tratada en la posguerra, y en un principio ni siquiera se le dio consideración a la posibilidad de enviar armas alemanas a Carranza. Sin embargo a fin de no desalentarlo demasiado y de no empujarlo en brazos de los norteamericanos, los alemanes dispusieron un envío de armas desde América del Sur. El retiro de la expedición punitiva se debió en no pequeña medida a las acciones de Alemania, si bien indirectamente. La indeseable posibilidad de verse atados en México durante un periodo de crecientes tensiones con Alemania indujo a los norteamericanos a retirar sus tropas.

La declaración de guerra submarina ilimitada por parte de Alemania, el rompimiento de las relaciones germano-norteamericanas, la declaración de guerra por los Estados Unidos, y finalmente la retirada norteamericana de territorio mexicano crearon una situación en que la iniciativa pasó de Carranza al gobierno alemán.

¿Estaba el gobierno mexicano realmente interesado en la propuesta, hecha por Zimmermann, de una alianza contra los Estados Unidos, excepto como una medida defensiva en caso de una nueva invasión norteamericana? Hay dos respuestas hipotéticas a esta pregunta, basadas en indicios, pero no en pruebas concretas, de que Carranza tal vez haya considerado aceptar el ofrecimiento alemán de una alianza ofensiva cuyo resultado habría sido un ataque mexicano a los Estados Unidos. Una de las respuestas hipotéticas habría sido un viraje completo del Japón y su participación directa en una alianza germano-mexicana contra los Estados Unidos. Una segunda respuesta hipotética, no del todo ajena a ciertas esperanzas de Carranza, habría sido una guerra civil en los Estados Unidos. En sus memorias, Adolfo de la Huerta cuenta que a Carranza lo fascinaba la posibilidad de reincorporar a Texas, Arizona y Nuevo México a la República Mexicana.[9] Esto lo confirma el apoyo que dio al movimiento del Plan de San Diego. En febrero de 1917, después del retiro de la expedición punitiva, Carranza parece haber suspendido su apoyo a los mexicanos del otro lado de la frontera. Ello no obstante, como lo indica el ya mencionado informe de uno de sus agentes secretos en los Estados Unidos, algunos militares mexicanos creían que en caso de una guerra entre Alemania y los Estados Unidos, centenares de miles de norteamericanos de origen alemán se rebelarían y podrían ser la punta de lanza de un levantamiento de negros y mexicanos contra el gobierno de los Estados Unidos. De haber ocurrido tal cosa, Carranza tal vez habría atacado a los Estados Unidos. Cuando se convenció de que el Japón no cambiaría de aliados en la guerra y de que en los Estados Unidos no ocurriría ningún levantamiento, rechazó obstinadamente todas las subsiguientes propuestas alemanas para un ataque a los Estados Unidos.

La política internacional de México durante 1917 y 1918 fue esencialmente una reacción frente a cinco peligros principales que, a juicio del gobierno de Carranza, amenazaban la supervivencia de éste y la soberanía de México.

1. Una nueva intervención militar norteamericana era una amenaza que obsedía a México. Si bien una ocupación militar de todo el territorio mexicano parecía improbable mientras durara la primera guerra mundial (aunque el gobierno mexicano nunca la descartó totalmente), una intervención limitada no parecía en modo alguno imposible. Los intereses petroleros y henequeneros, así como algunos altos funcionarios del gobierno norteamericano, seguían expresándose privada y públicamente en favor de la ocupación de los campos petroleros mexicanos y de la península de Yucatán. En vista de la importancia militar de los campos petroleros, Wilson no descartaba completamente tal posibilidad, aunque deseaba evitarla en la medida de lo posible.[10] Carranza recibía constantemente informes de que en los Estados Unidos se estaban considerando seriamente tales opciones.

No existen pruebas de que Carranza haya tenido informantes con acceso a la Casa Blanca o a los niveles superiores del Departamento de Estado, pero sí se filtraron hasta él informes sobre las deliberaciones que tenían

lugar en esos círculos o sobre las intrigas de los intereses económicos norteamericanos. Carranza tenía un excelente servicio de inteligencia a lo largo de la frontera y sus agentes habían logrado infiltrarse en casi todos los grupos de exiliados mexicanos en los Estados Unidos. Tan pronto como los agentes de las corporaciones norteamericanas, e incluso del gobierno de los Estados Unidos, comunicaban sus planes a sus aliados mexicanos reales o potenciales, Carranza se enteraba de ellos. Los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México están llenos de esos informes. Al mismo tiempo, el servicio secreto alemán le hacía llegar informes semejantes. Dado que éstos eran en su mayor parte corroborados por las informaciones de sus propios agentes, la credibilidad de los alemanes aumentaba a los ojos del presidente mexicano.

2. El gobierno de Carranza esperaba un golpe de Estado de inspiración aliada en México, en el que la Gran Bretaña y los Estados Unidos apoyarían con armas y dinero a los adversarios conservadores de Carranza así como a los nacientes grupos de oposición dentro de su propio movimiento. Carranza estaba muy al tanto de que grupos económicos norteamericanos y diplomáticos británicos estaban elaborando planes para tales opciones. Cummins había discutido los planes para un golpe de manera tan abierta en el British Club de la ciudad de México que, según los informes del cónsul británico, el gobierno mexicano los conocía en detalle. El servicio secreto alemán también informó a Carranza sobre la conspiración de Robles Domínguez.[11]

3. La política económica de los Estados Unidos hacia México adquiría cada vez más la forma de un bloqueo casi total contra México a medida que la guerra progresaba. Hasta que los Estados Unidos entraron en la primera guerra mundial, las restricciones impuestas a México por su vecino del norte estuvieron limitadas a dos campos: desde 1911, con algunas interrupciones, el gobierno de los Estados Unidos tenía que aprobar los envíos de armas a su vecino del sur. Al mismo tiempo, Carranza no había podido obtener ningún préstamo en los Estados Unidos. Si bien las restricciones financieras podían imponerse con facilidad, el embargo sobre el envío de armas era más difícil de aplicar. Era muy difícil controlar la larga frontera entre los dos países, y el contrabando de armas en gran escala se llevó a cabo constantemente entre 1910 y 1917. Después que los Estados Unidos entraron en la guerra al lado de los aliados, el gobierno recibió nuevos poderes y nueva autoridad que pudo emplear contra México. En vista de las amenazas alemanas, los controles en la frontera se hicieron aún más estrictos. Por primera vez en la historia de los dos países pudo evitarse efectivamente el contrabando de armas. Al mismo tiempo, los controles sobre las exportaciones, que hasta marzo de 1917 se habían limitado a las municiones, se extendieron a una gran variedad de productos. En septiembre de 1917 la Tesorería de los Estados Unidos impuso un embargo general sobre la exportación de oro en lingotes a cualquier país con el propósito de estabilizar el dólar y retener el oro en los Estados Unidos. Poco tiempo después el gobierno emitió un decreto para controlar e impedir el envío de alimentos a México.[12]

4. Un golpe de Estado de inspiración alemana en México —el complot de Eckardt con varios generales mexicanos para derrocar a Carranza en caso de que éste rompiera con Alemania— era considerado por el presidente mexicano como un peligro muy serio.

5. Si Alemania decidía llevar a cabo acciones de sabotaje en gran escala en los campos petroleros mexicanos, Wilson podría verse obligado a intervenir contra su voluntad. En caso de producirse tal intervención, Carranza además de sufrir cuantiosas pérdidas en los ingresos provenientes del petróleo, se habría visto enfrentado a un dilema imposible. Si resistía, se vería envuelto en una guerra con los Estados Unidos que no podría ganar. Y si no resistía, el resentimiento interno contra su pasividad podría provocar su caída.

Entre marzo y septiembre de 1917, aproximadamente, Carranza procuró atenuar estos peligros mediante una política de reacercamiento con los Estados Unidos. Con la excepción de un nuevo impuesto sobre el petróleo y de limitadas restricciones en lo relativo a nuevas concesiones, que obligaban a quienes trataban de obtener tales concesiones a renunciar a la intervención diplomática de sus gobiernos, Carranza no hizo ningún intento de aplicación del artículo 27 constitucional. Los informes norteamericanos, entre marzo y mayo de 1917, en el sentido de que el gobierno mexicano estaba considerando seriamente el rompimiento de relaciones con Alemania, fueron confirmados por la intriga de Eckardt con los generales. Cuando se hizo claro que tal medida podría tener serias repercusiones internas. Carranza consideró otra opción, que esperaba le permitiría romper con Alemania sin renunciar a su postura nacionalista y sin perder el apoyo de sus generales. Aguilar le sugirió al ministro japonés una alianza especial entre México y el Japón, en cumplimiento de la cual México entraría en la guerra del lado de los aliados, pero ostensiblemente como aliado del Japón más bien que de los Estados Unidos. Obviamente, el gobierno mexicano esperaba que tal arreglo disiparía los temores de sus propios militares de que se estaba vendiendo a los Estados Unidos y al mismo tiempo le ganaría a México un protector, el Japón, que en la posguerra y aun durante la guerra le serviría de apoyo contra los Estados Unidos. Aun después de que el Japón rechazó esta propuesta y esta manera aparentemente más fácil de unirse a los aliados le quedó vedada a México, Carranza no abandonó sus esperanzas de buscar un acercamiento con los Estados Unidos.

El gobierno de Washington reaccionó a esta actitud conciliadora suspendiendo provisionalmente el embargo sobre la venta de armas y municiones

y reconociendo oficialmente al gobierno mexicano en septiembre de 1917.

El intento de acercamiento de Carranza a los Estados Unidos fracasó, no tanto debido a la conjura de los generales y a las intrigas de Eckardt cuanto a la convicción, por parte del presidente mexicano, de que los Estados Unidos estarían dispuestos a levantar sus restricciones económicas sólo si él se avenía a aceptar graves limitaciones a la soberanía de su país. Carranza llegó a esta convicción como resultado de las prolongadas negociaciones financieras con los Estados Unidos.

En junio de 1917 el gobierno de Carranza había llegado a un acuerdo con una empresa norteamericana, la Inselin and Company, sobre un préstamo a México. La compañía acuñaría monedas de oro mexicanas en los Estados Unidos, las cuales serían utilizadas para estabilizar la moneda mexicana. La Tesorería norteamericana vetó este acuerdo dando como razón, por una parte, los vínculos de la Inselin con Alemania, y, por otra parte, el temor de que la estabilización de la moneda mexicana depreciara el dólar norteamericano.

En agosto de 1917 las negociaciones sobre un préstamo entre los representantes de Carranza y grandes bancos norteamericanos fracasaron cuando los bancos se negaron a concederle un crédito al gobierno mexicano. Cuando otros bancos norteamericanos más pequeños le informaron al gobierno mexicano que ellos estarían dispuestos a hacerle un préstamo a México si el gobierno de los Estados Unidos accedía a garantizarlo, Carranza inició negociaciones con los representantes del gobierno de Washington. Éste le dejó saber a Carranza que en principio no se oponía a un préstamo, pero que las garantías relativas a "intereses creados válidos" tendrían que ser ofrecidas por el gobierno mexicano. Carranza obviamente consideró que esta condición infringía gravemente la soberanía de México y se negó a aceptarla.[13] El fracaso de estas negociaciones fue seguido por los embargos sobre la exportación de oro y alimentos a México.

Fue por entonces cuando Delmar llegó a México como representante del Estado Mayor alemán y presentó a México la nueva oferta alemana de una alianza contra los Estados Unidos. A diferencia del telegrama de Zimmermann, la oferta de Delmar no era del tipo todo-o-nada. Aun cuando Carranza rechazara la propuesta de alianza, como en efecto lo hizo, Delmar ofrecía una estrecha cooperación en la posguerra que podría ayudar a romper el bloqueo norteamericano contra México, y planteó la posibilidad de un préstamo alemán a México durante la guerra. Con la ayuda del dinero alemán, Carranza podría eludir algunas de las consecuencias del embargo norteamericano comprando alimentos y otros bienes esenciales en los países neutrales de América del Sur con los que México estaba estableciendo relaciones cada vez más estrechas. La oferta de alianza de Delmar también le hizo ver a Carranza que Alemania, a pesar de su rechazo a la nota de Zimmermann, no había perdido interés en México.

Fue en este momento cuando Carranza tomó la decisión de establecer los vínculos más estrechos que pudiera con Alemania sin llegar a una alianza. Con esta política, perseguía objetivos tanto a corto como a largo plazo.

El principal objetivo a corto plazo de Carranza era indudablemente la obtención de ayuda alemana en el caso, que él parecía considerar muy probable, de una intervención armada de los Estados Unidos o de un golpe propiciado por los aliados. También esperaba obtener de Alemania algún tipo de préstamo que lo ayudara a sobrevivir hasta que la guerra terminara y Alemania tuviera los medios de brindarle una asistencia más sustancial. Otro objetivo a corto plazo de esencial importancia para Carranza en este acercamiento con Alemania era impedir que los agentes alemanes llevaran a cabo acciones de sabotaje en los campos petroleros, puesto que tales acciones constituían la mejor manera de provocar una intervención norteamericana en México.

Carranza también pudo haber esperado que la colaboración con el servicio secreto alemán disuadiera a los aliados de apoyar a sus adversarios internos y de intervenir en México. Tanto Inglaterra como los Estados Unidos temían que un conflicto con Carranza resultara desastroso para las compañías de los países aliados en México. Puede que hayan tenido dudas en cuanto a la disposición o capacidad de Carranza para llevar a cabo, en un momento de crisis, una destrucción masiva de propiedades aliadas. Pero no dudaban que un poderoso servicio secreto alemán en México, una vez autorizado por Carranza, concentraría sus esfuerzos primordialmente en la destrucción de las compañías aliadas.

Es probable que la promesa de apoyo alemán haya reforzado la decisión de Carranza de responder a la guerra económica de los Estados Unidos con sus propias represalias. Éstas consistieron esencialmente en el intento de obligar a los intereses norteamericanos a hacer pagos más cuantiosos en forma de impuestos o regalías para compensar las pérdidas sufridas por México a causa del bloqueo económico de los Estados Unidos.

En septiembre de 1917, después que los Estados Unidos impusieron su embargo sobre las exportaciones de oro a México, Carranza emitió decretos encaminados a obligar a las compañías mineras norteamericanas a pagar en oro una parte de sus exportaciones. A principios de 1918 el gobierno mexicano decretó un aumento de los impuestos y una nueva reglamentación para las compañías petroleras.[14] Estos decretos dieron lugar a enérgicas protestas del Departamento de Estado y a estridentes demandas de intervención en México por parte de los intereses norteamericanos afectados. En esa coyuntura, la posibilidad de recibir ayuda alemana indudablemente fortaleció la voluntad de resistencia de Carranza.

En abril de 1918 el embajador mexicano en Washington presentó informes que indicaban las intenciones norteamericanas de bloquear los puertos mexicanos de Veracruz y Tampico: "El ministro de Relaciones Exteriores

me dijo —escribió Eckardt—, que en caso de un bloqueo el presidente no negociaría sino que tendría que devolver el golpe. Cuando me preguntó si yo tenía autorización para concluir una alianza le contesté afirmativamente, aunque cuando éste no es el caso".[15]

Otro de los objetivos de la colaboración a corto y a largo plazo de Carranza con Alemania era su política latinoamericana. Él deseaba crear un bloque latinoamericano encabezado por México y la Argentina que pudiera defenderse colectivamente contra los Estados Unidos. Al perseguir ese objetivo, sus deseos coincidieron momentáneamente con los de los diplomáticos alemanes. Ambos países querían conservar la neutralidad del mayor número posible de países latinoamericanos. Así, pues, Carranza le propuso a Eckardt que Alemania intensificara su propaganda en Colombia contra la entrada de ese país en la guerra.[16] También parece haber habido cierta colaboración en Centroamérica durante el mismo periodo. Además de estos actos de política exterior, un importante factor de política interna dejó sentir su peso: el mantenimiento de la unidad del movimiento carrancista. La conspiración de los generales fue una clara advertencia para Carranza. La población en general era tan antinorteamericana que si Carranza les hubiera hecho cualesquiera concesiones importantes a los norteamericanos, los generales habrían contado con un apoyo de masas.

El más importante de los objetivos a largo plazo de Carranza era indudablemente su deseo de obtener un fuerte apoyo de Alemania en la posguerra, cuando los Estados Unidos podrían volver una vez más su atención hacia México. El cónsul norteamericano en Mazatlán expresó esto de manera muy clara y sucinta:

> No cabe ninguna duda, a juzgar por la actitud prevaleciente aquí en la costa occidental, de que el gobierno mexicano y la gran mayoría del pueblo mexicano están dispuestos a cultivar una verdadera amistad con los alemanes. En mi opinión, este sentimiento se basa en la inclinación del pueblo mexicano, desde la guerra con los Estados Unidos [en el siglo pasado] a ver a los Estados Unidos no como un amigo sino como un enemigo perpetuo. El sentimiento se funda en un deseo de procurar la amistad y el apoyo moral de una gran potencia europea que no sea Inglaterra ni Francia, de suerte que México, cuando adopte un punto de vista hostil a los Estados Unidos, no se encuentre solo en la arena internacional. Este deseo de amistad con Alemania parece haber nacido después del estallido de la guerra europea y parece ser, en cierta medida, un resultado de la admiración del pueblo mexicano por el poderío de las armas alemanas en la tierra y en el mar.[17]

Carranza, probablemente, también abrigaba la esperanza de obtener ayuda económica, como resultado de las incontables promesas alemanas. "Estamos adelantando —le dijo a Eckardt—, pero todavía tenemos grandes dificultades que vencer. Seguiremos luchando hasta que, según espero, recibamos ayuda de Alemania."[18]

El segundo objetivo a largo plazo de Carranza revela que éste se hacía ciertas ilusiones acerca del carácter del imperialismo alemán. Tenía la esperanza de industrializar a México con ayuda alemana. Ya había expresado tales deseos en un memorándum de noviembre de 1916. La sección militar-comercial de la embajada alemana en Berna informó sobre esperanzas similares de parte de los mexicanos. "A su manera de ver, los Estados Unidos están explotando al país, sacando dinero sin dar nada a cambio con el propósito de mantener al país bajo su control. México, por lo tanto, está buscando otros socios comerciales para zafarse de los Estados Unidos."[19] Todavía en 1919, Carranza le comunicó a Jahnke su esperanza de que Alemania industrializara a México.

La política proalemana de Carranza estaba dirigida a impedir el sabotaje alemán, a conservar la lealtad de sus generales y a asustar a los aliados. También esperaba recibir ayuda alemana en caso de que los Estados Unidos llevaran a cabo una intervención armada.

También es posible que Carranza haya tenido la esperanza de poder explotar los temores norteamericanos de una mayor penetración alemana en México y obligarlos a concederle un préstamo sin exigir como condición el repudio de la Constitución de 1917 o el abandono de la neutralidad mexicana. México y los Estados Unidos efectuaron repetidas negociaciones en torno a tal préstamo en 1917 y 1918.

En la medida en que sus propios lineamientos fueron transgredidos ocasionalmente en esas negociaciones, ello se hizo sin su conocimiento o contra su voluntad.

En 1917-18, ninguno de los planes urdidos por el mando militar alemán, los círculos del gobierno británico o las compañías norteamericanas, llegó a realizarse. Los agentes alemanes no llevaron a cabo ningún acto de sabotaje en los campos petroleros. Los adversarios de Carranza nunca llegaron a recibir la ayuda importante o el reconocimiento oficial por parte de los aliados que habrían necesitado a fin de convertirse en una amenaza seria para el gobierno mexicano. Por último, tampoco tuvo lugar ninguna intervención militar extranjera en México. ¿Hasta qué punto puede atribuirse esta "moderación" de las grandes potencias a la política exterior de Carranza? ¿Qué efecto real tuvo la actitud proalemana del presidente mexicano durante la primera guerra mundial en las políticas de las grandes potencias con intereses en México?

Desde el punto de vista norteamericano, lo que resultó decisivo fueron las políticas interna y económica de Carranza y su orientación hacia las compañías norteamericanas, sobre todo las petroleras. Las simpatías de Carranza por Alemania nunca fueron tomadas en serio en Washington

y sólo tuvieron un efecto limitado en la política mexicana de Wilson.

La actitud de las potencias europeas fue muy diferente. Los planes golpistas de Inglaterra fueron fundamentalmente una respuesta a la colaboración de Carranza con Alemania y a los consiguientes temores del alto mando militar británico en cuanto a un ataque germano-mexicano contra los Estados Unidos. Los planes ingleses, sin embargo, no tuvieron ninguna consecuencia, pues los Estados Unidos no estuvieron dispuestos a participar en ellos.

En realidad, la orientación proalemana de Carranza tuvo su efecto más importante en la política mexicana de Alemania. Como resultado de la actitud de Carranza, el gobierno alemán decidió renunciar a la única forma de acción efectiva a que podía recurrir: las operaciones de sabotaje en gran escala en los campos petroleros. Una amenaza a los suministros de petróleo a los aliados hubiese sido la única razón para que Wilson considerara una intervención en México durante la guerra mundial. Al frustrar los planes de sabotaje del alto mando militar alemán mediante concesiones limitadas, Carranza tal vez evitó realmente la intervención extranjera en México.

¿Hasta qué punto complació Carranza a los alemanes a fin de lograr sus objetivos? Dos documentos ofrecen una amplia información al respecto. Uno de ellos es un memorándum confidencial de Polk, el consejero del Departamento de Estado a cargo de los asuntos mexicanos, a Lansing, escrito en junio de 1918. Polk afirmó que Carranza había adoptado una postura claramente proalemana que se expresaba en las siguientes medidas:

1. Ayuda material de Alemania en forma de dinero, oficiales para adiestrar al ejército, equipo de radiocomunicación, etcétera;
2. El viaje oficial de Fabela, ostensiblemente a la Argentina, pero en realidad a Alemania vía España;
3. La represión contra los periódicos proaliados y el apoyo a los periódicos proalemanes como *El Demócrata*, para el cual se llegó a comprar papel en el Japón.
4. Tolerancia en cuanto al uso de México como base de operaciones del espionaje alemán;
5. Rompimiento de relaciones con Cuba.[20]

De estos cinco puntos, los dos primeros deben corregirse o rectificarse en la medida en que la ayuda financiera alemana a Carranza nunca se materializó, y en la medida en que no existe ninguna prueba en cuanto a lo que se dice sobre el viaje de Fabela. Estos problemas aparte, el memorándum de Polk es muy similar al informe final de Eckardt al Reichskanzler del 7 de agosto. Después de afirmar "que el retrato de nuestro emperador adorna el despacho de Carranza y el presidente sigue los movimientos del ejército alemán con la mayor atención, viendo en cada victoria una confirmación de su propia política", Eckardt citaba casi los mismos puntos: las negociaciones con Carranza en torno a un préstamo; la conexión inalámbrica con Nauen; los preparativos para una base submarina. También mencionaba "que el presidente recibe casi diariamente informes escritos sobre la situación interna que yo obtengo a través de canales oficiales o de otro tipo desde diversas partes del país [. . .], y añadía que a Carranza se le mantenía al tanto de las actividades de espionaje aliadas dirigidas contra él. El viaje de Fabela también se menciona en este informe, pero la información de Eckardt al respecto no puede confirmarse, como ya hemos señalado. Eckardt también elogiaba al secretario de Gobernación, Aguirre Berlanga, por la deportación de Félix Palavicini, el director del periódico proaliado *El Universal*.[21]

Ambos informes, por lo tanto, coinciden en los puntos centrales. Salvo dos excepciones, los actos de Carranza no constituyeron una amenaza a la soberanía de México ni dieron lugar a ninguna posibilidad seria de intervención norteamericana. Las dos excepciones fueron la concesión de una base submarina a Alemania y la tolerancia dispensada a las actividades de los servicios secretos alemanes. La base submarina pudo haber provocado fácilmente una intervención norteamericana. Todas las pruebas indican, sin embargo, que Carranza no sabía nada de tal ofrecimiento o bien que la instalación de apoyo fue construida contra su voluntad.

El problema planteado por las actividades del servicio secreto alemán fue un tanto diferente. Carranza conocía tanto a Delmar como a Jahnke y recibía regularmente informes de ambos sobre las actividades de los norteamericanos. Obviamente esperaba utilizar esos servicios para sus propios fines. Había hecho muy claro que se oponía tanto al sabotaje en Tampico cuanto a los ataques fronterizos lanzados desde su territorio. Los servicios secretos alemanes, sin embargo, no limitaron sus actividades a preparar informes para el gobierno mexicano. Se enviaron saboteadores a los Estados Unidos desde México, y en Sonora, Delmar preparó un ataque contra los Estados Unidos. Cualquiera de estas dos actividades hubiera podido desencadenar una intervención norteamericana. Los servicios secretos se inmiscuyeron más aún en la política interna de México con la conjura de los generales. Se tiene así la impresión de que el aparato alemán en México desbordó en cierta medida a Carranza y que las autoridades mexicanas tomaron algunas medidas independientes sin su consentimiento.

No parecía haber unanimidad en el seno del gobierno mexicano o entre los jefes militares en cuanto a qué actitud asumir frente a Alemania. Los partidarios de los aliados favorecían un rompimiento con Alemania y en algunos casos incluso una intervención activa en la guerra mundial del lado de los aliados. El miembro más prominente de este grupo era el general Pablo González, comandante de las tropas que luchaban contra Zapata y miembro del círculo francés en México que en octubre de 1917 quiso que

México rompiera relaciones diplomáticas con Alemania.[22] Este grupo incluía también al gobernador de Coahuila y a varios senadores. Trece de estos últimos, incluidos Alonso, Reynoso y Cepeda, presentaron una resolución en una reunión secreta del Senado el 20 de octubre en la que se pedía el rompimiento de relaciones diplomáticas con Alemania. En la votación, que tuvo lugar el 18 de diciembre, la resolución fue derrotada por 35 votos contra trece.[23]

Frente a este grupo actuaba un sector germanófilo extremo. Entre los partidarios más entusiastas de la Alemania imperial, Eckardt incluía a Mario Méndez, el secretario de Comunicaciones; Breceda, el jefe de la policía del Distrito Federal; y Aguirre Berlanga, el secretario de Gobernación, a quien Eckardt hacía objeto de grandes elogios, si bien con un asomo de desconfianza: además de esos hombres, incluía a los generales Calles, Diéguez, Murguía y, probablemente sin razón, a Obregón.[24]

Entre estos dos grupos había un centro formado por Aguilar, Carranza y posiblemente Obregón. Antes de que los Estados Unidos entraran en la guerra, Obregón se había referido a Alemania en términos muy positivos al conversar con Eckardt. Después de la revelación de la nota de Zimmermann les dijo inmediatamente a los norteamericanos que tal proposición era impensable. En 1917 viajó a los Estados Unidos en gestiones de negocios. "A través de un emisario especial —escribió Eckardt—, me dijo que no me dejara confundir si los 'gringos' le dispensaban un recibimiento entusiasta: él siempre estaría de nuestro lado." El viaje de Obregón dio lugar a uno de los numerosos pronunciamientos racistas de Eckardt acerca del pueblo mexicano: "Puede decirse que un mexicano tal vez no soporte al yanqui, pero siempre estará dispuesto a aceptar su dólar".[25]

En los Estados Unidos, Obregón hizo una inequívoca declaración antialemana. En una conversación con el corresponsal norteamericano de un periódico francés, el general declaró:

1. México no puede sobrevivir sin los envíos de trigo y de productos manufacturados de los Estados Unidos. Los Estados Unidos, sin embargo, hacen depender sus envíos de la actitud política de los países neutrales frente a las potencias aliadas.
2. México debe emitir bonos para pagar las compensaciones por daños causados durante la última revolución.
3. Los Estados Unidos se están convirtiendo en una poderosa potencia militar, y hay razones para temer que, después de la guerra, sus oficiales se sientan poco dispuestos a envainar la espada [. . .]
4. Nosotros amamos a Francia, e Inglaterra domina los mares.[26]

Las declaraciones de Obregón revelan que éste estaba explotando hábilmente las contradicciones entre las grandes potencias sin tomar partido por ninguno de los dos bandos.

Lo que estaba en juego en la lucha entre este grupo centrista y los elementos germanófilos extremos no era el deseo de colaborar con Alemania, sino los límites de tal colaboración. Para Carranza, Aguilar y Obregón, los límites estaban trazados en el punto en que el peligro de una intervención norteamericana se hacía presente. Tanto Mario Méndez —según se desprende de la manera como se manejó la cuestión de la base submarina— cuanto Calles, a juzgar por las observaciones de Delmar, estaban dispuestos a sobrepasar esos límites.

Debemos preguntarnos hasta qué punto estaba consciente Carranza de los peligros que las actividades de los representantes alemanes en México podían crearle. ¿Percibía tan sólo el peligro de verse llevado a una guerra con los Estados Unidos? ¿O tenía también conciencia del peligro de abrirle la puerta a una nueva potencia imperialista no menos despiadada que los Estados Unidos?

Ni los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México ni las memorias de los políticos que estuvieron cerca de Carranza arrojan mayor luz sobre estas interrogantes. Los diferentes puntos de vista de los ministerios mexicanos de Relaciones Exteriores y de Gobernación sobre la relación entre propaganda y neutralidad indican que en ciertos momentos se hicieron objeciones a los actos germanófilos. De los archivos alemanes y austriacos puede colegirse algo más que esto: la destitución de Krumm Heller demuestra que se hicieron intentos de mantener fuera del servicio diplomático mexicano a los elementos excesivamente inclinados a Alemania. Una conversación entre Schwabach, representante de la casa bancaria Bleichröder, y Ortiz, el ministro mexicano en Berlín, revela que el gobierno mexicano no confiaba plenamente en Alemania. Ortiz había preguntado si Alemania le otorgaría un préstamo a México después de la guerra. "Siempre ha habido gente entre nosotros —informó Schwabach— fundamentalmente opuesta a los empréstitos extranjeros [. . .] La posición de un gobierno dispuesto a prestarle dinero a México se vería muy fortalecida en futuras discusiones en el parlamento o en la prensa si México nos concediera ciertas ventajas económicas importantes, como por ejemplo concesiones petroleras. El señor Ortiz pensó que sería difícil obtener tales concesiones y tenía razones para creer que las recientes negociaciones entre México y los Estados Unidos habían fracasado debido a que estos últimos habían hecho demandas similares."[27] El apoyo de Pablo González a los aliados no era, obviamente, accidental, pues entre todos los jefes militares era el más cercano a Carranza. Su posición no tenía por objeto únicamente recalcar la neutralidad de México ante el mundo; muy probablemente había sido concebida como un contrapeso a la influencia de los generales proalemanes en la política interna.

Los informes de Kania, el ministro austriaco en México, son mucho menos entusiastas que los de Eckardt en cuanto a las simpatías proalemanas

de Carranza; esto se debía en cierta medida al deseo de Eckardt de exagerar sus éxitos ante Berlín. "El presidente ha estado comprometido hasta ahora a mantener la neutralidad, pues de lo contrario las fuerzas armadas lo abandonarían",[28] telegrafió Kania a Viena el 17 de julio. Nueve días más tarde, informó que "la fluctuante opinión del gobierno mexicano en cuanto al resultado de la guerra lo orilla por el momento a mantenerse distante de Alemania".[29]

De todo esto se obtiene la impresión de que Carranza guardó claramente su distancia respecto de los planes y las provocaciones alemanas que hubieran podido provocar una guerra mexicano-norteamericana. Sin duda subestimó los peligros que el imperialismo alemán podía representar para México, pero no fue ciego ante ellos. Carranza había fijado límites claros y firmes a la actividad alemana en México. La violación ocasional de tales límites ocurrió sin su conocimiento o bien contra su voluntad. En conclusión puede decirse que el gobierno mexicano, al que las grandes potencias veían únicamente como un instrumento maleable para sus propias políticas, logró invertir los papeles y explotar en su beneficio las rivalidades de aquéllas. Ni los planes norteamericanos, ni los británicos ni los alemanes, dieron los frutos apetecidos. Carranza, sin embargo, obtuvo el retiro de la expedición norteamericana, la abstención de Alemania en cuanto a las actividades de sabotaje, y, por último, la neutralidad de su propio país.

V

Epílogo

13. CARRANZA Y LAS GRANDES POTENCIAS, 1919-1920

"Continuaremos luchando hasta que, como espero, recibamos ayuda de Alemania",[1] le había dicho Carranza al ministro alemán en México en 1917. Entonces, obviamente, abrigaba la esperanza de que al concluir la guerra mundial una Alemania victoriosa, o cuando menos no derrotada, le proporcionaría los medios para romper el bloqueo económico norteamericano y vencer a sus enemigos internos. Cuando la guerra terminó en noviembre de 1918 con la derrota de Alemania, sus esperanzas se vinieron abajo. Entonces tuvo que enfrentar una amenaza exterior mucho más peligrosa que las anteriores, al mismo tiempo que resurgía una fuerte oposición interna.

Los Estados Unidos salieron de la primera guerra mundial como la potencia más poderosa del mundo, tanto en lo económico como en lo militar. En lugar del pequeño ejército regular al que se había enfrentado en 1916, Carranza vio ahora a su país amenazado por una enorme fuerza de varios millones de hombres. En términos económicos, durante la guerra los Estados Unidos habían remplazado a las potencias europeas como el inversionista y el importador y exportador más importante para la mayoría de los países latinoamericanos. México no era una excepción, y durante la guerra, a pesar de todos los esfuerzos mexicanos en contrario, los Estados Unidos habían logrado alcanzar una preponderancia económica sin precedentes. En tanto que las inversiones europeas en México se redujeron drásticamente durante las fases más violentas de la Revolución Mexicana las inversiones norteamericanas continuaron aumentando.[2]

Los diplomáticos europeos en México describieron en términos amargos cómo las corporaciones norteamericanas, con la colaboración de su gobierno, habían logrado debilitar el poderío económico europeo en México.

Los norteamericanos se sirvieron de la censura de tiempo de guerra para llevar a cabo un espionaje económico dirigido a presionar no sólo a las compañías alemanas, sino también a las inglesas y las francesas. El 13 de agosto de 1919, el ministro alemán en México escribió:

> Del mismo modo que la censura inglesa aprovechó la vigilancia del correo para llevar a cabo un extenso sabotaje comercial durante los primeros años de la guerra, la censura norteamericana hace lo propio ahora. Ha salido a la luz toda una serie de casos en los que ciertas ofertas o pedidos comerciales llegaron a sus destinatarios con varios meses de retraso, y en los que las muestras incluidas en dichas cartas fueron simple-

mente confiscadas. También en esto, los norteamericanos no hacían más que aplicar el modelo británico de utilización del espionaje no sólo contra las compañías de los países enemigos, sino contra las de los países neutrales y las de sus propios aliados. Los comerciantes ingleses y franceses se quejaron amargamente cuando se enteraron de que las compañías norteamericanas se estaban aprovechando de sus rivalidades y mejorando sus precios para arrebatarles los clientes.

En México, el intento norteamericano de monopolizar el comercio de importación y exportación no iba dirigido únicamente contra las compañías que figuraban en la lista negra, que incluía a todas las compañías alemanas, muchas mexicanas, ciertas españolas e incluso algunas francesas, sino simplemente contra todos los comerciantes que no fueran norteamericanos, o sea los británicos, los franceses y los japoneses en general. El espionaje comercial fue puesto en práctica abiertamente por los consulados norteamericanos, que mantenían una red de informantes a sueldo con este fin, y por las recién creadas "Cámaras de Comercio", íntimamente vinculadas con las actividades de propaganda política.[3]

Por medio de manipulaciones financieras, las compañías norteamericanas lograron crear, en el caso de varias empresas que operaban en México, una situación en la cual los capitales se hallaban en Europa pero las deudas, garantizadas por hipotecas, estaban en manos de acreedores norteamericanos. Ya desde el 25 de diciembre de 1915, Eckardt había informado desde México:

> El autor de un informe confidencial que he recibido, un suizo alemán bien documentado sobre asuntos económicos, afirma que incluso la Compañía Mexicana de Tranvías, la Compañía de Luz y Fuerza y los Ferrocarriles Nacionales de México, todos los cuales fueron creados con capital extranjero, serían fácil presa de los capitalistas de Wall Street [. . .] Sus métodos [de los banqueros norteamericanos] para la realización sistemática de este plan se ilustran con dos ejemplos entre muchos casos análogos: lo ocurrido con la Compañía Mexicana de Tranvías, la Compañía de Luz y Fuerza, y, más adelante, los ferrocarriles mexicanos. En estos casos, de acuerdo con los balances a los que mi informante ha tenido acceso, tanto las acciones vendidas en el extranjero como las que pertenecen al gobierno mexicano se han perdido, principalmente como resultado de la revolución, pero las fábricas aparentemente pasarán a manos de los acreedores, que son banqueros e inversionistas privados norteamericanos. Recurriendo a nuevos y cuantiosos créditos, éstos procederán a crear compañías rentables controladas por norteamericanos. Mi informante deja muy en claro que éste es el resultado deseado por los financieros norteamericanos.[4]

Como resultado de las constantes luchas en México, muchas compañías mexicanas y europeas de nivel medio habían preferido vender sus bienes, que fueron adquiridos por norteamericanos.

La relación de fuerzas también había cambiado en la esfera del petróleo, aunque en ésta el cambio no fue tan dramático como en otras áreas. La participación de la compañía de Pearson en la producción de petróleo mexicano había disminuido. En varias ocasiones durante el transcurso de la guerra, Pearson había realizado negociaciones con la Standard Oil para la venta de su compañía petrolera; no puede descartarse la posibilidad de que la suspensión temporal de su contrato de suministro con el Almirantazgo británico haya tenido algo que ver con estos esfuerzos. En febrero de 1917, cuando todo estaba listo para la absorción de la compañía de Pearson por la Standard Oil, el gobierno británico vetó la venta. En octubre de 1918 Pearson inició negociaciones con la Royal Dutch Shell, la gran compañía petrolera anglo-holandesa, que adquirió los intereses de Pearson en la primavera de 1919.[5] Aunque la Compañía El Águila, entonces bajo nuevo control, era más débil que las compañías petroleras norteamericanas, seguía siendo sin embargo la compañía británica más fuerte de México.

A comienzos de 1919 los banqueros norteamericanos y europeos, acicateados por la esperanza de que el deterioro de la situación interna e internacional de Carranza obligaría a éste a aceptar sus propuestas, sugirieron un acuerdo que habría neutralizado en la práctica la Constitución de 1917, permitido el acceso irrestricto de los intereses norteamericanos a los recursos naturales de México, saldado la deuda mexicana en condiciones favorables a los intereses extranjeros y restringido la soberanía mexicana. Las propuestas de los banqueros le fueron sometidas al secretario interino de Hacienda, Rafael Nieto, en marzo de 1919. La deuda mexicana se renegociaría en un solo bloque y también se saldaría el adeudo de los Ferrocarriles Nacionales. Con este fin se otorgaría a México un cuantioso préstamo, a cambio del cual el país aceptaría una serie de restricciones a su soberanía. Los ingresos aduanales se comprometerían como garantía del pago de la deuda bajo algún tipo de supervisión internacional, se crearía un nuevo banco federal con una junta directiva internacional, y se firmaría un tratado de amistad y comercio que "proporcionaría una base satisfactoria para la operación de empresas comerciales en México por los naturales de los países" en cuestión.

Carranza había demostrado en varias ocasiones que estaba dispuesto a transigir en lo tocante a la aplicación de la Constitución de 1917, que nunca había respaldado plenamente. Pero a todo lo largo de su carrera se había negado a aceptar cualquier limitación a la soberanía de México, y volvió a hacerlo en 1919, rechazando así el acuerdo propuesto.[6]

A partir de este momento, la campaña y las demandas en pro de una intervención militar en México se desataron en los Estados Unidos. Dos

organizaciones encabezaron estas demandas: la Asociación Nacional para la Protección de los Derechos Norteamericanos en México y la Organización de Productores de Petróleo en México. La primera incluía a los representantes de casi todas las compañías con capitales invertidos en México; la segunda era un grupo dentro de la primera organización, presidido por E. L. Doheny y que agrupaba a todas las compañías petroleras en México. Ambas organizaciones lanzaron una campaña de prensa y propaganda en gran escala que culminó en un llamado a la intervención militar en México.[7]

La Organización de Productores de Petróleo en México envió una delegación, encabezada por Doheny, a las negociaciones de paz en París. El 1o. de febrero de 1919, el embajador alemán en La Haya informó:

> Representantes de las compañías petroleras inglesas y norteamericanas quieren viajar a Francia con el fin de instar a la conferencia de paz a que adopte una posición específica en cuanto a los derechos mineros ingleses y norteamericanos en México [...] No es sorprendente que los financieros norteamericanos, que durante años han estado pidiendo una intervención en México, intenten ahora utilizar la actual posición hegemónica de los Estados Unidos para fomentar acciones contra su vecino del sur.[8]

El mismo Doheny describió los objetivos de su viaje con las siguientes palabras:

> Sólo vamos a hacer una gran pregunta. Esperamos que la Conferencia de Paz tenga a bien contestarla: ¿Hasta dónde pueden llegar los nuevos gobiernos en su actitud de desconocer o confiscar los derechos creados de los residentes extranjeros y de los extranjeros en los países donde se han establecido los nuevos gobiernos?[9]

Nada se supo en un principio sobre los resultados obtenidos por la delegación. El profesor Starr, de la Universidad de Chicago, escribió en el *Los Angeles Times*: "En la Conferencia de Paz en París se planeó y se decidió la guerra con México. De esto estoy seguro".[10] El secretario de Estado Lansing, sin embargo, afirmó que la conferencia de paz no trató el asunto en absoluto.[11] Un miembro influyente del Partido Republicano, en una conversación con el jefe del servicio secreto alemán en México, esbozó lo que tal vez se acordó en la conferencia:

> La conferencia de paz convino en que la situación actual en México no podía prolongarse por mucho tiempo, y que debía llegarse a un acuerdo entre los Estados Unidos y México o bien se utilizarían otros medios, tales como el derrocamiento violento de Carranza a través del bloqueo, la intervención o la guerra.[12]

Independientemente de lo que haya decidido la conferencia de paz, los intervencionistas en los Estados Unidos consideraron que con o sin sanciones internacionales ellos debían seguir adelante con sus planes relativos a México.

En el Senado norteamericano estos esfuerzos fueron encabezados por el senador Albert B. Fall, de Nuevo México, quien mantenía estrechas relaciones con los intereses petroleros. El senador Fall estableció un subcomité para investigar los asuntos mexicanos a fin de movilizar a la opinión pública en favor de la intervención y de ejercer presión sobre Wilson en tal sentido. Con este fin se invitó a numerosos norteamericanos residentes en México a que testificaran y relataran sus sufrimientos y pérdidas a manos de los revolucionarios mexicanos.[13]

En esta investigación participó de manera importante Doheny, quien exigió medidas enérgicas en nombre de "los intereses nacionales de los Estados Unidos" en el petróleo mexicano. Afirmó:

> Puede decirse que el bienestar y la prosperidad futuros de los Estados Unidos, tanto durante como después de la actual gran guerra mundial, dependen en gran medida o cuando menos son afectados por la operación y el control ininterrumpidos de los campos petroleros en México que actualmente son propiedad de compañías norteamericanas [...] Sin este suministro legítimamente adquirido, y con la certidumbre de que las otras grandes fuentes de petróleo del mundo están o estarán al servicio de las otras grandes potencias comerciales, la esperanza de un sistema norteamericano de transportación oceánica que sirva a los propósitos de este país en la extensión de su comercio y su influencia en los siete mares no podrá realizarse.[14]

Los intervencionistas "tradicionales" como Fall encontraron un apoyo cada vez mayor entre aquellos funcionarios gubernamentales que, como Lansing, Polk y Fletcher especialmente, se habían opuesto inflexiblemente a la intervención militar en México mientras durara la guerra mundial.[15] Los militares como el general Leonard Wood abrigaban la esperanza de que una intervención de los Estados Unidos en México sirviera para posponer la desmovilización de las fuerzas armadas norteamericanas.

El fin de la primera guerra mundial no sólo condujo a una intensificación de las presiones externas, sino también de las internas, sobre el gofierno de Carranza. Éste había mantenido a raya a sus enemigos internos, pero no había logrado derrotarlos; y cuando la guerra terminó y el espectro de una intervención norteamericana volvió a hacerse presente, los anticarrancistas incrementaron sus esfuerzos por derrocar al presidente mexicano. Sus movimientos se vieron fortalecidos por el creciente descontento popular con la política interna de Carranza. En 1918-19 la producción

de alimentos fue sólo un 65% de lo que había sido en 1910.[16] Había hambre en gran parte del país, agravada por la corrupción de los funcionarios carrancistas que acaparaban grandes cantidades de alimentos y los exportaban o los vendían a precios inflados.

Carranza había sido incapaz de restablecer la paz y extensas regiones del país eran devastadas por las facciones en guerra. Sobre todo, como afirmó Zapata con amargura en una carta abierta a Carranza, las reformas que el presidente había prometido no se habían realizado. Zapata declaró que "ni los ejidos se devuelven a los pueblos, que en su inmensa mayoría continúan despojados; ni las tierras se reparten entre la gente de trabajo, entre los campesinos pobres y verdaderamente necesitados". Zapata condenó la disolución de los sindicatos y el control que el gobierno ejercía sobre ellos en términos igualmente duros. Acusó a Carranza de haber destruido las libertades democráticas que antes había proclamado. "Devuelva usted su libertad al pueblo, C. Carranza; adbique usted sus poderes dictatoriales, deje usted correr la savia juvenil de las generaciones nuevas."[17] Los redoblados esfuerzos de Zapata por combatir a Carranza coincidieron con los de Villa. En los últimos meses de 1918 el movimiento villista cobró nuevo vigor. En Chihuahua la política conservadora de Carranza había causado una profunda desilusión. Hasta 1919 no se había hecho un solo reparto de tierras entre los campesinos. De hecho, ni siquiera una comisión agraria operaba en el estado.

Una profunda escisión se había producido entre los jefes militares del Estado y las autoridades civiles carrancistas que controlaban a las Defensas Sociales o guardias locales. Como resultado de ello, algunas de estas unidades habían sido desarmadas y otras fueron atacadas por las tropas del gobierno. Convencidos de que Carranza sería incapaz de restablecer la paz en el estado, de llevar a cabo cualquier tipo de reforma o de estabilizar la situación allí, muchos de sus habitantes se volvieron una vez más hacia Villa. Éste había vuelto a hacerse respetable para ellos cuando en diciembre de 1918 su viejo compañero de armas, Felipe Ángeles, regresó del exilio en los Estados Unidos para unírsele de nuevo. Ángeles le ofreció a Villa el apoyo de un poderoso grupo de exiliados mexicanos en los Estados Unidos, la Alianza Liberal Mexicana, que incluía tanto a revolucionarios como a conservadores.[18]

Ángeles también esperaba lograr algún tipo de reconciliación entre Villa y los Estados Unidos mediante el cual se pudiera obtener, si no el apoyo, cuando menos la neutralidad norteamericana para Villa.

En todos sus discursos, Ángeles subrayaba la necesidad de la amistad entre México y los Estados Unidos.

La situación de Carranza se hizo más grave aún debido a que, por primera vez, los movimientos que se oponían a su gobierno consideraron seriamente la posibilidad de coordinar e incluso de unificar sus esfuerzos contra el presidente mexicano.

Tal unidad había parecido inconcebible durante mucho tiempo. La brecha que separaba a los conservadores como Félix Díaz y Peláez de los radicales como Villa y Zapata era mayor que la que separaba a cada uno de ellos de Carranza. Ello no obstante, hacia 1919 estas fuerzas estaban tratando de llegar a algún tipo de acuerdo. Por un lado, las negociaciones se basaban en la convicción de que sólo combinando sus fuerzas podrían derrocar a Carranza y evitar la intervención de los Estados Unidos. Por otro lado, el regionalismo ofrecía una base de acuerdo para estos movimientos. Ninguna de las facciones revolucionarias que se oponían a Carranza había logrado hacerse de un apoyo a nivel nacional después de 1915. El movimiento zapatista estaba limitado a Morelos y algunas regiones adyacentes, la influencia de Villa no llegaba más allá de los confines de Chihuahua y Durango, las tropas de Félix Díaz limitaban sus operaciones esencialmente a Veracruz, Oaxaca y Chiapas, en tanto que Peláez operaba solamente en la región petrolera. Una solución que le diera a cada facción el control de su propio territorio bajo un presidente "neutral" con poderes limitados, aceptable para todos ellos y para los Estados Unidos, les parecía un compromiso viable a la mayoría de las facciones.

Tanto Zapata como Peláez consideraban a Francisco Vázquez Gómez, el compañero de planilla electoral de Francisco Madero en las elecciones de 1910, como un candidato aceptable.[19] Felipe Ángeles pensaba que él mismo sería un candidato ideal para tal solución de compromiso. Tanto Villa como muchos antiguos oficiales del viejo ejército federal que combatían en las filas de Félix Díaz lo tenían en alta estima. De todos los adversarios de Carranza, parecía ser el más aceptable para los norteamericanos. En 1915 Wilson había considerado seriamente apoyarlo como candidato a la presidencia de México, pero no existen indicios de un apoyo similar en 1918-19.

Mucho más peligroso para Carranza que la oposición de sus enemigos tradicionales era un movimiento que se estaba gestando en sus propias filas. En junio de 1919, Álvaro Obregón había anunciado su intención de presentarse como candidato para suceder a Carranza en las elecciones de 1920. Su candidatura encontró un fuerte apoyo entre los militares, parte de la nueva burguesía (esencialmente sonorense) que había surgido como resultado de la revolución y la mayoría de los radicales dentro del movimiento carrancista. Carranza se opuso enérgicamente a la candidatura de Obregón, aunque no tenía intenciones de violar la constitución y hacerse reelegir. En lugar de eso lanzó y apoyó la candidatura de uno de sus colaboradores, Ignacio Brillas, entonces embajador de México en los Estados Unidos. Carranza contaba con que Bonillas, poco conocido en México y sin apoyo popular en el país, dependería tanto de él cuando fuera presidente que el verdadero poder seguiría en sus manos.

A mediados de 1919 Carranza tenía tres poderosos enemigos enfrente: los Estados Unidos, sus adversarios internos tradicionales y Obregón y sus partidarios. A fin de evitar una guerra en tres frentes, algunos de los seguidores de Carranza lo instaron a hacer las paces con uno de sus enemigos. Estos hombres no pensaban en Villa o en Zapata, sino en los norteamericanos o en Obregón. Carranza pensaba de diferente manera. No estaba dispuesto a transigir con ninguno de sus adversarios internos. Tampoco se avenía a aceptar condiciones norteamericanas que pusieran en peligro la soberanía de México. Pero sí esperaba impedir la intervención norteamericana y tal vez llegar a algún acuerdo con los norteamericanos bajo condiciones aceptables para él.

En primer término, trató de convencer a los norteamericanos, así como a las clases altas mexicanas tradicionales, de que él representaba la única alternativa viable tanto a la anarquía como al radicalismo. En consonancia con esta política, intensificó su campaña contra Zapata y Villa y en abril de 1919 logró su primer éxito importante. A principios de 1919 Pablo González encargó a uno de sus subordinados, Jesús Guajardo, la misión de matar a Zapata. Guajardo procedió a "desertar" con toda su tropa y pidió a Zapata que lo aceptara en su ejército. Tal petición representaba un importante refuerzo para Zapata, urgido como estaba de hombres y sobre todo de armas. Con todo, su escepticismo lo llevó a ordenar a Guajardo que atacara una guarnición carrancista para probar su compromiso revolucionario. Guajardo le dio la "prueba" requerida. No sólo efectuó el ataque, sino que incluso ejecutó a los soldados carrancistas capturados. Después de eso, Zapata consideró que podía confiar en Guajardo y aceptó reunirse con él en la hacienda de Chinameca. El 10 de abril de 1919 llegó a la hacienda con varios acompañantes. Guajardo lo recibió con una guardia de honor en posición de firmes. Cuando Zapata se acercó, una "salva de honor" lo mató instantáneamente. Por este asesinato, Guajardo recibió una cuantiosa recompensa de Pablo González. Aun cuando quedaron muy debilitados por la muerte de su jefe, los zapatistas continuaron luchando.[20]

Este "éxito" en el frente del sur tuvo su equivalente en el norte. Felipe Ángeles, traicionado por su escolta, cayó en manos de las tropas de Carranza. Después de un juicio militar, fue sentenciado a muerte y fusilado el 26 de noviembre de 1919. A pesar de las numerosas peticiones de conmutación de la pena que Carranza recibió de diversos sectores, se negó a ello.

Esta línea dura en política interna del presidente mexicano pareció fortalecer su régimen en cierta medida. El asesinato de Zapata debilitó al movimiento zapatista, aunque no lo destruyó. La muerte de Ángeles representó un fuerte golpe a las esperanzas de los exiliados mexicanos en los Estados Unidos de organizar una amplia coalición de facciones anticarrancistas en México.

Esta política estaba vinculada a los intentos de Carranza de atraer a su lado a las clases altas del país, intentos que realizó con más determinación que nunca. Algunos de los casos más controvertidos de devolución de tierras a los hacendados se resolvieron en favor de éstos en 1919. Sobre todo, Carranza se propuso ahora dar un paso del que antes había dudado, a saber, poner en práctica una política de reconciliación no sólo con la masa de los hacendados, sino con los miembros más destacados de la oligarquía "científica". Al igual que Porfirio Díaz en 1903, Carranza trató ahora de fortalecer su régimen haciéndole amplias concesiones al terrateniente más rico de México, un hombre que para muchos mexicanos era el paradigma del hacendado: Luis Terrazas, antiguo cacique y gobernador de Chihuahua. En 1917, Carranza había ordenado que las propiedades de Terrazas no fueran devueltas a sus antiguos propietarios sino puestas bajo supervisión estatal.[21] Entonces sin duda pensaba que la oposición al antiguo gobernador y a su propio régimen en el estado era tan fuerte que un regreso de Terrazas podría poner en peligro su posición.

Desde el triunfo de Carranza sobre Villa, Luis Terrazas había hecho saber que deseaba hacer las paces con los constitucionalistas victoriosos y que estaría dispuesto a apoyarlos si le devolvían sus propiedades. En agosto de 1918 evidentemente pensó que había llegado el momento de buscar abiertamente el apoyo de Carranza. Ese mismo mes le dirigió una larga carta al gobierno mexicano en la que pedía la devolución de sus bienes expropiados y trataba de refutar todas las acusaciones que, en el largo transcurso de la revolución mexicana, le habían hecho los revolucionarios de muy diferentes matices.[22] Insistió en que sus grandes propiedades no habían sido adquiridas despojando a los campesinos y a los pobres de sus tierras sino comprándoselas a los terratenientes ricos en una época en que su valor era muy bajo a causa de las repetidas incursiones de los apaches y de la falta de comunicaciones y ferrocarriles en el estado. Su fortuna, escribió, era esencialmente el resultado del aumento del valor de esas propiedades una vez que los apaches fueron derrotados, se construyeron ferrocarriles y las condiciones generales empezaron a mejorar. Terrazas describió en forma extensa aquellos aspectos de su actividad política relacionados con la ayuda que le brindó a Benito Juárez en la lucha contra los conservadores y los franceses, e insistió en el hecho de que había combatido a Porfirio Díaz cuando éste intentó tomar el poder en 1872 y 1876. En cambio, apenas mencionó los periodos durante los cuales había sido gobernador del estado bajo el régimen de Porfirio Díaz. Recalcó el hecho de que, después del estallido de la revolución en 1910, nunca la había combatido activamente y que en realidad se había retirado completamente de la política en ese periodo. Alegó que esencialmente era una víctima de Pancho Villa, quien había expropiado sus tierras y encarcelado a su hijo Luis durante dos años, y que este último, después de irse a los Estados Unidos, había

muerto a consecuencia de las penalidades que sufrió en prisión. Los ingresos provenientes de sus haciendas, insistió Terrazas, habían contribuido a las victorias militares de la División del Norte y más tarde de las fuerzas carrancistas en el estado.

> Por todo lo expuesto queda plenamente comprobado que he cumplido siempre con mis deberes como ciudadano y como Funcionario Público, sosteniendo la Constitución General del País, su autonomía y el Gobierno legítimo; que en los últimos años de mi vida he permanecido enteramente retirado de la política y que no ha habido en consecuencia motivo alguno, para que se me haya privado por tan largo tiempo del uso y aprovechamiento de mis intereses tan injusta y legítimamente adquiridos y por lo mismo C. Ministro muy atentamente pido y suplico se sirva reparar del C. Presidente de la República el acuerdo correspondiente, para que cese la intervención de mis bienes en el estado de Chihuahua y se ordene a la persona que al efecto designe.

Carranza remitió la carta de Luis Terrazas al gobernador del estado, Andrés Ortiz, para su consideración. En su respuesta a Carranza, Ortiz refutó cada uno de los argumentos de Terrazas.[23] Desmintió enérgicamente la afirmación de Terrazas de que su vasto imperio había sido adquirido únicamente mediante la compra de tierras a los terratenientes ricos y no a expensas de nadie. Declaró Ortiz: "En la mayoría de los casos, las compraron en todo o en parte a la compañía deslindadora, es decir, cuando dicha compañía practicó lo que se llamó deslinde general del Estado, les traspasó grandes extensiones de terrenos inmediatos a esas fincas, terrenos que en muchos casos eran de particulares que por negligencia o por ignorancia no tenían sus títulos en regla, y de otros, que poseyéndolos, no se los respetaron". Ortiz subrayó el hecho de que durante el régimen de Díaz "la actuación política del señor Terrazas padre, y la de sus familiares, en el lapso de tiempo que pudiéramos llamar prerrevolucionario, tuvo como orientación general el predominio absoluto en el gobierno del Estado para la protección y acrecentamiento de sus intereses, para lograr lo cual, jamás se vaciló en llegar a los procedimientos harto conocidos de la época porfirista, pero no fue eso sólo, las leyes hacendarias del Estado, fueron verdaderas leyes proteccionistas de los intereses Terrazas". Ortiz afirmó que esas propiedades fueron sistemáticamente tasadas por debajo de su valor real para que los impuestos que causaran fueran sumamente bajos.

Ortiz refutó con igual energía la afirmación del antiguo gobernador de que desde el comienzo de la revolución no había intervenido en política. Insistió en que la familia había actuado como un bloque y que el viejo Terrazas se había mantenido en un segundo plano dejando que sus hijos llevaran el peso de la actividad política. Así, después del estallido de la

revolución en 1910, el hijo de Luis, Alberto, organizó un cuerpo de mil hombres para combatir a la revolución en tanto que su hermano Juan se dedicaba a reclutar fuerzas de magnitud similar en otras partes del estado.

Cuando Orozco se rebeló en 1912, su movimiento procedió a reunir fondos mediante un empréstito voluntario de 1 200 000 pesos; "una gran parte de los bonos fueron tomados por los señores Terrazas ($ 500 000.00) y por los bancos locales controlados por ellos casi en su totalidad". Tras la victoria de Huerta, éste gozó de pleno apoyo de la familia Terrazas, Alberto, hijo de Luis, organizó un nuevo cuerpo de voluntarios que hasta 1914 combatió a favor del gobierno huertista. En 1914 el Banco Minero, controlado por los Terrazas, emitió bonos especiales para financiar al gobierno de Huerta. "El señor Luis Terrazas padre, durante el periodo de tiempo comprendido entre 1910 a 1915, obró por conducto de sus hijos, guardando así un aparente alejamiento de los asuntos públicos."

Ortiz describió la enorme extensión de las propiedades de los Terrazas, afirmando que éstos controlaban aproximadamente una décima parte de las tierras del estado, y, sobre todo, las tierras de cultivo más fértiles y valiosas. Recalcó que la devolución de esas tierras a su antiguo propietario tendría un impacto tremendo en el estado. Tal vez porque conocía las opiniones de su jefe, el gobernador Ortiz no descartó la posible devolución de las propiedades, pero insistió en que si se hacía tal cosa, el Estado debería recibir cuando menos ciertas garantías, como por ejemplo el derecho a comprarlas en cualquier momento por su valor declarado.

Ni las objeciones ni las sugerencias del gobernador tuvieron el menor efecto en Carranza, quien en marzo de 1919 decidió acercarse a los Terrazas con un gran gesto de buena voluntad. Ese mismo mes decretó la devolución de las propiedades de varios hijos y parientes de Terrazas y la devolución de todas las propiedades no agrícolas a Terrazas padre.[24] Las haciendas, en un principio, quedaron excluidas de este arreglo. Quizá antes de devolverle todos sus bienes al caudillo norteño, Carranza esperaba alguna señal tangible de su apoyo. Carranza puede incluso haber esperado que Terrazas convenciera a su abogado norteamericano, el senador por Nuevo México, Albert Fall, quien encabezaba en el Senado norteamericano la campaña en favor de una intervención en México, de que moderara su política. En tal caso se equivocó, pues Fall llevó adelante su campaña intervencionista con todo vigor. Ello no obstante, Carranza, en lo que tal vez fue la última medida importante de carácter social que tomó antes de su expulsión del poder, completó lo que había empezado un año antes. Después de una prolongada entrevista con Carlos Cuilty, el abogado de Terrazas, Carranza decretó en mayo de 1920 la devolución incondicional de todas las propiedades de los Terrazas.[25] Obviamente había completado un viraje total y había decidido reconciliarse definitivamente con la oligarquía mexicana tradicional. Si con esta medida esperó evitar el desastre e impe-

dir su derrocamiento, estaba condenado a sufrir una desilusión. Cuando los militares sonorenses se rebelaron contra él, los hacendados no levantaron un dedo para defender al hombre que los había rescatado del exilio y les había devuelto sus propiedades. Para los Terrazas, el derrocamiento de Carranza habría de tener graves consecuencias. El nuevo gobierno no ratificó las medidas tomadas por Carranza pero que éste no había tenido tiempo de aplicar.[26]

En Washington, la política conservadora de Carranza y sus duras medidas contra sus adversarios internos produjeron reacciones favorables. En abril de 1919 Frank Polk felicitó al general carrancista Jacinto Treviño por la muerte de Zapata y expresó la esperanza de que la de Villa sería la próxima. En mayo de 1919 el Departamento de Estado pidió a los gobernadores de Texas, Arizona y Nuevo México que permitieran el paso del ejército mexicano por sus estados para perseguir a los villistas.[27]

En junio de 1919 Villa y Ángeles atacaron Ciudad Juárez. Probablemente pensaron que, al capturar esa ciudad fronteriza, podrían restablecer algún tipo de *modus vivendi* con los norteamericanos, similar al que existía antes de 1915. Pero cualquier esperanza que los dos jefes mexicanos hayan podido abrigar en cuanto a la neutralidad norteamericana se derrumbó cuando las tropas de los Estados Unidos cruzaron la frontera y (sin la autorización ni la aprobación del gobierno de Carranza), expulsaron a los villistas de Ciudad Juárez.

Una clara expresión del éxito de la política interna de Carranza fue la declaración que por ese entonces hizo Frank Polk ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano. Polk hizo saber con toda claridad que los Estados Unidos se negarían a cooperar con los enemigos tradicionales de Carranza. Afirmó que los Estados Unidos estaban obligados a elegir entre Carranza y la intervención porque uno de los jefes de la oposición era un "disoluto" (Félix Díaz)y el otro un "rufián" (Villa).[28]

La estrategia de Carranza, encaminada a moderar la oposición norteamericana a su régimen, no se limitó en modo alguno a su política interna. Hizo todo lo que pudo para estimular el antintervencionismo en los Estados Unidos y para reanudar algún tipo de colaboración, si no de alianza, con las grandes potencias europeas contra la supremacía norteamericana en México.

En los Estados Unidos, Carranza no sólo buscó el apoyo de los grupos tradicionalmente opuestos al intervencionismo, como el movimiento obrero, los progresistas, los liberales y los protestantes, sino que también trató de encontrar apoyo entre ciertos grupos empresariales. Su actitud frente a las compañías mineras fue tan conciliadora que los representantes de éstas no testificaron en las audiencias del comité de Fall y se negaron a participar en la campaña intervencionista. Con menos éxito, Carranza también intentó conseguir apoyo entre las compañías petroleras más pequeñas para

contrarrestar la influencia de los grandes productores de petróleo.

Los esfuerzos de Carranza por ganar el apoyo británico y francés contra los Estados Unidos fueron en muchos aspectos similares a los de Porfirio Díaz. Como Díaz antes que él, Carranza creía que la mejor manera de lograr este objetivo consistía en otorgar concesiones importantes a las compañías británicas y francesas. En ciertos sentidos, tal política parecía ofrecer aún más posibilidades de éxito en 1919 que antes de 1910. La producción petrolera mexicana había aumentado dramáticamente entre 1910 y 1919, al punto de que México era considerado ya como uno de los principales países exportadores de petróleo. La guerra había hecho crecer enormemente la importancia estratégica del petróleo. La revolución rusa, que había decretado la expropiación y nacionalización de la producción petrolera, había constituido un golpe particularmente duro para las compañías británicas y francesas que tenían grandes inversiones en el petróleo ruso. Carranza supuso razonablemente que esas compañías tratarían de compensar sus pérdidas en Rusia mediante la ampliación de sus operaciones en México.

Carranza trató en primer lugar de atraerse a los ingleses. En 1919 las propiedades británicas confiscadas les fueron devueltas a sus antiguos dueños, y Carranza dio preferencia a las compañías petroleras británicas sobre las norteamericanas.[29]

Cuando los británicos no correspondieron al gesto de Carranza, éste se volvió hacia Francia. El 17 de marzo de 1920, el ministro mexicano Pani le entregó al gobierno francés un memorándum[30] que se asemejaba en muchos aspectos al que el gobierno mexicano había enviado al gobierno alemán cuatro años antes. El memorándum empezaba con una afirmación de las simpatías del pueblo mexicano por los franceses, seguida de una advertencia de que Francia estaba a punto de perder su posición económica en México a manos de los Estados Unidos. El memorándum declaraba que "el petróleo mexicano podría serle útil a la industria francesa" y ofrecía concesiones petroleras a Francia. El gobierno francés no sólo se negó a considerar estas proposiciones, sino que incluso intentó, a instancias del norteamericano, persuadir a Carranza de que accediera a las exigencias de los Estados Unidos.

Las razones de la negativa de Inglaterra y Francia a reanudar la política tradicional que habían seguido durante el porfiriato, son diversas. En parte simplemente reflejaban el hecho de que en ese momento se sentían demasiado débiles para desafiar el recién incrementado poderío de los Estados Unidos en un país que muchos consideraban como el "traspatio" de éstos.

Probablemente pensaron que el arreglo propuesto por Wilson de permitir que los banqueros europeos constituyeran el 50% de un comité bancario internacional encargado de supervisar las finanzas de México, era

una mejor manera de proteger sus intereses que una alianza con Carranza. No confiaban en el presidente mexicano y no lo consideraban un aliado potencial serio, capaz de restablecer el orden en México.

También es posible que algunos europeos estuvieran viendo la Doctrina Monroe bajo una nueva luz más favorable. Hasta el comienzo de la primera guerra mundial sólo habían tomado en cuenta la primera parte de la doctrina, que exigía la no intervención europea en los asuntos americanos. Después de la guerra, cuando los Estados Unidos intervinieron en gran escala en los asuntos europeos, la segunda parte de la doctrina, que postulaba la no intervención de los Estados Unidos en Europa, adquiría una nueva pertinencia. Muchos europeos estaban dispuestos ahora a reconocer la supremacía de los Estados Unidos en el continente americano a cambio de la no injerencia norteamericana en Europa.

En los primeros meses de 1920 Carranza pudo lograr éxitos impresionantes en dos de los tres frentes en los que luchaba. Había diezmado a sus adversarios tradicionales y había impedido que se unieran contra él. A pesar de las intensas y estridentes actividades de los grupos intervencionistas en los Estados Unidos, no se había producido una intervención. Es de dudar, sin embargo, que las actividades políticas de Carranza en 1919-20 hayan tenido mucho que ver con este giro de los acontecimientos. Su política interna conservadora le había ganado algunas simpatías en el Departamento de Estado a mediados de 1919. Esas simpatías desaparecieron muy rápidamente tan pronto como Carranza intentó imponer nuevos controles sobre las compañías petroleras, y Lansing, Polk y Fletcher volvieron a unirse al bando intervencionista. Fue la oposición de Woodrow Wilson lo que impidió la intervención norteamericana en México.[31] Tal intervención podría haber debilitado los esfuerzos de Wilson por hacer que los Estados Unidos ingresaran en la Liga de las Naciones y desempeñaran un papel más importante en ultramar. Sobre todo, Wilson no consideraba a Carranza un radical peligroso. La política conservadora de éste en 1919-20 puede haber reforzado las convicciones de Wilson al respecto, pero no hacían falta pruebas adicionales para demostrarle que Carranza no era un Lenin que amenazara al sistema de libre empresa, que Wilson consideraba el fundamento de la civilización occidental.

A medida que se aproximaba el término de su primer periodo presidencial, Wilson se sentía más renuente aún a verse envuelto en un conflicto con México. "Si ha de haber guerra, que la hagan los republicanos", le dijo a su secretario.[32]

Fue el tercer grupo contra el que luchaba Carranza, el de sus antiguos aliados encabezados por Obregón, el que produjo su caída. A medida que se desarrollaba la campaña electoral, Obregón y sus partidarios fueron objeto del creciente hostigamiento de las autoridades carrancistas. En los primeros meses de 1920 el presidente mexicano intentó asestar a su adversario

un golpe decisivo minando su base de poder en su estado natal de Sonora. Carranza decidió enviar tropas federales a ocupar el estado. Entonces el gobernador, Adolfo de la Huerta, que apoyaba la candidatura presidencial de Obregón, se rebeló contra Carranza. El 23 de abril de 1920 los rebeldes dieron a conocer el Plan de Agua Prieta, que acusaba a Carranza de haber traicionado la revolución, exigía su destitución y nombraba a Adolfo de la Huerta presidente provisional. Después de que la abrumadora mayoría del ejército revolucionario secundó el movimiento, Carranza trató de huir de la ciudad de México a Veracruz con su gobierno. Los ataques de los rebeldes al tren presidencial obligaron a Carranza a internarse en las montañas de la región de Puebla. Los rebeldes le dieron alcance a él y a sus acompañantes en la remota aldea de San Antonio Tlaxcalantongo, donde pasaba la noche, y lo mataron. La victoria de Obregón representó lo que se ha llamado con frecuencia una solución bonapartista y ha sido común a muchas revoluciones, empezando con la francesa: la toma del poder por los militares una vez transcurrida la fase más radical de la revolución.

También fue una expresión del aislamiento cada vez mayor de Carranza. El presidente mexicano había perdido el apoyo no sólo de grandes sectores del movimiento obrero y del campesinado, desilusionados por su oposición a las reformas, sino también de grupos considerables de la clase media y de la nueva burguesía que eran los principales beneficiarios de la revolución. En opinión de esos grupos, Carranza había sido incapaz de estabilizar el país y restablecer la paz.

Con la victoria de los sonorenses comenzó en México una nueva y diferente evolución.

ALEMANIA Y MÉXICO, 1919-1920

Mientras más claro se hacía que la Gran Bretaña y Francia no iban a apoyarlo contra los Estados Unidos, más se interesó Carranza en fortalecer sus relaciones con Alemania, esperando que a pesar de su derrota en la guerra ésta todavía pudiera ayudarlo contra los Estados Unidos.

Esas esperanzas del presidente mexicano se vieron cada vez más frustradas a medida que los norteamericanos intensificaron su ofensiva contra la influencia alemana en México tan pronto como el armisticio que puso fin a la primera guerra mundial entró en vigor.

Ya el 22 de noviembre el gobierno norteamericano transmitió al alemán, a través del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suiza, una nota en la que se afirmaba que "el ministro alemán en México continúa fomentando la propaganda antinorteamericana en ese país, y esto ya no será tolerado por el gobierno norteamericano". La nota también asentaba categóricamente que si el gobierno norteamericano "ha de aceptar con buena fe la

reciente solicitud de ayuda que le ha hecho el gobierno alemán, debe exigir que tal agitación toque a su fin y que el ministro alemán en México sea retirado de inmediato".[33]

El ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania accedió a esta petición y Eckardt fue retirado inmediatamente.[34] Pasaron algunos meses antes de que se cumplieran todas las formalidades, pero finalmente Eckardt regresó a Alemania. Viajó por los Estados Unidos, donde fue acompañado constantemente por un funcionario del Departamento de Justicia. Eckardt le aseguró a dicho funcionario que él nunca había abrigado intenciones agresivas contra los Estados Unidos, pero sus palabras no fueron atendidas porque los norteamericanos le imputaban ciertas medidas tomadas por sus superiores. Así, por ejemplo, según el funcionario del Departamento de Justicia, Eckardt había sido el inspirador de la nota de Zimmermann. A la acusación de que él había intentado provocar una guerra entre México y los Estados Unidos, Eckardt replicó que tal guerra hubiera carecido de sentido: "México habría sido derrotado rápidamente y el odio del pueblo se habría volcado sobre Alemania". Esa respuesta coincidía indudablemente con su actitud en 1918, pero tenía poco que ver con sus acciones durante el periodo de la nota de Zimmermann. No respondió en forma detallada a la acusación de que "había intrigado por medio de agentes (Estado Mayor, Almirantazgo)". "Nunca he hecho ni ordenado que se hiciera nada", declaró con indignación, "que haya que ocultar a la luz del día".[35]

El cambio de política del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania respecto a México no se limitó en modo alguno al retiro de Eckardt. El mismo día que la nota norteamericana llegó a Berlín, tuvo lugar una discusión entre Kemnitz y Solf, el nuevo secretario de Estado en el Ministerio. Aunque el contenido exacto de esa discusión se desconoce, Solf aparentemente acusó a Kemnitz de haber autorizado la nota de Zimmermann, pues dos días más tarde Kemnitz le dirigió una larga carta en torno a la discusión.[36] En su carta, Kemnitz admitía haber sido el primero en sugerir el telegrama, pero no aceptaba responsabilidad por el mismo pues en aquel momento él era consejero sobre asuntos asiáticos, no mexicanos, en el Ministerio. Su principal argumento, sin embargo, era que él no había tenido nada que ver con la propuesta de alianza, y que si él hubiera estado a cargo del asunto, el telegrama nunca se habría enviado a través de Washington. Ése era el meollo de su defensa, que culminaba con lo siguiente: "Si el telegrama hubiera permanecido [...] secreto, sólo podría habernos beneficiado"; si México hubiese aceptado la propuesta de alianza, "importantes fuerzas norteamericanas habrían quedado inmovilizadas en el Río Grande del Norte". Si México la hubiese rechazado, de todas maneras se hubieran reforzado las simpatías proalemanas allí. Además, afirmó Kemnitz, él había esperado abrir en esa forma el diálogo entre sus superiores y el Japón. Trató de achacar toda la culpa y responsabilidad por las consecuencias negativas de la nota de Zimmermann a Montgelas, el experto en asuntos mexicanos que había abogado en favor de la propuesta de alianza.

En un informe preparado por Rhomberg para el secretario de Estado del Ministerio, los argumentos de Kemnitz fueron refutados. Recurriendo a los archivos, Rhomberg probó que aquél no sólo había sugerido el envío de la nota, sino que había redactado la versión original. Además señaló que la ruta alternativa, a través de Suecia, que él había propuesto para la transmisión de la propuesta de alianza, también pasaba por Washington.[37] Poco después, Kemnitz dejó de trabajar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Las condiciones exactas de su salida no se conocen. Sin embargo, su rival Montgelas fue nombrado ministro en México.

Las razones de todo esto no son completamente claras. ¿Quiso Alemania transmitirle un gesto de buena voluntad a Wilson? Es posible, pero no hay indicios de que los norteamericanos estuvieran enterados del papel de Kemnitz o de su despido. ¿Se hizo de Kemnitz un chivo expiatorio por razones de política interna?

El aparato propagandístico, económico y político que Eckardt había construido en México empezó a derrumbarse entonces como un castillo de naipes. Un sector de la prensa proalemana se pasó a los aliados;[38] así, por ejemplo, el director de *La Reforma* de Tampico ofreció sus servicios a los norteamericanos. Otros periódicos, como *El Demócrata*, siguieron el ejemplo. Muchos comerciantes alemanes trataron de establecer conexiones con los norteamericanos. Magnus atacó con encono a "los jefes de algunas de las empresas alemanas más poderosas a los que les fue bien, y a veces sumamente bien, durante la revolución y la guerra", y quienes ahora estaban impacientes "por llenar sus almacenes recién fusionados con productos de las fábricas alemanas". Citó a Fletcher, el embajador norteamericano, quien aparentemente había hablado del "servilismo indigno de ciertos comerciantes alemanes", y expresó el temor de que "antes de que se firme la paz y se restaure el comercio mundial [...] y con la ayuda de la inteligencia, el sentido comercial y las conexiones de los hombres de negocios alemanes", los norteamericanos lograrían "expulsar no sólo a las compañías inglesas y francesas, sino también a las alemanas, del mercado mexicano y fortalecer su propia posición allí".[39]

Al igual que en el periodo 1919-1920, la política mexicana de Alemania fluctuó entre dos tendencias contradictorias. Por una parte, el gobierno de Carranza era uno de los pocos que seguían buscando el apoyo alemán y estaba dispuesto a otorgar concesiones a las empresas alemanas. Carranza además había subrayado su posición al rechazar una propuesta del gobierno francés de que las empresas y los valores mexicanos pertenecientes a alemanes fueran puestos bajo estricto control aliado de acuerdo con los términos del Armisticio.[40] Más aún, Carranza nombró a Isidro Fabela, uno de sus colaboradores más importantes e influyentes, ministro en Alemania.

Cuando la derrota puso fin por el momento a todos los planes alemanes de expansión, las materias primas mexicanas se hicieron tanto más atractivas. De tal suerte, Alemania trató, si bien sólo en forma limitada, de mantener sus conexiones en México. Se organizaron sociedades de emigración. Eckardt pronunció discursos ante los empresarios de Hamburgo subrayando la importancia del comercio alemán con México. En una reunión que tuvo lugar en la Oficina de Correos del Reich, sugirió la ampliación de la conexión inalámbrica con México.[41] En septiembre de 1919, cuando el secretario de Relaciones Exteriores de México, Cándido Aguilar, viajó a Europa, los representantes alemanes en Berna y Madrid, por donde él pensaba pasar, recibieron instrucciones de "tratarlo con atenciones si se presenta la ocasión; también hacerle llegar felicitaciones con motivo de la fiesta nacional de México, el 16 de septiembre".[42]

Estos deseos, sin embargo, quedaron subordinados a los esfuerzos de Alemania por no provocar tensiones con los Estados Unidos, cuyo apoyo buscaba contra Inglaterra y Francia. En enero de 1919, cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania se enteró de que algunos oficiales alemanes pensaban aceptar puestos en el ejército mexicano, presentó "serias objeciones políticas". "Debemos tener especial cuidado en México", dijo el representante hanseático en Berlín al esbozar la posición del Ministerio, "sobre todo después de haber accedido a la injustificada exigencia de Wilson de que retiráramos a nuestro ministro, Eckardt [...] Carranza evidentemente no goza de las simpatías de Wilson, especialmente porque logró mantener su neutralidad durante toda la guerra".[43] A fines de 1919, cuando algunos comerciantes alemanes intentaron suministrar armas a México, el agregado militar norteamericano en Estocolmo protestó inmediatamente ante los representantes alemanes en aquella capital. Informó al embajador Lucius que "él esperaba que se llegara a un entendido entre Alemania y los Estados Unidos en un futuro próximo si podemos tratar a sus compatriotas en forma abierta y sincera. El intento, por parte de algunos individuos privados, de pasar armas de contrabando a México a través de Holanda, algunas de las cuales llegaron hasta Amsterdam, tiene un efecto muy negativo en la conformación de nuestras relaciones futuras".[44]

Estas tendencias contradictorias se manifestaron en forma particularmente aguda cuando se hizo un último intento, inmediatamente antes del derrocamiento de Carranza, de ganar una base de apoyo en México y utilizar a ese país para presionar a los Estados Unidos. Jahnke había permanecido en México cuando Eckardt fue retirado. El Almirantazgo le había ordenado poner término a sus actividades. Él acusó recibo de esa orden y le informó al Almirantazgo que permanecería en México hasta recibir nuevas instrucciones.[45]

A mediados de 1919, Jahnke se reunió con "un representante del partido republicano de los Estados Unidos y de las altas finanzas de ese país que

lo había invitado repetidas veces". Ese "representante", un tal Keedy que se presentó como primo de Lansing, abordó a Jahnke con ciertas proposiciones de mucha envergadura. Keedy sugirió que los alemanes convencieran al gobierno mexicano de que suavizara sus leyes relativas al petróleo y las relaciones laborales, las explotaciones mineras y la adquisición de tierras. "La deuda pública de México tenía que ser controlada, los ferrocarriles y otras empresas extranjeras en México tenían que ser indemnizados por los daños y perjuicios sufridos durante la revolución. Un banco de Nueva York que encabezaba un consorcio deseaba prestarle a México mil millones de pesos con este fin, garantizados por el gobierno de los Estados Unidos (y con la aprobación de Lansing) en condiciones que se negociarían [...] Un arreglo político y económico con México es infinitamente más valioso para los Estados Unidos por razones obvias, pues una guerra para lograr los mismos propósitos sería muy costosa: una guerra con México destruiría las relaciones de los Estados Unidos con casi toda América Latina." Lo que Keedy estaba pidiendo, en realidad, era la liquidación de la Constitución de 1917 y de todo lo que se había ganado durante la revolución. Si las autoridades alemanas lograban convencer a Carranza de que tomara tales medidas, Keedy estaba dispuesto a "gestionar un apoyo político, económico y militar para Alemania".[46]

Jahnke pidió, a cambio, que los republicanos intervinieran para modificar las condiciones del acuerdo de posguerra con Alemania. Keedy no tenía objeciones de principio a tal intercambio y le pidió a Jahnke proposiciones más concretas, que éste no pudo presentar porque ya no estaba en contacto con las autoridades alemanas. Jahnke no le explicó esto a Keedy, sino que le dijo que tendría que viajar a Berlín para hacer consultas. Según el informe de Jahnke, Keedy habló "del creciente odio en los Estados Unidos a los planes capitalistas de Inglaterra y a la total anglofilia del presidente Wilson, quien está utilizando el poderío de los Estados Unidos para hacer el trabajo sucio de Inglaterra". Y añadió

> que el mundo entero le debe ahora dinero a los Estados Unidos y que en los círculos republicanos se considera evidente que Inglaterra y Francia quieren sacar a los Estados Unidos de la política europea —el moro ya cumplió con su deber, ahora puede retirarse—, que Wilson está ayudando a que la influencia norteamericana se mantenga en un nivel mínimo, y que ellos, los republicanos, tratarán de influir en la política europea a través de Alemania y Rusia. La Liga de las Naciones en su forma actual es un juguete inglés que ellos no ratificarán. Lo mismo vale para el tratado franco-norteamericano. Francia debe renunciar a su hostigamiento contra Alemania o no recibirá ayuda norteamericana, y también es posible que se concluya una paz por separado con Alemania mediante el simple recurso de que el Congreso declare que ya no existe un estado de guerra con Alemania.[47]

Jahnke informó a Carranza, a quien ya había enterado de los intentos de acercamiento de Keedy, sobre algunos de los deseos de éste. Le escribió "que los norteamericanos desean cambios en algunas leyes, un arreglo político, el saldo de la deuda pública de México, etcétera. Desean prestarle a México mil millones de pesos para que reconstruya sus relaciones internacionales y cumpla sus obligaciones. Quieren apoyar a Alemania económica, política y militarmente". Jahnke describió la reacción de Carranza como muy positiva. "Hasta donde alcanzo a ver, Carranza está de acuerdo y satisfecho de habernos hecho un nuevo favor, esperando que Alemania pueda sacar algún provecho de todo esto." Le pidió a Carranza que recibiera a Keedy, a lo cual el presidente accedió. En esa entrevista, Carranza se limitó a hacer algunas declaraciones generales ("su secretario de Hacienda se encargaría del problema y él pensaría sobre el acuerdo económico y sus condiciones"). "Siguiendo mi consejo, el republicano no le habló a Carranza del programa germano-mexicano-norteamericano de cooperación, y Carranza en todo caso no le habría dicho nada."

Carranza nunca había sido un entusiasta de los aspectos revolucionarios de la Constitución de 1917, y una buena parte de ésta había sido aprobada contra su voluntad. Ello no obstante, no estaba dispuesto a renunciar a la constitución, sobre todo en aquellos aspectos que más interesaban a los norteamericanos. Con todo, todavía esperaba llegar a un acuerdo con éstos que no exigiera concesiones importantes por parte de México. En vista de la creciente presión norteamericana y del aislamiento en que México generalmente se hallaba, puede haber estado dispuesto a hacer algunas concesiones. Probablemente esperaba obtener mejores condiciones gracias a una mediación alemana, o cuando menos una serie de ventajas muy específicas, que le dio a conocer a Jahnke. Durante la última visita de éste al presidente antes de su regreso a Alemania, Carranza habló de "la necesidad de crear industrias en México". Por órdenes suyas, Méndez le formuló estos deseos a Jahnke: "México quiere instalar una fábrica de maquinaria agrícola, una fábrica de aviones y automóviles, una fábrica de armas y municiones, una acería y un astillero. Es urgente la construcción de una fábrica de cianuro, ya que éste es indispensable para procesar minerales [. . .] en esta área México depende totalmente de los Estados Unidos en la actualidad. El gobierno mexicano apoyará el establecimiento de cualesquiera industrias alemanas con el propósito de exportar a Centro y Sudamérica, o lo que deseen".

Al llegar a Berlín, Jahnke inmediatamente entregó sus propuestas, que fueron cuidadosamente examinadas en el Ministerio de Relaciones Exteriores por Eckardt, von Storer, un alto funcionario del Ministerio, el consejero privado Trautmann, el subsecretario de Estado Haniel y el ministro Muller. Jahnke mencionó, como miembros del grupo republicano representado por Keedy, "al senador Johnson, el gobernador de California, el diputado federal Khan, el senador MacConville y Reed. Este grupo incluye también al abogado Wilson, ligado a la Standard Oil Company, y una importante casa bancaria de Nueva York".[48]

Jahnke propuso que se aceptara la oferta del grupo y que se diera apoyo a sus actividades proalemanas en los Estados Unidos con la ayuda de los contactos que Jahnke tenía allí, entre los cuales había varios líderes sindicales, varios diputados federales a los que no mencionó explícitamente, así como ciertos irlandeses y sacerdotes. Eckardt debía llevar a cabo las negociaciones en México. Este último demostró gran entusiasmo por las propuestas de Jahnke y asumió "plena responsabilidad [. . .] por la persona, la honradez y la información de Herr J.".[49]

En opinión de Eckardt y Jahnke, estas propuestas le volverían a asegurar a Alemania una importante posición en México, reforzando al mismo tiempo sus vínculos con el partido Republicano de los Estados Unidos, cuya victoria electoral en 1920 se esperaba con confianza, y obteniendo mejores condiciones para Alemania en el tratado de paz. Además, Eckardt y Jahnke estaban perfectamente conscientes de que estaban ayudando a desmantelar los aspectos más avanzados de la Constitución mexicana, que eran también los más negativos para los planes de Alemania.

Todos estos argumentos convencieron a Trautmann de que debía aceptar las propuestas de Jahnke, aunque lo hizo con mucho mayor cautela que Eckardt. Expresó dudas en cuanto a "la conveniencia de establecer cualquier tipo de vínculos con los republicanos, puesto que éstos todavía no están en el poder, y correríamos el peligro de que el actual gobierno norteamericano considerara que éste es un acto contra él y una injerencia en los asuntos internos de los Estados Unidos".[50] Aceptó, sin embargo, los argumentos de Jahnke y consideró "que la actitud de Lansing es [. . .] prueba de que tal peligro no existe". Más aún, expresó la convicción, compartida por muchos diplomáticos alemanes desde Zimmermann, de que sería fácil mantener tales acciones en secreto en los Estados Unidos. "Me parece —concluyó Trautman—, que no debemos descartar de antemano la posibilidad de establecer contacto con los republicanos. Para empezar, podemos explorar el terreno con esas personas y averiguar qué es lo que en realidad podemos esperar de ellas. Si sus planteamientos resuelven nuestras dudas, podemos proceder cuidadosamente. Además, nuestras gestiones en México pueden limitarse a enviar un encargado de negocios e iniciar negociaciones económicas en México (construcción de industrias, etcétera), mientras llegamos a ver más claramente el camino a seguir

A diferencia de Trautmann, Fuehr, que había participado intensamente en la propaganda alemana en los Estados Unidos, condenó en términos devastadores las propuestas de Jahnke. Cuestionó en primer lugar la importancia de las personas mencionadas por Jahnke. Nunca había oído hablar de Keedy. "En cuanto a su relación con Lansing, es bien sabido que

la familia del secretario de Estado, que empezó su carrera como un insignificante abogado rural de Watertown, Nueva York, carece de importancia política y que Lansing le debe su ascenso exclusivamente a la familia de su esposa."[51] Indicó que el único hombre importante en el grupo era Johnson, el senador republicano por California, pero dudó que fuera a ser, como afirmaba Jahnke, el candidato presidencial de su partido. A los demás políticos los descartó como desconocidos o carentes de influencia.

Fuehr había vivido en los Estados Unidos durante los primeros años de la guerra y había experimentado el colapso y el descubrimiento de una conspiración alemana tras otra; expresó serias dudas de que las actividades de Jahnke pudieran mantenerse realmente en secreto. Su argumento más importante, sin embargo, era que Alemania no debía hacer ninguna concesión en México a los políticos mencionados por Jahnke en aras de un reacercamiento. "En los Estados Unidos —escribió—, y en forma completamente independiente de nuestras acciones, se está haciendo todo lo posible por impedir la ratificación del tratado de paz o, lo que es más importante, la creación de una Liga de las Naciones efectiva. Participan en este esfuerzo los irlandeses, los germano-americanos, la poderosa prensa de Hearst, así como la facción anti-Wilson que forman Johnson, Borah y otros por una parte y Knox por la otra. Cualquier intento nuestro de influir en esos senadores —intento que inevitablemente se vería como una injerencia en los asuntos internos norteamericanos— es, pues, completamente superfluo."

Muller, el ministro de Relaciones Exteriores, estuvo de acuerdo con este análisis y le dijo a Jahnke "que no tendría nada que ver con semejante programa, puesto que este gobierno no desea verse metido en políticas secretas, sino únicamente en una política abierta de tipo oficial".[52] Con todo, no rechazó por completo los planes propuestos para México: "El aspecto mexicano de la propuesta (deseo de industrializarse) ha sido aceptado y se pondrá en práctica".

Jahnke, sin embargo, no claudicó y presentó su programa a Kapp. Le dijo a éste "que el actual gabinete no puede o no quiere meterse en política y está pidiendo la ayuda de los 'círculos nacionales en Alemania' ".[53] Los resultados de las negociaciones con Kapp no se conocen, pero probablemente fueron positivos, pues poco después Jahnke regresó a México. Los norteamericanos se percataron perfectamente de su llegada. El cónsul general norteamericano envió un alarmante informe a Washington en el que expresaba el temor de que Jahnke hubiese sido enviado a México para organizar operaciones de sabotaje contra los campos petroleros y contra fábricas en los Estados Unidos.[54]

Entretanto, sin embargo, el terreno se hundió bajo los pies de Jahnke. En Alemania, el putsch de Kapp había fracasado, y en México, Carranza, en quien él había puesto sus esperanzas, fue derrocado. El agregado militar norteamericano informó a su gobierno que Jahnke, quien al partir había

esperado obtener un cargo oficial en la legación alemana en México, había abandonado esas esperanzas y se había empleado como administrador de una hacienda. El agregado militar llegó incluso a elogiarlo, cuando Jahnke le presentó planes que contemplaban una acción conjunta germano-norteamericana contra Inglaterra y Francia.[55]

Con todo, en Washington había cierta preocupación. El representante norteamericano en Berlín recibió instrucciones de presentar una queja por las actividades de Jahnke. El subsecretario de Estado Haniel le dijo en el transcurso de una larga conversación que Jahnke había solicitado pasaporte, no bajo su propio nombre, sino bajo el nombre de Steffens, y se había presentado como el secretario del profesor Hellmanns, quien se proponía realizar investigaciones agrícolas en México. Haniel añadió que el Ministerio de Relaciones Exteriores le había pedido a Jahnke que devolviera su pasaporte tan pronto como se descubrió su verdadera identidad, pero que Jahnke se había negado. El subsecretario de Estado hizo entonces la declaración oficial de "que el gobierno alemán no le ha dado [a Jahnke] ninguna instrucción, y ya no tendrá nada que ver con él".[56]

Al analizar estos planes se plantean varias interrogantes: ¿Quién era Keedy? ¿Cuáles eran los objetivos de los republicanos? ¿Qué quería Jahnke?

J. M. Keedy (o Keady) era un hombre de negocios norteamericano al que el funcionario aduanal Zachary Cobb, destacado en la frontera mexicano-norteamericana, consideraba parte de una "corriente infernal de impostores y vividores que no benefician en nada al gobierno y que en el mejor de los casos confunden a los mexicanos".[57] Cobb hizo estas acusaciones en una carta que dirigió en 1916 al Departamento de Justicia de los Estados Unidos, en la que expresaba su sospecha de que Keedy se estaba haciendo pasar como agente de dicha dependencia.

Cobb tenía razón. Keedy no era funcionario del Departamento de Justicia (aunque había sido agente del ministerio público en Puerto Rico bajo el régimen de Theodore Roosevelt) y formaba parte del ejército de cabilderos y negociantes que intentaban enriquecerse a través de la revolución mexicana.[58] En 1914 había ido a México, se había ganado la confianza de Pancho Villa y se dedicó a hacer negocios en el norte del país. Ese mismo año Keedy trató de convencer a Martin Falomir, uno de los terratenientes más acaudalados de Chihuahua cuyas propiedades habían sido confiscadas por Villa, de que por una cantidad de dinero suficiente él podría persuadir a Villa de que le devolviera sus tierras. Falomir no confió en Keedy y rechazó su oferta.[59]

Villa nunca se enteró de que Keedy había entrado en contacto con sus enemigos, siguió confiando en él y lo envió en una misión confidencial a Washington en el verano de 1915. Keedy debía informar al Departamento de Estado que Villa, a cambio del reconocimiento, aceptaría a alguien que no fuera villista como presidente de México.[60] Eso no fue suficiente

para Leon Canova, encargado de asuntos mexicanos en el Departamento de Estado. Despachó a Keedy de regreso a México con una lista de todos los ministros que Villa debería nombrar a cambio del reconocimiento. Villa, negándose a sacrificar la independencia de su país, rechazó las condiciones de Canova y rompió sus relaciones con Keedy.[61] Éste estableció entonces nuevos contactos.

El 2 de octubre de 1917, Cobb informó que Keedy, que también había hecho negocios con el gobierno de Villa, estaba pidiendo dinero a los alemanes para ayudar a obtener la libertad de ciudadanos alemanes que estaban detenidos en los Estados Unidos. Cobb lo llamó traidor y declaró: "Keedy ha hecho creer a los alemanes que habla con verdadera autoridad".[62] El Departamento de Estado reaccionó ante estas acusaciones con sorprendente benignidad. Obviamente sospechaba de Keedy, puesto que le negó un pasaporte,[63] pero no se tomó ninguna otra medida contra él. La cautelosa actitud del Departamento de Estado puede haberse debido al hecho de que Keedy se había relacionado con algunos de los principales bancos norteamericanos. En 1919 viajó a México a negociar un préstamo de 600 000 dólares con el gobierno de Carranza. Según un informe consular, Keedy representaba un consorcio bancario que incluía a Morgan y al National City Bank.[64]

Puesto que los banqueros norteamericanos nunca habían podido convencer a Carranza de que aceptara sus condiciones, Keedy (con o sin el conocimiento de los bancos que representaba) probablemente abrigó la esperanza de que los alemanes pudieran convencer a Carranza de que aceptara las condiciones de los bancos.

Keedy evidentemente había sobrestimado la influencia de Alemania en Carranza y subestimado el nacionalismo del presidente mexicano. Este último recibió a Keedy por insistencia de Jahnke, pero rechazó sus condiciones, que incluían el abandono de la Constitución de 1917 y la aceptación por parte de Carranza de dos representantes de los banqueros "en la Secretaría de Hacienda para controlar los gastos".[65]

Keedy tuvo pues la experiencia, quizá única, de ser rechazado tanto por Villa como por Carranza cuando les sugirió que sacrificaran la soberanía de México a los intereses norteamericanos. No hay pruebas que indiquen con exactitud la posición exacta de Keedy, si éste sólo hablaba en nombre de los bancos que representaba, si también era un agente de los republicanos en cuyo nombre hablaba, o si estaba representando una gran farsa. Es muy posible que haya exagerado la magnitud de sus influencias políticas ante los alemanes con el fin de obtener su apoyo y poder presentarse entonces ante los republicanos como el único hombre capaz de pacificar a México.

Sea como fuere, no puede descartarse absolutamente un acercamiento de los republicanos con los alemanes. No tenían nada que perder con ello,

pues eran adversarios consecuentes de la Liga de las Naciones y de la ratificación del Tratado de Versalles. Estaban, sin embargo, sumamente interesados en poner fin a la revolución en México y en obligar a Carranza a hacer concesiones. Puesto que, según la propia información de Jahnke, habían sobrestimado enormemente la influencia alemana en México, es muy posible que los republicanos quisieran privar a Carranza de su última esperanza de encontrar apoyo en alguna otra potencia contra los Estados Unidos. En cuanto a Jahnke, todo el proyecto parecía ofrecer la oportunidad de reconstruir su devastada red de espionaje en los Estados Unidos. En último análisis, la diplomacia alemana le negó su apoyo a este esfuerzo porque no había nada que ganar con ello. Los alemanes tenían toda la razón al apoyarse en la política antibritánica y antifrancesa de los republicanos y no veían razón para poner en peligro esos esfuerzos negociando acuerdos secretos con grupos en los Estados Unidos que no estaban en el poder y cuyas credenciales eran dudosas.

14. CONCLUSIÓN

La revolución mexicana empezó en los últimos días de lo que con frecuencia se ha llamado el periodo clásico del imperialismo, cuando las grandes potencias luchaban por ganar posiciones para el conflicto que todas ellas esperaban. La revolución alcanzó su clímax durante la primera guerra mundial. Cuando la fase armada de la revolución amainó con la caída de Carranza en 1920, el panorama internacional había cambiado hasta hacerse irreconocible. El poderío de los Estados Unidos había aumentado en un grado sin precedentes. Política y económicamente los Estados Unidos habían instaurado su hegemonía en el continente americano y ahora ejercían en el Viejo Mundo una influencia que nunca antes habían tenido.

El rostro del Viejo Mundo también había cambiado totalmente. Alemania estaba derrotada. El imperio austrohúngaro se había disuelto. A pesar de su victoria, la Gran Bretaña y Francia salieron sumamente debilitadas de la matanza y la devastación de la primera guerra mundial. La revolución bolchevique había dejado sentir su influencia mucho más allá de las fronteras de Rusia.

¿Qué efecto tuvo este trastorno internacional en las políticas de las grandes potencias respecto a la revolución mexicana antes de la primera guerra mundial, durante la misma y en el periodo inmediatamente posterior? ¿Cómo afectaron esas políticas el desarrollo mismo de la revolución? Éstas son las principales preguntas que este libro ha tratado de contestar. Claramente relacionada con ellas existe una segunda serie de preguntas. ¿Qué influencia ejercieron los intereses económicos relacionados con México en las políticas de sus respectivos gobiernos y en los revolucionarios mexicanos?

Estas preguntas son más fáciles de contestar por lo que toca a la revolución de Madero y a su gobierno, pero se hacen más complejas cuando se refieren al periodo posterior a su caída. Cuando la revolución maderista estalló en 1910, fue considerada por los gobiernos de todas las grandes potencias y por los intereses económicos extranjeros en México simplemente como otro golpe más en la clásica tradición latinoamericana, sin profundas implicaciones sociales. Su actitud frente a la revolución dependió de la relación que habían mantenido con el gobierno de Díaz y con el grupo gobernante de los "científicos". Los gobiernos de Inglaterra y Francia y sus respectivos intereses financieros, resintieron profundamente la revolución maderista, pues temían perder la preeminencia de que habían gozado durante el porfiriato. Las actitudes frente a Madero tanto en los Estados

Unidos como en Alemania fueron mucho más contradictorias. En tanto que algunos intereses norteamericanos y alemanes consideraban a Díaz como el único verdadero garantizador de la paz y el orden en México, otros establecieron vínculos con el movimiento maderista. Las compañías petroleras norteamericanas esperaban que, con la ayuda de Madero, podrían trastocar la política probritánica de Díaz. El Deutsche Südamerikanische Bank de Alemania, en particular, había forjado estrechas ligas económicas con la familia Madero y esperaba sacar provecho de una victoria revolucionaria. En general, tanto el gobierno de Taft en Washington como el de la Alemania imperial vieron en un principio la revolución maderista con una disposición mucho más favorable que la de sus homólogos británicos y franceses.

Hacia 1912 se había hecho claro que Madero había desencadenado fuerzas sociales que no podía controlar. Los gobiernos de las grandes potencias y la gran mayoría de los intereses económicos extranjeros apoyaron entonces el golpe que derrocó al gobierno de Madero. Sólo hubo desacuerdos respecto a quién debía sustituirlo. Los europeos favorecían a Huerta en tanto que el embajador norteamericano Henry Lane Wilson prefería a Félix Díaz. En general, sin embargo ésta fue la única ocasión en el transcurso de la revolución mexicana en que todas las grandes potencias y sus respectivos intereses económicos se mostraron unánimes en sus actitudes frente a los conflictos internos de México.

Al iniciarse la segunda fase de la revolución mexicana en la primavera de 1913, surgieron profundas diferenecias entre las potencias europeas y el recién elegido presidente norteamericano, Woodrow Wilson. Esta vez los europeos comprendieron que tenían por delante una revolución social y se propusieron aplastarla con el gobierno militar de Huerta, que habían ayudado a llevar al poder. En cambio Woodrow Wilson, después de ciertas vacilaciones, se propuso aprovechar la revolución para hacer de México un modelo para toda América Latina y tal vez para todos los países subdesarrollados. Quería convertir a México en una democracia parlamentaria con elecciones libres y transferencias ordenadas del poder. Wilson se oponía a las transformaciones sociales que pudieran amenazar el sistema de libre empresa, pero era partidario de algún tipo de reforma agraria, sin especificar nunca a costa de quién y de qué manera debía realizarse. Quería que se garantizaran las propiedades de los inversionistas norteamericanos y que México limitara la influencia de los gobiernos y los intereses económicos europeos, que él consideraba imperialistas. Wilson deseaba que México se volviera hacia los Estados Unidos en busca de consejos y orientación.

Las potencias europeas en México estaban tan inhibidas por su temor a contrariar a los Estados Unidos y por sus crecientes rivalidades mutuas, que sus políticas fracasaron completamente. Después del estallido de la primera guerra mundial en julio de 1914, las políticas de todas las grandes

potencias en México quedaron subordinadas a los imperativos de la guerra. En ese momento empezó a producirse un profundo cambio en las actitudes de las potencias europeas frente a los movimientos revolucionarios.

En el transcurso de la primera guerra mundial, acicateadas por su intenso conflicto, las potencias europeas empezaron a hacer por fin lo que los Estados Unidos habían venido haciendo durante más de una década y media: tratar de poner a los movimientos nacionalistas y revolucionarios de todos los matices al servicio de sus propias estrategias mundiales. La intervención de los Estados Unidos en Cuba en 1898 había revelado las grandes posibilidades que ofrecían tales intentos. Mediante su ingenioso apoyo al movimiento independentista cubano contra España, los Estados Unidos habían logrado, sin gran sacrificio de hombres ni de materiales, convertir a la isla en un apéndice semicolonial propio. En 1914 las potencias europeas siguieron el ejemplo: Alemania brindó su apoyo a los movimientos nacionalistas y/o revolucionarios en Irlanda, la India y el Cáucaso, e incluso le tendió una mano amiga a los revolucionarios rusos cuando le permitió a Lenin pasar a través de Alemania a su regreso del exilio. De manera similar, los aliados brindaron ayuda a los movimientos nacionalistas en Austria-Hungría y en el imperio otomano e incluso enviaron a uno de los suyos, Lawrence de Arabia, a organizar el levantamiento árabe contra los turcos. Los rebeldes y disidentes a quienes las grandes potencias ayudaron no eran, en su mayoría, agentes de dichas potencias, sino más bien dirigentes comprometidos con sus propias causas que simplemente trataban de lograr en una escala menor lo que las grandes potencias estaban tratando de lograr en una escala algo mayor. No eran meros peones ignorantes de la política de poder; ellos mismos estaban tan deseosos de explotar el conflicto entre las grandes potencias como éstas de explotar los conflictos entre los rebeldes y sus enemigos.

México es un caso especialmente notable en este sentido porque estaba experimentando un intenso conflicto interno al mismo tiempo que gran parte del resto del mundo estaba librando la primera guerra mundial. Como resultado de la guerra, la mayoría de las grandes potencias intentaron aprovechar el conflicto interno de México, mientras que los dirigentes mexicanos, tanto revolucionarios como contrarrevolucionarios, trataron de aprovechar el conflicto mundial.

Entre la caída de Madero y el fin de la primera guerra mundial, tres potencias intentaron influir en escala masiva en los acontecimientos que se desarrollaban en México: la Gran Bretaña, Alemania y los Estados Unidos. La política británica tuvo sus repercusiones más importantes en México entre 1913 y 1914, y la de Alemania entre 1915 y 1919. La política de los Estados Unidos fue de importancia decisiva en México durante todo el transcurso de la revolución.

Las intervenciones de la Gran Bretaña y Alemania en los asuntos mexicanos fueron en gran medida indirectas y encubiertas, mientras que las de los Estados Unidos fueron más directas y abiertas. La Gran Bretaña y Alemania lograron mantener buenas relaciones en forma continua con las facciones que apoyaron (los británicos con Huerta durante todo su régimen, y Alemania con Carranza desde mediados de 1916 hasta su derrocamiento); no así los norteamericanos. Durante breves periodos, los europeos ejercieron una influencia considerable en las facciones que patrocinaron. A la larga, sin embargo, sólo los Estados Unidos influyeron de manera decisiva en el desarrollo de la revolución mexicana.

Entre las grandes potencias, la Gran Bretaña siguió la política más coherente en México entre 1910 y 1920. Sin considerar ni siquiera remotamente la opción de enviar a un Lawrence a influir en los revolucionarios mexicanos, se opuso a todas las facciones revolucionarias durante esos diez años y apoyó consecuentemente a los grupos contrarrevolucionarios. La convicción, expresada por el representante diplomático británico Thurston, de que lo que México necesitaba era "un gobierno de hombres blancos", era compartida por los funcionarios más responsables del Ministerio de Relaciones Exteriores británico. El racismo, sin embargo, no fue el principal determinante de la política británica. La estrecha relación de los intereses británicos con las fuerzas porfiristas, así como las fluctuantes alianzas de los revolucionarios con los Estados Unidos y con Alemania, influyeron fuertemente en el papel desempeñado por la Gran Bretaña. En general, la coherencia de la política británica corrió pareja con su ineficacia.

Durante un breve periodo, entre marzo y noviembre de 1913, pareció que la Gran Bretaña, al apoyar a Huerta, había logrado en México una influencia mayor aún que la que había ejercido en tiempos de Porfirio Díaz. Las relaciones de la Gran Bretaña con Huerta han sido objeto de controversia y de interpretaciones contradictorias tanto entre los políticos como entre los historiadores. En 1913 Woodrow Wilson y sus más íntimos asesores se convencieron de que los diplomáticos británicos en México, y sobre todo el ministro británico, Sir Lionel Carden, estaban ejerciendo una influencia decisiva en Huerta, alentándolo a resistir las presiones norteamericanas y a permanecer en el poder, y ello con el pleno consentimiento del Ministerio de Relaciones Exteriores en Londres y de los intereses económicos británicos. Algunos historiadores se han inclinado a desechar estas interpretaciones, ya que no ha sido posible encontrar entre los papeles de Woodrow Wilson o de sus colaboradores prueba alguna que las confirme de manera concluyente. En los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores británico tampoco se ha hallado nada definitivo al respecto.

La información obtenida en fuentes alemanas y francesas no sólo confirma las sospechas de Wilson en cuanto a la política y las intenciones británicas, sino que revela que la política británica en México fue aún más antinorteamericana de lo que el presidente había pensado. Según el repre-

sentante alemán en México, Paul von Hintze, probablemente el mejor informado y el más inteligente de los diplomáticos acreditados en México, la influencia de Sir Lionel Carden sobre Huerta era tan grande que éste no hacía nada sin consultar al ministro británico. Hintze pensaba que su colega británico era casi patológicamente antinorteamericano.

Según los expertos del Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia, la aliada más estrecha de Inglaterra, la actitud de Carden no era en modo alguno un fenómeno aislado. Gozaba del apoyo de poderosos intereses económicos británicos y de importantes sectores del gobierno británico. De hecho, tanto Hintze como los funcionarios del Ministerio francés creían que los británicos estaban promoviendo una guerra entre el régimen de Huerta y los Estados Unidos en 1913. La alianza de la Gran Bretaña con Huerta no sólo fue un fracaso, sino que resultó contraproducente. Los Estados Unidos se vengaron impidiendo la penetración económica británica en otros países latinoamericanos, como por ejemplo Colombia. Sobre todo la tenacidad de Huerta, que los británicos habían alentado, hizo que Wilson se acercara a sus adversarios revolucionarios. Entre marzo y octubre de 1913 Wilson se había mostrado dispuesto a aceptar una solución que hubiera permitido a alguno de los colaboradores de Huerta, como por ejemplo Federico Gamboa, asumir la presidencia de México. Tal solución habría asegurado un régimen huertista sin Huerta. Después de octubre de 1913, cuando Huerta disolvió el Congreso y se hizo reelegir, Wilson dio todo su apoyo a los constitucionalistas, haciendo prácticamente inevitable su victoria.

Después del comienzo de la primera guerra mundial, la capacidad de la Gran Bretaña para influir en México se vio coartada radicalmente por la necesidad de concentrar todos sus esfuerzos y recursos en la guerra. Al mismo tiempo, el número y la fuerza de sus adversarios en México aumentaron notablemente. Profundamente indignados por el apoyo británico a Huerta, los revolucionarios mexicanos de todos los matices mostraron poco respeto por los diplomáticos y los bienes británicos en México. Tanto los intereses económicos como el gobierno de los Estados Unidos trataron de aprovechar la primera guerra mundial para debilitar la influencia económica y política británica en México. Al mismo tiempo, la Gran Bretaña tuvo que enfrentar la creciente influencia alemana en México.

En la guerra en tres frentes que los británicos libraron en México de 1914 a 1918 contra los revolucionarios mexicanos, los Estados Unidos y los alemanes, sufrieron una serie de derrotas, con una sola notable excepción. Fueron incapaces de impedir que el gobierno de Carranza hiciera de las propiedades británicas el único objetivo de su política de confiscaciones masivas de propiedades extranjeras en México. Aunque los campos petroleros británicos no fueron afectados, los bancos y los ferrocarriles de propiedad británica fueron confiscados por el gobierno mexicano y el gobierno de Londres no pudo ejercer ninguna represalia. Los múltiples planes urdidos tanto por los militares como por el Ministerio de Relaciones Exteriores británicos para derrocar a Carranza mediante un golpe apoyado en los elementos militares conservadores del país se vinieron abajo cuando los Estados Unidos se negaron a colaborar. Al igual que en toda América Latina, durante la primera guerra mundial los Estados Unidos socavaron la influencia económica británica en México por todos los medios posibles.

Fue contra los alemanes que los británicos se apuntaron uno de sus pocos éxitos importantes en México, al descifrar el telegrama de Zimmermann y al leer los mensajes secretos que los alemanes enviaban a sus agentes. Estos éxitos británicos tuvieron un fuerte impacto en la política norteamericana respecto a la guerra europea. Pero en México, a pesar de su amplio conocimiento de las actividades alemanas, los británicos no pudieron impedir que los alemanes ejercieran una influencia cada vez mayor en la prensa, el ejército y el gobierno.

Uno de los aspectos más desconcertantes de la política británica en México es el hecho de que, a pesar de sus enormes éxitos en el campo del espionaje (su conocimiento de las claves secretas en México se complementaba con su infiltración en los servicios clandestinos alemanes en ese país), los británicos fueron incapaces de valorar correctamente las intenciones alemanas entre agosto de 1917 y abril de 1918. En un momento en que los alemanes habían renunciado a provocar una guerra mexicano-norteamericana y en lugar de ello estaban concentrando sus esfuerzos en una penetración económica y política de México, los británicos predijeron una y otra vez un inminente ataque germano-mexicano a los Estados Unidos que nunca se materializó, y debido a eso su credibilidad ante el gobierno norteamericano quedó muy mal parada.

Los militares británicos estaban tan convencidos de las interpretaciones erróneas de sus servicios secretos que en mayo de 1918 plantearon el asunto al gabinete de guerra y formularon proyectos cuya realización era absolutamente imposible. Esos errores de interpretación tuvieron otras consecuencias. Impidieron que el gobierno británico aceptara las propuestas conciliadoras de Carranza que sus propios intereses petroleros apoyaban enérgicamente y que hubieran retrasado, aunque probablemente no evitado, la erosión de la fuerza económica de la Gran Bretaña en México.

En noviembre de 1913, Sir William Tyrell, un íntimo colaborador del ministro de Relaciones Exteriores, Edward Grey, visitó los Estados Unidos y conferenció con Wilson y Bryan sobre el problema mexicano. Bryan acusó al gobierno británico de obedecer los dictados de las compañías petroleras británicas. Tyrell rechazó con vehemencia esas imputaciones, pero el gobierno británico nunca negó el hecho de que consideraba que su deber principal en los países subdesarrollados era la defensa de los intereses económicos británicos. Las potencias europeas no estaban dispuestas a aceptar

el concepto de diplomacia misionera que postulaba Woodrow Wilson.

Los encargados de formular la política británica se veían enfrentados a serios problemas cuando había choques de intereses entre las compañías británicas o cuando los intereses de esas compañías chocaban con la estrategia general de la Gran Bretaña. Entre marzo y noviembre de 1913, no se presentó ningún conflicto de esa índole. Los intereses británicos en México apoyaban unánimemente a Huerta y éste parecía tan fuerte que daba la impresión de que Wilson tarde o temprano se vería obligado a reconocerlo.

A fines de 1913, cuando se hizo claro que Huerta no podría pacificar el país, los intereses bancarios y ferroviarios británicos exigieron la rectificación de la política de apoyo a Huerta. Esta demanda se planteó precisamente cuando el Ministerio de Relaciones Exteriores británico se sentía más preocupado por la posibilidad de un distanciamiento entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña en un momento de crecientes tensiones en Europa. En esta coyuntura, el gobierno británico le retiró su apoyo a Huerta y pareció ceder ante las presiones norteamericanas. Esta capitulación no fue del todo auténtica. Los diplomáticos británicos trataron en realidad de contraponer en provecho propio a las partes en conflicto. Mientras el Ministerio de Relaciones Exteriores exhortaba a Huerta a que renunciara y les decía a los norteamericanos que dejarían de apoyarlo, Sir Lionel Carden lo instaba a permanecer en el poder. Al mismo tiempo, un consorcio británico encabezado por el futuro primer ministro Neville Chamberlain enviaba subrepticiamente a Huerta las armas que necesitaba a bordo de barcos alemanes. Esta política beneficiaba esencialmente a las compañías petroleras británicas, que se habían visto mucho menos afectadas por la guerra civil en México que los ferrocarriles y los bancos británicos. El principal objetivo de las compañías petroleras, en opinión del bien enterado ministro alemán Hintze, era proteger las concesiones y propiedades que habían adquirido. Una posible opción, que Carden consideró seriamente, consistía en dividir al país dejando el sur y los campos petroleros en manos de Huerta. Otra posibilidad, más realista, era la de apoyar a Huerta hasta que los Estados Unidos aceptaran oficialmente garantizar las concesiones petroleras de los británicos. Esta política tuvo éxito y en junio de 1914 el gobierno norteamericano declaró que no reconocería ningún cambio en el sistema de propiedades petroleras en México que pudiera producirse como resultado de la victoria de los revolucionarios.

La armoniosa relación entre el gobierno británico y sus grupos económicos más importantes sufrió su primera ruptura importante a fines de 1917, y las divergencias resultantes se prolongaron durante todo el año siguiente. Un fuerte conflicto estalló entre los intereses de las compañías petroleras británicas en México y lo que el gobierno británico consideraba sus intereses estratégicos generales. Enfrentado a una creciente presión mexicana y norteamericana. Lord Cowdray trató de vender sus propiedades a la Standard Oil o bien de lograr un acercamiento británico con Carranza. El gobierno británico vetó ambas opciones, por razones estratégicas. Este conflicto sólo se resolvió después de la guerra, cuando Cowdray pudo venderle sus propiedades petroleras a una poderosa compañía anglo-holandesa, la Royal Dutch Shell.

La Gran Bretaña logró retener sus principales posiciones —sobre todo los campos petroleros— y obtener de los Estados Unidos un reconocimiento limitado de algunos de sus principales intereses. En 1914 los Estados Unidos se comprometieron a no aprovecharse de una eventual expropiación de los intereses petroleros británicos, y en 1918 Wilson convino en dar a los intereses británicos y franceses el 50% de los votos, y por lo tanto el poder de veto, en un proyectado comité internacional de banqueros formado para negociar con México. Ello no obstante, el poder del que los británicos habían gozado tradicionalmente en México, sus vínculos especiales con los gobernantes del país y su reconocido papel como un baluarte contra el expansionismo norteamericano, desaparecieron para siempre.

La segunda potencia que había disfrutado de relaciones especiales con la élite porfiriana era Francia. Al igual que su aliado británico, Francia fue incapaz de influir de manera importante en los acontecimientos de México durante la revolución. A diferencia de la Gran Bretaña, nunca lo intentó. El gobierno y los intereses financieros franceses se oponían a la revolución mexicana con igual vehemencia que los británicos. Se habían beneficiado tanto como ellos, si no más, de sus estrechas ligas con la oligarquía porfirista. Vieron con buenos ojos el golpe de Huerta y apoyaron a éste durante los primeros meses de su gobierno, esperando un retorno a un régimen dictatorial y estable semejante al de Díaz. Cuando estas esperanzas resultaron vanas, los franceses, a diferencia de los británicos, decidieron que la mejor solución para sus intereses sería una completa hegemonía norteamericana en México. Como tenían pocas inversiones en el ramo de las materias primas, no temían la competencia norteamericana.

Lo que el gobierno y los financieros franceses deseaban ante todo era un gobierno mexicano capaz de pagar los enormes préstamos que le habían hecho al gobierno de Díaz. Un gobierno mexicano dominado por los Estados Unidos habría tenido los medios y el deseo de cumplir con todas las obligaciones financieras del país. El mayor problema que la diplomacia francesa enfrentó en los años de la revolución no fue el de encontrar la forma de influir en el desarrollo de México, sino el de mantenerse al margen del creciente conflicto británico-norteamericano en torno a México. Por una parte, los franceses no podían expresar abiertamente su muy real apoyo a la supremacía norteamericana en México sin crearse graves conflictos con su mejor aliado, que era Inglaterra. Por otra parte, no veían ninguna razón para apoyar los designios antinorteamericanos de los britá-

nicos. En consecuencia, los esfuerzos de la diplomacia francesa oscilaron entre intentos de conciliar las políticas británica y norteamericana en México y el abandono de toda iniciativa cuando advertía que tales intentos eran inútiles.

Sólo cuando se trató de combatir la expansión alemana en México entre 1916 y 1918 intentaron los franceses poner en práctica una política activa. Por carecer de una red de espionaje y, sobre todo, del acceso a las claves alemanas que tenían sus aliados británicos y norteamericanos, los franceses sólo pudieron desempeñar un papel secundario en esta lucha.

En vista de la evidente impotencia del gobierno francés para influir en el desarrollo de los acontecimientos en México, Francia fue la única de las grandes potencias donde no se produjo ningún conflicto importante entre el gobierno y los círculos empresariales y entre los círculos empresariales mismos, en torno a la política relativa a México.

A diferencia de la Gran Bretaña, para la cual México era un fin en sí mismo, Alemania formuló su política mexicana pensando en objetivos globales mucho más vastos. A diferencia de los británicos, los alemanes le imprimieron cambios radicales a su táctica en el transcurso de la revolución. Pasaron de una política de total oposición a todos los movimientos revolucionarios a una política que trataba de utilizar esos movimientos para sus propios fines. En consecuencia, su influencia en los revolucionarios mexicanos fue mucho mayor que la de cualquier otra potencia europea. Pero fue una influencia poco duradera. A la larga, los alemanes no ejercieron mayor influencia que los británicos o los franceses en el transcurso de la revolución.

La injerencia de Alemania en los asuntos mexicanos ha sido la menos comprendida de todas. Tanto su papel como uno de los principales exploradores de esa revolución cuanto sus esfuerzos por desempeñar ese papel han estado envueltos en el misterio durante mucho tiempo. De ahí que el presente libro haya prestado una atención especial a las actividades alemanas en México. La injerencia de Alemania en México tanto durante el porfiriato como en el periodo revolucionario puede dividirse en cuatro etapas claramente diferenciadas. Hasta 1898 Alemania siguió una política de expansión económica activa sin objetivos políticos. Entre 1898 y 1914 Alemania empezó a incluir cada vez más a México en sus diversas estrategias mundiales. Entre 1914 y 1917 hizo todo lo posible por utilizar tanto a los grupos revolucionarios como a los contrarrevolucionarios para provocar una guerra entre los Estados Unidos y México. Por último, después de 1917 se propuso utilizar su influencia con los revolucionarios para hacer de México un cuasi protectorado alemán.

Hasta 1898 el proceso de la expansión alemana en México no fue muy diferente del que tuvo lugar en otros países de América Latina, con la excepción de la Argentina, el Brasil y Chile, adonde había emigrado un

gran número de alemanes. El primer impulso a la expansión en México provino de los comerciantes alemanes, pero fueron los bancos alemanes los que aceleraron realmente el proceso. En este periodo, los empresarios alemanes lograron en dos ocasiones la supremacía en sectores vitales de la economía de México: durante los últimos años de la década de 1870 en el comercio exterior, y entre 1888 y 1898 en las finanzas públicas. Tal supremacía temporal no produjo, sin embargo, ventajas políticas duraderas. Si los banqueros y los diplomáticos alemanes abrigaron alguna vez la esperanza de que México llegaría a depender de Alemania en la misma forma que muchos países asiáticos y africanos, el tiempo los desilusionó. La causa de esta decepción fueron los Estados Unidos, cuya proximidad y avasallante presencia económica en México marcó límites muy estrictos a las ambiciones alemanas.

Esto no quiere decir, sin embargo, que Alemania se encontrara durante este periodo en algún tipo de conflicto abierto con los Estados Unidos. Antes al contrario, pues en realidad los desarrollos económicos alemán y norteamericano no chocaron, sino que siguieron trayectorias paralelas. En tanto que el rival directo de los Estados Unidos en México era Inglaterra, el de Alemania era Francia. Dondequiera que las empresas alemanas tenían intereses importantes, chocaban con un competidor francés: los comerciantes alemanes rivalizaban con los comerciantes franceses, los fabricantes de armas alemanas con los fabricantes de armas franceses, los bancos alemanes con los bancos franceses.

El año de 1898 marcó una nueva etapa en las relaciones germano-mexicanas, pues fue entonces cuando México se transformó de un mero campo de inversiones en un instrumento de política internacional. Hasta 1898, la política alemana había sido determinada primordialmente por los intereses económicos de los empresarios alemanes. Después de esa fecha empezó a ser regida por los intereses políticos más amplios de Alemania. La consecuencia de esta transformación para los empresarios alemanes no fue en modo alguno clara. Los intereses políticos globales de Alemania determinaron a partir de entonces que sus esfuerzos fomentaran o restringieran los intereses comerciales de Alemania en México.

Después de 1898 las condiciones en México empezaron a parecer favorables para el logro de uno de los objetivos políticos a largo plazo de Alemania: el de desafiar la supremacía norteamericana en América Latina. A primera vista, México no parecía en modo alguno un lugar propicio para hacer tal cosa, pues los intereses norteamericanos eran más fuertes allí que en cualquier otro país latinoamericano. Económicamente, México era casi un apéndice de los Estados Unidos: el 40% de todas las inversiones norteamericanas en el extranjero se hallaban allí. Políticamente, México se encontraba en el centro de la esfera de influencia norteamericana, siendo casi la piedra angular de la Doctrina Monroe: los Estados Unidos no habían

tomado a la ligera la invasión francesa de 1861-67 y la toleraron sólo porque tenían las manos atadas por su propia guerra civil.

Lo que hacía que las circunstancias en México fueran mucho más favorables para un desafío europeo a la Doctrina Monroe de lo que a primera vista podía parecer, era que Inglaterra tenía un prominente interés económico en la región. Si bien Alemania siempre había estado a la espera de una oportunidad para subvertir la Doctrina Monroe, no se atrevió, pese a las instigaciones de los pangermanistas y de la Marina, a hacerlo sola. Cualquier empresa de esa naturaleza tenía que ser una operación conjunta anglo-alemana, porque Alemania no quería enfrentarse sola a los Estados Unidos y porque contaba con un conflicto entre Inglaterra y los Estados Unidos. Venezuela, en 1902, había ofrecido la primera oportunidad para un desafío anglo-alemán conjunto a los Estados Unidos. El desafío fracasó por la vigorosa reacción norteamericana. A partir de entonces Inglaterra se había mostrado renuente a provocar una reacción similar. En México, sin embargo, los intereses económicos de Inglaterra eran, a juicio de Alemania, demasiado importantes para que esta renuencia prevaleciera. Lo que hacía pensar que las circunstancias en México eran más favorables aún era el deseo del gobierno mexicano de fortalecer las inversiones europeas como un contrapeso a los Estados Unidos. Y lo que parecía hacerlas todavía más propicias era el creciente antagonismo norteamericano-japonés en el que los alemanes esperaban involucrar a México. Los gobernantes de Alemania habían concebido a este respecto planes de gran alcance que iban desde una alianza germano-norteamericana con una posible ocupación conjunta de México hasta la utilización de México para provocar una guerra entre los Estados Unidos y el Japón.

El estallido de la revolución mexicana sorprendió a los diplomáticos y comerciantes alemanes tanto como a los de todas las demás grandes potencias. En un principio pensaron que se trataba de un simple golpe de Estado con cierto apoyo popular, que fortalecería al sistema político y económico existente. Al igual que los diplomáticos británicos y franceses en México, los representantes alemanes en ese país temieron que Madero se mostrara más deferente que Porfirio Díaz frente a los Estados Unidos. A diferencia de los británicos y los franceses, sin embargo, algunos comerciantes y diplomáticos alemanes consideraron que tenían mucho que ganar con la caída de los "científicos" del poder político. Los nuevos gobernantes de México tenían menos vínculos económicos con los británicos y los franceses y ligas más estrechas con los financieros alemanes que sus predecesores porfirianos. Se podía esperar, pues, y así sucedió en efecto, que favorecieran a los intereses alemanes en mayor grado que sus antecesores.

Los intereses de los banqueros, financieros y otros empresarios alemanes no impidieron que los representantes diplomáticos de Alemania utilizaran a la revolución mexicana en beneficio de objetivos de política internacional

que, en última instancia, podrían haberlos perjudicado. Los representantes alemanes lanzaron una intensa aunque disimulada campaña propagandística en favor de una alianza germano-norteamericana contra el Japón, con una consiguiente ocupación de México por los Estados Unidos.

Muchas de estas consideraciones, sin embargo, pasaron a segundo plano cuando los diplomáticos alemanes se convencieron de que Madero no era capaz de controlar a las fuerzas populares que había movilizado en las primeras etapas de la revolución. El ministro alemán en México, Paul von Hintze, se volvió contra Madero y participó en su derrocamiento. Cuando Hintze comprendió que su proceder había beneficiado principalmente a los Estados Unidos y que el régimen de Huerta era "un instrumento de la embajada norteamericana", intentó dar marcha atrás y salvar la vida de Madero.

Fue durante el régimen de Huerta, de marzo de 1913 a junio de 1914, cuando la diplomacia alemana desplegó una actividad sin precedentes en México y trató de utilizar a ese país para los fines de su política mundial. Durante este periodo, por primera vez desde la crisis venezolana, se hicieron serios esfuerzos por impugnar la supremacía de la Doctrina Monroe fomentando una intervención conjunta en México por parte de Alemania. La propuesta de "cooperación amistosa" de Hintze, aprobada ya por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, habría convertido a México en un protectorado europeo-norteamericano y habría sentado un precedente para toda América Latina. Esta política, sin embargo, con su concepción totalmente equivocada de los objetivos norteamericanos y de la significación de la revolución mexicana, y su torpe injerencia en los asuntos internos de México, fracasó por completo.

Los gobernantes de Alemania también esperaban que la cooperación con la Gran Bretaña en México y en muchas otras cuestiones secundarias pudiera contrarrestar la profunda hostilidad que la agresiva política exterior de Alemania y sobre todo su programa de rearme naval estaban suscitando en la Gran Bretaña. Esta esperanza se frustró, como se frustraron también las esperanzas alemanas de que Huerta pudiera aplastar al movimiento revolucionario.

La malhadada política revelada por el telegrama de Zimmermann ha sido descrita como una improvisación de tiempos de guerra, sin ninguna relación con la diplomacia alemana de preguerra. Los esfuerzos de los diplomáticos alemanes entre 1905 y 1913 por utilizar a México para crear hostilidades entre el Japón y los Estados Unidos, los intentos complementarios de hacer que los Estados Unidos invadieran a México como parte de tal conflicto, las esperanzas de utilizar a México para intensificar las tensiones británico-norteamericanas, y las propuestas alemanas de una invasión conjunta de México por las grandes potencias demuestran que las intrigas posteriores de Zimmermann tenían hondas raíces en las anteriores políticas alemanas.

tomado a la ligera la invasión francesa de 1861-67 y la toleraron sólo porque tenían las manos atadas por su propia guerra civil.

Lo que hacía que las circunstancias en México fueran mucho más favorables para un desafío europeo a la Doctrina Monroe de lo que a primera vista podía parecer, era que Inglaterra tenía un prominente interés económico en la región. Si bien Alemania siempre había estado a la espera de una oportunidad para subvertir la Doctrina Monroe, no se atrevió, pese a las instigaciones de los pangermanistas y de la Marina, a hacerlo sola. Cualquier empresa de esa naturaleza tenía que ser una operación conjunta anglo-alemana, porque Alemania no quería enfrentarse sola a los Estados Unidos y porque contaba con un conflicto entre Inglaterra y los Estados Unidos. Venezuela, en 1902, había ofrecido la primera oportunidad para un desafío anglo-alemán conjunto a los Estados Unidos. El desafío fracasó por la vigorosa reacción norteamericana. A partir de entonces Inglaterra se había mostrado renuente a provocar una reacción similar. En México, sin embargo, los intereses económicos de Inglaterra eran, a juicio de Alemania, demasiado importantes para que esta renuencia prevaleciera. Lo que hacía pensar que las circunstancias en México eran más favorables aún era el deseo del gobierno mexicano de fortalecer las inversiones europeas como un contrapeso a los Estados Unidos. Y lo que parecía hacerlas todavía más propicias era el creciente antagonismo norteamericano-japonés en el que los alemanes esperaban involucrar a México. Los gobernantes de Alemania habían concebido a este respecto planes de gran alcance que iban desde una alianza germano-norteamericana con una posible ocupación conjunta de México hasta la utilización de México para provocar una guerra entre los Estados Unidos y el Japón.

El estallido de la revolución mexicana sorprendió a los diplomáticos y comerciantes alemanes tanto como a los de todas las demás grandes potencias. En un principio pensaron que se trataba de un simple golpe de Estado con cierto apoyo popular, que fortalecería al sistema político y económico existente. Al igual que los diplomáticos británicos y franceses en México, los representantes alemanes en ese país temieron que Madero se mostrara más deferente que Porfirio Díaz frente a los Estados Unidos. A diferencia de los británicos y los franceses, sin embargo, algunos comerciantes y diplomáticos alemanes consideraron que tenían mucho que ganar con la caída de los "científicos" del poder político. Los nuevos gobernantes de México tenían menos vínculos económicos con los británicos y los franceses y ligas más estrechas con los financieros alemanes que sus predecesores porfirianos. Se podía esperar, pues, y así sucedió en efecto, que favorecieran a los intereses alemanes en mayor grado que sus antecesores.

Los intereses de los banqueros, financieros y otros empresarios alemanes no impidieron que los representantes diplomáticos de Alemania utilizaran a la revolución mexicana en beneficio de objetivos de política internacional que, en última instancia, podrían haberlos perjudicado. Los representantes alemanes lanzaron una intensa aunque disimulada campaña propagandística en favor de una alianza germano-norteamericana contra el Japón, con una consiguiente ocupación de México por los Estados Unidos.

Muchas de estas consideraciones, sin embargo, pasaron a segundo plano cuando los diplomáticos alemanes se convencieron de que Madero no era capaz de controlar a las fuerzas populares que había movilizado en las primeras etapas de la revolución. El ministro alemán en México, Paul von Hintze, se volvió contra Madero y participó en su derrocamiento. Cuando Hintze comprendió que su proceder había beneficiado principalmente a los Estados Unidos y que el régimen de Huerta era "un instrumento de la embajada norteamericana", intentó dar marcha atrás y salvar la vida de Madero.

Fue durante el régimen de Huerta, de marzo de 1913 a junio de 1914, cuando la diplomacia alemana desplegó una actividad sin precedentes en México y trató de utilizar a ese país para los fines de su política mundial. Durante este periodo, por primera vez desde la crisis venezolana, se hicieron serios esfuerzos por impugnar la supremacía de la Doctrina Monroe fomentando una intervención conjunta en México por parte de Alemania. La propuesta de "cooperación amistosa" de Hintze, aprobada ya por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán, habría convertido a México en un protectorado europeo-norteamericano y habría sentado un precedente para toda América Latina. Esta política, sin embargo, con su concepción totalmente equivocada de los objetivos norteamericanos y de la significación de la revolución mexicana, y su torpe injerencia en los asuntos internos de México, fracasó por completo.

Los gobernantes de Alemania también esperaban que la cooperación con la Gran Bretaña en México y en muchas otras cuestiones secundarias pudiera contrarrestar la profunda hostilidad que la agresiva política exterior de Alemania y sobre todo su programa de rearme naval estaban suscitando en la Gran Bretaña. Esta esperanza se frustró, como se frustraron también las esperanzas alemanas de que Huerta pudiera aplastar al movimiento revolucionario.

La malhadada política revelada por el telegrama de Zimmermann ha sido descrita como una improvisación de tiempos de guerra, sin ninguna relación con la diplomacia alemana de preguerra. Los esfuerzos de los diplomáticos alemanes entre 1905 y 1913 por utilizar a México para crear hostilidades entre el Japón y los Estados Unidos, los intentos complementarios de hacer que los Estados Unidos invadieran a México como parte de tal conflicto, las esperanzas de utilizar a México para intensificar las tensiones británico-norteamericanas, y las propuestas alemanas de una invasión conjunta de México por las grandes potencias demuestran que las intrigas posteriores de Zimmermann tenían hondas raíces en las anteriores políticas alemanas.

Desde mediados de 1914 hasta 1917, México fue considerado por los gobernantes alemanes como un mero instrumento para influir en la política norteamericana, como un lazo, por decirlo así, con el cual atar a los Estados Unidos al continente americano. La ya importante injerencia de Alemania en los asuntos internos de México desde los comienzos del siglo xx palideció en comparación con la intensa actividad desplegada en ese país por los alemanes durante los primeros tres años de la primera guerra mundial: la conspiración con Huerta, las operaciones de sabotaje en un país neutral, el intento de conspiración con Villa para provocar la intervención norteamericana, las innumerables provocaciones armadas en la frontera, las conjuras militares contra Carranza y, sobre todo, el telegrama de Zimmermann. Lo que más impresiona de la política alemana en este periodo es que, al mismo tiempo que se basaba en una *realpolitik* descarnada, no tenía nada de realista. Alemania cometió un craso error de apreciación tanto en lo tocante a su posible aliado, México, como a su enemigo, los Estados Unidos. A cambio de un ataque mexicano contra los Estados Unidos, Alemania le prometió a México tres estados norteamericanos. Cuando esa oferta no convenció al comprador, simplemente se cambió el precio en la etiqueta del producto, con base en el supuesto de que en última instancia Carranza no podría "negarse a sí mismo" la oportunidad de atacar a los Estados Unidos.

El telegrama de Zimmermann, en la medida en que la historiografía alemana le presta alguna atención, es despachado como una aberración en la política alemana, un capricho personal de Zimmermann, o bien se le considera un intento legítimo por parte de Alemania para ganar aliados en caso de una guerra con los Estados Unidos. Ninguna de estas dos interpretaciones es correcta. Por lo que toca a la primera, los archivos alemanes revelan muy claramente que el telegrama de Zimmermann fue en realidad la culminación de una larga serie de intentos concertados por parte de los principales formuladores de la política exterior alemana con el fin de comprometer a México en una guerra con los Estados Unidos. Jagow dio órdenes de incitar a Villa a atacar a los Estados Unidos. Falkenhayn aprobó una conspiración con Huerta. El mismo emperador recomendó enviar el telegrama y Ludendorff agregó su consentimiento. Por lo que toca a la segunda interpretación, las declaraciones de Zimmermann ante el Reichstag después de la publicación de su telegrama demuestran inequívocamente que su oferta de alianza a Carranza no era genuina. De lo que se trataba era de empujar a Carranza a una guerra con los Estados Unidos para abandonarlo después a sus propios recursos... excepto en el caso sumamente improbable de que el Japón entrara como tercer miembro en la alianza germano-mexicana.

Después de 1917 Alemania volvió a modificar significativamente su política mexicana. Ya no se proponía como objetivo principal inmovilizar a

los Estados Unidos en una guerra fronteriza con México. Después del fracaso de la guerra submarina ilimitada y de la oferta de alianza a Carranza, se elaboraron nuevos planes en relación con México. El nuevo objetivo era someter a México, convirtiéndolo en una especie de protectorado alemán. En sus informes, Eckardt habla en términos muy francos de "asumir el control de México". Organizando una amplia red de espionaje que se infiltrara tanto en el ejército como en el gobierno mexicanos, adueñándose de sectores importantes de la prensa, y colocando agentes en las juntas directivas de las compañías extranjeras no alemanas en México, Alemania esperaba preparar el terreno para una especie de "conquista" de México que se completaría por medio de cuantiosos préstamos e inversiones alemanes después del fin de la guerra mundial.

A pesar de tales proyectos de los gobernantes alemanes, las relaciones que Alemania estableció con México en 1917 y 1918 no fueron relaciones de subyugación y dominación. Alemania sencillamente no tenía el poder suficiente para imponer ese tipo de relación. En términos prácticos, lo que se dio fue una colaboración que se asemejaba a una alianza extraoficial entre los dos gobiernos. Esta colaboración se basaba, por una parte, en las expectativas de ambos gobiernos para el futuro. Carranza contaba con la ayuda económica y diplomática de Alemania en la posguerra (o antes en caso de un conflicto con los Estados Unidos). Alemania esperaba dominar a México después de la guerra, o cuando menos asegurarse importantes concesiones en la explotación de las materias primas de ese país. Por otra parte, esta alianza se basaba también en consideraciones muy inmediatas. A cambio de la neutralidad mexicana y de la disposición de Carranza a permitir que los agentes del servicio secreto alemán utilizaran a México como base de operaciones contra los Estados Unidos, el gobierno mexicano esperaba ayuda económica y moderación militar respecto a las actividades alemanas de sabotaje en México.

México nunca recibió ninguna ayuda económica. Alemania no estuvo dispuesta a conceder más que un préstamo de diez millones de pesetas españolas a México en el transcurso de la guerra, y ni siquiera esta modestísima suma pudo enviarse a México desde el otro lado del Atlántico. La moderación militar alemana, sin embargo, fue de vital importancia para México. El gobierno alemán, desoyendo los consejos de los agentes del Estado Mayor alemán en México, decidió renunciar al único medio efectivo de que aún disponía para debilitar el esfuerzo de guerra de los aliados y provocar una intervención militar norteamericana en México: las operaciones de sabotaje efectivas y en gran escala en los campos petroleros.

¿Qué influencia ejerció Alemania en el desarrollo de la revolución mexicana? Si bien la propaganda alemana fue muy efectiva en cuanto a la creación de simpatías proalemanas en la población mexicana, Alemania ejerció muy poca influencia en la política interna del gobierno mexicano.

En los pocos casos en que intentó hacerlo, oponiéndose a la Constitución de 1917 o tratando de lograr una reconciliación entre el gobierno de Carranza y la Iglesia católica, fracasó. La neutralidad de México en la primera guerra mundial no fue primordialmente el resultado de las presiones alemanas (aunque el complot de Eckardt con los generales no careció de efecto), sino del nacionalismo de la nueva élite mexicana.

Si bien las esperanzas de una victoria alemana fortalecieron la oposición de Carranza a los Estados Unidos, su política no cambió sustancialmente después de la derrota de Alemania.

La influencia más importante que Alemania ejerció en el desarrollo de los acontecimientos en México no fue resultado de su política mexicana sino de su participación en la primera guerra mundial. Fue la creciente posibilidad de una guerra con Alemania lo que movió a Wilson a retirar incondicionalmente la expedición punitiva de territorio mexicano y lo que impidió toda intervención armada subsiguiente en los asuntos internos de su vecino del sur hasta fines de 1918.

Al igual que sus colegas británicos, los formuladores de la política alemana tuvieron que enfrentarse a repetidos conflictos en torno a qué política había de aplicarse en México. En el caso británico, los conflictos se produjeron entre quienes consideraban a Alemania como el principal enemigo de Inglaterra y quienes, como Carden y más tarde Cowdray, aunque sin decirlo nunca abiertamente, temían más a la expansión norteamericana que a la alemana.

En el caso de Alemania, el conflicto en torno a la política mexicana se dio entre quienes veían a México como un fin en sí mismo y quienes lo consideraban como un medio para lograr objetivos globales. En 1914 los comerciantes y los banqueros alemanes favorecían una ocupación norteamericana de México como la única manera de estabilizar al país y ponerlo en condiciones de pagar su deuda externa. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania se oponía enérgicamente a dicho objetivo por razones de política y estrategia generales. En 1917-19 el Estado Mayor abogó en favor de la ejecución de operaciones de sabotaje en gran escala en México. Tanto las autoridades civiles como los intereses económicos alemanes que tenían sus esperanzas puestas en una política de expansión económica en gran escala en México después de la guerra impidieron la realización de esos planes.

La derrota de Alemania en la primera guerra mundial frustró temporalmente sus propósitos expansionistas en México. Algunos años más tarde, sin embargo, los nazis revivieron los proyectos de la Alemania imperial, pero sus logros fueron mucho menos "impresionantes" que los de los representantes del kaiser.

De haber sido otro el desenlace de la primera guerra mundial, ¿hubiera podido Alemania alcanzar alguno de los objetivos que se había fijado en México y subyugar a este país cuando menos en cierta medida? Esta posibilidad no puede descartarse del todo en vista del enorme poder que Alemania de hecho había acumulado en México. Su control de la prensa mexicana, su encubierta influencia en el ejército mexicano y las simpatías que había cultivado en la población podrían haber sido utilizados como instrumentos para fortalecer el poderío alemán en ese país. Sin embargo, las exageradas esperanzas de Eckardt, que expresó en 1917 cuando escribió: "el legado de Cortés está en venta, comprémoslo", no hubieran podido realizarse bajo ninguna circunstancia.

Entre todas las grandes potencias, los Estados Unidos parecieron seguir la política más contradictoria respecto a la revolución mexicana. Cada una de las facciones victoriosas en México entre 1910 y 1919 gozó de la simpatía, y en algunos casos del apoyo directo, de las autoridades norteamericanas en su lucha por el poder. En cada caso, el gobierno de Washington no tardó en volverse contra sus nuevos amigos con la misma vehemencia que había expresado al apoyarlos.

El régimen de Taft, en un principio, vio con gran simpatía la revolución de Madero. Algunos historiadores sostienen que Taft incluso le dio apoyo encubierto. Un año más tarde, el mismo régimen rectificó su posición y, en febrero de 1913, su embajador Henry Lane Wilson desempeñó un papel decisivo en el golpe que derrocó a Madero y llevó al poder a Huerta.

Woodrow Wilson tomó medidas más enérgicas aún e intervino de manera todavía más drástica en los asuntos de México a fin de expulsar a Huerta del puesto que el embajador norteamericano le había ayudado a ocupar. En su lucha contra Huerta, Woodrow Wilson apoyó tanto a Pancho Villa como a Venustiano Carranza. Poco después se volvió contra Villa y ayudó a Carranza a infligirle una derrota decisiva. A continuación casi llegó a una guerra con Carranza.

Esta consecuente inconsecuencia norteamericana tenía un común denominador: el hecho de que cada facción mexicana, una vez llegada al poder, ponía en práctica políticas que tanto el gobierno de Washington como los grupos económicos norteamericanos consideraban perjudiciales para sus intereses.

Este común denominador no tuvo la misma importancia en todos los casos. Fue decisivo, sin embargo, en lo tocante al régimen de Taft. Éste vio con simpatía la revolución de Madero, considerándola como un golpe de Estado más en la clásica tradición latinoamericana; y esperaba que el nuevo gobernante de México pondría fin a la política proeuropea seguida por Díaz. Cuando Madero empezó a cobrar impuestos a las propiedades norteamericanas, cuando se abstuvo de dar a las empresas norteamericanas el tipo de apoyo que éstas habían esperado, y cuando pareció incapaz de controlar a las fuerzas sociales que había movilizado, el régimen de Taft se volvió contra él.

Cabe poca duda de que la oposición de Woodrow Wilson a Huerta se exacerbó debido a las estrechas ligas de éste con Inglaterra. Sin embargo, éste no fue el principal motivo de la oposición de Wilson al dictador mexicano o de su alianza con los revolucionarios mexicanos. La idea de Wilson de una diplomacia misionera lo llevó a abrazar la causa de los revolucionarios con la intención de modelarlos a su propia imagen.

A fines de 1915 Wilson parecía haber logrado en buena medida sus propósitos, ya que había contribuido en forma decisiva a la derrota tanto de Huerta como del ala más radical de los revolucionarios.

Si bien Carranza rechazó la tutela del presidente norteamericano y la supremacía de los Estados Unidos, en 1915 y 1916 pareció poner en práctica una política que en muchos aspectos coincidía con los deseos y las aspiraciones de Wilson. Carranza se mostró tan comprometido como aquél con el sistema de libre empresa y con la propiedad privada. No sólo no expresó aspiraciones socialistas, sino que empezó a devolver a sus antiguos dueños numerosas propiedades que habían sido confiscadas. Su régimen parecía ser el primero en la historia de México, desde la década de 1880, que no había establecido relaciones estrechas con las potencias europeas, cuyo apoyo a Huerta había suscitado el profundo resentimiento de Carranza. Entre todas las potencias europeas, Carranza desconfiaba especialmente de Alemania debido a las intrigas de ésta con Huerta y con funcionarios villistas, encaminadas a provocar una intervención norteamericana en México.

Aunque el gobierno de Carranza había decretado, en 1915 y a principios de 1916, algunos nuevos impuestos y restricciones a las compañías norteamericanas, éstos no eran todavía muy severos. Wilson abrigaba la esperanza de que el éxito de las negociaciones sobre un préstamo entre Carranza y los bancos norteamericanos pondría fin a dichas restricciones y daría lugar al establecimiento de estrechas relaciones económicas entre el nuevo gobierno mexicano y los Estados Unidos.

El ataque de Villa a Columbus, Nuevo México, el 8 de marzo de 1916, basado en la convicción del jefe guerrillero de que Carranza estaba sacrificando la independencia de México a los Estados Unidos, puso fin a la segunda luna de miel entre Carranza y Wilson. La expedición punitiva que Wilson envió a México no sólo llevó a los dos países al borde de la guerra, sino que puso fin a la política wilsoniana de alineamiento con grupos revolucionarios. La expedición punitiva provocó una ola tan fuerte de nacionalismo antinorteamericano que, cuando fue retirada de México en febrero de 1917, dejó tras sí un país en el que ninguna de las facciones revolucionarias, por mucho que se hubieran odiado entre sí, quería ni podía reanudar la antigua política de alianza con los Estados Unidos. Wilson nunca consideró seriamente la opción, favorecida por el gobierno británico, de alinearse con los contrarrevolucionarios mexicanos entre 1916 y 1918. Éstos

no sólo habían sido derrotados y estaban desprestigiados, sino que Wilson, y esto era lo más importante, no confiaba en ellos. No había un solo dirigente conservador que en algún momento no hubiera apoyado a Huerta y no se hubiera opuesto al presidente norteamericano entre 1913 y 1914. De tal suerte, Wilson pensaba que no le quedaba ningún aliado potencial en México. En este periodo la política norteamericana en México volvió a los métodos tradicionales y Wilson desplazó su celo misionero a otras partes del mundo. El cuasi bloqueo económico que Wilson le impuso entonces a México sólo contribuyó a atizar el fuego del resentimiento antinorteamericano y a echar al gobierno de Carranza y a la mayoría de sus generales en brazos de Alemania.

Desde 1916 hasta fines de 1918 los objetivos de la política norteamericana consistieron esencialmente en mantener a México tranquilo mientras durara la primera guerra mundial y en proteger los intereses económicos norteamericanos. Para este fin se recurrió tanto a la intervención militar (la expedición punitiva, que el régimen de Wilson intentó utilizar no sólo para destruir a Villa sino para obligar a Carranza a dar garantías a los intereses norteamericanos) como a las sanciones económicas. El gobierno norteamericano expresó entonces su oposición al tipo de reformas sociales que tanto Wilson como Bryan habían favorecido con tanta energía en 1913 y 1914.

Una de las pocas supervivencias de la anterior diplomacia "idealista" de Wilson en México fue su negativa a llevar a cabo una intervención militar en ese país después del retiro de la expedición punitiva. Pero esta política no se debió únicamente, en modo alguno, a su actitud frente a México; fue en igual medida, cuando menos, un producto de los compromisos cada vez mayores de los Estados Unidos en el resto del mundo. Una intervención en México en 1917-18 habría dificultado gravemente la participación de los Estados Unidos en la guerra europea. Más adelante le habría asestado un golpe más fuerte aún a la difícil lucha de Wilson durante la posguerra por mantener y reforzar los compromisos de los Estados Unidos en ultramar.

Al igual que en Inglaterra y en Alemania, el problema de qué política debía seguirse en México creó fuertes conflictos en el seno del gobierno norteamericano, entre las autoridades civiles y las militares, entre el gobierno y algunos grupos económicos, y entre los grupos económicos mismos. Estos conflictos ya se habían presentado en el periodo de la revolución maderista. En tanto que los intereses agrícolas norteamericanos, así como la mayoría de las empresas medianas, habían estado a favor de apoyar a Díaz a todo trance, los intereses petroleros parecieron apoyar a Madero. Aún no es posible determinar si el progresivo enfriamiento de las relaciones entre Taft y Díaz se debió a las presiones ejercidas por los intereses petroleros o fue simplemente el resultado de la política proeuropea de Díaz.

En los Estados Unidos, como en Europa, los últimos meses del gobierno

En los pocos casos en que intentó hacerlo, oponiéndose a la Constitución de 1917 o tratando de lograr una reconciliación entre el gobierno de Carranza y la Iglesia católica, fracasó. La neutralidad de México en la primera guerra mundial no fue primordialmente el resultado de las presiones alemanas (aunque el complot de Eckardt con los generales no careció de efecto), sino del nacionalismo de la nueva élite mexicana.

Si bien las esperanzas de una victoria alemana fortalecieron la oposición de Carranza a los Estados Unidos, su política no cambió sustancialmente después de la derrota de Alemania.

La influencia más importante que Alemania ejerció en el desarrollo de los acontecimientos en México no fue resultado de su política mexicana sino de su participación en la primera guerra mundial. Fue la creciente posibilidad de una guerra con Alemania lo que movió a Wilson a retirar incondicionalmente la expedición punitiva de territorio mexicano y lo que impidió toda intervención armada subsiguiente en los asuntos internos de su vecino del sur hasta fines de 1918.

Al igual que sus colegas británicos, los formuladores de la política alemana tuvieron que enfrentarse a repetidos conflictos en torno a qué política había de aplicarse en México. En el caso británico, los conflictos se produjeron entre quienes consideraban a Alemania como el principal enemigo de Inglaterra y quienes, como Carden y más tarde Cowdray, aunque sin decirlo nunca abiertamente, temían más a la expansión norteamericana que a la alemana.

En el caso de Alemania, el conflicto en torno a la política mexicana se dio entre quienes veían a México como un fin en sí mismo y quienes lo consideraban como un medio para lograr objetivos globales. En 1914 los comerciantes y los banqueros alemanes favorecían una ocupación norteamericana de México como la única manera de estabilizar al país y ponerlo en condiciones de pagar su deuda externa. El Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania se oponía enérgicamente a dicho objetivo por razones de política y estrategia generales. En 1917-19 el Estado Mayor abogó en favor de la ejecución de operaciones de sabotaje en gran escala en México. Tanto las autoridades civiles como los intereses económicos alemanes que tenían sus esperanzas puestas en una política de expansión económica en gran escala en México después de la guerra impidieron la realización de esos planes.

La derrota de Alemania en la primera guerra mundial frustró temporalmente sus propósitos expansionistas en México. Algunos años más tarde, sin embargo, los nazis revivieron los proyectos de la Alemania imperial, pero sus logros fueron mucho menos "impresionantes" que los de los representantes del kaiser.

De haber sido otro el desenlace de la primera guerra mundial, ¿hubiera podido Alemania alcanzar alguno de los objetivos que se había fijado en México y subyugar a este país cuando menos en cierta medida? Esta posibilidad no puede descartarse del todo en vista del enorme poder que Alemania de hecho había acumulado en México. Su control de la prensa mexicana, su encubierta influencia en el ejército mexicano y las simpatías que había cultivado en la población podrían haber sido utilizados como instrumentos para fortalecer el poderío alemán en ese país. Sin embargo, las exageradas esperanzas de Eckardt, que expresó en 1917 cuando escribió: "el legado de Cortés está en venta, comprémoslo", no hubieran podido realizarse bajo ninguna circunstancia.

Entre todas las grandes potencias, los Estados Unidos parecieron seguir la política más contradictoria respecto a la revolución mexicana. Cada una de las facciones victoriosas en México entre 1910 y 1919 gozó de la simpatía, y en algunos casos del apoyo directo, de las autoridades norteamericanas en su lucha por el poder. En cada caso, el gobierno de Washington no tardó en volverse contra sus nuevos amigos con la misma vehemencia que había expresado al apoyarlos.

El régimen de Taft, en un principio, vio con gran simpatía la revolución de Madero. Algunos historiadores sostienen que Taft incluso le dio apoyo encubierto. Un año más tarde, el mismo régimen rectificó su posición y, en febrero de 1913, su embajador Henry Lane Wilson desempeñó un papel decisivo en el golpe que derrocó a Madero y llevó al poder a Huerta.

Woodrow Wilson tomó medidas más enérgicas aún e intervino de manera todavía más drástica en los asuntos de México a fin de expulsar a Huerta del puesto que el embajador norteamericano le había ayudado a ocupar. En su lucha contra Huerta, Woodrow Wilson apoyó tanto a Pancho Villa como a Venustiano Carranza. Poco después se volvió contra Villa y ayudó a Carranza a infligirle una derrota decisiva. A continuación casi llegó a una guerra con Carranza.

Esta consecuente inconsecuencia norteamericana tenía un común denominador: el hecho de que cada facción mexicana, una vez llegada al poder, ponía en práctica políticas que tanto el gobierno de Washington como los grupos económicos norteamericanos consideraban perjudiciales para sus intereses.

Este común denominador no tuvo la misma importancia en todos los casos. Fue decisivo, sin embargo, en lo tocante al régimen de Taft. Éste vio con simpatía la revolución de Madero, considerándola como un golpe de Estado más en la clásica tradición latinoamericana; y esperaba que el nuevo gobernante de México pondría fin a la política proeuropea seguida por Díaz. Cuando Madero empezó a cobrar impuestos a las propiedades norteamericanas, cuando se abstuvo de dar a las empresas norteamericanas el tipo de apoyo que éstas habían esperado, y cuando pareció incapaz de controlar a las fuerzas sociales que había movilizado, el régimen de Taft se volvió contra él.

Cabe poca duda de que la oposición de Woodrow Wilson a Huerta se exacerbó debido a las estrechas ligas de éste con Inglaterra. Sin embargo, éste no fue el principal motivo de la oposición de Wilson al dictador mexicano o de su alianza con los revolucionarios mexicanos. La idea de Wilson de una diplomacia misionera lo llevó a abrazar la causa de los revolucionarios con la intención de modelarlos a su propia imagen.

A fines de 1915 Wilson parecía haber logrado en buena medida sus propósitos, ya que había contribuido en forma decisiva a la derrota tanto de Huerta como del ala más radical de los revolucionarios.

Si bien Carranza rechazó la tutela del presidente norteamericano y la supremacía de los Estados Unidos, en 1915 y 1916 pareció poner en práctica una política que en muchos aspectos coincidía con los deseos y las aspiraciones de Wilson. Carranza se mostró tan comprometido como aquél con el sistema de libre empresa y con la propiedad privada. No sólo no expresó aspiraciones socialistas, sino que empezó a devolver a sus antiguos dueños numerosas propiedades que habían sido confiscadas. Su régimen parecía ser el primero en la historia de México, desde la década de 1880, que no había establecido relaciones estrechas con las potencias europeas, cuyo apoyo a Huerta había suscitado el profundo resentimiento de Carranza. Entre todas las potencias europeas, Carranza desconfiaba especialmente de Alemania debido a las intrigas de ésta con Huerta y con funcionarios villistas, encaminadas a provocar una intervención norteamericana en México.

Aunque el gobierno de Carranza había decretado, en 1915 y a principios de 1916, algunos nuevos impuestos y restricciones a las compañías norteamericanas, éstos no eran todavía muy severos. Wilson abrigaba la esperanza de que el éxito de las negociaciones sobre un préstamo entre Carranza y los bancos norteamericanos pondría fin a dichas restricciones y daría lugar al establecimiento de estrechas relaciones económicas entre el nuevo gobierno mexicano y los Estados Unidos.

El ataque de Villa a Columbus, Nuevo México, el 8 de marzo de 1916, basado en la convicción del jefe guerrillero de que Carranza estaba sacrificando la independencia de México a los Estados Unidos, puso fin a la segunda luna de miel entre Carranza y Wilson. La expedición punitiva que Wilson envió a México no sólo llevó a los dos países al borde de la guerra, sino que puso fin a la política wilsoniana de alineamiento con grupos revolucionarios. La expedición punitiva provocó una ola tan fuerte de nacionalismo antinorteamericano que, cuando fue retirada de México en febrero de 1917, dejó tras sí un país en el que ninguna de las facciones revolucionarias, por mucho que se hubieran odiado entre sí, quería ni podía reanudar la antigua política de alianza con los Estados Unidos. Wilson nunca consideró seriamente la opción, favorecida por el gobierno británico, de alinearse con los contrarrevolucionarios mexicanos entre 1916 y 1918. Éstos

no sólo habían sido derrotados y estaban desprestigiados, sino que Wilson, y esto era lo más importante, no confiaba en ellos. No había un solo dirigente conservador que en algún momento no hubiera apoyado a Huerta y no se hubiera opuesto al presidente norteamericano entre 1913 y 1914. De tal suerte, Wilson pensaba que no le quedaba ningún aliado potencial en México. En este periodo la política norteamericana en México volvió a los métodos tradicionales y Wilson desplazó su celo misionero a otras partes del mundo. El cuasi bloqueo económico que Wilson le impuso entonces a México sólo contribuyó a atizar el fuego del resentimiento antinorteamericano y a echar al gobierno de Carranza y a la mayoría de sus generales en brazos de Alemania.

Desde 1916 hasta fines de 1918 los objetivos de la política norteamericana consistieron esencialmente en mantener a México tranquilo mientras durara la primera guerra mundial y en proteger los intereses económicos norteamericanos. Para este fin se recurrió tanto a la intervención militar (la expedición punitiva, que el régimen de Wilson intentó utilizar no sólo para destruir a Villa sino para obligar a Carranza a dar garantías a los intereses norteamericanos) como a las sanciones económicas. El gobierno norteamericano expresó entonces su oposición al tipo de reformas sociales que tanto Wilson como Bryan habían favorecido con tanta energía en 1913 y 1914.

Una de las pocas supervivencias de la anterior diplomacia "idealista" de Wilson en México fue su negativa a llevar a cabo una intervención militar en ese país después del retiro de la expedición punitiva. Pero esta política no se debió únicamente, en modo alguno, a su actitud frente a México; fue en igual medida, cuando menos, un producto de los compromisos cada vez mayores de los Estados Unidos en el resto del mundo. Una intervención en México en 1917-18 habría dificultado gravemente la participación de los Estados Unidos en la guerra europea. Más adelante le habría asestado un golpe más fuerte aún a la difícil lucha de Wilson durante la posguerra por mantener y reforzar los compromisos de los Estados Unidos en ultramar.

Al igual que en Inglaterra y en Alemania, el problema de qué política debía seguirse en México creó fuertes conflictos en el seno del gobierno norteamericano, entre las autoridades civiles y las militares, entre el gobierno y algunos grupos económicos, y entre los grupos económicos mismos. Estos conflictos ya se habían presentado en el periodo de la revolución maderista. En tanto que los intereses agrícolas norteamericanos, así como la mayoría de las empresas medianas, habían estado a favor de apoyar a Díaz a todo trance, los intereses petroleros parecieron apoyar a Madero. Aún no es posible determinar si el progresivo enfriamiento de las relaciones entre Taft y Díaz se debió a las presiones ejercidas por los intereses petroleros o fue simplemente el resultado de la política proeuropea de Díaz.

En los Estados Unidos, como en Europa, los últimos meses del gobierno

de Madero constituyeron el único periodo en el transcurso de la revolución mexicana en que se logró un consenso respecto a la política en México. Tanto el embajador Henry Lane Wilson y todos los intereses económicos norteamericanos en México, grandes y pequeños, como Taft y Knox deseaban la caída de Madero. Las discrepancias sólo tenían que ver con los medios que debían utilizarse para conseguirla. A diferencia de los intereses económicos norteamericanos, ni Taft ni Knox deseaban que los Estados Unidos intervinieron en México.

El dramático viraje de la política mexicana de Wilson y su negativa a reconocer a Huerta, no se diga ya a apoyarlo, pareció contrariar la política mexicana de los grandes intereses económicos norteamericanos. Pero tal desacuerdo duró poco, y la imagen de Woodrow Wilson como un combatiente aislado en una lucha solitaria tanto contra Huerta como contra todos los intereses norteamericanos en México, es engañosa. En marzo y abril de 1913 las principales compañías norteamericanas interesadas en México habían intentado convencer a Wilson de que reconociera a Huerta. En el verano de ese mismo año, la mayoría de ellas empezó a apoyar plenamente la política de su presidente y a alinearse con diferentes facciones revolucionarias.

Este viraje no se debió a que los petroleros o los mineros norteamericanos se hubieran convertido súbitamente al concepto wilsoniano de diplomacia misionera, aunque tampoco tenían razón para discrepar de muchos de los objetivos proclamados por Wilson, como la consolidación del sistema de libre empresa en México o la protección de las inversiones norteamericanas. El cambio en la actitud de los intereses económicos se debió a muchos otros factores. En parte se trataba de una adaptación y una reacción a las condiciones existentes. Una vez que los revolucionarios dominaron la mayor parte del norte de México, las compañías mineras que tenían sus más importantes inversiones en dicha región no tuvieron más remedio que llegar a algún tipo de acuerdo con ellos. La colaboración cada vez mayor de Huerta con los intereses europeos, sobre todo los británicos, contribuyó sin duda a la creciente hostilidad de las compañías petroleras norteamericanas hacia su régimen. Con todo, el apoyo que los intereses económicos norteamericanos dieron a Woodrow Wilson y a los revolucionarios mexicanos se debió también a otras consideraciones: si bien la lucha armada les acarreó pérdidas a los intereses mineros y agrícolas norteamericanos (aunque las compañías petroleras apenas sufrieron a causa de la guerra civil en México), les permitió a las más importantes de esas compañías adquirir tierras y recursos a muy bajos precios, comprándoselos a los atemorizados propietarios mexicanos que temían la confiscación de sus bienes por los revolucionarios o a las compañías extranjeras de mediana magnitud que no tenían los recursos financieros necesarios para capear la tormenta. Las compañías petroleras confiaban en que la derrota de Huerta induciría

a Cowdray a vender sus propiedades en México. Sobre todo, las grandes compañías norteamericanas veían la política de Wilson como un preludio al establecimiento de algún tipo de protectorado norteamericano en México. Algunas de ellas favorecían la intervención militar en México, en tanto que otras deseaban la partición del país en dos mitades, una del norte y otra del sur, con los revolucionarios norteños desempeñando un papel similar al de los "revolucionarios" panameños de 1903 que separaron a Panamá de Colombia. Todas esperaban que los Estados Unidos cuando menos impondrían a México una especie de Enmienda Platt como la impuesta a Cuba. A fines de 1914 la renuencia de Woodrow Wilson a poner en práctica tal política tuvo como resultado un considerable enfriamiento de relaciones entre su administración y los intereses económicos norteamericanos en México.

Entre 1915 y 1918 las relaciones entre Wilson y los intereses norteamericanos encabezados por las compañías petroleras fueron mucho más complejas. Ambas partes coincidían respecto a ciertas exigencias mínimas de esos intereses. El Departamento de Estado protestó, con todos los medios de que disponía salvo la intervención, contra la aplicación de la Constitución de 1917 y el cobro de impuestos a las empresas norteamericanas. También se opuso a los intentos de Carranza de arrebatarle a Peláez el control de la región petrolera. En 1916 el gobierno norteamericano trató de utilizar la presencia de la expedición punitiva en México para obtener del gobierno mexicano garantías para las empresas norteamericanas.

El gobierno de Wilson, sin embargo, se opuso enérgicamente a lo que podría llamarse los objetivos máximos de las grandes corporaciones, especialmente de las compañías petroleras. A diferencia de algunos funcionarios de su administración, Wilson se negó a apoyar los complots de las compañías norteamericanas para remplazar al gobierno mexicano por ciertos funcionarios mexicanos con los cuales habían llegado a acuerdos secretos. Wilson se opuso a la conspiración de Canova y Félix Díaz en 1916, a la intriga de Canova e Iturbide en 1917 y a la trama de Robles Domínguez en 1918, en todas las cuales estaban implicadas algunas de las principales corporaciones norteamericanas en México. El presidente norteamericano también rechazó, entre 1917 y 1920, todas las presiones de esas compañías en favor de una ocupación total o parcial de México. Esta actitud se debió tanto a la oposición de Wilson a convertir a México en un protectorado norteamericano cuanto a ciertas consideraciones estratégicas. Cualquier intervención en México mientras durara la guerra mundial habría perjudicado el esfuerzo de guerra de los Estados Unidos en ultramar. Esta posición de Wilson era compartida por algunos de los grandes intereses norteamericanos, especialmente los bancos cuyo principal campo de acción era Europa.

Al intentar una valoración de la compleja relación entre la política de

Wilson y las corporaciones norteamericanas en México, debe subrayarse que el presidente norteamericano nunca se enfrentó a una oposición unánime de los "grandes negocios" en lo tocante a su política mexicana. Incluso en 1919, ya terminada la guerra mundial, cuando algunas grandes corporaciones norteamericanas organizaron una campaña sin precedentes en favor de la intervención de los Estados Unidos en México, con el apoyo de poderosos grupos en el Senado encabezados por Albert B. Fall y de miembros de la administración entre los que figuraba el secretario de Estado Lansing, siempre hubo muy importantes intereses económicos que siguieron oponiéndose a una intervención norteamericana en México. Las compañías mineras norteamericanas habían llegado a un acuerdo con Carranza, en tanto que algunos de los banqueros más importantes, que tenían compromisos cada vez mayores en el exterior, no deseaban que los Estados Unidos se empantanaran en México. Esta actitud favorable de algunos grupos empresariales hacia la política mexicana de Wilson se veía reforzada por el hecho de que, intervención aparte, el gobierno de Washington estaba haciendo todo lo que podía (y lo que cualquier otro gobierno norteamericano hubiera podido hacer) para proteger los intereses norteamericanos de los nacionalistas mexicanos.

Al igual que los gobernantes europeos, Wilson tuvo que enfrentarse a un sector militar que exigía una política agresiva en México. Después de la intervención norteamericana en Veracruz en 1914, el secretario de la Guerra, Garrison, preconizó la ocupación de todo México; y en 1916, Pershing, aun cuando su expedición punitiva perseguía inútilmente a Villa por las áridas extensiones de Chihuahua, en medio de una población cada vez más hostil, había propuesto una política parecida. Debido al papel tradicionalmente menos importante que los militares desempeñaban en los Estados Unidos, en comparación con sus colegas europeos, a Wilson le resultó mucho más fácil controlarlos que a los gobiernos civiles europeos. Una vez que los Estados Unidos entraron en la primera guerra mundial, el interés de los militares se desplazó drásticamente de México al otro lado del Atlántico y los conflictos de Wilson con sus jefes militares prácticamente cesaron.

¿Qué influencia tuvo la política de Wilson en el desarrollo de la Revolución Mexicana? Cabe poca duda de que la ayuda directa, y más aún la indirecta, que los Estados Unidos dieron a los revolucionarios mexicanos en 1914 y 1915 contribuyó a su victoria, pero ¿en qué medida determinó también su política social?

En términos ideológicos, éste no fue ciertamente el caso. La Constitución de 1917 impugnó principios y supuestos básicos sostenidos no sólo por grandes corporaciones norteamericanas, sino por el Departamento de Estado y el propio Woodrow Wilson. Limitó drásticamente los derechos de los extranjeros en México y, bajo ciertas circunstancias, autorizó la confiscación de sus propiedades. Declaró que el Estado tenía el derecho de expropiar

latifundios con el fin de llevar a cabo una reforma agraria.

En la práctica, sin embargo, la revolución mexicana hasta 1920 produjo resultados muy diferentes de los de otras grandes revoluciones en el siglo xx. No sólo no hubo expropiaciones en gran escala de propiedades extranjeras, sino que las inversiones norteamericanas hacia 1920 eran mayores de lo que habían sido al comenzar la revolución en 1910. Al desplazar a los intereses europeos, el capital norteamericano había logrado una supremacía económica en México como nunca antes había disfrutado.

A diferencia de otras revoluciones sociales en las que los campesinos participaron, la estructura agraria de México permaneció fundamentalmente inalterada. Las grandes haciendas y la mayoría de sus propietarios sobrevivieron al periodo revolucionario en mucho mejores condiciones que los campesinos.

¿Qué relación tuvieron estos hechos con la política norteamericana en México?

Para dar respuesta a esta pregunta debemos examinar el carácter de las fuerzas que salieron vencedoras de la guerra civil de 1914-15.

Como he tratado de demostrar, lo que generalmente se conoce como la revolución mexicana en los años de 1910 a 1920 no constituyó una sola revolución sino una serie de revoluciones y revueltas muy diferentes entre sí y centradas en los estados de Morelos, Chihuahua, Coahuila y Sonora. Fuera de esos estados, los movimientos revolucionarios fueron en general menos importantes y estuvieron subordinados al liderazgo de uno de los cuatro estados mencionados. En Morelos tuvo lugar una revolución campesina. En Chihuahua se dio una revolución populista en la que las clases bajas y medias del estado se unieron para combatir a las clases altas y expropiaron las propiedades de estas últimas. Miembros de las clases bajas desempeñaron un papel decisivo, pero de ninguna manera exclusivo, en su dirección. En Coahuila se produjo una rebelión mucho más conservadora de hacendados revolucionarios con participación de la clase media y cierto apoyo de la clase baja. En Sonora ocurrió algo parecido, pero allí la influencia de los hacendados revolucionarios fue más débil y la de las clases medias más fuerte que en Coahuila. A medida que estos movimientos trascendieron los límites de sus estados de origen, empezaron a buscar aliados en otras partes del país, aliados que frecuentemente tenían ideas y orígenes sociales muy diferentes. En este momento algunos de los movimientos empezaron a transformarse y algunos de sus objetivos y propósitos se modificaron. El movimiento menos afectado por tales cambios fue el zapatista, dado que apenas trascendió los límites de Morelos y sus alrededores.

Pero incluso el zapatismo tuvo que hacer ciertas concesiones cuando se aventuró fuera de sus bastiones agrarios e intentó ocupar algunas ciudades más grandes. Sus tropas campesinas no estuvieron dispuestas a permanecer como guarnición en la ciudad de Puebla, y Zapata tuvo que recurrir a una

incómoda alianza con antiguas tropas federales para este fin.

El movimiento de Villa se alió con fuerzas heterogéneas fuera del estado de Chihuahua, que iban desde los campesinos radicales de Zapata hasta Maytorena y sus aliados conservadores, e incluso los antiguos oficiales federales que habían reunido una fuerza formada por los restos del ejército federal en Baja California. Los revolucionarios de Coahuila y Sonora procuraron ampliar su base ganándose el apoyo no sólo de las clases altas del centro de México sino también de los campesinos libres y los trabajadores urbanos de esa región. En el sur y el sudeste de México buscaron y obtuvieron el apoyo de los peones de las grandes haciendas que vivían en condiciones de semiesclavitud.

Como era natural, el proceso de buscar adeptos que ampliaran su base de apoyo y de satisfacer otros tipos de aspiraciones modificó el carácter y los objetivos originales de estos movimientos, empañando algunas de las importantes diferencias que habían existido anteriormente entre ellos, aunque sin borrarlas por completo. Ciertas diferencias fundamentales quedaron en pie. A pesar de la oposición de su ala conservadora, la gran mayoría de la dirección convencionista permaneció fiel a su objetivo de expropiar las grandes propiedades agrícolas. Por el contrario, a pesar de las tendencias radicales de algunos de sus miembros, el movimiento constitucionalista logró llevar a cabo, con poca oposición, la devolución masiva de haciendas expropiadas a sus antiguos propietarios.

El núcleo dirigente del movimiento constitucionalista, que gobernó a la mayor parte de México después de la derrota de la Convención en 1914-15, se componía esencialmente de dos grupos. El primero lo formaban los miembros revolucionarios de la vieja clase terrateniente porfiriana. Su papel y su importancia disminuyeron constantemente entre 1915 y 1920. Su jefe y portavoz más importante fue Venustiano Carranza. El segundo grupo, cuya influencia iba en ascenso, consistía esencialmente en miembros de lo que, a falta de mejor nombre, podría llamarse la clase media, predominantemente norteña, muchos de cuyos dirigentes se habían transformado, en el transcurso de la revolución, en una nueva burguesía. El más prominente entre ellos, Álvaro Obregón, no fue de ninguna manera el único que se hizo de grandes propiedades agrícolas y de cuantiosos intereses comerciales como resultado de los cambios revolucionarios.

Ambos grupos se habían propuesto eliminar la supremacía económica y política de la vieja oligarquía mexicana, pero no había entre ellos y esa oligarqua un antagonismo irreconciliable como el que había separado a la burguesía triunfante en Francia de los terratenientes tradicionales de ese país. Los revolucionarios franceses, incluidos sus sucesores bonapartistas, nunca devolvieron las tierras a sus dueños tradicionales como lo hicieron en México los constitucionalistas victoriosos.

De hecho, a pesar del carácter radical de la Constitución, los gobernan-

tes de México hasta 1920, entre los cuales los hacendados revolucionarios todavía desempeñaban un papel esencial, trataron de emular muchas de las políticas que Porfirio Díaz siguió después de tomar el poder en 1876.

Los problemas que entonces enfrentó Díaz no eran muy distintos de los que enfrentó Carranza después de su victoria en 1915. El país que Díaz tuvo que gobernar era un país desunido, grandes porciones del cual estaban dominadas por poderosos caudillos locales. Miles de antiguos soldados que habían combatido contra los franceses merodeaban por el campo mexicano y había que someterlos a algún tipo de control. Muchos de los miembros de la clase alta tradicional que habían estado vinculados con los predecesores de Díaz se opusieron a su golpe y pensaron que él no sería capaz de garantizarles las nuevas propiedades que muchos de ellos habían adquirido como resultado de la guerra civil contra la Iglesia. En el campo internacional, México se hallaba más aislado que nunca. Los Estados Unidos se habían negado a reconocer al nuevo gobierno y le exigían al mismo importantes concesiones políticas. Como resultado de la guerra contra Maximiliano, las tradicionales relaciones de México con las grandes potencias europeas se habían roto, y en un principio éstas no habían reconocido al régimen de Díaz.

A despecho de esos obstáculos. Porfirio Díaz, a la vuelta de unos cuantos años, logró no sólo consolidar sino incluso fortalecer tremendamente al Estado y obtener el apoyo de las clases altas del país y de todas las potencias extranjeras importantes.

Aunque no cedió a las presiones políticas de los Estados Unidos, consiguió primero el reconocimiento de ese país y más tarde el apoyo norteamericano por medio de grandes concesiones económicas a los capitalistas e inversionistas norteamericanos. Los nuevos ingresos que Díaz logró obtener gracias a las crecientes inversiones extranjeras le permitieron fortalecer al Estado mexicano y dar mejores garantías que nunca a los terratenientes mexicanos y a otros miembros de la clase alta en lo tocante a sus propiedades y a sus derechos tradicionales. Ese Estado recién fortalecido fue también un instrumento por medio del cual Díaz logró dominar a los caudillos locales. Pudo marginarlos del poder político y disolver sus ejércitos privados. Compró su aceptación concediéndoles oportunidades casi ilimitadas de enriquecimiento personal. Al transformar a los caudillos tradicionales en capitalistas, Díaz les dio mayores motivos para defender la estabilidad del país: el valor de sus propiedades y la disponibilidad de los préstamos extranjeros dependían de ella.

Díaz intentó impedir el control norteamericano unilateral acercándose a los gobiernos y a los inversionistas europeos y atrayéndolos por todos los medios posibles.

Gracias a tales métodos, el dictador mexicano obtuvo el apoyo de los gobiernos y del capital extranjeros en un tiempo relativamente breve. La

mayoría de las clases altas de México le dieron su apoyo, y hasta finales del siglo XIX incluso los miembros descontentos de esas clases, con muy pocas excepciones, se negaron a rebelarse o a desafiar su poder directamente.

Hubo un sector frente al cual Díaz se mostró intransigente y al cual negó cualquier tipo de concesión: las clases bajas de la sociedad. Aplicó uniformemente una política de represión contra todos y cada uno de los movimientos de protesta del campesinado y de la clase obrera industrial.

Existen fuertes indicios de que Carranza, después de lograr tanto la victoria militar como el reconocimiento norteamericano en octubre de 1915, intentó aplicar una política similar en México.

Al igual que Díaz, se mantuvo intransigente ante los Estados Unidos en lo referente a cualquier tipo de concesiones políticas. Pero en el aspecto económico estuvo dispuesto a negociar con los Estados Unidos un préstamo que habría garantizado no sólo los derechos y las propiedades norteamericanos, sino que probablemente habría hecho posible una mayor influencia norteamericana en México. Al igual que Díaz, Carranza esperaba contrarrestar la influencia económica norteamericana invitando a otras potencias a invertir en México, sólo que en el caso de Carranza las potencias invitadas fueron otras. Concentró sus esfuerzos primero en el Japón y después en Alemania. Al igual que Díaz, Carranza tuvo que enfrentarse al problema de controlar las enormes fuerzas militares que la revolución había engendrado y a los caudillos locales y regionales que las encabezaban.

Carranza intentó resolver esos problemas por medios parecidos a los que había utilizado el antiguo dictador, a saber, fortaleciendo el Estado y contraponiendo a los caudillos entre sí. También les permitió a esos caudillos enriquecerse por cualesquiera medios que tuvieran a su disposición, confiando en que al convertirlos en capitalistas impediría que se levantaran contra él.

Por último, al igual que Díaz, hizo todo lo posible por atraerse a las clases altas y especialmente a los hacendados.

El principal medio utilizado por Carranza para lograr este fin fue la devolución de las propiedades confiscadas a sus antiguos dueños. Para sacar el máximo partido de esta operación, se aseguró de que fuera únicamente el gobierno central el que pudiera devolver los bienes expropiados, y no los jefes militares locales. También se ocupó de que el proceso de devolución durara de dos a tres años, lo cual aumentaba la dependencia de los hacendados respecto de la buena voluntad de su régimen.

A diferencia de Díaz, Carranza estuvo dispuesto a hacer con palabras lo que ninguno de los dos se propuso cumplir en los hechos: hacer concesiones a las clases bajas. Pero en términos prácticos, la vistosa retórica revolucionaria de Carranza contrastó violentamente con las duras medidas represivas que tomó contra esas clases bajas a principios de 1916, poco después de su triunfo en la guerra civil.

Y sin embargo Carranza, al poner en práctica esas políticas, nunca alcanzó el éxito de Díaz en cuanto a la estabilización y la consolidación de su dominio sobre todo el país. Una de las razones de que las políticas de Díaz no le dieran los mismos resultados a Carranza fue el hecho de que éste nunca logró obtener el apoyo económico de los Estados Unidos con que había contado a fines de 1915 y comienzos de 1916. El ataque de Villa a Columbus en marzo de 1916 y la consiguiente entrada de la expedición punitiva de Pershing en territorio mexicano dieron al traste con esas esperanzas. La expedición, al llevar a México al borde de la guerra con los Estados Unidos, dejó tras sí una cauda tal de hostilidad y desconfianza que en el periodo inmediatamente posterior ningún dirigente mexicano pudo intentar un acercamiento con los Estados Unidos. Los intentos de acercamiento con el Japón y Alemania por parte de Carranza no produjeron beneficios o ingresos económicos que compensaran la pérdida del apoyo norteamericano.

Otro motivo de que las políticas de Díaz no les sirvieran a los fines de Carranza fue, por supuesto, la fuerza y la magnitud de los movimientos populares a los que uno y otro tuvieron que enfrentarse. Si bien Villa y Zapata habían sido derrotados en sus intentos de tomar el poder a escala nacional, seguían siendo jefes regionales poderosos. Y en el seno del mismo movimiento carrancista, como resultado de las promesas sociales hechas en 1915 y de la constitución que promulgó en 1917, habían surgido movimientos radicales tanto entre el campesinado como entre los trabajadores industriales. A pesar de los intentos de represión gubernamental, esos movimientos crecieron notablemente en fuerza y combatividad entre 1915 y 1920.

A fin de cuentas fue el fracaso de su estrategia porfiriana lo que motivó la caída de Carranza. Los nuevos dirigentes que entonces asumieron el poder en el país, y que esencialmente constituían la nueva burguesía surgida de la clase media norteña, no rompieron por completo con la política de Carranza en lo tocante a los hacendados y a las clases altas de México. No hicieron ningún intento masivo de destruir su poder económico. Pero sí se propusieron remediar lo que consideraban las dos debilidades principales del régimen de Carranza. Lograron un arreglo, cuando menos provisional, con los Estados Unidos. Y expresaron una auténtica disposición a satisfacer cuando menos algunas de las demandas de reforma social allí donde existían fuertes e importantes movimientos populares. Así hicieron finalmente las paces con los restos del movimientos zapatista y con Villa y repartieron muchas más tierras entre los campesinos que las que repartió Carranza durante todo su gobierno.

¿Se debieron a presiones externas las políticas económicas y sociales conservadoras, y sobre todo su obstinada negativa a llevar a cabo una reforma agraria que fuera más allá de los gestos simbólicos? ¿Se debió su

victoria, y la consiguiente derrota de la facción convencionalista, a las acciones del gobierno de Wilson o de los grandes intereses norteamericanos?

Cabe poca duda de que sin las presiones norteamericanas se habrían impuesto mayores contribuciones y restricciones a las propiedades norteamericanas. Los inversionistas norteamericanos habrían tenido que renunciar a sus derechos como extranjeros y someterse a múltiples controles. Con todo, no hay pruebas de que ni Carranza ni los demás jefes de las facciones victoriosas hayan tenido en mente ningún programa ambicioso de nacionalización o aspiraciones socialistas de algún género. Aparte las restricciones y las contribuciones que impusieron a las propiedades extranjeras, probablemente habrían tratado de diversificar las inversiones y de atraer inversionistas de otros países, especialmente de Alemania y posiblemente del Japón.

En lo tocante a la reforma agraria, no hay pruebas de que ni Carranza ni los principales jefes de su movimiento hayan recibido presiones externas que les impidieran llevar a cabo tales reformas. Sencillamente no tenían deseos de modificar la estructura agraria del país. Pero el hecho de que Carranza pudiera seguir tal política y ganar la supremacía sin tener que hacerle concesiones importantes al campesinado, sí tuvo que ver, aunque sólo indirectamente, con la política norteamericana. Poco después del estallido de la rebelión constitucionalista, en mayo de 1913, Delbert G. Haff, en un memorándum sobre la situación mexicana presentado a Woodrow Wilson en nombre de algunos de los principales intereses norteamericanos en México, había señalado: "Los constitucionalistas prácticamente [. . .] carecen de recursos, es decir, de fondos, y han agotado la mayor parte de las fuentes donde pueden obtenerlos". Pocos meses después, en virtud de su alianza con el gobierno de Wilson y algunos intereses económicos norteamericanos, los constitucionalistas resolvieron este problema. No sólo recibieron contribuciones importantes de parte de los intereses económicos norteamericanos, sino que se les permitió vender sus productos y comprar armas al otro lado de la frontera (éste fue el caso aun antes de que Wilson levantara el embargo sobre la venta de armas a México).

Sin estos fondos los revolucionarios del norte habrían tenido que hacer lo que Zapata hizo en el sur: recurrir a la guerra de guerrillas. Esto a su vez habría implicado, como en Morelos, un grado tal de participación y control campesinos que la reforma agraria habría sido inevitable. En lugar de ello, Carranza, gracias a su alianza con los Estados Unidos, obtuvo los medios para librar una guerra convencional y para organizar un ejército regular que pronto perdió su base popular y se convirtió en un ejército profesional sin escrúpulos que le impidieran luchar contra el campesinado.

La situación podría haber sido muy diferente si la Convención hubiese ganado la guerra civil en México. Si bien dentro de la facción convencionista había fuerzas poderosas que se oponían a la reforma agraria, sus di-

rigentes principales, Villa y Zapata, favorecían profundas reformas sociales y se oponían enérgicamente a la devolución de latifundios que Carranza estaba efectuando. El problema esencial consiste, pues, en saber si la derrota de la Convención fue directa o indirectamente el resultado de la presión extranjera, la intervención extranjera o la oposición extranjera. No cabe duda de que Carranza recibió importante ayuda norteamericana. El retiro de las fuerzas de ocupación norteamericanas de Veracruz en un momento en que Carranza podía ocupar la ciudad le dio una base de operaciones de importancia decisiva. Los impuestos pagados por las compañías petroleras constituyeron también una gran ayuda económica a su movimiento. Al permitir que las tropas carrancistas atravesaran territorio norteamericano para atacar a Pancho Villa en Agua Prieta, Woodrow Wilson sin duda ayudó al presidente mexicano a infligirle su última gran derrota a Villa. Con todo, esta ayuda no fue decisiva. La ocupación de Veracruz ayudó a Carranza a sobrevivir, pero no aseguró su victoria. Las aportaciones económicas de las compañías petroleras fueron importantes para su movimiento, pero otras compañías norteamericanas, sobre todo las empresas mineras, estaban ayudando a Villa al mismo tiempo. Si bien cabe poca duda de que la batalla de Agua Prieta significó la derrota final de Villa, las batallas decisivas en las que éste perdió su supremacía militar, Celaya y León, se libraron antes de que los Estados Unidos hubieran reconocido y ayudado a su enemigo. No fue la influencia directa, sino más bien la indirecta, de los Estados Unidos la que resultó decisiva para el resultado final de la guerra civil que asolaba a México. A diferencia de la ayuda que Carranza recibió de los Estados Unidos, la que éstos le dieron a Villa resultó fatal para el mismo. El hecho de que Villa pudiera vender los productos de las haciendas confiscadas en los Estados Unidos y adquirir así armas al otro lado de la frontera, le impidió llevar a cabo una reforma agraria en gran escala en las primeras fases de su movimiento. Como resultado de ello, se desencadenó una serie de acontecimientos que acabaron por aislar a Villa del campesinado que constituía la base de su movimiento. Los administradores que Villa designó para que se hicieran cargo de las haciendas confiscadas tenían un interés personal en evitar la reforma y constituyeron una de las bases de la facción conservadora del villismo. La creciente dependencia de Villa respecto de las armas adquiridas en los Estados Unidos determinó que su reconocimiento por los norteamericanos fuera cada vez más necesario y por lo mismo le impidió llevar a cabo reformas sociales radicales que éstos consideraran antagónicas a sus intereses. El apoyo financiero de las compañías norteamericanas le permitió imprimir grandes cantidades de papel moneda cuyo valor dependía cada vez más de la actitud de esas compañías. Esto tuvo un doble efecto. Por una parte, lo hizo sumamente vulnerable a cualquier pérdida de confianza de parte de los intereses financieros norteamericanos. Por otra parte, le dio los medios

necesarios para transformar su ejército popular en un ejército profesional. Esto, a su vez, hizo menos urgente para él la realización de reformas sociales inmediatas. El resultado de todos estos factores, la decisión de posponer la reforma agraria, no sólo condenó a Villa a la derrota al hacerle perder el apoyo de los campesinos, sino que también significó el aplazamiento de la reforma agraria en la mayor parte de México por muchos años. En este aspecto, la política de Woodrow Wilson de patrocinar a grupos revolucionarios tuvo en efecto resultados de largo alcance.

¿En qué medida pudo la facción revolucionaria victoriosa utilizar para sus propios fines las contradicciones y la lucha entre las grandes potencias?

Si bien los constitucionalistas triunfantes estaban menos divididos entre sí que sus adversarios convencionalistas, distaban de ser un grupo homogéneo. A pesar de sus divergencias, la gran mayoría de los constitucionalistas coincidían en ciertos objetivos básicos de su política interna y externa. Todos querían romper el monopolio del poder que la élite porfirista había ejercido y ampliar las bases del poder político en México. Todos querían remplazar al ejército federal con el nuevo ejército surgido de la revolución. La gran mayoría de los vencedores quería conservar el sistema de libre empresa y se oponían a las reformas sociales radicales inmediatas tales como el reparto de tierras en gran escala. No hay pruebas de que la abrumadora mayoría de los revolucionarios victoriosos se opusiera con energía a la devolución de las haciendas confiscadas a sus antiguos propietarios.

En el aspecto internacional, la mayoría de los grupos dentro del movimiento constitucionalista quería limitar la influencia tanto económica como política de los gobiernos extranjeros (especialmente el norteamericano) y de las compañías extranjeras.

Los constitucionalistas lograron alcanzar sus objetivos nacionales. Destruyeron el poder político (pero no el económico) de los antiguos "científicos". Disolvieron el ejército federal y lo sustituyeron con el que había surgido de la revolución, aunque en gran medida pronto dejó de ser un ejército revolucionario. Mantuvieron el sistema de libre empresa y derrotaron a sus rivales convencionalistas cuyos jefes preconizaban profundas e inmediatas reformas agrarias.

Para lograr estos objetivos pudieron servirse de la ayuda directa e indirecta tanto del gobierno de Wilson como de las grandes compañías norteamericanas que operaban en México.

Tuvieron mucho menos éxito en el logro de algunos de sus objetivos internacionales. La influencia económica de los Estados Unidos creció en vez de disminuir en el transcurso de la revolución. Las corporaciones norteamericanas, especialmente las compañías petroleras, alcanzaron una preeminencia de la que nunca antes habían gozado en México, a pesar de las disposiciones de la Constitución de 1917. Los intereses británicos y france-

ses, que se habían visto muy debilitados como resultado tanto de la primera guerra mundial cuanto de la revolución mexicana, no querían y en buena medida no podían reasumir el papel que habían desempeñado antes de 1910, como contrapeso a la influencia norteamericana. Los esfuerzos mexicanos por convencer a los japoneses de que hicieran grandes inversiones en su país fracasaron, y el acercamiento a Alemania no tuvo éxito en términos económicos. Ello no obstante, en otro terreno relacionado con lo anterior los gobernantes mexicanos tuvieron un éxito notable. Lograron mantener la independencia política de México en un periodo en que estuvo en mayor peligro que nunca desde la guerra con los Estados Unidos en 1846-48 y la intervención francesa. Los intereses económicos y los militares norteamericanos exigieron muy diversas formas de intervención en México. El gobierno de Wilson intervino repetidas veces en los asuntos internos de su vecino del sur. En 1913 Wilson le propuso a Carranza el envío de tropas norteamericanas al norte de México. En 1914 ordenó la ocupación de Veracruz. En 1915 jugó con la idea de imponerle a México un presidente escogido por los Estados Unidos, y en 1916 envió la expedición punitiva a Chihuahua y luego trató de condicionar su retiro, haciéndolo depender del otorgamiento de concesiones políticas por el gobierno de Carranza. Si cualquiera de esas intervenciones hubiese tenido éxito, el resultado habría sido sin duda lo que William Tyrrel, diplomático británico de alto nivel y simpatizante de Wilson, había pronosticado: un virtual protectorado norteamericano.

Durante todo este periodo los alemanes intentaron, o bien provocar una guerra mexicano-norteamericana, que habría conducido inevitablemente a una ocupación de México por los Estados Unidos, o bien, para citar al ministro alemán von Eckardt, "comprar el legado de Cortés" y convertir a México en una colonia alemana. Los diplomáticos franceses consideraron la posibilidad de someter a México por hambre, en tanto que el Estado Mayor británico pidió una reunión especial del gabinete de guerra para proponer el derrocamiento del gobierno revolucionario y la restauración de la oligarquía porfirista en el poder.

En esta situación compleja y sumamente peligrosa para México, la tenacidad de Carranza, su disposición a llegar hasta el borde de la guerra y su sutil aprovechamiento de las contradicciones dentro de las grandes potencias y entre ellas, obtuvieron resultados considerables. Se opuso al envío de tropas norteamericanas a México en 1913 y a la ocupación de Veracruz en 1914, aunque ambas medidas tenían por objeto apresurar su victoria. Tres veces llevó a su país al borde de la guerra con los Estados Unidos. En el verano de 1916 ordenó a sus tropas resistir por la fuerza cualquier nuevo avance de la expedición de Pershing en México. En el otoño de 1916, desoyendo los consejos de sus generales más importantes, incluido Obregón, se negó a ratificar un acuerdo con los Estados Unidos que habría logrado

el retiro de la expedición punitiva pero que habría restringido de manera evidente la independencia de su país. Su último acto de audacia fue el de permitir que los servicios secretos alemanes operaran en y desde México en el verano de 1917. Esto pudo haber redundado fácilmente en duras represalias norteamericanas.

Carranza tuvo éxito en cada una de las tres fases. Como resultado de su tenacidad en 1916, los Estados Unidos retiraron su expedición punitiva incondicionalmente en febrero de 1917.

El permiso que el presidente mexicano concedió a los servicios secretos alemanes para operar en su país en 1917-18 conjuró el peligro de una posible intervención norteamericana. También evitó el peligro mucho mayor de que los alemanes emprendieran acciones de sabotaje en gran escala en los campos petroleros, lo que casi inevitablemente hubiera provocado la ocupación norteamericana de la región petrolera.

No cabe duda de que Carranza les hizo amplias promesas a los intereses económicos norteamericanos y al gobierno de Wilson en 1913-14, así como a los alemanes en 1917-18 a cambio de su apoyo. Pero nunca las cumplió ni parece haber querido hacerlo.

Cuando fue expulsado de la presidencia en 1920 dejó tras sí una trayectoria histórica de suma ambigüedad. Había impedido, sin duda alguna, la realización de las transformaciones sociales por las cuales habían luchado y muerto tantos mexicanos en la tormentosa década de 1910. Pero también había hecho otro tanto por mantener la independencia de su patria frente al creciente intervencionismo de las grandes potencias.

NOTAS

CAPÍTULO I

[1] Politisches Archiv des Auswärtigen Amtes Bonn (de aquí en adelante AA Bonn), Mexiko 1, vol. 23, Bünz a Bethmann-Hollweg, 17 de septiembre de 1909. Ibid., vol. 25, 4 de diciembre de 1910.

[2] *External Financing in Latin America*, publicado por Naciones Unidas, Departamento de Asuntos Económicos y Sociales, Comisión Económica para América Latina, Nueva York, 1965, p. 17.

[3] La obra más completa sobre el régimen de Díaz es la monumental *Historia moderna de México, El porfiriato*, de Daniel Cosío Villegas, México, 1963-74, en varios volúmenes. Véase también José C. Valadés, *Breve historia del porfirismo*, México, 1971. Para un análisis muy distinto del periodo de Porfirio Díaz véase Juan Felipe Leal, *La burguesía y el Estado mexicano*, México, 1972.

[4] Se puede encontrar una excelente descripción de la historia, organización y estructura de las comunidades campesinas en Frank Tannenbaum, *The Mexican Agrarian Revolution*, Washington, 1930. Durante mucho tiempo se supuso que el siglo XIX había representado un periodo de decadencia sin interrupciones en la situación de las comunidades campesinas, pero John Coatsworth (en *From Backwardness to Underdevelopment: The Mexican Economy, 1810-1910*, cap. 7, inédito) demuestra que, por el contrario, en la primera parte del siglo XIX estas comunidades no sólo lograron mantener sus tierras y derechos sino consolidarlos.

[5] Véase Frank Tannenbaum, op. cit., cap. 1 y 2; John Womack, Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, ed. Siglo XXI, México, 1979, cap. 2; Friedrich Katz, "Peasants in the Mexican Revolution of 1910" en *Forging Nations*, ed. Joseph Spielberg y Scott White Ford, East Lansing 1976.

[6] Véase Walter V. Scholes, *Mexican Politics during the Juárez Regime*, Columbus (Missouri), 1969, pp. 102-05.

[7] Luis Nicholas d'Olwer, "Las inversiones extranjeras", en Daniel Cosío Villegas, op. cit., vol. 7, p. 1134.

[8] Estos derechos fueron formulados explícitamente en una proclama del intendente de la provincia española de Nueva Vizcaya (que incluía el territorio del actual estado de Chihuahua), al establecer las primeras colonias militares en ese estado en el año de 1778. Véase el Archivo del Departamento Agrario (al que nos referiremos como Dept. Ag. de aquí en adelante), Sección de Terrenos Nacionales, Chihuahua, Exp. 161. Véase también F. Katz, "Peasants in the Mexican Revolution of 1910", en op. cit.

[9] Dept. Ag., Dirección de Terrenos Nacionales, Diversos, Chihuahua, Exp. 178. Carta de los habitantes de Namiquipa al presidente Porfirio Díaz, 20 de julio de 1908.

[10] Ibid., Exp. 75-1407, Carta de Porfirio Talamantes en representación de los habitantes de Janos al presidente Porfirio Díaz, 22 de agosto de 1908.

[11] Francisco R. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, ed. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1964-69, vol. 1, pp. 23-25.

[12] Francisco P. Ontiveros, *Toribio Ortega y la Brigada González Ortega*, Chihua-

hua, 1914.

13 Heliodoro Arias Olea, *Apuntes históricos de la revolución de 1910-1911*, Bachíniva, 1960.

14 Véase Francisco R. Almada, *La rebelión de Tomochic*, Chihuahua, 1938.

15 Véase Evelyn Hu Dehart, "Pacification of the Yaquis in the Late Porfiriato: Development and Implications", *Hispanic American Historical Review* 54, febrero de 1974, pp. 72-94.

16 Véase Francisco R. Almada, *Resumen de historia del estado de Chihuahua*, México, 1955, p. 350.

17 Héctor Aguilar Camín, *La frontera nómada: Sonora y la revolución mexicana*, ed. Siglo XXI, México, 1977, pp. 83-85.

18 El Colegio de México, *Estadísticas económicas del Porfiriato, fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, México, 1960, pp. 147-55.

19 Véase L. N. d'Olwer, "Las inversiones extranjeras", en op. cit., pp. 1154 y 1161.

20 Pablo Martínez del Río, *El suplicio del hacendado*, México, 1939, p. 15.

21 Véase Friedrich Katz, "Labor Conditions on Haciendas in Porfirian Mexico: Some Trends and Tendencies", *Hispanic American Historical Review* 54, febrero de 1979, pp. 30-37.

22 Ibid.

23 Véase Laura Helguera Reséndiz, "Tenango: metamorfosis campesina", en Laura Helguera, Sinecio López, Ramón Ramírez, *Los campesinos de la tierra de Zapata*, I, Instituto Nacional de Antropología, Centro de Investigaciones Superiores, México, 1974, pp. 108-09, 135-36.

24 José Fuentes Mares, *Y México se refugió en el desierto. Luis Terrazas, historia y destino*, México, 1954, p. 244.

25 Ibid., pp. 166, 171.

26 H. Aguilar Camín, op. cit., p. 153.

27 William K. Meyers, *Interest Conflicts and Popular Discontent: The Origins of the Revolution in the Laguna 1880-1910*, tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1979, cap. 3.

28 Richard Estrada "Liderazgo local y regional en la revolución norteña" (inédito).

29 Ibid.

30 W. K. Meyers, op. cit., cap. 3.

31 Ibid.

32 F. Katz, "Labor Conditions on Haciendas...", art. cit., pp. 45-47.

33 Ibid.

34 Para el surgimiento del clan de Terrazas véase J. Fuentes Mares, op. cit.; M. Wasserman, "Oligarchy and Foreign Enterprise in Chihuahua", tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1975, pp. 14-59; Harold D. Sims, "Espejo de caciques: los Terrazas de Chihuahua", *Historia Mexicana*, n. 18, enero-marzo de 1969, pp. 379-99.

35 Véase Francisco R. Almada, *La revolución en el estado de Sonora*, ed. Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1971, pp. 11-15. Durante la mayor parte del porfiriato estos dos hombres, junto con dos aliados suyos, Ramón Corral y Rafael Izábal, gobernaron alternativamente el estado de Sonora.

36 Véase M. Wasserman, op. cit., cap. 4.

37 M. Wasserman, op. cit., cap. 6; Héctor Aguilar Camín, op. cit., cap. 1.

38 Véase Anthony T. Bryan, "Mexican Politics in Transition 1900-1913: The Role of General Bernardo Reyes", tesis doctoral, Universidad de Nebraska, 1970.

39 Para una descripción y análisis de la ideología de los "científicos", véanse Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1968 y William D. Raat, *El positivismo durante el porfiriato*, México, 1975.

40 W. K. Meyers, op. cit., cap. 3.

41 Los conflictos de Madero con los intereses norteamericanos se describen en Stanley R. Ross, *Francisco I. Madero apóstol de la democracia mexicana*, ed. Grijalbo, México, 1977, p. 13, y W. K. Meyers, "Politics Vested Rights, and Economic Growth in Porfirian Mexico: The Company Tlahualilo in the Comarca Lagunera", *Hispanic American Historical Review* 57, agosto de 1977, p. 425.

42 Véase Channing Arnold y J. Tabor Frost, *Esclavitud en las haciendas*, pp. 95-108; Henry Baerlein, "Los esclavos de Yucatán", en Friedrich Katz, ed., *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, ed. Era, México, 1976, pp. 108-23.

43 S. R. Ross, op. cit., pp. 21-24.

44 Deutsches Zentralarchiv Potsdam (de aquí en adelante DZA Potsdam), Reichschatzamt n. 2476, Wangenheim a Bülow, 29 de octubre de 1904.

45 Documentos del Senado norteamericano, Foreign Relations Committee, *Investigation of Mexican Affairs, Reports and Hearings*, 2 vol. 66o. Congreso, 1a. sesión, Documento del Senado, No. 62, Washington, 1919 (al que nos referiremos de aquí en adelante como *Investigation of Mexican Affairs*) 1:217.

46 Haus, Hof und Staatsarchiv Wien, Politisches Archiv. (de aquí en adelante HHSta Wien, PA), Berichte Mexiko, 1902, Auersthal a Goluchowsky, 24 de noviembre de 1902.

47 Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Correspondance Commerciale, París (de aquí en adelante AMAE, París CC), Mexique, vol. 17, Blondel a Delcasse, 20 de julio de 1901.

48 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 17, Wangenheim a Bülow, 7 de enero de 1907.

49 AMAE, París CC, Mexique, vol. 17, Blondel a Delcassé, 28 de abril de 1901.

50 El Colegio de México, *Estadísticas económicas...*, cit., pp. 524, 546.

51 Tal es lo que informó el embajador alemán en México en julio y en noviembre de 1905 (DZA Potsdam AA II, n. 12297, Wangenheim a Bülow, 17 de mayo de 1905, A II, n. 1746, Wangenheim a Bülow, 29 de noviembre de 1905).

52 Hay dos biografías de Weetman Pearson: J. A. Spender, *Weetman Pearson, First Viscount Cowdray*, Londres, 1930; Desmond Young, *Viscount Cowdray: Member for Mexico*, Londres, 1955.

53 Véase Alfred Vagts. *Mexiko, Europe und Amerika unter besonderer Berücksichtigung der Petroleum Politik*, Berlín, 1928, p. 153.

54 DZA Merseburg, Rep. 120, CX III, 17, n. 2, vol. 8, Heyking a Bülow, 29 de agosto de 1903.

55 Ibid., Heyking a Bülow, 2 de noviembre de 1906.

56 DZA Potsdam AA II, n. 4457, Wangenheim a Bülow, 2 de noviembre de 1906.

57 Ibid., n. 4491, cónsul en Chihuahua a Bethmann-Hollweg, 31 de marzo de 1910.

58 *Investigation of Mexican Affairs*, cit., 2:2559.

59 Ibid., 1:215.

60 DZA Potsdam, AA II, n. 4459, Büenz a Bülow, 29 de mayo de 1909.

61 Ibid., n. 4460, Hintze a Bethmann-Hollweg, 13 de enero de 1912.

62 N. S. Alperovich y B. T. Rudenko, *La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, México, 1960.

63 J. A. Spender, op. cit., pp. 151-53; Desmond Young, op. cit., pp. 129-30.

64 AA Bonn, Mexiko I, vol. 40, Herwarth von Bittenfeld al ministro de Guerra, 11 de noviembre de 1913.

65 Véase Edwin Lieuwen, *Mexican Militarism, 1910-1940*, Nuevo México, 1968, pp. 1-5; James W. Wilkie, *The Mexican Revolution, Federal Expenditure and Social Change since 1910*, Berkeley y Los Ángeles, 1970, p. 102.

66 Paul J. Vanderwood, *The "Rurales", Mexico's Rural Police Force, 1861-1914*, tesis doctoral, Universidad de Tejas en Austin, 1970.

67 Para un análisis e historia del Partido Liberal véase en especial a James D.

Cockcroft, *Precursores intelectuales de la revolución mexicana*. ed. Siglo XXI, México, 1974.

68 Para la descripción y análisis más extensos del movimiento reyista véase Anthony Bryan, op. cit.

69 AA Bonn, Mexiko I, vol. 19, Wangenheim a Bülow, 1o. de noviembre de 1907.

70 Ibid., Wangenheim a Bülow, 14 de enero de 1907.

71 Manuel González Ramírez, *La huelga de Cananea*, ed. Biblioteca del Instituto de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1956.

72 DZA Potsdam, AA II, n. 4491, el cónsul en Chihuahua a Bülow, 10 de mayo de 1909.

73 Ibid.

74 Véase Robert Lynn Sandels, *Silvestre Terrazas, the Press and the Origins of the Mexican Revolution in Chihuahua*, tesis doctoral, Universidad de Oregon, 1967, pp. 137-55.

75 Ibid., p. 162.

76 Véase Daniel Cosío Villegas, op. cit., vol. 7, 1a. parte, pp. 629-733, 2a. parte, pp. 298-320.

77 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 23, Bünz a Bülow, 30 de julio de 1909.

78 Para las elecciones en Morelos véase John Womack, op. cit., pp. 8-35.

79 S. R. Ross, op. cit., pp. 63-69.

80 El texto completo del plan se puede leer en Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución Mexicana*, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960, vol. 1, pp. 133-43.

81 S. R. Ross, op. cit., p. 125.

82 Describe la historia de la revolución coahuilense Ildefonso Villarello Vélez, en su *Historia de la Revolución Mexicana en Coahuila*, México, 1970. Para el análisis más completo de la revolución en Sonora véase H. Aguilar Camín, op. cit.

83 Véase J. Womack, op. cit., pp. 66-94.

84 Para una descripción de la vasta red familiar de los Terrazas en Chihuahua véase M. Wassermann, op. cit., cap. 5 y 6.

85 Hay dos biografías de Abraham González; véase F. R. Almada, *Vida, proceso y muerte de Abraham González*, México, 1967 y William W. Beezley, *Insurgent Governor: Abraham González and the Mexican Revolution in Chihuahua*, Lincoln (Nebraska), 1973.

86 Véase Michael C. Meyer, *Mexican Rebel: Pascual Orozco and the Mexican Revolution*, Lincoln (Nebraska), 1967.

87 Véase R. Lynn Sandels, op. cit.

88 F. P. Ontiveros, op. cit.

89 H. Arias Olea, op. cit.

90 Para una relación de los orígenes y primeros años de Pancho Villa véase, sobre todo, a Martín Luis Guzmán, en *Memorias de Pancho Villa*, Compañía General de Ediciones, México, 1951; Ramón Puente, *Villa en pie*. México, 1937: John Reed, *México Insurgente*, ed. de Cultura Popular, México, 1975, pp. 98-101.

91 Elías Torres, *Vida y hazañas de Pancho Villa*, México, 1975, p. 11.

92 No hay todavía un estudio completo sobre la composición social del ejército de Pancho Villa. Sobre el papel que desempeñaron los campesinos en ese ejército véase F. Katz, "Peasants in the Mexican Revolution of 1910": en op. cit., John Reed, op. cit., da una impresión muy clara de la diversidad de la composición del ejército villista.

93 Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 2 vol. México, 1934-1937, vol. 2, p. 141.

94 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 30, Hintze a Bethmann-Hollweg, 2 de octubre de 1911.

95 G. Magaña, op. cit., vol. 1, p. 222.

96 Véase J. Womack, op. cit., cap. 4 y 5.

97 Ibid.

98 J. Silva Herzog, op. cit., vol. 1, p. 267.

99 S. R. Ross, op. cit., p. 225.

100 Ibid., p. 227.

101 M. C. Meyer, op. cit., pp. 56-57, 65-66, descubrió que Orozco gozaba del apoyo de la oligarquía prerrevolucionaria de Chihuahua. El ministro austriaco en México creía que estaban respaldando a Orozco grandes intereses norteamericanos, especialmente en el ramo de la minería, los ferrocarriles y el caucho. El ministro austriaco en México al Ministerio de Relaciones Exteriores de Austria, 12 de diciembre de 1912, H. H. Stawien, PA, Berichte Mexiko, 1912.

102 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 31, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de octubre de 1912.

103 Ibid. Hintze a Bethmann-Hollweg, 20 de diciembre de 1912.

104 En 1911 y 1912 políticos y periodistas norteamericanos y mexicanos acusaron repetidas veces a la Standard Oil de haber financiado la revolución maderista. Estas acusaciones fueron objeto de una investigación del Senado de los Estados Unidos en 1912. Véase *Revolutions in Mexico, Hearings before a Subcommittee of the Committee of Foreign Relations*. Senado norteamericano, 62o. congreso, 2a. sesión, Washington, 1913, pp. 458-72. En una carta privada al presidente Taft y en sus memorias, el embajador norteamericano en México, Henry Lane Wilson, expresó convicciones parecidas (Taft Papers, Caja 448, H. L. Wilson a Taft, 17 de julio de 1911; Henry Lane Wilson, *Diplomatic Episodes, Belgium and Chile*, Nueva York, 1927, p. 206). El ministro austriaco en México estaba igualmente convencido de la existencia de tal relación. Véase carta del ministro de Austria en México al Ministerio de Relaciones Exteriores de Austria, HHSta Wien, Pa., Berichte Mexiko 1912, 12 de diciembre de 1912. En 1912 la compañía alemana Bach, interesada en las tierras petrolíferas, escribió una carta confidencial al ministro alemán en México declarando que había una estrecha cooperación entre los Madero y la Standard Oil Co. Véase DZA Potsdam AA II, n. 21600, Petroleum Produktion und Handel in Amerika, p. 147. El ministro alemán en México, Paul von Hintze, estaba convencido de que la Standard Oil había apoyado a Madero. Véase DZA Potsdam AA II, n. 4461, Hitze a Beathman-Hollweg, 16 de marzo de 1912. Para un extenso examen y discusión de este asunto véase Kenneth J. Grieb, "Standard Oil and the Financing of the Mexican Revolution", en *California Historical Society Quarterly*, vol. XL, n. 1, marzo de 1971, pp. 59-71.

105 Citado en S. R. Ross, op. cit., p. 227.

106 Ernest Gruening, *Mexico and its Heritage*, Nueva York, 1940, p. 561.

107 Papers Relating to Foreign Relations of the United States, 1912 (Washington), H. L. Wilson a Knox, 22 de agosto de 1912, Lascuráin a Knox, 22 de octubre de 1912.

108 Edgar Turlington, *Mexico and her Foreign Creditors*, Nueva York, 1930, p. 247.

109 DZA Potsdam, AA II, n. 4461, Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de marzo de 1912.

110 HHSta Wien, Pa., Mexico Reports 1912, ministro de Austria en México, 12 de diciembre de 1912.

111 Paper of Leonard Wood, Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., Caja 60, Brooks a Wood, 4 de enero de 1912.

112 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 52, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de octubre de 1912.

113 Ibid.

CAPÍTULO 2

1 Moisés González Navarro, *La colonización en México*, ed. Talleres de Impresión

de Estampillas y Valores, México, 1960, p. 90.

2 Esta cifra se funda en una declaración del ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Gottlieb von Jagow, ante el Reichstag en abril de 1914, en la cual estimaba en 500 millones de marcos el valor de las propiedades alemanas en México (AA Bonn, Mexiko 1, vol. 45, Discurso de Jagow al Reichstag, 29 de abril de 1914). Este cálculo correspondía a 1913, pero no hay indicios de que hubiera en México nuevas inversiones alemanas de importancia, ni tampoco de grandes pérdidas, entre 1910 y 1913.

3 El Colegio de México (autores varios), *Estadísticas Económicas*..., cit., pp. 524, 546.

4 *Der Export*, Berlín, 1889, p. 218.

5 Chester Lloyd Jones, *Mexico and its Reconstruction*, Nueva York, 1922, p. 199.

6 AMAE París, CC, Mexique, vol. 16, Signoret a Millerand, 6 de octubre de 1900.

7 *Der Export*, Berlín, 1889, p. 218.

8 DZA Potsdam, AA II, n. 12288, Zedwitz a Bismarck, 30 de diciembre de 1899.

9 DZA Potsdam, AA II, n. 12299, Wangenheim a Bülow, 10 de marzo de 1906.

10 DZA Potsdam, AA II, n. 1741/1, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 5 de noviembre de 1911.

11 Rudolph Darius, *Die Entwicklung der Deutsch-Mexikanischen Handelsbeziehungen von 1870 bis 1914*, tesis doctoral inédita, Universidad de Colonia, 1927, p. 20.

12 Edgar Turlington, op. cit., p. 212.

13 DZA Potsdam, AA II, n. 1727, Zedwitz a Bismarck, 24 de febrero de 1889.

14 Ibid.

15 AMAE París, Correspondence Politique (CP), Mexique, vol. 75, Sainte Foix a Spuller, 10 de septiembre de 1889.

16 Ibid.

17 Ibid., 9 de septiembre de 1889.

18 Ibid., Spuller a Sainte Foix, 9 de octubre de 1889.

19 En una conversación que tuvo el representante francés en México con Romero Rubio, suegro de Porfirio Díaz y ministro de Gobernación, el representante expresó su asombro por la aceptación mexicana de semejante cláusula secreta. Romero Rubio respondió que Díaz no se había percatado de dicha cláusula cuando firmó el acuerdo. La cláusula secreta se debió al ministro de Hacienda Dublán, quien tenía estrechas ligas financieras con Bleichröder (ibid., vol. 76, Sainte Foix a Spuller, 10 de febrero de 1890). En vista del tremendo poder que ya ejercía Díaz en aquel entonces, es sumamente dudoso que el ministro de Hacienda se hubiere atrevido a aceptar una cláusula de tanta consecuencia bajo su propia responsabilidad.

20 DZA Potsdam, AA II, n. 1727, Zedwitz a Bismarck, 13 de diciembre de 1889.

21 AMAE París, CP, Mexique, vol. 76, Sainte Foix a Ribot, 21 de abril de 1890. Los archivos no contienen documentación alguna de semejante conversación ni de las amenazas de Zedwitz. Esto podría indicar que Romero Rubio inventó toda la conversación con el fin de impresionar al gobierno francés con la determinación mexicana de resistir todo intento alemán de alcanzar la hegemonía financiera en México. También podría indicar que Zedwitz, al fracasar en su intento de intimidar al gobierno mexicano, prefirió no informar de ello a Berlín.

22 E. Turlington, op. cit. p. 218; AMAE París, CP, Mexique, vol. 77, Wiener a Hanotaux, 10 de abril de 1895.

23 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 14, Wangenheim a Bülow, 2 de noviembre de 1904. de 1904.

24 DZA Potsdam, Reichschatzamt, n. 2476, Wangenheim a Bülow, 29 de octubre de 1904.

25 DZA Potsdam, AA II, n. 1746, Bressler a Bülow, 27 de junio de 1906.

26 Ibid., n. 4460, Hintze a Bethmann-Hollweg, 13 de enero de 1912.

27 Ibid.

28 Bernhard Huldermann, *Albert Ballin*, Berlín, 1922, p. 61.

29 DZA Potsdam, AA II, n. 12298, Wangenheim a Bülow, 27 de agosto de 1905.

30 Ibid., n. 1748, Bruchhausen a Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 8 de agosto de 1910.

31 Ibid., n. 12298, Wangenheim a Bülow, 27 de agosto de 1905.

32 Carl Fürstenberg, *Die Lebensgeschichte eines deutschen Bankiers 1870-1919*, Berlín, 1931, p. 525.

33 DZA Potsdam, AA II, n. 4457, Wangenheim a Bülow, 7 de diciembre de 1906.

34 Ibid., n. 4459, Bünz a Bülow, 29 de mayo de 1909.

35 Ibid.

36 Ibid., n. 4491, el cónsul alemán en Chihuahua a Bethmann-Hollweg, 31 de marzo de 1910.

37 Ibid., n. 15393, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 21 de enero de 1911.

38 Ibid., n. 1748, Bruchhausen al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 1o. de julio de 1910.

39 Ibid., n. 1748, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 23 de noviembre de 1911.

40 Ibid., n. 4457, Bruchhausen a Bülow, 30 de mayo de 1907.

41 Ibid., n. 1748, Bünz a Bethmann-Hollweg, 25 de marzo de 1910.

42 Ibid.

43 Ibid., n. 1748, Bruchhausen al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 1o. de julio de 1910.

44 Ibid., n. 1741/1, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 11 de octubre de 1911.

45 Ibid.

46 Ibid., n. 1748, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 1o. de agosto de 1910

47 Ibid., n. 1741/1, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 16 de mayo de 1911.

48 El Colegio de México, *Estadísticas Económicas*..., cit., p. 524.

49 Alfred Vagts, *Deutschland und die Vereinigten Staaten in der Westpolitik*, Londres y Nueva York, 1935, vol. 2, p. 1666.

50 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 10, Heyking a Bülow, 28 de mayo de 1902.

51 Ibid., Heyking a Bülow, 2 de junio de 1902.

52 DZA Potsdam, AA II, n. 8462, Krupp a Mühlberg, 1o. de enero de 1894.

53 AMAE París, CP, Mexique, vol. 75, Sainte Foix a Spuller, 9 de septiembre de 1889.

54 DZA Potsdam, AA II, n. 8462, Winckler a Caprivi, 6 de diciembre de 1893.

55 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 11, Flöcker a Bülow, 10 de mayo de 1903; vol. 12, Flöcker a Bülow, 26 de agosto de 1903; vol. 23, Bünz a Bülow, 3 de mayo de 1909.

56 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 11, Bülow a Heyking, 5 de octubre de 1902.

57 Ibid., vol. 11, Flöcker a Bülow, 10 de mayo de 1903.

58 Ibid., vol. 23, Bünz a Bülow, 3 de mayo de 1909.

59 *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, Berlín, 1910.

60 Barbara W. Tuchmann, *The Zimmermann Telegram*, Londres, 1959, p. 27.

61 Archivo Nacional de Cuba (al que nos referiremos en adelante como AN Cuba), Secretaría de Estado, Leg. 336-655, embajador en México a Zaldo, 2 de febrero de 1904.

62 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 12, ministro de Relaciones Exteriores a Flöcker, 20 de noviembre de 1903.

63 Ibid.

64 Ibid., vol. 13, ministro de Relaciones Exteriores a Flöcker, 24 de enero de 1904.

65 Ibid., Flöcker a Bülow, 27 de enero de 1904.

66 Ibid., Flöcker a Bülow, 15 de febrero de 1904.

67 AN Cuba, Secretaría de Estado, Leg. 336-655, embajador de Cuba en México a Zaldo, 2 de febrero de 1904.

68 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 19, Wangenheim a Bülow, 22 de diciembre de 1906.
69 Ibid., comentarios de Guillermo II al informe anterior.
70 Ibid., Wangenheim a Bülow, 10 de noviembre de 1907.
71 Ibid.
72 Ibid., Wangenheim a Bülow, 7 de enero de 1907.
73 Ibid., Tschirschky a Wangenheim, 2 de febrero de 1907.
74 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 20, Speck von Sternburg a Bülow, 22 de agosto de 1907.
75 Ibid., Wangenhim a Bülow, 19 de marzo de 1907.
76 Ibid.
77 Ibid., comentarios de Guillermo II arriba citados.
78 Ibid., Radowitz a Bülow, 16 de abril de 1907.
79 Ibid., vol. 21, Radowitz a Bülow, 27 de junio de 1908.
80 V. J. Pepsius, A. Mendelsohn-Bartholdy y F. Thimme, ed., *Die grosse Politik de europäischen Kabinette, 1871-1914*, 40 vol. Berlín, 1922-27, vol. 26, parte 1, n. 8553, Sternburg a Auswärtiges Amt, 8 de noviembre de 1911.
81 Bernhard von Bülow, *Denkwürdigkeiten*, 4 vol., Berlín, 1903-31, vol. 2, pp. 352 y 374.
82 AA Bonn, Mexiko 10, vol. 1, Wangenheim a Bülow, 25 de mayo de 1907.
83 Ibid., Wangenheim al cónsul alemán en Guadalajara, 8 de abril de 1907.
84 Ibid.
85 Ibid., cónsul alemán en Guadalajara a Wangenheim, 1o. de mayo de 1907.
86 Ibid., cónsul alemán en Chihuahua a Wangenheim, 3 de mayo de 1907.
87 Ibid., Wangenheim a Bülow, 15 de julio de 1907.
88 Ibid., Mumm von Schwarzenstein a Bülow, 27 de diciembre de 1907.
89 AA Bonn, Archivo de la Legación alemana en México, Expediente 13, Kritzler a la Legación alemana en México, 27 de julio y 7 de octubre de 1907.
90 HHSta Wien, PA, Informes México 1907, embajador en México a Aerenthal, 14 de octubre de 1907.
91 Ibid.
92 AA Bonn, Mexiko 10, vol. 1, Wangenheim a Bülow, 26 de octubre de 1907.
93 V. J. Pepsius et. al., eds., op. cit., vol. 26, parte 1, n. 8553, Sternburg al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 8 de noviembre de 1907.
94 B. W. Tuchmann, op. cit., p. 32.
95 W. Goetz, ed., *Briefe Wilhelms II an den Zaren Nikolaus II, 1894-1914*, Berlín, 1920, p. 236, carta del 28 de diciembre de 1907.
96 AA Bonn, Mexiko 10, vol. I, Mumm von Schwarzenstein a Bülow, 18 de febrero de 1908.
97 Elizabeth von Heyking, *Tagebücher aus vier Weltteilen*, Berlín y Leipzig, 1926, p. 324.
98 Ibid., p. 364.
99 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 52, Bünz a Bethmann-Hollweg, 17 de septiembre de 1909.
100 Ibid.
101 DZA Potsdam, AA II, n. 4460, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 22 de febrero de 1911.
102 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 28, Hintze a Bethmann-Hollweg, 19 de mayo de 1911.
103 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 12 de abril de 1911.
104 DZA Potsdam, AA II, n. 1741/1, Hintze a Bethmann-Hollweg, 22 de julio de 1911.
105 Archivo de Relaciones Exteriores de México (al que nos referiremos en adelante como AREM, México), 619 R, embajador de México en Berlín al secretario de relaciones exteriores, 20 de diciembre de 1910.

106 Ibid., 623 R., cónsul en Hamburgo al ministro de Relaciones Exteriores, 22 de diciembre de 1910.
107 H. Lane Wilson, op. cit., p. 205.
108 A. Vagts, *Mexiko, Europe und Amerika . . .*, cit. p. 181.
109 Staatsarchiv Hamburg (al que nos referiremos en adelante como STA Hamburg), CId26 Waffenschmuggel Hic 21/11, Waffenausfuhr nach Mexiko, relación de una conversación que tuvo lugar el 25 de marzo de 1911.
110 Ibid., Reichskanzler al Senado de Hamburgo, 6 de abril de 1911.
111 *Deutsche Zeitung in Mexiko*, 24 de abril de 1911.
112 B. von Bülow, op. cit., vol. 2, pp. 352 y 374.
113 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 57, ministro alemán en Tokio al Ministerio de Relaciones Exteriores, 24 de marzo de 1911; ibid., Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 4 de abril de 1911.
114 *Kölnische Zeitung*, 4 de abril de 1911.
115 B. W. Tuchmann, op. cit., p. 37.
116 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 27, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 4 de abril de 1911.
117 Ibid., Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 20 de marzo de 1911.
118 Horst von der Goltz, *My Adventures as a German Spy*, Nueva York, 1917, p. 40. Aunque muchas de las afirmaciones de Goltz son imposibles de comprobar y parecen exageradas, fuentes alemanas han confirmado que trabajó para el Servicio de Inteligencia alemán. Véase DZA Potsdam, Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, Nachrichten und Presseabteilung, comentario al libro de Horst von der Goltz.
119 AREM, México, Le 796 R, ministro en Tokio al secretario mexicano de Relaciones Exteriores, 23 de marzo de 1911.
120 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 27, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 4 de abril de 1911.
121 Ibid., Mexiko 10, vol. 1, ministro en Tokio a Bethmann-Hollweg, 23 de marzo de 1911.
122 H. Lane Wilson escribió a Knox una carta fechada en febrero de 1918 para negar las declaraciones de Horst von der Goltz, cuyo libro acababa de publicarse en los Estados Unidos. Knox remitió la carta de Wilson al secretario de Estado de los Estados Unidos, Robert Lansing, y en una carta a Lansing, expresó su completo acuerdo con lo que afirmaba Lane Wilson. Lansing a su vez estuvo de acuerdo con Knox y escribió a este último que una revisión de los archivos del Departamento no había logrado descubrir mención alguna de semejante tratado. Véase Kunimoto Iyo, *Japan and Mexico, 1888-1917*, tesis doctoral inédita, Universidad de Tejas en Austin, 1975.
123 DZA Potsdam, Reichstag n. 1311, minutas del Comité del Presupuesto, 5 de marzo de 1917.
124 Microfilm de documentos capturados del Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, México MT 1133 02 397, el cónsul en Portland al ministro de Relaciones Exteriores en Tokio, 17 de marzo de 1911.
125 *Atlantic Monthly*, febrero de 1912.
126 DZA Potsdam, Papeles de Herwarth von Bittenfeld, Bittenfeld al Ministro de Guerra, 13 de marzo de 1912; *New York Sun*, 6 de abril de 1912.
127 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 30, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de marzo de 1912.
128 Ibid.
129 Ibid., vol. 40, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 25 de noviembre de 1913.
130 Ibid., vol. 28, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 10 de junio de 1911.
131 A. Vagts, *Deutschland und die Vereinigten Staaten...*, cit., vol. 2, p. 1478.
132 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 27, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de junio de 1911.

[133] Ibid., vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 20 de febrero de 1913.
[134] Ibid., vol. 29, Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de julio de 1911.
[135] Hintze cita esta carta en AA Bonn, Mexiko 1, vol. 28, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de junio de 1911.
[136] Ibid., vol. 29, Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de julio de 1911.
[137] Ibid., vol. 30, Kiderlen-Wachter a Hintze, 15 de agosto de 1911.
[138] DZA Potsdam, AA II, n. 1747/1, Bruchhausen a Bethmann-Hollweg, 11 de octubre de 1911.
[139] Ibid.
[140] Ibid., Körner a Hintze, 13 de enero de 1912.
[141] Ibid., Jüdell a Lehmann, 16 de noviembre de 1911.
[142] Ibid., informe de Kemnitz, 4 de diciembre de 1911.
[143] E. Turlington, op. cit., p. 247.
[144] Archivo de Madero, Secretaría de Hacienda, México (al que nos referiremos de aquí en adelante como ASM), Mardus a Madero, 7 de junio de 1911.
[145] DZA Potsdam, AA II, n. 29071, informe del Ministerio de Relaciones Exteriores al de Guerra, 15 de octubre de 1912.
[146] Archivo General de la Nación (al que nos referiremos de aquí en adelante como AGN México), Luna a Madero, sin fecha.
[147] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 32, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de octubre de 1912.
[148] DZA Potsdam, AA II, n. 1741/1, Hintze a Bethmann-Hollweg, 22 de julio de 1911.
[149] Ibid., n. 1748, el cónsul en Amberes a Bethmann-Hollweg, 2 de septiembre de 1911.
[150] Ibid., n. 1741/1, Hintze a Bethmann-Hollweg, 22 de julio de 1911.
[151] Ibid., n. 1748, Hintze a Bethmann-Hollweg, 23 de noviembre de 1911.
[152] DZA Potsdam, sección 7 del Departamento Político, gobernador general de Bélgica, informe n. 9, "Intereses económicos belgas en México".
[153] E. Turlington, op. cit., p. 247.
[154] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 27, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 12 de abril de 1911.
[155] *Kölnische Zeitung*, 11 de abril de 1911.
[156] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 28, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de mayo de 1911.
[157] Ibid.
[158] Ibid.
[159] R. Darius, op. cit., p. 43.
[160] AA Bonn, Mexiko I, vol. 29, Hintze a Bethmann-Hollweg, 7 de diciembre de 1911.
[161] Ibid., vol. 32, Hintze a Bethmann-Hollweg, 4 de diciembre de 1912.
[162] E. Gruening, op. cit., p. 560.
[163] HHSta Viena, PA, Informes, México 1913, ministro en México a Bechtold, 12 de febrero de 1913.
[164] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 30, Hintze a Bethmann-Hollweg, 12 de marzo de 1913.
[165] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 13 de marzo de 1912.
[166] Ibid., vol. 30, secretario de relaciones exteriores a Hintze, 1o. de abril de 1912.
[167] Ibid.
[168] Ibid.
[169] Ibid., vol. 33, Hintze a Bethmann-Hollweg, 21 de enero de 1913.
[170] Ibid.
[171] Ibid., vol. 32, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de octubre de 1912.
[172] Ibid.

CAPÍTULO 3

[1] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 32, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de octubre de 1912.
[2] G. Magaña, op. cit., vol. 2, pp. 363-64.
[3] S. R. Ross, op. cit., p. 264.
[4] En una respuesta redactada en términos duros el gobierno mexicano rechazó tales acusaciones. Declaró que el impuesto sobre el petróleo llamado "confiscatorio" por Henry Lane Wilson era más bajo que el correspondiente cobrado en California, y que los empleados norteamericanos de Ferrocarriles Nacionales habían sido despedidos porque se negaban a aprender español. Se afirmaba además que cuatro de los trece casos de asesinato a los que aludía la nota norteamericana habían tenido lugar bajo el gobierno de Díaz. Lascuráin a su vez formuló una lista de los mexicanos que habían sido linchados en los Estados Unidos sin que el gobierno de ese país procediera en forma alguna contra los culpables. FR., 1912, Lascuráin a Wilson, 22 de octubre de 1912.
[5] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de febrero de 1913.
[6] Ibid., vol 33, Hintze a Bethmann-Hollweg, 21 de enero de 1913.
[7] H. Lane Wilson, op. cit., p. 343.
[8] Taft Papers, en la Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., Taft a Knox, 16 de diciembre de 1912.
[9] National Archives, Washington, D.C., State Department Files (Archivos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, al que nos referiremos en adelante como NA STDF R6 59 812.00/7229A, Knox a Taft, 27 de enero de 1913.
[10] S. R. Ross, op cit., pp. 266-67.
[11] Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero*, ed. Porrúa, México, 1975, p. 183.
[12] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 33, Hintze a Bethmann-Hollweg, 21 de enero de 1913.
[13] S. R. Ross, op. cit., pp. 267-68.
[14] Ibid., p. 270.
[15] Ibid.
[16] S. R. Ross, op. cit., pp. 182-195; Michael C. Meyer, *Huerta: A Political Portrait*, Lincoln (Nebraska), 1972, pp. 21-30.
[17] F. R. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, cit., vol. 1, pp. 341-43.
[18] M. C. Meyer, *Huerta*..., cit., pp. 41-42.
[19] Ibid., p. 43.
[20] Public Record Office, London, Foreign Office Files (Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Reino Unido, al que nos referiremos en adelante como PRO FO) 371 1677 P6402, Hohler a Grey, 24 de septiembre de 1913.
[21] M. C. Meyer, *Huerta*..., cit., p. 47.
[22] PRO FO 371 1677 P6402, Hohler a Grey, 24 de septiembre de 1913.
[23] S. R. Ross, op. cit., p. 277.
[24] PRO FO 371 1677 P6402, Hohler a Grey, 24 de septiembre de 1913.
[25] S. R. Ross, op. cit., p. 267.
[26] FR., 1913, Wilson a Knox, 10 de febrero de 1913.
[27] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Diario de Hintze, 16 de febrero de 1913.
[28] M. Márquez Sterling, op. cit., pp. 379-80.
[29] Diario de Hintze, op. cit., 16 de febrero de 1913.
[30] Ibid.
[31] H. Lane Wilson, op. cit., p. 183.
[32] Hintze dio a conocer su actitud hacia Madero al negar asilo en la embajada

alemana a los padres del presidente mexicano (HHSta, Viena, PA, Informes sobre México, Ministro en México a Berchtold, 12 de febrero de 1913).

33 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 25 de febrero de 1913.

34 HHSta. Viena, PA, Informes sobre México, 1913, ministro en México a Berchtold, 12 de febrero de 1913.

35 FR., 1913, Wilson al secretario de Estado de los Estados Unidos, 9 de febrero de 1913.

36 Ibid., Wilson a Knox, 11 de febrero de 1913.

37 Ibid., Knox a Wilson, 12 de febrero de 1913.

38 Hintze, Diario, 12 de febrero de 1913.

39 Wilson, op. cit., p. 258.

40 Hintze, Diario, 12 de febrero de 1913.

41 M. Márquez Sterling, op. cit., pp. 375-76.

42 Hintze, Diario, 14 de febrero de 1913.

43 Ibid., 15 de febrero de 1913.

44 FR., 1913, Wilson al secretario de Estado norteamericano, 15 de febrero de 1913.

45 S. R. Ross, op. cit., p. 300.

46 FR., 1913, Knox a Wilson, 15 de febrero de 1913.

47 Hintze, Diario, 15 de febrero de 1913.

48 Ibid., 16 de febrero de 1913.

49 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 17 de febrero de 1913.

50 Hintze, Diario, 17 de febrero de 1913.

51 Ibid., 18 de febrero de 1913. Taft tenía tan pocas ganas como Knox de responsabilizarse públicamente por el golpe. Con todo, no obstaculizó en ninguna forma las actividades de Henry Lane Wilson.

52 Hintze, Diario, 18 de febrero de 1913.

53 Ibid.

54 S. R. Ross, op. cit., pp. 288-89.

55 Hintze, Diario, 18 de febrero de 1913.

56 S. R. Ross, op. cit., pp. 290-91.

57 Hintze, Diario, 18 de febrero de 1913.

58 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 28 de febrero de 1913.

59 Hintze, Diario, 18 de febrero de 1913.

60 Ibid.

61 PRO FO 371, 1677, p. 64.2; Hohler a Grey, 24 de septiembre de 1913.

62 Ibid.

63 Ibid.

64 FR., 1913, Wilson a Knox, 18 de febrero de 1913.

65 E. Gruening, op. cit., p. 568.

66 S. R. Ross, op. cit., p. 315.

67 Ibid., pp. 315-16.

68 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 25 de febrero de 1913.

69 FR., 1913, Wilson a Knox, 19 de febrero de 1913.

70 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 25 de febrero de 1913.

71 Hintze, Diario, 20 de febrero de 1913.

72 S. R. Ross, op. cit., p. 322.

73 E. Gruening, op. cit., p. 570.

74 FR., 1913, Knox a Wilson, 20 de febrero de 1913.

75 Para puntos de vista muy distintos respecto al asesinato de Madero, véase Jesús Silva Herzog, op. cit., capítulo 8. Compárese también p. 7 de las notas, vol. 9, de Isidro Fabela, *Documentos históricos de la Revolución Mexicana. Revolución y régimen maderista*, vol. 5, México, 1960: véase también el cap. 4, nota 20; S. R. Ross, op. cit., caps. 18 y 19; M. C. Meyer, *Huerta...*, cit., cap. 4.

76 Archivo privado de Martín Luis Guzmán, carta sin fecha de Fernández y Arteaga a Martín Luis Guzmán. Los historiadores no han tenido acceso a la carta anteriormente, pero sí a las declaraciones del asesino de Madero, Francisco Cárdenas. El 6 de junio de 1915 el *Morning Times* de El Paso, Tejas, publicó una confesión de Cárdenas muy parecida a la declaración de Fernández. Esta confesión fue una de las principales pruebas de la culpabilidad de Huerta en el asesinato de Madero. Michael C. Meyer, aunque no descarta la posibilidad de que Huerta fuera responsable del asesinato, opina que la confesión de Cárdenas no es digna de confianza debido a que en dos ocasiones anteriores había dado entrevistas sobre el tema de la muerte de Madero en que contradecía sus confesiones posteriores (Meyer, *Huerta...*, cit., pp. 79-81). La mayoría de los historiadores se inclinan a creer que nadie hubiera llevado a cabo semejante asesinato sin la anuencia de Huerta y que las múltiples muertes que ordenó posteriormente, cuando ocupó la presidencia, comprueban su disposición a recurrir a los asesinatos políticos. Oficialmente todos los representantes diplomáticos de los Estados Unidos y de las potencias europeas más importantes aceptaron la versión oficial del gobierno mexicano de que Madero y Pino Suárez habían parecido durante un intento de sus adeptos por rescatarlos. Sin embargo, extraoficialmente, muchos tenían fuertes dudas que no deseaban expresar porque todos pensaban que debía reconocerse y apoyarse el gobierno de Huerta. El ministro británico, Sir Francis Stronge, expresó tales dudas cuando escribió: "Temo que no puede caber duda de que el expresidente y el vicepresidente fueron ejecutados por orden de los jefes militares revolucionarios y que la historia del intento de rescate es una invención. El crimen se considera como una medida necesaria e inevitable que probablemente facilite la pacificación del país" (Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914*, Cambridge, 1968, p. 169). Y el embajador español, Cólogan, declaró en un informe al gobierno español que: "No se oye a una sola persona (hasta en la Embajada americana me lo decían privadamente) que no crea fueron sencillamente asesinados mediante alguna escaramuza o tiroteo forjados". Aunque diciendo que encontraría inconveniente rechazar la versión oficial informando claramente a V.E. "sobre lo que se dice en alta voz por todo el mundo, añadiré que en México se ha aplicado y considero siempre el fusilamiento como una solución política para borrar una bandera y evitar futuros levantamientos. No de otro modo, se dice, impuso su Gobierno el general don Porfirio Díaz desde 1876 en adelante, y si conservó la paz y se mantuvo en el Gobierno durante treinta años de debió al temor que infundía" (Archivo de Relaciones Exteriores, Madrid, Cólogan al ministro de Relaciones Exteriores de España, 5 de marzo de 1913).

Hay una discrepancia interesante y significativa entre esta primera relación enviada por Cólogan a sus superiores en Madrid y otra versión del mismo informe que ha sido encontrada en los Archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México (I. Fabela, op. cit., vol. 5, pp. 225-37). Parece ser un intento de justificar su papel durante la Decena Trágica. Se ha eliminado de esta versión desde donde dice: "En México las ejecuciones..." hasta el final de lo citado arriba.

77 Todas las versiones de que el embajador Henry Lane Wilson trató de salvar la vida de Madero durante su entrevista con Huerta se fundan en una carta escrita por el único otro participante en esa conversación, a saber el ministro alemán, Paul von Hintze. En una carta fechada en China, el 8 de enero de 1916, y dirigida a Henry Lane Wilson, Hintze decía: "Recuerdo la época del pobre Madero, un idealista, un reformador y un hombre valiente. Recuerdo muy bien el miércoles 19 de febrero de 1913, cuando, muy temprano en la mañana, lo visité a usted y encontré

que tanto usted como la señora Wilson, después de un breve diálogo, se habían entusiasmado respecto a la necesidad de salvar la vida del infortunado Madero. Fuimos juntos al Palacio y vimos al General Huerta y obtuvimos de él su palabra de honor como caballero y como soldado de que protegería la vida de su adversario derrotado. Obtuvimos otras promesas. ¿Recuerda usted que le dije al llegar a su Embajada: 'En días futuros se dará usted cuenta de que por la acción de hoy ha añadido una corona de laurel a la corona de Estados Unidos'? Así fue, estoy seguro de que usted y todos los norteamericanos están orgullosos de ello" (H. Lane Wilson, op. cit., p. 281).

Hay una discrepancia evidente entre la descripción favorable que da Hintze de la actitud de Henry Lane Wilson en su carta y la imagen, mucho menos favorable, que del embajador norteamericano se desprende del diario de Hintze, que he citado extensamente. Este diario, escrito durante los acontecimientos de febrero de 1913 en México, es, obviamente, mucho más digno de confianza que la carta escrita por Hintze tres años más tarde. La carta de Hintze, escrita en 1916, durante la campaña presidencial norteamericana, tenía probablemente un cariz político. Al fortalecer la posición de Henry Lane Wilson, Hintze puede haber abrigado la esperanza de alentar a aquellos miembros del Partido Republicano que abogaban por una intervención militar abierta de los Estados Unidos en México.

78 Biblioteca del Congreso, Washington, D.C., Papers of Leonard Wood, Diario, 7 de abril de 1913.

79 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Bernstorff al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 25 de febrero de 1913.

80 Jerry W. Knudson, Documento, "When did Francisco I. Madero decide on revolution?", *The Americas*, vol. 30, n. 4, abril de 1974, pp. 532-34.

CAPÍTULO 4

1 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de septiembre de 1913.

2 Ibid., vol. 45, Hintze a Bethmann-Hollweg, 19 de marzo de 1914.

3 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 25 de marzo de 1914.

4 "Desde mi regreso", informó Huerta, "he visto en tres ocasiones al presidente. En dos de estas tres ocasiones estaba bajo los efectos del alcohol. Como la mayoría de los bebedores consuetudinarios, su apariencia física ya no se ve afectada por el alcohol. Su alcoholismo se manifiesta sobre todo en la insensatez de su conversación" (ibid., vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de septiembre de 1913).

5 Ibid., vol. 41, Hintze a Bethmann-Hollweg, 22 de enero de 1914.

6 Ibid.

7 Ibid., vol. 45, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de marzo de 1914.

8 No hay muchos estudios sobre Victoriano Huerta. El más reciente y completo es el de M. C. Meyer, *Huerta*..., cit.

9 Luis Liceaga, *Félix Díaz*, ed. Jus, México, 1958, pp. 300-5.

10 Marjorie Clark, *La organización obrera en México*, ed. Era, México, 1979, p. 28.

11 J. Silva Herzog, op. cit., 2:13.

12 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 39, Hintze a Bethmann-Hollweg, 11 de octubre de 1913.

13 Ibid.

14 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de octubre de 1913.

15 Ibid.

16 J. Womack, op. cit., p. 168. Además de la obra de Womack, fundamental para el conocimiento del movimiento zapatista, véase Jesús Sotelo Inclán, *Raíz y razón de Zapata*, ed. Etnos, México, 1943; G. Magaña, op. cit.; Antonio Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo*, ed. El Caballito, México, 1976; François Chevalier, "Le soulèvement de Zapata 1911-1919" en *Annales, Économies, Sociétés, Civilizations*, 16, 1961, pp. 66-83. Para la situación que imperaba en Morelos antes, durante y después de la revolución véase Arturo Warman, *Y venimos a contradecir: los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, ed. de La Casa Chata, México, 1978, y L. Helguera et al., *Los campesinos de la tierra de Zapata*, 3 vol., cit.

17 José Mancisidor, *Historia de la Revolución Mexicana*, ed. Costa Amic, México, 1981.

18 Para una estimación del número de pueblos libres que había en Chihuahua véase F. Tannenbaum, op. cit., p. 56. Para una descripción de la estructura de estos pueblos véase F. Katz, "Peasants in the Mexican Revolution of 1910", en op. cit.

19 Véase P. J. Vanderwood, op. cit.

20 Véase I. Fabela, op. cit., *Régimen maderista*, vol. 3, Carranza a Madero, 23 de febrero de 1912, p. 129; vol. 5, Pablo González a Carranza, 5 de febrero de 1913, p. 19; Carranza a Madero, 8 de febrero de 1913, p. 32.

21 Roberto Guzmán Esparza, *Memorias de Don Adolfo de la Huerta*, ed. Guzmán, México, 1957, p. 34.

22 Para puntos de vista muy diferentes sobre este asunto, véase Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano", *Historia Mexicana*, vol. XXII, n. 3, 1973; y Alan Knight, *Nationalism, Xenophobia and Revolution: The Place of Foreigners and Foreign Interests in Mexico*, tesis doctoral, Universidad de Oxford, 1974.

23 No hay hasta la fecha ninguna biografía completa de Carranza que tome en cuenta todas las nuevas fuentes documentales, especialmente los archivos mexicanos a los cuales en los últimos años han tenido acceso los investigadores. Véase Alfredo Breceda, *Don Venustiano Carranza*, ed. Botas, México, 1930; Alfonso Junco, *Carranza y los orígenes de su rebelión*, ed. Jus, México, 1935; Douglas Richmond (único de estos autores que utilizó los archivos de Carranza), *First Chief of Revolutionary Mexico: The Presidency of Venustiano Carranza*, tesis doctoral, Universidad de Washington, 1976; y Alfonso Taracena, *Carranza*, México, 1963.

24 J. Silva Herzog, op. cit., vol. 2, p. 24.

25 H. Aguilar Camín, op. cit., p. 279.

26 F. R. Almada, *La revolución en el estado de Sonora*, cit., p. 89.

27 H. Aguilar Camín, op. cit., pp. 180-86, 222-32.

28 Antonio Uroz, *Hombres de la revolución*, ed. Arana, México, 1969, pp. 130-31. PRO FO 371 3836 2658, Cummins a F. O., 20 de junio de 1919.

29 Daniel Moreno, *Hombres de la Revolución*, ed. Costa Amic, México, 1981, pp. 210-12.

30 A. Uroz, op. cit., p. 113-16.

31 Justo Manzur Ocaña, *La revolución permanente, vida y obra de Cándido Aguilar*, ed. Costa Amic, México, 1972, pp. 37-38. PRO FO 371 3836 2658, Cummins a F.O., 20 de junio de 1919.

32 R. Guzmán Esparza, op. cit., p. 11.

33 Ibid., p. 27.

34 J. Silva Herzog, op. cit., cap. 2, p. 24.

35 Armando de Maria y Campos, *La vida del general Lucio Blanco*, ed. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1963, pp. 55-65.

36 *Investigation of Mexican Affairs*, op. cit., 1:278.

37 DZA Potsdam AA II, n. 4461, Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de marzo de 1912.

38 *Revolutions in Mexico*, audiencia ante un subcomité del Comité de Relaciones Exteriores del Senado de los Estados Unidos, 62a. sesión, Washington, 1913, p. 748.

39 *New York Herald*, 18 de junio de 1914. Lázaro de la Garza papers, Colección

Nettie Lee Benson, Biblioteca de la Universidad de Tejas en Austin, Wallet G. Félix Sommerfeld a Lázaro de la Garza, abril de 1914.

40 *New York Herald*, 18 de junio de 1914.

41 Ibid.

42 Ibid.

43 No hay hasta la fecha ninguna biografía completa de Pancho Villa. Las obras más reveladoras sobre el tema son las de Luis Aguirre Benavides, *De Francisco I. Madero a Francisco Villa: memorias de un revolucionario*, ed. Talleres A. del Bosque, México, 1966; M. Luis Guzmán, op. cit.; Ramón Puente, op. cit.; J. Reed, op. cit.; Silvestre Terrazas, "El verdadero Pancho Villa", *Revista Chihuahuense de Estudios Históricos*, 1944-1960. Para una descripción y valoración de la abundante literatura referente a Pancho Villa, véase Guadalupe Villa Guerrero, *Francisco Villa: historia, leyenda y mito*, tesis inédita, UNAM, 1976.

44 F. P. Ontiveros, op. cit.

45 J. Reed, op. cit., p. 147.

46 Para el papel desempeñado por Talamantes en el porfiriato véase el Archivo del Departamento Agrario, México, Sección de Terrenos Nacionales, Diversos, Exp. 75-1407; para su papel en la revolución, Armanda B. Chávez M., *Diccionario de la revolución en Chihuahua*, Ciudad Juárez, s.f.

47 Para el mejor retrato de Fierro véase M. L. Guzmán, *El águila y la serpiente*, ed. Compañía de Ediciones, S. A., México, 1959, pp. 197-209 y Patrick O'Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution*, México, 1966, pp. 161-63.

48 Para los antecedentes de Silvestre Terrazas y sus actividades durante el porfiriato, véase R. Lynn Sandels, op. cit. El mismo Silvestre Terrazas describió sus actividades cuando colaboraba estrechamente con Pancho Villa en lo que equivale a sus memorias de ese periodo: "El verdadero Pancho Villa", publicadas de 1944 en adelante en la *Revista de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, Chihuahua, 1944-1960.

49 Se ha publicado muy poco sobre el papel de Federico González Garza durante el periodo villista. Mi fuente de información son las respuestas inéditas a un cuestionario que le envió Martín Luis Guzmán, en el Archivo personal de Martín Luis Guzmán, en la ciudad de México. Deseo agradecer a la familia de Martín Luis Guzmán su amabilidad al permitirme consultarlo.

50 Ermilo Coello Salazar, "El comercio interior", en D. Cosío Villegas, op. cit., vol. 3, p. 746.

51 F. Katz, *Agrarian Changes in Northern Mexico in the period of Villista Rule 1913-1915 in Contemporary Mexico*, Los Ángeles, 1976, pp. 259-73.

52 *Crónicas y Debates de las Sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, México, 1965, vol. 2, p. 237.

53 F. Katz, *Agrarian Changes...*, cit., p. 261.

54 *El Paso Times*, 17 de enero de 1914.

55 S. Terrazas, op. cit., p. 473.

56 *El Paso Times*, 27 de diciembre de 1913.

57 F. Katz, *Agrarian Changes...*, op. cit., pp. 259-73.

58 J. Reed, op. cit., p. 121.

59 F. R. Almada, *La rebelión de Tomochic*, cit.

60 F. R. Almada, *La Revolución en el Estado de Chihuahua*, cit., vol. 1, pp. 116-18.

61 Departamento Agrario, México, Dirección de Terrenos Nacionales, Diversos, Exp. 178, Carta de los habitantes de Namiquipa al presidente Porfirio Díaz, 20 de julio de 1908.

62 Ibid. Este expediente contiene el texto de la concesión original otorgada por el intendente español de la provincia de Nueva Vizcaya, Teodoro de Croix, a las primeras seis colonias militares fundadas en ese territorio.

63 F. Katz, *Agrarian Changes...*, cit., pp. 261-62.

64 Archivo personal de Roque González Garza, en la ciudad de México, memorándum sin fecha de Roque González Garza sobre las causas de la ruptura entre Villa y Carranza.

65 Venustiano Carranza, *Informe del C. Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista Encargado del Poder Ejecutivo de la República, leído ante el Congreso de la Unión en la sesión del 15 de abril de 1917*, México, 1917.

66 Colección Silvestre Terrazas, Biblioteca Bancroft, en Berkeley, California, Silvestre Terrazas a Luis Caballero, 2 de julio de 1914.

67 J. Reed, op. cit., p. 30.

68 Véase NA Washington, StDF 812.00/12741 Zach E. Cobb a Boaz W. Long, 3 de julio de 1914.

69 El papel desempeñado por Lázaro de la Garza y sus actividades salieron a relucir en un extraño juicio que tuvo lugar en un tribunal de Los Ángeles en marzo de 1919. En ese juicio Alberto Madero, en representación de Pancho Villa, acusó a Lázaro de la Garza de haberse robado 200 000 pesos que Villa le había dado para comprar municiones y solicitó que se le devolviera dicho dinero a Villa. El juez descartó los cargos, pero en vista de que Villa era considerado como uno de los principales enemigos de los Estados Unidos y de que hacía muy poco tiempo se había despachado a México una expedición punitiva contra él, es notable que pudiera haber tenido lugar siquiera semejante juicio. Véase *Los Angeles Express* del 27 de marzo de 1919.

70 Para opiniones muy contradictorias sobre Felipe Ángeles, véase Federico M. Cervantes, *Felipe Ángeles en la Revolución, 1896-1919*, México, 1964; Byron Jackson, "The Political and Military Role of General Felipe Angeles in the Mexican Revolution, 1914-1915", tesis doctoral, Georgetown University, 1976; y Bernardino Mena Brito, *Felipe Ángeles, federal*, México, 1956.

71 Véanse los discursos de Ángeles y minutas de su juicio, citados en M. Cervantes, op. cit., pp. 303-65.

72 NA Washington, StDF, Record Group 59, File 812.00/14622, informe sin fecha de Duval West al secretario de Estado.

73 AMAE, París CP, nouvelle série, Mexique vol. 9, Jusserand a Doumergues, 27 de enero de 1914.

74 Archives du Ministère de Guerre, Vincennes, 7 en 1716 Francia, Bertrand, agregado militar francés en los Estados Unidos al Deuxième Bureau, 30 de diciembre de 1914.

75 Discurso del 27 de agosto de 1913, *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents*, 20 vol. Nueva York, 1 22, vol. 16, p. 7888.

76 George M. Stephenson, *John Lind of Minnesota*, Minneapolis, 1935, p. 246.

77 National Archives, State Department Files Record Group 59, File 812.00/14622, informe sin fecha de Duval West al secretario de Estado.

78 Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, The Lansing Papers, Washington, 1920, Wilson a Lansing, 8 de julio de 1915, 812.00/15412 1/2.

79 Clifford W. Trow, "Senator Albert B. Fall and Mexican Affairs, 1912-1921", Ph. D. diss., University of Colorado, 1966, p. 96.

80 Hasvey O'Connor, *The Guggenheim: The Marking of an American Dynasty*, Nueva York, 1937, pp. 336-37.

81 Archivo particular de Carlos Reyes Avilés en posesión de Salvador Reyes, Ensenada, Baja California, Zapata a Villa, 19 de enero de 1914.

82 Silvestre Terrazas, "El verdadero Pancho Villa", *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, 7, 1950, pp. 362-65.

83 Aguilar Camín, *La frontera nómada*, cap. IV.

84 Silvestre Terrazas, "El verdadero...", *Boletín de la Sociedad Chihuahuense de Estudios Históricos*, 8, pp. 674-76.

CAPÍTULO 5

1 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, Hintze a Bethmann-Hollweg, 28 de febrero de 1914.

2 Richard Hofstadter, *The American Political Tradition*, Nueva York, 1959, p. 257.

3 Robert Freeman Smith, *The United States and Revolutionary Nationalism in Mexico, 1916-1932*, Chicago, 1972.

4 Ibid., pp. 31-33.

5 Burton J. Hendrick, *The Life and Letters of Walter H. Page*, 3 vol., Nueva York, 1923-25, vol. 1, pp. 204-5.

6 AMAE, Méxique, Pol. Int. Mex. 6. Dirección de Asuntos Políticos y Comerciales al ministro de Asuntos Extranjeros, 20 de abril de 1914.

7 Public Record Office, London Foreign Office Files (Archivos de la oficina de asuntos extranjeros, Londres, de aquí en adelante PRO, F. O.) 371/1678 n. 6269, Tyrrell a Grey, comunicación privada y personal del 14 de noviembre de 1913.

8 HHSta Wien, Pa Mexiko 1912, ministro en México a Berchtold, 31 de diciembre de 1912.

9 Las opiniones de este grupo se expresaron muy claramente en la audiencia ante el Comité Fall en 1919. Entre los más característicos está el testimonio de Sewell Emery que se puede leer en *Investigation of Mexican Affairs*, op. cit., vol. 2, p. 2222.

10 Arthur S. Link, *Woodrow Wilson and the Progressive Era*, 1910-1917, Nueva York, 1954, p. 108.

11 Ray Stannard Baker, *Woodrow Wilson: Life and Letters*, 4 vols., Londres, 1932, vol. 4, p. 247.

12 Ibid.

13 A. S. Link, op. cit., p. 112.

14 *Investigation* ..., op. cit., vol. 1, p. 278.

15 Ibid.

16 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40, Herwarth von Bittenfeld al ministerio de Guerra, 11 de octubre de 1913.

17 Ibid.

18 A. Vagts, *Mexiko, Europe und Amerika*..., op. cit., p. 194.

19 Ibid.

20 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40. Herwarth von Bittenfeld al ministro de Guerra, 11 de octubre de 1913.

21 J. A. Spender, op. cit., p. 169.

22 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 35, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 3 de mayo de 1913.

23 AA Bonn, Archivo de la Legación Alemana en México, Folder 10, Huerta a Holste, 22 de enero de 1914.

24 Weetman Pearson (Lord Cowdray) Papers, en el British Science Museum (de aquí en adelante Pearson Papers), Body a Cowdray, 22 de febrero de 1913.

25 Ibid.

26 Ibid.

27 Pearson Papers, Body a Pearson, 28 de febrero de 1913.

28 Ibid.

29 Ibid.

30 Pearson Papers, Cowdray a Body, 28 de marzo de 1913.

31 P. Calvert, op. cit., p. 162.

32 Pearson Papers, Body a Cowdray, 1o. de marzo de 1913.

33 P. Calvert, op. cit., p. 164.

34 Pearson Papers, Body a Cowdray, 6 de marzo de 1913.

35 Ibid., Cowdray a Body, 28 de marzo de 1913.

36 Ibid., Body a Cowdray, 9 de abril de 1913.

37 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de septiembre de 1913.

38 Biblioteca de la Universidad de Yale, Diario del Coronel House, 24 de octubre de 1913.

39 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 35, Beheim-Schwarzbach al Ministerio de Relaciones Exteriores, julio de 1913.

40 A. S. Link, op. cit., p. 132.

41 Ibid.

42 Ibid., pp. 112-14.

43 Ibid., p. 115.

44 Isidro Fabela, *Historia diplomática de la revolución mexicana*, 2 vol., ed. FCE, México, 1959, vol. 1, p. 244.

45 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de septiembre de 1913.

46 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de septiembre de 1913.

47 Japanese Foreign Office Documents, Mexico MT 1133 02 402, Tanabe a Makino, 19 de julio de 1913, microfilm, Biblioteca del Congreso, Washington D. C.

48 Ibid., Adatchi a Makino, 25 de julio de 1913.

49 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de septiembre de 1913.

50 J. A. Spender, op. cit., p. 202.

51 Para una descripción detallada de los pasos seguidos en el reconocimiento británico del régimen de Huerta véase P. Calvert, op. cit., pp. 156-66.

52 HHSta Wien, PA Reports Mexico 1913, ministro en México a Berchtold, 7 de julio de 1913.

53 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 11 de septiembre de 1913.

54 A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., p. 132.

55 AMAE Paris CP, Mexique, vol. 73, Couthouly al ministro de Relaciones Exteriores, 3 de julio de 1885.

56 Ibid., Couthouly al ministro de Relaciones Exteriores, 20 de septiembre de 1885.

57 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 4 de noviembre de 1913.

58 A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., p. 192.

59 AA Bonn, Mexiko, vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de enero de 1914, y comentario de Kemnitz. Tanto John Lind como el ministro francés, Lefaivre, dijeron a Hintze que estaban convencidos de que Carden trabajaba para Cowdray (ibid.).

60 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de noviembre de 1913.

61 HHSta Wien, Pa Reports Mexico 1913, ministro en México a Berchtold, 1o. de diciembre de 1913.

62 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de noviembre de 1913.

63 A. S. Link, op. cit., p. 112.

64 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, p. 206.

65 Arthur S. Link, editor, *The Papers of Woodrow Wilson*, Princeton, 1978, vol. 28, pp. 448-52.

66 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit., p. 118.

67 P. Calvert, op. cit., pp. 269-71.

68 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, p. 203.

69 Desmond Young, op. cit., p. 165.
70 A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., p. 280.
71 P. Calvert, op. cit., p. 162.
72 Ibid., p. 163.
73 Ibid.
74 PRO FO 371 1676 6269, Carden a Grey, 12 de septiembre de 1913.
75 P. Calvert, op. cit., p. 224.
76 Ibid.
77 AMAE, Mexique, Pol. Int. Mex. 6, la Dirección de Asuntos Políticos y Comerciales al ministro de Asuntos Extranjeros, 20 de abril de 1914.
78 Ibid.
79 HHSta Wien, PA Reports Mexico 1913, embajador en México a Berchtold, 1o. de diciembre de 1913.
80 Ibid.
81 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, p. 209.
82 Arthur S. Link, *Wilson: The New Freedom*, Princeton, 1956, p. 376.
83 HHSta Wien, PA, Reports Mexico 1914, embajador de Austria en Washington a Berchtold, 19 de enero de 1914.
84 DZA Potsdam, AA n. 11, 21605, cónsul en Tampico al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 24 de marzo de 1915.
85 Ibid., cónsul en Tampico al ministerio alemán de Relaciones Exteriores, 2 de junio de 1915.
86 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 35, Beheim Schwarzbach al Ministerio alemán de Relaciones Exteriores, julio de 1913.
87 Ibid., vol. 42, Lichnowsky a Bethmann-Hollweg, 28 de enero de 1914.
88 AMAE, Méxique Pol. Int. Mex. 6, la Dirección de Asuntos Políticos y Comerciales al ministro de Asuntos Extranjeros, 20 de abril de 1914.
89 A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., p. 213.
90 DZA Merseburg, Rep. 120 CXIII 17, n. 2, vol. 12, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de enero de 1914.
91 Charles Seymour, *The Intimate Papers of Colonial House*, 4 vols., Nueva York, 1926-28, vol. 1, p. 205.
92 J. A. Spender, op. cit., p. 210.
93 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, p. 217.
94 Ibid., vol. 3, p. 112.
95 A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., p. 204.
96 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, p. 203.
97 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit., p. 120.
98 Ibid.
99 HHSta Wien, PA Reports Mexico 1914, embajador de Austria en Washington a Berchtold, 19 de enero de 1914.
100 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de noviembre de 1913.
101 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 6 de noviembre de 1913.
102 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de noviembre de 1913.
103 Ibid., vol. 43, capitán del *Nürnberg* a Guillermo II, 26 de diciembre de 1913.
104 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 28 de enero de 1914.
105 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit., p. 121.
106 Ibid.
107 J. Silva Herzog, op. cit., vol. 2, pp. 70-71.
108 PRO FO 371, 4496 3228, Cummins al Ministerio de Relacionoes Exteriores, 13 de agosto de 1920.
109 J. Silva Herzog, op. cit., vol. 2, pp. 70-71.

110 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit.
111 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 45, Hintze a Bethmann-Hollweg, 4 de abril de 1914.
112 Ibid., vol. 41, Hintze a Bethmann-Hollweg, 9 de diciembre de 1913.
113 Ibid., vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de noviembre de 1913.
114 Ibid., vol. 43, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de febrero de 1914.
115 Ibid., vol. 42, Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de diciembre de 1913.
116 Ibid., vol. 43, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de enero de 1914.
117 Ibid., vol. 44, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de febrero de 1914.
118 Ibid.
119 Ibid., vol. 41, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de diciembre de 1913.
120 Relaciones Exteriores (1914), Page a Bryan, 28 de enero de 1914.
121 Ibid.
122 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 44, Hintze a Bethmann-Hollweg, 22 de febrero de 1914.
123 H. G. Römer, *Amerikanische Interessen und Prinzipien-politik in Mexiko*, Hamburgo, 1929, p. 198.
124 Ibid., p. 108.
125 Ibid., pp. 108-9.
126 Ibid., p. 110.
127 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 44, Hintze a Bethmann-Hollweg, 5 de marzo de 1914.
128 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de marzo de 1914.
129 Pearson Papers, Memorándum a Cowdray, 9 de enero de 1914.
130 Ch. Seymour, op. cit., vol. 1, p. 196.
131 Pearson Papers, Memorándum Cowdray, 9 de enero de 1914.
132 Ibid., Cowdray a Body, 14 de marzo de 1914.
133 HHSta Wien, PA Berichte, embajador en Estados Unidos a Berchtold, 5 de mayo de 1914.
134 Pearson Papers, Cowdray a Body, 14 de marzo de 1914.
135 E. Turlington, op. cit., p. 258.
136 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit., pp. 122-23; I. Fabela, *Documentos*..., op. cit., vol. 1, pp. 311-15.
137 I. Fabela, *Documentos*, vol. 1, pp. 311-15.
138 Para una relación y análisis del desembarco en Veracruz y sus antecedentes véase Robert E. Quirk, *An Affair of Honor: Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz*, Nueva York, 1967.
139 I. Fabela, *Documentos*..., op. cit., vol. 2, p. 357.
140 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit., p. 125.
141 Ibid.
142 HHSta Wien, PA, U. S. Informes sobre Estados Unidos, 1914, el embajador en Washington a Berchtold, 19 de enero de 1914.
143 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 41, Herwarth von Bittenfeld al ministro de guerra, 28 de noviembre de 1913.
144 A. S. Link, *Woodrow Wilson* ..., op. cit., pp. 124-25.
145 HHSta Wien, PA, Informes sobre México, 1914, ministro en México a Berchtold, 20 de mayo de 1914.
146 I. Fabela, *Documentos*..., op. cit., vol. 2, pp. 10-11; A. S. Link, *Woodrow Wilson*..., op. cit., pp. 127-28.
147 FR., 1914, pp. 551-52.
148 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, pp. 223-24.
149 Hintze, Diario, op. cit., 18 de mayo de 1914.
150 Ibid.
151 Ibid., 25 de mayo de 1914.

[152] Ibid., 2 de junio de 1914.
[153] FR., 1915, pp. 718-19.
[154] Ibid.
[155] I. Fabela, *Documentos . . .*, op. cit., vol. 3, p. 139.
[156] Ibid., p. 27.
[157] Ibid., p. 101.
[158] A. S. Link, *Woodrow Wilson . . .*, op. cit., p. 127
[159] I. Fabela, *Documentos . . .* op. cit., vol. 2, p. 75.

CAPÍTULO 6

[1] Esto lo expresaron con especial claridad los cónsules en Chihuahua y Colima (DZA Potsdam AA II n. 4491 y 4492).
[2] E. Turlington, op. cit., pp. 249-50.
[3] Ibid., pp. 250-51.
[4] DZA Potsdam, AA II, n. 21, 600, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, 10 de noviembre de 1912.
[5] Ibid., Bach a Hintze, 5 de noviembre de 1912.
[6] HHSta Wien, Verwaltungsarchiv (VA), Petroelum 97, ministro en México a Berchtold, 12 de sepiembre de 1913.
[7] Ibid.
[8] DZA Potsdam, AA II, n. 21, 601, Ministerio de Comercio al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de abril de 1913.
[9] Ibid., n. 21, 602, Hintze a Bethmann-Hollweg, 9 de noviembre de 1913.
[10] Ibid., Deutsche Petroleum AG al Ministerio de Relaciones Exteriores, 6 de marzo de 1914.
[11] HHSta Wien, VA, Petroleum 97, ministro en México a Berchtold, 12 de junio de 1914.
[12] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 42, Schwabach a Zimmermann, 22 de enero de 1914.
[13] Ibid.
[14] Ibid., vol. 35, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 18 de junio de 1913.
[15] Ibid., Mexiko 13, vol. 1, Hintze a Bethmann-Hollweg, 12 de abril de 1913.
[16] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de diciembre de 1913.
[17] Ibid., Bach a Hintze, 18 de septiembre de 1913.
[18] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 12 de marzo de 1914.
[19] Ibid., Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de febrero de 1914.
[20] Ibid., observación de Kemnitz, 24 de febrero de 1914.
[21] Ibid., Mexiko 1, vol. 36, Beheim-Schwarzbach a Jagow, 12 de agosto de 1913.
[22] Ibid.
[23] Ibid.
[24] Ibid., vol. 34, secretario de Estado al Canciller del Reich, 27 de marzo de 1913.
[25] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 2 de abril de 1913.
[26] Ibid.
[27] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 9 de abril de 1913.
[28] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 26 de marzo de 1913.
[29] Ibid., vol. 35, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 3 de mayo de 1913.
[30] Ibid., vol. 34, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 26 de marzo de 1913
[31] DZA Potsdam, Ministerio del Interior del Reich, n. 4384, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 30 de abril de 1913.
[32] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 34, secretario de Estado a Kardorff, 15 de mayo de 1913.
[33] Ibid., vol. 35, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 11 de junio de 1913.

[34] Ibid., Capitán del *Bremen* a Guillermo II, 24 de junio de 1913.
[35] Ibid., Kardorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 5 de julio de 1913.
[36] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 5 de julio de 1913.
[37] Ibid.
[38] Ibid., vol. 37, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de septiembre de 1913.
[39] Ibid., vol. 42, Hintze a Bethmann-Hollweg, 5 de enero de 1914.
[40] Ibid., vol. 43, Hintze a Bethmann-Hollweg, 2 de febrero de 1914.
[41] A. M. Pooley, *Japan's Foreign Policies*, Londres, 1920, p. 130.
[42] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, subsecretario de Estado a Hintze, 7 de octubre de 1913.
[43] Ibid., vol. 36, Haniel al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de agosto de 1913.
[44] Ibid., Kardorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de agosto de 1913.
[45] Ibid., Jagow a Kardorff, 14 de agosto de 1913.
[46] Ibid., Jagow a Kardorff, 12 de agosto de 1913.
[47] Ibid., vol. 37, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 19 de agosto de 1913.
[48] Ibid.
[49] Ibid., vol. 36, Jagow a Kardorff, 21 de agosto de 1913.
[50] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 10 de agosto de 1913.
[51] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 26 de agosto de 1913.
[52] Ibid.
[53] Ibid., vol. 37, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 20 de agosto de 1913.
[54] Ibid., Kardorff a Bethmann-Hollweg, 24 de agosto de 1913.
[55] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 15 de septiembre de 1913.
[56] Ibid., Montgelas a Hintze, 7 de octubre de 1913.
[57] Ibid., Montgelas a Bernstorff, 7 de octubre de 1913.
[58] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de septiembre de 1913.
[59] Ibid., vol. 38, Hintze a Bethmann-Hollweg, 30 de septiembre de 1913.
[60] Ibid., vol. 39, Hintze a Bethmann-Hollweg, 14 de octubre de 1913.
[61] Ibid., vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 4 de noviembre de 1913.
[62] Ibid., Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 25 de noviembre de 1913.
[63] Ibid., vol. 38, Jagow a Hintze, 16 de octubre de 1913.
[64] Ibid., Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 19 de octubre de 1913.
[65] Ibid., vol. 39, Schoen a Bethmann-Hollweg, 6 de noviembre de 1913.
[66] Ibid., vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 11 de noviembre de 1913.
[67] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 4 de noviembre de 1913.
[68] Ibid., vol. 39, subsecretario de Estado a Bernstorff, 11 de noviembre de 1913.
[69] Ibid., subsecretario de Estado a Schoen, 16 de noviembre de 1913.
[70] Ibid., vol. 38, subsecretario de Estado a Hintze, 25 de octubre de 1913.
[71] Ibid., vol. 39, subsecretario de Estado a Bernstorff, 11 de noviembre de 1913.
[72] Ibid., Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 11 de noviembre de 1913.
[73] P. Calvert, op. cit., p. 122.
[74] B. J. Hendrick, op. cit., vol. 1, pp 230-31.
[75] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 25 de noviembre de 1913.
[76] Ibid.
[77] Ibid., vol. 41, comentarios al margen del kaiser, Hintze a Bethmann-Hollweg, 26 de noviembre de 1913.
[78] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 9 de diciembre de 1913.
[79] Ibid.
[80] Ibid., vol. 39, Hintze a Bethmann-Hollweg, 21 de octubre de 1913.
[81] Ibid., vol. 41, Hintze a Bethmann-Hollweg, 26 de noviembre de 1913.

[82] Ibid., vol. 38, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 25 de octubre de 1913.
[83] Ibid., vol. 39, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de noviembre de 1913.
[84] Ibid., Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de noviembre de 1913.
[85] Ibid.
[86] Ibid., Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 9 de noviembre de 1913. La idea de una "guerra a medias" no estaba en modo alguno desencaminada. El 30 de noviembre de 1913 Wilson hizo efectivamente tal propuesta a Carranza, pero éste la rechazó. (Véase A. S. Link. *Woodrow Wilson*..., op. cit., pp. 223-24).
[87] Ibid., vol. 40, Hintze a Bethmann-Hollweg, 18 de noviembre de 1913.
[88] Ibid., vol. 39, subsecretario de Estado a Bernstorff, noviembre de 1913.
[89] Ibid., vol. 42, Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de diciembre de 1913.
[90] Ibid., vol. 41, Hintze a Bethmann-Hollweg, 26 de noviembre de 1913.
[91] A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., pp. 223-24.
[92] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 40, anotación del kaiser al margen de los informes de Hintze del 4 de octubre y del 18 de noviembre de 1913.
[93] Ibid., vol. 38, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 16 de octubre de 1913.
[94] Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Hintze, 20 de octubre de 1913.
[95] FR, 1913, Gerard a Bryan, 8 de noviembre de 1913.
[96] Ibid., Gerard a Bryan, 27 de noviembre de 1913.
[97] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 38, Hintze a Bethmann-Hollweg, 26 de septiembre de 1913.
[98] Ibid., vol. 41, Hintze a Bethmann-Hollweg, 27 de noviembre de 1913.
[99] Ibid., vol. 40, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 22 de diciembre de 1913.
[100] Ibid., Jagow a Hintze, 2 de diciembre de 1913.
[101] Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 9 de diciembre de 1913.
[102] Ibid., vol. 39, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de octubre de 1913.
[103] Ibid., Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de octubre de 1913.
[104] Ibid., Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 11 de octubre de 1913.
[105] Ibid.
[106] Ibid., Estado Mayor del Almirantazgo al Ministerio de Relaciones Exteriores, 14 de octubre de 1913.
[107] Ibid., Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 16 de octubre de 1913.
[108] Ibid.
[109] Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Bernstorff, 27 de octubre de 1913.
[110] Ibid., Zimmermann a Tirpitz, 25 de octubre de 1913.
[111] Ibid., vol. 40, Hintze al capitán del *Hertha*, 5 de noviembre de 1913.
[112] Ibid.
[113] Ibid., vol. 41, capitán del *Bremen* a Guillermo II. 12 de diciembre de 1913.
[114] A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., pp. 224-25.
[115] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 43, Hintze a Bethmann-Hollweg, 25 de enero de 1914.
[116] Ibid., vol. 44, Hintze a Bethmann-Hollweg, 9 de febrero de 1914.
[117] Ibid., vol. 45, Hintze a Bethmann-Hollweg, 24 de marzo de 1914. "Por medio de intermediarios de la confianza de Huerta le he hecho claro repetidas veces que es inevitable un acuerdo. Por lo pronto he renunciado a discutir este asunto con él personalmente porque he notado que con los extranjeros inmediatamente empieza a hacerse el tonto y el bufón. Mis intermediarios me aseguran que Huerta está preparado y bien dispuesto."
[118] Ibid., vol. 44, Hintze a Bethmann-Hollweg, 21 de febrero de 1914.

[119] Ibid., vol. 45, Hintze a Bethmann-Hollweg, 17 de marzo de 1914.
[120] Ibid.
[121] Ibid., vol. 44, Hintze a Bethmann-Hollweg, 10 de marzo de 1914.
[122] Ibid.
[123] Ibid., Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 23 de febrero de 1914.
[124] *Schulthess Europaischer Geschichtskalender*, 1914, 17 de febrero de 1914.
[125] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 44, Kemnitz a Mongelas, 4 de marzo de 1914.
[126] Ibid., vol. 42, comentario del kaiser al margen de Lichnowsky a Bethmann-Hollweg, 28 de enero de 1914.
[127] Ibid.
[128] Ibid., vol. 44, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 23 de marzo de 1914.
[129] Ibid., Lichnowsky a Bethmann-Hollweg, 1o. de marzo de 1914.
[130] Ibid., Schoen a Bethmann-Hollweg, 5 de marzo de 1914, comentarios al margen del kaiser Guillermo II.
[131] Ibid., vol. 42, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 28 de enero de 1914.
[132] Ibid.
[133] Los norteamericanos recompensaron este esfuerzo. El 16 de abril Lind le ensalzó a Bernstorff "las excelentes relaciones con el señor Hintze y la actitud amable del gobierno del kaiser. Si Carden hubiera actuado de la misma manera, Huerta hubiera renunciado el otoño pasado" (AA Bonn, Mexiko 1, vol. 45, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, abril de 1914).
[134] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 45, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18 de abril de 1914.
[135] Ibid., Eckert al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18 de abril de 1914.
[136] Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Eckert, 21 de abril de 1914.
[137] A. Vagts, *Mexiko, Europe*..., op. cit., pp. 205-6.
[138] AA Bonn, Mexiko 7, vol. 1, embajador en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de marzo de 1917.
[139] DZA Potsdam, AA II, n. 4459, Bunz al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de julio de 1909.
[140] E. Turlington, op. cit., pp. 258-59.
[141] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 44, Rhomberg a Bethmann-Hollweg, 24 de marzo de 1914.
[142] Ibid., Mexiko 7, vol. 1, embajador en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de marzo de 1917.
[143] Ibid.
[144] Michael Meyer, "The Arms of the *Ypiranga*", en *Hispanic American Historical Review*, n. 50, agosto de 1970, pp. 543-55.
[145] AA Bonn, Mexiko 7, vol. 16, embajador en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de marzo de 1917.
[146] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 45, Bülow a Bethmann-Hollweg, 23 de abril de 1914.
[147] Ibid., vol. 48, capitán del *Dresden* a Guillermo II, 28 de abril de 1914.
[148] B. W. Tuchmann, op. cit., pp. 51-52.
[149] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 45, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de abril de 1914.
[150] Ibid., vol. 46, informe de Knege, 5 de mayo de 1914.
[151] Ibid., vol. 45, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 24 de abril de 1914.
[152] Ibid., Bülow a Bethmann-Hollweg, 23 de abril de 1914.
[153] Ibid., vol. 46, Bryan a Bernstorff, 28 de abril de 1914.
[154] Ibid., vol. 48, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de junio

de 1914.
155 Ibid., vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de mayo de 1914.
156 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de junio de 1914.
157 Ibid., vol. 47, Hintze a Bethmann-Hollweg, 17 de mayo de 1914.
158 Ibid.
159 Ibid., vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de junio de 1914.
160 Ibid.
161 Diario de Hintze, op. cit., 23 de mayo de 1914.
162 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de junio de 1914.
163 Ibid.
164 Thomas Baecker, *Die deutsche Mexiko Politik, 1913-1914*, Berlín, 1971, p. 185.
165 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 48, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de junio de 1914.
166 Ibid.
167 Diario de Hintze, op. cit., 23 de mayo de 1914.
168 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 47, Bülow a Bethmann-Hollweg, 30 de mayo de 1914.
169 Ibid., vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de junio de 1914.
170 Ibid., vol. 48, cónsul en Nueva York a Bethmann-Hollweg, 3 de junio de 1914.
171 Ibid., vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 3 de junio de 1914.
172 Ibid., Boy Edd al Ministerio de la Marina, 2 de junio de 1914.
173 Ibid., vol. 48, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de junio de 1914.
174 Ibid.
175 Ibid., comunicado de Kemnitz, 10 de junio de 1914.
176 Ibid., vol. 49, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 31 de junio de 1914.
177 Ibid., Boy Edd al Ministerio de la Marina, 11 de junio de 1914.
178 Ibid., Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de junio de 1914.
179 Nemesio García Naranjo, *Memorias*, Monterrey, ed. Talleres El Porvenir, s.f., p. 293.
180 Ibid.
181 HHSta Wien, VA, Petroleum 97. Pet. 46, ministro en México a Berchtold, 12 de septiembre de 1913.
182 N. García Naranjo, op. cit., p. 249.
183 Ibid., p. 250.
184 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de mayo de 1914.
185 Diario de Hintze, op. cit., 22 de mayo de 1914.
186 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 49, Hintze a Bethmann-Hollweg, 29 de mayo de 1914.
187 Diario de Hintze, op. cit., 9 de junio de 1914.
188 Ibid.
189 Ibid., 30 de abril de 1914.
190 Ibid., 4 de mayo de 1914.
191 Ibid., 1o. de mayo de 1914.
192 Ibid.
193 Ibid.
194 Ibid., 3 de mayo de 1914.
195 Ibid., 25 de mayo de 1914.
196 Ibid., 13 de junio de 1914.
197 Ibid., 4 de mayo de 1914.

198 Ibid.
199 Ibid.
200 Ibid., 8 de mayo de 1914.
201 Ibid., 25 de junio de 1914.
202 Ibid.
203 Ibid., 28 de junio de 1914.
204 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 50, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 15 de julio de 1914.
205 Ibid., Hintze al capitán del *Dresden*, 12 de julio de 1914.
206 Ibid., vol. 51, Jagow a Guillermo II, 16 de julio de 1914.
207 Ibid.
208 Ibid.
209 Ibid., Hintze al capitán del *Dresden*, 11 de julio de 1914.
210 Ibid., Hintze al capitán del *Dresden*, 19 de julio de 1914.
211 Ibid., vol. 52, capitán del *Dresden* a Guillermo II, 26 de julio de 1914.
212 Ibid., vol. 49, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 24 de junio de 1914.
213 B. W. Tuchmann, op. cit., p. 53.
214 Ibid.
215 Thomas B. Bailey, *The Policy of the United States toward the Neutrals*, Baltimore, 1942, pp. 263-64.

CAPÍTULO 7

1 *Crónicas y debates de las sesiones de la Soberana Convención Revolucionaria*, México, 1965, vol. 2, pp. 178-79.
2 *Investigation of Mexican Affairs*, op. cit., vol. 2, p. 2326.
3 Ibid., vol. 2, pp. 221-27.
4 PRO FO, 371 3836 2658 Cummins Fo, 20 de junio de 1919.
5 B. Carr, op. cit., pp. 320-46.
6 En un informe confidencial a Carranza, interceptado por el servicio de inteligencia militar de los Estados Unidos, el cónsul mexicano en El Paso, Texas, Andrés García, informaba que Murguía tenía depósitos por 248 000 dólares a su nombre y a nombre de sus parientes (Andrés García a Carranza, 20 de julio de 1918, citado en informe de Laredo, agente de inteligencia de los Estados Unidos, 12 de marzo de 1919, Military Intelligence Files, National Archives. Washington).
7 Raymond T. U. Buve, "Peasant Movements, Caudillos and Land Reform during the Revolution (1910-1917) in Tlaxcala, Mexico", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, n. 18, junio de 1975, pp. 112-53.
8 H. Aguilar Camín, op. cit., pp. 428-40.
9 Una de las causas de ello es que hay pocos documentos impresos sobre el tema, aunque los que hay tampoco han sido suficientemente estudiados. Véase especialmente Venustiano Carranza, *Informe del C. Venustiano Carranza*, México, 1917, y los debates de la Convención Revolucionaria los días 2 y 6 de febrero de 1915 en *Crónicas y debates...*, cit., vol 2, pp. 149-287. Los datos más importantes respecto a las propiedades confiscadas y su devolución se encuentran en los Archivos de Carranza en la Fundación Condumex en la ciudad de México, y sobre todo en los recién descubiertos archivos de la Secretaría de Gobernación en el Archivo General de la Nación, años 1910-20.
10 *Crónicas y debates...*, op. cit., vol. 2, p. 184.
11 Rosalie Evans, *The Rosalie Evans Letters from Mexico*, Indianápolis, 1926, pp. 46-66. No todos los radicales que apoyaron a Carranza estaban de acuerdo con esta política. Francisco Múgica, uno de los reformistas más radicales de la Convención

Constituyente de Querétaro, se opuso airadamente a la devolución de las propiedades confiscadas (Armando de María y Campos, *Múgica, crónica biográfica*, México, 1939, pp. 98-103).

[12] J. Womack, op. cit., pp. 196-212; Robert E. Quirk, *La Revolución Mexicana, 1914-1915*, ed. Azteca, México, 1962, pp. 69-75.

[13] R. E. Quirk, *La Revolución*..., op. cit., pp.71-72.

[14] Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, 1972, pp. 98-99.

[15] Enrique Beltrán, "Fantasía y realidad de Pancho Villa", *Historia Mexicana* n. 16, julio-septiembre de 1966, pp. 71-84.

[16] Biblioteca Bancroft en Berkeley, Cal., Silvestre Terrazas Papers, Silvestre Terrazas a Luis Caballero, 2 de julio de 1914.

[17] Archivo Roque González Garza, en México, D. F., memorándum sin fecha de Roque González Garza sobre las causas de la ruptura entre Villa y Carranza.

[18] F. Katz, *Agrarian Changes*..., op. cit., pp. 259-71.

[19] NA, Washington, StDF RG 59, 812.00/14622, informe sin fecha de Duval West al secretario de Estado.

[20] Pablo Machula Macías, *La revolución en una ciudad del norte*, México, 1977 p. 68.

[21] H. Aguilar Camín, op. cit., pp. 364-67.

[22] R. E. Quirk, *La Revolución*..., op. cit., pp. 37-38.

[23] Federico Cervantes, *Francisco Villa y la revolución*. México, 1960, pp. 196-201.

[24] R. E. Quirk, *La Revolución*..., op. cit., pp. 101-8; Luis Fernando Amaya, *La Soberana Convención Revolucionaria, 1914-1916*, México, 1966, pp. 75-102.

[25] L. F. Amaya, op. cit., pp. 106-7. Para una descripción detallada de lo sucedido en la Convención, véase R. E. Quirk, *La Revolución*..., op cit., pp. 109-42, y L. F. Amaya, op. cit., pp. 103-73.

[26] F. Tannenbaum, op. cit., pp. 500-1.

[27] PRO FO 371.

[28] Salvador Alvarado, *Mi actuación revolucionaria en Yucatán*, México, 1918; Francisco J. Paoli, Enrique Montalvo, *El socialismo olvidado de Yucatán*, ed. Siglo XXI, México, 1977, pp. 32-49.

[29] Rosendo Salazar, *La Casa del Obrero Mundial*, México, 1962, p. 129. Para un examen del papel desempeñado por los Batallones Rojos véase Barry Carr, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, ed. Era, México, 1978, pp. 57-72 y Jean Meyer, "Les Ouvriers dans la Revolution Mexicaine, les Bataillons Rouges", *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, n. 25, 1970, pp. 30-56.

[30] J. Womack, op. cit., pp. 224-55.

[31] *Crónicas y debates*..., op. cit., vol. 2, p. 248.

[32] J. Mancisidor, op. cit., p. 250.

[33] R. E. Quirk, *La revolución*..., op. cit., p. 267-68.

[34] H. Aguilar Camín, op. cit., pp. 364-67.

[35] Archivo privado de Roque González Garza, México, D. F., Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915.

[36] F. Cervantes, *Felipe Ángeles*..., op. cit., p. 298.

[37] Ibid.

[38] NA Washington StDF, RG 59, 812.00/14622, informe sin fecha de Duval West al Secretario de Estado.

[39] *Crónicas y debates*..., op. cit., vol. 2, pp. 159-67, 178-96.

[40] Ibid., pp. 226-28.

[41] Ibid., p. 237.

[42] Archivo privado de Roque González Garza, México, D. F., Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915.

[43] Ibid.

[44] F. Cervantes, *Francisco Villa*..., op. cit., p. 364.

[45] G. Villa Guerrero, op. cit., p. 263.

[46] Marte R. Gómez, *La reforma agraria en las filas villistas: años de 1913 a 1915*, México, 1966, pp. 101-31.

[47] Véase Alberto Calzadíaz Barrera, *Anatomía de un guerrero, el general Martín López*, México, 1968.

[48] H. Aguilar Camín, op. cit., p. 416.

[49] F. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, op. cit., vol. 2, p. 212.

[50] Antonio Díaz Soto y Gama, *La cuestión agraria en México*, México, 1959, pp. 29-36.

[51] B. Jackson, op. cit., pp. 300-20.

[52] H. Aguilar Camín, op. cit., p. 416.

[53] Biblioteca de Claremont College, en Claremont, California, Papers of José María Maytorena, memorándum sin fecha de Maytorena encabezado "Motivos de mi distanciamiento con el general Villa".

[54] Ibid.

[55] Ibid., Maytorena a Acosta y Urbalejo, 18 de octubre de 1915.

[56] Véase Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de España (AMREE), informes del agente especial Emilio Zapico al Secretario de Relaciones Exteriores, 17 y 23 de agosto de 1915.

En marzo de 1915 el cónsul norteamericano Marion Letcher informó que desde la ocupación del estado de Chihuahua por las tropas de Villa se habían emitido 444 000 000 de pesos en billetes y que se estaban imprimiendo un millón de pesos diarios cuando escribió el informe (NA Washington StDF R659, RG 59, 812.5157/68, Marion Letcher al Secretario de Estado, 10 de marzo de 1915).

[57] AMREE, Emilio Zapico al Secretario de Relaciones Exteriores, 23 de agosto de 1915.

[58] F. R. Almada, *La revolución en el estado de Sonora*, op. cit., pp. 172-75.

[59] Archivo de Roque González Garza en México, D. F., Federico González Garza a Roque González Garza, septiembre de 1915.

[60] Archivo General de la Nación. México, D. F. (de aquí en adelante AGN), Ramo Gobernación, Caja 30, Exp. 162, Librado González y José Torres a Carranza, 1o. de noviembre de 1917.

[61] Ibid.

[62] Estos documentos se encuentran en AGN, Ramo Gobernación.

[63] V. Carranza, *Informe*..., op. cit.

[64] No he encontrado ningún decreto oficial que establezca el procedimiento a seguir para la devolución de las tierras expropiadas a los hacendados. Sin embargo, los cientos de casos descritos en el AGN, Ramo Gobernación, 1910-20, obedecen todos a un mismo patrón. Véase por ejemplo el caso de Cástulo R. Chávez, hacendado chihuahuense, cuyas propiedades habían sido confiscadas por Pancho Villa (AGN, Ramo Gobernación, Caja 255, Exp. 66).

[65] Fundación Condumex, México, Archivo de Carranza (de aquí en adelante Archivo Carranza Condumex), Gobernación, Exp. 125, Escobar a Carranza, 13 de agosto de 1914.

[66] AGN Gobernación, Caja 5, Exp. 19, Guillermo Muñoz a Carranza, 10 de mayo de 1916.

[67] Ibid., Gobernador provisional a Carranza, 1o. de julio de 1916.

[68] AGN, Gobernación, legajo 211, Exp. 57, Rodolfo Cruz a Carranza, 8 de febrero de 1917.

[69] Archivo Carranza Condumex, vol. 65, J. G. Nava a Carranza, 1o. de diciembre de 1915.

[70] AGN, Gobernación, Caja 5, Exp. 19, Decreto de Carranza, 31 de marzo de

1919.

[71] AGN, Gobernación, Caja 24, Exp. 111, gobernador del estado a Carranza, 11 de abril de 1917.

[72] Guy Weddington McCreary, *From Glory to Oblivion: The Real Truth About the Mexican Revolution*, Nueva York, 1974, pp. 201-17.

[73] Archivo Carranza Condumex, vol. 66, J. G. Nava a Carranza, 15 de diciembre de 1915.

[74] A. Maria y Campos, *Múgica . . .*, op. cit., pp. 87-94.

[75] Ibid., pp. 95-103.

[76] Ibid., pp. 101-3.

[77] Pearson Papers, Limantour a Body, 8 de noviembre de 1915.

[78] Pearson Papers, A. E. Worswick, 29 de junio de 1917.

[79] Rosendo Salazar, op. cit., p. 210.

[80] Ibid.

[81] HHSta Wien PA, Informes, México, 1916, ministro residente en México al ministro de Relaciones Exteriores. 3 de marzo de 1916.

[82] J. Womack, op. cit., pp. 253-260.

[83] F. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, op. cit., vol. 2, pp. 140-70.

CAPÍTULO 8

[1] A. S. Link, *Woodrow Wilson . . .*, op. cit., p. 131.

[2] R. E. Quirk, *La Revolución . . .*, op. cit., p. 278.

[3] Ibid., p. 279

[4] Ibid., pp. 280-81.

[5] F. Cervantes, *Francisco Villa . . .*, op. cit., p. 504.

[6] R. E. Quirk, *La Revolución . . .*, op. cit., pp. 302-5.

[7] Ibid., p. 303.

[8] Ibid., p. 309.

[9] A. S. Link, *Wilson: the Struggle for Neutrality*, Princeton, 1960, p. 467.

[10] Pearson Papers, Limantour a Body, 9 de noviembre de 1915.

[11] Larry P. Hill, *Emissaries to a Revolution; Woodrow Wilson's Executive Agents in Mexico*, Baton Rouge, 1973, pp. 334-36.

[12] F. Katz, "Pancho Villa and the Attack on Columbus, New Mexico", en *American Historical Review*, n. 83, febrero de 1978, pp. 101-30.

[13] Pearson Papers, Memorándum Cowdray, 7 de octubre de 1915.

[14] Ibid., 12 de octubre de 1915.

[15] Ibid., 7 de octubre de 1915.

[16] A. S. Link, *Woodrow Wilson . . .*, op. cit., p. 134.

[17] *Documentos relacionados con la legislación petrolera mexicana*, México, 1919, p. 147.

[18] T. B. Bailey, op. cit., p. 326.

[19] Véase F. Katz, "Pancho Villa and the Attack . . .", op. cit., pp. 101-30. También Charles Harris III y Louis R. Sadler, "Pancho Villa and the Columbus Raid: The Missing Documents", *New Mexico Historical Review*, n. 50, 1975, pp. 335-47; Larry A. Harris, *Pancho Villa and the Columbus Raid*, El Paso, 1949; Friedrich Katz, "Alemania y Francisco Villa", en *Historia Mexicana*, n. 12, 1962, pp. 83-103; Francis J. Munch, "Villa's Columbus Raid: Practical Politics or German Design?", *New Mexico Historical Review*, n. 44, 1969, pp. 189-214; James A. Sandos, "German Involvement in Northern Mexico, 1915-16: A New Look at the Columbus Raid", *Hispanic American Historical Review*, n. 50, 1970, pp. 70-89; Barbara M. Tuchman, op. cit.,; E. Bruce White, "The Muddied Waters of Columbus, New Mexico", *The Americas*, n. 32, 1975, pp. 72-92.

[20] Hay abundantes textos sobre la expedición punitiva. Para algunas de las principales obras escritas por norteamericanos, véanse Haldeen Braddy, *Pershing's Expedition in Mexico*, El Paso, 1966; Clarence Clendenen, *The United States and Pancho Villa*, Port Washington, N. Y., 1971; Arthur S. Link, *Wilson: Confusion and Crisis, 1915-1916*, Princeton, 1964 y *Wilson: Campaigns for Progressivism and Peace, 1916-1917*, Princeton, 1965; Herbert Molloy Mason, Jr., *The Great Pursuit*, Nueva York, 1970; Donald Smythe, *Guerrilla Warrior*, Nueva York, 1963; Michael L. Tate, "Pershing's Punitive Expedition: Pursuer of Bandits or Presidential Panacea?", *The Americas*, n. 32, 1975, pp. 46-72; y Frank Tompkins, *Chasing Villa*, Harrisburg, 1939. Para obras de mexicanos favorables a Carranza véase la monografía de Alberto Salinas Carranza, *La expedición punitiva*, México, 1936; I. Fabela y J. E. de Fabela. ed.. *Documentos. . .*, op. cit. Para obras de autores mexicanos que simpatizan con Villa véase Alberto Calzadíaz Barrera, *Por qué Villa atacó a Columbus*, México, 1972; Nellie Campobello, *Apuntes sobre la vida militar de Francisco Villa*, México, 1940; y F. Cervantes, *Francisco Villa . . .*, op. cit.

[21] NA Washington, StDF, RG 59, Expediente 812.00 155311/2, Canova al Secretario de Estado, 29 de mayo de 1915.

[22] Diario de Chandler Anderson, 28 de mayo de 1915, Biblioteca del Congreso, Washington. Los documentos del Departamento de Estado contiene solamente un mínimo esbozo del complot de Canova. La mayor parte de la información disponible a este respecto se encuentra en el diario de Anderson, especialmente los días 23 de abril, 14 de mayo, 19 de mayo, 28 de mayo, 1o. de junio, 29 de junio, 23 de julio y 30 de julio de 1915. Es muy evidente el deseo de los conservadores de aplicar en 1915 una estrategia parecida a la empleada en 1911. Estaban acordes en hacer algunas "concesiones" en cuanto a la composición del gobierno. Iturbide, por ejemplo, estaba muy dispuesto a incluir a Manuel Bonilla como representante de las fuerzas favorables a Villa, y a Álvaro Obregón como representante de las favorables a Carranza. Para garantizar que los conservadores retuvieran el control del ejército mexicano como en 1911, "Iturbide mismo no formaría parte del nuevo gobierno, sino que encabezaría a las fuerzas militares que lo apoyarían, lo cual él consideraba esencial, con el fin de que pudiera estar en posición de obligar al nuevo gobierno a cumplir las promesas que tendría que hacer para obtener el apoyo de los Estados Unidos" (Diario de Anderson, 22 de julio de 1915).

[23] Sobre el papel de Anderson en cuanto promotor y representante ante el gobierno de los intereses norteamericanos en la minería, el petróleo y demás, véase R. F. Smith, op. cit., p. 95.

[24] F. Katz, "Pancho Villa and the Attack". . ., pp. 119-23.

[25] R. F. Smith, op. cit., p. 95.

[26] Citado en David F. Houston, *Eight Years with Wilson's Cabinet, 1913 to 1920*, Nueva York, 1926, vol. 1, p. 133.

[27] A. S. Link, *Wilson, The Struggle . . .*, op. cit., pp. 475-76.

[28] NA Washington, StDF, RG 59, Expediente 812.00 15531/2, Canova al Secretario de Estado, 17 de julio de 1915.

[29] F. Katz, "Pancho Villa and the Attack . . .", op. cit., p. 125.

[30] Archivo de Roque González Garza, Roque González Garza a Villa, 26 de octubre de 1915.

[31] *Vida Nueva*, Chihuahua, 21 de noviembre de 1915. Aunque los historiadores norteamericanos han hecho caso omiso de este manifiesto, Francisco Almada lo imprimió en el apéndice a *La revolución en el estado de Chihuahua*, op. cit., vol. 2, p. 382.

[32] Francisco Villa al Jefe de la Columna Expedicionaria del Norte y a los demás

generales que forman parte de ella: Camargo o en donde se encuentren, fechado 16 de diciembre de 1915, en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley, Silvestre Terrazas Papers, vol. 78, p .1.

33 Esta carta forma parte de una colección de documentos encontrados en posesión de un villista muerto después del ataque a Columbus. Jamás llegaron a los archivos del Departamento de Estado norteamericano sino que se encuentran en los archivos del ejército (Adjutant General's Office, Expediente 2384662, Record Group 94, junto con Expediente 2377632). El texto completo de esta carta fue publicado por primera vez por E. B. White, op. cit., pp. 72-92. Al mismo tiempo se publicó una lista completa de los documentos y un intento de analizarlos en Ch. Harris y L. R. Sadler, op. cit., pp. 335-47.

34 Archivo privado de Max Weber en El Paso, Tejas, Max Weber al mayor Britton Davis, 5 de diciembre de 1916.

35 A. S. Link, *Woodrow Wilson* . . ., op. cit., p. 137.

36 Pearson Papers, Wordswick a Cowdray, 15 de abril de 1916.

37 T. Fabela y J. E. de Fabela, *Documentos* . . ., Expedición punitiva, n. 1, op. cit., vol. 1, pp. 270-71.

38 Ibid., vol. 2, p. 283.

39 NA Washington StDF.

40 H. Molloy Mason, Jr., op. cit., p. 145.

41 Martin Blumenson, *The Patton Papers* (2 vols), Boston, 1972, vol. 1, p. 350.

42 Ibid., p. 344.

43 A. S. Link, *Woodrow Wilson* . . ., op. cit., p. 127.

44 Véase P. Edward Haley, *Revolution and Intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico, 1910-1917*, Cambridge, 1970, pp. 195-214.

45 Ibid., pp. 214-23.

46 Joseph P. Tumulty, *Woodrow Wilson as I Knew Him*, Nueva York, 1921, p. 159.

47 P. E. Haley, op. cit., p. 235.

48 Dennis J. O'Brien, "Petróleo e intervención - relaciones entre los Estados Unidos y México, 1917-1918", *Historia Mexicana*, n. 27, 1977, pp. 103-41.

49 A. S. Link, *Wilson: Campaigns* . . ., op. cit., p. 331.

50 Ibid., p. 332.

51 NA Washington StDF 812.00/24733, Lane a Lansing, 4 de enero de 1917.

52 Peter Henderson, "Counterrevolution in Mexico: Félix Díaz and the Struggle for National Supremacy", tesis doctoral, Universidad de Nebraska, 1973, pp. 257-300. Véase también L. Liceaga, op. cit., pp. 361-70.

53 NA Washington StDF, Office of the Counselor, Report by the Justice Department, 21 de septiembre de 1916.

54 P. Henderson, op. cit., pp. 285-95.

55 Para el papel de Alfredo Robles Domínguez véase nuestro capítulo 11.

56 Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata: Datos biográfico-históricos*, México, 1960, p. 261.

57 R. Buve, *Peasant Movements: Caudillos* . . ., op. cit., pp. 112-53.

58 Clark W. Reynolds, *The Mexican Economy*, New Haven, 1970, pp. 26-36; Joseph E. Sterrett y Joseph S. Davis, *The Fiscal and Economic Condition of Mexico*, informe presentado al Comité Internacional de Banqueros sobre México, Nueva York, 25 de mayo de 1928, pp. 227-30.

59 Marvin D. Bernstein, *The Mexican Mining Industry, 1890-1950*, Albany, N. Y., 1964, p. 101.

60 R. Freeman Smith, op. cit., pp. 105-26.

61 PRO FO 371 2964. Patrick O'Hea a F. O., 12 de noviembre de 1917.

62 Charles Cumberland, *Mexican Revolution: The Constitutionalist Years*, Austin, 1972, pp. 324-25.

63 PRO FO 371 3244 2658, memorándum sin fecha de Charles K. Furber.

64 Poco se ha escrito hasta ahora sobre las Defensas Sociales. Sobre el papel que desempeñaron en Chihuahua, véase F. Almada, *La revolución en el estado de Chihuahua*, op. cit., vol. 2, capítulo 9.

65 F. Cervantes, *Francisco Villa* . . ., op. cit., pp. 592-95.

CAPÍTULO 9

1 Graf Max von Montgelas y Walter Schücking, *Die deutschen Dokumente zum Kriegsausbruch, 1914*, Berlín, 1922, 4 volúmenes, 2a. edición aumentada, vol. 4, n. 876, Moltke al Ministerio de Relaciones Exteriores, 5 de agosto de 1914.

2 Franz von Papen, *Der Wahrheit eine Gasse*, Munich, 1952, pp. 69-70.

3 Naciones Unidas, *Reports of International Arbitral Awards*, vol. 8, *Decisions of Mixed Claims Commission United States-Germany*, vol. 2, Nueva York, 1958, p. 354.

4 Para la mejor relación general de la actividad de los agentes alemanes en los Estados Unidos, véase Barbara W. Tuchman, op. cit., pp. 66-87.

5 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Eckardt a Hertling, 30 de octubre de 1917.

6 Franz von Rintelen, *The Dark Invader*, Londres, 1933, p. 179.

7 B. W. Tuchman, op. cit., p. 79.

8 Ibid., p. 80 y ss.

9 William M. James, *The Eyes of the Navy: A Biographical Study of Admiral Sir Reginald Hall*, Londres, 1956, p. 101.

10 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 52, Ratibor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 7 de diciembre de 1914; NA Washington, StDF 862.202 12/42, MC 336, legajo 55, Stokes al secretario de Estado, 28 de junio de 1916.

11 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 56, embajador en Berna al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18 febrero de 1916.

12 AREM México, legajo 798 R, cónsul en La Habana al ministro de Relaciones Exteriores, 20 de enero de 1916.

13 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 57, ministro de Relaciones Exteriores al de Guerra, 8 de enero de 1916.

14 Ibid., vol. 56, memorándum del 23 de febrero de 1916.

15 Ibid., memorándum de Enrile, 19 de abril de 1916.

16 Ibid., memorándum de Montgelas, 27 de junio de 1916.

17 Ibid.

18 Ibid., informe de la Policía Criminal sobre Enrile, 17 de junio de 1916.

19 Ibid., vol. 57, ministro de Guerra al Ministerio de Relaciones Exteriores, 3 de septiembre de 1916.

20 Ibid., Mexiko 1, secre. vol. 1, Dernburg a Holtzendorff, mayo de 1915.

21 Ibid.

22 NA Washington, Departamento de Justicia, expediente de Felix Sommerfeld, n. 5305-9, Ayudante especial del Procurador General al Procurador General, 9 de julio de 1918.

23 Ibid.

24 NA StDF, 812.00/13232, Letcher a Bryan, 25 de agosto de 1914.

25 NA Washington, Departamento de Justicia, expediente 5305-9. Ayudante especial del Procurador General al Procurador General, 9 de julio de 1918.

26 NA Washington StDF, 812.00/13232, Letcher a Bryan, 25 de agosto de 1914.

27 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 33, Hintze al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de febrero de 1913.

[28] DZA Potsdam AA II, n. 4461, Hintze a Bethmann-Hollweg, 16 de marzo de 1912.

[29] NA Washington, Departamento de Justicia, expediente de Felix Sommerfeld, declaración de S. G. Hopkins.

[30] Ibid., audiencia de Felix Sommerfeld, 24 de junio de 1918.

[31] Ibid.

[32] Ibid.

[33] Ibid., véase también NA StDF, 812.00/13232, Letcher a Bryan, 25 de agosto de 1914.

[34] NA StDF, 812.00/12706, Cobb a Bryan, 1 de agosto de 1914.

[35] Senado de los Estados Unidos, Comité Judicial, audiencias sobre el tema de los intereses de los productores y comercializadores de bebidas alcohólicas y la propaganda alemana y bolchevique, 2 vols. 66o. Congreso, 1a. sesión, Documento del Senado, n. 62, Washington, 1919, vol. 2, p. 2168.

[36] Biblioteca del Congreso, Washington, D. C., Scott Papers, caja 21, Sommerfeld a Scott, 1o. de enero de 1916.

[37] AREM México, legajo 803 R. Monteverde al cónsul en Los Ángeles, 7 de marzo de 1917.

[38] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 56, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 28 de marzo de 1916.

[39] Debe decirse, para ser justos, que en esta época lo relacionado con México estaba principalmente en manos de los mandos militares, a saber, el Almirantazgo y la sección política del Estado Mayor, que con frecuencia no informaban al Ministerio de Relaciones Exteriores sobre sus planes.

[40] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 56, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 4 de abril de 1916.

[41] HHStA Wien, PA, informes sobre México, 1916, embajador en Washington a ministro de Relaciones Exteriores, 17 de abril de 1916.

[42] AA Bonn, México 1, vol. 56, Bernstorff a Ministerio de Relaciones Exteriores, 24 de junio de 1916.

[43] Tan pronto como comenzó a hablarse de retirar las tropas de México, el diputado por Tejas, McLemore, presentó al Congreso una resolución propuesta por el irlandés Shaemas O'Sheel, miembro de la sección de propaganda alemana en los Estados Unidos, pidiendo que las tropas norteamericanas siguieran en México. Sin embargo, la resolución no obtuvo la mayoría de votos requerida. George Sylvester Viereck, *Spreading Germs of Hate*, Nueva York-Londres, 1930, p. 105.

[44] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 56, memorándum de Montgelas, 23 de marzo de 1916.

[45] Emanuel Viktor Voska y Will Irwin, *Spy and Counterspy*, Nueva York, 1940, p. 917.

[46] Ibid.

[47] Juan B. Vargas, "Alemania propone a Villa el control de la zona petrolera", *Novedades*, México, 10 de octubre de 1939.

[48] Hay varios estudios del Plan de San Diego. Véanse: Michael Meyer: "The Mexican-German Conspiracy of 1915", *The Americas*, n. 23, julio de 1966, pp. 76-89; Allen Gerlach, "Conditions along the Border, 1915, The Plan de San Diego", *New Mexico Historical Review*, n. 43, julio de 1968, pp. 195-212; James A. Sandos "The Plan of San Diego, War and Diplomacy on the Texas Border, 1915-16", *Arizona and the West*, n. 14, primavera de 1972, pp. 5-24; Charles C. Cumberland, "Border Raid in the Lower Rio Grande Valley, 1915", *Southwestern Historical Quarterly*, n. 57, enero de 1954, pp. 285-311. El trabajo más reciente de todos y en mi opinión el mejor sobre el tema es el de Charles H. Harris III y Louis R. Sadler, "The Plan of San Diego and the Mexican-United States War Crisis of 1916: A Reexamination", en *Hispanic American Historical Review*, n. 58, agosto de 1978, pp. 381-408.

[49] Ch. H. Harris y L. R. Sadler, "The Plan of San Diego...", op. cit.

[50] NA Washington, Departamento de Estado, Asesoría Legal. Testimonio bajo juramento de John Knake Forsek, 3 de octubre de 1919.

[51] Véase el capítulo 10.

[52] Archivo de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, D. F., XI, 481.5/100f, 301, Flores a Carranza, 2 de febrero de 1917.

[53] DZA Potsdam, Cancillería del Reich, n. 2410. Cargos de Pudor contra el canciller Bethmann-Hollweg, Leipzig, 3 de julio de 1916.

[54] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 53, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 30 de julio de 1915.

[55] Ibid., Almirantazgo a Boy Edd, 11 de marzo de 1915.

[56] Ibid., von Papen al Estado Mayor, 17 de marzo de 1915. Este informe contradice tajantemente las afirmaciones posteriores de von Papen. En efecto, en sus memorias escribe que: "Desde un principio decidí que dichos métodos [los actos de sabotaje, F. K.] no debían ser tolerados. Porque: después de la batalla del Marne, era evidente que la guerra sería larga. La propaganda inglesa tenía obviamente el propósito de forzar la decisión por parte de Estados Unidos de entrar en la guerra. Los actos de sabotaje eran ilegales. Sólo podían tener el efecto de dar a la propaganda enemiga un rico material con el cual enardecer la opinión pública contra las Potencias Centrales. Naturalmente, yo no estaba en una situación que me permitiera impedir los actos de sabotaje por parte de personas movidas por sus 'sentimientos patrióticos'. Pero podía y tenía que evitar que tales planes fueran realizados con apoyo del Estado" (F. von Papen, op. cit., p. 69).

[57] DZA Potsdam, AA II, n. 3657, Ratibor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 2 de junio de 1915.

[58] Ibid., n. 21 605, cónsul en Tampico al Ministerio de Relaciones Exteriores, 2 de junio de 1915.

[59] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 53, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 30 de julio de 1915.

[60] Ibid., vol. 52, Magnus a Bethmann-Hollweg, 25 de agosto de 1914.

[61] Ibid., vol. 53, Magnus a Bethmann-Hollweg, 24 de enero de 1915.

[62] Ibid., Eckardt a Bethmann-Hollweg, 15 de junio de 1915.

[63] Ibid., Magnus a Bernstorff, 2 de julio de 1915.

[64] Ibid., Eckardt a Bethmann-Hollweg, 15 de junio de 1915.

[65] Ibid., vol. 58, Eckardt a Hertling, 30 de noviembre de 1917.

[66] Ibid., vol. 53, Magnus a Bethmann-Hollweg, 16 de febrero de 1915.

[67] B. W. Tuchman, op. cit., p. 79.

[68] Documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, México, MT 1133 02 479-02 481, Terasawa a Kusakabe, 9 de septiembre de 1915.

[69] Ibid., MT 1133 02 484-02 485, Iwasaki a Koike, 10 de marzo de 1916.

[70] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 53, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 21 de junio de 1915.

[71] Ibid., vol. 58, Eckardt a Hertling, 30 de noviembre de 1917.

[72] Ibid., vol. 57, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 24 de enero de 1916.

[73] Ibid.

[74] Ibid.

[75] Ibid.

[76] DZA Potsdam, AA Nachrichten und Presseabteilung (NPA), n. 57679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 19 de junio de 1916.

[77] Ibid.

[78] HHSta Wien, PA, informes sobre México, 1916, ministro alemán en México al ministro de Relaciones Exteriores, 28 de octubre de 1916.

[79] Ibid.

80 El texto del memorándum se encuentra en DZA Potsdam, AA II, n. 4462; véanse también los comentarios de Zimmermann ante el Comité del Presupuesto del Reichstag, el 5 de marzo de 1917 (ibid., Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de mayo de 1917).

81 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 57, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 28 de junio de 1917.

82 Ibid., vol. 56, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 22 de junio de 1916.

83 Ibid., vol. 57, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 8 de noviembre de 1916.

84 DZA Potsdam, AA II, n. 4462, Zimmermann a Bethmann-Hollweg, 10 de noviembre de 1916.

85 Ibid., Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

86 Robert Lansing, *War Memoirs of Robert Lansing, Secretary of State*, 1935, p. 310.

87 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 57, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 4 de octubre de 1916.

88 Fritz Fischer, *Griff Nach der Weltmacht*, Düsseldorf, 1964, p. 383.

89 Sobre el papel desempeñado por Kemnitz en la redacción de la nota, véase AA Bonn, Mexiko 20, vol. 2, Kemnitz a Solf, 29 de noviembre de 1918; ibid., Mexiko 20, vol. 1, Jordan a Lersner, 5 de marzo de 1917.

90 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

91 Ibid.

92 F. Fischer, op. cit., p. 278; Erwin Hölzle, "Deutschland und die Wegscheide des Ersten Weltkrieges", en *Geschichtliche Kräfte und Entscheidungen*, Berlín, 1951, p. 272.

93 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1295, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 30 de marzo de 1916.

94 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Kemnitz a Solf, 24 de noviembre de 1918.

95 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

96 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Kemnitz a Solf, 24 de noviembre de 1918.

97 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 2 de abril de 1917.

98 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Kemnitz a Solf, 24 de noviembre de 1918.

99 Véase el informe del embajador de Austria en Berlín, HHSta Wien, PA Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 3 de marzo de 1917.

100 No hay ninguna prueba de que Zimmermann haya consultado al canciller Bethmann-Hollweg. En un artículo anónimo publicado en el *Nürnberger Nachrichten*, el autor (que parece bien informado ya que identifica a Kemnitz como autor del telegrama) escribe que al canciller sólo se le informó del asunto después de que se había enviado la proposición de alianza. Kurt Rietzler, cercano colaborador de Bethmann-Hollweg, no da en su diario indicación alguna de que el canciller haya tenido conocimiento de la propuesta o la haya aprobado. Por el contrario, Rietzler critica duramente toda la gestión, de la cual culpa a ese "fantástico idiota" de Kemnitz (Kurt Rietzler, *Tagebücher, Aufsätze, Dokumente*, Göttingen, 1972, p. 412).

101 Verfassungsgebende Deutsche Nationalversammlung. 15. Auschuss, *Bericht des zweiten Unterausschusses des Untersuchungsausschusses über die Friedensaktion Wilsons, 1916-17*, Berlín, 1920, p. 355.

102 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

103 La guerra había aumentado enormemente las dificultades que tenía el gobierno alemán para comunicarse con sus representantes en el continente americano. Dos días después de su inicio el buque de guerra británico *Telconia* había cortado todos los cables telegráficos que enlazaban a Alemania con el resto del mundo menos uno. El único que siguió funcionando durante varios meses era de propiedad parcialmente norteamericana. Sin embargo, pronto lo cortaron también. (B. W. Tuchman, op. cit., p. 103.)

104 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, pp. 335-36.

105 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores el 13 de febrero de 1917; ibid., Lucius a Bethmann-Hollweg, 14 de marzo de 1917.

106 Ernest R. May, *The World War and American Isolation, 1914-1917*, Chicago, 1966, pp. 347-70.

107 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 340.

108 AA Bonn, Mexiko, 16, Secr., vol. 1, informe final de Goeppert, 4 de abril de 1917.

109 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

110 B. W. Tuchman op. cit., p. 17; W. James, op. cit., p. 56; Samuel R. Spencer, *Decision for War*, Ridge, New Hampshire, 1953, p. 55.

111 W. James, op. cit., p. 138; B. W. Tuchman, op. cit., p. 156.

112 W. James, op. cit., p. 134.

113 S. R. Spencer, op. cit., p. 66.

114 NA Washington, StDF Office of the Counselor, Leland Harrison Files, caja 208. Walter Hines Page, publication of his biography including the then secret Zimmermann Telegram. Documents 1921/1922: Edward Bell a William Hurley, 13 de julio de 1921.

115 Ibid. ¿Cuál es la causa de estos errores en la relación de Hall, que han confundido a generaciones de historiadores que basaron sus análisis del asunto Zimmermann en los hallazgos de Hendrick? Yo reparé por primera vez en esta discrepancia cuando cotejé la versión de Hendrick y los libros de William James y Barbara Tuchman, que se basan en Hendrick, con las minutas de la Comisión Goeppert. Goeppert mencionó específicamente la clave 0075 como la que se utilizó para enviar el despacho a Washington, y la clave 13040 como la que se empleó para retransmitir el despacho a Eckardt, quien no disponía de la 0075. En esa ocasión pensé que la principal razón de esta discrepancia consistía en que Hall deseaba ocultarles a los alemanes que la Inteligencia británica poseía la clave 0075. Los alemanes, probablemente, todavía estaban usando esa clave o un derivado de la misma. Ésta fue ciertamente una de las causas de las inexactitudes en la aseveración de Hall, pero no la única. En 1938, dos criptógrafos norteamericanos, William F. Friedman y Charles J. Mendelsohn, escribieron un libro intitulado *The Zimmermann Telegram of January 16, 1917, and Its Cryptographic Background*. El libro fue publicado por la Imprenta del Gobierno de los Estados Unidos en 1938, lo cual demuestra la importancia atribuida a este asunto por el gobierno de los Estados Unidos. La significación del libro fue recalcada por el hecho de, aun cuando habían transcurrido más de veinte años desde el momento en que tuvo lugar el asunto Zimmermann, la cuestión fue considerada tan delicada que el libro fue clasificado como documento confidencial y así permaneció hasta 1965.

Basándose en documentos norteamericanos sumamente secretos, Friedmann y Mendelsohn revelaron por primera vez la existencia de la clave 0075 (que ellos llamaron 7500). Sobre todo, consideraron que desde 1917 en adelante Hall trató de ocultar el hecho de que "el Servicio de Inteligencia británico estaba interceptando y descifrando no sólo mensajes alemanes en clave, sino también interceptando y tal vez descifrando mensajes diplomáticos del gobierno norteamericano" (W. F. Friedman y Ch. J. Mendelsohn, op. cit. [Laguna Hills, Calif., 1976], p. 26).

En el periodo posterior a la primera guerra mundial, cuando los sentimientos antibritánicos se agudizaban en los Estados Unidos, este tipo de revelación habría servido para exacerbarlos. Por último, otra causa de los "errores" de Hall, no mencionada por Friedman y Mendelsohn, fue el temor de Hall de que, una vez que se revelara la capacidad británica para descifrar la clave 0075, sólo sería cuestión de tiempo el descubrimiento de que, a pesar de la alianza anglo-norteamericana, los británicos nunca le proporcionaron la clave a la Inteligencia norteamericana. Aun en enero de 1919, concluida ya la guerra europea, los británicos continuaron ocultándoles la clave 0075 a los norteamericanos. "Debe de haber alguna razón detrás de la constante negativa a proporcionarnos esta clave", se quejó amargamente el experto norteamericano en seguridad Bell por la actitud de los británicos (NA Washington, D. C., StDF, Oficina del Consejero, caja 200, Bell a Harrison, 30 de enero de 1919).

La versión de Hendrick, basada tanto en las revelaciones que Hall le había hecho como en los telegramas del embajador Page a Washington (también basados en información proporcionada por Hall), muestra a los británicos bajo una luz mucho más generosa. Si bien por razones técnicas no habían enviado a Washington el sistema de cifras para la clave 13040, le habían permitido al experto norteamericano Bell descifrar ésta en Londres. Hall implicó de esta manera que la Gran Bretaña, de hecho, le había dado a la Inteligencia norteamericana acceso al desciframiento de la clave 13040. Esto era cierto. Pero pocas semanas después de la revelación del telegrama de Zimmermann, la clave 13040 perdió todo valor. El 23 de marzo de 1917 el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania ordenó a Eckardt que descontinuara el uso de la clave 13040 por considerarla insegura (una copia de este telegrama se encuentra en los archivos del Departamento de Estado, NA Washington, D. C., Oficina del Consejero, caja 203).

En contraste, los alemanes continuaron transmitiendo sus mensajes por medio de la clave 0075, que los británicos siguieron interceptando y descifrando sin revelársela a los norteamericanos.

[116] B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 334.

[117] R. Lansing, op. cit., p. 226.

[118] A. S. Link, *Woodrow Wilson . . .*, p. 271.

[119] *Hearings on Brewing*, vol. 2, p. 1611.

[120] B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 344.

[121] Ibid., p. 347.

[122] R. Lansing, op. cit., p. 230.

[123] *Hearings on Brewing*, vol. 2, p. 1611.

[124] R. Lansing, op. cit., p. 230.

[125] B. W. Tuchman, op. cit., p. 176.

[126] G. S. Viereck, op. cit., p. 112.

[127] B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 352.

[128] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Lucius a Bethmann-Hollweg, 11 de marzo de 1917.

[129] NA Washington, StDF 862.202 12/173a, MC 336, legajo 55, Lansing a la embajada en México, 2 de abril de 1917; ibid., Fletcher al secretario de Estado, 4 de marzo de 1917.

[130] Bernard Baruch, *My Own Story*, 2 vols., Nueva York, 1957-1960, vol. 1, p. 213.

[131] FR, 1917, suplemento, De Negri al secretario de Estado, 12 de febrero de 1917.

[132] Archivo del Ministerio de la Defensa Nacional, XI 481.5/100f. 301, Flores a Carranza, 2 de febrero de 1917.

[133] Verfassungsgebende . . . , op. cit., p. 356.

[134] HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 3 de mayo de 1917.

[135] B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 351.

[136] Kunimoto Iyo, op. cit., p. 164.

[137] Entrevista del autor con el señor Xavier Tavera.

[138] José López Portillo y Weber, "Cómo perdió Carranza el apoyo de los Estados Unidos y cómo se relacionó esto con la proposición que a México presentó Alemania en 1917", en *Memorias de la Academia Mexicana de Historia*, vol. 19, 1960, n. 1.

[139] NA Washington, StDF 862.202 12/173a, MC 336, legajo 55, Lansing a la embajada en México, 2 de abril de 1917.

[140] El 26 de febrero Eckard había preguntado a Berlín "¿Podríamos proporcionar parque?", B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 350.

[141] NA Washington, StDF 862.202 12/70, MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 26 de febrero de 1917.

[142] Ibid., StDF 862.202 12/89, MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 10 de marzo de 1917.

[143] I. Fabela, *Documentos . . . Revolución y régimen constitucionalista*, op. cit., vol. 3, pp. 284 y ss.

[144] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller del Reich, 7 de agosto de 1918.

[145] NA Washington, StDF 862.202 12/89, MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 10 de marzo de 1917.

[146] Ibid., StDF, 862.202 12/119, MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 13 de marzo de 1917.

[147] Ibid.

[148] Ibid.

[149] Ibid., StDF 862.202 12/177, MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 4 de marzo de 1917.

[150] Rickarday, "Cómo salió de México la expedición punitiva", *Jueves de Excélsior*, México, 22 de julio de 1956.

[151] B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 354.

[152] HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 4 de abril de 1917.

[153] Bayerisches Hauptstaatsarchiv München (de aquí en adelante HSta Munich), Politische Berichte (PB), embajada en Berlín, Lerchenfeldt al ministro de Relaciones Exteriores, 5 de marzo de 1917.

[154] HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 4 de marzo de 1917.

[155] Walter Rathenau, *Politische Briefe*, Dresden, 1929, p. 108.

[156] HSta Munich, PB, embajada en Berlín, Lerchenfeldt al ministro de Relaciones Exteriores, 6 de marzo de 1917.

[157] DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo, 1917.

[158] Ibid.

[159] HSta Munich, PB, embajada en Berlín, Lerchenfeldt al ministro de Relaciones Exteriores, 5 de marzo de 1917.

[160] DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

[161] Ibid.

[162] Ibid.

[163] *National-Zeitung*, 6 de marzo de 1917.

[164] DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

165 *Leipziger Volkszeitung*, 5 de marzo de 1917.

166 Por el *Leipziger Volkszeitung* del 8 de marzo de 1917 uno sólo se entera de que las declaraciones de Mehring en torno a la nota de Zimmerman tuvieron gran importancia en esas elecciones. Por desgracia, no se informa del contenido de dichas declaraciones.

167 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

168 Ibid.

169 Ibid.

170 *Vorwärts*, 4 de abril de 1917.

171 *Berliner Tageblatt*, 5 de marzo de 1917.

172 *Deutsche Tageszeitung*, 3 de marzo de 1917.

173 Alfred V. Tirpitz, *Erinnerungen*, Leipzig, 1919, p. 384.

174 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 3 de marzo de 1917.

175 Ibid.

176 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

177 HHSta Munich, PB, Gesandschaft, Berlín, Lerchenfeldt al ministro de Relaciones Exteriores, 4 de marzo de 1917.

178 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 4 de marzo de 1917.

179 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

180 Ibid.

181 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, borrador del 7 de marzo de 1917.

182 Ibid.

183 *Deutsche Tageszeitung*, 13 de marzo de 1917.

184 NA Washington, StDF 862.202 12/108, MC 336, legajo 55, Egan al secretario de Estado, 18 de marzo de 1917.

185 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en Berlín al ministro de Relaciones Exteriores, 3 de marzo de 1917.

186 J. H. Bernstorff, *Erinnerungen und Briefe*, Zürich, 1936, p. 406.

187 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 5 de marzo de 1917.

188 Ibid.

189 AA Bonn, Mexiko 16, secr. vol. 1 Representante en Copenhague al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de marzo de 1917.

190 NA Washington, StDF 862.202 12/108, MC 336, legajo 55, Egan al secretario de Estado, 18 de marzo de 1917.

191 AA Bonn, Mexiko 16, secre., vol. 1, Memorándum de Zimmermann fechado el 17 de marzo de 1917.

192 HSta Munich, PB, embajada en Berlín, Lerchenfeldt al ministro de Relaciones Exteriores, 20 de marzo de 1917.

193 AA Bonn Mexiko 16, secre., vol. 1, representante en Copenhague al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de marzo de 1917.

194 Ibid., ministro de Relaciones Exteriores a Eckardt, 22 de marzo de 1917.

195 Ibid., Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 31 de marzo de 1917.

196 Ibid.

197 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 3, p. 360.

198 AA Bonn, Mexiko, secre., vol. 1, Estado Mayor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de marzo de 1917.

199 Nota del jefe de la Oficina de Claves, 12 de marzo de 1917.

200 Ibid., informe final de Goeppert, 4 de abril de 1917.

201 Ibid.

202 Ibid.

203 Ibid., Estado Mayor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 27 de marzo de 1917.

204 Ibid., informe final de Goeppert, 4 de abril de 1917.

205 Ibid.

206 Ibid.

207 Ibid., nota de Goeppert del 28 de mayo de 1917.

208 Ibid.

209 Ibid., Bernstorff a Haniel, 19 de junio de 1917.

210 Es indudablemente una ironía del destino que este mismo Kunkel fuera considerado como espía alemán de gran importancia por los norteamericanos, según los cuales él habría inspirado las propuestas de embargo de Carranza (NA Washington, StDF 862.202 12/76, MC 336, legajo 55, Lansing a la embajada en México, 23 de febrero de 1917).

211 J. H. Bernstorff, op. cit., p. 406.

212 HSta Munich, PB, embajada en Berlín, Lerchenfeldt al ministro de Relaciones Exteriores, 20 de marzo de 1917.

213 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Sección política del Estado Mayor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 8 de marzo de 1917.

214 Ibid.

215 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, embajador en México al ministro de Relaciones Exteriores, 19 de diciembre de 1917.

216 NA Washington, StDF 862.202 12/730, MC 336, legajo 56, Lansing a la embajada en México, 30 de octubre de 1917.

217 DZA Potsdam, Reichstag, n. 1307, minutas del Comité del Presupuesto, sesión del 28 de abril de 1917.

218 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, ministro residente en México al ministro de Relaciones Exteriores, 22 de abril de 1917.

219 Ibid., ministro residente en México al ministro de Relaciones Exteriores, 19 de diciembre de 1917.

220 Ibid.

221 Ibid.

222 NA Washington STOF. 862.202 12/227 MC 336 legajo 55, cónsul en Nogales al secretario de Estado, 9 de abril de 1917.

223 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 2, p. 175.

224 NA Washington STOF 862.202 12/270 MC 336 legajo 55, Wilson a Fletcher, 21 de abril de 1917.

225 Ibid., 12/272, Fletcher al secretario de Estado, 24 de mayo de 1917.

226 Staatsarchiv Bremen, Krieg 1914-1918 M 2 h n. 1, Acta X, Sieveking a Donath, 8 de mayo de 1917.

227 *New York Times*, 30 de abril de 1917.

228 Kunimoto Iyo, op. cit., p. 225.

229 Ibid.

230 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller del Reich, 7 de agosto de 1918.

231 NA Washington, STOF 862.202 12/729 MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 22 de octubre de 1917.

232 Ibid., 12/811, legajo 56, cónsul en Frontera de Tabasco al secretario de Estado, 22 de octubre de 1917.

233 Ibid., 12/860, cónsul en Mazatlán al secretario de Estado, 25 de diciembre de 1917.

234 El Colegio de México. Copias de los papeles de Josephus Daniels, caja 7, Diario de Daniels, 4 de mayo de 1933.

235 T. B. Bailey, op. cit., pp. 319-22.

236 Ibid., pp. 317-19.

237 NA Washington, STOF 862.202 12/729 MC 336, legajo 55, Fletcher al secretario de Estado, 22 de octubre de 1917.

CAPÍTULO 10

1 DZA Potsdam, Alldeutscher Verband, Hauptleitung, n. 241, Petzold a Class, 27 de noviembre de 1914.

2 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 58, Eckardt a Hertling, 30 de noviembre de 1917.

3 Ibid., Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller del Reich, 7 de agosto de 1918.

4 Ibid., vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 4 de diciembre de 1917. Cuando un corresponsal norteamericano entrevistó en 1932 a Eckardt, también le preguntó: "'¿Qué pensó, doctor, cuando leyó esa nota (de Zimmermann)?' 'Esto es una tontería, es lo que pensé', fue la lacónica respuesta" (David W. Hazen, *Giants and Ghosts of Central Europe*, Portland, 1933, p. 51).

5 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 2, p. 266.

6 HHSta. Wien, Krieg 7, México, representante diplomático en México al ministro de Relaciones Exteriores, 4 de septiembre de 1917.

7 DZA Potsdam, AA NPA, n. 27, 679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 12 de octubre de 1915.

8 Ibid., memorándum de Eugen Motz, 11 de enero de 1915.

9 Ibid., AA II n. 1742, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 2 de mayo de 1916.

10 Ibid., n. 21, 605, Manifiesto de la fundación del Deutsch-Oesterreichischen Petroleum AG (sin fecha); ibid., Eckardt a Bethmann-Hollweg, 19 de febrero de 1916.

11 Ibid., n. 1742, Addendum al informe de Eckardt del 19 de febrero de 1916.

12 AA Bonn, Archivo de la Legación de Alemania en México, paquete 3, Magnus a Bethmann-Hollweg, 12 de septiembre de 1916.

13 Ibid., Mexiko 16, vol. 1, Eckardt a Relaciones Exteriores, 20 de marzo de 1917.

14 DZA Potsdam, Reichskanzlei, n. 2476, memorándum de Hoetzsch, diciembre de 1914.

15 F. Fischer, op. cit., p. 467.

16 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.

17 *Investigation of Mexican Affairs*, op. cit., vol. 1, pp. 673 y ss.

18 En realidad el alemán Heberlein, representante de la Frankfurter Metallgesellschaft era presidente de la mesa directiva tanto de la American Metal Co., como de las compañías mexicanas. (NA Washington, StDF 862.202 (12/325, MC 336, legajo 55, vicecónsul en Monterrey al secretario de Estado, 2 de mayo de 1917.)

19 *Investigation of Mexican Affairs*, op. cit., vol. 1, p. 672.

20 NA Washington. StDF 862.202 12/661, MC 336, legajo 56, cónsul en Ciudad Juárez al secretario de Estado, 15 de septiembre de 1917.

21 Ibid., StDF 862.202 12/858, MC 336, legajo 57, Cobb al secretario de Estado, 12 de diciembre de 1917.

22 Ibid., StDF 862.202 12/309. MC 336, legajo 55, cónsul en Coahuila al secretario de Estado, 3 de mayo de 1917.

23 Ibid., StDF 862.202 12/325, MC 336, legajo 55, vicecónsul en Monterrey al secretario de Estado, 2 de mayo de 1917.

24 Ibid., StDF 862.202 12/1743, MC 336, legajo 59, Cobb, al secretario de Estado, 29 de diciembre de 1916.

25 DZA Potsdam, AA NPA, n. 57, 866. Transozean Gesellschaft a la Oficina de Noticias Extranjeras del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, 20 de noviembre de 1915.

26 Ibid., n. 57, 679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 29 de noviembre de 1915.

27 NA Washington, StDF 862.202 12/1741, MC 336, legajo 59, Cobb al secretario de Estado, 20 de diciembre de 1916.

28 Ibid., StDF 862.202 12/341, MC 336, legajo 56, informe desde San Antonio al secretario de Estado, 20 de mayo de 1917.

29 Ibid., StDF 862.202 12/579, MC 336, legajo 56, cónsul en Piedras Negras al secretario de Estado el 20 de agosto de 1917.

30 Ibid., StDF 862.202 12/299, MC 336, legajo 55, cónsul general al secretario de Estado, 1 de mayo de 1917.

31 *Investigation* ..., op. cit. vol. 1, p. 672.

32 Ibid., p. 673.

33 Ibid.

34 Ibid., p. 672.

35 NA Washington, StDF 862.202 12/463, MC 336, legajo 56, informe de agente al secretario de Estado, 15 de junio de 1917.

36 Ibid., StDF 862.202 12/464, MC 336, legajo 56, Boese al secretario de Estado, 2 de junio de 1917.

37 Ibid., StDF 862.202 12/488, MC 336, legajo 56, cónsul en Durango al secretario de Estado, 19 de julio de 1917.

38 Biblioteca de la Universidad de Yale, Polk Papers, caja 81, carpeta 61, Polk a Lane, 7 de mayo de 1917.

39 Para la estrecha colaboración de Bruere con bancos norteamericanos y con el gobierno de Estados Unidos véase R. Freeman Smith, op. cit., pp. 127-28, 130-31.

40 NA Washington, StDF 862.202 12/89, MC 336, legajo 55, cónsul en Piedras Negras al secretario de Estado, 8 de junio de 1917.

41 DZA Potsdam, AA II, 3289, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 9 de mayo de 1917.

42 AA Bonn, Mexiko 16; vol. 1, nota de Montgelas, 20 de febrero de 1917.

43 Ibid., Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 16 de abril de 1917.

44 Ibid., Hülsen al Ministerio de Relaciones Exteriores, 19 de abril de 1917.

45 Ibid.

46 Ibid., Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 15 de mayo de 1917.

47 Naciones Unidas, *Reports of International Arbitral* ..., op. cit., vol. 8, p. 383.

48 DZA Merseburg, Rep. 92, E I n. 13, Kapp Papers, informe de Jahnke, de octubre de 1919.

49 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 4 de diciembre de 1917.

50 Véase pp. 92-102.

51 B. J. Hendrick, op. cit., vol. 2, p. 268.

52 HHSta Wien, PA, Krieg 7, México. representante diplomático en México al ministro de Relaciones Exteriores, 17 de julio de 1917.

53 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1. Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 1 de junio de 1917.

54 Ebende, vol. 2, Zimmermann a la Sección Política del Estado Mayor, 28 de marzo de 1917.

55 Antes de enviarle el cable a Eckardt se sustituyó la palabra "sobornos" con la frase "provisión de apoyo para políticos influyentes".

56 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Ministerio de Relaciones Exteriores a Eckardt, 8 de junio de 1917.

[57] Ibid., vol. 1, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de junio de 1917.
[58] HHSta Wien, PA, Krieg 7, México, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18 de junio de 1917, transmitido por los austriacos.
[59] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Ministerio de Relaciones Exteriores a Eckardt, 16 de junio de 1917.
[60] E. Turlington, op. cit., p. 271.
[61] Ibid., p. 273 y ss.
[62] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 4 de diciembre de 1917.
[63] Ibid., vol. 1, Eckardt a Ministerio de Relaciones Exteriores, 8 de septiembre de 1917.
[64] Ibid., vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 4 de diciembre de 1917.
[65] Ibid.
[66] Ibid.
[67] Ibid., Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 8 de diciembre de 1917.
[68] Ibid.
[69] Ibid.
[70] Ibid.
[71] Ibid.
[72] Ibid., Gehmann a la Sección Política del Estado Mayor, 29 de octubre de 1917.
[73] Ibid., Kalle a la Sección Política del Estado Mayor, 28 de octubre de 1917.
[74] Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Eckardt, octubre de 1917.
[75] Ibid.
[76] Ibid., secretario de Relaciones Exteriores a Rödern, 26 de noviembre de 1917.
[77] Ibid., vol. 1, minutas de la reunión de Kemnitz con Blaschegg, Gwinner y Fricke, 18 de marzo de 1917.
[78] Ibid.
[79] Ibid., véase también ibid., Deutsch-Südamerikanische Bank a Hardt, 12 de marzo de 1917; ibid., Ratibor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 15 de abril de 1917.
[80] Ibid., vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 4 de diciembre y 7 de diciembre de 1917.
[81] Ibid., vol. 1, representante diplomático en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18 de mayo de 1917.
[82] Ibid., propuesta de la Sección Política del Estado Mayor, 18 de mayo de 1917.
[83] Commerzbibliothek Hamburg, Handelskammer Hamburg, n. 1747, depósitos de compañías alemanas en México con el Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de abril de 1920.
[84] Staatsarchiv Bremen, notas informativas del Ministerio de Relaciones Exteriores n. 31, 31 de octubre de 1917.
[85] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 9 de diciembre de 1917.
[86] Ibid., representante del Ministerio de Relaciones Exteriores en el Cuartel General al Canciller del Reich, 12 de enero de 1918.
[87] Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Eckardt, 13 de enero de 1918.
[88] DZA Potsdam, Reichswirtschaftsamt, n. 1006, Ministerio de Guerra al Ministerio de Economía, 22 de junio de 1918.
[89] Ibid.
[90] Ibid., AA II, n. 4462, Hintze a los participantes en la conferencia, 28 de julio de 1918.
[91] Ibid., Secretario de Estado en la Oficina de Economía del Reich al Ministerio de Relaciones Exteriores, 26 de agosto de 1918.
[92] Ibid., Ministerio de Guerra al Ministerio de Relaciones Exteriores, 7 de agosto de 1918.
[93] Ibid., minutas de la reunión del 30 de julio de 1918.
[94] Ibid.
[95] Ibid.
[96] Ibid.
[97] Ibid.
[98] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, memorándum de compañías de Hamburgo al Ministerio de Relaciones Exteriores, 3 de agosto de 1918.
[99] Ibid.
[100] DZA Potsdam, AA II, n. 4462, secretario de Estado en el Ministerio de Economía del Reich al Ministerio de Relaciones Exteriores, 26 de agosto de 1918.
[101] Ibid., Ministerio de Economía del Reich, n. 1430, secretario de Estado en el Ministerio de Economía del Reich al Ministerio de Relaciones Exteriores, 30 de agosto de 1918.
[102] Ibid., Secretario de Estado en el Ministerio de Economía del Reich a la Deutsche Erdöl AG, 5 de septiembre de 1918.
[103] W. G. Truchanowski, ed. *Geschichte der internationalen Beziehungen*, Berlín, 1963, pp. 48-49.
[104] AA Bonn, México 16, vol. 2, Estado Mayor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de octubre de 1918.
[105] DZA Potsdam, AA II, n. 4462, Secretario de Estado en el Ministerio de Economía del Reich al Ministerio de Relaciones Exteriores, 19 de octubre de 1918.
[106] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, diciembre de 1917, transmitido vía Madrid el 9 de enero de 1918.
[107] Ibid., Bleichröder a Haniel, 26 de febrero de 1918.
[108] Ibid., Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 15 de marzo de 1918.
[109] Ibid., Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 5 de abril de 1918.
[110] Ibid., informe de la División Militar y Comercial de la Embajada Alemana en Berna, 5 de julio de 1918.
[111] Ibid., vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[112] El servicio secreto norteamericano confirmó que se había revisado el equipaje de Fabela (NA Washington, StDF 862.202 12/1160, MC 336, legajo 58, Embajada de los Estados Unidos en La Habana al secretario de Estado, 26 de abril de 1918; Apéndice: agregado militar en La Habana al jefe del Ramo de Inteligencia Militar, División Ejecutiva, 22 de abril de 1918).
[113] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, embajador en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de mayo de 1918.
[114] Ibid.
[115] Ibid., Kühlmann al Almirantazgo, 21 de mayo de 1918.
[116] Ibid, Ministerio de Relaciones Exteriores al embajador alemán en Madrid, 31 de mayo de 1918.
[117] Ibid.
[118] Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a la Sección Política del Estado Mayor, 13 de julio de 1918.
[119] Ibid., Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 9 de agosto de 1918.
[120] Ibid., embajador alemán en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 11 de octubre de 1918.
[121] Ibid., secretario de Estado adjunto en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania a la Sección Política del Estado Mayor, 15 de octubre de 1918.
[122] Ibid., nota del Ministerio de Relaciones Exteriores del 24 de marzo de 1918.
[123] Ibid., Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 15 de marzo de 1918.

124 Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Delmar, 15 de marzo de 1918. Apéndice.

125 Ibid., Fricke a Hintze, 20 de agosto de 1918.

126 Ibid.

127 Ibid., Kalle a la Sección Política del Estado Mayor, 28 de octubre de 1917.

128 *Mixed Claims Commission, United States and Germany. Lehigh Valley Railroad Company, Agency of Canadian Car and Foundry Company, Limited. Final Report of the American Agent*, Washington, 1939, pp. 58 y ss.

129 Naciones Unidas, *Reports of International Arbitral Awards*, op. cit., vol. 8, pp. 300-30.

130 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Busche a Eckardt, 30 de abril de 1917.

131 Bundesarchiv. Militärarchiv Freiburg Reichsmarineamt. Informe de von Knorr: Uber die Etappentätigkeit in den Vereinigten Staaten von Nordamerika, 3 de marzo de 1919.

132 Ibid.

133 Ibid.

134 Alfred Kruck, *Geschichte des Alldeutschen Verbandes*, Wiesbaden, 1954, p. 144; Harold J. Gordon, *Die Reichswehr und die Weimarer Republik*, Frankfurt, 1959, p. 338; Walter Schellenberg, *Memoirs*, Londres, 1956, pp. 158-60; Ladislas Farago, *The Game of the Foxes*, Nueva York, 1971, pp. 716-21.

135 NA Washington, StDF 862.202 12/1101, MC 336, legajo 58, Lansing a la embajada en Londres, 11 de abril de 1918.

136 DZA Merseburg, Rep. 92, E I, n. 13, Archivo de Kapp, informe de Jahnke, octubre de 1919.

137 NA Washington, StDF 862.202 12/1101, MC 336, legajo 58, Lansing a la embajada en Londres, 11 de abril de 1918.

138 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de febrero de 1918.

139 Ibid., borrador del telegrama de la Sección Política del Estado Mayor, 29 de abril de 1918.

140 Ibid

141 Esto se desprende del informe de Jahnke a Kapp (DZA Merseburg, Rep. 92, E I, n. 13, Kapp Papers, informe de Jahnke de octubre de 1919; véase también NA Washington, StDF 862.202 12/1430, MC 336, legajo 59, agregado militar al jefe del Ramo de Inteligencia Militar, División Ejecutiva, 31 de julio de 1918.

142 Ibid., StDF 862.202 12/642, MC 336, legajo 56, Lansing a Fletcher, 13 de septiembre de 1917.

143 Ibid., StDF 862.202 12/669, MC 336, legajo 56, Fletcher al secretario de Estado, 26 de septiembre de 1917.

144 DZA Potsdam, Reichspostamt Geheime Registratur Z, n. 15 043/1, minutas de la discusión del 23 de noviembre de 1916 entre los representantes de la Oficina Imperial de Correos, el ministerio de Relaciones Exteriores, la Oficina de Asuntos Coloniales, el Ejército y la Marina de Alemania.

145 Ibid.

146 Ibid., Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, mayo de 1916.

147 Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a la Oficina Imperial de Correos y al Almirantazgo, 20 de mayo de 1916.

148 Ibid., Oficina Imperial de Correos al Almirantazgo, 30 de mayo de 1916.

149 Ibid., Almirantazgo a la Oficina Imperial de Correos, 15 de junio de 1916.

150 Ibid., Oficina Imperial de Correos al Ministerio de Relaciones Exteriores y al Almirantazgo, 15 de julio de 1916.

151 Ibid., Almirantazgo a la Oficina Imperial de Correos, 9 de julio de 1916.

152 Ibid., Oficina Imperial de Correos al Almirantazgo, 19 de julio de 1916.

153 Ibid., minutas de la reunión, resultados, 22 de julio de 1916.

154 Ibid.

155 Ibid.

156 Ibid., Tesorería Imperial al Ministerio de Relaciones Exteriores, 28 de agosto de 1916.

157 Ibid., nota sobre la discusión sostenida en la Oficina Imperial de Correos de Alemania, 26 de febrero de 1920.

158 Ibid.

159 Ibid., Telefunken-Gesellschaft a Oficina Imperial de Correos, 28 de marzo de 1917.

160 Ibid., informe de Rusch a la reunión en la Oficina Imperial de Correos, 26 de febrero de 1920.

161 Ibid.

162 Ibid., Almirantazgo al kaiser Guillermo II, 10 de marzo de 1917.

163 Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a la Oficina Imperial de Correos, 20 de abril de 1917.

164 Ibid.

165 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 10 de diciembre de 1917.

166 Ibid., vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.

167 Ibid., vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 9 de diciembre de 1917.

168 NA Washington, StDF 862.202 12/1374, MC 336, legajo 59, cónsul Marsh al cónsul general en México, 9 de julio de 1918.

165 DZA Potsdam, Reichspostamt, Geheime Registratur Z, n. 15043/1, informe sobre los resultados de una reunión efectuada en la Oficina Imperial de Correos el 14 de febrero de 1917.

170 Ibid., Telefunken-Gesellschaft a la Oficina Imperial de Correos, 9 de febrero de 1917.

171 Ibid., Oficina Imperial de Correos a la Telefunken-Gesellschaft, 12 de febrero de 1917.

172 Ibid., notas marginales al informe del Ministerio de Relaciones Exteriores a la Oficina Imperial de Correos, 20 de abril de 1917.

173 Ibid., Almirantazgo a la Oficina Imperial de Correos, 28 de septiembre de 1918.

174 NA Washington, StDF 862.202 12/1480, MC 336, legajo 59, Lansing a Page, 31 de agosto de 1918.

175 DZA Potsdam, Reichspostamt, Geheime Registratur Z, n. 15043/1, nota sobre la conversación sostenida con Eckardt en la Oficina Imperial de Correos, 20 de febrero de 1920.

176 Ibid., Almirantazgo al Ministerio de Relaciones Exteriores y Oficina Imperial de Correos, 27 y 28 de septiembre de 1918.

177 NA Washington, StDF 862.202 12/1606, MC 336, legajo 59, Lansing a Fletcher, 9 de octubre de 1918.

178 Ibid.

179 Ibid., StDF 862.202 12/184, MC 336, legajo 55, embajador en Berna al ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, marzo de 1917.

180 Ibid., StDF 862.202 12/348, MC 336, legajo 56, Page al secretario de Estado, 7 de julio de 1917.

182 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 15 de marzo de 1918.

183 NA Washington, StDF 862.202 12/1150, MC 336, legajo 58, cónsul norteamericano en Veracruz al secretario de Estado, 13 de abril de 1918.

184 Ibid., StDF 862.202 12/1264, MC 336, legajo 58, Fletcher al secretario de Estado, 5 de junio de 1918.
185 DZA Potsdam, AA II, n. 4462, embajada alemana en Berna al Canciller alemán, 5 de julio de 1918.
186 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Kalle a la Sección Política del Estado Mayor, 28 de octubre de 1917.
187 NA Washington, StDF 862.202 12/1167, MC 336, legajo 58, Page al secretario de Estado, 3 de mayo de 1918. Como en el caso de informes posteriores, ésta fue una instrucción alemana interceptada por el servicio secreto de Inglaterra.
188 Ibid., StDF 862.202 12/1101, MC 336, legajo 58, embajada en Londres a Lansing, 9 de abril de 1918.
189 W. James, op. cit., p. 190.
190 DZA Merseburg, Rep. 92, E I, Archivo de Kapp, informe de Jahnke de octubre de 1919.
191 NA Washington, StDF 862.202 12/1408, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 21 de octubre de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1621, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 21 de octubre de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1626, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 24 de octubre de 1918.
192 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Kalle a la Sección Política del Estado Mayor, 28 de octubre de 1917.
193 M. N. Roy, "Memoirs", *Amrita Bazar Patrica*, Calcuta, 11 de marzo de 1951.
194 Ibid., 25 de febrero de 1951.
195 Ibid., 11 de marzo de 1951.
196 AA Bonn, Krieg ii. Accicnes y Subversión contra Nuestros Enemigos en la India, vol. 36, Comité de Independencia de la India a Hilmi, 23 de marzo de 1917.
197 Ibid., vol. 37, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de abril de 1917.
198 M. N. Roy, op. cit., 11 de marzo de 1951.
199 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 10 de diciembre de 1917.
200 Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Eckardt, 13 de enero de 1918.
201 NA Washington, StDF 862.202 12/547, MC 336, legajo 56, Lansing a Fletcher, 12 de agosto de 1917.
202 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 8 de diciembre de 1917.
203 NA Washington, StDF 862.202 12/885, MC 336, legajo 57, embajador en Tokio al secretario de Estado, 6 de enero de 1918.
204 Ibid., StDF 862.202 12/1236, MC 336, legajo 58, cónsul norteamericano en Hong Kong, al secretario de Estado, 30 de mayo de 1918.
205 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 14 de julio de 1918.
206 Ibid., Embajador en Madrid al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de marzo de 1918.
207 NA Washington, StDF 862.202 12/1404, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 31 de julio de 1918.
208 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, el 7 de agosto de 1918.
209 NA Washington, StDF 862.202 12/1619, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 21 de octubre de 1918.
210 Véase supra, el capítulo 9.
211 Biblioteca de la Universidad de Yale, Polk Papers, caja 34, carpeta 20, Polk a Lansing, 4 de junio de 1918.
212 Ibid.

213 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
214 NA Washington, StDF 862.202 12/1645, MC 336, legajo 59, embajador norteamericano en Guatemala al secretario de Estado, 4 de noviembre de 1918.
215 StA Bremen, Krieg 1914-1918, M 2 h 2 n. 1, Acta X, Sievekin a Donath, 4 de julio de 1917.
216 DZA Potsdam, Reichskanzlei, n. 2477, nota sobre la discusión sostenida en Spa, el 2 y 3 de julio de 1918, sobre el bloqueo de América del Norte.
217 Ibid., nota sobre la discusión sostenida en Spa, el 27 de julio de 1918, sobre la extensión del bloqueo.
218 Ibid.
219 Ibid.
220 Ibid.
221 NA Washington, StDF 862.202 12/371, MC 336, legajo 56, Fletcher al secretario de Estado, 30 de mayo de 1917.
222 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 37, Kardorff a Bethmann-Hollweg, 19 de agosto de 1913.
223 Ibid., Mexiko 16, vol. 2, nota del secretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores, 9 de septiembre de 1916.
224 DZA Potsdam, AA, Nachrichten und Presseabteilung (de aquí en adelante NPA). Comentario a Arnoldo Krumm Heller, *Für Freiheit und Recht. Meine Erlebnisse aus dem mexikanischen Bürgerkrieg*, Halle-Berlin, 1917.
225 AA Bonn, Mexiko, 1, vol. 57, Commerell al Ministerio de la Guerra, 22 de enero de 1917.
226 Ibid., Mexiko 16, vol. 1, Krumm Heller a Zimmermann, 25 de julio de 1917.
227 NA Washington, StDF 862.202 12/470, MC 336, legajo 56, Jusserand al secretario de Estado, 30 de mayo de 1917.
228 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Zimmermann a Krumm Heller, 29 de julio de 1917.
229 Ibid., Archivo de la Legación alemana en México, paquete 10, Morán a Eckardt, 6 de junio de 1918.
230 Ibid., expediente 3183, informe anónimo del 20 de octubre de 1917.
231 Ibid., paquete 17, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 18 de diciembre de 1917; DZA Merseburg, Rep. 92, E I, n. 13, papeles de Kapp, informe de Jahnke, octubre de 1919.
232 *Investigation . . .*, op. cit., vol. 1, p. 1230.
233 AA Bonn, Archivos de la Legación alemana en México, paquete 10, carta de Aguilar a agente confidencial, 15 de noviembre de 1917.
234 Ibid.
235 Ibid., Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
236 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 58, Eckardt al Canciller alemán, 30 de abril de 1917.
237 Ibid.
238 NA Washington, StDF 862.202 12/974, MC 336, Legajo 57, secretario de Estado adjunto a Polk, 15 de febrero de 1918.
239 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
240 NA Washington, StDF 862.202 12/1480, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 23 de agosto de 1918.
241 AA Bonn, Archivo de la Legación alemana en México, paquete 10, informe de un agente sobre Félix Díaz, 18 de diciembre de 1917.
242 Ibid., Gibsons al cónsul general en México, 24 de enero y 5 de febrero de 1916.
243 NA Washington, StDF 862.202 12/663, MC 336, legajo 56, cónsul norteame-

ricano en Veracruz al secretario de Estado, 1 de octubre de 1917; ibid., StDF 862.202 12/1292, MC 336, legajo 58, cónsul en Nuevo Laredo al secretario de Estado, 11 de junio de 1918.

[244] Ibid., StDF 862.202 12/647, MC 336, legajo 56, Page al secretario de Estado, 24 de septiembre de 1917.

[245] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 1 de junio de 1917.

[246] *Investigación...*, op. cit., vol. 1, pp. 460 y ss.

[247] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 8 de julio de 1918.

[248] Ibid., Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 14 de julio de 1918.

[249] Ibid., subsecretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania a la Sección Política del Estado Mayor, 6 de agosto de 1918.

[250] NA Washington, StDF 862.202 12/1493, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 28 de agosto de 1918.

[251] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, nota del 19 de abril de 1917.

[252] Ibid.

[253] Ibid., Kemnitz al secretario de Estado en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, 25 de mayo de 1917.

[254] Naciones Unidas. *Reports of International Arbitral Awards*, op. cit., vol. 8, p. 347.

[255] AA Bonn, Mexico 16, vol. 2, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de febrero de 1918.

[256] Sobre los servicios secretos norteamericanos, véase Lansing, op. cit., p. 84.

[257] NA Washington, StDF 862.202 12/51, MC 336, legajo 55, Cobb al secretario de Estado, 28 de diciembre de 1916; ibid., StDF 862.202 12/55, MC 336, legajo 55, Cobb al secretario de Estado, 13 de enero de 1917.

[258] Ibid., StDF 862.202 12/1334, MC 336, legajo 58, cónsul en Nuevo Laredo al secretario de Estado, 2 de julio de 1918.

[259] Ibid., StDF 862.202 12/1683a, MC 336, legajo 59, Carr al cónsul general Eberhardt, 6 de febrero de 1919.

[260] M. N. Roy, op. cit., 25 de febrero de 1951.

[261] Éste es un hecho plenamente confirmado por los numerosos informes confidenciales que sobre las actividades secretas alemanas enviaron los franceses al Departamento de Estado de los Estados Unidos; véase, entre otras fuentes, NA Washington, StDF 862.202, MC 336, legajo 57, Jusserand al secretario de Estado, 21 de noviembre de 1917.

[262] Ibid., StDF 862.202 12/1247, MC 336, legajo 58, cónsul en Tampico al secretario de Estado, 21 de mayo de 1918.

[263] Ibid., StDF 862.202 12/1099, MC 336, legajo 57, cónsul norteamericano en Sonora al secretario de Estado, 3 de abril de 1918.

[264] Ibid., StDF 862.202 12/1099, MC 336, legajo 57, especialista en asuntos mexicanos de la Oficina del Asesor sobre Comercio Exterior a Canova, septiembre de 1917.

[265] DZA Potsdam AA II n. 16945, Magnus al Ministerio de Relaciones Exteriores, 14 de febrero de 1919.

[266] NA Washington, StDF 862.202 12/794, MC 336, legajo 57, Lansing a Page, 15 de noviembre de 1917; ibid., Page al secretario de Estado, 17 de noviembre de 1917.

[267] Ibid., StDF 862.202 12/1025, MC 336, legajo 57, Page al secretario de Estado, 12 de marzo de 1918.

[268] Ibid., StDF 862.202 12/1035, MC 336, legajo 57, Lansing a Page, 15 de marzo de 1918.

[269] Ibid., StDF 862.202 12/1732, MC 336, legajo 59, Page al secretario de Estado, 17 de enero de 1918.

[270] Ibid., StDF 862.202 12/1734, MC 336, legajo 59, Polk a Page, 18 de enero de 1918.

[271] Herberto Yardley, "La criptografía y los mensajes de Alemania a México", *Síntesis*, México, enero de 1940.

[272] Naciones Unidas, *Reports of International Arbitral Awards*, op. cit., vol. 8, p. 351.

[273] Ibid.

[274] Ibid., p. 354.

[275] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 16 de abril de 1917.

[276] NA Washington, StDF 862.202 12/274. MC 336, legajo 55, cónsul en Tampico al secretario de Estado, 15 de abril de 1917, Apéndice: cónsul mexicano en La Habana al secretario de Relaciones Exteriores, 29 y 30 de marzo de 1917.

[277] Ibid.

[278] Ibid.

[279] Ibid., p. 364.

[280] NA Washington StDF 862.202 12/451, MC 336, legajo 56, Cobb al secretario de Estado, 31 de julio de 1917.

[281] Ibid., StDF 862.202 12/657, MC 336, legajo 56, informe de agente del 15 de agosto de 1917.

[282] Ibid., StDF 862.202 12/1123, MC 336, legajo 58, Fletcher al secretario de Estado, 16 de abril de 1918.

[283] *Mixea Claims...*, op. cit., Informes finales del agente norteamericano, p. 60.

[284] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a la Sección Política del Estado Mayor, 15 de marzo de 1918.

[285] NA Washington, StDF 862.202 12/1647, MC 336, legajo 59, Jusserand al secretario de Estado, 16 de noviembre de 1918.

[286] Ibid.

[287] *Mixed Claims...*, op. cit., informe final del agente norteamericano, p. 61.

[288] NA Washington, StDF 862.202 12/1621, MC 336, legajo 59, Lansing a la embajada en Madrid, 23 de octubre de 1918.

[289] Ibid., StDF 862.202 12/1755, MC 336, legajo 59, agregado militar en Madrid al secretario de Estado, 14 de diciembre de 1919.

[290] Ibid., StDF 862.202 12/451, MC 336, legajo 56, Cobb al secretario de Estado, 31 de julio de 1917.

[291] Ibid., StDF 862.202 12/790, MC 336, legajo 57, Cobb al secretario de Estado, 22 de septiembre de 1917.

[292] Sobre Altendorf véanse AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, la nota de Stohrer del 7 de octubre de 1919; NA Washington, StDF 862.202 12/1210. MC 336, legajo 58, cónsul en Guaymas al secretario de Estado, 13 de mayo de 1918; *Investigation...*, op. cit., vol. 1, pp. 468 y 1229.

[293] Ibid., p. 468. Mason en todo caso afirma que fue él quien entregó a Witzke a los norteamericanos.

[294] Ibid., vol. 2, p. 3255.

[295] Roger L. Green, *A. E. W. Mason, The Adventures of a Story Teller*, Londres, 1952, p. 148.

[296] Ibid.

[297] NA Washington, StDF 862.202 12/1387a, MC 336, legajo 59, Harrison a la embajada en México, 11 de julio de 1918.

[298] Ibid.

[299] Ibid., StDF 862.202 12/1387, MC 336, legajo 59, Harrison a la embajada en México, 22 de agosto de 1918.
[300] Ibid., StDF 862.202 12/600, MC 336, legajo 56, cónsul en Nuevo Laredo al secretario de Estado, 1 de septiembre de 1917.
[301] Ibid.
[302] Ibid., StDF 862.202 12/1509, MC 336, legajo 59, cónsul en Veracruz al secretario de Estado, 2 de septiembre de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1520, MC 336, legajo 59, cónsul en Veracruz al secretario de Estado, 5 de septiembre de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1568, MC 336, legajo 59, cónsul en Veracruz al secretario de Estado, 30 de septiembre de 1918.
[303] Ibid., StDF 862.202 12/1520, MC 336, legajo 59, cónsul en Veracruz al secretario de Estado, 5 de septiembre de 1918.
[304] DZA Potsdam, Oficina Imperial de Correos, Registro Secreto Z, n. 15 043/1, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de julio de 1917.
[305] Ibid., AA NPA, n. 56 679, Almirantazgo al Ministerio de Relaciones Exteriores, 28 de agosto de 1917.
[306] R. L. Green, op. cit., p. 148.
[307] Ibid., p. 154.
[308] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[309] Ibid., vol. 2, Magnus al Ministerio de Relaciones Exteriores, 17 de enero de 1919.
[310] Ibid., vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[311] Biblioteca de la Universidad de Yale, Polk Papers, caja 34, carpeta 20, Polk a Lansing, 4 de junio de 1918.
[312] NA Washington, StDF 862.202 12/331, MC 336, legajo 55, McCoy a Fletcher, 3 de mayo de 1917.
[313] DZA Potsdam, Ministerio del Interior, n. 14 430, Ministerio de Relaciones Exteriores a la Oficina de Inteligencia del Ministerio del Interior, 8 de julio de 1916.
[314] Ibid., AA Zentralstella für Auslandsdienst (ZfA), n. 1653, memorándum sobre el primer año de la Oficina Central del Servicio Exterior.
[315] Ibid., Ministerio del Interior, n. 12 322, Informe sobre las actividades de la Oficina Central del Servicio Exterior en el periodo 15 de febrero a 31 de marzo de 1915.
[316] Ibid.
[317] Ibid., AA NPA, n. 57 867, Deutscher Wirtschaftsverband für Süd- und Mittelamerika al Ministerio de Relaciones Exteriores, 20 de diciembre de 1915.
[318] Ibid., n. 57698, Schädel al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de mayo de 1917.
[319] Ibid., n. 57 699, embajada en Berna al Ministerio de Relaciones Exteriores, septiembre de 1918.
[320] Ibid., n. 57 698, Schädel al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de mayo de 1917.
[321] Ibid., AA ZfA, n. 1359, Deutsche Südamerikanisches Institut a Bethmann Hollweg, 10 de noviembre de 1914.
[322] Ibid.
[323] Ministerio del Interior, n. 12 319, 1914-15, Informe Anual de la Agencia de Noticias para Países de Habla Española y Portuguesa.
[324] Ibid.
[325] Ibid., AA NPA, n. 57 866, Transozean GmbH al Ministerio de Relaciones Exteriores, 22 de septiembre de 1915.
[326] Ibid.
[327] Ibid., Ministerio del Interior, n. 12 319, Boletín de Noticias, n. 56, artículo de Gustav Stetzenbach, "El peligro inglés para Sudamérica".

[328] Ibid., AA ZFA, n. 1453, Ministerio de Relaciones Exteriores a Luxburg, en mayo de 1917.
[329] Ibid., AA NPA, n. 57 866, Transozean GmbH al Ministerio de Relaciones Exteriores, 22 de septiembre de 1915.
[330] Ibid., Ministerio del Interior, n. 12 322, Informe de Actividades de la Oficina Central del Servicio Exterior para agosto de 1915.
[331] Ibid., Informe Anual para 1915 de la Oficina Central del Servicio Exterior.
[332] Ibid., AA NPA, n. 57 866, Lista de miembros de los Servicios Ultramarinos de Alemania.
[333] Ibid., AA II, n. 4032, Memorándum *Grundlagen und Ziele des Deutschen Uberseedienstes.*
[334] Ibid., AA NPA, n. 57 866, Declaración del Ministerio de Relaciones Exteriores, 24 de julio de 1915.
[335] Ibid., n. 57 867, Lista de miembros de la Junta de Directores de Transozean GmbH.
[336] Ibid., n. 57 681, Ministerio de Relaciones Exteriores a la Tesorería Imperial, 30 de marzo de 1917.
[337] Ibid.
[338] Ibid., n. 57 866, Bernstorff a Bethmann-Hollweg, 2 de abril de 1915.
[339] Ibid., n. 57 676, Bernstorff al Ministerio de Relaciones Exteriores, 6 de marzo de 1917.
[340] Ibid.
[341] Ibid., n. 57 697, introducción a *Der Verband Deutscher Reichsangehöriger in Mexiko*, abril de 1916.
[342] Ibid., n. 57 679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 29 de noviembre de 1915.
[343] Ibid.
[344] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[345] Ibid.
[346] DZA Potsdam, AA NPA, n. 57 866, Transozean GmbH al Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de noviembre de 1915.
[347] Ibid., AA II, n. 4032, informe confidencial de la Transozean GmbH al Ministerio de Relaciones Exteriores, marzo de 1916.
[348] Ibid., AA NPA, n. 57 679, Schumacher al Ministerio de Relaciones Exteriores, 21 de octubre de 1915.
[349] Ibid.
[350] Ibid.
[351] Ibid., Eckardt a Bethmann-Hollweg, 29 de noviembre de 1915.
[352] Ibid.
[353] Ibid., Albert a Eckardt, 20 de noviembre de 1915.
[354] Ibid., Eckardt a Bethmann-Hollweg, 3 de mayo de 1916.
[355] Ibid., Eckardt al Canciller alemán, 10 de diciembre de 1915.
[356] Ibid., Eckardt a Bethmann-Hollweg, 3 de mayo de 1916.
[357] AREM México, Guerra Europea 1914-1918, Legación alemana a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, 22 de septiembre de 1916.
[358] Ibid., Aguilar al Consejo Editorial de *El Pueblo*, 24 de septiembre de 1916.
[359] Ibid., Consejo Editorial de *El Pueblo* a Aguilar, 26 de septiembre de 1916.
[360] DZA Potsdam, AA NPA, n. 57 679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 19 de junio de 1916.
[361] Rafael Martínez, "El nacionalismo del presidente Carranza", *El Universal Gráfico*, México, 15 de febrero de 1935.
[362] AA Bonn, Mexiko 1, vol. 57, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 2 de agosto de 1916.
[363] DZA Potsdam, AA NPA, n. 57 679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 26 de oc-

tubre de 1916.
[364] Ibid.
[365] NA Washington, StDF 862.202 12/1180, MC 336, legajo 58, Fletcher al secretario de Estado, 1 de mayo de 1918.
[366] AA Bonn Mexiko 16; vol. 1, Sección Política del Estado Mayor al Ministerio de Relaciones Exteriores, 25 de junio de 1917; ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a la Sección Política del Estado Mayor, 29 de junio de 1917.
[367] DZA Potsdam, AA NPA, n. 57 679, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 29 de noviembre de 1915.
[368] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 1, Eckardt al Ministerio de Relaciones Exteriores, 25 de enero de 1917.
[369] NA Washington, StDF 862.202 12/1084, MC 336, legajo 57, Campbell al secretario de Estado, 5 de marzo de 1918.
[370] HHStA Wien, PA, Krieg 7, México, ministro residente en México al ministro de Relaciones Exteriores, 20 de octubre de 1916.
[371] Ibid., ministro de Relaciones Exteriores al ministro residente en México, 26 de octubre de 1916.
[372] Ibid.
[373] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[374] Ibid.
[375] Ibid.
[376] Ibid.
[377] DZA Potsdam, AA NPA, n. 57 867, Schmersow a Firma Bromberg & Co., 7 de julio de 1915.
[378] NA Washington, StDF 862.202 12/1428, MC 336, legajo 59, cónsul general Hanna al secretario de Estado, 30 de julio de 1918.
[379] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[380] NA Washington, StDF 862.202 12/1430, MC 336, legajo 59, Fletcher al secretario de Estado, 31 de julio de 1918.
[381] AA Bonn, Archivo de la Legación alemana en México, paquete 6, informe sobre entrevista con Ugarte.
[382] Ibid., Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[383] Ibid.
[384] NA Washington, StDF 862.202 12/1638, MC 336, legajo 59, Fletcher al secretario de Estado, 13 de diciembre de 1918.
[385] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[386] Ibid., Archivo de la Legación alemana en México, paquete 11, cónsul en Guadalajara a Eckardt, 5 de agosto de 1918.
[387] Ibid., Eckardt al cónsul en Guadalajara, 13 de agosto de 1918.
[388] Ibid., cónsul en Guadalajara a Eckardt, 15 de agosto de 1918.
[389] Ibid., Eckardt al cónsul en Guadalajara, 20 de agosto de 1918.
[390] Ibid.
[391] NA Washington, StDF 862.202 12/1545, MC 336, legajo 59, cónsul en Guadalajara al secretario de Estado, 5 de septiembre de 1918.
[392] Ibid.
[393] Ibid.
[394] AREM México, III/250 (34..00) (72) 1, Aguilar a la prensa mexicana, 13 de abril de 1918.
[395] Ibid., Andrade al ministro de Relaciones Exteriores, 24 de abril de 1918.
[396] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.

[397] Ibid.
[398] NA Washington, StDF 862.202 12/159, MC 336, legajo 55, cónsul en Coahuila al secretario de Estado, 27 de marzo de 1917.
[399] Ibid., StDF 862.202 12/552, MC 336, legajo 57, cónsul en Piedras Negras al secretario de Estado, 13 de agosto de 1917.
[400] Ibid., StDF 862.202 12/810, MC 336, legajo 57, Departamento de la Guerra al secretario de Estado, 28 de noviembre de 1917.
[401] Ibid., StDF 862.202 12/811, MC 336, legajo 57, cónsul en Frontera de Tabasco al secretario de Estado, 22 de noviembre de 1917.
[402] Ibid., StDF 862.202 12/1126, MC 336, legajo 58, cónsul en Piedras Negras al secretario de Estado, 13 de abril de 1918.
[403] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[404] NA Washington, StDF 862.202 12/953, MC 336, legajo 57, Scorille a Fletcher, 6 de febrero de 1918; ibid., StDF 862.202 12/968, MC 336, legajo 57, Fletcher al secretario de Estado, 13 de abril de 1918.
[405] Ibid., StDF 862.202 12/1064, MC 336, legajo 57, Cobb al secretario de Estado, 28 de marzo de 1918.
[406] Ibid., StDF 862.202 12/262, MC 336, legajo 55, cónsul en Veracruz al secretario de Estado, 19 de abril de 1917; ibid., secretario de Estado al cónsul en Veracruz, 4 de mayo de 1917.
[407] Ibid., StDF 862.202 12/481, MC 336, legajo 55, memorándum de la embajada de la Gran Bretaña en Washington, 24 de julio de 1917.
[408] Ibid., StDF 862.202 12/516, MC 336, legajo 56, Fletcher al secretario de Estado, 7 de agosto de 1917.
[409] Ibid., StDF 862.202 12/529, MC 336, legajo 56, Fletcher al secretario de Estado, 14 de agosto de 1917.
[410] Ibid., StDF 862.202 12/562, MC 336, legajo 56, National Type and Paper Co. al Departamento de Estado, 25 de agosto de 1917.
[411] Ibid.
[412] Ibid., StDF 862.202 12/580, MC 336, legajo 57, Lansing a Fletcher, 22 de agosto de 1917.
[413] Ibid.
[414] Ibid., StDF 862.202 12/581, MC 336, legajo 57, Fletcher al secretario de Estado, 28 de agosto de 1917.
[415] Ibid., StDF 862.202 12/639, MC 336, legajo 57, Wilson a Lansing, 3 de agosto de 1917.
[416] Ibid., StDF 862.202 12/581, MC 336, legajo 57, Lansing a Fletcher, 6 de septiembre de 1917.
[417] Ibid., StDF 862.202 12/616, MC 336, legajo 57, Fletcher al secretario de Estado, 11 de septiembre de 1917.
[418] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[419] NA Washington, StDF 862.202 12/1054, 1/2 MC 336, legajo 58, Fletcher al secretario de Estado, 23 de marzo de 1918.
[420] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918; NA Washington, StDF 862.202 12/1128, MC 336, legajo 58, cónsul en Guadalajara al secretario de Estado, 12 de abril de 1918.
[421] Ibid., StDF 862.202 12/1624, MC 336, legajo 59, embajador en Tokio al secretario de Estado, 17 de julio de 1918.
[422] AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3 Eckardt al Canciller alemán, 7 de agosto de 1918.
[423] NA Washington, StDF 862.202 12/1197, MC 336, legajo 58, secretario de Estado a Fletcher, 9 de mayo de 1918.

424 AA Bonn, Archivo de la Legación alemana en México, paquete 11, cónsul en Yucatán a Eckardt, 16 de marzo de 1918.

425 NA Washington. StDF 862.202 12/780, MC 336, legajo 57, cónsul en Progreso al secretario de Estado, 22 de septiembre de 1918.

426 Ibid., StDF 862.202 12/1004, MC 336, legajo 57, vicecónsul en Piedras Negras al secretario de Estado, 27 de febrero de 1917.

427 Lansing incluso recomendó estos métodos abiertamente (ibid., StDF 862.202 12/580, MC 336, legajo 56, Lansing a Fletcher, 22 de agosto de 1917).

428 Ibid., StDF 862.202 12/924, MC 336, legajo 57, Summerlin al secretario de Estado, 23 de enero de 1918; ibid, Lansing a la Embajada en México, 28 de enero de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1306, MC 336, legajo 58, cónsul general en Guayaquil al secretario de Estado, 3 de mayo de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1308, MC 336, legajo 58, Carr al cónsul general en Guayaquil, 12 de julio de 1918.

429 DZA Potsdam, AA ZFA, n. 947, Bernstorff a Ministerio de Relaciones Exteriores, 4 de octubre de 1916; ibid., Zimmermann a Bernstorff, 13 de noviembre de 1916.

430 NA Washington, D. C., StDF 862.202 12/1337, MC 336, legajo 58, Comité de Información Pública a Fletcher, 24 de junio de 1918; ibid., StDF 862.202 12/1448, MC 336, legajo 59, Lansing a Embajada en México, 15 de agosto de 1918.

431 Ibid., StDF 862.202 12/1337, MC 336, legajo 58, Comité de Información Pública a Fletcher, 24 de junio de 1918.

432 Ibid., StDF 862.202 12/481, MC 336, legajo 56, memorándum de la Embajada británica en Washington, 24 de julio de 1917.

433 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller del Reich, 7 de agosto de 1918.

434 Thomas A. Bailey, *The Policy of the United States toward the Neutrals*, Gloucester, 1966, p. 313.

CAPÍTULO 11

1 Entre 1915 y 1920 la parte correspondiente a los Estados Unidos de todas las importaciones latinoamericanas creció de menos de 16% a casi 42%, Edward B. Parsons, *Wilsonian Diplomacy: Allied-American Rivalries in War and Peace*, Saint Louis, 1978, pp. 47-48. Véase también Joseph S. Tulchin, *The Aftermath of War: World War I and U.S. Policy toward Latin America*, Nueva York, 1971 y Jeffrey J. Safford, *Wilsonian Maritime Diplomacy*, New Brunswick, 1978.

2 PRO FO 371 3244 3904, Memorándum de Thurston, 30 de abril de 1918.

3 Pearson Papers, Body a Riba, 24 de septiembre de 1914.

4 Ibid.

5 Pearson Papers, Body a Cowdray, 30 de diciembre de 1915.

6 R. F. Smith, op. cit., pp. 101-04; Lorenzo Meyer, *México y Estados Unidos en el conflicto petrolero, 1917-1942*, México, 1968, pp. 94-103.

7 PRO FO 371 3961 3167, Ministerio de Relaciones Exteriores británico. Minutas, 29 de junio de 1917.

8 PRO FO 371 3244 3904, Memorándum de Thurston, 30 de abril de 1918.

9 PRO FO 371 3244 3904, Memorándum sin firma de la Embajada británica en Washington, 18 de mayo de 1917.

10 PRO FO 371 2962 3167, Grahame Richards al Ministerio de Relaciones Exteriores británico, julio de 1917.

11 PRO FO 371 2961 3167, Memorándum de Thurston, 23 de mayo de 1917.

12 PRO FO 371 2962 3167. Grahame Richards al Ministerio de Relaciones Exteriores británico, junio de 1917.

13 PRO FO 371 2961 3167, Memorándum de Thurston, 23 de junio de 1917.

14 PRO FO 371 2961 3167, Memorándum sin fecha de Cummins.

15 PRO FO 371 2961 3167, Memorándum sin fecha de Body y carta de Body, 29 de abril de 1917.

16 PRO FO 371 2961 3167, notas de Body, 4-9 de mayo, 1917.

17 PRO FO 371 2962 3167, Grahame Richards al Ministerio de Relaciones Exteriores, junio de 1917.

18 Ibid.

19 PRO FO 371 2961 3167, Ministerio de Relaciones Exteriores. Minutas, comentarios de Raymond Sperling, 5 de julio de 1917.

20 PRO FO 371 2961 3167, Ministerio de Relaciones Exteriores. Memorándum, 6 de julio de 1917.

21 PRO FO 371 2961 3167, Ministerio de Relaciones Exteriores. Minutas, 29 de junio de 1917.

22 PRO FO 371 2962 3167, Cummins a Balfour, 22 de junio de 1917.

23 PRO FO 371 2962 3167, Colville Barclay a Balfour, 23 de agosto de 1917 y memorándum adjunto sin firma.

24 PRO FO 371 2963 3204, Cummins al Ministerio de Relaciones Exteriores, 5 de noviembre de 1917.

25 NA Washington, StDF, Office of the Counselor, expediente de Leland Harrison, caja 208 (Mexican Intrigue), Memorándums secretos del secretario de Estado Lansing, 6 y 12 de diciembre de 1917.

26 Ibid.

27 PRO FO 371 2963 3204, Cowdray a Maurice de Bunsen, 12 de noviembre de 1917.

28 PRO FO 371 2963 3204, Ministerio de Relaciones Exteriores. Minutas, 14 de noviembre de 1917.

29 PRO FO 371 2962 3167, Cummins al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de julio de 1917.

30 Véase D. Young, op. cit., pp. 183-84.

31 Ibid., PRO FO 371 2963 3204, Cowdray a Maurice de Bunsen, 12 de noviembre de 1917.

32 Ibid.

33 D. Young, op. cit., p. 184. En febrero de 1917, cuando Cowdray había intentado vender sus propiedades petroleras a la Standard Oil, el Almirantazgo inglés se había opuesto terminantemente. Véase PRO FO 800 204 X P.O. 6380, Balfour Papers, Graham Greene a Balfour, 13 de febrero de 1917.

34 PRO FO 371 2963 3204, Ministerio de Relaciones Exteriores a Barclay, 7 de noviembre de 1917.

35 PRO FO 371 2864 3204 221012, Memorándum del Servicio de Inteligencia Militar, 22 de noviembre de 1917.

36 Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores, minutas, 23 de noviembre de 1917.

37 PRO FO 371 2964 3204, Memorándum de la División de Inteligencia del Almirantazgo, 10 de diciembre de 1917.

38 Ibid.

39 Véase supra, el capítulo 10.

40 PRO FO 371 2962 3167, informe sin fecha sobre un agente inglés en la legación de Alemania en México.

41 PRO FO 371 2963 3204, Ministerio de Relaciones Exteriores, minutas, 27 de octubre de 1917.

42 PRO FO 371 2964 3204, 19 de noviembre de 1917. Informe de Sir Maurice de Bunsen sobre su entrevista con el coronel House.

43 NA Washington StDF 862.202 12/1025 MC 336, legajo 57, Page al secreta-

rio de Estado, 12 de marzo de 1918; PRO FO 371 3243 2744, Hohler al Ministerio de Relaciones Exteriores, 6 de marzo de 1918.

44 PRO FO 371 3244 2658, Memorándum de Thurston, 9 de mayo de 1918; PRO FO 371 2964 3204, Memorándum de la División de Inteligencia del Almirantazgo, 10 de diciembre de 1917.

45 PRO FO 371 2964 3204, Bouchier a Roberts, 27 de octubre de 1917.

46 Ibid., Barclay a Balfour, 1 de noviembre de 1917.

47 Ibid., Memorándum de Bouchier, 29 de octubre de 1917.

48 PRO FO 371 3244 3204, Memorándum de Thurston, 30 de abril de 1918.

49 PRO FO 371 3243 2744, Barclay al Ministerio de Relaciones Exteriores, 12 de marzo de 1918.

50 PRO FO 371 3242 2744, Cummins al Ministerio de Relaciones Exteriores, 11 de marzo de 1918.

51 Emily Rosenberg, "Economic Pressures in Anglo-American Diplomacy in Mexico, 1917-1918", *Journal of Inter-American Studies and World Affairs*, vol. 17, mayo de 1975, pp. 123-40.

52 R. F. Smith, op. cit., p. 119.

53 Para una biografía oficial de Alfredo Robles Domínguez, véase Diego Arenas Guzmán, Mario Ronzón y Manuel B. Trens, *Elogio de Alfredo Robles Domínguez*, México, 1955.

54 PRO FO 371 3244 2651, Memorándum de Hohler, 11 de abril de 1918.

55 Ibid.

56 Ibid.

57 PRO FO 371 3836 2658, Cummins al Ministerio de Relaciones Exteriores, abril de 1918.

58 PRO FO 371 3244 2658, Informe de 152, Hohler al Ministerio de Relaciones Exteriores, 20 de marzo de 1918.

59 PRO FO 371 3244 2658, Memorándum secreto del Estado Mayor, 9 de mayo de 1918.

60 Ibid.

61 PRO FO 371 3244 2658, Balfour a Reading, 7 de mayo de 1918.

62 PRO FO 371 3244 2658, Memorándum secreto del Estado Mayor, 9 de mayo de 1918.

63 PRO FO 371 3244 2658, Memorándum de Balfour, 13 de mayo de 1918.

64 PRO FO 371 3244 2658, Balfour a Reading, 7 de mayo de 1918.

65 PRO FO 371 3244 2658 89410, minutas del gabinete de guerra, 10 de mayo de 1918.

66 PRO FO 371 3244 2658, Reading al Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de mayo de 1918.

67 PRO FO 371 3244 2658, Cummins al Ministerio de Relaciones Exteriores, 24 de mayo de 1918.

68 Pearson Papers, Memorándum a Lord Cowdray, entrevista entre Lord Cowdray con Sir Maurice de Bunsen en el Ministerio de Relaciones Exteriores, 25 de marzo de 1918.

69 PRO FO 371 3244 2658, cartas de un colaborador de Cowdray, 9 de mayo de 1918.

70 PRO FO 371 3242 2658, Hohler al Ministerio de Relaciones Exteriores. Estos memorándums condujeron a grandes tensiones entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. Cuando funcionarios del gobierno británico les preguntaron al respecto. Wilson, Lansing y Gordon Auchincloss declararon que no tenían noticia de ellos y Hohler informó que Auchincloss "piensa que el telegrama que lo contiene debe estar en el Departamento del Servicio Secreto, pero el secretario a cargo de este departamento me dice que no puede encontrarlos y considera que se deben de haber traspapelado" (ibid.). De hecho he descubierto estos mensajes en los archivos confidenciales de Leland Harrison que están en los papeles de la Oficina del Consejo Legal. ¿Se perdieron allí? ¿Consideró Harrison que los ingleses habían exagerado y que estas comunicaciones no eran lo suficientemente serias para pasárselas a Wilson y Lansing? ¿Las habrá visto Polk (a quien Hohler no preguntó nada al respecto), que parece haber sido antintervencionista, negándose a trasmitirlos por considerar que echarían leña al fuego del intervencionismo? No hay todavía una respuesta definitiva a estas preguntas.

71 F. Katz, "Pancho Villa and the attack on Columbus", op. cit., pp. 117-23.

72 AMAE Nouvelle Série, Correspondance Politique: Guerre 1914-1918, Méxique, vol. 2, Jusserand al ministro de Relaciones Exteriores, 14 de diciembre de 1917.

73 PRO FO 371 3243 2743, véase Report of Department Intelligence Officer Headquarters Southern Military Command, submitted to the Chief of Military Intelligence Section, Army War College, Washington, 22 de febrero de 1918.

74 AMAE Nouvelle Série, Correspondance Politique Méxique, Politique Intérieure 5, Jusserand al ministro de Relaciones Exteriores, 16 de noviembre de 1913.

75 AMAE Nouvelle Série, Correspondance Politique. Méxique, Politique Intérieure, n. 9, Ayguesparre al ministro de Relaciones Exteriores, 26 de diciembre de 1914.

76 Ibid., Ayguesparre al ministro de Relaciones Exteriores, 20 de septiembre de 1914.

77 AMAE Nouvelle Série, Correspondance Politique. Guerre 1914-1918, Méxique, vol. 2, Couzet al ministro de Relaciones Exteriores, 7 de diciembre de 1917.

78 AMAE, Nouvelle, Série, Correspondance Politique. Guerre, 1914-1918, Méxique, vol. 2, Jusserand al ministro de Relaciones Exteriores, 14 de diciembre de 1917.

79 AMAE, Nouvelle Série, Correspondance Politique, Méxique, Politique Intérieure, 15. Nota para el ministro de Relaciones Exteriores, 3 de marzo de 1918.

80 Ibid.

81 AMAE, Nouvelle Série, Correspondance Politique: Etats Unis, vol. 75, B103, Rélations avec le Méxique, 1919, Ayguesparre al ministro de Relaciones Exteriores, 1 de diciembre de 1919.

82 Véanse R. F. Smith, op. cit., capítulos 4 y 5; E. Rosenberg, op. cit.; Mark T. Gilderhus, *Diplomacy and Revolution, United States-Mexican Relations under Wilson and Carranza*, Tucson, 1977; L. Meyer, op. cit., pp. 94-103.

83 R. F. Smith, op. cit., p. 93.

84 Ibid.

85 AMAE, Nouvelle Série, Correspondance Politique: Guerre 1914-1918, Méxique, Jusserand al ministro de Relaciones Exteriores, 12 de marzo de 1918.

86 R. F. Smith, op. cit., p. 93.

87 Biblioteca de la Universidad de Yale, Polk Papers, carpeta 20, Polk a Lansing, 4 de junio de 1918.

88 E. Rosenberg, op. cit., pp. 129-33.

89 R. F. Smith, op. cit., pp. 144-47.

90 M. D. Bernstein, op. cit., p. 104.

91 Isidro Fabela, *La política interior y exterior de Carranza*, México, 1979, pp. 217-26.

92 Para una descripción detallada de los conflictos económicos, políticos y diplomáticos entre México y los Estados Unidos en el periodo 1917-1918, véanse M. T. Gilderhus, op. cit., pp. 72-106; R. F. Smith, op. cit., pp. 92-133; E. Rosenberg, op. cit., pp. 123-50; L. Meyer, op. cit., pp. 62-106.

93 PRO FO 371 3243 2743. Report of Department Intelligence Office Headquarters Southern Military Command, submitted to the Chief of the Military Intelligence Section, Army War College, Washington, 22 de febrero de 1918.

94 C. W. Trow, *Senator Albert B. Fall and Mexican Affairs, 1912-1921*, tesis iné-

dita, Universidad de Colorado, 1966, pp. 184-92.
95 L. Meyer, op. cit., p. 101.
96 Véase supra la nota 93.
97 NA Washington StDF, Office of the Counselor, Leland Harrison File, caja 208 (Mexican Intrigue). Memorándums secretos del secretario de Estado Lansing, 6 y 12 de diciembre de 1917.
98 Ibid.
99 F. Katz, "Pancho Villa and the Attack on Columbus", op. cit., p. 121.
100 B. Baruch, op. cit., vol. 1, p. 213; T. B. Bailey, op. cit., pp. 326-28.
101 R. F. Smith, op. cit., pp. 112-13, 129-30.
102 Ibid., p. 132.
103 Julius W. Pratt, *A History of United States Foreign Policy*, Englewood Cliffs, N. J., 1972, p. 306.
104 Frank W. Iklé, "Japanese-German Peace Negotiations During World War I", *American Historical Review*.
105 J. W. Pratt, op. cit., pp. 306-7.
106 Iyo Kunimoto, "Japan and Mexico, 1888-1917", tesis doctoral inédita, Universidad de Texas en Austin, 1975, pp. 54-98.
107 Jessie C. Lyon, "Diplomatic Relations between the United States, Mexico and Japan: 1913-1917", tesis doctoral inédita, Claremont College, 1975, p. 98.
108 Ibid., p. 171.
109 Ibid., p. 173.
110 Akira Iriye, *Across the Pacific: An Inner History of American-East Asian Relations*, Nueva York, 1967, p. 131.
111 Hugh L. Scott, *Some Memories of a Soldier*, Nueva York, 1928, p. 512.
112 Véase William Reynolds Braisted, *The United States Navy in the Pacific*, Austin, 1971, pp. 164-65; Lyon, "Diplomatic Relations", pp. 93-97.
113 Iyo Kunimoto, "Japan and Mexico", p. 210.
114 Ibid., p. 211.
115 Ibid.
116 Ibid., pp. 215-16.
117 Ibid., p. 217.
118 Lyon, "Diplomatic Relations", p. 173.
119 Akira Iriye, op. cit., pp. 133, 136.

CAPÍTULO 12

1 *Investigation of Mexican Affairs*, 1:458.
2 George A. Blakeslee, *Mexico and the Caribbean*, Nueva York, 1920, p. 58.
3 Biblioteca de la Universidad de Yale, Polk Papers, caja 34, carpeta 20, Polk a Lansing, 4 de junio de 1918.
4 AA Bonn, Mexiko 1, vol. 58, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 19 de febrero de 1917.
5 Ibid., vol. 57, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 8 de enero de 1917.
6 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt al Canciller, 7 de agosto de 1918. Al igual que muchas otras declaraciones de Eckardt, ésta contiene grandes exageraciones. El número de tropas norteamericanas desplegadas a lo largo de la frontera con México no era de 200 000 a 500 000 hombres, sino sólo de 40 000 (Biblioteca de la Universidad de Yale, Polk Papers, caja 34, carpeta 20, Polk a Lansing, 4 de junio de 1918).
7 AREM México, Guerra Europea 1914-1918, gobierno mexicano a cónsul alemán en Veracruz.

8 AA Bonn, Mexiko 1, vol 58, Eckardt a Hertling, 30 de noviembre de 1917
9 R. G. Esparza, op. cit., p. 184.
10 R. F. Smith, op. cit., p. 94.
11 AA Bonn, archivo de la legación alemana en México, carpeta 10, Moran a Eckardt, 6 de junio de 1918.
12 Véase E. S. Rosenberg, op. cit., pp. 123-52.
13 Véase E. S. Rosenberg, op. cit., y R. F. Smith, op. cit., cap. 5.
14 R. F. Smith, op cit., cap. 5.
15 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Eckardt a Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, 5 de abril de 1918.
16 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Delmar a Sektion Politik, 10 de octubre de 1917.
17 NA Washington, D. C., StDF 862.202 12/773, MC 336, legajo 57, cónsul en Mazatlán a secretario de Estado, 31 de octubre de 1917.
18 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt a Canciller, 7 de agosto de 1918.
19 DZA Potsdam, AA II, n. 4462, Sección Militar-Comercial de la Embajada Alemana en Berna a Canciller, 5 de julio de 1918.
20 Biblioteca de la Universidad de Yale, caja 34, carpeta 20, Polk a Lansing, 4 de junio de 1918.
21 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt a Canciller, 7 de agosto de 1918
22 Percy A. Martin, *Latin America and the War*, Baltimore, 1925, p. 538
23 Foreign Relations 1917, Supplement, Fletcher a Secretario de Estado, 20 de octubre de 1917, p. 349.
24 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt a Canciller, 7 de agosto de 1918.
25 Ibid.
26 *Die Post*, 18 de marzo de 1917.
27 AA Bonn, Mexiko 18, Schwabach a Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, 13 de marzo de 1918.
28 HHSta Wien, PA, Krieg 7, Mexiko, ministro en México a ministro de Relaciones Exteriores, 17 de julio de 1917.
29 Ibid., ministro en México a ministro de Relaciones Exteriores, 26 de julio de 1917.

CAPÍTULO 13 [pp. 229/253]

1 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Eckardt a Reichskanzler, 7 de agosto de 1918.
2 R. F. Smith, op. cit., p. 145.
3 DZA Potsdam, AA II, n. 4462, Magnus a Ministerio de Relaciones Exteriores, 13 de agosto de 1919.
4 DZA Potsdam, Reichschatz amt, n. 2478, Eckardt a Bethmann-Hollweg, 25 de septiembre de 1915.
5 J. A. Spender, op. cit., pp. 203-4.
6 R. F. Smith, op. cit., pp. 131-32.
7 A. Vagts, *Mexiko, Europe und Amerika*..., op. cit., p. 292.
8 DZA Potsdam, AA II, n. 21605, embajador alemán en La Haya a Ministerio de Relaciones Exteriores, 1o. de febrero de 1919.
9 A. Vagts, *Mexiko, Europe und Amerika*..., op. cit., p. 283.
10 *Investigation of Mexican Affairs*, 2:2096.
11 Ibid., p. 2097.
12 DZA Merseburg, Rep. 92, E 1, n. 13, Kapp Papers, Informe de México, octubre de 1919.
13 A. Vagts, *Mexiko, Europe und Amerika*..., op. cit., p. 305.
14 *Investigation of Mexican Affairs*, 1:250.

15 R. F. Smith, op. cit., pp. 157-59.
16 Ch. Cumberland, *The Mexican Revolution . . .*, op. cit., pp. 397-98.
17 Porfirio Palacios, *Emiliano Zapata: datos biográfico-históricos*, México, 1960, p. 261.
18 F. Cervantes, *Francisco Villa y . . .*, op. cit., pp. 588-600.
19 J. Womack, Jr., op. cit., pp. 316-7.
20 Ibid., pp. 324-27.
21 AGN, Ramo Gobernación, caja 88, expediente 32, Carranza a Aguirre Berlanga, 9 de enero de 1917.
22 Ibid., Luis Terrazas a secretario de Gobernación, 10 de agosto de 1918.
23 Ibid., Andrés Ortiz a Aguirre Berlanga, 24 de febrero de 1919.
24 Ibid., subsecretario de Hacienda a Luis Terrazas, 18 de marzo de 1919.
25 Ibid., Carlos Cuilty a Carranza, 6 de febrero de 1920; Aguirre Berlanga a Cuilty, 17 de marzo de 1920.
26 Carranza fue derrocado antes de que su decreto pudiera tener efecto y sus sucesores se negaron a devolver sus propiedades a los Terrazas. En lugar de ello, muchas de las tierras de éstos fueron repartidas entre los campesinos a principios de la década de 1920. Véase AGN, ramo Gobernación, legajo 88, expediente 32, así como F. R. Almada, *Resumen de Historia del Estado de Chihuahua*, op. cit., pp. 427-33.
27 R. F. Smith, op. cit., p. 153.
28 Ibid.
29 E. B. Parsons, op. cit., p. 169.
30 Alberto J. Pani, *Cuestiones diversas*, México, 1922, p. 356
31 R. F. Smith, op. cit., pp. 158-79.
32 Josephus Daniels, *The Wilson Era: Years of War and After*, Chapel Hill, 1946, p. 522.
33 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 2, Rhomberg al Ministerio de Relaciones Exteriores, 22 de noviembre de 1918.
34 Ibid., Ministerio de Relaciones Exteriores a Rhomberg, 22 de noviembre de 1918.
35 Ibid.
36 Ibid., Kemnitz a Solf, 24 de noviembre de 1918.
37 Ibid., memorándum de Rhomberg, 29 de noviembre de 1918.
38 Ibid., vol. 3, Magnus a Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de mayo de 1919.
39 DZA Potsdam, AA II, n. 16945, Magnus a Ministerio de Relaciones Exteriores, 14 de febrero de 1919.
40 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Magnus a Ministerio de Relaciones Exteriores, 23 de mayo de 1919.
41 DZA Potsdam, Reichspostamt Geheime Registratur Z, n. 15043/1, minutas de conferencia celebrada a mediados de 1919 (no se da la fecha exacta).
42 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Ministerio de Relaciones Exteriores a embajador en Madrid, septiembre de 1919.
43 Staats Archiv, Bremen, Krieg, 1914-18, M2h2 n. 1, Sieveking a Donath, 27 de enero de 1919.
44 AA Bonn, Mexiko 16, vol. 3, Lucius a Ministerio de Relaciones Exteriores, 16 de enero de 1920.
45 Ibid., vol. 2, Jahnke al Almirantazgo, 4 de febrero de 1919.
46 DZA Merseburg, Rep. 2 E, n. 13, Kapp Papers, informe sin firma, octubre de 1919. Aunque este reporte no tiene firma, no hay duda de que fue escrito por Jahnke puesto que contiene las mismas propuestas que Jahnke le había sometido al Ministerio de Relaciones Exteriores.
47 Ibid.

48 AA Bonn, Vereingte Staaten von Nordamerika, 16 secr., memorándum sin firma y sin fecha.
49 Ibid., memorándum de Eckardt sin fecha.
50 Ibid., comentarios de Trautmann sin fecha.
51 Fuehr a subsecretario de Estado, 16 de agosto de 1919.
52 DZA Merseburg, Rep. 92, E1, n. 1, Kapp Papers, informe sin firma de octubre de 1919.
53 Ibid.
54 National Archives, Washington D. C., StDF 862.202 12/1759, MC 336, legajo 59, cónsul general de los Estados Unidos a secretario de Estado, 18 de septiembre de 1920.
55 Ibid., agregado militar en México a secretario de Estado, 29 de septiembre de 1920.
56 Ibid., embajador en Berlín a secretario de Estado, 11 de octubre de 1920.
57 Ibid., Cobb a secretario de Estado, 26 de octubre de 1917; NA Washington, D. C., Justice Department File 180178, Cobb a Procurador General Gregory, 7 de marzo de 1916.
58 Véase NA Washington, D. C., StDF. Office of the Counselor, caja 208. Contiene un informe confidencial sobre las actividades de Keedy en México por un funcionario del Departamento de Justicia, E. B. Stone, escrito en marzo de 1916.
59 Ibid., Stone a Departamento de Justicia, 14 de marzo de 1916.
60 NA Washington, D. C., StDF 812.00/23, Canova a Lansing, 20 de julio de 1915.
61 NA Washington, D. C., StDF, Office of the Counselor, E. B. Stone a Departamento de Justicia, 14 de marzo de 1916.
62 NA Washington, D. C., StDF 862.202 12/1759, MC 336, Cobb a secretario de Estado, 26 de octubre de 1917.
63 NA Washington, D. C., StDF, Office of the Counselor, caja 219, Leland Harrison a Flournoy, 16 de septiembre de 1918.
64 NA Washington, D. C., StDF 862.5/529, Summerlin a secretario de Estado, 19 de septiembre de 1919.
65 Ibid.

Notas sobre fuentes de archivo

Este libro está basado en múltiples fuentes de archivo en países de Europa, Norteamérica, América Latina y el Japón. Uno de los principales problemas que he tenido que enfrentar fue una cierta discrepancia en la naturaleza de las fuentes. En el caso de las grandes potencias había tres tipos de dependencias gubernamentales o instituciones relacionadas con los asuntos mexicanos: los ministerios de relaciones exteriores, los servicios de inteligencia militar y las grandes corporaciones. Los documentos de los ministerios de relaciones exteriores de todos los países grandes han sido bien conservados y son ahora accesibles a los investigadores casi sin restricciones.

No se puede decir lo mismo de los archivos de los servicios de inteligencia. La mayor parte de los documentos pertenecientes a los archivos de los servicios de inteligencia de Alemania y Austria (con algunas excepciones importantes) han sido destruidos, en tanto que los documentos británicos siguen vedados aún a los investigadores. En cambio, los documentos norteamericanos se han conservado y la mayor parte de los mismos están ya a disposición del público. En los archivos mexicanos hay pocos informes que puedan consultarse sobre las actividades de los servicios de inteligencia mexicanos, pero los consulados mexicanos en los Estados Unidos utilizaron a detectives privados norteamericanos para que espiaran a los exiliados y a los enemigos, y sus informes se encuentran entre los documentos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

La inaccesibilidad o la destrucción de los documentos de los servicios de inteligencia europeos que operaban en México no es tan grave como podría parecer a primera vista. Hay tres tipos de fuentes que compensan cuando menos parcialmente estas deficiencias. La más importante es la correspondencia entre los servicios de inteligencia y los diferentes ministerios de relaciones exteriores que se conservan en los ministerios británico y alemán.

Una segunda fuente de información sobre las actividades de los servicios de inteligencia alemanes la constituyen los telegramas cursados por las oficinas centrales en Berlín a los agentes alemanes en el continente americano y que fueron descifrados por los británicos y se encuentran en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña en Londres.

El tratado de paz que los Estados Unidos firmaron con Alemania después de la primera guerra mundial dispuso la creación de una comisión mixta encargada de examinar los daños y perjuicios causados por los agentes alemanes a los ciudadanos norteamericanos entre 1914 y 1917, mientras los Estados Unidos permanecieron neutrales en la guerra. Los abogados de ambas partes examinaron meticulosamente las actividades del Servicio Secreto alemán tanto en los Estados Unidos como en México y revelaron muchos datos importantes.

Los procesos judiciales seguidos a los agentes alemanes capturados en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos (especialmente el de Franz Rintelen) también proporcionan información interesante sobre las actividades de los agentes secretos.

Los documentos de las grandes corporaciones que operaban en México durante la revolución han resultado más difíciles aún de examinar que los de los servicios de inteligencia. Sólo una de esas grandes corporaciones, el Pearson Trust, ha puesto sus documentos a disposición de los investigadores sin restricción alguna. Las actividades

políticas de las grandes corporaciones se centraron esencialmente en dos tipos diferentes de objetivos: influir en la política de sus respectivos gobiernos y ejercer alguna influencia en las diferentes facciones mexicanas.

El primer tipo de actividad es el más fácil de investigar dado que los documentos de los ministerios de relaciones exteriores y los de los cabilderos influyentes (como Chandler Anderson en los Estados Unidos) se han conservado y contienen información importante al respecto. Lo que me resultó más difícil de documentar fue el segundo tipo de actividad de las corporaciones, o sea su relación con los revolucionarios mexicanos. Los documentos del Pearson Trust contienen la descripción más extensa e importante de este tipo de actividad. La correspondencia entre el cabildero S. Hopkins y los revolucionarios mexicanos, sustraída de la oficina de Hopkins en 1914 y publicada en el *New York Herald*, constituye otra fuente reveladora. Otro tipo de fuente que generalmente ha demostrado ser digno de confianza lo constituyen los informes que se encuentran en los archivos de los ministerios de relaciones exteriores de los países rivales y que versan sobre las actividades de las corporaciones de otros países. Así, por ejemplo, los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania arrojan una luz muy reveladora sobre las actividades de las compañías norteamericanas y británicas.

Los informes de prensa y las actas de las audiencias de los comités especiales del Congreso de los Estados Unidos constituyen tipos de fuentes importantes pero mucho menos dignos de crédito.

Los países cuyos archivos he consultado se mencionan a continuación por orden alfabético y no de importancia en cuanto a las fuentes que proporcionan:

Austria. Tres archivos en Austria contienen fuentes sobre México. El más importante es el Politisches Archiv en el Haus, Hof und Staats Archiv, en Viena. Contiene los informes de los representantes diplomáticos austriacos en México y Washington. La información sobre la situación interna de México contenida en estos informes no es muy reveladora. Austria sólo enviaba diplomáticos de segundo orden a México; durante mucho tiempo después de la ejecución de Maximiliano se había negado a tener cualquier tipo de relaciones. Sin embargo, los informes son muy reveladores respecto a las actividades de las otras grandes potencias en México y especialmente respecto a la política del mejor aliado de Austria, Alemania. Yo había esperado encontrar alguna información acerca de las actividades secretas de los agentes alemanes y, posiblemente, también de los austriacos, en México y en los Estados Unidos, en los archivos del servicio de inteligencia de Austria, el Evidenzburo des Generalstabes. Los resultados fueron sumamente decepcionantes. El último jefe del Evindezburo había destruido toda la información esencial contenida en sus archivos antes de terminar la primera guerra mundial, dejando sólo algunos recortes de periódicos y copias de los informes del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El tercer archivo austriaco pertinente, el Verwaltungs Archiv Wien, contiene datos sobre el comercio entre Austria y México.

Cuba. Los documentos del Archivo Nacional de Cuba, Comisión de Estado, contienen informes de los representantes diplomáticos de Cuba en México entre 1903 y 1911. El más interesante de estos informes describe los intentos del gobierno de Díaz por debilitar la influencia norteamericana en México y fortalecer los vínculos de México con Europa. Yo había esperado encontrar en los archivos cubanos la correspondencia de Márquez Sterling, el ministro de Cuba en México durante el periodo de Madero, que había sido amigo íntimo del presidente mexicano y trató de salvarle la vida después del golpe que lo derrocó. Pero estos informes, así como otros relativos al rompimiento de relaciones entre Cuba y México en 1918, faltan en los archivos.

España. Durante mucho tiempo, las únicas fuentes españolas accesibles a los investigadores fueron los documentos de la legación española en México. Éstos habían quedado en poder del gobierno de la República Española en el exilio, que permitió que El Colegio de México los microfilmara. Si bien constituyen una fuente valiosa, están incompletos. Los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores en Madrid, abiertos ya a los investigadores, contienen información sumamente interesante sobre las condiciones sociales y económicas en casi todo México, puesto que los españoles desarrollaban actividades en todas partes del país.

Estados Unidos. Las fuentes norteamericanas relativas a la revolución mexicana (1910-1920) han estado a disposición de los investigadores hace más tiempo que las de cualquier otro país. También, en términos generales, están mejor ordenadas y son más accesibles y voluminosas. En consecuencia, las fuentes norteamericanas tal vez hayan desempeñado un papel desproporcionado en los estudios sobre la revolución mexicana, y uno de los propósitos del presente libro ha sido el de establecer un mayor equilibrio entre las fuentes norteamericanas y las de otros países.

Hace ya muchos años que la voluminosa colección de los documentos del Departamento de Estado sobre México (serie 812.00) ha estado abierta a los investigadores, no sólo en los Archivos Nacionales en Washington sino como publicación microfilmada. La he consultado junto con los papeles de los políticos norteamericanos más importantes relacionados con los asuntos mexicanos. Los más pertinentes de esos papeles son los de William Howard Taft, Woodrow Wilson, el coronel Edward House, William Jennings Bryan, Robert Lansing, Leonard Wood, Hugh Scott, el representante especial de Woodrow Wilson en México John Lind, y su embajador en México Henry P. Fletcher. Con la excepción de los papeles de House y Lind, que se encuentran en la Biblioteca de la Universidad de Yale y en la Biblioteca de la Sociedad Histórica del Estado de Minnesota, respectivamente, todos los papeles pueden consultarse en la Biblioteca del Congreso, División de Manuscritos.

Entre los papeles de figuras políticas menos destacadas cuyas actividades fueron sin embargo muy importantes en relación con México se encuentran los de Frank Polk, asesor del Departamento de Estado, conservados en la Biblioteca de la Universidad de Yale, y los diarios de Chandler Anderson y James Garfield, quienes operaron como cabilderos de los grupos económicos norteamericanos, que se encuentran en la Biblioteca del Congreso.

También han sido muy importantes para mi trabajo los papeles del senador Albert B. Fall, microfilmes de los cuales pude obtener en las bibliotecas de las universidades de Nebraska y Nuevo México.

Durante mucho tiempo la principal laguna que había en las fuentes norteamericanas sobre este periodo era la relativa a las actividades de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos en México. En los últimos años algunos de los expedientes más importantes en lo tocante a este tipo de actividades han sido puestos a disposición de los investigadores. Algunos de los informes más reveladores por lo que se refiere a los agentes norteamericanos de inteligencia y contrainteligencia se encuentran en la Sección de Asuntos Extranjeros, Archivo Decimal del Departamento de Estado, 1910-20: expediente n. 862.202 12. actividades militares alemanas en México, microcopia n. 336, rollos 55-59. Los últimos expedientes de inteligencia militar que se han abierto al público contienen una compleja mezcla de datos esenciales con otros absolutamente carentes de interés.

Los documentos de la oficina del asesor legal del Departamento de Estado contienen información sobre las intrigas de los intereses comerciales norteamericanos y de los funcionarios del Departamento de Estado en relación con México y sobre las actividades alemanas en México, información que en su momento fue considerada sumamente confidencial.

Si bien la laguna relativa a las actividades norteamericanas de inteligencia en México ha quedado de tal suerte parcialmente llenada, no puede decirse lo mismo respecto a las actividades de las grandes corporaciones norteamericanas en México. Ninguna corporación norteamericana ha permitido a los investigadores utilizar sus archivos como lo hicieron los herederos de Lord Cowdray en la Gran Bretaña. Estas lagunas se compensan sólo parcialmente gracias a la nutrida correspondencia de los representantes de esas corporaciones con sus cabilderos y con altos funcionarios norteamericanos, la cual es accesible a los investigadores.

Francia. Francia desempeñó un papel decisivo en México durante el porfiriato, pero tuvo menos importancia en el periodo revolucionario. Ello no obstante, las fuentes francesas contienen documentos muy reveladores, no sólo respecto a la política de Francia, sino también a la de su aliado más próximo, la Gran Bretaña, así como a la de los Estados Unidos y Alemania.

La información más importante está contenida en los expedientes de los Archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros en París. Está dividida en dos secciones: Correspondencia Política y Correspondencia Comercial.

Los Archivos del Ministerio de la Guerra en Vincennes contienen algunos informes reveladores del agregado militar francés tanto en los Estados Unidos como en México.

Una buena cantidad de información comercial y financiera sobre México puede hallarse en los archivos del Ministerio de Comercio (F 12) y del Ministerio de Finanzas (F 14) en los Archivos Nacionales en París.

Gran Bretaña. Los documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores (Foreign Office), localizados en la Oficina del Registro Público (Public Record Office) en Londres, constituyen una fuente esencial no sólo en lo tocante a la política británica en México sino al desarrollo de los acontecimientos en este país. En vista de las estrechas ligas que existían entre el Ministerio de Relaciones Exteriores y los servicios de inteligencia británicos, estos documentos ofrecen información importante sobre las actividades de esos servicios en México.

Los papeles de Sir Weetman Pearson (Lord Cowdray), que se encuentran en el British Science Museum, en Londres, son singularmente valiosos para entender las políticas de Cowdray y de todas las grandes corporaciones que operaban en México. Los informes políticos de los representantes de Cowdray en México son de gran interés para la evaluación de los cambios políticos ocurridos durante la revolución.

Japón. Hace algunos años logré obtener algunas copias de documentos pertenecientes a los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón confiscados por los norteamericanos, y de los cuales tiene una copia la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Dichos documentos contienen información sobre las actividades japonesas en México, pero no encontré en ellos ninguna mención del telegrama de Zimmermann. Esta laguna la pude llenar cuando tuve ocasión de consultar la tesis inédita de Iyo Kunimeto, *Japan and Mexico, 1888-1917* (Universidad de Texas, 1975), en la cual se hace uso de materiales enteramente nuevos.

México. Los documentos de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México constituyen una desilusión para los historiadores que buscan constancias de las tomas de decisiones oficiales de alto nivel. La mayoría de los altos funcionarios de la Secretaría de Relaciones en el periodo revolucionario parecen haber destruido la documentación de sus actividades o haberse llevado los documentos cuando abandonaron sus puestos. Ello no obstante, los documentos de la Secretaría constituyen una fuente de información sumamente valiosa respecto a las actividades de los revolucionarios, exiliados y grupos económicos extranjeros en la región de la frontera con los

Estados Unidos. Existe un índice de esos documentos muy bien compilado por Berta Ulloa (*Archivo Histórico Diplomático Mexicano; Guías para la Historia Diplomática de México, Revolución Mexicana 1910-1920.* México 1963). Los registros más importantes de las decisiones oficiales de alto nivel en México están contenidos en los papeles de Isidro Fabela, uno de los más íntimos colaboradores de Carranza que ocupó un alto puesto en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Estos papeles han sido publicados en buena parte por Fabela y su esposa, Josefina, en sus extensos *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, México, 1960-1978, 28 vols.

El Archivo General de la Nación es el mayor archivo de México, pero durante mucho tiempo sólo muy pocos documentos del periodo 1910-1920 fueron puestos a disposición de los investigadores. En los últimos años ocurrieron profundos cambios en la organización de los archivos y se descubrieron grandes cantidades de nuevas fuentes en sus depósitos; éstas son accesibles ahora a los investigadores. Los más importantes de estos documentos son los de la Secretaría de Gobernación. Contienen sobre todo los registros de las grandes haciendas que fueron confiscadas y más tarde devueltas a sus antiguos propietarios.

Los archivos de la Secretaría de la Defensa Nacional, parte de los cuales pude consultar, sólo contienen información limitada sobre las relaciones exteriores de México. Constituyen una fuente importante de datos biográficos de los jefes militares de la revolución y de la historia militar y social de ésta.

Tanto en los archivos mexicanos como en los norteamericanos pude consultar los papeles de importantes personalidades mexicanas del periodo revolucionario. Los más importantes de estos documentos son:

1. Los papeles de Venustiano Carranza en los archivos Condumex, en la ciudad de México.
2. Los papeles de Roque González Garza en un archivo privado en la ciudad de México.
3. Los papeles de Lázaro de la Garza en la Nettie Lee Benson Collection en la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin.
4. Los papeles de Martín Luis Guzmán en una colección privada en la ciudad de México.
5. Los papeles de Francisco I. Madero en la Biblioteca del Museo de Antropología y los que se encuentran en la Biblioteca Nacional, y los que se hallaban en la Secretaría de Hacienda cuando yo los consulté.
6. Los papeles de José María Maytorena en la Biblioteca del Clermont College, en California.
7. Los papeles de Silvestre Terrazas en la Biblioteca Bancroft en Berkeley.
8. Los papeles de Emiliano Zapata que se encuentran en el Archivo Histórico de la Universidad Nacional Autónoma de México (Colección Magaña) y en el Archivo General de la Nación.

La Hemeroteca Nacional en la ciudad de México contiene una vasta colección de periódicos mexicanos, y un magnífico índice en varios volúmenes compilado por Stanley Ross ofrece una guía completa de todos los artículos sobre la revolución que se encuentran en aquéllos (Stanley R. Ross, *Introducción, ordenamiento y compilación: Fuentes de la Historia Contemporánea de México, Periódicos y Revistas*, 2 vols. [México, D. F., 1965-1978]).

República Democrática Alemana. Los dos archivos más importantes, que contienen extensa e importante información sobre México, son el Deutsches Zentralarchiv Potsdam y el Deutsches Zentralarchiv Merseburg.

Las fuentes más importantes que he localizado en Potsdam son las de las tres secciones del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Alemania imperial: la Sección Comercial, la Sección Legal y la División de Información y Prensa.

La Sección Comercial contiene la mayor parte de los informes de los cónsules alemanes en muchos lugares de México hasta 1910. También contiene extensos informes sobre las actividades económicas alemanas en México, así como análisis de las actividades económicas en prácticamente todas las esferas de la vida económica del país.

La Sección Legal de los Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán constituye una rica fuente de información sobre las condiciones sociales en México. En los expedientes de la División de Información y Prensa del Ministerio de Relaciones Exteriores se encuentra una descripción detallada de las actividades propagandísticas alemanas en México durante la primera guerra mundial.

Los documentos de la mayor parte de las demás dependencias gubernamentales alemanas del periodo imperial se encuentran también en Potsdam. Los más reveladores han sido los documentos del Ministerio del Interior, el Reichsbank, el Comité de Presupuesto del Reichstag y, para mi sorpresa, los expedientes de la sección secreta de la Oficina de Correos del Reich, los cuales describen los esfuerzos secretos de Alemania por establecer comunicaciones inalámbricas con México. Las actas de las reuniones secretas del Comité de Presupuesto del Reichstag contienen la información más abundante sobre los orígenes y la significación del telegrama de Zimmermann.

Los documentos de diferentes ministerios prusianos se encuentran en el Deutsches Zentralarchiv Merseburg. Contienen informes económicos y políticos sobre México que algunas veces no se encuentran en los archivos de los ministerios imperiales.

Los documentos prusianos contienen amplia información sobre la emigración alemana a México. El documento más importante que encontré en Merseburg es tal vez un detallado informe de Kurt Jahnke, el jefe del Servicio de Inteligencia Naval de Alemania para Norteamérica en 1917-18, sobre sus actividades en México. Este informe se encuentra entre los papeles de Wolfgang Kapp.

Alguna información sobre México, esencialmente de naturaleza económica, puede hallarse en los Archivos Regionales de Sajonia en Dresden y en los documentos del Deutsches Wirtschaftinstitut en Berlín.

República Federal Alemana. La vasta colección de la sección política (sección 1) de los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Alemania, que se encuentra en el Archiv der Auswärtigen Amtes Bonn, constituye la fuente alemana más importante sobre México. Trata tanto de las actividades del Ministerio de Relaciones Exteriores alemán como de algunas agencias alemanas de inteligencia en México. También contiene los diarios políticos del ministro alemán en México, Paul von Hintze, correspondientes a los años de 1913 y 1914.

Los documentos de la legación alemana en México, que también se conservan en Bonn, contienen informes sobre las condiciones locales y regionales en México que no fueron considerados lo suficientemente importantes como para ser incluidos en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Los documentos de la Marina alemana se encuentran en el Bundesarchiv, Abteilung Militärgeschichte en Friburgo de Brisgovia. Algunos de los expedientes más delicados sobre las actividades de sabotaje e inteligencia realizadas por los agentes alemanes en México fueron destruidos al terminar la primera guerra mundial. Ello no obstante, el archivo contiene fuentes interesantes y reveladoras. Los informes de los capitanes de los buques de guerra alemanes enviados a puertos mexicanos son con frecuencia más interesantes por lo que revelan sobre la ideología de la Marina alemana que por la información que ofrecen sobre México. En ocasiones, sin embargo, los capitanes lograban revelar información valiosa sobre las actividades de otras potencias en México (especialmente los Estados Unidos y la Gran Bretaña), así como sobre las personalidades de los comandantes mexicanos de los puertos visitados.

Los expedientes de una de las agencias de inteligencia alemanas que tuvieron cier-

ta relación con México se han conservado en los archivos navales alemanes. Son los documentos de la Etappendienst der Marine, encargada de suministrar combustible y aprovisionamientos a los buques de guerra alemanes surtidos en puertos norteamericanos.

Debido a que los estados que constituían el Imperio Alemán en 1870 siguieron conservando un alto grado de autonomía —mantuvieron, por ejemplo, sus propias representaciones con embajadores en Berlín—, sus registros constituyen una importante fuente de información no sólo sobre actividades comerciales sino también diplomáticas. Los más importantes de estos archivos regionales son las colecciones del Staatsarchiv de Hamburgo, el Staatsarchiv de Bremen y el Hauptstaatsarchiv de Munich.

Lista de fuentes de archivo

República Democrática Alemana

ARCHIVO CENTRAL DE ALEMANIA, POTSDAM

a] Ministerio de Relaciones Exteriores, Departamento de Política Comercial

Núms. 1724-1726	Situación económica en México (1887-1920)
1727-1743	Administración financiera en México (1887-1992)
1744	Resúmenes de prensa
1745-1746	Bancos y operaciones bancarias en México (1889-1916)
1747-1748	Operaciones económicas en México (1907-19)
2395-2397	Condiciones del mercado del carbón (1907-19)
2894	Embarques a México (1909-19)
2950-2952	Embarques de armamento de empresas alemanas con destino a gobiernos extranjeros - América (1907-19)
2975-2979	Compilación de informes sobre condiciones del comercio con el extranjero - Ultramar (1907-19)
3061-3067	Producción y comercio petroleros (1905-20)
3289	Expertos comerciales en México (1906-17)
4032	Servicio alemán de Ultramar GmbH (1915-18)
4457-4462	Relaciones comerciales con México (1906-20)
4478	Quejas de súbditos alemanes respecto a la Dirección de Aduanas de México (1907-10)
4481	Protección de marcas y patentes comerciales en México (1904-13)
	Informes anuales del Consulado
4491	Chihuahua (1907-14)
4492	Colima (1907-13)
4493	Durango (1907-15)
4494	Guadalajara (1907-10)
4495	Mazatlán (1907-14)
4496	Mérida (1907-10)
4497	México (1907-11)
4498	Tampico (1915)
4510	Veracruz (1907-12)
4457-4652	Relaciones comerciales de Estados Unidos con otros países del continente americano
4804-4806	Bancos alemanes en Centro y Sudamérica (1895-1910)
4838	Consulado de Monterrey (1907-8)
4839	Viceconsulado en Oaxaca (1907-13)
12277-12299	Relaciones comerciales y navieras con México e informes sobre comercio y otros rubros relacionados con este Estado (1868-1906)
12300	Deseos de reorganización de los contratos comerciales con México (1903-6)

12567-12568	Quejas respecto a las aduanas mexicanas
13343	Informes anuales del Consulado en Tapachula (1907-12)
13344	Informes anuales del Consulado en Tepic (1907-14)
13721	Agricultura mexicana (1913-16)
15322-15344	Ferrocarriles en Centro y Sudamérica (1877-1913)
15590	Informes sobre los sistemas de ferrocarriles extranjeros (1887-1911)
	Relaciones comerciales y navieras
16804, 63475	Italia y México (1857-1919)
16943-16945	México y los Estados Unidos (1887-1911)
16963	Portugal y México (1880)
17039	México y Guatemala (1887-95)
17048	Ecuador y México (1888-91)
17051	México y el Japón (1889-1913)
17075	México y Suiza (1890-1906)
17094	Santo Domingo y México (1891)
17106	San Salvador y México (1893-94)
17144	México y China (1899-1901)
17167	México y Nicaragua (1901-4)
17178	Persia y México (1903)
17189	México y Cuba (1903-4)
17202	Chile y México (1904)
17280	Canadá y México (1908)
17302	Honduras y México (1908-14)
17306	Rusia y México (1909-11)
17353	México y Australia (1911-12)
17947	Relaciones navieras mexicanas
18954	Decisiones legales y administrativas respecto a las aduanas y los impuestos en México (1912-20)
18955	Quejas alemanas respecto a las aduanas mexicanas
21599-21606	Producción y comercio del petróleo en América (1903-20)
50903/1-50907	Delegación de la República Mexicana ante la Corte del Kaiser
50908-50912	Misión en la República Mexicana (1868-98)
50913	Embajadas extranjeras en México (1880-82
	Consulado
52728-52730	México (1867-91)
52731	Campeche (1869-87)
52732	Colima y Manzanillo (1869-76)
52733	Córdoba (1869-71)
52734	Durango (1871-87)
52735 & 52335/1	Guadalajara (1869-86)
52736	Guanajuato (1894)
52737	Huatusco (1869-72)
52738	San Luis Potosí (1869-92)
52739	Matamoros (1869-81)
52740	Mazatlán (1869-86)
52741	México (1869-85)
52742	Puebla (1860-91)
52743	Tampico (1869-88)
52744	Tepic (1869-88)
52745-52746	Veracruz (1869-87)
52747	Laguna de Términos (1871-89)

52748	Monterrey (1872-94)
	Viceconsulado
52749	Guaymas (1887-1903)
52750-52751	Acapulco (1872-89, 1895-1906)
52752	Frontera de Tabasco (1875-78)
52753	Mérida (1879-87)
52754	Ciudad Porfirio Díaz (1893-97)
	Informes anuales del Consulado
54043	Colima (1887-1905)
54044	Durango (1887-1906)
54045-54046	Guadalajara (1887-1904, 1895-1906)
54047	Guanajuato (1887-1906)
54048	San Luis Potosí (1894)
54049-54050	Mazatlán (1887-1901, 1902-6)
54051-54055	México (1887-1906)
54056	Tampico (1887-1906)
54057-54058	Tepic (1887-1904, 1904-6)
54059	Veracruz (1900-1906)
54060	Laguna (1887-1906)
54061	Monterrey (1889-1906)
54062	Guaymas (1887-1903)
54063	Acapulco (1890)
54064	Chihuahua (1900-1906)
54065	Mérida (1887-1990)
54066	Oaxaca (1900-1906)
54067	Morelia (1887-91)
54068	Tehuantepec (1887-1905)
54069	Ciudad Juárez (1895-1904)
54070	Tapachula (1900-1906)
54229	Consulado mexicano en Prusia (1887-1895)

b] Ministerio de Relaciones Exteriores, Departamento Jurídico

Núms. 21885-21888	Relaciones postales con México (1866-1910)
29071	Instrucción militar alemana en México (1912)
34066	Policía en América Central, México (1904-13)
34116	Quejas contra la policía en países extranjeros, México (1912)
34146	Quejas respecto al trato recibido por alemanes en países extranjeros, México (1911-14)
34187	Casos de asesinato y robo en países extranjeros, México (1913-15)
34694	La cuestión obrera en América Central (1903-31)

c] Ministerio de Relaciones Exteriores, Departamento de Información y Prensa

Núms. 57679	Sociedad Transoceánica (1916-17)
57681	Sociedad Transoceánica
57697	Servicio Alemán en Ultramar (1916-17)
57698-57699	Federación Ibero-Americana (1917-18)
57866-57867	Sociedad Transoceánica (1915-16)

Comentarios sobre:

Horst von der Goltz, *My Adventures as a German Spy* (Nueva York, 1917), Arnoldo Krum Heller, *For Freedom and Justice: My Experiences during the Mexican Civil War* (Halle and Berlin, 1917)

d] Ministerio de Relaciones Exteriores, Oficina Central del Servicio Exterior

Núms. 1274-1275	Comité de Guerra de la Industria Alemana
1497	Distribución del Periódico Mensual sobre la Guerra y otras publicaciones a los miembros de la Línea Hamburg-Amerika, Departamento de Tráfico de pasajeros en Bruselas (1915-17)
1653	Organización de la Oficina Central del Servicio Exterior (1914-17)

e] Ministerio de Relaciones Exteriores, Archivo de embajadas

Núm. 1571	Delegación alemana en China, emigración a México (1909-10)

f] Departamento del Interior

Núms. 1648	Legislación sobre inmigración en México (1909-28)
1808	Emigración a México (1874-1919)
3705-3708	Informes comerciales anuales de los cónsules y embajadores británicos (1870-1914)
4374	Acuerdo comercial de Alemania y México (1902-8)
4375-4377	Asuntos comerciales
4378-4379	Información estadística sobre México (1877-1914)
4380-4381	Direcciones de Aduanas y Aranceles (1906-9)
4382	Quejas en las Direcciones de Aduanas y Aranceles (1906-9)
4383-4384	Condiciones financieras (1898-1917)
6113	Asuntos secretos (1917)
7039	Paros obreros en países extranjeros (1903)
7761	Mercado de petróleo y gasolina en Alemania (1914-17)
7762-7765	Mercado petrolero (1903-14)
12266	Carácter de la prensa y de la información (1911-19)
12319	Servicio de prensa y noticias para los países de habla española y portuguesa (1914-17)
14430	Propaganda en Alemania y en el extranjero (1916-23)

g] Banco Alemán del Reich

C II 41, Área 137	Prácticas bancarias en México (1896-1914)
C II 41, Área 164	Prácticas financieras en México (1898-1914)
H II B 41	Situación económica en México: comercio, industria, negocios

h] Departamento del Tesoro

Núms. 1850-1851	Conferencia Internacional Monetaria en Berlín, 1903 (Comisión México-Norteamericana para la Plata) (1903-5)
2476-2478	Condiciones financieras de los países extranjeros, México (1902-19)

i] Departamento de Economía

Núm. 1006	Asuntos comerciales en México (1910-19)

j] Cancillería del Reich

Núms. 12	Estados Unidos de América
1979	Línea Hamburg-Amerika
1980	Empresas navieras alemanas
2398/10	Comentarios generales
2403-2405	Transacciones del Canciller con el cuartel general
2410	Guerra submarina
2476-2477	Preparativos para el Acuerdo de Paz (1914-15), Documentos anexos relativos al análisis fundamental de los objetivos de la guerra

k] Departamento Postal, Registro confidencial Z

Núms. 15043/1	Conexiones de radio y telégrafo con México (1916-31)
15072	Conexiones de radio y telégrafo, Alemania y Sudamérica (Norteamérica) (1914-16)

l] Reichstag, Protocolo del Comité del Reich para el Presupuesto

Núms. 1286	Marzo-abril, 1914
1295	Marzo, 1916
1307	Enero-marzo, 1917
1311-1312	Marzo-mayo, 1917
1314-1315	Julio-agosto, 1917

m] Herencias

Herencia de Herwarth von Bittenfeld

ARCHIVO CENTRAL DE ALEMANIA, MERSEBURG

Informe 6, núms. 756	Supervisión de emigrantes de Alemania a México, vol. 1 (1852-82)
1979	Relaciones comerciales y navieras entre los Países Bajos y México (1825-99)
1982	Relaciones comerciales y navieras entre Francia y México (1825-1918)
2009	Relaciones comerciales y navieras entre Dinamarca y México
2015	Relaciones comerciales entre Suecia y la República de México
2017	Relaciones comerciales y navieras entre Inglaterra y México (1854-1919)
2039	Tratado de Paz y relaciones comerciales y navieras entre España y México (1838-1919)
2082	Relaciones comerciales y navieras entre Austria y México (1843-1913)
2139	Relaciones comerciales entre Bélgica y México (1851-1911)

Informe 89, H. VI, América, Documentos del Comité Civil sobre México
Núm. 2, 2a

Informe 92, E 1, núm. 13	Legado de Kapp
CXIII, 17	
Núms. 2	Relaciones comerciales con México (1900-1920)
3	Relaciones comerciales con los antiguos territorios españoles en Sudamérica (México, Colombia, Buenos Aires, Chile, Perú) (1831-1934)
7	Nombramiento de cónsules prusianos en los territorios españoles en Sudamérica, vol. 7 (1817-1920)
26	Tratado comercial entre el Reich alemán y México (1869-1931)
81	Condiciones relativas a la protección de patentes y marcas registradas en México (1890-1906)
93	Informe de expertos en agricultura y silvicultura

ARCHIVO PRINCIPAL REGIONAL SAJÓN, DRESDEN

a] Ministerio de Relaciones Exteriores

Núms. 2030	Condiciones políticas en México (1905-23)
2031	Resúmenes de prensa
6918	Contratos comerciales y navieros con México (1854-1934)

b] Ministerio del Interior

Núms. 16515-16516	Informes de expertos en agricultura sobre México (1899-1902)

INSTITUTO DE ECONOMÍA ALEMÁN, BERLÍN

Núms. 0978	Compañía Mexicana de Luz y Fuerza, México
01643	Mexican Eagle Co., Ltd.
02025	Ferrocarriles Nacionales de México
04287	Mexican Corporation, Ltd., Londres
05248	Mexican Central Railways, Co., Ltd., Boston
05469	Mexican Transway Co., Toronto
06418	Mexican Southern Railway, Ltd., Londres
06427	Mexikanskaya Telefon Aktiobolaget Erikson, Estocolmo
07720	Mexican Petroleum, Co., Ltd., Los Angeles

República Federal Alemana

ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, BONN

a] México

México 1	Intercambios escritos con el Embajador Real Ministerial en México, así como con otras misiones y gabinetes extranjeros, referentes a los asuntos y relaciones internas mexicanas. A partir del 8 de enero de 1882, el título es el siguiente: "Asuntos generales de México, 58 volúmenes (1879-1920)"
1 secr.	Asuntos generales mexicanos, vol. 1 (1915)

1 add	Información sobre personas privadas y protección de sus intereses en caso de detención, 8 volúmenes (1913-19)
2	Relaciones entre México y Guatemala (conflictos fronterizos), 4 volúmenes (1881-1917)
3	Ministerios, 1 volumen
5	Cuerpo diplomático en México y representantes diplomáticos mexicanos en países extranjeros, 2 volúmenes (1887, 1914-19)
6	Presidentes mexicanos, 1 volumen (1887-1909)
7	Relaciones con Norteamérica, 5 volúmenes (1889-1920)
8	Relaciones de México con Rusia, 1 volumen (1889-1909)
9	Relaciones de México con Austria, 1 volumen (1890-1901)
10	Relaciones de México con el Japón, 1 volumen (1892-1920)
11	Relaciones de México con el Vaticano (1895-1905)
12	Relaciones de México con Bélgica (1890-1913)
13	Ejército y Armada, 1 volumen (1912-19)
14	Finanzas, 3 volúmenes (1912-19)
15	Prensa, 1 volumen (1914-16)
16	Relaciones de Alemania con México, 3 volúmenes (1917-20)
16 secr.	Documentos privados del Consejero Privado Dr. Goeppert, 1 volumen (1917)

b] Alemania

122, n. m.	Subsecretario Zimmermann (1911-17)
2n	Discursos parlamentarios (1916-17)
127, n. 21	Misión mexicana en Berlín (1888-1918)

c] Archivo de la Legación, México, fajo 1-20

ARCHIVOS FEDERALES DE ALEMANIA, SECCIÓN DE HISTORIA MILITAR, FRIBURGO DE BRISGOVIA

Archivos de la Armada Alemana

Oficina Central del Registro Público, Munich

México MH 53 73	Relaciones comerciales y marítimas con Sudamérica (Venezuela, Buenos Aires, Habana), México B.A., Chile (1846-1908)
11598	Petición de la empresa Moritz Magnus de Hamburgo de que se permita exportar rifles de infantería a América y la venta de rifles y municiones a México (1909-10)
11668	Datos sobre empresas mexicanas (1899)
12198	Reputación, comercio y tratados marítimos de México con los Estados Unidos (1870-89)
12199	Tratados comerciales y marítimos de México con los Estados Unidos (1854-1904)
12200	Extractos de los informes de la Unión de Tratados Comerciales; Información sobre industria y comercio, México (1912-14)
MK 11790	Escuela Internacional de Etnografía y Arqueología en México (1902-13)

OFICINA DEL REGISTRO PÚBLICO, HAMBURGO

a] Embajada de Berlín

IIIf	Tratado comercial con México, 1870-83

b] Comisión del Senado para Asuntos Gubernamentales y Extranjeros

AIII	c21	Representación consular alemana en México (1891-1920)
A CI	d26	Contrabando de armas (1907-20)
	27	Venta de material bélico preveniente del suministro del gobierno alemán a Nicaragua, México y China
	158	Condiciones económicas en México y exportaciones a este país (1897-1913)
A CII	d28	Exportación de contrabando bélico, especialmente armas, durante una guerra en la que Alemania permaneció neutral; comercio americano de armas durante esta neutralidad (1915-17)
A CIII	c39	Inmigración a México (1900-1911)

c] Informes del Senado respecto a México

CI VI, Núm. 16h, vol. 2	Embajada alemana en México
Vol. 3, fasc. 15	Consulado alemán en México
Vol. 3a, fasc. 14	Embajada alemana en México
Vol. 3b	Consulado de Hamburgo en Tampico (1871-90)
Vol. 3c, fasc. 12	Consulado de la Alianza Alemana del Norte; Consulado del kaiser en Veracruz (1869-92)

d] Delegación Comercial, Naviera e Industrial

II Archivo especial, 21 México, XIX c 21 (1874-1912

e] Oficina de Emigración

II A V 10	Emigración a México
II C XI 12	Inmigración en México

BIBLIOTECA DE COMERCIO, HAMBURGO

Protocolo de la Cámara de Comercio de Hamburgo (1871-1920)
Oficina del Registro Público, Bremen

a] Anseática

C 13 c 1 b	Consulado general en México
C 13 c 2	Mexicanos en la Anseática y Bremen

b] Comité del Senado para Asuntos Extranjeros

D d 11 c 2 M 3	México
R 11 pp 1 Núm. 9	Informes anuales de la North German Lloyd (1857-1936)

c] Archivo de Guerra, 1914-18

M 2 h 2 Núm. 1 Fichas I-XIII

Austria

ARCHIVOS DE LA CÁMARA, LA CORTE Y EL GOBIERNO, VIENA

a] Archivos políticos

Informes mexicanos (1904-18)
Informes de Washington (1904-17)
Archivo de la Embajada en México (1904-18)
Guerra 7. México, Posición de México respecto a la guerra mundial

b] Archivos de la Administración

Relaciones comerciales con México

ARCHIVOS DE GUERRA, VIENA

Fichas del Departamento de Pruebas del Estado Mayor

Cuba

ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, LA HABANA

Comisión de Estado
Informes diplomáticos y consulares de México, legajo 38 (1904), 266 (1907), 313 (1903), 324 (1904), 331 (1904), 341 (1905), 355, 375 (1907), 377 (1903), 378 (1903), 843 (1911)
Guerra mundial, legajo 1148-1155 (1914-18)

Francia

ARCHIVOS DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, PARÍS

Correspondencia política y comercial
Correspondencia política, México, vols. 69-81 (1876-1896)
Correspondencia comercial, México, vols. 10-30 (1876-1902)
Nueva serie, México

1. Política interior. Revolución. Actitud de las Potencias, vols. 1-15 (1897-1918)
2. Ejército. Marina, vols. 16-17 (1897-1917)
3. Política exterior. Dossier general, vols. 18-20 (1896-1913)
4. Relaciones con Francia, 2 vols. (1891-1917)
5. Finanzas, vols. 23-32 (1895-1918)
6. Obras Públicas - Minas, vols. 33-40 (1902-18)
7. Guerra, 1914-1918, 2 vols. (1914-18)

ARCHIVOS NACIONALES, PARÍS

Serie F12. Ministerio de Comercio

ARCHIVOS DEL MINISTERIO DE LA GUERRA, VINCENNES

Informes de los Agregados militares en México y los Estados Unidos

Gran Bretaña

OFICINA DEL REGISTRO PÚBLICO, LONDRES

Documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores
Documentos Balfour

BRITISH SCIENCE MUSEUM, LONDRES

Documentos de Sir Weetman Pearson (Lord Cowdray)

Japón

BIBLIOTECA DE MICROFILMES DEL CONGRESO, WASHINGTON, D. C.

Microfilme, Documentos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Japón, Nichi Bokukan, México, MI, 28 dic. Núm. M.T. 1.1.33., PPs 2291-2590.

México

ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, MÉXICO, D. F.

Ramo Gobernación
Ramo Revolución
Ramo Presidentes
Archivo de Madero

ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES, MÉXICO, D. F.

Ramo Revolución Mexicana
Ramo Guerra Europea, 1914-18

ARCHIVO DEL DEPARTAMENTO AGRARIO, MÉXICO, D. F.

Ramo Terrenos Nacionales

ARCHIVO DE LA SECRETARÍA DE HACIENDA, MÉXICO, D. F.

Archivo de Madero

MUSEO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA, MÉXICO, D. F.

Microfilme, Archivo de Madero

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO, FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Archivo de Gildardo Magaña

FUNDACIÓN CONDUMEX, MÉXICO, D. F.

Archivo de Carranza
Archivo Francisco León de la Barra

EL COLEGIO DE MÉXICO, MÉXICO, D. F.

Colección Muro del Archivo Histórico de la Defensa Nacional (Microfilme de los informes de la Legación española en México, D. F.)

ARCHIVOS PRIVADOS

Documentos de Roque González Garza, México, D. F.
Documentos de Martín Luis Guzmán, México, D. F.

España

ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES, MADRID

Estados Unidos

ARCHIVOS NACIONALES, WASHINGTON, D. C.

Informes del Departamento de Estado
1. Ramo de Asuntos Extranjeros, Catálogo decimal del Departamento de Estado, 1910-29, catálogo 812.00, Asuntos Políticos, México, Grupo de Archivo 59 (en microfilme)
2. Catálogo 862.202 12, Actividades militares alemanas en México, Microcopia 336, rollos 55-59
3. Catálogos del Despacho del Consejero

Expedientes del Departamento de Justicia. Documento Felix Sommerfeld
Expedientes de la Oficina del General Adjunto
Expedientes de la Inteligencia Militar

BIBLIOTECA DEL CONGRESO

Documentos de Chandler Anderson
Documentos de Henry F. Fletcher

Documentos de John J. Pershing
Documentos de Hugh Scott
Documentos de William Howard Taft
Documentos de Woodrow Wilson

BIBLIOTECA DE YALE

Documentos del coronel Edward House
Documentos de Frank L. Polk

UNIVERSIDAD DE NEBRASKA

Microfilme de los documentos del senador Albert B. Fall

UNIVERSIDAD DE BERKELEY, CALIFORNIA

Colección Silvestre Terrazas

CLAREMONT COLLEGES

Documentos de José María Maytorena

UNIVERSIDAD DE CARBONDALE, SOUTHERN ILLINOIS

Documentos de Francisco Vázquez Gómez

UNIVERSIDAD DE AUSTIN, TEXAS

Documentos de Lázaro de la Garza

UNIVERSIDAD DE EL PASO, TEXAS

Microfilme de los documentos de John Lind
Documentos de Reyes Avilés

ÍNDICE ANALÍTICO

642
34 647
37

010

resión: Programas Educativos, S. A. de C. V.
z. Chabacano 65-A, 06850 México, D. F. Empresa certificada por el Instituto
xicano de Normalización y Certificación, A. C., bajo la norma ISO-9002:
4/NMX-CC-04: 1995 con el número de registro RSC-048, e ISO-14001:
6/NMX-SAA-001: 1998 IMNC con el número de registro RSAA-003.
VI-2010